

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

Epoca Prehistórica

Hermann Buse

TOMO II VOLUMEN I



Homenaje

Su sonrisa, entonces cada vez más desmayada, recobró su animación de siempre; aún más, diríamos que sus ojos y sus labios se iluminaron con el gozo que sólo dispensan las más genuinas realizaciones del hombre.

Nos referimos al Capitán de Navío A.P. (r) Julio J. Elías Murgía, cuando —en trance de iniciar su última travesía—, tuvo en sus manos el primer volumen de la Historia Marítima del Perú, a manera de primicia a quien la Marina debe el Museo Naval del Perú, que con tanta justicia hoy lleva su nombre.

En 1963, Julio J. Elías Murgía era el Jefe del Museo Naval porque fue el profesional que más profundizó en el valioso venero de la tradición naval peruana, y porque puso todo su empeño en la tarea de acopiar y enriquecer las fuentes de nuestro acervo histórico. Elías Murgía fue, a la par que un distinguido jefe de la Armada, uno de sus más grandes historiadores, como lo atestiguan sus Fuentes para la Historia de la Marina Peruana y otros muchos libros y artículos, amén de su obra inédita. Pero si todo esto es verdad, es mucha más verdad que en su condición de Jefe del Museo Naval del Perú copatrocinó —con el Centro Naval del Perú—, el deseo de continuar, con afán de perfeccionamiento, lo que otros distinguidos jefes de la Marina e ilustres historiadores han investigado y escrito sobre temas tan caros a la vibración marina de todos los peruanos.

Fue, por lo tanto, miembro nato de la Comisión para escribir la Historia Marítima del Perú, su Jefe de Asesores Navales y encargado de escribir el proceso de los acontecimientos ocurridos entre 1860 y 1940, tarea a la que dedicó nueve años de vigilia, con el tesón, capacidad y buena fe que lo caracterizaron.

La muerte lo sorprendió en el empeño. A la Comisión para escribir la Historia Marítima del Perú le aflige la ausencia de uno de sus más conspicuos miembros, pero lo que nos ha dejado es tanto y tan bueno, que no será difícil aprovecharlo en beneficio del gran empeño.

Al empezar la edición del Area Histórica, nuestra nostalgia se acrecenta aún más. Sabemos que nos ha de hacer una gran falta, y queremos rendir homenaje a su memoria de hombre de pro, de enamorado de nuestro pasado naval, de escritor constante y de afinada categoría sobre temas cuyas riberas son las del mar; al amigo cuyo recuerdo ha de servirnos de acicate para —tal cual era él—, no desmayar en el esfuerzo, proporcionándonos el elan vital que demanda la realización de las metas y objetivos que inspiran la obra.

La Comisión para escribir la Historia Marítima del Perú

Epoca Prehistórica

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

Epoca Prehistórica

Hermann Buse de la Guerra

Tomo II-Volumen 1

*INSTITUTO DE ESTUDIOS
HISTORICO-MARITIMOS DEL PERU*

Lima, 1977

PRIMERA EDICION: 1972/75
SEGUNDA EDICION: abril, 1975
TERCERA EDICION, CORREGIDA: octubre, 1977

© de esta edición:
INSTITUTO DE ESTUDIOS
HISTORICO-MARITIMOS DEL PERU
Nicolás de Aranibar Nos. 744 y 748,
LIMA 14, PERU / Telfs. 71-2729 - 71-0735
Hecho el depósito que indica la Ley.

Reservados todos los derechos,
de reproducción total o parcial, la
fotomecánica y los de traducción.

Printed in Perú
Impreso en el Perú
Editorial Ausonia - Talleres Gráficos S.A.
Francisco Lazo N° 1730, LIMA 14, PERU

Diseño y Diagramación
Carlos González Ramírez

Coordinador de la Edición
Julio Alva Flores



HISTORIA

MARÍTIMA DEL PERU



Primera Parte

TOMO I — Volúmenes 1 y 2

EL MAR: GRAN PERSONAJE

Geografía y Geología - Sr. Dr. Georg Petersen Gaulke

Oceanografía - Sr. Ing. Ramón Mugica Martínez

Biología - Sr. Dr. Jorge Sánchez Romero

TOMO II — Volúmenes 1 y 2

EPOCA PREHISTORICA

Sr. Dr. Hermann Buse de la Guerra

TOMO III — Volúmenes 1 y 2

SIGLO XVI - HISTORIA INTERNA Y EXTERNA

Sr. Dr. José A. del Busto Duthurburu

TOMO IV

SIGLOS XVII y XVIII

Sr. Dr. Guillermo Lohmann Villena

TOMO V — Volúmenes 1 y 2

LA INDEPENDENCIA - 1790 a 1826

Sr. Dr. José A. de la Puente Candamo

TOMO VI — Volúmenes 1 y 2

LA REPUBLICA - 1826 a 1851

CONFLICTO PERUANO-ECUATORIANO — 1858-1859

Sr. Dr. Félix Denegri Luna

C. de N. Julio J. Elías Murguía - R.P. Armando Nieto Vélez, S.J.

TOMO VII

LA INTERVENCION DE LAS POTENCIAS EUROPEAS

EN LATINOAMERICA - 1864 a 1868

Sr. Dr. Alberto Wagner de Reyna





Hermann Buse de la Guerra

EPOCA PREHISTORICA

Indice

	Pág.
CAPITULO I	
<i>EL PAIS MARITIMO</i>	35
Las tres regiones	37
Los Llanos, como llamaron los españoles	39
El arenal de la costa, un desierto inmenso	41
Los valles: oasis, fertilidad suma, edénica	42
Los ríos	44
La frontera marítima	45
Las lomas y los manglares	46
No llueve ni truena ni relampaguea	49
La neblina lo invade todo	53
El Mar	54
Austeridad, solemnidad, plenitud oceánica	56
Respuesta a una opinión discrepante	61
La vida en el mar, lujuria de la naturaleza	64
Las islas	66
Los flagelos	69
La cordillera, "Caja de Resonancia" del mar	72
Notas al capítulo	75
CAPITULO II	
<i>LA LLEGADA DEL HOMBRE A TRAVES DEL MAR</i>	79
Fray Gregorio García: los primeros indios llegaron por mar	80
León Pinelo y el Arca de Noé salida del Perú	82
Los Tártaros poblaron América según Calancha	83
La Atlántida	86
Por tierra llegaron los primeros habitantes de América	87

	Pág.
Arribo por mar	93
El poblamiento por mar después del diluvio	96
Los continentes desaparecidos	98
Planteamiento moderno del problema	101
El inmigracionismo	104
Una variante: la ruta del Atlántico	108
La procedencia por Bering	110
El problema racial	114
En pro y en contra del polirracismo	118
Precusores de la teoría del origen oceánico	125
Planteamiento general	128
Los australianos en América	132
Los melanesios en América	134
IncurSIONES de los polinesios	139
Las tres oleadas de Menghin	143
El polirracismo de Imbelloni	144
Antigüedad del poblamiento	145
La dispersión de los primeros grupos	148
Una élite blanca en América. Teoría de Heyerdahl	155
La tradición en un Dios blanco, barbado	156
Preguntas de los uniformistas	157
La llegada del hombre blanco a América, según el mismo Heyerdahl	160
Planteamiento final	161
Notas al capítulo	163
CAPITULO III	
<i>LAS PRIMERAS ESTACIONES FRENTE AL MAR</i>	169
El poblamiento de la costa y la llegada al mar	170
Los lomerOS de la prehistoria	172
La primera experiencia del mar	173
Los primeros grupos que vivían en poblados frente al mar	178
La antigüedad de la pesca, según Tello	188
Chivateros, taller paleolítico	190
Descripción del hombre de Chivateros	192
El complejo paleolítico de Ancón	194
Las estaciones invernales de Ancón	196
Fondo común en la vida del milenario habitante de Ancón	197
Atocongo y tablada de Lurín	199
Paracas: pescadores con redes de hace 9,000 años	202
El primer hombre de Chilca: 7,000 años	204
El segundo hombre de Chilca: 6,000 años. El enigma de la red	206
Paloma: cazadores que se volvieron hombres de mar: 6.300 años	209
Cazadores de guanacos que extraían choros	211
Alimentación de los productos del mar	213

	Pág.
Recolección de mariscos	221
La pesca	222
Los pescadores primitivos de Arica, Pisagua y Taltal	224
Las redes de Paracas, entre las más antiguas del mundo	226
Anzuelos de hace 6,000 años: Chilca	227
¿Embarcaciones? El enigma de un arpón	227
Vestido	228
Collares y otros adornos. Ofrendas. El intrigante uso del coral	229
Aprovechamiento de la ballena y el lobo marino	230
Notas al capítulo	234
CAPITULO IV	
<i>EL MAR EN LA ERA PRECERAMICA</i>	237
El precerámico con algodón	239
Pesca, recolección, caza y agricultura	242
Fin del precerámico	244
Centros de ocupación humana frente al mar	245
1— Huaca-Prieta	246
2— Cerro Prieto	248
3— Los Chinos	249
4— Las Haldas	249
5— Culebras	256
6— Río Seco	257
7— Ancón y Ventanilla	258
8— Paraíso o Chuquitanta	260
9— Asia	261
La teoría de Uhle de los primitivos pescadores antropófagos	262
Los pescadores primitivos del Sur del Perú y Norte de Chile	266
Los pescadores precerámicos de Illescas	268
Anzuelos, sedales, pesas y canastas	269
Redes y flotadores	271
Embarcaciones. ¿Hubo navegación en el precerámico?	276
Alimentación a base de los productos del mar	279
Mariscos y mariscadores	282
El pescado en la alimentación del hombre precerámico	298
Las aves marinas	299
Mamíferos: el lobo marino y la ballena	300
Conchales de la costa peruana	303
Principales sitios con conchales de la costa peruana	306
1— Entre Máncora y Negritos	306
2— Boca del río Chira	306
3— Departamento de Lambayeque	306
4— Huaca Prieta	306
5— Virú	307

	Pág.
6— Guadalupito	307
7— Nepeña	307
8— Huaynuma y Tortuga	307
9— Las Haldas	307
10— Culebras	307
11— Supe	307
12— Huacho	307
13— Río Seco	308
14— Doña María	308
15— Lachay	308
16— El Teatino	308
17— Ancón	308
18— Ventanilla	309
19— Bellavista	309
20— Isla de San Lorenzo	309
21— Villa-Chira	310
22— Cruz de Hueso y Curayacu	311
23— Chilca	311
24— Asia	311
25— Paracas	312
26— Otuma	312
27— De la boca del Río Grande de Nasca a la bahía de San Nicolás	313
28— De Lomas a Camaná	314
29— Chala	314
Instrumentos diversos. Conjeturas sobre un arpon	315
Vestido y adornos	317
Cambios en la morfología de la costa	318
1— Chorrillos-Bellavista: la tierra devorada por el mar	318
2— El precerámico de Lambayeque bajo el mar	320
Maremotos	320
Notas al capítulo	322
CAPITULO V	
CLIMA. EUSTATISMO Y SILENCIOS ARQUEOLOGICOS	331
Paleoclima de la costa	332
Situación hidrográfica del mar	333
La aridez. Cuatro fases	334
Los avances del hielo, los períodos interglaciales y el postglacial	334
Los grupos humanos durante la máxima transgresión	337
Lauricocha y el <i>optimum climaticum</i>	338
Primera fase: Jalca (8000-5500 antes de Cristo)	339
Segunda fase: Yunga (5500-2000 antes de Cristo)	339
Tercera fase: Quechua (2000 antes de Cristo a la fecha)	339
El clima de la costa y los recursos hídricos	340
Un supuesto mar tropical y la prueba de la anchoveta	341

	Pág.
Las aguas subterráneas pueden ser la clave	342
Broggi y la tendencia general climática	344
Las cinco pruebas de los cambios climáticos, de Lanning y Patterson	344
Primera: el desarrollo y la extensión de los glaciares	345
Segunda: la evidencia palinológica	345
Tercera: las faunas extintas del pleistoceno final y del holoceno	345
Cuarta: la naturaleza de la sedimentación y de la erosión	345
Quinta: los cambios en el nivel del mar	345
El arenamiento de la costa	347
Influencia de la Corriente Peruana en los últimos 10,000 años	349
Eustatismo, transgresiones y regresiones	349
Eustatismo y agricultura	351
La condición fría del mar y las lomas	358
El antiguo paisaje de la costa	359
Los "Silencios Arqueológicos"	362
Primer período	363
Segundo período	363
Tercer período	363
Cuarto período	363
Quinto período	364
Sexto período	364
Sétimo período	364
Octavo período	364
El desierto, el agua y la evolución del clima	365
Eustatismo	366
Las aguas freáticas y la fluctuación del nivel del mar	368
El caso de Paracas	376
Notas al capítulo	378
CAPITULO VI	
MIGRACIONES TARDIAS Y CONTACTOS	
TRANSPACIFICOS	
De Bastian a los difusionistas actuales	381
Origen asiático, general y oceánico de la cultura americana	382
1— Migración australoide	389
2— Migración negroide asiática	390
3— Migración algonquina	390
4— Migración esquimal	391
5— Migración mongoloide	391
6— Migración melano-polinesia	391
Origen chino	398
El difusionismo en Latinoamérica	402

	Pág.
Heyerdahl. Oceanía poblada desde América	409
¿Los peruanos poblaron Pascua?	412
Pueblo de navegantes trajo la agricultura de Asia	415
Refutación a la teoría de Dittmer	422
Heine-Geldern y el origen de la metalurgia	423
El Kuroshio, la corriente prodigiosa	428
Antecedentes de la teoría del Kuroshio	431
La teoría de Evans, Meggers y Estrada	433
Rasgos comunes, yacimientos japoneses y prueba cronológica	436
Apoyo de Engel	437
El viaje a través del Pacífico, hace 5,000 años	438
El anti-difusionismo	442
Posibilidad y certeza de los viajes a través del Pacífico	446
La teoría del junco chino	450
La leyenda del Fu Sang	458
Los chinos en Lambayeque y otros respaldos históricos	461
Los polinesios, ¿llegaron a América?	463
Las migraciones de los polinesios	466
El salto a América	469
¿Alcanzaron los melanesios la costa peruana?	472
Elementos comunes del mundo oceánico y América	476
Algunas similitudes específicas	479
Nexos lingüísticos transoceánicos	487
La propagación florística a través del mar	489
La calabaza y el mate, ¿aventura marítima?	499
El camote	507
El coco, el algodón y el maíz	511
Notas al capítulo	517
CAPITULO VII	
<i>RELACIONES CULTURALES ENTRE EL PERU Y CENTRO AMERICA</i>	525
Antecedentes	531
La teoría del Uhle. Presentación	532
La partida de Centroamérica. Causas. La presión demográfica	532
La vía marítima	534
La costa peruana, región receptiva	535
La teoría general	536
Los sellos centroamericanos	540
Los seguidores de Uhle	542
Contactos arcaicos	548
Remotas relaciones marítimas entre el Perú y el Ecuador	550
Alguna relación, muy débil	554
Mutua influencia	558
Chavín alóctono: origen mexicano	561

	Pág.
La teoría de la "Marea Cultural"	564
Rivet y Lothrop: metalurgia peruana en México	568
Mangelsdorf y el misterio del maíz	574
Intercambio restringido de ideas: la decoración negativa	576
Tello y el autoctonismo	579
Notas al capítulo	583
CAPITULO VIII	
<i>MITO Y RELIGION</i>	587
El mar en la religión	589
El culto al mar a través de los cronistas	590
Mamacocha en el dibujo de Juan de Santa Cruz Pachacuti	599
Sentimientos del hombre hacia el mar	613
El mar, residencia de Viracocha	620
El mar, Pacarina	625
El mar, Averno	626
El mar, cosa espantable, terrorífica	632
El mar, albergue del sol	634
Viracocha, Creador y Ordenador, desaparece en el mar	635
Viracocha, "Espuma de la mar"	642
Viracocha: ¿divinidad suprema o heroe cultural?	643
Pachacámac, creador del mar, de las islas y los escollos	646
Coniraya y Cavillaca. Las islas de Pachacámac y la creación de los peces	650
El mar rebosante y la leyenda del diluvio	653
Un mito cultural de la costa norte relacionado con el mar	656
Otros mitos y leyendas religiosas tocantes al mar	665
Con, Cons y Tunupa	667
Las islas, lugares sagrados	670
Sacrificios y ofrendas en las islas	674
Las islas, tierra o refugio de los muertos	676
La isla de La Plata	687
La isla de Santa Clara	690
San Lorenzo y Chincha	691
El guano, magia	693
El Acataymita, la fiesta del goce erótico	695
La costa, el país de los muertos	702
En pro y en contra	705
El camino hacia el sol: una leyenda sobre el país de los muertos	709
Navegación de ultratumba: balsas y velas para los espíritus	711
Actos propiciatorios, ceremonias y fiestas públicas	713
Ofrendas al mar para Viracocha	714
La fiesta de la Situa y el Opacuna	716
La fiesta de la siembra con pescadores	719
La fiesta del agradecimiento por los bienes recibidos	719

	Pág.
En la confesión, los pecados iban a la mar	721
Las conchas del mar: cosa sagrada o mágica	725
Diversas ofrendas de conchas marinas	727
Medicina, hechicería, adivinación y sortilegios con las conchas de mar	733
El mullu, ofrenda del más alto valor	734
Arena del mar en la plaza del Cusco	738
La prohibición de la sal	741
La religión lunar	752
El pez y el símbolo ictiomorfo	756
El pez en Moche y Paracas	759
El pez en Pachacámac	760
El monstruo marino de los nasca	761
El Boto en el arte Nasca	768
Deificación, Antropomorfización, Felinización	770
El pez Chavin: ¿marino o fluvial?	771
El culto al mar en Pacasmayo	776
La religión mochica	777
Idolatrías de los indios pescadores de Huacho	779
Ancón y Pachacámac	780
Nasca y su divinidad marina	781
El águila marina, ave mitológica de los mochicas, deidad de la guerra	785
El culto a la ballena	787
Los colosos marinos de las pampas de Nasca	790
La nutria o gato marino	793
El lobo de mar en una trinidad mitológica	795
El proteico cangrejo: dios y demonio	796
El caracol demonio	800
Metamorfosis del caracol marino	803
Notas al capítulo	805

Tumi ceremonial de oro, de 22 quilates, que representa en la empuñadura un idolo con tres conchas marinas de adorno en la cabeza, una de ellas, la del centro, de turquesa. Dimensiones: 35 centímetros de alto y 12.5 de ancho. Peso: 459 gramos. Las orejas también son de turquesa. (*Chimú*. Costa Norte, departamento de La Libertad. Siglos VIII - XII de nuestra era. Museo Oro del Perú. Fundación Miguel Mujica Gallo. Catálogo: V 18-2444. Foto: Manuel Romero).





Caracol de oro, de 22 kilates, 17 centímetros de largo, 5 de diámetro mayor y 73 gramos de peso. El desarrollo en espiral perfecto termina en extremos puntiagudos.
(Chimú. Costa Norte, departamento de La Libertad. Siglos VIII - XII de nuestra era. Museo Oro del Perú. Fundación Miguel Mujica Gallo. Catálogo: V 24-2904 Foto: Manuel Romero).

Capítulo I
EL PAIS
MARITIMO

Situado en la parte central occidental de América del Sur, dentro de la zona tórrida, el Perú abre sus puertas al mundo exterior a lo largo de un frente marítimo de más de 2,300 kilómetros, que pasa los tres mil si se consideran las sinuosidades de su dilatado desarrollo. Este frente marítimo, que representa algo más del 30% del perímetro del territorio nacional, se halla comprendido entre la frontera con Ecuador, aproximadamente a los 3° 25' de latitud meridional, y la frontera con Chile, a los 18° 20'. Se caracteriza notoriamente por un perfil litoral muy sencillo, en el que casi no hay entrantes ni salientes de mayor importancia. Vista desde el mar, la tierra tiene un aspecto uniforme, de pobrísima o nula verdura. Salvo en los abanicos terminales de los valles, donde el hombre desde tiempo inmemorial trabaja intensa y metódicamente la tierra, extrayendo de ella inmejorables frutos, la totalidad es yerma, y el desierto campea en forma de pampas o tablazos e inmensas acumulaciones onduladas de arena. En la parte central y, sobre todo, en el sur, la tierra llega al mar en forma de espesas comunidades de cerros, que no son sino estribaciones en las que se apoya el colosal, y a lo lejos dominante, sistema orográfico de los Andes, el más extenso del mundo y con cumbres que sólo ceden en altura a las de los sistemas asiáticos.

El país, pues, muéstrase monótono e inexpresivo cuando se le aborda por el mar; y la visión, en verdad, no mejora, aunque sí ampliase subyugantemente, cuando desciende de la ventanilla del avión. Vista desde lo alto, la Costa se identifica, morfoló-

gica y paisajísticamente, con el flanco occidental de los Andes y prácticamente desaparece como región de fisonomía y modalidades propias. Véase así que el tremendo personaje andino, con su aplastante fuerza y su soberbia inaudita, todo lo domina. Sólo le queda a la pretensa costa la impronta del mar; y el mar se convierte de esta guisa en el factor dominante, al lado de la cordillera lejana que baja con sus estribaciones, del paisaje y de la estructura geográfica general.

Pero así, desierta, en casi toda su extensión negada para la vida, con sólo estrechos oasis transversales en los que el agua escasa que baja de la cordillera alienta admirables aunque restringidas formas de vida, de un color gris que acentúa el techo de nubes que casi todo el año la acompaña, breve y sin perspectivas por los cerros, los médanos y los infaltables mantos de neblina, la Costa ha sido escenario, gracias a la buena tierra y al fecundo apoyo brindado por el mar, de uno de los programas de establecimiento humano más interesantes de la historia: un programa desarrollado en muchos siglos, en varios milenios, que, por sus logros en todos los campos de la actividad no tiene paralelo en parte alguna de América e iguala a los más notables y dignos de alabanza del mundo entero.

Los primeros pasos del hombre sobre la tierra costeña, precursores de su posterior afincamiento, datan, probablemente, de diez, doce o catorce mil años atrás. En aquel tiempo, otras, distintas a las actuales, eran las condiciones geográficas generales y climatológicas en especial, que reinaban sobre la tierra próxima al mar. El hombre fue acogido por ciertas circunstancias que hoy han desaparecido, y desde ese momento, merced a tal acogida, la Costa no más volvió a ser tierra deshabitada. La historia del establecimiento humano en esta región colindante con el mar —en esta región, sobre todo, directa e intensamente influida por el mar—, se ufana, por lo tanto, de un remoto pasado, no ya medible en siglos sino en milenios. Durante siglos y milenios, el hombre trabajó tesoneramente a la vista de la inmensa y plateada —rara vez azul— superficie líquida; extrajo los productos del mar y de la tierra para vivir; luchó contra las adversidades; se sobrepuso a los infortunios; elaboró pacientemente sus programas y se resignó también a muchos fracasos; pero, al final, coronó con el más estupendo triunfo esos milenios de trabajo y esfuerzo, esa historia larga de conquista, esa permanencia, al margen de todos los avatares, en la tierra yerma que el mar suavemente baña. Cuando llegaron los españoles, al promediar la primera mitad del siglo XVI, florecían o habían florecido magnificas culturas en la Costa; y el mar, en gran parte por su apoyo, guardaba en su retina de eterno observador la imagen de un pueblo de milenaria estirpe que en los valles y quebradas,

en las tierras ganadas al desierto, a lo largo de las playas o al pie de los promontorios, ora habitante de villorrios, ora de urbes inmensas, sencillo en sus etapas aurorales y refinado y lujoso en los períodos clásicos, había levantado un edificio cultural que aún asombra a la humanidad.

LAS TRES REGIONES

El sistema orográfico de los Andes cubre el territorio peruano, con la plenitud de una ancha faja, de norte a sur y determina sus características principales.

Por la predominancia de los rasgos cordilleranos, resulta, así, el Perú, por el lado del mar, un país esencialmente andino, y esta condición, no obstante la pretendida existencia de la Costa, se prolonga, casi de un extremo a otro, hasta el mar.

Hacia Levante, los ramales y contrafuertes de este colosal sistema se hunden en la llanura que riegan los grandes tributarios del río Amazonas. Aquella es la región de la Selva, llamada de antiguo *Montaña*, océano de vegetación, llanura interminable que si no fuera por el macizo del Matto Grosso y los relieves orientales del Brasil, llegaría ininterrumpida hasta el Atlántico. Es una región perfectamente diferenciada, con rasgos inconfundibles, cuyo manto verde trepa las laderas orientales de los Andes y crea una zona de transición llamada *Ceja de Montaña*, asperísima, impenetrable, rebosante de humedad, invadida todo el año por la neblina.

Por el Poniente, en cambio, las estribaciones andinas, más cortas que las del Este, bajan abrupta y rápidamente formando profundas quebradas que se angostan a veces en estrechísimos e imponentes cañones, y no cesan en su brevedad hasta el mar. Sólo en algunas partes, como en Piura e Ica, la Costa se resuelve en forma de extensos *tablazos* o llanuras desérticas, en los que la invasión de la arena es persistente; el resto, en cambio, de la pretendida región de la Costa es sólo flanco andino, que desde la divisoria hidrográfica no para hasta el mar, y se hunde en él, sobresaliendo después en forma de peñascos, islotes y algunas islas de mediana dimensión, escarpadas e inaccesibles por su propio carácter de cumbres hundidas. La Costa, así, deja de ser un concepto topográfico y se convierte en un concepto meramente climatológico. Es, en suma, el flanco occidental de los Andes hasta donde el mar deja sentir su influencia.

No obstante, desde antiguo se habla en el Perú de *las tres regiones*, y sólo discútese en torno al nombre de la tercera: *Selva* o *Montaña*.

La idea de las *fajas regionales* siempre ha estado presente en la geografía del Perú y ha sido considerada como una verdad

incuestionable. El P. Cobo fue uno de los primeros en escribir en forma sistemática sobre la geografía del vasto y multifacético país de los Incas, ya ganado definitivamente, en su época, a la dominación de España, y dejó de él la siguiente escueta descripción regional: "... dividiremos —dice— la tierra del Perú en tres partes o regiones, que son como tres fajas angostas que corren a todo lo largo de este reino ... La *región y faja oriental* abraza las vertientes y faldas de la sierra que miran al oriente y llamamos *Andes* (corrompido el nombre *Anti*) y *tierra yunca*; la segunda faja en la misma *sierra* ... ; y la tercera comprende las vertientes y faldas occidentales de la misma sierra, que es la región que nombramos *Llanos*"¹.

En parecidos términos pero al influjo de la misma idea se expresó el cronista de las guerras civiles Pedro Gutiérrez de Santa Clara: "Pues todas estas tierras y provincias —dejó dicho— se dividen en tres cordilleras o caminos, que son los *llanos*, que están por la costa de la mar; y la *serranía* que llaman menor, y los *Andes*, que son unas sierras bien ásperas y confragosas y de muy grandes pizarrales, y como son altísimas, están casi todo el año muy blancas de la nieve..."².

No obstante ser viajeros consumados y a veces buenos observadores, la idea que tuvieron los cronistas de los siglos XVI y XVII del sistema de los Andes fue, por lo general, confusa. Diferenciaron indebidamente los *Andes* de la *Sierra* y volcaron toda su admiración por las "cimas encumbradísimas" y los "valles enhiestos y desesperados" del otro lado de las cadenas occidentales. Era aquella la tierra inalcanzable, portento de la naturaleza, digno pedestal de la creación: "... y ahora vengamos a tratar de la tercera cordillera, que son las tierras que todos llaman de los *Andes*, que por ser tan asperísimas y muy altas y encumbradas, que en todo el año están nevadas, no se andan ni caminan, por su maleza y escabrosidad. Porque el Criador de la naturaleza puso aquella nevada y horrible cordillera de peñas vivas y cumbres muy altas y valles enhiestos y desesperados, para que los hombres no se atrevan ni osen entrar ni pasar por ellos ... A esta causa son inhabitables y despobladas, que no tienen árbol ni yerba, mas empero tienen en lo baxo destas sierras nevadas, unos valles hondos y calientes, aunque de mucha frescura, en donde habitan muchos indios en muy grandes poblaciones ... en donde hay todo lo que han menester para substentar la vida humana"³.

Abundaron otros cronistas de la misma época en análogos conceptos y, puestos tácitamente de acuerdo por el uso convencional aunque algo impropio que se dio a las palabras, desembocaron en las mismas expresiones. Así, Cieza de León, de quien haremos pronto una transcripción más amplia, dejó dicho

"... estas tierras del Perú son tres cordilleras o cumbres desiertas"⁴. Fray Martín de Murúa reseña: "Toda esta tierra se divide en llanos, sierras y Andes. Todas tres partes diferentísimas..."⁵. Igual hizo Francisco López de Gómara: el "Perú... lo dividen en tres partes: en llano, sierras y Andes"⁶.

Pero, no empece las confusiones, explicables por la falta de una observación mejor y los criterios menguados de la época, la determinación regional del Perú por los geógrafos (muy pocos) y los viajeros y cronistas de la época (más interesados estos últimos por los acaeceres de los españoles y los hechos de los Incas del imperio fenecido que por los rasgos del territorio) la hemos de tener hoy por plenamente válida en cuanto ella parte, acertadamente, de la orografía como factor condicionante del relieve, del clima y de las formas biológicas de ocupación.

LOS LLANOS, COMO LLAMARON LOS ESPAÑOLES

Antes de recibir de la geografía el nombre, ya universalmente aceptado, de *Costa*, con el que ha quedado, esta región fue denominada por los españoles *los Llanos*. Así la distinguieron, en la geografía embrionaria pero sincera de la época de la Conquista y centuria siguiente, todos los cronistas e historiadores, unos por propia iniciativa, otros siguiendo a los primeros; pero, los más descuidaron sus verdaderos rasgos morfológicos y sólo unos pocos no se dejaron ganar intonsamente por el espejismo; éstos, ante la idea impropia o exagerada de *los Llanos* interpusieron su refutación.

El que con más claridad expuso que la llamada región de *los Llanos* no era estrictamente tal, y sí, por el contrario, tierra con no poca frecuencia "doblada", áspera, de montes y quebradas, fue el ya citado Padre Cobo: "De las tres regiones y fajas en que dividimos el Perú, es la tercera y occidental la *maritima llamada Llanos*, que cae entre la mar y la sierra general. Diéronle este nombre no porque toda la tierra que se comprende en ella sea llana, sino porque los españoles que descubrieron y conquistaron este reino entraron en él y comenzaron su pacificación por la costa septentrional de la provincia de Piura, diócesis de Trujillo, que es de muy grandes llanadas de arenales secos, a los cuales llamaron *Llanos* y después se fue extendiendo este nombre hasta venir a comprender en él a toda la costa del Perú que participa del mismo temperamento de los dichos arenales; *aunque la mayor parte de esta región es tierra doblada*"⁷.

En verdad, a los ojos de la moderna geografía, la *Costa* no es una llanura, como aún, falsamente, se quiere enseñar en algu-

nos textos de nivel elemental. Es sólo un ribete, con muy escasa tierra plana (salvo en los sectores de alzamiento del norte y al sur de la Península de Paracas), que pertenece al flanco occidental del sistema andino y que toma, por ende, de él muchas de sus características dominantes. Pero, si topográficamente no se individualiza, climatológicamente sí por la influencia del mar, que resulta, entonces, un factor determinante de sus rasgos peculiares externos.

El citado Cobo fue uno de los que mejor vio la Costa como unidad regional, e insistió en su carácter de "tierra doblada". Añadió al párrafo que acabamos de reproducir para afirmar más su punto de vista: "Toda la tierra de estos *Llanos*, sacando los valles, es de arenales secos ...La *tierra doblada* es de cerros y *sierras fragosas y ásperas*, parte de arena y la más de pedrisco, rocas y peñascos ...". Después se refirió a los caminos que, como los de la Sierra, también trepan audazmente a los cerros y se desarrollan al borde de abismos, por lo hondo de los cuales braman los ríos: "...es cosa donosa de que no pocos [se] burlan, que llamemos *Llanos* a tierra de tan ásperos montes y empinados pedriscos..." Mas, al final, el acucioso y exigente geógrafo —que de tal hemos de tener al P. Cobo— no tuvo más camino que rendirse a la fuerza de la costumbre y al uso: "... ya este nombre [el de *Llanos*] está recibido no porque toda la tierra que comprende sea llana, sino para significar con él la que es de esta calidad y temple..."⁸.

Cieza de León, el *Príncipe de los Cronistas*, también supo ver con ojos de geógrafo la verdadera naturaleza de los *Llanos* y no se dejó ganar por la impresión que en el ánimo produce la aparente tersura y monotonía de los desiertos norteños, puerta de entrada, entonces, al país de los Incas. De sus viajes por la Costa y la Sierra, a todo lo largo de ambas regiones, realizados en la mitad del siglo XVI, sacó la verdadera imagen del Perú: "...estas tierras del Perú son *tres cordilleras* o cumbres desiertas.... La una de estas cordilleras es la montaña de los Andes, llena de grandes espesuras... La otra es la serranía que va de luengo desta cordillera o montaña de los Andes, la cual es frigidísima y sus cumbres llenas de grandes montañas de nieve, que nunca deja de caer... *La otra cordillera hallo yo que es los arenales que hay desde Tumbes hasta más adelante de Tarapacá*, en los cuales no hay otra que ver que *sierras de arena* y gran sol que por ellas se esparce, sin haber agua ni yerba ni árboles ni cosa criada..."⁹.

EL ARENAL DE LA COSTA, UN DESIERTO INMENSO

La Costa (antes, los *Llanos*) está formada principalmente por arenales o desiertos, que reciben los nombres de *pampas* o *tablazos*, y valles. Los arenales son tierra muerta; los valles, tierra vitalísima, de fecundidad asombrosa, que el hombre se ha encargado, con su trabajo y los fertilizantes, de agraciar más aún, tornándola excepcionalmente fecunda para todos los cultivos que se avienen al clima de que disfruta.

El arenal domina y es el personaje principal pero tan sólo por su tamaño o magnitud porque cede naturalmente en importancia al valle por lo que éste ha dado al hombre y lo mucho que ha favorecido al surgimiento y desarrollo de la cultura. Las arenas —de procedencia andina (producto de la meteorización de las rocas) bajadas al mar por los desagües fluviales y devueltas al continente por el oleaje y los vientos, hasta el confín remoto de los cerros— enseñorean la Costa de un extremo a otro, desde Tumbes hasta las pampas terriblemente secas del norte de Chile y desde las playas que el mar lame hasta los primeros contrafuertes andinos. La costa peruana es un desierto que rechazaría la vida en todas sus formas si no fuera por la amabilidad de los valles, que ríos violentos en verano y lánguidos en invierno alimentan con los aportes de la cordillera occidental. Son alrededor de 185,000 kilómetros cuadrados de zona árida costera, sin agua alguna de escorrentía¹⁰; tierra totalmente seca, yerma: cubierta, parte, por las “rocas y pedriscos” de que hablaba Cobo, y parte, la mayor, por la arena, de la que todos los viajeros, de todas las épocas, han dado cuenta, impresionados. “Así la llana como la doblada es tierra sequísima y pelada —dejaba dicho el tantas veces citado Cobo—, sin yerbas ni arboledas ... En los altos y en los bajos hay *grandas médanos de arena*, que mudan los vientos de una parte a otra...”¹¹.

Las arenas, en efecto, se desplazan lentamente impelidas por los vientos. El viento llamado *virazón*, que sopla por las tardes de la mar a la tierra, levanta los gránulos y en masa los transporta, en forma de *barcanas*, hasta formar grandes montículos, que son los *médanos*. Hay montañas altísimas de arena, como aquellas llamadas *dunas compuestas* que barren las pampas desoladas de Virú, en el departamento de La Libertad; o como aquellas otras, piramidales y empinadas, que el sol de tarde trabaja con los mejores tonos de la luz y de la sombra, de Ica, en comunidad fantástica desde la orilla del mar hasta los cerros bermellones del otro lado del valle.

El desierto de *Sechura*, que empalma con el *despoblado de Olmos*, en los departamentos de Piura y Lambayeque, tiene 14,000 kilómetros cuadrados de extensión; por su tamaño y

sequedad sólo se le puede comparar con los desiertos del norte de Chile. Sobre esta tierra desolada y yerma, como sobre las demás de su tipo, jamás cae una gota de agua del cielo, salvo que se produzca algún trastorno climático. Más allá de San Miguel de Piura, indicó Gutiérrez de Santa Clara narrando el viaje de los conquistadores hacia Cajamarca, pasó la hueste “por unos desiertos y caminos *muy arenosos*, en donde hace grandísima y vehemente calor, que parece que abrasa y quema el sol, y por aquí *nunca se ha visto jamás llover*, a lo que los naturales se acuerdan”¹². Tratando de la geografía del país, Agustín de Zárate explicó: “... toda la distancia que hay desde las montañas a la mar ... se llama *los Llanos*, y todo lo demás se llama *Sierra*. Estos *llanos* son *muy secos y de muy grandes arenales*, porque no llueve jamás en ellos, ni se halla fuente ni pozo ni otro ningún manantial. Mantiénense del agua de los ríos que descienden de la Sierra ...”¹³.

Considerado en su totalidad (por el sur, hasta la mortal vastedad de Atacama y la pampa del *Tamarugal*), este es el *desierto costero occidental más grande del mundo*. Lo dice un bien informado experto norteamericano en zonas áridas: “A los pies de la Cordillera de los Andes bordea el Océano Pacífico, por espacio de 3,700 kilómetros, el desierto costero occidental más grande del mundo. La parte meridional de este desierto, se conoce con el nombre de Atacama. La septentrional, situada en el Perú, no tiene ningún nombre oficial reconocido en las geografías: sencillamente se le conoce con el nombre de la *Costa*”¹⁴.

Su carácter costero o marítimo es esencial para la mejor comprensión del fenómeno del arenamiento que le ha dado origen en los últimos milenios. Este rasgo o vio López de Gómara, tradista de las Indias: “Lo *llano*, que es arenoso y muy caliente, *cae a orillas del mar*; entra poco en la tierra, pero se extiende grandemente junto al agua ...”¹⁵.

LOS VALLES: OASIS, FERTILIDAD SUMA, EDENICA

Pero, aunque la arena predomina —y habría imperado en forma absoluta si no hubiera sido por el hombre que con sus programas de irrigación y cultivo de la tierra, desarrollados desde tiempo inmemorial, le puso atajo—, no es el único ni el principal personaje de la Costa. Del nivel de los cuatro a cinco mil metros del flanco occidental del sistema andino, procedentes de lagunas, de heleros o simplemente de cuencas colectoras estrechas y no siempre, por desgracia, bien favorecidas, bajan con marcada irregularidad —abundantes en el verano, mezquinas en el invierno: nueve meses al año, de abril a noviembre— aguas torrentosas que han cavado en el curso de los últimos periodos

geológicos profundas quebradas, abierto impresionantes cañones de paredes enhiestas que ahora se empinan cientos de metros, y acumulado, en su valle bajo, potentes capas de material aluviónico, un tesoro para la agricultura por la bondad y riqueza de sus suelos.

El valle no sólo es riqueza, posibilidad de vida, emporio, sino también alegría, nota amable y risueña en medio de tanta adustez de las montañas del este y tanta opacidad y melancolía de los desiertos. El valle, en medio de la muerte que representa la arena, es la tierra acogedora, el gran solar de la humanidad costeña. Pero, como no hay más de cincuenticinco ríos (y, entre ellos, muchos eventuales), esta tierra acogedora en realidad es escasa y, en todo caso, brevísima. Redúcese a meros listones de vegetación donde el agua de los arroyos, al saltar entre las peñas, canta, mezclando su canto con el igualmente melodioso de los pájaros y con los otros cantos de la naturaleza. Ya cerca del mar, estos listones se ensanchan un poco y terminan trazando entre los arenales la forma elemental pero promisoría de un abanico o cono, en el que la tierra luce con los mejores tonos del verde, que es, en medio del ocre o el gris de las pampas, el color de la vida.

Son, pues, los valles, oasis alargados y en pronunciado declive: arriba, en la quebrada, angostísimos, apenas vértice en el tajo de los cerros; abajo, anchos, dentro de la anchura que permite el asedio constante de la arena.

El minucioso e infatigable, y al par de ello, buena pluma, Cieza de León, observó, según lo dicho, cómo las montañas insensiblemente se abren y hacen quebradas, y cómo después las quebradas se tornan valles floridos y generosos para la vida. Estos "ríos de los Llanos —escribió— entran por los espesos arenales que en otra parte he dicho y se extienden por ellos, y de la humedad del agua se crían grandes arboledas y hácese unos valles muy lindos y hermosos . . . Y en todo el término donde hay arboledas es la tierra sin arenas y muy fértil y abundante. Y estos valles fueron antiguamente muy poblados . . . Y para hacer los indios sus sementeras, de los ríos que riegan estos valles sacan acequias tan bien sacadas y con tanta orden, que toda la tierra riegan y siembran, sin que les pierda nada. Y como es de riego, están aquellas acequias muy verdes y alegres, y llenas de arboledas . . . De manera que, aunque he figurado al Perú ser tres cordilleras desiertas y despobladas, dellas mismas por voluntad de Dios salen los valles y ríos que digo . . ."¹⁶

El contraste es uno de los rasgos dominantes del paisaje de la Costa, y los viajeros de todas las épocas lo han destacado. Así, pues, como si fuera expresión de la vida misma, la cual no existe sin la muerte, y ésta sin aquélla, la Costa es sucesión, trecho

a trecho, de extensos desiertos y valles fertilísimos, de pampas hostiles y valles acogedores en los que todo es ameno y deleitoso. "Los *Llanos* corren toda la costa de la mar hasta Chile desde Tumbes; casi mil leguas de largo ... Y en unas partes más y en otras menos, en esta distancia hay *grandísimos arenales* en unas partes y en otras, *tierras fertilísimas*, las cuales se riegan de los ríos que bajan de las sierras altas con raudales y corrientes furiosas, de los cuales se sacan acequias con que, a sus tiempos y razones, soltándolas, empapan la tierra, y la empreñan para dar los frutos colmados ..."¹⁷.

LOS RIOS

Los valles son un don de los ríos. Estos bajan de la cordillera y nutren con sus aguas la tierra, haciéndola fecunda.

Pero, los ríos de la Costa son asaz irregulares. De doce meses del año sólo existen con plenitud, tres. Se cargan de diciembre a marzo y el resto languidecen que es una pena. El río Chira, por ejemplo, del departamento de Piura, puede tener repuntes de mil metros cúbicos de agua por segundo; puede salirse de madre e inundar extensas tierras, causando severos daños a la agricultura y a la propiedad en los poblados vecinos a su cauce; puede, incluso, sobrepasar los grandes puentes que la ingeniería moderna ha tendido entre sus orillas para la comunicación de las ciudades, pero, a pesar de estos alardes de pujanza, en invierno baja su volumen a cantidades insignificantes y hasta llega a secarse totalmente, siendo entonces su lecho un arenal polvoriento que se confunde con el arenal jamás regado de las proximidades. El río Rímac llega en los meses de *avenida* a trescientos metros cúbicos por segundo y pone en peligro todos los años los barrios de la capital imprudentemente instalados al lado de sus inestables orillas, y pone en peligro también las grandes plantas construidas para el aprovechamiento hidroeléctrico de sus aguas, pero bruscamente en el mes de abril desciende de ese aforo extraordinario al mísero de diez metros cúbicos, insuficiente para las demandas de Lima. Y todos siguen, más o menos, esta suerte. Por lo tanto: ríos irregulares en grado sumo: destructores y feroces, hasta dañinos, en verano; arroyuelos humildes en invierno. Así los vio el P. Cobo, y contó la pintoresca pero nada favorable conducta de estas corrientes: "... traen de invierno de diez partes las nueve menos de agua que de verano, porque con las muchas lluvias que por este tiempo caen en la cordillera general crecen notablemente, vienen con gran corriente y muy turbios y pocos dellos se dejan vadear. De invierno traen el agua clara y se pasan todos por vado. Algunos, habiendo corrido no pocas leguas se sumen en

los arenales antes de llegar a la mar, mayormente por el invierno. Todos traen gran ruido respecto de ser el suelo de peñas y guijarros ...¹⁸

Bajando de la cordillera a trechos distanciados y siendo ellos, como se ha dicho, muy angostos, predomina en el aspecto general de la Costa, pues, el desierto. En otro tiempo, los viajeros de la Costa se imponían esfuerzos desmedidos bajo las terribles condiciones del calor, la falta de sombra y la escasez absoluta de agua sobre tramos interminables. Por esta razón, sin duda, fue más notorio que ahora el contraste entre valle y desierto y tanto las crónicas de los viajeros como la incipiente literatura geográfica de entonces se desbordaron, aunque justicieramente, en elogios dirigidos a la lozanía, a la hermosura, a la tibieza primaveral del ambiente y a la fronda de los huertos de los oasis deleitosos de la Costa. Los viajeros de aquella época habrían deseado de la voluntad de Dios más piedad en la colocación de los valles, queriéndolos, para mitigar sus fatigas y abreviar los esfuerzos, unos más cercanos a los otros. Pero, no: allí estaban con buenas leguas de separación, con calor sofocante y sed de muerte, como lo notó Zárate: "Estos rios están apartados unos de otros algunas veces doce y quince leguas, pero lo más ordinario es a siete y a ocho leguas. Por las orillas destos rios ... hay muy grandes frescuras de arboledas y frutales y maizales, que los indios siembran ... La frescura destos valles dura de largo ... desde la mar a la Sierra ..."¹⁹

LA FRONTERA MARITIMA

La *Costa* o los *Llanos* según la denominación de los españoles de la época de la Conquista, o el *desierto costero occidental* de América del Sur como dicen los geógrafos y especialistas en zonas áridas, con sus 3,700 kilómetros ininterrumpidos de frontera oceánica, corre desde Tumbes, por el norte, hasta las tierras de Copiapó, en Chile, por el sur. Más allá de Tumbes y más allá de Copiapó, la aridez termina y las lluvias son fuertes, cubriendo la tierra de abundante vegetación: la del Norte tropical, densa, propia de la floresta, y la del Sur templada, bien repartida, persistente sin euforias.

Los escritores de la centuria de la Conquista y de la siguiente, no llegaron a tener una idea cabal de la verdadera extensión de este inmenso desierto. Unas veces calcularon mal, sin mayor culpa por la falta de medios a la sazón para precisar las operaciones, y otras veces confundieron el *frente desértico* dirigido al mar y el *frente político* de las gobernaciones. Zárate dijo primero: "La tierra del Perú ... comienza desde la línea equinoccial adelante hacia el mediodía ..."²⁰; pero, poco más adelante señaló para

el *frente marítimo* un total de 1,800 leguas, salido de toda propiedad: "... la tierra del Perú, que es desde la ciudad de Pasto, donde comienza, hasta la provincia de Chili, que agora está descubierta . . . tiene más de mil y ochocientas leguas, más largas que las de Castilla . . ." ²¹. Antonio de Herrera se limitó a una determinación política aproximada: "La ciudad de Puerto Viejo . . . está en su distrito de el Passao, que es el primer puerto de la tierra del Perú, y de él, y del rio Santiago, comenzó la Gobernación del Marqués D. Francisco Pizarro . . ." ²².

Hace unos años Roberto Levillier estudió el problema y aplaudió el acierto —uno más para su nombre y fama de geógrafo— del P. Cobo. En su libro sobre los Incas, Levillier dijo: "La línea de la *costa* ha sido para los cronistas irremisible fuente de errores. Cieza habla a menudo de 1,200 a 1,300 leguas de largo; Sarmiento se equivoca de igual manera; Lizárraga hace lo propio; Garcilaso usa la misma cifra y esto sigue hasta nuestros días. El único en acertar es el Padre Cobo, al estimarla en 800 leguas. En efecto, según cálculos hechos a compás, la longitud de costas siguiendo más o menos lo que podría ser una línea de navegación medida gráficamente, resulta de 5,076 kilómetros, o sea a razón de 17 1/2 leguas por grado geográfico, 802 leguas" ²³.

LAS LOMAS Y LOS MANGLARES

Pero, no solamente los valles, con su concentrada riqueza de verdor, rompen la yerma monotonía, silente y ocre, del desierto. Hacia las tierras altas, por el camino de las estribaciones andinas, pero muy cerca relativamente del mar, la lluvia fina de la Costa, llamada *garúa*, y la persistente neblina de los meses invernales, fomentan un jardín lozano que se viste de junio a setiembre del más variado muestrario de hojas y flores, éstas de todos los colores. Los limeños excursionistas conocen la maravilla de este fenómeno en los cerros de *Lachay*, un poco al norte de Chancay, camino a Huacho.

Es un verdadero fenómeno, en cuanto increíble manifestación de la naturaleza y prueba de la proteica conducta del desierto. Lo que es desolado, opaco y repelente en los meses caldeados del verano se torna de pronto, al conjuro del agua atmosférica constituida por finísimas gotas que flotan en el aire, un oasis denso de vegetación con toda la gama cromática de las más lindas flores, en medio de una tierra, si ayer seca, ahora profundamente húmeda, propicia para todas las apetencias botánicas. Mientras en la superficie florecen diversas plantas de raíz bulbosa que tienden, como por arte de magia, una pintoresca alfombra sobre el desierto, los árboles de tallo robusto reverdecen y estallan en miriadas de yemas, y el agua refresca las cortezas

arrugadas por la sequía estival, y de las copas en formación cuelgan bejucos como en los apretados bosques de la otra vertiente.

Paralelamente, bajan de la Sierra, atraídos por el llamado de este vergel, los animales: ora los silvestres, como el venado, ora los ganados al control del hombre, como las cabras, en inmensos rebaños, para pasar la temporada.

Este es el fenómeno de las *lomas*, que pone pinceladas de color y vida inimitables en medio de la adustez de los cerros y la soledad de las pampas arenosas. Se explica este fenómeno, única y sencillamente, por la acción refrescante y humedecedora de las *garúas* y de los mantos persistentes de la *neblina*. Los árboles, al contacto con esta humedad, se entonan vigorosamente, y los bulbos y otras raíces suculentas conservadas de la temporada anterior bajo tierra se abren primero en finos tallitos y después en órganos pujantes que decoran el cuadro.

Las neblinas, por las especiales condiciones térmicas que imperan en la atmósfera, sólo se dan a determinada altura (entre 600 y 900 metros sobre el nivel del mar) y afectan, por lo tanto, sólo las tierras empinadas. De esta suerte, el escenario de las lomas es el primer escalón de las estribaciones andinas o las terrazas más altas de las formaciones costeñas.

Las lomas se dan especialmente en los sectores central y meridional de la Costa, y empiezan su existencia anual por el mes de mayo para decaer en octubre.

Los estudios de Paleogeografía, emprendidos con notables resultados en los últimos años²⁴, están poniendo de resalto la importancia de las *formaciones de loma* en el proceso de ocupación de la Costa por el hombre primitivo. Parece ya una verdad incuestionable que el hombre de la Sierra —supuestamente más antiguo que el costeño—, al bajar a los *llanos marítimos*, se afincó primero, no en los valles, que eran a la sazón malsanos, con enfermedades endémicas mortales, sino en las *lomas*, que eran en ese lejano tiempo mucho más extensas que ahora y abundosas de todos los recursos que el hombre necesitaba para subsistir. Las *lomas* tenían cuanto el hombre requería —frutos, semillas, raíces; animales de caza bajados de la Sierra; caracoles gratos al paladar, etc.— y estaban libres de los peligros de los valles silvestres, no tocados todavía.

Así, pues, las *lomas* atrajeron en la edad auroral del poblamiento, hace diez, doce o catorce mil años, a los serranos a los *llanos marítimos*, brindándoles todos los años, por la misma época —esto es, en el invierno—, sus variados y abundantes recursos. Si aceptamos que el hombre se posesionó de la Sierra primero, como Lauricocha, Toquepala y Ayacucho parecen demostrarlo²⁵, la Costa y el mar fueron conocidos en segundo

término gracias al poder de atracción de las lomas, al llamado de éstas. Fue entonces —resumiendo lo expuesto— que, por la bondad y riqueza de las lomas invernales, el habitante de las alturas —cazador y eventualmente cavernícola— bajó al llano marítimo y *tomó contacto con el mar*. Esta es una constatación de suma importancia en nuestra estudio y que hemos de desarrollar oportunamente.

Sólo más tarde, ya ostensiblemente evolucionado y visiblemente enriquecido su bagaje cultural y tecnológico, el hombre, tras la *fase de la loma*, pasó al valle pero previo desarrollo de todo un *programa de conquista*, consistente en la regulación de las aguas (que se desbordaban anualmente, formando peligrosos pantanos y lodazales, vivero de zancudos y otras terribles alimañas), en la eliminación de las espesas formaciones de matorral, en el saneamiento de las zonas atacadas por endemias y en la contención de las arenas provenientes de los desiertos vecinos. En mucho, pues, el valle fue obra del hombre, de su dedicación y de su ingenio, de sus programas minuciosamente elaborados y de su tenacidad y paciencia ejemplares²⁶.

En el norte de la Costa, en el límite mismo del desierto costero, hay otra formación biogeográfica que, como la *loma*, rompe la uniformidad desértica del litoral peruano. Esta es la *formación de los manglares*, que en nuestro país sólo se da en las tierras regadas por el río Tumbes.

Es una consecuencia directa de la selva tropical marítima inminente, que se manifiesta con toda su fuerza en los contornos del golfo de Guayaquil. En las costas de Guayaquil “hay unas montañas” (palabra usada por el cronista en el sentido de *selva o formación boscosa*) “que se llaman *manglares*, a la mar” (o hacia el lado del mar, llegando al mar mismo), “tierra toda de esteros y ciénagas, y unos árboles muy altos y muy derechos que se llaman *mangles*, y la madera dellos es muy incorruptible y tan dura que hace pedazos las hachas con que la cortan”²⁷.

Los viajeros de todas las épocas han reparado en los manglares, sobre todo los viajeros que venían al Perú con la idea, ya bien extendida, del desierto costero. La formación de los manglares, tras el recorrido por el desierto, es un cuadro ciertamente extraordinario, que sorprende. Además, por su propia naturaleza neotropical, fomenta y activa formas de vida animal que rompen el cuadro taciturno de la costa peruana. Se resume el manglar diciendo que es la avanzada de la selva. “Tanto en el aquel puerto [Guayaquil] como en todo lo que cogen los esteros, son tan espesos los manglares que, entretreídas sus raíces y ramas unas con otras, lo hacen totalmente impenetrable y sumamente molesto por la abundancia de mosquitos ...”²⁸.

De Tumbes a Guayaquil, el mangle tipifica la Costa; es el emblema, por así decirlo, de la Costa. Pero, la selva no es su único ingrediente, sino también el mar. Sólo se da en las tierras litorales que sufren la periódica invasión de las aguas saladas. "Se particulariza el *mangle* de las otras especies de árboles terrestres —explicaron los famosos marinos Jorge Juan y Antonio de Ulloa, de quienes es la cita precedente—, en que se crían y nutren en aquellas tierras inundadas directamente de la creciente del mar, y además requiere que sean cenagosas y de fácil corrupción: por lo que luego que el agua se retira queda toda la que produce manglares exhalando el incómodo olor del cieno. Nace este árbol y desde que rompe la tierra, empieza a dividirse en ramas muy nudosas y tuertas, y a producir por cada nudo infinidad de otras, en cuya forma sucesivamente se puebla todo; hasta que la abundancia de tantas ramas hace un enlace, donde no se pueden desenredar, cuando el árbol es ya grande, ni menos discernirse las que pertenecen a cada una de las principales; porque además de este enmarañado laberinto con que se cruzan, no se diferencian las de la quinta o sexta producción de las de la primera en el grueso: este es, en casi todas, de una y media o dos pulgadas de diámetro . . . Las hojas que lo visten son pocas a proporción con tanta rama: de pulgada y media a dos de largo, en figura casi circular, gruesas y de un verde pálido . . . Crecen regularmente los troncos principales de los mangles hasta la altura de 18 a 20 varas, y aún más . . ."29

NO LLUEVE NI TRUENA NI RELAMPAGUEA

El desierto es consecuencia del clima; concretamente, consecuencia de la falta de lluvias.

Aquí también la investigación paleográfica y, especialmente, paleoclimatológica ha revelado cambios sustanciales en los últimos milenios. La Costa no era antes tan árida como ahora, y hasta hay quienes afirman que no lo era en lo absoluto. Del postglacial a los tiempos actuales se ha mantenido un proceso hacia el clima desértico, caracterizado por la disminución marcada de la humedad, la cesación de las lluvias estacionales (que en otro tiempo quizá fueron torrenciales) y el arenamiento del suelo.

Ya se vio que las *formaciones de loma* eran, hace unos diez mil años, mucho más extensas y ricas que ahora, que cubrían amplias comarcas litorales y que, por el nivel bajo de la neblina, llegaban casi hasta el mar. Hoy, lo que ayer fue loma, es desierto; y la que antes fue tierra favorable al hombre por sus muchos recursos, es ahora tierra yerma, desolada, negada totalmente para la vida, sin atisbos de vegetación.

El cambio hacia la aridez ha sido inexorable y hoy el clima de la Costa se caracteriza por su condición desértica. Este clima corresponde a la fórmula $B W h n$ de la clasificación universal de Koeppen, en la que: B es el símbolo del *clima seco*; W es el símbolo del *clima desértico*; h es el símbolo de una *temperatura moderada*, no calurosa; y n , el símbolo de *abundantes neblinas*. Este tipo de clima, como observa Gonzalo de Reparaz, geógrafo especialista en zonas áridas³⁰, se extiende entre los 6 y 22 grados de latitud Sur, o sea, hasta el norte de Chile, cubriendo gran parte de la costa peruana³¹.

Dentro de sus variadas manifestaciones, el rasgo dominante, pues, del clima costero es su *condición desértica*, la cual, a la luz de los estudios paleoclimáticos, se ha ido acentuando en los últimos milenios, siendo evidente que la tendencia se mantiene.

Impera el desierto porque no llueve, y la vida se salva por bondad de los ríos que bajan de la cordillera, en la cual periódicamente sí llueve y torrencialmente. También en pequeña medida la vida se salva por la llovizna, que aquí se llama, como ya se dijo, *garúa*, finísima, tan sutil que no llega a correr. "Estos llanos —escribió el P. Cobo— son de suyo tan secos, que si no entraran en ellos los rios que bajan de la sierra general, fueran del todo yermos e inhabitables . . .; porque *no llueve jamás* en ellos ni en más de cien leguas la mar adentro por toda la costa; ni hay truenos, rayos, ni relámpagos; y su suelo es serenísimo, sin pozos, lagos ni manantiales. Digo no llover en estos llanos, por ser esto lo general, dado que en cierta parte dellos cae algún rocío, que llamamos en esta tierra *garúa* . . ."³²

El primer español en recorrer los llanos y advertir su aridez, fue Hernando Pizarro, hermano del Conquistador, quien de Cajamarca viajó a Pachacámac para recoger el oro prometido por Atahualpa para su rescate. El recorrido desde Paramonga hasta la famosa ermita pagana, fue en enero de 1533, y en noviembre del mismo año Hernando contaba, por carta, a los odores de la Real Audiencia de S. M., lo siguiente: "El camino por los Llanos va muy ancho, tapiado de una banda é de otra . . . Hay poblaciones muy grandes; las casas de los indios de cañizos; las de los caciques de tapias, é ramadas por coberturas, porque en aquella tierra no llueve . . ."³³

Vieron, también, los viajeros de aquella época que toda la lluvia, si de ella podía hablarse sin falsear la realidad, que caía en los llanos era la muy fina llamada *garúa*, que no alcanzaba, ni remotamente, a remojar las sementeras: ". . . desde principio de octubre para adelante no llueve en todos los llanos, sino es un tan pequeño rocío, que apenas en algunas partes mata el polvo; y por esta causa los naturales viven todos del riego, y no labran más tierra de la que los rios pueden regar, porque en

toda la más no se cría yerba, sino *todo es arenales y pedregales sequisimos* ... Y el llamar el invierno en los llanos no es más de ver unas nieblas muy espesas, que parecen que andan preñadas para llover mucho, y destilan, como tengo dicho, una lluvia tan liviana, que apenas moja el polvo ...³⁴

Esta *garúa* no cuenta para la agricultura, de donde, desde tiempo inmemorial, el agua se saca de los ríos y se lleva a las sementeras por acequias: "... aunque dicen que en el Perú en los llanos no llueve, es porque sólo cae una *garúa* y agua mansa *no bastante ni suficiente, a que con ella los frutos y sementeras lleguen a sazón* ..." ³⁵

La *garúa*, además, es propia de los meses de invierno y desaparece totalmente en el verano: son "los llanos templadamente calientes y húmedos, con más notable diferencia de invierno y verano que las otras dos regiones ... *En los Llanos no llueve jamás* y en cierta parte dellos *cae un pequeño rocío*, en tiempo de invierno ... La tierra de los Llanos es seca, sin agua ni bosques y no tan sana como la Sierra ni tan enferma como la tierra yunca de los Andes ..." ³⁶

Pero, no todo es flagelo. Habrá razón, y suficiente, para regañar por la sequía, la aridez, la falta de lluvias, la desolación de las inmensas pampas que, de llover normalmente, serían vergel y emporio; pero, como lado bueno de la medalla está la serenidad del tiempo, que no conoce nunca de expresiones violentas, siendo siempre apacible, mesurado, quieto. "De Tumbes [para adelantar] no llueve ni truena ni echa rayos en más de quinientas leguas de costa ..." ³⁷. Es el país seco pero sereno, sin convulsiones en los aires: "... y en todo el llano que es arenoso y muy caliente y en las orillas de la mar, no llueve ni truena ni caen rayos en más de quinientas leguas" ³⁸. Además, seco, árido, arenoso y caliente pero no sofocante como debería ser. Este, pues, es otro aspecto importante del lado bueno de la medalla: "Pasada la línea equinoccial hacia la parte del antártico polo, la tierra de Tumbes es algo llana a la parte de la mar ... En quinientas leguas adelante, hacia el Sur, *no llueve, ni truena, ni relampaguea, ni hay frio ni calor demasiado*, y esto se entiende toda la costa de la mar y veinte leguas de ancho hacia la Sierra. Y va la tierra poblada de esta manera: que a jornada y a dos jornadas hay rios que descenden de la Sierra, y todos estos rios están muy poblados, que los valles dellos son muchos y muy viciosos" (en el sentido de fertilidad excesiva) "y producen muchas frutas ... Fuera destos valles, donde hay rios, es toda la tierra arenales; y lo que Sierra son peñascos desnudos de hierba, que como nunca llueve, no produce la tierra cosa viva allí" ³⁹.

El elogio de este clima que tiene su lado malo por la falta de lluvias y su lado bueno por la serenidad y maneras apacibles de comportarse, fue hecho en los tiempos últimos por Riva Agüero. Escribió el insigne historiador: "Los valles de la Costa son oasis medianos, que parecen trozos de Egipto desarticulados, verdaderas islas roeadas por el mar y las arenas, y en que las frecuentes brumas roban por largos meses la alegría del sol. Pero, la *fresca templanza del clima los hace mucho menos enervantes de lo que sostiene cierta literatura rutinaria* . . . La mayor parte de las islas tropicales producen mayor enervación que nuestros valles de la Costa"⁴⁰. Y estuvo en lo cierto Riva Agüero porque, por latitud, debería corresponder a la Costa peruana, en toda su extensión, un clima de calor enervante, como el que se sufre, por ejemplo, dentro de la misma zona, en las islas del Pacifico. De este calor, aun de latitudes más alejadas del ecuador, escribe un conocido explorador y viajero de nuestros días: "Durante los meses de verano, de octubre a abril, hay que soportar varias olas de calor, en el curso de las cuales el termómetro sube a 41 grados. Como el calor es húmedo, produce una opresión y falta de fuerzas, por lo que el menor movimiento es una dura prueba; en estado casi letárgico pasamos esos días, tendidos en un diván, víctimas de invencible pereza . . ."⁴¹.

De diversa manera trataron los escritores de los siglos XVI y XVII de explicarse la falta de lluvias en la Costa, y así, tanto Zárate como Herrera aventuraron algunas curiosas hipótesis que interesa recordar. A pesar de que los *Llanos* —escribió el primero— "tienen cerca de la una parte la mar, que comúnmente engendra humedades y vapores, y de la otra las altas sierras . . . donde nunca faltan nieves y aguas", no llueve porque "en todos estos Llanos y costas de la mar corre todo el año un solo viento, que los marineros llaman *sudueste* . . . tan impetuoso que no deja pasar ni levantar las nubes o vapores de la tierra ni de la mar a que lleguen a congelarse a la región del aire; y de las altas sierras que exceden estos vapores o nubes se ven abajo, que parece que son otro cielo, y sobre ellos está muy claro, sin ningún nublado . . ."⁴². El otro escribió lo siguiente: ". . . *Llanos* del Perú, en los cuales no llueve, ni truena, porque la gran altura de la Sierra abraza los *llanos*, de suerte que no deja soplar viento de la tierra, por lo cual reina el viento de la mar, que no teniendo contrario, no exprime los vapores que se levantan, para que hagan lluvia, de manera que el abrigo de la Sierra estorva el condensarse los vapores: y esta falta de materia causa que en aquella costa sean los vapores tan delgados que no hacen más que una neblina húmeda, que es provechosa para sazonar las sementeras . . ."⁴³.

LA NEBLINA LO INVADE TODO

Salvo contados días, los inviernos de la Costa son opacos, grises, sin alegría porque carecen de sol. Un persistente techo de nubes, a los 600 u 800 metros de altura, planea en el cielo, cerrando paso a los rayos vivificantes del astro del día. Abajo, al mismo tiempo, la neblina se desplaza fantasmal, completando la tarea obstaculizadora. Incluso, en verano, las masas de neblina invaden con frecuencia la tierra desde el mar, cerrando la visión.

La neblina es otro de los elementos infaltables que configuran el paisaje somnoliento de la Costa en los meses fríos. "Hay también en el Perú —narró de oídas Juan Cristóbal Calvete de Estrella— otras cosas que parecen increíbles y dignas de toda admiración, porque en los meses de mayo, junio, julio, agosto y setiembre se cubren la costa y los llanos desde Tumbes hasta encima de Tarapacá, que son más de quinientas leguas, de una niebla, tan continua y espesa que no se ve el sol sino ya muy entrado el día, y algunas veces pasan tres y cuatro días que no parece, y lo contrario es lo alto de la Sierra, que en los mismos climas paralelos y meses hace los días claros y noches serenas"⁴⁴.

La neblina, decíamos, es ingrediente principalísimo, casi el número uno, del paisaje litoral. La neblina, explicada antes de las más curiosas maneras es consecuencia directa del mar, fenómeno concomitante a la frialdad de las aguas marinas, las que debiendo tener, por latitud, 24 o 26 grados de temperaturas (C), sólo registran, por el afloramiento de las masas subyacentes y la innegable influencia de los fríos circumpolares antárticos, de 15 a 19 grados. Si el mar peruano crea una unidad paisajista que se extiende sobre la faja del continente que recibe su influencia, así, también, proyecta su influencia a lo alto, hacia el cielo, creando lo que podría llamarse un *mar aéreo*, cuyos exponentes son las masas de neblina y las nubes extendidas de modo continuo y cerrado como techo o alero.

Neblina y techo de nubes penetran tierra adentro, se cuelan o rastrean por los valles y quebradas y llevan —sobre todo la neblina— hasta muy adentro el mensaje de las aguas. Es una masa lechosa de vapor, pesada y lenta, que resiste aun a los vientos, y bajo la cual se cobijan, por igual, las tierras ribereñas y las aguas próximas al continente, aquéllas incomodadas por la humedad. Por si hubiera en la tierra invadida algún rasgo propio, alguna seña distintiva, este manto lechoso se encarga de homogenizar el conjunto igualando las partes, al tiempo que traslada el ambiente marino hasta los primeros escalones de la cordillera. Esta acción vigoriza los confines continentales del mar establecidos por la influencia del clima, por los aires que soplan hacia el interior con todas sus cargas y por las sales que

impregnan la atmósfera haciendo que el mar se perciba desde mucho antes —bajando de la Sierra— del límite que alcanzan sus olas.

EL MAR

Baña las costas de este país el Océano Pacífico, que es la porción del mar universal más grande y profunda. Aunque suele enardecerse a veces, este mar se caracteriza por la serenidad, no conoce tempestades, es reposado la mayor parte del año y, en conjunto, su faz es de solemne austeridad. De sus muchas virtudes, que algunos escritores poco entendidos han tratado de menospreciar, Calancha destacó dos: la tranquilidad y la abundancia, cuando en su monumental *Corónica Moralizada* dijo lo siguiente: "Este mar del Sur se llama Pacífico porque en cotejo del océano, del Mediterraneo, del Bermejo y Pérsico, lo proceloso es menos bravo, y lo manso es más quieto, las tempestades pocas, y los escollos, bancos o arrecifes moderados ... Es todo este mar y sus costas abundantes de peces todo el año, siendo más de cincuenta los géneros que se comen, unos más sanos que otros, estos apetitos y aquellos regalados; la abundancia de unos los hace plebeyos y la estimación de otros los hace cortesanos ... No tiene pez regalado el océano que no lo críe este mar pacífico desde las ballenas gigantes hasta los cachuelos pigmeos, sin que el mariscos desde Chile hasta Panamá carezca de alguna especie"⁴⁵. Pero, el mismo Calancha apuntó también las excepciones a esta regla de la serenidad, porque el Pacífico es proteico en algunas partes; y así, mientras en casi toda la línea de su cuenca se muestra cuerdo y sosegado, en algunos puertos es altanero, bien que por temporadas o pasajeros ratos. Hablando del reino Chimú, anotó el famoso fraile agustino: "Terminábase este señorio hacia el Norte en el valle de Chicama ... al Sur en el valle de Guañape ... al Poniente en la mar, cuyos puertos son de un *mar escabroso, rara vez tratable y de ordinario terrible, son las olas muchas y las corrientes bravas*, por ser bahía desahogada, y así es toda de poca seguridad ... y es el menos embravecido el que llaman Guanchaco, donde no habitan españoles y sólo tratan de su pesca algunos indios ..."⁴⁶.

Tienen la tierra de la Costa y las aguas del Pacífico sus diversas maneras de encontrarse, y así, como apuntaba Calancha, a veces lo hacen cordial y hasta dulcemente, y otras con altanería y brusquedad. En unas partes el mar llega a la tierra con calma y en silencio; en otras, con violencia de ruidosas olas y tumbos crecidos, que no cesan día y noche en su embate. Hay playas de aguas tersas y otras de atronadoras rompientes. Acosta decía: la tierra y el mar en el Perú "abrázanse de mil maneras.

En unas partes *combate el agua a la tierra furiosamente como enemiga*; en otras la *ciñe mansamente*. Hay donde la mar se entra por la tierra adentro mucho camino, como a visitarla; hay donde se paga la tierra con echar a la mar unas puntas que llegan a sus entrañas. En partes, se acaba el un elemento, y comienza el otro muy poco a poco, dando lugar uno al otro. En partes cada uno de ellos tiene al juntarse su profundo inmenso, porque se hallan islas en la Mar del Sur, que llegando los navíos junto a ellas, aunque echan la sonda . . . no hallan fondo . . . [como en las islas de Lobos]⁴⁷.

A poco del descubrimiento por Balboa, en 1513, y convertido ya el Mar del Sur en escenario de grandes aventuras navales que alcanzaron las porciones meridionales desde el primer cruce de la equinoccial por Bartolomé Ruíz, vióse que una corriente regular movía las masas oceánicas frente a las costas del Perú hacia el norte, para doblar por Cabo Blanco hacia el mar abierto, en dirección a las Galápagos. Agustín de Zárate dio la siguiente curiosa explicación, no del todo descaminada, sobre el origen de este poderoso flujo, que tanto dio que pensar a los marineros de aquellos tiempos y tanta lentitud puso en los viajes de Panamá hacia el Perú o Chile: "El viento —propuso Zárate— que los marineros llaman *Sudueste* . . . causa también correr de las aguas de aquella mar hacia la parte Norte . . . Algunos dan para ello otra causa, que como la Mar del Sur va a embocar por el Estrecho de Magallanes . . . no puede haber por él tan gran pujanza de agua . . . y así, no pudiendo haber toda el agua por allí, necesariamente tiene de hacer reflujión y retraerse hacia atrás; y así, es causa de que las corrientes vuelvan atrás contra el Norte . . ."⁴⁸

Por los datos de la Oceanografía, hoy sabemos que la corriente que desplaza las masas oceánicas de sur a norte lamiendo la costa peruana, no es sino parte del gran movimiento circulatorio del Pacífico Sur que, como un río, constante y caudalósimo, cruza el océano de este a oeste ligeramente abajo de la línea del ecuador, dobla frente a la costa oriental de Australia, a la que baña casi íntegramente hasta las latitudes de Tasmania, y vuelve a América por los 40° Sur, chocando con el continente en la costa central de Chile. Por el choque cambia de dirección, y toma hacia el norte para volver al Perú y continuar su movimiento a manera de un gigantesco —el más grande del mundo— remolino.

La frialdad de las aguas también fue observada por los viajeros y navegantes de los primeros tiempos, pero recién Humboldt, a los comienzos de la décimonona centuria, hizo la comprobación científica del extraño fenómeno. Hoy se explica por los afloramientos de las masas subyacentes y por alguna influencia, inne-

gable, de las masas frías circumpolares que se desvían hacia el norte al embestir contra la punta meridional de América.

AUSTERIDAD, SOLEMNIDAD, PLENITUD OCEANICA

Calancha, hemos visto, subrayó dos de las virtudes del mar peruano: la tranquilidad de sus aguas, rara vez y en pocas partes rota, y la riqueza proverbial, única, de sus caudales pléticos de vida, ésta en todas sus formas, tamaños y bondades.

Sin mencionarla expresamente pero sí insinuándola, Calancha —y con el cura célebre, otros cronistas sagaces— advirtió una tercera virtud, de elevado rango: la *austeridad*. Frente a las virtudes menores, que pueden pasar inadvertidas, ésta es de alta jerarquía, definidora de la personalidad.

Porque, contrariamene al desborde o a los excesos de otros mares, el mar del Perú configura, en verdad, un cuadro de austeridad, que sólo se da —de allí su jerarquía— en los mares solemnes, en los mares de profunda plenitud oceánica, en los mares representativos de las verdaderas y universales esencias oceánicas.

Su línea de contacto con el continente, en efecto, es simple: una costa recta, sin entrantes ni salientes considerables, apenas con una pequeña península totalmente yerma, cubierta de arena y que termina en abruptos farallones, y un breve recorte de amplias ensenadas gemelas en uno de sus extremos. Una costa, en otros términos, sin el golfo que aviva la curiosidad ni la isla grande y abundosa que invita al hombre a la aventura y le propone los más audaces planes de travesía. Costa, la elemental, la estrictamente necesaria, la bastante para configurar: de una parte la tierra, el continente, de la otra el océano. Es decir: una costa sin adornos, sin pintura, sin colorines; severa, sencilla, sin desbordes decorativos ni alardes arquitectónicos; sin esas maneras pródigas, pero endebles, de lujo que recargan otros ambientes.

Cuadro, en suma, de austeridad en su aspecto geográfico general (que sabe darse, desde luego, sus escapadas locales a la regla); parco, quizá, para las miradas duras o poco sensibles o indiferentes o inclinadas a los derroches carnavalescos del trópico; pero, volvemos a decir, cuadro solemne, pleno de las mejores esencias marinas, como que en él empieza el más grande escenario oceánico del mundo, el de los horizontes que no terminan.

Cuadro el de nuestra mar, agreguemos, que cierra el paso, es cierto, a la aventura del hombre porque carece del otro confín que invita, pero inquietante justamente por su inmensidad, asidero del misterio y de todos los pensamientos que conducen

Pez escultórico, policromo, con golletes divergentes y asa-puente. (*Nasca*. Río Grande de Nasca, departamento de Ica. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: *Pedro Rojas Ponce*).

Cangrejo mitológico antropomorfizado, con diadema, tocado en forma de hongo, colmillos de felino y robustas tenazas. Con las patas parece asirse del pedestal sobre el que reposa. *Mochica III*. Costa Norte. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo de Arqueología de la Universidad de Trujillo. Foto: *Abraham Guillén*).







a los niveles tenebrosos y espantables. Por estos caminos, en efecto, llevó al antiguo habitante de la Costa y le generó una religión de monstruos marinos. Se presenta desde los miradores de la costa ilimitado, en ninguna parte disminuida su vastedad por alguna tierra intrusa; dominador absoluto, dueño indiscutible del horizonte, del visible y de los muchos que a éste siguen como sucesión infinita de telones; oceánico por excelencia pero, por lo mismo, impropio para la aventura, para la hazaña del hombre.

Por todo ello, es un mar con barreras, restringido al uso del hombre. El ser muy grande, el no dar decanso a quien osa navegarlo, el mostrarse abierto y uniforme, el ser superficie líquida limpia de aquellos obstáculos para la libertad de las aguas que se llaman islas o archipiélagos, el ser nada más que mar en la plenitud de este concepto, lo pone, sin duda, en plano poco asequible para el hombre, lo distancia algo de este impenitente averiguador y de este intruso tenaz que en otras partes más amables gusta cruzarlo a su antojo. Aquí no, porque el mar peruano, con sus atributos ya señalados de austeridad, solemnidad y poder, es hermético aunque inquietante, esencialmente de sí mismo, hecho para sí antes que para el hombre, superior por su brevedad expresiva a los mares charlatanes que fatigan por su diálogo eviterno con la tierra, silente y sereno, señor frente a la tierra, no discutido por ésta, respetuoso para que lo respeten, grande hasta en la sencillez de su perfil.

Pero, dentro de su severidad es generoso porque brinda al hombre con la riqueza asombrosa de sus aguas, riqueza excepcional que ha sido siempre puntal de la existencia humana, desde los tiempos aurorales hasta el presente.

RESPUESTA A UNA OPINION DISCREPANTE

Luis Alberto Sánchez⁴⁹ no comulga con el mar peruano. Representa en el plano literario, en el que actúa y opina con autoridad, una particular posición crítica, con la cual no estamos de acuerdo. El ha dicho que el mar peruano es insulso, manso con "mansedumbre de buey"⁵⁰, incoloro, falto de vitalidad, incapaz de llamar a los hombres y llegar a ellos por los conductos de la sensibilidad. No es —sostiene— un mar estimulante desde el punto de vista literario.

Al compararlo con el Caribe dice aquello de la "mansedumbre de buey"; y, luego al hablar "del azulísimo Atlántico" (concepto, por cierto, no muy ajustado a la realidad), parece quejarse del verde de nuestro mar. Mas, al respecto, hay que tener muy presente que si el mar peruano es verde, no del azul que se desea, ello es sólo en su faja costera, frente al continente, por la frialdad

de sus aguas, porque más allá, sin perder su condición de peruano, tiene como el Caribe y como todos los mares tropicales del mundo, los más maravillosos azules, los azules de la mejor y más acrisolada estirpe oceánica. Así visto, desde el ángulo superficial del color, debemos alegrarnos, antes bien, de tener un mar que se viste de dos tonos: con el verde, que es el emblema microbiológico de la fabulosa riqueza que atesora, y con el azul intenso, profundo, ultramarino que dicen de su condición tropical más allá de la zona fría colmada de diatomeas.

Considera Sánchez que por sus excesos de "serenidad", de "monotonía", de "mansedumbre de buey", por sus "tersuras de espejo y engolamientos de aceitosa onda", por su falta de tempestades, el mar peruano es insulso, prosaico, vulgar y no despierta emoción alguna. Subraya que no la ha despertado nunca, y de allí —concluye— la pobreza de su presencia en la literatura y en las manifestaciones artísticas de todas las épocas. Es un mar pesado, y nada en él es capaz de excitar la inspiración del escritor o del artista. "Los que del mar se ocupan —dice—, hasta llegan a referir sucesos que tuvieron a éste por escenario, pero desde ñan describirnos el escenario en sí". Y añade: "... ayuno de tempestades estimulantes, el costeño deja resbalar sus ojos sobre aquellos mares de calcomanía".

En realidad, el escritor ha invertido los papeles y pretendido librar de responsabilidad a los hombres insensibles al llamado de la naturaleza. No es que este mar sea incapaz de despertar emoción, no que sea un mar en el que resbalen las miradas, "relaje el ánimo y aduerma los sentidos..."; tampoco que carezca de virtud para "avivar la inspiración del escritor". La verdad es otra. Del hombre es la responsabilidad, que no ha sabido o no ha querido dirigir las miradas al mar, o no ha tenido la suficiente sensibilidad para apreciarlo y captar sus esencias. Culpa del hombre, que ha hecho más literatura urbana o doméstica que literatura de la naturaleza. Culpa del hombre que —no sabemos si para bien o para mal— ha mirado más a sus adentros o a sus vecinos, o al pasado o a la sociedad, que al inmenso, esplendente y multifacético cuadro de su geografía. De estos olvidos, bien se comprende, no es culpable la naturaleza. Y en lo que toca a él, no es culpable el mar.

¿Es la serenidad un defecto o una virtud? ¿Favorece o rebaja a nuestro mar? El celebrado crítico, de cuyas apreciaciones discrepamos, considera que es un defecto. Si nuestro mar no fuese tan sereno, parece decir, otro sería su hoy menguado destino literario. Se lamenta que le falte violencia, arrebató, tempestad. Pero cede por momentos, comprensivo, al valor de la serenidad y admite que su manifestación física, la tersura, tiene algo de virtud, y son por ende —serenidad y tersura— valores

destacables. "De puro sereno —admite— impone al ánimo una irrevocable sensación de pequeñez y aplanamiento". Y recordando que hubo otra edad con otra gente que pensaba y sentía de manera muy distinta a como piensa y siente el hombre de ahora, añade: "Sin duda así impresionó a los indios en la noche de la historia, llamándolos a su seno de *Mamacocha* inagotable".

Pero, pronto insiste y remarca que la serenidad es un defecto. Es una desgracia —dice— que el habitante de la costa no haya tenido jamás "la necesaria experiencia de los temporales, que, al tiempo que tiemplan el alma, abren las puertas de la fantasía y aceleran el pulso del sentimiento". Todo se reduce a pueriles resacas, que no son sino "humilde remedo de otras rebeliones marinas".

Pero, ¿es la tempestad el único emblema del mar y el único signo de su vitalidad? Y agreguemos que, si de vuelos de fantasía se trata, si de aceleración del pulso del sentimiento, pues hay que echar una mirada a la pintura de los vasos Nasca por ejemplo, que a falta de escritura en el Perú antiguo proporciona buena información, muy elocuente, sobre los sentimientos que despertaron en el artista costeño la visión y la vivencia del mar. A diferencia del hombre actual —indiferente, ganado por otras preocupaciones, quizá insensible a la naturaleza—, el hombre antiguo, prendado, subrayado por el poder cósmico del medio, fue al mar y se sumergió en sus esencias, haciendo al influjo de ellas no sólo arte sino religión y mitología. El autor de este libro cree que los capítulos octavo y décimocuarto prueban esta profunda concatenación creadora. ¿No es bastante? ¿Puede pedirse más? ¿Cabe una mejor acogida a los mensajes del mar? ¿Acaso no fue suficientemente vigoroso el mar en fuerza inspiradora y suficientemente agudo en capacidad de penetración al alma de aquellos hombres que respetaban y reverenciaban a la naturaleza y vivían en mística observación de sus gestos y pulsaciones, de su latido profundo y vital?.

"Por falta de oportunos contrastes, hemos cantado poco al mar". Apercibámonos de una afirmación tan radical, que no resiste una revisión histórica, una revisión desde los comienzos (desde esos comienzos que aquí debemos destacar por la índole de nuestro estudio). Testimonios de dos mil años dicen lo contrario. En la ruta cultural del Perú están los peruanos de hace siglos, de hace milenios. Allí, por ejemplo, no en los inicios sino en el apogeo (para señalar una muestra mejor), los artistas de Nasca y Moche. Pintando o modelando, ellos cantaron al mar, con cantos cuyos ecos perduran y que tienen de sagrado y épico, de exaltación y reseña.

Hemos de repetir: si hoy el canto es débil, apenas perceptible, no es por culpa del mar sino del hombre. En la raíz del silencio, por

lo tanto, ni la achacada serenidad ni la tersura aducida, ni mucho menos el ser tranquilo, falto de tempestades, "de oportunos contrastes". Algo enmienda el destacado hombre de letras de cuya opinión diferimos, cuando, a manera de desagravio al mar y a la naturaleza en general, dice: "El poblador del litoral peruano parece incapaz de sentir el reclamo del paisaje". Esta ya es una expresión justa.

Ni mar con masedumbre de buey, ni mar monótono que no suscita emociones, ni mar huérfano de atractivos que exciten al hombre, ni opaco. Comparado con cualquier escenario marítimo del mundo, es un gran mar, señero, imponente, austero por sus modales sencillos que le dan rango, fabulosamente rico, único por la vida que acoge y fomenta; un mar que no necesita alterarse en sus orillas para mostrarse poderoso porque poderes le sobran. Pertenece a la porción más vasta del mar universal, y de esa porción que cubre un hemisferio completo de la Tierra alimenta sus sobresalientes facultades. Sereno y terso en la antesala solamente porque cuando se alza, hasta los cielos le obedecen. Verde aquí y luego, tras la faja fría del gran giro oceánico, azul, profundamente azul, maravillosamente azul. Justamente se muestra sereno porque puede serlo, ya que la serenidad es atributo y no defecto. Respetando opiniones se puede llegar a esta valoración.

LA VIDA EN EL MAR, LUJURIA DE LA NATURALEZA

Insistamos en la riqueza de estas aguas favorecidas por los mayores dones de la Creación. En ellas la vida se desarrolla pletórica, abundosa y variada. El contraste es marcado con la tierra inmediata, porque mientras en ella escasea o es totalmente nula, en el mar excede las cantidades comunes. Como dice un historiador de las antigüedades peruanas: "La corriente de Humboldt retira la vida de la tierra y la multiplica en el mar"⁵¹.

A la llegada de los españoles, la sorpresa fue grandísima, y las más cuidadosas plumas de la época dedicaron muchas páginas a describir la riqueza del mar peruano. A la referencia ya hecha de Calancha, podemos aquí agregar otros dos testimonios, dejando para otro capítulo la relación amplia y esmerada de Cobo, que es la mejor de cuantas se conocen como inventario general del Nuevo Mundo. Gutiérrez de Santa Clara dejó dicho: "En toda esta mar austral hay muchas ballenas chicas y grandes, de disforme compás; hay bufeos, toninas, peje manta, dorados, sardinas y otros grandísimos géneros de pescados de muchas y diversas maneras de hechura.... Hay por esta mar muchas sardinas... También grandísima cantidad de tollos y cazones, que parece que la mar está llena y cuajada dellos, que

en la costa de los puertos de Lunaguaná, en Chíncha y en Huarco, los hay, que los indios los pescan y los dan de tributo a los encomenderos sus amos..."⁵².

Por su parte, el historiador general de las Indias, Fernández de Oviedo, escribió: hay "pescados muchos e de muchas maneras que no los hay en España... hay muchas sardinas... cazones, corbinas, lenguados, azedías, pargos, mero, cabras, atunes, muchos dorados, toninas, bogas, salmonetes, rayas... ostras; e algunas perlas, pero pocas se han visto, e no deixo de creer que las hay. Lobos marinos, innumerables tiburones..., cavallas en gran abundancia..."⁵³.

Son bien conocidas las circunstancias geográficas y ecológicas de esta fabulosa riqueza. La principal es la temperatura de las aguas, que a lo largo de la costa es fría por el afloramiento de las masas subyacentes y alguna derivación, pequeña, de la corriente circumpolar artártica, y en el norte es caliente, como corresponde a la latitud, dentro de la faja tropical. La cadena biológica comienza con el *microplancton* y, pasando por la anchoveta —un pececillo abundantísimo, que le ha dado al Perú el primer puesto, con diez millones de toneladas al año, en la producción mundial de pesca en los últimos años—, termina en los muchos géneros de la fauna pelágica y en las aves marinas que viven en las islas, puntas y promontorios de la costa. Un geógrafo del mar dice: "Los parajes de la Corriente de Humboldt y de la vecina Corriente Ecuatorial del Sur, parecen ser, a causa del contacto de las aguas calientes con las frías, *las partes del mar del Sur en que se desarrollan con mayor actividad casi todas las formas de vida*". Y añade: "Los islotes de aguas frías y las capas de aguas templadas de la Costa Occidental de América del Sur... producen la fauna marina probablemente *más abundante del Mar del Sur*"⁵⁴.

Paralelamente, en los aires la vida no se queda a la zaga porque es enorme la cantidad de aves que se nutren de la anchoveta y llenan con sus nidos, según acaba de decirse, las puntas y promontorios de la costa y las muchas islas e islotes que marginan a poca distancia el litoral. Las deyecciones de algunas de estas aves dan origen al *guano*, que es un fertilizante poderoso cuyo uso se conoció desde tiempo inmemorial y fue principal fuente de riqueza para el erario nacional durante muchos años del siglo pasado. De las aves guaneras y de otras de diversos géneros, se tienen incontables referencias en los cronistas e historiadores de los siglos XVI y XVII, referencias que dejamos para su oportunidad.

LAS ISLAS

A lo largo del litoral y a escasa distancia de tierra, se extiende desde Paracas hasta la latitud de Lambayeque un rosario de islas —algunas, simples islotes rocosos—, de aspecto totalmente desértico, sin agua ni vegetación, unas de roca descarnada, otras parcialmente cubiertas de arena, pero todas, sí, con crecida población de aves marinas, las citadas aves *guaneras* a que se hizo alusión hace un momento. Exceptuando el grupo de las *Hormigas*, frente a Ancón, y el mucho mayor de las *Lobos*, en el litoral Norte, frente al desierto de Sechura, que no están a la vista de tierra, todas estas islas se ubican muy próximas al continente y a ellas se puede llegar mediante embarcaciones pequeñas en travesías de corta duración.

El antiguo habitante de la Costa mantuvo desde tiempo que se pierde en la noche de los siglos relación muy estrecha con estas islas. A ellas fue en sus ligeras embarcaciones, balsas y caballitos de totora, para cumplir con ciertas prácticas religiosas, de las que oportunamente hablaremos; también para enterrar a sus muertos y regresar a la tierra firme con pesada carga de *guano*, la maravillosa sustancia que revitaliza las sementeras y redobla el poder de las plantas, dándoles un fruto mayor y succulento. Las islas fueron también importantes centros pesqueros y sus partes planas de roca sirvieron de tendales para la deshidratación del pescado, de que tanto los pueblos costeos como los del interior dependían para su subsistencia en apreciable medida.

Pero, ayer como hoy, estas islas no tuvieron población permanente por la razón antes dicha de la falta total de recursos para la vida. Los viajes a ellas fueron, por lo tanto, siempre, eventuales o periódicos, y de ellos jamás se derivó una habitación estable.

Hubo en algunas islas santuarios para las divinidades relacionadas con el culto al Mar y la Luna; se ofrecieron en ellas sacrificios y se depositaron muchas ofrendas (todo lo cual se sabe por los muchos testimonios que han quedado); y de la presencia del hombre con fines económicos (la explotación del *guano*) se conservan todavía variados testimonios materiales, como cántaros y tiestos, cordeles, maderos tallados, canastas y cajas de mimbre, redes y otros aparejos de pesca, etc. Los grupos que iban a ellas llevaban su alimento y el sobrante quedaba en los basurales, siendo frecuente hoy el hallazgo de grandes cantidades de mazorcas de maíz. No sorprende, desde luego, la existencia de acumulaciones de conchas y espinazos de pescado, porque la alimentación común de los pueblos de la Costa y, en especial, de los grupos que frecuentaban las islas, estaba constituida a base principalmente de los productos del mar.

De la importancia religiosa, por un lado, y económica, por otro, de las islas, corresponderá tratar con detalle en capítulos venideros. Aquí el enfoque se dirige a tratarlas sólo en su relación general con el hombre y con el nacimiento de la cultura, examinando sus condiciones y el carácter que tienen a la luz de la geografía, tanto desde el ángulo físico como desde el humano.

Siguiendo en esta parte algunas ideas de Fernando Braudel, magistralmente expuestas, con referencia a otro escenario geográfico desde luego, en su libro *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo*⁵⁵, hemos de puntualizar este hecho de significativa importancia en el estudio de la geografía humana de las tierras insulares: que algunas islas suelen presentarse con nítidos caracteres de *mundos aislados*, con vida propia, independiente, en tanto que otras, por el contrario, carecen de este carácter y no pasan de ser mera prolongación de la tierra firme inmediatea, a la cual se hallan encadenadas.

Bien se entiende que el aislamiento, con su secuela de arcaísmos y formas conservadoras de vida, sus maneras propias y desligadas de todo modelo, sólo ocurre en aquellas islas que —próximas o alejadas del continente, no interesa este factor porque no es determinante— tienen *población que por sus propios medios puede subsistir*. O sea, cuando tienen población no dependiente del continente y, principalmente —habría que comenzar diciendo—, cuando *su población es nativa, aborigen* (en el estricto sentido de este vocablo), verdaderamente *del lugar desde el origen*.

Este no es el caso de las islas de la costa peruana; y no lo es, parte indudablemente por la proximidad geográfica pero, sobre todo, por la ausencia de aquel requisito básico acabado de indicar: la población aborigen, propia, que ni en su forma más tolerante y débil se da en las islas peruanas: la *población permanente*. Han carecido en todo tiempo, tanto ayer como hoy, de población estable, de población en ellas radicada⁵⁶. Sólo han tenido, como ya se dijo, *poblaciones visitantes o destacadas*; grupos que a ellas iban, *eventual o periódicamente*, para cumplir con los ritos religiosos del culto a la Luna o al Mar, o extraer la urgente riqueza del *guano*, reclamada por los campos de cultivo.

La aridez propia e insubsanable de su suelo; la falta —insistimos— de toda clase de recursos, desde el agua; y, en muchas de ellas, lo inaccesible de sus costas, sin puertos ni embarcaderos —islas en su mayoría abruptas y rodeadas de bravezas—, han sido factores contrarios al establecimiento humano. Por lo tanto, en estas islas estrechas, rocosas y desamparadas, sin sombra ni refugio, golpeadas por las olas y orilladas de rompientes, no sólo no ha habido jamás ningún tipo especial de vida, por

rudimentario que fuese, sino que ni siquiera han tenido acogida las formas más comunes y sacrificadas del continente. Fueron, desde este punto de vista, tierra absolutamente muerta. La religión y la economía (ésta, meramente extractiva) las salvó de la indiferencia completa.

A ellas fue el hombre siempre con un fin específico, a cumplir un programa predeterminado, fijo; una tarea, un rito, una misión concreta. En ningún caso, el tiempo a estar en la isla era grande: podía ser unas horas, parte de un día, a lo sumo algunos días, mas no muchos porque la demanda de agua y comida obligaba pronto a volver al valle, a la tierra firme de la que se había salido. De todas, fuera de duda, la principal razón del traslado a las islas en balsas de madera o de totora fue el acarreo del guano, por el que había gran demanda. Los traslados con fines religiosos fueron, también, frecuentes, y de grandes grupos. En la extracción del fertilizante de las aves, intervenían, en la época de los mochicas, según sabemos por testimonios fidedignos, los prisioneros de guerra, los que recibían trato cruel, tanto que a veces no regresaban al continente, dejando sus huesos en las covadenas. De las fiestas religiosas participaban las mujeres, y las celebraciones comprendían actos en las islas y en las playas de concentración y partida.

Si geológicamente, en unos casos, y biogeográficamente, en todos, las islas del litoral se hermanan con el continente presentando ambas partes notorias similitudes en el paisaje, en la ecología animal y en el clima, así, también, desde el punto de vista del hombre y de la cultura forman con las costas próximas un *todo coherente y homogéneo*. A escasa distancia de las puntas y promontorios continentales, bajo el mismo cielo, bajo la misma aridez y pobreza de manifestaciones vegetales, las islas no son sino prolongación de la costa a la cual pertenecen, parte de un mismo escenario, rostro agostado o inexpresivo de una misma geografía. Con frecuencia, los promontorios de la costa parecen islas, y éstas promontorios. Pueden tener distinta raíz geológica, pero la envoltura es la misma y, por ende, la vida también es la misma, en todas sus caras.

A lo sumo, las islas agregan uno que otro rasgo propio pero de suyo tan escasamente influyente que en nada o en muy poco las arranca del escenario general dominante. Ni siquiera de aislamiento físico puede hablarse, porque de tal no se trata sino de simple y breve *separación*, mediando entre ellas y el continente un estrecho brazo de mar.

Lo único que en cierta medida las distingue es el *guano*. Es verdad que las acumulaciones de *guano* se forman tanto en las islas como en los promontorios y puntas del continente porque en unas y otros anidan las aves marinas; pero, los mayores de-

pósitos están en las islas, hasta donde no llegan los animales depredadores y donde, por esta razón, las comunidades aladas son más numerosas que en tierra firme. Las islas tienen, por consiguiente, la particularidad de las grandes acumulaciones formadas a través de los siglos y los milenios, al amparo de un clima que no conoce lluvias.

Pero, pese a la cercanía, las islas del litoral tuvieron para el antiguo habitante de la costa un significado sagrado. La separación del continente por breves brazos de mar fue bastante para que el indio radicado a lo largo del litoral las tuviera como *tierra extrema, tierra final, última*, alejada de todo contacto prosaico y de todo ajeteo común. Por eso, en ellas construyó santuarios que alcanzaron celebridad, a los que iban miles de fieles en sus barcas llevando ofrendas y dispuestos a los sacrificios; y por eso, también, en ellas enterró a sus muertos de renombre, convirtiendo algunas en cementerios para el acto final e irreversible de la existencia.

LOS FLAGELOS

La tierra es calma; el mar y la atmósfera, serenos. No llueve, no truena, no relampaguea, como anotaron los escritores de la época de la Conquista para ensalzar la tierra recién ganada. El mar es rico y generoso y su pesca, regalada. Los valles son oasis de maravilla donde, por la bondad de la tierra y del clima, se dan todos los frutos. Todo es apacible y reconfortante, y la naturaleza no conoce extremos, porque aunque cae el país en la faja tropical, su temperatura es agradable todo el año.

Nadie pronunció un elogio más encendido de tantas bondades como el P. Calancha, cuando escribió: "Por ser este cielo tan benévolo, sus estrellas tan favorables, sus aires pocos y de calidad templada, sus aguas dulces, fructíferas y sin malicia, proviene que la tierra sea sana, deleitosa y regalada, y el Perú el más rico del mundo y el más abastecido del Orbe..."⁵⁷.

Sin embargo, de tarde en tarde los flagelos más espantosos azotan esta tierra tan amena. No son muchos, pero cuando irrumpen destrozan, parten la obra humana y aniquilan vidas.

El peor de todos es el terremoto con su pariente de líquidas furias, el maremoto. Con mucha frecuencia la tierra tiembla, pero la sacudida no va más allá de un susto para los mortales, que imploran clemencia a Dios o a las fuerzas sordas de la naturaleza. Pero, a veces, la sacudida dura más de lo humanamente soportable y al ligero temblor de los primeros instantes sigue el moverse violento del suelo, que desploma casas, acumula escombros y sepulta vidas. La costa peruana es zona sísmica y,

por eso, sus habitantes viven en permanente estado de alerta ante el peligro del destructor azote terráqueo.

El mar sereno y calmo, inmensa y quieta superficie plateada, a veces se confabula con la tierra, y a las sacudidas lejanas de ésta se suma con una onda poderosísima que cruza el ancho océano y embiste contra las costas con fuerza inaudita. Es el maremoto, del que muchos pueblos de la costa peruana tienen atroz experiencia.

El maremoto, o *tsunami*, es consecuencia de una onda oscilante de gravedad que, desde un punto central generador, o foco, se transmite en la masa del agua oceánica a muy alta velocidad y en forma radial. La onda en alta mar es casi imperceptible pero al llegar a la costa, por la disminución de la profundidad, acorta su longitud e incrementa su altura, convirtiéndose comúnmente, al embestir contra tierra, en una gigantesca ola de muchos metros de altura, veinte o treinta, terriblemente destructora.

Estadísticas de grado y frecuencia reunidas recientemente por un especialista⁵⁸, revelan que el Océano Pacífico es la porción del mar más afectada por los *tsunamis*. En lo que toca a la costa peruana, ella "ha sido fuertemente batida a través de toda su historia". "Desde que el hombre apareció sobre la Tierra, vagando primero y luego estabilizado en las riberas continentales e insulares bañadas por mares y océanos, quedó expuesto a la sorpresa y riesgos que significa la llegada de grandes ondas sísmicas marinas que invaden y pueden destruir costas, obras y vidas". A esta situación de peligro estuvo expuesto, naturalmente, desde el confuso amanecer de la prehistoria, el habitante de la costa peruana, sobre todo el de los sectores propiamente ribereños, pescador o recolector de mariscos afincado temporalmente en las playas al abrigo de los promontorios o en las ensenadas.

Declarada como *costa de peligro* por la moderna ciencia sísmológica, el registro histórico la presenta como una costa gravemente amagada en todos los tiempos. Según recuento del *Instituto Geofísico del Perú*, entre 1586 y 1966 veintiún maremotos, de mayor o menor fuerza, han embestido contra ella, unas veces sobre un amplio frente, otras sobre un sector reducido.

El promedio estadístico, con marcadas fluctuaciones cronológicas que descartan la idea de ciclos rígidos, indica que *un maremoto cada dieciocho años ataca la costa peruana*. De donde, retrocediendo en el tiempo, se puede colegir que *en el pasado prehistórico nuestra costa ha sido muchas veces golpeada por violentas ondas sísmicas marinas*. Junius Bird, en sus estudios de 1946, halló claras huellas de un maremoto en *Huaca Prieta*, valle de Chicama⁵⁹; y Rebeca Carrión Cachot de Girard

insinuó la posibilidad en uno de sus trabajos⁶⁰ de una salida del mar en *Pachacámac*, que habría afectado seriamente las construcciones del lado del mar.

En conclusión: revélanse en el pasado, con toda evidencia, salidas cataclísmicas del mar, que arrasaron con las poblaciones ribereñas constituidas por grupos más o menos numerosos dedicados a la pesca o recolección de mariscos. No obstante, después de las embestidas destructoras y de las retiradas pavorosas, la calma volvió y el mar siguió siendo, como antes y como siempre, fuente generosa de productos para la vida. Y el hombre, naturalmente, volvió a él, esperanzado y olvidando el azote.

Recién despuntado el siglo XVII, se produjo una espantosa salida de las aguas del mar en toda la costa sur, de la que el P. Cobo hizo la siguiente conmovedora descripción, que puede dar la imagen de otras muchas catástrofes ocurridas en la edad antigua. El maremoto se produjo el 24 de noviembre de 1604 y Cobo contó: "Subió la mar extrañamente, y saliendo de sus márgenes con espantoso ímpetu, hizo tres acometidas a la tierra y otras tantas retiradas, inundando las quebradas y valles marítimos, explayándose por ellos por espacio de media y una legua, destruyendo las chacaras y heredades, y llevándose tras sí los hombres y ganados que cogió, dejando en su lugar, al retirarse, gran suma de pescado en seco y descubierta gran parte de su región"⁶¹.

En menor escala que los sismos y maremotos, son flagelos de la Costa también las lluvias torrenciales, que esporádicamente, con separación de muchos años, caen, en especial en la zona norte, causando gran daño a las construcciones de adobe y a los edificios endebles; y las sequías, que afectan la agricultura, extendiendo el fantasma del hambre por las regiones directamente afectadas y tierras vecinas. "La Costa peruana es seca y desértica —dice Luis Baudin— ... Las nubes ligeras que oscurecen el cielo se resuelven a veces en tenue llovizna, la *garúa*, que los limeños bautizan enfáticamente con el nombre de lluvia. Esta resulta una rareza, y es por eso que desata catástrofes cuando por casualidad sobreviene: nada está preparado para recibirla: el agua arrasa las sementeras, las casitas de barro y hasta las murallas de adobe de las antiguas ciudades, como ocurrió en 1925 en Chimú, la antigua capital del reino de ese nombre, con gran desesperación de los arqueólogos y de los turistas"⁶². Recientemente (el 15 de enero de 1970), una precipitación concentrada que alcanzó 17 milímetros, produjo trastorno en Lima y daños considerables en los *pueblos jóvenes* que rodean la ciudad y en las instalaciones.

Las lluvias torrenciales en el flanco occidental andino generan avalanchas de lodo y piedras, que barren las quebradas, en

forma unas veces de *huaico*, otras de *aluvión*. Pasada la avalancha, queda sobre las quebradas y valles afectados, una gruesa cubierta de limo seco y endurecido, la *yapana*, capa infértil que impone desolación sobre grandes extensiones. Poblaciones enteras de la época antigua desaparecieron por el efecto destructor de estos descensos y la muerte se posesionó de campos otrora feraces, aniquilando por el hambre nutridas comunidades. En toda la faja occidental de la cordillera que da al mar, está presente la huella del profundo arañazo de los huaicos y aluviones, y los valles revelan siempre la superposición de capas separadas por costras duras de *yapana*. La arqueología subyacente revela la desaparición en edades remotas de florecientes pueblos.

Dentro de la aparente calma de la Costa, que cantaron los cronistas de los primeros tiempos, hubo también, pues, la acción de fuerzas destructoras, y la violencia de la naturaleza se adueñó no pocas veces del terreno. "En edades remotas se produjeron en este territorio cataclismos de gran magnitud ... movimientos sísmicos, erupciones volcánicas, aluviones ... cuyas huellas quedan en muchos sitios arqueológicos..."⁶³

Del flagelo de la sequía también hay indicios inequívocos: épocas largas, años, sin una gota del cielo ni un hilo de los ríos, con los campos secos y la vegetación muerta. Los pueblos tenían que desplazarse o desaparecer. Siguiendo a Fernando de Montesinos⁶⁴, Valcárcel destaca que durante el gobierno de Manco Cápac II se produjo una gran peste que despobló muchas provincias y una sequía que duró cinco años; no corrió agua por los ríos de la Costa desde Tumbes hasta Arica, "perciendo los habitantes de los valles"⁶⁵. Exagerada o imprecisa, la versión debe tener un fondo de verdad y el fenómeno debió repetirse.

LA CORDILLERA, "CAJA DE RESONANCIA" DEL MAR

No será vano ni fatigoso que repitamos que la influencia del mar sobre un ribete del continente, hasta el nivel de los 1,500 metros, es uno de los hechos geográficos y, particularmente, climatológicos, de más significativo interés en el estudio del país y uno de los gestos más importantes, por sus consecuencias, del multifacético rostro que muestra su naturaleza.

Dijimos al ocuparnos de la neblina, que ella es consecuencia del mar: las masas de aire húmedo procedentes del océano, del mar tropical que se extiende más allá de la faja de la Corriente Peruana, al pasar sobre ésta, bruscamente, por el descenso de temperatura, se condensan. En invierno y verano, por eso, se forman masas de neblina, que, impelidas siempre por los vientos, amagan el continente e invaden las tierras litorales. En cuanto al techo de nubes, o masas altas de vapor, también es consecuencia,

por la *inversión térmica de la atmósfera*, de las aguas frías del mar ribereño.

El mar, de este modo, ya se dijo también, no sólo influye en el flanco occidental andino dando origen a la región llamada *Costa* y creando, paralelamente, una *unidad paisajista* de rasgos inconfundibles, sino que proyecta su carácter, por así decirlo, al cielo, haciendo con los recursos acuosos de la atmósfera una suerte de *mar aéreo*, representado por las neblinas y el techo de nubes que planea en el invierno con cerrada y persistente continuidad.

Pero, no queda allí la influencia del mar sobre la tierra: no se limita al clima ni al paisaje ni a la embajada de nubes y neblinas con que se adentra al país, tocando a las estribaciones andinas en el punto donde comienza la soberbia de la cordillera. Con no menores signos, junto a la *influencia física* hay que señalar la *influencia cultural y económica*, patente desde el florecimiento de las primeras culturas sólidamente constituidas.

Sin pecar de *megalomanía*, como dice en otra parte de su magistral estudio sobre el Mediterráneo el anteriormente citado Braudel, al referirse a los *verdaderos confines* del Mediterráneo —que no son, por cierto, los meros que traza la geografía convencional—, hay razón para decir que el mar peruano, *cultural y económicamente*, es decir, el mar peruano ya no como escueta entidad física sino asociado al hombre, *avanza considerablemente sobre el continente*, sin quedarse en los límites de su cuenca. Así, el flanco occidental del sistema andino, empleando la acertada expresión del gran historiador galo, hace como de *caja de resonancia* del mar.

Braudel se apoya para su concepción del "gran Mediterráneo" en los datos de la biogeografía: el "Mediterráneo viviente de las plantas y los animales"⁶⁶, que coincide con el Mediterráneo de los hombres. Pues, así también, los datos de la biogeografía y de la historia del quehacer humano permiten trazar una concepción similar del mar peruano: con sus influencias ya puntualizadas de clima y paisaje y su embajada casi permanente de neblinas y nubes cerradas, el mar también entra al continente por valles y quebradas con elementos que le son esencialmente representativos, y esto desde la más remota edad y desde los más inciertos momentos de la acción humana. El pescado y el marisco tienden un manto uniforme en el capítulo importantísimo de la alimentación, desde el precerámico hasta el apogeo del imperio; es decir: durante milenios, el hombre de la Costa y el hombre de la Sierra se alimentan, por igual, de los productos del mar, y hay un intercambio activo de los costños y los serranos que mueve grandes grupos y agita preocupaciones. *Mamacocha* es reverenciada por los serranos, y la religión, en general, de las naciones andinas, está llena de seres y motivos

marinos. Igual ocurre con el arte, que se inspira frecuentemente en los personaje y hechos del mar. La leyenda y la mitología igualmente se sazonan y nutren de los ingredientes que proporciona la gran superficie líquida que se extiende, misteriosamente, a Poniente, por donde se oculta el sol.

Por lo tanto, el mar no sólo existió para los pueblos costeros. Con clima, con plantas y animales, con nubes y neblinas y, muy particularmente, con sus cuantiosos e inacabables productos, con sus seres fantásticos capaces de producir en el ánimo del hombre los más hondos sentimientos de pavor, con sus fuerzas de poder sobrenatural y su pléyade de insignias, a cual más influente, penetró a la tierra quebrada y alta del Ande, a la cordillera coronada de nieves, y dio lo suyo para nutrir a los hombres y aderezar la existencia de los grupos en los campos del arte, de la leyenda, de la mitología, de las preocupaciones colectivas.

A la idea de la geografía física que fija los límites del mar en la línea ligeramente oscilante de las mareas, y a la idea de la climatología que proyecta la presencia del mar al interior para dar origen a la región llamada *Costa*, hay que agregar, por lo tanto, la idea del *mar asociado al hombre*, del mar con sus emblemas. La cordillera, según esta concepción, resulta una verdadera *caja de resonancia* del mar, y el mar tórnase un factor determinante de cultura de mayor efecto que el supuesto en base a sus confines naturales.

Entonces, hay un *país marítimo*, que se define como la faja occidental hasta donde el mar deja sentir su influencia; y un *área de cultura marítima* o de *influencia marítima* que entra al continente y se extiende hasta donde llegan los productos del mar y los ingredientes de éste en los contextos culturales. Esta área cubre parte del país andino propiamente dicho y es reveladora del gran papel jugado por el mar en el proceso del nacimiento y desarrollo de la civilización antigua peruana.

Los hechos culturales y de la historia política y económica que en los siguientes capítulos se exponen, demostrarán este papel preponderante del mar en el pasado del Perú, entre los tiempos de la aurora y el apogeo del imperio que antecedió por escasos años a la llegada de los colonizadores europeos.

NOTAS AL CAPITULO

1. COBO, Bernabé... *Historia del Nuevo Mundo* (1653). Madrid, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro II, cap. VII, p. 66.
2. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Quinquenarios o Historia de las Guerras Civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias* (s. XVI). Madrid, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro III, cap. LVII, p. 234.
3. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LXI. p. 246.
4. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Crónica del Perú* (1553). México, Col. Atenea. Cap. XXXVI, p. 255.
5. MURUA, Martín de... *Historia General del Perú, origen y descendencia de los Incas* (1590). Madrid, 1962 (M. Ballesteros). Tomo II. Libro III, cap. II, p. 148.
6. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia General de las Indias* (1552). Barcelona, 1965. Tomo I, Parte primera, p. 334.
7. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro II, cap. XIII, p. 81.
8. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro II, cap. XIII, p. 83.
9. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. XXXVI, p. 255 y sgte.
10. REPARAZ, Gonzalo de... *Estudio y planeamiento geográfico de la Zona Árida peruana*. Lima. "Fanal", N° 59, p. 29.
11. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro II, cap. XIII, p. 83.
12. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LIII, p. 223.
13. ZARATE, Agustín de... *Historia del descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú* (1555). México, Col. Atenea. Libro primero, cap. VI, p. 522.
14. MEIGS, Peveril... *En la costa desértica del Perú*. "El Correo de la Unesco". París, marzo 1966; pp. 11-15.
15. LOPEZ DE GOMARA, *Historia General*... Tomo I, Parte primera, p. 334.
16. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. XXXVI, p. 257.
17. MURUA, *Historia General del Perú*... Tomo II, Libro III, cap. II, p. 148.
18. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro II, cap. XIV, p. 83.
19. ZARATE, *Historia del descubrimiento*... Libro primero, cap. VI, p. 523.
20. ZARATE, *Historia del descubrimiento*... Libro primero, cap. IV, p. 517.
21. ZARATE, *Historia del descubrimiento*... Libro primero, cap. VI, p. 522.
22. HERRERA, Antonio de... *Décadas o Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano* (1601). 1728. Tomo I (Descripción), cap. XVII, p. 37.
23. LEVILLIER, Roberto... *Los Incas*. 1956, p. 9.
24. Especialmente por los norteamericanos Eduardo Lanning y Thomas Patterson y el francés Frederic Engel.
25. Como se verá en el capítulo siguiente, Richard S. MacNeish es autor del descubrimiento de la primera asociación paleontológica, certificada, en el Perú, consistente en artefactos líticos y huesos de animales del último periodo glacial o del postglacial. El nivel Pacaicasa, con industria muy rudimentaria, ahonda veinte mil años (V. RICHARD S. MACNEISH, *First Annual Report of the Ayacucho Archaeological-botanical Project*. Andover, Massachusetts, 1969; pp. 23 y 33. También: *Second Annual Report*..., 1970; pp. 13, 31 y sgtes., y cuadro de la p. 40).
26. Estudiando las arenas de la Costa a esta conclusión arribó el sabio geólogo JORGE A. BROGGI, y varias veces comunicó sus apreciaciones al autor.
27. MOLINA (El Almagrista), Cristóbal de... *Destrucción del Perú* (1553). Lima, Col. Loayza, 1943; p. 14.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

28. JUAN, Jorge y ULLOA, Antonio de... *Relación histórica del viaje a la América Meridional*. Madrid, 1748. Tomo III, Segunda Parte, Libro primero, cap. I, p. 6.
29. JUAN y ULLOA, *Relación histórica...* Primera Parte, Libro cuarto, cap. VIII, p. 247.
30. REPARAZ, *La Zone Aride du Pérou*. Estocolmo, 1958; p. 6.
31. Sin embargo, esta tipificación no pasa de general porque dentro de la faja costera, así determinada, se dan anomalías en los distintos factores climáticos.
32. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro II, cap. XIII, p. 81. y sgte.
33. PIZARRO, Hernando... *Carta a los Señores Oidores de la Real Audiencia de Su Majestad*, fechada el 23 de noviembre de 1533 en Santa María del Puerto. Lima, Col. Urteaga-Romero. Segunda serie. Tomo III; p. 176.
34. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LIX, p. 342.
35. MURUA, *Historia General del Perú...* Tomo II, Libro III, cap. II, p. 148.
36. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro II, cap. VII, p. 66.
37. LOPEZ DE GOMARA, *Historia General...* Tomo I, Parte primera, 334.
38. MURUA, *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú* (1590). Lima, Col. Loayza. Libro III, cap. XLVIII, p. 161.
39. FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias* (1535). Madrid, 1851-1855, Vol. IV, Libro XLVI, cap. XVII, p. 224.
40. RIVA AGUERO, José de la... *Civilización tradicional peruana. Epoca pre-hispánica*. Lima, 1937; p. 185.
41. Este cuadro de *temperatura de horno* corresponde a las islas de la Polinesia francesa, distribuidas sobre los 20° de lat. Sur, y se lo debemos a BENGT DANIELSSON, *La isla de la "Kon Tiki"*, Barcelona, 1954; p. 264.
42. ZARATE, *Historia del descubrimiento...* Libro primero, cap. VII, p. 525.
43. HERRERA, *Décadas*. Tomo I, cap. XIX, p. 41.
44. CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal... *Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de don Pedro Gasca* (1567). Madrid, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro II, cap. IV, p. 300.
45. CALANCHA, Antonio de la... *Corónica Moralizada del Orden de San Agustín*. Barcelona, 1639. Libro I, cap. VIII, p. 50.
46. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro II, cap. XXXV, p. 484.
47. ACOSTA, Joseph... *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590). México, 1962. Libro tercero, cap. XXVII, p. 138.
48. ZARATE, *Historia del descubrimiento...* Libro primero, cap. VII, p. 525 y sgte.
49. Luis Alberto Sánchez, ensayista, historiador de la literatura, crítico y profesor universitario. Nuestras observaciones se refieren a su obra, en cinco tomos, *La Literatura Peruana*, publicada en 1965.
50. SANCHEZ, Luis Alberto... *La Literatura Peruana*. Lima, 1965. Tomo I, p. 39 y sgtes.
51. BAUDIN, Louis... *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos Incas*. Buenos Aires, 1955; p. 16.
52. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LX, p. 242 y sgte.
53. OVIEDO, *Historia General...* Vol. IV, Libro XLVI, cap. XVII, p. 233.
54. VALLAUX, Camille... *Geografía General de los Mares*. Barcelona, 1953; p. 153 y sgte.
55. Fondo de Cultura Económica, México, 1953 (dos tomos).
56. No entra en estas consideraciones la isla de Puná, en el golfo de Guayaquil, de gran población en el tiempo de la llegada de los españoles y marcados rasgos de espíritu independiente.
57. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro I, cap. VIII, p. 53.
58. ZIMIC VIDAL, Esteban... *Tsunami*. Lima, 1968, pp. 4-8.
59. Comunicación personal. La salida de las aguas afectó parte de la *huaca* y dejó sobre la playa grandes piedras hasta una distancia considerable de la orilla de pleamar.

NOTAS AL CAPITULO

60. CARRION CACHOT, Rebeca... *La Cultura Chavin*. "Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología". Lima, 1948. Vol. II, N° 1, p. 168
61. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro II, cap. XX, p. 104.
62. BAUDIN, *La vida cotidiana...*; p. 18.
63. CARRION CACHOT, *La Cultura Chavin*; p. 167.
64. MONTESINOS, Fernando de... *Memorias antiguas, historiales y políticas del Perú* (siglo XVII).
65. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia del Perú Antiguo*. Buenos Aires, 1964. Tomo III, p. 303.
66. BRAUDEL, Fernando... *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la Epoca de Felipe II*. México 1953. Tomo I, p. 203.

Capítulo II

LA LLEGADA DEL HOMBRE A TRAVÉS DEL MAR

Producido el descubrimiento de América, el memorable 12 de octubre de 1492 —hito inmarcesible de la historia— y completado por el propio descubridor, Cristóbal Colón, el reconocimiento de las costas de América Central y de numerosas islas de las Antillas, Europa se volcó al Nuevo Mundo; lentamente, bien es cierto, por las circunstancias de la época pero con la expectativa inmensa —rayana en avidez— que fue capaz de despertar la tierra recién hallada en el espíritu de aquellos hombres indomables del ilustre y sin par Siglo de los Viajes.

Llegado el europeo a América, hallóse de pronto ante un cúmulo de interrogantes y ante situaciones de orden humano, geográfico y natural jamás previstas ni soñadas. Entre todas, la incógnita del hombre fue la mayor y la que más hondamente le embargó. Haciendo un recuento de aquel momento histórico, verdaderamente estelar de la humanidad, un eminente hombre de ciencia del siglo pasado y fecundo escritor que con revolucionarias teorías trató el tema de este capítulo, dejó dicho: “Desde los primeros momentos del descubrimiento de América, *el problema de la procedencia* de sus pobladores empezó a ocupar la mente de los teólogos y filósofos . . . Esa raza tan diferente de la europea, que se les presentaba por primera vez, que habitaba la parte más extensa del mundo, que no tenía conocimiento alguno de la existencia del Viejo Continente, que aparecía rodeada de animales y vegetales en su mayor parte diferentes de los que poblaban las comarcas de Europa; que vagaba en un continente separado del resto de la tierra conocida por un inmenso mar; que ha-

blaba lenguas completamente desconocidas y que practicaba costumbres y ritos en su mayor parte extraños, completamente contrarios a los de los europeos, les llamó sobremanera la atención ... Esa raza eran los *antipodas*, eran los hombres de que había hablado San Agustín, que, según él, no podían existir, porque provendrían de otra creación que la de Adán ... Los teólogos tuvieron que tratar de poner en concordancia con los textos sagrados los nuevos descubrimientos, y de aquí se originó una *interminable disputa sobre el origen del hombre americano ...*¹.

Efectivamente, pocos problemas —quizá ninguno— han desencadenado más enconada y sostenida polémica en el campo de las ciencias históricas y antropológicas, como el relativo al origen del hombre americano. De esta polémica, que lleva ya cerca de cinco siglos y que, seguramente, se mantendrá por mucho tiempo más, ha surgido una literatura frondosísima, de follaje complicado y oscuro por el que pasan escasos rayos de luz. Desde el siglo XVI se han aventurado las más dispares teorías, se han propuesto las soluciones más encontradas, y del mar de opiniones, unas en extremo antojadizas y sin ningún fundamento, otras bien armadas y, por ende atendibles, poco en claro se saca a la fecha. Por consiguiente, aunque los avances de los últimos tiempos han sido importantes y el replanteamiento del problema se ha efectuado en el campo estrictamente de la ciencia, *la incógnita* del origen del hombre americano sigue en pie.

FRAY GREGORIO GARCIA: LOS PRIMEROS INDIOS LLEGARON POR MAR

En los comienzos del siglo XVII, el fraile dominico Gregorio García —un hombre de erudición “sencillamente prodigiosa” pero, por desgracia, con “prodigiosa falta de juicio también”, como dice Martínez del Río²— hizo una presentación del problema, detallada hasta los extremos más fatigantes y cuidadosísima en citas y toda clase de referencias y concordancias —las más de ellas completamente inútiles desde el punto de vista de la ciencia— pero pesada, aburrida y carente, sobre todo, de una teoría definida. “Hombre evidentemente ingenuo y bien intencionado —agrega Martínez del Río—, su principal afán consistió aparentemente en concederles la razón a todos los autores sin excepción, sin importarles el carácter verdaderamente descabellado de muchas teorías ... Uno de los últimos capítulos de su libro parece un desfile de carnaval: cartagineses, griegos, tártaros, fenicios, chinos, los hijos del país de Ofir y, naturalmente, las Diez Tribus [de Israel]: todos hacen solemnemente la travesía a América ...”³.

Desde luego, mucho más teólogo que antropólogo, más creyente que investigador, fray Gregorio García consideró que el conocimiento del origen de los indios americanos sólo se podía alcanzar por la fe divina, pero, al propio tiempo, alguna doctrina insinuó, apoyándose en bases que nos permiten considerarlo, según tendencias de la época, como abanderado del *monogenismo* y declarado adversario del *autoctonismo*. “Habiendo de tratar —escribió— del origen y principio que tuvieron los indios que habitan en las Indias Occidentales ... es necesario suponer tres casos, que son como fundamentos, sobre quienes se ha de fundar el edificio y máquina de este libro ... El *primer fundamento* es de fe católica: conviene a saber, que todos cuantos hombres y mujeres hubo y hay, desde el principio del mundo, proceden y traen su principio y origen de nuestros primeros padres Adán y Eva ... El *segundo fundamento* ... es que las gentes que hay en las Indias ... fueron a ellas de una de las tres partes del mundo conocido: Europa, Asia y Africa ... El *tercer y último fundamento* es ... que todo lo que sabemos es por una de estas cuatro vías: Ciencia, Opinión, Fe divina y Fe humana. Lo que sabemos por ciencia es cierto, verdadero y evidente ... porque lo sabemos por su causa. Lo que sabemos por opinión es dudoso e incierto. Lo que sabemos por fe divina es cierto y verdadero ... porque el medio por donde lo supimos es la Autoridad de la Iglesia Católica ... Lo que sabemos por fe humana, no tiene más fundamento para su verdad que la autoridad de quien lo dijo ...”⁴.

Dedicado prácticamente a recopilar opiniones, sin discriminación ni criterio alguno, fray Gregorio García consigna en los densos capítulos de su obra las más descabelladas teorías. El desfile es verdaderamente mundial. Todos los pueblos del orbe, antiguos y modernos, aparecen en la lista interminable y a ratos jocosísima de los posibles invasores de América. Naturalmente, no faltan los fenicios ni los cartagineses, ni los hebreos, griegos y romanos; allí están también los chinos y los tártaros y gentes de las más encontradas razas como los oscuros etíopes y los rubicundos noruegos y dinamarqueses. En el Libro Quinto hay un capítulo sobre el origen de los indios peruanos, que simplemente contiene las leyendas recogidas por Betanzos y Cieza acerca de Viracocha y el paraje Tamputoco. Mas, en otra parte de la obra hay una referencia que directamente interesa al asunto que se trata en este capítulo. Dice fray Gregorio García: “La primera opinión sobre el [origen de los indios americanos] es de algunos que dicen que los *primeros indios fueron a las Indias por mar*”⁵.

LEON PINELO Y EL ARCA DE NOE SALIDA DEL PERU

A la tesis del *origen foráneo de los americanos*, recalcada con frondosa erudición teológica por fray Gregorio García, opuso en el mismo siglo XVII Antonio de León Pinelo la contraria del *autoctonismo*. El autor de *El Paraíso en el Nuevo Mundo* —otro monstruo de la “estéril erudición del siglo XVII”: “erudito antes que escritor; glosador y coleccionista más que jurista e historiador; bibliófilo empedernido ...”, como dice Porras⁶— debe ser considerado, por lo tanto, aunque desprovisto de toda base científica, como el precursor de Florentino Ameghino. Para Antonio de León Pinelo la humanidad tuvo su cuna en América porque *en América estuvo el paraíso terrenal*.

Porras, en su magistral estudio sobre la vida y la obra de León Pinelo, dice en una sustanciosa síntesis que se amolda a nuestro interés: “La tesis de León Pinelo de que *el primer recinto de la humanidad estuvo en América*, ofrecía aún dificultades históricas mayores que las geográficas. Si el hombre primitivo nació en América, ¿como y en qué época pasó al continente europeo? Y si el continente americano después del castigo del diluvio y del éxodo de Noé quedó deshabitado, ¿cómo se pobló posteriormente? León Pinelo resuelve cualquier duda dialéctica y como buen calculista nos da la respuesta en cifras palpables. *El hombre nació en América del Sur*, que por algo tiene forma de un corazón. Los hombres habitaron el continente paradisíaco hasta el diluvio. Noé fabricó el arca en ‘la falda occidental de la serranía de los Andes con cedros y otras maderas fuertes’. Pinelo señala en el mapa, concretamente, el lugar geográfico donde se construyó el arca, entre los grados 12 y 15 de latitud Sur, o sea en los alrededores de Lima (entre Lima y Nasca). El arca de Noé, cuando subieron las aguas, navegó ciento cincuenta días sin descanso y sin tormentas, de Oriente a Occidente —símbolo de la muerte— hasta tomar puerto en las montañas de Armenia. Noé no tuvo mérito alguno en este gran viaje ...: el arca fue guiada por Dios y la conducían los ángeles ... Pinelo hace en seguida un laboriosísimo cálculo sobre la duración de la lluvia, la de la inundación, la de la trayectoria del arca, el viaje del cuervo y el de la paloma, concordando los años hebreos con los julianos y llega a establecer una *Tabla diaria del diluvio universal*, en que queda probado que el diluvio comenzó el domingo 28 de noviembre de 1656 de la Creación, y Noé salió del arca el domingo 27 de noviembre de 1657 ... *El arca salió de los Andes peruanos* a los nueve días del diluvio, siguió por el Océano Pacífico en línea recta hacia el Occidente, se inclinó luego al Norte y entró al continente asiá-

tico, cuyas aguas estaban en la plenitud, entre la isla de Corea y la punta de la China. Siguió por el lago de Cicun Hay, el Ganges y encalló junto al monte Naugracot”.

El género humano se difundió de América y el arca de Noé fue la primera barca, según la erudición y el vuelo imaginativo de León Pinelo, que, desde las costas del Perú, saliendo del flanco andino arriba indicado, surcó las aguas del Océano Pacífico, rumbo a la distante y aún perturbada Asia. Nuestro mar, por consiguiente, tiene la honra de haber sido el *primer mar navegado del mundo*, en viaje hacia el oeste, llevando el bagaje fundamental de la naturaleza en los tres reinos: el de los hombres, el de los animales y de las plantas.

LOS TARTAROS POBLARON AMERICA SEGUN CALANCHA

En su monumental *Corónica Moralizada*, publicada en 1639, el agustino Calancha sostiene el origen tártaro de los indios americanos, fundamentando para ello su opinión no sólo en razones bíblicas sino también en lo que Imbelloni llama “la *inspección antropofísica y etnológica*”. Que los antecesores de los indios de América fueron los tártaros —dice Calancha—, “se prueba con una razón y es traer el mismo color, las mismas costumbres, semejante religión y propias condiciones”.

Por los imperantes cauces bíblicos de la época, Calancha llega a la primera conclusión de que el poblamiento de América se produjo antes del Diluvio Universal. “Tengo por cierto —dice— que este medio mundo fue habitado por hombres antes del diluvio ... A nuestros padres Adán y Eva mandó Dios, y ellos a todos sus descendientes, que fuesen engendrando hijos y llenasen con ellos toda la tierra ... y desde la creación de los hombres hasta el diluvio pasaron 1,656 años, sobradísimo tiempo para llenar tres mundos ... Luego, si manda Dios que llenen la tierra y tuvieron tiempos para poblarla ... sin duda poblaron estas tierras” (las de América)⁸.

Estando ya habitada América, por consiguiente, se produjo el castigo divino del diluvio universal, en el que perecieron todos los hombres, plantas y animales menos las parejas salvadas en el Arca de Noé, también por designio divino. “Toda la tierra y todas las partes del mundo tenían pecadores, pues toda ella la anegó el diluvio, castigo que se envió contra los delincuentes”.

En seguida, Calancha pasa revista a algunas posibilidades en torno al problema, ya en su tiempo arduamente debatido, del origen de los americanos. Comienza por descartar el origen cananeo, propuesto por varios autores poco escrupulosos. Si pretenden probar tal origen de los indios del Nuevo Mundo por el “color tostado” de la piel —refuta Calancha— “no sé yo quién les

dijo que los cananeos tenían este color, y no deben de haber reparado que los indios de las sierras son más blancos que los de estos llanos, y los de las montañas casi color de cuarterones, y en las cordilleras blancos...”⁹. ¿ Y cómo habrían podido llegar los cananeos? No los cree Calancha lo suficientemente hábiles para cruzar “todo el mar Océano del Norte ... de 1,400 leguas ...”. “Mi Padre San Agustín dice que es más que absurdo el decir que hombres pudiesen pasar por este mar Océano a este hemisferio”.

Eliminando a otros pueblos, como los chinos y los hebreos, llega a los tártaros, con los cuales se queda, pero plantea dos posibilidades respecto a la ruta de poblamiento por éstos seguida para llegar del Viejo Mundo al Nuevo y establecerse. Una es la *ruta del Pacífico*, por las islas de la Oceanía, de oeste a este, vale decir, de Asia a América, tocando inicialmente, por lo tanto, en las costas occidentales de este continente; otra es la *del septentrión*, por las tierras heladas del Artico, la Groenlandia y Labrador, donde los estrechos de mar, como el de Davis, descubierto en 1586 —que Calancha cita revelando gran conocimiento geográfico—, son navegables casi todo el año y no ofrecen, por ende, mayor dificultad. Citando a varios autores, entre ellos al célebre P. Acosta, del que se tratará más adelante, Calancha dice “que los primeros habitantes de estas Indias fueron tártaros o indios orientales... que descienden de Ofir, primer habitador del Oriente...”; y en seguida trata *el problema de la comunicación*, que lo resuelve proponiendo para el paso de un continente a otro la *ruta del mar*.

Dice: “El poder pasar del Oriente a estas Indias, tenía dificultad considerable en aquellos tiempos, ya que no ahora: *en canoas o juncos se pudieron venir de isla en isla por la Nueva Guinea y por las islas de Salomón fronterizas del Perú*, que, como dicen los que cada día las navegan y se ve en los mapas, *unas islas confinan con las otras*”. Agrega Calancha: “... aunque hay millares de leguas de tierra, que viene de la Nueva Guinea a estas Indias, no son continuadas por haber mar en medio: ... al fin, pasando brazos de mar o navegando, *que son diestrisimos marineros*, así los orientales como los de la Nueva Guinea y los de las islas de Los Ladrones ... con más brevedad pueden ir a las costas de Quivira Tierras Septentrionales seguidas con México y el Perú y con grandes dificultades pudieron pasar del Oriente a estas Indias”¹⁰.

Pero, no obstante su atractivo y los buenos fundamentos geográficos en los que se apoya, esta no es la ruta que prefiere Calancha. La relación entre el país originario de los tártaros, en el Viejo Mundo, y América, se produjo *por la ruta del septentrión*, es decir, por las tierras ateridas del Norte. A todo lo

largo del continente americano, desde el Labrador, cerca de Groenlandia, hasta el extremo sur del reino de Chile, las poblaciones revelan un común origen racial y el parentesco se ve claro con las gentes del corazón de Asia. Todo otro origen hay que descartarlo. ¿Por qué y para qué —se pregunta Calancha— seguir buscando a otros progenitores de los indios del Nuevo Mundo?. “Dégenlos venir por tierra a los de Jafet poco a poco y no vayan a traer indios ni orientales . . . por tantos océanos de mar ni archipiélagos de islas en que no se hallan términos hábiles ni tiene proporción la conjetura”.

“Sabida cosa es —explica a continuación el famoso agustino— que Groenlandia, tierra septentrional, está conjunta con las Noruegas y Tartaria, mediando un sólo estrecho llamado de Davis, brazo helado de mar pequeño; y Groenlandia es tierra convecina a Estotilandia, que llaman Cabo Labrador . . . Desde Estotilandia hasta México, Panamá, Lima y Chile es tierra firme, seguida y continuada... Siendo, pues, los septentrionales los que supieron de navegación y no teniendo más de dos brazos de mar tan estrechos, ¿quién pondrá duda que estos y no otros se vinieron por tierra poblando estos occidentes? Y tengo por muy cierto que, pasado el diluvio y vuéltose a su cárcel el mar y a sus sótanos el agua, *era todo tierra continuada* y sin estrecho ninguno desde Tartaria o desde las tierras septentrionales hasta Chile, y la probanza es clara”. En efecto —lo que ya hemos transcrito siguiendo a Imbelloni—: “Que fuesen tártaros se prueba con una razón, y es traer el mismo color, las mismas costumbres, semejante religión y propias condiciones...”. Apoyado en los relatos de los viajeros de la época, que describen a los tártaros, Calancha compara a los hombres de acá con los de allá y los encuentra iguales. La comparación es de rasgos físicos y morales, y el fraile la estima definitiva como prueba del parentesco.

En los capítulos VI y VII del Libro Primero de su monumental *Corónica Moralizada*, en los que trata, como hemos visto, el problema del origen de los indios americanos, Calancha se muestra como un visionario. En medio de pesadas citas bíblicas y con los conocimientos geográficos rudimentarios propios de la época, se adelanta por siglos a quienes hoy propugnan, con Rivet a la cabeza, el desarrollo de una corriente migratoria asiática a través de las islas de la Oceanía —tesis que, para el tema que tratamos, tiene vivo interés, por cuanto toca directamente el escenario del mar— y utiliza métodos *antropofísicos* y *etnológicos* —también advertidos por Imbelloni— que responden al más riguroso criterio científico moderno. “Es de admirar —comenta el sabio argentino— que el discurso de Calancha poco o nada difiere, en su estructura y a veces en la misma forma externa,

de los razonamientos que formulara Ales Hrdlicka al principio de nuestro siglo; uno y otro se fundan especialmente en los *caracteres exteriores* [la pigmentación] y en las *costumbres*"¹¹.

LA ATLANTIDA

Gómara, Zárate y Sarmiento abordaron el problema del origen de los indios americanos por los caminos de la leyenda, y, de estos caminos, por el más conmovedor y emocionante de todos: el de la leyenda de la Atlántida; por lo demás, un camino largamente frecuentado por mentalidades insignes y figuras representativas de la gloriosa edad antigua.

"Platón cuenta en los diálogos *Timeo* y *Cricia* —dice el primero de los cronistas mencionados—, que hubo antiquísima-mente en el mar Atlántico y Océano grandes tierras, y una isla llamada Atlántida, mayor que Africa y Asia . . . [y] que a causa de un gran terremoto y lluvia se hundió la isla, absorbiendo a los hombres . . . No hay por qué discutir ni dudar —agrega Gómara— de la isla Atlántida . . . Podemos decir que las Indias son la isla y tierra firme de Platón . . ."¹².

Revela Gómara no creer en el hundimiento de la Atlántida: la isla Atlántida es América, la isla de la leyenda que se creía hundida por el cataclismo de un terremoto seguido de torrencial lluvia.

En Zárate, en cambio, la leyenda vuelve a sus verdaderos cauces: la inmensa, poblada y riquísima isla se hundió una noche de espanto pero, antes que se produjera este cataclismo, de ella salieron hombres civilizados que poblaron la vecina América, portando un avanzada cultura. Según el relato de Platón, aquella isla era "mayor que toda Asia y Africa" y "contenía diez reinos, los cuales dividió Neptuno entre diez hijos suyos". En la ciudad principal de la isla había un templo, "las paredes y techumbres cubiertas con planchas de oro y plata y latón".

De las costumbres y ceremonias de los habitantes de aquella isla, *quedan recuerdos* —dice Zárate— "*en la provincia del Perú*".

Comenzaba la isla frente a las *Columnas de Hércules*, pero un día, hace "nueve mil años", según Platón (años que deben considerarse *lunares*, o sea, *750 años solares*), "sucedió tan gran pujanza de aguas en la mar de aquel paraje, que en un día y una noche anegó toda esta isla, hundiendo las tierras y gentes".

Siguiendo siempre a Platón, Zárate concluye afirmando que *por la isla Atlántida pasaron las gentes a tierra-firme*, sirviéndose en su peregrinaje del desarrollado arte de navegación que conocían. Llegadas a tierra-firme, estas gentes siguieron después su avance, *unas por tierra* y otras "*por la misma Mar del*

Sur, pues es de creer que tenían noticia y uso de la navegación, aprendida del comercio que tenían”, de la “abundancia de navíos” y “puertos hechos a mano”. Esta infiltración se produjo desde la Atlántida, no obstante que la vasta tierra americana, como el mismo Zárate sostiene, se extendía por el septentrión “hasta juntar con las Noruegas”¹³.

Para Sarmiento de Gamboa, las corrientes de poblamiento fueron varias: participaron del grandioso acontecimiento que fue poblar todo un mundo, tan grande como el antiguo, los más diversos pueblos, entre ellos, por ejemplo, los trashumantes griegos, que llegaron a Nueva España y allí se radicaron. En cuanto al Perú —“poderosísimo reino” con muchas provincias, tierra toda muy grande y rica—, a él llegaron los *atlánticos*, los cuales, a su vez, “fueron deducidos de aquellos primeros mesopotamios o caldeos, pobladores del mundo”¹⁴. Llegaron al Perú *por mar*; esto es lo importante; y lo pudieron hacer así porque eran buenos navegantes, como ya lo había dicho Zárate.

La descripción de la *isla Atlántida*, en las páginas de Sarmiento, alcanza el más alto nivel de lo pintoresco; podría servir como buena introducción para una novela de fantasía. “Esta tierra abundaba de todo aquello que es necesario para el uso de la vida humana . . . isla sacra, hermosa, admirable y fértil y grandísima, en que había grandísimos reinos, suntuosos templos, casas reales de grandísima admiración . . . excedía a Babilonia y a Troya y a Roma . . .”¹⁵.

Aquél, por la magnificencia y la riqueza, era el edén; verdadera Jauja, tierra prodigiosa en la que nada faltaba y todo se ofrecía en medida abundosa.

Sarmiento describe después los puertos, el movimiento comercial intensísimo, que no cesaba día y noche, y la enorme fuerza militar del imperio que amparaba al gobierno, de “sesenta mil hombres de pelea” en una sola guarnición.

Pero, un día todo desapareció: “. . . por permisión divina, quizá por sus pecados, aconteció que con un grande y continuo terremoto y con un turbión y diluvio perpetuo de un día y una noche, abriéndose la tierra, absorbió a aquellos belicosos e infestadores atlánticos hombres. Y la isla atlántica quedó anegada y sorbida debajo de aquel gran piélagos . . .”¹⁶.

POR TIERRA LLEGARON LOS PRIMEROS HABITANTES DE AMERICA

Todos inmigracionistas, contrarios, por convicción y por mandato de los textos bíblicos, a la idea, sólo por León Pinelo defendida, de una *América, cuna de la humanidad*, entre los escritores de los siglos XVI y XVII no hubo acuerdo en lo tocante a la



La representación escultórica, simplificada, de un caballito de totora, con dos personajes (uno, con gran tocado, indicativo de jerarquía y otro, sencillo, que boga con un canalete), aparece sobre un disco de caras profusamente decoradas en relieve con escenas inspiradas también en la temática del mar. El disco se apoya en un pedestal. (Chimu, Costa Norte, departamento de La Libertad, Siglos VIII-XII de nuestra era. Museo Brüning, de Lambayeque. Foto: Abraham Guillén).





ruta empleada por los hombres llegados al Nuevo Mundo. Para unos, la ruta fue *terrestre*; para otros *marítima*. Cobo abiertamente estuvo contra esta última. Consideró el problema del origen de los americanos como sumamente difícil, demasiado profundo y "oculto" para llegar a él con las luces de la inteligencia; pero —dijo— del principio contenido en las Divinas Escrituras, "se sigue *haber venido los primeros hombres que poblaron las Indias de alguna de las regiones del Mundo Viejo*"¹⁷. Su posición inmigracionista fue, por lo tanto, clara. ¿Cómo vinieron esos primeros hombres?. "Negocio oscuro y dudoso", advierte. Unos dicen que vinieron *por tierra*, "para lo cual quieren que esta América por alguna parte se continúe con el Asia"; "otros, que hicieron su camino *por mar*, o acaso arrojados por tempestad o en navegación hecha de propósito". ¿De dónde? Otro problema no menos oscuro y dudoso. Quizá de Fenicia, de Cartago, de Israel, de las orillas del Eufrates . . .; de la Atlántida, de las islas Canarias . . .; quizá de la distante China. "De la incertidumbre y oscuridad del tiempo se ha tomado cada uno la licencia que ha querido"; pero, es evidente que los indios americanos *tienen un origen común*: "Todas estas gentes descienden de *un linaje*". "Concluyo —agrega Cobo— . . . haber sido una sola nación de hombres la que pasó a poblar estas Indias; de quien descienden las *innumerables* que la poseen el día de hoy". Algo más: "Cuando a ella vinieron, eran gente ignorante, ruda y salvaje, sin letras, ciencia ni rastro de policía"¹⁸.

Si eran, como se ha demostrado, gente ignorante, sin dominio alguno de las artes, *no pudieron lógicamente llegar por mar*. Desconocían la navegación. Cobo lo dice sin rodeos: quienes poblaron América "no vinieron . . . en navegación larga por el Océano, hecha de propósito . . ."¹⁹.

Siguiendo al "gran cosmógrafo" portugués José de Moura Lobo —"un gran iluso" para Jiménez de la Espada—, Cobo creyó que América y Asia, contra la idea de que estaban separadas por un estrecho, al que algunos llamaban *Anian*, se continuaban por tierra. Por allí penetraron, entonces, los grupos salidos del corazón de Asia (de la parte de la China y la Tartaria, principalmente). Fue un proceso lento, no de grandes marchas sino de expansión por crecimiento de las hordas: "Conforme se iban propagando y multiplicando los hombres, se iban extendiendo".

Participaron, también, de la idea de una *comunicación por tierra*, otros dos escritores famosos de la época: Herrera y Vásquez de Espinoza. Para el primero, la comunicación entre el Viejo Mundo y el Nuevo se produjo por Noruega. Allí —dice— "es verosímil que la tierra se junta o, a lo menos, se allega

mucho, y por esto es fácil de creer que los primeros pobladores pasaron a las Indias por tierra, porque nunca se hallaron rastros de navíos grandes ...". "Se concluye —agrega— ... que la población de los indios ha procedido de hombres que pasaron a las Indias Occidentales *por la vecindad de la tierra* ..."²⁰

Vásquez de Espinosa planteó el problema en los siguientes términos: "La duda que se ofrece es si los primeros pobladores de aquel Nuevo Mundo fueron a él *por mar* o *por tierra*; si por mar ... por una de dos maneras: o arrebatados de alguna deshecha tormenta que los llevase ... o de propósito con flota o armada a descubrir y poblar aquel Nuevo Mundo". Es lo más probable que lo hicieran por tierra, después del Diluvio Universal. El Viejo Mundo se acerca al Nuevo tanto por el norte como por el sur, y la vecindad permitió el paso de los hombres y, antes, el paso de los animales²¹.

ARRIBO POR MAR

No descartaron los escritores del siglo XVI la posibilidad de un arribo por mar de los primeros pobladores del continente americano. Hablaron de viajes organizados para la ocupación de nuevas tierras, de travesías comerciales (como las del rey Salomón al rico pero distante país de Ophir, en procura del oro fino y el cedro fragante para la construcción del templo); hablaron, también, de arribadas forzosas por causa de temporales u otras desgracias en alta mar, naufragios que, por el azar, habrían abierto las puertas del inmenso Nuevo Mundo a gentes procedentes de lejanas tierras.

Esta posibilidad, sin embargo, del viaje por mar de los grupos que, intencional o fortuitamente, por primera vez llegaron a las costas americanas, casi siempre fue insinuada con la otra del viaje por tierra. Muchos reparos tuvieron los cronistas para inclinarse únicamente por la solución de la vía marítima. Con todo, no la descuidaron.

Cabello de Balboa propuso la llegada de elementos procedentes de China, que "entregándose a las manos del mar ... (ora compelidos por guerra, ora por deseos de libertad ... ora por necesidad de más anchura de tierra) es muy verosímil que *pasarían aquella poca distancia de mar* que hay de la China a la Nueva España por la altura de los 45 grados, por donde nos señalan las descripciones un breve trecho ..."²².

El intrincado autor de la *Miscelánea*, no descuidó las pruebas para tal conjetura: "... si a uno de los naturales de la Nueva España le preguntan de donde vinieron sus antepasados, dirá puntualmente haber entendido ... de sus mayores *que de la*

parte occidental...”, es decir de la parte por donde está China; “y en testimonio de esto —agregó— vemos ser muy semejantes el aire, y estilo de los unos al de los otros en sus dibujos y pinturas, y aun muy conformes frisantes en los entendimientos...”.

Pero, al tratar del origen de los americanos, Cabello de Balboa no pudo dejar de mencionar al *Patriarca Ophir* y a sus descendientes, y a este Ophir puso como “padre y origen de las naciones y gentes que habitan en esta parte del mundo, que bien considerada es lo que antiguamente llamaron Antípodas...”²³; resultando de ello que para el fraile quiteñista los indios americanos no eran otra cosa, por su linaje, que “ophiritas indianos”²⁴.

Los antiguos hebreos conocieron América, lo que “consta claro” en el texto bíblico, del cual texto —agrega Cabello de Balboa— “podemos colegir haber sido tierra de las Indias Occidentales manifiesta a los israelitas. Porque claro consta *haberla los hebreos frecuentado con sus navegaciones muchas veces*”²⁵.

Para el licenciado Fernando de Montesinos, decididamente hebraísta o judaizante como dice Porras²⁶, el Perú fue el llamado *Ophir* y sobre él cayó primitivamente una capa de población *armenia*. Los armenios, desde su tierra nativa, habrían realizado una larga navegación de muchos meses para arribar a las costas del Ophir legendario, tierra de inagotables riquezas y muchos dones.

Pero, quien con más recto juicio trató de la posibilidad de arribadas *por mar* a las costas americanas, entonces todavía desiertas, es el insigne Acosta, el cual, en la autorizada opinión de Martínez del Río²⁷, poseyó “un extraordinario espíritu analítico y abordó el problema del origen de los amerindios de un modo *absolutamente moderno*”.

Acosta comenzó por descartar las teorías absurdas y las conjeturas endebles; por ejemplo, eliminó a los judíos y a los habitantes de la ficticia Atlántida de la lista de los presuntos pobladores iniciales del Nuevo Mundo. Después, con enfoque científico, admirable para su tiempo, entró a tratar el tema con objetividad y rigor lógico.

Es de toda evidencia —dice— que los indios americanos derivan de “hombres de allá de Europa, o de Asia o de Africa; pero, *el cómo y por qué camino vinieron, todavía lo inquirimos y deseamos saber*”²⁸.

No hubo otra arca de Noé que se posara al término del diluvio universal en la cumbre de una montaña del Nuevo Mundo, “ni mucho menos... algún angel [que] trajese colgados por los cabellos... a los primeros pobladores de este Mundo”. Los hombres que de otra parte llegaron a las Indias, debieron, pues, seguir uno de estos dos caminos: “o vinieron *por mar* o vinieron

por tierra"; y si vinieron por mar, sólo caben dos posibilidades: que lo hicieran al *acaso* o lo hicieran "por determinación suya".

Acosta duda que los primeros hombres que poblaron las Indias llegaran por navegación, pero no descarta esta posibilidad. "¿Por qué no?" —se pregunta—. "¿Por ventura, sólo nuestro siglo y sólo nuestros hombres han alcanzado este secreto de navegar el Océano? ... ¿Por qué no diremos que los antiguos, con pretensión de descubrir la tierra que llaman Antictona, opuesta a la suya, con tal deseo se animaron a hacer *viaje por mar* y no parar hasta dar con las tierras que buscaban?"²⁹.

Mas, es muy improbable que esto sucediera. En cambio, la otra posibilidad, la de una arribada *al acaso*, sí es factible y debe tenerse en cuenta: "... pudo ser que algunas gentes de Europa o de Africa antiguamente hayan sido arrebatadas de la fuerza del viento y arrojadas a tierras no conocidas, pasando el Mar Océano"³⁰. "Lo cual, por inmenso que sea el Mar Océano, *no es cosa increíble*".

Al respecto, Acosta hace una referencia específica al Perú, que tiene excepcional interés para nuestro estudio porque a través de ella nos presenta un cuadro de navegantes perdidos cruzando el mar y arribando a playas del litoral norte. Dice el ilustre jesuita: "... me parece cosa muy verosímil que hayan en tiempos pasados venido a Indias hombres vencidos por la furia del viento, sin tener ellos tal pensamiento. *Hay en el Perú gran relación de unos gigantes que vinieron en aquellas partes* ... Dicen que aquellos gigantes *vinieron por mar* y que hicieron guerra a los de tierra, y que edificaron edificios soberbios ... Así que podríamos pensar que se comenzó a habitar el nuevo orbe de hombres, a quien la contrariedad del tiempo y la fuerza de Nortes echó allá"³¹.

"Concluyo, pues, con decir, que *es bien probable de pensar, que los primeros aportaron a Indias por naufragio y tempestad de mar*".

Pero, no acaba aquí el juicioso discurso de Acosta. Se pregunta: ¿y cómo pasaron los animales, las bestias feroces que ningún bien hacen al hombre? Partiendo del supuesto bíblico del Arca de Noé, *descarta la ruta marítima y propone la ruta terrestre*. "Es para mi una buena conjetura para pensar q' el nuevo orbe, que llamamos Indias, no está del todo diviso y apartado del otro orbe. Y por decir mi opinión, tengo para mi días ha que la una tierra y la otra en alguna parte se juntan y continúan o a lo menos se avicinan y allegan mucho ... Si esto es verdad, como en efecto me lo parece, fácil respuesta tiene la duda tan difícil que habíamos propuesto: cómo pasaron a las Indias los primeros pobladores de ellas, porque se ha de decir que pasaron, *no tanto navegando por mar, como caminando por*

tierra; y ese camino lo hicieron muy sin pensar, mudando sitios y tierras poco a poco . . ."³². Agrega: "De estos indicios . . . se puede colegir que hayan pasado los indios a poblar aquella tierra *más por camino de tierra que de mar . . .*"³³.

Este es el antecedente más claro de la teoría que a comienzos de la presente centuria expuso, con gran acopio de fundamentación, el ilustre Ales Hrdlicka. Ya en Acosta están las bases geográficas y antropológicas de la teoría moderna; están, sobre todo, el estrecho de Bering (que es la parte donde Asia y América "a lo menos se avecinan y allegan mucho", casi se juntan) y el camino perfectamente determinado, de los protomongoloides para su paso de un continente a otro. Y en lo que sigue está, también, el antecedente de la novísima teoría de la *procedencia múltiple*, que habla, con Rivet como portavoz más autorizado, de la llegada de diversos grupos por distintas rutas: una terrestre, la de Bering, la principal y más influyente sin duda, y *otras marítimas*, tendidas a través del ancho mar, con gentes de otros tipos raciales. Dice Acosta, condensando su admirable pensamiento —admirable por la rectitud del juicio y la anticipación a la ciencia moderna—: "El linaje de los hombres se vino pasando poco a poco, hasta llegar al Nuevo Orbe, ayudando a esto la continuidad o vecindad de las tierras, y a tiempos alguna navegación, y que este fue el orden de venir, y no hacer armada de propósito, ni suceder algún grande naufragio: *aunque también pudo haber en parte algo de esto*; porque siendo aquestas regiones larguísimas y habiendo en ellas innumerables naciones, *bien podemos creer que unos de una suerte y otros de otra se vinieron en fin a poblar*"³⁴.

EL POBLAMIENTO POR MAR DESPUES DEL DILUVIO

En la segunda mitad del siglo XVIII, próximo ya el positivista y laico *siglo de las luces*, D. Antonio de Ulloa, marino, cosmógrafo y matemático español, miembro de la Real Sociedad de Londres, continuó la tendencia bíblica en el problema del origen de los americanos. Tomó, como punto de partida para su estudio —a la manera de los historiadores y cronistas de los dos siglos precedentes—, el diluvio universal y el hecho cumbre de la salvación de las especies por Noé, en el arca.

Para Ulloa, el poblamiento de América se produjo *por mar*, pero no mediante oleadas migratorias del Oeste sino del Este. A través del Atlántico llegaron los grupos de Europa o Africa y ocuparon progresivamente el Nuevo Mundo.

En realidad, aquellos hombres, descendientes de Noé, no tuvieron ninguna dificultad para cruzar el Océano Atlántico por-

que habían heredado del Patriarca todos los conocimientos necesarios para construir embarcaciones, como la inmensa que salvó a las especies vivientes de la catástrofe del diluvio, y los conocimientos requeridos también para conducir esas embarcaciones en los mares que fueren. Más natural era que construyesen embarcaciones y las condujeran diestramente, que dejaran ambas cosas de hacer. "Conocían lo que podía aguantar una embarcación, y que los más fuertes embates de las olas del mar agitado no eran suficientes para deshacerlas . . . Tenían presente el ejemplar para seguirlo (el arca de Noé) más bien que después de corridos muchos siglos; y no obstante de estar la memoria más remota, se fabricaron embarcaciones, se dispusieron flotas numerosas y se navegaron los mares . . . *Por este modo fue fácil poblarse las Indias en aquellos primeros siglos después del Diluvio...*"³⁵.

Los grupos navegaron de Levante a Poniente y entraron a las Indias por las costas orientales. Después, se dispersaron y, en último término, llegaron a las costas del Pacífico. Por su posición, el Perú alcanzó a poblarse sólo en las finales de este gran movimiento de pueblos. "El tránsito a las Indias —explica Ulloa— *desde las partes orientales*, es regular, por ser los vientos favorables y bonancibles para ello en todo tiempo, pues cualquier embarcación que se deje correr a su voluntad *desde las costas de Europa . . . o de las de Africa*, ha de ir por precisión a dar a las Indias . . . En los tiempos que el mundo empezaba a poblarse de nuevo (después del diluvio) era regular que las gentes procurasen esparcirse *tanto por tierra*, pasando de región a región, *como en naves . . . dejándose conducir* por los vientos, y de las corrientes, así como el Arca de Noé estuvo a la voluntad de estos elementos". Llegaron, así, los primeros pobladores a las *islas Barlovento*; después, en embarcaciones chicas, pasaron a *Tierra Firme*, y allí, por influencia del clima y por la ocupación a la que se dedicaron, unos se tornaron "rústicos y feroces" y otros "dóciles y sociables", como los que llegaron al Perú, a vivir en los valles y en las alturas³⁶.

Con la variante, pues, del arribo por el Este, los primeros hombres que llegaron a América y la poblaron de un confín a otro, " *fueron conducidos por el agua, que es lo natural*"³⁷.

En el siglo pasado, nuestro primer historiador de las edades antiguas, Mariano Eduardo de Rivero y Ustariz, con la invaluable colaboración del suizo Juan Diego de Tschudi, siguiendo la tendencia todavía imperante, y que tenía vigor para muchos años, se limitó a enumerar todas las teorías, unas científicas, otras pseudo-científicas —muchas, verdaderos disparates, meros productos del capricho o de la imaginación—, expuestas para explicar el debatido tema del origen de los americanos.

Con optimismo dijo: "Los trabajos modernos han sido felices, siendo privilegio de nuestro siglo el haber en parte disipado la noche que envolvió la antigüedad del hemisferio occidental...". Y, para explicar el paso de los grupos inmigrantes de Asia a América, señaló que "gracias a indagaciones perseverantes . . . nos consta positivamente que, antes de la llegada de Colón, comunicaban entre sí ambos hemisferios"³⁸. Fue un acierto pero no creemos que vislumbró lo que la Geología histórica ha revelado en los últimos años: que, efectivamente, en pasada edad, América y Asia, por el llamado estrecho de Bering, estuvieron unidas, ello debido al descenso eustático del nivel del mar (causado por las glaciaciones pleistocénicas).

Todavía en tiempos de Rivero y Tschudi era natural hablar, con el mismo tono que en el siglo XVII había empleado el Padre Gregorio García, de la llegada de los escandinavos, de los cananeos por el estrecho de Bering ("como godos y vándalos"), de los fenicios (durante la primera guerra púnica: "teoría brillante" basada en inscripciones jeroglíficas y defendida vigorosamente por el guatemalteco Pablo Félix de Cabrera); de los hindúes y mongoles; de los hunos y los chinos (con el testimonio religioso como el más convincente), etc.

Rivero y Tschudi dedicaron considerable espacio de su monumental obra a la teoría de la inmigración de los israelitas. Para esta pintoresca ocurrencia se basaron en los estudios del "docto Rabbi" Manase Ben Israel, autor de *La esperanza de Israel*, un libro impreso en Amsterdam en 1650, con "pruebas plausibles y llenas de agudeza". No fueron, desde luego, los únicos que cayeron ingenuamente en la redada, porque hasta fines del siglo pasado el tal Manase (o Menasseh) Ben Israel siguió ejerciendo influencia en no pocos estudiosos de la materia, con sus ideas, en parte propias, en parte inspiradas en autores antiguos y, sobre todo, en el judío Aron Leví (llamado en España Antonio de Montezinos), sobre la llegada a América de gentes dispersas de una de las doce tribus de Israel³⁹.

LOS CONTINENTES DESAPARECIDOS

Al comienzo de este capítulo se ha tratado de la *leyenda de la Atlántida* a través de los textos de Gómara, Zárate y Sarmiento. Los tres hacen aparecer a los pobladores del leyendárico continente desaparecido como inmigrantes de América, primeros ocupantes del Nuevo Mundo.

La leyenda de la Atlántida ha seguido mereciendo fe de otros autores, los más absolutamente desprovistos de base científica. Ha llegado hasta el presente encendiendo algunas chispas de acogida en diversos puntos, pero sin ninguna significación en

el campo de lo que estrictamente pertenece a la Geología, a la Antropología y a la Historia antigua del hombre.

A esta leyenda se han sumado curiosas conjeturas —indignas de llamarse teorías— sobre la existencia en el pasado de misteriosos continentes, hoy desaparecidos. Estas falsas teorías se ocupan también del poblamiento de América, presentando a los indios del Nuevo Mundo como descendientes de las naciones que habitaron aquellas tierras supuestas.

José Barbero Garrido, autor de un librito para el público ávido de noticias sensacionales y de literatura inspirada en las ficciones de la ciencia, se pone de lado de los que creen que el leyendario continente no sólo tuvo una existencia real, geológicamente hablando, sino que fue, además de ello, *cuna de la humanidad y punto de partida de todas las civilizaciones*. En esa obrita el nombre del Perú aparece mezclado repetidas veces con observaciones poco serias; se hacen interminables referencias de jaez pseudocientífico que llevan el discurso al campo de lo absurdo, y se cometen las peores irreverencias contra la verdad ganada y saneada. La confusión es grande en torno a determinadas teorías científicas, como la de las *derivas continentales*, de Alfredo Wegener; y las contradicciones se dan a cada página como ésta en la que el Perú se ve involucrado y que afecta a la propia teoría de los *atlantes, fundadores de la humanidad*; dice: "Los colonizadores atlantes, ¿encontraron la América desierta a su llegada? Creemos poder afirmar que no. Se han encontrado en el Perú y Bolivia, así como en el Brasil, cráneos antiquísimos que pertenecen a una raza primitiva y que, por su configuración especial, se asemejan a los de las razas negras más embrutecidas del Africa y de la Australia; no será imposible que estos aborígenes procedieran del continente africano... o bien de las islas de la Oceanía. Después de la llegada de los atlantes, gran parte de estos aborígenes pudo perecer en las guerras contra los invasores..."⁴⁰.

La leyenda de la Atlántida fue utilizada por escritores de diversas épocas, que la explotaron inicuaamente con el único afán de ganar lectores. Uno de los más conocidos por la popularidad que conquistó, fue el norteamericano Ignacio Donnelly, quien, en 1882, publicó *La Atlántida: el continente antediluviano*, libro del que se hicieron innúmeras ediciones. Sostuvo, con el más olímpico desparpajo, que todas las culturas de América, Asia y Europa procedían de un tronco que floreció en el mencionado continente desaparecido. Así resultaban, por ejemplo, los jeroglíficos mayas y egipcios derivados de un mismo tipo de escritura.

Un arqueólogo y escritor de obras muy leídas, recomienda no seguir con la Atlántida, ni por curiosidad, porque las falseda-

des en torno a esta leyenda han hecho —dice— mucho daño. “Es innecesario decir que no existe manifestación geológica o antropológica alguna para aceptar que haya existido jamás una gran isla o un continente más allá de las Columnas de Hércules, dentro del lapso de la existencia de vida humana en nuestro continente”⁴¹.

La teoría del continente *Mu*, en el Pacífico, le ha disputado popularidad de igual a igual, a la leyenda de la Atlántida. Fue dada a conocer en 1929 por Jaime Churchward, en su libro, llegado al público en miles y miles de ejemplares, *Mu, el continente perdido*, con título, en verdad, de película taquillera.

Tenía este continente forma triangular, con un vértice apoyado en las islas Hawaii y, otro, en la isla de Pascua. Lo fantástico es que *Mu* flotaba en el mar gracias a unos cinturones de gas.

“Cuando los cinturones de gas se agotaron, el continente *Mu* naturalmente se hundió en burbujas bajo las aguas del Pacífico”.

En la literatura de ficción, *Mu* resulta otra cuna de las razas humanas y otra cuna de las civilizaciones. De *Mu* partieron los pueblos hacia el Viejo Mundo y también hacia América. Los grupos salidos de *Mu* llegaron a la costa occidental del Nuevo Mundo —probablemente al Perú—, por mar.

Como en el caso anterior, los argumentos geológicos y antropológicos de *Mu* son tan irrisorios, que, como los de la Atlántida, no merecen consideración.

Otra teoría, del jaez de las anteriores —verdaderamente con visos de leyenda—, es la del continente perdido *Lemuria*. Es curioso que esta leyenda tuvo un origen científico. La existencia del continente Lemuria fue propuesta al promediar la segunda mitad del siglo pasado por los célebres naturalistas Haeckel y Blanford para explicar la propagación de los *lemures*, unos extraños animales ubicados en la ruta filogenética del hombre.

La Lemuria estaba entre Asia y Africa y, según la teoría, por ella se propagaron los lemures de un continente a otro.

Posteriormente, la idea del continente perdido Lemuria fue aprovechada por autores poco serios y sin escrúpulos para, soltando la fantasía, crear otro continente, del mismo nombre, *Lemuria*, pero, a diferencia del anterior, ubicado en el Pacífico y sede de una raza de conciencia cósmica, que dio origen a la humanidad, raza de gigantes hermafroditas⁴².

Tanta popularidad como *Lemuria* tuvo en otro tiempo *Gondwanalandia* (que no es el grupo meridional del protocontinente cámbrico, parejo al septentrional llamado Laurasia, que propone la teoría de las derivas continentales). “Se supone que existió este continente en la región que ahora ocupan las Indias Orientales del Sur del Pacífico y que se extendió hasta el Africa y

América del Sur". De sus costas habrían saltado a América, *por mar*, los primeros habitantes del Nuevo Mundo.

Finalmente, esta sucinta exposición de pseudo teorías y leyendas de continentes desaparecidos, se completa con la del *continente cálido Antártida*. "La Antártida está helada *ahora*, pero no siempre fue así. ¿Cómo puede probarse —arguyen los abogados de los continentes perdidos— que la Antártida no fue *el lugar original de los indios americanos?*".

Esta pseudohipótesis nada tiene que ver con la teoría científica de Mendes Correia, que habla de la Antártida como estación de pueblos oceánicos en su migración hacia América del Sur. Aquí se trata de una *Antártida habitable*, con otro clima, presumiblemente cálida, lo cual, a la luz de la ciencia y *dentro del marco de la Edad del Hombre*, escapa a toda consideración seria. Los sostenedores de esta Antártida han pretendido apoyarse en las ideas de Wegener, revelando con tan grosera audacia un completo desconocimiento de la cronología geológica y de las fundamentales contribuciones del eminente geofísico y geólogo alemán de los comienzos de este siglo.

(Los estudios geofísicos y paleontológicos de misiones norteamericanas, australianas y neozelandesas destacadas durante los años 1970 y 71, prueban, en la medida de una hipótesis muy aceptada, que la Antártida gozó de un clima benigno en *edad geológica* pasada y que estuvo conectada a la costa oriental de Africa, a la isla de Madagascar y a la India y Australia. En este sentido, son muy reveladores los hallazgos de reptiles fósiles del Mesozoico, comunes del trópico africano, en antiguos lechos fluviales, hoy cubiertos por el hielo, en la Antártida. Pero, el hecho de una Antártida con otro clima y otra ubicación, hay que considerarlo dentro de la *escala geológica del tiempo* y no dentro de la breve y tardía cronología del Hombre, que no remonta más allá del Pleistoceno).

PLANTEAMIENTO MODERNO DEL PROBLEMA

Muchas son las teorías, como se ha visto, que se han formulado para explicar el origen de los indios americanos, tantas, como dijo Ameghino, "que habría que llenar muchos volúmenes si se quisiera mencionarlas todas . . ." ⁴³; lo cual acotó el ilustre paleontólogo argentino sin reparar que él iba, con su revolucionaria teoría del *autoctonismo*, a complicar enormemente el problema y llevarlo a extremos insospechados.

Aunque en este libro sólo interesa enfocar el problema desde el ángulo de la posible ruta de migración *por mar*, no será exceso ofrecer un cuadro general, sucinto, del asunto, tal como

lo tiene configurado en la actualidad la americanística, tras tantas idas y venidas y no menor número de pasos en falso.

Las teorías se reúnen en dos grupos: un primer grupo que propone la fórmula *autoctonista*, y un segundo grupo que propone la fórmula *inmigracionista*.

El *autoctonismo* sostiene que el hombre americano surgió en América. Por las leyes de la evolución, apareció en este continente, se difundió y, finalmente, pasó al otro mundo. Dicho de otra manera: el hombre americano no vino de fuera, fue *autóctono*. De allí el nombre de la teoría. Su principal representante fue el citado Florentino Ameghino (1854 - 1911), una de las personalidades científicas más destacadas de Argentina.

El *inmigracionismo* sostiene lo contrario: América fue poblada por gentes venidas de fuera. Cuando estas gentes, en sus primeras oleadas, llegaron al Nuevo Mundo, éste estaba totalmente deshabitado.

De las dos fórmulas de solución al problema, la primera ha sido, a la fecha, totalmente descartada. Por lo mismo, el inmigracionismo goza hoy del predicamento favorable, unánime, de la ciencia.

Sin embargo, no hay uniformidad de criterio en el inmigracionismo: una corriente, en efecto, propone la *inmigración única*, vale decir, la inmigración procedente de un solo foco de dispersión (Asia, por ejemplo; según la opinión más extendida, por el estrecho de Bering); y otra corriente propone la *inmigración múltiple*, vale decir, la inmigración procedente de varios focos de dispersión: dice que unos grupos migratorios llegaron por el estrecho de Bering, viniendo del extremo nororiental de Asia, y *otros por mar*, de las distantes islas de la Oceanía, de Polinesia y Melanesia, por ejemplo, y hasta de la lejana Australia.

Los sostenedores del *inmigracionismo múltiple*, con Rivet a la cabeza, consideran, para los efectos de su teoría, que *el mar no debe ser considerado como barrera infranqueable o abismo impasable*, sino, por el contrario, como *via de comunicación*, es decir, riesgoso pero importante *elemento de enlace* entre los dos mundos: el insular, unido también al asiático, y el americano.

El *autoctonismo*, como explica Krickeberg, tuvo dos puntos de partida: primero, el famoso *cráneo de Calaveras*, atribuido por el geólogo J. D. Whitney, en 1880, al período Plioceno, último de los tiempos terciarios, y aun al Mioceno, de plena era Cenozoica por consiguiente; y después, principalmente, los, desde un comienzo, muy discutidos hallazgos de Ameghino en el *loess* de la pampa argentina. En 1870, Ameghino audazmente determinó para los restos del presunto antecesor del hombre que dijo haber encontrado, una antigüedad eocénica, de muchos millones de años, sobradamente terciaria. Después, en 1884, elaboró su famoso

cuadro filogenético de la humanidad —con la serie del Tetraprothomo, el Triprothomo, el Diprothomo y, finalmente, el Prothomo— según el cual, como dice sintetizando Rivet, “América habría sido el centro de evolución de todos los mamíferos” y la cuna del “precursor del hombre”⁴⁴. El Prothomo fue puesto en ese cuadro como el antecesor inmediato del hombre actual.

Ameghino, no obstante su amplia versación y dominio en el campo de la Paleontología, cometió errores crasos. Al llamado que él mismo hizo y al llamado general de la ciencia, acudieron numerosos investigadores de fama, para certificar o desmentir las afirmaciones del sabio, y pronto se descubrió que los presupuestos del cuadro filogenético de la humanidad que tenía por escenario la pampa argentina, eran falsos. El cuadro fue refutado y deshecho, tanto en su planteamiento paleoantropológico como en el geológico. Se vio que los restos fósiles que Ameghino había utilizado para la composición del indicado cuadro, “con la sola excepción del fémur de Miramar”, eran “todos humanos y modernos”. De allí, finalmente, se siguió que en América faltaban las bases faunísticas que la Paleontología exigía para admitir el reclamado proceso de *hominación* en la pampa argentina⁴⁵.

La teoría de Ameghino no resistió las críticas lapidarias de Mochi, Schwalbe, von Luschan, Lehmann-Nitsche y, sobre todo, del eminente Hrdlicka, y se desplomó, no obstante su imponente como atrevido edificio, como un castillo de naipes. Al caer el edificio, en cuya erección tanto fervor —fervor apasionado y mística de ciencia— había puesto el constructor, quedaron en claro dos cosas de suma importancia para el futuro de los estudios sobre los orígenes americanos: la primera, que la existencia del hombre en América no podía ser retrollevada a los períodos del Terciario, ni aun al Plioceno que conduce al Cuaternario; la segunda, tan importante como la anterior: que la única fórmula de solución para el problema tenía que ser la *inmigracionista*. Se impuso, con unanimidad de la ciencia, dirigir entonces la mirada a los otros continentes. Allí tenían que estar, necesariamente, los focos de dispersión de los que procedía el hombre americano.

No hace mucho tiempo, el *autoctonismo* revivió con llamas muy débiles en la obra, hartamente confusa y llena de contradicciones en este punto, del polaco radicado en Bolivia Arturo Posnansky, pero sin mayor repercusión. Basándose en que los antecesores de los *aruwakes* y *collas* “han sido hallados en estado fósil y semifósil, juntamente con restos de animales extinguidos, en estratos antiguos de las planicies de Sudamérica (Tarija Tiahuanacu)”, Posnansky sostuvo que “el hombre americano es oriundo de América”; pero cometió el grueso error de admitir

para los habitantes autóctonos del Nuevo Mundo "antecesores que aportaron de otra parte", llegados misteriosamente por cualquier camino menos por el estrecho de Bering⁴⁶. Naturalmente, la débil llama de este engendro de autoctonismo bien pronto se apagó.

EL INMIGRACIONISMO

Como ya se dijo, de la refutación que sufrió Ameghino se desprende que *el hombre americano vino de fuera*. Hoy lo dice en forma terminante un conocido autor: "Como no se ha encontrado en todo el continente americano un hombre verdaderamente primitivo tal como el hombre de Java o el de Pekín, se da por sentado que *el hombre . . . vino a América procedente de alguna otra parte*. Pero, ¿cuándo y de dónde vinieron los indios?, ¿desde cuáles fuentes y mediante cuáles procesos se desarrollaron sus culturas?, ¿cuáles contactos, dentro y fuera de América, influyeron en sus artes?, son preguntas todavía sin respuesta . . ." ⁴⁷.

Se sabe que el hombre americano vino de fuera pero se desconocen muchos aspectos importantes del mismo asunto: la época, la procedencia, el cuadro de los ingredientes raciales, la *ruta de penetración*, o, por mejor decirlo, las *rutas*, porque, en el estado actual de la investigación, todo parece indicar que *América fue centro de convergencia de diversas corrientes migratorias*, unas llegadas por tierra (a través del *punte de Bering*, hecho así, *punte*, no estrecho, por consecuencia del descenso eustático del nivel de las aguas del mar, a raíz de las glaciaciones), otras llegadas *por mar*.

La teoría ortodoxa del *inmigracionismo único* dice que el ingreso del hombre a América se produjo después de la última glaciación, hace doce o quince mil años. Para entonces, los hielos de Wisconsin estaban en plena retirada y tanto el cuadro climático como el complejo faunístico del Nuevo Mundo experimentaban, concomitantemente, profundos cambios.

La ruta de ingreso fue por el estrecho de Bering, las altiplanicies de las Montañas Rocosas, el valle del Yucón y la vertiente oriental de dichas montañas no afectadas por los hielos. La penetración fue, como dice Krickeberg, por pequeños grupos "de cazadores y recolectores nómades". Después, siguieron otras oleadas ⁴⁸.

Como se verá más adelante, las cifras dadas para la antigüedad de la primera entrada del hombre asiático al Nuevo Mundo, son muy conservadoras. De todos modos, hace doce o quince mil años la fauna que poblaba la silvestre tierra americana era muy distinta a la actual. Comprendía entonces, entre otras especies llamativas: caballo, varios camélidos, mastodonte, mamut,

bisonte, oso gigante, castor gigante, esmelidón o tigre de colmillos encorvados (o tigre dientes de sable), lobo primitivo, perezoso, megaterio, etc. Por consiguiente, con esos animales de la llamada *fauna antediluviana*, convivió el hombre de los primeros tiempos del poblamiento americano. En parte vivió de ellos, obteniendo carne y cueros, y naturalmente a ellos se enfrentó con el auxilio de sus armas primitivas. La arqueología y la paleontología de México testimonian esa lucha entre el hombre y el mastodonte, y otras asociaciones paleontológicas, como las de las cuevas de Patagonia y Tierra del Fuego, estudiadas por Bird, prueban la aludida convivencia.

(Aunque salen del tema central de este capítulo, no está de más citar aquí los recientes hallazgos de Richard E. Mac Neish en las sierras de Ayacucho, en cuevas, abrigos rocosos y también en lugares descampados, consistentes en instrumental lítico, desde fases muy primitivas hasta otras evolucionadas, asociado a restos de la fauna pleistocénica, del último período glacial o del postglacial, de los pisos intermedios de los Andes centrales del Perú, principalmente de mastodonte, megaterio, esmelidón, milodonte, caballo, camélidos arcaicos y roedores. La secuencia arqueológica que los descubrimientos han puesto en evidencia, comienza con el período *Paccaicasa*, del que hay hachas de mano o simples machacas y raspadores, y sigue con los períodos *Ayacucho*, *Huanta*, *Puente*, *Jaihua*, *Piqui*, *Chihua* y *Cachi*, todos exclusivamente líticos. Los fechados de radio carbono dan a Ayacucho una antigüedad de 15,000 años y, a Paccaicasa, una mayor de 20 a 21,000 años⁴⁹. Estos fechados bastan por sí solos para llevar la época del poblamiento de América a un nivel cronológico mucho más profundo que el propuesto por las teorías conservadoras y plantean la necesidad de una revisión exhaustiva del problema y de las teorías que a su alrededor se han formado. Más adelante se volverá a tratar sobre el tema).

Con Ales Hrdlicka, la teoría del inmigracionismo único tomó a comienzos de nuestro siglo plena fisonomía, aunque ya tenía un limpio antecedente, perfectamente constituido, en el Padre Acosta, del siglo XVI. Después de desmentir a Ameghino, Hrdlicka fundamentó su creencia de que *todos los americanos descenden de un mismo inmigrante asiático*. La población americana habría alcanzado los rasgos raciales que la caracterizan hace unos diez mil años.

Por consiguiente, al sostener Hrdlicka el origen de la raza india, no hizo otra cosa que desprestigiar las diferencias somáticas, no escasas, entre unos grupos y otros, sobre las cuales han llamado la atención, posteriormente, otros antropólogos de fama;

la existencia de trescientas setenta naciones profundamente diferenciadas y de ciento veinticinco grupos lingüísticos.

La teoría del *inmigracionismo múltiple* trata justamente de explicar esas variedades somáticas despreciadas por Hrdlicka, esa diferenciación de comunidades nacionales y la multiplicidad innegable de grupos lingüísticos. Rivet, a la cabeza de los *inmigracionistas heterodoxos*, interpreta las diferencias que hay en la población y cultura americanas "como el resultado de un *mestizaje de razas* en el que el grupo mongoloide, por ser numéricamente más fuerte, se impuso poco a poco a los demás elementos"⁵⁰. Los otros elementos fueron: australiano y malayo-polinesio (estrechadamente relacionado con el melanesio, de las islas del norte de Australia).

Las principales razones a favor de una pluralidad original de razas en América se apoyan en la Paleosteología y en la Lingüística. La Paleosteología revela que los *primitivos dolicocefalos* que ocuparon América —representados por los restos de Lagoa Santa (Mina Geraes, en Brasil), Punín (en Ecuador, dentro de una espesa formación de cenizas volcánicas), pampa argentina, Texas, Utah, Baja California y, recientemente, por Lauricocha (un claro ejemplar de la raza *paleoamericana lagoide*)— fueron "desalojados y aniquilados" por los braquicefalos que llegan después, evidentemente "una raza más reciente"⁵¹.

La gente dolicocefala casi totalmente se extinguió por la presión de los braquicefalos tardíos. Los actuales *botocudos* del este del Brasil, muy primitivos, y los *fueguinos*, también incipientes, de la extremidad meridional del continente (Tierra del Fuego), son restos de los primitivos dolicocefalos paleoamericanos que sucumbieron, salvándose contados grupos.

Dedúcese que "los inmigrantes americanos más antiguos", después de una larga residencia que abarcó Norte y Sudamérica, "fueron expulsados en todas partes por una raza braquicefala", que vendría a ser la que gestó a los centrálicos, ándidos y pámpidos de la nomenclatura ideada por von Eickstedt. La expulsión, como observa Krickeberg, fue hacia regiones inhóspitas y fajas marginales del continente (en el caso de la Tierra del Fuego, verdadera *región terminal*).

En cuanto al apoyo que brinda la Lingüística a la tesis de la pluralidad original de razas en el Nuevo Mundo, es no menos efectivo que el de la Paleosteología. América —dicen los especialistas— es un "laberinto babilónico de lenguas", con un mosaico que comprende no menos de ciento veinticinco grupos inderpendientes. Esta circunstancia, bien se comprende, exige considerar la pluralidad de origen, aunque el factor *aislamiento*, resultante de la bajísima densidad de la población americana en el tiempo del Descubrimiento —45 millones de habitantes en Norte, Centro

y Sudamérica: es decir, un habitante por kilómetro cuadrado—, en parte explique la “babilonia americana”.

La teoría del *origen múltiple*, tan en boga en nuestros días desde los trabajos de Rivet, tiene, como en el caso de la otra teoría cuyos antecedentes se remontan al P. Acosta, un origen igualmente bastante antiguo. Allí están, en los primeros tiempos del americanismo, hablando en términos de *pluralidad*, Hugo Grocio y, sobre todo, muy claro en sus expresiones dentro de la frondosidad de su fatigosa erudición, el P. Gregorio García, tantas veces citado, “quien, después de reseñar todas las teorías importantes de su época . . . concluye afirmando que la diversidad y variedad de lenguas, de leyes, de ceremonias, de ritos, costumbres y trajes, junto con otras razones, *obligan a creer en un origen múltiple para los indígenas americanos*”⁵².

La participación de los *pueblos oceánicos* —polinesios y melanesios— en el *poblamiento prehistórico* de América, ha sido varias veces cuestionada y también duramente combatida. Especialistas de gran versación la rechazan de plano. Krickeberg, por ejemplo, cuya autoridad en los asuntos americanos es mundial, recomienda al respecto mucha cautela y, al final, se inclina por sólo una corriente migratoria: la asiática por el estrecho de Bering. Considera el pretense arribo de los australianos como imposible dada la escasa o nula capacidad náutica de este pueblo. De los melanesios dice que, probablemente, no pasaron, en su avance hacia el Este, de las islas Fidji; y a los polinesios —innegablemente, eximios navegantes— los limita a simples viajes comerciales hasta las costas occidentales de América, viajes esporádicos que muy lejos estuvieron de constituir el movimiento migratorio que algunos quieren, con difusión de raza y lengua. Entonces —termina el ilustre americanista—, “para explicar la presencia de los supuestos elementos raciales o lingüísticos australianos u oceánicos en América, sólo queda . . . el recurso de suponer que en la época de la emigración del hombre a este continente, ascendientes o parientes de las razas que más tarde poblaron Oceanía, vivían todavía, también, en el continente asiático y que tomaron parte en un movimiento migratorio a América”⁵³.

De acuerdo con estas ideas, que pertenecen a la teoría ortodoxa que hemos llamado la migración básica al continente americano, que determinó su poblamiento de un extremo a otro, se produjo de norte a sur, con hombres “de cultura subártica de cazadores y pescadores que venía de Asia”. Estos hombres, “por haberes acostumbrado a un clima subártico” en el paso del estrecho de Bering, seguramente avanzaron, en su camino hacia el sur —como observa Nordenskiöld—, no por las selvas

calurosas sino "por las serranías del Oeste, las cordilleras y las altiplanicies del Este (Guayana y Brasil)".

Después de Rivet, uno de los representantes más conspicuos de la teoría del origen múltiple es el argentino José Imbelloni, quien representa una variante en la doctrina general. Separándose de Rivet, sostiene que las oleadas de migración no procedieron de los australianos, melanesios y polinesios *actuales* sino de "sociedades humanas anteriores"⁵⁴, que en tiempo distinto habrían dominado las costas del Pacífico. Según Imbelloni, pues, no son los pueblos históricos los que poblaron América sino otros "innominados", antecesores de aquéllos. Vinieron en sucesivas oleadas, siete en total, la primera en los lejanos tiempos pleistocénicos, la última en los primeros siglos de nuestra era. Las gentes de una de estas oleadas —protoindonesios de Malasia (antes de la invasión de la India)—, llegaron *por vía marítima* con cultura de *tipo medio*, y dieron origen a los brasílicos actuales.

UNA VARIANTE: LA RUTA DEL ATLANTICO

América se halla separada de Asia por el más ancho océano del mundo, y la región de Indonesia, como observa Heyerdahl, es la antípoda de la costa occidental del Perú; en cambio, el Atlántico, que se interpone entre América y el Viejo Mundo (costas de Europa y Africa), es un océano relativamente angosto, de sólo 1,700 millas de ancho. ¿Acaso no pudo por allí realizarse el poblamiento de las Indias, siendo tan corta la vía de acceso?

Fuera de unos cuantos precedentes pintorescos o de entronque bíblico, como el ya visto de Antonio de Ulloa, de escaso o nulo valor para la ciencia, la primera vez que se planteó esta posibilidad fue en el Congreso Internacional de Americanistas de Nancy, Francia, de 1875, por boca de Pablo Gaffarel. Sostuvo Gaffarel la presencia de los fenicios en América, aduciendo para ello razones harto endebles pero que no pasaron enteramente inadvertidas en la referida cita internacional —la primera de la serie— de sabios americanistas⁵⁵.

Como puesto de acuerdo con el anterior, Juan Campbell, en el mismo congreso, sostuvo igual, en una ponencia que trató sobre el posible nexo racial entre México y el Perú, de una parte, y el Viejo Mundo, de otra. Habló de Egipto, como foco irradiador de razas y cultura, *a través del Atlántico*. En uno de los párrafos conclusivos de su ponencia, afirmó: "Hay razones filológicas para suponer que la migración al Perú y México fue originalmente de las costas occidentales o atlánticas de Europa antes que de las costas orientales o pacíficas de Asia"⁵⁶.

En el Quinto Congreso de Americanistas de 1883, realizado en Copenhague, volvió a escucharse una opinión igual, a través de la palabra de Horacio Hale. Los americanos —dijo— no proceden de Asia ni de Oceanía sino de Europa, y pasaron al Nuevo Mundo por la vía oceánica del Atlántico. Observó, en apoyo de su tesis, que todas las migraciones de las tribus americanas registran una marcha constante hacia el Oeste; nunca al revés, del Pacífico al Atlántico⁵⁷.

Pero, la voz más seria que una vez apoyó la sugestiva tesis de la travesía atlántica del Viejo Mundo a las Indias Occidentales, fue la del eminente Franz Boas, quien en 1909, en una exposición sobre *Los resultados de la expedición Jesup*, estimó concebible que América hubiera sido “poblada por la migración transatlántica de un grupo antiguo de mongoloides que vinieron de Europa”. Pocos años más tarde, sin embargo, Boas dio pie atrás, y en un estudio sobre *La historia de la raza americana*, aparecido en los “Anales de la Academia de Ciencias”, de Nueva York, “no tomó en cuenta esta posibilidad o la eliminó expresamente”⁵⁸.

En los últimos años, la tesis ha revivido, con una resurrección de escasa resonancia científica pero con una gran acogida de la prensa mundial, en la obra escrita —tan duramente combatida por los especialistas— y en la nueva proeza náutica de Thor Heyerdahl. “Sería un error —dice Heyerdahl— pasar por alto enteramente la factibilidad práctica de un antiguo viaje a la deriva a través del Atlántico tropical”⁵⁹; y para dar *respaldo geográfico* a su observación, añade esto que es verdaderamente importante y que rara vez ha sido advertido: “Pocos antropólogos parecen preocuparse debidamente del hecho que, mientras el Perú e Indonesia representan las antípodas . . . , África y Sudamérica están separados por sólo 1,700 millas . . . y con las condiciones más favorables para desplazamientos a la deriva en dirección al Oeste”. Recuerda Heyerdahl, también, que *no todo lo africano es negro* y que hubo pueblos en las costas de ese continente que tuvieron tradición marinera. Finalmente, el caso de las islas Canarias, alejadas del continente mal llamado *negro*, mueve a considerar con especial atención esta vía.

Como de costumbre, Heyerdahl no titubeó en emprender la travesía del Atlántico en una balsa construida al modelo de las primitivas, para probar la extravagante y, por lo mismo, llamativa hipótesis. Moviendo su máquina publicitaria, hizo primero un viaje al Perú para observar la técnica de construcción de las balsas de los indios del lago Titicaca. Después, fue al África, recogió en el lago Tchad gran cantidad de totora, armó una balsa de haces y, desde el puerto de Safi, en Marruecos, se lanzó a la aventura de cruzar el Atlántico (3,200 millas) al encuentro, no de las costas del Brasil sino de las islas de las Antillas, obse-

dido por la idea de que los constructores de las grandes pirámides mayas de la península de Yucatán aprendieron la técnica y copiaron el estilo de los egipcios, los cuales habían llegado a América en grandes esquifes de papiro, de altas proas arrufadas, impelidos por las corrientes y los vientos.

El viaje fracasó al deshacerse en parte los haces de papiro que formaban la balsa; pero, al año siguiente, 1970, Heyerdahl insistió. Construyó una nueva balsa, a la que llamó *Ra II*, y nuevamente se lanzó a la temeraria aventura desde el mismo puerto de Safi, aunque con sextante, cronómetro, cartas de navegación y radio. Esta vez culminó su empresa. Al cabo de dos meses de navegación, arribó a la pequeña isla Barbados, la más oriental de las Antillas Menores. Desde luego, como en el caso del viaje de la balsa *Kon Tiki*, de 1947, del Callao a las Tuamotú, llegando a la Barbados probó la factibilidad de la travesía en embarcaciones de papiro mas no la teoría del origen egipcio de las pirámides mayas ni menos el poblamiento prehistórico de América por ese lado.

LA PROCEDENCIA POR BERING

El principal sostenedor de la teoría del *origen único* de la población americana, es Ales Hrdlicka. Para este sabio antropólogo, *toda* la población aborígen americana (que en número aproximado de 45 millones hallaron los europeos a raíz del Descubrimiento) derivaba de grupos mongoloides (o *protomongoloides*) ingresados, hace unos diez u once mil años (según él, en cálculo excesivamente conservador, que después ha sido ampliado), por el estrecho de Bering. Hrdlicka apoyó su teoría en consideraciones antropológicas, arqueológicas y geográficas, que dio a conocer en el Décimonono Congreso Internacional de Americanistas reunido en 1915, en Washington. "Sólo treinta millas —dijo— separan los dos continentes, Asia y América, en el estrecho de Bering y en tiempo despejado la tierra americana es visible desde las colinas del Cabo Este, de Asia"⁶⁰. Además —recalcó—, la cadena de las islas Aleutas comunica la península de Kamchatka con Alaska, abriendo, para un pueblo de navegantes, otra importante y no despreciable ruta de comunicación.

Un autor reciente dice: "La puerta de entrada a la antigua América fue el estrecho de Bering. Allí la península de Seward se proyecta hacia el Oeste hasta sólo 90 kilómetros del Cabo Oriental, de Siberia. En este angosto estrecho se hallan las islas Diómedes. La Gran Diómede pertenece a Rusia y la Pequeña Diómede está del lado americano. En días claros —como lo dijo Hrdlicka—, es posible ver la costa siberiana desde América"⁶¹.

Hrdlicka y sus continuadores, que forman legión, hablan de *estrecho* de Bering, porque consideran que aquel brazo de mar, de sólo 90 kilómetros de ancho, que separa Asia de América, ya existía al momento que las primeras hordas de cazadores nómadas, de raza mongoloide o protomongoloide, pasaron, impelidas sin duda por el afán de caza nueva, de un continente a otro; pero, en los últimos años se ha dejado de hablar de *estrecho* porque se estima que como tal, ese *estrecho* no existía en la época del poblamiento; había un *punte continental*, vale decir, una faja de tierra que enlazaba Asia y América, que había resultado del descenso del nivel de las aguas del mar por el fenómeno de las glaciaciones pleistocénicas. Según el nuevo modo de ver el ingreso de los pueblos asiáticos al Nuevo Mundo, el poblamiento se habría producido no hace diez u once mil años, como querían Hrdlicka y Kroeber, sino hace cincuenta, sesenta o, como calcula Menghin, setenta mil años (no habiendo acuerdo entre los sostenedores de esta posición extrema), es decir, no al final de la era de los hielos, cuando ya el mar ocupaba un nivel parecido al de ahora, sino *en plena glaciación*, cuando una capa de hielo de varios miles de metros de grosor cubría gran parte de Alaska, todo Canadá, parte considerable de Estados Unidos y, al otro lado del Atlántico, toda Europa septentrional, representando esa calota de agua congelada una extensión superior a los veinticinco millones de kilómetros cuadrados. Entonces, el mar ocupaba un nivel bajo y los fondos someros o epicontinentales de nuestro tiempo, estaban al descubierto. Como los mares de Bering son de escasa profundidad (más o menos, cincuenta metros), no existían en ese tiempo como estrecho, y una faja seca enlazaba Asia y América. Por ese *punte continental* —según ve la ciencia ahora el problema del poblamiento de América—, pasó un día el hombre, todavía en embrionaria condición de cazador y nómada, a la tierra aún no hollada del Nuevo Mundo.

A pesar de estar la glaciación en pleno apogeo, el hielo no formaba un frente continuo y las condiciones de clima en Alaska y, en general, en las tierras septentrionales del continente Norte, eran relativamente benignas por la acción bienhechora de la corriente marina desprendida del *Kuro-shiwo*, que sigue siendo hoy un factor determinante del clima de aquellas costas de alta latitud. El hombre, por consiguiente, halló buenas condiciones de vida, sobre todo abundante caza, y para seguir adelante, aprovechó las fluctuaciones del tiempo.

Todos los tratadistas modernos llaman la atención sobre el hecho importantísimo del *descenso eustático del nivel del mar* (en medida que se acerca a los noventa metros); sobre la existencia del referido *punte continental*, inmejorablemente apto para el paso de las hordas que se movían en busca de caza para

subsistir; y, finalmente, sobre la bondad del clima en aquellas partes por la influencia de las aguas cálidas del mar. Lo dice, entre otros, Pericot: "Téngase en cuenta —advierte— que, cerradas las costas meridionales de dicha tierra [la de Bering] a la acción de las corrientes frías venidas del Polo Norte, y recibiendo, en cambio, la del Kuro-Shivo, resultarían mucho más favorables a la vida humana que en la actualidad las de Alaska y del nordeste de Asia"⁶². Agrega: "Muchos geólogos y paleontólogos están conformes en que hasta fecha muy reciente el actual *estrecho* de Bering era un *istmo* que unía los dos extremos de Asia y América . . . Este istmo subsistió hasta el Pleistoceno . . ." y se han probado "las condiciones favorables del estrecho de Bering para el paso" de un continente a otro. "En los comienzos del Pleistoceno e, incluso probablemente, en la época postglaciar, este puente era ancho, cubierto de vegetación, de clima suave y habitable, por lo tanto, por el hombre, recibiendo la benéfica influencia de la corriente templada del Kuro Shivo..."⁶³.

Resumiendo el hecho del poblamiento por el *istmo de Bering* y destacando las circunstancias geográficas, generales, dentro de las cuales dicho paso de un continente a otro se produjo, un autor mundialmente leído explica: "En cierto momento, mientras los últimos cazadores de la época glacial que habitaban en lo que hoy es Francia acechaban sus grandes presas en las cavernas del valle del Vézère, una banda simliar de cazadores se trasladaba hacia el Este, en el lejano rincón del NE. de Siberia. Iban [esos hombres] también en busca de presas, y durante su búsqueda o sus cacerías avanzaban por un *estrecho istmo* de tierra firme. Es posible que ni tan sólo se diesen cuenta de que aquel *istmo* fuese especialmente estrecho, y sin duda hubo también otras varias cosas que desconocieron. Ignoraban que aquel *istmo* quedaría cubierto al elevarse el nivel del mar, mucho después, cuando los glaciares se fundiesen. No sabían que estaban entrando en un mundo totalmente nuevo, pululante de espléndida caza: mastodontes, mamutes, caballos, camellos, bisontes de largos cuernos, carneros almizcleros y rarezas tales como el perezoso gigante además del alce, el uapití, el caribú y el ciervo. No sabían tampoco que ellos mismos eran los *primeros americanos*"⁶⁴.

Sobre la raza y la cultura de aquellos primeros americanos, el mismo autor dice: "Eran indudablemente una horda aislada, desprendida de los desperdigados cazadores del Extremo Oriente, y pertenecían a la rama mongoloide cuya forma facial no había sido modificada porque habían emigrado en fecha temprana o bien porque la desconocida zona en que se produjo esta modificación no era adyacente a América". Después vino el alza del

nivel del mar (cuando la fusión de los hielos pleistocénicos), y aquellos hombres quedaron atrapados en el Nuevo Mundo.

Howell, de quien son las citas precedentes, opina que el hecho trascendental para la historia de la humanidad del paso de aquellas hordas de un continente a otro, se produjo no antes de 40,000 años atrás ni después de 25,000 años. Howell se sitúa, pues, prudentemente, en un punto medio entre la tesis conservadora de Hrdlicka y Kroeber, que señala para el poblamiento una antigüedad no mayor de *once mil años*, y la tesis de avanzada de Menghin, que propone *setenta mil años*, vale decir, una antigüedad coincidente con el apogeo de los hielos de la última glaciación.

Pero, es claro que aquel paso de las hordas primigenias no fue el único ni el tránsito quedó cortado.

Después de la invasión pleistocénica, se produjeron otras oleadas de migración, cuando ya el hielo se había retirado y el mar había subido de nivel, formándose el *estrecho* de Bering (donde antes había estado el *istmo*). La nueva gente que entró a América, lo hizo en *embarcaciones*, siguiendo, unos grupos, el *estrecho*, y, otros, el cordón de las islas Aleutas. Era, desde luego, gente evolucionada, de un nivel de cultura mucho más elevado que el de las primeras hordas de la época del hielo; por lo pronto, conocía el arte de la navegación, y no fue para ella riesgo alguno aventurarse de una costa a otra o de una isla a la vecina.

Según Hrdlicka y Kroeber, los fundamentos *antropológicos* de esta teoría son de decisivo poder. El tipo humano indígena, en América, *es el mismo en todas partes*, sostienen ambos. "Todos los grupos (exceptuando el esquimal) —dice el segundo de los nombrados—, desde Alaska a Patagonia, están tan *estrechamente emparentados* desde el punto de vista somático, que hasta ahora no ha sido posible elaborar una subclasificación de ellos que fuera amplia y aceptada por la generalidad"⁶⁵. Las diferencias —agrega Kroeber, siguiendo a Hrdlicka— son puramente de "ambiente" y de "modo de vida", o causadas por "un ligero efecto de la selección".

También la teoría, como se dijo al comienzo, se apoya en razones filológicas, no menos atendibles y concluyentes. En el estudio de los idiomas americanos, se está viendo poco a poco —afirman los antropólogos de Berkeley seguidores de Kroeber— que, por debajo del *Babel americano de 150 familias lingüísticas*, existen "definidas semejanzas" que conducen "hacia la *unidad original*".

Con algunos cambios, como el indicado principalmente de la época —que ya no se considera tan reciente, como proponían los tantas veces citados Hrdlicka y Kroeber—, la teoría de la *procedencia única por Bering*, en su cuerpo básico de doctrina, es la que

goza del mayor favor de la ciencia. Unánimemente, los antropólogos y prehistoriadores especializados en los problemas de América aceptan que, por lo menos, el *mayor caudal humano* —cuando no la *totalidad* del continente inmigrante— entró al Nuevo Mundo por la vía de Bering (que no era *estrecho* sino *istmo*) y que la oleada pobladora estaba, lógicamente, constituida por gente *mongoloide* o estrechamente emparentada con los mongoloides asiáticos, seguramente ya diferenciados o en proceso de diferenciación racial.

EL PROBLEMA RACIAL

Pero, afirmar, como acaba de hacerse, que la gente que entró en remota edad al Nuevo Mundo por Bering era de raza mongoloide o de raza estrechamente emparentada con los mongoloides, no resulta tan sencillo como antes a la luz de más reciente investigación antropológica y, sobre todo, a la luz del estudio de las razas antiguas, lo que cae en el campo de la Paleoantropología.

Mucho antes de Hrdlicka, el marino español Antonio de Ulloa, en América, por encargo de la Corona, en la segunda mitad del siglo XVIII, creyó ciegamente en la uniformidad racial de la población indígena del Nuevo Mundo. "Visto un indio de cualquier región —expresó—, se puede decir que se ha visto a todos en cuanto al color y contextura..."⁸⁶. "Por mucho tiempo se mantuvo esta tesis y ella fue uno de los pilares, como acaba de verse, de la teoría de la *procedencia única*, ardorosamente defendida por la escuela antropológica norteamericana de las primeras décadas de este siglo. Pero, en los últimos tiempos tan simple idea ha sido sometida a cuidadosa revisión, y de la revisión han resultado dos dudas de fundamental importancia: la primera, ¿verdaderamente existe uniformidad racial en la población indígena americana?, ¿todos los indios del Nuevo Mundo proceden de un mismo tronco racial?; la segunda duda: admitiendo que el contingente racial que predominó en la formación del pueblo indígena americano fue el asiático, ¿basta llamar a ese contingente *mongoloide*?, ¿fueron realmente los mongoloides los antecesores directos de la población americana?.

Dice Franck C. Hibben: "Aunque los indios americanos varían ampliamente en su aspecto, no cabe duda que, en sus caracteres generales, *son mongoloides*". Pero, agrega esta observación fundamental: "Por desgracia para el caso, existen pueblos mongoloides o casi mongoloides desde las islas situadas más al Sur del Pacífico hasta el Artico siberiano. Las mezclas mongoloides también se dan en el Norte de Europa. Grupos mongoles se trasladaron al Norte de Europa y a las regiones polares en épo-

cas muy antiguas. Las invasiones de pueblos como los hunos llevaron la raza mongólica al corazón de Europa . . .". Por consiguiente, " . . . si se tiene en cuenta estos movimientos y mezclas mongólicas, es difícil, si no imposible, tratar de fijar el origen de los indios americanos solamente por medio de su tipo físico. Sin embargo, el hecho de que los primeros americanos fueron generalmente mongoloides tiende a hacernos fijar nuestra atención en la zona del Pacífico donde están concentrados los mongoles"⁶⁷. Mas, el problema se complica si se repara que "aun en el Pacífico hay abundantes pruebas de que *el tipo caucasiense existió en épocas muy remotas*. Los caucasienses están representados por restos actuales, por ejemplo los *ainús*, que viven todavía en la isla de Hokkaido . . ."⁶⁸.

No basta, pues, hablar de *asiáticos* ni de *mongoloides* cuando se trata del poblamiento de América. Detrás del primer hombre que ingresó al Nuevo Mundo, procedente, con entera seguridad, de Asia, por Bering, hay un complicado problema de *identificación racial*, que la ciencia moderna más cuidadosa que la de hace media centuria, trata de dilucidar con las luces de la Paleantropología.

Por lo pronto, hay este hecho importante que obliga a una revisión completa de las conclusiones de otra época: la mayoría de los cráneos más antiguos de América revela entroncamiento, *no mongoloide*, sino *australoloide-melanesoloide*. Puede suponerse, por el mismo testimonio de los cráneos, que los primeros hombres que entraron al Nuevo Mundo por la innegable ruta de Bering, lo hicieron en una época en que todavía *no había mongoloides en Siberia*⁶⁹. Por lo tanto, esos hombres no pudieron pertenecer a la citada raza.

Según el testimonio somático, sobre el cual insiste atinadamente Martínez del Río en su fundamental obra *Los orígenes americanos* (1943), el poblamiento comenzó con "dolicocéfalos de caracteres algo arcaicos"⁷⁰. Entraron aquellos dolicocéfalos por Bering, en lo que no hay discusión, y "eran muy probablemente de color amarillo-castaño, *aunque de pelo menos lacio que los pueblos que entraron después*". El *tipo racial*, en sus caracteres dominantes, estaba "*muy alejado del grupo asiático-mongoloide de hoy*".

Los dolicocéfalos estaban entonces —agrega Martínez del Río— "*distribuidos periféricamente* en torno de grupos, entre ellos el *protomongoloide*, localizados en el interior de Asia y que desarrollaban un *braquicefalismo* cada vez más pronunciado al tiempo que se multiplicaban y tendían a la expansión territorial . . . Los *braquicéfalos*, *de tipo resueltamente mongoloide*, llegaron bastante tardíamente a una América *ya poblada por dolicocéfalos*", como ocurrió en Europa. Pero, la penetración fue

intensa y vigorosa y cubrió todo el Nuevo Mundo. Los braquicéfalos siguieron las rutas de alta montaña y desplazaron a los dolicocefalos.

El problema se plantea en esta pregunta: ¿quiénes fueron esos *dolicocefalos* que entraron por vez primera a América y que —probablemente— *no pertenecían a la raza mongoloide?*

Así planteado el problema, se ve cuán ligeros fueron los antropólogos de comienzos de siglo —en este aspecto— al hablar abierta y categóricamente, sin ningún reparo ni consideración especial alguna, de *mongoloides*. No sospecharon que en las primeras hordas invasoras de América, podía estar *otro grupo racial*, de caracteres bastante diferentes a los generalmente supuestos.

Menghin señala que en el extremo sur de América meridional hay elementos raciales que hablan de “una raza muy alta, atlética y vigorosa, de color bastante oscuro, algo bronceado, de modelo *paleoeuropeoide* y, en efecto, emparentada genéticamente con el hombre miolítico de Europa occidental”. Agrega el sabio austriaco radicado en Argentina, que esa raza “llegó a América muy probablemente *sin mezcla mongólica*, pues en el tiempo de su traslado a América *no habrían existido los amarillos en Siberia*”⁷¹.

La observación de Menghin despeja mucho el panorama y proporciona este dato fundamental: los mongoloides no estaban todavía en el extremo nordeste de Asia al momento de las primeras filtraciones al Nuevo Mundo; por consiguiente, no pudieron participar de ellas.

Egon von Eickstedt fue el primero, o uno de los primeros, que vislumbró no sólo “la enorme complejidad de la estructuración racial de América y *el carácter muy heterogéneo de las distintas oleadas migratorias* que poblaron el hemisferio occidental” sino, lo que es de cardinal importancia, la participación de elementos *europoides* o *caucasoides*, en proceso quizá de transformación, en el poblamiento del Nuevo Mundo. Concretamente —como subraya Menghin⁷²—, destacó “la morfología *europoide* de muchos grupos raciales del continente americano”, explicándola “por el hecho... de que todo el Norte de Asia, fuente de una gran parte de los indios americanos, *originariamente fue el dominio de la raza blanca* y que su *mongolización* se efectuó recién en el transcurso del post-glacial”.

El *proceso de mongolización* ha sido cuidadosamente estudiado. Este proceso no es sino el resultado de una paulatina adaptación de los proto-mongoloides al ambiente frío de Siberia, costas del Artico, Corea, etc. Según esto, la *materia prima* de los mongoles fue un tipo humano “algo semejante a los indios americanos”, que no es sino un tipo mongoloide *poco desarrollado*⁷³.

“Podemos imaginarnos para Asia —25 o 50 mil años atrás, durante las glaciaciones—, una población primitiva de este tipo —constituida por pequeñas hordas de cazadores del Paleolítico tardío—, algunas fracciones de la cual cruzaron el estrecho de Bering hacia América, mientras que otras quedaron atrapadas en el gélido cepo siberiano y sufrían una rápida *evolución del rostro*” (es decir, la acentuación de los rasgos faciales hacia la medida actual). Esos rasgos se comportaban bien, sin regresión a las formas originales, en otros ambientes, incluso en los calurosos. Así, al desaparecer las glaciaciones y bajar consecuentemente el frío, el rostro altamente especializado de los mongoloides se mantuvo, conservándose, incluso, en los trópicos, y manteniéndose como una “marca de fábrica” imperturbable en Filipinas, por ejemplo, Sudeste asiático y Borneo.

En base a estas consideraciones, Howells estima que el tipo asiático del que derivaron los indios americanos debe ser descrito como *un tipo escasamente mongoloide*, sin especialización facial mongoloide, que se desprendió antes de los cambios impuestos por el frío. De esta suerte, el tipo mongoloide resulta ser moderno, mientras que el de los indios americanos conserva la fisiónomía del tronco ancestral. Por eso, algunos grupos asiáticos que no emigraron o que no sufrieron selección —como los del Asia meridional o del Tibet—, se parecen más a los indios americanos que a los chinos.

Ahora bien: coincidiendo con la tesis expuesta por otros antropólogos, Howells sostiene igualmente que *esos protomongoloides no especializados estaban cerca del tipo caucasoide* que había entrado al Asia desde el Próximo Oriente. Agrega, reforzando su opinión, que la huella de los blancos en el Asia se extiende a la India y el Extremo Oriente, y en el Pacífico está en los *polinesios*, “que deben haber procedido del Asia meridional”⁷⁴.

Los *caucasoides* o *europoides*, en suma —en la nueva visión de la Paleoantropología—, no están ausentes en el proceso de poblamiento del continente americano, *desde Asia*, por la ruta de Bering. Beals y Hoijer hablan de “un tipo no muy diferente del de Malasia”, es decir, *caucasoide-negroide arcaico*, “aunque con características negroides considerablemente menores” o *atenuadas*⁷⁵. Era un tipo, naturalmente, de cráneo alargado. J. B. Birdsall, descartando de plano toda participación de grupos humanos del Sudeste asiático y declarándose, por consiguiente, refractario al uso para el poblamiento de la ruta transpacífica, propone el siguiente proceso: un grupo *caucasoide arcaico*, llamado *amuriano*, se habría establecido en las tierras del NE. de Asia. De este tronco habrían salido: primero, los *mongoloides*, cuyos rasgos raciales se definieron a finales del Pleistoceno; y,

después, los *aino*, de las islas Yeso y Kuriles, y los *murrayanos*, que emigraron al sudeste de Australia. El poblamiento de América habría sido por "aportación asiática dihíbrida"; en efecto, llegaron —supone Birdsell— primero, en el tiempo más antiguo, los *amurianos* (o sea, grupos del *tronco primigenio*, no modificado, todavía no mongolizado) y *mongoles* y, posteriormente, los *murrayanos*, "cuando estos últimos se habían ya independizado racialmente" ⁷⁶.

Cuando parecía que los argumentos del *inmigracionismo múltiple* iban a sacar ventaja a los del *inmigracionismo único*, un aporte nuevo, de muy reciente data, ha venido a robustecer la posición de la segunda teoría. Este nuevo aporte es el de la Serología, ciencia cuyas investigaciones revelan que *la población americana es homogénea*. "Todos los americanos, incluso los esquimales, comparten características generales, con frecuencia de tipos sanguíneos únicos en el mundo" ⁷⁷.

Se ha descubierto un factor nuevo en la sangre, que se llama *factor Diego*. Este factor se encuentra entre los indios americanos, los chinos y los japoneses: por consiguiente, partiendo de su distribución, es un factor típicamente mongólico; en cambio, no existe entre los blancos, los negros, los australianos y los polinesios. Después de larga investigación estadística, se ha llegado a esta conclusión: "La característica más importante del gene Diego es su presencia *exclusiva* en pueblos mongoloides, siendo en el momento actual el único gene-indicador de mongoloides" ⁷⁸. Este hecho parece indicar que *los indios americanos derivan únicamente de los mongoloides y que no tienen ninguna relación racial con los pueblos oceánicos*. La prueba del parentesco, a la luz de la Serología parece terminante, y también terminante parece, vista la cuestión desde otro ángulo, la prueba de la desconexión de los pueblos americanos y los oceánicos. Sin embargo, los sostenedores de la teoría de la procedencia múltiple, empeñados en demostrar la pluralidad de las corrientes de poblamiento, unas por Bering y otras a través del Pacífico, relegan a segundo plano el dictado de la prueba serológica del factor Diego y acumulan otras pruebas en favor de sus ideas.

EN PRO Y EN CONTRA DEL POLIRRACISMO

"Los indios americanos —dice Lowie— . . . *varian extraordinariamente*, pues la cabeza de los esquimales es muy alargada, mientras que la de los indios del río Colorado es excesivamente ancha. Algunos indios de California tienen una estatura media ligeramente mayor de 1.50 m., en tanto que las tribus de las praderas del Norte y de Patagonia miden aproximadamente veinte centímetros más" ⁷⁹. En la variedad racial de los indios

americanos (*polirracismo*) se basa justamente la teoría de la *procedencia múltiple*, la que tiene lejanos antecedentes históricos, que datan del siglo XVII, y eminentes representantes en nuestros días, no obstante el mucho apoyo que ha recibido siempre, en forma renovada, la de la *procedencia única*, por Bering, de sólo elementos raciales mongoloides o protomongoloides.

La alegada, por Hrdlicka y sus continuadores, *uniformidad racial* de los americanos, es, en la opinión de Rivet y Mendes Correia, entre otros, *más aparente que real*. "Ni en los caracteres exteriores" —dice el primero de los citados— la unidad americana es tan evidente como pretende Hrdlicka.

Además de las duras críticas de Rivet, Hrdlicka tuvo que resistir también, en 1928, las del portugués Mendes Correia, para quien el error del norteamericano "es la expresión de un verdadero prejuicio geográfico". Si los grupos americanos —dijo—, considerados *uniformes*, vivieran separados, en distintas regiones del globo, nadie se atrevería a afirmar su común origen y parentesco integral.

Uno de los principales argumentos de quienes combaten el origen único, es el lingüístico. Hrdlicka, como más tarde Kroeber, dijo que las muchas lenguas aborígenes americanas revelan tener un origen común porque tienen caracteres que las emparentan o connotan. Pero, el primero que rechazó, con el respaldo de su enorme ciencia, esta aseveración controvertible, fue el eminente Franz Boas, ello desde 1911, cuando Hrdlicka daba los toques finales a su teoría general.

El polirracismo, en realidad, no niega el ingreso del hombre por Bering; tampoco niega que esa, la de Bering, sea la ruta de la *principal migración prehistórica*. Lo que hace el polirracismo es agregar a esa ruta innegable, *otra u otras*. Lo que, dicho en otros términos, se traduce en la siguiente conclusión: *América fue en la antigüedad centro de convergencia de diversas corrientes migratorias humanas, las que, partiendo de varios focos de dispersión (Asia del NE., Asia del SE., islas de la Oceanía), en sucesivas oleadas y con elementos de distintas razas, la poblaron.*

La novedad principal, desde el punto de vista de nuestro estudio, de la teoría de la procedencia múltiple, está en que propone la *ruta del mar* para el poblamiento del Nuevo Mundo. Entonces, en pasadas edades —ubicadas en la escala del tiempo, por desgracia, de modo muy impreciso— oleadas de navegantes habrían arribado a las costas occidentales de América, unas por el norte, otras por las costas del Istmo y, otras, finalmente, por el Perú, y contribuido, sin duda en alguna medida, a la *formación de la población americana* y, quizá, a su *integración racial*.

Cántaro escultórico, de color negro, con representación del cangrejo mitológico antropomorfizado. Un pez demoniaco, en relieve, exorna el cuerpo globular de la vasija cuya base es plana. El asa-estribo remata en un gollete tubular
(*Mochica III*. Costa Norte. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Pedro Rojas Ponce).







Los argumentos que esgrimen los sostenedores de la teoría de la procedencia múltiple, son tentadores, y las conclusiones, sugestivas, pero la teoría, en general, siempre, ayer como hoy, ha tenido recios opositores. No pocos la consideran insostenible por lo deleznable de sus pretendidas pruebas. “Aunque no faltan teorías sobre llegadas de asiáticos, polinesios y hasta australianos a América a través del mar Pacífico —dice Spinden—, todas estas teorías, en mi opinión, *carecen de pruebas substanciales*”⁸⁰. Agrega el mismo autor: “Las teorías de los difusionistas todavía eluden los problemas prácticos de los medios de transporte. Quizá se basan esas teorías en las corrientes oceánicas como medio de comunicación, pero ésta no es una prueba sólida. Sin embargo, *hay aspectos del problema de la difusión relacionados con el mar Pacífico, que son sumamente interesantes*”. Admite Spinden el hecho, verdaderamente extraordinario, de que “los polinesios, saliendo de la península de Malaya, *llegaron a la isla de Pascua para establecer la colonia más aislada del mundo*”. Si ello hicieron los polinesios, nada impide suponer que, en otro tiempo y, quizá, con mejores medios de transporte, “*podieron alcanzar las costas del Perú y Chile . . .*”. Sin embargo —termina, volviendo a su posición inicial, contraria a la teoría de la procedencia múltiple—: “las canoas polinesias . . . aparejadas con velas, son relativamente *modernas*. Con estas naves atravesaron los polinesios el Pacífico pero en tiempos demasiado recientes para haber influenciado de una manera fundamental en la historia del Nuevo Mundo”. “No soy partidario de Rivet cuando propone vínculos lingüísticos entre . . . Tierra del Fuego y Australia, aunque si soy partidario de Rivet mismo como gran sabio . . .”.

En el siglo pasado, cuando aún la teoría de la procedencia múltiple no había alcanzado completa definición, D’Orbigny dirigió preventivamente sus armas contra ella, respaldando su posición con razones de diversa naturaleza. “No hallamos —dijo, tajante— ninguna característica que aproxime los peruanos a los pueblos de Oceanía. Son distantes por todas sus características fisiológicas, y aún más por sus costumbres. Si [los peruanos] hubieran provenido de las islas, como se ha dicho, tendrían, por lo menos, alguna idea de la navegación, tan avanzada entre los habitantes de Oceanía... Los peruanos [sic —¿los polinesios?—] difieren completamente de las otras razas del mundo”⁸¹.

En los últimos tiempos, Kroeber —rector por muchos años, hasta su muerte, del movimiento antropológico en Estados Unidos desde su cátedra de Berkeley, California— ha representado, después de Hrdlicka —no obstante su mesura y espíritu tolerante—, la posición contraria a la propuesta por Rivet y adláteres.

“Todavía sería más iluso [más iluso que por las Aleutas] suponer la llegada del hombre procedente de Polinesia. Aquí las distancias entre las islas más cercanas y el continente son de miles de millas. Sólo viajeros bien equipados podrían sobrevivir y no hay nada que pruebe en forma positiva que el hombre de lo último del Paleolítico tuvo barcas. Además, todo el testimonio de Polinesia señala una colonización tardía de las islas orientales del Pacífico, a lo más de unos cuantos miles de años”⁸².

PRECURSORES DE LA TEORIA DEL ORIGEN OCEANICO

En los comienzos del siglo XVII, inspirado, naturalmente, en las ideas bíblicas, el P. Gregorio García, autor de ese monumento a la erudición que se titula *Origen de los indios de el Nuevo Mundo e Indias Occidentales* (1607), fue el primero que habló de la procedencia oceánica de una parte, por lo menos, de la población americana. En Fray Gregorio García, por consiguiente, con todas sus rarezas y todo su desordenado acopio de datos, pesado y caótico, está el punto de partida de la interesante pero azarandeada teoría.

Al promediar la misma decimoséptima centuria, de resultas de una larga y ardorosa polémica con Jorge Hornius, el holandés Hugo Grocio —detentador de un puesto de privilegio en la historia del Derecho por su famosa doctrina fundadora de la guerra y la paz—, sostuvo (1642) que América había recibido varias corrientes de poblamiento: una, europea del Norte, salida de Escandinavia, que ocupó Vinlandia; otra etiópica, que se radicó en la península de Yucatán; una tercera, procedente de Asia y constituida por inmigrantes chinos que, *por la vía del mar, arribó a las costas del Perú* y allí se afincó; y, finalmente, una cuarta, que *también por la vía del mar* y constituida por grupos originarios de las *islas Molucas*, arribó a las costas del *sur del Perú*.

Por el cuadro de corrientes migratorias que propone, Grocio puede ser considerado como el más remoto antecesor *científico* del polirracismo a la manera de Rivet.

En la segunda mitad del siglo XVIII, el marino español Antonio de Ulloa, llegado al Perú con la expedición científica del francés Carlos María de La Condamine y autor, después, de un famoso libro sobre las colonias españolas en el Nuevo Mundo, insistió, como Fray Gregorio García y Hugo Grocio, en la llegada de gentes de lejana procedencia a América *por la vía del mar* y propuso concretamente que el poblamiento de las Indias había sido *osada empresa de un pueblo de navegantes*, que construía grandes embarcaciones al modelo del arca de Noé, el cual modelo, según su opinión, se mantenía fresco todavía en la me-

moria de los hombres después del Diluvio Universal. Añadió que el paso del Viejo Mundo a las Indias se había efectuado *sin mayores conocimientos náuticos*, por la simple acción de los vientos y corrientes marinas, *desde Europa, Asia o Africa*. "En los tiempos en que el mundo empezaba a poblarse de nuevo, era regular que las gentes procurasen esparcirse tanto por tierra . . . como en naves, que imitasen la que había conservado las especies vivientes, dejándose conducir por los vientos y las corrientes, así como el Arca estuvo a la voluntad de estos elementos hasta que descansó en tierra . . ." ⁸³

Aunque la falta de retorno de los primeros expedicionarios al punto de partida desalentó a los nuevos que se alistaban, reteniéndolos en sus bases por temor a una desgracia, con el tiempo —dice Ulloa— otros grupos, animados de un gran coraje, se lanzaron a la azarosa aventura, medio cegados por la ignorancia, medio impelidos por la curiosidad o la osadía; y así, cuantos arribaron a las nuevas tierras jamás pudieron regresar porque la dirección del viento les era desfavorable en todo tiempo.

Se le objetó a Ulloa, seguramente, el problema de la subsistencia de aquellos navegantes en la inmensidad del mar, y él respondió de una manera curiosa: "Supuesta la serenidad del mar, queda la dificultad reducida al *modo de subsistir* . . . Debe advertirse que las gentes bárbaras que no guardan régimen seguro en sus cosas suelen pasar dos o tres días sin comer, sufriendo el hambre por costumbre . . . y a desquitarse después cuando tienen proporción . . . ; parece regular que un ayuno de diez u once días sería en ellas lo mismo" ⁸⁴.

Bradford⁸⁵, en 1841, mantuvo el interés de los círculos americanistas por el poblamiento múltiple del continente americano y afirmó que las culturas de Asia meridional y Malaya, en edad remota, habían pasado a la península de Yucatán y al Perú, "teniendo como área de tránsito los archipiélagos de la Polinesia". Poco después, en 1851, nuestro Mariano Eduardo de Rivero y Juan Diego de Tschudi dieron crédito a la versión de algunos filólogos "que han pretendido que el continente americano fue poblado por indios orientales, malayos, chinos y japoneses . . ." ⁸⁶.

Pero, la figura más importante en la historia de la teoría de la procedencia múltiple en el siglo pasado, es la del antropólogo canadiense Daniel Wilson, cuyo papel destaca justicieramente Imbelloni. Fue el más "autorizado campeón" del polirracismo (1862) y, en el campo de las doctrinas del poblamiento prehistórico del Nuevo Mundo, el revolucionario más serio y de riguroso pensamiento. En contra de la opinión general, "sostuvo que el poblamiento de América se había realizado *desde el Sur hasta el Norte* . . . y que *los primeros habitantes fueron polinesios*" ⁸⁷.

En 1875, Bancroft siguió la tendencia propuesta años antes por Bradford, insistiendo en el origen malayo de la civilización andina y en la travesía del Pacífico de la corriente migratoria portadora de esa cultura; y, desde el Perú, un historiador ilustre contribuyó con sus sagaces observaciones y su juicio sereno al robustecimiento de la teoría general. Ese historiador ilustre fue Sebastián Lorente, a quien puede considerarse como un precursor, en línea directa, del sabio Rivet. En su tiempo (1879), representó, no sólo en el Perú y Sudamérica sino en el mundo entero, una doctrina de avanzada. "Cualquier opinión —dijo— que se acepte sobre la filiación asiática de los peruanos, haciéndoles venir de Indostán o de la China, descendientes de hindúes o mongoles, no podrá menos de reconocerse que *muchos procedían directamente de la Oceanía*: la larga navegación, que antes se tenía como un obstáculo insuperable, ha dejado de mirarse como una dificultad seria, desde que se sabe que los isleños del Mar del Sur han dispuesto de buques aptos para cualquier travesía, que desde la isla Hawaii navegan hasta la Nueva Zelandia, y que se emprendían guerras marítimas de archipiélago contra archipiélago, transportándose en sus flotas tribus enteras, sea por escapar de enemigos superiores, sea para conquistar otras naciones. Las expediciones no eran impulsadas siempre por móviles políticos; que a veces les daban origen el amor a las aventuras marítimas y el espíritu mercantil. *De que tuvieron relaciones con el Perú* son clara prueba la memoria, que conservan los habitantes de Arica, Acari, Ica y otros pueblos costeros, de largos viajes a las islas del Pacífico, la analogía entre los antiguos monumentos peruanos con los de la remota isla de Pascua, afinidades manifiestas en los idiomas, la semejanza de tipos y la comunidad de algunos usos"⁸⁸.

Después de la imprecisa referencia de Rivero y Tschudi aludida atrás, la página de Lorente arriba transcrita constituye la primera mención concreta, en la literatura histórica peruana, a la teoría de la procedencia oceánica de una parte de la población americana.

En las postrimerías del siglo pasado, dos nombres destacan en la relación de los precursores: A. de Quatrefages, antropólogo francés de renombre, y el Licenciado Conrado Pérez Arana. Quatrefages fue, en su tiempo, uno de los principales propugnadores de las relaciones con Oceanía. Sostuvo la teoría de las conexiones a través del Pacífico en su monumental *Introducción al estudio de las razas humanas*, de 1887, y antes, en 1879, en una monografía que publicó en Moscú sobre los restos humanos descubiertos en Lagoa Santa, Brasil. Comentando su fundamental aporte, dice Pericot y García: "Quatrefages ... estudiando científicamente la antropología de América con los

datos que entonces se tenían, estableció todo un sistema, en el que figuran los pueblos americanos como una de las razas mixtas, entrando en ellos elementos de las demás razas conocidas; y, además observó las semejanzas entre los cráneos de Lagoa Santa y los botocudos modernos con los papúas de Nueva Guinea.”⁸⁹

El Licenciado Conrado Pérez Arana, en un trabajo que sometió a la consideración de los concurrentes al Décimoprimer Congreso Internacional de Americanistas de 1895, reunido en México, sostuvo que “la clave para explicar las migraciones a la América y las filiaciones etnográficas de sus antiguos habitantes, está en la Geografía física”. Todos los otros estudios —agregó—, como la Etnografía comparada, la Arqueología, la Etnobotánica, etc., sólo proporcionarán “elementos de comprobación” pero no de averiguación⁹⁰. Caracteriza a América, desde el punto de vista geográfico, el *aislamiento*. “La América está completamente aislada del Antiguo Mundo y sólo al NO. se aproxima al extremo oriental de Asia . . .; pero si los continentes están separados por las aguas de dos océanos, ese mismo elemento, por medio de las corrientes marinas, establece la comunicación entre ambos hemisferios”⁹¹. De esta manera —superada la idea del *mar-abismo* o del *mar-barrera infranqueable*—, la Contracorriente Ecuatorial del Pacífico trajo a América elementos de raza oceánica, de tez negra, que fueron “sorprendidos en el mar por las tempestades, arrebatados después por las corrientes, e impedidos, por último, por los vientos anti-alisio”⁹². América, en diversas épocas, fue centro de convergencia de hasta *cuatro corrientes migratorias*, a saber: una, por Bering constituida por gente de raza mongólica, perfectamente caracterizada; otra que llegó al Nuevo Mundo por la citada Contracorriente Ecuatorial del Pacífico, portadora de melanesios; otra, la tercera que llegó por la Corriente Septentrional del Pacífico, llamada *Kuro-shiwo*, portadora de elementos, también como la primera, de raza mongólica; y una cuarta corriente, de elementos negros, que arribó a tierra americana por la Corriente Ecuatorial del Atlántico.

Adelantándose al punto de vista moderno, Pérez Arana propuso que las corrientes *primera* y *tercera* fueron dominantes por el número de individuos y grupos que en ellas participaron; la *cuarta* fue *escasa* y, la segunda sumamente rala, pero evidente.

PLANTEAMIENTO GENERAL

Juan Comas cita a Thomas D. Steward y a Marshall T. Newman para sostener que la unidad racial de los indios americanos es sólo aparente y está basada en rasgos externos y secun-

darios. Steward y Newman expresan categóricamente que "se ha mostrado que los indios son bastante variables dentro de un mismo patrón racial y especialmente cuando se hacen comparaciones en caracteres mensurables".

Considera Comas, por lo demás, que la época del *homotipo americano* ha terminado; la época actual, con su gran avance en el estudio de los problemas antropológicos, es de franco y explícito reconocimiento por la gran mayoría de los especialistas en las ciencias del hombre, de la *variabilidad y heterogeneidad somática y osteológica* de los grupos integrantes de la gran familia aborígen americana⁹³.

Para esta *heterogeneidad somática y osteológica* del indio americano, no hay sino dos explicaciones: o la tradicional, iniciada por el tantas veces mencionado Hrdlicka, que habla de la *influencia del medio*; o la de la corriente polirracista que sostiene, como lo venimos diciendo, la *pluralidad de migraciones* desde el Viejo Mundo.

Aparte Rivet, que es el representante más renombrado de esta tendencia, uno "de los más decididos defensores del más complicado polirracismo americano", como lo califica Comas, es José Imbelloni, para quien los contingentes migratorios que convergieron, en distintas épocas, sobre el Nuevo Mundo, fueron *siete* y las razas que se formaron en América, *once*. La tesis de Imbelloni parte de la idea de que América ha sido siempre, en todas las épocas, un *continente receptivo*. Hacia América convergieron siempre corrientes migratorias venidas de fuera, pero no siempre estas corrientes siguieron un flujo de la misma dirección. Así, en la prehistoria, la migración fue por el Pacífico, de dirección Oeste-Este; y en los tiempos históricos, por el Atlántico, de dirección Este-Oeste.

En la edad antigua, la *costa occidental* de América dominó a la costa oriental. En el lado del Pacífico se generó la cultura, en tanto que el lado del Atlántico fue marginal. Dice Imbelloni: "Las costas del Pacífico, tanto en el Norte como en el Sur, desempeñaron un papel de *atracción migratoria*, mientras que la costa del Atlántico representó el margen de difusión"⁹⁴. Agrega: "Este disformismo funcional de las dos bandas continentales de América no tan solamente es visible en el orden lingüístico e industrial, *sino también en el racial y el demográfico*. La costa pacífica presenta una sucesión ininterrumpida de variedades antropológicas, la atlántica la dispersión de pocas. En el Pacífico hubo una población densa, en el Atlántico una población difusa".

Esto indica que los *contactos* favorables y enriquecedores de los grupos humanos se produjeron sólo en el Pacífico. En la edad histórica, a partir del Descubrimiento, la *costa receptiva*

(órgano periférico de comunicación) se va a trasladar a la banda del Atlántico.

“La gran importancia de la costa occidental de América, en cuya proximidad florecieron las culturas más adelantadas de ambos continentes” —añade Imbelloni—, es un hecho, probado plenamente por la lingüística y la somatología. Pues bien: en distintas épocas, desde la edad más remota hasta los siglos que antecedieron a la llegada de los europeos, la costa occidental fue escenario del arribo de grupos de diversa procedencia y de corrientes migratorias sostenidas, ingredientes con los cuales se constituyó la población aborígen del Nuevo Mundo.

Para muchos, el *ingrediente oceánico* llegado a América por la *costa occidental*, es un hecho que no admite dudas. Están entre los que tal creen, Nordenskiöld, Mendes Correia, Sergi, von Eickstedt y todos los integrantes de la escuela histórico-cultural con Graebner y el P. Guillermo Schmidt a la cabeza. Este le asigna al elemento oceánico de América un rol determinante de la *alta cultura*. Para von Eickstedt, la osteología revela elementos dolicocefalos arcaicos o de la primera edad, braquicefalos de la edad siguiente, y *oceánicos* tardíos. Imbelloni, como ya se dijo, es uno de los abanderados de la teoría de la procedencia múltiple y para él tanto la presencia de proto-indonesios en América, procedentes de la Malasia (con cráneos mesocéfalos), como el empleo, por esos elementos, de la *vía marítima* para su arribo a la costa occidental americana (peruana, sin duda), son hechos probados, de la mayor seguridad.

Un planteamiento interesante y muy juicioso es el que ofrece el argentino Canals Frau. Para éste, la *primera oleada de poblamiento* fue por Bering, pero *no mongoloide* porque el mongolismo aún no había aparecido. (Recuérdese que la mongolización, a partir de rasgos caucasoides, como se vio atrás, es una alteración racial *tardía*, del post-glacial, sufrida por los grupos que hicieron frente a los recios fríos de las altas latitudes asiáticas). Además, esta primera oleada de poblamiento *no fue marítima* porque el paso de un continente a otro se produjo cuando todavía el nivel del mar, por efecto del descenso eustático, se mantenía bajo; y, en lo que toca al tipo racial, fue *dolicoide*, quizá *australoides*. La *segunda oleada* ya fue marítima, y se realizó por el cordón de las islas Aleutas. La protagonizaron grupos de canoeros mesolíticos, de cabezas alargadas como los de la primera oleada. La *tercera oleada*, de enorme influencia en los campos de la Antropología física y la cultura, llegó por la *vía del mar* desde el lejano *Sudeste asiático* e islas de la Indonesia, pasando por Polinesia. Esta oleada trajo los rasgos *braquicefalos* y *mongoloides*, que hasta ese momento, por lo tanto, no existían en Amé-

rica, y en lo cultural fue portadora de las técnicas neolíticas en el trabajo de la piedra, de la cerámica y del cultivo de las plantas. Las gentes de esta oleada desembarcaron en las costas occidentales, por Centroamérica y, quizá, también, por el Perú. La cuarta oleada se produjo por el 500 antes de Cristo y trajo de Polinesia la alta cultura que de inmediato, en tierra americana, generó potentes brotes de civilización perfeccionada, andando el tiempo con organizaciones estatales⁹⁵.

Rivet, que es el principal representante de la teoría de la procedencia múltiple, sostiene que el poblamiento prehistórico de América se produjo a través de dos migraciones por Bering y dos por el Pacífico. La primera de Bering dio la base mongoloide de la población americana y la segunda proporcionó el elemento esquimal, relegado exclusivamente a las costas del Artico, entre Alaska y Groenlandia.

Para nuestro estudio, interesan las dos migraciones por el Pacífico: una fue australiana y, la otra, malayo-polinesia o melanesoide, con caracteres completamente distintos a los mongoloides que ingresaron por Bering. Comas hace este comentario: "Más importante que el australoide es el elemento melanesoide (malayo-polinesio) ... es el llamado paleoamerindio o tipo de Lagoa Santa, pero que se encuentra en todo el continente, desde la Baja California pasando por el Suroeste norteamericano, hasta Colombia, Ecuador, Perú y Brasil"⁹⁶. El autor citado recalca que hay gran similitud craneal entre los restos de los indios arcaicos sudamericanos de Lagoa Santa y los de ciertos pueblos del Pacífico, por ejemplo: de las islas Fidji, Lealtad y Nueva Caledonia; y hace la siguiente advertencia que interesa a los descreídos o a los que siguen creyendo que el océano, antes que factor de unión fue un abismo o una barrera infranqueable: "En cuanto a explicar cómo inmigraron dichos grupos, no parece ofrecer dificultades, puesto que tales pueblos oceánicos disponen de excelentes piraguas dobles o de balancín, poseen tradición de marinos y suficientes conocimientos del arte de navegar; se conocen en períodos históricos sus expediciones a través del Pacífico, de uno a otro archipiélago, recorriendo distancias iguales y aun mayores que las existentes entre el límite oriental de Polinesia y las costas americanas. El investigador W. Knoche es autor de un trabajo en que estudia las condiciones climáticas (corrientes marinas y vientos) en relación con tales migraciones, y concluye aceptando la posibilidad de que los malayo-polinesios arribaran al litoral sudamericano por vía transpacífica".

Como se indicó páginas atrás, no son pocos los autores que han destacado el probable papel importante que jugó en el traslado de los elementos asiáticos, de un lado a otro del Pacífico,

la corriente japonesa del Kuro-shiwo, corriente regular, muy rápida y extraordinariamente socorrida desde el punto de vista de los recursos que ofrece. Uno de los autores que esto cree, dice: "Gran papel en el transporte de tempranos elementos étnicos a la América debe haber jugado la corriente del Kuro-Shiwo . . . ¿Qué razas llegaron por la vía del Kuro-Shiwo al Nuevo Mundo? El problema es complicado porque hasta ahora no se han podido precisar bien los componentes que contribuyeron al poblamiento de la América precolombina. Sin embargo, es muy posible que por el Kuro-Shiwo llegaron al Nuevo Mundo *no solamente mongoloides . . . sino también melanesios y polinesios. . .*"⁹⁷.

Circunscribiendo el problema al ángulo exclusivamente peruano, la investigación arqueológica más reciente da por admitida la posibilidad de arribadas de pueblos oceánicos a playas del litoral. La idea de *viajes marítimos* para el poblamiento de América, *no debe ser descartada*, dice Engel; por lo menos —expresa—, "... no se debe desprestigiar el papel que han tenido tales hazañas en el pasado"⁹⁸.

LOS AUSTRALIANOS EN AMERICA

Aunque propiamente no cae este punto en el área de nuestro estudio debemos referirnos a él, de modo sucinto como en verdad conviene, para no desarticular la exposición de la teoría general de Rivet.

En realidad, la tesis de la presencia de los australianos en América no es del sabio francés sino del antropólogo lusitano Mendes Correia, quien, con gran alboroto de la ciencia, la expuso en 1925. De inmediato, Rivet, que venía a la sazón trabajando asiduamente en el problema general del poblamiento de América y tejía ya su teoría sobre los viajes transpacíficos —con no menos alboroto de la ciencia tradicional—, la hizo suya y la incorporó a su cuadro de migraciones.

Tanto para Mendes Correia como para Rivet, la presencia de los australianos en América está testificada sólo en el continente Sur "y principalmente entre las tribus más meridionales"⁹⁹. Señalan ambos similitudes antropométricas, particularmente de cráneos; serológicas (referentes a grupos sanguíneos); etnográficas ("no muy numerosas", admite Rivet) y, particularmente, lingüísticas del grupo *Con* —ampliamente extendido en el extremo sur de América meridional, que abarca a los patagones y a los ona— y de los australianos: similitudes estas últimas no sólo léxicas sino fonéticas y de semántica, que explican determinadas constantes gramaticales.

La ruta que siguieron los australianos en su migración hasta la extremidad meridional de América del Sur, fue la de la Antár

tida, propuesta por el propio Mendes Correia. Un cordón de islas facilitó el avance primero hacia el sur y, luego hacia el norte. De Australia, los grupos en movimiento pasaron a Tasmania; de allí a Macquarie, luego, sucesivamente, a las islas Esmeralda, Auckland y Campbell; en seguida, torcieron hacia el este para enrumbar, ya bordeando la Antártida —que en ese tiempo no era (suponen los defensores de la teoría y también recientemente Comas) el continente totalmente helado que es ahora—, por Tierra de Wilkes y Tierra de Eduardo VII. Terminaron avanzando por la península de Graham o Tierra de Palmer, que semeja un apéndice proyectado hacia la Tierra del Fuego, con las islas próximas Orcadas del Sur, Elefante y Georgia del Sur. De allí, el salto a América fue la operación más sencilla de la aventura.

Esta migración —según opina el mismo Rivet— fue de “floja densidad” y su influencia quedó limitada a sólo el extremo meridional de América. Por lo demás, se produjo en una época en que ya estaba poblada América y “los recién llegados fueron fácilmente absorbidos por los otros elementos étnicos”¹⁰⁰.

Entre los tratadistas recientes, mientras unos, como Pericot y García formulan objeciones a la teoría de los australianos en América, otros, en cambio, se muestran entusiastas al acogerla. El primero esgrime el serio argumento en contra de las incongruencias cronológicas. Dice: “Dada la cronología hoy aceptada, la llegada de los elementos australianos ... ha de ser muy antigua, anterior a toda posibilidad de navegación a través de espacios considerables, pensando, sobre todo, en que los australianos nunca han poseído sino medios rudimentarios de navegación”¹⁰¹. El mismo Rivet acepta que los australianos son, y fueron en el pasado, “marinos mediocres”. ¿Cómo, entonces, cubrieron los miles de millas del recorrido propuesto, a través de mares generalmente tempestuosos?

Tocante al presunto impedimento del frío antártico, las recientes investigaciones geofísicas, sobre todo en el campo de la Geofísica polar, parecen apoyar en algo la creencia de Mendes Correia de un desplazamiento de los grupos australianos por el borde continental. Comas se regocija de los resultados del Año Geofísico Internacional y da su respaldo a la teoría. Dice: “Los hielos que recubren la región antártica resultan un serio obstáculo (para admitir la hipótesis del viaje de los australianos a América del Sur), restándole verosimilitud; pero, no debe olvidarse que la zona antártica, a igual que la ártica, ha pasado por periodos alternativos de máxima y mínima glaciación, y que es posible se produjera en el Sur una regresión glaciaria, correspondiente al *optimum* post-glaciaria del hemisferio boreal”¹⁰². Hay pruebas —agrega— de “la existencia pretérita de un clima más

templado, análogo al de la región meridional de América del Sur”, en la Antártida. Autoridades en Geofísica sostienen hoy que en la Antártida, “y en un pasado no muy lejano”, prevalecieron “condiciones templadas”. Durante el Pleistoceno, en cuatro veces consecutivas, la Antártida fue beneficiada por olas de relativo calor, que le dieron “clima templado”.

Sin embargo, todas estas acotaciones deben ser consideradas como demasiado optimistas y, algunas, como diametralmente opuestas a la realidad archisabida del clima antártico, cualesquiera las fluctuaciones que éste haya sufrido durante los avances y retrocesos helados del Pleistoceno, en el último millón de años.

LOS MELANESIOS EN AMERICA

¿Alguna vez, navegantes melanesios aparecieron en el escenario marítimo del Perú viniendo del lejano Oeste y desembarcaron en las extensas playas del litoral, significando para el futuro de la civilización peruana un ingrediente nuevo de sangre y un aporte más en el proceso de gestación cultural?

Esta es una de las preguntas de más difícil respuesta —para muchos, de respuesta imposible— entre las que conforman el cuestionario de problemas básicos de la prehistoria americana.

Sin embargo, no son pocos los antropólogos —contándose figuras de señero prestigio— que creen en la participación de pueblos melanesios en el poblamiento prehistórico del Nuevo Mundo. Entre ellos está el tantas veces citado Paul Rivet. El sabio francés, que ya antes de la década del 20 había iniciado sus estudios para despejar la incógnita del origen del hombre americano, profundizando en investigaciones antropométricas, lingüísticas, etnográficas y de todo otro orden en procura de pruebas plenas, siendo la suya una de las vidas más fecundas en el campo de la americanística, consideró que el tipo étnico *paleoamericano* o de *Lagoa Santa*, representado por cráneos dolicocefalos extendidamente comunes a muchas regiones de América, desde la Baja California hasta la Argentina y que tiene conspicuas muestras en el Perú (Lauricocha y Cusco, estas últimas observadas por el propio Rivet, en 1939), “se halla netamente emparentado por todos sus caracteres con el tipo hipsidolicocefalo o dolico-acrocefalo dominante en Melanesia”¹⁰³. Menghin coincide con Rivet en esta fundamental apreciación. Los *láguidos* —dice el ilustre ex-rector de la Universidad de Viena y ahora profesor de la Universidad de la Plata—, que forman el fundamento humano de América del Sur (*paleoamericanos*), se parecen extraordinariamente a los melanesios, específicamente a los *carpentáridos* que describe Birdsell. ¿Coincidencia por

paralelismo de desenvolvimiento —se pregunta— o *relación genética*?. Cree lo segundo: *relación genética*. “Suponemos que los *láguidos* *descienden del mismo tronco racial que los melanesidos* por más difícil que sea ahora rastrear los caminos de su *migración a América*”¹⁰⁴.

Por su parte, Comas —otro entusiasta de los viajes transpácíficos y creyente de los aportes oceánicos en la integración de la gran familia americana—, al referirse a la *corriente melanesia*, prefiere llamarla, menos compromisivamente, *melanesoide* y, también, siguiendo a Rivet, *malayo-polinesia*. Se trata de una corriente —especifica— de melanodermos dolicocefalos, de la que hoy derivan los pueblos que habitan, por ejemplo, en las islas Fidji, Lealtad y Nueva Caledonia, entre otras. El término *malayo-polinesio* —aclara— se refiere particularmente al idioma, cuyas raíces, según Rivet, tienen mucho de común con las raíces de los idiomas americanos¹⁰⁵.

No estará de más aquí, dentro de los límites de una breve digresión, hacer una referencia a las poblaciones negras de Oceanía. La raza negra que forma la población del mundo de islas del Pacífico, al norte y en las inmediaciones de Australia, comprende dos grandes grupos: el *papúa* de Nueva Guinea, con plenas características negroides; y el *melanesio* propiamente dicho, que vive “desde el archipiélago de Bismarck al Oeste hasta las islas Fidji al Este, y la extremidad oriental de Nueva Guinea”. Es de piel menos negra que el papúa, de pelo ondulado, cráneo menos dolicocefalo, arcos superciliares poco prominentes y “nariz ancha pero no corva”. Según la investigación paleontológica más reciente, encabezada por Weidenreich, “la raza melanesia parece haber jugado un papel considerable en el poblamiento de la Tierra, y, en todo caso, ha tenido otras veces un área de extensión mucho más amplia que aquella en que ahora aparece acantonada”¹⁰⁶. Weidenreich la considera como una de las razas más antiguas de la humanidad y la llega a identificar en cráneos femeninos del famoso depósito chino de Chucutien, perteneciente a los albores del género humano (*Sinántropo*). Lester y Millot dicen que “la identidad del tipo de Lagoa Santa, o tipo paleoamericano, y del tipo melanesio, demostrada por Rivet, permite pensar que la raza melanesia ha jugado un papel importante en el poblamiento de América. Fuera del Brasil, donde fue descubierta y donde existe todavía más o menos bien representada en los *botocudos*, ha sido también encontrada en la Baja California, Ecuador, Colombia y hasta en Argentina”¹⁰⁷.

Fuera de la prueba craneométrica, Rivet considera también la serológica, la etnográfica y la lingüística. La Serología comparada confirma el parentesco, siendo tan alta la predominancia del grupo común que los expertos han creado el *grupo pacífico-*

*americano*¹⁰⁸. La Etnografía proporciona numerosas pruebas, las que están claramente expuestas en los cuadros comparativos elaborados por Graebner, Nordenskiöld y el P. Schmidt. La Etnografía considera, sobre todo, como pruebas altamente significativas, los elementos de navegación, particularmente la *embarcación hecha con haces de cañas* y la *balsa*. La Lingüística no se queda a la zaga en su aporte confirmatorio y tanto de las comparaciones léxicas como de las gramaticales se infiere que el *Hoca*, importante grupo lingüístico de la costa pacífica de Norteamérica (desde Oregón hasta Tehuantepec), es pariente directo del idioma malayo-polinesio, con 281 radicales comunes.

Finalmente los interesantes estudios de Olympio de Fonseca, Fred Soper y Charles Nicolle en Patología comparada —una novedad que Rivet, vivamente entusiasmado, destaca—, refuerzan la tesis de las migraciones melanesias a América. La similitud del tifo exantemático de México y Guatemala con el oceánico y su marcada diferencia con el europeo, es muy sugestiva y abona la teoría.

¿Cómo llegaron los antiguos melanesios a América? Rivet, por diversas consideraciones —aspecto en el cual no lo siguen otros antropólogos—, descarta completamente la ruta del NE. asiática, vale decir, la de Bering, por tierra, subiendo primero por la costa del Viejo Mundo y bajando después, por la pacífica de América. Para Rivet, la ruta de los melanesios fue, decididamente, la *oceánica*, esto es, la *ruta de las islas*. El “substrato melanésico en gran parte de la Polinesia —dice el sabio—, incluyendo la isla de Pascua”¹⁰⁹, prueba que los melanesios cumplieron la hazaña de ser los primeros en “descubrir la mayoría de las islas del Pacífico”. Agrega: para los melanesios, grandes navegantes, que poseían excelentes embarcaciones y en grado subidísimo el instinto de la orientación en el mar, dueños además de un coraje único para la aventura, “*llegar a la costa americana fue cosa relativamente fácil*”¹¹⁰. “Oleadas sucesivas... de distinta cronología... partiendo de diferentes regiones de Oceanía...”, arribaron a las costas occidentales del Nuevo Mundo y en ellas se establecieron¹¹¹.

Otros autores, como se dijo arriba —discrepando en esta parte de Rivet—, no descartan la posibilidad de un movimiento migratorio melanesio por la costa asiática, primero hacia el norte, hasta Bering o hasta la región de la corriente cálida del Japón, y después, ya en América, hacia el sur, por California y Centroamérica, hasta Colombia, Ecuador, Perú y, eventualmente, Argentina, según el testimonio de los vestigios paleoamericanos. Aunque no especializado en el tema, Horkeimer propone que “durante las últimas desglaciaciones o, tal vez, en la primera época postglacial (ocho a diez mil años atrás), partieron ele-

mentos negroides desde su centro de dispersión en las islas oceánicas occidentales, navegaron por el curso de una de las dos ramificaciones del Kuro-shiwo y llegaron al fin a las costas americanas, desembarcando eventualmente en la región de la península de California o más al sur. Parte de ellos se mezcló con inmigrantes mongoloideos y formó, así, la raza de Lagoa Santa; otros se conservaron al principio más puros pero finalmente también ellos perdieron sus características debido a nuevas mezclas y a la influencia del ambiente"¹¹². Según Horkheimer, esta tesis se deduce del hallazgo de restos con características negras ("algunos restos óseos remotos" —dice—) y también de algunas representaciones de la cerámica peruana, en las que no es difícil hallar, marcados con claridad, los rasgos del más cabal tipo negroide.

Dice Rivet que, "oleadas sucesivas... partiendo de diferentes regiones de Oceanía...", arribaron a las costas occidentales de América y en ellas se establecieron. ¿Cuál fue o cuáles fueron las principales zonas de arribada? Apoyado en Nordenskiöld, Rivet llega al respecto a las siguientes conclusiones: *primera*, que la influencia oceánica en América es predominantemente melanesia, no polinesia; *segunda*, que América del Sur, en general, tiene más elementos melanesios que América del Norte (lo que constituye un indicio valioso para contestar a la pregunta anterior); y, *tercera*, que las mayores "concentraciones" culturales melanesias están en la costa NO. de América del Norte, en la hoy amazónica y en el territorio colombiano"¹¹³.

Hubo una población negra, o negroide, antes del Descubrimiento, repartida, según Walter Lehmann, en la península de California, el Darién, la costa del Perú y la baja Bolivia. Esta población —subraya Rivet— debe considerársela remanente, en proceso de extinción por absorción, de los inmigrantes melanesios llegados por la vía del mar.

Esta es una indicación concluyente, en la teoría de la procedencia múltiple del hombre americano, de posibles arribadas de pueblos oceánicos melanesios a las costas del Perú. Aquí, esos agregados de piel negra, llegados por el mar, se habrían diluido en la población general de tipo mongoloide, establecida ya.

La llegada de los melanesios —comenta Pericot y García—, "explicaría los caracteres negroides que repetidamente se han indicado en la América indígena. Según Rivet, los rasgos negroides se absorben por cruzamiento... El mismo autor, a base de las fechas que poseemos por el Carbono 14 para las culturas peruanas, se atreve a sugerir que la inmigración melanesia en América tendría lugar hace unos cuatro mil años, y que el lugar de llegada sería la costa colombiana, donde hay numerosos ele-

mentos culturales melanesios y donde *la estatuaria de San Agustín muestra rasgos negroides*¹¹⁴.

La presencia de los negros en América, en la edad prehistórica, ha cautivado, en todas las épocas, el interés de los antropólogos. Parte en base al testimonio ceramográfico (que es muy elocuente) y lítico (como en el caso de las estatuas de San Agustín, Colombia) y parte en base al testimonio osteológico, no poco mezquino, varios autores han podido, tentativamente por lo menos, señalar el área de establecimiento, por así decirlo, de los negros en el Nuevo Mundo. Comprendería, aunque el señalamiento es imperfecto, los siguientes territorios: California, Venezuela, la *costa del Perú*, México y Colombia¹¹⁵.

Una primera posibilidad es que los melanesios llegaron, por la vía del mar, *directamente a las costas peruanas*, arribando a ellas después de una larga y osada navegación que se desarrolló progresivamente a través del mundo de islas de la Polinesia. En este caso, el propio mar peruano habría sido el escenario del trascendental acontecimiento. Otra posibilidad es que los grupos melanesios *no llegaron al Perú directamente sino de la estación colombiana*, lo cual, para algunos, es más factible.

Apoyándose en Uhle y Kroeber, Rivet dice: "Lo cierto es que vemos aparecer algunos de los hechos culturales más caracterizados como *melanésicos ya en las más antiguas civilizaciones del Perú* o de México: tiradero o propulsor, honda, flauta de Pan, estuche para el pene, danzas con máscaras, cabezas-trofeo, ennegrecimiento de los dientes, trepanación (desde el período de Nasca, de Supe y de Tiahuanaco en el Perú); cerbatana, desde la civilización de Teotihuacán en México"¹¹⁶. Respecto a la flauta de Pan, von Hornbostel, refractario a la tesis de la comunicación transpacífica, se rinde ante el hecho de la semejanza absoluta del tono del instrumento. Dice: "Ha convertido el problema de las relaciones entre Melanesia y el Perú en una cuestión por lo menos discutible, el comparar el tono absoluto de las flautas de Pan que se usan en estas dos regiones"¹¹⁷. A los elementos comunes indicados por Rivet, Baudin agrega los siguientes para reforzar la tesis del enlace prehistórico de las dos áreas: la hamaca, el tambor de señales, y la maza con puño de piedra estrellado (idéntica a la usada por los guerreros incaicos)¹¹⁸.

En suma: la existencia de elementos melanesios en el Perú no prueba que el contacto fue directo; pudo venir, tamizado, de Colombia, donde sí el impacto antropológico y cultural (figuras de San Agustín) se percibe nítido. Pero, la posibilidad de incursiones marítimas hasta nuestras costas, convirtiendo las playas en escenario final de las osadas travesías, no puede ser descartada.

INCURSIONES DE LOS POLINESIOS

Para probar que los *polinesios* —habitantes de las islas del Pacífico comprendidas dentro del inmenso triángulo que forman, por el norte, las Hawaii, por el este Pascua y, por el oeste Nueva Zelandia— intervinieron en el poblamiento prehistórico de América, Rivet, como en los casos anteriores, se apoya en los datos de la Lingüística, y la Etnografía y somete a la consideración de la ciencia el aporte, no menos valioso, de las tradiciones tanto de los indios del Nuevo Mundo como de los habitantes de los archipiélagos.

La raíz alimenticia, altamente apreciada en el mundo entero, que conocemos con el nombre de *camote* (la *papa dulce* de los pueblos de habla inglesa), se llama *kumara* en idioma polinesio, *kumala* en el polinesio de las islas Tonga y *umala* en el dialecto, igualmente polinesio, de las Samoa. Pues bien, nombres regionales muy parecidos tenía esa raíz entre los indios de América, los que aún se conservan en los grupos hablantes del quechua: *kumara* en el quechua del Cusco, según Middendorf, *kumar* en el quechua del Norte (quiteño) y *kumara* en el quechua del valle del Urubamba, según O. F. Cook. La planta (*Ipomea batatas*, *Convolvulus batatas* y *Batatas edulis*) —cree Rivet— fue traída por los polinesios en sus viajes. Su difusión natural, por el mar, no fue posible en ningún caso; por consiguiente, llegó a América mediante transporte humano, y del éxito del trasplante da cuenta la extensión con que se la cultivaba a la llegada de los españoles. “La identidad de la palabra que designa el camote en Polinesia y en una reducida región de América (en la que se cuenta el Perú... sólo puede explicarse por relaciones precolombinas”¹¹⁹.

Otro vocablo significativo es el que emplean polinesios y americanos para designar el *hacha*, especialmente el *hacha ceremonial*. En el área polinesia, *toki* es, primero, el instrumento con mango y filo para cortar o quebrar leña y también el acto de golpear en el idioma malayo-polinesio. En la extremidad meridional de América del Sur, *toki* es el hacha de piedra que lleva el jefe araucano como insignia de poder, de mando, de jerarquía; y, por extensión, también es el jefe mismo. Rivet concluye: “. . . en el Perú por una parte y, por otra, en Chile, encontramos ejemplos de palabras aisladas comunes con el Océánico y, más exactamente con el Polinesio. Tales hechos proceden de un préstamo precolombino”¹²⁰.

Avanzando en la fundamentación de su teoría sobre la presencia de los polinesios en América, Rivet agrega: “La hipótesis de un contacto entre Oceanía y América antes del Descu-

brimiento] *se encuentra plenamente confirmada por otros hechos y tradiciones*". Por ejemplo:

1) Objetos de factura netamente polinesia, llamados *patu patu* o *mere*, han sido hallados a todo lo largo de la costa occidental de América, desde Vancouver y la Columbia Británica hasta Chile y Argentina, comprendiendo México y, sobre todo, el Perú. En varios meticolosos estudios, Imbelloni ha puesto énfasis en estos extraños artefactos (cuyo uso ceremonial se mantiene en la lejanísima Nueva Zelanda), y se inclina decididamente por su procedencia oceánica.

Pericot y García, igual que Rivet e Imbelloni, concede inusitada importancia a los *patu* o *mere*, y ve tras ellos frecuentes navegaciones de las islas de la Polinesia a las costas americanas. Dice: "*Naves polinesias llegaron sin duda a América en la época del apogeo de la navegación maorí, siglos XIII y XIV ... Cabe, incluso, suponer que de tales viajes aislados hayan quedado algunos vestigios*". Por ejemplo: la *trompeta de concha de tritón* de Cañete (Perú), o las puntas pedunculadas de obsidiana de Llolleo (Valparaíso). El caso del *mere* o *patu* es también claro tras los estudios de Imbelloni¹²¹.

2) Existen de los tiempos prehistóricos macanas de madera en el Perú que son "idénticas a las macanas de los isleños del Mar del Sur"¹²².

3) Igualmente, los atacameños tienen máscaras típicas que en nada difieren de las usadas por los nativos del archipiélago de Nueva Irlanda.

4) Es extraordinariamente revelador "el hallazgo, relatado por el Padre Simón, de un barco de forma inusitada en una excavación cerca del Callao, en el Perú" —recalca Rivet—¹²³.

5) Las tradiciones de los indios americanos, que los españoles del siglo XVI recogieron en Colombia, Ecuador, Perú y Chile, hablan de "invasiones de gigantes". No se trata de dar crédito al pie de la letra a estas tradiciones sino de interpretarlas y descubrir el fondo de verdad que encubren bajo su ropaje. Otro autor, coincidiendo con Rivet, recuerda que en el siglo XVI "había tradiciones que relataban la *llegada de extranjeros* en Colombia, Ecuador y *el Perú*" y que "en Chile se hablaba en la misma época de unos piratas, los *nayres* ..." ¹²⁴.

6) Las tradiciones de los nativos de Polinesia, por su parte, hablan de tierras situadas más allá de la isla de Pascua, que es la más oriental del vasto archipiélago. Caillot, citado por Rivet, menciona la tradición que conservan actualmente los habitantes de las islas Gambier, según la cual sus antepasados arribaron a tierras cuya descripción coincide plenamente con el Cabo de Hornos y el Estrecho de Magallanes. Antes de ese viaje, un jefe

nativo, llamado *Anua Motua*, había llegado a los mismos parajes y reconocido la tierra de su descubrimiento.

La identificación de los lugares ha sido cuidadosamente hecha y prueba que *los polinesios conocieron América*, tocándola en varios puntos de su extenso litoral del Oeste.

Recíprocamente, por estos arribos, los indios de la costa occidental de América se enteraron de la existencia de tierras a Poniente "de donde venían, en grandes piraguas, unos extranjeros *para traficar con los pobladores de la costa del Perú*, y a donde, según ciertos testimonios, los indios, partiendo de los puertos de Arica e Ilo, abordaban después de una navegación de dos meses y medio aproximadamente"¹²⁵.

Un conocido escritor chileno ha hecho la siguiente reconstrucción del memorable acontecimiento que fue la llegada de los polinesios a las costas occidentales de Sudamérica:

"A nadie se le puede ocurrir que exista gente que no viene de parte alguna. Sin embargo, tal fue la alternativa a que se vieron abocados los pescadores neolíticos cuando comprobaron, de la noche a la mañana, que sus playas habían recibido la visita de unos barcos extraños, huecos por dentro y provistos de un flotador lateral que les impedía volcarse. Después vieron llegar otros; desde lejos los divisaron, como salidos del horizonte. Se les podía ver a gran distancia, porque traían un extraño artefacto como el ala de un pájaro marino que los hacía avanzar a impulso del viento, sin remos, como volando sobre la mar rizada por las rachas del Noroeste"¹²⁶.

7) Túpac Inca Yupanqui, príncipe del Imperio, hijo del gran Pachacútec, según otra tradición que fue recogida por los cronistas Miguel Cabello de Balboa y Pedro Sarmiento, encabezó una portentosa expedición a la Oceanía, en balsas, al frente de enorme copia de hombres de guerra, no menos de veinte mil. Llegó a su destino y regresó, trayendo trofeos y "prisioneros de guerra", y los trofeos se conservaron por mucho tiempo en el Cusco, hasta el establecimiento de los españoles.

Partiendo, pues, de muchos hechos confirmados y de numerosas tradiciones cuyo fondo de verdad es harto revelador, Rivet cree que *los polinesios llegaron a la costa occidental de Sudamérica*. Los objetos encontrados, aquí, en América, de indudable procedencia oceánica, prueban que los polinesios tuvieron *contactos comerciales* con los nativos del continente. De otro lado, las palabras de común origen usadas por los polinesios y los indios peruanos, suponen "*relaciones más íntimas*"¹²⁷.

La conclusión, para el sabio gallo, es la siguiente: "*Ni América ignoraba a Oceanía, ni ésta a América: ambos continentes se encontraban unidos por relaciones más o menos regulares de carácter comercial*"¹²⁸. Por estas relaciones comerciales, hubo

intercambio de productos y “algunas veces las palabras que los designaban se han transmitido junto con ellos”, como en el caso de las designaciones indígenas del camote y el hacha.

En orden a las plantas de cultivo de las que los polinesios fueron portadores, Rivet cita, además del mencionado camote o *kumara*, el cocotero (*Cocos nucifera*), originario de Oceanía y de una antigüedad pliocénica y hasta prepliocénica en Nueva Zelanda, donde existen testimonios fósiles incontrovertibles; y la calabaza (*Lagenaria vulgaris*), también originaria de las islas, la cual pasó al continente americano en edad muy remota porque aparece en el litoral peruano “desde las más antiguas civilizaciones”¹²⁹.

Empero, el problema de la propagación del camote, el cocotero y la calabaza sigue en pie y se ha alejado en los últimos tiempos, en lo que toca al camote, de la solución sugerida por Rivet. Ejemplares antiquísimos, hallados en depósitos funerarios en las dunas de Chilca, valle al sur de Lima, por Frederic Engel, indicarían que el camote no es originario de Polinesia sino del Perú, y que su empleo en la alimentación humana puede remontarse a unos diez mil años¹³⁰.

En general, sin embargo, de la tesis de Rivet participan muchos especialistas. Kunz Dittmer, abanderado del difusionismo en Alemania, dice: “Las influencias precolombinas de los polinesios en América, son ampliamente conocidas . . . pero tardías”¹³¹. “De hecho está comprobado —añade— que hubo polinesios (*de los actuales*) que tocaron tierra en América”¹³². Dittmer distingue dos edades en la historia de los polinesios. Al hablar de los *polinesios actuales* se refiere al pueblo oceánico ocupante de las islas de Oceanía oriental (hacia América) que resultó de las últimas oleadas de poblamiento, en mezcla con los polinesios de la primera época y “cuyo florecimiento como potencia marítima fue la Edad Media”.

Pero, los polinesios que antecedieron a los actuales, es decir, los antiguos, fueron tan hábiles nautas como los del apogeo medioeval, por cuanto “lograron encontrar las mismas metas” y dominaron la máxima área geográfica colonizable.

En su avance hacia el Este, los polinesios llegaron hasta las islas Marquesas y Pascua; después, dieron el salto, como creen Rivett, Dittmer y otros, hasta América. El origen polinesio de la población pascuense está ya completamente fuera de controversia¹³³.

La hipótesis de los polinesios en América y, en particular, en el Perú, es cautivante y la fundamentación de Rivet, en gran medida convincente, pero adolece, en su planteamiento conocido, de serias incongruencias cronológicas.

LAS TRES OLEADAS DE MENGHIN

Oswaldo Menghin, en *Origen y desarrollo racial de la especie humana*, propone, dentro de los cauces de la teoría del origen múltiple, una nueva fórmula para explicar el poblamiento prehistórico de América. Parte de la premisa de que la *unidad racial* del indio americano, es un espejismo. La unidad —dice— es una “idea engañosa”, que debe, por lo mismo ser rechazada, ya, de plano, y no volver a ser admitida.

América, en distintas épocas, fue continente de convergencia de tres corrientes migratorias, a saber:

Primera corriente: de procedencia *asiática* pero *no mongólica*, constituida por cazadores inferiores y superiores que, siguiendo el camino de Bering, entraron al Nuevo Mundo hace no menos de 70,000 años, en consecuencia en pleno *período interglacial*. Esta gente pertenecía al grupo racial de los *európidos*.

Segunda corriente: llegó con posterioridad a la anterior y estuvo constituida por grupos *melanésidos*. Dio origen, acá, en América a los *láguidos*, uno de los grupos *paleoamericanos*. Cubrió considerable extensión del Nuevo Mundo.

Tercera corriente: tardía, de hace 4,000 años y constituida, ésta sí, por elementos *mongólicos*, de rasgos bien acusados, llegó procedente del SE. asiático con elementos culturales muy elaborados, entre los que contaba con un dominio total del cultivo de las plantas. No trajo plantas pero sí la idea del cultivo, que introdujo.

Esta tercera corriente llegó al Nuevo Mundo *por la vía del mar* y su influencia, no tanto en el campo antropológico sino en el cultural, fue considerable. “Los *plantadores superiores* —dice Menghin— *no pasaron el estrecho de Bering*, sino que *llegaron por el Pacífico*, procediendo del SE. de Asia. Estas migraciones habrían comenzado, más o menos, *2,000 años antes de Cristo*. Justo con las últimas oleadas de los pueblos siberianos, aportaron y difundieron suficiente cantidad de *sangre de la raza amarilla* a todas las partes de América para cubrir de un ligero velo mongólico las razas de otro abolengo. De allí la engañosa idea de un origen unitario de los indios americanos”¹³⁴. Sólo algunas minorías conservaron más o menos pura su filiación *europida* y *melanésida*, y éstas fueron las causantes del desconcierto que una vez provocaron entre los partidarios de la teoría de la procedencia única. El sello mongólico quedó, fuertemente marcado, principalmente entre los *ándidos* y los *ístmidos*.

Respecto a los *araucanos* —a los cuales ha dedicado uno de sus mejores estudios—, Menghin cree que llegaron directamente de la Oceanía occidental o del SE. de Asia: ellos o, “por lo menos, elementos decisivos de su cultura”¹³⁵. Esta es una posibilidad.

Hay —observa el ilustre profesor de la Universidad de La Plata— “íntimo lazo entre las culturas amazónicas (a las cuales pertenecen los araucanos) y las correspondientes a Melanesia, Indonesia e Indochina”. En este sentido, la ubicación marítima de los araucanos es muy sintomática. Otra posibilidad es que los antepasados de los araucanos residieran en la cuenca amazónica y salieran en varias oleadas y por *varios caminos*. Quizá —propone el mismo Menghin—, llegaron en su éxodo a las *costas del Pacífico*, en el norte de Chile o *sur del Perú*, “y siguieron el itinerario hacia el Sur *por mar*”.

La tesis de las *migraciones marítimas* de los araucanos, inicialmente, como se acaba de decir, *de Norte a Sur*, y después, según parece indicarlo el mapa de la propagación de topónimos, *de Sur a Norte*, ha ganado mucha aceptación. Menghin observa que los testimonios toponímicos de probada raíz araucana, avanzan por el norte hasta Copiapó (provincia de Atacama), en tanto que los testimonios arqueológicos no van tan lejos, quedándose en el río La Ligua. “Esto da la impresión —dice— de que en cierta época hubo un movimiento . . . de araucanos hacia el Norte, lo que se pone otra vez en favor de la *inmigración por vía marítima*”.

EL POLIRRACISMO DE IMBELLONI

El polirracismo de José Imbelloni —figura señera de la antropología argentina, erudito y fecundo investigador de las ciencias del hombre— pone énfasis en la relación con el Sudeste asiático y considera la llegada de una parte de la población americana *por la vía del mar*.

En distintas épocas llegaron a América *siete tipos* humanos, a saber:

1) *Tasmanoide*, bajo de estatura y de cráneo alargado. En su movimiento migratorio, siguió la ruta de la costa oriental de Asia y penetró, por vía terrestre, a América. Este tipo dio origen a los *fuéguidos*, que ocupan la extremidad meridional del continente.

2) *Australoide*, también, como el anterior, de cráneo alargado. Igualmente entró al Nuevo Mundo por tierra, procedente de Asia, por la vía de Bering.

3) *Melanesoide*, ultradolicocéfalo. Siguió, en su expansión, el mismo camino del grupo tasmanoide, es decir, por la costa oriental de Asia hasta Bering. El movimiento se produjo antes que los melanesios ocuparan su posición actual. Este tipo se halla ahora radicado predominantemente en la cuenca amazónica.

4) *Protoindonesio*, escasamente dolicoide. Es el tipo que interesa mayormente a nuestro estudio porque, para su expansión, Imbelloni le señala una *entrada a América por el mar*. Ahora está radicado en la selva brasileña.

5) *Mongoloide*, braquicéfalo. Penetró por el estrecho de Bering, trajo la agricultura y dio origen a los pueblos *ándidos*. Es, tanto desde el punto de vista antropológico como cultural, uno de los tipos más importantes.

6) *Indonesio*, ultrabraquicéfalo. Llegó en época muy tardía al Nuevo Mundo pero su influencia fue de la mayor magnitud y provocó un avance considerable. Establecido en el área que Imbelloni llama *ístmica*, este tipo fue el creador de los verdaderos estados. Pertenece a la protohistoria.

7) *Esquimal*, procedente de Siberia y radicado en las costas árticas de Norte América, en todo el frente polar comprendido entre Alaska y Groenlandia.

Es importante destacar, para la mejor comprensión de la teoría polirracista de Imbelloni, que éste considera, como acaba de verse, una penetración predominantemente *por tierra* de la mayoría de los grupos inmigrantes, incluso, contra la opinión de otros antropólogos, de los melanesios y australianos¹³⁶. El mar no habría desempeñado el papel trascendental que le asignan otros tratadistas. Esta posición se fundamenta en el hecho del escaso o nulo conocimiento del arte de navegar de los pueblos muy antiguos.

ANTIGÜEDAD DEL POBLAMIENTO

Aunque el tema escapa de los linderos de este estudio, hemos de hacer una referencia ligera a la antigüedad del poblamiento prehistórico de América para completar la visión general del asunto.

Las posiciones extremas están representadas por Kroeber, seguidor de Hrdlicka, y Menghin. Aquél considera que "la ruta de Bering es la *única* que debe tenerse en cuenta"¹³⁷; toda otra debe ser de plano descartada: es "iluso —subraya— suponer la llegada del hombre procedente de Polinesia". Tocante a la antigüedad, expone concretamente: "Finales del Paleolítico o principios del Neolítico": tal debe ser la época "de irrupción del hombre en América"¹³⁸. En cifras, aproximadamente hace unos *diez mil años* (o sea, por el 8000 antes de Cristo). "Este número redondo —dice el mismo Kroeber— . . . parece que se acerca a la verdad, aunque puede resultar unos miles de años mayor o menor". Agrega este comentario: "La migración no fue repentina *ni tampoco única*. Ocurrió por pequeños grupos, durante generaciones, *quizá durante miles de años . . .*".

A los que le criticaron la escasa antigüedad que señalaba al poblamiento, Kroeber dijo: "Es inverosímil que el hombre haya llegado a América antes de la última etapa del Paleolítico"¹³⁹.

A esta posición *extremadamente corta* —y hoy completamente rechazada por las nuevas conjeturas y, sobre todo, por los fechados irrefutables del radiocarbono— se enfrenta la que asigna al hecho del primer paso del hombre de un continente a otro una antigüedad varias veces mayor, hasta *siete veces mayor*. En nuestra literatura histórica del siglo pasado, fue Pablo Patrón el primero que barruntó para el trascendental episodio una gran antigüedad. En esto estuvo, sin duda, influenciado por los estudios paleontológicos de Florentino Ameghino. Escribió en su famoso estudio sobre los idiomas quechua y aimara: "Se puede asegurar que el hombre americano ha existido desde los albores del período cuaternario . . . *en medio de animales ya extinguidos* . . . El hombre fósil no ha sido descubierto hasta ahora en el Perú pero, algún día lo será . . ."¹⁴⁰.

Ameghino, sabemos, propuso, para explicar el origen del hombre americano, la *teoría autoctonista*, la que fue refutada; pero, aun equivocada —al decir de Menghin—, esta doctrina tuvo un "grano de verdad": "vislumbró que el hombre de América no es un advenedizo tan reciente como creía Hrdlicka . . . sino que está arraigado en el continente desde muchas décadas de milenios"¹⁴¹.

El mismo Menghin, acabado de citar, ha señalado para la antigüedad del poblamiento la mayor cifra propuesta hasta ahora. Observa que hay restos, tanto en Norte como en Sudamérica, pertenecientes a la industria *protolítica*, o sea, del *Paleolítico inferior*, aunque "cronológicamente mucho más recientes que el auténtico Protolítico". Es un Protolítico (el americano) —dice— "contemporáneo con el Hombre de Neandertal y sus parientes del Viejo Mundo". En lo que a la Paleogeografía se refiere, estos restos hallados en América del Norte y América del Sur corresponden al *último interglacial* o "*hasta al penúltimo glacial*"¹⁴². Después de ésta y otras consideraciones, Menghin propone la siguiente cronología absoluta para el poblamiento en su primera fase: "Es casi seguro que el hombre invadió América por lo menos durante el último interglacial, es decir, más o menos antes de unos 70,000 años . . .", esto es, en el tiempo del Hombre de Neandertal y "otros paleomorfos del Viejo Mundo"¹⁴³.

La posición *paleolítica* de las primeras olas de poblamiento, parece, en el estado actual de nuestro conocimiento, cosa completamente confirmada. "Las evidencias favorecen la hipótesis de que los primeros pobladores de América —y también de los Andes— fueron *cazadores-recolectores* con formas relativamente incipientes de cultura: . . . Alex Krieger sostiene que ese primer

estadio cultural. . . es *homotaxial al viejo Paleolítico europeo*, aunque cronológicamente difiere en milenios . . . " ¹⁴⁴.

Por las fechas del radiocarbono —dice Jacquetta Hawkes— "tenemos que admitir la posibilidad de que el hombre penetrara en América del Norte en tiempos tan tempranos como el *último período interglacial* (antes de la glaciación de Wisconsin)". Esta "antiquísima inmigración" fue portadora de una rudimentaria *cultura de lascas* "de los últimos tiempos del Paleolítico inferior", la cual tuvo amplia difusión en el NE. de Asia. Esta cultura de lascas de técnica probadamente paleolítica, se extendió en forma muy rápida hasta el extremo sur del continente sudamericano, como lo indica el fechado de radiocarbono de 6,700 años antes de Cristo perteneciente a la cueva de Palli Aike, en la Patagonia ¹⁴⁵.

Entre los extremos indicados: 10,000 años según Kroeber y 70,000 según Menghin, varios autores proponen cifras intermedias. Martínez del Río dice que "se han derrochado los miles de años con una exagerada generosidad", sobre todo cuando ha habido asociación paleontológica. En general —aconseja—, la asociación paleontológica no debe llevar a abultadas cronologías porque la persistencia de algunas especies, hoy extinguidas, fue grande sobre todo en Sudamérica ¹⁴⁶.

Las condiciones para el ingreso del hombre al Nuevo Mundo variaron; en general, estuvieron sujetas al clima. "Hará unos 40,000 años existían diversas vías de acceso a través del hielo desde Alaska hasta Estados Unidos". Después, se cerraron esas vías de acceso y no volvieron a abrirse hasta el post-glacial, hace 25,000 años.

Desde el punto de vista glaciológico, la época de los 40,000 años atrás debe ser considerada como la más probable para el ingreso del hombre por haber existido caminos libres de la capa de hielo que cubría gran parte de América del Norte. Después hace 25,000 años, empezada la desglaciación definitiva, se abrieron nuevamente esos pasos ¹⁴⁷.

De esta suerte, es de toda evidencia que migraciones a través del *estrecho* de Bering debieron producirse cuando ya el mar, tras el descenso eustático motivado por las glaciaciones, había subido de nivel. Esas migraciones deben ser ubicadas, por lo tanto, en una época que dista 25,000 años.

Esta posición, que es la más general, la resume Hibben en el siguiente párrafo: "Si los primeros americanos no tuvieron origen en el Nuevo Mundo, entonces *emigraron* de los continentes del Viejo Mundo hacia estas tierras. Los primeros llegaron a América hace unos 30,000 años, durante las *fases finales de la última glaciación*, la de Wisconsin" ¹⁴⁸.

Si se acepta la posición extrema de Menghin, de los 70,000 años, en plena época de los hielos o aun en el "último interglacial",

hay que admitir situaciones de orden geográfico bastante distintas a las actuales. Por lo menos, la regresión oceánica motivada por el descenso eustático, daba otra forma al continente y lo unía, por medio de un *punte*, a la extremidad oriental de Asia. En cambio, si se acepta la otra posición —la del poblamiento cuando ya los hielos pleistocénicos se habían retirado o estaban en plena retirada— hay que admitir, con Rivet, que el continente no difería del de ahora. “Ante cualquier teoría que nos situemos —dice Rivet—, el hombre se encontró en sus migraciones hacia América, en presencia de condiciones geográficas absolutamente comparables a las actuales”¹⁴⁹.

LA DISPERSION DE LOS PRIMEROS GRUPOS

El mayor contingente, como se ha visto y como convienen todos los autores, de la población primitiva de América entró por el norte: fuera de toda duda, por Bering (haya sido entonces aquella vía *estrecho o istmo*). Se plantea, en consecuencia, el problema de la dispersión dentro de los dilatados confines del Nuevo Mundo.

Con la carta geográfica a la vista y en conocimiento de los datos de la arqueología, es de toda evidencia que el poblamiento de Sudamérica se produjo por el Istmo de Panamá, siguiendo por Colombia, hasta alcanzar la floresta amazónica, donde la corriente migratoria se extendió cubriendo una vasta área.

Tal piensan Bennett y Bird, conocedores, como pocos, del pasado de los pueblos americanos, sobre todo el segundo, cuya fama de gran arqueólogo reposa en el descubrimiento de los vestigios más antiguos del hombre en la Patagonia, con fechados de diez mil años.

Puede pensarse que desde el Istmo de Panamá la corriente tomó tres caminos: el del Este, hacia Venezuela, de donde proceden fechados que se cuentan entre los más antiguos del hombre sudamericano (como el de los 16,000 años de la estación El Jobo); el del Sur, siguiendo los Andes, por Colombia hacia Ecuador, Perú y demás territorios andinos; y el del Sudeste, hacia las selvas del Amazonas. Este, sin duda, trajo fuertes contingentes, parte de los cuales, después del desplazamiento en abanico, iba, por diversas latitudes, a escalar los Andes, impregnando de elementos selváticos a las culturas que se formaron en las tierras altas.

Remontando el río Magdalena, que es la arteria fluvial más importante de Colombia, algunos grupos siguieron la ruta de la cordillera, penetrando por el Ecuador *hasta el Perú*, para seguir después, más al sur. Se propone, por algunos, la ruta de la cordillera de preferencia sobre la de los llanos (tanto marítimos como

selváticos) en razón de la costumbre de aquellos hombres de vivir, desde su ingreso al Nuevo Mundo, en climas fríos.

El señalamiento de estos caminos, como se dijo al comienzo, no sólo es el resultado de una observación de la geografía sino de una interpretación de los datos arqueológicos, ampliados recientemente con hallazgos sensacionales de los que ya hemos dado alguna cuenta en páginas anteriores. En 1959, Augusto Cardich descubrió en una cueva de Lauricocha, a más de cuatro mil metros de altura, los *restos humanos* más antiguos que se conocen en el territorio de los Andes, con una antigüedad comprobada de diez mil años (7,566 por radiocarbono, más o menos 250, a. de J. C.). Como esqueletos completos de una pequeña comunidad que basaba su existencia en la caza, estos restos no han sido superados en todo el continente ni en antigüedad ni en estado de conservación. En Argentina, Alberto Rex González descubrió, después de los hallazgos de Cardich, restos igualmente muy antiguos. Los de Intihuasi, a 70 kilómetros de San Luis, provincia de Córdoba, arrojaron en el laboratorio 6,013 años, \pm 100, a. de J. C.

De los años 1969 y 1970 son los ya referidos descubrimientos de Richard S. MacNeish de las primeras asociaciones paleontológicas del Perú en las serranías de Ayacucho, consistentes en instrumental lítico diverso (desde machacas y raspadores hasta puntas de armas arrojadas muy perfeccionadas al retoque) y huesos de animales de la fauna extinguida del postglacial, cuya edad fluctúa entre 15 y 20 mil años (o más), lo que conduce a pensar que tales vestigios corresponden a hordas recolectoras y cazadoras que ambulaban por las sierras del centro del Perú en los albores mismos del poblamiento de esta parte del continente. Representan una antigüedad que puede ser doble, hablando en términos generales, de la de Lauricocha, y doble también de la de las cuevas de Patagonia y Tierra del Fuego, donde hay dibujos rupestres que insinúan la posibilidad de una convivencia hombre-caballo, éste en fase de extinción.

(Es de observar que el hombre del período más antiguo, aislado por MacNeish —Paccaicasa, anterior a Ayacucho, con fauna pleistocénica—, no se aleja mucho de su congénere que vivió hace 23,000 años al sudeste de Los Angeles, Estados Unidos, cuya edad y "condición fósil" fueron reveladas a comienzos de 1971 por el antropólogo de California Rainer Berger. El cráneo del Hombre de los Angeles, descubierto en 1936 pero recién analizado, representaría "el resto humano más antiguo de las Américas". Esta mayor antigüedad, por lo demás, se ajusta al hecho de que el movimiento migratorio fue de norte a sur y que la ocupación, por lo tanto, del territorio norteamericano antecedió a la del sudamericano).



Un personaje solemne y ricamente ataviado, con yelmo, uncu adornado con grecas y discos, y otros atributos (como una serpiente que se apoya en la nuca y asoma por el hombro derecho), aparece sentado, con las piernas cruzadas sobre un trono rectangular en actitud de devorar un pescado. Es un idolo antropomorfo de arcilla. (*Mochica III*. Costa Norte. Período Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Abraham Guillén).

Simultáneamente o con alguna diferencia de tiempo, las hordas pobladoras se extendieron por la floresta amazónica, llegando a las sierras de Pacaraima, a las selvas de la Guayana y a la meseta de Mato Grosso, para seguir por el Chaco a la pampa argentina y a la Patagonia.

Los grupos desprendidos de la corriente que siguió la cordillera por Ecuador y Perú, llegaron, sin duda, en una época muy temprana, *a la costa del Pacífico, viendo por primera vez el mar tras largo recorrido continental y hallaron condiciones favorables para la vida por la abundancia de recolección y pesca que les ofrecía el mar*¹⁵⁰.

Lanning estima que los talleres paleolíticos de Oquendo y Chivateros, cerca de la boca del río Chillón, al norte de Lima, detectados por Patterson y estudiados por él, tienen una antigüedad de diez a doce mil años¹⁵¹. Se puede conjeturar que en ellos trabajaron hombres bajados de la Sierra y que temporalmente, durante el invierno seco de la cordillera, se establecían en las tierras bajas, atraídos, al propio tiempo, por los muchos recursos que les ofrecían las *lomas*. En toda la Costa, además, hay vestigios de ocupación humana, ora temporaria, ora estable, cuya antigüedad casa con la cronología del hombre de la Sierra de las fases líticas evolucionadas o no primordiales. Rafael Larco Hoyle en la Costa Norte, Josefina Ramos de Cox en Atocongo (al sur de Lima), Gary Vescelius en el sur y Frederic Engel a todo lo largo de la Costa pero especialmente en Chilca y Paracas, han revelado *la presencia del hombre frente al mar en la primera edad*, con fechados del orden de 9,000 años.

Según los citados Bennett y Bird, el mar no jugó papel alguno en la dispersión de los grupos dentro del territorio del Nuevo Mundo. En gran parte del trayecto, el mar fue marginado y, sólo al final, se le dio alcance.

Un esquema de dispersión parecido al anterior, propone Bosch-Gimpera, del que nos ofrece un buen resumen Fernando Silva Santisteban. Siguiendo el *testimonio de las lascas*, que marca claramente el derrotero, el maestro español considera, como todos, que el hombre ingresó por Bering y las islas Aleutas, bordeó las costas del Pacífico, sólo parcialmente afectadas por el hielo de las glaciaciones en virtud de las aguas cálidas de la corriente del Japón, y entró a la meseta mexicana, "donde arraigó notablemente en las regiones central y septentrional". Más tarde, el hombre siguió por el terreno llano del istmo de Tehuantepec, pasó América Central y penetró al embudo de Panamá. Allí se ofreció al inmigrante el ancho y promisor frente del continente meridional, parte cubierto de cordilleras empinadísimas, parte de selvas sin fin. El camino naturalmente se bifurcó: un ramal condujo, por el río Magdalena, a los Andes

del Perú, y otro ramal, por los Andes orientales, al Brasil. El primer camino llevó a Lauricocha, donde, hace diez mil años, se desarrolló una cultura de lascas de cazadores superiores, con instrumentos de piedras de bordes retocados, puntas bien trabajadas y raspadores. Lauricocha, según Bosch-Gimpera, parece el final de una cultura de lascas, muy antigua, verdaderamente embrionaria, y el comienzo de otra de puntas bifaciales. El segundo camino condujo al Mato Grosso, Minas Geraes y Argentina, especialmente a la Pampa, a Patagonia y a Magallanes, donde los testimonios son de antes de diez mil años¹⁵².

Este cuadro tampoco incluye al mar en el proceso, lento, de miles de años, de la dispersión de los grupos ingresados al Nuevo Mundo desde Asia y ya plenamente posesionados de la tierra americana. En cambio, en el cuadro de Lothrop el mar sí está presente; por lo menos, algún papel —bastante dudoso, es cierto— se le asigna.

¿Cómo penetró el hombre de América del Norte a América del Sur? —se pregunta el ilustre americanista—. El poblamiento de América del Sur se produjo con elementos ingresados al Nuevo Mundo, desde Asia, por Bering; esto está completamente fuera de cuestión. Sin embargo, Lothrop no descarta la posibilidad de una llegada de elementos oceánicos. “Se pretende —dice— que varios elementos de población cruzaron las dilatadas aguas del Pacífico en botes, desafiando los vientos y corrientes contrarias”. Señala esto como una mera —y remota— posibilidad, pero *posibilidad* al fin y al cabo.

Llegado al istmo, ¿qué camino siguió el hombre? La ruta del istmo es casi impasable. Ahora bien, “si se considera la posibilidad de una *migración por mar hacia el Sur*, probablemente tuvo lugar a lo largo de la costa atlántica del Istmo . . . De las aguas de la costa del Pacífico entre Panamá y Ecuador” hay las peores referencias, como las que proporcionó Murphy en su estudio sobre la costa occidental de 1939.

Insiste Lothrop: entonces, ¿cómo pasó el hombre? Quizá las condiciones del tiempo eran distintas a las de ahora; quizá el Istmo era transitable. Mas, en todos los casos *siempre queda una posibilidad para la travesía marítima*. La vía del mar “no puede ser probada *ni desechada*, pero, según nuestra opinión —declara Lothrop— es improbable que existiesen en la época remota [del poblamiento] barcos capaces de hacer la navegación oceánica”¹⁵³.

Lorente, adelantándose a los partidarios de la teoría de la procedencia múltiple (a Rivet, entre ellos), consideró, hace un siglo, la posibilidad de la llegada del hombre al Perú por mar: unos grupos directamente desde Polinesia, otros de algún paraje lejano de la costa americana del Norte. Estos últimos grupos

tuvieron que llegar por mar y no por otra vía en razón de las altas barreras que oponía la naturaleza para entrar a la tierra del futuro Imperio de los Incas: desiertos, selvas, altísimas cordilleras nevadas. Cerrado, así, el Perú, la única vía de acceso era la del mar, y ella fue, entonces, seguida por los primeros hombres.

Dice el famoso historiador: "Abierta la costa a todos los invasores, los que una vez llegados a ella se fijaban con lazos tan dulces como poderosos en sus deliciosos oasis, hubo de ser habitada por numerosas razas, cuyas diferencias no eran fáciles de borrar enteramente por la conquista . . . ni por las relaciones pacíficas que mezclan unas generaciones con otras . . ." ¹⁵⁴. En otra parte dice: "Habitando llanuras sobreabundantes en recursos, no lejos de un mar apacible que rebosa en peces sabrosos, en un clima benigno, bajo un cielo sereno y sobre un suelo placentero, los costeños pasaban una vida alegre . . . sin rudas labores; la vida sencilla, en parte campestre y *en parte marítima*, vigorizaba su constitución . . . *Como el mayor número hubo de venir por mar*, puesto que ni la sierra que es su límite oriental, ni el desierto meridional de Atacama y las selvas del Norte podían enviarles numerosas colonias, procedían probablemente de naciones que habían alcanzado cierta cultura, *las únicas capaces de emprender largas navegaciones . . .*".

El caso concreto del poblamiento del Perú, fue visto por Lorente de la siguiente manera: 1) varias oleadas, quizá largamente distanciadas, determinaron la ocupación del territorio; 2) "en diversos tiempos recibió pobladores originarios del antiguo continente, sea por la parte oriental, *sea del lado del Pacífico*; 3) "el mayor número de los colonizadores hubo de venir por tierra; *los que llegaron por mar*, o habían estado antes en otra región de América o *procedían de la Polinesia*" ¹⁵⁵.

En nuestra época, Baudin es completamente contrario a la entrada del hombre al Perú por la vía del mar. Encuentra, como Lothrop, inconvenientes de desarrollo técnico y de orden geográfico. "Parece —dice— que los primeros hombres llegaron, no a lo largo de las costas, donde eran rechazados por los vientos alisios que soplan de Sur a Norte y por la corriente de Humboldt, sino por las Antillas y por los territorios de Venezuela y del Brasil, remontando los ríos hasta sus fuentes..." ¹⁵⁶. Debieron ser muy grandes "las dificultades —agrega— que las barcas encontraban para descender a lo largo de las costas del Pacífico . . . Indudablemente, en ciertas épocas las brisas son favorables a la navegación, pero sólo una larga experiencia podía instruir a los marinos sobre este particular. En las *costas peruanas*, el océano mismo parecía rechazar a los buscadores de aventuras y a los inmigrantes que venían del Norte" ¹⁵⁷.

UNA ELITE BLANCA EN AMERICA.
TEORIA DE HEYERDAHL.

Sostiene Heyerdahl, principalmente en *American Indians in the Pacific* —la bien documentada pero discutida obra del jefe de la mundialmente famosa Expedición *Kon Tiki* a la Polinesia, de 1947, y de los recientes viajes transatlánticos en las balsas *Ra I* y *Ra II*— que *elementos blancos*, en minoría con respecto a la población de tiempo atrás establecida en el continente americano (que era de color amarillo-moreno y originaria de Asia), pasaron por América y *se radicaron definitivamente en Polinesia*.

La idea de Heyerdahl se estructura según el siguiente cuadro:

- a) grupo blanco, caucasoide;
- b) este grupo avanzó hacia América por ruta no precisada: quizá la continental del Norte, quizá la marítima del Este;
- c) Cubrió el territorio americano hasta el Perú;
- d) desde el Perú cruzó el Pacífico y arribó a las islas de Polinesia.

Recurriendo a diversos argumentos: la tradición, el arte iconográfico, los rasgos antropológicos heredados por algunos grupos de la actual población aborigen del Nuevo Mundo y el testimonio de los entierros, Heyerdahl dice que “todo se une para indicar, argumentar y recalcar . . . que un elemento de tipo caucásico, que difiere esencialmente del tipo mongoloide, estuvo presente en los territorios de América y Polinesia”¹⁵⁸.

Este grupo de raza blanca que vivió en América una época, pasando después a las islas de Oceanía, se comportó como “una minoría activa y dominante . . .”. El grupo habría desempeñado un papel relieveante en América, actuando como *grupo directriz, civilizador e impulsor de la cultura*. Pero, su actuación no fue permanente porque pronto le correspondió seguir su peregrinaje.

La *élite* blanca estuvo únicamente un tiempo en América, jugando el rol antes dicho de clase dominante y activa, fomentadora de cultura, civilizadora. Su ciclo vital fue influyente pero rápido: *apareció, dominó* activamente y, luego, *desapareció*.

No se sabe por qué causas se produjo la desaparición de esta élite dominante y activa. Solamente se pueden hacer conjeturas; por ejemplo: que se perdió entre la masa hostil amarillo-morena que predominaba en la población americana desde tiempo atrás; que pereció masacrada; que fue expulsada o que se diluyó por absorción. Pero Heyerdahl insiste en el sentido de que esta clase dominante, minoritaria, existió, que pasó por América y que luego se extinguió, dejando eso sí, restos elocuentes de su paso y de su acción civilizadora entre la masa

americana, restos que se hallan repartidos sobre una amplia área, que va desde el noroeste de América Septentrional hasta la meseta peruano-boliviana.

LA TRADICION DE UN DIOS BLANCO, BARBADO

Los indios americanos no pudieron inventar, al capricho, el tipo de *dios blanco* y *barbado* que hablan en su tradición. Tanto el color de la piel como la barba son rasgos demasiado específicos para suponerlos o producto de la casualidad o invención. Ante tales rasgos señalados por la tradición para el héroe que pasó por América, hay que pensar en un modelo objetivo, en una realidad vista, experimentada y analizada.

Además, la referencia a este personaje *blanco* y *barbado* no sólo se da en el Perú sino en muchas regiones de América, desde México hasta la altiplanicie boliviana, en grandes imperios (que mayormente no tuvieron relación entre sí, de modo que sus tradiciones fueron estrictamente nacionales, sin influencia mutua) y también en la Polinesia, pero no en toda Polinesia sino *únicamente en la Polinesia oriental*, la que mira a América y está, por lo tanto, más cerca de ella. Ello revela que sólo hasta allí pasó la clase activa y dominante de gente blanca, con sus líderes o caudillos que quedaron en la memoria de los americanos comunes como verdaderos dioses o como seres superiores, civilizadores, propagadores de buenas doctrinas y nobles hábitos, y *gestores de grandes imperios*.

La tradición aborigen, especialmente de los imperios mexicano y peruano, habla de gentes de una raza distinta a la que dominaba al momento de la conquista española. Habla de *grupos de raza blanca* —insiste Heyerdahl—. Esto, por un lado. Por otro, los primeros europeos que se dedicaron a estudiar las antigüedades americanas y a investigar sobre el origen de las poblaciones nativas, encontraron base cierta para pensar en la existencia de poblaciones blancas en el Nuevo Mundo. Más tarde, la investigación antropológica puso más de una vez en aprietos a quienes sostenían la uniformidad racial americana. A tal extremo llegó esto último, tan claro se presentó el cuadro racial heterogéneo de los indios americanos, que los papeles bien pronto se cambiaron y, entonces, quienes sostenían la diversidad de razas en América no fueron los obligados a probar su teoría sino, al revés, quienes afirmaban la uniformidad racial.

Heyerdahl, con su indesmayable optimismo y fe en sus hallazgos, considera que la situación actual del problema se presenta clara y no da pábulo a dudas: *la teoría de la uniformidad racial del indio americano*, que dice que todos los indios proceden de un mismo tronco, que el árbol genealógico es el mismo y que la

raíz concretamente es mongoloide con sólo superficiales diferencias debidas al ambiente, a los usos y a las formas de vida, *no tiene cabida en la ciencia*. Por mucho tiempo, esta teoría imperó en las investigaciones antropológicas americanas y rechazó de plano todo intento de sugerir, siquiera, la presencia de otros ingredientes raciales en la población del Nuevo Mundo antes del descubrimiento de los europeos. Sobre todo, se mostró cerrada a la proposición de elementos caucasoideos en América. La rechazó —censura Heyerdahl— sin ponerse siquiera en trance de buscar razones, como si la uniformidad racial americana y la ausencia de elementos caucasoideos fueran verdades axiomáticas.

Hoy —agrega Heyerdahl—, la situación ha cambiado y son los partidarios de la teoría de una uniformidad racial de los indios americanos los que han tenido que ponerse a la defensiva, aunque periódicamente saben lanzar sus venablos de dura crítica, eso sí con más mañosa intención que buena puntería.

PREGUNTAS DE LOS UNIFORMISTAS

Desde sus trincheras, los *uniformistas* lanzan algunos ataques, y no dejan, en verdad, de crear problemas o, por lo menos, de dar trabajo para responderles con razones. Preguntan:

1) ¿Cómo pudo la pequeña minoría de tipo caucásico mantener sus características raciales distintivas durante su prolongada migración de México a Polinesia a través de Centroamérica y el Perú, área inmensa ocupada por millones de hombres de raza amarillo-morena?

2) ¿Quiénes formaban esa minoría de tipo caucasoide?

Más trabajo que dificultad irroga dar respuesta a la primera pregunta —dice Heyerdahl—, porque, en verdad, los casos de pueblos en proporción de minoría, como los judíos o los gitanos, que han salvado su pureza racial a pesar de las presiones, son muchos y se repiten en todas partes, ayer como hoy. Hay pueblos que tienen conciencia de su rol histórico y que, aunque forman minoría, mantienen su independencia y jamás se cruzan con otros. Para estos pueblos, justamente, la sangre es rasgo distintivo, blasón o bandera, y no ceden con fanática obstinación al ofrecimiento de un cruce o mestizaje que social o económicamente puede serles favorable. Una filosofía así, ciento por ciento racista, ha sido de todo tiempo y la hallamos prehistóricamente en grupos minoritarios, en pueblos y aun en naciones de alto nivel cultural y avanzada civilización. Parece ser que la raza es la base de muchas organizaciones aristocráticas y que se llega a los mayores extremos, aun al del sacrificio individual, con tal de mantener la pureza de raza o la pretensa indepen-

dencia con respecto a otros grupos. El racismo, por lo demás, se manifiesta no sólo como política de abstención sino como *segregación*, alcanzando muchas veces ésta caracteres de lucha, de persecución racial. El racismo se da en nuestra época en Estados Unidos y Sudáfrica. El caso de Sudáfrica es sumamente interesante porque pone de manifiesto cómo un pueblo numéricamente inferior puede mantener la pureza de su raza no obstante estar rodeado y presionado por una masa inmensamente superior en número.

Heyerdahl, para respaldar su posición, cita el caso precisamente de los Incas, que a él directamente le interesa y aprovecha de modo ventajoso. Dice: "Ciertas gentes se enorgullecen de su propia raza y deliberadamente se abstienen de enlaces con aquellos que pueden restarles pureza . . .". Los Incas defendían no sólo su pureza racial sino la *pureza de su linaje*. En esto obedecían a "un piadoso deseo de proteger y preservar su herencia física para que no quedara diseminada entre los millones de extranjeros en medio de los cuales se habían establecido como grupo gobernante".

Basándose en testimonios etnológicos, Heyerdahl explica que en Polinesia existe también igual costumbre entre los grupos dirigentes, que se casan respetando rígidas normas endogámicas para preservar la pureza de la raza y del linaje. Lograban de este modo, en otro tiempo, que sólo por sus venas corriera sangre de los dioses. Friederici dejó dicho que entre los isleños de la Polinesia oriental regía para los grupos dominantes el matrimonio entre hermanos, sobre todo en Tahití, las Marquesas y, más al norte, en Hawaii. En general, como advirtió Buck, con muy pocas excepciones, los polinesios se inclinaban por el matrimonio entre "familiares cercanos"¹⁵⁹.

Heyerdahl concluye: ante tradiciones tan claramente transmitidas y sistemas tan bien conocidos, "se puede perfectamente aceptar que, por lo menos, el cuerpo aristocrático central de un pueblo en migración, con tal concepto de su ascendencia divina y tal manera de entender la preservación de su raza, *podía llegar a Polinesia después de larga permanencia en México y el Perú sin mezclarse totalmente en el camino*"¹⁶⁰.

Va más allá en la explicación Heyerdahl. Dice:

"De hecho, las peculiaridades de tal minoría migratoria podían sobrevivir con un alto grado de pureza mientras que el grupo étnico en cuestión tuviera poder ejecutivo y estuviera en condiciones de restringir sus matrimonios a su propio círculo cerrado. En su periferia era muy posible que se perdían elementos raciales, absorbidos por las multitudes de las otras razas, pero esta pérdida, en todo caso, no contaminaba la pureza del grupo nuclear . . ." Incluso, podían producirse cambios en la

ubicación geográfica y éstos no tenían por qué repercutir en la constitución racial del grupo. Casos aislados de elementos rezagados (mujeres perdidas, por ejemplo, o atrapadas por grupos seguidores) no alcanzaban en ningún caso a afectar la raza.

Contestada "satisfactoriamente" la primera pregunta de los partidarios de la uniformidad racial del indio americano, sobre la posibilidad de que un grupo caucasoide hubiera podido mantener la pureza de su raza durante su permanencia en América, entre México y el Perú, sólo cabe agregar —dice Heyerdahl—, para la presentación clara del caso, que la existencia en América nuclear y, en especial, en el Perú, de un grupo de características raciales caucasoides, es un hecho incontrovertible. Heyerdahl considera que el número de esos elementos de rasgos caucasoides en el Perú fue mucho mayor en la época en que los pobladores de la Costa enterraban a sus muertos bajo la arena que cuando llegaron los españoles. Igualmente, el número fue mayor en Polinesia que en México y el Perú. Pues bien: todo esto no hace sino ratificar —dice el autor de la teoría—, en primer lugar, la existencia de caucasoides en América y, en segundo lugar, que ellos no permanecieron mucho tiempo ni en México ni en el Perú sino que *siguieron en su aventura migratoria por la ruta del viento, de las corrientes marinas y del sol, esto es, hacia el Oeste.*

El grupo caucasoide, para decirlo por última vez, "con orgullo genealógico y veneración por sus antepasados", fanáticamente racista, animado de un sentimiento profundo e irrefragable de superioridad y de su destino civilizador, *se mantuvo cerrado a toda tentación de mezcla* y pudo, así, *pasar relativamente incólume a través de medios extraños*".

La segunda pregunta de los partidarios de la teoría de la uniformidad racial de los indios americanos, es: *¿Quiénes formaban esos grupos migratorios?*

El grupo pasa por América y *deja huellas desde Norteamérica hasta el Perú.* "Tenemos sus retratos, muestras de su pelo y sus tradiciones ..." ¹⁶¹. "Un perfil de tipo caucásico esculpido en la parte posterior de una estela prehistórica en México meridional" es calificado comúnmente "como un hecho extraño" por los arqueólogos, pero, en realidad, obliga a una determinación más exacta y menos temerosa, porque decir simplemente que se trata de "un hecho extraño", es revelar exceso de cautela y pecar de negligencia. "¿Quién está representado allí, en la estela y en otros retratos de antiguas culturas americanas precolombinas?". Responde Heyerdahl mismo: "Ciertamente no se trata de un rayo de luz personificado o de un ser sobrenatural estilizado, sino de un ser humano de tipo caucásico ..." ¹⁶². Esa estela o esos retratos de otras partes de América, corresponden a *seres*

humanos reales, que fueron vistos y apreciados en todos sus rasgos por los artistas de entonces. No hay invención ni capricho, sino inspiración en seres reales.

Los hombres caucasoides, pues, de la antigüedad, inspiraron la obra de los artistas de entonces, y esas obras constituyen un testimonio irrefutable de su paso por el continente americano, de norte a sur, hacia la costa occidental de Sudamérica, hacia el Perú, de donde siguieron a Polinesia *por la ruta de los vientos, de las corrientes oceánicas y del sol*, hasta dar con las islas orientales de aquel vasto archipiélago, donde se establecieron, acunando allí la misma impronta que ya habían dejado en suelo americano.

La élite aquella primero estuvo en América y después arribó a las islas del Pacífico. Esto concuerda —dice Heyerdahl— con la cronología de las culturas americanas y con la cronología de Polinesia. Las culturas *Chimú Antiguo* y *Paracas*, que florecieron en la costa peruana, precedieron en algunos siglos al poblamiento de Polinesia. Se trata de la misma gente que sale del Perú y llega más tarde a las islas orientales de Oceanía. *Esa raza, por lo tanto, que pobló la Polinesia oriental procedía de América y no del otro lado del Pacífico.*

LA LLEGADA DEL HOMBRE BLANCO A AMERICA, SEGUN EL MISMO HEYERDAHL

A las preguntas anteriores, a las que Heyerdahl cree contestar “satisfactoriamente”, se suma esta otra: *¿Por qué rutas pudieron llegar esos hombres blancos desde el exterior?*

No hay sino *dos rutas* “bien establecidas y totalmente naturales a la América prehistórica”: 1) la ruta continental del Norte, “que fue usada por la raza amarillo-morena” de la primera migración; y 2) la ruta marítima del Este, la misma que utilizaron los europeos en el siglo XV, “a través del Atlántico”.

De la *ruta continental del Norte*, o sea, bordeando el Pacífico, Heyerdahl dice: “La factibilidad práctica [de esta ruta] . . . es generalmente reconocida y no requiere más comentario . . .”. Después hace un estudio de la *ruta del Este*, es decir, *la del Atlántico*, que es la misma, como se ha dicho, que emplearon los europeos desde Colón, y no la rechaza; por el contrario, pide para ella atención especial. “Sería un error —dice— . . . pasar por alto enteramente la factibilidad práctica de un antiguo viaje a la deriva a través del Atlántico tropical”. Y agrega, para dar respaldo geográfico a su observación: “Pocos antropólogos parecen preocuparse debidamente del hecho que, mientras el Perú e Indonesia representan las antípodas, con exactamente la mitad del mundo entre ellos, Africa y Sudamérica están sepa-

rados por sólo 1,700 millas ... y con las condiciones más favorables para desplazamientos a la deriva en dirección al Oeste”.

Si se recuerda que *no todo lo africano es negro* y que el Norte de Africa ha sido y sigue siendo *habitat* de pueblos caucasoides, los cuales, en su pasado, realizaron grandes navegaciones, revelando capacidad para movimientos a través del mar, entonces se verá cuán justa y aconsejable resulta la mirada dirigida a la ruta del Este, a la nunca considerada ruta del Atlántico. (Como se insiste en el capítulo décimosexto).

Al respecto, la población que forma la primera capa étnica de las islas Canarias debe mover a muy serias consideraciones a los antropólogos y prehistoriadores, las cuales consideraciones, sin duda, llevarán a estimar *la ruta del Este como una posible vía para la llegada a América de elementos caucasoides*. “Cualquier pueblo de las costas del Atlántico con embarcaciones y ambición marítima, pudo por el camino de las Canarias correr el riesgo de desembarcar emigrantes o dejar naufragos en el golfo de México”¹⁶³. Como ya se expuso en otra parte de este capítulo, Heyerdahl realizó dos viajes a su manera, en esquifes de papiro, uno en 1969, que fracasó, y otro al año siguiente, que terminó exitosamente en la isla Barbados, del grupo de las Antillas Menores, a la entrada por el este del Mar Caribe. Así creyó probar la llegada de los egipcios a Yucatán, con la técnica de las pirámides, sin reparar en los gruesos desajustes cronológicos de su curiosa teoría.

PLANTEAMIENTO FINAL

Cualesquiera las rutas, las circunstancias, la época, los medios —en torno a todo lo cual caben discrepancias—, la teoría de Heyerdahl sostiene que *gente caucasoides recorrió en un gran movimiento la América nuclear y desde el Perú siguió a la Oceanía*, por la ruta de los vientos, de las corrientes y del sol, hasta arribar a las islas de la Polinesia oriental. *Las costas peruanas y el mar que baña nuestras costas presenciaron, por lo tanto —según esta teoría—, el insólito espectáculo —verdadero acontecimiento en la historia universal— del embarque de esta gente hacia un destino por ella desconocido*.

Polinesia fue en el curso de los siglos meta de gigantescos movimientos migratorios, pero, el gran movimiento que la pobló de elementos caucasoides se habría realizado de Este a Oeste, en balsas, y no de Oeste a Este, en canoas o piraguas. Tal la opinión de Heyerdahl. “Las canoas —dice— ... hubieran tenido que enfrentar grandes dificultades al avanzar hacia el Este desde Indonesia, mientras que *navegar en balsas a vela desde el Perú*

*hacia el Oeste (hacia Polinesia) debe ser tenido como absolutamente natural e inevitable*¹⁶⁴. *Natural*, por las corrientes tanto del mar como de la atmósfera; *inevitable*, por "las largas edades de alta cultura e intensa actividad en la costa occidental de Sudamérica".

NOTAS AL CAPITULO

1. AMEGHINO, Florentino... *La antigüedad del hombre en el Plata* (1880). Buenos Aires, 1918. Libro I, cap. I, p. 16 y sgte.
2. MARTINEZ DEL RIO, Pablo... *Los orígenes americanos*. México, 1943; p. 24.
3. MARTINEZ DE RIO, *Los orígenes americanos*; p. 25.
4. GARCIA, Gregorio... *Origen de los indios de el Nuevo Mundo e Indias Occidentales* (1607). Madrid, 1729. Libro primero, cap. I, pp. 7-9.
5. GARCIA, *Origen de los indios*... Libro primero, cap. II, p. 12.
6. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *El Paraíso en el Nuevo Mundo*. "Revista Histórica". Lima, 1942. Tomo XV (entregas 1 y 2), pp. 103 y 105.
7. PORRAS BARRENECHEA, *El Paraíso*...; p. 93. y sgte.
8. CALANCHA, Antonio de la... *Corónica Moralizada del Orden de San Agustín*. Barcelona, 1639. Libro I, cap. VI, p. 35.
9. CALANCHA, *Corónica Moralizada*... Libro I, cap. VI, p. 37.
10. CALANCHA, *Corónica Moralizada*... Libro I, cap. VII, p. 42.
11. IMBELLONI, José... *La Segunda Esfinge Indiana*. Buenos Aires, 1956; p. 28.
12. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia General de las Indias* (1552). Barcelona, 1965. Tomo I, Parte primera, p. 377.
13. ZARATE, Agustín de... *Historia del descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú* (1555). México, Col. Atenea. Declaración preliminar, pp. 505-509.
14. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Historia de los Incas* (1572). Buenos Aires, 1947. Cap. V, p. 99.
15. SARMIENTO, *Historia de los Incas*; p. 95.
16. SARMIENTO, *Historia de los Incas*; p. 96.
17. COBO, Bernabé... *Historia del Nuevo Mundo* (1653). Madrid, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro XI, cap. XI, p. 32.
18. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XI, cap. XI, p. 32 y sgte.
19. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XI, cap. XI, p. 34.
20. HERRERA, Antonio de... *Décadas o Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano* (1601). 1728. Década primera, Libro primero, cap. VI, p. 10.
21. VAZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio... *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* (1630), Washington, 1948. Libro primero, capítulo VI y VII.
22. CABELLO DE BALBOA, Miguel... *Miscelánea Antártica* (1586). Buenos Aires, 1951. Segunda Parte, cap. XVIII, p. 180.
23. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea*... Segunda Parte, cap. III, p. 93.
24. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea*... Tercera Parte, cap. IX, p. 256.
25. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea*... Segunda Parte, cap. III, p. 94.
26. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Cronistas del Perú*. Lima, 1962 (ed. póstuma); p. 389.
27. MARTINEZ DEL RIO, *Los orígenes americanos*; p. 23.
28. ACOSTA, Joseph de... *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590). México, 1962. Libro primero, cap. XVI, p. 45.
29. ACOSTA, *Historia Natural*... Libro primero, cap. XVI, p. 47.

30. ACOSTA, *Historia Natural*.... Libro primero, cap. XIX, p. 52.
31. ACOSTA, *Historia Natural*.... Libro primero, cap. XIX, p. 53.
32. ACOSTA, *Historia Natural*.... Libro primero, cap. XX, p. 56.
33. ACOSTA, *Historia Natural*.... Libro primero, cap. XXI, p. 58.
34. ACOSTA, *Historia Natural*.... Libro primero, cap. XXIV, p. 62 y sgte.
35. ULLOA, Antonio de... *Noticias americanas*. Madrid, 1772; p. 392 y sgte.
36. ULLOA, *Noticias americanas*; p. 396.
37. ULLOA, *Noticias americanas*; p. 407.
38. RIVERO, Mariano Eduardo y TSCHUDI, Juan Diego de... *Antigüedades peruanas*. Viena, 1851; p. 2.
39. RUIZ DE OLAVARRIETA, Alejandro... *Disertación sobre el origen de los pobladores de América*. "Actas del Undécimo Congreso Internacional de Americanistas". México, 1895; pp. 278-287.
40. BARBERO GARRIDO, Jose... *El misterio de la Atlántida y las civilizaciones prehistóricas*. Madrid, 1928; p. 71.
41. HIBBEN, Frank C. ... *El origen de América*. Buenos Aires, 1966; p. 55.
42. HIBBEN, *El origen de América*; p. 59.
43. AMEGHINO, *La antigüedad del hombre*.... Libro I, cap. I, p. 17.
44. RIVET, Paul... *Los orígenes del hombre americano*. México, 1943; p. 77.
45. CANALS FRAU, Salvador... *Prehistoria de América*. Buenos Aires, 1950; p. 144
46. POSNANSKY, Arturo... *¿Es o no oriundo el hombre americano en América?*. "Actas del Vigésimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas". México, 1939; p. 106. También en: *Antropología y Sociología de las razas interandinas y de las regiones adyacentes*. La Paz, 1937.
47. COVARRUBIAS, Miguel... *El águila, el jaguar y la serpiente*. México, 1961; p. 7.
48. KRICKEBERG, Walter... *Etnología de América* (1939). México, 1946; p. 17.
49. MACNEISH, Richard S. ... *First Annual Report of the Ayacucho Archaeological - botanical Project*. Andover, Massachusetts, 1969; p. 33. *Second Annual Report*... Andover, Massachusetts, 1970; pp. 13, 31 y siguientes, y cuadro de la p. 40.
50. KRICKEBERG, *Etnología de América*; p. 19.
51. KRICKEBERG, *Etnología de América*; p. 20.
52. PERICOT Y GARCIA, Luis... *América indígena*. Barcelona, 1962; p. 456.
53. KRICKEBERG, *Etnología de América*; p. 23.
54. CANALS FRAU, *Prehistoria de América*; p. 161.
55. GAFFAREL, Pablo... *Phénicieus en Amérique*. "Actas del Primer Congreso Internacional de Americanistas". Nancy, 1875. Tomo I; pp. 93-130.
56. CAMPBELL, John... *Relación racial del Perú y México con el Viejo Mundo*. "Actas del Primer Congreso Internacional de Americanistas", Nancy, 1875. Tomo I; p. 367.
57. HALE, Horacio... *Origen de los americanos*. "Actas del Quinto Congreso Internacional de Americanistas". Copenhague, 1883; p. 123.
58. BOAS, Franz... *Historia de la raza americana*. "Anales de la Academia de Ciencias". Nueva York, 1912. (Citado por R. LOWIE, *Historia de la Etnología*. México, 1946; p. 188).
59. HEYERDAHL, Thor... *American Indians in the Pacific*. Londres, 1952; p. 344.
60. HRDLICKA, Ales... *El origen de los indios americanos*. "Actas del Décimonono Congreso Internacional de Americanistas". Washington, 1915; p. 564.
61. HIBBEN, *El origen de América*; p. 67.
62. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 222.
63. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 450 y sgte.
64. HOWELLS, William... *Más allá de la Historia*. Barcelona, 1962; p. 307.
65. KROEBER, Alfredo L. ... *Antropología general*. México, 1945; p. 353.
66. ULLOA, *Noticias americanas*. Entretenimiento XVII; p. 308.
67. HIBBEN, *El origen de América*; p. 49.

NOTAS AL CAPITULO

68. HIBBEN, *El origen de América*; p. 50.
69. MASON, J. Alden... *Las antiguas culturas del Perú*. México, 1962; p. 38.
70. MARTINEZ DEL RIO, *Los orígenes americanos*; p. 141.
71. MENGHIN, Oswaldo... *Origen y desarrollo racial de la especie humana*. Buenos Aires, 1958; p. 84.
72. MENGHIN, *Origen y desarrollo...*; p. 72 y stge.
73. HOWELLS, *Más allá de la Historia*; p. 183 y stge.
74. Conceptos semejantes se exponen en: RALPH L. BEALS y HARRY HOIJER, *Introducción a la Antropología*. Madrid, 1963; pp. 182-185.
75. BEALS y HOIJER, *Introducción a la Antropología*; p. 185.
76. COMAS, Juan... *Introducción a la Prehistoria General*. México, 1962; p. 230. *Manual de Antropología física*. Mexico, 1957; p. 575 y stge.
77. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 466.
78. COMAS, Juan... *El origen del hombre americano y la Antropología física*. México, 1961; p. 24.
79. LOWIE, Robert H. ... *Antropología cultural*. México, 1947; p. 17.
80. SPINDEN, Herbert J. ... *¿Cómo descubrió América el hombre primitivo?* "Letras", Lima, 1941, N° 19, p. 255.
81. D'ORBIGNY, Alcides... *El hombre americano* (1839). Buenos Aires, 1944; p. 153.
82. KROEBER, *Antropología general*; p. 358.
83. ULLOA, *Noticias americanas*. Entretenimiento XXII; p. 393 y stge.
84. ULLOA, *Noticias americanas*. Entretenimiento XXII; p. 404.
85. Citado por IMBELLONI, *La Segunda Esfinge Indiana*; p. 24.
86. RIVERO y TSCHUDI, *Antigüedades peruanas*; p. 88.
87. IMBELLONI, *La Segunda Esfinge Indiana*; p. 24.
88. LORENTE, Sebastián... *Historia de la civilización peruana*. Lima, 1879. Parte: "La civilización primitiva". Cap. I, p. 35 y stge.
89. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*. Barcelona, 1936; p. 398.
90. PEREZ ARANA, Conrado... *Inmigraciones a la América en general*. "Actas del Undécimo Congreso Internacional de Americanistas". México, 1895; p. 325.
91. PEREZ ARANA, *Inmigraciones a la América...*; p. 334.
92. PEREZ ARANA, *Inmigraciones a la América...*; p. 338.
93. COMAS, *El origen del hombre americano...*; p. 8.
94. IMBELLONI, José... *La Esfinge Indiana*. Buenos Aires, 1926; p. 313.
95. CANALS FRAU, *Prehistoria de América*; p. 200.
96. COMAS, *Introducción a la Prehistoria...*; p. 224.
97. HORKHEIMER, Hans... *Apuntes de Historia Marítima del Perú (texto mecanografiado)*. Lima, 1965; p. 11 y stge.
98. ENGEL, Frederic... *Paracas*. Lima, 1966; p. 66.
99. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 113.
100. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 123.
101. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*. Barcelona, 1962; p. 490.
102. COMAS, *Introducción a la Prehistoria...*; p. 225.
103. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 136 y stge.
104. MENGHIN, *Origen y desarrollo...*; p. 87.
105. COMAS, *Manual de Antropología física*.
106. LESTER y MILLOT, *Las razas humanas*. México, 1945; p. 93.
107. LESTER y MILLOT, *Las razas humanas*; p. 94.
108. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 137.
109. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 150.
110. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 151.
111. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 153.
112. HORKHEIMER, Hans... *El Perú prehispánico*. Lima, 1950; p. 82 y stge.
113. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 142.
114. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 459.
115. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 527.

HISTORIA MARÍTIMA DEL PERU

116. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 156. y sgte.
117. Citado por LOWIE, *Historia de la Etnología*; p. 239.
118. BAUDIN, Louis... *El Imperio Socialista de los Incas*. Santiago, 1943; p. 78.
119. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 179.
120. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 181.
121. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 495.
122. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 182.
123. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 183.
124. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 568.
125. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 185 y sgte.
126. SUBERCASEAUX, Benjamin... *Tierra de océano*. Santiago, 1948; p. 53.
127. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 183.
128. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 190.
129. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 191.
130. Comunicación personal; mayo, 1968.
131. DITTMER, Kunz... *Etnología general*. México, 1960; p. 226.
132. DITTMER, *Etnología general*; p. 229.
133. METRAUX, Alfredo... *La isla de Pascua*. México, 1950. FERNANDO MARQUEZ MIRANDA, *Pueblos y culturas de América*; p. 49 y sgte. JUAN COMAS, *Introducción a la Prehistoria...* (donde expone la teoría de G. MONTANDON sobre la concurrencia de polinesios y australianos en la isla de Pascua); p. 226.
134. MENGHIN, *Origen y desarrollo...*; p. 90 y sgte.
135. MENGHIN, Oswaldo... *Estudios de prehistoria araucana*. "Acta Prehistórica". Buenos Aires, 1960. Volúmenes III y IV; p. 59.
136. COMAS, *Introducción a la Prehistoria...*; p. 227.
137. KROEBER, *Antropología general*; p. 358.
138. KROEBER, *Antropología general*; p. 358.
139. KROEBER, *Antropología general*; p. 352.
140. PATRON, Pablo... *Origen del kechua y del aymara*. Lima, 1900; p. 5.
141. MENGHIN, *Origen y desarrollo...*; p. 70.
142. MENGHIN, *Origen y desarrollo...*; p. 71.
143. MENGHIN, *Origen y desarrollo...*; p. 79. y sgte.
144. LUMBRERAS, Luis Guillermo... *Los pueblos antiguos del Perú*. "Gaceta Sanmarquina". Lima, 1967. Parte segunda.
145. HAWKES, Jacquetta... *Historia de la Humanidad* (Unesco). Buenos Aires, 1963. Vol. I, Primera Parte. p. 141.
146. MARTINEZ DEL RIO, *Los orígenes americanos*; p. 209.
147. MARTINEZ DEL RIO, *Los orígenes americanos*; pp. 59 y 79.
148. HIBBEN, *El origen de América*; p. 47.
149. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 41.
150. BENNETT, Wendell C. y BIRD, Junius B. ... *Andean Culture History*. Nueva York, 1960; p. 21 y 23.
151. LANNING, Edward P. ... *Peru, Before the Incas*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1967; pp. 26-27, 44 y sgtes.
152. SILVA SANTISTEBAN, Fernando... *La civilización andina*. Lima, 1965; p. 2 y sgte.
153. LOTHROP, Samuel K. ... *Sudamérica vista desde América Central*. "Actas del Vigesimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas". Lima, 1939. Tomo I; p. 193.
154. LORENTE, *Historia de la civilización peruana*. Parte: "La civilización primitiva". Cap. II, p. 43.
155. LORENTE, *Historia de la civilización peruana*. Parte: "La Civilización primitiva". Cap. I, p. 38.
156. BAUDIN, *El Imperio Socialista de los Incas*; p. 78.
157. BAUDIN, *El Imperio Socialista de los Incas*; p. 79.
158. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 340. y sgte.

NOTAS AL CAPITULO

159. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 342.
160. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 343.
161. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 343.
162. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 344.
163. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 345.
164. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 620.

Capítulo III

LAS PRIMERAS ESTACIONES FRENTE AL MAR

La prehistoria peruana, de acuerdo con los últimos hallazgos, como se ha visto en el capítulo anterior, tiene una profundidad cronológica que fluctúa entre quince y veinte mil años. Con el período *Paccaicasa*, de Ayacucho, MacNeish, su descubridor, no duda de los veinte mil años.

De este período, verdaderamente primordial, de la prehistoria peruana, no hay nada coetáneo en la Costa. La ausencia podría indicar o que los vestigios se perdieron o que no han sido hallados o que el poblamiento se retrasó, siendo tardío con respecto al de la Sierra.

En cambio, sí hay elementos coetáneos, en la Sierra y frente al mar, en el *nivel de los lauricochas*, que, como se ha visto, corresponde al 8000 a. de J. C. (nivel que tiene, por lo tanto, una antigüedad de 10,000 años).

(Al respecto, hay que indicar que las presuntas asociaciones paleontológicas en pampas desérticas próximas al valle de Moche, reveladas en 1970 por la Misión Arqueológica de la Universidad de Harvard que dirige el doctor Michael E. Moseley, no han tenido confirmación, aunque en el lugar hay yacimientos líticos que han dado fechados tempranos).

La coexistencia de grupos en la Costa y la Sierra, no indica necesariamente identidad de tales grupos ni relación de dependencia, ni siquiera de conocimiento. Pudieron esos grupos tener relación como también vivir totalmente separados. Pero, la hipótesis de los *lauricochas trashumantes* que bajaban periódicamente a las lomas de la Costa y se acercaban al mar a nutrirse

de sus frutos, para en el verano siguiente, seco acá y lluvioso en las alturas, volver a la Sierra, gana aceptación día a día. De ella se tratará luego.

Hace diez mil años vivían en la región de Lauricocha —Andes de Huánuco y Cajatambo— grupos humanos que perseguían al guanaco y a la taruca para alimentarse y que, eventualmente, cuando los acosaba el mal tiempo, se refugiaban en cuevas. Eran *cazadores superiores*, como los ha definido su descubridor, Augusto Cardich (1959), que trabajaban con esmero la piedra dentro de las pautas paleolíticas del tallado, y que enterraban a sus muertos conforme a ciertos ritos funerarios. Físicamente, eran bajos (alrededor de 1.64 m.) y de cráneo dolicoide o alargado, como el de todos los grupos arcaicos del continente sudamericano, parientes, por lo tanto, del milenario hombre de Lagoa Santa, del Brasil.

Por la misma época, otros grupos trashumantes vagaban también por los Andes del Sur, dedicados igualmente a la caza de los auquénidos para subsistir. Como los *lauricochas*, se escondían en refugios naturales o cuevas cuando el tiempo era malo y allí, dominados por las ideas propias de su mentalidad mágica, realizaban ciertos actos propiciatorios implorando de los espíritus favores para la caza. Tenían, no obstante su bajo nivel cultural, sensibilidad artística, y pintaban las paredes con figuras de animales y hombres, éstos acosando a aquéllos en la rudimentaria operación del *chaco* o caza por cercamiento.

Seguramente en otras partes de los Andes, otros grupos humanos, semejantes a los de *Lauricocha* y *Toquepala*, seguían una modalidad de vida análoga. Grupos aquí, grupos allá, pequeños en número —no más que microbandas, como quiere MacNeish—, viviendo ora a la intemperie (en un medio de clima relativamente bonancible, no tan frío e inhóspito como el que reina ahora a los 4,000 y 4,400 metros de altura —pleno *optimun climaticum* del postglacial—), ora en cuevas o refugios naturales, persiguiendo principalmente al *Hippocamellus sp.*, de cuya carne se nutrían, daban extraña animación humana a las vastas altipampas andinas y al escabroso marco de las montañas.

EL POBLAMIENTO DE LA COSTA Y LA LLEGADA AL MAR

Lo dicho reza para la Sierra. ¿Cuándo el hombre llegó a la Costa, a los *llanos marítimos*? ¿Cuándo se enfrentó al mar? Y además de *cuándo*, ¿cómo lo hizo, por qué rutas y en qué orden de sucesión geográfica?

Hay dos teorías al respecto que destacan dentro del cúmulo de diversas opiniones. Una puede ser llamada *teoría de los lauricochas*. Brevemente expuesta dice que los *grupos serranos* definidos anteriormente —habitantes de las alturas, cazadores superiores de régimen de vida naturalmente *trashumante*— bajaban en la estación favorable por las quebradas del flanco occidental andino a los *llanos marítimos* en procura de mejores condiciones de vida. La estación seca de la Sierra los obligaba a buscar otro ambiente. Aquí, en la Costa, aprovechaban de los meses de la neblina y de la humedad, y se establecían, sólo por un tiempo —por unos meses—, en las *lomas*, ricas en agua, vegetación y animales para el diario sustento. Después, al secarse las *lomas* al turno impuesto por la naturaleza —por el mes de noviembre—, volvían a las alturas, de allí llamados al propio tiempo por las copiosas lluvias estacionales, por el reverdecer de los matorrales y de las formaciones leñosas y por el desfile, nuevamente multitudinario, de los animales de la región. Al año siguiente, los grupos repetían el descenso y, al término del invierno, subían a sus elevados andurriales, y así sucesivamente.

Según esta primera teoría, pues, la Costa se habría poblado por *serranos trashumantes*, los lauricochas de hace diez mil años, o de antes.

La segunda teoría cautelosamente la insinúa Valcárcel cuando explica que los primeros hombres que poblaron la Costa frente al mar “no llegaron a penetrar a los valles”¹, porque los valles eran tierra malsana, plagada de enfermedades endémicas, como el paludismo y la uta. La expresión “no llegaron a penetrar a los valles” indica tácitamente: o *un arribo por mar* o *un proceso de poblamiento a lo largo del litoral*, de norte a sur por ejemplo, pero en todo caso descarta la llegada de la Sierra o la limita a la improbable ruta si puede llamarse así, de los cerros.

Al poblarse el Perú —dice Valcárcel—, “los valles de la Costa... no tenían una vegetación útil, ningún producto que pudiera haber sido transformado en planta cultivable. Era [la existente entonces] una vegetación viciosa de arbustos [que se desarrollaba] en valles insanos en que predominaban enfermedades mortíferas . . . Los primeros hombres no llegaron a penetrar a estos valles, se quedaron a las orillas del mar, constituyendo pequeños núcleos de pescadores que vivían enteramente dependientes de lo que el mar les daba; no se hallaban preparados para hacer frente a una naturaleza tan hostil: no pudieron dominar el desierto ni transformar los valles”.

LOS LOMEROS DE LA PREHISTORIA

La teoría de Valcárcel es interesante, pero nada más que eso. Creer que los primeros habitantes de la Costa llegaron por mar, es más que un poco aventurado. Más de acuerdo con las líneas generales del poblamiento del continente y más de acuerdo, también, con los testimonios arqueológicos y con los resultados de la investigación científica, es señalar para el proceso de ocupación humana de los *llanos marítimos* la ruta que baja de la Sierra, siguiendo las quebradas y el curso de los ríos.

La *teoría de los lauricochas*, por eso, goza hoy del predicamento favorable de la mayoría de los hombres de estudio.

Esta teoría, anteriormente esbozada, reconstruye los hechos de la siguiente manera:

Los hombres de la Sierra, atraídos por las lomas de la Costa, bajaban todos los años en la época de la estación de las neblinas y de la humedad y se establecían frente al mar, formando improvisadas *estaciones invernales*. En estas estaciones invernales cazaban venados y guanacos, recogían caracoles, babosas, moluscos de tierra apetecibles y sustanciosos, y también, para completar el alimento, recolectaban semillas y frutos silvestres.

Como la tierra en invierno era húmeda, la vida en las lomas abundaba.

Andando el tiempo, *los hombres intentaron acercarse al mar para aprovechar de sus productos*, y lo lograron. Se arriesgaron a entrar a las aguas del mar para arrancar a sus fondos y a las rocas medio sumergidas el tesoro vital de las colonias de moluscos. De esta experiencia iba a surgir un nuevo régimen de alimentación, al que pronto se volcaron todas las preferencias.

Los hombres iban al mar, pues, recogían *conchas* y *choros* pero no los comían allí, en la orilla, sino que regresaban a sus campamentos de la loma, donde estaba la vivienda, sobre todo el fogón, y allí, sí, los devoraban, arrojando naturalmente los residuos cerca de la casa. Con el tiempo se formaron *conchales*.

Mientras los grupos permanecían en la loma, la inventiva trabajaba. No había ociosos en la comunidad. Mientras unos *mariscaban* y otros cazaban y otros recogían semillas, frutos y raíces, otros más o todos juntos, a su turno, fabricaban con el material que daban los cerros los instrumentos básicos para el buen desempeño en los trajines de la existencia cotidiana: hacían puntas, machacas, raspadores, leznas, morteros y molederas, etc.

Así, recogiendo, cazando, fabricando puntas y raspadores, merodeando en la vastedad de la loma, explorando para dar gusto a la curiosidad, los grupos permanecían en sus estaciones invernales *cuatro o cinco meses, hasta medio año; nunca más*. Después, ya cerca del verano, por el mes de noviembre, empren-

dían el regreso a sus cuevas de las alturas, dejando en las lomas, ya lánguidas por la retirada de los mantos de neblina, el testimonio, no siempre duradero, de su permanencia esporádica. De una ocupación de cincuenta o sesenta individuos en un sitio durante cuatro o cinco meses, quedaba, en realidad, poco: sólo restos de comida desperdigados sobre una extensión relativamente amplia; esquirlas o lascas del desportillamiento de la cuarcita convertida en instrumentos de defensa o de trabajo; ramas desbastadas que no habían alcanzado la condición de dardos o azagayas; carbón vegetal; maderos chamuscados; y todo aquello, en fin, que se perdía en el trámite de la mudanza o a consecuencia de descuidos inevitables o que no se podía trasladar por exceso de peso o incomodidad.

En el área ocupada por la horda o banda —*microbanda*—, quedaba, por lo tanto, como un reguero de abandono, la huella de esos meses de estada. El espesor de esa huella era insignificante. Sólo habría sido apreciable si en la estación siguiente o alguna otra vez, los mismos hombres, u otros, hubieran vuelto al indicado sitio, pero tal no ocurría por lo general.

LA PRIMERA EXPERIENCIA DEL MAR

Lanning sostiene que los hombres, organizados en pequeñas bandas, que vivieron en las lomas que rodeaban Ancón, eran *lauricochas típicos*. Teniendo en cuenta la cronología de la cueva L-2, determinada, mediante radiocarbono, por Cardich, *las estaciones invernales de las lomas de Ancón deben ser ubicadas a una profundidad de diez mil años*. En consecuencia se deduce que el hombre tuvo *experiencia del mar* hace también *diez mil años*.

La investigación de Lanning arrojó treinta yacimientos en la costa a muy escasa distancia del mar, *a la vista del mar* (a pesar de los cambios litorales por los procesos de eustatismo o de origen tectónico, reconocidos), con piedras trabajadas en cantidades fabulosas y trozos de madera relativamente bien conservados. "Ahora sabemos —dice Lanning— que hombres primitivos que hacían herramientas de piedra, visitaron la Costa hace por lo menos *diez mil quinientos años*"².

Los fechados se refieren a *talleres paleolíticos*, no a viviendas. En los *talleres*, el hombre desportillaba la cuarcita de los cerros del Chillón para hacer recios implementos.

En el área explorada hay viviendas, pero ellas se ubican en otro nivel cronológico. Hállanse en las *lomas* —hoy convertidas en yermos desiertos— y corresponden a grupos de cazadores-



La figura de un cefalópodo o pulpo, de nueve tentáculos y cabeza humanizada con rasgos felínicos, cubre el cuerpo globular de esta vasija bicroma (crema y rojo-ladrillo), de base plana y asa-estribo. Los tentáculos con puntos claros, terminan enroscándose. (*Mochica III*. Costa Norte. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: *Pedro Rojas Ponce*).

Sobre un animal marino gigantesco, que adopta la forma de un caballito de totora, va un pescador, que boga con un canaleta. Los implementos de pesca aparecen pintados sobre el cuerpo del animal. El asa-estribo se apoya en la espalda del personaje, por un extremo, y por el otro llega cerca del hocico del monstruo, sin duda un cetáceo. El gollete es tubular. Los colores: crema y rojo-ladrillo. (*Mochica III*. Costa Norte. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: *Pedro Rojas Ponce*).





recolectores que vivieron por el año 7000 antes de la era cristiana.

LOS PRIMEROS GRUPOS QUE VIVIAN EN POBLADOS FRENTE AL MAR

Cardich considera que el poblamiento de Sudamérica se produjo, en los primeros tiempos, a lo largo de la ruta andina, la que, por entonces —a diferencia de ahora—, no ofrecía mayores tropiezos. Un clima relativamente favorable —fase del *optimum climaticum*— acogía a las bandas de cazadores que entraban por primera vez al escenario andino.

Se sucedieron varias oleadas:

- a) "Las primeras oleadas habrían correspondido —propone el mismo Cardich³— a *cazadores inferiores* (protolítico y paleolítico inferior) cuyas huellas no son muy evidentes en los Andes, seguramente por los escasos sondeos realizados". (Esta afirmación es diez años anterior a los descubrimientos de MacNeish).
- b) "Más tarde habrían hecho lo propio los *cazadores superiores* . . . cuyos restos se han hallado en abundancia en varios lugares del territorio altoandino (por ejemplo, en Lauricocha)".
- c) "Posteriormente . . . habrían llegado grupos de *cazadores-pescadores*, que . . . acaso corresponden a los formadores de los *concheros* (o *conchales*) . . . de la costa peruana".

Por la ruta de las quebradas y los ríos, como se ha visto, los *cazadores superiores* —no sabemos si con experiencia en la pesca (adquirida, como quería Tello, en los ríos y *cochas* de la sierra y del flanco oriental que da a la selva)—, verdaderos *lauricochas*, bajaron a la Costa. En la Costa se establecieron. El primer establecimiento de los hombres en la Costa, como también se ha visto, fue simplemente *estacional*, durante la temporada de la neblina y la humedad. Fue el establecimiento de las *lomas*, con vida trashumante, migratoria. Más tarde, gracias a una progresiva adaptación al medio y afincamiento en él, surgió la *vida frente al mar, en contacto con el mar y dependiente en gran medida del mar*.

Aunque Lanning sostiene que hay muestras de la industria humana en la Costa (Chivateros, Oquendo) de una época alejada más de diez mil años, Engel, discrepando, afirma enfáticamente que "no se han encontrado todavía *vestigios del hombre del Holoceno temprano* en la costa del Perú"⁴; pero plantea varias posibilidades como escapes: quizá —dice— los vestigios existen pero no han sido vistos, o han desaparecido por la fuerza de la erosión o por los procesos de remodelación de la Costa

El demonio-cachalote se empina y adopta, por virtud de algunos agregados, una cierta configuración humana, que no la desvirtúa ni la enorme cabeza, propia del arquetipo, ni la dentadura aserrada, ni la ubicación de los ojos, ni la cola, que completa el conjunto con ritmo ascendente. Cabezas, si, propiamente humanas, se suceden a lo largo de la faja central del cuerpo. El conjunto es de tipo botelliforme. (Nasca. Río Grande de Nasca, departamento de Ica. Período Intermedio temprano, siglo V de nuestra era. Museo Rafael Larco Herrera. Foto: Manuel Romero).

Detalle de un frontal de litera, en el que destacan numerosos símbolos selénicos, estrechamente relacionados con el culto del mar. La pieza completa, que es una de las más altas expresiones del arte de la madera y el metal del Perú antiguo, comprende seis ventanales con tres ídolos cada uno (lo que hace un total de dieciocho ídolos). A los costados del ventanal que ofrecemos, aparecen dos ídolos "con coronación de concha [marinal], orejas de turquesa y vaso de plata". Los seis ventanales presentan "colgajos de turquesa y campanitas de oro y plata" y algunos ídolos muestran vestigios de plumas azules. La madera, como se aprecia en el detalle, está recubierta de láminas de oro y plata, policromadas con cinabrio, sulfuro de cobre y amoníaco. Son de destacar los símbolos selénicos, relacionados en la mitología con el culto al mar, y las representaciones ornitomorfos inspiradas en un modelo marino. *Chimú*, Chan Chán, Siglo XII de nuestra era. Museo Oro del Perú. Fundación Miguel Mujica Gallo. Catálogo V 51-4055. Foto: Manuel Romero).









Sobre el fondo del recipiente, de 21 centímetros de diámetro por 7 de alto, con un fino reborde exterior, el artista ha pintado un quelonio o tortuga de mar (galápago, quizá llegado a la costa central desde los mares tropicales del Norte), en actitud de nadar. La figura marina, de 11 centímetros por 7, presenta un contorno ancho, que sigue la forma del caparazón, y bandas transversales, devididas, a su vez, en cuadros, triángulos y rectángulos de distintos colores (ocre, rojo-ladrillo, marrón y verde en dos tonos), delimitados por incisiones. (*Paracas*. Antes de la era cristiana. Museo Alberto Fehling. Foto: Manuel Romero).

operados en los últimos miles de años, "durante el altitermal que siguió al período frío de la glaciación"; pero también cabe la posibilidad —añade— de que no convino al hombre de ese tiempo el cuadro ecológico de la Costa, y no se radicó en ella en consecuencia.

Pero, ya por el año 7000 antes de Cristo —o sea, hace, con toda seguridad, *nueve mil años*—, el hombre vivía de modo estable, fijo, en la Costa. Eran aquellos —los de hace *nueve mil años*— hombres *sedentarios*, que practicaban una *agricultura* (mejor: *horticultura*) incipiente, y que, por sedentarios y horticultores, tenían *villorrios*.

Engel ha presentado un cuadro muy completo —elaborado a base de sus propias exhumaciones en el campo— de los pueblos que vivían *frente al mar o muy cerca de él*, entre los años 6000 y 2500 antes de Cristo. El ejemplar más antiguo de esta sociedad *arcaica o primordial*, como quiera llamársela, que pobló la Costa, procede de Paracas. Fue extraído de una tumba abierta en la pampa de Santo Domingo, y para él, el radiocarbono señaló una edad de 8,830 años; en cifras redondas autorizadas por el margen positivo del fechado, *nueve mil años*.

Veamos cómo eran los hombres de aquel tiempo, siguiendo los trazos principales del cuadro pintado por el mismo Engel en su obra *Paracas*, de 1966. Los hombres de aquel tiempo no usaban el algodón pero tejían con fibras de junco y cacto. Cultivaban la tierra pero seguían recolectando semillas y raíces. *Recolectaban grandes cantidades de mariscos* para su alimentación, con lo que le aseguraban al organismo una buena dosis de proteínas. *Pescaban y cazaban lobos marinos*. Sobre una ancha base, pues, se relacionaban con el mar, y del mar dependían en considerable medida para su alimentación. Molían en batanes algunas semillas y el colorante llamado achiote (*Bixa orellana*). Ya habían superado la etapa trashumante. Eran sedentarios y vivían en casas de forma cónica, "con paredes de estera y paja de junco, sostenidas por palos de sauce . . . ; cuando faltaban los sauces, las paredes estaban sostenidas por cañas amarradas en grupos de tres o cuatro; de cuando en cuando, *costillas de ballena* reforzaban el edificio"⁵.

Con las casas que ocupaban estos hombres, aparecen *grandes acumulaciones de conchas*, que indican una *recolección continua*. Seguramente fueron excelentes *mariscadores* y, por ende, *buenos nadadores y mejores buceadores*.

Con las viviendas aparecen, también, construcciones de piedra, muros bajos de lajas o de cantos rodados, en Chilca y Nasca, que fueron sin duda, como en Paloma, recintos para reuniones comunales.

El legado de estos hombres incluye muchos instrumentos y algunas armas, como estólicas. Usaban cinceles, punzones, espátulas, agujas, raspadores, cuchillos y hachas con mango.

El material que entra en la fabricación de estos utensilios, es el hueso, principalmente el *hueso de ballena*. La industria lítica indica retoque a presión. Las *conchas* entran en la confección de muchos y variados adornos, especialmente en forma de cuentas cosidas. Hay flautas grabadas en madera, y juguetes.

Los entierros se hacían con ritual. Los cadáveres de los párvulos se depositaban en calabazas funerarias, *con redes muy finas*. Las conchas se usaban como ofrendas sepulcrales. Los cadáveres de los adultos llevaban pesadas piedras encima y puñales de madera o punzones clavados en el cuerpo.

LA ANTIGÜEDAD DE LA PESCA, SEGUN TELLO

Tello sostiene que el Perú se pobló por gentes de origen selvático y que, por consiguiente, el desplazamiento de los grupos migratorio fue de oriente a occidente, vale decir, de la Selva a la Costa, *de la Selva al mar*, a través de los Andes.

Esa gente, por lo tanto, cuando llegó a la Costa y se enfrentó al mar, llevaba consigo —sigue el mismo Tello— importantes experiencias y dominaba ciertos conocimientos básicos. El principal conocimiento: *la pesca*, aprendido en los ríos de allá y en las *cochas*.

Dice Tello: "Dentro de este proceso de migración humana de oriente a occidente y de su adaptación en tierras distintas a la suya, lo más importante es señalar qué clases de conocimientos le fueron propios, es decir, adquiridos en la región selvática; y qué clases de experiencias acumularon en el nuevo medio . . . Es de suponer —agrega el sabio— que eran gentes habituadas a la caza, a la *pesca* y al cultivo de plantas . . .". Por consiguiente —añade— ". . . la caza y *la pesca* deben ser tomadas en consideración cuando se trata de estudiar los períodos de adaptación y aclimatación del hombre en la región andina y *en el litoral*"⁶.

Estas ideas de Tello son, todas, cuestionables y no resisten a la crítica de la nueva arqueología. En el paleolítico de la Costa, en efecto, hay una etapa de *exclusiva recolección* de gasterópodos de tierra y lamelibranquios del mar, *que antecede manifiestamente a la pesca*. La pesca implica arpón, anzuelo o red, es decir, un desarrollo tecnológico posterior a la recolección, aunque en las fases desarrolladas ésta se mantuvo como un arcaísmo o como un método seguro para completar el régimen dietético, sobre todo en un mundo en que primaba la inseguridad en todos los órdenes de la vida.

Tocante a que el hombre primitivo que pobló la Costa conocía, además de la caza y la pesca, “el cultivo de plantas”, es otra afirmación válida en su tiempo (1942) pero que resulta insostenible en la actualidad, a la luz sobre todo de los estudios del precerámico y de la edad preagrícola. Tello —que murió en 1947 y no asistió, por lo tanto, al descubrimiento del precerámico (Bird, en *Huaca Prieta*, de Chicama)— sostuvo que el hombre primitivo que llegó por primera vez al Perú conocía la técnica del cultivo de las plantas, “mediante los procedimientos usuales en los trópicos”⁷. Afirmó, tanto en *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*, de 1942, como en su obra póstuma *Chavín, la no existencia del hombre verdaderamente primitivo, preagrícola en el Perú*. “En ninguna región del Perú —dejó dicho— se han descubierto testimonios arqueológicos que pudieran ser atribuidos a poblaciones de cultura primitiva. No existen, salvo, tal vez, en la Selva amazónica, restos de pueblos que hayan vivido exclusivamente de la pesca o de la caza, ignorando en lo absoluto la agricultura”⁸. Y en *Chavín* sentenció: “No se encuentra todavía fundamento alguno que justifique la suposición de la existencia del hombre de los Andes en una era anterior a la agricultura”⁹.

Sin embargo, en *Paracas* —obra póstuma también, compilada, revisada y ordenada por Toribio Mejía Xesspe— Tello se contradice porque admite la existencia de un “hombre primitivo desprovisto de conocimientos agrícolas”, que, al llegar a la costa, tuvo que depender para su alimentación de lo que le daba el mar y de lo que obtenía de la recolección en las matas silvestres. Allí se lee: “Las condiciones climáticas y topográficas del litoral, apenas permitieron la vida del hombre primitivo desprovisto de conocimientos agrícolas, el cual buscó su subsistencia en los recursos marinos y en la recolección de semillas y frutos . . .”¹⁰. Para suerte de ese hombre de tan escasos conocimientos para enfrentarse al mundo, “el mar . . . era rico en peces, acaso porque [en él] confluyen las dos grandes corrientes marinas: la fría, meridional o de Humboldt, y la caliente, ecuatorial o del Niño, que crean condiciones favorables para la vida de microorganismos que atraen y sustentan a una enorme población de peces y, por ende, de aves marinas . . .”.

Mejía Xesspe, discípulo de Tello y el mejor conocedor de las doctrinas del sabio, reitera que el poblamiento del Perú se produjo de la floresta a los Andes y de los Andes a la costa. Por lo mismo, la última de las tres regiones que el hombre, en su avance poblador, holló, fue la de los *llanos marítimos*. Al llegar al mar, el hombre, con su bagaje elemental de cultura y bienes, buscó la subsistencia necesariamente en el fecundo y dadivoso ambiente de las aguas. Dice Mejía Xesspe: “Al tiempo que domi-

naba los valles interandinos, el páramo y la puna, el indio conquistaba los valles subtropicales del litoral del Pacífico, igualmente sin resistencia porque estaban vírgenes e inhabitados...". Se ve, pues, que Mejía se refiere al primer hombre, al verdadero protagonista del poblamiento, al *lauricocha* de que hablábamos antes. Sigue. "*Llega a las playas del mar y encuentra allí una nueva fuente de riqueza económica, a base de moluscos y peces. Se instala en las bahías, caletas y penínsulas para explotar la riqueza marina, mientras explora los valles cálidos y desérticos de la Costa...*"¹¹.

En conclusión: cualquiera que sea el terreno de teoría alguna que pisemos, hallamos que el mar, tras una etapa de caza y recolección y otra de probables tanteos hortícolas, es la fuente de sustento principal de los primeros hombres establecidos en la costa.

CHIVATEROS, TALLER PALEOLITICO

Después de haber desarrollado en 1961 un activo y fructífero programa en Ancón, que le llevó a descubrir testimonios de la presencia del hombre en las pampas de los alrededores de ese balneario de *diez mil años de antigüedad*, Eduardo Lanning, guiado por las valiosas referencias de Thomas C. Patterson, dio inicio a otro programa, no lejos, en la desembocadura del río Chillón, en el segundo semestre del año 1962. La busca se efectuó en los cerros *Chivateros* y *Cucaracha*, y dio por resultado el hallazgo de un *taller paleolítico* de extraordinaria riqueza *frente al mar* y de una edad que, inicialmente, Lanning calculó, a base del método comparativo-tipológico, *entre doce y catorce mil años*.

(Esta antigüedad ha sido materia de controversia. Algunos fechados por radiocarbono la desmintieron y, naturalmente, decepcionaron a Lanning y a sus seguidores, quienes mantuvieron su posición a base de otros criterios estimativos y agregaron que no siempre los fechados por los métodos de laboratorio correspondían estrictamente a la realidad. Recordaron que una sobrecarga de radiación por los experimentos nucleares, podían afectar a los yacimientos superficiales —caso, justamente, de los depósitos de la boca del Chillón—. En la recopilación de fechados radiocarbónicos de Ravines y Alvarez¹², se da 12,400 años "para un pueblo que ejercitaba una industria tosca de la cuarcita". Un enterado expositor reciente¹³ considera que el *hombre de Chivateros* debió vivir por el año *8000 antes de Cristo*, "por lo menos", y para ubicarlo en aquella remota edad, verdaderamente paleolítica, lo describe así: "Fabricaba toscas hachas de mano, parecidas a las que los *Pitecanthropus* y sus parientes hicieron centenas de miles de años ha en el Viejo Mundo, época

que los arqueólogos conocen con el nombre de *Paleolítico inferior* (aunque no son, por cierto, iguales)". El mismo Lumbreras, de quien es esta cita, reafirma la antigüedad del *hombre de Chivateros* con la descripción del ambiente dentro del cual movió su existencia. Lo pinta viviendo en "un ambiente de *bosque pleistocénico* . . . lo cual significaría —agrega— que parte de lo que hoy son los extensos desiertos de Ancón . . . fue en aquellos tiempos áreas verdes, susceptibles de permitir la vida de muchos animales y plantas . . .".

La falta de material orgánico condujo a Lanning a pensar que el sitio por él explorado no había sido sede de viviendas sino, solamente, *lugar de trabajo*, taller, al que los hombres acudían a ratos para fabricar utensilios de uso doméstico o para la guerra y la caza.

Vinieron las comparaciones. Desde el primer momento, Lanning halló parecidos entre los artefactos líticos de Chivateros y los mundialmente conocidos del período *Chelense*, de Francia, que caracterizan toda una etapa de la prehistoria europea.

"Esta es una prueba —dijo Lanning— de la manera similar como el hombre de las primeras edades respondió a los estímulos de la naturaleza y a los apremios de la vida. Entre las hachas, raspadores y puntas de Chivateros y las piedras de la industria Chelense, no hay ninguna diferencia: la misma forma, las mismas dimensiones y, sobre todo, la misma técnica. En uno y otro caso, se trata de artefactos generalmente toscos y grandes, labrados sin retoque a presión".

Con la estación *El Jobo*, de Venezuela, las comparaciones dieron resultados todavía más sorprendentes: "Al parecer, los grandes bifaces de Chivateros son casi idénticos a unos implementos encontrados en gran cantidad y sin puntas de proyectil por J.M. Cruixent en la Sierra de Venezuela. Igualmente, las largas puntas de quilla central se asemejan mucho a las de *El Jobo*, del mismo país. Estas últimas, que, al igual que las de Chivateros, son posteriores a los grandes bifaces, han sido fechadas por dos muestras de radiocarbono en 12,340 (más o menos 500) y 14,415 (más o menos 444) años antes de Cristo".

Por estas comparaciones, *Chivateros* resulta así, hasta el momento, *el yacimiento más antiguo de la Costa* y se ubica en los inicios de la industria lítica. Colinda en el tiempo con la etapa de asentamiento del hombre y es, en el estado actual de nuestros conocimientos, además, *el primer establecimiento humano frente al mar* (o próximo al mar, mejor, si se tiene en cuenta que el mar entonces hallábase, por descenso eustático, alejado de su actual línea de playa).

DESCRIPCION DEL HOMBRE DE CHIVATEROS

En un medio en el que las condiciones de vida eran favorables y, por consiguiente, muy distintas a las de ahora, con humedad y vegetación de loma en los cerros y aun en las pampas, el hombre bajado de la Sierra —*lauricocha* de estirpe— acampó en Chivateros.

Ese hombre puso las bases del *sistema de vida trashumante* que más tarde iban a seguir los *lomeros* de los alrededores de Ancón.

Para sus quehaceres vitales, *trabajó la piedra*, dejando testimonios de su actividad en varios cerros, como los llamados *Chivateros*, *Cucaracha* y *Oquendo*, que fueron talleres suyos.

La materia prima que utilizó para sus raspadores, hachas y otros instrumentos, fue la *cuarcita*, abundante en unas formaciones rocosas cercanas al río Chillón. La cuarcita es una roca estratocristalina que se origina de la *arenisca*, mediando un proceso de metamorfización, con un cemento natural, de sílice, y presión. El hombre de Chivateros utilizó cuarcitas de diversos colores: verdusca, marrón, gris, plomo, amarilla, blanca y negra. De grano imperceptible a simple vista, con puntos brillantes en los planos de fractura, es dura pero frágil si se la trabaja con habilidad. Cede al golpe y aun a la presión.

En el cerro *Chivateros*, principalmente, el hombre montó un verdadero *taller lítico*, en el que quedaron, después de innúmeras sesiones de trabajo, a cargo de muchos hombres, pedazos inconclusos, esquirlas, lascas y, también, muchos artefactos terminados o a medio hacer.

Por eso, Chivateros ha sido considerado un muestrario de la industria paleolítica peruana (y americana) de valor extraordinario.

De aquel hombre, de sus formas de vida, de su vivienda, de sus inquietudes y preocupaciones no ha quedado ningún testimonio. Lo que sí es evidente es que en los cerros, que eran talleres como se ha dicho, *no vivía*. Esto se sabe porque en los citados cerros no se ha encontrado ningún resto de comida, ningún desperdicio.

Se puede pensar, sin embargo, que los principales rasgos de su existencia eran los siguientes:

- a) condición de vida trashumante;
- b) economía de recolección y caza, y posiblemente también, de *recolección de mariscos* (allí, el mar);
- c) organización social de horda o banda (sin duda, microbanda, pocos individuos); y
- d) técnica de la piedra según los patrones paleolíticos.

A pesar del rudimentario nivel del *hombre de Chivateros*, probablemente con él surgió una primera forma de especialización ligada al régimen de vida y al trabajo. Porque, no hay duda que fueron manos expertas las que trabajaron esas piedras, las que dieron forma a los trozos brindados por la naturaleza, y que fueron ojos adiestrados, con una tradición definida, los que seleccionaron el material para los primeros instrumentos de esta parte del mundo americano.

La forma que estos hombres dieron a sus hachas de mano, no fue producto de la casualidad ni resultado de ensayos sino logro intencional, de acuerdo con un patrón que traían no sabemos de dónde, heredado quizá de otros grupos o adquirido, a manera de préstamo, tras lentos procesos de difusión. ¿Llegaron estas formas de las costas venezolanas o fueron invención condicionada al mismo estímulo externo, a la misma urgencia y a la misma capacidad para responder al estímulo?

La cantidad de elementos habla de una larga ocupación. Además, los yacimientos o, propiamente, los *sitios*, son numerosos: en *Chivateros-Cucaracha* y alrededores, *veintitrés*; y en *Oquendo*, no menos de diez. De otro lado, la variedad de elementos indica que hubo *varias etapas de ocupación*. En unos sitios hay bifaces y puntas de lanza muy alargadas, con raspadores, y en otros hay puntas de proyectil de "buen tamaño", sin pedúnculo y sin retoque a presión.

Parece que las puntas de lanza y las puntas de proyectil representan, cada una, *un tipo de cultura*, una modalidad de trabajo o una etapa en la ocupación del terreno. Lanning excavó para despejar la incógnita sobre cuarentisiete metros cuadrados, alcanzando una profundidad de diez a cuarenta centímetros, hasta la roca del cerro, y halló *dos estratos*: "uno, inferior, con el tipo conjunto de grandes bifaces y puntas de lanza; y otro superior con los mismos artefactos además de numerosas puntas de proyectil".

Tres distintos tipos de estas puntas de proyectil (unas cortas y asimétricas, otras lanceoladas, largas y delgadas, y otras, largas y gruesas "con marcada quilla en una o en las dos caras"), llevaron, por último, a Lanning a señalar la existencia de otras tantas modalidades de cultura: "mezcla de *tres culturas* en este nivel debido al continuo uso del taller".

En suma: larga ocupación y sucesivas etapas en el aprovechamiento del terreno. Del taller de Chivateros salieron miles de artefactos. Chivateros fue el más grande centro productor de la región. Por su antigüedad, reconocida tanto por el método de las analogías morfológicas como por el de las secuencias de perfeccionamiento, fue el centro industrial de abastecimiento de las primeras comunidades establecidas en el Perú *frente al mar*.

En Oquendo hay alrededor de diez yacimientos, con "gran cantidad de esquirlas y otros restos industriales, todos de cuarcita verde y negra". Aquí desaparecen los grandes bifaces, las puntas de lanza y las puntas de proyectil con quilla. Hay algunas puntas de proyectil pero sin pedúnculo y son cortas y asimétricas. Abundan, en cambio, los buriles y hasta cinco tipos de raspadores, uno de los cuales es, más bien, una combinación de raspador y buril.

El material residual de los talleres de Oquendo es, igualmente, muy importante, destacando por su número y utilización secundaria las esquirlas en forma de lámina, las microláminas y los núcleos semiprismáticos.

La pesquisa estratigráfica demostró la existencia de *dos estratos en Chivateros*, perfectamente claros, sin anomalías de yuxtaposición, sin intrusiones: el de abajo, por consiguiente, más antiguo que el de arriba. Tipológicamente se vio que en uno de los estratos había *una mezcla de hasta tres culturas*, cada una representada por elementos de una tipología perspicua.

Con relación a Oquendo y su probable enlace con Chivateros, en el mismo paquete estratigráfico de Chivateros se halló sobre la capa superior elementos propios de Oquendo, como las indicativas microláminas y puntas del sitio. Dedújose, entonces, que "Oquendo es posterior a Chivateros". Pero Lanning —que, tras la pesquisa en el campo, ha confrontado difíciles problemas de sistematización y sufrido algunas decepciones en sus pretendidos cuadros cronológicos del primer momento—, en una reciente publicación¹⁴ considera la existencia sucesiva en la boca del Chillón de "cuatro complejos culturales", claramente reconocidos: el primero llamado *Zona Roja*, de ubicación muy temprana, por el 11000 a. de J. C. [?]; el segundo, *Oquendo*, al que no se le puede dar —dice— una ubicación precisa en el esquema; y después de éste, como tercero, *Chivateros 1* y, como cuarto, *Chivateros 2* (éste, propone Lanning, contemporáneo de Lauricocha). No es clara, por consiguiente, la posición de los complejos, hay dudas y el esquema parece no ser definitivo. En procura de la simplificación pueden destacarse las semejanzas y advertir la existencia de elementos comunes que permitan juntar o aproximar ambos complejos en forma de un *gran complejo unitario*, "en contraste con las *culturas de las lomas*", líticas también pero evidentemente posteriores, como se verá en seguida.

EL COMPLEJO PALEOLITICO DE ANCON

A fines de 1961 y en el verano del 62, Lanning exploró los alrededores de *Ancón* (36 kilómetros al norte de Lima), reco-

riendo las pampas en busca de los testimonios de la primera ocupación del hombre. Inicialmente exploró el arenal cercano a la autopista. Después pasó a *Pampa Canario*, cerca del gigantesco médano de *Pasamayo*, lugar ya en parte reconocido, y con mucho éxito, por Monseñor Pedro Villar Córdova, quien había hallado *los primeros testimonios paleolíticos*. A continuación, pasó a *Loma Encanto*, que cierra por el sudeste la llanura, y el sitio llamado *Arenal*. Finalmente, rebuscó en *Piedras Gordas*.

Después de siete meses de trabajo tenaz, Lanning reunió *mil doscientas piezas* representativas de la *industria paleolítica* del lugar: puntas de lanza y de proyectil de estófica, raspadores, implementos puntiagudos, machacas, molederas, morteros para moler semillas y otros utensilios.

Con este material determinó la existencia de *seis fases*:

-*Primera fase*. Lo más antiguo del *complejo paleolítico de Ancón* "puede ser" —dijo— *Piedras Gordas*. El tratamiento, en todo caso, revela la *mayor antigüedad* en el muestrario de la industria lítica del lugar. El material de *Piedras Gordas* —agregó— "puede" tener *una antigüedad de unos diez mil años*, o sea que se sitúa apenas poco después del punto de partida de la ocupación de la Costa por el hombre bajado de la Sierra.

(La posición cronológica de *Piedras Gordas* ha sido, también, materia de controversia. En su informe preliminar de 1963, Lanning decía que "es dudosa la posición cronológica de *Piedras Gordas*", ya que podría ser anterior a *Luz* (es decir, *lo más antiguo*) o posterior a *Arenal* (la tercera fase del complejo). Pero, desde un comienzo, el mismo Lanning, a base de la tipología, aventuró una cronología absoluta para las cosas de Ancón y pensó, así, que *Piedras Gordas* "podía" tener diez mil años de antigüedad. Sin embargo, la prueba del radiocarbono le fue adversa porque sólo arrojó 5,351 años antes de Cristo, o sea 7,300 años a contar de ahora. Lanning, no obstante, comentó este resultado diciendo que le parecía *demasiado reciente* y dudó de él por las mismas razones que se han expuesto para el caso de Chivateros).

La *fase Piedras Gordas* está representada por objetos de una técnica muy primitiva. Todo el material de este yacimiento es, por lo tanto, *paleolítico*. Hay morteros, molederas, machacas, implementos puntiagudos y raspadores hechos de lascas irregulares.

Segunda fase. Sigue *fase Luz*, con grandes puntas pedunculadas "como las de *Pampa de los Fósiles* y *Pampa de Paján*", estudiadas por Larco, y diversos otros artefactos, como "raspadores redondos con filos aserrados". El material es la *cuarcita verde*, gris o negra, y el tratamiento revela la aparición del *retoque a presión* en las puntas y las leznas. El hecho más importante relacionado con esta fase es el testimonio de los *sitios de habitación*.

En cuanto a la cronología, Lanning prefirió trabajar con el método tipológico. El radiocarbono le dio escasamente 5,200 años antes de Cristo. Las puntas pedunculadas han servido, por comparación morfológica, para tentar la ubicación de la fase dentro del complejo *Ancón* y para relacionar la estación con otros sitios, especialmente con los del área andina. Estima Lanning que no hay diferencia entre esta industria de puntas pedunculadas y la hallada por Cardich en la basura correspondiente al *estrato I de Lauricocha*. Dice Lanning: "Si resulta haber una verdadera relación histórica entre estas puntas pedunculadas de la Sierra y de la Costa, la fecha de 7,565 años antes de Cristo para *Lauricocha I* se podría aplicar a *Luz* que, de esta manera, pertenecería al primer milenio del período post-Pleistoceno".

Tercera fase. Sigue Arenal, "una cultura muy semejante a *Luz*", con raspadores redondos y escotados, leznas, machacas, cuchillos ovoides, implementos puntiagudos, morteros y moladeras, pero sin las grandes puntas del tipo Paiján (pedunculadas).

Cuarta fase. Encanto A.

Quinta fase. Canario, fase muy bien conocida, representada por material finamente labrado y abundante, no todo de cuarcita, emparentado con *Lauricocha II*, *Ayampitin* e *Intihuasi*, los dos últimos de Argentina. Las puntas argentinas tienen fechados de ocho y nueve mil años. Sin embargo, la prueba de laboratorio dio para *Canario* únicamente 6,751 años absolutos. Esta diferencia abonó la insistencia cronológica de Lanning.

Sexta fase. Finalmente, Encanto B, tardía. Es una fase previa, quizá, a la introducción del algodón cultivado.

(En lo fundamental, este esquema se mantiene, no obstante las sorpresas desfavorables que recibió Lanning de los laboratorios de radiocarbono. Sus conjeturas, siempre ajustadas a la más rigurosa práctica arqueológica, no obtuvieron, sin embargo, confirmación plena de los fechados por carbono-14. En su más reciente publicación, de 1967, sobre las primeras culturas del Perú, anteriormente citada, altera un tanto, como en el caso de Chivateros-Oquendo, la secuencia de las *culturas de lomas*, señalando el siguiente orden: *Arenal*, contemporáneo de la parte final de *Lauricocha I*; *Luz*, *Canario*, *Corbina* y *Encanto*. Esta última fase se ubica por el 3000 antes de Cristo).

LAS ESTACIONES INVERNALES DE ANCON

Los hombres de las primeras fases de este complejo de Ancón, eran, sin duda, *lauricochas* de hace diez mil años, que periódicamente bajaban de la Sierra, como ya se ha explicado, y se establecían en *campamentos invernales* en las *lomas* de la Costa, *muy cerca del mar, a la vista del mar*.

LAS PRIMERAS ESTACIONES FRENTE AL MAR

La Costa, como también se ha dicho, ofrecía en ese tiempo un aspecto muy distinto al de ahora. Lanning habla de "los bosques que habrán llenado los valles del Chillón y del Rímac durante el final del Pleistoceno" (fase Luz) y subraya que *las pampas hoy desérticas estaban entonces cubiertas de vegetación de loma*. El paisaje era, por lo tanto, otro; incluso, otra era la ubicación de la línea que separa la tierra del mar. También muy distinto era el clima. Con lluvias y denso manto bajo de neblina, las pampas estaban cubiertas de vegetación del tipo *loma*. De mayo a noviembre la vegetación de loma llegaba hasta muy cerca del mar y las pampas eran pradera. Además, periódicas lluvias torrenciales alimentaban formaciones de bosque en los valles.

Pero, *el rasgo dominante era del de la vegetación de loma hasta niveles bajos*.

En un momento dado, el hombre comenzó a bajar de la Sierra por las quebradas, y *esta ruta de las quebradas lo llevó sorpresivamente hasta la orilla del mar*.

El hombre bajado a los llanos marítimos vio pronto que en los cerros, en los terrenos ondulados y hasta en las pampas la vida se daba abundante. El clima favorable también lo atrajo. Comenzó a establecerse en las *lomas* durante la estación buena, que era el invierno. En el verano, cuando las lomas se secaban o disminuían en verdor y recursos, este hombre levantaba sus campamentos y volvía a la Sierra.

En un primer tiempo, recién bajados de la Sierra, los hombres solamente vivían de los productos de las lomas y de lo que daba el jardín invernal de las pampas humedecidas por la neblina y los aguaceros. Más tarde, como el mismo Lanning lo explicará en seguida, *el hombre se acercó al mar* y se arriesgó a entrar a sus aguas, para aprovechar de sus productos, especialmente de los mariscos. Pronto los productos del mar gozaron plenamente de su preferencia.

FONDO COMUN EN LA VIDA DEL MILENARIO HABITANTE DE ANCON

Aunque las fases anteriormente descritas tienen particularidades, se sustentan sobre un fondo común que se caracteriza por los siguientes elementos:

- a) recolección de semillas silvestres en las *lomas* para hacer harina;
- b) economía a base de semillas y raíces silvestres (incluso, papas);

- c) alimentación de caracoles de la loma, lagartijas y lechuzas, con caza de "venados y guanacos que bajaban de las serranías para pastar en las lomas en los meses de invierno"¹⁵;
- d) posible práctica de la *horticultura*, con la calabaza (*Lagenaria siceraria*);
- e) más recolección de productos vegetales que caza; y
- f) instrumental de piedra de técnica primitiva, con muchos núcleos.

Inicialmente, pues —según este esquema que resulta de la realidad arqueológica—, *no hay aprovechamiento significativo de los productos del mar.*

Pero, en el curso de los cuatro o cinco milenios que duró la cultura lítica en el área de Ancón, *la vegetación de loma fue disminuyendo*, o sea que se fue extendiendo la aridez con el consiguiente *arenamiento de las pampas, cerros y laderas* ("los prados de neblina se fueron secando gradualmente")¹⁶. Por esta causa, *los campamentos invernales fueron poco a poco abandonados.*

Aquí es —según Lanning— cuando se inicia o se acentúa, según los casos, el aprovechamiento de los productos del mar en el régimen alimenticio.

El cambiante proceso tuvo un origen natural, que vale la pena repetir: *primero*, disminuyó la neblina por cambio climático; *segundo*, se produjo como consecuencia la extinción de las lomas; *tercero*, en cuanto al hombre, se produjo el abandono de los campamentos invernales por falta de recursos en ellos. Entonces, *la necesidad llevó al hombre con más frecuencia y mayor apremio al mar, y lo hizo depender casi exclusivamente de la recolección de mariscos y de la pesca.* El mar se entronizó como la fuente abastecedora de alimentos principal y, por épocas y lugares, única. Así, en la *fase Encanto* (entre el 3600 y el 2500 antes de Cristo), "las lomas habían quedado ya reducidas a casi su extensión actual y los *campadores de invierno traían pescado, conchas y almejas al campamento para completar su dieta*".

En los depósitos de basura, o, más propiamente, de residuos de cocina, que tienen hasta 1.80 m. de espesor, hay abundantes testimonios de *alimentación de mar*: la mayoría de las conchas son de un tipo de *almeja pequeña*, que se da todavía en las rocas de la costa; también hay un molusco bivalvo más grande, una especie de almeja, que ya no existe en los mares peruanos.

Este es el régimen en la superficie. En los *niveles bajos* del depósito de basura hay restos de calabaza, semillas y *pocas espigas de pescado, huesos de aves marinas y huesos de lobo de mar.*

El examen del contenido de los depósitos de basura revela que las primeras agrupaciones recolectaron productos de las lomas y hasta, quizá, cultivaron algunas plantas, como la calabaza.

Puede hablarse de una *fase hortícola embrionaria* (aunque ésta puede ser una calificación desbordante). Después, *cuando los recursos de la loma bajaron, los hombres comenzaron a dedicarse preferente o exclusivamente al mar* como fuente de alimentos. Entonces, los habitantes poco a poco abandonaron las formas antiguas de abastecimiento “para dedicarse mayormente a la pesca, la caza de lobos marinos y atrapar aves costeñas como pelicanos y gaviotas”.

Este cambio “puede haber sido el resultado natural de la adopción de una nueva fuente de alimentos (el *mar*) y de las dificultades de cultivar en las márgenes de los ríos, lejos de un campamento en la costa”.

El predominio de los recursos del mar revela que el hombre entró casi a depender exclusivamente de la recolección de mariscos y de los peces.

ATOCONGO Y TABLADA DE LURIN

En los cerros y arenales de Atocongo, que separan los valles de los ríos Rímac y Lurín, y, especialmente, en la pampa desértica llamada *Tablada de Lurín*, vivió hace 9,000 años una comunidad de hombres dolicocefalos, de mediana estatura, que presumiblemente practicaba, en esa tierra entonces no desértica sino por el contrario favorecida por el agua de lluvia y de escorrentía, una “horticultura incipiente”; que trabajaba la piedra a percusión haciendo instrumentos toscos, como hachas; y que, por ideas religiosas relacionadas con el acto supremo de la muerte, realizaba extraños ritos de cremación en torno a piras funerarias.

Un hombre de esta comunidad —emparentada racialmente a los grupos más antiguos de América—, que vivió hace 8,000 años en este escenario de *loma* que va *hasta el mar*, fue quemado según esta modalidad ritual; y no lejos del sitio donde se efectuó esta cremación —reconocido por el hallazgo de la laja sobre la que reposó el cuerpo—, fue quemada también una mujer, perteneciente, sin duda, a la misma comunidad, “habiéndose encontrado entre sus huesos pequeños fragmentos de carbón”¹⁷.

¿Holocaustos o cremación de cadáveres?: nada se sabe ni nada es posible aventurar. Se trata, sí, con seguridad —porque los indicios son evidentes—, de ceremonias rituales, con el fuego como primer elemento, que practicaban estos hombres milenarios, sin que se conozca hasta el momento un registro más antiguo de las mismas.

El radiocarbono dio para estos restos humanos 7,830 años, con una aproximación de, más o menos, 180 años; pero, los huesos frontales de la cabeza de un niño (comprendiendo “el maxi-

lar superior, los huesos propios de la nariz, las órbitas, parte de los malares y zigomáticos y parte del hueso frontal", según la descripción del antropólogo Pedro Weiss), que fueron hallados en la misma zona, dieron una antigüedad mayor, de 9,150 años (más o menos 200), que pone al grupo de Tablada de Lurín al nivel cronológico de las primeras comunidades de la Costa.

La zona que hace nueve mil años ocupó el hombre de Atocongo, está hoy avasallada por el desierto, y es, por lo tanto, inhóspita, totalmente seca y negada para la vida; pero, en aquel tiempo tuvo recursos y de ellos naturalmente se aprovechó el hombre. Fue, como Ancón, una zona de *lomas*, en la que el agua y la vegetación no escasearon.

Fuera de los rasgos señalados, nada más se sabe sobre la vida de este hombre, pero puede colegirse, dada la prolongación natural del escenario hacia el oeste, que tuvo relación con el mar y que, sin duda, aprovechó de sus frutos. Entonces no se habían formado todavía los grandes médanos, o acumulaciones de arena, que hoy marginan la extensa playa de Conchán, ni la zona del interior, encrespada de cerros, tenía la triste y arenosa fisonomía de ahora. Josefina Ramos de Cox, autora, al frente de un equipo universitario, de estos importantes descubrimientos y de otros en el mismo sitio que pasamos a reseñar, considera que el transporte eólico en los últimos diez mil años ha recubierto la *tablada* y las faldas de los cerros contiguos con una capa de 2.60 m. de espesor.

La primera comunidad de Atocongo se extinguió y hubo de transcurrir un tiempo relativamente largo antes que el lugar fuera nuevamente ocupado. Ello se produjo hace 7,000 años, pero por hombres desvinculados de los anteriores pues ya no tenían la cabeza alargada sino que mostraban una marcada braquicefalia; eran, pues, de otra raza. "Agricultores incipientes", estos hombres, sin embargo, *ubicados frente al mar* y apremiados por la necesidad, alcanzaron *un alto nivel de especialización en la recolección de mariscos*. El mar gravitó en ellos con la fuerza de una fuente primaria de abastecimientos.

Sedentarios, construían habitaciones de piedra, las mismas que, agrupadas, dieron al conjunto la apariencia de una aldea. Eran, en realidad, refugios de estrechas dimensiones, que servían sólo para proteger a sus moradores del sol ardiente del verano, de los aguaceros del invierno, de las ráfagas cargadas de arena de las tardes calurosas o del viento frío de las noches. El trajín doméstico tenía que cumplirse fuera de estos refugios, y así, el fogón estaba en una de las esquinas, y allí naturalmente se centraba la vida de la familia, y allí también se arrojaban los residuos de la comida.

Por lo mismo que en la alimentación predominaban los productos del mar, junto a cada refugio se formó un *conchal*. El examen de estos depósitos ha revelado gran variedad de conchas, con predominio de la *Mesodesma*, y muchas muestras del instrumental de entonces, como punzones, raspadores, pequeños cuchillos con bisel, cucharitas, etc.

Estos refugios, hoy totalmente cubiertos por el material de transporte eólico, fueron en su tiempo "edificaciones semisubterráneas" cuyas paredes se apoyaban "en el corte vertical practicado en la arena fuertemente consolidada (parte subterránea de la habitación)" mientras que el techo y la abertura de ingreso se encontraban "sobre la superficie del suelo" (que coincide con el nivel del conchal).

Aunque Josefina Ramos de Cox cree tener varios tipos de refugios, correspondientes a otras tantas fases de desarrollo cultural, predomina sobre la aparente variedad constructiva un mismo patrón. El plano del recinto es unas veces rectangular de lados rectos o de lados ligeramente curvos, con tendencia en este último caso a la forma ovoide; y, otras veces, trapezoidal. Las dimensiones varían pero, en general, como se ha dicho, son muy estrechas; por ejemplo, un recinto tiene de planta 2.20 m. por 1.50, y de altura máxima, en el punto céntrico de su techo abovedado, 1.65. El material de construcción es la piedra caliza, unida con barro.

El fechado más antiguo de esta aldea dio 6,450 años, con una aproximación de 140. Data el pueblo, por consiguiente, del año 5000 a. de J.C.; y la ocupación del lugar por la misma raza de hombres que lo construyó parece que se mantuvo hasta el año 2000 antes de nuestra era¹⁸.

La vinculación con el mar, determinada por la proximidad, se acentuó conforme al gusto (azuzado por la necesidad) se inclinaba por la alimentación a base de mariscos y la inventiva descubría en los residuos de esa alimentación material excelente para la fabricación de instrumentos de uso doméstico. Pero, dado que las puntas y promontorios que permiten la extracción de moluscos están distantes, el hombre de Atocongo y de Tablada de Lurín seguramente extendió sus correrías a la vista del mar hasta las ciénagas de Villa y playa La Chira por el norte, y por el sur hasta más allá de la boca del río Lurín, yendo al encuentro quizá de las altas formaciones rocosas de los modernos balnearios de Punta Negra y San Bartolo y de la caleta de Curayacu, sitios todos de abolengo precerámico.

PARACAS: PESCADORES CON REDES DE HACE 9,000 AÑOS

Al programa de Engel de 1961-62 en Chilca (kilómetro 65.5), que dio un hombre de *seis mil años*, y al de 1963, en Pucusana, que dio otro más antiguo de *siete mil*, siguió en 1964 un tercer programa, en *Paracas*, que iba a dar una mayor antigüedad aún.

En una tumba de *Pampa Santo Domingo* se halló un cadáver con las piernas fuertemente flexionadas sobre el pecho, los brazos a los lados y el cuerpo decúbiteo dorsal. Este fardo funerario estaba envuelto en un *pañó* de técnica pretextil, de fibra vegetal.

En el ajuar funerario se encontró utensilios de piedra y hueso propios de un pueblo dedicado a la recolección y a la pesca. Asimismo, se hallaron testimonios indicadores de una *economía preagrícola*, de *iniciación del cultivo*.

Más tarde, Engel reseñó su descubrimiento así:

"Hemos encontrado al margen de la bahía de Paracas . . . varios pueblos completos de hombres que hacían uso de la *calabaza* y de una especie de *yuca* (ésta, no plenamente identificada) y que vivían . . . hace . . . 8,830 años".

(En la recopilación de fechados radiocarbónicos de Ravines y Alvarez¹⁹, se consignan de Paracas las siguientes dataciones: 8,850 años para Pampa de Santo Domingo: "varios pueblos de *pescadores*, sedentarios en la pampa", ubicados *frente al mar*, con agricultura incipiente de mate y yuca, y alimentación principalmente de *productos del mar*. Otra datación: 5,910 años para "villorrios de pescadores", con numerosas casas con paredes de estacas (palos ligeramente desbastados) y una agricultura embrionaria. La tercera: 5,040 años para el lugar llamado *Cabeza Larga*, un osario).

Estos hombres de Paracas de hace 8,830 años, "comían también una especie de guayaba, tomatillos, las semillas del aliso, numerosas otras frutas, raíces y tubérculos, como por ejemplo del *amancaes*, del *junco* y de la *cola de caballo*. Además —prosigue Engel en su informe—, *sabemos con toda seguridad que eran pescadores*. Hemos encontrado fragmentos de sus *redes*, de hilo de cacto, muy finas, de malla cuadrangular, mientras que sus *redes de carga* eran de hilos gruesos y de malla pequeña . . .".

Asalta esta pregunta: si usaban *redes*, ¿tenían *embarcaciones*? Más adelante se tratará este problema.

Sigue Engel: "La red de pesca de Paracas es probablemente *la red más antigua que ha sobrevivido en buen estado de conservación en el mundo*"²⁰.

Estos hombres de Paracas, *pescadores* y *horticultores*, usaban como arma de ataque la *estólica*, "tirando dardos armados con

puntas de obsidiana". Usaban pieles para vestirse, de vicuña y de guanaco. Esto indica —dice Engel— un nacimiento temprano del pastoreo en el Perú. Indica, además, *una estrecha relación con la Sierra: relación directa*, del mismo grupo, quizá temporalmente establecido frente al mar, o *indirecta*, a través de un pueblo intermediario.

Vivían los hombres de Paracas de hace nueve mil años en poblados formados por "aglomeraciones de chozas circulares", de un diámetro de cinco a seis metros. Estas chozas se ubicaban en torno a una casa central, grande, de once metros de diámetro.

Se puede hacer un cálculo: el villorrio habría albergado unas *diez familias* solamente, lo que daría un total de sólo *cincuenta habitantes*, incluyendo las mujeres y los niños. Esto se deduce por la cantidad de basura acumulada.

En la época en que floreció el villorrio de Pampa Santo Domingo, *el mar estaba por debajo del nivel actual como treinta metros*. Por consiguiente, no existía la hoy pintoresca bahía de Paracas.

Los vestigios de la población prehistórica, aparecen actualmente a una distancia de, más de o menos, mil metros al este de la playa moderna. Si consideramos que el mar estaba treinta metros por debajo del nivel de ahora y que, por esta razón, no existía la bahía de Paracas, se concluye lógicamente que *la población de hace nueve mil años se hallaba a considerable distancia del mar*.

No era, por lo tanto, una población situada frente al mar sino, para expresarlo con propiedad, *una población cercana al mar solamente*. Quizá estaba a la vista del mar, el cual, por permitirlo la topografía, se dibujaría a lo lejos como una cinta azul. El mismo caso de los pobladores de Chivateros.

Por las condiciones de clima imperantes, es posible que el ambiente ecológico en medio del cual el hombre se estableció en el mencionado villorrio, fuera de *loma*. Por la proximidad al mar, la humedad atmosférica era grande y se transformaba fácilmente en neblina, la cual alimentaba la vegetación estacional de la comarca, como pasaba en toda la Costa por la misma razón.

Había *densa neblina* —insiste Engel—, y de allí la abundancia de recursos de la *loma*; pero, como hoy, *no había lluvia*. Esto está probado por "el perfecto estado de conservación de los cuerpos en las tumbas" casi a flor de tierra.

Dos rasgos climáticos muy importantes se descubren de ese tiempo en Paracas: el *primero*, la ausencia total, ya dicha, de precipitaciones; el *segundo*, la ausencia de vientos. En consecuencia, no había transporte de arena. Hoy, en cambio, sopla fuerte la *paraca*, que lleva inmensas cantidades de arena de la

costa al interior, formando verdaderas montañas que se desplazan lentamente.

Siguiendo a Rouse y Cruxent²¹, Engel señala, pero con limitaciones, el rasgo dominante de los hombres de Paracas, diciendo que eran hombres "de una ecología basada en la *recolección de mariscos*". En realidad —para no tardar en decirlo en honor al propósito—, Engel no se muestra muy inclinado a aceptar una calificación plena en este sentido, porque le obsesiona la idea de una economía en parte de *recolección de mariscos* y en parte de *cultivo de la tierra*. Los elementos vegetales hallados en el basural del villorrio, como calabaza, una presunta (aunque no plenamente identificada) yuca, semillas y tubérculos, le han llevado a pensar en una *agricultura incipiente*, lo cual, para algunos, resulta temerario. ¿No fueron esos elementos vegetales producto de la recolección en el parque natural de la loma?

Por eso, Engel se expresa en términos restrictivos: "En Paracas —dice—, la ecología de los habitantes está *parcialmente* basada en la *recolección de mariscos*"²².

Agrega Engel una explicación muy importante. Dice que inicialmente se había sentido tentado, siguiendo las pautas señaladas por otras regiones (incluyendo el Viejo Mundo), a establecer, a base de los testimonios más ostensibles de los pueblos de la Costa y, en especial, del pueblo de Paracas de hace nueve mil años, la existencia de un *horizonte de conchales*, pero que su descubrimiento de vegetales, *probablemente cultivados*, le ha llevado a desconocer esta fase antigua, porque los vegetales hallados le demostraron que el hombre de Paracas compartía para su existencia tanto la economía de la *recolección de mariscos* como la *economía del cultivo*, quizá en partes iguales. Concluye Engel: "No parece el molusco el factor decisivo [en la alimentación del pueblo de Paracas] sino una consecuencia, quizá, de la falta de proteínas".

Sin embargo, para la evaluación de los porcentajes alimenticios, aunque el hallazgo de plantas presumiblemente cultivadas es sensacional, no deja de ser convincente la tesis, sólo en parte seguida por Engel, de Rouse y Cruxent, que considera a los hombres de esta fase arcaica como *predominantemente recolectores de mariscos*.

EL PRIMER HOMBRE DE CHILCA: 7,000 AÑOS.

En 1963, desarrollando un programa de exploración de sitios primordiales y precerámicos, Engel descubrió, en el sector de los cerros de Pucusana, cerca del desvío que conduce a la playa

La Honda, un yacimiento con cadáveres de *siete mil años* de antigüedad. El radiocarbono determinó para los materiales extraídos de dos tumbas, una edad de 6,970 años, con una aproximación, positiva y negativa, de 300 años.

Posteriormente, este fechado récord de Chilca fue superado por otro de 7,340 años, correspondiente a casas semisubterráneas con techos de paja y entierro subyacente; carbón, esteras de junco, calabaza y espina de cacto; *muchas conchas, anzuelos de diverso tipo y caza del lobo de mar*²³.

El *hombre de Chilca de hace siete mil años* —que, por su ubicación referida a la geografía moderna, puede ser llamado también *hombre de Pucusana*— aparece como un horticultor embrionario, ya con camote, calabaza y yuca, y también como un *recolector de caracoles de tierra* (gasterópodos), lo que indica que la comarca que habitaba tenía características plenamente definidas de *loma*, como fueron los alrededores de Ancón por la misma época. Su relación con el mar, en cambio, no fue estrecha.

Todo esto puede llevar a pensar que el *hombre de Pucusana* procedía de la Sierra y que en él predominó la tradición de la caza y el recojo de semillas, frutos y raíces.

Dice Engel: "No hemos encontrado . . . en Chilca agricultores tan antiguos como los de Paracas. El pueblo de mayor antigüedad que conocemos indicó una edad por radiocarbono de siete mil años . . .". El ambiente en que vivió este pueblo fue sin duda, rico, pero hasta el momento no ha podido ser aclarado el enigma del agua. No hay vestigios de una fuente regular para la población del villorrio. "Según el geógrafo Oliver Dollfus —añade Engel—, lluvias y condensaciones en los cerros que se levantan al oeste del pueblo, entre el mar y la pampa de Chilca, pueden haber formado una *napa* . . . que conocían los habitantes de entonces"²⁴.

Pero, el entusiasmo de Engel por la supuesta agricultura de estos hombres arcaicos es tan grande que lo lleva a sostener que unos *andenes sin cerámica* que existen hacia el lado del mar en Chilca datan de la época del pueblo de siete mil años, lo que no es concebible y sí temerario. (Que un sistema de andenes carezca de cerámica no significa necesariamente que sea precerámico porque las terrazas agrícolas hechas en los cerros no son lugares de estar sino de trabajo periódico).

No hay referencia alguna en los informes de Engel sobre la existencia en los yacimientos de Pucusana de vestigios que revelen actividad extractiva de moluscos marinos; pero, es innegable que alguna relación mantuvo el primer hombre de Chilca con el mar.

*EL SEGUNDO HOMBRE DE CHILCA: 6000 AÑOS.
EL ENIGMA DE LA RED*

El programa de indagación precerámica e inventario arqueológico, general, del valle de Chilca, iniciado por Engel a fines de 1961, dio por resultado, a mediados del año siguiente, el descubrimiento de un pueblo a la altura del kilómetro 65.5 de la Carretera Panamericana Sur y a 150 metros al este de la cinta asfáltica. Sobre un terreno llano, en parte de transporte fluvial, en parte de transporte eólico, fue hallado, a escasa profundidad, casi a ras del suelo, un depósito funerario asociado a primitivas construcciones.

Por el estado de alteración muy avanzado de los cadáveres, fue menester tomar los mayores cuidados. Al final, se tuvo a la vista un cuadro arqueológico conmovedor: sobre una reducida extensión en medio de la pampa, tres cadáveres tendidos en posición decúbiteo dorsal, intactos pero muy descompuestos, en trance de desintegración, yacían en sendas cavidades y, cerca de ellos, restos de una antigua aldea completaban el conjunto.

Lo que más llamó la atención fue la presencia, junto a los artefactos de piedra, de semillas y cortezas vegetales, que insinuaban una fase embrionaria de agricultura.

El examen integral de los restos puso en claro que allí había vivido *una comunidad sedentaria que alternaba una economía de recolección y pesca con otra de cultivo de la tierra.*

El radiocarbono reveló que la aldea de horticultores, recolectores y pescadores tenía una antigüedad de 5,750 años. Considerando el margen positivo, tratábase de un poblado de *seis mil años.*

La busca de alimento, llevó al *segundo hombre de Chilca* a tres actividades:

- a) *cultivo* de la tierra;
- b) *recolección* de mariscos; y
- c) *pesca*, pero ésta sólo con anzuelo porque, a diferencia del hombre de Paracas, éste de Chilca desconoció por completo la red.

En aquel tiempo, el mar no llegaba hasta el sitio de ocupación del pueblo, pero avanzaba, sí, tierra adentro en relación con la actual línea de playa. Por depositación fluvio-aluvial y, sobre todo, por arenamiento de la playa, el mar se ha retirado considerablemente, resultando ahora el lugar, antaño habitado, muy lejos de la orilla. Con respecto al nivel del mar, el *Pueblo 1 de Chilca* —así lo distingue Engel—, de seis mil años, está a una altura de quince metros²⁵. La transgresión marina por ascenso

eustático fue allí contrarrestada por la depositación fluvio-aluvial y el arenamiento de la playa.

Trátase —explica Engel— de “una población de *campesinos*, *recolectores* y *pescadores*, que se caracteriza por haber tenido una dieta muy rica en proteínas: es abundante el pallar (*Phaseolus lunatus*) . . . pero también lo son plantas como la jiquima y, probablemente, una especie de yuca . . .”²⁶.

Los hombres de este pueblo cultivaban, también la calabaza y el camote pero desconocían por completo el algodón. Vivían en casuchas formadas por hoyos cavados en la tierra, y se protegían del viento por medio de tabiques hechos de troncos de sauce, reforzados con cañas y esteras entrelazadas de junco. Practicaban ciertas formas de tejido, principalmente el *entrelazado* y el *anillado*, que pueden considerarse como técnicas previas al tejido de telar. Trabajaban la piedra, para la fabricación de sus utensilios, a la manera de Ayampitín. Cazaban, aprovechando de los venados y guanacos que periódicamente bajaban de la Sierra. Primitivos, tenían, sin embargo, vida interior; se adornaban en las celebraciones o en los oficios funerarios; tenían creencias religiosas relacionadas con el más allá y concebían lo bello.

El pallar hallado en los basurales del pueblo —y dictaminado como *pallar cultivado*, no *silvestre* por un especialista de fama como es el profesor Lawrence Kaplan, de la Universidad de Chicago, Estados Unidos—, asegura para el habitante de Chilca de hace seis mil años una posición firme e indubitable entre los pueblos cultivadores. El habitante de Chilca de hace seis mil años, por consiguiente, debe ser considerado como uno de los *iniciadores de la agricultura del Nuevo Mundo*.

El cultivo del pallar no se hacía en las tierras altas de loma sino “en las tierras bajas, humedecidas por las aguas de avenida en el mes de enero. . .”.

Pero, la principal actividad económica del hombre de Chilca fue la relacionada con el mar. El mar fue la fuente abastecedora de productos alimenticios de mayor importancia, más que la tierra indudablemente. Dice Engel: “Restos de pescado, de lobo de mar y de toneladas de mariscos atorán los pueblos: ¡los hombres de Chilca! comen toda clase de moluscos, desde el pobre caracol de las lomas hasta el gran caracol de mar, pasando por los choros, las almejas, los chanques, las patas de burro, etc.”. Por el examen de la basura se colige que la principal recolección es la del chanque.

Pero, no solamente hay recolección. La pesca en Chilca en esta edad está plenamente confirmada. Practicábasela en gran escala, pero con una limitación muy importante: *sólo con cordel*. La pesca con red, que ya era conocida, desde dos milenios antes,

por los habitantes de Paracas, era aquí completamente ignorada. La ausencia de la red en Chilca constituye un verdadero enigma.

Anota Engel, tras el examen del material extraído de las tumbas: "No hemos encontrado ni una red de pesca en Chilca".

Indudablemente, entonces, los hombres de Chilca operaban de acuerdo con una tradición cultural muy distinta a la que regía los actos de los hombres de Paracas. Los hombres de Chilca pescaban desde la playa o desde los promontorios, encaramados a las peñas, con cordeles finamente elaborados, pero jamás tiraban redes al mar.

La pesca con cordel estaba muy desarrollada como se desprende de la variedad y cantidad de anzuelos en los basurales. Usaban *anzuelos múltiples* y *anzuelos simples* hechos de espina de cacto, ingeniosamente perfeccionados. "También usaban cordeles con pesos . . .".

El descubrimiento de *arpones* ha sido realmente inquietante. A la vista de estos artefactos de pesca, Engel ha llegado al extremo de proponer la posibilidad del ejercicio de una *pesca de alta mar* en aquella edad, con *balsas*. Ante la opinión general, esto realmente parece excesivo. Dice Engel: "Una punta de arpón, de hueso de ballena, hace imaginar que también se pescaba en *alta mar*, con *balsas* o *canoas*"²⁷. Esto último —lo de la canoa— tiene los visos de un desliz.

La siguiente lista sumaria, expone la relación del hombre de Chilca de hace seis mil años con el mar:

- a) alimentación, básicamente, de productos marinos;
- b) recolección en gran escala de mariscos;
- c) pesca con anzuelo (principalmente de robalos, cazones y corvinas);
- d) empleo del arpón para alguna forma de pesca grande, quizá mar afuera;
- e) caza del lobo marino para aprovechamiento de la carne, el hueso y el cuero;
- f) empleo de costillas y vértebras de ballena para la construcción de taburetes, morteros y otros objetos; y
- g) fabricación, verdaderamente esmerada, de collares y otros adornos de conchas, los cuales se usaban en las celebraciones, en los ritos funerarios y en la inhumación de los cadáveres.

Conclúyese en el sentido de que la vida del hombre de Chilca de hace seis mil años giró en torno al mar y que los tanteos que realizó para lograr el cultivo de algunas plantas, tuvieron, dentro de su alimentación, sólo carácter complementario. Inexplicablemente, el hombre de Chilca desconoció el uso de la red como implemento de pesca. Torció, sí, largos y muy resistentes sedales y fabricó gran variedad de anzuelos, capaces de cubrir todas las

LAS PRIMERAS ESTACIONES FRENTE AL MAR

necesidades de la pesca. ¿Qué impidió que la tradición de la pesca con red de los no distantes hombres de Paracas llegara a Chilca cuando la edad del *segundo hombre?*, no se sabe. Es un enigma.

PALOMA: CAZADORES QUE SE VOLVIERON HOMBRES DE MAR: 6,300 AÑOS

Paloma es el nombre de una diminuta agrupación urbana, con construcciones de piedra, recintos y grandes conchales, que se oculta bajo tierra, a escasa profundidad, en una cerrada pampa, como rinconada, de la formación de cerros de *Caracoles*, entre los balnearios de Santa María y Pucusana, en el kilómetro 56 de la Carretera Panamericana Sur.

Descubierta y estudiada por Engel, mostró construcciones de piedra con argamasa de barro —las primeras, de su género, en América²⁸—, un recinto casi cuadrado, de nueve metros por ocho, bajo el nivel circundante, con dos escalinatas de acceso —seguramente, un recinto público para las reuniones de la comunidad—; y, cerca, una tumba, también a poca profundidad, conteniendo el cadáver de un hombre que en vida debió tener 1.64 m. de estatura. La posición del cadáver, de costado, reposando el cuerpo sobre el lado izquierdo, con las piernas fuertemente flexionadas y las manos sobre el pecho, como en actitud contrita. Cubría al cadáver, de pies a cabeza, una mortaja de junquillo, finamente tejida —una obra admirable—, pero que no pudo ser retirada, ni en parte, para su estudio, por el avanzado estado de alteración del tejido.

El examen del material de origen orgánico que proporcionó la tumba, dio un fechado de 6,300 años.

Aunque muy escasa y poco prominente, la estratigrafía reveló dos pisos: el profundo y, por ende, más antiguo, de tierra apisonada, gruesa, un verdadero hormigón; encima, una capa de *llapana*, que no aparece extrañamente en la pampa, lo que obliga a creer que no se trata, en realidad, de *llapana* natural sino de barro batido, aplicado allí intencionalmente, con un propósito de nivelación. Sobre la capa exterior, basura de una ocupación tardía, no relacionada ni con las construcciones ni con la tumba explorada.

Perfectamente visibles, aun para el ojo menos avezado, por la tonalidad blancuzca que los distingue sobre el fondo oscuro, gris, de los cerros y de la pampa, se extienden los basurales, extraordinariamente interesantes para la pesquisa arqueológica. Los cubre una ligera capa de transporte eólico.

Comprenden estos basurales dos estratos, reveladores, a su vez, de dos épocas y de dos regímenes alimenticios. El estrato alto contiene gruesa acumulación de conchas y, en general, de

valvas de mariscos. El estrato bajo, más antiguo, contiene únicamente residuos de alimentación a base de carne. Esta diferente composición revela que los primeros ocupantes de la rincónada y cerros circundantes fueron serranos acostumbrados, por el ejercicio de la caza, a la alimentación de carne de guanaco y venado, animales cuyos restos aparecen. Después, los mismos hombres se adaptaron a los recursos propios del lugar y no frecuentaron otra alimentación que la que se basa en los productos del mar. Desde entonces comieron caracoles (grandes y chicos), choros (en dos variedades), almejas y mejillones de gran tamaño. Supieron aprovechar para su industria los huesos de los lobos marinos y de las ballenas que varaban en las playas cercanas, enfermas para morir, o ya muertas.

Algún vestigio, muy perdido, de pescado, induce a creer que los hombres de Paloma *también pescaban*, seguramente con anzuelo. El uso de la red, conocido en Paracas pero desconocido en Chilca, no está aquí confirmado.

Los primeros grupos serranos que bajaron de las alturas y se establecieron en las pampas y cerros de Paloma, seguramente hallaron un ambiente de *loma*, con abundante vegetación estacional alimentada por la humedad de las densas neblinas que avanzaban diariamente de la mar hacia el interior. Las pampas y los cerros, hoy completamente desérticos y arenados, tenían, por lo tanto, en aquel entonces, un aspecto muy distinto, y atrajeron a los cazadores serranos que buscaban guanacos y venados y algunas raíces y semillas para subsistir. De aquella primera ocupación quedó, sin duda, el hábito de cultivar la calabaza o de aprovechar los frutos de la planta silvestre. Lo cierto es que tanto en el estrato de los cazadores como en el superior de los mariscadores, hay restos de corteza del utilísimo fruto.

También en los basurales hay ceniza y hollín y enorme cantidad de materia orgánica descompuesta. Dispersas, se encuentran algunas puntas de piedra.

El espesor de los conchales induce a creer o que la ocupación del lugar fue muy larga o que la población fue crecida.

Desde el sitio del villorrio mismo no se ve el mar por la masa de cerros que se interpone entre el observador y la playa lejana. Con mayor razón en el tiempo antiguo, en que el mar estaba bajo su nivel de ahora. Pero, hombres y mar mantuvieron una relación estrecha, de todos los días, determinada —u obligada— por la necesidad vital del alimento. Rota la tradición de los primeros ocupantes, que comían carne de auquénido y de venado, los descendientes de éstos se volcaron al mar, como fuente abastecedora de alimento, pero se quedaron en el mismo sitio, siempre socorrido por las neblinas, gran parte del año con agua por la condensación de los vapores atmosféricos y protegidos de los vientos por la enredada comunidad de cerros del ramal andino.

La extinción de las lomas seguramente determinó la huída de los pobladores de Paloma. Después, nadie más, en sesenta siglos, se radicó allí.

CAZADORES DE GUANACOS QUE EXTRAÍAN CHOROS

Cerca del asiento minero de *Toquepala*, en el departamento de Tacna, hay testimonios de uno de los más antiguos establecimientos humanos del Perú. Se trata de la *Cueva de Toquepala*, situada a diez kilómetros, aproximadamente, del centro metalúrgico citado, en uno de los cerros que marginan *Quebrada Cimmarrona*.

El lugar es completamente desolado, en medio del desierto volcánico del sur del Perú. El amasijo de montes llega hasta el mar con sólo la escueta decoración de los cactos. Al fondo de este escenario se alzan los conos de los volcanes, como el *Tutupaca*, de cerca de seis mil metros de elevación; el *Ubinas*, el *Omate*, el *Yucamani* y, al sur, el *Tacora*.

Los cielos son totalmente despejados y de noche la visión de las estrellas es magnífica. Pero, el agua falta en lo absoluto, y la región está, por consiguiente, negada a la vida del hombre.

A la vista del mar, el desierto volcánico, con espesa costra de lava, se combina con el desierto de los *llanos*, y entonces las estribaciones andinas se cubren de arena.

El arenamiento de pretéritos torrentes no hace sino confirmar que la aridez se ha enseñoreado en los últimos miles de años y que la condición desértica va en aumento.

Sin embargo, al otro lado de la cadena de los volcanes, se extiende la altipampa andina —la *puna*—, y allí sí hay agua. En esa *puna* vagan las manadas de auquénidos y los indios, como desde hace siglos, llevan una vida que se pierde, misérrima, en la áspera geografía.

Pero, milenios atrás, el panorama era otro. Aquella era una época más húmeda y el desierto de Toquepala no era tan yermo como hoy. El agua, por lo menos, no llegaba a los extremos de escasez a que llega actualmente. Se daba más pródiga, y por épocas abundaba. Corriendo por algunas quebradas —del cual derroche quedan pruebas—, aflorando de las grietas a manera de manantiales, cayendo periódicamente del cielo en forma de menuda pero sustanciosa lluvia, o, como en otras partes, reposando en grandes mantos de neblina, alimentaba cierto tipo de vida vegetal —la *loma*—, que, a su vez, permitía, por el encadenamiento biológico de las asociaciones naturales, la existencia de algunos animales. La fauna de aquel tiempo era escasa pero llegaba a darse, a diferencia de ahora: en los aires, pájaros; entre las matas silvestres, caracoles, moluscos de tierra, gasteró-

podos en general; y, en las peñolerías, guanacos con otros parientes.

El *hombre de Toquepala* ha dejado varios testimonios de su existencia en este paraje tan adusto del sur del Perú: algunos artefactos de piedra, como puntas, raspadores, hachas de mano y machacas; ceniza y carbones, que revelan frecuente uso del fuego, no sabemos si para comer, para calentarse en las noches batidas por los vientos helados de las alturas o para ahuyentar a los animales peligrosos; y, principalmente, *manifestaciones de su arte*. El muestrario de *arte rupestre* de la citada *Cueva de Toquepala*, es verdaderamente notable.

El número de figuras, de las reconocibles, sin considerar las muy borrosas, pasa del medio centenar. Repartidas en las paredes de la cueva, tanto a la entrada como en los recovecos, y así a ras del piso actual como a una altura apreciable, ellas reproducen escenas de cacería en las que se combinan hombres cazadores, generalmente armados de garrotes, con animales (guanacos, probablemente) a veces huyendo, a veces agonizando y los hombres ultimándolos.

El *chaco* —sistema de caza que consiste en el cercamiento de una manada— está claramente representado. Esto indica que la vida de estos primitivos hombres de la Sierra giraba fundamentalmente en torno a la *caza*. A los hombres de Toquepala se les puede definir, por lo tanto, como *cazadores de guanacos*. Pintaban las paredes de su refugio con *finis propiciatorios*. Su arte no era, pues, de raíz estética sino *mágica*.

La excavación practicada en el suelo de la cueva, donde a 1.80 m. se halló un estrato de carbón vegetal con abundante ceniza, permitió determinar la antigüedad de la primera ocupación del sitio, la que, por radiocarbono, se fijó, primero (en 1963) en 9,580 años, con una aproximación de más o menos 160 años; y, después, en 9,490 años, con una aproximación de más o menos 140.

El estudio que a mediados de 1963 realizó allí Muelle, reveló, además, períodos posteriores de ocupación. Abajo yacían los testimonios paleolíticos, con carbón y ceniza, y una industria de la piedra típicamente primordial; encima de esta primera capa se encontró un garrote, probablemente relacionado con los cazadores de guanacos y, por ende, con las pinturas de la cueva; finalmente, a poca profundidad, se halló una canasta de notable factura, hecha de fibra de junco, de 45 centímetros de diámetro, semejante a las de Arica, Paracas y California. Muelle, a base de este testimonio, se aventuró a hablar de una *cultura de canasteros*.

Pero, lo que interesa para nuestro estudio es la presencia del mar en este milenario yacimiento de cazadores de guanacos.

No obstante que se trata de un sitio de típico ambiente de Sierra, distante del mar más de cien kilómetros y en el que vivió un pueblo *dedicado a la caza del guanaco*, no obstante ello *ese pueblo tuvo relación con el mar*.

En junio de 1964, al año de los trabajos de Muelle, se descubrió cerca del refugio descrito otro de similares dimensiones, con dibujos también en las paredes. Personal del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, que acudió de inmediato, practicó un cateo que produjo "algunos artefactos líticos, huesos partidos de mamíferos y pocos restos vegetales". "La excavación señaló la existencia de cinco estratos arqueológicos y dos niveles culturales", de transición paulatina. El hallazgo capital fue el de unos fragmentos de *Mytilus chorus* (el choro común) *en la basura de la primera cultura*. La presencia de estos fragmentos, claramente identificados e íntimamente asociados a los demás elementos del nivel, prueba de modo indubitable *la extensión del área de los cazadores de guanacos hasta el mar*, convirtiendo este hecho a Toquepala en "*una zona de campamentos temporales... entre el altiplano y el mar*".

Roger Ravines, arqueólogo al servicio del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, tuvo a su cargo los trabajos en este segundo refugio, y de él es el siguiente párrafo, extractado del informe preliminar que publicó en el *Boletín del Museo*²⁹, con autorización del director del programa, doctor Jorge C. Muelle. Dice: "La primera cultura documentada se manifiesta en los tres últimos estratos (3-5) y correspondería a un complejo de cazadores-recolectores, cuya fuente económica principal parece provenir de la caza de mamíferos [¿guanacos?]. Las gentes de esta cultura se habrían desplazado en ciertas épocas del año *entre el altiplano y el mar* . . . *Sus contactos con el mar se manifiestan en la basura, con la presencia de algunos fragmentos de Mytilus chorus*. Sus elementos más típicos son las puntas foliáceas con bordes aserrados, trabajadas muy finamente a presión, en rocas eruptivas locales".

Para Muelle, el fragmento de choro hallado en la segunda cueva de Toquepala, no indica alimentación a base de productos del mar. Muelle considera que los cazadores de guanacos de Toquepala extraían, en sus andanzas por la costa, choros de las rocas del litoral para usarlos como *ofrendas religiosas*³⁰.

ALIMENTACION DE LOS PRODUCTOS DEL MAR

Como se ha visto, el hombre de Paracas (Pampa de Santo Domingo) de hace *nueve mil años*, se alimentaba principalmente de los productos del mar, aunque ya tenía en la tierra una especial fuente de recursos, que con su ingenio sabía medianamente aprovechar, cultivando algunas plantas. Del mar obtenía mariscos

en gran variedad y pescados. Pescaba mayormente con redes, en las que se lucía como buen tejedor. Los fragmentos de redes de Paracas pueden considerarse, como se ha dicho, como los más antiguos del mundo en buen estado de conservación.

La cantidad de mariscos que extraía de las rocas y de los fondos someros, era enorme.

Por la proximidad y generosa contribución del mar —un mar excepcionalmente rico, adornado, de añadidura, con las mejores pinturas de la naturaleza—, la tradición de una dieta basada en los productos del mar jamás fue olvidada en Paracas. Cuatro mil años después del hombre de Santo Domingo, el de *Cabeza Larga* —todavía naturalmente precerámico— aprovechaba para su alimentación las conchas de Otuma y de Bahía de la Independencia, las algas de las playas que las olas arrojaban, los caracoles, los moluscos y los peces³¹.

Tocante a las algas, su uso por los pueblos de la Costa estuvo muy extendido en todas las épocas. En la edad alfarera se consumían, en el mismo sitio de Paracas, grandes cantidades de ellas, como lo testimonia el contenido de los basurales tardíos de *Cabeza Larga*. Hay en ellos, juntamente con restos de cerámica, lana en cuero y otros desperdicios, gran cantidad de algas en diversas variedades: unas, filamentosas; otras, de tallos gruesos con ampollas de flotación, etc. Con seguridad, estas algas entraban en la dieta de los pobladores de la región, aunque sabemos que también las usaban los constructores de casas, formando con ellas un barro sumamente resistente para la unión de las piedras.

Los hombres de Chilca de hace *seis mil años*, pobladores del villorrio correspondiente a la que Engel llama *segunda época*, comían tal cantidad de mariscos y pescado que los basurales de esta edad están prácticamente *atorados*, como dice Engel, de los desperdicios correspondientes. Como ya se ha dicho, todo el pescado que consumía este pueblo era producto de la pesca con cordel, porque la red, en el estado actual de nuestros conocimientos, era allí completamente desconocida. Las preferencias estaban por el robalo, el cazón y la corvina. En cuanto a los moluscos, no había discriminación: entraban en la comida diaria todos los existentes en los mares inmediatos, que eran los de Puerto Viejo y Pucusana. Los hombres de la época comían —dice Engel— “toda clase de moluscos, desde el pobre caracol de las lomas hasta el gran caracol de la mar, pasando por los choros, las almejas, los chanques, las patas de burro, etc.”³². Entre todos, el más gustado era el duro pero nutritivo chanque, para cuya obtención los buceadores tenían con frecuencia que sumergirse profundo y utilizar instrumentos especiales.

Parece que para los habitantes de Chilca, Pucusana, Paracas y Nazca nunca faltó el alimento de origen marino. Examinando los conchales y basurales de Chilca, correspondientes al hombre

de hace *cinco mil años* —siguiente al *del Pueblo 1*, descrito—, se ve que la vida transcurrió con una relativa holgura. “Los restos de comida son abundantes, con mayor proporción de *mamíferos marinos* (lobos grandes, *Otaria byroni*, y también lobos chicos). . . Los mariscos abundan: conchas, principalmente *Mesodesmas*; concholepas, variedades de *Pecten*; muchos choros y pequeños caracoles de mar. . . También hay numerosos huesos de pescado: corvinas, robalos y cazones. . . En general, se puede decir que la comida es rica...”³³

Naturalmente, el hombre de Chilca de hace cinco mil años ya tenía, positivamente, horticultura, y agregaba, así, a su alimentación productos de la tierra, no recogidos sino cultivados, sobre todo pallar y calabaza. Tampoco estaba ausente el camote, aunque no predominaba. Por último, para completar su cuadro de abundancia, agregaba de la arcaica tradición recolectora, semillas, raíces y diversos frutos.

En el precerámico de Chilca que estamos viendo, no hay *plataformas para pachamancas*, como las de Asia y Río Seco, reveladas por Engel. Las conchas se comían “abiertas al fuego”. La carne de lobo marino se preparaba directamente sobre las brasas de la hoguera. El residuo óseo era empleado para diversos fines, sobre todo para fabricación de instrumentos.

Paloma, con su lejanía de 6,300 años, tiene basurales muy importantes. Aunque ya se vio, no está de más repetir aquí —siguiendo una gentil comunicación personal del descubridor del sitio, Engel— que “el examen de los depósitos de basura... revela que los primeros hombres que se establecieron en el lugar comían predominantemente carne de auquénido. De esto se deduce —comenta el propio Engel— que eran de procedencia serrana. Los que siguieron, en cambio, adaptados ya al ambiente y *sujetos a los dictados del mar próximo*, fueron típicos *recolectores de mariscos* y, probablemente, horticultores que cosechaban calabazas y yucas. La vegetación de *loma*, además, les daba algunos tubérculos, bulbos y rizomas suculentos y no pocas semillas...”. Así, de las playas obtenían los hombres de *Paloma* el pescado, el lobo marino y los mariscos, vale decir, las grasas y las proteínas. De las lomas obtenían otros ingredientes básicos para la vida, contenidos en los tubérculos, en las variedades de cebollas y en las semillas, llenas éstas de la nutritiva fécula.

Al sur de Paracas y de Bahía de la Independencia, en la desembocadura del río Nazca, vivió, por la misma época del *hombre de Cabeza Larga* —el de los mentados osarios de *cinco mil años de edad*— un pueblo, naturalmente precerámico también, que se alimentaba, en forma *exclusiva*, de los productos del mar. Para este pueblo, frente a la riqueza del mar, los productos de la tierra —algunos de los cuales conocía— eran completamente secundarios. Dejó en sus basurales vestigios de calabaza pero en

Con picos divergentes y asa arqueada, esta vasija representa una concha marina con protuberancias o puntas muy pronunciadas que cubren la superficie. Pertenece al estilo Proto-Lima. (Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Pedro Rojas Ponce)

Terracota que representa un caracol gigante (*Strombus galeatus*). Mediante el corte del ápice, la pieza está adaptada para servir de trompeta o pututu. (Mochica. Costa Norte. Período intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Pedro Rojas Ponce).

En negro, esta vasija representa una concha marina, cuya superficie muestra asperezas y pequeñas protuberancias. El gollete tubular abocinado o de borde expandido, es rasgo típico del Chavinoide, Chavín costeño o Cupisnique, denominaciones del mismo estilo (siglo I de nuestra era). (Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Pedro Rojas Ponce).









cantidades tan pequeñas que este producto no cuenta en el inventario. Fue exclusivamente pescador y mariscador.

Este pueblo —que ocupó una prominencia del terreno cerca de la boca del río Nazca (departamento de Ica)— “se alimentaba de otarias (lobos marinos) y de otros mamíferos marinos, de tortugas de mar, de pájaros marinos, de pescado (en muchas variedades), sólo ocasionalmente de mamíferos terrestres; de mariscos o conchas de mar, de crustáceos y, en suma, de toda clase de productos comestibles extraídos del mar”³⁴.

Horkheimer limitativamente dice: “Desde el período lítico superior lo final, los moluscos y los crustáceos formaban un elemento alimenticio de primer orden”³⁵.

En suma: desde la primera edad del hombre de la Costa, diez mil años atrás, el mar fue la fuente primordial de abastecimiento para la alimentación.

RECOLECCION DE MARISCOS

Aunque ya cultivaba —según Engel— algunas plantas alimenticias, el antiguo habitante de Paracas, morador de villorrios hace nueve mil años, se nutría principalmente de lo que el mar le daba. Los basurales indican que comía sobre todo *mariscos*.

Para la obtención de su alimento preferido —preferido, entre otras razones, por la cantidad de proteínas que proporcionaba—, los hombres de Paracas, de todas las épocas —desde el arcaico de Pampa de Santo Domingo hasta el de las ciudades ribereñas densamente pobladas de la edad alfarera—, tuvieron que ser resistentes nadadores y audaces buceadores, capaces de desempeñarse en el agua con la máxima destreza al par que con la mayor seguridad. Completamente desnudos, o sólo con una breve *guara*, llevando una bolsa de malla en que reunir la cosecha submarina y el instrumental indispensable para arrancar de las peñas sumergidas el tesoro de las colonias de moluscos, bajaban a las profundidades —cinco o seis brazas, a veces más— y allí trabajaban en el extraño mundo de los peces y las algas, hasta, en lo posible, repletar la redcilla. Conteniendo la respiración permanecían allí uno, dos, hasta tres minutos, sin reparar en las consecuencias peligrosas y hasta fatales para la salud.

De once cráneos sacados por Engel de las tumbas de Paracas, todos tienen osteomas en el conducto auditivo, *la enfermedad de los zambullidores*, según Weiss. “Podemos sospechar por este dato —dice Weiss³⁶— que se dedicaban y probablemente vivían de la recolección de alimentos marinos”.

Los *hombres de Chilca* de hace seis mil años eran grandes recolectores de mariscos y comían “toda clase de moluscos, desde el pobre caracol de las lomas hasta el gran caracol de la mar,

pasando por los choros, las almejas, los chanques y las patas de burro". De todos los mariscos, el chanque era el preferido.

Se conocen los hornos que utilizaban los habitantes del *Pueblo 1*, de Chilca, para *asar a la brasa* las conchas y otros mariscos. El fuego se obtenía mediante la veloz rotación de una ramita en el hueco de un madero³⁷. Para abrir las valvas, duramente cerradas, de los lamelibranquios, también se utilizaba el fuego; al contacto con el fuego, la concha se abría. No siempre el fuego, por lo tanto, significaba preparación a la brasa; podía servir sólo para abrir la concha, ingiriéndose el alimento en forma cruda, lo que era muy frecuente.

La recolección de mariscos era una actividad relativamente fácil, en la que, a diferencia de la pesca, participaban todos los miembros del grupo. Los pescadores cumplían austeramente su labor, ora desde las peñolerías, ora desde las primitivas embarcaciones de entonces. En cambio, la recolección se hacía con gran concurso de gente y, sin duda, en medio de una colectiva y contagiante alegría. Cuando bajaba la marea —reconstruyó Uhle—, "los hombres, las mujeres y los niños acudían para sacar de las peñas las conchas, los cangrejos y los mariscos..."³⁸.

LA PESCA

La pesca está en los albores del hombre de la Costa. Lanning sostiene que por la "rica vida de las aguas de la Corriente Peruana, con peces, mariscos, aves y mamíferos marinos", la actividad pesquera, sistemáticamente practicada por el hombre, puede tener una antigüedad de, por lo menos, *seis mil años*. "Había villorrios de pescadores —dice— en las costas del Norte de Chile desde 4,200 años antes de Cristo y, en la costa central del Perú, por el 3600 antes de Cristo"³⁹. Pero, esta determinación se queda considerablemente corta a la luz de los recientes hallazgos de Engel, que dan cuenta de la existencia de un pueblo de pescadores en Paracas hace *nueve mil años*. El habitante de las aldeas de la Pampa de Santo Domingo, tanta veces citado, en efecto, *pescaba con redes* y obtenía de este ejercicio, sistemáticamente mantenido, una abundante recompensa. Estas redes pueden ser consideradas como las más antiguas del mundo, entre las bien conservadas.

Aunque Engel se afana en demostrar que el hombre de Paracas de hace nueve mil años era ya agricultor y vivía, por lo tanto, de los productos que obtenía del cultivo de la tierra, no cabe duda que, aún así el mar constituía en aquella época para ese hombre, la fuente primaria de abastecimiento para su alimentación.

En general, el ejercicio de la pesca se remonta a los tiempos de la ocupación del territorio peruano por el hombre, hace mile-

nios; debe ser considerada, por lo tanto, como una *actividad antiquísima*. El primer hombre que llegó a esta tierra —dicen Bennett y Bird⁴⁰— ya conocía la pesca pero ignoraba totalmente la agricultura, la metalurgia y la alfarería.

Sin embargo, para Lanning la pesca aparece —por lo menos, en el complejo lítico de Ancón— después de la fase recolectora y cazadora y aun después de los primeros tanteos en el campo de la horticultura de los *lauricochas* serranos que estacionalmente bajaban a las *lomas* de la Costa y se establecían por unos meses frente al mar. Así en la *fase Encanto*, de Ancón, 3,600 años antes de Cristo (hace, por consiguiente, 5,600 años), ya los lomerros de las estaciones invernales, por agostamiento de las formaciones de *loma*, no dependen de los recursos de la tierra (gasterópodos, frutos y semillas) sino *del mar*. Comen pescado, aves marinas y lobo de mar. En la basura de *Encanto*, a 1.80 m. de profundidad, hay espinas de pescado, aunque en pequeña cantidad. De todos modos, la *fase de pesca* está plenamente definida.

En Chilca, la pesca con cordel (solamente ésta, porque la pesca con red se desconoció allí) tiene *seis mil años*. Los habitantes del *Pueblo 1*, de Chilca, correspondiente a la *segunda edad* que llama Engel, vivían principalmente de la pesca. Hacían anzuelos de hueso y los colocaban al extremo de largos y resistentes sedales. Pescaban desde las peñas de los promontorios o desde las playas, y presumiblemente también, como sugiere Engel, desde rudimentarias embarcaciones. Sin embargo, la pesca en alta mar por los hombres de Chilca de esta época, es un punto muy discutible, que requiere temeridad afirmarlo.

Dollfus coincide con Lanning cuando dice que “pequeños grupos de *pescadores* y cazadores, cuyo habitat estaba ubicado a orillas de las ciénagas que se extendían detrás de los cordones litorales, se instalaron en la costa hace alrededor de *seis milenios* y posiblemente más”⁴¹.

En la *fase preagrícola* de los primeros pobladores de la Costa —explica Valcárcel⁴²—, las actividades económicas básicas eran la *caza*, la *pesca* y la *recolección*, generalmente unidas como “tres formas coexistentes”; pero, entre los *grupos pescadores*, la *pesca* fue naturalmente dominante, en tanto que la *caza* y la *recolección* ocuparon un puesto muy secundario “porque no había mucho que recolectar en el aspecto de frutos y semillas comestibles, aunque en los valles había ciertos juncos de cuyos cogllos se alimentaban los primeros hombres... y la *caza* era muy reducida porque no había abundancia de especies animales...”. El hombre medianamente recolectaba, sí, caracoles de los cerros y cazaba eventualmente ciertos reptiles, llamados hoy *cañanes*, que los aprovechaba como alimento. Los mamíferos mayores estaban muy adentro y no los podían alcanzar. En cambio, los grupos *avecinaados frente al mar*, practicaban “cierta cacería de

aves marinas pero poco numerosa porque era muy difícil, ya que no contaban con las armas necesarias". Finalmente, "había [una muy extendida] recolección de moluscos y crustáceos... y sólo *cacería de lobos marinos*".

Este es el cuadro que presenta Valcárcel para los primeros ocupantes de la Costa. De acuerdo con su teoría expuesta al comienzo de este capítulo, los primeros habitantes de la Costa no llegaron procedentes de la Sierra, siguiendo el curso de las quebradas y los ríos, como propone la teoría de los *lauricochas*, sino que *llegaron a la costa por el mar o por el litoral* sin penetrar al comienzo a los valles ni mucho menos a las quebradas del flanco occidental andino.

LOS PESCADORES PRIMITIVOS DE ARICA, PISAGUA Y TALTAL

En el extremo norte de Chile, relacionado con el Perú —culturalmente, una provincia marginal peruana—, Junius Bird halló las evidencias de una *cultura muy primitiva de pescadores*, cuyos asientos principales estuvieron en Arica, Pisagua y Taltal. Tras el examen de las enormes acumulaciones de conchas y desperdicios de cocina, Bird llegó a establecer dos periodos o dos culturas en los mencionados sitios. Un *primer periodo* apareció caracterizado por diversos artefactos de hueso y piedra, como anzuelos con pesas de piedra, puntas de hueso, arpones igualmente de hueso para pesca mayor; y entre los utensilios de piedra, de manufactura grosera, salieron raederas y raspadores.

Este primer período ocupaba en los conchales estudiados los estratos más profundos. A este período siguió otro, cuyos habitantes vivían también de los productos del mar en su mayor parte pero con artefactos diferentes a los del primer período. Salieron arpones de hueso de pescado y anzuelos.

Esta cultura de *pescadores primitivos* se extendió por toda la costa de Chile, desde el Norte hasta la Patagonia⁴³.

Un escritor moderno⁴⁴ ha imaginado la vida del pescador primitivo. "Debió ser impresionante —dice— contemplar a estos hombres viviendo su vida azarosa en la más reciente mañana del planeta, allá por el año doce mil antes de Cristo... Las olas oscuras y potentes, coronadas de esa blanca espuma propia del Pacífico, debieron azotar entonces como ahora los altos acantilados de la planicie atacameña. En la estrecha faja litoral, entre el muro inmenso y árido y el mar, deslumbrante de reflejos y de color, se agrupaban las *rancherías* de estos hombres, precisamente en los sitios en que ahora se ven los conchales, sus antiguos *restos de cocina*... Esa gente disponía de agua dulce para su subsistencia, porque de otra manera no se explicaría su presencia en esas regiones durante miles y miles de años..".

“¿Cómo vivían estos pescadores primitivos? Armaban su *toldo* no lejos de la faja de algas y desperdicios que el mar arroja hasta la línea de alta marea nocturna. Protegidos por alguna roca que les servía como pantalla contra el viento, iban colocando unas varillas unidas en el extremo superior, sobre las cuales tendían unas *pieles de lobo marino*, cosidas entre sí por tirillas de cuero y espinas de pescado”. Esta es la vivienda del hombre primordial de la región señalada.

Este hombre primordial de las costas de Arica y Tarapacá pescaba y mariscaba.

Más tarde, otros hombres, quizá, introdujeron el *arpón* y comenzaron a emplear la *tоторa*, tanto en sus viviendas como en las embarcaciones. Formaban “una serie de haces de esa hierba, unidos en una suerte de gran paquete, arrufado por la proa, y sobre el cual montaban como en un caballo acuático. La propulsión la llevaban a cabo mediante un remo de dos palas.

“Debió ser un extraño espectáculo el de esa cabalgata marina... Los hombres, con las piernas recogidas y apretadas contra la *tоторa* resbaladiza, debieron mecerse tremendamente sobre las olas acompasadas del Gran Océano. Así se adentraban en la mar al caer la tarde, hora en que los peces se acercan a la superficie. Al fondo, el severo muro desnudo de la costa mostraba, como ahora, sus tonos ocres y rosados... Y debió de ser muy grande la soledad que se desprendía de este cuadro, porque el inmenso acantilado, visto de lejos, no parece dejar espacio entre su masa y el mar; así, pues, aquellas flotillas de centauros marinos debieron parecer abandonadas del cielo y de la tierra, sin puerto alguno ni playa visible donde recalar”.

Esta fue la tradición que heredaron los *changos*.

Después de la embarcación de *haces de totora*, aparece la *balsa de tres tablas*, “formada por tres tablones toscamente labrados y ligados entre sí: el mayor al centro, haciendo las veces de proa para cortar las aguas”.

Más tarde aparece la *balsa de cueros inflados*: “curiosa embarcación formada por dos grandes cueros de *lobo marino*, cosidos e inflados por una caña que ataban a un orificio dejado en el extremo... Sobre los cueros colocaban una suerte de plataforma de cañas y maderas que iba adelgazándose hacia la parte más puntiaguda de los cueros, aquella que hacía las veces de proa. Los tripulantes iban de rodillas, bogando cada cual por un costado con un *remo de muleta*, sin apoyo alguno. Para proteger los cueros de la acción del agua y para que éstos se hicieran suficientemente estancos, los cubrían con una pasta roja preparada con una especie de caolín unido con un cemento vegetal; especie de mucílago que luego se endurecía con el agua”.

En Arica y Pisagua se han encontrado en las tumbas reproducciones en miniatura de las embarcaciones de los pobladores del litoral atacameño. Son juguetes, reproducción a escala de los objetos verdaderos.

*LAS REDES DE PARACAS,
ENTRE LAS MAS ANTIGUAS DEL MUNDO*

Insistimos: las más antiguas redes del Perú —y que se colocan, también, entre las más antiguas del mundo— proceden de Paracas, de los depósitos de Pampa de Santo Domingo, tantas veces citados cuya edad ha sido fijada por el radiocarbono en 8,830 años, con una aproximación, positiva y negativa, de 190 años.

Hechas con resistente hilo de fibra de cacto por el horticultor de Paracas de hace nueve mil años, *servían para pescar*. El horticultor de Paracas, por consiguiente, tenía doble base económica: cultivaba la tierra obteniendo algunos productos de importancia, que ya entraban en su régimen alimenticio, y pescaba en el mar con sus redes. Además, mariscaba. Para la carga tenía otras redes, de hilos gruesos y malla estrecha. Las redes de pesca eran de malla rectangular.

En cambio, como ya se ha dicho, los habitantes de hace seis mil años de Chilca no tenían redes, no obstante que eran eximios pescadores y que vivían principalmente de los productos del mar. Se limitaban a pescar con cordel y anzuelo. “No hemos encontrado ni una red en Chilca” —dice Engel—⁴⁵. ¿Qué determinó que la tradición pesquera con redes de Paracas no pasara a Chilca?, no se sabe, pero es una ausencia extraña.

Por el año 3000 antes de Cristo, casi todos los pueblos de la Costa fabricaban redes, muchas de ellas de grandes dimensiones, *para pescar desde la playa*. En la fabricación de estas grandes redes entraban diversas fibras vegetales, entre ellas la fibra del cacto, que subsistió, por su bondad, durante mucho tiempo; el uso del algodón fue relativamente tardío y no corresponde a la época que estamos tratando.

No puede dejar de observarse una estrecha relación entre la pesca en general pero, especialmente, la pesca con redes, y el desarrollo del arte textil. Se ha propuesto que el uso de la fibra del algodón fue favorecido por la necesidad de contar con un buen material para la fabricación de sedales y redes. La hilandería de algodón habría tenido, pues, en su punto de partida, la pesca. Horkheimer dice: “Probablemente, la fabricación de redes para la pesca en la playa, *impulsó el desarrollo del arte textil* ... produciendo (inicialmente) ralos tejidos *anillados* y, principalmente, *entrelazados* ...”⁴⁶.

ANZUELOS DE HACE 6,000 AÑOS: CHILCA

Los anzuelos, perfectamente constituidos, más antiguos del Perú proceden de Chilca: tienen una antigüedad de *seis mil años*.

Como ya varias veces se ha dicho, el pescador de Chilca de hace seis mil años no conocía la pesca con red; era sólo pescador de cordel y anzuelo.

Hacía los anzuelos de espina de cacto. Ataba unas veces un solo anzuelo al cordel y, otras veces, varios. En el primer caso el cordel era de *anzuelo simple* y, en el segundo caso, el cordel era de *anzuelos múltiples*. Para que el gancho con el cebo descendiera al nivel apropiado, el pescador colocaba a determinada distancia del extremo un *peso*.

La mayor pesca con cordel se hacía desde la playa o desde las peñas de las puntas y morros, pero no puede descartarse la posibilidad, propuesta por Engel, de una pesca desde embarcaciones, que podrían ser *balsas*. En favor de esta tesis, ha exhibido Engel un *arpón* de hueso de ballena, obtenido de los mismos depósitos de Chilca de hace seis mil años. El arpón, más que un implemento de pesca, es un instrumento de caza que se usa para cobrar animales grandes, como mamíferos. La posibilidad que para tal fin empleara el hombre de Chilca el arpón aludido es muy remota pero debe ser, por lo menos, dentro de su improbabilidad, consignada.

Los cordeles de los anzuelos de la edad primordial, presentan un buen trenzado, y son resistentes.

¿EMBARCACIONES? EL ENIGMA DE UN ARPON

Al ocuparse del hombre de Chilca de hace *seis mil años*, habitante del *Pueblo 1* de la *segunda fase* —buen pescador pero sin nociones de la pesca con red, como se ha dicho en varias oportunidades—, Engel no descarta la posibilidad de que, siendo excepcionalmente hábil en las faenas del mar y habiendo vivido predominantemente del marisco y del pescado, haya usado *cierto tipo de embarcación* para sus salidas de *alta mar*.

Para plantear esta posibilidad, Engel no se basa sólo en la habilidad de ese hombre para desenvolverse en el mar, y en el mucho consumo que hizo, en toda su historia, de los productos de las aguas, sino, fundamentalmente, en el hallazgo de una *punta de arpón*, hecha de un *hueso de ballena*. El arpón es un instrumento de caza típico de los pueblos que practican la *navegación alejada de la costa*; indispensable, por ejemplo, para la caza de los cetáceos. Dice Engel (un poco apresuradamente):

"... una punta de arpón de hueso de ballena hace imaginar que se pescaba en *alta mar* con *balsas* o *canoas*"⁴⁷. Estimamos que esto último —la posibilidad de empleo por el hombre de Chilca de hace seis mil años de *canoas* (comenzando porque jamás hubo canoas en los mares del Perú, ni en la época de apogeo de la navegación marítima)— es, simple y llanamente, un desliz del prestigioso arqueólogo.

En todo caso, como él insiste en abrir esta posibilidad, habría que agregar, completando su audaz tesis, que éste sería, entonces, el punto de partida o el verdadero origen de la navegación aborigen en el Perú.

En cuanto al propuesto uso de la balsa, está más cercano a la realidad, y no debe desestimarse.

Los tratadistas mejor informados no aceptan la posibilidad sugerida por Engel. "Parece que en toda la época precerámica —dice Horkheimer— el habitante de la costa peruana *no creó ningún vehículo para ser usado en el mar*". Pero, el argumento de Horkheimer de que el hombre del precerámico no tuvo embarcaciones porque "sintió terror ante el océano" —terror del cual "nunca se liberó completamente"— es muy ligero y carece de valor. Añade Horkheimer que el hombre de las primeras edades *no entraba en el mar*; "prefería actuar en la playa, donde recogía mariscos, descuartizaba las ballenas varadas y mataba a los lobos marinos, obteniendo su preciada piel, grasa y carne"⁴⁸.

VESTIDO

El hombre de hace *cinco mil años* de Paracas, Chilca y otros sitios —comúnmente calificado como el *precerámico sin algodón*— usaba para su vestido la piel de la vicuña —obtenida, quizá, por intercambio con los pueblos de la Sierra—; también tejidos hechos con fibras de cacto y de otras plantas, según las técnicas del *anillado* y el *entrelazado*; y, no pocas veces, *piel de pingüino*⁴⁹. Parece que entonces el pingüino abundaba en las playas del Perú; es un ave típicamente marina que no huye del hombre y que alcanza a ser domesticada.

Además de usársela en la confección de vestidos ceremoniales o de fiesta, la piel de pingüino entraba también en la confección de las mortajas o mantos funerarios. Indica Engel que en diversos cementerios de Paracas, correspondientes a varias épocas —pero todas considerablemente alejadas—, se hallaron cadáveres en gran cantidad suntuosamente amortajados con mantos de piel de vicuña, en unos casos, y de piel de *pingüino* o *pájaro bobo*, en otros. Los cadáveres llevaban, además, *huara* o *taparabo* y un manto tejido de fibra de cacto⁵⁰.

*COLLARES Y OTROS ADORNOS. OFRENDAS.
EL INTRIGANTE USO DEL CORAL*

Las *conchas* aparecen en los grupos más antiguos de la Costa sirviendo de adorno o de ofrenda para los ritos funerarios. Tienen no menos de *ocho mil años*⁵¹. Estas cuentas de la primera edad se presentan por lo general como *cuentas cosidas*, finamente trabajadas. "Con los fardos —dice Engel— se entierran con frecuencia ofrendas de alimentos: *unas conchas*, un pedazo de carne, unos huesos y, en menor proporción, utensilios de la vida cotidiana . . .".

Las excavaciones en los cementerios de *Cabeza Larga*, de Paracas, de *cinco mil años*, indican que el hombre de esa edad trabajaba muchos objetos para el uso doméstico y para el adorno de su persona, *con materiales proporcionados por el mar*. Se encuentran colmillos de lobo marino, conchas de diversos géneros y huesos trabajados de otros animales, incluyendo aves y peces. El mar se presenta, por consiguiente, como el principal proveedor de materia prima para la industria del adorno.

En su ejemplar monografía sobre el hombre de Paracas de hace cinco mil años, publicada en 1960, Engel proporciona informes de sumo interés. Revela, así, que tanto el pueblo que enterró a sus muertos en el *cementerio de Cabeza Larga* como el que siguió allí mismo, en otra época, con los enterramientos secundarios del *osario de Cabeza Larga*, utilizaban para sus adornos *conchas y pedazos de hueso*, los huesos unas veces de *pescado y otras de lobo marino*.

Los objetos ornamentales de *concha* sacados del cementerio, son de muy diverso tipo y abundan. Hay collares, brazaletes, pendientes, cintillos, etc. Entre los collares, unos son grandes y otros chicos. Las *cuentas de los collares*, hechas del material de las conchas, son finas y, revelan un trabajo delicado conforme a una técnica verdaderamente depurada, no obstante la época de la que proceden. Algunos collares fueron hallados con sus respectivas cuerdas interiores, en buen estado⁵².

Las cuentas de los collares revelan un *cuidadoso tallado* por medio de lezna o lima (de piedra), con *perfecta perforación bicónica*, de una abertura de sólo *tres milímetros*. Se trata —describe Engel— de cuentas muy delicadas y pequeñas, verdaderos dijes, que no pasan de ocho milímetros de diámetro por sólo dos de espesor.

Hay naturalmente, también, collares cuyas cuentas son más grandes, presentando un trabajo menos delicado pero no menos acertado en su ejecución, con hueco central de hasta cuatro milímetros⁵³.

Los collares del hombre de Paracas de hace cinco mil años, hechos de cuentas cilíndricas y planas, talladas con lima, del

material de las conchas marinas, aparecen por lo general colocados en el cadáver tanto en la cabeza como, fuertemente ajustados, en las piernas y muñecas⁵⁴.

También en los cementerios de Cabeza Larga, de cinco mil años, se han encontrado *pendientes* o *colgantes ornamentales*, de concha, con agujero en un extremo para la suspensión, de *sección bicónica*, logrado mediante perforación en ambos lados de la pieza⁵⁵.

Un tema de intrigante importancia para la arqueología de los grupos primordiales de la costa, lo proporciona el coral de Paracas. En las tantas veces mencionadas tumbas colectivas de *Cabeza Larga*, de cinco mil años, Engel encontró en sus exploraciones de 1959 *cuentas grandes de coral, de forma anular*, trabajadas delicadamente con leznas y "limas" paleolíticas.

El coral, como bien se sabe —propio de las aguas cálidas, como las del Caribe y la Polinesia—, no se da en el mar peruano. ¿De dónde procede, entonces, el coral de Paracas de hace cinco mil años? ¿Producto de importación? Esta posibilidad hay que radicalmente descartarla. Engel propone considerar, de manera tentativa, el coral fósil, cuya existencia está geológicamente reconocida en varios puntos del territorio, tanto de la Costa como de la Sierra.

Una cuenta grande de coral, de forma perfectamente anular, extraída de *Cabeza Larga*, tiene 22 milímetros de diámetro, un espesor de seis y una abertura central de nueve⁵⁶.

Del *Pueblo 1*, de Chilca, de hace *seis mil años*, proceden también llamativos objetos destinados al adorno. Se conocen piezas trabajadas en el material de las conchas, otras trabajadas en hueso de lobo marino, y "alfileres y agujas de hueso de lobo"⁵⁷. Los adornos de concha los usaba el hombre de Chilca en el atuendo ceremonial y también en la constitución del ajuar funerario. De las tumbas de hace *cinco mil años* proceden collares de conchas, formados por cuentas de diseño perfectamente cilíndrico⁵⁸.

APROVECHAMIENTO DE LA BALLENA Y EL LOBO MARINO

La utilización de los huesos de la ballena o de los cetáceos, en general, es muy antigua. Por una punta de arpón, hecha de hueso de ballena, que Engel encontró en una de las tumbas del *Pueblo 1*, de Chilca, de *seis mil años*, se infiere que ya en esa remota edad el hombre aprovechaba los huesos del inmenso animal para diversos usos. Naturalmente no se trata de animales cazados sino de animales varados a las playas⁵⁹.

Una aplicación muy importante fue la de los costillares de la ballena para refuerzo de las paredes y jambas de las viviendas.

Costillas gigantesas cumplieron estas funciones en las casas de los primeros pobladores de Chilca⁶⁰.

Además de las costillas se utilizaban las vértebras. De las vértebras los pobladores de Chilca hacían, con gran derroche de ingenio, taburetes y unos recipientes de paredes muy gruesas y resistentes, como morteros, seguramente para moler semillas.

El muestrario del trabajo en hueso del año 3000 antes de Cristo, de Chilca, es verdaderamente notable. Comprende objetos muy diversos tanto de hueso de ballena como de hueso de lobo de mar. Hay *punzones* y *agujas*, de la más fina calidad, para entrelazar esteras; *azafates* de hueso de ballena, anchos y resistentes; *pesos* para cordeles de pesca, con anzuelos múltiples; y *anzuelos* de diverso tamaño (uno particularmente notable por la finura del trabajo, todavía atado al cordel de fibra de cacto que lo puso al alcance de la mano del pescador).

La utilización del lobo también es muy antigua. Data de, por lo menos, *cuatro mil años antes de Cristo*. Pero, fue una utilización mucho más amplia que la de la ballena, porque el lobo dio carne para la alimentación, hueso para el tallado de diversos objetos y utensilios, y cuero para el vestido, para la protección de las cosas del hogar y la fabricación de cuerdas y tirillas.

En las tumbas de Chilca de hace *seis mil años* hay testimonios diversos de la utilización del lobo marino⁶¹, y Lanning lo encuentra en la *fase Encanto* del complejo paleolítico de Ancón, del año 3600 antes de Cristo. Considera Lanning, como ya se ha dicho en otra parte, que los lomos de las estaciones invernales de entonces, por agostamiento de las lomas ya no dependían de lo que éstas daban (o habían dado) *sino del mar*: comían, por lo tanto, pescado, aves marinas (como pelícano y gaviota) y *lobo marino*. Esta no es una conjetura. En la basura de *Encanto*, a 1.80 m., Lanning encontró huesos de lobo marino⁶².

El pueblo de Paracas que enterraba a sus muertos en el cementerio de *Cabeza Larga*, hace *más de cinco mil años*, también usaba el hueso del lobo marino para fabricar objetos de diversa aplicación. Engel extrajo, por ejemplo, en sus exhumaciones de 1959, un *colmillo de otaria*, fuertemente sujeto a una especie de piola de fibra vegetal. Por la disposición del amarre, el citado colmillo debió brindar alguna utilidad importante.

El mismo pueblo de *Cabeza Larga* usaba el hueso del lobo para la fabricación de agujas y lanzaderas, con ojo, algunas extraordinariamente finas, destinadas sin duda a los entrelazados más delicados del hilo de junquillo⁶³.

Todos los grupos primordiales instalados frente al mar, desde el año cuatro mil antes de Cristo, aprovecharon de la carne del lobo marino para alimentarse. Los testimonios son suficientes para afirmar que la carne de este mamífero gozó de las preferencias de los primeros habitantes de la costa. Nada se puede

decir, sin embargo, del poblador de la Pampa de Santo Domingo, de Paracas, de nueve mil años de antigüedad. Este auroral habitante de la Costa peruana usaba pieles de vicuña y guanaco más no de otaria. Mantenía, sin duda, relaciones todavía muy estrechas con la Sierra y estaba conectado a una sociedad con tradición de pastoreo o caza. Pero, de los pobladores de Chilca y de Ancón sí, en cambio, se puede afirmar que eran devoradores del lobo marino. "Restos de pescado, de *lobo de mar* y... de mariscos —dice Engel con una expresión muy gráfica— *atoran* los pueblos de Chilca...". Lanning, como anteriormente se indicó, ha localizado el lobo a 1.80 m. de profundidad en el basural correspondiente a la *fase Encanto*, del complejo lítico de Ancón. El estrato es de 5,600 años, poco menos que la ubicación cronológica de Chilca (*Pueblo 1*).

Devoradores en gran cantidad de la carne del lobo marino, los grupos primordiales de la costa utilizaron también a este animal para la instalación de sus viviendas. Se sabe, por el testimonio arqueológico, que los pueblos de Paracas, por ejemplo, de hace cinco mil años, para protegerse de la intemperie, tenían por vivienda unas covachas muy primitivas, consistentes en hoyos cavados en el suelo y cubiertos, hasta cierta altura, con *pieles de lobo de mar*. Para apoyar convenientemente las pieles, mantener la forma de la vivienda y asegurar alguna amplitud en el interior, se colocaban, parados, algunos troncos de los árboles de la región, como huarangos⁶⁴. De las pieles también se hacían tiras, que oficiaban de cuerdas para tensiones fuertes.

En un momento no precisado, que se pierde en la noche de los tiempos, la piel del *lobo marino* (y no de la *foca*, como equivocadamente dicen algunos autores) comenzó a ser empleada en la construcción de balsas, las que habrían de ser llamadas *balsas de odres* o *balsas de pellejos inflados*. Estas embarcaciones alcanzaron gran popularidad en la costa sur del Perú y, sobre todo, en el litoral norte de Chile.

Con el transcurso de las edades, la utilización del lobo se hizo mayor, y así, en tiempos relativamente recientes, mediante un tratamiento especial, los pueblos de la Costa obtenían de la carne del mamífero marino un buen aceite, entre cuyas aplicaciones es de destacar aquella relacionada con el alumbrado. Recipientes de barro llenos de este aceite y teas embebidas del mismo, daban de noche una buena luz en las residencias de los curacas y reyezuelos, y en gran número despejaban la oscuridad en los palacios del Cuzco. Quizá, también, por el comercio que los pueblos de la Costa mantenían con los serranos del Tahuantinsuyo, la grasa y el aceite del lobo marino llegaban a la ciudad capital en las cantidades requeridas para inflamar las antorchas que la multitud sacaba en las grandes fiestas nocturnas.

LAS PRIMERAS ESTACIONES FRENTE AL MAR

En ese tiempo, los lobos abundaban en toda la costa. Loberías inmensas llegaron a ver los españoles, pobladas por miles y miles de individuos. El método de caza consistía en la aplicación de golpes certeros en la cabeza. El animal, agónico, era ultimado por otro golpe en el hocico. La parte más difícil de la caza estaba en la aproximación del cazador. Cuando la bestia escogida para el sacrificio estaba despierta, se la espantaba primero hacia el interior, a fin de que no huyera arrojándose al agua.

Considérase posible, también, que la caza del lobo se practicara con arpón. La abundancia de arpones en muchas tumbas de las edades primeras, abona esta suposición, sobre todo si se tiene en cuenta que entonces era imposible la caza de cetáceos.

De la ballena hay la evidencia de que sólo se utilizaron los ejemplares varados por el mar en las playas. Llegaban los leviantes enfermos o ya muertos, y el hombre los aprovechaba. Como se ha dicho: de las costillas hacía vigas o puntales, utilísimos para la vivienda y de una firmeza a toda prueba; de las vértebras, taburetes y morteros. De los huesos menores hacía diversos instrumentos.

La vida de las primeras agrupaciones de la Costa no se puede entender ni explicar sino en función del mar; el mar la apuntala en todas sus manifestaciones. Desde la edad primera, parte importante de la historia de los pueblos, el Perú tiene su fundamento en el mar.

NOTAS AL CAPITULO

1. VALCARCEL, Luis E. ... *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima, 1964; p. 85.
2. LANNING, Edward P. ... *Early Man in Peru*. "Scientific American". Nueva York, octubre 1965; p. 70.
3. CARDICH, Augusto... *Los yacimientos de Lauricocha y la nueva interpretación de la prehistoria peruana*. "Actas y trabajos del Segundo Congreso Nacional de Historia del Perú" (1958). Lima, 1959. Vol. I, p. 96.
4. ENGEL, Frederic... *Geografía humana prehistórica y agricultura precolombina de la quebrada de Chilca*. Lima, 1966; p. 29.
5. ENGEL, Frederic... *Paracas*. Lima, 1966; p. 87.
6. TELLO, Julio C. ... *Chavin. Cultura matriz de la civilización peruana*. Lima, 1960 (ed. póstuma); p. 13.
7. TELLO, *Chavin*; p. 13.
8. TELLO, Julio C. ... *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima, 1942; p. 30.
9. TELLO, *Chavin*; p. 10.
10. TELLO, Julio C. ... *Paracas*. Lima, 1959 (ed. póstuma); p. 27.
11. MEJIA XESSPE, Toribio... *Reconstrucción de la vida de los primitivos pueblos del Antiguo Perú*. Lima, 1949; p. 6.
12. RAVINES, Rogger y ALVAREZ SAURI, Juan José... *Fechas radiocarbónicas para el Perú*. "Arqueológicas". Lima, 1967. N° 11 (fechado UCLA-683).
13. LUMBRERAS, Luis Guillermo... *Los antiguos pueblos del Perú*. "La Gaceta Sanmarquina". Lima, 1967.
14. LANNING, Edward P. ... *Peru before the Incas*. Englewood Cliff, Nueva Jersey, 1967. Cap. IV, pp. 41 y 45.
15. LANNING, *Early Man in Peru*; p. 70.
16. LANNING, *Early Man in Perú*; p. 72.
17. RAMOS DE COX, Josefina... *Los hombres más antiguos de Lima*. "Boletín del Instituto Riva Agüero". Lima, 1968. N° 7; p. 76.
18. RAMOS DE COX, Josefina... *Aldea precerámica en la tablada de Lurin*. "Boletín del Seminario de Arqueología del Instituto Riva Agüero". Lima, 1969. N° 3; p. 55 y sgtes.
19. RAVINES Y ALVAREZ, *Fechas radiocarbónicas para el Perú*.
20. ENGEL, *Geografía humana prehistórica...*; p. 31.
21. *Arqueología de Venezuela*. Caracas, 1963.
22. ENGEL, *Geografía humana prehistórica...*; p. 32.
23. RAVINES y ALVAREZ, *Fechas radiocarbónicas para el Perú*.
24. ENGEL, *Geografía humana prehistórica...*; p. 33.
25. ENGEL, Frederic... *El hombre de Chilca*. Conferencia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, 1962. (Manuscrito gentilmente proporcionado).
26. ENGEL, *Geografía humana prehistórica...*; p. 35.
27. ENGEL, *Geografía humana prehistórica...*; p. 35.
28. ENGEL, Comunicación personal, 1965.
29. "Boletín del Museo de Antropología y Arqueología", Lima, 1964. N° 1.
30. Comunicación personal 1968.
31. PEZZIA ASSERETO, Alejandro... *La cultura Nasca*. Lima, 1962; p. 12.
32. ENGEL, *Geografía humana prehistórica...*; p. 35.
33. ENGEL, *El Hombre de Chilca*.
34. ENGEL, Frederic... *Notes relatives a des explorations archéologiques a Paracas et sur la Cote Sud du Pérou*. Paris, 1963; p. 10.
35. HORKHEIMER, Hans... *Apuntes de Historia Marítima del Perú* (texto mecanografiado). Lima, 1965; p. 35.

NOTAS AL CAPITULO

36. WEISS, Pedro... *Las trepanaciones de los antiguos peruanos. Estudio osteo-cultural*. Lima, 1962; p. 14.
37. ENGEL, Frederic... *Elementos de prehistoria peruana*. Lima, 1962; p. 33.
38. Citado por PEDRO VILLAR CORDOVA, *Arqueologia del departamento de Lima*. Lima, 1935; p. 236.
39. LANNING, *Early Man in Peru*; p. 68.
40. BENNETT, Wendell C. y BIRD, Junius B. ... *Andean Culture History*. Nueva York, 1960; p. 21.
41. DOLLFUS, Olivier... *Les Andes centrales du Pérou et leurs piémonts*. Paris, 1965; p. 356.
42. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo*; p. 90.
43. BENNETT y BIRD, *Andean Culture History*; p. 26.
44. SUBERCASEAUX, Benjamin... *Tierra de océano*. Santiago, 1948; pp. 41-48.
45. ENGEL, *Geografía humana prehistórica...*; p. 35.
46. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Marítima del Perú*; p. 33.
47. ENGEL, *Geografía humana prehistórica...*; p. 35.
48. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Marítima del Perú*; p. 35.
49. ENGEL, *El Hombre de Chilca*.
50. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 33 y sgte.
51. ENGEL, *Paracas*; p. 89.
52. ENGEL, Frederic... *Un groupe humain datant 5.000 ans a Paracas*. Paris 1960; pp. 26 y 31.
53. ENGEL, *Un groupe humain...*; p. 32.
54. ENGEL, Frederic... *Notes relatives a des explorations archéologiques a Paracas...*; p. 10.
55. ENGEL, *Un groupe humain...*; p. 11 y lámina VIII.
56. ENGEL, *Un groupe humain...*; p. 32 y lámina VIII-7.
57. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 33
58. ENGEL, *El Hombre de Chilca*.
59. ENGEL, *Geografía humana prehistórica...*; p. 35.
60. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Marítima del Perú*; p. 33.
61. ENGEL, *Geografía humana prehistórica...*; p. 35.
62. LANNING, *Early Man in Peru*; p. 72.
63. ENGEL, *Un groupe humain...*; lámina VIII.
64. PEZZIA ASSERETO, *La cultura Nasca*; p. 12.

Capítulo IV

EL MAR EN LA ERA PRECERAMICA

Después de la *era primordial* o *lítica*, representada por las primeras agrupaciones humanas establecidas frente al mar, se extiende sobre muchos siglos de la prehistoria peruana otra era, con caracteres definidos, que ha dado en llamarse *era precerámica*. Como su nombre lo indica, el rasgo principal que la tipifica es la falta de objetos de barro cocidos al fuego. El hombre ya tiene un bagaje cultural más o menos rico, realiza buenos trabajos de un incipiente arte textil (sólo por las técnicas del entrelazado y el anillado), sus métodos de obtención de alimentos son relativamente avanzados y, sobre todo, cultiva la tierra, pero, no obstante estas meritorias conquistas, todavía no ha llegado el invento fundamental, que es la *alfarería*.

No hay, naturalmente, una cronología de confines precisos para esta era pero se estima que el hombre ingresa a ella por el año 3,800 antes de Cristo. El *hombre primordial* de la edad lítica, mediante una serie de logros, alcanza la condición de *hombre precerámico* y configura así un conjunto cultural bien definido. Gracias a las excavaciones de Bird, Evans, Strong, Engel y otros, realizadas a partir de 1946 —año en el que se inicia el conocimiento en el Perú de este nuevo mundo prehistórico—, se puede ya dibujar, con trazos claros, la vida del hombre en ese tiempo.

Numerosas agrupaciones, considerablemente más densas que las de los siglos precedentes, establecidas en su totalidad frente

al mar —en tratándose de las de la Costa—, ocupan viviendas semisubterráneas y se alimentan principalmente de los variados productos que ofrecen las aguas. No comen sus alimentos crudos pero como carecen de ollas para el cocimiento se limitan a soasarlos o pasarlos por agua caliente, la que obtienen con piedras recalentadas en recipientes de calabaza o mate. Tienen una economía de ancha base. En efecto, recogen mariscos de toda clase, tanto de las rocas batidas por las olas como de los fondos arenosos donde viven apretadas colonias de moluscos bivalvos; pescan con habilidad suma valiéndose de redes y anzuelos, pero como carecen en la generalidad de los casos de embarcaciones, hacen uso de esos implementos desde las playas o desde las peñas avanzadas de los promontorios; también, como rezago de una antigua tradición, tan vieja como los grupos trashumantes que poblaron el país, recolectan en el campo semillas, frutos y raíces; en las *lomas* —cuando es invierno— o en las tierras periódicamente anegadas por los ríos, dan caza a los animales que bajan de las alturas, principalmente al venado; y para asegurar el abastecimiento alimenticio, cultivan la tierra. Son, por consiguiente, en la plenitud de la forma, *pueblos agricultores*, que saben seleccionar la semilla, riegan los campos y esperan el ciclo vital de las plantas para cosechar. Desde luego, es una agricultura limitada a sólo ciertos cultivos; por ejemplo: del mate, el zapallo, la calabaza, el tomatillo, una especie de yuca, en ciertos valles el camote, el ají, el pallar, y nada más. No cultivan el maíz, el que llegará tarde y causará una verdadera revolución cultural.

La principal actividad de los hombres del precerámico de la Costa es la *recolección de mariscos*, que la practican simultáneamente con la *pesca*, aunque cada una implica especialidad. Ambas son *actividades extractivas*, de vital importancia porque proporcionan el alimento para subsistir. En los villorrios, mientras una parte de la población trabaja en las playas y la comunidad entera espera que culmine el ciclo vital de la naturaleza para proceder a la cosecha de los huertos, hombres y mujeres especializados se dedican, gracias a la posición sedentaria de la vida, ya plenamente adoptada, a ciertas industrias, verdaderas artesanías. Por ejemplo: tejen por las técnicas ya dichas del entrelazado y el anillado, hacen redes, trenzan sedales, fabrican adornos para el embellecimiento de la persona, como pectorales, sortijas, orejeras, brazaletes, y transforman la importantísima materia prima del hueso, obtenida especialmente de los lobos de mar y de los cadáveres de las gigantescas ballenas que varan en las playas, en diversos y muy útiles objetos y herramientas, como piruros, espátulas, azafates y pequeñas vasijas. Del cuarzo y la obsidiana, durísimos, hacen cuchillos y puntas para algunas armas.

Sin duda, por la necesidad de contar tanto con buenos cordeles para atar los anzuelos —que hacían del material de las conchas— como con buenas redes para activar la producción del mar en la medida de la demanda del grupo, los hombres del precerámico dedicaron mucha atención al cultivo de una planta de regular tamaño que se daba silvestre en los terrenos secos y que proporcionaba, como bellota, una fibra, blanca unas veces, ligeramente marrón otras, muy resistente y fácil de trabajar y de la cual salía un hilo espléndido. Pronto el *algodón* alcanzó una gran difusión y se cultivó en todos los valles, convirtiéndose en un elemento de la mayor importancia etnobotánica, definidor de la cultura de entonces¹.

EL PRECERAMICO CON ALGODON

Por el año 2500 antes de Cristo hace su ingreso el algodón al cuadro cultural de los pueblos de la Costa. Un fechado de radiocarbono señala para este acontecimiento cumbre de la época, la antigüedad de 4,515 años. Desde ese momento, la era precerámica queda dividida en dos períodos perfectamente caracterizados: el *precerámico sin algodón* y el *precerámico con algodón*. Este último es el *precerámico clásico*, por así llamarlo; el de figuración más conspicua y mejor señalada en el cuadro cultural.

En lo tocante a duración, mientras el *precerámico sin algodón* —que es de manifestaciones, en general, pobres, con falsos tejidos incipientes— dura del 3800 al 2500 antes de Cristo, aproximadamente, o sea, trece siglos en cifras redondas; el *precerámico clásico* —con grandes mallas, redes de diverso tipo, tejidos admirablemente confeccionados por las técnicas antes dichas y cordeles que son un primor— se extiende del 2500 antes de Cristo al 1800 o al 1200 variando la finalización del período de una comarca marítima a otra en razón de que el hecho, o, mejor, los hechos determinantes del cambio —cerámica, tejido verdadero y cultivo del maíz— no aparecieron ni simultáneamente en todas partes ni de manera uniforme a todo lo largo de la Costa. En Las Haldas, por ejemplo, aparece la cerámica en el siglo XVIII antes de Cristo, pero esta datación es excepcional porque la fecha 1200 antes de nuestra era parece ser la más general y la que mejor acomoda, sin contar las excepciones, en el cuadro cronológico de los pueblos prealfareros.

Siguiendo a Engel —que ha ampliado como ninguno los fundamentales trabajos de descubrimiento de Bird en *Huaca Prieta* (Chicama, departamento de La Libertad)—, el *precerámico sin algodón* está representado principalmente por las estaciones de

Paracas, de la boca del río Nazca y de Chilca (tratándose sólo de las tierras vecinas al mar). Son éstas, por consiguiente, las estaciones precerámicas más antiguas de la Costa y, en determinadas fases, cuesta trabajo separarlas de la *era lítica* a la que naturalmente pertenecen en sus comienzos.

El momento culminante —la *edad de oro*— del *precerámico clásico* puede ser el año 2000 antes de Cristo (que para algunos yacimientos es el año 1900). De aquella *edad de oro*, que tiene su exponente máximo y más elocuente a la pesquisa de la ciencia, en Chicama —la llamada *Huaca Prieta* de los fundamentales estudios ya dichos de Bird—, han transcurrido, por lo tanto, *cuatro mil años*.

Así, el cuadro cronológico de la prehistoria de la Costa se completa de este modo:

<i>Fabricantes paleolíticos de puntas</i>	12,000 años	Chivateros
<i>Pescadores con redes y horticultores</i>	9,000 años	Paracas
<i>Pescadores y horticultores con villorrios</i>	6,000 años	Chilca
<i>Complejo precerámico clásico</i>	4,000 años	Huaca Prieta

El *precerámico con algodón* o *clásico* está presente en *Huaca Prieta*, en *Los Chinos* (desembocadura del río Nepeña, cerca de Chimbote); en *Las Haldas*, en *Culebras*, en *Chira-Villa*, en el desierto de Paracas (en el lugar llamado *Otuma*, famoso por sus enormes conchales) y en la boca del río Ica.

Engel ha estudiado principalmente dos sitios: *Río Seco* en el Norte y *Asia* en el Sur: el primero a 85 kilómetros de la capital, camino a Huacho, y el segundo a 100 kilómetros, camino a Cañete.

Por la calidad de los materiales y, sobre todo, por el tipo de empleo que el tejedor da al algodón, Engel distingue tres fases en el precerámico de los años 2000 antes de Cristo: una *fase inicial*, perfectamente clara en todos los yacimientos pero, especialmente, en los dos citados de Río Seco y Asia: el algodón hace su ingreso en el acervo cultural de los pueblos de la Costa, como producto cultivado; otra, *segunda* o *media*, que puede también denominarse *clásica*, con manifestaciones plenas del uso de la fibra; y, finalmente una *tercera*, la última, en la que los signos son de un precerámico que se aproxima a una mayor evolución y a un cambio en la tecnología general, con nuevos y revolucionarios elementos².

Cronológicamente, el *precerámico con algodón* de la *fase clásica* de Río Seco, por ejemplo, se ubica en el año 1900 antes de Cristo (por radiocarbono). Esta fase clásica, perfectamente establecida, aparece en las capas de detritos del precerámico de Las Haldas, frente al mar; en las capas, tanto profundas como superficiales, de Río Seco; y en los yacimientos que marginan la actual laguna *fósil* de Otuma, cerca de Bahía de la Independencia.

dencia, al sur de la península de Paracas. Es probable —dice Engel, con temor de errar— que esta *fase clásica* corresponda a los estratos medios de *Huaca Prieta*.

Las características generales de la *fase clásica* son las siguientes, en apretada síntesis: arquitectura primitiva de piedra con una argamasa de simple tierra, que se presenta como un barro batido muy duro; montículos artificiales; técnica del tejido, con hilo de algodón, de alto nivel, notablemente perfeccionada (uso, también, de otras fibras vegetales que revela apego a la tradición textil del precerámico sin algodón); desarrollo extraordinario de la industria del vestido, tanto para hombres como para mujeres; escaso uso de la piedra (lo que entraña un rompimiento con las tradiciones de la época lítica); abundante uso, sí de la madera y el hueso; las armas principalmente de madera.

Pero, entre el hueso y la madera, el hueso estuvo en la primera fila de los materiales para la industria, y su aplicación fue general, siendo el más importante el hueso de los *animales marinos*. Dice Engel: "Los objetos de hueso [del precerámico con algodón] son de muy grande variedad. Picos, hachas, palancas y otros instrumentos fabricados para su utilización en trabajos fuertes, fueron hechos de *costillas de ballena*. Las vértebras de la ballena eran usadas principalmente como buenos morteros. Las costillas de *otaria* o *lobo de mar* tenían múltiple aplicación: de ellas hacían los hombres precerámicos, convenientemente trabajadas, espátulas y diversos útiles para desollar animales, tejer y anudar las redes de pesca. También de los mismos costillares de *otarias*, hacían puñales. De hueso de *pájaros* y de *mamíferos marinos* sacaban pequeños tubos y cuentas para brazaletes, argollas y collares. Las cuentas de los collares y brazaletes eran hechas, igualmente, de *conchas* y *caracoles*, principalmente de las siguientes especies, muy abundantes en muchas playas del litoral peruano: *choros* (*Mytilus magellanicus*), *pecten* (*Pecten purpuratus*) y, en general, de cualquier monovalva, siendo la más usada la *Mesodesma donacium Lamarck*. De la concha del choro y de la del mejillón, se hacían, igualmente, anzuelos, pero éste no era el único material que se usaba en la fabricación de estos instrumentos de pesca, porque también se los hacía de hueso. En esta época por último, el caracol de los mares tropicales *Spondylus* está *completamente ausente*"³.

De lo expuesto por Engel se desprende que el mar cubría entonces toda la gama industrial del hombre de la Costa. La vinculación del hombre con el mar era, de otro lado, mucho más estrecha que con la tierra. Casi no había, por ejemplo, utilización del hueso de los mamíferos terrestres. En cambio, como ya se dijo, la utilización del hueso de los mamíferos marinos estaba generalizada.

PESCA, RECOLECCION, CAZA Y AGRICULTURA

La actividad económica, ya se dijo, del hombre del precerámico, fue de ancha base. Por la proximidad del mar —un mar rico y generoso, jamás alterado por los vientos, bonancible—, el hombre fue pescador y recolector: lo primero mediante *anzuelo* y *red*, a los que llegó a perfeccionar; lo segundo, de cuanta especie de marisco había en el mar.

Engel destaca que el examen de los yacimientos precerámicos de la Costa indica que las poblaciones mesolíticas alcanzaron un elevado desarrollo y una técnica muy avanzada en la pesca.

En general, puede decirse que los pueblos vecinados frente al mar fueron, a más de recolectores, grandes pescadores y que esta actividad significó para las agrupaciones un rendimiento mucho mayor que el que podía proporcionar la caza, conservada como un arcaísmo de los tiempos más remotos⁴.

Pero, además de recolector de mariscos y de pescador, el hombre del precerámico fue agricultor. Los basurales correspondientes al tercer milenio anterior a la era cristiana, especialmente de Chicama y Virú, revelan que los pueblos *pescaban y cultivaban la tierra simultáneamente*. Para estos pueblos —dice una celebrada historiadora⁵— “la caza y la *pescar marítima* seguían teniendo importancia . . . pero *cultivaban* calabazas, calabacines, habas y chiles [ajíes] . . . No habían dominado la alfarería pero cultivaban el algodón y lo utilizaban para tejidos, *redes* y bolsas. Sus chozas eran usualmente ovales, estaban hundidas en el suelo, eran revestidas con guijarros y tenían techos por encima del nivel del suelo, con vigas de madera o *costillas de ballena*”.

Los testimonios de esta *economía mixta* se encuentran en todos los yacimientos importantes. La estrata inferior de Huaca Prieta, por ejemplo —llama la atención Larco—, corresponde a “una población de *pescadores y agricultores* primitivos” que desconocía la cerámica. “Utilizaban para la pesca anzuelos de concha, redes rudimentarias hechas de fibras textiles y pesos de piedra perforada. Usaban fibras torcidas para hacer cables ligeros lo cordeles! . . .”. Tejían el algodón, hacían canastas y petates, cocinaban sus alimentos mediante piedras recalentadas, vivían en casas subterráneas y, a más de todo esto, cultivaban con éxito la calabaza, el ají, el mate, la achira y aprovechaban del fruto del lúcumo. Desde luego, el mar era para los hombres del valle de Chicama de hace *cuatro mil años* “una fuente magnífica de sustento” y, por lo mismo, frente a ella se agruparon, “escogiendo los lugares más ricos en pesca y cercanos a los valles . . .”⁶.

Juan Comas coincide con Larco en esta apreciación. Dice: “En los estratos más profundos de Huaca Prieta . . . existe la prueba de una economía mixta basada en la *pescar*, la recolección de

plantas y frutos silvestres y parte en el cultivo de especies como la calabaza, el ají, el frijol, el algodón . . .”⁷.

Ignoramos los porcentajes de contribución para la vida de cada una de estas actividades, pero, sin duda, por el volumen de los desperdicios, se puede creer que la pesca fue la base de la alimentación, juntamente con la recolección de mariscos, en Huaca Prieta, mas no en todos los sitios, porque en otros —Otuma, por ejemplo— el predominio de los mariscos —conchas de todas las clases— fue manifiesto.

La vida de los costeños en las fases finales del precerámico, transcurría de la siguiente manera: “Los *cazadores* se agenciaban alimentos con la cacería de animales de la zona en que ellos vivían. Los *pescadores* se entregaban a su actividad inherente, a *recoger mariscos* y, posiblemente, a la *caza de lobos marinos* . . .”⁸.

Por la riqueza inigualada del mar peruano, se podía suponer que la holgura reinaba entre los pueblos de la costa en la era precerámica; que todos tenían en abundancia y que el alimento nunca faltaba. Sin embargo, Engel llama la atención sobre la ocurrencia de terribles luchas entre los grupos radicados en las cercanías del mar, luchas debidas quizá —propone el citado arqueólogo— a la disputa de *yacimientos de moluscos*, de cuya posesión dependía la vida, la supervivencia de los grupos en medio de un mundo escaso de otros recursos.

Guerras de exterminio se produjeron hace cuatro mil años en el valle de Asia, teniendo como centro, quizá, el poblado que Engel bautizó con el nombre de *Unidad 1*. Allí aparecieron durante las excavaciones cincuenta cadáveres, correspondientes al *precerámico clásico*, de hace 3,500 o 4,000 años, y mientras muchos de ellos estaban decapitados, otros mostraban los horrores de la lucha en diversos signos de ensañamiento. “Como resultado de esta constatación —dice Engel— tenemos dudas acerca de una vida plenamente pacífica entre los habitantes precerámicos de Asia”. Y agrega: “Es posible que la defensa de vitales yacimientos de moluscos, llevara a estos hombres del precerámico de Asia a luchas feroces”⁹.

Podía creerse, por la vastedad del escenario y la riqueza del mar que alimentaba a los grupos, que la vida en aquella remota edad era tranquila; mas, los hechos de la arqueología desmienten esta suposición. Todo lo contrario: parece que las relaciones entre los grupos fueron con frecuencia hostiles, que la guerra imperó y con todas sus crueldades, con saqueo y destrucción de los sectores ocupados y aniquilamiento de los vencidos.

En estas guerras, como sugiere Engel, los bandos se disputaban las fuentes de recursos, que eran, por lo general, los *yacimientos de moluscos*. Había, sin duda, para todos, pero el afán

dominador, el egoísmo y el deseo de la posesión exclusiva determinaban el desborde de las pasiones y la lucha.

En los valles abiertos al mar y escasamente poblados, la vida transcurría tranquila, pero, de pronto, por los cerros aparecían hordas que buscaban alimento porque en sus predios la escasez se acentuaba. El grupo atacante disputaba al agredido la posesión de los bancos de conchas o las rocas semisumergidas de los promontorios colmadas de colonias de choros. En esos depósitos naturales estaba la vida, la supervivencia en medio de la soledad de los desiertos circundantes. La guerra se desataba entonces, con todos sus horrores, terminando con el aniquilamiento de los vencidos, la mutilación de los hombres y el destrozo de las heredades.

FIN DEL PRECERAMICO

Por el año 1200 antes de Cristo llega a su término la era precerámica, aunque en algunas partes el fin se precipita con marcada anterioridad. En las Haldas, por ejemplo (departamento de Ancash), el primer estrato de la nueva era data del año 1800.

Pero, el año 1200 es un buen promedio cronológico. En ese momento termina el precerámico y se inicia la era de los *pueblos alfareros*. El hombre comienza a fabricar vasijas u ollas. Las hace de barro fino, que cuece al fuego, en hornos especiales. Desde luego, estas iniciales no son vasijas u ollas decoradas, no pertenecen propiamente al arte; son simples utensilios domésticos para depositar agua o someter al cocimiento las raíces, las semillas o los frutos, hasta el punto del hervor.

El origen de la cerámica en el Perú es un problema todavía no resuelto. Mientras unos sostienen que aquí, independientemente de otros focos alfareros, el hombre inventó la técnica para hacer cacharros, otros se inclinan por la tesis difusionista, que dice que la técnica de hacer cacharros vino de fuera. Estos últimos se apoyan principalmente en el hecho, en muchas partes comprobado, de que la cerámica, estratigráficamente hablando, aparece de pronto, sin presentar antecedentes de gestación. Además, aparece ya evolucionada, faltando, por lo tanto, las muestras imperfectas de los primeros tanteos, los ensayos frustrados por la inexperiencia.

Pero el fin del precerámico no está determinado únicamente por la aparición —inventada o recibida, no interesa— de la alfarería. Se dan en el trascendental momento, tres hechos de la mayor importancia, que revolucionan el cuadro cultural y tecnológico y señalan el surgimiento de los nuevos tiempos. Son: la introducción, ya dicha, de la *cerámica*; en segundo lugar, la invención del *telar*, que permitirá la ejecución del tejido verdadero, con urdimbre de hilos paralelos y trama; y, en tercer lugar,

la *revolución agrícola* que consiste en el desplazamiento de los cultivos alimenticios tradicionales, representados principalmente por el pallar y el maní, y la irrupción avasalladora del *maíz*. Con estos tres elementos: *cerámica*, *telar* y *maíz* se constituye la nueva era, que va a tener en su primer período, como exponente máximo, *Chavin*.

Un hecho de gran importancia pero de origen no precisado, ocurre también al producirse el fin del precerámico. Sobre él llama la atención Engel: al cambiar el panorama cultural —dice— con el fin del precerámico, "también cambia la raza: *los braquicéfalos reemplazan a los doliocéfalos*"¹⁰.

Nueva gente, nuevos elementos culturales. Se opera una verdadera revolución. Cambian también las costumbres; y así, en los enterramientos, a la vieja forma de extender en el depósito mortuario el cadáver, sucede la nueva de colocarlo sentado.

Sin duda, en todos los órdenes de la vida, de la cultura y de la técnica, la época del 1200 antes de Cristo fue crucial en el desenvolvimiento de los pueblos del Perú.

CENTROS DE OCUPACION HUMANA FRENTE AL MAR

Los pueblos del precerámico, en su gran mayoría, vivieron frente al mar. Allí, ante la inmensa superficie líquida que se extiende a Poniente, agruparon sus viviendas y erigieron algunos edificios de cierta notoriedad, como templos o centros ceremoniales y terrazas escalonadas.

Dedicados principalmente, como ya se ha dicho, a la pesca y recolección de mariscos formaron insensiblemente, a través de los siglos, potentes acumulaciones con los desperdicios de la comida. A los basurales iban a parar las conchas, los huesos y las espinas de los pescados, las herramientas y los instrumentos gastados por el uso o inservibles por el tiempo, los pedazos de las redes destrozadas en las rocas de los promontorios, las piezas dañadas del menaje doméstico y, en fin, cuanto carecía de valor tras haber cumplido un rol útil.

Estas inmensas acumulaciones de residuos, por estar constituidas en su mayor parte por conchas, reciben el nombre de *conchales*.

A lo largo de la costa abundan los vestigios de la remota presencia del hombre frente al mar. En unas partes, los vestigios revelan la existencia de verdaderos poblados, con algunas construcciones que se conservan bajo tierra (generalmente, bajo desfiguradoras capas de arenas eólicas); en otras partes, se trata sólo de las referidas acumulaciones de basura (que tienen para el arqueólogo un valor extraordinario porque cuentan al detalle las características de la vida de los pueblos antiguos que las formaron).

Más adelante se hará, ordenadamente, la enumeración de los principales conchales de la costa peruana. La lista que sigue es una relación, por orden geográfico (de norte a sur), de los principales centros, también de la Costa, que contienen signos de haber servido al hombre como lugares de ocupación permanente y que cuentan con arquitectura (alguna, monumental).

1. *Huaca Prieta*. Este es un basural, ubicado muy cerca del mar en el valle de Chicama, que tiene forma de montículo, con algunos muros de contención levantados por las gentes primitivas que habitaron el lugar hace 4,800 años. En su punto máximo, tiene un espesor de catorce metros.

Fue estudiado en 1946 por el arqueólogo norteamericano Junius B. Bird, del Museo de Historia Natural de Nueva York. Los estudios de Bird permitieron revelar a la ciencia, por vez primera, la existencia de un *período precerámico* en la prehistoria peruana y determinar en cerca de cinco milenios la profundidad cronológica de las primeras culturas de la Costa.

Las capas más profundas del montículo, absolutamente precerámicas, dieron a la pesquisa: tejidos con decoración, *huesos de animales marinos*, muchos mariscos, huesos sobre todo de *lobo de mar*, peces y aves marinas, pero también, en extraña mezcla, testimonios de cultivo, como algodón, calabaza, pallar y achira, principalmente.

Con el abundante y elocuente material exhumado, no fue difícil la reconstrucción de la vida del *hombre precerámico de Huaca Prieta*. Este hombre combinaba en su dieta los productos del mar y los productos de la tierra, juntando peces y mariscos en su alimentación diaria con diversas raíces, frutos variados, lúcuma y ají. Para sus tejidos, verdaderamente admirables (con bellísimas y complicadas decoraciones) y, sobre todo, para la confección de sus redes, utilizaba en gran escala el algodón, "presumiblemente domesticado"¹¹, luciendo en las técnicas del anillado y el entrelazado.

La época más antigua de Huaca Prieta está representada por canastas de junco en anillado, mates (algunos decorados, constituyendo, al decir de Miguel de Covarrubias, las primeras obras de auténtico contenido artístico del continente americano), artefactos de hueso, pesas de piedra para redes de pescar (debidamente perforadas al centro para el paso del cordel sujetador), redes grandes de pesca (simétricamente anudadas), anzuelos, piedras para calentar el agua en recipientes de origen vegetal (calabazas) y conchas y huesos de aves marinas trabajados con evidente intención artística.

En los estratos profundos de la huaca, correspondientes, según radiocarbono, al año 2500 antes de Cristo, no se encontraron puntas de lanza ni osamentas de animales terrestres. Esto indica dos cosas, sobre las cuales llama la atención Larco: la primera,

que el hombre de Huaca Prieta ya estaba completamente desligado de la era primordial, cuyo rasgo dominante es el trabajo de la piedra; la segunda, *que su existencia estaba totalmente volcada al mar*. En dichos estratos profundos solamente se halló "huesos de lobos de mar, de marsopas y de pájaros, también marinos". Se deduce, en consecuencia, que la mayor parte de la alimentación del habitante costeño de Chicama de ese entonces "se componía . . . de pescado"¹². La alimentación de todos los días era de "cangrejos, erizos, estrellas de mar, peces, almejas y otras especies de moluscos". Pero, como practicaba el cultivo de algunas especies, agregaba a esta alimentación básicamente de productos del mar, los productos de su incipiente agricultura: lenteja bocona, ají, achira, tomate, lúcuma y la pulpa de la calabaza.

Bushnel, en un buen resumen de los trabajos de Bird, dice que "los pobladores [del litoral de Chicamal . . . vivían principalmente de los productos recogidos del mar; colectaban moluscos, y puesto que éstos incluían almejas de aguas profundas, posiblemente eran buenos nadadores" (y mejores buceadores, agregaríamos). "Pescaban con *redes de arrastre*, que tenían *flotadores* compuestos de calabazas, y *lastres* hechos de piedras agujereadas"¹³. Bird¹⁴ encontró un flotador de mate en perfecto estado de conservación y todavía sujeto a la red de pescar, ésta con sus pesas de piedra perforadas en los bordes, y el conjunto con otras piezas del equipo completo de pesca.

Los flotadores, en la generalidad de los casos, eran hechos de la corteza, convenientemente preparada, del fruto de la *Lagenaria sicerania*. La lagenaria servía, por consiguiente, para la alimentación y para la industria de la pesca.

De los trabajos industriales del hombre de Huaca Prieta, el más notable, sin duda, es el de las redes. Hacía redes de todos los tamaños, en su mayoría de hilo de algodón pero sin faltar en su manufactura los hilos de otras fibras vegetales, extraídas de algunas cortezas. La técnica era de trazado en malla de polígonos octogonales, sujetos los hilos mediante nudo simple.

Preparaba sus alimentos con agua caliente, la que obtenía mediante el uso de piedras recalentadas en recipientes de calabaza. Vivían en pequeñas chozas, "que eran prácticamente albergues de una sola habitación" —como dice Larco—, "cuyas paredes estaban revestidas de piedra".

No sabemos si tuvo religión pero, en cambio, sí sabemos que había desarrollado un notable arte decorativo en los tejidos y en los mates. "Las telas del año 2500 antes de la era cristiana, tienen bellísimos motivos". Los mates trabajados por la técnica del pirograbado presentan extrañas figuras humanas y zoomorfas, a veces combinadas, en las que puede estar el punto de partida del arte cultista de Chavín.

J. Alden Mason pone énfasis al decir que “todo parece indicar, salvo una agricultura rudimentaria, que *la orientación* [de este hombre] *era hacia el mar*. La alimentación era fundamentalmente de procedencia marina: peces, mejillones, almejas, cangrejos y hasta erizos y estrellas de mar”¹⁵.

Contrariamente a los primitivos habitantes de Chilca, el hombre de Huaca Prieta no usó mucho el anzuelo, que hacía del material de las conchas y de las espinas de algunas plantas. Mason cree que estos anzuelos los empleaba sólo para la pesca de río.

El hombre de Huaca Prieta, en suma, habitante del valle de Chicama con residencia frente al mar, aunque agricultor exitoso, vivió fundamentalmente de los productos del mar y su vida, por lo tanto, giró en torno al mar. El apego que sintió por el mar fue enorme, tanto que un maremoto que destruyó sus viviendas no logró sacarlo de la faja de tierra batida por las olas y los vientos oceánicos en donde había, desde tiempo inmemorial, echado raíz.

¿Conoció el arte de la navegación? Probablemente, no. Bushnell ha precisado que las redes que utilizaba, que corresponden, como se ha dicho, al tipo llamado *de arrastre*, con flotadores y pesas, *no precisaban de botes para ser tendidas en la mar*. Engel, en cambio, se inclina por el uso de embarcaciones rudimentarias. Parece difícil —dice— que la pesca se practicara desde la playa.

El hombre de Huaca Prieta, en relación con su tiempo, es uno de los más insignes pescadores y mariscadores de la milenaria historia del hombre de la Costa.

2. *Cerro Prieto*. Este es el nombre de un centro arqueológico, a un paso del mar, en el valle de Virú, al sur del departamento de La Libertad, en el cual, durante la era precerámica —hasta el año 2000 antes de Cristo o, según Willey, el 1200— vivió una pequeña comunidad dedicada principalmente a la *pesca* y a la *recolección de mariscos* pero que, al mismo tiempo, como la no distante de Huaca Prieta, cultivaba “algunas plantas domesticadas, como la calabaza, el frijol y el pimiento” y aprovechaba, para balancear su alimentación, algunas raíces, semillas y frutos del monte.

La comunidad de Cerro Prieto (o de *Guañape*, por otro nombre) tejía redes para pescar; hacía canastos y diversas fibras vegetales; trabajaba, por herencia de sus antepasados primordiales, en buena forma la piedra, obteniendo por la técnica de la percusión cuchillos y raspadores; construía cuartos semisubterráneos, estrechos, formando *grupos habitacionales* “no lejos del océano y cerca de un punto de la costa donde una península rocosa forma una pequeña bahía abierta hacia el Noroeste, con abundante pesca y mariscos”; y *se alimentaba básicamente de los productos del mar*. “La mayor preocupación de la sociedad de

Cerro Prieto era la de subsistir; por lo tanto, la elección de los sitios [de habitación] estaba en función a los recursos del medio ambiente físico inmediato y a la posibilidad de su utilización, por lo menos durante un cierto período de tiempo . . . De ahí que el *primer factor de localización* —recalca Hardoy¹⁶— de un centro de habitación humana con cierta idea de permanencia y en un medio cultural de casi total aislamiento, haya sido *la relación con los medios de subsistencia*, en este caso *la pesca en la costa*, el aprovisionamiento del agua y la recolección a orillas del río”.

Las construcciones primitivas de Virú son de adobes grandes, “cementados con barro y colocados de cabeza”¹⁷. Se notan algunas unidades habitacionales de, por lo menos, tres viviendas asociadas íntimamente entre sí.

3. *Los Chinos*. Es el nombre (quizá corrupción de una toponimia indígena) de una estación precerámica del valle del Nepeña, ubicada igualmente frente al mar. Aprovechando las excepcionales condiciones para la pesca que presentan los mares de por allá, con “bahías lindas, bien abrigadas . . .”¹⁸, una *comunidad de pescadores y mariscadores* se estableció en el lugar hace no menos de *cuatro o cinco mil años*, compartiendo temporadas de abundancia con sus vecinos de Vesique, Huaynuna y Tortuga.

Esta comunidad construía sus casas de piedra, bajo el nivel del suelo, escogiendo para sus agrupaciones vecinales la cercanía de los pantanos y la tierra próxima al mar. La pesquisa arqueológica ha revelado construcciones de piedra con barro, de bloques bien alineados y paredes de fino acabado. Unas casas son redondas, otras cuadradas, otras rectangulares.

4. *Las Haldas*. Desde sus primeras publicaciones (1957), al año del descubrimiento, Engel lo califica de “fabuloso y amplio sitio”, con larga ocupación desde los tiempos preagrícolas y precerámicos hasta la era Chavín y una tardía y breve ocupación Tiahuanaco, del siglo IX de nuestra era. Aquí se da, como en ninguna otra parte, la *cerámica inicial*, que tantos como difíciles problemas plantea a la Arqueología. En general, antes de entrar a una determinación de las etapas o fases, se compone de “casas . . . edificadas encima de la roca, con paredes fuertes y capaces de sostenerse sin apoyo de la basura que las rellena”¹⁹. Ubicada cerca de Casma, a 330 kilómetros al norte de Lima y *al borde del mar*, en la pampa del mismo nombre que al norte limita con el cerro Gritalobos y al sur con el cerro Mongoncillo, el sitio incluye edificaciones públicas, casas, huacas piramidales y “un templo con siete terrazas que mide 450 metros de largo”, obra notable de arquitectura en atención a la época en que fue levantada y al esfuerzo de acarreo de materiales que significó.

Lanning, que desde sus primeros estudios en el Perú ha ahondado en el problema de la aparición de la alfarería, dice que, estratigráficamente, el lugar revela una época *precerámica* y otra con *cerámica inicial*, que tiene una antigüedad de no menos de 3,800 años, siendo ésta, por lo tanto, la alfarería más antigua hasta ahora conocida del Perú (émula en antigüedad del estilo Cotosh-Huairajirca, descubierto por Izumi en la famosa huaca de Huánuco). El yacimiento cerámico se halla “debajo del chavinoides . . . y encima del precerámico” (directamente encima). La cerámica de Las Haldas forma parte del “primer complejo alfarero de la costa peruana” y se relaciona naturalmente con la alfarería primitiva de Guañape y Chicama²⁰. Se trata de una cerámica “tosca y utilitaria, no asociada con cerámica fina alguna”.

Sobre el origen de esta cerámica, Lanning se ha pronunciado con cierta prudencia y naturales reservas. Declara que, no obstante su carácter primitivo y utilitario, *no parece ser una invención local*. ¿Importada, entonces; llegada de fuera por una vía desconocida pero que podría ser la marítima? Cautelosamente agrega Lanning: “Es bastante bien hecha e indica una técnica desarrollada. . .”.

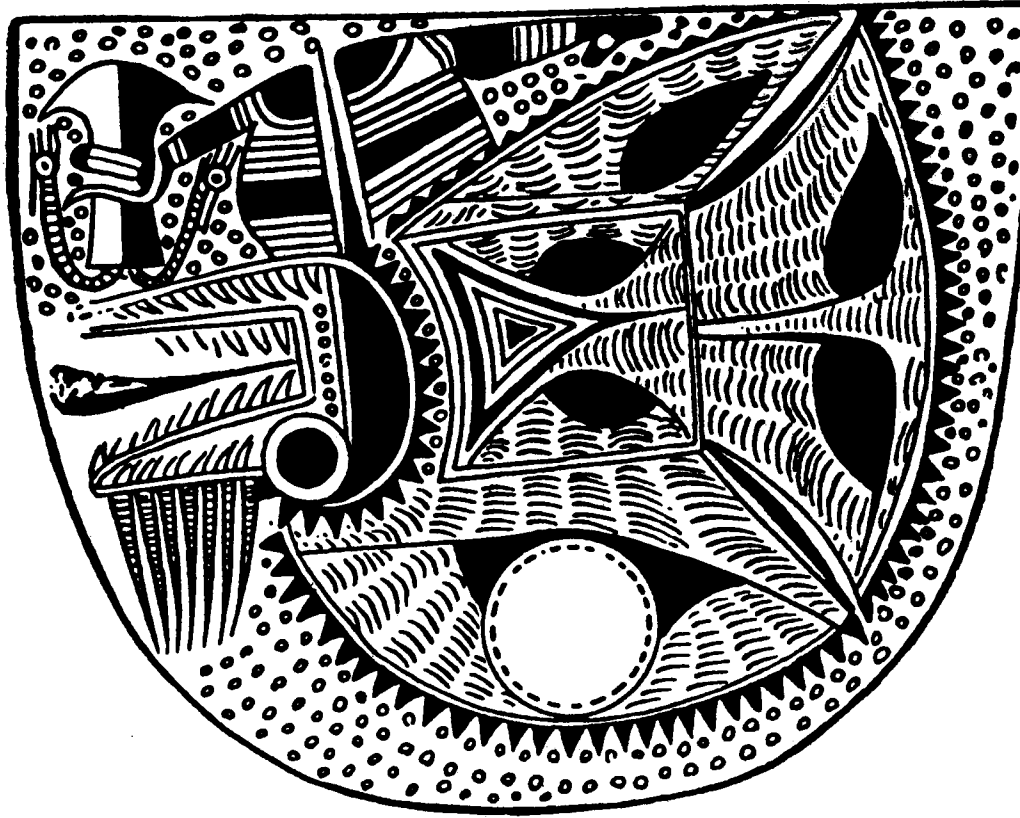
El *pueblo precerámico* —que es el que aquí nos interesa— debió albergar, según la reconstrucción de Engel, “una numerosa población”, la cual vivía *directamente del mar*. Se deduce la numerosa población por la vastedad del área ocupada, y se deduce la dependencia del mar no sólo por la regla de vida precerámica sino por la abundancia de los testimonios como basurales conteniendo huesos de animales marinos (pescados y lobos) y conchales de gran espesor.

En un reciente estudio Engel ha hecho, sobre la base de una pesquisa arqueológica exhaustiva, la reconstrucción completa de la vida de los pueblos que, sucesivamente, ocuparon la pampa, la playa y los peñascales de Las Haldas. El lugar —subraya— es desolado. Dice: “Aparentemente se caracteriza la pampa por una total sequía; es un desierto”. La vida humana, necesitada sobre todo de agua, no puede concebirse allí. Sin embargo, desde lo alto del otero de 45 metros de elevación que divide en dos la playa, el observador “quedará sorprendido al descubrir un amplio conjunto formado por varios edificios, numerosas escalinatas y vastas terrazas, y además los vestigios muy extensos de amplia y numerosa ocupación”, todo ello *al borde del mar*.

De la *era primordial o lítica* no hay vestigios precisados pero “los datos recogidos hasta la fecha indican que pobladores moraban ya en la zona *durante los últimos siglos de los horizontes preagrícolas*, es decir, hace 6,000 o 7,000 años. De este período hemos ubicado —señala Engel—, *cerca del mar*, varios campamentos con huellas de chozas; se trata posiblemente de viviendas

Una misma vasija, con representaciones hemisféricas, muestra al gran demonio-ermitaño y al demonio-pezu. El tórax trapecial del primero (*izquierda*) "se halla exornado de un rostro de frente" y los signos en "S" sin duda simbolizan el elemento agua. La otra mitad de la vasija (*derecha*) presenta "un demonio-pezu decorativamente estilizado, cuyas extremidades humanas aparecen pintadas de rayas y fajas paralelas... Las aletas están provistas de una afiligranada cresta dentellada..." (Procedencia Pachacámac. Colección Macedo. Tomado de Gerdt Kutscher, *Nordperuanische Keramik*, Berlín, 1954, Gerb. Mann Verlag. Reproducción autorizada).





de pescadores que moraban allí por temporadas; sabemos que comían camotes, *mariscos*, *jíquimas* y *mucho pescado*".

Un fechado de radiocarbono dio para uno de estos campamentos la antigüedad de 6,770 años.

Los tubérculos son, sin duda, silvestres, producto de la recolección, pero ya en esta época parecen insinuarse algunas formas primarias de agricultura en los valles vecinos.

La población era sedentaria o semisedentaria (o sea, con ocupación del sitio por largas temporadas). Tenían la costumbre, muy generalizada entonces, de enterrar a sus muertos en la misma zona de viviendas.

La alimentación era a base principalmente de pescado y mariscos, pero del vecino valle de Casma estos primitivos pescadores obtenían algún complemento vegetario. En cuanto al agua, "la sacaban de los pozos que se podían cavar a la orilla del mar, en lugares donde las aguas subterráneas procedentes de la Sierra llegaban a la superficie".

Por el 3,000 antes de Cristo, llegó otra gente, que se estableció "en las dunas cubiertas de achupayas que rodean el cerro Mongoncillo". Mucho más numerosa que la precedente de los pescadores primitivos, esta población "vivía en pequeñas chozas" y se alimentaba de mariscos, pescado y algunos productos vegetales que obtenía por cultivo (¿ella misma?, difícil precisarlo) en el valle vecino. La residencia, quizá, no era permanente pero sí habitual.

Hace 4,000 años llegó una tercera "gran ola de pobladores" que invadió la pampa y edificó "grandes huacas". Esta gente tuvo en medio de la playa un centro ceremonial con algún alarde de arquitectura, no lejos del cual estuvieron las casas sobre una amplia extensión: pequeñas, de plano rectangular, "bordeadas de bajos muritos de piedra, de dos caras, cimentados con barro".

La población en esta *tercera etapa precerámica* comía pallares (procedentes del valle de Casma), muchos mariscos, pescado y, probablemente, carne de lobo de mar. La cacería del lobo se practicaba intensamente por la abundancia de las manadas y los muchos usos que la industria daba a los ejemplares atrapados. En los basurales de 3,500 a 3,800 años de antigüedad —próxima ya la aparición de la cerámica— abundan con la ceniza y las conchas, los huesos de lobo. Esto revela una economía dependiente parte de la tierra y parte del mar, pero más de éste que de aquélla. En realidad, como en las etapas anteriores, *del mar vivía el hombre*.

Tempranamente desapareció esta población prealfarera para ceder paso a los ceramistas y cultivadores del maíz. Quizá *una migración por mar trajo la cerámica*, según opina el mismo Engel. Pero, ¿por qué desapareció la población precerámica de la *fase 3* de Las Haldas? Engel propone que quizá fue por un tras-

torno de carácter climático; por ejemplo, una crisis pluvial en la Sierra que secó la napa y privó de agua a los grupos costños. Pero también puede pensarse en una consecuencia del ascenso eustático del mar que, como parte de la gran subida postglacial, se produjo hace 4,000 años. La transgresión habría "ahogado los pozos de agua dulce de Las Haldas, obligando a los pobladores a emigrar".

Igual que en los demás sitios que se describen en este capítulo, la aparición de los primeros cacharros en Las Haldas, concomitantemente con el cultivo del maíz —hace no menos de 3,500 años—, determina el fin de la era precerámica.

Al tratar de Las Haldas, Engel ha abordado también el problema ecológico de los sitios precerámicos extendidos a todo lo largo del litoral. Se pregunta: ¿cómo vivían los habitantes de Las Haldas en una pampa eriaza e improductiva?

Fueron, como ya se ha dicho, *pescadores y mariscadores* que en todo tiempo se vieron favorecidos por la excepcional riqueza de las aguas del mar. En toda la costa Norte, en efecto, pero especialmente entre Huarmey y Chimbote, el mar abunda en peces de carne blanca, y en las rocas hay moluscos y otros animales en prodigiosa variedad. El sustento estaba, pues, asegurado; pero, en los basurales hay restos de vegetales cuya procedencia debe precisarse. Además, las fuentes de agua deben ser confirmadas. Por último, no puede soslayarse el problema del tipo de ocupación. Los habitantes de Las Haldas fueron pescadores y recolectores de mariscos, sí, pero ¿permanentes, de todo el año, o temporarios? Si lo primero, ¿de dónde obtenían el algodón para el vestido y los tubérculos para completar su alimentación? Presumiblemente de las vecinas tierras de Casma, pero, en tal supuesto, no fueron entonces sólo pescadores y recolectores de mariscos sino también comerciantes que intercambiaban el sobrante de su extracción con los productos que requerían de los pueblos cultivadores. Si fueron ocupantes temporarios, trasladaron de continuo sus campamentos, viviendo un tiempo en el valle y otro tiempo en la playa.

Mas, esto último no cuadra con los testimonios de la Arqueología. En Las Haldas hay de esta época edificios de gran tamaño, "grandes huacas", cuya erección sólo se explica por "*una ocupación permanente de gente dedicada todo el año a la pesca*".

Sin embargo, Engel no cree que en las épocas de densa población, el lugar haya tenido base económica propia, exclusiva, independiente. Nunca hubo feracidad en la pampa; siempre durante el tiempo precerámico fue desolada y estéril. Por consiguiente, jamás dio nada por cultivo. Sus pobladores, entonces, dependieron en parte de los productos de los valles vecinos y, naturalmente, de la voluntad comercial (por trueque) de los habitantes de estos valles, agricultores que, a su vez, necesitaban de los

productos del mar que los pescadores extraían. Admitiendo este sistema, se explican las "grandes huacas" y la numerosa población permanente. El sistema fue, en lo fundamental, de *equilibrio ecológico*.

De los tiempos iniciales, sí, puede afirmarse que los grupos *sólo dependieron del mar* y de la recolección de algunos frutos y semillas que proporcionaba la naturaleza, como los del aliso, el algarrobo y el tomatillo. La fuente principal, hemos de repetirlo, fue el mar, con los mariscos y las algas, entre éstas la conocida con el nombre de *yuyo*.

En la época de los cultivadores de pallares (tercera fase del precerámico, como se ha visto), la necesidad del equilibrio entre los agricultores del valle y los pescadores, mariscadores y cazadores del lobo marino de Las Haldas se acentuó, primero porque la población marítima creció en número y su demanda de productos fue consecuentemente mayor, y, segundo, porque los pueblos del valle tropezaron con muy serias dificultades en la labranza y riego de sus tierras, las que, en general, fueron escasas por incapacidad técnica para someterlas a rendimiento. Entonces, no les quedó a los cultivadores de pallares otro camino que volver los ojos al mar y obtener el pescado, el marisco y el yuyo indispensables para balancear su dieta.

El fenómeno de las sequías que intermitentemente altera el régimen de las aguas del flanco occidental andino, influyó, sin duda, en la actividad económica del hombre de esta época, orientándola hacia el mar. Esta circunstancia contribuyó al desarrollo del gran centro proveedor de Las Haldas, cuyos pobladores se empeñaron entonces en vastos programas de construcción.

5. *Culebras*. "Vasto sitio —dice Engel— [que] se puede definir como una agrupación de casas formando uno o varios pueblos en la falda de un cerro, entrando hacia el mar ..." Caracterizan la agrupación "innumerables casas y conjuntos de casas ... largas terrazas de grandes bloques de piedra no labrada hasta la cumbre del cerro; ... largas gradas de piedra ... Las casas rodean las terrazas y las gradas, aprovechando los estratos planos ... Las piedras forman paredes planas; el plano es cuadrangular o rectangular ..." ²². Es importante destacar que las tierras bajas fueron pantanosas en otro tiempo, y que de esas formaciones pantanosas, hoy completamente secas, el hombre precerámico obtuvo agua para vivir. La *arquitectura comunal* o *ceremonial* es el rasgo más destacado de este imponente conjunto. La población fue numerosa y, como en todos los casos de la época, vivió directa y básicamente del mar.

La limpieza arqueológica ha sacado a luz viviendas de plano rectangular con pequeños patios de hasta tres metros de largo pero muy angostos. El material de relleno de las viviendas y

de los alrededores está constituido por ceniza negra, carbón y grandes acumulaciones de conchas, de las especies que se indicarán más adelante. También hay en el relleno precerámico abundancia de huesos de mamíferos marinos y restos humanos, aunque éstos se hallan preferentemente en las tumbas cavadas ex profeso en los contornos del poblado.

6. *Río Seco*. Explica Engel, que entre los siglos XX y XVIII antes de nuestra era se produjo una acentuada *expansión demográfica en la Costa* y que, a consecuencia de esa expansión, surgieron "pueblos bien constituídos, con arquitectura de piedra y adobe"²³.

Como uno de estos pueblos, de la época correspondiente a los estratos medios de Huaca Prieta, debe ser considerado el que lleva el nombre de *Río Seco*, a 85 kilómetros al norte de Lima, camino a Huacho, cerca de las *lomas de Lachay*.

Fue un pueblo inmenso, que albergó a una crecida población: quinientos metros de largo por trescientos de ancho, aproximadamente, "en el tablazo, a cierta altura encima de la playa, *frente al mar*, y también a lo largo de la margen Sur de la quebrada".

Desde el punto de vista del agua que necesitaba la población, el caso de Río Seco sigue siendo un misterio. "No se notan indicios relativos a la existencia de aguas subterráneas" —dice, confundido, Engel, no obstante el buen conocimiento que tiene de las *napas*—. Podría creerse que la transgresión marina última favoreció la elevación de la napa, pero contra esta hipótesis se alza el hecho plenamente probado de que la vegetación desapareció del sitio hace miles de años. Otra suposición sería ésta: que los pobladores de Río Seco no cultivaban en la quebrada que les daba albergue sino en las cercanas *lomas de Lachay*, donde podía fructificar el pallar.

En Río Seco hay construcciones cónicas de grandes dimensiones, hechas por acumulación de piedras y bloques de coral...". El sitio parece que no fue un solo pueblo sino un agregado de pueblos, con casas aisladas formando pequeñas unidades "sin plan bien definido y sin orden...". Agrega Engel: "Las paredes son de bloques de piedra, levantadas encima de plataformas de barro apisonado". Hay, además, ocho huacas de "una arquitectura muy original, única en los horizontes precerámicos": agrupaciones de cuartos y patios unidos por paredes anchas de "grandes bloques de piedra", con *bloques de coral*, como ya se dijo, y *huesos de ballena*. Los techos eran seguramente de esteras y cañas.

La exploración arqueológica reveló muchas cosas interesantes. En primer lugar, en los alrededores del pueblo, un cementerio con depósito anexo de ofrendas. Estas componíanse principalmente de unos *cordeles con conchas*, calabazas con alimento y

grandes cantidades de *Oliva peruviana*, un molusco muy extendido en la costa peruana. Los fardos funerarios salieron a luz acompañados de objetos de la vida diaria, como calabazas y alimentos de origen marino, y adornos, como *collares de conchas*. En seguida, los basurales mostraron el género de vida de los hombre del lugar de hace cuatro mil años. Como pueblo *esencialmente pescador* que fue, fabricaba anzuelos del material de las conchas y trenzaba finos cordeles de la fibra del cacto. De pequeñas piedras, convenientemente perforadas, hacía pesas o lastres para la pesca, que ataba a la redes mediante delicadas pitas. Practicaba una industria del tejido bastante avanzada, con hilos de algodón, por la técnica del entrelazado, con decoración de motivos geométricos. El uso de la lana era muy escaso. También hacía esteras, canastas, redes grandes para la pesca y sogas de junco, muy resistentes.

Pueblo su agricultura incipiente, la economía de su alimentación reposaba fundamentalmente en el mar. Cultivaba pallar, ají y algodón para la industria de los tejidos y las mallas, pero su principal actividad era la pesca con la recolección de los mariscos. El variado aparejo de pesca corrobora este aserto. "Existen abundantes fragmentos de redes" para pescar y otros fines. Por lo demás, en la época del florecimiento de Río Seco se pescaba en toda la costa con redes que llevaban flotadores y pesos de piedra para las capturas de fondo²⁴.

7. *Ancón y Ventanilla*. En su visionario estudio de 1906 sobre los *kjoekkenmoeddings*²⁵, Uhle advertía sobre la gran antigüedad de los centros de primer establecimiento humano en la Costa: "Si nos fuesen conocidas —decía— todas las condiciones a que estuvo sujeta la vida del hombre prehistórico, sabríamos encontrar también sus huellas en una extensión mucho más grande y en épocas mucho más remotas de las que actualmente conocemos". A continuación, pasando revista a los lugares que, por los recursos que ofrecían, el hombre escogió como primera morada o como punto de partida para sus andanzas, se preguntaba: "¿Qué elemento podrá haber dado más facilidades al hombre de aquellos tiempos para su existencia, que el mar?"

Tras los estudios del siglo pasado iniciados en 1874 por los alemanes Guillermo Reiss y Alfonso Stuebel, Uhle fue el primero que destacó la enorme importancia de Ancón y subrayó su milenaria antigüedad.

Tello, por su parte, dedicó lo mejor de sus energías de sabio incansable al estudio de las Necrópolis y de los depósitos chavinoides y reclamó un año antes de su muerte, esto es, en 1946, un programa integral de investigación que ampliara las valiosas pero restringidas contribuciones de los citados Reiss, Stuebel y Uhle y de los recientes William Duncan Strong (1925), Donald Olson (1929) y M. T. Newman y Gordon P. Willey (1941-42). Tello

trabajó en los cerros del Sur y descubrió un inmenso cementerio relacionado a muros de circunvalación y terrazas tendales, concentrando sus estudios en los espesos depósitos chavinoides de esa parte de la bahía. No conoció el precerámico —que casi en el año de su muerte iba a revelar Bird con sus excavaciones, antes mencionadas, en Huaca Prieta, de Chicama— pero vislumbró la enorme lejanía de los primeros establecimientos humanos del lugar. “Todo induce a pensar —escribió— que *el hombre se estableció en Ancón en épocas muy remotas*, construyendo sus viviendas sobre un extenso piso de lodo endurecido y compacto; que contó con suficiente dotación de agua ... y que posiblemente la ciudad estuvo situada dentro de una pequeña campiña mantenida con el agua del subsuelo ...”²⁶.

Las excavaciones del sabio fueron continuadas después de su muerte por sus discípulos Rebeca Carrión Cachot y Toribio Mejía Xesspe, con personal del Museo Nacional de Antropología y Arqueología; y, más tarde, por Jorge Muelle. Iba a corresponder a éste el descubrimiento, allí, en 1961, del período precerámico, paso trascendental en la investigación arqueológica de la bahía que, unido al que había dado Villar Córdoba (puntas de piedra, como se vio en el capítulo anterior, en la cuesta de Pasamayo), amplió la profundidad cronológica del lugar y alentó la búsqueda y posterior hallazgo por Lanning de las estaciones líticas o primordiales.

Excavando en efecto, en los sitios llamados *El Vivero*, *El Tanque* y *Las Colinas*, Muelle descubrió el año indicado²⁷, a niveles profundos, depósitos con abundantes residuos de alimentos de origen marino, como conchas y huesos, pero *sin vestigios de cerámica*. Posteriores cateos confirmaron el *precerámico de Ancón*, período durante el cual la población de la bahía y los grupos establecidos en la vecina playa de Ventanilla (al sur) *vivieron casi exclusivamente de los frutos que les brindaba el mar*.

Un primer fechado de *El Tanque* dio 3,910 años, con una aproximación de, más o menos, 150; y un segundo fechado dio 4,200 años (más o menos 80), a base de carbón de madera obtenido del nivel profundo de una trinchera, asociado a basura “al parecer de la *primera ocupación de la cultura precerámica del área*, caracterizada por tejidos, anzuelos con pata más o menos recta y largas puntas de proyectil”²⁸.

Un depósito de *Las Colinas*, a “un nivel chavinoide que infiere con la basura precerámica”, con tejidos encordados de algodón, arrojó 3,775 años (más o menos 220).

El yacimiento de *El Tanque*, descubierto por Muelle en el nivel inferior de un basural, reveló un contenido de “tejidos entrelazados de algodón, anzuelos de conchas y puntas de piedra”. “Todo indica —dice Bonavia²⁹— que el sustento fundamental de

la vida de este período estuvo constituido por productos marinos, ya que se encontraron en grandes cantidades huesos de pescado, de aves guaneras, huesos de lobo marino y gran cantidad de conchas". El parcial apoyo agrícola de la economía de entonces quedó evidente con las muestras encontradas de algodón, mate, guayaba y ají.

No lejos del yacimiento anterior, Rowe descubrió otro en *Las Colinas*, o sea, en la parte alta de la playa que ocupan las instalaciones del *Yacht Club*, también del *precerámico con algodón*. El basural dio tejidos de algodón (entrelazados) "y una gran cantidad de restos relacionados con la vida marina", como anzuelos de concha de choro, pesos amarrados para la pesca, cuentas de *Oliva peruviana* y adornos de huesos de ave marina.

La ocupación de la bahía durante el precerámico, hace no menos de cuatro mil años, comprendió no sólo los cerros del sur sino la zona de las lomas, el promontorio llamado Punta Grande y la vecina playa de *Ventanilla*. Las excavaciones de Lanning en un *basural precerámico con tejidos de algodón* de Punta Grande, revelaron una base de vida constituida principalmente por moluscos con un complemento vegetal de "raíces cultivadas", como camote y achira, y probablemente papa y oca. La industria se hizo presente en variedad de adornos y objetos para diversos usos de madera y hueso, éste principalmente de aves marinas.

A los dos años del descubrimiento de Muelle (*precerámico con algodón*), Lanning encontró en el extremo norte de la playa de *Ventanilla* un "basural compacto" desprovisto casi por completo de material lítico y *sin tejido ni algodón* pero rico en anzuelos de concha de choro (como los del *Yacht Club*), en hilos y cordeles de fibra vegetal, bien torcidos, "y cuentas de hueso de ave y de grandes caracoles". El *nivel inferior* dio calabaza cultivada (*Cucurbita moshata*) y vainas de *Canavalia*. El *inferior*, en cambio, sin vegetales, proporcionó "inmensa cantidad de huesos de lobo marino, pescados y aves". El nivel bajo —supone Bonavía— representaría "una agricultura más antigua que el algodón y los tejidos", y el nivel superior, una fase de economía predominantemente pesquera con caza de lobos marinos, es decir, *dependiente del mar por completo*³⁰.

8. *Paraiso o Chuquitanta*. Al este de la cadena de cerros de Oquendo, en el valle del Chillón y a escasa distancia del mar, pueblos precerámicos de hace cuatro mil años, que iban a seguir dueños del lugar hasta el siglo XV antes de Cristo —representantes de la agricultura del pallar y de la alimentación a base de los productos del mar—, erigieron hasta siete conjuntos arquitectónicos, verdaderamente monumentales, de piedra y barro, que se cuentan, al decir de Engel —el restaurador de uno de ellos—, entre los edificios más antiguos de América.

Un solo conjunto arquitectónico de El Paraíso representa un esfuerzo de construcción fabuloso. Engel considera que hubo desproporción entre el número de habitantes del poblado y la magnitud de las obras, de un lado, y "el carácter efímero de la existencia del conjunto", por otro. El "prodigioso esfuerzo" de construcción de las unidades, "pudo haber quedado frustrado a raíz de una inadaptación de las técnicas agrícolas en vigencia a condiciones demasiado adversas en la Costa. En los basurales de El Paraíso se encuentran pocas cáscaras y vainas de jíquimas y de pallares; son pobres en plantas cultivadas los estratos; se come *muimuy*, ciruelas, mariscos de última categoría, algo de pescado, pero también alcatraces; la comida no indica un período de abundancia"³¹.

En Chuquitanta, los pueblos que levantaron los imponentes edificios aludidos, trabajaban la tierra pero extraían del mar, al mismo tiempo, parte importante de los productos que necesitaban para alimentarse. El testimonio arqueológico revela que había hace 3,500 años pesca de las tallas media y pequeña; recolección no muy abundante de choros, *Pecten purpuratus* y *Mesodesma donacium*. No faltan huevos de aves marinas, *chitones* y *ciruelas de mar*. En cuanto a los mamíferos, "se encuentran huesos de lobo marino" de la especie *Otaria flavescens*.

La industria daba grandes redes de algodón y piezas diversas para el adorno personal, como cuentas discoidales, pequeñas, chatas, con perforación cilíndrica, hechas del material de las conchas de la especie *Pecten purpuratus*.

9. *Asia*. Con frente al mar, en el pequeño valle de Asia, a cien kilómetros al sur de Lima, desarrollaron su existencia numerosos pueblos precerámicos, que, como los vistos anteriormente, cultivaban en alguna medida la tierra, obteniendo pallar, maní, calabaza y algodón para sus tejidos y sus mallas, pero vivían principalmente de los productos de la pesca y de la recolección de mariscos.

La pesca, entonces era activa, y se efectuaba tanto con redes como con anzuelos. La *atarraya* era un tipo de red muy extendido. Los cordeles se hacían de fibra de junco y los anzuelos del material de las conchas, aunque también los había de hueso.

Los villorrios precerámicos del valle de Asia se componían, casi uniformemente de viviendas cónicas, sencillas, de material muy endeble, instaladas alrededor de un edificio de plano rectangular, de piedra y "adobes cementados", con numerosos muros dobles. Para las viviendas se usaban, como costumbre de origen inmemorial, *costillas de ballena*, a manera de puntales.

La economía de los pobladores del valle era esencialmente de *pesca y recolección*, con una incipiente agricultura, como se acaba de decir, de pocas plantas básicas, entre ellas el algodón. Las preferencias de la pesca estaban dirigidas al robalo, la cor-

vina, el cazón y la guitarra. En las playas y peñolerías los cazadores, armados de garrotes, sorprendían a los lobos, los cuales proporcionaban abundante carne, grasa y cuero.

Los pobladores de Asia debieron ser excelentes nadadores y mejores buceadores porque extraían ingentes cantidades de mariscos, tanto de las colonias adheridas a las rocas semisumergidas como de los bancos de las aguas relativamente profundas. Las acumulaciones de valvas son enormes y revelan una economía de extracción muy activa y mantenida por muchos siglos.

Además de la pesca con red, que era naturalmente la más rendidora, se practicaba, también, la pesca con cordel, desde los promontorios y playas. Los pescadores de esta modalidad tenían anzuelos muy finos para la captura de peces de talla menor. Los sedales también eran delicados. Concluidas las faenas de pesca, los aparejos eran cuidadosamente guardados en cajitas de admirable confección, de las que se tienen ejemplares preciosos.

Estos pueblos de pescadores y recolectores de mariscos de Asia, florecieron entre los siglos XX y XIII de la era precristiana, dejando potentes conchales, algunos de varios metros de espesor, que delatan la ocupación de siglos anteriormente indicada.

LA TEORIA DE UHLE DE LOS PRIMITIVOS PESCADORES ANTROPOFAGOS

Como resultado de sus excavaciones en Supe, Ancón y Bellavista durante los años 1904 y siguiente, Uhle elaboró, y más tarde (en 1906) expuso, con gran interés de los círculos científicos, la entonces revolucionaria teoría de los *primitivos pescadores antropófagos de la Costa*. Ubicó a estos pescadores *dos mil años atrás*, en los siglos inmediatamente anteriores a la iniciación de la era cristiana.

Las investigaciones efectuadas a partir de 1943, en las caletas y bahías del litoral, por Gordon R. Willey, Marshall T. Newman, John M. Corbett y otros —sin contar los trabajos importantísimos de Junius B. Bird (en la tantas veces mencionada *Huaca Prieta*, de Chicama) y de Frederic Engel (a lo largo, como ninguno, de toda la costa)—, han confirmado la teoría de Uhle de la existencia de grupos pescadores, de cultura y técnica muy rudimentarias, que vivían exclusivamente dependientes de los productos del mar, pero, al propio tiempo, han aclarado que tales grupos, por el hecho —ya advertido por el mismo Uhle— de poseer *cerámica*, no fueron los primeros que habitaron la Costa, como lo quiso el arqueólogo alemán, sino que corresponden a una época que sitúan muchos siglos después de la era precerámica.

En un discurso memorable, pronunciado el 29 de julio de 1906 con ocasión de su ingreso al Instituto Histórico del Perú, Uhle expuso su convicción científica, resultante de la investigación metódica en el campo, de que *lo inca* sólo constituía la etapa final de la gran cultura peruana precolombina, culminación de siglos de desarrollo y de aventura humana en la Costa y la Sierra.

En el momento en que fue pronunciado, cuando recién, por obra del mismo Uhle, se estaban poniendo los cimientos de la arqueología científica en el Perú, ese discurso fue —como dicen Tello y Mejía Xesspe en un libro sobre la historia de los museos nacionales³²— “un balance de los conocimientos históricos y prehistóricos del Perú, a través de los trabajos de investigación de historiadores y arqueólogos, desde Garcilaso, Cieza, Ondegardo. . . hasta los descubrimientos de él [Uhle] en Ica, Nasca, Ancón, Chancay . . .”.

Uhle en esa importante ocasión, expuso su teoría de *las varias etapas* en el desarrollo de la cultura antigua, aborigen, del Perú. “Los Incas —dijo— no fueron, de ningún modo, el único pueblo civilizado del Perú. Su civilización tuvo muchos predecesores. . . Mucho antes de la época de los Incas pasó por el Perú la ola de una civilización homogénea, cuyos monumentos más hermosos encontramos en Tiahuanaco . . . y cuyos efectos se extendieron hasta el Norte, hasta el Ecuador. . .”. A su vez, esta civilización “fue precedida por una civilización cuyos restos magníficos . . . se han descubierto en Ica y Nazca . . . Otros eslabones de la misma cadena encontramos en regiones de la Costa más al Norte: en el valle del Rímac, en Chancay, y de Samanco a Trujillo . . .” correspondientes a “una época todavía anterior a la de los monumentos de Tiahuanaco . . .”.

En este remontar por el ancho camino de las culturas antiguas del Perú, Uhle llegó a los *pescadores antropófagos* de los *tiempos iniciales*. Después de hablar de esa antigua civilización de la costa Norte que había precedido a Tiahuanaco, Uhle colocó en la *primera etapa* a los primitivos habitantes de la costa central, pescadores. “En la misma época —expuso—, pero probablemente ocupando un terreno más extenso, antes habitó las caletas del Norte, por lo menos las de Chorrillos a Pativilca, una raza de estatura alta, de *pescadores antropófagos*, cuyas producciones primitivas resisten a toda tentativa de comparación con las de los pobladores civilizados que vinieron más tarde . . . Sus producciones consistieron en pocos y primitivos *artefactos cerámicos*, múltiples y particulares tejidos de mimbre y *redes*; y un gran número de utensilios de hueso, entre ellos varios de huesos humanos. Por estas últimas señales se parecen más a las tribus antiguas de pescadores de Chile y a las de Tierra del Fuego, todavía existentes, que a los peruanos antiguos civili-

zados por épocas de millares de años por una cultura continúa ...”.

No precisó Uhle el medio en el que se había desarrollado esta cultura de *primitivos pescadores canibales*. La reconoció en el frente costero comprendido entre Chorrillos, por el sur, y Pativilca, por el norte, pero dejó entornada la puerta para, con nuevas exploraciones, agregar otros sitios a la lista por él elaborada.

Pero —como se advierte por la simple lectura de los trozos arriba transcritos—, los *pescadores primitivos* considerados por el sabio como los primeros habitantes de la Costa y detentadores del *primer nivel de cultura*, eran ya *alfareros*. A la luz de los conocimientos actuales, por consiguiente, esos *primitivos pescadores* no representan el primer horizonte cultural y su antigüedad no es muy grande; están mucho después de los verdaderos grupos precerámicos.

La definición de *pueblos antropófagos* para esos grupos pescadores es, sin duda, peyorativa. Tales grupos pescadores formaban *núcleos reducidos de población* que ya usaban la *cerámica*, adquirida quizá de los pueblos avanzados que vivían en los valles próximos o que bajaban de la Sierra para sus intercambios comerciales, pero que, no obstante usar la cerámica, sobre-llaban una vida de nivel, en general, muy rudimentario, extremadamente bajo, de mínimos alcances, reduciéndose su actividad económica a la pesca —para la cual disponían de *anzuelos y redes*— y, sobre todo, a la *recolección de mariscos*. Probablemente tuvieron embarcaciones, de rústica construcción, para entrar con sus redes al mar y dar alcance a los bancos de peces, de los que dependía su alimentación.

En trabajos posteriores, Uhle insistió, con nuevos aportes, sobre su teoría de los primitivos pescadores y, sobre todo, dio alcances universales a su información científica mediante una memoria presentada al Décimosexto Congreso Internacional de Americanistas reunido en Viena, en 1908, y que se publicó, dos años después, en la *Revista Universitaria*, de San Marcos. “Las primeras poblaciones del centro del Perú —dice allí— ... eran *pescadores incultos*. Hasta ahora —agrega— he determinado de una manera más precisa sus establecimientos en cinco puntos: en dos parajes en *Supe*, en *Chancay*, cerca de *Ancón* y en el valle de Lima, cerca de *Bellavista*”³³. Estos *pescadores incultos* —explica a continuación— enterraban a sus muertos dentro de esteras, manejaban una técnica del tejido muy primitiva, tenían para sus usos domésticos *vasijas de barro muy sencillas, con alguna decoración incisa*, pero desconocían por completo el uso de los metales. En cambio, “las canastas y las redes eran de una fabricación ricamente desarrollada”, como buenos pescadores que eran.

Anota después el sabio: "El campo de descubrimientos más interesante de los antiguos pescadores es, sin duda, *Bellavista*, en el valle de Lima" (cerca del Callao). La costa termina en un barranco de 17 metros de alto, en el cual rompen las olas con fuerza (es el lugar conocido hoy con el nombre de *La Perla Alta*), pero a 14 metros hay una "capa blanca margosa", de cuatro centímetros de espesor, consecuencia —dice Uhle— de una inundación fluvial. Una antigua población fue arrasada por el desborde del brazo del río Rímac que por allí pasaba.

Allí está el lecho de doscientos metros de ancho del antiguo brazo del Rímac, a cinco kilómetros al sur de su actual curso. Corría paralelo a la costa, a unos setenta metros de ella, y descargaba finalmente en el Callao actual. Posiblemente, la tierra se extendía más en esa época, hacia el oeste. El embate incesante de las olas la ha recortado.

El pueblo de *antiguos pescadores* instalado en el lugar y que fue arrasado por la salida catastrófica del río, debió existir por la época en que, en el Sur, florecía la civilización Nasca. Uhle observa que en la cerámica sencilla de ese pueblo pescador, se perciben influencias del Sur.

En *La esfera de influencia del país de los Incas* —otro de los trabajos medulares de Uhle, de 1909— el sabio insiste: "El nivel de la civilización primordial en el Perú antiguo . . . lo encontramos . . . en las *tumbas de los pescadores* más antiguos de *Ancón* y *Supe* . . . No existía en ese tiempo —puntualiza de manera no muy clara— *alfarería pintada* ni industria textil de cierta extensión, ni agricultura desarrollada . . ." ³⁴.

No había *alfarería pintada* pero sí una de forma sencilla destinada al uso doméstico; y no había *industria textil de cierta extensión* pero sí una técnica avanzada para la confección de redes de gran tamaño que se usaban en la pesca (posiblemente, desde embarcaciones rudimentarias). No eran, pues, precerámicos esos pescadores ni su nivel correspondía al de la verdadera *civilización primordial* del Perú antiguo, que ahora sí conocemos.

En otra parte de su misma monografía, Uhle destaca que los *pescadores primitivos* extrañamente tenían relaciones con los pueblos de la Montaña, intercambiando productos. Los primitivos pescadores —dice— debieron tener "relaciones de parentesco cercano con las tribus del Este, tanto en raza como en lenguas" ³⁵. "Sorprende saber —añade— que desde este remoto tiempo existían ya *relaciones comerciales* entre los habitantes de las poblaciones de la Costa peruana y las tribus trasandinas. Pruebas dan de ello una manta hecha de plumas largas, coloradas y azules, de *Ara macao*, excavada en Supe . . . y un *palo de chonta* encontrado en los mismos entierros. Los materiales de

ambos objetos —subraya— no existen en la Costa y, por lo tanto, deben haber sido traídos del otro lado de los Andes”³⁶.

El comercio aludido está indicando un nivel de vida que no conjuga con el pretendido carácter de *pueblo primitivo*, en los albores de la civilización, que Uhle dio a los pescadores de la costa.

LOS PESCADORES PRIMITIVOS DEL SUR DEL PERU Y NORTE DE CHILE

Partiendo de Uhle pero ahondando después en la realidad arqueológica, Latcham encontró, sí, *verdaderos grupos primitivos* en el norte de Chile, definitivamente *precerámicos*, algunos propios de la *edad lítica*. “A lo largo de la costa del Pacífico —dice³⁷—, hallamos radicadas desde tiempos inmemoriales, *tribus de pescadores de cultura muy primitiva*, anteriores en muchos siglos, *quizá milenios*, a las culturas más adelantadas que después aparecieron en diversas partes del litoral. Sus restos se hallan en los *conchales* o cubiertos por montones de desperdicios de cocina al pie de los cerros o barrancos que dan frente al mar. Casi la totalidad de tales restos pertenecen a la *edad de piedra*, pero no todos son de la misma época”. El *precerámico* y hasta el *lítico* saltan claros de esta cita. Se trata, ahora sí, de *grupos de pescadores sin cerámica*.

El pueblo que habitó en los alrededores de Taltal (26° de latitud Sur), fue únicamente pescador, cazador y recolector de mariscos. No conoció ni la cerámica ni la agricultura. Su posición, por lo tanto, en el cuadro de la prehistoria, es nítida. Fabricaba puntas de piedra para arpón, triangulares, cortas, semejantes a las halladas en Arica; también pesas para la pesca, de forma de cigarro, con las puntas redondeadas y una ranura circunferencial en uno de los extremos para sujetar el cordel; y anzuelos, principalmente del material de las conchas. En otros trabajos usaba el hueso como materia prima. Sus mayores logros ergológicos los obtuvo en “la elaboración del hueso y de la concha”.

Esta cultura de auténticos *pescadores primitivos*, verdaderamente precerámicos, “duró por un período bastante largo, probablemente varios siglos y quizá más de un milenio”³⁸.

En las costas del sur del Perú y norte de Chile, la escasez de tierra —como ha advertido Bird— impidió que los grupos de *primitivos pescadores*, de raíz milenaria, alcanzaran un grado de desarrollo espectacular y progresaran francamente hacia la agricultura o, por lo menos, hacia una economía de la alimentación de ancha base. Sin embargo, los pueblos del sur de Arica, con enorme mérito, llegaron a cultivar, en dimensión de estrecha parcela, maíz, calabaza, papa, frijoles y algo de algodón: ello,

sin descuidar naturalmente la actividad básica, que fue la extractiva de los productos del mar.

“La costa del Norte de Chile —dice Hardoy³⁹— es tan árida como la del Perú, pero sin protecciones naturales . . . Es inhóspita y poco atractiva . . . Los escasos ríos que llegan desde la cordillera constituyen la única fuente superficial de agua dulce. Como se secan . . . sólo permiten irrigar áreas de poca extensión. *Tampoco la pesca debió haber sido fácil para los habitantes preagrícolas de la región*, ya que el mar es fuerte y dificulta la recolección de mariscos . . . Los habitantes que allí se radicaron, evolucionaron hacia la agricultura y la cerámica *pero para completar su dieta nunca pudieron prescindir de la pesca y de la recolección de mariscos*”.

Arica fue un importante centro de pueblos pescadores en la primera edad. Allí “se descubrió un sitio cuyos orígenes datan del período preagrícola, en el que se encontraron casi exclusivamente *anzuelos de concha, piedra o hueso, arpones de hueso o implementos de pesca*, y cuya ocupación se prolongó hasta que la agricultura y ciertas artesanías, como la alfarería, la canastería y los textiles, alcanzaron un adecuado desarrollo para sus precarias posibilidades”⁴⁰.

Los *changos* vivieron de la recolección de mariscos y dejaron de esta actividad espesos conchales que se extienden desde Arica hasta Talcahuano. Para la recolección y la pesca, usaron *balsas de odres*, en cuya confección y manejo fueron en toda época muy diestros.

Un experto en el estudio de los *pueblos marinos* de la costa occidental sudamericana, dice: “Las acumulaciones de conchas parecen representar los antiguos lugares de habitación de una *remotisima cultura costeña de pesca y recolección de mariscos* que vivió fuera de la corriente cultural de los pueblos agrícolas andinos”⁴¹.

En cuanto a la costa del extremo sur del Perú (que comprende los departamentos de Arequipa, Moquegua y Tacna), por su propia “singularidad natural o geográfica” formó evidentemente —dice Vescelius— “un área cultural *distinta* en la época prehistórica”⁴². Los grupos de este sector tuvieron, como principales características: *balsas* hechas de odres de lobo marino, modelos de *balsas de madera* y *arpones* con cazonetes armados con púas de hueso. La actividad principal y, en muchas partes, única, fue la relacionada con la extracción de los productos del mar: pesca y recolección de mariscos; pero, la pesquisa arqueológica se lleva no pocas sorpresas porque “en los basurales, un inventario de los restos de moluscos y de peces . . . *difiere marcadamente de sitios más al Norte*”. Introducida la agricultura en varias provincias de la Costa, “la pesca continuaba desempeñando un papel muy importante” en el sector meridional y el patrón de pobla-

miento se basaba principalmente en la selección de *sitios de pesca abundante* y no de buena tierra. La pesca y la recolección fueron, por consiguiente, los pilares de la economía de los pueblos aledaños al mar en el Sur.

LOS PESCADORES PRECERAMICOS DE ILLESCAS

León Kostritsky, explorador de los desiertos costeros del Norte, ha revelado la existencia de "una sorprendente y extensa . . . ciudad arqueológica, ubicada en la parte occidental de la península de Illescas, en la vecindad de Punta Aguja y de Punta Nunura. Esta ciudad, que bien puede haber albergado muchos miles de habitantes en los tiempos prehistóricos, se encuentra perfectamente escondida del mar y de las trochas costeras por las dunas arenosas, quebradas y cerros; y, desde la parte septentrional, por grandes cerros rocosos"⁴³.

En la misma península de Illescas, hacia el mar, hay otros testimonios de la antigua ocupación del hombre, como viviendas rudimentarias y cercos de piedra, entierros y cuevas con vestigios humanos.

Parte de estos yacimientos arqueológicos corresponde a la era precerámica pero parte, también, a una época muy posterior. Así, a distancia de la ciudad de piedra, en las laderas de los cerros, hay *cuevas* que seguramente sirvieron de vivienda, refugio y aun sepultura. No hay evidencia de que se trate de cuevas naturales porque en algunas partes parecen haber sido "talladas dentro del térreo y pedregoso conglomerado, formando a veces varios pisos . . ." ⁴⁴. En esta zona de las *cuevas artificiales* hay fragmentos de cerámica, del tipo tardío *Chimú*, lo que pone a los ocupantes prehistóricos del lugar en una época relativamente reciente.

No en las cuevas sino en las vecindades del *centro urbano*, hay a ras del suelo numerosas tumbas. Allí se encuentran fragmentos de diversos utensilios, como redes y tejidos. En cambio, *no hay cerámica*.

Los resultados de la exploración preliminar, indican claramente que el lugar tuvo por lo menos dos ocupaciones: una, muy antigua, de un pueblo pescador que no conoció la cerámica pero que sí tejía grandes redes; y, otra, posterior, con cerámica del tipo *Chimú*, que indicaría, por lo demás, una prolongación extraordinaria de esta cultura en dirección al norte, hacia comarcas litorales completamente desérticas pero bañadas por mares ricos en pesca.

Kostritsky pone énfasis al describir el pueblo de Illescas, de la edad precerámica. Dice: "En la parte superficial y a la entrada de una cueva que contiene un numeroso entierro común, se ha encontrado una gran cantidad de fragmentos de redes de diver-

sas mallas . . . Esto habla por sí mismo en favor de que existió una *importante población pesquera* en esta ciudad prehistórica”⁴⁵.

Las redes encontradas corresponden a dos tipos: uno, en el que la malla está hecha con *nudos*, y otro, en el que la malla no tiene nudos sino simples pero muy ingeniosos *enlaces corredizos*: “los hilos torcidos se cruzan entre sí, reemplazando a los nudos”.

Los pescadores del pueblo de Illescas teñían sus redes con tintes de diversas coloraciones, seguramente para preservarlas.

La región es ahora absolutamente seca y no permite, por consiguiente, la vida. Sin embargo, la existencia de vestigios salobres en el subsuelo, hace pensar que en la antigüedad la península contó con algunos recursos hídricos, suficientes para sustentar la vida de una población allí afincada de modo permanente.

ANZUELOS, SEDALES, PESAS Y CANASTAS

En los comienzos del precerámico, la fabricación de anzuelos utiliza el material que proporcionan los *choros* y las *conchas*. Los más antiguos anzuelos son de la valva del choro. Posteriormente se emplea el hueso, pero ya es en la fase final del precerámico. Los anzuelos de hueso “son indicativos —dice Engel— del precerámico final pues todos los anzuelos del chavinoide —explica— son de este material”⁴⁶.

El uso del cobre en instrumento de tanta importancia para la vida económica, está en Paracas pero en la etapa de los grandes desarrollos culturales de la Costa; muy lejos, por lo tanto, de las finales del precerámico.

En general, los anzuelos de *material de choro* son típicamente antiguos. Pero, no obstante su antigüedad, los hay que son verdaderas obras maestras, lo que indica que los fabricantes de aquel remoto tiempo alcanzaron un elevado nivel técnico y perfeccionaron las piezas para un mejor desempeño de la función. Excelentes anzuelos de choro proceden de Los Chinos, de Río Seco, de Asia; pero, el más notable de todos los ejemplares es de *Curayacu*, un lugar cerca del balneario de San Bartolo, al sur de Lima. Es un ejemplar precerámico notable porque presenta, al extremo de su gancho, la punta reforzada mediante un agregado finamente hecho, el cual se adhiere a la pieza principal por medio de una hebra excepcionalmente delicada. El cordelillo da varias vueltas y el conjunto se ofrece como una verdadera obra maestra de los talladores de concha de hace cuarenta siglos, por lo menos⁴⁷.

Anzuelos firmemente atados todavía a su cuerda (por lo general, un sedal bien trenzado, de varios metros de largo), después

de 3500 o 400 años (o sea, correspondientes a la *fase clásica* del precerámico), fueron hallados por Engel en la *Unidad 1* de Asia. Por el tamaño y la resistencia del cordel, se deduce que fueron para pesca *media* y *grande*; presumiblemente, para corvina.

Asia, dio, también, “trozos de hueso partido, afilados”, que podían convertirse, mediante un tratamiento adecuado, en anzuelos⁴⁸.

Según las regiones, los grupos precerámicos (de la fase primera, sin algodón), hicieron anzuelos, también, de las espinas, bien del *cacto*, bien del *huarango*. “El habitante precerámico de nuestra costa —dice Horkheimer— arrancó *fuertes espinas de cacto*, las ablandó en agua caliente y las flexionó hasta darles la forma de una curva semicerrada”⁴⁹.

Por el año 2500 antes de Cristo, las poblaciones de la rada de Ancón, que todavía utilizaban los recursos de las *lomas* pero que vivían principalmente de los productos del mar, pescaban con anzuelos de concha⁵⁰. Buenos ejemplares de este tipo proceden de los sitios llamados *Yacht Club* y *Playa Grande*, ricos en variados testimonios precerámicos.

Los primitivos pobladores de Arica “usaron dos clases de anzuelos —refiere Uhle—: unos de espinas de *quisca* lo *quisco*: un cactol, con que pescaban hasta el congrio; y otros formados por una piedrecita oblonga y un gancho de hueso. Navegaban arrastrándolos por el agua y dábanles así la falsa apariencia de pececitos a los que las corvinas y otros peces grandes perseguían y tragaban”⁵¹.

Tocante a los procedimientos que se usaban en la pesca con línea, no hay datos suficientes como para presentar un cuadro, aproximado siquiera, del trabajo de entonces. Engel llega a decir que estamos al respecto “en completa oscuridad”. Sábese, sí, que había pesca con cordel simple, o sea, con un solo anzuelo, y pesca con *espindel* o de *anzuelos múltiples*⁵². Las evidencias de este último sistema proceden de Asia, Curayacu y otros sitios.

La pesca con anzuelo usaba cordeles o sedales considerablemente largos y fuertes, hechos, por lo general, de *líber*, fibra del interior del tallo de algunas plantas. Cordeles en buen estado de conservación han sido hallados en Asia, Curayacu y Paracas⁵³. Las gentes de la *Unidad 1*, de Asia, fabricaban excelentes cordeles, por el año 1500 antes de Cristo, de la fibra del *cacto*⁵⁴. Con estas cuerdas cobraban gran cantidad de robalos, corbinas, guitarras y cazones.

Fuera de los cordeles para la pesca, del precerámico proceden cuerdas y sogas de diversos grosores, “trenzadas o retorcidas, de junco o enea”⁵⁵.

De la tantas veces citada *Unidad 1*, de Asia —descubierta y trabajada por Engel—, procede un *implemento de piedra* con

ranura doble, que “pudo haber sido una *pesa para pesca*”⁵⁶. Su antigüedad: 4,000 años.

Las pesas para cuerda de pescar *en forma de cigarro*, tan comunes en los depósitos precerámicos del norte de Chile (y de las que tiene una buena descripción Latcham, en su estudio, anteriormente citado, sobre la edad de piedra en Taltal), no han sido halladas —aclara Engel— en las excavaciones de la *Unidad 1* de Asia. Sin embargo, lugareños porporcionaron al arqueólogo algunos ejemplares, con indicación de que procedían de yacimientos del valle, referencia que el arqueólogo ha aceptado por no concebir el engaño en este caso.

En *Curayacu* sí hay pesas en forma de cigarro, como las de Taltal. Desgraciadamente fueron halladas sin asociación, siendo por lo tanto difícil entenderlas dentro del contexto tecnológico de la época.

Anexa a la industria de la pesca, se desarrolló la industria de la cestería, ésta al servicio de aquélla. El uso de las canastas o cestas fue indispensable tanto en las labores de pesca como en las de recolección de mariscos. Todos los pueblos pescadores, desde la más remota antigüedad del precerámico, fueron fabricantes de canastas. “Se conocen canastas pequeñas —precisa Engel— de los años 3000 antes de Cristo; y, con el precerámico con algodón de los años 2000 a 1200 antes de Cristo, entran canastas de tamaño corriente, entrelazadas”⁵⁷.

Las canastas de los pescadores difieren mucho de tamaño pero, sobre todo, de técnica. Las de Huaca Prieta, por ejemplo, son de fibra de junco por *entrelazado* únicamente; en cambio, las de Culebras y Los Chinos son por *entrelazado* y *tejido* revelando una industria más avanzada por la variedad de modalidades operativas. Río Seco tiene una cestería por *tejido* solamente, y Asia una cestería escasa, a base del material del junco y el sauce⁵⁸.

La norma es, desde el punto de vista de su distribución geográfica a lo largo del litoral durante el precerámico, de una industria frecuente y desarrollada en el Norte y escasa en el Sur⁵⁹.

REDES Y FLOTADORES

La invención de la *red para pescar* ha sido uno de los más grandes éxitos que registra la historia de los avances de la cultura material de los pueblos primitivos. Aunque no desplazó totalmente al anzuelo —que en algunos pueblos fue primero— ni al tridente, pronto se consagró como “el medio más efectivo de atrapar peces”⁶⁰.

Naturalmente, tanto la invención misma como la ulterior fabricación de redes de diverso tipo y tamaño, estuvieron condi-

cionadas a otro invento, que fue, en realidad, el verdadero punto de partida: "el retorcimiento de fibra para formar cordeles".

Los primeros cordeles que retorció o trenzó el hombre primitivo, no fueron para tejer sino para hacer redes. Por consiguiente, la invención y ulterior desarrollo del hilado fueron exigidos o, por lo menos, favorecidos, no por la técnica del tejido —que fue relativamente tardía— sino por la técnica de las redes. Sin duda —como propone Jacquetta Hawkes en su tratado de prehistoria universal⁶¹—, del dominio en la fabricación de redes salió más tarde la habilidad para tejer.

El proceso —*hilado, fabricación de redes, técnica del tejido*— no hace excepción en el Perú. "*Redes para pescar* eran usadas ya en la costa del Perú hace más de 4,500 años" —dice Bird⁶²— pero esta datación se queda considerablemente corta ante los fechados, también para *redes de pescar*, obtenidos por Engel con el material, excepcionalmente antiguo, sacado de las tumbas de Pampa Santo Domingo, en Paracas. Fragmentos de redes de Paracas, en buen estado de conservación, fueron fechados por el radiocarbono en 8,830 años. Estos fragmentos —como dice el propio Engel— pueden considerarse como *los más antiguos del mundo* (entre los hallados en buen estado).

En sus fundamenales excavaciones de 1946 en *Huaca Prieta*, de Chicama, Bird encontró un equipo completo de *red para pescar*, consistente en un fragmento grande de malla, en buen estado; varios *flotadores* de mate, todavía fuertemente amarrados a la red mediante finos cordelillos; y *pesos* de piedra, hechos éstos de cantos pequeños de playa o de río con una perforación al centro para el cordel sujetador. El radiocarbono determinó para este valioso conjunto la antigüedad arriba dicha de 4,500 años.

Durante las excavaciones realizadas en Asia por Engel, en 1961, surgieron varios problemas en torno a las redes para pescar. En el sitio de la *Unidad 1* no fueron hallados, inexplicablemente, ni vestigios de redes finas para pescar. Sin embargo, Engel admitió su uso por los hombres del lugar, hace 4,000 años. "No puede descartarse el uso de redes por los pescadores de la *Unidad 1* —dijo—, aunque no las conozcamos". Tampoco se hallaron *flotadores* de calabaza, tan comunes en otras partes, como en *Huaca Prieta* (donde abundan), pero sí se encontraron *pesos de piedra con doble ranura*⁶³.

En otros depósitos de Asia, la cosecha sí fue abundante y variada. La *tumba 25* por ejemplo, dio una red grande y redonda, del tipo *barredera* o *atarraya* (esparavel), *muy semejante "a las redes redondas de los polinesios"*.

De los depósitos precerámicos de la Costa proceden, en general, dos tipos de redes, que no es fácil diferenciar: el de las *redes para pescar* y el de las *redes para cargar*. Positivamente, las

redes halladas por Bird en Huaca Prieta corresponden al primer tipo, pero en cuanto a las redes de otras partes, no hay seguridad. En sus excavaciones, que son meticulosas, Engel no siempre ha encontrado redes para pescar. "No tenemos nada parecido [a lo de Bird en Huaca Prieta] desde las Haldas hasta Otuma; únicamente se han encontrado fragmentos de redes. Es difícil —recalca— diferenciar con sólo fragmentos, redes para pescar y redes para cargar o guardar alimentos y fibras"⁶⁴.

En cuanto a la forma, hay mucha variedad. Abundan las redes de *mallas cuadradas* de 33 milímetros, semejantes a las redes del neolítico suizo de Robenhausen: "una coincidencia verdaderamente interesante" —comenta Engel⁶⁵—. Las redes de Asia, del siglo XV antes de Cristo son, unas, de *malla amplia*, otras de *malla tupida* y otras, finalmente, de *malla pequeña*. Indudablemente, eran confeccionadas para determinados tipos de pesca, según el tamaño de la especie⁶⁶.

El material de los cordeles era generalmente el algodón, pero se usaba también fibra fina de *junquillo*, fibra gruesa de *junco*, fibra de *cacto* y, en los lugares donde había ciénagas, fibra de *totora*.

Es interesante anotar que el aprovechamiento de la fibra del algodón y el subsiguiente cultivo de la planta, estuvieron condicionados por las necesidades de la pesca. Lo dice en su tratado de prehistoria Jaquetta Hawkes, cita al comienzo, y lo recalca Eduardo Lanning en su estudio sobre el hombre temprano en el Perú.

Considérase, así, que el predominio de la *economía de pesca* sobre la *economía de agricultura* fue tal por los años 2500 y 2000 antes de Cristo, que la agricultura no sólo ocupó un puesto secundario cuantitativamente hablando sino que se puso *al servicio de la pesca*. La dieta, entonces —hemos de repetir—, era a base fundamentalmente de los productos del mar, como pescados, mariscos en toda su inmensa variedad, aves marinas y lobos de mar, y la agricultura se mantenía para las épocas de escasez y, sobre todo, *para cubrir las necesidades de las industrias extractivas del mar*. Por esta manera, "se cultivaban grandes cantidades de *algodón* y *calabazas*, el primero para la fabricación de *redes* y *telas* y las segundas para *flotadores para redes* y como recipientes". Agrega Lanning, de quien es la cita precedente, que los pobladores de los villorrios de Ancón de los años 2500 a 2000 antes de Cristo —que antes de ser pescadores habían sido horticultores—, "se alimentaban básicamente de los productos del mar, *dedicándose a la agricultura principalmente para producir materias primas para sus productos manufacturados* . . ." ⁶⁷. Los pobladores de Ancón necesitaban algodón para hacer redes y calabazas para hacer flotadores. La demanda de ambos productos provenía, pues, de la pesca.

Coincidiendo con los puntos de vista expresados, Miguel Covarrubias estima que "las artes textiles del Perú [tuvieron] su antecedente en las redes de los primeros pueblos pescadores, en sus zurriones y en sus mallas"⁶⁸.

Horkheimer recalca la enorme antigüedad de las redes para pescar de la costa peruana. Para ello, hace referencia a unos descubrimientos poco conocidos de Engel, en el Norte. En la laguna de Negritos, de la provincia de Talara —dice—, hoy día seca pero milenios atrás muy extensa, Engel descubrió, entre bancos de conchas de la *era precerámica más antigua*, "fragmentos de redes e implementos de piedra parecidos a pesas de redes de pescar"⁶⁹.

Un problema que ha sido varias veces encarado por los estudiosos pero no resuelto satisfactoriamente hasta la fecha, es el del uso de las redes. ¿Se tendían en el mar desde la playa solamente, o eran llevadas afuera por medio de embarcaciones? Más adelante se trata de la posibilidad del uso de embarcaciones durante la era precerámica, tema que motiva discusión. En general, no hay vestigios de embarcaciones. En Asia, por ejemplo, toda la operación de pesca con red se cumplía desde la playa. Mas, no hay que descartar la posibilidad —como aconseja Engel— del uso de *flotadores*, grandes flotadores (consistentes en troncos fuertemente amarrados —anticipo de la balsa— o en calabazos atados entre sí, como más tarde se usaron para pasar los ríos en la época de crecida, de lo que hay prueba documental), grandes flotadores —decíamos— sobre los cuales cómodamente se tendía el pescador, llevando la red mar afuera, hasta donde convenía para la rendidora *cala*.

Fuera de las redes para *pescar y cargar* (y también para *guardar*), se usó en el precerámico otro tipo: el destinado a *atrapar aves*. La caza de cormoranes (o *guanayes*) y pelícanos se hacía, por lo general, a garrotazos en las playas y en los peñascales, aprovechando la sorpresa, pero por algunos hallazgos en las tumbas, se puede creer que había *redes de caza*. Eran grandes, de malla ancha. Se las usaba mediante lanzamiento.

Según explica Jaquetta Hawkes, las primeras redes usadas por los pueblos antiguos, fueron del tipo *jábega*, es decir: redes largas sostenidas verticalmente en el agua por medio de *flotadores* y pesos. Estas redes estaban destinadas a atrapar principalmente peces de la superficie. El estudio de los *flotadores* es muy interesante porque este medio de sustentación en el agua presenta muchas modalidades, según los pueblos y las épocas. En Europa se usaban como flotadores trozos de madera de pino o de corteza de pino también, de forma ovalada. En cambio, en el área del Pacífico, tanto en las islas como en las costas de Asia, Australia, Nueva Zelanda y *América*, el flotador obligado

—único— fue el *mate* o *calabaza*. Para los difusionistas, este uso extendido del *flotador de calabaza*, es muy revelador.

La mayor cantidad de *flotadores de calabaza* del precerámico peruano procede de la costa Norte, especialmente de *Huaca Prieta*. En cambio, Engel, a pesar de su afanosa búsqueda, no los ha hallado en la costa Sur⁷⁰. La cosecha de Bird en el yacimiento de Chicama sí fue extraordinaria. Obtuvo objetos del material de la corteza de la calabaza por un total de 10,770 piezas, de las cuales 358 revelaron haber sido utilizadas por el hombre para alguna finalidad práctica. Los porcentajes que obtuvo Bird⁷¹, fueron los siguientes:

<i>Recipientes</i>	72.4%
<i>Flotadores para red de pescar</i>	15.1%
<i>Discos de uso desconocido</i>	5.0%
<i>Fragmentos de cucharas</i>	7.5%

La suerte de haber sido descubierta una *gran red de pescar con ocho flotadores* en perfecto estado de conservación, permitió identificar, sin ningún margen de duda, los objetos de pesca y determinar sus características. Mediante posteriores trabajos de excavación, se comprobó que, por lo menos en el Norte (con la limitación señalada por Engel), el uso de los flotadores de calabaza, o *mate*, estuvo muy extendido. Para los difusionistas, de otro lado, resultó sumamente halagador saber que la técnica de empleo de los flotadores en la costa Norte era casi igual a la de los pueblos de Oceanía. Se acentuó en ellos la convicción de que el uso de la calabaza en el Perú en las faenas de pesca con red, era de origen oceánico, lo mismo que la red.

El flotador de calabaza amarrado a la red es prueba definitiva de que la red se usaba para pescar. Un descubrimiento semejante al de Bird, aunque en menor escala, hizo Engel en Río Seco. Halló en un depósito precerámico una red de pescar, de cordelete de junco, en buen estado de conservación, casi intacta, adherido a la cual apareció, igualmente bien conservado, un *flotador de calabaza*⁷².

En cuanto a los pesos para las redes, éstos estaban constituidos (desde las primeras fases del precerámico) por simples guijarros o cantos de playa, atados a la malla mediante un cordel. Unos pesos tenían incisión para el nudo del cordel; otros, agujero. De Río Seco proceden, por ejemplo, algunas piedras, de formas debidamente seleccionadas, a las que el hombre antiguo hizo, para los fines del caso, al centro, una profunda incisión. Allí se ataba el cordel que unía el peso a la red.

Sin duda, la mayor colección de pesos de redes que se conoce, procede de *Huaca Prieta*. Se caracterizan por la forma redonda y plana de los pequeños guijarros y por el hueco o perforación "piqueteado" y excéntrico por el que pasaba el cordel.

EMBARCACIONES.

¿HUBO NAVEGACION EN EL PRECERAMICO?

Ya se dijo que no hay ni siquiera vestigios de embarcaciones en los depósitos del precerámico. Tanto la pesca con red como la pesca con anzuelo se cumplían desde la playa. Pero, también se dijo que no hay que descartar la posibilidad del uso de *flotadores*, sobre los cuales podía encaramarse el pescador para salir afuera, lejos de la playa, y arrojar su red.

Los *flotadores rudimentarios* pudieron ser troncos, pero esta posibilidad es remota porque en la costa no crecen árboles suficientemente corpulentos como para dar flotadores de este tipo. También pudieron ser ramas delgadas atadas en forma de haces, lo que ya indicaría un paso seguro hacia el *caballito de totora*, llamado a alcanzar enorme popularidad y a mantenerse por siglos, hasta la época actual. También pudieron ser *haces de cañas*, de la mencionada totora por ejemplo, y entonces esos supuestos flotadores del precerámico habrían sido los directos antecesores de las embarcaciones que con tanto éxito construyeron en la época de su apogeo, por los siglos iniciales de la era cristiana, los mochicas. Hay, finalmente, otra posibilidad, anteriormente propuesta: que los pescadores con red del precerámico hubiesen utilizado, como flotadores, *balsas de calabazos*, que más tarde fueron muy usadas sobre todo para el paso de los ríos en estación de avenida. Todo lo dicho no escapa del terreno de la conjetura, porque, en verdad, los testimonios en torno a la navegación en el precerámico son completamente negativos. Los únicos testimonios valederos se remontan a la época premochica, y aparecen en la cerámica .

Sin embargo, hay que considerar dos hechos, que pueden abonar la tesis que sostiene el uso de embarcaciones por los grupos precerámicos. El primer hecho se refiere a la caza del lobo marino por los grupos establecidos en el litoral. Se sabe que la carne de la otaria fue uno de los principales alimentos del hombre de esa edad, en algunos lugares, anterior, incluso, a la carne de pescado y a los mariscos. Pues bien: ¿aprovechaba el hombre del precerámico para su alimentación únicamente de las manadas establecidas en las playas y peñoleras del litoral o salía a la mar o pasaba del continente a las islas, donde vivían enormes comunidades de lobos? Si el hombre de hace cuatro mil años iba a las islas a cazar lobos, entonces hay que admitir que tenía embarcaciones. Engel se pregunta: "¿Los precerámicos cazaban [lobos] con embarcaciones?. Para esta pregunta, formulada en 1958, no ha hallado respuesta hasta ahora el enterrado arqueólogo. Sigue en la duda, inclinándose, más bien, por la negativa.

El segundo hecho se refiere al uso por los pescadores de hace cuatro mil años de Culebras y Asia, de ciertos *arpones*, con aditamentos arrojadizos, que mueven a pensar en la caza de los cetáceos. El propio Engel habla de la orca y el *delfín*, animales grandes que merodean frente a la costa peruana. Parece que en la época del florecimiento Nasca, por el siglo V de la era cristiana, ambos sufrían la persecución del hombre. En tal sentido informan la cerámica policromada de los valles meridionales de Ica y los tejidos ornamentados de Paracas. En la cerámica Nasca se ve a un pescador con red en la mano izquierda y larga pica en la derecha, que se dispone a dar caza, nadando, a una orca o a un animal parecido a la orca.

El argumento, sin embargo, no es definitivo, y, por otro lado, los hechos de la investigación arqueológica de campo llevan a la conclusión contraria. "Hasta ahora no se ha encontrado en la *Unidad 1*, de Asia, equipo de embarcaciones (paletas, remos, cordeles largos, etc.) ni nada comparable a los modelos de balsas con remos de doble hoja de las tumbas chilenas de los períodos tardíos"⁷³. Engel llega a generalizar: no hemos hallado —dice— *ningún rastro de navegación precerámica*, en ninguna forma ni en ningún sitio⁷⁴. Por consiguiente, en el estado actual de nuestros conocimientos, toda la pesca que se efectuó en el precerámico, con cordel o red, fue hecha desde la playa o desde los promontorios de la costa. El uso de flotadores rudimentarios —de troncos, de ramas, de haces de paja o de calabazas unidas— para el tendido, mar afuera, de las redes, es hipótesis.

En cambio, los *pueblos precerámicos* que habitaron Arica hasta una época relativamente reciente (próxima a la era cristiana) —por lo tanto, *precerámicos tardíos*—, sí conocieron el uso de embarcaciones y con ellas se dieron algunos lujos de navegación y seguramente obtuvieron altos rendimientos en la pesca. Uhle los conoció cuando sus excavaciones en la falda Este del Morro, de las que extrajo un abundante material arqueológico. Eran pueblos muy posteriores a los grupos de Taltal, que aprovechaban la lana de los auquénidos y hacían con ella cordones e hilos: comprobación que bastó para que Uhle les señalara una antigüedad no mayor del comienzo de la era cristiana.

Aunque mantenían relaciones con los pueblos agricultores y de cultura avanzada del Altiplano —de los que recibían valiosos elementos, como la *quinua* para la alimentación— y aunque habían desarrollado algunas técnicas, como la de la cestería, con buenos trabajos en espiral, el nivel general de estos pueblos era de tipo "completamente primitivo". En efecto: "*no conocían la alfarería*, ni los metales, ni la agricultura, ni ejercían el arte de tejer. Sus tejidos, que no son tales, muestran una estructura de red de malla estrecha, imitando productos textiles pero que propiamente no lo son . . ."⁷⁵. Bajos de estatura, de cráneo defor-

mado redondo, “*vestían a la manera de los salvajes del Este y del Sur*”, lo que llamó poderosamente la atención de Uhle, que dijo que esa había sido la primera vez que había visto tal tipo de indumentaria en la Costa. Usaban para sus seudotejidos fibras vegetales diversas (mas no el algodón) y pieles de animales. Andaban con los pies descalzos y no llevaban adorno alguno. El hallazgo de un collar de cuentas hechas del material de las conchas, fue excepcional. Hacían redes para “empaquetar” sus cosas, agujas de maderá para tejer esteras e instrumentos de piedra para raspar, perforar y cortar. Todo el instrumental lítico —dictaminó Uhle— pertenecía a las formas *chelenses* y mostraba parentesco con las piezas arcaicas de Taltal.

La vida de estos hombres “era de forma sencilla, como la de todos los aborígenes; fabricaban ellos mismos los objetos de su uso, como esteras, armas y otros objetos pequeños; *el resto de su tiempo lo dedicaban al ejercicio de la pesca y la caza*. Arrancaban los mariscos de las rocas con costillas de animales transformadas en chuzos. *Pescaban en la orilla y salían al mar en botes*, trabajando con anzuelos, flechas y arpones. El modelo de *un bote de totora con vela*, formada de una esterita, también de totora . . . es aparentemente de esta época y *nos descubre el tipo de embarcaciones que probablemente usaron en aquel tiempo*. Su forma, parecida a las balsas empleadas por los *uros* del Desaguadero, difiere, por otra parte de las balsas de madera y de otros materiales que se usaron posteriormente en estas playas, según las descripciones dadas por los viajeros modernos . . .”.

Estos —los de Arica— podrían ser, por consiguiente, los únicos pueblos de *nivel cultural precerámico* —aunque ubicados en los comienzos de la era cristiana (insistimos: *precerámicos tardíos* o *precerámicos sobrevivientes*)— que tuvieron embarcaciones, con las que alguna navegación hicieron destinada a la pesca.

Ya en otra parte se ha dicho que los pescadores de Arica usaron dos tipos de anzuelo: uno de espina de *quisco* (una especie de cacto) y otro de hueso, adheridos a una piedrecita oblonga. “Navegaban en sus embarcaciones rudimentarias arrastrándolos por el agua y dábanles, así, la falsa apariencia de pecesitos a los que las corvinas y otros peces grandes perseguían y tragaban”. También, “lanzaban arpones grandes, con barbas dispuestas a quince centímetros de distancia de la punta, al *tollo* (tiburón), cuyas vértebras son frecuentes en sus cementerios. Cazaban lobos . . . con lanzas de puntas grandes y movibles . . .”⁷⁶.

En la alimentación de los pueblos de Arica predominaron, naturalmente, los productos del mar: pescado fresco, pescado seco y mariscos. Para el pescado seco escogían preferentemente la corvina y el pejerrey. Entre los mariscos, el gusto se inclinaba por el modesto pero abundante, nutritivo y fácil de recoger

choro. No despreciaban el cochayuyo en la comida de todos los días.

Uhle se preguntaba de dónde los pueblos de Arica obtenían el material para sus balsas, y al final el sabio creyó hallar la respuesta a su pregunta mirando hacia el Altiplano, hacia el lago Titicaca, en cuyas orillas crece nutrida la *titora*. Estos habrían sido, también entonces, los únicos pueblos de *nivel precerámico* (aunque de *época relativamente tardía*) en la costa occidental de Sudamérica, que mantuvieron relaciones comerciales con otros pueblos de cultura más elevada, sin aceptar mayor influencia.

ALIMENTACION A BASE DE LOS PRODUCTOS DEL MAR

Los grandes conchales —como los de *Otuma*, entre Paracas y Bahía de la Independencia— indican que el hombre del precerámico comió conchas en abundancia, pero el examen de los conchales mismos indica que la *alimentación básica*, por lo menos en las primeras fases del precerámico, fue la del *lobo de mar*.

La estratigrafía, en efecto, de muchos conchales, especialmente los de Asia, indica que en la más remota antigüedad se comió principalmente *carne de lobo marino* y que después la alimentación se inclinó por el pescado y los mariscos.

“Si hubo cambio de la dieta de prótidos, —dice Engel— fue en el sentido de una disminución de la carne del lobo a favor de un mayor uso del pescado, siguiendo los mariscos en cantidad más o menos constante hasta la Conquista”⁷⁷.

La mayor o menor alimentación a base de mariscos no dependió de los gustos ni de los cambios de dieta sino principalmente de las existencias. Los bancos de conchas —tal como sucede ahora— desaparecían y entonces las poblaciones, por una razón natural, tenían que cambiar de alimento.

Entre los mariscos, el choro gozó de enorme popularidad, sin duda por su abundancia, su riqueza alimenticia y la facilidad que ofrece al recogedor. La estratigrafía de los conchales muestra un cambio muy importante en cuanto al tamaño: en los estratos profundos y, por ende, más antiguos, se encuentran ejemplares por lo general grandes, algunos descomunales, jamás vistos en las colonias modernas; en cambio, en los estratos superficiales los ejemplares son pequeños. ¿Se redujo, a través de los siglos, la especie o, por la mayor demanda, no se permitió el crecimiento normal de los individuos?

En los montículos de Asia, el 95% de los restos de conchas corresponde a la especie *Mesodesma*, “desde los estratos hondos del precerámico hasta las capas con cerámica Nasca”.

Los treintitantos montículos enormes de *Otuma*, algunos de varios metros de altura, son mayormente de *Pecten*. La estrati-

grafía no revela mayor variante entre las capas profundas, las medias y las superficiales. Cerca debieron existir, durante mucho tiempo, grandes bancos de *conchas de abanico*, que dieron a los pueblos inmediatos la base de su alimentación. La uniformidad es manifiesta.

En *Disco Verde*, de Paracas —una estación chavinoide (que escapa, por consiguiente, al interés de este capítulo)—, en cambio, parece que la recolección de diversas especies fue simultánea y en las mismas cantidades.

(En los trabajos de campo, bueno es tener presente que los *conchales* no indican, necesariamente, edad precerámica. Aunque las conchas fueron base alimenticia de muchos pueblos precerámicos, su empleo siguió por siglos, hasta el arribo de los españoles).

Durante la larga edad precerámica (desde el año 3,500 antes de Cristo) pero, especialmente, en las fases finales de la misma, que antecedieron a la aparición de la alfarería, los pueblos de la Costa, instalados frente al mar, gozaron de una buena alimentación, balanceada, nutritiva y abundante, en la que predominaban, como tantas veces se ha dicho, los productos del mar. Los pueblos de entonces comían carne de lobo marino, de ballena (cuando algún ejemplar varaba a las playas), de delfín; esporádicamente carne de pájaros marinos (especialmente guanay, pelícano y gaviota); pescados de muchas clases y la enorme variedad de mariscos que ofrecía el mar. A esta base alimenticia, proveniente íntegramente del mar, agregaban los productos de la tierra: ora los silvestres que se recolectaban en el monte, ora los cultivados, que se obtenían en los huertos trabajados.

Engel llega a la siguiente conclusión: "De una manera general, los yacimientos del *precerámico final* no dan la impresión de corresponder a gentes subalimentadas"; y agrega: "... mientras que el nivel sanitario de los cadáveres de los cementerios *precerámicos sin algodón* (de Paracas, por ejemplo, o de Chilca), deja mucho que desear, en los cementerios de Asia, en cambio (*precerámico con algodón*), los cadáveres corresponden a adultos fuertes, adultos muertos sin duda de manera violenta, o sea, cuando gozaban de excelente salud..."⁷⁸.

Los pobladores de Asia de hace 3,500 años tenían muchas fuentes para su abastecimiento alimenticio. Eran: horticultores, recolectores, cazadores y, sobre todo, pescadores y mariscadores. Esta variedad de fuentes alimenticias les permitió una dieta balanceada y amplia, rica en todos los elementos que el organismo exige para un normal desarrollo y un buen mantenimiento de las funciones.

El primer producto marino que consumían los pobladores de Asia —y esta norma alimenticia se puede generalizar a toda la costa— era la concha llamada *Mesodesma donacium*, cuyos

restos en enormes cantidades han quedado en los conchales del valle. Después, en menores cantidades comían: *Mytilus magellanicus* (o choro), *Concholepas concholepas* (que es el chanque), *Mytilus chorus* (pariente del choro) y *Pecten purpuratus* (que es la sabrosa concha de abanico o señorita, estimada por todos los pueblos de todos los tiempos).

Pero, allí no terminaba la lista de los productos alimenticios brindados por el mar. Se agregaban los cangrejos de las especies *Hepatus chilenses* (o cangrejo de las rocas), *Cancer polydon* (o cangrejo peludo) y *Platyxanthus orbigny*, muy estimada; algunos animales de las rocas, como la ciruela de mar y la estrella de mar; y, sobre todo, apreciadísimos, los pescados: corvina (*Sciaena gilberti*), robalo (*Sciaena wieneri*), guitarra (*Rhinobatos planiceps*), raya (*Aetobatus peruvianus*), cazón (*Carcharodon carcharias*) y anchoveta (*Engraulis ringens*).

Durante el *precerámico con algodón* se nota una natural acentuación de los productos de la tierra, pero el alimento sigue basado en los productos del mar. Dice Engel: "La alimentación consiste en esta época de habichuelas o frijoles juntamente con diversas semillas y frutos, en lo que concierne a la alimentación de origen vegetal; y carne de lobo marino, pescado, mariscos y aves marinas en lo que respecta a la alimentación de carne"⁷⁹.

Los hombres de *Huaca Prieta*, como los de todas las estaciones precerámicas de la Costa, aunque cultivadores relativamente avanzados, tuvieron en el mar también el almacén principal para sus demandas alimenticias. En la época correspondiente a la estrata profunda de *Huaca Prieta* —dice Larco—, entre los años 3000 y 2500 antes de la era cristiana, "se descubre en el mar una fuente magnífica de sustento..."⁸⁰. Por el año 2000 antes de Cristo, la alimentación en *Huaca Prieta* —agrega Lumbreras⁸¹ "tenía una fuerte [base] en los animales marinos, como el lobo...". Agrega completando el cuadro: "El hombre de *Huaca Prieta* acostumbraba cultivar pequeñas extensiones ... con los métodos más rudimentarios ... Era realmente un horticultor ... [pero] su alimentación no era fundamentalmente a base del cultivo [porque] sólo sabía cultivar algunas plantas ... *Usaba mucho de los mariscos* y de otros animales ...".

Algunos pueblos precerámicos agregaron a su alimentación, como un esfuerzo más proporcionado por el mar, las algas, que recogían de los montones que las olas acumulaban en las playas.

Bushnell recuerda que trabajos realizados por Duncan Strong en el área costera del Sur, han demostrado la existencia de instrumentos de piedra, de pueblos cazadores, en la bahía de San Nicolás, al sur de Nasca, asociados a "*caparazones de animales marinos, huesos de pescado y lobos marinos ... de un período en que los pueblos cazadores percibieron las posibilidades ali-*

menticias existentes en el mar y pudieron, en consecuencia, establecerse sin practicar ninguna clase de agricultura⁷⁸².

Tocante a la preparación del alimento, no se sabe con certeza dónde y cómo se realizaba esta operación, pero, por los hallazgos en los depósitos de la época se deduce que los hombres del precerámico usaban piedras, obtenidas en las playas o por fragmentación de las grandes de los cerros, que caldeaban en hogueras o fogones a la intemperie, con las cuales lograban un punto de cocimiento, ya sea por acción directa (*a la brasa*), ya por calentamiento del agua en depósitos o recipientes de origen vegetal (*mates*). Estas piedras aparecen en los *hogares*, juntamente con pedazos de cañas, mates, cordeles y huesos chamuscados principalmente de lobos de mar y pájaros marinos.

Que las conchas eran preparadas mediante la acción directa del fuego o de piedras recalentadas, lo confirma la existencia en los basurales de valvas visiblemente quemadas o cubiertas de residuos de hoguera, como hollín y cenizas, con los bordes afectados por el fuego.

Es probable, también, que en aquel tiempo se usase ya la técnica del cocimiento de los alimentos por el calor de piedras caldeadas *dentro de una atmósfera herméticamente cerrada* (cuyo nombre popular es *pachamanca*). Hay cierta base para pensar que este sistema era usado por los grupos precerámicos. Quizá lo aplicaban para someter a cocimiento la carne de las aves marinas y la carne del lobo de mar, según se desprende de los hallazgos en las hogueras al aire libre⁸³.

Engel dice: "... se usaba mucho la *pachamanca* ..." ⁸⁴. "Esto explicaría —agrega— la gran cantidad de *piedras quemadas* que se encuentran en los basurales precerámicos. Estas piedras son secas, cubiertas con ceniza y no grasosas".

El procedimiento de la *pachamanca* se habría utilizado principalmente en Asia y Río Seco. Durante sus excavaciones en Río Seco, Engel halló plataformas, especiales, con piedras, sin duda para la preparación de la carne por el método indicado.

Es probable que en el preparado de los alimentos, especialmente de la carne, ya los hombres del precerámico utilizasen, como sazonador, la sal. Los hombres de Huaca Prieta, por lo menos —cree Lumbreras—, "debieron, por cierto, condimentar sus comidas con ají y, quizá, con sal ..." ⁸⁵.

MARISCOS Y MARISCADORES

El consumo de mariscos, como se ha visto en varias partes de este capítulo y en el anterior, tiene una antigüedad milenaria —varias veces milenaria— en el Perú. Es probable que los primeros ocupantes de la Costa, bajados de la Sierra como propone la teoría de los *lauricochas* (o *lomeros* de las estaciones inver-

Una profusa ornamentación pictórica a base del tratamiento realista de la figura de un animal marino (que puede ser el delfín), cubre por entero la superficie del vaso, de forma semiglobular, con picos paralelos, asa arqueada y base convexa. Ningún espacio ha quedado sin decorar por el artista. (*Nasca monumental*. Río Grande de Nasca, departamento de Ica. Período Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: *Fernando La Rosa*).

Un monstruo marino con las mandíbulas abiertas, que muestran amenazantes hileras de dientes agudos, es la representación de este vaso policromo, al que el artista, con un propósito humanizador dentro del convencional predominio mitológico, ha agregado una aleta, sólo una (en el lado visible), en forma de mano. Rostros humanos, simplificados mediante el difundido expediente de una geometría de líneas y puntos, forman bandas laterales en el cuerpo del animal. Largo: 21 centímetros; alto: 12. (*Nasca A*. Río Grande de Nasca departamento de Ica. Museo Alberto Fehling. Foto: *Manuel Romero*).

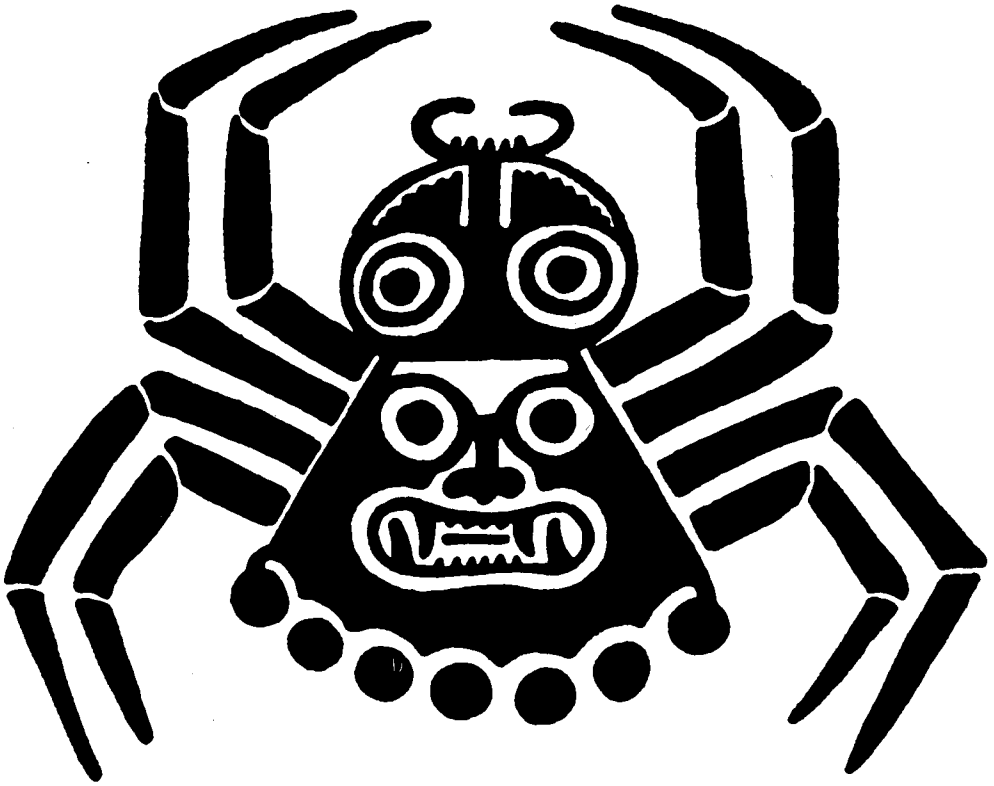








Un personaje de rostro felínico y expresión fiera, con cuchillo en la mano izquierda, peto protector a modo de coraza y faja, se enfrenta al cangrejo. Este, con sus poderosas tenazas, ataca al hombre, revelando en los ojos saltones el ardor de la lucha. Fuera de los elementos mitológicos del personaje, el tratamiento es realista. La escena cubre el cuerpo de la vasija, cuya base no llega a ser plana. Asa-estribo y gollete tubular. La composición es en relieve, de color rojo-ladrillo sobre fondo crema. Alto: 22 centímetros; diámetro mayor, 14.5; diámetro de la base, 11.5. (*Mochica*. Costa Norte. Período Intermedio temprano. Museo Yoshitaro Amano. N° de catálogo: 0713. Foto: *Fernando La Rosa*).





“Una gran cara de demonio —escribe Kutscher—, muy parecida a la del caparazón de los cangrejos-ermitaños demoniacos, cubre el cuerpo trapecial del animal”. La expresión es fiera y tiene —observamos— en los extraños colmillos, reminiscencias chavinoides que podrían indicar un entroncamiento estilístico. Kutscher define el ejemplar zoológico (que aparece en un vaso de la Colección Macedo) como perteneciente a un arácnido marino y rechaza la suposición que expresó Uhle de que corresponda a un cangrejo-ermitaño. Faltan elementos —dice— para identificarlo como tal: pinzas (o tenazas) poderosas y ojos pediculados. (Tomado de Gerdt Kutscher, *Nordperuanische Keramik*, Berlín, 1954, Gebr. Mann Verlag. Reproducción autorizada).

Vaso Chavín (de la Galería de las Ofrendas, del Templo de Chavín de Huántar), restaurado, cuya superficie aparece decorada íntegramente con representaciones en relieve del caracol *Strombus galeatus*, propio de los mares tropicales. (Excavaciones del Proyecto Chavín, de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, con el auspicio de la Corporación Peruana del Santa, bajo la dirección de los doctores Luis Guillermo Lumbreras y Hernán Amat Olazábal. 1968. Museo de Arqueología de la Universidad de San Marcos. Foto: *Abraham Guillén*).

Vasija ictiomorfa con asa-estribo y pedestal en forma de cono truncado. La representación del pez está muy próxima a la línea realista. Color negro. Alto: 23 centímetros; largo, 21,5; diámetro de la base, 7. (*Chimú*. Costa norte, departamento de La Libertad. Siglo VIII-XII de nuestra era. Museo Yoshitaro Amano. N° de catálogo: 0064. Foto: *Fernando La Rosa*).





nales), ya consumieran algunos mariscos, diez o doce mil años atrás.

Por siglos y milenios, los mariscos constituyeron parte de la alimentación básica de los costeños. Después de las edades *primordial* y *precerámica*, durante las cuales el aprovechamiento de los productos del mar fue de la mayor importancia, la preferencia por los choros, las machas, las conchas de abanico, el chanque y otros moluscos de una o dos valvas no decayó, de suerte que la actividad recolectiva siguió alimentando a los pueblos, ya no sólo de la Costa sino también de la Sierra, mediante cierta forma de comercio por intercambio, y los montículos de residuos siguieron empinándose.

Como ya se ha advertido, los conchales, estrictamente hablando, no constituyen un elemento diagnóstico inconfundible de los tiempos precerámicos. Por lo mismo que hubo consumo de mariscos desde la era primordial hasta la llegada de los españoles y por lo mismo que la industria extractiva tuvo que atender en los tiempos finales del Imperio a la creciente demanda de las numerosas naciones de la Costa y de la Sierra, hay conchales de todas las edades. Desde luego, destacan por su tamaño los de los tiempos precerámicos. "El intenso consumo de mariscos por los pobladores prehispánicos —dice Horkheimer— queda demostrado por los numerosos basurales que se encuentran a lo largo de la Costa y en los que existen *estratos llenos de conchas*, de profundidades de *hasta quince metros y más...*"⁸⁶.

Es grande la lista de animales de la fauna marina, *moluscos sobre todo*, que resulta del examen de los *conchales* o *basurales* del hombre prehistórico del litoral, donde, a través de los siglos, éste acumuló los *desperdicios de cocina*. Hay en ellos conchas y caracoles de todas las especies; huesos de la variada y abundante fauna ictiológica que habita, desbordante, en las aguas del mar; huesos de mamíferos; huesos de aves marinas que también entraron, en todas las épocas, en la alimentación de los pueblos de la costa. No falta en ellos los vestigios de la fauna menuda y de extrañas formas que pueblan las arenas de las playas y las rocas embestidas incesantemente o salpicadas por las olas. En suma: en los conchales hay desde los restos del menudo muymui (*Emerita analoga*) hasta costillas y vértebras, de gigantes ballenas, pasando por toda la gama de los peces y mariscos.

Destacan, naturalmente, las enormes acumulaciones de la más vistosa de las conchas: la llamada *de abanico* o *señorita* (*Pecten purpuratus*). Los montículos de *Pecten* de Otuma son colosales y revelan una actividad extractiva de muchos siglos y para una población grande.

Respecto al *Pecten*, Schweigger ha hecho notar que ésta es una especie que se desarrolla comúnmente a considerable profundidad, entre los quince y los veinte metros (aunque, por

excepción, llega a los ocho metros). Ahora bien: teniendo en cuenta que el *Pecten* fue uno de los alimentos preferidos de los grupos precerámicos, como los que habitaron las costas de Paracas (desde la península hasta la bahía de la Independencia), se concluye que los pueblos recolectores de aquella remota edad —los pueblos de hace cuatro mil años— practicaron con extraordinaria destreza el buceo, llegando lógicamente a los niveles profundos donde prosperaban los grandes bancos de conchas. Los conchales de Otuma —comenta Horkheimer— “testifican la asombrosa habilidad de los antiguos costeos”⁸⁷.

Bird también ha llamado la atención sobre esta particular habilidad en relación con los recolectores de Huaca Prieta. Eran —dice⁸⁸— *grandes nadadores y buceaban con resistencia asombrosa*, bajando no menos de tres brazas (unos seis metros) para extraer los mariscos. En las rocas, donde abundaban las colonias de choros al nivel de las temidas rompientes, se comportaban con decisión rayana en la temeridad.

Tocante a la forma de la extracción, Engel observa acertadamente que “recoger mariscos en cantidades grandes no es tarea cómoda ni sencilla, pero se puede hacer sin instrumentos especiales”. Hay base, sin embargo, para suponer que los recolectores de los tiempos precerámicos trabajaron en sus riesgosas inmersiones con “algo como un *rastrillo* de madera y una *red* . . .”⁸⁹.

Una comprobación interesante, no sólo para el arqueólogo sino también para el zoólogo, resulta del examen de los conchales. Se trata de que en algunos abundan especies que *ahora casi no existen o que han desaparecido totalmente*. Por ejemplo —como observa Schweigger—, “la macha (*Mesodesma donacium*) es actualmente rara y no se encuentra en las cantidades con que debe haber vivido en aquellos tiempos pasados, según lo atestiguan los basurales”⁹⁰.

Un caso análogo se presenta con el bivalvo *Mulinia edulis*, que el doctor W. Weyrauch —según cuenta el mismo Schweigger— “encontró en sorprendente cantidad en un basural al Sur de Huacho, mientras que hoy en día la especie es rara en las playas peruanas”.

Engel, de otro lado, ha observado que el tamaño de algunas especies también ha variado considerablemente. En los estratos hondos hay, por ejemplo, como ya se ha visto, ejemplares grandes de choros, mientras que en los estratos superficiales predominan los ejemplares pequeños. Salta a la vista la diferencia entre un choro de los tiempos precerámicos y un choro de la época incaica. Esto significa —apunta Horkheimer— o que la especie, con el correr del tiempo, *perdió tamaño*, o que, por una intensificación de la demanda, ya no llegaron al consumo los ejemplares adultos, plenamente desarrollados, sino los ejemplares jóvenes, en proceso de crecimiento⁹¹.

Tocante a la disminución de las colonias o a la extinción de las especies, Schweigger considera que ninguno de los dos fenómenos puede ser atribuido al hombre, por una recolección destructiva e indiscriminada. La causa verdadera —estima— debe ser *ecológica*, fundamentalmente *relacionada con la temperatura de las aguas*: "... sin perdernos en especulaciones —dice—, sea dicho que no nos parece ser imposible que algún *cambio térmico del mar* hubiera causado la disminución de los bivalvos en referencia".

EL PESCADO EN LA ALIMENTACION DEL HOMBRE PRECERAMICO

Los vestigios de la alimentación a base de pescado no son tan manifiestos como los de la alimentación a base de mariscos, porque los residuos de una comida a base de pescado fácilmente desaparecen o se dañan. Engel, con razón habla de la "fragilidad y la pequeñez de las piezas", como son las espinas.

No obstante la falta de testimonios, o de la insuficiencia de ellos, la alimentación del hombre del precerámico tuvo en el pescado una de sus bases. Con anzuelos y redes, desde la más remota edad, el hombre, no satisfecho con el aporte de los mariscos, recurrió al pescado, cobrándolo en grandes cantidades en sus empresas de pesca. Raya, corvina, cazón, robalo, guitarra, pejerrey, anchoveta, congrio y, sobre todo, la gran variedad de los llamados *pescados de peña*, altamente nutritivos y ricos en fósforo según el juicio popular, colmaron las necesidades alimenticias de los grupos establecidos desde cinco y cuatro mil años atrás en la costa.

El examen de los desperdicios de cocina, revela que la proporción de huesos y espinas de pescado "aumenta fuertemente con los niveles profundos". Es decir, en las edades remotas se comía más pescado que en las edades siguientes y, proporcionalmente mucho más que en las edades tardías. Engel dice: "Huesos y espinas de pescado no aparecen en la cantidad de los huesos de mamíferos marinos en los depósitos precerámicos, pero, en parte, esta desproporción puede explicarse por la fragilidad y la pequeñez de las piezas, sobre todo tratándose de espinas ... Parece, por lo que revelan los estudios preliminares, que la proporción de espinas aumenta fuertemente en los niveles profundos, quizá por la condición completamente preagrícola de los ocupantes del sitio de Río Seco"⁹².

El hecho indicaría que la penetración de la agricultura en parte desplazó el aprovechamiento de los recursos del mar. Aquí, *el desplazamiento habría sido mayor en el ramo de los pescados que en el de los mariscos*.

Los huesos de pescado que no iban al botadero, tenían aplicación en las industrias. Por ejemplo, las vértebras de las rayas servían para la fabricación de algunos objetos de uso doméstico; y con los afilados dientes del tiburón los hombres de guerra y los cazadores de la *Unidad 1*, de Asia, hacían, para cazar o defenderse, unos *mazos erizados* que causaban entre sus víctimas espantosas desgarraduras (a la manera de las bayonetas dentadas o aserradas de los viejos tiempos de la guerra en la civilizada Europa).

LAS AVES MARINAS

Las aves marinas también entraron en la alimentación del hombre del precerámico. Las cazaba, valiéndose de la sorpresa, con palos, o las cogía vivas mediante redes de ancha malla.

Cuando el hombre deja la horticultura embrionaria —explica Lanning— y la recolección de la *loma* (de semillas, raíces, frutos y gasterópodos) para dedicarse a la pesca, toma en cuenta también a las aves marinas para completar su alimentación. Atrapa, así, *pelicanos*, *guanayes* y *gaviotas*, juntamente con mariscos, peces y lobos marinos⁸³.

“Los huesos de las aves —certifica Engel—, sobre todo de las aves marinas, son muy frecuentes. Raros son los niveles de los depósitos precerámicos que no los contengan en abundancia. Generalmente, se presentan en los yacimientos restos de pelícanos y de cormoranes (*guanayes*), mezclados con restos, a veces, de otras aves palmípedas”⁸⁴.

Por la abundancia de los huesos, se puede deducir que el consumo de la carne de las aves marinas fue apreciable y que el gusto por ella se mantuvo invariable durante todo el precerámico.

Como en el caso del pescado, los huesos de las aves marinas que no iban al botadero tenían una aplicación práctica. Entraban, en efecto, en la fabricación de una serie de objetos tanto para el servicio doméstico como para el adorno personal. El pueblo de la *Unidad 1*, de Asia, tantas veces citado, se contó entre los que mejor aprovecharon estos residuos, fabricando utensilios finos, especialmente agujas y anzuelos, del hueso de los pelícanos y cormoranes, hace no menos 3,500 años⁸⁵.

El caso de este pueblo es sólo un ejemplo porque en todos los yacimientos de la Costa, desde Huaca Prieta hasta la boca del río Grande de Nasca, la abundancia de huesos de aves marinas habla claramente del intensivo aprovechamiento de la fauna alada por los hombres de entonces.

MAMIFEROS: EL LOBO MARINO Y LA BALLENA

Por el testimonio de los huesos, sábase que la caza y ulterior aprovechamiento del *lobo marino* se remontan a los más lejanos tiempos de la ocupación de la costa por el hombre. Ya durante la *era primordial* pero principalmente con el *precerámico*, la caza del lobo proporcionaba en abundancia: carne, en primer lugar, para la alimentación de los grupos establecidos frente al mar; el excelente material de los huesos, óptimo para la fabricación de muchos objetos de uso doméstico; grasa o aceite; y finalmente, el cuero, para muchas aplicaciones. “Los huesos de los mamíferos marinos —dice Engel⁹⁶— son muy abundantes en ciertos niveles de casi todos los sitios precerámicos, ya sea como residuos de cocina o como utensilios, predominando los restos de los *lobos marinos* (*Arctocephalus australis* y *Otaria byronia*) así como también de las ballenas”.

El mismo Engel considera que la condición trashumante del hombre primordial que ocupó, milenios atrás, la costa, se puede explicar por el ciclo vital de los mamíferos marinos que poblaban las playas y peñoleras de los promontorios. Interesa conocer debidamente —dice— el género de vida de ciertos animales, especialmente de los *mamíferos marinos*, y entre ellos del lobo (*Otaria*), para colegir la ocupación periódica o estacional de los grupos que vivían en la Costa y en la Sierra, teniendo en cuenta que estos grupos se movían unas veces impelidos por la caza, otras por la pesca. Si se puede precisar —advierte Engel— que los *lobos marinos* se aproximan a la costa durante la estación del verano para el alumbramiento de las hembras —estación de verano que coincide con las lluvias en la Sierra y, consecuentemente, con la llegada de las aguas a los valles por los ríos torrentosos de la vertiente del Pacífico—, entonces podrá explicarse el sistema de vida trashumante de los grupos serranos⁹⁷.

El hombre del precerámico, por su estrecha relación con el mar, casi no recurría a los mamíferos de tierra, ni para obtener de ellos carne ni para aprovechar de sus huesos en la fabricación de utensilios y artefactos de uso doméstico. “No son frecuentes los huesos de mamíferos de tierra en la edad precerámica” —recalca Engel— y recuerda que Bird no los encontró en ninguno de los estratos de Huaca Prieta. Como Huaca Prieta es un lugar representativo del precerámico, la ausencia de esta clase de hueso allí se puede generalizar.

Ya en los estratos profundos de Huaca Prieta, fechados por el radiocarbono con la edad de 4,500 años, hay pruebas de que el hombre cazaba *lobos de mar* y *marsopas*. La marsopa es un cetáceo parecido al delfín, de gran tamaño, que *debe ser cazado* necesariamente con arpón porque no se le puede atrapar con red⁹⁸. Se colige, entonces, que el habitante de Huaca Prieta de

hace cuarenticinco siglos *tenía un gran dominio del mar y era capaz de salir a la caza de los cetáceos.*

¿Puede concebirse ese dominio? ¿De qué medios se valía el hombre para dar alcance a los cetáceos? Tenía armas arrojadizas, con puntas de hueso, convenientemente afiladas, verdaderos arpones pues; pero, ¿y las embarcaciones? Ya se dijo anteriormente, en el párrafo respectivo, que nada autoriza a afirmar, sobre base cierta, la existencia de medios de navegación en la costa peruana durante el dilatado lapso del precerámico.

En el estado actual de nuestros conocimientos, no se tiene seguridad sobre los métodos que empleaba el primitivo habitante de la costa peruana para dar caza al lobo de mar. ¿Utilizaba arpones, armas arrojadizas (a la manera de las estólicas), simples palos o garrotes para, por sorpresa, atacar a sus víctimas? "Nada se sabe" —admite Engel—. Podía darse caza al lobo en las playas del continente, o en las islas (donde estaban, como ahora, las más pobladas loberías), o en el mar. Pero, para cazarlo en el mar, el hombre habría requerido de embarcaciones apropiadas, por lo menos balsas. Mas, ¿puede sostenerse la navegación precerámica? Este es un problema, sostienen todos los especialistas, aún sin solución, y a falta de testimonios veraces, lo prudente es negar el uso de embarcaciones por los hombres del precerámico.

La caza del lobo en tierra, matándolo a golpes, no es difícil pero no siempre posible, porque el lobo pasa parte del tiempo en el agua, parte en las islas, lejos por lo tanto de las costas habitadas por el hombre, y sólo periódicamente se acerca al continente. ¿Cómo hizo el hombre, entonces, para disponer de carne de lobo de mar *durante todo el tiempo*? Habría que pensar en pequeñas barcas primitivas, balsas quizá como las que más tarde se usaron en la costa Norte, para ir por lo menos a las islas, pero eso es volver al problema inicial.

Respetuoso de sus muertos, el hombre del precerámico atendía con solicitud el cuidado del cadáver en la hora solemne de la inhumación. Cavaba una fosa en la misma basura o cerca de la vivienda, fosa por lo general ovalada y poco profunda (no más de sesenta centímetros) y depositaba los despojos con la cabeza dirigida al Oeste, *hacia el mar*. No pocas veces, "*una red de gran tamaño y una piel de lobo acompañaban al muerto*"⁹⁹. El fardo se completaba con esteras.

El uso de la piel del lobo marino en los enterramientos data de cinco mil años atrás y aparece en casi todo el precerámico sin algodón.

Probablemente, como en tiempos posteriores, los hombres del precerámico bebían la grasa que destilaba la carne del lobo; y en cuanto al cuero del animal, se le usaba para la fabricación de

cuerdas. En tumbas de Arica y de más al sur se encontraron "largas cuerdas, unas de fibras y otras de cuero de lobo marino"¹⁰⁰.

El hueso del lobo tenía muchas aplicaciones. Servía principalmente para hacer agujas, cuentas, alfileres, implementos de tejido y costura, cuchillos, puntas de arpón y pequeños y finos cinceles. De las enumeradas, una muy principal aplicación del hueso de lobo marino era en la fabricación de *cuentas*, con las que luego se formaban vistosos y grandes collares. En casi todas las tumbas precerámicas se hallan collares de este tipo. Las cuentas, por lo general, eran planas y redondas, "con un hueco central bicónico o cilíndrico", técnica de perforación muy extendida.

Las costillas del lobo tenían un uso especial. Con ellas se hacía un "implemento típico del precerámico" que servía para tejer. Muestras de este implemento han sido encontradas en Río Seco, Asia y Otuma, mostrando entre sí sólo ligeras variaciones, lo que hace creer en un origen común.

Si con la caza del lobo marino y de la marsopa (que cita Larco) hay, como se ha visto, problemas, con el aprovechamiento de la ballena no hay ninguno, porque sábase con certeza que caza de tan enorme como poderoso animal no existía: sólo recojo de sus restos y uso de las partes que más convenían a las necesidades del hombre. Engel dice: "Dudamos que se cazaban ballenas; más bien, se recogían los huesos en las playas y quizá se mataba algún animal vivo varado en la playa".

Las ballenas daban principalmente carne y hueso. Las piezas óseas del leviatán tenían muchas aplicaciones. De las costillas se hacían picos fuertes y martillos¹⁰¹; de las vértebras, vasos o recipientes. En la *Huaca N° 7*, de Río Seco, Engel sacó numerosos vasos de este tipo, conteniendo detritos de materias orgánicas en polvo. Dedujo que los vasos de vértebra de ballena servían, en los quehaceres domésticos, para el almacenamiento de determinados alimentos, cuando no para servirlos¹⁰². Otros vasos similares fueron extraídos de los depósitos de Culebras.

En algunas tumbas y basurales precerámicos se han encontrado "fragmentos grandes de hueso de ballena ... que ... presentan mucho desgaste...". Probablemente fueron piezas de hacha, amarradas fuertemente a un mango de madera, mango que se ha perdido.

Cinco mil años atrás, los hombres mascaban la hoja de la coca y fumaban algunas hierbas. Para estos usos, empleaban unas *tabletas* o *pequeños azafates*, bien trabajados, hasta con adornos grabados artísticamente, que los hacían o de madera o de *hueso de ballena*. Las tumbas más antiguas de Asia han revelado estos usos inmemoriales de *coquear* y *fumar*, aunque no se sabe si por entrega al goce o por razones medicinales. En cualquier caso, "el tabaco no se ha encontrado"¹⁰³.

De los yacimientos de Paracas y Los Chinos proceden costillas completas de ballena, sin trabajo de transformación alguno, pero se desconoce el fin para el que sirvieron.

Fuera de las vértebras convertidas en recipientes, hay iguales piezas finamente trabajadas con intención escultórica, que proceden de Los Chinos y Culebras.

Algunos objetos de hueso —tanto de lobo como de ballena— aparecen decorados; son principalmente espátulas y botones; pero, esta decoración es excepcional, porque el arte de grabar en el hueso es casi propio de la fase alfarera o, como quieren algunos, de la fase de la agricultura con maíz.

El *pulido* del hueso sí es, en cambio, general en el precerámico postrero, especialmente en las agujas, de las que hay ejemplares notables. Se perforan ojos con singular maestría para las operaciones del seudo tejido por entrelazado o por anillado.

Pieza muy importante son las puntas de arpón, que se hacían tanto del material que proporcionaban los lobos como del que se obtenía de las ballenas. Intriga, sobre todo, saber para qué se hacían los arpones o a qué tipo de caza estaban destinados. La idea de Larco de que los hombres de Huaca Prieta cazaban con estos arpones marsopas en el mar, es aventurada.

Se volverá a tratar del problema del arpón precerámico más adelante.

CONCHALES DE LA COSTA PERUANA

“A lo largo de la ribera del Pacífico, cerca de las caletas y bahías y en sitios aún alejados de éstas, destacan *colinas formadas por acumulaciones de conchas y otros restos de animales marinos*, que hacen la impresión de accidentes naturales”. Agrega el sabio Tello: “Manchas oscuras, brunáceas y carbonosas interrumpen en ciertas regiones la grisácea monotonía del desierto. Son ellas afloramientos de desperdicios de cocina, escombros de viviendas, cementerios y poblaciones, sepultadas bajo capas de residuos de peces y conchas”¹⁰⁴.

Para los cronistas e historiadores de los siglos XVI y XVII, estas gigantescas acumulaciones de conchas y otros residuos de cocina, fueron un misterio. Calancha se preguntaba con pueril ingenuidad: “millares de cargas [de] conchas marítimas, apartadas del mar . . . ¿quién las trajo al Perú y las repartió entre los montes?”¹⁰⁵; y el Anónimo de la *Historia del Huérfano*, de los comienzos del siglo XVII (citado por Marcos Jiménez de la Espada en *Relaciones Geográficas de Indias*) refería que “los peruleros naturales tienen por tradición antiquísima que *los llanos del Perú fueron mar en tiempos antiguos* y estas costas y arenales ocupados de las aguas; y lo persuade haberse hallado gran

número de conchas de ostiones en muchas partes, amontonadas lejos del mar, a doce y catorce leguas y muchos huesos de pescados"¹⁰⁶. El recopilador, Jiménez de la Espada, anotaba que los tales amontonamientos de conchas de ostiones eran *muladares* o *basureros* arqueológicos, *kjokken-moedding* (palabra danesa) por otro nombre.

Esta palabra danesa (que se escribe también *kjokkenmoed-dinger* y se castellaniza *quioquenmodingo*), equivalente a *shell-mounds* (que en inglés significa lo mismo, es decir: montículo de conchas, montículo de desperdicios de cocina), fue introducida por Máx Uhle en varias publicaciones pero, especialmente, en sus conocidos estudios monográficos sobre los conchales del litoral peruano, de los años 1906 y 1908. Designa, entrando en detalle, "montículos, de extensión hasta de un cuarto de kilómetro cuadrado, que se forman en numerosos lugares a las orillas del mar y que se componen de los restos de la existencia y subsistencia de los pobladores prehistóricos. Contienen principalmente *residuos de cocina*, sobre todo *conchas y ceniza*"¹⁰⁷. Agrega Horkheimer, de quien es la precisa definición anterior, que los *quioquenmodingos* o *conchales* contienen, por lo general, lo siguiente: *conchas*, es decir, el residuo de la alimentación de los pueblos recolectores de mariscos, que vivían a las orillas del mar o cerca del mar, en las playas o tras los promontorios para protegerse del viento; *conchas trabajadas*, es decir, el residuo o sobrante del trabajo que empleaba el material de las conchas para la fabricación de diversos objetos y utensilios prácticos o de adorno; *ceniza*, producto residual del fuego empleado en los hogares para el cocimiento de los alimentos; *implementos líticos*, propios de la industria primordial y precerámica; *pedras para cocimiento*, con las huellas de la lumbre de los primitivos fogones, que los hombres usaban, recalentadas, para tratar sus alimentos. Eran echadas en los recipientes de calabaza, conteniendo agua. El agua alcanzaba un cierto punto de hervor, suficiente para cocer los pallares, las conchas y las carnes (de pescado o de lobo marino). Estas piedras, lógicamente, corresponden a la época precerámica, son típicas de este tiempo; y por cierto desaparecen al introducirse más tarde el uso de los vasos y las ollas de barro cocido. Finalmente, los conchales contienen también *restos de chozas y tumbas*, "lo que quiere decir —explica Horkheimer— que tanto la habitación como las tumbas estaban ubicadas en medio de la basura acumulada por las generaciones".

La importancia científica de un conchal, es incuestionable. Se les aprecia, por eso, grandemente desde los tiempos de Uhle, y han revelado a la ciencia, tras la pesquisa minuciosa, datos fundamentales. Los "*conchales* —dice un investigador chileno— . . . a pesar de la relativa pobreza y el poco brillo de sus restos

arqueológicos, no son por eso menos importantes en el empeño de reconstruir la prehistoria sudamericana. Sin lugar a dudas, constituye una de las más interesantes manifestaciones de la arqueología . . . en atención a que siembran prácticamente casi todo el litoral del Pacífico . . . Aparecen, igualmente, en la costa atlántica: desde los concheros de la Patagonia argentina hasta los *Sambaquis* del Brasil, surgiendo nuevamente en las costas del Caribe¹⁰⁸.

Se puede generalizar —admitiendo, claro está, particularidades locales que mayormente no alteran la norma— que en el estudio de los conchales se descubre, en la base o capa más profunda y, por ende, más antigua, más primitiva, “un complejo que se caracteriza por *una economía casi exclusivamente recolectora* y, sobre todo, de *productos marinos*: moluscos, crustáceos, equinodermos, pequeños peces de roca, algas marinas. Sus portadores se establecían especialmente cerca de las caletas rocosas . . . en cuevas o abrigos . . . Vivían prácticamente aislados y casi sin contacto con las poblaciones existentes contemporáneamente en el interior, que correspondían, probablemente, a cazadores superiores y tal vez ya a agricultores incipientes”¹⁰⁹. Después se descubren, en las capas intermedias o altas, elementos reveladores de un cambio profundo, por proceso interno o por influencia. Los “mariscadores primitivos recibieron nuevas oleadas o, en todo caso, establecieron contacto estrecho con poblaciones del interior” (el autor se refiere al caso de los conchales de Chile central). “La actividad productora se amplía: *de recolectores marinos a pescadores y cazadores de mamíferos marinos* (lobos de mar) . . .”.

Por el contenido de *elementos básicos* (o *elementos diagnóstico*), los conchales se dividen en *precerámicos* (que son los que interesan en este capítulo) y *cerámicos*. También se usa la clasificación de *conchales pertenecientes a pueblos recolectores* y *conchales pertenecientes a pueblos agricultores*. En la recolección hay, por lo general, *pescas y caza*.

Pueden darse, y de hecho se dan, *conchales de recolección con vestigios de agricultura*. Se explican por el traslado periódico de los pueblos agricultores del interior de los valles a la costa para mariscar, pescar o cazar animales de la fauna marina, como lobos. Mientras el grupo permanecía al pie del mar dedicado a esas eventuales tareas, consumía la pequeña reserva de frutos agrícolas que había llevado consigo. El depósito de residuos se hacía entonces mixto.

Uhle tiene el mérito —uno más en su haber inmenso de Padre de la Arqueología Peruana— de haber destacado la importancia y el valor informativo de los conchales, pero, falto de los medios modernos, les dio una ubicación cronológica incorrecta. Para Uhle, por ejemplo, los conchales de Ancón, correspondientes a la

primera población establecida en la rada, no tenían sino dos mil años de antigüedad, eran *apenas del año 200 antes de la era cristiana*, fecha tope para la prehistoria peruana entonces.

Primero Tello, con sus fundamentales trabajos cronológico-estratigráficos, que señalaron el primer avance en profundidad de la prehistoria peruana, y después los arqueólogos recientes con las nuevas nociones de la *edad lítica* y el *precerámico*, y auxiliados por los procedimientos de laboratorio, como el del *carbono 14*, han colocado a los conchales de la costa en su verdadera posición cronológica. Ahora, la antigüedad de los conchales se mide por milenios. Las edades de estos depósitos son de cuatro, cinco y seis mil años, y más (Chilca tiene conchales de siete mil años). En la relación que sigue, se consignan algunas fechas.

PRINCIPALES SITIOS CON CONCHALES DE LA COSTA PERUANA

La siguiente es una lista de los principales sitios con *conchales precerámicos* de la costa peruana, que no incluye centros de ocupación con vestigios de monumentos arquitectónicos o de poblaciones (que ya han sido señalados al comienzo de este capítulo, en parágrafo especial).

1. *Entre Máncora y Negritos*. En este sector se extienden *tablazos* cortados por quebradas, "anchas cerca del mar pero que se estrechan muy rápidamente al avanzar al interior". Hay muchos *conchales*, "la mayoría encima de las dunas arenosas que se han formado dentro de las quebradas"¹¹⁰. Antiguamente había agua en estas quebradas y los conchales confirman la existencia de crecidos grupos de población en estas partes hoy completamente desérticas. Los conchales aparecen asociados superficialmente a cerámica, pero hay pruebas de una ocupación muy remota, típicamente precerámica.

2. *Boca del río Chira*. No lejos de la boca del río, hay "varias hileras de conchales", al borde de lo que fue una antigua laguna o una bahía muy estrecha, hoy desaguada. Se encuentran "implementos de pesca, como pesos de piedra . . . sin cerámica". Estos lugares corresponden a *poblaciones que vivieron exclusivamente de los productos del mar* porque no se descubren vestigios de cultivo.

3. *Departamento de Lambayeque*. Los testimonios de todas las épocas indican una densa población. No faltan los *conchales tempranos* a lo largo del mar.

4. *Huaca Prieta*. Son numerosos los conchales asociados a la famosa huaca, donde trabajó Bird en 1946. Los estratos profundos tienen una edad de 4,800 años. Vestigios de utilización de la *tatora* con fines industriales, correspondiendo el material

a un pueblo de pescadores, tienen 4,144 años¹¹. El lugar tuvo una larga ocupación, porque los recolectores de mariscos se manifiestan hasta el año 1673 antes de la era cristiana.

5. *Virú*. En este pequeño valle al sur de Trujillo, abundan los testimonios del precerámico, como *Cerro Prieto*, de Guañape, estudiado por G. R. Willey. Hay pantanos en la parte baja, y entre los pantanos aparecen los testimonios precerámicos. Para restos de conchas correspondientes a un pueblo que vivía principalmente de los productos del mar, el carbono-14 dio 6,000 años.

6. *Guadalupito*. Entre Virú y Chimbote. Se trata de una playa de probable formación reciente. En lo que puede ser el borde de una antigua albufera, se encuentran conchales pequeños, a una distancia de seis kilómetros del mar. El arenamiento parece haber sido cuantioso en esta parte.

7. *Nepeña*. Extensos basurales en *Vesique* y en el sitio llamado *Los Chinos*. Aquí, testimonios de varias fases de ocupación, extendidas sobre varios siglos.

8. *Huaynuma* y *Tortuga*. Bahías con amplias playas e imponentes peñascales. Abundan los testimonios de antiguos pueblos pescadores y se destacan numerosos conchales.

9. *Las Haldas*. Cerca de Casma. Conchales y restos de una antigua población, parte del precerámico, parte de la edad alfarera inicial. (El yacimiento está descrito al comienzo de este capítulo).

10. *Culebras*. Importante depósito precerámico con conchales, terrazas y vestigios de viviendas. La población estuvo dedicada principalmente a la extracción de los productos del mar. Los conchales se componen de abundante *materia orgánica, conchas, ceniza* y *piedras trabajadas*, todo ello mezclado con arena de la depositación eólica. El *relleno arqueológico* de las viviendas, que forma propiamente los conchales, está constituido por *ceniza negra, carbón, conchas* de las especies *Mesodesma donacium* y *Pecten purpuratus*, huesos de *mamíferos marinos* (lobo), *algas* y restos humanos¹².

11. *Supe*. En los alrededores de la localidad (puerto y pueblo) hay muchos sitios precerámicos y espesos conchales. Los principales conchales, como los llamados *Montón de Trigo* y *Cerro Media Luna*, "quedan ubicados encima de los cerros o peñas, los cuales entran en el mar". La ubicación, naturalmente, delata pueblos pescadores o que vivían de los mariscos.

12. *Huacho*. Conchales precerámicos "a lo largo de la falda costanera que se extiende entre el puerto y la bahía de Las Salinas". "En plena salina y a inmediaciones del cerro San Isidro, hay *pequeños conchales* con los mismos elementos marinos... de las lomas de Lachay, a los que hay que agregar solamente valvas de *Tagelus dombeyi Lamarck*"¹³. Más al sur —indica Engel— en las dilatadas playas de esta parte de la costa cen-

tral, siguen otros conchales, relacionados probablemente con los pretéritos pobladores de las *lomas*.

13. *Río Seco*. Restos de un extenso pueblo que jamás conoció la cerámica ni el maíz, y basurales enormes, que hablan de una población crecida y por muchos siglos radicada allí.

14. *Doña María*. Sobre veinte kilómetros cuadrados y con un espesor que no baja de dos metros, los conchales de *Doña María* avanzan desde los cerros hasta cerca del mar, pero en sus capas superficiales contienen fragmentos de cerámica, por lo que solamente las capas profundas deben ser consideradas como precerámicas, sin que haya certeza al respecto. No contienen restos de pescado ni de vegetales pero son ricos, en cambio, en gran variedad de conchas, "predominando las valvas de *Mesodesma donacium*, conocida vulgarmente con el nombre de *macha*", de almejas y choros¹⁴. Seguramente, el mar próximo fue el centro principal de abastecimiento de moluscos marinos de los pastores de auquénidos de las lomas de Lachay y adyacentes.

15. *Lachay*. Maldonado considera estos conchales como de los mayores entre Huacho y Nazca. Cubren una "inmensa extensión de terreno" —dice—, que va desde las *lomas* hasta el mar. Predominan la *macha* y el *choro*, pero la lista completa es grande, sin duda la mayor que se ha logrado confeccionar. Comprende: *Pecten purpuratus*, *Sinum concavum*, *Oliva peruviana*, *Tegula atra Lesson*, *Turbo niger Wood*, *Crepidula dilata Sowerby*, *Thais blainvilli Deshayes*, *Thais chocolata Duclos*, *Donax paytensis D'Orbigny*, *Polinices uber Valenciennes*, *Fisurella máxima Sowerby*, *Fisurella crassa Lamarck*, *Fisurella limbata Sowerby*, *Ostrea sp.*, *Anomia sp.*, *Mytilus Magellanicus Lamarck* y *Balanus laevis nitidus Darwin*.

16. *El Teatino*. Conchales ubicados cerca de los anteriores, con abundancia de *Mesodesma donacium*, enteras y bien conservadas, en mezcla con gasterópodos de tierra, comestibles.

17. *Ancón*. Conchales en la bahía, en los cerros del Sur y en las pampas arenosas del Norte que dan al médano de Pasamayo. Los del Sur son potentes y, aunque los delata la mancha blanquecina de las conchas, siempre batida por el viento, se hallan completamente cubiertos por la arena, que allí avasalla las faldas de los cerros (*El Tanque*, *El Vivero*, *Las Colinas*). Se componen de material oscuro, fuertemente compactado, con mucha ceniza, materia orgánica pulverizada, fragmentos de tejidos burdos y cordeles, vestigios vegetales y cerámica utilitaria. En las capas subyacentes, aislados testimonios precerámicos. Los conchales de la era primordial fueron estudiados por Lanning, y de ellos hay fechados, por radiocarbono, de más de siete mil años. Contienen pequeñas cantidades de conchas marinas en asociación con carbón, achupayas (*tillandsias*), caracoles de tierra y vestigios de la industria paleolítica. Los con-

chales de Pampa Canario, con conchas marinas, fogones, carbón de achupayas, piedras quemadas y puntas chatas de piedra, tienen 6,620 años¹¹⁵.

18. *Ventanilla*. Al sur de Ancón, siguiendo la playa, hay extensos conchales precerámicos, que van hasta la boca del río Rímac. Los principales se hallan en Ventanilla.

19. *Bellavista*. Los conchales de Bellavista, reveladores de una población "que fincaba en la pesca su principal manera de alimentación", fueron estudiados por Uhle, quien reveló su importancia y les fijó una antigüedad anterior a la era cristiana, pero indicó que contenían "capas de conchas mezcladas con ceniza, fragmentos de ollas y algunos toscos implementos de hueso. . ."¹¹⁶, por lo que escapan al interés de este capítulo, ya que son de la era de las culturas alfareras. Uhle creyó que los citados conchales se relacionaban con la ocupación de la isla de San Lorenzo, situada al frente, por los aborígenes del valle.

20. *Isla de San Lorenzo*. La siguiente referencia, tomada del diario de viaje de Carlos Darwin, sólo tiene un carácter anecdótico. Darwin, siendo aún joven y cuando su viaje de vuelta al mundo a bordo del *Beagle*, que comandaba el capitán Fitz Roy, estuvo en el Callao, pero no pudo llegar a Lima ni mucho menos adentrarse en el país, cuya fama le fascinaba, porque una revolución tenía gravemente alterado el orden y los peligros acechaban por todas partes. Prefirió quedarse a bordo y, a lo sumo, reconocer la isla de San Lorenzo, a cuyos conchales dedicó años más tarde las siguientes líneas, en las que mezcló de manera poco feliz la geología con la arqueología. "En la isla de San Lorenzo se encuentran pruebas concluyentes de que se ha producido una elevación durante un período relativamente reciente, lo cual no se contradice con la creencia de que posteriormente se produjo un ligero hundimiento (como lo ha demostrado J. J. von Tschudil . . . El lado de esta isla que da frente a la bahía del Callao, presenta tres terrazas, la inferior de las cuales está cubierta por una capa de una milla de longitud, casi exclusivamente compuesta de conchas de dieciocho especies, todas ellas vivientes en el mar contiguo . . .". Luego dice, tras diversas consideraciones, que no es del caso aquí reproducir: "Mi interés fue en aumento cuando encontré en la terraza, a una altura de 85 pies, incrustados entre las conchas . . . algunos cabos de hilo de algodón; pedazos de cañas tejidos y una espiga de maíz; comparé estas reliquias con otras encontradas en las huacas . . . y encontré que eran idénticas en apariencia"¹¹⁷. Reseña después, el más tarde famoso autor de *El origen de las especies*, que en las pampas de Bellavista —las mismas que estudiaría Uhle andando los años—, a cierta profundidad, sobre una tierra roja, hay "conchas marinas esparcidas y muchos fragmentos de cerámica roja, más abundantes en unos lugares que en otros . . .".

La idea, poco feliz, de Darwin, de creer que los depósitos de conchas de la primera terraza de la isla de San Lorenzo eran *naturales*, esto es, restos de antiguas colonias o *bancos*, debe ser descartada, justamente por la presencia de *materiales arqueológicos* íntimamente asociados con las citadas conchas. Lo que vio Darwin fue, pues, un *conchal* constituido por residuos de cocina, restos de vegetales cultivados y utensilios inservibles. Sin embargo, la presencia de tuestos en la basura, aleja estos conchales del interés de este capítulo.

21. *Villa-Chira*. Al sur de Chorrillos, más allá de la formación del Morro Solar y del cerro Marcavilca, los testimonios arqueológicos consistentes en conchales y algunas terrazas, revelan una larga y remota ocupación del hombre. En unas colinas hay vestigios de terrazas, que podrían indicar que allí el hombre primitivo tuvo propósitos agrícolas. La excavación efectuada por Engel dio conchas en gran cantidad mezcladas con ceniza, piedras ligeramente trabajadas con probable finalidad arquitectónica y una cierta horticultura con lúcuma, paca, calabaza, maní y algodón.

La subsistencia del hombre estuvo basada principalmente en la pesca y recolección de mariscos y también en la caza de mamíferos marinos y aves. La *Mesodesma donacium* parece que fue el principal alimento durante todos los períodos de ocupación. El choro —en sus dos variedades: *Mytilus chorus* y *Mytilus magellanicus*— aparece en alguna cantidad y no falta en ninguno de los depósitos de este importante yacimiento. También hay restos de otros moluscos, como *Concholepas concholepas*, *Thais chocolata*, *Crepidula onyx* y *Crepidula excavata*. Otras especies de mariscos son raras pero se dan, lo que muestra una larga e intensa dedicación del hombre al aprovechamiento de los productos del mar, en todas sus variedades.

Abundan en estos conchales, igualmente, los huesos de *pájaros marinos*, *pescados* y *mamíferos marinos*. Particularmente en cantidades enormes se encuentran los huesos de cormoranes (*guanayes*). Los únicos restos de mamíferos marinos corresponden al lobo.

Alimentos del mar, incluyendo *mariscos* y *algas*, y una *actinia* llamada *ciruela del mar*, aparecen amontonados en gran cantidad en Punta La Chira y en las inmediaciones, tanto al norte como al sur de la costa. El lugar ha sido, sin duda, un centro pesquero de primera importancia. De la misma época se dan *redes de algodón* y huesos de pescado pero *faltan los anzuelos*.

Las conchas eran ornamentadas para servir de adorno, trabajándose con este fin la *Fisurella peruviana* y la *Oliva peruviana*. También hay pequeños discos y ornamentos trapezoidales de *Mytilus chorus*, *Mytilus magellanicus* y *Pecten purpuratus*.

No faltan entre la basura los fragmentos de tejidos, por la técnica del anillado, que es una modalidad típica del precerámico¹¹⁸.

22. *Cruz de Hueso y Curayacu*. Desde las ruinas de Pachacámac hacia el sur, aparecen grandes conchales precerámicos. En algunos, como en los de *Curayacu*, se sobrepone a la base precerámica un estrato chavinoide, con alfarería. Parte del moderno balneario de San Bartolo reposa sobre basurales con elevado porcentaje de conchas y materia orgánica descompuesta. Estos basurales recuerdan, por su composición y aspecto oscuro, a lo de Ancón. Otros se extienden hacia el sur, marginando las playas, hacia Pucusana, o cubriendo los cerros que dan al mar de la formación de Caracoles.

23. *Chilca*. Al norte de la quebrada hay un gran conchal precerámico pero alejado del mar. Sin embargo, hace tres o cuatro mil años estaba sin duda en la playa misma porque el relleno por arenamiento es geológicamente reciente.

Conchas dispersas en estrecha asociación con diversos elementos culturales, que revelan pueblos *mariscadores*, dependientes en alto grado del mar para su alimentación pero con atisbos de horticultura, han dado fechados radiocarbónicos de 5,709, 5,657 y 5,257 años. Otro depósito con *Mytilus chorus*, *Mytilus magellanicus* y *Pecten purpuratus*, en el que se halló un anzuelo atado aún a una fina cuerda de junco, arrojó, 7,340 años. El anzuelo reveló que el pueblo combinaba para su alimentación la pesca con la recolección de mariscos. Se encontraron también, allí mismo, huesos de "león marino".

24. *Asia*. En el valle de Asia, regado por el pequeño y eventual río Omas, entre los kilómetros 98 y 109 de la Carretera Panamericana Sur, hacia el lado del mar principalmente, hay ligeros montículos, en número que sobrepasa el centenar, en su mayoría de forma circular, los cuales pueden ser fácilmente observados por la cubierta blanquecina que los distingue. Esta cubierta está constituida por acumulación de *Mesodesma*, concha que fue recogida en enormes cantidades por el poblador prehistórico del lugar¹¹⁹. En la base misma de las construcciones y en los pasadizos que forman los muros paralelos, hay también grandes amontonamientos de la misma concha mesodesma, en mezcla confusa con arena y ceniza¹²⁰.

El predominio de la mesodesma en los conchales de Asia es completo: llega a representar el 99%, tanto en los estratos profundos como en los superficiales. El 1% restante se reparte, abajo, entre choros muy pequeños de la especie *Mytilus magellanicus* y chanque (*concholepas*, *concholepas*) y, arriba, entre restos de pájaros marinos (como alcatraz), lobo de mar, pescados diversos, el tunicado conocido con el nombre popular de *ciruela de mar*, y huesos de un tiburón pequeño¹²¹.

Antiguamente, la parte baja del valle era pantanosa por los frecuentes desbordes del río, emergencia de aguas subterráneas y también por la penetración del mar, que formaba marismas. Allí lógicamente, la vida del hombre era imposible. Por eso, las poblaciones de entonces se ubicaron en el contorno que daba a los cerros, arriba de los veinticinco metros sobre el nivel del mar. Después, ya deshabitada la comarca, se produjo el relleno paulatino del valle bajo, el cual no fue uniforme sino primero en el Sur y después en el Norte.

25. *Paracas*. Conchales precerámicos en *Disco Verde* sirven de base a estratos chavinoides.

26. *Otuma*. En este lugar, situado al sur de la península de Paracas (a 33 kilómetros del puerto de Pisco y a 15 de Cerro Colorado —el cerro de los memorables descubrimientos de Tello, que revelaron la *cultura Paracas*—) se encuentran los conchales más grandes de la costa peruana. Allí había antiguamente —en la era del hombre precerámico— una laguna o una bahía muy cerrada que escasamente se comunicaba con el mar, pero laguna o bahía cerrada se ha secado en los últimos milenios. En torno a la orilla de esa antigua laguna se destacaban hasta *treintiséis gigantes conchales*, algunos descomunales.

El paraje es hoy una tierra desolada. Ni plantas, ni animales (salvo las aves marinas), ni hombres. El único signo de vida humana en los alrededores lo da una pequeña comunidad de pescadores que viven en el extremo norte de Bahía de la Independencia, a dieciséis kilómetros de Otuma. Son hombres de Comatrana, un pueblo cercano a la ciudad de Ica, que cruzan los cincuenta kilómetros del desierto, por *camino de huella*, llevando de todo para subsistir (incluso agua). Eventualmente, el abastecimiento se hace por el camino que comunica con el puerto de Pisco.

Tocante a los recursos para la vida, la región fue antes muy distinta. Quedan en los alrededores, tanto hacia el norte como hacia el sur, numerosos testimonios de remota ocupación de *grupos sedentarios*, que vivían parte de los productos del cultivo, parte de los productos del mar. El mar proporcionaba en todo tiempo y sin regateos, a manos llenas, mariscos de toda clase y pescados también en gran variedad.

Los conchales de este importante yacimiento —unos delgados, otros de varios metros de altura, imponentes, como montículos—, contienen conchas, arena (de la depositación eólica), ceniza con carbón y materia orgánica diversa. Son *precerámicos* pero *no de la misma época*. Se deduce que la ocupación del lugar duró varios siglos y que intervinieron varias comunidades¹²². Con las conchas —agregan Lanning y Hammel, de quienes son las apreciaciones anteriores— se encuentran restos de la industria así como pruebas de un incipiente aprovechamiento de los

productos de la tierra. Abundan los fragmentos de *redes para pescar, de algodón*, y de tejidos, igualmente de algodón, hechos por las técnicas, típicamente precerámicas, del *entrelazado* y el *anillado*¹²³. Hay, también, instrumentos de piedra, de tipo común, proyectiles de obsidiana y puntas triangulares. El hueso, principalmente el de ave marina, se usaba en la fabricación de diversos objetos. La concha del choro se empleaba para hacer pequeñas sierras y raspadores.

El predominio de la especie *Pecten* en los montículos, es completo. Cantidades ciertamente fabulosas de *conchas de abanico* o *señoritas* se empinan hasta alcanzar varios metros. Con las conchas, como ya se dijo, hay arena y ceniza. La ceniza indica que el alimento se preparaba a fuego y que no había, por consiguiente, ingestión cruda de los productos del mar.

Pero, el examen estratigráfico, que ha sido llevado a cabo magistralmente por Engel, revela que los primeros ocupantes del lugar comieron de preferencia, antes que conchas, carne de lobo marino. Las generaciones siguientes, sí, se nutrieron de la concha de abanico, formando a raíz de este cambio de régimen alimenticio los formidables amontonamientos de valvas que hoy asombran al arqueólogo.

En todo tiempo se comió, también, carne de ballena y delfín y no escaso pescado. La dieta se completaba, a veces, con carne de aves marinas y un poco de algas.

Los fechados radiocarbónicos para este lugar, arrojan un promedio de 3,800 años¹²⁴. Otuma, por lo tanto, corresponde estrictamente a la *fase clásica* del precerámico, con el emblema del algodón como rasgo dominante. Un fechado de 3,612 años se obtuvo para un conchal gigante con "fragmentos de redes para pescar en buen estado de conservación" y soguillas de regular grosor, tejidos encordados de algodón, mucho algodón y calabaza cultivada. Puede generalizarse que la primera ocupación del lugar data de hace *cuatro mil años*, de la época en que una gran laguna (o una bahía de angosta entrada, como ya se dijo) cubría parte de la desolada pampa arenosa de ahora.

27.—*De la boca del río Grande de Nasca a la bahía de San Nicolás*. En la desembocadura del río Grande de Nasca, en pleno desierto, hay conchales —ya estudiados por Uhle y Kroeber— cuyo carácter precerámico fue revelado por Alberto Casavilca. El área es completamente desolada, sin ningún signo de vida, y el río no llega al mar porque el tramo final de su cauce es permeable.

El yacimiento de la boca del río se compone de varios montículos que proporcionaron al examen de la zaranda abundante material arqueológico, incluyendo cuchillos de piedra semejantes a los de Taltal, en el norte de Chile. Strong consideró que, posiblemente, el sitio fue asiento de "cazadores nómades", pero

los estudios de Engel revelaron, junto al material lítico, pallares y algodón, lo que desvirtuaría la tesis anterior, salvo que haya que dividir la estación en varios períodos, lo que todavía no se ha intentado por la escasez de elementos. En general, se trata de conchales precerámicos de una edad análoga a la de los otros depósitos de la región.

Predomina la *Mesodesma* entre los mariscos, pero no sola sino acompañada de pequeñas cantidades de crustáceos, huesos de lobo marino, huesos de pescado y vestigios dispersos de aves marinas. Redes para pescar no han sido halladas.

Engel ha destacado la importancia de este sitio, considerándolo como uno de los mejores para el estudio integral del precerámico.

28. *De Lomas a Camaná*. A todo lo largo de este sector hay potentes conchales sin cerámica, "cerca del mar"¹²⁵, pero asociados a quebradas de aguas eventuales, ahora casi siempre de aspecto desolado.

29. *Chala*. Unos grandes depósitos de conchas en la quebrada de Chala, los creyó Raimondi formación natural. En uno de sus cuadernos de viaje¹²⁶, anotó: "En la orilla izquierda de la quebrada de Chala, a unas dos o tres cuadras más abajo del pueblo, se observan muchos escombros de paredes de una población de los antiguos habitantes del Perú; y en sus alrededores, hay algo semejante a un terreno de aluvión que contiene materias que son producto de la industria humana, tales como tejidos, pedazos de palo, etc. Este terreno está cubierto por una *gran cantidad de restos de conchas*, todas idénticas a las que viven actualmente en el mar que baña la costa; notándose, entre ellas, la *Concholepas*, un *Monodonte*, una *Maetra*, un *Mytilus*, etc. *Algunos creen que estas conchas han sido transportadas hasta allí por los indios que vivían en ese lugar, para su alimentación*; pero, si se considera el inmenso número de ellas, que a veces forman como bancos; y, además, sus múltiples especies, algunas de las cuales son muy pequeñas para haber sido transportadas hasta ese punto con el solo objeto de comer el animal, se deduce, más bien, que *este terreno ha estado bajo el mar antes de que fuese habitado* y que los antiguos indios construyeron sus casas sobre él cuando estaba ya lleno de conchas y caracoles marinos. *Extraña que el mismo fenómeno se observe también más arriba de Chala*, en donde están las ruinas del antiguo pueblo que hoy es panteón. *En otras partes se notan conchas, pero no en tanta abundancia como en estos dos puntos*, en donde también existen ruinas de casas de los gentiles".

Raimondi, en realidad, cometió el mismo error que Darwin, creyendo *naturales* montículos de desperdicios de cocina que había formado el hombre a través de los siglos.

*INSTRUMENTOS DIVERSOS.
CONJETURAS SOBRE UN ARPON*

Con el material de hueso, el hombre desde la más remota edad ha fabricado instrumentos para diversos usos. El empleo del hueso data, en el Viejo Mundo, del *Paleolítico superior*. El hombre del Paleolítico superior hizo instrumentos puntiagudos, como punzones, puntas de lanza; y, sobre todo, con gran perfección, "exquisitas puntas de arpón con dientes"¹²⁷.

La historia del arpón es verdaderamente intrigante en el Perú. "Ciertas *puntas líticas* hacen pensar que el hombre costeño al principio usaba un *arpón primitivo* para dar caza a los peces"¹²⁸. Esta modalidad habríase empleado en los albores de la ocupación de la costa, mucho antes que la red y el anzuelo.

Engel hizo un descubrimiento sensacional en la tantas veces citada *Unidad 1*, de Asia. Encontró "dos objetos: uno de hueso y otro de madera, que, sin duda, por su aspecto y características, conformaban un *arma arrojadiza para cazar*"¹²⁹. La pieza de madera era una especie de azagaya o dardo pequeño para ser lanzado, y la pieza de hueso era una *punta*, que se adaptaba a la pieza de madera.

Esta arma, de base de madera y punta de hueso, fue usada probablemente —especula Engel— para la *caza de alta mar*.

La base era de *madera de balsa*. La presencia de un trozo de *madera de balsa* en el valle de Asia puede explicarse de dos maneras, considerando que la *madera de balsa* es propia de las selvas ecuatorianas: o llegó por comercio entre el norte y el centro del Perú (quizá, por comercio marítimo), o llegó por accidente natural, vale decir, por el arrastre de las aguas del mar.

Se sabe que en ciertos períodos, cuando hay profundas penetraciones de la llamada *Corriente del Niño* o de la *Contra-corriente ecuatorial*, llegan hasta cerca de Paracas restos de vegetación y cadáveres de animales de la costa ecuatoriana. El *palo de balsa* de la *Unidad 1*, de Asia, pudo llegar, así, por la deriva de las aguas oceánicas.

Sin embargo, ello es difícil porque los bosques ecuatorianos de *palo de balsa* no están precisamente en la costa sino en el interior del país, bastante alejados de la faja marina afectada por las corrientes. Por esta razón, más lógico resulta pensar que el madero de balsa de Asia llegó allí por transporte humano.

Pero, el problema principal es otro: ¿para qué se usaba el indicado artefacto? ¿Era verdaderamente un arma arrojadiza? Y si lo era, ¿se empleaba como arpón? ¿Contra qué animal? ¿Desde tierra o desde una embarcación en alta mar? Engel advierte juiciosamente que para la caza del lobo marino *no es indispensable el arpón*. Al lobo se le caza fácilmente en tierra, durante los meses de diciembre y enero, cuando las hembras llegan

a las playas con sus lobatos. Entonces, con astucia, el cazador puede matar lobos sin dificultad valiéndose de un simple garrote.

El arpón, como el de Asia, sirve, en cambio, para la caza del delfín, el cual es un *animal de alta mar*. Si se considera que el arpón de Asia, con cuerpo de madera y punta de hueso, era usado para la caza de *delfines* o *toninas*, habría que admitir necesariamente que los antiguos pueblos del precerámico de Asia y, probablemente, de otros lugares, eran tan hábiles, valientes y arriesgados cazadores que se atrevían a alejarse de las playas y enfrentarse a animales peligrosos. Y habría que admitir, sobre todo —y esto es lo más importante—, que los cazadores del precerámico, *cuatro mil años atrás*, ya tenían embarcaciones apropiadas para tan difíciles salidas de alta mar.

Ya anteriormente se dijo que, en el estado actual de nuestros conocimientos, no hay base cierta para afirmar el ejercicio de la navegación durante la era precerámica.

Antes del descubrimiento de Asia, Engel había sacado otro arpón de un depósito de Culebras, "completo, con ganchos de hueso", en perfecto estado de conservación. "Los ejemplares hallados en la *Unidad 1*, de Asia —explica Engel—, no tienen ganchos y es posible que no sean *lanza-arpones*, aunque fueron encontrados en asociación con puntas de armas cortas y gruesas, de cuarzo y obsidiana".

Las preguntas, pues, anteriormente planteadas, sobre el uso al que habrían estado destinados los arpones precerámicos, quedan sin contestar. Algunos investigadores, tentados por la idea de un *precerámico con conocimiento del arte de la navegación*, "defienden la existencia de una *tradicón marina* entre los primeros habitantes de la costa peruana". Pero, esta es una mera suposición, cuya defensa requiere de no poca audacia. Resultarían los precerámicos de la costa en posesión de una herencia que los empujaba al mar y los hacía marineros por origen.

Más lógico es suponer —sugiere Engel— que los primeros hombres de la Costa, descendientes de los serranos (lauricochas) cazadores, bajados por las quebradas miles de años atrás, al avvicinarse frente al mar se dejaron ganar por la caza del lobo marino y "descuidaron la caza de los mamíferos terrestres, menos abundantes en esos sitios"¹³⁰. Entonces, el ambiente les hizo olvidar la caza hasta ese momento practicada y los llevó al nuevo ejercicio, empleando para ello las mismas armas, entre ellas una *en forma de arpón*.

Tocante a otros instrumentos o herramientas, no se han encontrado los implementos agrícolas del hombre del precerámico. Incluso, se duda del carácter agrícola de ciertos *palos* hallados en Paracas, con los cuales podría suponerse que el hombre primitivo del lugar removía la tierra, deshacía los terrones y abría hoyos para la siembra o colocación de las semillas. Sin embargo,

puede sospecharse que los hombres de Asia "usaban la concha *Mesodesma* como cuchillo, quizá para cortar ramas de algodón . . ." ¹³¹.

Aunque el material que proporcionan las conchas es débil y se rompe con facilidad, "sin embargo, se usaba para sierras, cucharas, anzuelos y, naturalmente, para adornos en forma de cuentas y pendientes" ¹³².

VESTIDOS Y ADORNOS

El "pellejo de las aves marinas" —según anotó Uhle en un trabajo de 1931 ¹³³— servía para la confección de abrigos o mantos, como los que halló el mismo Uhle en los depósitos arcaicos de Arica.

El pescador y mariscador del *primer precerámico* usó un vestido muy ligero del que tenemos poca información; sólo sabemos que lo tejió de fibras vegetales, por las técnicas pretextiles del *anillado* y el *entrelazado*. Más tarde, naturalmente, el vestido se perfecciona con el empleo del algodón y el desarrollo previo de la hilandería.

En una y otra época, tanto en el *precerámico sin algodón* como en el *precerámico clásico*, los vestidos llevaban algún agregado de *piel de ave marina*, que les daba prestancia.

Los adornos principales eran los *pectorales* y los *collares*. Se hacían pectorales de hueso o de concha, muy vistosos. Los collares eran de cuentas de hueso o concha, en forma de finos tubitos o también de pequeños discos delicadamente perforados. En algunos collares, para una mayor vistosidad, las cuentas iban intercaladas a semillas de colores ¹³⁴.

Como variante de los collares, se hacían brazaletes o ajorcas, adornos para las piernas y sortijas por el mismo procedimiento de hacer pasar finas cuentas por hilos.

Nunca falta en las tumbas, junto con piezas para el aderezo personal de lapislázuli, turquesa y otras piedras finas —incluso, algunas exóticas—, el adorno hecho con el material de las conchas. Pero el *Spondylus pictorum* no se conoce. Su irrupción estaba reservada para los tiempos chavinoides.

Las cuentas o mostacillas de concha eran, por lo común, de forma discoidal. La materia prima más usada para las mostacillas era la concha del choro.

Se generalizaron las *joyas pendientes*, de concha o hueso. Una pieza de adorno muy común era el *Pecten purpuratus* que, con una incisión cuadrada al centro, gozó de gran popularidad en todos los pueblos de la costa.

También se empleaba para la fabricación de adornos, el material de los univalvos *Conus G.* y *Oliva peruviana*. Con el *mejillón* se hacían unos adornos muy finos, de efectos iridiscentes, de

forma rectangular o trapezoidal, para ser colgados del cuello mediante finos cordones de algodón. Dos pequeños huecos eran perforados en las esquinas superiores para colgarlos.

CAMBIOS EN LA MORFOLOGIA DE LA COSTA

A continuación se citan dos casos de transformación del perfil litoral, que directamente se relacionan con la presencia y la actividad del hombre prehistórico de la era precerámica.

1. *Chorrillos-Bellavista: la tierra devorada por el mar.* Los estudios sobre el oleaje, las mareas y las corrientes, realizados por una compañía francesa especializada, en 1960, por encargo de la Junta de Obras Públicas del Callao, para la construcción de un rompeolas de defensa al sur del puerto, en la banda llamada de la *Mar Brava*, confirmaron una interesante hipótesis paleográfica de Uhle, relacionada con unos conchales ubicados en terrenos de Bellavista.

En 1906, Uhle, examinando restos dejados por los antiguos pobladores de Bellavista, "observó —expone Regal en un reciente artículo¹³⁵— que a treinta metros de la orilla, tierra adentro, en la zona donde se eleva un barranco de diecisiete metros de altura, se podían apreciar fajas o capas de terrenos de aluvión, alternadas con otras de materiales diversos como margas y fangos, y entre ellas *una gran cantidad de conchas y residuos de cocina*, formando un *quioquemodino* o basural".

Las capas de aluvión revelaron al arqueólogo que por allí había pasado una *corriente de agua*, la cual había arrastrado los residuos de cocina. Estos desperdicios también podían interpretarse como acumulados por el hombre antiguo a lo largo de un riachuelo que iba a desembocar al mar.

Vio Uhle que el cauce de esa corriente pretérita corría casi paralelo a la actual orilla del mar, bordeando el barranco, y dedujo entonces que, en ese sector, en tiempos pasados, *la tierra se había extendido hacia el Oeste, por varios kilómetros*; o sea que, siglos atrás, lo que hoy es mar había sido tierra, y la orilla no estaba donde está hoy sino lejos.

Trabajando sobre un plano de los alrededores del Callao del año 1905, o sea de la misma época de los trabajos de Uhle, Regal ha intentado trazar "el probable curso del brazo del Rímac", que él ha bautizado con el nombre de *rio prehistórico del Callao*. El ramal del Rímac se desprendía, aproximadamente, a mitad del camino entre Lima y el Callao, con dirección al suroeste. Pasaba por La Legua y directamente se dirigía a los antiguos *puquios de Aguilar*; pero, un poco más al sur, en los puquios, también ya desecados, de *Chacra Alta* y debido a una prominencia del terreno que le cerraba el paso, doblaba bruscamente hacia el

Oeste, pasando por los terrenos que hoy se extienden a la espalda del Colegio Militar "Leoncio Prado". Pero, en ese tiempo, como ha quedado demostrado con los trabajos experimentales de la compañía francesa encargada de los estudios para la construcción del rompeolas de la *Mar Brava*, la orilla del mar no estaba donde está hoy, sino considerablemente al oeste, *quizá a dos kilómetros*. El *rio prehistórico del Callao*, cuya huella vio Uhle en los barrancos de La Perla, cerca de Bellavista, seguía, por lo tanto, hacia el oeste, cruzando terrenos hoy cubiertos por el mar. La desembocadura estaba, naturalmente, en la *ribera hipotética* que Regal ha trazado en su mapa de reconstrucción del pasado, basándose en los trabajos de los peritos franceses. Probablemente, si los cálculos de la misión gala no están errados y el trazo de Regal es correcto, el *rio prehistórico del Callao* avanzaba alrededor de dos kilómetros, como se ha dicho, cruzando un terreno que se hundía en el mar sin declive brusco de barranco. En ese tiempo, el cono de deyección del Rímac moría suavemente en el mar y sólo en parte había sido cortado por el oleaje.

La transformación del litoral en la parte comprendida entre el Morro Solar y la desembocadura principal del río Rímac, ha sido muy marcada. No existían, ni la amplia *bahía de Miraflores*, cuya ensenada más honda es la de Chorrillos, ni la formación pedregosa conocida con el nombre de *La Punta*. El litoral —según los técnicos franceses que han estudiado en esa zona las corrientes y los procesos de erosión y acreción—, era de *perfil combado* desde los cerros de La Chira hacia el norte. El terreno se hundía en suave declive en el mar sin terminar en los barrancos de cincuenta metros de altura de hoy.

La agresión del mar, en una *primera fase*, redujo el "vientre" del cono de deyección, *que avanzaba hacia el oeste no menos de seis kilómetros* frente a Magdalena, Miraflores y Barranco. En una *segunda fase* acumuló materiales pesados en el extremo de la bahía en formación, dando origen, así, a la saliente que se proyecta hacia el grupo de islas de *San Lorenzo* y *El Frontón*. En una *tercera fase*, final, la bahía se ahondó considerablemente hasta el perfil de ahora y la saliente se prolongó hacia las islas, sufriendo un marcado adelgazamiento en el cuello, con apariencia de istmo. Así se formó la saliente de La Punta.

Mientras frente a Magdalena, Miraflores y Barranco la ribera fue profundamente rebajada, formándose una amplia ensenada (que hoy se llama *bahía de Miraflores*) cuya orilla, como ya se dijo, debe distar de la antigua ribera no menos de seis kilómetros, en el extremo norte, poco antes de la saliente de La Punta, el desgaste fue naturalmente menor, no pasando, como ya se dijo también, de dos kilómetros.

Muchos testimonios de la presencia de los primitivos pescadores deben haber desaparecido bajo el mar por la penetración de éste y el consiguiente acortamiento de la tierra. Pero, el sitio ocupado por los *pescadores de Bellavista*, que han dejado grandes basurales o conchales —considerados por Uhle entre los principales de la costa—, no estaba en aquel tiempo muy alejado del mar, porque allí, justamente, fuera de la formación de La Punta, el perfil litoral no sufrió mayor cambio.

Lo importante estuvo, así, en la desaparición del ramal del río Rímac, el *rio prehistórico del Callao*. Ese río debe haber apuntalado la vida de crecidos grupos de pescadores y favorecido, posteriormente, la aparición de la agricultura, todo ello en los terrenos actuales de La Perla (Alta y Baja) y Bellavista y en las tierras, anchas como de dos kilómetros, que *el mar ha devorado*.

2. *El precerámico de Lambayeque bajo el mar*. La falta de vestigios precerámicos en la costa del departamento de Lambayeque ha sido explicada por Jorge Rondón Salas¹³⁶ por un proceso de penetración marina, una *transgresión local*, que está borrando los signos dejados por el hombre de todas las edades.

Este avance del mar es “un hecho comprobado”. En el sitio denominado *Sombrero* o *la Casa del Cura*, los restos del *horizonte tardío*, de hace setecientos años solamente, se encuentran, ya, en plena orilla del mar “y deben haber sido destruidos por éste en una gran extensión”.

Si esto ha pasado con los restos del horizonte tardío —razona Rondón Salas— hay que suponer que los yacimientos precerámicos yacen lejos de la orilla, *bajo el mar*, por lo mismo que el hombre de esa edad acostumbraba instalarse en las proximidades de la gran fuente de la que obtenía los recursos para sustentar su existencia. “Toda la faja marítima de la *era primordial*” —y también, agregaríamos, de la *era precerámica*— “debe estar varios centenares de metros *mar adentro*”.

MAREMOTOS

Algunos vestigios, más o menos perdidos por la acción del tiempo, han revelado al ojo experto del arqueólogo la ocurrencia en pasadas edades de salidas catastróficas del mar o *maremotos*.

El maremoto mejor registrado fue el que se produjo por el año 1,000 antes de la era cristiana en la Costa Norte, azotando particularmente las playas y tierras vecinas al mar del valle de Chicama. Ya a la sazón el sitio de milenaria ocupación llamado *Huaca Prieta* estaba deshabitado o en proceso de extinguirse como centro demótico. El mar avanzó sobre la tierra y asoló

completamente la región, dejando allí, en Chicama, en las inmediaciones de Huaca Prieta, como testimonio de su violenta y destructora entrada, un reguero inmenso de piedras que cubrió considerable parte de la franja ribereña¹³⁷. Esas piedras ya están cubiertas por la arena, pero han sido descubiertas, con su mensaje de destrucción, por la pesquisa arqueológica, altamente especializada, de Junius Bird.

El *maremoto de Huaca Prieta* debió ser como el que describe el P. Acosta, pavoroso por la fuerza desatada de los elementos y terrible por la destrucción en la obra frágil del hombre. Refiriendo la catástrofe de 1586, que afectó gravemente Lima y el Callao, Acosta dejó dicho: "Hizo también entonces la mar el mismo movimiento que había hecho en Chile, que fue poco después de pasado el temblor de tierra, salir ella muy brava de sus playas, y entrar la tierra adentro cuasi dos leguas, porque subió más de catorce brazas, y cubrió toda aquella playa, nadando en el agua que dije, las vigas y madera que allí había"¹³⁸.

En mayo de 1960, un *tsunami* de gran magnitud, originado frente a las costas de Chile y que en el mareógrafo de La Punta (Callao) registró una altura de más de dos metros¹³⁹, invadió considerable extensión de los llanos arenales que rodean el balneario de Paracas y llegó hasta cerca de los yacimientos milenarios de Pampa Santo Domingo. Esa sola experiencia hizo ver a los arqueólogos el peligro corrido en el pasado por las poblaciones asentadas frente al mar, cerca de sus orillas o en las llanuras de escasa gradiente. "Fue por haber adivinado el peligro, que los antiguos paraqueños no se instalaron en la playa, sino en las alturas de la falda. Quizá se salvaron de otros maremotos, de los cuales no queda el recuerdo"¹⁴⁰.

Terremoto y maremoto condicionaron estados anímicos de profundo sobresalto, que se tradujeron en sentimientos permanentes de respeto, reverencia y hasta terror: terror por las altas montañas que en sus momentos de furia parecían venirse abajo, atronadoras, y por el mar que, calmo por lo regular, sabía de pronto embestir sobre la tierra y aniquilar la obra humana, castigador por sí o por los dioses.

NOTAS AL CAPITULO

1. SILVA SANTISTEBAN, Fernando... *La civilización andina*. Lima, 1965; p. 7.
2. ENGEL, Frederic... *Notes relatives a des explorations archéologiques a Paracas et sur la Cote Sud du Pérou*. Paris, 1963; p. 15.
3. ENGEL, *Notes relatives a des explorations archéologiques a Paracas...*; p. 17.
4. ENGEL, Frederic... *Sites et établissements sans ceramique de la Cote peruvienne*. Paris, 1957; p. 142.
5. HAWKES, Jacquetta... *Historia de la Humanidad* (Unesco). Buenos Aires, 1963. Vol. I, Primera Parte; p. 313.
6. LARCO HOYLE, Rafael... *Las épocas peruanas*. Lima, 1963; p. 24.
7. COMAS, Juan... *Introducción a la Prehistoria General*. México, 1962; p. 217.
8. LARCO HOYLE, Rafael... *Archeologia Mundi. Perú*. Ginebra, 1966; p. 46.
9. ENGEL, Frederic... *A preceramic settlement of the central coast of Perú*. Asia. Filadelfia, 1963; p. 79.
10. ENGEL, Frederic... *Elementos de prehistoria peruana*. Lima, 1962; p. 35.
11. BENNETT, Wendell C. y BIRD, Junius B. ... *Andean Culture History*. Nueva York, 1960; p. 120.
12. LARCO HOYLE, *Archeologia Mundi. Perú*; p. 44.
13. BUSHNELL, Geoffrey H. S. ... *Perú*. Barcelona, 1932; p. 38.
14. Comunicación personal.
15. MASON, J. Alden... *Las antiguas culturas del Perú*. México, 1962; p. 45.
16. HARDOY, Jorge Enrique... *Ciudades precolombinas*. Buenos Aires, 1964; p. 312.
17. ENGEL, Frederic... *Algunos datos con referencia a los sitios precerámicos de la Costa peruana*. Lima, 1958; p. 20.
18. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 21.
19. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 22.
20. LANNING, Edward P. ... *Cerámica antigua de la Costa peruana. Nuevos descubrimientos*. "Tawantinsuyo K' uskiy Paqarichisqa". Berkeley, California, 1960. (Un resumen, en "Acta Praehistorica", III-IV. Buenos Aires, 1960; p. 175 y sgte.).
21. ENGEL, Frederic... *Las lomas de Iguanil y el complejo de Haldas*. Lima, 1970; p. 31 y sgtes.
22. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 22.
23. ENGEL, Frederic... *Paracas*, Lima, 1966; p. 92.
24. ENGEL, *Paracas*; p. 101.
25. UHLE, Max... *Los "kjoekkenmødding" del Perú*. "Revista Histórica". Lima, 1906. Tomo I, Primer trimestre, pp. 3-23.
26. TELLO, Julio C. ... *Los tesoros arqueológicos de Ancón*. "El Comercio", Lima, 17 de marzo 1946; p. 3.
27. MATOS MENDIETA, Ramiro... *Ancón, clave para la Arqueología peruana*, "El Comercio", Lima, 17 de setiembre 1961 (Suplemento dominical).
28. RAVINES, Rogger y ALVAREZ SAURI, Juan José... *Fechas radiocarbónicas para el Perú*. "Arqueológicas". Lima, 1967. N° 11, p. 31.
29. BONAVIA, Duccio... *Sitios arqueológicos del Perú*. "Arqueológicas". Lima, 1966. N° 9, p. 26.
30. BONAVIA, *Sitios arqueológicos...*; p. 30.
31. ENGEL, Frederic... *El complejo El Paraiso, en el valle del Chillón*. "Anales científicos de la Universidad Agraria". Lima, 1967, Vol. V, p. 263. (Hay separata).

NOTAS AL CAPITULO

32. TELLO, Julio C. y MEJIA XESSPE, Toribio... *Historia de los Museos Nacionales del Perú*. "Arqueológicas". Lima, 1967. N° 10, p. 69.
33. UHLE, Max... *Las civilizaciones primitivas de los alrededores de Lima*. "Revista Universitaria" (Universidad Mayor de San Marcos). Lima, 1910. Año V, vol. I, p. 337 y sgte.
34. UHLE, Max... *La esfera de influencia del país de los Incas*. "Revista Histórica". Lima, 1909. Tomo IV, p. 7.
35. UHLE, *La esfera de influencia...*; p. 7.
36. UHLE, *La esfera de influencia...*; p. 9.
37. LATCHAM, Ricardo E. ... *Correlación arqueológica entre Perú y Chile*. "Actas del Vigésimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas". Lima, 1939; p. 267.
38. LATCHAM, Ricardo E. ... *La edad de piedra en Taltal*, Santiago, 1939; p. 12.
39. HARDOY, *Ciudades precolombinas*; p. 485.
40. HARDOY, *Ciudades precolombinas*; p. 486.
41. EDWARDS, Clinton R. ... *Aboriginal watercraft on the Pacific Coast of South America*. Berkeley, California, 1965; p. 20.
42. VESCELIUS, Gary S. ... *Rasgos naturales y culturales de la Costa extremo Sur*. "Antiguo Perú, Espacio y Tiempo" (Trabajos presentados en la Semana de Arqueología Peruana, 9-14 de noviembre, 1959). Lima, 1960; p. 382.
43. KOSTRITSKY, León... *Hallazgos arqueológicos que demuestran la existencia de un antiquísimo pueblo pescador*. "Pesca y Caza". Lima, 1955. N° 6, p. 51.
44. KOSTRITSKY, *Hallazgos arqueológicos...*; p. 53.
45. KOSTRITSKY, *Hallazgos arqueológicos...*; p. 55 y sgte.
46. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 35.
47. ENGEL, *Sites et établissements sans céramique...*; lámina XXXI, grabado N° 10.
48. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 79.
49. HORKHEIMER, Hans... *Apuntes de Historia Marítima del Perú* (texto mecanografiado). Lima, 1965; p. 38.
50. LANNING, Edward P. ... *Early Man in Perú*. "Scientific American". Nueva York, octubre 1965; p. 74.
51. UHLE, Max... *Los aborígenes de Arica*. "Revista Histórica", Lima. 1918. Tomo VI, entrega I, p. 15.
52. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 44.
53. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 35.
54. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 48.
55. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 29.
56. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 79.
57. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 60.
58. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 29.
59. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 39.
60. HAWKES, *Historia de la Humanidad*; p. 205.
61. HAWKES, *Historia de la Humanidad*; p. 375.
62. BIRD, Junius B. ... *Art and Life in Old Peru: an exhibition*. Nueva York, 1962; fig. 37, frente a la p. 187.
63. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 79.
64. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 44.
65. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 29.
66. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 47.
67. LANNING, *Early Man in Peru*; p. 74.
68. COVARRUBIAS, Miguel... *El águila, el jaguar y la serpiente*. México, 1961; p. 17.
69. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Marítima del Perú*; p. 39.
70. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 36.
71. BIRD, Junius B. y WHITAKER, Thomas W. ... *Identification and significance of the cucurbit materials from Huaca Prieta, Perú*. "American Museum Novitates". Nueva York, setiembre 1949. N° 1426, p. 5.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

72. ENGEL, *Sites et établissements sans céramique...*; p. 137.
73. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 79.
74. ENGEL, *Sites et établissements sans céramique...*; p. 137.
75. UHLE, *Los aborígenes de Arica*; p. 10.
76. UHLE, *Los aborígenes de Arica*; p. 15.
77. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 41.
78. ENGEL, *Notes relatives a des explorations archéologiques a Paracas...*; p. 20.
79. ENGEL, *Notes relatives a des explorations archéologiques a Paracas...*; p. 19.
80. LARCO HOYLE, *Las épocas peruanas*; p. 24.
81. LUMBREERAS, Luis Guillermo... *Los pueblos antiguos del Perú*. "Gaceta Sanmarquina". Lima, 1967.
82. BUSHNELL, *Perú*; p. 35.
83. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 81.
84. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 45.
85. LUMBREERAS, *Los pueblos antiguos del Perú* (Parte tercera).
86. HORKHEIMER, Hans... *La alimentación en el Perú prehispánico y su interdependencia con la agricultura*. Lima, 1958; p. 65.
87. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Maritima del Perú*; p. 37.
88. Comunicación personal.
89. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 44.
90. SCHWEIGGER, Erwin... *El litoral peruano*. Lima, 1964, p. 205.
91. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Maritima del Perú*; p. 36.
92. ENGEL, *Sites et établissements sans céramique...*; p. 134.
93. LANNING, *Early Man in Peru*; p. 72.
94. ENGEL, *Sites et établissements sans céramique...*; p. 134.
95. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 52.
96. ENGEL, *Sites et établissements sans céramique...*; p. 134.
97. ENGEL, *Sites et établissements sans céramique...*; p. 135.
98. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi*. Perú; p. 44.
99. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 48.
100. CANALES, Pedro... *Los cementerios indígenas en la Costa del Pacifico*. "Actas del Decimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas". Buenos Aires, 1910; p. 292.
101. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 59.
102. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 43.
103. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 47.
104. TELLO, Julio C. ... *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima, 1942; p. 24. y sgte.
105. CALANCHA, Antonio de la ... *Corónica Moralizada del Orden de San Agustín*. Barcelona, 1639. Libro I, cap. VI, p. 36.
106. *Relaciones geográficas de Indias*. Madrid, 1881-1897. Tomo II, p. 227.
107. HORKHEIMER, Hans... *El Perú prehispánico*. Lima, 1950; p. 282.
108. BERDICHEWSKY SCHER, Bernardo... *Culturas precolombinas de la costa central de Chile*. "Antropología". Santiago, 1963. N° 1, p. 17.
109. BERDICHEWSKY, *Culturas precolombinas...*; p. 30.
110. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 6.
111. RAVINES y ALVAREZ, *Fechas radiocarbónicas para el Perú*.
112. ENGEL, Frederic... *Early sites of Peruvian Coast*. "Southwestern Journal of Anthropology". 1957. Vol. XIII, N° 1, p. 66.
113. MALDONADO, Angel... *Las lomas de Lachay*. "Revista de la Facultad de Farmacia y Bioquímica" (Universidad Mayor de San Marcos). Lima, 1952. Vol. XIV, N° 55-56, p. 64.
114. MALDONADO, *Las lomas de Lachay*; p. 58.
115. RAVINES y ALVAREZ, *Fechas radiocarbónicas para el Perú*.
116. ROMERO, Carlos A. ... *El Callao desde sus orígenes más remotos hasta el siglo XVI*. "Revista Histórica". Lima, 1942. Tomo XV, entrega III, p. 212.
117. DARWIN, Carlos... *El viaje del "Beagle"*. Barcelona, 1955; p. 442.
118. ENGEL, *Early sites of Peruvian Coast*; pp. 63-65.

NOTAS AL CAPITULO

119. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 14.
120. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 19.
121. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 78.
122. LANNING, Edward P. y HAMMEL, Eugenio A. ... *Early lithic industries of Western South America*. "American Antiquity". Washington, 1961. Vol. XXVII, N° 2, p. 143.
123. ENGEL, *Early sites of Peruvian Coast*; p. 59.
124. RAVINES y ALVAREZ, *Fechas radiocarbónicas para el Perú*.
125. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 17.
126. RAIMONDI, Antonio... *Notas de viajes*. Lima, 1942. Tomo IV; p. 96.
127. HAWKES, *Historia de la Humanidad*; p. 200.
128. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Marítima del Perú*; p. 38.
129. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 79.
130. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 79.
131. ENGEL, *Algunos datos con referencia...*; p. 42.
132. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 59.
133. UHLE, Max... *Las antiguas civilizaciones de Manta*. Quito, 1931; p. 26.
134. Un trabajo de recopilación y ordenamiento, de mérito, sobre el empleo de la concha (y el hueso —especialmente de animales marinos—) en el Perú, es el de MERCEDES CARDENAS MARTIN, *Presencia de concha y hueso en el Antiguo Perú* (tesis universitaria). La autora usa una buena bibliografía sobre la materia. (En "Boletín del Seminario de Arqueología del Instituto Riva Agüero". Lima, 1969. N° 2, pp. 1-61).
135. REGAL, Alberto... *Una teoría arqueológica confirmada por estudios oceanográficos*. "Ingeniería Civil". Lima, 1963. N° 48, p. 16 y sgte.
136. RONDON SALAS, Jorge... *Panorama arqueológico de Lambayeque*. "Cuadernos Chiclayanos". Chiclayo, 1966. N° 1, p. 12.
137. BIRD, comunicación personal, 1966.
138. ACOSTA, Joseph de... *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590). México, 1962. Libro tercero, cap. XXVI, p. 137.
139. ZIMIC VIDAL, Esteban... *Tsunami*. Lima, 1968; p. 26.
140. ENGEL, *Paracas*; p. 20.



Pescador con redecilla y moño (rasgos característicos del oficio), capturando una raya. A un costado, la figura en relieve de un ave marina. En la espalda del personaje se apoya el asa-estribo. Base plana. Colores: crema y rojo-ladrillo. (*Mochica III*. Costa Norte. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto Abraham Guillén).

De la abertura de un caracol gigante, emerge un personaje mitológico, que lleva por tocado la figura de un felino. Un grueso collar, a modo de golilla, enmarca el rostro, que es de expresión fiera, acentuada por los colmillos. Arriba, sobre la nuca, destaca un adorno en forma de hongo, en el que se apoya un extremo del asa-estribo. Entre las manos parece deslizarse una serpiente. Colores: crema y rojo-ladrillo. (*Mochica III*. Costa Norte. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Pedro Rojas Ponce).





Capítulo V
CLIMA,
EUSTATISMO
Y SILENCIOS
ARQUEOLOGICOS

En este capítulo se trata de los *cambios climáticos* habidos en la era Cuaternaria, especialmente en el período postglacial u Holoceno; de la *fluctuación eustática* del nivel del mar (que tiene estrecha relación con el surgimiento de la agricultura en la Costa y el establecimiento del hombre en regiones hoy totalmente desiertas); y de los llamados *silencios arqueológicos*, que son períodos en los que se silencia por completo la vida del hombre prehistórico y parece que la tierra quedara por siglos deshabitada.

En la larga y cambiante historia del clima de la Costa peruana, el mar ha jugado un papel preponderante. Como se explicará oportunamente, el clima de la Costa no ha sido en pasadas edades como es ahora. En otro tiempo había más humedad; y ésta, por las especiales condiciones reinantes en la atmósfera, se traducía, o en densos mantos de neblina que planeaban bajo o en lluvias fuertes que, periódica o eventualmente, empapaban la tierra. La tierra, por todo ello, no era lo muerta y negada a la vegetación que es ahora. Por consiguiente, en los arenales de hoy había vida antes, y de esa vida —vegetal y animal— se nutría el hombre. En el pasado de la población aborígen costeña, las formaciones de *loma*, tan reducidas hoy, han desempeñado un papel de capital importancia. Fueron asiento de los primeros grupos establecidos en este lado del sistema andino como ya se vio en el capítulo tercero.

PALEOCLIMA DE LA COSTA

Cuando el hombre se estableció en las faldas del *cerro Chivateros*, en la desembocadura del río Chillón (al norte de Lima) y montó sus talleres para el trabajo de la piedra (una cuarcita que obtenía de los cerros que a corta distancia de allí encajonan el valle) —todo esto hace diez o doce mil años—, otro era el clima, otro el paisaje y otras, consecuentemente, las condiciones generales para la vida.

Positivamente, *llovía más*, “pero no sabemos —aclara Lanning— si las lluvias eran regulares, de todos los años, en períodos fijos, o si se producían a intervalos espaciados, irregularmente, entre períodos de sequía”.

Es probable que la Costa fuera *pradera*, pero no hay que descartar la posibilidad de un *desierto periódicamente alterado por el verdor de torrenciales precipitaciones*. ¿Pradera o desierto?: he ahí la cuestión que no ha sido plenamente dilucidada; pero, lo que sí es evidente es que los promedios de vegetación y, por ende, de aguas y humedad, eran ostensiblemente mayores y, por consiguiente también, mejores las posibilidades de vida, aun en los terrenos hoy yermos.

Jorge Broggi, pionero de estos estudios, ha señalado en numerosos artículos el *cambio climático operado en el post-Pleistoceno*, fenómeno de suma importancia para la Arqueología, que tiene dos manifestaciones concomitantes: la *desglaciación de los Andes*, por un lado, con elevación del nivel de las nieves en la cordillera (fenómeno que también se describe como de *retroceso de las nieves*), y el *arenamiento de la Costa*, por otro. En un estudio sobre las *ciclópeas dunas compuestas*, Broggi dice: “. . . el clima ha cambiado en los últimos siglos” (con períodos de detención que han motivado la formación de *dunas compuestas* en las inmediaciones del mar). Agrega: “La tendencia general climática ha sido hacia . . . una *menor humedad y nebulosidad costeras*. Esta tendencia ha hecho que los desiertos de la Costa crezcan hasta invadir las estribaciones andinas”.

Erwin Schweigger se pregunta en *El litoral peruano*: “¿Hay indicios de haber ocurrido un cambio del clima desde tiempos pasados hasta hoy día?”. Responde: “Tal cambio podría haberse realizado durante épocas geológicas, es decir, en el transcurso de millones de años, o después del último período glacial hace algunos miles de años, o por último, en tiempos prehistóricos, ya sea antes o después de la Conquista”.

Examinando el testimonio geológico de un sector de la costa occidental de América del Sur (dentro del cual cae el Perú), Petersen observa, para demostrar que el cambio en los últimos millones de años ha sido intenso, que los *estratos terciarios* de Coquimbo, en los 30° de latitud Sur, “muestran un carácter de

clima desértico, mientras que en el Noroeste peruano los estratos equivalentes, los depósitos del *tablazo de Máncora*, conservan todavía sus rasgos de típico clima húmedo tropical...". Coquimbo —acota Schweigger— “tiene actualmente un clima húmedo con lluvias invernales, mientras que Máncora queda seco durante todos los años”.

SITUACION HIDROGRAFICA DEL MAR

“El clima de la Costa peruana —hace hincapié Schweigger en su obra arriba citada— está íntimamente vinculado con la situación hidrográfica en el mar”. Las condiciones dominantes en el mar determinan en gran medida las condiciones atmosféricas, aunque el fenómeno del afloramiento que papel tan importante juega en el clima de la Costa sea una resultante del régimen de los vientos y en la atmósfera esté, por consiguiente, el punto de partida del complejo climático.

Abunda Schweigger en otras razones para llevar a la evidencia el cambio climático y despejar toda duda. Un buen argumento es el del *guano fósil*¹, llamado también *guano de cova-dera* o *guano fosfatado* o *guano rojo*. El guano fresco, que se explota en las islas y puntas del litoral peruano y cuyas propiedades fertilizantes conocieron y aprovecharon tanto mochicas como incas en la antigüedad, se transforma con el tiempo en guano fosfatado. “La transformación de guano blanco o fresco a guano rojo o fosfatado es originada por la evaporación de las partes volátiles amoniacaes del guano fresco, de modo que, al perder nitrógeno, el porcentaje de los fosfatos en el guano se incrementa. Este es el proceso que, durante miles de años, convirtió los inmensos depósitos de guano en el Norte de Chile en *guano fósil* o fosfatado”. Por eso, la *edad del guano* se puede determinar por la cantidad de nitrógeno que contenga. Los guanos viejos tienen poco nitrógeno y los guanos jóvenes, a la inversa, lo tienen en abundancia.

Pues bien: el *guano fósil* se da en Chile mas no en el Perú, excepción hecha de un depósito en la isla Lobos de Tierra. ¿Por qué hay guano fósil en Chile y falta, en cambio, en el Perú, que es hoy país típicamente productor de este fertilizante? El problema se conecta con *el clima*: indica que en Chile paraban hace miles de años las aves marinas, y en el Perú, por la misma época, no; y que a raíz de un cambio radical en el clima, la situación se volteó: hoy las aves anidan en las islas y promontorios peruanos y no en los del país vecino del Sur.

Pero hay otra posibilidad de explicación, que la propone el mismo Schweigger. Dice: “Aunque el *guanay* ya poblaba las islas o puntas peruanas apropiadas para su anidación, *lluvias*

mucho más frecuentes que las que experimentamos hoy destruyeron todos los depósitos de guano formados”.

Según la *primera hipótesis*, la falta de guano fósil se explicaría por la ausencia de aves marinas en el Perú, especialmente el guanay; según la *segunda hipótesis*, se explicaría por los excesos de lluvia. Ahora bien: en uno u otro caso, la *diferencia climática con el tiempo actual* proporciona la clave para resolver el problema. Schweigger concluye con estas palabras: hay indicios —dice— “de que durante el periodo de los últimos miles de años (época postglacial), *el clima de la Costa peruana se tornó árido ...*”.

LA ARIDEZ. CUATRO FASES

El cambio en el clima, camino a la aridez, pasó por sucesivas etapas, de graduación lenta. Tentativamente se pueden señalar cuatro, a partir de la condición antigua: una, la *primera*, muy remota, de lluvias probablemente torrenciales (no sabemos si periódicas o irregulares, duda en la que están todos los investigadores), con vegetación relativamente abundante en casi toda el área litoral (especialmente en los valles); otra, la *segunda*, de humedad muy alta, con espeso manto de neblina cubriendo no sólo los cerros, como ocurre ahora en la estación del invierno, sino las mismas pampas y descendiendo hasta cerca del nivel del mar: a ésta, *que tapizaba la tierra de vegetación de invierno*, entre mayo y noviembre, llamamos *fase de loma*, (y sería la de los hombres de Chivateros, Cucaracha, Oquendo, Luz, Piedras Gordas, Loma Encanto y demás sitios primordiales de Ancón); la *tercera*, de retirada de las condiciones propicias para la vida vegetal, camino a la aridez, con un cuadro florístico pobre, caracterizado por la *achupaya* o *tillandsia*, una bromeliácea xerófila admirablemente adaptada a la sequedad del suelo mediante órganos foliáceos de nutrición; finalmente, la *cuarta*, actual, *fase de la arena*, que presencia la lucha del hombre por contener el desierto. Su emblema está en los médanos y las *barcanas*. Si el hombre, desde tiempo inmemorial, no hubiera con sus programas agrícolas cercado el desierto, hoy no habría valle y la arena llegaría hasta los mismos cursos de agua. Los valles, los abanicos fluvioaluviales sobre los que prospera la agricultura y en medio de los cuales florecen las ciudades modernas, son en gran parte hechura del hombre.

LOS AVANCES DEL HIELO.

LOS PERIODOS INTERGLACIALES Y EL POSTGLACIAL

En un estudio titulado *Cambios climáticos cuaternarios en los Andes peruanos*², Olivier Dollfus, geógrafo francés, ha deter-

minado con admirable precisión y al amparo de las mejores pruebas, las características principales del clima, tanto de la Sierra como de la Costa, durante los períodos de avance del hielo (*glaciaciones*), durante los intermedios tibios (*períodos interglaciales*) y durante el *Holoceno o postglacial* (últimos diez mil años).

Durante los períodos glaciales del Cuaternario (cuatro, en total, del Pleistoceno), "el clima de la Costa —dice Dollfus³— estaba caracterizado por *un soleado más considerable*, por contrastes térmicos cotidianos más acentuados debido a una mayor sequedad del aire, unido todo ello a la desaparición de la capa de *stratus* que desempeña el papel de un volante térmico, pero también por *precipitaciones muy violentas pero espaciadas* que permitían el desplazamiento de los residuos de las vertientes y su acumulación en esos grandes terraplenes desérticos, tan característicos en el aniego de la Costa peruana hacia abajo de los Andes. Mas a pesar de esas lluvias, violentas pero raras, la Costa peruana conservaba su *tonalidad general árida* y la *sequedad impedía el desarrollo de una cobertura vegetal protectora sobre las pendientes*".

Los *intermedios tibios*, llamados *interglaciales* (tres, perfectamente reconocidos en todo el mundo abatido por el apogeo de los hielos), presentaron un cuadro climático y, por ende, ecológico, bastante diferente al descrito arriba. La faz de la Costa cambió por completo. Dice Dollfus: "... el refuerzo de la potencia del *anticiclón* favoreció la subida de las *aguas frías a la proximidad del litoral* bajo la influencia reforzada de los alisios... (con) el establecimiento de la *inversión térmica*" (que es hoy, como lo explican Schweigger y Nicholson, el fenómeno más conspicuo del clima de la Costa peruana). "Se produjo así —continúa Dollfus⁴— la constitución de un *mar de estratos* muy constante durante los meses de invierno, *garúas más abundantes* y, también, la extensión de la zona de *lomas*. Durante el verano, el tiempo era cálido, pero los contrastes térmicos acentuados entre el océano, frío, y el continente, caliente, desencadenaban *fuertes vientos locales* que arrastraban las arenas más finas dejadas en las playas por un *océano en regresión* y las depositaban en las primeras pendientes andinas".

El cuadro que pinta Dollfus es claro. Destacan en el clima de la Costa de entonces cuatro elementos bien tipificados: *a)* techo de nubes; *b)* garúas fuertes, alentadoras de la vida vegetal y, por intermedio de ésta, de la vida animal; *c)* como consecuencia, vegetación de *lomas*; y *d)* arenamiento por los fuertes vientos resultantes del contraste térmico entre el mar y la tierra (*virazones*).

Hay, sin embargo, un punto oscuro. Dollfus habla de *océano en regresión*. ¿Qué océano en regresión, vale decir, en retirada,

es ése, en pleno intermedio tibio?. Los períodos interglaciales se caracterizan, según reza el *abecé* de la Geología, no por la regresión sino, al revés, por la transgresión de las aguas del mar, con la correspondiente alza de nivel, ello debido a la fusión de los hielos, tanto continentales como de cordillera. Pero, cabe una explicación: que se trate de una *regresión fluctuante* dentro de una línea general de transgresión.

Aunque participando de los rasgos dominantes del clima de los períodos interglaciales, el *postglacial* tiene un cuadro propio. “Después de un gran avance del hielo en el Cuaternario Reciente —explica el mismo Dollfus—, se asiste a un retroceso de los glaciares de valle, que dejan en las partes bajas sus antiguas morrenas frontales. Durante el Tardiglacial ... se observa un *recrudescimiento del frío y de la humedad...*”⁵.

Entonces, se enseñorea el calor. “Un rápido cambio climático debe ubicarse alrededor de *diez mil años atrás*. En ese tiempo, se establece el ritmo de las estaciones y *las temperaturas se elevan...* [En la Sierra] una *estación cálida*, con abundantes precipitaciones y una buena insolación, sobre todo durante las mañanas, alterna con una estación seca...”. Como ahora, el verano de la Sierra era lluvioso y, el invierno, seco. Además, “la vegetación herbácea que cubría la puna, daba alimentación a las manadas de tarucas y guanacos que vivían en la zona”.

Augusto Cardich ha identificado esta fase paleoclimática y paleoecológica con sus testimonios de *Lauricocha*, de hace diez mil años. Aunque su estudio se refiere principalmente a la Sierra, contiene observaciones muy valiosas sobre el clima de la Costa, por lo que, más adelante, haremos de él una breve exposición.

Las manifestaciones climáticas de la Costa, de la misma época, configuran el siguiente cuadro general: “Durante el *óptimo climático* que sigue a la crisis del Tardiglacial, el *anticiclón* recobró todo su dinamismo *mientras el nivel del mar subía ... lentamente* [transgresión]... Durante el *óptimo climático* la Costa se encontró posiblemente *cubierta de neblina*, fenómeno que favoreció *la mayor extensión de lomas*. El caudal de los ríos había disminuido considerablemente, debido al decrecimiento de la pluviosidad sobre la vertiente pacífica y a la desaparición de la mayor parte de los glaciares de alta montaña. En ciertos valles secundarios, el escurrimiento superficial de las aguas llegó, incluso, a perderse totalmente...”⁶.

“Sobre las lomas, un denso manto herbáceo permitía la existencia de abundantes y variadas especies animales. Esta fauna comprendía desde gasterópodos hasta guanacos, pasando por una gran cantidad de pájaros...”.

La neblina originaba el manto herbáceo, y el manto herbáceo, bien alimentado, conformaba la *loma*. En invierno, un espeso

manto de neblina planeaba sobre el litoral, y ese manto, constituido por gotitas de condensación sin convertirse en lluvia, era bastante para dar vida a la tierra. Era un manto ancho y dadivoso, que impulsaba el crecimiento de las esencias vitales escondidas bajo la superficie; un manto que bajaba hasta muy cerca del vasto océano y que arrancaba verdores a las pampas, a los cerros, a las quebradas y que llamaba con entusiasmo a los animales de las alturas. Medio paraíso era la Costa entonces, por lo menos en los meses de invierno, justamente cuando escaseaba el agua en la Sierra y la existencia se presentaba allí difícil⁷.

Hoy se reconoce la ubicación de estas lomas por la gran cantidad de caracoles que se encuentra en el desierto.

Dollfus acota a favor de nuestro interés: "Es sobre estas lomas que Lanning y Engel, en Ancón y Chilca, respectivamente, han hallado los más antiguos vestigios de la presencia del hombre en la Costa, donde pequeños grupos de cazadores y recolectores se instalaron sobre las colinas templadas y húmedas".

Los testimonios de ocupación humana de estas lomas, datan de cinco a seis mil años antes de Cristo, pero Engel tiene un fechado por radiocarbono de nueve mil años (siete mil años antes de Cristo), correspondiente a un depósito situado en Pampa Santo Domingo, en Paracas, y Lanning, por tipología, ha determinado para Chivateros *más de doce mil años* (con tendencia, en los último año, a rebajar prudentemente este estimado).

LOS GRUPOS HUMANOS DURANTE LA MAXIMA TRANSGRESION

Después de las agrupaciones que vivieron en las lomas —cazando tarucas y guanacos, comiendo caracoles (babosas) y recolectando semillas, frutos y raíces—, siguió una *segunda época*, que "parece corresponder al *máximo de la transgresión oceánica*, época en que el nivel del mar se estableció a, más o menos, *tres-cuatro metros sobre el nivel del mar*. . . El mar invadió, entonces, las partes más bajas de los valles costeros, sobre todo aquellos donde el escurrimiento superficial había desaparecido . . . En esta misma época se formaron bahías poco profundas y de lecho de arena, como la de Chilca . . ."⁸.

La transgresión avanzó hasta subir *tres-cuatro metros*. Hay un acantilado de abrasión que señala la máxima subida de nivel.

En esa época, "las aguas marinas frías . . . bullían de vida: lobos marinos⁹ sobre los promontorios rocosos, ballenas a lo largo de la costa, que moribundas, iban a veces a varar a las playas y bahías; gran cantidad de conchas sobre los fondos arenosos y poco profundos: *Mesodesmas, Mytilus, Pecten*, etc."

Pero, la subida del nivel del mar en la medida arriba indicada, tuvo una repercusión importantísima en el continente, que iba con el tiempo, incluso, a provocar un cambio substancial en el régimen de vida de los hombres avecinados cerca de la orilla. "La subida del nivel del mar, que bloqueaba la capa freática ubicada detrás del cordón litoral, provocaba la formación de pantanos, con grandes y abundantes gramíneas, como la caña brava...". En torno a esos pantanos se agruparon las gentes y surgieron así los primeros *centros poblados*, con fuentes seguras de abastecimiento. Engel ha estudiado estos centros poblados con gran cuidado, obteniendo valiosos fechados radiocarbónicos, que indican florecimientos locales, frente al mar, varios milenios antes de Cristo. (En la parte final de este capítulo se volverá a tratar el tema, allí con mayor extensión).

LAURICOCHA Y EL OPTIMUM CLIMATICUM

Los estudios de Augusto Cardich —descubridor del *Hombre de Lauricocha*, de diez mil años de antigüedad (esqueletos fechados por radiocarbono)— se dirigen fundamentalmente al clima de la Sierra, pero contienen, como se dijo hace un momento, referencias muy valiosas también sobre el clima de la Costa. Como el clima de la Costa en parte depende del clima de la Sierra, una exposición de los trabajos de Cardich debe comenzar, por somera que sea, por el cuadro climático que ha determinado al momento del ingreso del hombre a la *cueva L-2* de las punas de Lauricocha.

"Al iniciarse la retirada de los hielos del último englazamiento del Pleistoceno —dice¹⁰— ..., un primitivo grupo humano hace su ingreso por primera vez a la caverna L-2, en un acontecimiento que coincide con los albores del Holoceno". Desde ese momento, distante *diez mil años*, hasta la época actual, la historia del hombre en *Lauricocha* está presente en forma ininterrumpida. Sólo hay un período de "silencio humano", que corresponde a la cerámica inicial.

¿Cuál era el cuadro climático al momento de aparecer el hombre en la *cueva L-2*?

Mediante el examen de las muestras de cada piso, se ha podido determinar el régimen de los *vientos* y el régimen de *humedad* en esos diez mil años. El examen lo han hecho los expertos en sedimentología Mario Teruggi y Zulema Ch. de Cetrángolo.

Para el conocimiento del régimen de vientos, se ha seguido la presencia de los minerales clásticos (cuarzo y feldespato), cuya presencia en la *cueva L-2* sólo se puede explicar por *transporte eólico*. Más vientos, más materiales; menos vientos, menos materiales. Se ha visto que "los vientos en los milenios

pasados han sido *predominantemente calmos*" en comparación con el régimen actual.

El grado de humedad se ha determinado por el *contenido de calcita* en los sedimentos de la caverna L-2. La calcita se forma por la acción del agua contenida en la atmósfera. La determinación de la *humedad-ambiente* es muy importante en los estudios de paleoclima, porque de la humedad dependen la *lluvia* y la *nubosidad*.

La evolución del clima de Lauricocha registra, según Cardich, las siguientes fases:

Primera fase: Jalca (8000-5500 antes de Cristo). Ocupa todo el postglacial temprano. Se caracteriza por un proceso de "franca desglaciación"¹¹. El hombre estaba acostumbrado entonces a los grandes frios. No obstante la desglaciación, el ambiente era frío, pero el hombre, por lo dicho antes, lo soportaba. Cazador, comía tarucas o tarugos (*Hippocamelus sp.*). El retroceso del hielo no fue parejo ni constante. Tuvo detenciones con recrudescimiento del frío. Pero, la tendencia general fue hacia el calor.

Segunda fase: Yunga (5500-2000 antes de Cristo). Es el postglacial medio. Fase típicamente de calor. Durante ella, "sobreviene un incremento de los valores de la temperatura"¹². Clima, en general, benigno: es el *optimum climaticum*. Todo el territorio altoandino se beneficia con un clima de "características verdaderas de *benigno* y *óptimo*, pues a las condiciones de mejoramiento térmico se agregó un régimen pluviométrico mayor que el actual, pero dentro de valores medidos...". *La navegación escaló varios pisos*, mejorando las condiciones de vida para hombres y animales. Así lo demuestran los exámenes palinológicos: avance del bosque sobre la estepa (clima atlántico del sistema Blytt-Sernander). Además, "apreciable humedad" y "apreciable pluviosidad", unidas a "temperaturas relativamente elevadas"¹³. La alimentación del hombre fue principalmente de camélidos.

Tercera fase: Quechua (2000 antes de Cristo a la fecha). Es el postglacial tardío. Registra fluctuaciones pero el rasgo dominante es "temperaturas moderadas"¹⁴. En el último milenio antes de Cristo, hay una humedad muy alta, del orden del 70 por ciento, nunca antes registrada. Este subperíodo de gran humedad corresponde *culturalmente al Neolítico andino*, con agricultura y cerámica. Después, siempre con fluctuaciones, sobreviene una *etapa de sequía*, en que *disminuyen o desaparecen los recursos hídricos* ("tendencia moderna a la sequía"). Se sabe desde los tiempos de Raimondi de "los fenómenos de desecación paulatina ... en los Andes centrales"¹⁵.

EL CLIMA DE LA COSTA Y LOS RECURSOS HIDRICOS

El *carácter árido* —subraya Cardich— tanto de la Costa peruana como del Norte chileno, *es muy antiguo*. Se remonta —dice— a mucho más allá del Holoceno. En consecuencia, desde que el hombre se estableció en la Costa, la región ya era árida.

En esto discrepa Cardich de otras opiniones, como la de Schweigger, que consideran que ha habido marcada alteración en el clima de la Costa en los últimos miles de años. Sobre todo, discrepa de la opinión que dice que la aridez es reciente y que registra una línea de agravamiento. Para Cardich, por otro lado, el fenómeno de las neblinas de invierno, determinante de la formación de *loma*, es de segunda importancia, porque nunca las lomas alcanzaron considerable extensión. Las neblinas de invierno —recalca— jamás llegaron a producir *escurrimiento*, que es un hecho de la mayor importancia en la historia de la agricultura prehispánica.

El factor determinante de la aridez de la Costa “es la presencia y notable altitud de los Andes”¹⁶. Bowman ha indicado que conforme se elevaba la cordillera, el borde occidental se tornaba más árido y la parte oriental, más húmeda.

De otro lado, contribuye a la caracterización de esta aridez “la presencia de la *Corriente Peruana* o *de Humboldt*”, cuya existencia, según indica Petersen, es un hecho del Plioceno o aun del Mioceno, plenamente definido durante el Pleistoceno.

Durante los diez mil años del Holoceno, que, más o menos, coinciden, según los datos de la Arqueología, con la *era del hombre en la Costa*, “no se han producido largos ni intensos períodos pluviales, de un carácter generalizado”¹⁷. La Costa, en los diez mil años últimos, *ha permanecido seca y sin lluvias*, salvo las descargas ocasionales que, según lo han advertido Schweigger y Petersen, nada tienen que ver con el mar pues son fenómenos “esencialmente meteorológicos”.

Por consiguiente —recalca Cardich al dar los trazos fundamentales de su cuadro climático costeño—, toda el agua que el hombre utilizó en pasadas edades como la que utiliza ahora, *en la Costa*, procede del *flanco occidental andino*. Por escasez o ausencia de lluvias, ayer y hoy *la Costa carece de agua propia*.

Las aguas andinas se originan de:

- a) deshielos;
- b) precipitaciones.

Bajan y llegan a la Costa así:

- a) rios;
- b) corrientes subálveas;
- c) aguas subterráneas.

El volumen de los ríos ha variado en los últimos milenios, dependiendo de "las condiciones pluviométricas predominantes en las cabeceras de sus cuencas".

Tan importantes o más que los ríos, son las aguas subterráneas, que también como las de escorrentía son de *origen alóctono* porque provienen de la Sierra.

En general, a mayores descargas en la Sierra han correspondido mayores recursos en la Costa. Al revés también: a menos lluvias allá han correspondido menos recursos acá. Al variar la humedad en los Andes, han variado los recursos hídricos en la Costa. Las épocas de gran humedad serrana, determinadas por los testimonios de la *calcita*, explican los lugares antes ocupados de la Costa, que ahora son desérticos.

Un factor importante, propio de la Costa —sobre el cual ha insistido mucho Engel en los últimos años—, es el *nivel del mar*, que Cardich también considera. Este factor influye "en las proximidades de la orilla del mar, en los casos de escasa pendiente", dejando sentir su influencia en la altura de las *napas*.

Tocante a las *neblinas* —que Petersen llama *neblinas lluviosas*—, Cardich advierte que no son propiamente lloviznas sino *simples masas de fuerte nubosidad* que flotan, por decirlo así, a determinado nivel y humedecen el suelo pero sin saturarlo. Por lo tanto, *no producen escurrimiento*.

Al no producir escurrimiento, sólo benefician pequeñas áreas, altas necesariamente, y *su repercusión en la agricultura es mínima*.

Estas neblinas dan origen a las *lomas*. El rol desempeñado por las *lomas* en el cuadro de la agricultura antigua, es insignificante —dice Cardich—, dada su pequeña extensión. "Sin embargo, la vegetación herbácea de las *lomas* parece haber propiciado la *caza estacional*, como se evidencia en los yacimientos superficiales de la zona de Ancón, con contenido de piezas líticas de cazadores, que han sido descubiertas por Villar Córdova y Lanning".

UN SUPUESTO MAR TROPICAL Y LA PRUEBA DE LA ANCHOVETA

Debemos al ya tantas veces citado Schweigger otro enfoque muy interesante del problema de los cambios climáticos que estamos tratando.

Schweigger se pregunta: ¿Cuándo apareció la anchoveta en los mares del Perú?

Las aves marinas productoras de *guano*, viven de la anchoveta. Si no hay *guano fósil* en la Costa peruana, como se ha explicado anteriormente, ello quiere decir que aquí, hace por ejemplo *cinco mil años* o algo parecido (que es el tiempo que

tarda el *guano fresco* en convertirse en *guano fosfatado*) no anidaban las aves de ese tipo; y —siguiendo el raciocinio— si las aves marinas productoras de guano no anidaban aquí es porque, seguramente, *a estos mares del Perú no llegaba la anchoveta...*

¿Por qué no vivía aquí la anchoveta? Schweigger —exponiéndose a ser blanco de duras críticas— propone una teoría audaz en la siguiente respuesta a esa pregunta: no vivía aquí la anchoveta hace cinco mil años porque “el mar exponía entonces *un carácter más tropical que ahora*”¹⁸.

Esta es una proposición muy importante y que directamente se relaciona con el tema de los cambios climáticos, porque con un *mar tropical*, en el que lógicamente, no podía darse la anchoveta, *el clima debía ser otro*, con fuertes lluvias.

Sin embargo, hay que proceder en el campo de esta hipótesis con suma cautela porque parece que “una corriente más o menos como la de hoy debe haber bañado ya desde hace millones de años las costas de Chile y del Perú” (se entiende: una corriente *fría*).

Los cambios climáticos en períodos geológicos distantes (del Terciario, por ejemplo) no interesan en este estudio. No interesa, así, saber que en Coquimbo había hace treinta millones de años un clima desértico, y que el tablazo de Máncora era pronunciadamente tropical. Este estudio se limita a los tiempos postglaciales, durante los cuales, en el estado de nuestros conocimientos, apareció el hombre en el escenario del Perú.

El ingenioso argumento de la anchoveta —un pez probablemente ausente hace cinco mil años— debe ser visto con extrema cautela, como decíamos, porque varios oceanógrafos, entre ellos Wolf, sostienen con mucho fundamento que “la Corriente Peruana o de Humboldt debe haber aparecido a lo largo de la costa occidental de Sudamérica en el Plioceno”.

Apartándose de toda posición intransigente, Schweigger concluye diciendo que no hay nada definitivo acerca de los cambios en el clima de la Costa durante el postglacial, y que las hipótesis carecen de suficientes bases probatorias para ganar aceptación. Pero —añade—, *muchos hechos parecen indicar que ha habido un cambio*, coincidiendo con la desglaciación, *hacia la aridez*.

LAS AGUAS SUBTERRANEAS PUEDEN SER LA CLAVE

En el lugar llamado *Paloma*, en el kilómetro 58 de la Carretera Panamericana Sur —no lejos del desvío a la caleta de Pucusana— (y que ha sido descrito en el capítulo tercero), hay inmensos conchales, vestigios de chozas circulares, testimonios de una embrionaria horticultura, esqueletos muy afectados por el tiempo

y construcciones de piedra a manera de recintos rectangulares que pueden considerarse entre las obras de arquitectura más antiguas de América (6,310 años, por radiocarbono).

Ahora, el lugar es completamente seco y desolado, pero en la antigüedad tenía sin duda otro aspecto. Por la *humedad ambiente* y las *garúas*, hallábase cubierto de vegetación de tipo *loma*.

"Hoy día —explica Engel— no existen lomas en Paloma, pero puede haber sido distinto el panorama 5,700 a 7,000 años atrás, período durante el cual *el nivel del oceano subió de — 8 metros a +2 metros en relación con el nivel de hoy ...* Este período gozó ... de un clima muy caluroso y bastante más húmedo en las alturas, lo que posiblemente alimentaba en forma mayor los ríos y los cursos subterráneos de agua, favoreciendo la formación de manantiales y el desarrollo de una vegetación perenne en lugares secos"¹⁹.

Pero, el mismo Engel agrega luego esto muy importante: "Naturalmente, *no cabe imaginar que llovía en esos tiempos*; el testimonio arqueológico como el testimonio geológico confirman que *la Costa peruana está totalmente seca desde hace millones de años*. Pero, basta que caigan *garúas* anuales para que vivan las lomas, lo que permite la vida del hombre *en conexión con las playas*, las cuales dan proteínas en forma de mariscos".

En el punto fundamental de que la Costa, siempre —durante la era del hombre (Holoceno o postglacial)—, ha sido desértica, árida, coinciden Engel y Cardich. *No ha habido cambio climático importante en la Costa en los últimos miles de años* —afirma Engel—. En otras palabras: el desierto de ahora ha sido antes igualmente desierto.

¿Y como prosperó la vida donde no había río ni llovía?

Engel propone: la vida ha prosperado *gracias a las aguas subterráneas*.

Como ya se dijo, Engel en los últimos años ha trabajado fructíferamente en el campo de las aguas subterráneas y cree haber descubierto la clave para explicar el afincamiento del hombre, en pasadas edades, en lugares hoy totalmente desérticos. "En el Perú costero —dice²⁰—, las *aguas escondidas*, subterráneas, sobrepasan en importancia a las aguas visibles. Son numerosos los ríos que corren debajo de la tierra; para adivinar dónde caminan, basta mirar los árboles que crecen en las quebradas secas ... Es decir que en cualquier lugar de la Costa, en apariencia desértico, puede haber existido la vida y haber vivido grupos humanos".

Así, "los antiguos peruanos sabían encontrar y utilizar todas las fuentes de agua. Cerca a la playa, las filtraciones a veces resurgen y forman pantanos; pero, si no llegan a resurgir, ¿qué importa? El pescador sabe cavar un pozo y encontrar el agua,

algo salobre, pero potable, a una profundidad de 1.50 a 2.00 metros, aproximadamente”²¹. “En Paracas —prosigue Engel, citando un ejemplo— ... existe la napa, la *napa freática*, y los paraqueños cavan pozos para encontrarla...”. Y añade, a manera de conclusión: “En Paracas, como a lo largo de toda la costa, no hay problema: *la vida era posible en zonas áridas*. Hasta cultivar se podía a base de aguas subterráneas ...”.

BROGGI Y LA TENDENCIA GENERAL CLIMATICA

El pionero de todos estos estudios ha sido Jorge Broggi, geólogo eminente. El sostiene, partiendo de la desglaciación de los Andes y del arenamiento de la faja litoral, la ocurrencia de un cambio fundamental en el clima de la Costa. En uno de sus más celebrados trabajos, expresa: “*Nadie pone en duda hoy el cambio climático universal pleistocénico* con su última gran glaciación y la actual época de desglaciación u holocénica, debiendo existir relación entre ésta y las grandes dunas compuestas bajas que existen en los desiertos de nuestro litoral (como las dunas de *Pur Pur*, en Virú). Son, pues, testigos de que *el clima ha cambiado* en los últimos siglos, pero con períodos de detención o estagnación que motivaron la formación de otras dunas compuestas más arriba de las inmediatas al mar. *La tendencia general climática ha sido, pues, hacia una menor humedad y nebulosidad costeras ...* Esta tendencia ha hecho que los desiertos de la Costa crezcan hasta invadir las estribaciones andinas cada vez más altas en que hoy se ven... *Menor cantidad de nieve en las cumbres andinas y mayor extensión de los desiertos en la Costa*, parecen ser, así, fenómenos climáticos concomitantes y producidos por variaciones atmosféricas de carácter planetario”²².

LAS CINCO PRUEBAS DE LOS CAMBIOS CLIMATICOS, DE LANNING Y PATTERSON

“Cuando comparamos las zonas vegetales al tiempo del último período glacial máximo con las condiciones del presente —dicen Lanning y Patterson²³—, no puede escapar el hecho que la configuración de los medios ambientes en el continente fue considerablemente diferente en el pasado .. Los primeros habitantes de Sudamérica, que debieron llegar hace unos *once o doce mil años* [radiocarbónicos], *habitaron en regiones donde los ambientes naturales fueron significativamente diferentes a los de hoy*”.

Para los citados Lanning y Patterson, los cambios climáticos en el paso de la edad del hielo al Holoceno constituyen un hecho

de la mayor evidencia, que no admite dudas. Como pruebas, citan las cinco siguientes:

Primera: el desarrollo y la extensión de los glaciares. El hielo, en otro tiempo, cubrió un área mucho mayor que ahora. Ahora, el hielo está sólo en las altas cumbres (en el Perú por ejemplo, únicamente arriba de los 4,800 o 5,000 metros sobre el nivel del mar). Entonces: "podemos inferir que las condiciones climáticas de los tiempos pasados fueron diferentes de la situación actual"²⁴.

Segunda: la evidencia palinológica. La palinología revela que han habido *radicales cambios en las agrupaciones florísticas*, los cuales cambios implican "modificaciones del clima".

Tercera: las faunas extintas del Pleistoceno final y del Holoceno. Muchos animales han desaparecido, indicando fluctuaciones climáticas acusadas.

Cuarta: la naturaleza de la sedimentación y de la erosión. Climas diferentes tienen efectos físicos y químicos propios en las sedimentaciones locales. En la "Costa central del Perú" se han hallado diversos tipos de sedimentación, que revelan cambio en el clima²⁵.

Quinta: los cambios en el nivel del mar. Estos cambios, que corresponden a la llamada *fluctuación eustática*, "son significativos porque producen a veces modificaciones en la topografía local y en el rumbo de las corrientes oceánicas *que afectan las condiciones climáticas de las regiones costeras*".

La Costa peruana, actualmente, "si bien es región fresca y cubierta de nubes la mayor parte del año, es uno de los desiertos más áridos del mundo". Ahora bien: "...tanto la aridez como las nubes son consecuencia de la *Corriente Peruana*, un cuerpo de agua fría... Las masas de aire que vienen del mar son enfriadas por esta corriente; pero, a medida que pasan sobre la tierra, experimentan calentamiento, lo cual aumenta su capacidad para retener vapor de agua. Por esta causa, la región de la Costa rara vez recibe lluvias..."²⁶.

Pero, *antes si llovía*, y, por consiguiente, había vegetación. "Esta costa desértica *muestra evidencias muchas de lluvia en el pasado*... Existen evidencias también de que los ríos de la región traían mayor cantidad de agua de las serranías...".

Por lo menos, es de toda evidencia que antes llovía *más que ahora*.

Las mayores lluvias antiguas se produjeron por efecto directo de la glaciación pleistocénica. En la época de los grandes glaciares de cordillera, reinaba el frío en la Sierra y en el flanco occidental de la cordillera. Esta situación determinó una marcada disminución del diferencial de temperatura entre la tierra y el mar, "y, por lo tanto, aumentó la posibilidad de lluvia".

Después vino la aridez, justamente con la terminación del apogeo de los hielos de la última glaciación. *La aridez ya era un hecho*, probado por radiocarbono, *por el año 8500 antes de Cristo*. Así, "... a fines del tiempo pleistocénico la Costa Central del Perú era casi tan seca como lo es ahora...". Mas, una cierta condición pluviosa se mantuvo por mucho tiempo, y el paso de la era de las lluvias a la era de la aridez no fue brusco. Llovía en el tiempo postpleistocénico más que ahora, no obstante que ya había comenzado a reinar la aridez. O sea: había aridez pero con más lluvia que ahora. Comparativamente, era una aridez restringida: "... llovía fuerte cada cinco o diez años en lugar de cada cuarenta o cincuenta".

En *Chivateros*, en la desembocadura del río Chillón, al norte de Lima —que, como se ha explicado en el capítulo tercero, fue asiento de un pueblo paleolítico que trabajaba burdamente la cuarcita para hacer instrumentos diversos—, hay evidencias notorias de lluvia, por lo menos en la *fase temprana* del lugar. Aquel fue el tiempo de las *lomas*, coincidente con el Boreal. Entonces, las lomas tuvieron gran extensión en toda la Costa, lo cual "sugiere que la región fue más fría y húmeda que hoy, con más garúa durante el invierno", incluso "en regiones más bajas"²⁷.

Este cuadro climático estuvo acompañado de cambios direccionales y de intensidad de la *Corriente Peruana*, con disminución de la aridez general de la Costa.

Las sorpresas que se lleva al arqueólogo cuando explora la Costa y las incógnitas que tiene que enfrentar con su ciencia cuando constata testimonios de la ocupación del hombre en lugares absolutamente yermos, son grandes y de cada momento. Hay una verdadera *arqueología de la zona árida peruana* que espera dedicación especial de los hombres de ciencia para despejar innumerables situaciones de intriga. Nada podrá esclarecer esta arqueología de la zona árida mientras la paleoclimatología y la paleoecología no precisen los cuadros climáticos de la antigüedad.

Larco escribía hace muchos años: "Es desoladora la visión que hoy ofrece el valle de *Cupisnique*, huérfano de agua y de vegetación, y por lo tanto, incapaz de brindar albergue al hombre. Pero, *pensando en los cambios climáticos* que ha experimentado la Costa en el transcurso del tiempo, es presumible que en *época lejana las lluvias y los aluviones hicieron posible una próspera agricultura* en la capa de humus que ulteriormente, desatados, sin encauzamiento, han barrido esos aluviones. Entonces, la vida fluía en esa zona. Fundamenta la anterior aserción la existencia de una red de canales de irrigación, red cuyos vestigios se conservan hasta hoy"²⁸.

En los cambios climáticos está, sin duda, una de las claves que explican la ocupación humana de tierras hoy totalmente negadas a la vida.

EL ARENAMIENTO DE LA COSTA

La roca andina se desintegra por intemperismo o meteorización, y los gránulos resultantes bajan al mar por los desagües fluviales. Allí está el origen de la arena que cubre inmensas extensiones de la Costa.

Parte del material disgregado se queda en el camino y forma terrazas fluvioaluviales, generalmente de existencia precaria; pero la parte principal va al mar, y allí, en el fondo inmediato a la costa, se deposita.

Las corrientes marinas de profundidad, primero, distribuyen estos depósitos de arena, formando verdaderos ríos, que corren paralelos a la costa, y el oleaje, después, devuelve a la tierra el material fino. En el proceso de devolución a la tierra, intervienen, como aliados del oleaje, los vientos. La arena llega, entonces, hasta donde el viento es capaz de conducirla. A vientos fuertes y persistentes, del tipo *virazón*, corresponden acumulaciones de arena en la mismas estribaciones andinas, lejos ya de la costa.

Las arenas transportadas por los vientos, llamadas *arenas eólicas* (de *Eolo*, en la mitología griega, el dios del viento), forman, al desplazarse por las pampas de la Costa, unos montículos que adoptan la figura de una luna en creciente, llamados *barcanas*. Las grandes acumulaciones se denominan *dunas*.

Broggi dice: "Nuestros estudios sobre traslación de arenas eólicas en grandes extensiones de la Costa, nos han llevado al convencimiento de que a partir de una playa donde aflora un *chiflón* o curso arenoso alargado submarino, la arena extraída por el viento tiende a concentrarse en *dunas* por vientos ascendentes o convergentes que, al perder fuerza viva por la subida o choque, dan lugar a su deposición en masa. Cuando estas acumulaciones arenosas son alargadas, forman *cadena de barcanas*, que hemos llamado *chiflones*, o bien *seifes*. El transporte en masa de la arena se verifica entonces más por *rotación, deslizamiento y saltación* que por suspensión de sus granos en el aire. Son estas acumulaciones las que, con su lento pero voluminoso avance, invaden las obras superficiales del hombre..."²⁹

Las *arenas eólicas*, trasladadas por acción del viento de las playas al interior, hasta las estribaciones andinas, constituyen una de las mayores amenazas que gravitan sobre la obra del hombre. "A lo largo de las costas... los vientos... (coludidos con la acción incesante del mar) llevan la arena desde la playa

hacia el interior del continente, cubriendo así, sin misericordia, las carreteras, los valles y sus cultivos con estratos muy finos que parecen al principio de polvo y que acumulándose más y más llegan a formar las conocidas *barcanas* o *dunas*, en forma de media luna. Empujadas por los vientos avanzan éstas, atraviesan el lecho de los valles, suben a los cerros del lado opuesto cubriéndolos de un manto arenoso. El resultado de ese proceso seguido por centenas o miles de años, ha creado en toda la Costa las dunas pequeñas en forma de media luna y la cobertura arenosa y blanca de la roca hasta gran altura . . .³⁰

Dollfus llama a este proceso *desertificación de la Costa* y le atribuye una antigüedad de *diez mil años*, que es la misma antigüedad de la fase climática de la Costa caracterizada por la aridez, por la falta de lluvias. En términos geológicos, la *desertificación* coincide con el postglacial u Holoceno.

La edad de las dunas, por consiguiente, es de miles de años. Broggi, abordando el problema de la cronología de las dunas, analiza el caso de Pasamayo, uno de los más interesantes de la Costa. El doble espolón andino que separa las cuencas de los ríos Chancay y Chillón, llamado *espolón de Huachoc*, presenta en su constitución geológica elementos superficiales del Cuaternario que son muy importantes para conocer las condiciones de clima que prevalecían en la Costa hace algunos miles de años. En efecto, las depresiones "están rellenas de material detrítico cuaternario, consistente de sedimentos fluviales y aluviales con intercalaciones y coberturas de *arenas eólicas*. Estas arenas eólicas probarían —recalca Broggi— que *el clima desértico de la Costa data de milenios atrás*"³¹. Agrega: "Los espolones rocosos que constituyen el soporte a los sedimentos detríticos cuaternarios en el tramo de la asphaltovía, son de roca cretácica sedimentaria e ígnea intrusiva. El Cuaternario tiene en su base *brecha de huaico* del Pleistoceno o Cuaternario Antiguo, bastante compacta, sobre la cual reposan brechas más modernas y menos cementadas con arena arcillosa de *llapana* y de *viejas dunas interpuestas*"

Por la presencia de esas "viejas dunas interpuestas", que están a la vista en el cerro arenoso de Pasamayo, se concluye lógicamente que *ya había arena en la antigüedad*, ya había desierto; pero, la aridez no había llegado, sin duda, a los extremos de ahora. El proceso de aridez o desertificación, y su concomitante de *arenamiento*, se han mantenido desde entonces e intensificado, quedando atrás, para la historia geológica y paleoclimática de la Costa, tanto la fase lluviosa como la posterior de las *lomas*.

*INFLUENCIA DE LA CORRIENTE PERUANA
EN LOS ULTIMOS 10,000 AÑOS*

“Los climas modernos de Sudamérica, como los restantes del mundo —dice Lanning³²—, están determinados principalmente por el sistema predominante de los vientos, sistema que puede ser modificado por la topografía regional. Subsidiariamente, *los climas costeros son influidos por las corrientes del mar* que están determinadas, a su vez, por los sistemas generales de circulación atmosférica”.

En el caso de la Costa peruana, la corriente de mar vecina, llamada *Corriente Peruana* o *de Humboldt*, ejerce una influencia decisiva, determinante en grado muy alto del complejo climático que impera sobre buena parte del flanco occidental andino.

Definida ya en el Plioceno, si no antes, y plenamente caracterizada, como ahora, en los inicios del Pleistoceno, la Corriente Peruana tuvo dos efectos que directamente gravitaron, a su turno, sobre el hombre. En primer lugar, provocó *grandes neblinas* y éstas, a su vez, determinaron *grandes lomas* (llamadas *praderas de neblina*), en las cuales el hombre vivió. Estas lomas, como tantas veces se ha dicho, eran mucho más extensas que las actuales, probablemente de una extensión diez veces mayor. En segundo lugar, *fecundó el mar*, permitiendo una densa concentración de *plancton*, alimentadora, a su vez, de una enorme variedad de peces, mariscos, aves marinas y mamíferos marinos. “Esta rica vida marina ha sido explotada sistemáticamente por el hombre desde hace, por lo menos, seis mil años. Había villorrios de pescadores en la costa del norte de Chile desde 4,200 años antes de Cristo y en la costa central del Perú ya en el año 3600 antes de nuestra era”³³.

EUSTATISMO, TRANSGRESIONES Y REGRESIONES

Durante la *edad del hielo*, a consecuencia de la interrupción del ciclo de las aguas meteóricas, el mar bajó de nivel. Se considera que el máximo descenso de las aguas fue, según unos, del orden de los *noventa metros* y, según otros, del orden de los *ciento veinte metros*.

A los períodos fríos, llamados *glaciales*, con descenso del nivel del mar, siguieron períodos calientes, llamados *interglaciales*, durante los cuales el mar, por fusión de los hielos continentales y de cordillera, subió de nivel. La sucesión de bajadas y subidas del nivel del mar se denomina *fluctuación eustática*. Naturalmente, de este fenómeno participó el mar que baña nuestras costas, como participaron todos los mares del mundo.

Anota Dollfus que se produjeron fluctuaciones marcadas en el nivel del mar en los *últimos milenios*, con *transgresiones* (avances) y *regresiones* (retrocesos o retiradas) del orden de las decenas de metros. Paralelamente, hubo *cambios climáticos muy acusados*.

Tocante a las *regresiones*, el cuadro marino y litoral, en el Perú, se configura "con una ribera marina ubicada *más al Oeste* que ahora debido a un nivel inferior de las aguas del mar"³⁴.

Es muy importante señalar que, en un momento del postglacial, el mar, tras haber ocupado un nivel muy bajo durante el apogeo de los hielos, tuvo una *transgresión record*, de hasta *cuatro metros sobre el nivel de ahora*. Pero fue una transgresión efímera porque, después de haber llegado a su máximo, el nivel bajó a la posición que actualmente ocupa.

Como se ha dicho, antes de la transgresión, el hombre había ocupado el litoral, estableciéndose muy cerca del mar. Al subir las aguas, todos sus testimonios fueron borrados. Deben yacer en la faja de fondos someros.

Dollfus se formula esta pregunta: "¿Qué pasó con los hombres establecidos en la Costa entre los cinco y los tres mil años antes de la era de Cristo? Es posible que las agrupaciones humanas establecidas cerca del mar hayan sido borradas y destruidas por la transgresión marina y que los restos que ahora se encuentran... no son sino testimonios que corresponden al máximo de la transgresión..."³⁵.

El fenómeno de la *transgresión record* es un hecho comprobado. Sus huellas son claras. "En las bahías desérticas —dice Dollfus³⁶— y en los valles bajos... son visibles, casi por todas partes, las marcas de una subida del nivel marino de cuatro a cinco metros sobre el nivel actual".

Esta transgresión, además, trajo consigo la formación de bahías, como las de Chilca y Asia, al sur de Lima. En esas bahías producidas por la transgresión marina (bahías, por consiguiente, jóvenes) prosperaron *grandes colonias de conchas*, que "servían de alimentación a los primeros grupos pescadores y cazadores instalados en la Costa". Las conchas más comunes, eran: *Mesodesma donacium*, *Mitylus magellanicus*, *Concholepas concholepas* y abundante *Pecten*.

Estas bahías estaban cerradas al fondo por *acantilados* pequeños, a trechos cortados por los desagües aluviales cuaternarios, que subsisten en su integridad³⁷.

En su fundamental estudio *Los Andes centrales del Perú*³⁸, Dollfus señala la ocurrencia de tres episodios transgresivos durante la *era del hombre*, los que, naturalmente, hicieron impacto en la civilización embrionaria de entonces. La *primera transgresión* se produjo entre los años 3750 y 2500 antes de Cristo y cogió al hombre con una larga tradición costera. Explica Dollfus

que después de la primera etapa de la ocupación de la Costa por el hombre bajado de la Sierra, que es la etapa de los *campamentos de loma* (seis y siete milenios antes de la era cristiana —fase Lauricocha de la Sierra—), hay una segunda etapa, tardía, *que coincide con la transgresión del mar* arriba descrita. En este tiempo, “los hombres se instalan detrás de los cordones del litoral, a orillas de las ciénagas situadas en las partes bajas de los valles de drenaje mediocre, como Omas y Chilca”.

Observa Dollfus que existe una estrecha relación entre esta fase humana y la fluctuación del nivel del mar. Dice: “El inicio de esta segunda ola de población corresponde al máximo de la transgresión de tres-cuatro metros”.

Por el año 1200 antes de Cristo se produce una *nueva transgresión*, la *segunda* de la serie. Se trata, a diferencia de la anterior, de una transgresión “ligera”, que coincide con una *crisis climática*. Es una época de abundantes lluvias, que aumenta considerablemente el caudal de los ríos de la Costa. Estos, por el incremento de sus aguas, salen con frecuencia de madre e inundan grandes extensiones. Pues bien: *en las tierras inundadas por los ríos es donde el hombre cultiva*. Desde luego, es una fase avanzada del hombre, con agricultura variada y, sobre todo, con alfarería. En los yacimientos se encuentra maíz. Cultural y tecnológicamente, es la fase *chavinoide* de la prehistoria peruana, fase de fundamentales contribuciones. Un lugar que puede servir de muestra para esta fase —sugiere el mismo Dollfus—, es Asia, estudiado por Engel.

“Una *última transgresión* —la *tercera*— se produjo un poco después del comienzo de nuestra era”. Es, por lo tanto, una transgresión protohistórica, muy cercana. Esta determinó “la ocupación de lugares a orillas de la costa, cerca de los pantanos y a distancia de los ríos permanentes...”.

EUSTATISMO Y AGRICULTURA

Engel ha estudiado recientemente la estrecha relación que hay entre el nivel del mar —que es un nivel, como acaba de verse, cambiante o *fluctuante*, con periodos de alza y periodos de descenso— y el ejercicio de la agricultura por los hombres establecidos en la faja litoral. Ha llegado a precisar que *la agricultura aparece cuando el mar sube de nivel*, es decir, cuando el mar entra a una fase transgresiva. Como se verá más adelante, el nivel del mar determina la *profundidad* o *superficialidad* de las *napas*, vale decir de las capas subterráneas de agua, y por allí se da la relación entre el mar y el ejercicio del cultivo.

“En el Perú —dice Engel—, el complejo agrícola más antiguo que conocemos es el de *Paracas*”³⁹. Siete mil años antes de Cristo,

los habitantes de la pampa ahora llamada de Santo Domingo, en Paracas, cultivaban tomatillo, calabaza y mate "y una planta parecida a la yuca que falta identificar".

Se trata, pues, de un pueblo de "agricultura incipiente".

Casi por la misma época, un poco al norte, vive un grupo de cultivadores, en el estrecho valle de Chilca. Hace *nueve mil años*, los agricultores de Chilca, en las alturas, obtenían cosechas de *camote*. El camote entra, así, a la lista de las plantas alimenticias de más lejana estirpe en el Perú y América, y también es una de las primeras plantas cultivadas en el mundo.

Pero, he aquí lo interesante: tanto el pueblo de la pampa de Santo Domingo como el de la quebrada de Chilca, desarrollaron su existencia de agricultores incipientes *lejos de las corrientes de agua, lejos de los ríos*.

Brota, naturalmente, la pregunta: ¿cómo regaban sus huertos?

Pide Engel que se observe que tanto los cultivadores de Paracas como los de Chilca fueron pueblos próximos a formaciones de *loma*. Todavía, transcurridos nueve milenios, se ven en los cerros de los alrededores restos de andenes o de tierras trabajadas en las faldas, como en Ancón también.

En la época de estos hombres (hace alrededor de nueve a diez mil años), las condiciones de clima eran distintas porque las formaciones de *loma* bajaban considerablemente con respecto al nivel de hoy, se aproximaban bastante a las tierras bajas y a las playas: *ello debido a que el mar estaba considerablemente más bajo que ahora*.

"Hoy ha desaparecido la vegetación —dice Engel categóricamente—, pero *hace diez mil años* el nivel del mar estaba como a *cincuenta metros más bajo*; es muy posible que en esos tiempos bajaban más hacia las playas las *lomas*"⁴⁰.

Entonces, los terrenos hoy desérticos pero próximos al mar estaban lejos de la playa pero gozaban del favor de la *humedad*, cuyo nivel, consecuentemente, había descendido también, resultando de dicha humedad, propia de la *loma*, en los meses de invierno (de junio a octubre), un verdor propicio para la vegetación silvestre y una tierra fresca, igualmente propicia para los primeros ensayos de horticultura.

Como las *lomas* sólo se daban ricas en los meses de invierno, hay razones para suponer que los primeros hombres que las aprovecharon eran serranos que bajaban a los llanos marítimos por los meses de mayo o junio, los cuales, al llegar el verano, volvían a las alturas, para regresar al año siguiente, y así sucesivamente.

Mas, esa agricultura surgida en el favorable, pero no óptimo, medio de las tierras humedecidas por la neblina —tierras de *loma*—, no es, en realidad, la importante. *El verdadero empuje*

de la agricultura no se produce en la época de las lomas, cuando el nivel del mar estaba bajo, sino, por el contrario, cuando el mar sube de nivel.

La regla establece que, cuando el mar está bajo, la napa se corre hacia el oeste y se pierde como recurso hídrico utilizable por el hombre. A la inversa: cuando el mar sube, la napa forma aguas surgentes y sale a la superficie, tornándose agua aprovechable por el hombre mediante pozos poco profundos.

La exploración arqueológica ha revelado en definitiva —dice Engel— en Paracas, en la cuenca del río Grande (de Nasca) y en Chilca que *con la subida del nivel del mar aparece la agricultura*. Por consiguiente, *la fluctuación eustática ha sido determinante de la evolución cultural de los pueblos de la Costa*.

El mar subió considerablemente *hace seis mil años*. Llegó después, incluso, a sobrepasar, como se ha visto, el nivel actual de sus aguas. Los datos de Engel y Dollfus coinciden plenamente: coinciden, sobre todo, en la determinación de un proceso transgresivo que llevó el nivel del mar a cuatro metros sobre el nivel que actualmente detenta. Dice Engel: "... hace seis mil años... *el mar subió unos treinta metros*, llegando poco a poco al nivel de hoy (había anteriormente bajado hasta cincuenta metros), y siguió subiendo, alcanzando en los años 3800 antes de nuestra era una altura mayor de tres metros de la que conocemos a la fecha... [Fue una] transgresión marina...: las aguas invadieron las partes bajas del territorio costero y se formaron nuevas playas, terrazas marinas y cordones litorales". Como consecuencia, *la napa formó pantanos y lagunas cerca de la orilla y se dieron las condiciones favorables, desde el punto de vista hídrico, para la agricultura*.

El mismo Engel explica: "... después de esta transgresión... cuando el nivel del Pacífico llegó a la posición de hoy, ... aparecieron en la costa numerosos grupos de agricultores, recolectores de mariscos... Cerca [de Paracas, cuenca del río Grande de Nasca y Chilca] resurgen las aguas subterráneas que filtran desde la cordillera, y *los pantanos que así se van formando pudieron haber alimentado con agua dulce a los pobladores...*"⁴¹.

En otro de sus estudios⁴², dice Engel: "Hemos notado en Otuma conchales que parecen humanos: *están ubicados debajo del nivel actual del mar*. Si es verdad que son humanos, habrá que ver con qué fase climatológica los podemos correlacionar. Los ciclos fríos indican una bajada en el nivel de las aguas, con vientos fuertes y acumulación de polvo o *loess*".

He aquí dos normas que se desprenden de lo dicho anteriormente: *primero*: si el mar en pasadas edades ha estado en nivel más alto, los vestigios de la ocupación humana deben estar lejos de las actuales playas, en las pampas ligeramente alzadas o en la línea donde comienzan a empinarse los cerros; *segunda*: si encon-



Un monstruo marino, de enorme cabeza y cuerpo ondulado, exorna la superficie de este cántaro globular, policromo, de picos divergentes y asa-puente. (*Nasca*, siglo IV de nuestra era. Colección: Lorenzo Roselló Truel. Foto: *Abraham Guillén*).

Raya antropomorfizada, escultórica, mitológica, en la que la figura del animal cubre un rostro humano cuyo semblante es de sumisión. Otras rayas, pintadas de color crema que destaca sobre el fondo rojo-ladrillo, pulpos, estrellas de mar y aves marinas decoran la superficie superior, en juego con los ojos del animal, de los que se desprende una mirada terrorífica. El asa-estribo se completa con un gollete tubular. (*Mochica III*, Costa Norte, Período Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: *Pedro Rojas Ponce*).





tramos bajo agua —como en el caso acabado de referir de los conchales presumiblemente humanos de Otuma— vestigios humanos, es porque el mar, en un momento dado del pasado, estuvo por debajo del nivel actual. Se tratará, fuera de duda —salvo que la explicación deba hallarse en la Geología estructural y en los procesos tectónicos—, de una fase de ocupación durante un tiempo frío o de predominio glaciario.

LA CONDICION FRIA DEL MAR Y LAS LOMAS

A consecuencia de la *Corriente Peruana*, densas capas de neblina cubrían la Costa peruana antes, milenios atrás. Estas capas de neblina provocaban *vegetación de loma* sobre grandes extensiones, comprendiendo no sólo los cerros, como ocurre ahora, sino las pampas, hoy totalmente desérticas.

Por el testimonio de los *caracoles de tierra*, que siempre han vivido en el medio ecológico de las tierras húmedas con vegetación y cuyos restos se encuentran en los desiertos de ahora, se sabe que las *lomas* fueron en el pasado más extensas. "En épocas anteriores, las lomas a lo largo de la Costa central eran más extensas de lo que son actualmente. . . eran quizá *diez veces mayores*"⁴³.

El factor climático determinante de las lomas, ayer como hoy, es la *neblina*, pero la neblina deriva de la condición fría del mar.

Cuando la primera ocupación de la Costa por el hombre y en los milenios siguientes, las neblinas eran extraordinariamente densas y las *garúas*, abundantes. "En la franja litoral —explica Dollfus— (las densas neblinas de invierno y las *garúas* abundantes y persistentes) permitían el crecimiento de numerosas plantas. . . y esta vegetación servía de alimento a los cérvidos, a los guanacos. . . En estos *oasis de neblina* (que otros llaman *praderas de neblinas*), las precipitaciones eran suficientes para dar origen a pequeños chorros de agua. . . Estas *lomas* eran un medio ambiente favorable a la vida de pequeños grupos humanos que utilizaban herramientas primitivas. . ." ⁴⁴.

El de aquella época —milenios atrás—, el de la Costa, era un paisaje distinto del actual, aunque ya el mundo litoral había entrado a la etapa de la aridez, y ésta insensiblemente avanzaba dominadora. Las formaciones vegetales de *loma*, repartidas hoy aisladamente (*Lachay, Atocongo, Atiquipa*), bajaban en ese tiempo hasta niveles próximos al mar y daban verdor lozano, lujuriante, al panorama de la Costa. No había la desolación de ahora, ni la vida humilde de las achupayas se aferraba con la desesperación con que hoy lo hace a las laderas pedregosas de los contrafuertes andinos. Al propio tiempo —y esto es muy importante—, la arena no estaba en su apogeo. Su reino era, limi-

tadamente, el del mar, sólo en las playas, en las pampas fácilmente amagables o, eventualmente, en los promontorios o entre las rocas de la muralla occidental.

En las lomas nadie podía morir de hambre o de sed, porque para el hambre había caza y recolección de semillas, frutos, raíces y muchos gasterópodos; y, para la sed, agua de la propia condensación de los vapores. La loma, en invierno sobre todo, era un ambiente óptimo para la vida.

Un afamado arqueólogo explica que antes del florecimiento de la civilización peruana en sus distintas épocas, "se extiende en el pasado... un tiempo precerámico, en el que existían utensilios sencillos y también trabajos de cestería. Con anterioridad a esa época precerámica... vivían en las regiones septentrionales cercanas a la costa cazadores de la edad de piedra, *en colinas más cubiertas de vegetación que hoy*, pudiendo —agrega— haber sido contemporáneos de algunos mamíferos diluviales extintos, como el tapir gigantesco..."⁴⁵.

En la prehistoria del Perú, la época de las *lomas*, auroral, llena uno de los capítulos más conmovedores. Es el verdadero ingreso del hombre al escenario de la Costa y, por éste, al escenario, lleno de promesas, del mar.

EL ANTIGUO PAISAJE DE LA COSTA

Cardich insiste que los recursos hídricos de la Costa, en los últimos diez mil años, que corresponden aproximadamente a la *era del hombre*, han dependido casi exclusivamente de las lluvias en el flanco occidental andino. La Costa, en esos diez mil años, no ha tenido fuentes propias de agua.

Se ha dicho *casi exclusivamente*, porque algunas comarcas, relativamente estrechas —las *lomas*—, han tenido, y tienen, su propia fuente que es la *neblina*, la *neblina lluviosa*.

En las épocas de favorables condiciones pluviométricas en las cuencas colectoras de los ríos de la Costa, los recursos hídricos han sido ricos.

Por eso, "la ubicación de los centros poblados, tanto cerámicos como prealfareros, en la Costa, en lugares hoy completamente desérticos... nos habla de estas diferentes condiciones de humedad en los Andes..."⁴⁶.

Del Pleistoceno al Holoceno, en gran escala, marcadamente; y dentro del Holoceno en menor medida: lo cierto es que los cambios climáticos determinaron variaciones más o menos pronunciadas del paisaje litoral. Paralelamente a los cambios climáticos, el paisaje litoral fue modificado por la intervención también de factores geológicos, ajenos al comportamiento de la atmósfera.

Estudiando la región de Talara, en la costa Norte, desde el punto de vista faunístico, Lanning y Patterson señalan que desde la península de Santa Elena, en el Ecuador, hacia el sur, el territorio estuvo cubierto de *prados*, con intercalaciones esporádicas de bosque. Se dieron durante el Pleistoceno grandes árboles, cuyos restos han sido hallados en los depósitos de brea. Después, la sequía y el consecuente arenamiento, mataron esas formaciones florísticas y dieron al país una fisonomía completamente diferente, que es la que hoy prevalece.

El paisaje de *prados con bosques* de Talara se debió a la penetración de aires cargados de humedad procedentes del Este. Dicen los citados Lanning y Patterson: “. . . La Costa norte del Perú. . . recibió más precipitación que las regiones situadas al sur y más que la que recibe hoy . . . por incursiones sistemáticas de aire húmedo amazónico...”⁴⁷.

En Ancón se juntaron factores climáticos y geológicos. En tiempo muy antiguo (*geológico*), *la costa avanzaba hacia el Oeste*, formando una extensa playa en lo que hoy es mar, al pie de *la ladera* de Pasamayo. Pero, se produjo un hundimiento y el mar penetró en dirección a tierra, ganando considerable área en esta transgresión de carácter local.

La entrada de las aguas llego hasta la falda de los cerros, formándose una espaciosa bahía, de aguas muy tranquilas y poco profundas, pletóricas de vida (con moluscos y peces), en lo que hoy es arenal. Así, pues, la bahía de antes era mucho más grande que la actual y el cambio de configuración es un hecho plenamente probado. La bahía, en suma, era una entrante acusada, y *al borde de ese amplio seno vivían los pueblos prealfareros*.

Esta es la razón por la cual los yacimientos precerámicos no están ahora cerca del mar, como podría suponerse de no haber habido ningún cambio en la fisonomía de la ensenada, sino en el interior, en las faldas de los cerros, esto es, en la pampa.

Además, en los últimos milenios ha habido una cuantiosa *acreción de arenas*, “y, probablemente, la tierra ha experimentado un ligero alzamiento local” (como proponía Broggi). Por la acreción de las arenas y el ligero alzamiento sospechado, el mar ha registrado en la ensenada de Ancón una *pequeña regresión*, quedando al descubierto lo que antes fue fondo somero.

En consecuencia, los bordes de la antigua playa están en las pampas, hacia los cerros; y allí, consecuentemente, se encuentran los vestigios del hombre precerámico. “En esta *antigua línea de playa* hay... alineaciones de piedras que revelan *defensas contra la entrada de las aguas*”.

Este cuadro antiguo puede remontarse a diez mil años ha.

La *primera época*, geológicamente hablando —antes de la llegada del hombre—, la explica Broggi de la siguiente manera. Dice: “Algunas decenas de miles de años atrás, la pampa de Ancón era más alta que hoy y se extendía algunos kilómetros al Noroeste, hasta una línea que va de la más occidental de las islas Pescadores u Hormiga de Tierra hasta la punta Chancay... ”⁴⁸.

El hundimiento de esa extensa pampa, hoy cubierta por el mar frente a Ancón y Pasamayo, ha dejado la huella de un *escarpe de falla activa*, a trescientos metros de la línea de playa de Chancay, y puntas decapitadas en los espolones rocosos de Pasamayo.

Esa ha sido, hasta hace poco (en términos geológicos), una zona de diastrofismo activo y “epicentro de fuertes convulsiones sísmicas”.

Pero, antes de que la citada pampa se hundiera, era zona cubierta por gruesa capa de arena, y esa arena, en gran cantidad, era arrastrada por los vientos al interior, migrando hacia los cerros de Pasamayo, cuyas faldas cubría cada vez con mayores espesores.

Al propio tiempo ocurrían en el mismo escenario *descensos de huaico y acumulación de materiales fluviales y aluviales (llapana)*. Entonces las capas de arena arrastradas por las *virazonas* se intercalaban a esos materiales de huaico y a esas llapanas, estableciendo una intercalación que ahora se ve nítida en las partes del médano de Pasamayo desprovistas de arena. Son verdaderas *dunas fósiles* incrustadas a capas de origen aluvial, llenas de material de acarreo poco desgastado (cantos angulosos).

Estos *materiales de huaico con llapana* interpuestos a las capas de arena, indican que en esa época ya la Costa era desértica, que ya grandes zonas estaban cubiertas de arena, pero que en medio de ese clima manifiestamente inclinado a la aridez, se producían, no sabemos si eventual o periódicamente, *anomalías con veranos fuertemente lluviosos*. Tales lluvias veraniegas dejaron sobre las dunas de entonces las capas de llapana dichas y los depósitos tipo huaico que hoy llaman la atención por encontrarse en lugares tan secos y alejados de las quebradas. Se trata de materiales no bajados de la Sierra sino formados allí mismo o cerca, en los propios cerros de la Costa, por las fuertes lluvias que se desencadenaban por las anomalías climáticas.

De Paracas, otro lugar de cambiante fisonomía, dice Rebeca Carrión Cachot: “Los abundantes testimonios arqueológicos hallados en las excavaciones practicadas a partir de 1925 por Tello, los muchos sitios con evidentes signos de ocupación humana en varios puntos de la península, los grandes depósitos de basura y las habitaciones subterráneas, revelan que *el lugar no fue inhóspito en la época de los antiguos pobladores*, en contraste

con las actuales condiciones físicas dominantes . . . La región es seca y generalmente no llueve, y la tierra cultivable está a algunos kilómetros al norte ... El presente de precarias condiciones para la vida contrasta con la abundancia de alimentos que se encuentra en las tumbas: semillas, yuca, camote, pallar y maíz ..."⁴⁹. Pero, Rebeca Carrión, al tiempo que admite los cambios climáticos y las variaciones en la conducta de los recursos hídricos, señala la posibilidad de una intervención modificadora del hombre mediante programas especiales. Dice: "Es posible, también, que el desierto natural de la geografía de Paracas fuera convertido en tierra feraz por la intervención del hombre, con trabajos adecuados de irrigación, como ocurrió de igual manera en Pachacámac, donde las condiciones naturales son igualmente desérticas, lo que fue superado mediante acueductos, canales y cisternas".

LOS "SILENCIOS ARQUEOLOGICOS"

La existencia de las agrupaciones humanas en la Costa, desde la más remota edad hasta la expansión de los Incas, no traza en el registro arqueológico una línea continua: hay épocas en que los testimonios de existencia son nítidos, con manifestaciones de vida pujante y creadora, activísima, en todos los campos, pero hay también otras épocas en que los signos de existencia humana desaparecen por completo, como si el hombre mismo hubiera sido totalmente eliminado.

Estos períodos en que desaparecen los signos de la actividad humana, han sido llamados por Engel *silencios arqueológicos*.

Con cargo de una explicación más amplia y cuidadosa, conviene adelantar aquí que los *silencios arqueológicos* directamente tienen que ver con las condiciones generales para la vida y, sobre todo, con los recursos hídricos. Conviene decir, además, que los *silencios arqueológicos* se relacionan —aunque aparentemente la relación no se vea— con el *fluctuante nivel del mar*, fenómeno sobre el cual algo se ha adelantado en las páginas precedentes.

La relación entre los *silencios arqueológicos* y el *fluctuante nivel del mar*, justifica que tratemos el problema en este capítulo.

Para la exposición de la teoría de los *silencios arqueológicos*, hemos de reseñar los resultados de la investigación efectuada por el citado Engel en el valle de Chilca, en este aspecto el mejor conocido de la Costa.

A base de los descubrimientos efectuados por Engel a partir de 1961, ahora se tiene un conocimiento claro y que pretende ser completo de la prehistoria del mencionado valle, ubicado a sesenta kilómetros al sur de Lima.

El cuadro de la prehistoria de Chilca, para los efectos de nuestro estudio, comprende los siguientes ocho períodos:

Primer periodo. Hace *siete mil años* algunos grupos moraban en los cerros que limitan por el Norte el valle. Eran recolectores, quizá de origen serrano, que alguna relación tenían con el mar. Pusieron, dentro de su pobreza de elementos, las bases de la horticultura, constituyéndose en los iniciadores de este arte (y de esta técnica, también) que más adelante habría de resolver los destinos de la civilización.

Segundo periodo. Siguió, hace *seis mil años*, el habitante del *Pueblo 1 de Chilca* (así designado por su descubridor, el tantas veces citado Engel): era un hombre de elevada estatura que pescaba desde los peñascos de Pucusana y Puerto Viejo, cazaba venados en la quebrada, recogía semillas y algunos frutos para apuntalar su alimentación, tejía por las técnicas del anillado y el entrelazado, y, sobre todo, como rasgo más importante, cultivaba camotes, calabazas y pallares, desconociendo, eso sí, completamente el algodón, aun el silvestre, que probablemente crecía en forma de matorral cerca de sus predios. Este hombre, notablemente evolucionado con respecto al del primer período, llena un tiempo considerable de la prehistoria del valle. Ha convenido en llamarse este segundo período con el nombre de *precerámico sin algodón*.

Esta *fase sin algodón cubre trece siglos*, aproximadamente del 3800 al 2500 antes de Cristo; pero, no son trece siglos de ocupación continua sino de *periodos de ocupación* intercalados a *periodos de total silencio*. Estos períodos de total silencio, en los que el valle se desocupa y no hay, por lo tanto, pruebas de la presencia del hombre, constituyen, al decir del propio Engel, uno de los más "intrigantes problemas de la arqueología de la zona árida peruana".

Tercer periodo. Alrededor del 2500 antes de Cristo (según fechado del radiocarbono, hace 4,515 años) se produce la *incorporación del algodón* al cuadro cultural y tecnológico de los pueblos de la Costa. Este período, por lo mismo, se denomina *precerámico con algodón*, y es el precerámico clásico que aparece en muchas estaciones prehistóricas del litoral, como Asia, Río Seco, etc. Pero —he aquí algo muy importante— *no se da en Chilca*. O sea que aquí hay *otro gran silencio*, otra ausencia del hombre y de la cultura, que dura varios siglos.

Cuarto periodo. Más o menos *setecientos años antes de Cristo* irrumpe el *chavinoide*. Esta es, en realidad, una expresión convencional, que, por lo mismo, ha permitido que se le dé varios contenidos: no sabemos si se trató de una infiltración de agregados humanos, de una invasión, o si fue simplemente un proceso de enriquecimiento cultural por difusión a partir de un foco creador (o de varios focos, unos en la Costa y otros en

la Sierra). Pero, entre la irrupción del *chavinoide* y la postrera manifestación del *precerámico sin algodón*, hay una separación de 1,800 años (del 2500 al 700 antes de Cristo). Este, como ya se dijo, es el mayor silencio arqueológico en el valle de Chilca.

La era chavinoide aporta, fundamentalmente, tres cosas: cerámica, tejido con telar y maíz.

Pero, en Chilca, no obstante su importancia, la era chavinoide fue muy breve: sólo del 700 al 500, o sea: *apenas dos siglos de duración*.

Quinto período. Un *nuevo silencio* se apodera de la región. Es un silencio largo, de varios siglos, casi como el que precedió al chavinoide. *Dura 1,500 años:* desde el 500 antes de Cristo hasta el siglo X de nuestra era. Es un silencio que contrasta con las altas manifestaciones no sólo de vida y pujanza colectivas sino de desarrollo artístico y tecnológico de otros valles. Es la época del arte mochica en el Norte y la cerámica Nasca en el Sur. Chilca parece cerrada por altos muros a toda influencia cultural desde afuera y a toda penetración humana, por ligera que sea. Pero, este aislamiento completo, determinante del silencio, cesa en el siglo X de nuestra era.

Sexto período. En el siglo X aparece el *período tiahuanacoide*, rico en manifestaciones de diversa naturaleza, como ciudadelas de piedra en las cumbres, poblaciones bien construidas según un patrón habitacional rígido y una avanzada metalurgia del cobre. Pero, este período, al igual que el chavinoide, dura poco, y se esfuma al siglo. O sea que en el siglo XI ya no hay influencia viva de Tiahuanaco (o de Huari, como quiere Larco), y el valle, como otras veces, se sume en un profundo silencio.

Sétimo Período. El *nuevo período de silencio* transcurre entre los siglos XI y XV, o sea hasta que los incas, avasalladoramente, siguiendo la ruta de la costa desde Pisco, incorporan el vallecito de Chilca a su gran dominio, sojuzgando a todas las naciones *yingas* que habitan frente al mar.

Octavo período. Del siglo XV al año 1600 (por radiocarbono, yacimientos tardíos) se extiende la era de los Incas.

La exposición anterior, referente al valle de Chilca, tiene por objeto presentar el problema de los *silencios arqueológicos*. El caso de Chilca no es único. Se presenta en todo el litoral y se resume diciendo que la presencia del hombre desde la más remota edad en la Costa hasta la dominación de los Incas, *no traza una línea continua*. Hay, como se ha visto, épocas de vida, de ocupación floreciente, y *épocas de silencio*, en las que todo testimonio del hombre desaparece.

La práctica en el campo de la arqueología de la Costa, conduce a estas dos comprobaciones: la *primera*, que el hombre, en pasadas edades, ocupó comarcas o regiones hoy totalmente

negadas a la vida; la *segunda*, que tales comarcas o regiones no fueron en ninguna parte ocupadas de modo continuo.

EL DESIERTO, EL AGUA Y LA EVOLUCION DEL CLIMA

La huella del hombre aparece en los lugares más desolados. Está, no pocas veces, donde la vida es hoy imposible.

Sobre miles y miles de kilómetros cuadrados, sobre el vasto frente marítimo, lejos de los valles que son oasis en medio de tanta inhospitalidad, el pico y la lampa del arqueólogo sacan del desierto testimonios de la ocupación humana. La pregunta, entonces, es ésta: ¿cómo fue posible la vida en la soledad, en el medio yermo, en la tierra sin recursos; sobre todo y concretamente, en la tierra *sin agua*?

Si del verdadero desierto —de la tierra *sin agua*— se trata, no puede pensarse en una ocupación que no sea por períodos estacionales breves. Tal el caso, por ejemplo, de los grupos de pescadores que llegan hoy a las inmediaciones de la Bahía de la Independencia, en el departamento de Ica. Fuera de estos casos, de muy corta duración, no puede admitirse la vida, en comunidad y estable, en terreno desierto.

Entonces, ante la huella persistente del hombre en regiones hoy negadas a la vida, hay que pensar necesariamente en *otras condiciones naturales*: en aguas de superficie o de filtración, en aguas subterráneas que se han secado, en lagunas litorales que han mermado hasta su total extinción o en un régimen de aguas meteóricas distinto del actual.

A los ejemplos ya citados de Ancón, Río Seco, Chilca y Paracas podrían agregarse muchos otros. Paracas es un desierto de arena que parece no tener fin y, sin embargo, presenta no menos de cincuenta pueblos y campamentos prehistóricos, con una ciudad como la de *Cabeza Larga* que debió albergar, dado su tamaño —un kilómetro y medio de largo, con frente al mar—, en la época de florecimiento, una numerosa población de gente trabajadora, que dirigía gran parte de su actividad al mar.

Hay que pensar necesariamente, repetimos, en otras condiciones naturales, en otro clima; sobre todo, en *otro régimen hídrico*.

Que había otro régimen hídrico, es una evidencia. Las primeras estaciones humanas en los alrededores de Ancón se explican por otras condiciones de clima. Aunque el punto está tratado en las páginas anteriores de este capítulo, conviene, a manera de resumen, exponer aquí, a través de una de las palabras más autorizadas en la materia, la situación climática imperante en los albores del Holoceno y las modificaciones que esa situación experimentó. Dice Dollfus: “Un rápido cambio climático se pro-

duce hace diez mil años; en ese entonces se establece el ritmo de las estaciones y las temperaturas se elevan. Una estación cálida con abundantes precipitaciones y una buena insolación ... alterna con una estación seca. En el piso de la *puna* (Lauricocha) las temperaturas negativas debieron ser mucho más raras y menos intensas que en la actualidad ... La vegetación herbácea que cubría las mesetas, proporcionaba alimentación a las manadas de tarucas y guanacos que vivían en la zona. *La Costa se encontraba posiblemente cubierta de neblina*, fenómeno que favoreció la *mayor extensión de las lomas*. El caudal de los ríos había disminuido considerablemente por decrecimiento de la pluviosidad en la vertiente occidental y extinción de los heleros de alta montaña, pero *sobre las lomas una densa cobertura herbácea permitía la existencia de abundantes y variadas especies animales* ... En estas colinas templadas y húmedas se instalaron los primeros grupos de cazadores y recolectores de la Costa...”

“La *segunda fase del poblamiento de la Costa* corresponde al máximo de la *transgresión oceánica*, cuando el mar subió tres a cuatro metros sobre el nivel actual. Al subir el nivel del mar y quedar invadidas las partes bajas de los valles, se formaron bahías poco profundas y de lecho de arena, bañadas por aguas frías en las que bullía la vida ... Además, por la subida del nivel del mar, *que bloqueaba la capa freática*, se formaron pantanos con grandes y abundantes gramíneas. Cerca de las bahías, el hombre estableció sus centros poblados de la segunda fase del poblamiento.

“Por el 1200 antes de Cristo se produjo una nueva perturbación climática ... de gran importancia, caracterizada por *lluvias muy violentas y espaciadas*. Una ola de frío barrió la Sierra, con proceso de congelación y descongelación, y *los ríos de la Costa se cargaron*, inundando periódicamente sus valles. El hombre vivió al borde de los valles y utilizó las tierras anegadas ... para extender sus cultivos ... Hubo, paralelamente, una ligera *regresión marina*”.

EUSTATISMO

Lo anterior es de completa evidencia. Pero, además de los cambios operados en el clima y en el régimen de las aguas meteóricas, hay que considerar, para la explicación cabal del fenómeno —de suyo tan intrigante, al que se enfrenta la *arqueología de la zona árida peruana*—, otro factor muy importante. Es el llamado *eustatismo*.

Señalemos desde ya que existe una estrecha relación entre el eustatismo y el régimen de las aguas de filtración de la Costa.

Eustatismo es la fluctuación, en períodos geológicos, del nivel del mar. En su historia geológica de millares de años, el mar no ha presentado siempre el mismo nivel: unas veces ha bajado, otras ha subido. Contrariamente a las apariencias, pues, el nivel del mar es un factor variable.

De los ciclos de *fluctuación eustática* que el mar ha tenido en el curso de las edades, el más importante, por su magnitud y porque se relaciona con el hombre, es el del período Pleistoceno, de los tiempos cuaternarios (último millón de años de la historia de la Tierra).

Las pronunciadas fluctuaciones eustáticas del mar durante el Pleistoceno, fueron del orden de los 120 metros, aunque un cálculo prudente aconseja proponer sólo 90. En ese tiempo, cuatro olas de frío azotaron la faz del planeta. A cada *glaciación* correspondió un descenso del nivel de las aguas del mar y a cada retroceso de los hielos polares y cordilleranos, un aumento, una subida de nivel.

Fuera de las *tendencias generales* de ascenso y bajada, ha habido también *fluctuaciones dentro de períodos cortos*. Así, desde la última glaciación pleistocénica, cuyo declive comenzó a producirse hace unos 25,000 años, el mar, dentro de su *línea general de subida*, ha tenido cambios de nivel que han significado *retrocesos y avances*.

Engel, basándose en los mejores trabajos que sobre la materia existen, considera que para la costa peruana la fluctuación en los *últimos diez mil años* ha sido del orden de los *cincuenta metros*. Esto quiere decir que el postglacial se dio en el Perú con un mar cuyo nivel estaba cincuenta metros por debajo del nivel de ahora. Por lo mismo, una ancha faja de costa, hoy sumergida, lucía entonces al sol. Considerando que la presencia del hombre en la Costa data de unos diez mil años, hay base para suponer que los primeros pobladores llegados frente al mar hollaron esa faja de territorio, o, por lo menos, estuvieron en condición de hacerlo, aproximándose a ella en sus correrías.

Ubicado su nivel, miles de años atrás, cincuenta metros abajo y considerablemente retirado en algunos sitios de la actual línea litoral, la tendencia del mar —hemos de repetir—, en los últimos milenios, ha sido subir. En general, desde la terminación del último período glacial, el mar se halla en expansión —es un *mar rebosante*— y un derretimiento de los casquetes polares y de los heleros de cordillera podría ocasionar una transgresión de consecuencias radicalmente modificadoras para todas las tierras bajas del mundo, por ascenso no menor de cincuenta metros sobre el nivel de ahora.

Pues bien: con tendencia dominante a subir como norma general de conducta, “unas veces el mar en los últimos diez mil años ha sobrepasado el nivel que le conocemos por dos y hasta

por tres metros, y otras ha vuelto a descender, también por dos o tres metros ... Su permanencia en el nivel actual ha sido rara y, en todos los casos, de pequeña duración”.

Engel —de quien es la cita precedente— ha aplicado al Perú los estudios de R. A. Fairbridge, quien, desde 1958, viene haciendo importantes investigaciones en el campo de la paleoclimatología, dedicando especial atención a los movimientos cuaternarios del mar. De resultados de estos estudios, se tiene hoy la llamada *curva de Fairbridge*, que indica gráficamente la magnitud y duración de las fluctuaciones eustáticas. Con dataciones radiocarbónicas de material orgánico recogido en los atoles de coral del Atlántico y, especialmente, del Mar Caribe, el citado investigador ha podido determinar con notable exactitud la curva de las fluctuaciones. El ascenso viene desde finales de la última gran glaciación (cuarta del período pleistocénico) y entra en el gráfico aludido en forma nítida; pero, a partir del año 5000 antes de Cristo (7000 a contar de ahora), *la línea ascendente sufre variaciones*. La tendencia hacia arriba *se quiebra hasta en tres oportunidades durante el quinto milenio* y, luego, *resueltamente enfila hacia el nivel actual y hasta lo supera por tres metros*. Después de unos cinco siglos de *superabundancia oceánica*, durante los cuales el mar rebosa en la plenitud de su masa, el nivel baja nuevamente pero después no cesa de subir y bajar a ritmo alternado, hasta el presente, en que los registros revelan de nuevo una no disimulada tendencia hacia arriba.

Cinco veces, entre los años 4000 y 1500 antes de Cristo, el mar, según el gráfico de Fairbridge, subió tres metros por encima de su nivel actual. Contando del 1500 antes de Cristo a la fecha, ha habido dos ascensos de sólo dos metros, seguidos, y uno de apenas un metro pero de larga duración en el primer milenio de nuestra era. Entre ambas *cúspides* —la doble y la simple del año 1000—, se registra un descenso acentuado, de hasta tres metros, por el año 500.

Estos son los datos principales de la oceanografía.

LAS AGUAS FREATICAS Y LA FLUCTUACION DEL NIVEL DEL MAR

Las aguas subterráneas, en forma de *capas freáticas* o *napas*, explican los establecimientos humanos en zonas que hoy se presentan desérticas, adversas totalmente a la vida.

La *arqueología de la zona árida peruana* ha revelado que el hombre, en los aurorales momentos de su historia, vivía con la ayuda de las capas freáticas o napas, corrientes del subsuelo que son alimentadas por las aguas de filtración de las alturas.

La obtención de agua, entonces, podía ser:

a) de una *corriente superficial y permanente*, un río;

- b) de las *lagunas y pantanos* de aguas dulces, surgidos por afloramiento de las capas freáticas; y
- c) de las *aguas freáticas mismas*, directamente, mediante trabajos adecuados para su aprovechamiento, como ser *pozos*, siempre y cuando dichas capas subterráneas de aguas discurren a niveles alcanzables por el hombre. Engel se encuentra muy inclinado a creer que el hombre primitivo de la Costa tuvo capacidad bastante para, con los medios de la época, cavar pozos y dar con los napas casi superficiales. La técnica de la perforación de pozos debe ser, así, tan antigua como la edad de los mismos establecimientos humanos en la costa, frente al mar.

Respecto al primer modo de obtención de agua arriba indicado —de un río—, hay que decir que seguramente se dieron casos de cursos de agua ricos en caudal y regulares (hasta donde es posible entender la regularidad en las corrientes de superficie de la Costa) que, después, por los cambios producidos en el clima del flanco occidental andino y, sobre todo, por los cambios en el régimen hídrico, se secaron. Tierras que en otra época experimentaron el aniego vivificador de las salidas de madre, hoy presentan un aspecto desolado por la extinción de las fuentes de escurrimiento.

En cuanto a los otros modos de obtención —de las lagunas y pantanos, y de las napas, directamente—, ellos se relacionan con el fenómeno antes tratado del *eustatismo*.

El fenómeno de la fluctuación eustática influye en la conducta de las napas en tan estrecha medida que, de modo previo a toda otra consideración, conviene aquí, desde ahora, dejar establecido como regla que *el nivel de una napa varía con el nivel del mar*.

He aquí la explicación. Si baja el nivel del mar, la napa, siguiendo la pendiente de su lecho impermeable, se corre hacia el oeste (refiriéndonos, claro está, al caso concreto de la costa peruana). Desaparecen entonces las lagunas, charcos y *puquios*. A la inversa: si sube el nivel del mar, sube la napa, favoreciendo en zonas planas la formación de pantanos y la expansión de las lagunas. También este proceso facilita la extracción mediante pozos de escasa profundidad.

Del examen de los muchos casos estudiados, se desprende que *la norma de habitabilidad ha sido el nivel alto del mar*: el terreno ha permitido la expansión del agua subterránea y, al producirse esta expansión, *la vida ha sido factible*.

Se ve, pues, que, aunque aparentemente ajeno, el mar —fluctuante de nivel— ha influido en la posibilidad de vida humana en la Costa, no de modo directo, desde luego, sino condicionando las acumulaciones freáticas. Mejor dicho: poniéndolas al alcance del aprovechamiento del hombre, ya sea gracias a un proceso

natural de surgencia (puquios, charcas, lagunas litorales, pantanos), ya sea favoreciendo la extracción por medios artificiales.

En suma: el mar, subiendo, apuntalaba la vida; bajando, la negaba.

Si los hombres, en un lugar determinado, en las tierras bajas de un valle o de una quebrada, habían vivido con regular abastecimiento de agua (por lagunas o pozos), un descenso del nivel del mar —a largo plazo, se entiende— secaba paulatinamente los pantanos y las lagunas, y obligaba a esos hombres, huérfanos al cabo del puntal del agua, a huir a otra parte, en busca de condiciones favorables para la vida. La comarca, entonces, que hasta ese momento había florecido, quedaba vacía. Entraba a un período de soledad, que hoy la arqueología puede detectar, llamándolo *periodo de silencio*.

Por consiguiente, los *grandes vacíos* precisados, como se recordará, en la tabla cronológica de Chilca, tienen una explicación que se relaciona con el mar: las fluctuaciones del nivel del mar afectaron las aguas dulces del valle y permitieron o negaron la vida del hombre allí, por períodos más o menos largos.

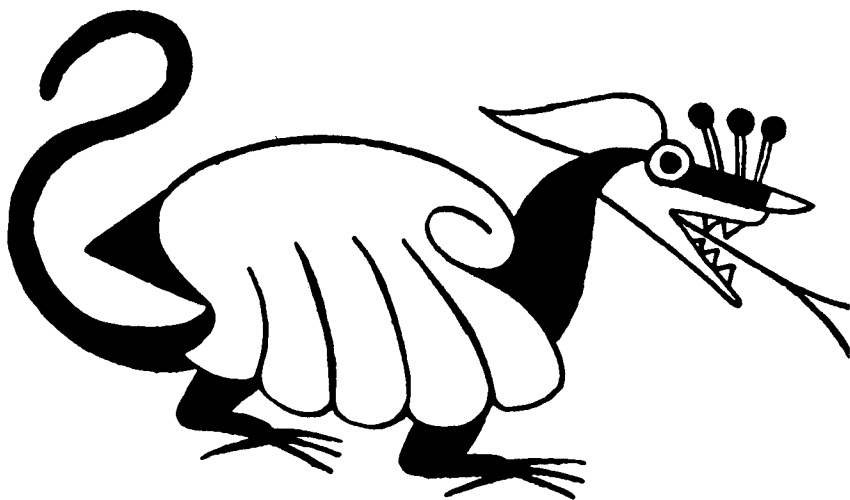
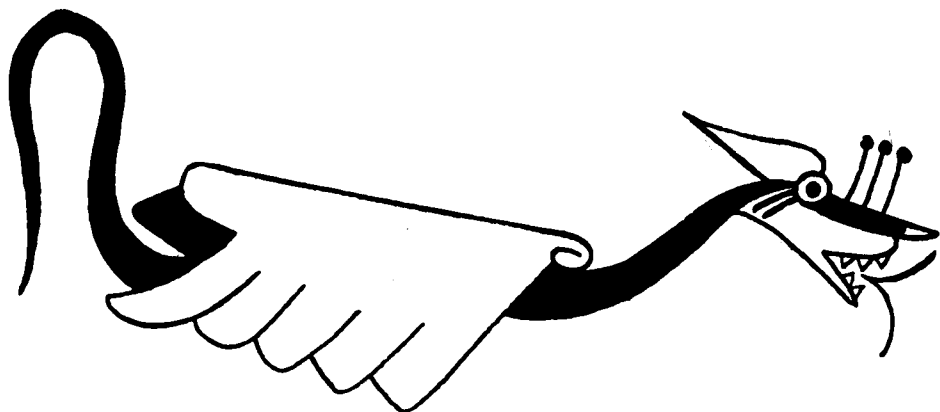
Engel, que ha aplicado al Perú la curva eustática de Fairbridge, considera que es verdaderamente asombrosa la coincidencia entre esta curva, que señala las subidas y los descensos del mar en los últimos tiempos cuaternarios, y los períodos de *ocupación* o de *silencio*. El establece, entonces, la siguiente norma: *a períodos de alza del nivel del mar corresponden períodos de vida, y a períodos de descenso corresponden épocas de silencio por desocupación*.

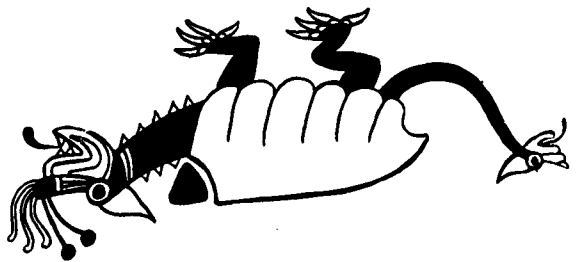
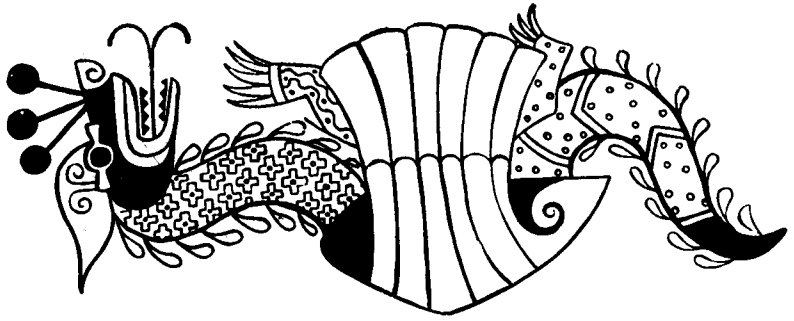
Desde luego, la condición básica la daba el agua que bajaba por los conductos ocultos del subsuelo desde las serranías, descargando en el mar; vale decir, el agua que formaba las *napas*. Pero, existiendo esa agua, el mar, por así decirlo, la regulaba con sus fluctuaciones de nivel.

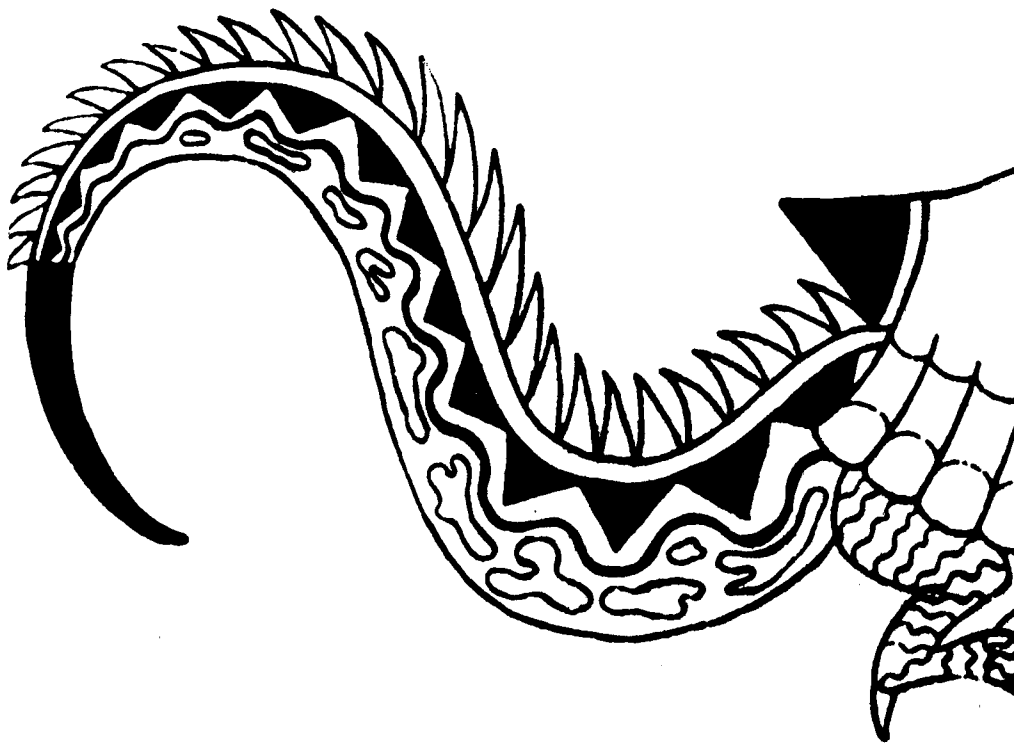
En consecuencia: el régimen de las aguas del subsuelo, del que dependía la vida de los grupos humanos establecidos frente al mar, estaba condicionado a dos factores: un *factor de alimentación* y otro de *regulación*. El factor de alimentación (el fundamental porque proporcionaba el elemento) eran las lluvias, arriba, en la Sierra. El agua de lluvia se filtraba dando origen a las corrientes del subsuelo, a las *napas*. Estas aguas bajaban en dirección al mar, en busca del llamado *nivel del reposo*. El otro factor, de regulación —el mar—, permitía que el agua aflorara, formando pantanos, lagunas litorales y puquios, o, habiendo bajado de nivel, dejaba que el agua corriera, siguiera por lo bajo de largo y, consecuentemente, no aflorara.

La influencia de este factor de regulación se ve más clara en las épocas de normalidad pluvial en la vertiente occidental andina. ¿Cómo explicarse que en épocas de normalidad en esta

Así explica Jiménez Borja, de quien son los dibujos, la génesis del *dragón conchado*: "Muchas de las figuras, a fuer de ser manejadas, se transforman en manos del artista mochica. La rica imaginación de este pueblo prende en llamaradas. Así, un *caracol marino* desarrolla sus líneas, adquiere cola, lengua y garras hasta transformarse en un demonio que se agita dentro de su caracola y crece, crece como levadura. Así se pueblan los cielos y la tierra de monstruos brillantes como las arenas del desierto". (*Moche*, p. 13).









vertiente, sin cambios acusados en las precipitaciones, los recursos hídricos aprovechables por el hombre variaran, disminuyendo en ocasiones hasta desaparecer totalmente y obligando a los grupos residentes a cambiar de establecimiento? ¿Por qué estos cambios si las lluvias eran las mismas?. La respuesta está en el régimen de las aguas freáticas, regulado, en lo que atañe a las posibilidades de aprovechamiento, por el nivel del mar.

Los grandes periodos de *silencio* en Chilca —uno, antes de la irrupción chavinoide, otro antes de la dominación Tiahuanaco o Huari—, *corresponden estrictamente a regresiones marinas*, es decir, a descensos de nivel.

EL CASO DE PARACAS

Engel, que ha dedicado especial atención al área de Paracas, observa, sin embargo, que no siempre el alza del nivel del mar significa aumento de las formaciones de pantano ni acrecentamiento de los depósitos lacustres. El yacimiento de *Disco Verde* en la península misma, muy importante como estación chavinoide, donde años atrás hizo perforaciones para observar el régimen de las aguas freáticas, le reveló que un aumento en el nivel del mar puede ser adverso también al represamiento de la napa. Hay casos, entonces, como éste, en que *por la especial morfología del terreno*, tanto en un mar que se sume como en un mar que rebosa, las consecuencias en relación con las aguas de filtración son adversas. Sólo en determinado nivel el aprovechamiento de las aguas del subsuelo es posible. Roto ese equilibrio, con descenso o aumento, la napa se escapa de la condición en que el hombre la puede hacer suya.

En su estudio sobre geografía prehistórica⁵⁰, resumiendo una experiencia de años en la pesquisa arqueológica de la *zona árida peruana*, Engel dice: “Nuestras labores de campo nos han enseñado que... [debemos] buscar en el Perú otros focos de agricultura incipiente: acercándonos a las zonas donde vienen a resurgir las aguas de los ríos subterráneos, los cuales son más numerosos... que los ríos visibles, observaremos la existencia de *numerosas áreas donde se cultivaba sin riego*, a base solamente de la humedad del subsuelo. La utilización de tales focos de humedad está ampliamente comprobada en tiempos precolumbinos. Conocemos zonas inmensas que los antiguos peruanos cultivaban a base de *pozas* u *hoyas*, cavadas para acercarse a la napa freática...” En cuanto a Chilca, observa: “El río Chilca casi no da agua. Ha sido una experiencia sumamente grata observar cómo tantos peruanos han podido vivir en una quebrada

CLIMA, EUSTATISMO Y SILENCIOS ARQUEOLOGICOS

en apariencia muy seca, y eso porque aquellos hombres *supieron extraer agua del subsuelo*".

El mar condicionante, tiene su sitio en esta hazaña del hombre.

NOTAS AL CAPITULO

1. SCHWEIGGER, Erwin... *El litoral peruano*. Lima, 1964; pp. 359-361.
2. "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima". Lima, 1964. Tomo LXXXIII, pp. 65-74. Tomo LXXXIV (1965), pp. 78-83.
3. DOLLFUS, Olivier... *Cambios climáticos cuaternarios en los Andes peruanos*. "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima". Lima, 1964. Tomo LXXXIII, p. 68.
4. DOLLFUS, *Cambios climáticos cuaternarios...* Bol. LXXXIII, p. 69 y sgte.
5. DOLLFUS, *Cambios climáticos cuaternarios...* Bol. LXXXIV, p. 78.
6. DOLLFUS, *Cambios climáticos cuaternarios...* Bol. LXXXIV, p. 80.
7. BUSE, Hermann... *Perú, 10,000 años*. Lima, 1962; p. 99.
8. DOLLFUS, *Cambios climáticos cuaternarios...* Bol. LXXXIV, p. 81
9. Equivocadamente, Dollfus dice *focas*.
10. CARDICH, Augusto... *Lauricocha. Fundamentos para una prehistoria de los Andes Centrales*. "Studia Praehistorica" III (Centro Argentino de Estudios Prehistóricos). Buenos Aires, 1964; p. 27.
11. CARDICH, *Lauricocha...*; p. 31.
12. CARDICH, *Lauricocha...*; p. 32.
13. CARDICH, *Lauricocha...*; p. 33.
14. CARDICH, *Lauricocha...*; p. 38.
15. CARDICH, *Lauricocha...*; p. 40.
16. CARDICH, *Lauricocha...*; p. 35.
17. CARDICH, *Lauricocha...*; p. 38.
18. SCHWEIGGER, *El litoral peruano*; p. 156.
19. ENGEL, Frederic... comunicación personal, 1966.
20. ENGEL, Frederic... *Paracas*. Lima, 1966; p. 44.
21. ENGEL, *Paracas*; p. 46.
22. BROGGI, Jorge A. ... *Las ciclópeas dunas compuestas de la Costa peruana. su origen y significación climática*. "Boletín de la Sociedad Geológica del Perú". Lima, 1961. Tomo XXXVI, p. 64.
23. LANNING, Edward P. y PATTERSON, Thomas C. ... *Los medios ambientes glacial y postglacial de Sudamérica* (texto mecanografiado, gentilmente proporcionado por los autores, en traducción especial de T.C. Patterson). 1966; p. 16 y sgte.
24. LANNING y PATTERSON, *Los medios ambientes...*; p. 4.
25. LANNING y PATTERSON, *Los medios ambientes...*; p. 5.
26. LANNING, Edward P.... *Early Man in Perú*. "Scientific American". Nueva York, octubre 1965; p. 68.
27. LANNING y PATTERSON, *Los medios ambientes...*; p. 15.
28. LARCO HOYLE, Rafael... *Los Mochicas*. Lima, 1938. Tomo I; p. 21.
29. BROGGI, Jorge A. ... *Pasamayo y la Geología*. "Boletín de la Escuela de Ingenieros". Lima, 1954. Tomo XXVII, p. 36.
30. SCHWEIGGER, Erwin... *Vientos marinos y su influencia en el continente*. "Boletín de la Sociedad Geológica del Perú". Lima, 1949 (Vol. Jubilar del 25º aniversario), p. 2.
31. BROGGI, *Pasamayo y la Geología*; p. 34.
32. LANNING y PATTERSON, *Los medios ambientes...*; p. 2.
33. LANNING, *Early Man in Peru*; p. 68.
34. DOLLFUS, Olivier... *Les Andes Centrales du Pérou et leurs piémonts*. Paris, 1965; p. 368.
35. DOLLFUS, *Cambios climáticos cuaternarios...* Bol. LXXXIV, p. 83.
36. DOLLFUS, *Les Andes Centrales du Pérou...*; p. 354.
37. DOLLFUS, *Les Andes Centrales du Pérou...*; p. 355.

NOTAS AL CAPITULO

38. DOLLFUS, *Les Andes Centrales du Pérou...*; p. 368 y sgte.
39. ENGEL, *Paracas*; p. 83
40. ENGEL, *Paracas*; p. 84.
41. ENGEL, *Paracas*; p. 85.
42. ENGEL, Frederic... *Datos con referencia al estudio de sitios prehistóricos en su contexto morfológico y climatológico*. "Antiguo Perú. Espacio y Tiempo" (Trabajos presentados en la Semana de Arqueología Peruana, 9-14 de noviembre, 1959). Lima, 1960; p. 124.
43. LANNING, *Early Man in Peru*; p. 68.
44. DOLLFUS, *Les Andes Centrales du Pérou...*; p. 368.
45. UBBELOHDE-DOERING, Heinrich... *El arte en el Imperio de los Incas*. Barcelona, 1952; p. 21.
46. CARDICH, *Lauricocha...*; p. 39.
47. LANNING y PATTERSON, *Los medios ambientes...*; p. 15.
48. BROGGI, *Pasamayo y la Geología*; p. 34.
49. CARRION CACHOT, Rebeca... *Paracas*. Lima, 1949; p. 13.
50. ENGEL, Frederic... *Geografía humana prehistórica y agricultura precolumbina de la quebrada de Chilca*. Lima, 1966; pp. 5 y 16.

Capítulo VI
MIGRACIONES
TARDIAS Y
CONTACTOS
TRANSPACIFICOS

En este capítulo se aborda el problema de la *difusión cultural*, no el de las *migraciones humanas*, que ya ha sido tratado en el segundo. Sin embargo, es probable que, al difundir elementos de cultura, los portadores de esos elementos agregaran un nuevo ingrediente racial a la población ya establecida en América o acentuaran rasgos introducidos por migraciones análogas anteriores.

Con carácter científico desde la segunda mitad del siglo pasado, en que apareció en el campo de la Etnología la figura rectora de Bastian, se discute —no siempre, por desgracia, con la necesaria serenidad que la importancia del problema aconseja— si la cultura que hallaron los europeos en América en el siglo XVI puede ser considerada como creación propia de los indios americanos, surgida íntegramente aquí, en el Nuevo Mundo, desde sus orígenes mismos, o si, por el contrario, fue desarrollo de formas venidas de fuera, importadas.

De la disensión y ardor de la polémica, las opiniones han resultado polarizadas. Para unos, “toda la civilización precolombina... se debe a la exclusiva aportación de elementos culturales del Viejo Mundo”; para otros, la civilización americana es el resultado de una evolución “autónoma e independiente”, “a partir de los primitivos inmigrantes cazadores-recolectores”. “Se ha afirmado insistentemente —agrega Juan Comas, de quien es la cita anterior—... que la cultura agrícola de los amerindios fue importada del *Sureste de Asia*; incluso, que el maíz no es autóctono del Nuevo Mundo y que su cultivo se inició en Asia

central"¹. Esta es la posición extrema del *difusionismo*, corriente dentro de la cual es posible distinguir varios matices con el común denominador de la *importación cultural*.

La otra corriente propugna el *aislacionismo*, *paralelismo* o *autoc-tonismo* y no solamente defiende la tesis de la creación y el desarrollo propios sino que, con beligerancia acentuada, despliega sus armas de modo enérgico contra los sostenedores de la *importación cultural*.

Durante un tiempo, los difusionistas estuvieron divididos, afirmando unos que el caudal principal de cultura llegado a América había procedido de Asia, por la vía de Bering (es decir, por la misma ruta del ingreso del hombre) y sosteniendo otros que ese caudal había venido *por el mar*, directamente desde las islas de la Oceanía; mas, el juicio aconsejó a unos y otros no separarse y sí estrechar filas, y de esta suerte el difusionismo forma hoy un frente único de lucha contra los aislacionistas. Empero, el desacuerdo se mantiene entre los que, de modo ortodoxo —que son naturalmente los más— sostienen la difusión de Oeste a Este, vale decir, de Asia u Oceanía a América, y los que, en escasísima minoría, afirman lo contrario: la difusión de América a Oceanía, vale decir, de Este a Oeste. Allí, casi solo, Heyerdahl, empeñado en demostrar el origen americano de los polinesios².

Conciliador, Comas dice que "las *posiciones extremas* de difusionismo y paralelismo para explicar las culturas del Nuevo Mundo, son inaceptables; pero, tampoco es posible negar ni rechazar totalmente una u otra".

Martínez del Río ha observado que, en la discusión, cierta forma de orgullo nacional o tradición ha influido poderosamente, llegando a exacerbar los ánimos. La tendencia difusionista, en efecto, está representada principalmente por europeos, sobre todo alemanes; la anti-difusionista, en cambio, por norteamericanos. Aquéllos dicen que los elementos principales de cultura llegaron del Viejo Mundo, entre ellos dos básicos: el cultivo de las plantas y la metalurgia; éstos subrayan que todos los parecidos entre los elementos de cultura de América y Asia, son mera coincidencia, resultados de procesos de paralelismo, frutos de las mismas ideas primarias o *ideas elementales*. "A las mismas ideas o necesidades, corresponden los mismos elementos o los mismos hechos de cultura, incluso los mismos mitos", dicen.

DE BASTIAN A LOS DIFUSIONISTAS ACTUALES

La tesis, científicamente elaborada, del *desarrollo independiente*, tiene su punto de partida en Bastian. Adolfo Bastian, alemán, nacido en Bremen en 1826, y muerto en 1905 —de quien

un autor ha dicho que "no ha habido otro investigador alemán que haya viajado más, leído más, escrito más que él"—, conoció Australia, Norteamérica, Africa, Asia y el Perú. Decidido partidario de la tesis del desarrollo independiente, no negó la posibilidad de los procesos de difusión pero dijo de ellos que no podían ser determinados *a priori*. La difusión hay que probarla, expresó.

Para explicar la similitud de los elementos y de los hechos de la cultura de pueblos históricamente separados, propuso que "la *unidad psíquica* de la humanidad produce por todas partes *ideas elementales* semejantes" y que de esas *ideas elementales*, ante iguales estímulos o análogas necesidades se derivan objetivaciones y hechos que pueden parecer de un mismo origen. Solamente estímulos distintos —agregó— pueden provocar reacciones distintas. Creyó, además, en la *ley del crecimiento uniforme*, de lo sencillo a lo complejo. En 1878 publicó una erudita y monumental obra sobre las antiguas culturas americanas, considerando diversas provincias geográficas de cultura, en la que señaló a la cultura andina o peruana un papel sobresaliente.

De la misma época de Bastian es Morgan, norteamericano (1818-1881), a quien Lowie³ y todos los historiadores de la Etnología y de las ciencias del hombre antiguo consideran como el más típico y encumbrado representante del *evolucionismo*, creyente de la *ley del progreso*, más tarde tan desacreditada y ahora tan venida a menos. Morgan explicó las ausencias culturales de América por "la desigualdad con que estaban dotados ambos hemisferios", coincidiendo en esto con el genio alemán.

El primero que, de manera sistemática y con alcance doctrinario, postuló la fórmula del difusionismo para explicar los desarrollos culturales, fue, en la misma época de los dos anteriores, el inglés Eduardo B Taylor (1832-1917), una de las figuras más brillantes de la Etnología de todos los tiempos. Taylor, como dice Lowie, "estuvo profundamente convencido de la importancia de las *prestaciones culturales* en la historia humana". Dijo: "La civilización es una planta que con más frecuencia se propaga que se desenvuelve". Consecuente con sus principios, se inclinó abiertamente por la *difusión*, sobre todo en el campo de la *tecnología prehistórica*. "Es de dudar —dijo, rebatiendo a Bastian—, que la *unidad psíquica* pueda explicar las asombrosas similitudes que guardan entre sí útiles, instrumentos, cosas de diferentes partes del mundo".

"Sin excluir el *origen independiente* —comenta Lowie—, Taylor llegó a la conclusión de que la uniformidad que se observa quizá podrá algún día explicarse siguiendo otras vías de razonamiento... que tiendan a centralizar la historia antigua de razas aparentemente muy distintas, que pueblan épocas y países muy distantes entre sí"⁴

El famoso etnólogo inglés, manteniendo una posición serena, lejos de los extremismos, exigente con sus propias convicciones, empujando sus esfuerzos principalmente a la busca de pruebas —haciendo, en pocas palabras, ciencia positiva, a base de hechos confirmados, y rechazando la especulación—, llegó a considerar, con sorpresa e indignación de sus adversarios, un *origen común para muchos usos distribuidos en Asia, Africa y América*. Las distancias no contaron para él; tampoco las barreras de la geografía, estimadas por lo común como insalvables. *El mar no es un obstáculo para la propagación del hombre y de la cultura*. Por los caminos más increíbles se propagan —manifestó— los elementos materiales de cultura, los mitos y hasta las creencias religiosas. En 1896 dio un campanazo que hirió el oído sensible de muchos americanistas de la vieja escuela. *La comunicación prehistórica —declaró tajantemente— de América y Asia, a través del Pacífico, con préstamos asiáticos, es un hecho incontrovertible*. Para el sonado caso americano, aplicó estrictamente su regla: *los fenómenos muy especiales o complejos tienen probabilidad de ser el doble que los obvios y sencillos*.

En una oportunidad, Taylor llegó a afirmar que determinado juego practicado en el antiguo México, era de origen asiático.

Con Taylor, por consiguiente, parte estrictamente hablando, el difusionismo como fórmula etnológica que explica el origen de la cultura aborígen americana.

A partir de fines del siglo XIX, con Taylor justamente y por obra de él, el difusionismo se propagó, ganando muy pronto innúmeros adeptos: ello, a pesar de la acogida dispensada anteriormente al evolucionismo y a pesar, sobre todo, del inmenso e inmovible prestigio de Bastian, rector por mucho tiempo de los estudios etnológicos y prehistóricos en el mundo. E. T. Hamy sostuvo, en 1887, que los monumentos de Copán, en Honduras, derivaban de patrones arquitectónicos de la antigua China; Carl Schultz-Sellack, experto en prehistoria de las religiones, “se inclinó, por 1879, hacia la idea de una conexión entre ciertas ideas toltecas y China y Japón”; y A. W. Buckland, etnóloga inglesa de los años finiseculares, con obras de gran importancia, llegó verdaderamente a “extremos radicales”, para muchos heréticos dentro de las ciencias del hombre y de su pasado. “Según esta autora —dice Lowie—, no ha habido ni un solo caso de adquisición independiente de cultura. Anticipándose a las ideas de Elliot Smith, creía que habían sido adoradores del sol y de serpientes quienes *propagaron por todo el mundo* el cultivo, el arte de tejer, la alfarería y los metales”. Para el caso americano, sostuvo el contacto prehistórico del Nuevo Mundo con el Japón, tesis que, como se verá más adelante, ha cobrado en los últimos años, con los fundamentales trabajos de Evans, Meggers y Es-

trada, una importancia extraordinaria, mereciendo la acogida de muchos círculos.

En Alemania, en el último tercio del siglo pasado y primeros años del actual, el difusionismo tuvo un insigne representante, al par que combativo teórico, en la poderosa y absorbente figura científica, duramente atacada por sus adversarios (sobre todo, en el campo de la Geografía Humana), de Federico Ratzel (1844-1904). Su tesis básica fue "*la gran limitación del espíritu inventivo del hombre*". De la constatación de que el globo está habitado íntegramente por el hombre, que no hay área del mundo que no tenga huella del bípedo pensante, dedujo "grandes migraciones" desde épocas muy remotas, quizá migraciones mayores en el pasado que en los siglos recientes. "La Tierra —explicó, dando con sus palabras un vigoroso impulso a la teoría difusionista— debe haber sido atravesada en muchas ocasiones por grupos primitivos, con el resultado de una *propagación constante* y la *nivelación* claramente observable de la cultura".

Contrario totalmente a Bastian, Ratzel propugnó un *difusionismo extremo*: para probar el enlace no es indispensable —y en esto estuvo también contra su correligionario Taylor, más cauto, menos apasionado, menos vehemente pero también menos genial—, no es indispensable la "distribución continua" o "claramente indicada por otros indicios". La *semejanza basta* "aunque no podamos averiguar el camino de migración" o se interpongan barreras aparentemente insalvables.

Sin embargo, con respecto a América (toltecas, mayas y peruanos) —como comenta Lowie— su difusionismo fue vago. No creyó, como tantos otros en su tiempo (que han armado discípulos en la hora actual), en un centro de dispersión del Viejo Mundo hacia América, con "sacerdotes asiáticos colonizadores", sino en una *tradición cultural "sumamente antigua"* que alimentó la cultura del mundo, incluyendo América, "en el curso de muchos milenios prehistóricos". Con esta vaguedad, quedaron en el misterio los orígenes de muchos fenómenos culturales americanos, como la pirámide, el bronce, el cultivo, la cerámica, etc.

Otro alemán, que alcanzaría con el tiempo no menor fama que la del fundador de la *Antropogeografía*, Franz Boas, nacido en 1858 y muerto en 1942 —sustentador, también, de la tesis difusionista pero sin los arrebatos de aquél, con extrema prudencia y gran rigor de método—, partió, para el desarrollo de su doctrina, de la revolucionaria idea ratzeliana de las *migraciones*, pero pronto reaccionó contra ella. La difusión científica —dijo— no consiste, desde el punto de vista metodológico, en señalar semejanzas sino en determinar las *rutas de propagación*. En esencia, más le interesaba la *demostrabilidad del contacto cultural* que la *posibilidad* de la difusión misma.

Tocante al problema americano, Boas "rechazó la teoría de Ratzel acerca de una conexión entre Oceanía y América, no como inconcebible sino como no demostrada; y, siguiendo el mismo razonamiento, rehusó juntar ciertos incidentes que se encuentran en la mitología, tanto de Oceanía como de América".

Defendiendo la rigidez del método por él propugnado, subrayó con expresión terminante: "Deseamos encontrar *pruebas irrefutables* de su transmisión, y no solo su *posibilidad* o *plausibilidad*; para este fin, debemos insistir en nuestros requisitos metodológicos". Empero, al final de cuentas se dejó cautivar por las analogías, descuidando la explicación (o sea, el ¿cómo?). Creyó, en efecto, en la *conexión prehistórica* "sumamente antigua entre los indios y los paleoasiáticos", basándose en "semejanzas mitológicas".

Citado anteriormente, Elliot Smith, inglés (1871-1937), es una de las figuras más destacadas del difusionismo. Sosteniendo que "Egipto debe ser considerado como la fuente de la cultura avanzada" y negando, casi por completo, la posibilidad de los desarrollos independientes a través de toda la historia de la humanidad, propuso, para el entendimiento del problema del origen de la cultura, los siguientes tres postulados: el *primero*, que el hombre, como ya lo había dicho Ratzel, es poco inventivo; el *segundo*, que rara vez, o nunca, un mismo elemento de cultura aparece dos veces de modo independiente; y, el *tercero*, que la cultura se difundió desde Egipto "mediante la navegación", a partir del año 4000 antes de la era cristiana.

Respecto al Nuevo Mundo, si Ratzel había sido revolvedor, Smith lo fue más, pero sus extremos pronto se desacreditaron no tanto por lo avanzados cuanto por el apego de sus colegas a las explicaciones ortodoxas. Tuvo, sin embargo, gruesos desaciertos, que invalidaron el todo. "Según él, los indios americanos vivían como antropoides hasta el principio de la era cristiana". Esto, ayer como hoy, para un autor medianamente informado de la arqueología americana, no pasa de ser un grosero dislate o, por decir lo menos, un desliz imperdonable. Sigue: "... sus primeras pirámides fueron construídas cinco o seis siglos más tarde, copiando modelos *campogianos* y *javaneses*, los que a su vez se derivan de *prototipos egipcios*. Los ritos de iniciación y las sociedades secretas americanas tienen su origen en las ceremonias de momificación que se practicaron en el Nilo...".

La tesis del *hombre poco inventivo*, sostenida, primero, por Ratzel y, después, por Smith —que es uno de los fundamentos primarios del difusionismo—, se mantuvo, como también se mantuvo la de las *migraciones*, del mismo Ratzel; pero, en cambio, pronto los nuevos grupos de etnólogos y prehistoriadores difu-

sionistas observaron que era un error considerar, como lo había hecho Smith por ejemplo, para los procesos de difusión a escala mundial, un solo foco irradiador de cultura. Propusieron, entonces, *varios focos*. Esta fue la tesis principal de la llamada *Escuela histórico-cultural* o *Escuela de los círculos de cultura*, de Fritz Graebner y el P. Guillermo Schmidt, que se desarrolló en Alemania y Austria con extraordinaria acogida desde los primeros momentos (como con grandes recelos, también, por parte de sus detractores). Para esta escuela, no ha habido en el pasado un solo foco irradiador de cultura sino varios focos, y cada uno de éstos ha originado un *círculo de cultura*. Además, la difusión ha sido "en forma de complejos", vale decir, de nutridas asociaciones, y no de elementos aislados.

Graebner, cuyo rigor metodológico es asombroso, atribuye "un origen extranjero a las civilizaciones de México y el Perú" pero procedente de varios focos de irradiación. Además —puntualiza—, hubo intercambio, y así admite "la posibilidad de que algunos rasgos polinesios hayan sido importados desde América", en lo que hay un anticipo a la teoría de Heyerdahl. Explica las diferencias por una transmutación interna de los elementos de cultura. "Elementos que se han tomado como préstamo, adquieren un nuevo sentido entre quienes los adoptaron: . . . mitos lunares se transforman en mitos de vegetación; . . . motivos curvilíneos se adaptan a un estilo rectilíneo, etc."¹⁰.

El difusionismo alemán, con Ratzel y la Escuela histórico-cultural de los citados Graebner y Schmidt, y Koeppers, ha considerado siempre los problemas del origen y desarrollo de la cultura abarcando la totalidad del mundo, sin aislar regiones. América entra, así, en la corriente mundial y no permanece separada como al amparo de una doctrina Monroe de la Etnología y la Prehistoria.

En el Congreso Internacional de Americanistas realizado en Gotenburgo, en 1924, el citado anteriormente Franz Boas planteó el problema del origen de la cultura americana y, por ende, de la peruana o andina, en los siguientes términos: "Uno de los más difíciles y, al propio tiempo, más importantes problemas que confronta el estudio de la historia antigua de América, es el de las relaciones entre el Viejo Mundo y el Nuevo. Algunos autores rechazan categóricamente todo tipo de relación antigua; otros pretenden que algunos de los más intrincados aspectos de la cultura americana son consecuencia de transmisiones del Viejo Mundo"¹¹.

Los difusionistas, en posición cómoda ahora no obstante la tenacidad con que defienden sus puntos de vista los aislacionistas, juzgan que América debe ser considerada como un *continente receptor*: tanto de hombres, pueblos y razas como de

ideas, tecnología y cultura, *contrariamente a Asia*, que siempre ha sido considerado como un continente donante, un continente de dispersión humana e irradiador de corrientes culturales y de pensamiento¹².

En general, como dice Miguel Covarrubias, "... el campo aislacionista... ha ido perdiendo terreno en el curso de los últimos años debido a que... semejanzas más impresionantes y profundas han sido señaladas por parte de los historiadores y arqueólogos..."¹³.

Un tratadista de prestigio e inmejorablemente informado, presenta así el cuadro que hoy conforman difusionistas y aislacionistas, trabados en tenaz contienda de principios: "El antidifusionismo parecía triunfar en América. Son tantos los argumentos a favor de un desarrollo autóctono de la cultura americana, tantos los vacíos de la misma explicables sólo por un largo aislamiento, tantos los rasgos peculiares, que resultaba temerario disentir de la doctrina general. Las tentativas del Padre Schmidt para vincular estrechamente los fenómenos culturales de América a los ciclos universales, como los restantes esfuerzos para romper el cerco que rodeaba idealmente al Nuevo Mundo, se estrellaban ante una ortodoxia muy cerrada que todo lo más aceptaba alguna leve infiltración o influencia casual. Sólo unos pocos autores con categoría científica reconocida se atrevían a mantener la bandera del difusionismo... Pero, en pocos lustros el panorama ha cambiado por completo y *el difusionismo vuelve a avasallar todo*..."¹⁴.

El mismo Pericot y García, de quien es la cita anterior, explica que el repunte actual del movimiento difusionista, vigoroso y aplastante, data, en verdad, del Vigésimonono Congreso Internacional de Americanistas, realizado en 1949 en Nueva York, cuando en el Museo de Historia Natural se ofreció a los concurrentes, a manera de sorpresa científica, una exposición especial para mostrar objetivamente el posible *origen asiático de la civilización americana*, por expediciones —he aquí lo más importante, que nos interesa relieves para los efectos de nuestro estudio— *que cruzaron el Pacífico*. Esta exposición fue hecha por G. F. Ekholm, y causó conmoción. Causó también, en las salas de sesiones, agrias y enconadas disputas entre los participantes, que no pudieron ponerse de acuerdo. La sensación que se tuvo, sin embargo, al término del citado certamen, fue que el difusionismo se situaba a la ofensiva, acaparaba la atención de los indecisos y aun de los detractores y ganaba terreno. Se vio, por lo menos, que *no podía científicamente descartarse la teoría del origen extracontinental de parte de la cultura precolombina del Nuevo Mundo*.

ORIGEN ASIATICO, GENERAL,
Y OCEANICO DE LA CULTURA AMERICANA

Es nutrida la relación de los etnólogos y prehistoriadores que, desde el siglo pasado, han sostenido y, con renovado impulso, como se acaba de decir, sostienen en el presente, la tesis difusionista.

En la exposición que sigue, se consignan los nombres, en primer lugar, de los que afirman el *origen asiático, en general*, y oceánico de la cultura americana (de una parte de ella o de su totalidad); en segundo lugar, de los que sostienen el *origen chino* de la misma; en tercer lugar, de los principales difusionistas latinoamericanos; y, en cuarto lugar, por último, de los difusionistas que propugnan, con verdadero alarde heterodoxo, aunque no desprovisto de antecedentes, el movimiento de Esta Oeste, es decir, de América a Oceanía. Allí Heyerdahl, muy combatido pero con sobrados méritos y derecho pleno para que se le escuche. Después, se hará mención de algunas teorías que merecen consideración especial: la de Dittmer sobre el origen de la agricultura americana, la de Heine-Geldern sobre el origen de la metalurgia y la de los esposos Evans-Meggens sobre el origen japonés de la cerámica más antigua hasta ahora conocida del continente sudamericano.

En todas o casi todas las teorías que se van a exponer, *el mar aparece como medio de comunicación de los continentes o vía de propagación de los elementos culturales de una parte a otra.*

Francis A. Allen, en el Quinto Congreso Internacional de Americanistas reunido en 1883, en Copenhague, al presentar una ponencia sobre las antigüedades polinesias, sostuvo que la civilización americana se había originado como un desprendimiento, con *sello propio*, de la civilización, más antigua, verdaderamente arquetípica, del Viejo Mundo¹⁵. Más tarde, ya en este siglo, desde su reducto de Viena, el Padre Guillermo Schmidt "encuentra que el *círculo totemista* sobrevivía en el Imperio de los Incas al momento que los españoles irrumpen sobre él y lo "dominan" y atribuye la presencia de dicho círculo cultural en el Perú a una supuesta *invasión de polinesios*¹⁶.

Nordenskiöld anduvo por este campo con mucho cuidado pero comulgó sin tapujos con las ideas difusionistas. Hablando de los elementos culturales de los indios del Nuevo Mundo que guardan semejanza muy marcada con los de los pueblos oceánicos, dijo de manera ambigua que "la mayoría [de esos elementos] debe haber llegado a América a *través del océano* o haber sido inventados por los indígenas de la zona tropical o subtropical de la América", dando casos de paralelismo¹⁷.

En la Etnología norteamericana, Kroeber representa la posición declaradamente aislacionista; toda su obra es un no cesar

de esgrimir las armas contra la importación cultural. Sin embargo, en un caso, y sólo en uno, admite la posibilidad de un préstamo "a través del Pacífico", desde Asia en los *signos zodiacales*. Dejó dicho: "Si pudiera probarse la identidad en el orden de la serie americana y del zodiaco del Antiguo Continente, sería necesario creer que este elemento cultural fue llevado en una u otra forma a las regiones medias de América desde Asia, ya sea a través del Norte de América o *a través del Pacífico*"¹⁸.

Calificado por Pericot y García como el más vehemente defensor del difusionismo¹⁹, Harold S. Gladwin, en su fundamental obra *Men out of Asia*, de 1947, aborda simultáneamente los dos problemas capitales de los orígenes americanos: el de la migración humana desde el exterior para el poblamiento y el del trasplante cultural, también desde fuera, para el nacimiento de la cultura indígena. Trata con especial énfasis el segundo de los problemas citados.

La suya es una teoría difusionista preconizadora del *origen múltiple*, tanto para el hombre como para la cultura. Se basa, en lo que atañe a la cultura, en las *innumerables similitudes* entre el Viejo Mundo y América; y en lo que atañe al hombre, en la *variedad de rasgos físicos* de los indios americanos.

De esta teoría se expresa Covarrubias, difusionista mexicano, en los siguientes términos: es "la teoría más elaborada de las hoy existentes acerca de los orígenes americanos".

Sostiene Gladwin seis migraciones hacia el continente americano, en diversas épocas y con diversos contenidos raciales y *culturales* (que son los que interesan ahora), a saber:

1) *Migración australoide*, producida entre los años 25,000 y 15,000 antes de Cristo, la más antigua y, por consiguiente, la que dio la base humana a la población del Nuevo Mundo. Grupos de una rama de los *australoides asiáticos primitivos*, tras recorrer Asia, cruzaron Bering y penetraron a América, llegando primero hasta Panamá. Más tarde, siguieron al sur, por dos rutas: unos alcanzaron Ecuador por la ruta de los Andes; otros, el Brasil siguiendo la costa atlántica. *Cochise* de Arizona, *Punin* de Ecuador y *Lagoa Santa* de Brasil, son *australoides asiáticos*. Estos grupos eran recolectores.

2) *Migración negroide asiática*, entre los años 15,000 y 2,500 antes de la era cristiana. Los grupos de esta oleada penetraron también por Bering, durante la época que el continente estaba cubierto por los hielos de la última glaciación, pero, a diferencia de los anteriores, sólo llegaron hasta la cuenca del Misisipi, siendo detenidos por los australoides, con quienes se mezclaron. *Folsón* corresponde a esta segunda oleada, la que, culturalmente, fue de *canasteros*. Finalmente, el linaje se perdió.

3) *Migración algonquina*, entre los años 2,500 y 500 antes de Cristo. El torrente humano principal penetró al Nuevo Mundo

por el año 1000 y comprendió gentes procedentes del NE. asiático, que usaron la vía igualmente de Bering. Antepasados de los algonquinos, fueron portadores de la cerámica paleteada, inventada en Siberia y China del Norte por el 2,500 antes de Cristo. También portaron hachas de piedra pulimentada, canoas de corteza y cestería entretejida. Llegaron hasta la línea Idaho-Maine y fueron detenidos por los anteriores australoides y negroides y sus descendientes mezclados.

4) *Migración esquimal*, por el 500 antes de la era cristiana. Procedente de Siberia, los grupos entraron por Bering, avanzando a lo largo del borde ártico, hasta Groenlandia.

5) *Migración mongoloide*, tardía, por el 300 antes de la era de Cristo. Esta migración estuvo constituida por *chinos del Norte* que huían de los hunos y del "caos que siguió a la caída de la dinastía Chou, en China". Entró, como las otras, por Bering y penetró hasta América Central. Esta oleada introdujo elementos muy importantes de la cultura mesoamericana. (En esta parte, la teoría de Gladwin no explica las ausencias: el bronce en México, el vidrio, la escritura jeroglífica y la rueda, conocidos en esa época en China).

6) *Migración melano-polinesia*, más tardía aún que la mongoloide: entre los años 300 antes de Cristo y 500 de nuestra era. *Vino directamente a través del Océano Pacífico* y estuvo constituida por *melanesios* y *polinesios*. Los primeros dieron origen a los *caribes*, y los segundos, a los *arawakes*.

Los salidos de las islas *cruzaron el Pacífico en sus embarcaciones*, desembarcaron en las *costas del Perú y México*, los del Norte cruzaron el istmo de Panamá y, finalmente, todos los grupos recién llegados se extendieron por las Antillas, la Florida, costas de Venezuela y la Guayana. También en el lado del Pacífico, se extendieron por tierras colombianas.

Esta migración oceánica operó como una *cuña*, separando el área del Norte del área del Sur y quebrando, así, aparentemente, la uniformidad cultural del substracto americano puesto por las dos primeras oleadas: la australoide y la negroide, asiáticas.

Del anterior esquema se pueden sacar las siguientes conclusiones: *primera*, no hay culturas autóctonas en América, estrictamente hablando; *segunda*, la cultura aborígen americana es una cultura de réplicas; *tercera*, Asia ha sido área originaria de los prototipos culturales americanos; *cuarta*, las vías de acceso han sido dos: la de Bering y la del Pacífico o ruta transoceánica; *quinta*, las cabeceras de puente intercontinentales han sido: Alaska, la costa pacífica de México y el Perú; *sexta*, Norteamérica derivó culturalmente de China y del NE. asiático; *sétima*, Mesoamérica y la región andina derivaron de Polinesia, Melanesia, India y el Cercano Oriente (por conducto indirecto).

Siguiendo a Gladwin, Covarrubias dice que *los contactos transpacíficos no pueden negarse*; son un hecho. La investigación última los presenta como una evidencia. Por lo menos, "... el problema de los contactos a través del Pacífico no puede ser eliminado ignorándolo, o sosteniendo, tercamente, la muy dudosa teoría de una duplicación de culturas totalmente independientes entre sí". Agrega el mismo Covarrubias en su meditado y bello libro *El águila, el jaguar y la serpiente*: "La posibilidad de diversas influencias y contactos entre América, Asia oriental y el Pacífico del Sur es cada vez más tangible . . . Se aprecia una tentadora semejanza entre los estilos artísticos y el espíritu de algunas culturas indoamericanas y el arte de la China prebudista, de Malasia y de los Mares del Sur . . ." ²⁰

Como se dijo anteriormente, el campanazo difusionista lo dio la exposición especial organizada por el Museo de Historia Natural, de Nueva York, en 1949, con ocasión del Vigésimonono Congreso Internacional de Americanistas. Esa exposición fue presentada a los participantes del magno certamen científico con el título siguiente: *A través del Pacífico: ¿contribuyeron las antiguas civilizaciones del Extremo Oriente a las civilizaciones indoamericanas?* Especialistas de todo el mundo pudieron ver "un conjunto abrumador de paralelismos asiático-pacífico-americanos" compuesto según las ideas difusionistas de G. F. Ekholm.

Ekholm está considerado como uno de los representantes más decididos del *difusionismo asiático y pacífico hacia América* y es autor, desde 1940, de importantes trabajos sobre los —para él— evidentes nexos culturales que unen los tres mundos. Ha estudiado como ninguno las presuntas relaciones entre América y Oceanía, en general los *contactos transpacíficos*, y tratado de demostrar que en Asia están los focos originarios de la cultura y, en especial, del arte americanos.

Roberto von Heine-Geldern es otro de los difusionistas de renombre cuyas teorías, sobre todo la referente a la metalurgia —de la que se tratará con alguna extensión en párrafo aparte—, han llamado mayormente la atención de los círculos científicos. Audaz, es duramente combatido por los aislacionistas, quienes lo acusan de llegar a extremos por ninguna razón aceptables. De él dice Osvaldo Menghin que tiene el mérito de haber puesto en evidencia en los últimos años "las estrechas conexiones de las culturas americanas con las de Asia suroriental *por la ruta transpacífica*" ²¹. Culturalmente, con él, el Pacífico gana una importancia inusitada.

Con estudios desde 1937, hizo en 1949 una exposición completa de sus teorías. Las similitudes entre Asia y América —expresa— no deben ser explicadas ni por coincidencias ni por condiciones psicológicas comunes, como quería Bastian y fue usual antes.

Ello no es posible —subraya— porque las analogías son frecuentes, estrechas y específicas y, además, repiten elementos y el carácter fundamental de las obras de arte.

A diferencia de Rivet, Heine-Geldern sólo explica el origen de la cultura americana, incluso de las *altas culturas*; no se ocupa del origen del hombre. En lo tocante al Perú, afirma la existencia de relaciones artísticas, claras para él, entre China y la cultura Chavín.

Considera que en el tercer milenio antes de la era cristiana se formó en Asia una *cultura prehistórica básica*, que sirvió de fundamento a las culturas chinas prebudistas de Shang y Chou y se extendió del Asia oriental hacia el Este, por las islas de la Malasia.

De este horizonte básico se derivó una fase cultural que Heine-Geldern llama *antiguo estilo del Pacífico*. Esta fase completó su dominio de la Malasia, avanzó por el Pacífico y *terminó arribando a América*. Su rasgo representativo es la escultura, especialmente en madera; y lo más típico que tiene en escultura es la columna de figuras humanas o de animales en serie (una figura encima de otra, y así sucesivamente), con significado genealógico, heráldico o mitológico. Este estilo singularísimo se mantiene puro en Alaska y la Columbia Británica, por el lado americano, y en Borneo, Sumatra, Filipinas y Nueva Guinea, por el lado de Asia.

Una poderosa corriente cultural, proveniente de la Rusia sudoriental y de la Europa del centro, llamada *corriente dniés-tero-danubiana*, se fusionó con el *antiguo estilo del Pacífico*, y de esa fusión resultaron: a) *en China*, el gran arte de las dinastías Shang y, posteriormente, Chou; b) *en Indochina*, el estilo *Dongson*, cuyo nacimiento debe ubicarse por el 1800 antes de la era cristiana.

La *cultura Dongson*, desde su foco en Indochina, *se extendió por todas partes de la Malasia y el Pacífico*, "alcanzando, finalmente, las costas de América y produciendo, a su vez, numerosos estilos locales que sobreviven aún en las islas de los mares del Sur e, incluso, en lugares tales como las costas del Noroeste de América y de la cuenca del Amazonas".

Heine-Geldern afirma, así, partiendo de los postulados históricos expuestos, la conexión entre China e Indochina, por un lado, y las culturas americanas de Mesoamérica y del *área andina*, por otro. Va más allá, incluso, al sostener que la influencia china penetra al interior del continente americano y llega viva a las culturas forestales del Amazonas y el Ucayali. Allí —dice— hay estilos iguales a los de las islas Marquesas, los cuales son simples retoños de los grandes focos del arte chino de la época Shang. Sugiere, de esta manera, que las islas Marquesas y otras de la Polinesia sirvieron de estaciones interme-

días para la propagación de las corrientes culturales y, especialmente, artísticas, en su avance de Asia a América. El paso por las Marquesas se habría producido alrededor de los siglos V a III antes de Cristo.

Se ha criticado duramente a Heine-Geldern de que su cuadro es puramente teórico y que no encaja con la realidad cronológica; que hay considerables diferencias de tiempo entre los estilos asiáticos y los americanos.

Responden los seguidores de Heine-Geldern diciendo que, efectivamente, hay diferencias de tiempo entre las cosas y los estilos de una parte y otra, pero dejan bien sentado que esas diferencias no invalidan la teoría general. En efecto, hay que considerar que el proceso de difusión a través de los inmensos archipiélagos del Pacífico, fue, por razones naturales, muy lento, operación de siglos, de muchos siglos, no programa de una oleada ni, de sucesivas oleadas. En consecuencia, cuando el estilo florecía en la parte oriental de la gran cuenca pacífica (esto es, en el lado de América), ya hacía mucho tiempo que había brillado en la zona de origen, occidental, en Asia, y el florecimiento ahora en América podía coincidir con su extinción en Asia, y sin embargo el brote americano era retoño del foco asiático.

Se le critica a Heine-Geldern, también, que su teoría no explica las "grandes ausencias", es decir, la falta de objetos asiáticos en América, con lo que se derrumbaría la pretensa influencia del Viejo Mundo sobre las culturas de las Indias Occidentales. No habiendo un solo objeto asiático en América, la teoría —se dice— cae por su base.

Covarrubias salta a la palestra en defensa de Heine-Geldern y empara a los detractores aclarando un punto mal entendido de la teoría; éste es el punto relativo a los *contenidos de la difusión*. Dice que *lo que viajaba* de Asia a América por el Pacífico "no eran los objetos mismos de Asia" sino "los estilos adquiridos de segunda mano por los distintos pueblos"²².

Los procesos de difusión cultural, se sabe hoy muy bien, son, por lo general, de *ideas*, de *conocimientos*, de *técnicas* y *no de objetos*. Se propaga, por ejemplo, el conocimiento del cultivo, la forma como se trabaja la tierra pero no el cultivo de determinada planta, porque la planta perece pronto en el camino o no puede ser aclimatada; en cambio, la técnica agrícola sí es universal, y los medios de que se vale para aprovechar la fertilidad de la tierra, universales también.

Ahora bien: las ideas también pueden fracasar o borrarse del recuerdo de los pueblos, cuando, por ejemplo, se carece en una determinada región de las materias primas necesarias para el desarrollo de la industria que se apoya en tal o cual idea. Tal el caso de los polinesios, a quienes se sindicó como originarios remotamente de la India. Ellos se desplazaron hacia sus actua-

les islas poseyendo el conocimiento de la metalurgia y la alfarería, pero lo perdieron totalmente cuando en su nuevo ambiente no encontraron ni los minerales requeridos, en un caso, ni la arcilla, en el otro.

El tránsito de un continente a otro a través del Pacífico fue de gentes de elevado nivel, portadoras, por lo mismo, de un acervo cultural notable: comerciantes, expertos en el trabajo de los metales, artistas, *aventureros políticos* (como dice Pericot y García al resumir la teoría de que tratamos), gente docta en ceremonias y hábil en el manejo e interpretación de los cuadros calendáricos.

Para la *costa occidental de Sudamérica* (allí, *el Perú*), la corriente migratoria partió, sin duda, de *Indochina*, donde, como se ha visto, florecía la *avanzada cultura Dongson*. También para la misma costa hubo *migración desde China*, fuera de duda anterior en varios siglos.

La *ruta* fue la del *norte de la Polinesia*, que es la ruta de los vientos y de las corrientes marinas favorables, entre los 30 y 40 grados de latitud septentrional (ruta que más tarde usarían obligadamente los españoles en sus viajes de retorno desde Oceanía).

En algunos casos, sin duda, *hubo retorno*, por cuanto muchos de estos viajes transpacíficos eran con *finés comerciales*. Los comerciantes asiáticos venían a las costas del Perú por el oro, por las plumas de color de las aves de la región trasandina y por algunas drogas a las que eran muy afectos los chinos, verdaderamente "drogas tan deseadas"²³.

El *viaje de retorno a Asia* era por el hemisferio Sur desde la *costa peruana*, a través de Polinesia. ¿Cómo? Los escépticos se regocijan con la pregunta porque a ella es difícil contestar, pero Heine-Geldern pinta un cuadro de *gran desarrollo de la navegación* en la época de esas migraciones, con juncos y barcos de otro tipo, que eran, sin duda, mejores, por sus cualidades marineras, que las carabelas y carracas que usaron los españoles para sus viajes de descubrimiento durante los siglos XV y XVI en el Atlántico y el Pacífico.

Anteriormente se dijo que el paso por las islas Marquesas de los grupos asiáticos se habría producido alrededor de los siglos V a III antes de Cristo, pero ya el tráfico desde China había comenzado desde el siglo VIII.

Insisten los partidarios de Heine-Geldern en una observación muy importante, por la cual precisan que *ningún papel desempeñaron los polinesios* en estos movimientos migratorios por cuanto su expansión por la islas de la Oceanía es un acontecimiento tardío, de nuestra era, de los siglos XII al XIV.

Otro ilustre representante del difusionismo en Alemania, que ha enfocado revolucionariamente el problema del origen de la

cultura americana, es Kunz Dittmer, director del Museo de Etnología de Hamburgo. Sostiene el origen asiático de la agricultura del Nuevo Mundo, tesis que, por lo audaz, le ha significado el rechazo de la mayor parte de los americanistas. De esta teoría se tratará más adelante.

Carlos Troll, geógrafo eminente y experto de inmensa versación en culturas aborígenes americanas, es, declaradamente, aislacionista pero admite cierta influencia foránea en la constitución de las altas culturas de la América nuclear. Considera que el *área andina*, comprendida entre el Caribe y el centro de Chile y el NO. argentino, aunque no tiene unidad racial, nacional ni idiomática, tiene como elemento común uniformador el poseer una *cultura superior*, que la diferencia substancialmente de las áreas vecinas de los bosques lluviosos y sabanas. Esta *cultura superior andina* se gestó —sostiene Troll— por un proceso autóctono y dio floraciones espléndidas en agricultura, domesticación de plantas y animales, metalurgia, etc., pero recibió —reconoce el mismo Troll— *algunas influencias y estímulos de fuera*. Dice el ilustre profesor de la Universidad de Bonn: “. . . bien puede haber asimilado la cultura andina algunas influencias y estímulos importados del Norte, de Centroamérica y México” (en lo que sigue a Uhle), “*como también, en escala reducida, de Melanesia y Polinesia*”²⁴.

Inspirado seguramente en Kroeber, de quien ya nos hemos ocupado, Horkheimer, siempre tan cauto, asediado por las dudas y francamente aislacionista, consideró la posibilidad, partiendo del examen de los sistemas calendáricos asiático y mexicano, de un *contacto transpacífico* entre el Viejo Mundo y América. Dijo: “Vislumbramos la posibilidad de que algunos elementos paralelos *fuieron llevados a América posteriormente por mar*, en embarcaciones mongoloides, tal vez hasta de chinos, japoneses e indochinos . . .”²⁵. Ganó, así, con su indecisión, derecho a aparecer en las listas de los difusionistas, lo que, en verdad, no le fue incómodo ni comprometedor; antes bien, ventajoso en algunos aspectos.

Para fundamentar la posibilidad de movimientos de población de Oceanía a América y de América a Oceanía, Baudin no se queda corto en argumentos ni testimonios, algunos de ellos naturalmente cogidos de su eminente colega de estudios americanistas, Paul Rivet. “Es probable —dice— que se hayan producido contactos entre los indígenas de América del Sur y los de la Polinesia: tales movimientos de población eran factibles pero quedaron limitados y *es fácil que se hayan realizado en los dos sentidos: Este-Oeste y Oeste-Este*”²⁶. “Las pruebas —agrega en otra parte de su difundido libro sobre la vida cotidiana en el tiempo de los últimos reyes incas— abundan; se encuentran objetos a uno y otro lado del Pacífico: el propulsor, la flauta de

Pan, la cerbatana, el cordón anudado [quipol], etc.”²⁷. Como Rivet, no descuida las pruebas lingüísticas, tan combatidas por otros autores: “Son asombrosas las semejanzas —expresa— entre la lengua *maori* y la lengua quechua. Ciertas palabras tienen el mismo significado; un número mayor de vocablos tienen manifiestamente un origen común y apenas han sufrido ligeras deformaciones . . .”. Después, se inclina por la participación del hombre en la propagación de ciertas especies vegetales. “Las plantas —destaca— proporcionan testimonios probatorios: la papa dulce de origen americano se encuentra en Polinesia, el algodón cultivado americano de veintiséis cromosomas parece resultado de un cruzamiento entre el algodón asiático de trece cromosomas y el algodón salvaje peruano de trece cromosomas igualmente”. Por último, no soslaya las pruebas arqueológicas, en las que encuentra parecidos de extraordinaria significación. “Los arqueólogos han descubierto en las regiones septentrionales del Perú —dice— *aldeas funerarias* situadas en los flancos de los altos acantilados, que recuerdan costumbres observadas en las Célebes”²⁸.

Un escritor de gran popularidad, cuya obra *Las antiguas culturas del Perú* ha alcanzado merecida difusión mundial, J. Alden Mason, documentado como pocos, directamente unido a los más serios investigadores y experto en la bibliografía arqueológica, considera que el aislacionismo a la usanza de los comienzos de siglo no puede ya aceptarse porque las pruebas de la difusión cultural del Viejo Mundo a América son concluyentes. No se trata de simples parecidos curiosos, dice, sino de evidencias resultantes de la confrontación y de los hechos probados de la cultura. “La doctrina —manifiesta con tono de declaración de principios— . . . según la cual las culturas de todos los antepasados de los aborígenes americanos se desarrollaron sin recibir influencia alguna del Viejo Mundo, ya no puede considerarse como definitiva, pues son demasiadas las semejanzas aparentes con culturas del otro lado del Pacífico, cuya presencia es necesario explicar de alguna forma”²⁹. Y la explicación la da: “Las pruebas de contactos transpacíficos son lo bastante claras para que muchos antropólogos las encuentren casi convincentes”³⁰. “Parece evidente —agrega— que se realizaron viajes a través del Pacífico en varias épocas. . . algunos de ellos asombrosamente antiguos, pero la mayoría relativamente modernos”. Más adelante reafirma sus puntos de vista y descarta para las analogías la solución aislacionista. Dice: “Las semejanzas entre ciertas características culturales de América y de Polinesia, Melanesia, Indochina o el sudeste de Asia, son demasiado notables para que puedan explicarse como el resultado de un desarrollo paralelo”. Indudablemente, termina, ha habido “intercambio”.

En los últimos años, el difusionismo ha recibido de los arqueólogos norteamericanos Clifford Evans y Betty Meggers uno de los aportes más firmes. Ellos, con la colaboración del ecuatoriano Emilio Estrada, creen haber determinado el origen de la cerámica más antigua, hasta ahora conocida, de América del Sur, llamada *Valdivia*, por un lugar de ese nombre en la costa del Ecuador. Amparados en un estudio comparativo-estadístico de extraordinarios alcances, consideran que la *cerámica Valdivia* se inspira en los estilos que florecieron tres milenios antes de Cristo en las islas del sur del Japón: particularmente consideran que *Valdivia deriva del estilo Jomón*. Publicaciones medulares, producto de muchos años de estudio en el campo y el gabinete, exponen esta teoría, tenida como la más revolucionaria de cuantas se han propuesto para explicar el origen de los elementos básicos de la cultura aborígen del Nuevo Mundo. De ella se trata en parágrafo aparte.

ORIGEN CHINO

Al término de su fecunda vida dedicada con tesón admirable a la ciencia, Uhle —como dice Horkheimer— “pretendió comprobar que el *primer origen de todas las antiguas civilizaciones desarrolladas de este continente [el americano] . . . se debe a la inmigración de una nueva gente asiática llegada de China. . .*”³¹. Pero, en realidad, no fue al término de su fecunda vida que el sabio arqueólogo alemán, por muchos títulos considerado como el Padre de la Arqueología Peruana, recién sostuviera el origen chino de la civilización aborígen del Nuevo Mundo. Ya en un estudio de 1920, publicado en Quito, sobre *los principios de las civilizaciones peruanas*, había propuesto, con franca decisión, la teoría de la influencia asiática y mencionado a China como una de las posibles fuentes de los grandes desarrollos americanos. “Creo —decía— que todas las civilizaciones más adelantadas necesitan, aun para nacer, el estímulo de otras de altura parecida, como ha sucedido en Europa (influencia de Egipto, Creta, Grecia, Roma). Conforme con esto, no puedo separarme de la idea de que en la creación de las civilizaciones centroamericanas y mexicanas, influyeron estímulos recibidos del Este de Asia (libros mayas y chinos). . .”³².

La idea del origen chino de la civilización de América en realidad es muy antigua, pero uno de los primeros que, a base del testimonio de la arqueología —no por mera intuición o capricho—, la propuso, fue el autor de una ponencia presentada en el Decimosétimo Congreso Internacional de Americanistas de 1910, realizado en Buenos Aires, con el título de *Los cementerios indígenas en la costa del Pacífico*, novedosa entonces y que lla-

mó mucho la atención entre los participantes del certamen. Pedro Canales, el autor, relató haber hallado, en tumbas cercanas a la ciudad de Tacna, "platos tejidos de junco", semejantes a las tapas de cestos asiáticos. "Esto nos indicaría —concluyó— que tal vez existía *comunicación entre los indios de América y la lejana China*"³³. Este puede ser considerado un antecedente, no más allá de curioso, en la historia de la idea.

La fundamentación científica la dio Uhle, tras haber insinuado la posibilidad de un contacto entre chinos y americanos, como ya se dijo, en 1920. Desde luego, tanto la teoría misma como la fundamentación causaron asombro. Ello fue en el Vigésimosétimo Congreso Internacional de Americanistas de Lima, realizado en 1939. Se basó Uhle en diversas consideraciones. El dragón chino —dijo— que surge como un dios de los aires húmedos y que proporciona la lluvia vivificante, no es otro aquí, en América, que el dios de la lluvia mexicano llamado *Tlaloc*. El dragón ya existía en China por el siglo XIII antes de Cristo. Llamó la atención, igualmente, sobre las asombrosas similitudes en la cerámica y, sobre todo, en la medición del tiempo. Los calendarios —dijo— son prácticamente los mismos.

"De estos y otros hechos —comenta Canales Frau—, dedujo Uhle que el origen de las antiguas civilizaciones que florecieron en este hemisferio *se encuentra en China*"³⁴. Los inmigrantes, según esto, habrían partido del sur de Pekín por el año 1200 antes de la era cristiana y ocupado México y Nicaragua (país de los chorotegas). De allí la civilización, ya firmemente asentada, se habría expandido hacia el Sur, llegando al Perú.

En el congreso de Lima, Uhle fue claro en la exposición de su pensamiento: "Todas las antiguas civilizaciones desarrolladas en este continente desde, quizá, antes de los principios del último milenio anterior a la era presente, *se deben a la inmigración de una nueva gente asiática llegada de China*". Agregó: "Esta gente, de un carácter diferente, adoraba a un dragón celeste, el cual, mandando a las nubes. . ., proveía al bienestar humano con regularidad. . ." ³⁵.

Los inmigrantes, como ya se dijo, procedían "de la región sur de Pekín" y adoraban a un dios de la figura del dragón. Pues bien, este dragón, con sus mismos atributos originales, aparece muy extendido —subraya Uhle— tanto en México y Yucatán, por un lado, como en Manta y el Callejón de Huaylas, por otro.

Coincide ello con la existencia de ceramios en forma de bota alta, típico de China, en el interior de México.

Algunos elementos del culto chino se hallan, igualmente en México, y su hallazgo ha sido también sorprendente en la base del templo de la Luna, en Moche, Trujillo.

En cerámica, como si no fueran suficientes las similitudes señaladas: hay cántaros escultóricos de China y del proto Chimú

(600 al 1000 de nuestra era) que representan guerreros claramente iguales. "El parentesco de las piezas, es evidente"³⁶.

Esculturas representando personajes sentados con extraños animales que trepan por la espalda, son de China, de los choro-tegas y del Ecuador.

"En la decoración externa del templo de Cerro Blanco, del valle de Nepeña [departamento de Ancash], han sobrevivido las figuras de las plumas de las dos alas del dragón original, predecesor genealógico del dios Tlaloc en la China y México mismo"³⁷.

Una de las pruebas más interesantes de su teoría, que exhibió en la reunión de 1939, fue la del calendario mexicano. Uhle insistió en aspectos que ya habían sido advertidos por Kroeber y que habían desconcertado al maestro de Berkeley. Sostuvo de modo terminante, sin titubeos, el "origen asiático del antiguo calendario mexicano"³⁸. Haciendo una referencia a la figura del dios de la noche, dejó dicho lo siguiente: "En los *manuscritos mayas*, la figura del dios de la noche se representa en forma de una persona sentada, de cuyo vértice está pendiente la figura de un *escolopendro* sobre la frente, *recuerdo de un famoso mito japonés*. . . En *vasos chinos* muy antiguos aparece también la cabeza del mismo insecto como signo votivo. . . En la *civilización Nasca*, la figura del escolopendro ya funcionaba como símbolo de la fuerza creadora de hombres, animales y plantas"³⁹.

En otro de sus últimos estudios, que corresponde, como el anterior, a la producción que trajo para el Congreso de Americanistas de Lima, Uhle resumió su pensamiento en términos muy precisos haciendo, previamente, referencia a otras teorías difusionistas. Se ha constatado "numerosos paralelos" —dijo— entre las civilizaciones americanas y polinesias, según Imbelloni. Graebner ha logrado determinar, desde 1920, "la profunda afinidad e identidad final entre el antiguo calendario de Java y el de los mayas". "Yo —terminó— *he establecido paralelos entre la escritura maya y la china* con el fin de encontrar el origen de aquélla en ésta. . . He podido constatar la existencia del tipo general de los signos del calendario maya en rasgos de escritura que, 1500 años antes de Cristo, o antes aún, fueron depositados en los templos chinos en huesos grabados"⁴⁰.

George Montandon, una de las eminencias de la Etnología francesa contemporánea, admite también el ingrediente chino en la formación de las altas culturas americanas, sin llegar, desde luego, a los extremos de la última posición de Uhle. Según Montandon, la cultura del gran círculo peruano-mexicano se constituyó sobre la base de elementos antiguos de los círculos *primitivo, totémico y del arco* "y con el concurso posterior de culturas extranjeras, especialmente dos: la *austronesoide* y la *chinoide*, alcanzando la cumbre por evolución propia". La lle-

gada de las influencias foráneas se habría producido, según el mismo Montandon, por la *via marítima*.

Para Oswaldo Menghin, las conexiones entre Asia y América, desde los tiempos más antiguos, deben considerarse como un hecho. Aunque hay escépticos —dice—, “muchos son los que ya no dudan de la importancia fundamental de los contactos con Asia en el desarrollo de *todas* las culturas americanas”⁴¹. Ahora bien: estos contactos no tuvieron otra forma de producirse que por migraciones, vale decir, por desplazamientos. “Las condiciones geográficas hacen muy difícil que elementos culturales. . . se hubieran difundido hacia América sin ser traídos por sus mismos portadores. . .”. De esta manera, los hechos de la arqueología prueban los movimientos de pueblos de un continente a otro.

En el siglo VIII antes de Cristo llegaron corrientes de influencia china al Perú. Este es, para el sabio austriaco ahora radicado en Argentina, un acontecimiento de la más grande importancia en la historia antigua de América. “El esplendoroso desenvolvimiento de las altas culturas, desde México hasta el Perú, fue sin duda provocado por *nuevas corrientes culturales procedentes de Asia oriental*”. Y agrega esto que es fundamental para nuestro estudio: “*Las conexiones del arte de Chavín con China son claras para los que no son ciegos, frente a los valores estilísticos*”⁴².

Entre nosotros, aquí, en el Perú, Frederic Engel es un convencido del origen chino de Chavín. Por de pronto, está al lado de Kauffmann, quien sostiene, contrariamente a Tello y Valcárcel, la *tesis aloctonista*, sobre la que se tratará en el siguiente capítulo, la cual dice que Chavín es un desprendimiento cultural del gran foco mexicano o centroamericano, no una cultura autóctona. Pero, Engel no se queda en el simple aloctonismo centroamericano sino que avanza más lejos. Dice: “El origen de la cultura Chavín es posiblemente mesoamericano o *asiático*”⁴³.

En diversos artículos y conferencias, Engel se ha mostrado interesado en destacar las *semejanzas entre Chavín y China*. En *Geografía humana prehistórica*, de 1966, agrega la siguiente observación de carácter antropométrico que puede respaldar la tesis anteriormente indicada: “Los chavinoides —dice— pertenecían a una variante física muy distinta de sus predecesores: eran braquicéfalos de cabeza ancha, de tipo *sinico*, mientras que los precerámicos eran dolicocefalos y más prognatos”⁴⁴.

Gerhard Schroeder sostiene la difusión en dos momentos del pasado de los pueblos americanos: primero, en la fase inicial de la cultura, que coincide con la entrada del hombre al continente procedente de Asia; y, después, durante el desarrollo de las altas culturas. Las semejanzas sorprendentes del material americano con artefactos euroasiáticos (lascas, raspadores, raederas, etc.),

conducen a la "conclusión de que . . . [estas semejanzas] no pueden ser pura coincidencia, sino más bien que tienen su origen en una cultura ya existente y desarrollada en Asia"⁴⁵. Este vendría a ser el *difusionismo paleolítico* o *epipaleolítico*, fundamental y reconocido por casi todos. En esta fase, América fue un desprendimiento de Eurasia. Después se produjo la *importación de las altas culturas*, también de Asia. Así, según Schroeder, *Chavin deriva del arte chino del siglo VIII antes de Cristo, arte que vino por mar*. "Conocemos —dice el autor citado— una navegación desde Kambodscha hacia Sudamérica", lo que ha sido ampliamente probado por Heine-Geldern. Concluye: "Es muy probable que los fundadores de las primeras culturas altas del Perú (Chavin, Chimú, Nasca) *vinieron por el Pacífico de Asia*, trayendo de allá una cultura y tradición superiores", que impusieron a los quechuas ya radicados en el Perú.

EL DIFUSIONISMO EN LATINOAMERICA

Reacios por razones obvias —allí, un profundo apego al cauce racial aborigen, allí también un deseo no velado de rechazar toda manifestación de influencia foránea— a admitir el difusionismo como explicación para el origen de la cultura americana, los hombres de ciencia de esta parte del continente fueron siempre decididos partidarios de la teoría aislacionista, que tan altos exponentes tuvo y sigue teniendo. Pero, en los últimos tiempos, por efecto del renovado impulso que mueve la investigación en el campo de las ciencias del hombre y también por una visión más amplia y mejor informada de los problemas, han aparecido figuras distinguidas entre los especialistas latinoamericanos, que defienden, con firme y austera convicción, libres de todo afán propagandístico personal, la tesis de la importación cultural: ora conectada a Asia, ora a Polinesia, ora a otras islas de Oceanía.

Salvador Canals Frau, de Argentina, es ardoroso difusionista: se inclina decididamente por las corrientes de influencia en la formación y desarrollo de la cultura antigua americana. "La alta cultura americana —dice— se originó por influjos recibidos . . . del Antiguo Oriente, India y China. . ."⁴⁶. Además, se inclina por la participación, también, de Polinesia: "... a través de ella —aclara—. . . llegaron las influencias que dieron origen a las altas culturas americanas"⁴⁷.

Poniéndose muy de lado de Imbelloni, insiste en la participación de los polinesios, cuyo papel tuvo repercusiones decisivas en el ámbito cultural y, limitadamente, en el humano también. La corriente *cultural y humana* llegada de las islas —expresa— "es una realidad"⁴⁸. No fueron las de los polinesios arribadas

aisladas, como han querido tantos, ni mucho menos accidentales. Fueron arribadas de "grupos no muy grandes (bien es cierto) de *avezados navegantes* que llegaron a las costas de América y se establecieron ahí".

Estas *arribadas intencionales y programadas*, del más grande mérito náutico, verdaderas proezas que todavía la historia no ha cantado debidamente para loor de sus protagonistas, no dejaron huella étnica ni cultural pura y profundamente marcada porque no formaron grandes masas inmigrantes. Fueron una *minoría*, verdadera *élite* de hombres de mar, que impuso algunos elementos, como su facultad estadopoyética y la habilidad para la construcción de edificios megalíticos desde quinientos años antes del comienzo de la era cristiana. Canals Frau dice terminante: "Consideramos los restos *megalíticos* existentes en este continente como una nueva prueba de la naturaleza polinesia de nuestra cuarta corriente de migración"⁴⁹.

Las relaciones, en suma, entre América nuclear y Polinesia, según Canals Frau, deben ser tenidas como relaciones "íntimas e intensas", "más que con cualquier otra región del Viejo Mundo", y —lo que es muy importante— como operaciones que se realizaron "en ambos sentidos"⁵⁰. De allí que fueron operaciones de *intercambio*.

El difusionismo, tan duramente combatido en México, tiene en este país, como más alto representante a un hombre-eminente de actividad múltiple, especializado en el arte aborígen tanto de América como de las islas de los Mares del Sur. Justamente, por el ancho camino del arte, Miguel de Covarrubias, que tal es su nombre, arribó al difusionismo. En su bella obra, exornada por las mayores exquisiteces, *El águila, el jaguar y la serpiente* (1961), se declara difusionista ciento por ciento. Pericot y García comenta el caso curioso de este hombre que, "a pesar de ser indigenista", es un decidido sostenedor de las ideas revolucionarias de Gladwin y Heine-Geldern.

Para fundamentar su posición, Covarrubias destaca este hecho, evidentemente de la mayor importancia y de la más alta significación, comulguemos o no con la doctrina difusionista: "Hay una gran laguna —observa— en la secuencia cultural entre los cazadores, pescadores y recolectores primitivos y los pueblos agrícolas sedentarios que desarrollan la cerámica, el tallado de la piedra, la arquitectura, etc. *La mayoría de las culturas aparecen en estado de completo desarrollo*, sin ninguna evolución claramente definida ya sea porque fueran *importadas* o por no haberse encontrado aún rastros de las etapas intermedias"⁵¹.

En la teoría de las relaciones entre Asia y Oceanía, por un lado, y América, por otro, *el mar naturalmente juega un papel fundamental*: fue la vía de enlace, no obstante los aparentes

inconvenientes de la geografía, entre los dos mundos. Después de las primeras migraciones portadoras de *sangre, elementos materiales de cultura, técnicas e ideas* (de esto último, sobre todo) —propone la teoría—, las oleadas, en realidad, no cesaron; por el contrario, durante un tiempo considerable siguieron produciéndose y así “llegaron *inmigrantes por mar* con elementos de arte y cultura asiáticos”. Además, las primeras influencias procedentes de China llegaron a América indirectamente, gracias a la participación de los pobladores de las islas del Pacífico, que no fueron propiamente los melanesios y polinesios sino los antecesores de éstos.

Al final de las sucesivas oleadas del Viejo Mundo, unas directas y otras, como acaba de explicarse, indirectas, la parte norte de América conservó un *carácter marcadamente asiático* en tanto que Sudamérica mostró un *rostro profundamente oceánico*.

Tras el ingreso del hombre, primero 25,000 años atrás, después 10,000 años antes de la era cristiana, *el aislamiento no se produjo*. “No hay motivo alguno —dice Covarrubias— para pensar en un completo cesamiento de la influencia de los inmigrantes mientras las civilizaciones americanas autóctonas desarrollaban su proceso de diferenciación. *Hay señales inequívocas de intensos contactos transpacíficos*; no cabe tampoco ignorar el *gran número de rasgos asiáticos y oceánicos*, más o menos dispersos, infiltrados en diversas culturas americanas, y la única explicación posible de su presencia es la importación y la influencia traídas por cada nueva oleada de inmigrantes. Por ejemplo, las *influencias chinas primitivas* pudieron haber llegado, no sólo directamente de Asia septentrional, sino también... *indirectamente a través del Pacífico*, digeridas ya y mezcladas con los rasgos culturales de los transmisores, los antepasados de melanesios y polinesios...”⁵².

Colombia tiene un difusionista destacado, obsecuente seguidor de las ideas de Heine-Geldern, en la persona de José Pérez de Barradas, experto notable en metalurgia y autor de obras que han alcanzado justa fama. En 1946 publicó, con gran resonancia científica por las ideas poco ortodoxas que contenía, *Origen oceánico de las culturas arcaicas de Colombia*. Con este opúsculo ingresó a las filas del difusionismo y agregó su nombre a la lista de los que creen en un nexo entre las culturas de San Agustín y las de las islas de Pascua, Marquesas y Samoa. Para definir su posición se basó, también, en las asombrosas semejanzas que hay entre los collares de cuentas cilíndricas y antropomorfas, de piedra, de Colombia y de las islas Marquesas.

En estudio posterior sobre el origen de la orfebrería colombiana, después de rechazar la teoría de Paul Rivet sobre la autonomía cultural de América y de exponer la tesis de Heine-Geldern y Miguel de Covarrubias, terminó proclamándose aban-

derado del difusionismo con las siguientes palabras: "Tan abrumadora serie de hechos *hace abandonar* la vieja idea de que el hombre americano y su cultura se han desarrollado en el más completo aislamiento y no han tenido relación alguna con el resto del mundo... hasta Cristóbal Colón..."⁵³.

En Ecuador, la tendencia está representada, entre otros, por Emilio Estrada. Estrada trabajó hace unos años con los norteamericanos Evans y Megger y es el descubridor del yacimiento de cerámica más antiguo del continente sur, llamado *Valdivia*, para el que el radiocarbono ha dado reiteradamente fechados de cinco mil años. Según los citados Evans, Megger y Estrada, *Valdivia* se relaciona con *Jomón*, del sur del Japón; la cerámica *Valdivia* habría llegado *por mar* desde el otro lado del Pacífico, hace cincuenta siglos, portada por navegantes perdidos o pescadores que fueron arrebataados por las corrientes y los vientos desde la región del *Kuroshio*.

Estrada cree, además, en las migraciones y no únicamente en los simples procesos de difusión por encadenados contactos periféricos.

En su estudio sobre la *Arqueología de Manabí central*, de 1962, señala la existencia en "la zona norte de Manabí y sur de Esmeraldas" de elementos culturales, limitadamente distribuidos en aquellas dos provincias, que revelan no sólo *similitud estilística* sino notable *paralelismo cronológico* "con elementos regados en Indonesia, China, Corea, Japón y Formosa". Deben corresponder —propone— a "una *conexión directa y por mar desde el continente asiático* o sus islas cercanas y la zona norte de la costa ecuatoriana"⁵⁴. La época de esta conexión transpácífica —agrega— gira "alrededor de la *fecha inicial de la era cristiana*".

Los elementos culturales materia de comparación con los asiáticos, son los de las culturas ecuatorianas *Bahía* y *Jama-Coaque*. La primera se desarrolló en la provincia de Manabí Sur y, la segunda, en la provincia de Manabí Norte. Las dos pertenecen al horizonte llamado *Desarrollo regional* y se ubican en el cuadro cronológico de la prehistoria ecuatoriana teniendo por eje, justamente, el comienzo de la era cristiana. Por lo tanto, la correspondencia cronológica es exacta.

La lista de elementos culturales compuesta por Estrada, comprende:

Modelos de casitas: casitas de barro cocido, de plano rectangular o cuadrado con techo de doble vertiente, a veces en forma de montura, que pueden tener en la puerta un personaje sentado. Los ejemplares ecuatorianos son extraordinariamente similares, *en todo*, a los de China, Indonesia y Japón. Los de China son del período Han, entre el 200 antes de Cristo y el 250 después de Cristo, y se los usaba como ofrendas funerarias. A tra-

vés de Corea estas casitas pasaron al Japón, donde se las llamó *Haniwa*. Modelos iguales a los asiáticos también se encuentran en las islas de Oceanía. La similitud entre los asiáticos y los ecuatorianos resulta más sorprendente aún si se tienen en cuenta los detalles arquitectónicos y el patrón invariable del techo de dos aguas. Es tal el parecido que Estrada dice que "los modelos en cerámica del período chino Han se pueden considerar como duplicados de los ecuatorianos del mismo material".

Descansanucas o almohadas, de barro cocido: artefactos muy antiguos, de amplia área de distribución, que comprende Asia, Africa y Oceanía. Los tipos ecuatorianos guardan notable similitud con los tipos chinos, indios, coreanos y japoneses del mismo material.

Pesos de red, de barro cocido: se trata de plaquetas de barro cocido, con cuatro perforaciones, que se usaban, tanto allá, en China (período Han) e Indochina, como entre los pueblos de la costa ecuatoriana, "como pesos para redes de pescar". Todos los ejemplares ecuatorianos coinciden con la cronología de las piezas asiáticas, y en cuanto a la similitud estilística y técnica, es "verdaderamente sorprendente" el parecido de los artefactos "con las mismas perforaciones, las mismas dimensiones y el mismo uso".

Orejas de barro: especies de aretes "en forma de copita con un pedestal terminado en bulto con ligera punta, que es incrustada a través de la perforación en el pabellón de la oreja". Miles hay en el Ecuador, análogos a los descritos por Edward Kidder del período *Jomón último*, del Japón.

Figurillas de barro cocido: figurillas en las que el personaje aparece sentado con las piernas cruzadas una encima de la otra, en la típica modalidad yoga. Todos los elementos, especialmente el adorno de la cabeza, el amuleto sobre el pecho, pendiendo, y la doble chiva o perilla partida, "son de características orientales". Una pieza de extraordinario valor, única, muestra al personaje con las costillas claramente salientes: sin duda, un asceta budista.

Cargador de balancín. En Manabí se halló una pieza con un dibujo inciso que muestra "un individuo llevando carga mediante el sistema del balancín, costumbre típicamente china".

En base a los elementos descritos, de un valor diagnóstico extraordinario por las asombrosas similitudes que presentan, Estrada sustenta "la teoría de un posible desembarco asiático, chino o coreano, o tal vez japonés, en las costas del Ecuador, hace poco más o menos *dos mil años*"⁵⁵. El desembarco se habría producido entre Manta y el extremo norte de la provincia de Esmeraldas. El grupo recién llegado por la vía marítima —agrega Estrada—, introdujo algunos elementos culturales y fue absorbido por los aborígenes, quienes ostentaban un nivel cul-

tural elevado. La influencia de los forasteros se perdió después, "en un tiempo relativamente corto".

Hay pruebas históricas, de la época de la Conquista, que ponen en claro el natural hospitalario de los aborígenes de las costas de Manabí y Esmeraldas para recibir a gentes forasteras. Por consiguiente, se puede admitir un recibimiento cordial a los asiáticos llegados en los comienzos de la era cristiana.

La teoría de Estrada tiene fundamentos geográficos. Se apoya en la *corriente del Japón*, que puede arrastrar una embarcación desde las costas asiáticas hasta las americanas, tocando primero en California para seguir, luego, por Centroamérica, hasta "justamente cerca de Manta". La corriente del Japón tiene, además, vientos favorables; "nos inclinamos, por lo tanto, a pensar en esa ruta como la probable para los contactos transpacíficos de Asia a América".

Otro apoyo para la teoría lo da el hecho de que las balsas de la costa ecuatoriana son parecidas a las balsas de Formosa. El parecido radica precisamente en el uso de las *quillas múltiples* "como aditamento de las balsas a vela" (de lo que se tratará en el capítulo décimo sobre navegación).

José Imbelloni, uno de los principales orientadores de los estudios sobre Etnología, Antropología y Prehistoria en Argentina, sostiene desde hace medio siglo, con acopio formidable de datos y una erudición de asombrosos alcances, la teoría de la llegada a las costas occidentales de América, especialmente a las del Perú, *por mar*, desde las distantes islas de Oceanía, de grupos reducidos pero altamente influyentes de polinesios, portadores de elevadas manifestaciones de cultura que prendieron prontamente en el suelo americano. Para Imbelloni, la presencia de los polinesios en el Nuevo Mundo es de una evidencia axiomática, total.

Hace más de cuarenta años, en una de sus primeras obras medulares, *La Esfinge indiana*, afirmó ya el origen oceánico de cierta parte de la estructura cultural aborígen americana. "El contingente humano que organizó el Estado fue oceánico, y oceánica es la lengua que habló y que fue impuesta al pueblo; oceánicos sus elementos culturales, sus dioses y sus armas"⁵⁶. Subrayó en la misma obra que aquélla no fue una migración de masa en movimiento sino una "minoría selecta y activa, notablemente aguerrida y disciplinada... Los clanes guerreros de Polinesia impusieron rápidamente su predominio sobre pueblos impreparados, amorfos y discordes...".

En los años siguientes a la publicación de este libro fundamental, Imbelloni ha seguido puliendo la teoría, incrementando las pruebas y acopiando mayor información en respaldo de sus ideas. Particularmente ha insistido en ciertos elementos ergológicos que considera de la mayor importancia probatoria.

Canals Frau, profundo conocedor de los trabajos de su maestro, considera que la teoría de éste sobre la presencia de los polinesios en América se confirma por un cúmulo de elementos comunes a una y otra parte, sin duda originarios de los pueblos oceánicos y que *llegaron por la vía marítima portados por audaces navegantes*, entre los que descuellan los siguientes: el *mere*, o arma de piedra en forma de espátula, con mango perforado para cordel de sustentación; el *toqui*, otra arma igualmente trabajada en piedra, considerada en Oceanía como símbolo de autoridad; las construcciones de tipo *calasasaya*, caracterizadas por un simple cerco de piedra para constituir lugares ceremoniales o de reunión; el *camote* o *batata*, tubérculo comestible altamente estimado y conocido tanto en América como en Polinesia con el nombre de *kumara* (según Imbelloni, originario de Oceanía y propagado por el hombre hasta América); finalmente, la *figura mítica, antropomorfa, con la lengua afuera*, que aparece "en gran parte del área de las altas culturas americanas, tanto en tejidos peruanos como en las pinturas de numerosos vasos de Nasca". Pues bien: "este motivo es propio de Polinesia, donde aparece tanto en figuras talladas de madera que adornan las casas *maories* como en las cabezas humanas con que rematan los *hani* o varas de autoridad de los caciques"⁵⁷.

Imbelloni ha prestado especialísima atención al instrumento llamado *mere* y hecho de él un prolijo estudio. *Mere* es el nombre maorí que señala a la *clava-insignia* de piedra, que usan los régulos como emblema de mando. Se encontró una de estas clavav cerca de la localidad de Villavicencio, en Mendoza, Argentina, de "perfil lateral a guisa de cuña, con botón ampliamente diferenciado y mango grueso, de sección ovalada, hacia las formas cilíndricas". Esta pieza, cuidadosamente descrita por el sabio argentino, es semejante a otra que fue hallada en la cuenca del río Limay (territorio del Nuequén), rota, y que F. P. Moreno identificó como de "tipo polinesio" y Ambrosetti "*de origen peruano*", llevada allí por los conquistadores incas.

Para esa determinación *filogenética*, Ambrosetti se basó, a su vez, en una pieza análoga "hallada en un sepulcro del Cusco", cuyo dibujo incluyeron Rivero y Tschudi en su obra *Antigüedades peruanas*, de 1851. Excepcionalmente cuidadoso en sus observaciones y análisis tipológicos, Imbelloni advierte, sin embargo, que la comparación de la pieza de Limay con la del Cusco fue errada porque el *hacha* de Limay, rota, a la que le faltaba un lado, no es de tipo *mere onewa* sino que, reconstruida, se acerca al tipo cuchillón o rozón, llamado en lengua maorí *mere okewa*.

De todos modos, se trata de una *morfología típica de la Oceanía*, de Nueva Zelanda y de las islas Chatham, que prueba, tanto como otras formas, los *contactos polinesios*⁵⁸.

En un estudio sobre el *mere*, publicado en el *Journal of Polynesian Society*, Imbelloni hace un recuento detallado de todos los hallazgos efectuados en América de piezas de origen oceánico, que prueban las relaciones comerciales o de intercambio cultural entre ambos mundos. Entre Vancouver y México (ob-sérvese que sólo se dan estas piezas en el lado del Pacífico) se han encontrado hasta trece objetos de los tipos *patu onewua*, (simple); *mere*, *patu* y *patu pararoa*. En Sudamérica sólo se han hallado siete, de los cuales tres en el Perú: uno probadamente descubierto, como ya se dijo, en el Cusco, y dos de procedencia imprecisada, del tipo *patu onewa*. Todos, de morfología *espatular* inconfundible, iguales a los que se siguen usando en Nueva Zelanda como signo de poder. Todos, pertenecientes "al grupo de creaciones de la industria de piedra pulida... cuyo foco de dispersión reside en las islas de la Oceanía, particularmente el grupo de Nueva Zelanda y el grupo Chatham"⁵⁹.

Comentando los trabajos de Imbelloni, Martínez del Río dice: "La *evidencia decisiva* de contactos habidos entre los polinesios y el Nuevo Mundo nos la proporcionan ciertos mazos o *patu*, para llamarlos con el nombre que se les aplica en el Pacífico... Estos artefactos varían mucho en su forma y también en lo que se refiere al material de que se hallan hechos: piedra, hueso de ballena y madera. Los mazos de la familia *mere* se distinguen por su forma, forma que se parece a la de una espátula. Ahora bien, *es innegable que varios mazos de esta especie han sido descubiertos en América*"⁶⁰. Partiendo de la revelación de los *mere*, supónense dos arribadas de polinesios a América: una cerca de la boca del río Columbia y otra en las costas de América del Sur.

Termina Martínez del Río diciendo que *el caso de los mazos está plenamente comprobado* y es una *prueba definitiva de que los polinesios llegaron a América*.

El objeto, originario de Oceanía, pasó a América con su nombre. Imbelloni destaca que *el área isoglosemática se extiende al Perú*, lo que revela el contacto con Polinesia⁶¹.

HEYERDHAL. OCEANIA POBLADA DESDE AMERICA

En 1947, Thor Heyerdahl, con cinco bravos acompañantes a los que ganó por el ofrecimiento de una aventura extraordinaria, jamás realizada en los anales de la navegación moderna, salió en una balsa, construida a la exacta manera antigua (como las de los tumbesinos de la época anterior a la llegada de los españoles), desde el puerto del Callao, con destino a la Polinesia, ante el asombro del mundo entero. Se proponía cubrir, impedida la rústica embarcación sólo por los vientos y las corrientes

marinas —que previamente había estudiado de modo muy cuidadoso—, el ancho mar (seis mil millas) que separa la costa americana de las islas de la Polinesia oriental (las Marquesas, por ejemplo, o las Tuamotú, o las islas de la Sociedad, a las que pertenece la incomparable y legendaria Tahiti), para probar que los primeros habitantes de esas islas no habían llegado, como se creía —y se sigue creyendo todavía—, del Oeste sino del Este, es decir de América.

Al cabo de ciento un días de navegación, la balsa *Kon Tiki*, con su tripulación completa y animosa, embarrancó en los arrecifes coralinos de *Raroia*, del archipiélago de Tuamotú, culminando, así, una hazaña sin paralelo. Heyerdahl pudo escribir entonces, con esta experiencia única —que otros han imitado después, elevando más el mérito de los iniciadores—, lo siguiente: “Mi teoría de la migración, como tal, no quedó demostrada . . . Lo que sí probamos es que las embarcaciones de balsa sudamericanas poseen cualidades que hasta ahora habían sido desconocidas por los hombres de ciencia modernos, y que las islas del Pacífico están situadas muy al alcance de las embarcaciones prehistóricas del Perú”. Además, demostró que “los pueblos primitivos son capaces de hacer travesías inmensas por el mar abierto . . .”⁶².

Heyerdahl, con su proeza náutica y sus libros, publicados poco después, desató una verdadera tempestad, mereciendo los más entusiastas calificativos por parte de sus panegiristas y los términos más duros de sus detractores. La mayoría dijo que su travesía había sido sólo una hazaña deportiva, pero un afamado tratadista hizo una salvedad, justa y oportuna: una hazaña deportiva —dijo— “pero con tremendas resonancias científicas”⁶³. “Hoy nos consta, gracias a esa expedición, que, a favor de vientos y corrientes, la travesía de grandes trechos de mar, superiores a los tres mil kilómetros, en toscas embarcaciones, *no es tan irrealizable como se había supuesto*”.

Según Heyerdahl, Polinesia se pobló principalmente por gente salida de las costas occidentales de América. Su difusionismo, por consiguiente, en su parte más novedosa, es de sentido contrario al tradicional: el Pacífico fue escenario de movimientos de pueblos pero no de Oeste a Este sino, al revés, de Este a Oeste, *siguiendo la ruta del Sol*.

“La esencia de la argumentación [de Heyerdahl] es la siguiente: todo el difusionismo se basa en unos supuestos viajes transpacíficos *desde las costas asiáticas a través de las islas oceánicas*. Estos viajes se habrían realizado contra el viento y contra las corrientes, lo que desde el punto de vista de la navegación primitiva resulta inverosímil. En cambio, si pensamos que vientos y corrientes favorecen los viajes de Este a Oeste, basta imaginar que desde América se pobló o colonizó la Poli-

nesia, con lo que quedan de golpe resueltas la mayoría de dificultades que el estudio de los paralelismos oceánico-americanos presentaba"⁶⁴. Desde luego, no basta con indicar la dirección de las corrientes marinas ni de los vientos. No porque las corrientes y los vientos sigan determinada dirección, ese va a ser el curso observado por las migraciones. No puede llegarse a esta extrema posición determinista de someter los hechos de la cultura y la historia a las circunstancias geográficas. Lo fundamental en este caso es precisar el *origen de los polinesios*. En esto, Heyerdahl está contra las teorías más aceptadas y rompe con los postulados de la prehistoria y la etnología oceánicas en aras de su idea sobre la *migración de Levante a Poniente*. Sostiene, en primer lugar, que los polinesios no tienen nada de común con los malayos y premalayos desde el punto de vista antropológico, ni con los australomelanesios. Por consiguiente, no derivan étnicamente del Oeste. En segundo lugar, niega toda vinculación lingüística entre ambos sectores de población oceánica. Los parecidos, en todo caso —dice—, o las palabras comunes con la gran familia austronésica, son consecuencia de préstamos ulteriores a la migración. Finalmente, destaca, en abono de su teoría, como hechos probatorios, que los polinesios desconocían elementos culturales básicos del Oeste, como la metalurgia, la alfarería, el telar, la rueda, el arco arquitectónico, las bebidas alcohólicas, el betel para mascar y el arroz. De estas ausencias fundamentales, y tomando como otro apoyo la revelación de las tradiciones, mitos y leyendas —a más de la posibilidad de las travesías en embarcaciones primitivas, que él demostró con su audaz viaje en la *Kon Tiki*—, deduce que los grupos que poblaron Polinesia no llegaron del Oeste, de las islas próximas al Asia, o del Asia misma, sino del Este, *de por donde levanta el Sol*; es decir, *llegaron no de Indonesia sino de América*.

De esta suerte, por ejemplo, las islas Hawaii fueron inicialmente ocupadas por gentes salidas de las costas del *Noroeste americano*, que *cruzaron el mar* y llegaron a las citadas islas alrededor del siglo VIII de nuestra era. Más tarde, los mismos grupos, ya debidamente afincados en el medio oceánico, emprendieron la travesía, por el siglo X, hacia el Suroeste, tocando en otras islas, que fueron poblando, y llegaron finalmente, tras una hazaña de navegación sin paralelo, hasta el grupo de Nueva Zelanda, que se convirtió en el confín occidental y meridional de los polinesios.

Este esquema de poblamiento no lo admite la Etnología tradicional, para la que el foco de dispersión humana estuvo en el Oeste, en la región de las grandes islas que se desprenden del Sureste asiático. Pero, en los últimos tiempos algo de la teoría de Heyerdahl ha aceptado esa Etnología ortodoxa, como se desprende de la siguiente opinión de un autor bien informado:

“El poblamiento de los islas del Océano Pacífico demoró un largo período. Hoy se considera que la mayor parte de los pueblos que ocuparon estas islas, *emigraron del Sudeste de Asia*, y que sólo en *forma ocasional* se produjeron viajes desde el Perú y la *Columbia Británica hacia la Oceanía*, llevando tradiciones y usos sociales que se incorporaron a la cultura nativa de los pueblos del Pacífico”⁶⁵.

La teoría anteriormente expuesta de la procedencia de los polinesios del noroeste de América del Norte, y en general, de la costa occidental del Nuevo Mundo, se basa, sobre todo, en los parecidos tecnológicos y artísticos y en los muchos elementos en común que tienen las dos áreas culturales. He aquí una lista general de tales elementos: azuela; casas rectangulares y fachadas decoradas con entrada entre las piernas de un ídolo y la figura de un antepasado; mazas de los tipos *mere* y *patu* (de las que se ha tratado anteriormente con referencia a los estudios de Imbelloni); la lengua como símbolo de la guerra; fortificaciones con empalizadas defensivas; demonios con lengua afuera; gran afición por la talla en madera; técnicas de pesca con anzuelo, semejantes; cocimiento de alimentos con piedras recalentadas y bajo tierra; deformación de la cabeza; tatuaje; mutilación; sociedades secretas; prácticas de canibalismo; prohibiciones (*tabú*); la creencia de que el alma, al morir, va a Occidente⁶⁶.

¿LOS PERUANOS POBLARON PASCUA?

Uno de los puntos más interesantes de la teoría de Heyerdahl es el que se refiere al *poblamiento prehistórico de la isla de Pascua por gentes salidas del Perú*. Se basa en las siguientes razones:

Primera: la tradición de los pelirrojos. Según esta tradición, fueron éstos, hombres blancos y barbudos, los primeros en llegar a las islas Marquesas y otras vecinas. Coincide la descripción con la leyenda andina de los *viracochas*, según la cual los miembros de la clase dominante del Cusco diferían por la tez blanca y el color del cabello de la mayoría de los indios, los cuales eran morenos y de escasa estatura. Heyerdahl recuerda que cuando llegaron los españoles al Perú, fueron llamados por los indios con el nombre de *viracochas*, porque, viéndolos blancos y barbudos, los confundieron con los auténticos *viracochas* de la antigua tradición y diéronlos por regresados.

Segunda: en la misma tradición, antes del reinado del primer Inca, el dios solar *Con Ticci Viracocha* abandonó su reino del Perú y *se hizo a la vela en el Pacífico* con sus acompañantes.

Viajó hacia el Oeste, “desvaneciéndose como la espuma sobre el mar”.

Tercera: los viracochas de la tradición, blancos y barbudos, aparecieron en el Collao y fueron los constructores, mucho antes de los Incas, de los monumentales edificios de *Tiahuanaco*, con *grandes estatuas antropomorfas de piedra*. Después, por la ruta del Cusco, pasaron al Norte y de allí al mar, con su caudillo a la cabeza, desapareciendo en la vastedad de las aguas.

Cuarta: la *clase dominante en el Perú*, en la época de los Incas, *se deformaba las orejas* para publicar su rango. Igual costumbre tuvieron los primeros y más civilizados pobladores de la isla de Pascua, a los cuales la tradición llama *orejas-largas*, en contraposición de los *orejas-cortas* que formaron la plebe. Además, la tradición de los *orejas-largas* de Pascua afirma que la costumbre de alargarse los lóbulos auditivos vino de fuera. “El primer rey de la isla —explica Heyerdahl— llegó a ésta en compañía de numerosos *orejas-largas* y *en una embarcación de alta borda*, después de navegar durante sesenta días hacia el punto por donde se pone el Sol, *realizando una travesía iniciada en Oriente*”⁶⁷.

Quinta: los pascuenses, según el testimonio arqueológico, utilizaron embarcaciones grandes para trasladar sus estatuas de piedra, del peso de varias toneladas, de un punto a otro. Para ello, contaron no sólo con caminos pavimentados sino, lo que es más importante, con *embarcaderos*. En América, los constructores de Tiahuanaco también usaron el transporte por embarcaciones de totora. Así fueron llevados de las canteras a los sitios previamente escogidos para la edificación, los grandes bloques de piedra.

Sexta: los antiguos pobladores de la isla de Pascua usaron la *totora* para la construcción de embarcaciones, y la costumbre se mantiene hasta nuestros días, aunque ahora sólo en pequeñas balsas semejantes a los *caballitos* de la costa Norte del Perú. La planta de Pascua es la misma que la del Perú (*Scirpus totora*) y, según Heyerdahl, fue llevada del Perú a la isla por los primeros emigrantes.

Sétima: el camote o *kumara* que hallaron los primeros europeos en la isla de Pascua (la planta más importante que se cultivaba allí en el siglo XVIII), es igual al que se cultiva en el Perú. Fue llevado del continente a la isla por los peruanos, “mediante un cuidadoso transporte”.

Octava: tanto los predecesores peruanos de los incas como los incas mismos fueron *excelentes navegantes*. Con sus balsas y otras embarcaciones cumplieron extraordinarias travesías de alta mar. Llegaron regularmente a las islas Galápagos (sostiene Heyerdahl) y alcanzaron la Polinesia.

Novena: el avance de los grupos fue de Este a Oeste por razón de las corrientes, y sólo más tarde, cuando ya la navegación había alcanzado un alto nivel de desarrollo, se efectuaron viajes al revés, de Oeste a Este.

En el extremo sur de la isla de Pascua hay un lugar que se llama *Vinapu*. Allí hay testimonios arqueológicos de la más grande importancia, que Heyerdahl considera probatorios de su teoría sobre la llegada de indios americanos con experiencia en la edificación de muros de piedra de imponente grandeza. Todos los exploradores y viajeros que han visto aquella obra de sillería, han quedado sorprendidos ante su notable semejanza con las construcciones de piedra del imperio de los Incas. Esta sorpresa la experimentamos también nosotros en nuestro viaje de 1967⁶⁸. "No existe nada similar en las decenas de millares de islas esparcidas en el inmenso Pacífico. *Vinapu* se alza como un reflejo de las obras maestras más clásicas de los predecesores de los incas, lo cual resulta especialmente significativo si se tiene en cuenta que está en la isla más próxima a las costas del antiguo imperio incaico"⁶⁹.

Heyerdahl se pregunta antes de proponer la teoría: "¿Y si fueran los soberbios constructores del Perú los autores de aquella obra? ¿No podía ser, por ventura, que los descendientes de aquellos artífices hubieran sido los primeros en desembarcar en la isla de Pascua y tallado los gigantescos bloques que forman sus muros?". De inmediato, el propio Heyerdahl se contesta: "*las pruebas a favor de esta tesis son elocuentes*".

Practicadas por los arqueólogos de la expedición de Heyerdahl (1955) las excavaciones del caso ante los muros de *Vinapu*, se vio que la obra pertenecía al primer periodo de la isla, lo que indicaba que fueron *hombres de la estirpe incaica* —dice el entusiasta explorador noruego— *los primeros en llegar a la isla tras una larga navegación*: "El muro central de *Vinapu* ... de una sillería clásica, pertenecía al más antiguo periodo arquitectónico ... El *ahu* fue posteriormente reedificado y ampliado dos veces por unos arquitectos mucho menos hábiles que ya no dominaban la complicada técnica de los incas".

De los resultados de la excavación se dedujo que en la prehistoria de la isla había *tres periodos*, correspondiendo al primero "un pueblo de cultura altamente especializada que poseía la técnica típica de los incas en el trabajo de la piedra", el cual había realizado las grandes construcciones de sillería, como la del *ahu* de *Vinapu*. "Sus edificios clásicos no tenían paralelo en la historia posterior de la isla". Después vino un segundo periodo, al que corresponden las grandes estatuas del *Rano Raraku*; y finalmente, un tercer periodo, con la llegada de hombres salvajes que impusieron tras siglos de civilización, el canibalismo.

Como especulación, es muy interesante la teoría expuesta, pero ella se desmorona por falta de concordancia cronológica con los hechos de la historia americana que forman su punto de partida. En efecto: según Heyerdahl, el hombre arribó a Pascua, con tradición de sillería, por el año 400 después de Cristo⁷⁰. Decir que esos hombres son *incas*, resulta incongruente porque los incas, según las más puntuales fuentes, fundan el imperio sólo en el siglo XII.

A pesar de las críticas y de los recios vientos de refutación que doblan su teoría, Heyerdahl insiste. Recuerda que las excavaciones de los años 55 y 56 revelaron que "los constructores de los hermosos *muros incaicos* del primer período (de la prehistoria de Pascua) habían esculpido estatuas distintas de los famosos gigantes pétreos del Rano Raraku". En realidad, las nuevas estatuas halladas en el *ahu* de Vinapu *se emparentaban, no con los colosos que tanta fama han dado a la isla, sino con las estatuas de Tiahuanaco*, tanto por la técnica como por el estilo. De esta suerte, "el árbol genealógico de aquellos hombres de piedra brotó gracias a una *ráfaga del mundo exterior* que trajo ideas y técnicas a la isla, a la vez que aportaba la *arquitectura clásica*"⁷¹.

A su audaz teoría, agregó Heyerdahl un mapa de distribución del *arte escultórico antropomorfo de piedra*. Según este mapa, el área de las estatuas cubre América central, América andina (hasta Bolivia) y la Polinesia oriental (Pascua, Pitcairn, las Marquesas y Raivaevae). La difusión de esta técnica estatuaria fue *de Este a Oeste*, es decir, de América a Polinesia (ello, porque en ese sentido son las corrientes del mar y del viento). Por si no fuera bastante para esta interpretación el argumento geográfico, el testimonio arqueológico demuestra que la propagación en la Polinesia fue de Este a Oeste y no al revés. En efecto, el radiocarbono ha revelado que las estatuas de las Marquesas fueron levantadas por el año 1300 de nuestra era, o sea, *novecientos años después del establecimiento del hombre en la isla de Pascua*, hecho que ocurrió por el 400⁷².

PUEBLO DE NAVEGANTES TRAJO LA AGRICULTURA DE ASIA

Kunz Dittmer sostiene, basado en consideraciones de las que en seguida se hará un resumen, que la agricultura fue traída de Asia unos dos mil años antes de la era cristiana, por un pueblo que empleó la vía marítima para su propagación. Este pueblo no habría traído en sus barcas las plantas de cultivo sino solamente el conocimiento de la técnica y, quizá, los instrumentos. Lo que se difundió fue, entonces, la *idea de la agri-*

cultura, la que tuvo en América —entre otros, por el pueblo peruano— una inmediata y próspera acogida.

Otros autores, sin pertenecer al grupo de Dittmer —quien ejerce poderosa influencia en Alemania desde el Museo de Etnología de Hamburgo— sostiene lo mismo. “Es posible —apunta Jacquetta Hawkes en la Primera Parte de la monumental *Historia de la Humanidad* de la Unesco (1963)— que la *idea general* de la agricultura llegara al Nuevo Mundo desde el Viejo . . . Desde luego, los materiales y métodos de la agricultura tuvieron que ser descubiertos e inventados independientemente en América. Todas las especies de plantas eran indígenas o (en el caso de la calabaza) habían sido introducidas naturalmente por las corrientes marinas”⁷³.

Volviendo a Dittmer, cuyos estudios vamos a exponer, se pregunta en su muy difundida *Etnología general*: “¿Los indios americanos inventaron por su propia cuenta la agricultura con todos los elementos culturales que le corresponden . . . o se la deben al Viejo Mundo?”⁷⁴. No hay sino dos posibilidades: o la agricultura de América es el resultado de un proceso de creación independiente o es el resultado de un proceso de difusión que tuvo su origen en el Viejo Mundo.

Dittmer expone las siguientes consideraciones de hecho:

Primera: entre las culturas agrícolas del Viejo Mundo y de América “existe una gran cantidad de coincidencias en todos los campos de la cultura material y espiritual que, con algunas excepciones, no pueden explicarse como fenómenos convergentes”. Agrega al respecto: “Son muy probables, y en algunos casos incluso ciertas, las relaciones histórico-culturales entre la mayoría de estas líneas paralelas del Nuevo Mundo y del Viejo Mundo”.

Segunda: “Las manifestaciones culturales se presentan en América casi siempre de golpe, sin fases preliminares ni etapas de previo desarrollo”. (Según Dittmer, los precedentes de la agricultura aborígen americana no existen, como no existen, por ejemplo, los precedentes de la cerámica).

Tercera: si ha habido transmisión de un *complejo de elementos culturales* (mitos, estilos, técnicas, etc.), no cabe pensar que los portadores de tales elementos hubiesen prescindido “de los *métodos de cultivo* que conocían”.

Cuarta: “Las culturas agrícolas americanas tuvieron como centro de origen la región mesoamericana *cercana al Pacífico, hacia la que llevan varias corrientes marinas y aéreas* desde el Viejo Mundo”. Dittmer insiste al respecto: “Algunas tradiciones de los indios [americanos] cuentan la *inmigración por mar* (desde occidente)”.

Quinta: la agricultura en América es *tardía* con respecto a la del Viejo Mundo. Su desarrollo, además, es “a saltos” como

resultado de aportaciones de pronto llegadas, *no aquí elaboradas*: “la fase recolectora... llegó a ser de repente una muy desarrollada cultura agrícola...”, de la que surgió la cultura arcaica y, al final, la cultura de alto nivel.

De estas cinco consideraciones se desprende, según Dittmer, que el alto logro alcanzado por la agricultura americana aborigen, no obstante su condición *tardía*, sólo se explica “*si la consideramos resultado de las repetidas influencias del Viejo Mundo*”⁷⁵.

Falta en América la agricultura embrionaria. Se presenta la agricultura desde un principio, “en estado muy evolucionado” —subrayan los etnólogos difusionistas de Hamburgo—. De otro lado, los lugares de agricultura incipiente deben ser considerados como fases *degenerativas* por incapacidad de los recolectores primitivos para acoger el cultivo.

La difusión, empero, no fue de las plantas sino de la técnica simplemente, vale decir, de la *idea del cultivo*. “Quienes defienden una *invención independiente* de la agricultura en América, señalan el hecho de que las principales plantas alimenticias indígenas... son de *origen americano*”. “Pero... hay que contar con la posibilidad de que las plantas alimenticias, traídas después de todo en muy pequeñas cantidades *en las barcas* de los probables inmigrantes, no podían florecer de inmediato, o que antes de que se adaptaran al nuevo medio fueran empleadas como alimento, de tal modo que se verían obligados a cultivar plantas aborígenes como sustituto”. De esta manera, *la técnica agrícola fue traída y aplicada en plantas americanas* similares a las del Viejo Mundo. Las del Viejo Mundo, “sirvieron de modelo”.

Anticipándose a una crítica inevitable a la que han tenido que hacer frente todos los difusionistas, Dittmer dice que las *ausencias* no afectan en ninguna medida la teoría; y no la afectan porque esas ausencias se explican por la *imposibilidad del transporte marítimo, a través del Pacífico, en barcas, de ciertos elementos*: animales, por ejemplo (bóvidos domesticados). En algunos casos, además, la *tradición se perdió* dados “los larguísimos periodos de desarrollos independientes *posteriores* y separados de los antiguos fundamentos culturales”⁷⁶.

Toca, en seguida, Dittmer, con suma destreza, el problema de la *filiación cultural*, otro de los problemas fundamentales del difusionismo. Contra lo que se ha venido diciendo —expresa— la relación no es con las *altas culturas* del Viejo Mundo (Egipto, Fenicia, Babilonia) ni con la Polinesia (cuya influencia es tardía y muy específica) sino con el *círculo cultural megalítico* de Asia, “*que constituye la base del desarrollo autónomo de las altas culturas americanas*”⁷⁷. Así, la pirámide mexicana no deriva de la egipcia sino que ambas derivan de una *forma arcaica*:

“ambas son puntos extremos de un largo desarrollo independiente, si bien provienen de un *mismo fundamento*”.

Tocante a la ruta seguida por la corriente de difusión, Dittmer descarta la de Bering y propone, como única, la *marítima*. Quizá los portadores de la técnica del cultivo navegaron con sus ideas por la corriente del *Kuroshio*, “que se forma entre las Filipinas y el Japón y desemboca en la costa californiana”; quizá lo hicieron por la contracorriente ecuatorial, “que va de Indonesia a Micronesia hasta Mesoamérica”; o por la corriente del Pacífico Sur, que forma parte del gran giro oceánico del Pacífico meridional y que, partiendo “del centro de Polinesia y Nueva Zelanda, llega hasta Chile y el Perú”.

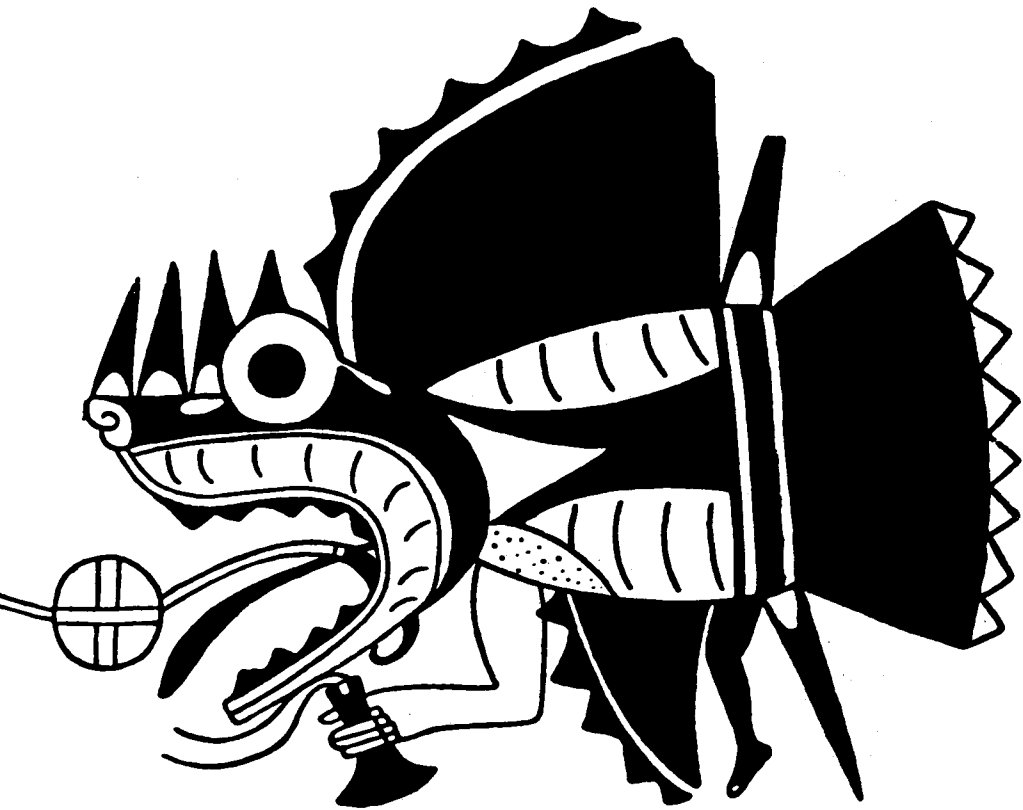
Surge, después, la pregunta *¿cómo?*, y en la respuesta que da Dittmer encontramos la parte más interesante de la teoría para nuestro estudio. Si antiguos hombres de mar del Pacífico occidental, de la fachada asiática e indonesia de este océano, llegaron a ocupar, *en frecuente navegación contra el viento* (que conocían perfectamente por siglos de ejercicio), las más diminutas y perdidas islas del “gigantesco desierto acuático del Océano Pacífico”, no hay inconveniente para pensar que también —y casi de modo necesario (subraya Dittmer)— pudieron arribar a las costas de América. No hacerlo, habría sido, por el contrario, una inexplicable frustración de su indudablemente osada pero plenamente factible empresa náutica.

Fueron estos *pueblos antiguos* tan diestros en el arte de la navegación como los actuales *polinesios*, por cuanto, como éstos, alcanzaron todo el ámbito geográfico colonizable del Pacífico, sin soslayar la más diminuta y alejada isla del inmenso archipiélago. Ahora sabemos, por Friederici y Heine-Geldern, que estos antiguos pueblos, emparentados a los del sudeste asiático, *eran capaces de grandes expediciones marítimas*, dado que tenían embarcaciones con excelentes aparejos, otras con *batanga* para evitar la volcadura (dispositivo inventado en los ríos de Indochina, según Heine-Geldern) y también “grandes barcas de tablones (o *falcas*) para la navegación por alta mar”⁷⁸. Pertenecientes a la *cultura marítima del gran círculo megalítico*, estos pueblos antiguos, además, se distinguieron “por su temeraria navegación por alta mar”.

¿Cómo fue la llegada de estos grupos al continente americano? Cuando estos grupos llegaron a América en sus barcas formando flotillas, hallaron una población de *recolectores*, muy rala, que vivía principalmente de la pesca, de los mariscos y de los frutos, semillas y raíces de la vegetación silvestre. *Militarmente* no pudo haber rechazo porque los aborígenes “formaban una población . . . infinitamente inferior en cuanto a armamento, organización y número . . .”. *Culturalmente* tampoco hubo rechazo porque la conducta hostil de los pueblos

Un personaje con vistosa diadema y cinturón de serpiente bicéfala, lucha denodadamente con el demonio-pezu de enormes aletas y que ha entrado al combate armado de un tumi o cuchillo. El personaje se sirve de una larga línea provista de un grueso anzuelo y un flotador esférico. Impresiona la escena por la desproporción entre el tamaño del personaje y el tamaño del demonio-pezu, pero éste parece haber caído y la derrota lo enardece. (La representación mítica es de un vaso mochica, cuyo calco ha sido tomado de Gerdt Kutscher, *Chimu. Eine Altindianische Hochkultur*. Berlín, 1950, Gebr. Mann Verlag. Reproducción autorizada).





recolectores en casos de invasión de pueblos avanzados, casi nunca se produce, salvo mediando agresión. La acogida, por lo general, llega a extremos de provocar estados de verdadera *simbiosis social* y de *respeto sumo* con obediencia, subordinación completa y aun veneración mágica. (Tal podría ser el origen del la tradición tan arraigada en el Perú de los *viracochas*).

En suma: "... no debió ser difícil para posibles inmigrantes del Viejo Mundo llegar a través del Océano Pacífico a América, mantener su nivel cultural y adaptarse cultural y racialmente a los habitantes aborígenes".

Producido el arribo, no se regresó al punto de partida ni se mantuvo la conexión con la patria lejana porque *la razón del viaje era "descubrir nuevas tierras de colonización"* por presión demótica desde occidente, que obligaba a partir hacia oriente no en viaje de recreo ni de mera exploración ni aventura sino *de establecimiento definitivo*.

Todo esto tuvo su origen, según Dittmer, por el 2000 antes de Cristo. Comienzan por ese tiempo grandes movimientos de pueblos en Asia, que ejercen fuerte *presión migratoria* partiendo de las estepas. El orden demótico asiático (China, India) se altera profundamente durante el segundo milenio anterior a Cristo y las poblaciones primitivas del sur de China retroceden a Indochina e islas frente al continente. Sigue la presión y las *poblaciones antiguas*, inevitablemente, desbordan hacia la Oceanía, *por el mar*. "De este modo, pueblos y culturas del Sur, Sureste y Este de Asia llegan, desde Indochina, hasta las regiones insulares de Oceanía aún antes de la formación de las culturas indígenas americanas, gracias a toda una serie de mezclas y migraciones"⁷⁹. Más tarde, las presiones siguieron y nuevos movimientos se desplazaron "hacia Oceanía".

Finalmente, todo este cuadro de movimientos de pueblos coincide —dice Dittmer— con la iniciación de las culturas agrícolas arcaicas de Meso y Sudamérica: mediados del segundo milenio anterior a la era cristiana, es decir, por el 1500 a. C., aproximadamente.

REFUTACION A LA TEORIA DE DITTMER

Juan Comas y Oswaldo Menghin, entre otros, han refutado la teoría de Dittmer acabada de exponer. El primero, sobre todo, en un trabajo publicado en 1961, hizo ver que la agricultura en América no aparece, como dice el etnólogo de Hamburgo, *de repente* sino que muestra fases de aparición y desarrollo embrionario con formas de *horticultura migratoria* que se dan simultáneamente con prácticas de caza y recolección, precisamente en el Perú.

MIGRACIONES TARDIAS Y CONTACTOS TRANSPACIFICOS

Por lo demás, la cronología de la agricultura en América ha variado considerablemente en los últimos años por los estudios fundamentales que se han hecho en este campo. A la luz de los últimos descubrimientos, ya la agricultura americana no es lo reciente (*tardía*) que se creía antes. Los trabajos de MacNeish en Tehuacán y de Engel en la costa peruana, han revuelto completamente el cuadro tradicional. Ahora se sabe que tanto en México como en el Perú, independientemente, hubo comienzos agrícolas hace no menos de 6,000 años.

En 1946, Bird alertó a los especialistas con sus descubrimientos de *Huaca Prieta*, en el valle de Chicama (costa norte del Perú), que revelaron un pueblo que pescaba y *cultivaba* (cultivo amplio y variado) hace no menos de 4,500 años.

Engel tiene fechados de asombrosa antigüedad (8,000 años) tanto para el pallar (*cultivado*) de Paracas (Pampa de Santo Domingo) como para el camote de Chilca. Serían productos de formas primarias del trabajo de la tierra, pero trabajo, al fin y al cabo, enrumbado *hacia la agricultura*.

Todos estos hechos no han llegado al conocimiento de Dittmer y desbaratan las pretensiones de su teoría.

Es de toda evidencia que, en el estado actual de nuestros conocimientos, no puede decirse que la agricultura en América es tardía. Toda la poderosa atracción de la teoría de Dittmer empalidece con este hecho hartamente probado. Sin embargo, aun para los críticos de Dittmer, la teoría de éste mantiene en parte su valor en cuanto define en forma clara un cuadro de *contactos comerciales* entre los pueblos de Asia y Oceanía por un lado, y América por otro, *contactos por la vía marítima* que hoy, como dice Comas, son admitidos en la prehistoria de los pueblos del Pacífico con carácter de postulado. Además, una última acotación puede servir a Dittmer para reponerse. Ella se refiere al maíz. La agricultura del maíz, que dio base económica a la sociedad andina evolucionada, tiene una cronología que se adapta al esquema por aquél propuesto. En la materia, por consiguiente, la última palabra quizá no esté dicha y dependa de nuevas investigaciones que amplíen nuestro conocimiento incompleto de ahora⁸⁰.

HEINE-GELDERN Y EL ORIGEN DE LA METALURGIA

Como en el caso de los demás elementos culturales, para explicar el origen de la metalurgia americana se han formulado dos teorías: la que sostiene que es *creación propia* y la que dice que *llegó de Asia*. Aquélla corresponde al *autoctonismo cultural*; ésta, al *difusionismo*.

En las filas del autoctonismo se alínean, entre otros, Rivet, Kroeber, Tello, Muelle. Una expresión ejemplar es la de Muelle. Dice: "... no vemos por qué ha de buscarse en otros continentes el origen de la metalisteria andina. Todas las etapas de su evolución están representadas aquí ..."⁸¹. Más adelante agrega: "... no encontramos razón para buscar sus inicios en otras partes del mundo ...".

Rivet y Arsandaux sostienen "la autonomía completa de la metalurgia americana en relación con la del Viejo Mundo. Todo demuestra —agregan— que fueron los indios americanos los descubridores de los metales, aleaciones y técnicas que utilizaron en la época precolombina"⁸². Recalcan que el descubrimiento del bronce, aunque tardío con respecto al del Viejo Mundo, "se presenta como una invención indígena, independiente de toda influencia exterior".

Igual piensa A. L. Kroeber, mostrándose contrario a la *teoría del junco chino*, sobre la cual se tratará más adelante, que postula la llegada a las costas occidentales de América de una embarcación de aquel tipo, arrastrada por los vientos y las corrientes marinas, con tripulación que conocía el arte de los metales y pudo, en consecuencia, introducirlo entre los pueblos del Nuevo Mundo.

Walter Krickeberg, en su conocido tratado de etnología americana considera que "a comienzos de la época incaica o a los tiempos epigonales de Tiahuanaco" se produjo seguramente "el descubrimiento de la aleación del bronce", hecho —agrega— que "debe haberse llevado a cabo en Bolivia ... donde se encuentran yacimientos de estaño, por ejemplo en Carabuco, no lejos del lago Titicaca".

Algunos difusionistas han cedido posiciones, en otros campos irreductibles, cuando de los orígenes de la metalurgia se ha tratado. Tal el caso, por ejemplo, de Pia Laviosa-Zambotti, difusionista general que reconoce que la "metalurgia en América [se desarrolló] independientemente de las influencias extranjeras"⁸³.

No obstante, en los últimos años el difusionismo ha cobrado poderoso impulso en todos los campos de la interpretación etnológica y propuesto sugestivas teorías para el caso concreto, tan ardorosamente discutido, de la metalurgia. Cada vez más se generaliza la idea de los "contactos precolombinos entre América y el Asia oriental".

Entre estas teorías, brilla la del ya citado Heine-Geldern, considerada como la más importante entre las de su género. En *Relaciones precolombinas entre Asia y América* (1955), dice este destacado hombre de ciencia: "Un estudio cuidadoso sobre gran número de casos, demuestra que las analogías entre los

objetos de metal de América del Sur y Asia antigua son tan estrechas que *no se puede dudar de una conexión efectiva*".

He aquí una síntesis de la teoría de Heine-Geldern sobre el origen de la metalurgia americana.

En su obra principal, *Die asiatische Herkunft der Sudamerikanischen Metalltechnik*, de 1954, parte del hecho, harto revelador para la comprensión general de la cultura del Viejo Mundo, "de encontrarse en China y en la cultura Dongson Tonkin importantes influencias de la cultura tracio-póntica de Siebenbürgen, Hungría y los Balcanes y de la cultura de Ucrania, lo mismo que de la cultura caucásica de la Primera Edad del Hierro y del quinto período de la Edad del Bronce nórdico, *las cuales fueron transmitidas a América del Sur*, una vez que se vivificaron las culturas del Sureste de Asia".

El trabajo comparativo que espera al especialista, es inmenso, y Heine-Geldern lo aborda resueltamente, remontándose a los principios. Encuentra, en verdad, semejanzas sorprendentes, ante las cuales el autoctonismo no puede menos que enmudecer: alfileres del Perú iguales a los del Cáucaso; hachas de Atacama iguales en forma a las de Hallstatt; también hachas del Perú semejantes en todo a las de Laos y las islas Célebes; espejos de bronce del Perú que en nada se distinguen de los espejos del sur de Siberia.

Anota Heine-Geldern que el invento del *cascabel* es demasiado complicado para pensar en dos orígenes independientes.

En materia de *ornamentación, placas rectangulares caladas y figurillas de bronce*, hay semejanzas notables con los trabajos del Cáucaso e islas de Indonesia. Por ejemplo, las figurillas de bronce de Sumatra son idénticas a las de Colombia, estudiadas por Pérez de Barradas.

En ningún otro campo, quizá, de la creación de bienes materiales de cultura, el hombre enfrentó mayores dificultades: la invención de la metalurgia fue una verdadera hazaña por lo arduo y complejo de cada uno de los pasos. Resulta de ello —considera Heine-Geldern— duro admitir que dos series de procesos inventivos, con los mismos pasos y hacia los mismos objetivos, se hayan realizado separada e independientemente en el Viejo Mundo y en América.

En abono de un origen común, Heine-Geldern cita el caso de las aleaciones, en las que las semejanzas son harto sospechosas. Por ejemplo, la poco común y complicada *tumbaga*, en la que intervienen tres ingredientes (oro, plata y cobre, en determinadas proporciones), aparentemente propia del área Norte de América meridional, tiene un símil extraordinario en Indonesia.

Lo mismo debe decirse de las *técnicas de fundición*, igualmente tan complejas y exigentes. El procedimiento de la *cera perdida* tiene coincidencias pasmosas en el Sudeste asiático y en Amé-

rica. La invención independiente de este método de vaciado, sería —dice Heine-Geldern, verdaderamente con razón— “algo fantástico”.

No niega nuestro autor que muchos aspectos de la metalurgia americana aún quedan por examinar, sobre todo en el campo de la orfebrería, pero considera que las comparaciones hechas y los hallazgos obtenidos son suficientes para dar como “*comprobado completamente el origen asiático de la orfebrería americana*”.

Según Heine-Geldern, América del Sur recibió influencias no sólo de la cultura *Dongson* sino también de la *cultura china*, de la correspondiente a la dinastía *Chou*. Establece comparaciones entre los animales que aparecen en el arte de *Chavin* y los del arte de la milenaria China y sostiene que entre ambos hay nítidas vinculaciones. Si se tiene en cuenta, de otro lado, que el oro, según los más recientes estudios, aparece con Chavín, resultan dos elementos sintomáticamente asociados, formando un complejo: el oro por un lado, y los animales arquetípicos, por otro. Ahora bien, si se considera que los animales del arte Chavín son indiscutiblemente de origen chino, entonces la *tesis del origen asiático del oro encuentra poderoso respaldo*.

La *influencia china sobre Chavin* —se dice— comenzó en el siglo VIII antes de Cristo. No fue en forma de contactos esporádicos o aislados sino de *colonias* en cierto modo permanentes. Estas colonias transmitieron a los indios peruanos la técnica del trabajo del oro. La relación se mantuvo por mucho tiempo, probablemente hasta los inicios de la cultura mochica.

Posteriormente, entre los siglos IV al I de la era precrisiana, se hizo presente la *influencia de la cultura Dongson*, radicada en el Vietnam. Esta corriente habría sido portadora de técnicas más avanzadas y llevado a otras regiones del continente americano la metalurgia, hasta ese momento ignorada por ejemplo en Panamá y Colombia.

Según el esquema anterior, por consiguiente, *el primer impacto asiático fue chino y dejó huella perdurable en el Perú*; después, vino otra corriente, que aportó novedades técnicas, métodos perfeccionados y, sobre todo, amplió el área de influencia, llevándola hasta el Istmo. Esta nueva corriente fue vietnamita.

Heine-Geldern explica por qué se produjeron primero las influencias chinas y sólo después las de la cultura *Dongson*, desde el Tonkin, su foco de dispersión. La razón está en las guerras de los estados chinos “entre los años 473 y 333 de antes de la era cristiana”. Conforme a la cronología establecida para el florecimiento de la cultura *Dongson* (del siglo VII antes de Cristo a los comienzos de nuestra era) y según los testimonios históricos basados en textos chinos del primer milenio precrisiano, que hablan de imperios, guerras, dinastías y relaciones comerciales entre la Indochina y la China propiamente dicha, se puede

colegir que, tras la caída del imperio Yueh, *las gentes de la cultura Dongson iniciaron*, independientemente de sus vecinos del Norte (los chinos), *viajes transpacíficos*, "los cuales comenzarían en el siglo IV antes de Cristo y terminarían al comienzo de nuestra era"⁸⁴.

A las dos corrientes de influencia, arriba mencionadas, la china primero y después la vietnamita, Heine-Geldern añade una tercera, pero ante la cual se manifiesta receloso. Habría partido esta tercera corriente de la *India* y, posteriormente, de *Indonesia*. Dudosa, en todo caso habría dejado escasa huella.

El esquema se completa, entonces, así:

Primera corriente de influencia: China, sobre Chavín, siglo VIII a. C.

Segunda corriente de influencia: Dongson, sobre la costa peruana, del siglo IV a. C. a los comienzos de nuestra era.

Tercera corriente de influencia: India e Indonesia, tardía, muy leve.

Pérez de Barradas observa que hay figuras búdicas en el arte colombiano antiguo, como en el "magnífico pectoral de Campohermoso, Tolima", "de estilo parecido a los de Sumatra y Java de los siglos VI al VIII de nuestra era"⁸⁵, lo cual debe ser cuidadosamente considerado como un elemento positivo en este campo de las posibles *relaciones transpacíficas* asiático-americanas.

Este aspecto, acabado de señalar, de la teoría de Heine-Geldern —el relativo a las *relaciones transpacíficas*, vale decir, a los *viajes marítimos desde Asia hasta la costa occidental de Sudamérica*, especialmente *hasta la costa del Perú*— es, naturalmente, el que más interesa desde el punto de vista de nuestro estudio. Tanto los chinos como los hombres de la cultura Dongson desarrollaron una *intensa actividad marítima*, dejando notorias y extendidas huellas sobre Nueva Guinea, Borneo, Nueva Zelanda, hasta las islas Salomón. Estas huellas se manifiestan particularmente en el arte.

En su desplazamiento hacia América, las oleadas de influencia asiática *no tocaron en Polinesia*, lo cual explica las *ausencias* en el mundo insular intermedio. Parece que la propagación de los bienes culturales asiáticos hacia el Este siguió la misma ruta que siglos más tarde iban a seguir los galeones españoles que hacían el tráfico entre las islas Filipinas y Nueva España, o sea, "la ruta de Mendaña, que aprovechaba los alisios". Alvaro de Mendaña después de la famosa expedición con Pedro Sarmiento de Gamboa a las islas Salomón de los años 1567 y siguiente, regresó a América por la citada "ruta de los galeones", tocando tierra en California y Centroamérica. Luego, navegó hasta el Callao pegado a la costa occidental en todo el trayecto.

Puede suponerse, por razón de las corrientes y los vientos —factores naturales condicionantes de la navegación primitiva—,

que ésta haya sido la ruta de los *colonizadores asiáticos* de antes de la era cristiana, portadores, según Heine-Geldern, de la metalurgia y, especialmente, de la orfebrería.

¿Qué embarcaciones emplearon los chinos y vietnamitas de la antigüedad para la travesía del más vasto océano del mundo? Los difusionistas del grupo que encabeza Heine-Geldern responden: "Los barcos empleados habrían sido de tablas, con uno o dos mástiles y una longitud de hasta treinta metros, esto es, barcos parecidos a aquellos con que los vikingos cruzaron el Atlántico y descubrieron y colonizaron de cierta manera Groenlandia y América del Norte".

Así, pues —según la teoría que acabamos de exponer—, en época vagamente determinada (a los mediados, sin duda, del último milenio precristiano), barcas a vela habrían arribado por el ancho mar Pacífico a las playas del Perú, trayendo hombres civilizados, bienes de cultura, y técnicas e ideas de enorme valor. La población aborígen habría acogido hospitalariamente a los embajadores de la lejana patria asiática (esto, según las ideas de Dittmer), recogido los elementos materiales de cultura con admiración y fervor, pensando pronto en la imitación y, paralelamente a todo ello, aprendiendo con provecho la lección, haciendo suyas las ideas y las técnicas.

Mientras para Dittmer, como se vio anteriormente, el mar permitió el ingreso de la agricultura, para Heine-Geldern hizo posible la llegada de uno de los elementos de cultura de más difícil invención, uno de los más complejos pero, al mismo tiempo, de más reluciente belleza: el trabajo de los metales, con el oro a la cabeza. Entonces, la *revolución de los metales* —parodiando una expresión de Gordon Childe— se habría producido en América mediante *ideas* que llegaron *por mar* a las costas del Perú.

EL KUROSHIO, LA CORRIENTE PRODIGIOSA

La teoría de la llegada de grupos japoneses a las costas occidentales de Sudamérica, hace cinco mil años, y con esos grupos, de una técnica especial, altamente desarrollada, de la cerámica, tiene su fundamento geográfico en la corriente conocida con el nombre de *Kuroshio* o *Kuro-shiwo*, una de las más importantes del sistema circulatorio del Océano Pacífico.

Desde el punto de vista de la dinámica de las aguas, el Pacífico se divide en dos grandes porciones: una porción al Norte y otra al Sur. El sistema circulatorio, en forma de gigantesco remolino, del Pacífico Sur se compone de la *Corriente ecuatorial del Sur*, que avanza desde las islas Galápagos en dirección al Oeste hasta el Mar del Coral, cerca de Australia; de la *Corriente*

australiana, que lame las costas orientales de aquel continente; de la *Corriente del Pacífico Sur*, que empalma con la *Corriente circumpolar antártica*, ésta de aguas muy frías; y, finalmente, de la *Corriente Peruana o de Humboldt*, que baña las costas de América del Sur, desde la latitud 40 Sur, aproximadamente, hasta Cabo Blanco, en el norteño departamento de Piura, donde el inmenso río oceánico dobla hacia el NO. y enfila a las Galápagos, para repetir el recorrido ya descrito⁸⁶.

El sistema circulatorio del Pacífico Norte, arriba de la línea equinoccial, se compone igualmente, de cuatro corrientes (o tramos de un inmenso remolino), a saber: la *Corriente ecuatorial del Norte*, que avanza, como su vecina, hacia el Oeste, desde las costas americanas hasta las costas asiáticas, sobrepasando en longitud por algunos miles de millas a la meridional; la *Corriente del Kuroshio o del Japón*, de la que en seguida se hablará con algún detalle; la *Corriente del Pacífico Norte*, con ramales tanto hacia las islas Hawaii como hacia las costas de Alaska; y, finalmente, la *Corriente de California*, de aguas frías por afloramiento de las masas subyacentes.

De estas cuatro corrientes que forman el remolino del Pacífico Norte, la que interesa para el estudio de la posible arribada de grupos japoneses a las costas occidentales de América (especialmente, de Sudamérica: Ecuador y Perú) es la mencionada en segundo lugar, esto es, la del *Kuroshio*. Como observa un tratadista, no todo el inmenso caudal de las aguas *ecuatoriales del Norte* (que es de 45 millones de metros cúbicos por segundo o 162 kilómetros cúbicos por hora) se desvía uniformemente frente a la isla Mindanao, del grupo de las Filipinas, para dar origen a la corriente japonesa. En realidad, "una parte penetra en el Mar de la China, entre las Filipinas y Formosa ..." Así, "las aguas de origen de la *Kuroshio* experimentan una especie de dispersión no sólo al Sur de Formosa, sino también hacia el Mar Amarillo y el Estrecho de Corea ..." ⁸⁷.

La corriente del *Kuroshio* se presenta como una corriente marginal, con flujo constante y concentrado, de aguas cálidas, que baña las costas del Japón. Su anchura máxima es de unos trescientos kilómetros y su velocidad de 50 a 100 millas diarias, a veces hasta de *cinco nudos*, lo que ciertamente es extraordinario. En el verano avanza hasta los 40 o 45 grados de latitud Norte, torciendo después decididamente hacia el este. Ya aquel tramo, que se dirige hacia el continente americano, al que embiste a la altura de Vancouver, recibe otro nombre: es la *Corriente del Pacífico Norte*. Cerca del Japón, los límites del *Kuroshio* son precisos: semeja la corriente un verdadero *río marino*, de aguas muy oscuras, casi negras en contraste con el azul intenso de los mares colindantes. Uno de los mejores conocedores del Pacífico Norte dice: el *Kuroshio* "es un río sin costa, gran río en medio

del gran océano". Agrega el mismo especialista: "*Kuroshio* es una palabra japonesa que significa *corriente negra*. Vista desde un aeroplano, esta corriente se distingue en medio del Océano Pacífico por el cambio súbito del color del agua, que de azul celeste pasa a ser azul cobalto oscuro, casi azul de lapislázuli..."⁸⁸.

Una vida abundante y variada caracteriza las aguas de esta corriente: "los pájaros y los peces voladores delatan el inmenso flujo".

El *Kuroshio* sufre periódicamente desplazamientos. En 1957, con ocasión del Año Geofísico Internacional, los científicos del barco oceanográfico soviético *Vityaz* registraron una desviación de varios cientos de kilómetros hacia el Sur. "El *Kuroshio* serpentea por el océano, cambiando de forma las vueltas y revueltas de su curso".

Fedorov insiste en la velocidad de esta corriente. "Es asombrosa" —dice—. "Aunque en promedio apenas pase de *un metro por segundo*, al Sur y Este del Japón alcanza un máximo de *dos metros y medio por segundo*, comparable a la velocidad de muchos ríos continentales". Agrega: "Este río tiene aproximadamente 400 metros de profundidad y transporta un promedio de 50 millones de metros cúbicos por segundo. Para concebir esta cantidad habría que imaginar unos cinco mil ríos tan grandes como el Volga..."

Para los fines de nuestro estudio, es necesario precisar la dirección y destino de la corriente. Según Makaroff, que cita Vallaux, el *Kuroshio* rara vez sobrepasa los 40° de latitud Norte. Alcanzado ese límite, "se desparrama" de Oeste a Este y, considerablemente debilitada —y con el nuevo nombre de *Corriente del Pacífico Norte*—, llega hasta cerca de las costas americanas, donde se bifurca: a) una rama da una gran curva, como es común en todos los hemisferios oceánicos, toma el Sur y avanza por Hawaii rumbo al empalme con la *Corriente ecuatorial del Norte*; b) la otra rama sigue paralela a la costa de Canadá, Estados Unidos y México, hasta el trópico de Cáncer, con dirección, primero, Norte-Sur y, después, hacia el Suroeste, donde se integra con la *Corriente de California*, comienzo de la *Ecuatorial del Norte*.

Eventualmente, la circulación del Norte puede empalmar con la *Contracorriente ecuatorial* que es un poderoso flujo de *compensación* que penetra desde las aguas asiáticas y, sobre todo, del Mar del Coral, por entre las dos corrientes ecuatoriales, hasta llegar a América, a la altura de Colombia. Allí, frente a Colombia, la contracorriente se bifurca, con un ramal hacia el Norte que llega hasta Acapulco y otro hacia el Sur que llega hasta Ecuador y, excepcionalmente, hasta el Perú. Con este ramal Sur de la contracorriente es que, eventualmente, empalma la circulación del Norte, haciendo factible el desplazamiento de cauda-

les desde el Japón hasta nuestra costas. Desde el punto de vista de la teoría de las arribadas al Nuevo Mundo de grupos asiáticos, éste es un aspecto sumamente importante, de la circulación general del Océano Pacífico.

ANTECEDENTES DE LA TEORIA DEL KUROSHIO

En la literatura estrictamente científica, uno de los más remotos antecedentes de la teoría que propone la llegada a América de grupos asiáticos, civilizados, poseedores de la alfarería y otras técnicas, por la ruta de la corriente del Kuroshio, o corriente del Japón, lo encontramos en Florentino Ameghino. El Océano Pacífico, con todo lo ancho que es, no ha sido un obstáculo —sostuvo el sabio paleontólogo argentino— para que *navegantes* de diversas épocas lo cruzaran y arribaran finalmente a las costas del Nuevo Mundo. Estos navegantes se habrían visto favorecidos por la corriente cálida del Japón, que es —subrayó— muy fuerte y termina justamente en la costa norteamericana, cerca de California.

En *La antigüedad del hombre en el Plata*, de 1880, se lee: “El Pacífico tiene una gran corriente marina, el *Kuro-Sivo* o *río negro* de los japoneses, que abre una larga ruta a los navegantes. Esa corriente, como advirtió De Quatrefages, ha echado frecuentemente sobre las costas de California cuerpos flotantes y embarcaciones abandonadas. Hechos de esta naturaleza han tenido lugar en nuestros días [De Quatrefages escribía en 1878]. Es imposible que no se hayan producido antes de los descubrimientos de los europeos... En todo tiempo, las poblaciones asiáticas marítimas han debido ser arrastradas a América desde todos los puntos que baja el *río negro*... Esto es tanto más posible si se considera que en la antigüedad los chinos estaban mucho más avanzados que los europeos en el arte de construir cartas geográficas y que conocían el uso de la brújula dos mil años antes de nuestra era...”⁸⁹.

Por la misma época de Ameghino, el mexicano Abraham Castellanos propuso también la ruta del Pacífico para explicar la presencia de elementos asiáticos en el continente americano. La ruta de Bering —dijo— no satisface. “Para explicar las relaciones americanas con el Oriente de Asia sólo queda un camino: el Océano Pacífico”.

Fue más explícito en la ponencia que presentó en el Décimo-primer Congreso Internacional de Americanistas de 1895, reunido en la ciudad de México. Allí dijo: “Durante las guerras (y en otras ocasiones), los vientos procedentes de la tierra arrojaban barcas a alta mar, y entonces *la corriente marina del Japón se encargaba de traer a los orientales hasta las costas de*

*San Francisco de California...*⁹⁰. En abono de su teoría, refirió el hecho registrado por la historia, de la pretendida conquista por los chinos y los coreanos, aliados, en el siglo VII de nuestra era, del territorio insular del Japón. "Un ejercito de cien mil hombres en novecientas naves se dirigió a la isla más inmediata, pero una tempestad dispersó las naves, y no se volvió a saber más de ellas..."

Puntualizó adelantándose a los difusionistas de la nueva escuela: "Las corrientes marinas tienen... una gran importancia en la historia de las migraciones...; y, por esa vía, se han llevado a cabo, las más de las veces *involuntariamente*, viajes que asombran por su extensión". De esta manera —concluyó Castellanos en su revolucionaria ponencia ante el Congreso de Americanistas—, *por la corriente marina del Japón, Asia y América* resultaron vinculados "*de la manera más natural y sencilla*".

Lamentablemente, los casos mencionados por Castellanos carecían de la indispensable concatenación cronológica con los hechos de la cultura aborigen americana, y pronto la teoría se desprestigió.

En nuestros días, etnólogos y prehistoriadores de la talla de Krickeberg y Dittmer, unos aislacionistas, otros difusionistas, no pueden menos que juntar sus opiniones y declarar, en feliz coincidencia, que la posibilidad de que "los pueblos civilizados de América y, especialmente, los *centroamericanos* hayan tenido *contactos* durante una fase ya adelantada de su desarrollo, con *culturas del Viejo Mundo*, probablemente *por la vía marítima* a lo largo de la costa septentrional del Océano Pacífico", no puede por ningún motivo ser excluida⁹¹.

Dittmer, gonfalonero del difusionismo, naturalmente apoya sin condición la teoría de las arribadas al Nuevo Mundo por la ruta del Kuroshio. Grupos asiáticos —dice— llegaron así a las costas occidentales de América, quedándose unos en la extremidad Norte⁹² y llegando otros a América central y, también, hasta el Ecuador y Perú. "Atraídos por la riqueza en pesca en el Norte del Océano Pacífico, los pescadores del Asia oriental llegaron hasta Siberia nororiental y, *en barco*, incluso al noroeste de América". Procedían estos pescadores de regiones donde se practicaba el *cultivo y la metalurgia*, elementos que en su nuevo habitat perdieron pero dejaron impresa entre los aborígenes americanos la huella de su cultura superior. Según el mismo Dittmer, estos grupos pescadores que llegaron al Noroeste americano, son del año 500, aproximadamente, de la era precristiana. Tocante a las culturas peruanas de la Costa (Mochica y Nasca), Dittmer, conforme a Uhle, insiste que *surgen de pronto* "con plena madurez". Indudablemente —dice—, no derivan en su totalidad ni de Mesoamérica ni del Altiplano y es muy significativo que existen "tradiciones de desembarques de antepasados

llegados en flotillas cruzando el Océano"⁹³. Está comprobado —agrega en otra parte— el hecho de las arribadas de "algunos juncos japoneses", por naufragio, a las costas americanas, arribadas que fueron grandemente favorecidas por la corriente del Kuroshio, "que desemboca en la costa californiana".

Canals Frau hace un buen resumen de todo este movimiento en favor de la teoría de la llegada de grupos asiáticos por la corriente del Kuroshio. Dice: "Hay que convenir en que *los contactos son muy posibles y hasta probables*, si se tiene presente que las costas de Asia oriental enfrentan las de México y California. Y que *las corrientes marinas pueden desempeñar un papel muy importante en ello*, como lo demuestra el hecho de que el número de barcos que el mar suele echar sobre las costas de Norteamérica sea relativamente grande ... No es posible desechar la posibilidad de que por ese medio, Mesoamérica haya sido influenciada en alguna medida por las altas culturas del Asia oriental"⁹⁴.

LA TEORIA DE EVANS, MEGGERS Y ESTRADA

Los norteamericanos Clifford Evans y Betty Meggers y el ecuatoriano Emilio Estrada, son los autores de *Early formative period of coastal Ecuador: the Valdivia an Machalilla phases*, que en 1965 publicó, en un espléndido volumen de gran formato, la Smithsonian Institution, de Washington, con profusión de láminas, dibujos y mapas. Esta obra es una de las más importantes de las publicadas en los últimos años sobre Arqueología en Estados Unidos. En ella, los autores tratan de demostrar que la cerámica de la localidad de *Valdivia*, en la costa Sur de Ecuador —la más antigua hasta la fecha conocida en Sudamérica (5,000 años)—, es de origen japonés, y que la técnica que usaron los alfareros de entonces, llegó a América por la ruta del mar. Grupos pescadores de las islas meridionales del archipiélago japonés, arrastrados inicialmente por el *Kuroshio*, habrían sido los portadores, tras la hazaña del cruce del Pacífico, de los modos asiáticos para el trabajo del barro.

Evans, Meggers y Estrada (éste, ya fallecido) reconocen, desde luego, que "reconstruir el desarrollo y la difusión cultural en América Latina puede compararse con la tarea de armar un *rompecabezas tremendamente complicado* del cual falta el 80% de las piezas". Mas, no obstante esta tremenda dificultad, se propone ofrecer "una reconstrucción hipotética del origen y difusión de ciertos rasgos culturales en el Noroeste de Sudamérica a partir de la aparición de la cerámica 3,000 años antes de Cristo"⁹⁵.

“La cerámica aparece —dicen, destacando el punto de partida fundamental de la teoría— en forma *casi brusca* en la costa del Guayas, en el Ecuador, hace unos 5,000 años, inyectada en un contexto precerámico y preagrícola o, a lo menos, de agricultura incipiente. Esta cerámica —agrega— transforma así, bruscamente, a un grupo de recolectores de mariscos y pescadores en lo que se ha llamado *fase Valdivia*”.

Lo más significativo de esta *fase Valdivia* aparece en el *periodo A*. Este *periodo A* se caracteriza por una *cerámica primitiva* que contiene “gran número de decoraciones extraordinarias tanto desde el punto de vista de la *técnica* como desde el punto de vista del *motivo*, así como varios rasgos singulares de *forma de borde* y *forma de la vasija*”.

Las excavaciones realizadas en diciembre de 1960 dieron por resultado el hallazgo de piezas correspondientes a *Valdivia Roja Grabada*, “de un *parecido asombroso*, tanto en la forma del borde como en la decoración grabada, con una vasija del período *Jomón Medio* de la isla japonesa de Honshu”⁹⁶. Las conclusiones preliminares de este sensacional hallazgo fueron dadas a conocer en 1961 por Emilio Estrada, principal animador del programa, en una obra que causó sorpresa en los círculos científicos. Posteriormente, la comparación con piezas de los períodos *Primitivo* y *Medio* del estilo *Jomón*, japonés, “reveló un gran número de similitudes adicionales, que fueron resumidas por el mismo Estrada”.

El análisis prolijo sobre la base de un copioso material, “mostró que la *fase Valdivia Primitiva* compartía mayor número de rasgos con los estilos *Jomón Primitivo* y *Jomón Medio*, del Japón, que con cualquier otra área o complejo del Nuevo Mundo”.

Determinado el *asombroso parecido* de la cerámica *Valdivia* con el estilo *Jomón*, se pasó, como convenía, a una determinación más precisa de la probable fuente de esta antiquísima cerámica de la costa ecuatoriana.

Numerosas dificultades entorpecieron la investigación, pero pronto se vio que la fuente más probable de *Valdivia* debía buscarse no precisamente en la isla arriba citada de Honshu sino en la vecina meridional de *Kyushu*, perteneciente al mismo archipiélago.

El trabajo preliminar, informativo, a base de la literatura arqueológica nipona, no condujo, por desgracia, a buenos resultados. (La arqueología japonesa, en la opinión de Evans y Meggers, no opera al nivel de la ciencia actual; es una arqueología empírica, considerablemente atrasada en métodos y técnicas de trabajo, y que poco ha ahondado en los problemas del pasado de siglos de su país)⁹⁷. Pero, los inconvenientes fueron afortunadamente superados con una estada de varios meses en las propias islas japonesas, que permitió examinar directamente

el material (no muy rico) de los museos y de las colecciones particulares (estimables).

El trabajo con los ceramios procedentes de varios yacimientos de los períodos *Primitivo* y *Medio* de la isla de Kyushu, tuvo resultados óptimos "que han respaldado más allá de lo que razonablemente se podía esperar la hipótesis del origen transpacífico de la cerámica de la fase Valdivia".

En el estudio comparativo de Valdivia y Jomón, pronto se descartó el material japonés de Jomón Tardío. El mayor número de rasgos comunes entre Valdivia y Jomón (formas y decoraciones) estaba en los ejemplares de los períodos Medio y Primitivo de Kyushu.

La estada en las islas japonesas permitió, también, a Evans y Meggers determinar otro punto de contacto muy importante entre los fabricantes de ollas de barro de Valdivia y Jomón: la extraordinaria *similitud en los enterramientos*, en efecto, se sumó a las sorprendentes semejanzas ceramográficas y a la coincidencia cronológica entre las dos culturas, la asiática y la americana.

En *Valdivia del período C* (tardío) y en *Jomón* se encuentran cadáveres con "las piernas fuertemente flexionadas y los brazos extendidos a los costados"⁹⁸. Este patrón de enterramiento aparece en todo el *período C* de Valdivia pero no ha podido ser detectado con precisión en los períodos preliminares de la misma fase, por cuanto los materiales osteológicos y sepulcrales, muy escasos, se presentan, por lo general, en completo estado de deterioro, sobre todo por acción de la humedad, lo que impide, lógicamente, su buena observación.

De otro lado, el patrón éste de enterramiento se presenta en Jomón asociado a otros, lo que impide, por lo tanto, señalarlo como un nexa fijo y seguro. Esto ha dado pábulo para que los adversarios de la hipótesis aduzcan como explicación la mera coincidencia, vale decir, un caso de *palalelismo*. Sin embargo, como prueba agregada a las principales, vale, y es un hecho que debe ser tomado en consideración con las juiciosas reservas anotadas.

Llegados por mar los forasteros de Valdivia, no debe ser descartada la posibilidad, por remota que parezca, de que introdujeran, al propio tiempo que la cerámica, el *arte de la navegación*, y que tanto ellos mismos como sus aprovechados discípulos emplearan la *navegación para recorrer la costa americana inmediata*. Puede suponerse, incluso, que la difusión de la cerámica hacia la costa del Perú (Paita y Guañape) y hacia Panamá (Monagrillo) y costa caribe de Colombia (Puerto Hormiga), se realizó *tanto por la vía terrestre como por la vía del mar*.

Para hombres, según esta hipótesis, que habían cruzado al ancho océano en un viaje de quince mil kilómetros, el navegar

por la costa americana occidental, tanto hacia el sur como hacia el norte, era por demás sencillo.

Llegados, en consecuencia, los hombres de Jomón a América con la *cerámica*, que enseñaron a los aborígenes, y con *nuevas* ideas religiosas, que también dieron a conocer y divulgaron, *no se desligaron del mar*; antes bien, mantuvieron estrecho contacto con él, siguieron aprovechándolo en su alimentación (pesca y recolección de mariscos) y *lo surcaron* en sus primitivas barcas en nuevas expediciones, éstas ahora breves, siguiendo la costa, siempre a la vista de tierra.

Los forasteros y los aborígenes, éstos adiestrados por aquéllos, pueden haber recorrido el mar cruzando el golfo de Guayaquil y siguiendo por las costas de Piura, Lambayeque y La Libertad. *Guañape*, con *cerámica* derivada, según Evans, de Valdivia, puede señalar la máxima subida de las flotillas primitivas a lo largo de la costa peruana.

RASGOS COMUNES, YACIMIENTOS JAPONESES Y PRUEBA CRONOLOGICA

En el material de los yacimientos japoneses de la isla de Kyushu "están representados todos los rasgos primitivos de Valdivia, excepto cuatro"⁹⁹. Estas cuatro excepciones, tres de las cuales se refieren a la decoración y una a la forma de la vasija, no hacen problema ni afectan, en lo menor, las bases de la *hipótesis del contacto transpacífico*.

Los rasgos comunes, de *similitud asombrosa*, están en las *formas*, en la *decoración* (técnica y motivo) y en los *bordes*. La decoración es *absolutamente similar*, y se dan los parecidos sobre la más amplia gama: incisión de línea gruesa, corrugación, ranuras de dedos, estampado de conchas, estampado de balancín, escobillado (raspado con conchas), puntuación de yema de dedo y de uña, excesión, etc.

"Los tres yacimientos que muestran el mayor número de rasgos de la fase Valdivia, son los de Sobata, Izumi, y Ataka, que corresponden, según los fechados, a *Jomón Primitivo Tardío* y *Jomón Primitivo Medio*.

El yacimiento Izumi está cerca del mar, en la parte occidental de la isla de Kyushu; en cambio, los otros dos yacimientos se ubican hoy en la margen sur del valle de Kumamoto; pero, en otro tiempo, este valle formó "una bahía amplia y poco profunda", que ha desaparecido por alzamiento de la tierra. Numerosas acumulaciones de conchas, por desgracia poco estudiadas, prueban que la línea que trazan los yacimientos de Sobata y Ataka corrió antes paralela y muy cerca de la línea de playa. Una península de forma irregular que se proyecta hacia el Sur,

MIGRACIONES TARDIAS Y CONTACTOS TRANSPACIFICOS

y la isla de Shimo, acompañada ésta de otras porciones insulares, protegen del mar abierto la costa recortada que en otro tiempo ocuparon los hombres de Sobata, Ataka e Izumi.

Es indudable que el paisaje del lugar, completamente marino, con numerosas bahías casi cerradas, islas, islotes y penínsulas, y mar muy calmo por ese rígido encajonamiento natural, influyó en el temperamento y ocupación habitual de los hombres del oeste de Kyushu. Estos *fueron fundamentalmente pescadores*, y comían igualmente mariscos (conchas) cuyas valvas utilizaban ocasionalmente para decorar sus vasijas (por la técnica del raspado).

Esta condición de *pueblo pescador* es muy importante para explicar los contactos transpacíficos y el origen japonés de Valdivia.

La cronología abona la hipótesis. No hay fechado propiamente de los yacimientos de Kyushu, pero se pueden utilizar otros de Honshu que corresponden a la fase averiguada. La acumulación de conchas de Kamo, un yacimiento del *Jomón Medio Primitivo*, tiene un fechado por radiocarbono de 5,102 años, con una aproximación de \pm , 40 años.

“Esto concuerda en forma notablemente aproximada —comentan Evans y Meggers— con el primer fechado de carbono-14 de Valdivia, que es de 5,150, \pm 150”.

Destacan Evans y Meggers que, arqueológicamente, la evolución en el Japón, tanto de la técnica alfarera como del estilo (con todos sus elementos), se manifiesta lenta, con huellas claras de un proceso de siglos. En cambio, en Valdivia, la cerámica aparece bruscamente, sin antecedentes, con las formas y otros rasgos completamente logrados desde un principio. “La cerámica de *Jomón Medio*, a diferencia de la de Valdivia, es el producto —dicen— de muchos siglos de evolución local, durante los cuales se produjeron marcados cambios en la decoración y en la forma de las vasijas”. Esto, naturalmente, confirma la hipótesis de la prestación de Oeste a Este, es decir, de Asia a América.

APOYO DE ENGEL

En el Perú, Engel ha sido uno de los primeros —después de Uhle— en pensar en la posibilidad de un contacto transpacífico, y en la influencia de chinos y japoneses en el surgimiento de las altas culturas andinas.

Ciertos rasgos de la cerámica Chavín —dice—, que Tello denominaba *radicales de ornamentación*, “se asemejan al arte de la China de los años 2500 antes de Cristo. La posibilidad de *contactos transpacíficos* con el Lejano Oriente en épocas tem-

pranas, no debe ser descartada. Otro dato, en este sentido, es la similitud que existe entre piezas de cerámica muy antiguas encontradas en el Ecuador y las de Jomón, en el Japón”¹⁰⁰. En esta última parte, Engel se refiere a la teoría que venimos tratando de Evans, Meggers y Estrada, la que superficialmente expone sobre la base de las primeras publicaciones de Estrada.

Para Engel, como para otros arqueólogos, el problema principal de Chavín está en el *foco originario*, vale decir, en el punto de nacimiento y dispersión del arte, la técnica y los contenidos ideológicos de ese arte que la palabra Chavín representa. Intriga sobremanera, particularmente —dice el destacado arqueólogo francés—, el carácter evolucionado, clásico, “hasta decadente” de todas las manifestaciones de Chavín, *desde un comienzo*. Las estilizaciones de Chavín no son propias de una fase incipiente del arte.

La situación es tan confusa “que varios científicos han buscado un foco del fenómeno Chavín más allá del territorio peruano”: por ejemplo, en México (Kauffmann) y el sureste de Estados Unidos. Con los trabajos de Estrada, Evans y Meggers —destaca Engel en otra de sus obras¹⁰¹—, “no se pueden negar las semejanzas que se notan en unas especies chavinoides con otras encontradas en Valdivia, Ecuador, y con las jarras del neolítico asiático, el Jomón del Japón y de la China. *Nosotros hemos encontrado rasgos japoneses hasta en el sur del Perú...* Se podría, entonces, elaborar una teoría sobre la llegada de grupos asiáticos que hubieran traído del Japón a las Américas nuevos rasgos culturales. Los *mayas* y los *olmecas*, de México, serían en este caso un fósil de tal inmigración”.

Sin embargo, Engel no cree que esa influencia asiática (concretamente, japonesa) hubiera podido llegar al Perú por mar para dar origen a Chavín. Propone que, de tiempo atrás, unos grupos mexicanos y centroamericanos habrían hallado una ruta de comunicación con el Sur, por el Caribe, hacia el Orinoco y la Guayana primero, para seguir después, por la vía de los ríos amazónicos, hasta la Cordillera Oriental peruana. Posteriormente, los grupos portadores del estilo llamado Chavín, siguieron ese mismo camino: entraron a los Andes y bajaron a la costa por la vía de la Cordillera Oriental. Desde luego, en los primeros tramos del despegue de Asia, la corriente asiática utilizó la ruta marítima, pero ya en América siguió vías terrestres y fluviales.

EL VIAJE A TRAVES DEL PACIFICO, HACE 5,000 AÑOS

La reconstrucción de los hechos, a base del testimonio arqueológico y de las señas de la oceanografía, revela lo siguiente:

“Hace cinco mil años, las costas del Japón y de América occidental estaban ocupadas por pequeños grupos que vivían de la *pesca* y de la *recolección de mariscos*. Eventualmente agregaban a esta alimentación los productos de la *caza* de mamíferos terrestres. Además, *recolectaban plantas*, lo que puede ser entendido como los *pasos preliminares hacia el cultivo*. Sus herramientas y utensilios, si bien con algunas diferencias de detalle en su fabricación, eran los mismos: ganchos para la pesca (anzuelos primitivos), leznas o punzones, cuchillas para picar, hojuelas, pesas, piedras para martillar (machacas), etc. Estas semejanzas ergológicas indican un nivel similar de competencia tecnológica y una adaptación al medio muy parecida”¹⁰².

Yacimientos de este tipo se encuentran en el Japón no solamente a lo largo de la antigua línea de playa o, en general —hayan variado o no las condiciones geográficas—, frente al mar, sino también en los valles del interior. En los ríos de esos valles abunda la pesca, la fauna terrestre es rica y la flora ofrece recursos en variedad y cantidad extraordinarias. Estas condiciones alimenticias son muy parecidas a las que imperan en el noroeste de América septentrional.

Huesos y espinas de pescado encontrados en las acumulaciones de desecho en los yacimientos japoneses, “indican que la *pesca de mar abierto* proporcionaba (hace 5,000 años) parte de la alimentación a los pueblos de las islas”. Ahora bien: no es una conjetura improbable pensar que los vehículos que estos pueblos utilizaban para obtener tales recursos alimenticios del mar, eran *canoas* o *piraguas*. Un estudio reciente de J. A. Ploszajki (1963) sobre la historia de la navegación en el Japón, ha puesto en claro la existencia de canoas tipo *piragua* hace cinco mil años entre los pueblos del archipiélago japonés. La antigüedad de estos hallazgos corresponde al período *Jomón Primitivo*, que es, como ya se ha dicho, del 3000 antes de Cristo. Estas embarcaciones, cuyos restos han sido encontrados en acumulaciones de turba, en Kamo, presentan al corte transversal una forma redondeada pero poco profunda, “con una proporción de ancho-profundidad de, aproximadamente, 4 a 5”. Aunque muy dañadas por el tiempo, la proa y la popa parecen haber tenido forma ahusada. “También se encontró con estos botes un remo comparativamente bien conservado”.

Siendo el de estas islas un pueblo pescador, que disponía de buenas y muy marineras embarcaciones y que frecuentaba la *pesca de alta mar*, no es de extrañar que en alguna oportunidad, tentado por la riqueza ictiológica de la zona cruzada por la corriente cálida, *se hubiera aventurado al mar abierto*. Sin sospecharlo, ese grupo de pescadores, probablemente en una flota de canoas, habría sido de pronto cogido por la corriente y lle-

vado mar afuera, sin que la desesperada acción de sus bogas hubiera podido evitarlo.

Esto, sin duda, pasó con no pocas embarcaciones tripuladas por pescadores de la isla Kyushu. Salidos estos hombres de sus abrigadas caletas al mar abierto en días de octubre o noviembre, fueron cogidos por la corriente y los vientos, y llevados irremisiblemente en dirección al Este. Entraron, así, a una zona que se caracteriza por las más fuertes corrientadas del Pacífico norte, que son también de las más fuertes del mundo.

“La Oficina Meteorológica de Estados Unidos —dicen los tantas veces citados Evans, Meggers y Estrada— tiene registrados, en el periodo de cuarenta años comprendido entre 1901 y 1940, *ochocientos dos tifones*, de los cuales *ciento treinta corresponden al mes de octubre y sesentisiete a noviembre*. Una canoa que fuera cogida lejos de la costa por una de estas tormentas, sería rápidamente arrastrada mar afuera tanto por los vientos como por la corrientada marina, y todo intento de los bogas por recuperar el control de la embarcación resultaría a la postre inútil. El regreso en tales condiciones sería prácticamente imposible. Durante el mes de noviembre, predominan los vientos Oeste y Norte, y soplan con fuerza y persistencia entre los paralelos 40 y 55 de latitud septentrional”.

Una ubicación de las fuerzas que allí imperan, habría llevado en otro tiempo a una canoa al Este, a través del océano, a lo largo de la gran ruta que se desplaza de Asia a América, al norte de las islas Hawaii.

Experiencias históricas, algunas de reciente data, confirman la posibilidad de que un navío, así, a la deriva, puede llegar a tierra, con sus pasajeros vivos, después de un viaje de hasta *once meses*, en condiciones de inclemencia. Lo asevera Otto Sittig, autor de un importante y documentado trabajo, aparecido en 1896, sobre las migraciones a través del Océano Pacífico.

“De hecho, las posibilidades de supervivencia serían mayores tratándose de gente acostumbrada a la vida en el mar”.

Impulsada siempre por los vientos y las corrientes marinas, la canoa, piragua o la embarcación que fuere se habría ido acercando poco a poco a la costa americana. Después de un largo recorrido francamente hacia el Este, se habría inclinado después al Sur, haciéndose su derrota *Sudeste*. Como ha ocurrido con viajeros en tiempos posteriores, esa canoa “podría haber sido llevada frente a tierra por México y América Central”. Sin embargo, todo hace suponer que los pescadores Jomón, arrastrados por los vientos y las corrientes, no tocaron en aquellas partes del continente americano sino que *siguieron de largo* por varias semanas más, “hasta alcanzar la costa del Ecuador”.

A la altura de la *bahía de Valdivia* el viaje llegó a su término. Aquel punto fue “el final del camino”. Allí choca la corriente

que va hacia el Sur con la *Corriente Peruana* o de *Humboldt*, que va hacia el Noroeste, y la gran masa de mar en movimiento resueltamente cambia de dirección y toma la del Oeste, por el centro del Pacífico, hacia la Polinesia, y después hacia las costas orientales del continente asiático.

Al término del azaroso viaje, los pescadores Jomón, durante meses a la deriva bajo sol inclemente y fuertes lluvias, habrían desembarcado en la tierra americana, para en ella instalarse.

¿Cuántos meses duró la travesía de *quince mil kilómetros* entre las costas de Kyushu y la bahía de Valdivia? Resulta casi imposible estimar la duración de este extraordinario viaje a la deriva. "Solamente se puede decir con certeza —aclara Evans— que el viaje debe haber demorado *muchos meses*" y que, no obstante los desenlaces fatales para muchos miembros del grupo significó la terrible aventura, otros *sobrevivieron*, llegando, así, sanos y salvos, a la costa de América.

"A su llegada a la costa americana, los viajeros fueron recibidos o pronto encontrados por los residentes locales, quienes presumiblemente llevaban una vida muy parecida a la que ellos habían dejado atrás, en Kyushu: pesca, recolección de mariscos, algo de caza y recolección de plantas para alimentación y fibras. Los resultados indican que los habitantes locales dieron la bienvenida a los recién llegados y los incorporaron a su comunidad. En el curso de este proceso, los advenedizos *introdujeron el arte de hacer vasijas de barro cocido a fuego* (cerámica) y, muy probablemente también, prácticas religiosas nuevas"¹⁰³.

Los grupos aborígenes de Valdivia no sólo dieron una amigable recepción a los *forasteros del mar*, así, tan sorpresivamente llegados, sino que aprovecharon con gran beneficio las enseñanzas de los visitantes. "*Pronto se convirtieron en hábiles ceramistas*", tan hábiles y aprovechados, tan buenos discípulos de los maestros que produjeron un arte superior al de los recién llegados. Comparando Jomón con Valdivia, se ve pronto la "superioridad en calidad de material y en arte" de las piezas americanas. Pero, la relación entre Jomón y Valdivia se manifiesta indubitable y más cerca está Valdivia de Jomón que de Guañape (del Perú) o de Monagrillo (de Panamá) o de Puerto Hormiga (de la costa caribe de Colombia).

Después, los mismos inmigrantes asiáticos o sus discípulos americanos, habrían llegado a las costas septentrionales del Perú introduciendo las nuevas técnicas, las nuevas ideas y los nuevos principios religiosos, y completando, de esta suerte, el extraordinario viaje a la deriva, por las corrientes y los vientos, desde el otro lado del Pacífico, miles de millas al noroeste.

Con el milenario asiento de Valdivia se relacionan Cotosh (sobre todo, Cotosh Huairajirca) y Chavín. Las semejanzas son fundamentales, particularmente en la decoración. Ahora bien,

abonando la teoría de un origen asiático (japonés) de Chavín, "los antropólogos físicos —comenta Engel—. . . hablan de mezclas, de nuevos grupos humanos *que habrían llegado durante los tiempos finales del horizonte precerámico*: desaparecieron los dolicocefalos prognatos y altos de la época anterior; los reemplazaron braquicefalos cortos, de tipo paleoasiático. . . ¿de dónde llegaron los braquicefalos si no hubo inmigración desde Asia?"¹⁰⁴.

Antes de dominar el tipo braquicefalo sobre el diolicocefalo, ambos, por lo que parece, convivieron un tiempo, resultando de esta convivencia un *tipo mestizo*, que se descubre en el fondo racial de América hacia el lado del Pacífico, que fue la zona de influencia de la sugerida migración asiática.

EL ANTI-DIFUSIONISMO

A pesar de su fuerte ofensiva en todos los frentes, el difusionismo no ha logrado aún la ansiada victoria de imponer sus ideas o, por lo menos, de sobrepasar en el balance. Son todavía más los que piensan en términos de aislacionismo que los que aceptan la importación cultural del Viejo Mundo. Aunque en pleno apogeo, casi podría decirse *de moda*, el difusionismo enfrenta recia, tenaz y, al parecer, imparable resistencia. Su postura, por consiguiente, es de lucha, y en esa lucha no lleva todas las de ganar a pesar de los buenos vientos que, por momentos, favorecen su causa.

Nordenskiöld, no obstante algunas proposiciones suyas que fueron ventajosamente aprovechadas por los difusionistas, estuvo contra la idea de un *intercambio regular* entre los pueblos de América y Oceanía, como lo propuso Rivet. Dijo: "Es seguro. . . que jamás hubo intercambio regular entre América del Sur y la Oceanía en los tiempos antiguos, no existiendo nada que corresponda a la idea de *relaciones comerciales* de Rivet". Agregó: "Friederici ha mostrado pruebas a favor de la teoría de las embarcaciones oceánicas arrastradas por los temporales a las costas de América, pero de ninguna que haya vuelto de donde salió, o de indios que, navegando hacia el Oeste, hubieran llegado a las islas de Oceanía"¹⁰⁵. Hay a favor de las conexiones culturales o comerciales entre el mundo americano y el mundo oceánico varios elementos a favor, como la *calabaza* (no obstante que pudo llegar flotando), el *cocotero*, el *camote* (que, necesariamente, debió ser traído o llevado por el hombre), la *flauta de Pan* (que en Nasca aparece junto con la cerámica más primitiva), la *trepanación del cráneo* (posible influencia de Melanesia), la *masticación de la coca*, originada, quizá, por la influencia del hábito del betel, de Oceanía; pero, contra estos elementos favorables, verdaderamente intrigantes, hay que oponer las grandes

ausencias, como, por ejemplo, la del plátano o banana, la de la *caña de azúcar* y la de algunas aves muy importantes, como la *gallina*.

Uno de los principales abanderados del autoctonismo de la cultura del Nuevo Mundo fue Kroeber. Su posición, a pesar de las arremetidas exitosas del difusionismo, se mantuvo irreductible, y no dejó durante su larga y fructífera existencia de esgrimir sus mejores armas contra los que proponían influencias profundas de origen extracontinental en el proceso de formación de la cultura aborígen americana. Admitió algunas conexiones pero insignificantes, en nada modificadoras del proceso interno americano, y mucho menos aportadoras de elementos básicos. "Generalmente se admite —dijo— que las conexiones culturales de América nativa con el Viejo Mundo han sido *insignificantes*. . .". La civilización americana —agregó—, en lo fundamental, "se desarrolló independientemente del nexu euroasiático"¹⁰⁶. Por lo demás, "desde la primera importación cultural del período de la colonización de América. . ., las influencias del Antiguo Continente han sido ligeras comparadas con los desarrollos independientes realizados en el Nuevo Mundo".

Tello, como Kroeber —desde su elevado puesto de líder de los estudios peruanistas durante cuarenta años y con una influencia notable en varios países interesados en los problemas de la prehistoria americana—, se mantuvo igualmente irreductible (aún sin conocer los datos del precerámico —murió en 1947, cuando acababa Bird de hallar los tesoros de *Huaca Prieta*, en el valle de Chicama—, datos que le habrían servido para fundamentar aún más su autoctonismo, en él cerrado y dogmático). Su autoctonismo fue no solamente continental sino regional: no admitió ni siquiera la procedencia centroamericana, propuesta por Uhle, de algunos elementos de la cultura peruana. Naturalmente, y con mayor razón, rechazó de plano toda ingerencia asiática u oceánica en el Nuevo Mundo. Para él, la cultura nació en América en forma totalmente independiente de Asia y Oceanía, y dentro del Nuevo Mundo las áreas dominantes también actuaron en forma separada.

La teoría de Dittmer, sobre el origen asiático de la agricultura americana, tiene cerrados opositores en Cook, Engel y Valcárcel. El primero, muy juiciosamente, dice: "El hecho de que la agricultura americana estaba basada en plantas americanas nativas, demuestra que la agricultura de los pueblos nativos de Norte y Sudamérica *no fue introducida del Viejo Mundo* sino que tuvo un *desarrollo independiente, indígena*"¹⁰⁷. Agrega, con referencia especial al Perú, que entre los quechuas "... la agricultura *no fue adoptada o introducida del exterior* sino que parece haber sido estrictamente indígena"¹⁰⁸. Los primeros pobladores del Perú enfrentaron "condiciones primitivas de existencia", y de

esas condiciones, por esfuerzo propio, surgió paulatinamente la agricultura.

La tesis autoctonista de Engel se basa en sus propios descubrimientos y fechados por radiocarbono. Engel tiene el descubrimiento fundamental de una *fase agrícola* en la costa central del Perú de *no menos de nueve mil años*. "Los yacimientos más antiguos que conocemos en el Perú y que indican la existencia de *plantas cultivadas*, tienen fecha de *7,000 años antes de nuestra era*. Dudamos —agrega— que sean los primeros; además, son sitios costeros; puede ser que haya nacido con anterioridad el arte del cultivo en los Andes o en el Oriente..."¹⁰⁹.

Con esto llega Engel a la siguiente conclusión fundamental: "... no se sabe todavía con exactitud cuándo comenzaron los peruanos a dominar el arte del cultivo. Lo que sabemos es que el Perú también ha sido una de las cunas de la agricultura mundial".

En 1966 dudaba Engel, como acaba de verse, del carácter primigenio de la agricultura de la Costa; sospechaba que podía haber en los Andes orientales una fase agrícola o, por mejor decir, hortícola, más antigua. Dos años después, en 1968, dio con ella, pero no en la Selva sino en el flanco occidental andino. Dirigiendo un programa del Instituto de Antropología de la Universidad Agraria de La Molina, encontró en las alturas de Chilcha, en las cabeceras de la quebrada de Parca, testimonios de *camote cultivado de diez mil años de antigüedad*. "Esto confirma su carácter autóctono —dijo—; que la planta, por consiguiente, no fue traída de Polinesia como se sostenía".

En las mismas alturas, a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar, Engel halló otros testimonios de cultivo, de la misma antigüedad que el camote, lo que muestra que la agricultura allí estaba relativamente avanzada y que los pueblos que la ejercían practicaban por esfuerzo propio el policultivo.

La argumentación difusionista de los *andenes*, ha sido rebatida, aunque con argumento débil, por Valcárcel. Dice: "Los andenes no son una invención exclusivamente peruana: hay andenes en . . . Filipinas, China . . . pero son de muy distinta naturaleza. Los andenes de China y Filipinas son simples cortes del mismo cerro, con paredes de la misma tierra. . . ; no hay punto de comparación con los peruanos ni en la extensión ni en la técnica."¹¹⁰

Dirigiendo sus venablos directamente a Heine-Geldern, Valcárcel reafirma su posición resueltamente aislacionista en el siguiente párrafo: "Recientemente han vuelto a surgir brotes de estudio comparativo entre manifestaciones artísticas de escultura y arquitectura indochinas con las mayas y las peruanas, sobre todo las de Chavín; ahora se sostiene la posibilidad de que hubiese habido no derivación directa sino influencia. Los últimos

que han tratado el tema son precisamente algunos arqueólogos que no han trabajado en el Perú y que han estudiado las cosas peruanas a través de grabados. Suponen que habiendo estado ya en formación la cultura peruana, recibió ciertos mensajes de la cultura indochina, los que se pueden reconocer principalmente en ciertos trazos de su arte escultórico ... Es aconsejable no comparar rasgos aislados de una cultura con los de otra, porque cada cultura es un conjunto cuyas partes son inseparables, en que cada parte está en función del todo. Lo único comparable es el íntegro de una cultura con el íntegro de otra cultura"¹¹¹.

Como Nordenskiöld, Valcárcel se ampara, para apuntalar su aislacionismo, en las *grandes ausencias*, argumento que, para él, es decisivo. "Puentes entre Oceanía y América del Sur —dice— no han sido hallados ni hay posibilidad alguna de encontrarlos. Por ejemplo, en las islas Galápagos no existe el menor indicio de población precolombina . . ." (lo que fue escrito antes —1943— de que Heyerdahl asombrara al mundo de la ciencia justamente con la noticia contraria: que en las Galápagos hay restos de cerámica peruana). Agrega Valcárcel: "Ni el árbol del *taro*, ni el cerdo, ni la caña de azúcar, ni el *carey*, ni las aves domésticas, ni el plátano, ni las *canoas de balancin*, ni otros muchos elementos característicos de Oceanía llegaron a América sino después del descubrimiento europeo del siglo XV"¹¹².

Considera, también, Valcárcel el caso de la ganadería. Los *auquénidos* (llama, alpaca, vicuña y guanaco) fueron utilizados por los peruanos, fundando una ganadería incipiente de la que obtuvieron: transporte (no más de 46 kilos de carga ni más de quince kilómetros por día), carne (en medida limitada, solamente *charqui*), lana para el tejido y combustible (estiércol); jamás leche. Esta ganadería fue *totalmente autóctona*. Se parece a la de Indonesia en sólo un detalle negativo: ni allá ni acá se usó la leche. Pero —dice Valcárcel, un poco especulativamente—, ésta es una simple *coincidencia negativa* y no una prueba de vinculación. "Ni los polinesios ni los indonesios han debido tener la menor participación en la cría de los *auquénidos*"¹¹³.

Finalmente, citando a Caso, eminencia mexicana —pero desconociendo todavía los trabajos de Evans y Meggers—, comenta en relación con la cerámica Cotosh, identificada por Tello y estudiada por Izumi: "Las ligeras semejanzas estilísticas entre los objetos asiáticos y americanos o entre especies mesoamericanas y peruanas, no constituyen prueba de relaciones y menos de derivaciones, como demostró tajante y definitivamente el profesor Alfonso Caso en el Congreso Internacional de Americanistas reunido en México el año 1962". Para Valcárcel, la cerámica Cotosh es autóctona, no se vincula con ninguna otra del resto del continente; mucho menos deriva de ningún otro estilo"¹¹⁴.

POSIBILIDAD Y CERTEZA DE LOS VIAJES
A TRAVES DEL PACIFICO

Las tradiciones, los hechos de la arqueología, las conclusiones a las que ha llegado el estudio de la navegación tanto entre los pueblos de Oceanía y del Asia oriental como de la costa oeste de Sudamérica, las experiencias históricas y de los últimos tiempos y otras pruebas atendibles, respaldadas por opiniones de autorizada procedencia, conducen a la conclusión de que los viajes a través del Pacífico, en la edad anterior a la llegada de los europeos, no deben ser descartados. Fueron factibles; pudieron realizarse; y, en la opinión de no pocos hombres de ciencia, se *realizaron*.

Paralelamente, los argumentos en contra enrostrados a los difusionistas, conviene prudentemente someter a revisión. Para el estudio del hombre del Pacífico, ya el mar no debe ser tenido como un abismo insalvable; las distancias no cuentan con el peso de antes porque se ha visto y probado que el hombre primitivo, en sus toscas embarcaciones, supo vencerlas, enfrentando exitosamente los peores peligros; los fantasmas del hambre y de la sed, en la inmensidad del mar, no fueron tan frecuentes como antaño se creía; finalmente, la necesidad en unos casos, el azar en otros y el espíritu de aventura en todos, impulsó al hombre a las mayores proezas, que asombran especialmente por la incapacidad del ser civilizado de hoy para hacer frente a las inclemencias y desbordes de la naturaleza. Rivet, con toda su autoridad, dice: "El Pacífico no debe aparecérsenos como una inmensa extensión vacía, barrera infranqueable entre el Antiguo y el Nuevo Mundo... Migraciones humanas lo atravesaron...; hubo después comerciantes audaces que lo cruzaron en forma más o menos regular hasta la época del Descubrimiento, y estas travesías se efectuaron sin duda en *ambos sentidos*"¹¹⁵. En igual sentido se expresa Robert Hirning en un reciente y documentado enfoque del problema a la luz de las últimas investigaciones. Dice que las posibilidades de relación, gracias a los medios antiguos —no despreciables; por el contrario, excepcionalmente útiles— y gracias a las corrientes y los vientos, "en ambas direcciones", *son ciertas*, casi evidentes (aunque admite que faltan, para sostenerlas, las pruebas definitivas)¹¹⁶.

Que falte conocer algunos detalles importantes de los sistemas de navegación de Asia y Sudamérica, no significa que descartemos de plano la posibilidad de los viajes transoceánicos en balsa —apunta, por su parte, Clinton R. Edwards, uno de los más versados especialistas, en la hora actual, en navegación precolombina en la costa Oeste de Sudamérica—. La posición que recomienda es justamente la contraria: admitir los viajes en balsa por tener ellos sólido fundamento histórico. Hay prue-

bas históricas de que las grandes balsas peruanas y ecuatorianas hacían largos viajes "llevando mucha carga, *tanto a favor como en contra de la corriente y del viento prevaleciente*". Se tiene como cosa cierta, por otro lado, que los balseros americanos de la costa Oeste compartían la capacidad de los antiguos marinos de canoas para atravesar las grandes extensiones de agua. Rechazar, por consiguiente, los largos viajes en balsa por el solo prurito de no declararlos factibles *a priori*, es una posición hoy superada¹¹⁷.

"El aislamiento de América —lo confirma un tratadista que destaca entre los mejor informados—. . . *no fue completo*. Es probable que desde las costas del Pacífico (desde el noroeste de Norteamérica y *desde el Perú*), pequeños grupos de americanos *entraran en contacto con los polinesios*. Algunos elementos culturales pudieron así *extenderse de América a Oceanía*. A la inversa, en forma mal conocida, llegaron, sobre todo a Centroamérica, numerosos elementos culturales *indonesios y chinos* y del *sudeste de Asia y oceánicos en general*, que se manifiestan especialmente en el arte decorativo y en otros aspectos de la vida social y espiritual. . . El contacto casual y esporádico a través del Pacífico es seguro que se dio en *múltiples ocasiones*. . ."¹¹⁸

El mismo Pericot y García, de quien es la cita precedente, destaca la posibilidad, determinada por la paleoclimatología, de haberse producido, entre los años 1100 y 1300 de nuestra era, una gran calma atmosférica en los mares de la Polinesia, que habría permitido, por un lado, la expansión *maorí* y, por otro, los viajes a las islas desde las costas americanas. La existencia de esta *época climática bonancible* se desprende de los interesantes estudios efectuados sobre el paleoclima de la Polinesia y, especialmente, de los trabajos de O.H. Selling (1948) en base a análisis de muestras de polen recogidas en las islas Hawaii.

Que el hombre puede sobrevivir a las largas travesías solitarias, sin otra fuente de aprovisionamiento para sus necesidades vitales que la propia naturaleza que lo circunda, lo demostró el ilustre marino español D. Antonio de Ulloa, en el patético relato contenido en el Entretenimiento vigésimosegundo de su obra *Noticias americanas*, que vio la luz en Madrid, el año 1772. Allí cuenta el caso extraordinario del que dio fe el piloto español Pedro Le Gu, ocurrido por los años 1738 y 1739. Había ido el referido Le Gu a la distante isla de Juan Fernández, muy rica en pesca, con indios con sus canoas para que ayudasen en la operación. Las canoas iban a remolque o dentro del buque. La isla está a cien leguas de Valparaíso "y los mares de este intermedio son recios y alterados por ventar los sures con fuerza y ser esto continuo"¹¹⁹. En Juan Fernández, las canoas fueron largadas en distintas direcciones a pescar, pero al cabo de la jornada una no volvió, y habiéndosela esperado todo un día, al cabo se la dio por perdi-

da. Mas, cuando el buque volvió a Valparaíso, grande fue la sorpresa de todos al ver en el puerto a la canoa con sus mismos tripulantes, todos buenos. Contaron que no pudiendo la vez de la pesca en Juan Fernández volver al buque, habían resuelto "irse a la tierra firme, y únicamente con los canaletes para bogar: sin más agua ni provisiones que las que habían sacado para el mantenimiento del día, se determinaron a hacer el viaje, arrojando a los peligros, y sin embarzarse en los gruesos mares que no ignoraban que debían experimentar en la travesía. De estos ejemplares hay muchos que pudieran citarse, *con los cuales se acredita la facilidad que tienen los indios... para hacer tales arrojos*".

El conocimiento de este caso llevó al propio Ulloa a escribir lo siguiente, hablando de los viajes a través del océano que debieron realizar los primeros pobladores inmigrantes del continente americano: "Si los primeros pobladores emprendieron el viaje desprofecho para buscar tierra y ocuparlas, era correspondiente que llevasen provisión para algunos días...; pero, si se quiere que fuese la casualidad quien los arrojó allá, es regular que acaeciese cuando salían a pescar, que es el único objeto que entonces, como ahora, los lleva al mar, y con poco pescado que hubiesen cogido les bastaba para mantenerse algunos días. Además de estos, en algunos mares hay abundancia de *voladores*, que en partidas o bandadas grandes, vuelan bastante trecho, huyendo de los dorados, tiburones y otros pescados que les persiguen y *en el vuelo no dejan de caer algunos dentro de las embarcaciones...*; con poca porción que tomasen tenían suficiente para alimentarse, interin que llegaban a tierra..."¹²⁰.

El párrafo transcrito de Ulloa, de mediados del sigloXVIII, es un buen antecedente para lo que iba a escribir Thor Heyerdahl, recordando sus experiencias en el viaje de la *Kon Tiki*: el mar da de comer a quienes lo cruzan y no hay por qué temer del terrible fantasma del hambre. Dice Heyerdahl: "Aun en el caso de que nuestros predecesores [se refiere, siguiendo su teoría, a la hueste de Kon Tiki, el personaje legendario que abandonó un día la costa Norte del Perú, siendo a poco arrastrado por la corriente marinal hubieran salido de tierra con provisiones insuficientes, habrían podido componérselas bastante bien mientras flotaban en la corriente marina, *donde abunda el pescado*". Y contando su propia experiencia, añade: "Ni un solo día durante todo el viaje [que duró más de tres meses] faltaron peces nadando junto a la balsa, al alcance de la mano. Raro fue el día en que no vinieran a bordo un cierto número de *peces voladores*, por propia iniciativa. Sucedió, incluso, que hermosos bonitos, deliciosos al paladar, subieron a la balsa con las grandes masas de agua que entraban por la popa y se quedaron allí, moviéndose convulsivamente cuando el agua se escurría entre los troncos

como a través de un cedazo. *Era, pues, imposible morir de hambre*¹²¹. Más adelante cuenta: "No pasaba día que no tuviéramos seis o siete *dorados* describiendo círculos alrededor y debajo de la balsa" ("el *dorado* es un pez tropical de vivos colores llamado también *delfin*, aunque no debe ser confundido con el pequeño cetáceo dentado al que se le da también este nombre. Los dorados tienen por lo regular de un metro a un metro y medio de largo...; tienen el cuello y la cabeza enormes..."). "En los días malos solía haber solamente dos o tres, pero al día siguiente había a lo mejor treinta o cuarenta. Normalmente bastaba advertir al cocinero con veinte minutos de anticipación si deseábamos pescado fresco en la comida; entonces, éste amarraba un hilo a un pedazo de caña de bambú y ponía en el anzuelo medio pez volador. En un segundo estaba allí el dorado... y con otros dos o tres a la zaga. Era un pez espléndido... y cuando se le comía recién cogido, su carne firme era deliciosa al paladar, algo como una mezcla de bacalao y salmón... *En el mar había pescado de sobra*".

Pero, no son novedad estas apreciaciones. En el siglo pasado, Florentino Ameghino se declaró partidario de las comunicaciones intercontinentales, creyó en los viajes transpacíficos y sostuvo que el mar no debía ser considerado como un obstáculo. "Las comunicaciones entre el Antiguo y el Nuevo Mundo [a través del mar] *no son tan difíciles como generalmente se cree*"¹²² —dijo, agregando que ni el Pacífico ni el Atlántico cerraron el paso nunca a los pueblos navegantes en sus aventuras por el mar—: "Nada se opone a que los pueblos de la antigüedad hayan podido llegar a América por el Atlántico...". Por otro lado, "los *salvajes de la Oceanía*, con sus piraguas primitivas, franqueaban antes de la Conquista distancias considerables. Los habitantes de Nueva Zelandia iban hasta la isla de Tahití, separada de ellos por más de dos mil millas... Los malayos, con sus frágiles esquifes, poblaron una gran parte de las islas del Mar del Sur... Los polinesios con sus embarcaciones, por una serie de continuas migraciones, han concluido por poblar toda la Polinesia; y los indígenas de Mozambique aun hoy en día se lanzan en el Océano Indico sin otra guía que el estado del tiempo...".

Para la sed también hay remedio, y Heyerdahl cree, de acuerdo con los lineamientos generales de su teoría, que los polinesios, cuyos antecesores llegaron a las islas viajando desde la costa occidental de América, conservaron por mucho tiempo la tradición, aprendida en el Nuevo Mundo, de las *hojas de coca*. Pues bien: esos antecesores de los polinesios actuales, masticando la coca, calmaban la sed en los largos viajes por mar. Dice: "En las fatigantes jornadas por las altas montañas y *en los viajes por mar* (los antiguos peruanos, aún antes de los Incas) llevaban grandes cantidades de estas hojas y las masticaban días enteros

para calmar los tormentos de la sed y del cansancio"¹²³. Además, "al cabo de un tiempo relativamente corto, la masticación de las hojas de la coca permite, incluso, *beber agua de mar con cierta inmunidad*".

Inspirados en las leyendas y tradiciones de la antigüedad, los escritores de los siglos XVI y XVII creyeron a pie juntillas en los viajes a través del Pacífico, en uno y otro sentido, entre las costas de Asia y las de América, figurando concretamente en la creencia *las costas del Perú*. Una de las más conocidas, por ejemplo, es la leyenda, de estirpe bíblica, del rey Salomón, transcrita por Miguel Cabello de Balboa en su *Miscelánea Antártica*, que dice que en tiempo de aquel sabio monarca, cosa de mil años antes de la llegada de Nuestro Señor, salió una expedición desde el puerto de Asión Gaber ("que es el remate que hace el mar bermejo entre las arabias") *para cruzar el ancho mar y llegar a Ophir*. Cabello de Balboa cree en la versión de Ophir basándose en el hecho de que, siendo Salomón un rey tan sabio, como lo hizo patente tantas veces, no podía ignorar la existencia "de este mundo, llamado ahora América".

Hecha por orden del mismo Salomón *la flota*, "le mandó que caminase a Ophir dándole (a lo que se puede presumir) instrucción de cómo habían de gobernarse y a qué parte del mundo había de ir..."

"La flota echa a la vela, y desembocada por la parte que ahora llamamos estrecho de Meca... y fue así que marearon sus velas *para el Oriente*, y surcando aquellos nuevos y conocidos mares, vinieron (según place al doctor Benedicto Arias Montano) *a nuestro Pirú*, de donde, al cabo de tres años, volvieron con una gran suma de oro, que el Texto Sagrado lo numera en 950 talentos..."¹²⁴.

Después, la expedición regresó con oro de muy subido valor. Comenta el cronista, autor de la *Miscelánea*: "... entiendo yo que fue la *primera flota* que para la tierra de Ophir se hizo, aunque también creo que debieron ir muchas veces a ella por oro. De mucho tiempo atrás tenía ya fama la fineza del oro de Ophir, y era tanta su estimación y excelencia que era usado su nombre y traído por comparativo de las cosas inestimables".

LA TEORIA DEL JUNCO CHINO

La teoría —o, simplemente, la idea, como conviene mejor llamarla— que pretende explicar la formación o enriquecimiento de la cultura aborígen americana por la llegada de elementos asiáticos continentales (o de otra procedencia) en condición de naufragos, en embarcaciones perdidas y arrastradas por los vientos y las corrientes marinas —llamada comúnmente y sin res-

Los seres que habitan el mar sostienen con frecuencia fieras luchas entre sí. La escena, tomada de un vaso mochica de hace 1,500 años, representa el encuentro del poderoso demonio-cangrejo, humanizado, con el demonio-pez, armado éste de un tumi o cuchillo. El cangrejo ataca con anzuelos, y captura y vence a su adversario. Las figuras de ambos personajes se completan con emblemas mitológicos. (Tomado de Gerdt Kutscher, *Chimú. Eine Altindianische Hochkultur*. Berlín, 1950, Gebr. Mann Verlag. Reproducción autorizada).





tricción geográfica *teoría del junco chino*—, es muy antigua, tan antigua como la propia especulación sobre el origen de los indios americanos, iniciada en el siglo XVI.

En todos los tiempos se ha hablado, y se sigue hablando en los actuales, acerca de la posibilidad —jamás considerada remota— del arribo a las costas del Nuevo Mundo de gentes perdidas y arrebatadas de su ruta por la furia de los temporales. La idea, incluso, ha sido acogida por eminencias en el campo de la ciencia. Lo que sí han rechazado de plano estas eminencias científicas, como Nordenskiöld y Kroeber, es el considerar a los naufragos como factores determinantes del progreso cultural americano. No conciben que un puñado de hombres, mal avituallados, sin recursos de ninguna especie y maltrechos por la aventura de una deriva en el mar de meses de duración, pudiera haber influido en el desarrollo de la cultura del Nuevo Mundo. Ellos, por consiguiente, reducen los casos a simples *contactos*.

Testifica la antigüedad de la *teoría del junco chino*, el P. Acosta, quien, en su *Historia Natural y Moral de las Indias*, de 1590, dice: "Cosa cierta es que vinieron los primeros indios por una de tres maneras a la tierra del Pirú. Porque o vinieron *por mar* o *por tierra*; y si por mar o *acaso* o *por determinación suya*. Digo acaso, echados por alguna gran fuerza de tempestad, como acaece en tiempos contrarios y forzosos; digo por determinación, que pretendiesen navegar e inquirir nuevas tierras..."¹²⁵. Más adelante agrega el ilustre jesuita: "... habiendo mostrado que no llevaba camino pensar que los primeros moradores de Indias hayan venido a ellas con navegación hecha para este fin, bien se sigue que *si vinieron por mar* haya sido *acaso* y *por fuerza de tormentas* el haber llegado a Indias, *lo cual por inmenso que sea el mar Océano, no es cosa increíble*..."¹²⁶. "Concluyo, pues, con decir que es *bien probable de pensar que los primeros aportaron a Indias por naufragio y tempestad de mar*..."¹²⁹.

En el Primer Congreso Internacional de Americanistas de 1875, reunido en Nancy, Francia, M. de Foucaux presentó una ponencia titulada *Relación, a comienzos de nuestra era, entre los budistas de Asia y los habitantes de América*, en la que, partiendo de los trabajos de Gustavo d'Eichthal (sobre el origen budista de la civilización americana) y de Alejandro de Humboldt (quien dijo en *Vues des cordilleres* que "la comunicación entre los dos mundos se manifiesta de una manera indubitable en las cosmogonías, los monumentos, los jeroglíficos y las instituciones de los pueblos de América y Asia"), concluyó que las relaciones entre los continentes separados por el Pacífico eran estrechas, particularmente entre el Tíbet y México; que también se daban signos de relación estrecha entre China y el Japón por un lado y México y *el Perú* por otro; que estas relaciones entre Asia y el Perú se habían producido, fuera de toda duda, *por mar*; y que

la supuesta arribada de embarcaciones perdidas, a la deriva, arrastradas por los vientos y las corrientes marinas, a las costas occidentales de América, especialmente del continente Sur, debía considerarse como cierta. Empero, dudó que de esos grupos náufragos, llegados en embarcaciones perdidas, pudiera derivarse la civilización aborígen americana. “Con Robinsones —dijo— no se puede formar una civilización”¹²⁸.

Un estudioso peruano de los comienzos del siglo, se dejó ganar por las ideas debatidas en el Congreso de Americanistas de Nancy, y propuso, con ciertas dudas y contradicciones, que “frá-giles piraguas salidas de las islas del Pacífico en busca de pescado, fueron empujadas por las corrientes y los vientos del mar, llegando sin novedad a las extensas playas de este lado de América, donde estos náufragos felices fijaron sus residencias”¹²⁹. Propuso, también, que *barcos japoneses* pudieron de la misma manera llegar a América en los últimos tiempos.

La gran cantidad de *elementos comunes* de América y Oceanía (cuarentinueve en total, según la lista de Nordenskiöld), llevó a pensar a Friederici, en los comienzos del siglo, en la posibilidad de “arribadas forzosas” a las costas de Sudamérica de tripulaciones polinesias corridas por los temporales y empujadas por las corrientes. Nordenskiöld, por su parte, aunque en lo fundamental aislacionista, partidario de la *creación cultural propia* (“toda la civilización avanzada de América constituye un desarrollo intenso de la cultura indígena puesta en condiciones favorables para ello”), admitió la recepción de elementos culturales oceánicos, “llegados en circunstancias fortuitas o casuales”. como “naufragos” de embarcaciones perdidas. Naturalmente, esos elementos en nada variaron el cuadro general del Nuevo Mundo, con “una cultura indígena esencialmente americana”¹³⁰. La idea de la embarcación perdida verdaderamente cautivó al sabio etnólogo sueco. Algunos *elementos oceánicos* —dijo—, hallados en América, “pueden provenir de la tripulación de una nave corrida por el temporal, *posibilidad que no queremos desatender por haberla demostrado Friederici de una manera convincente...*”¹³¹. Insistió en otra parte de su famoso estudio sobre el origen de las civilizaciones del Nuevo Mundo, que “embarcaciones corridas por el temporal”, en diferentes épocas y procedentes de diversos puntos, pueden haber traído a América un mismo elemento cultural, el que se habría repetido.

Kroeber, al tratar del origen del bronce sudamericano, rechaza la posibilidad de una difusión por tierra desde Asia, a lo largo de dieciséis mil kilómetros, por carecer simplemente de esa aleación la mayoría de los pueblos de la pretendida ruta, pero añade: “Podría invocarse la *teoría de un junco chino*, arrastrado de su curso y arrojado a las costas de América del Sur. Pero, la cultura del bronce original sudamericana ocupa un área mon-

tañosa del interior". Además, las posibilidades de transmisión de la técnica del bronce en una circunstancia así, habrían sido nulas. El arribo "de un puñado de extranjeros desamparados" no puede "iniciar un surgimiento cultural duradero"¹³². Generalmente, los pueblos aborígenes rechazan o diezman a los grupos aisladamente llegados.

Pero, al margen del caso del bronce, Kroeber admite los *contactos marítimos esporádicos*. Dice en forma terminante: "Navíos asiáticos repetidas veces han sido arrojados sobre la costa del Pacífico de América del Norte, y con toda probabilidad también a veces sobre la de América del Sur"; mas, "todo parece indicar que los efectos civilizadores de tales *accidentes* prácticamente fueron nulos".

Otra eminencia de la Etnología contemporánea también cree en las *arribadas accidentales*. Es el P. Guillermo Schmidt, de la Escuela Histórico-cultural, de Viena. Para el P. Schmidt, en la génesis de las culturas andinas superiores, se descubre, analizando sus propios fundamentos, "una compenetración íntima de la cultura *totémico-patriarcal* con la *exogámico-matriarcal*" y, sobre esta fusión, se perciben claramente, también, "influencias posteriores y decisivas de las culturas *polinesia* e *indosinesia*". Schmidt indica que la cultura polinesia no pasó íntegramente sino *sólo en parte*; fue transplante únicamente de algunos elementos. Ahora bien: estas influencias parciales pero decisivas de Polinesia e Indonesia sobre América, fueron *por la vía del mar* y habríanse producido, según el propio P. Schmidt, por *náufragos* o *navegantes perdidos*.

Robert Hirling, en su reciente estudio sobre los contactos transoceánicos, aparecido en "América indígena" (1965), sigue a Hyatt Verrill (*Antiguas civilizaciones americanas*, 1953) para mencionar la ciertamente curiosa existencia de un libro "escrito por un sacerdote budista chino *que visitó a los americanos* en el siglo V antes de la era cristiana". En general —comenta Hirling—, algunos rasgos raciales de la población americana "podrían ser el resultado de los viajes de los juncos chinos al Nuevo Mundo"¹³³.

Respecto a esos *rasgos raciales extraños* de que habla Hirling, es ocasión ésta de mencionar la muestra que guarda en su museo particular el coleccionista japonés Yoshitaro Amano, consistente en cinco piezas de cerámica peruana antigua de extraordinario valor, que representan otras tantas figuras raciales de características marcadamente exóticas: un negro, un mulato, un chino (de larga barba), un árabe y un ario o caucasoide. En los casos del árabe y el chino, la vestimenta contribuye a respaldar la convicción de que se trata de elementos raciales venidos de fuera. Se ha sugerido la hipótesis de que esas figuras de terra-

cota representan personajes llegados al Perú por la vía marítima, en condición de viajeros perdidos.

Franck C. Hibben ha ridiculizado con toda razón, recientemente, la teoría del junco chino cuando con ella algunos autores poco o nada escrupulosos han pretendido explicar nada menos que el origen de los indios americanos. Ello —dice— es llanamente absurdo y debe ser borrado de los libros serios. Mas, cabe la posibilidad de *arribadas tardías*, cuando ya el continente americano, de un extremo a otro, estaba poblado. En este sentido, destaca Hibben el papel que ha podido cumplir la corriente del *Kuroshio*, anteriormente estudiada. Esta corriente —dice— puede “llevar un objeto flotante, como una barca al garete, a través del Océano en dirección al Este... Parece lógico suponer —añade— que una barca sin rumbo podría haber sido llevada... por la corriente japonesa... a las playas de la costa Noroeste de América del Norte...”¹³⁴. Fuera de esta consideración geográfica, la Etnología ha puesto bien en claro que las semejanzas entre los indios del noroeste de América del Norte y los pueblos asiáticos, son muchas. Entre los indios americanos hay vestigios probadamente de Asia, como *máscaras con bigotes*. “Como los indios americanos suelen carecer de pelos en la cara, un enorme bigote es un detalle curioso”.

En resumen: la teoría del junco chino no debe ser mencionada para nada en la explicación de los *primeros americanos*, por la sencilla razón de que los juncos son relativamente tardíos, de cuando, por lo menos, ya América, hacia muchos miles de años, estaba totalmente poblada; pero sí puede ser citada en el capítulo referente a las *relaciones tardías* con los pueblos de otros continentes.

Los escritores peruanos de temas arqueológicos y prehistóricos han sido siempre reacios a aceptar la teoría de las *arribadas accidentales*. No admiten la idea de los navegantes perdidos, ni con las manos y el cerebro vacíos, ni en condición de portadores de ricos testimonios de cultura. Valcárcel puede ser señalado como un representante de esta tendencia. Criticando al P. Schmidt, de quien ya hablamos, lamenta que cuando éste “se ocupa de la introducción de la autocracia y de la esclavitud por los... polinesios (navegantes perdidos... unos pocos naufragos), es sensible anotar que merma su reconocida sabiduría”. Agrega: “Es inconcebible que unos cuantos hombres perdidos de ruta y llegados a puerto en la costa peruana, pudieran ser transmisores de una completa estructura social a base de monarquía absoluta y de esclavismo. Sólo una invasión vencedora de un ejército, con el rey polinesio a la cabeza, habría sido capaz de tal hazaña”¹³⁵.

LA LEYENDA DEL FU SANG

En todo tiempo, la idea de embarcaciones con tripulantes chinos o japoneses, a la deriva, impulsadas por los vientos y las corrientes, cruzando el ancho océano de un continente a otro —necesariamente por el Norte, de Asia a América—, ha tenido amplia y ardorosa acogida, con creyentes sinceramente entregados a su defensa.

Igual acogida ha tenido la idea de los viajes planeados. Se ha insistido en la importancia de las corrientes marinas y en la dirección de los vientos. Se ha considerado como factible desde todo punto de vista la salida de expediciones de China o Japón hacia el Este y su arribada a las costas occidentales del Nuevo Mundo¹³⁶. Para algunos autores, es de toda evidencia que *los chinos estuvieron en América*¹³⁷, que conocieron América, que trabaron en sus viajes relación con los pobladores nativos del Nuevo Mundo y que, como consecuencia de estos contactos, dejaron conspicuos elementos de su cultura. Por lo menos, desde el punto de vista asiático, hay la evidencia de que los chinos y, probablemente también los japoneses, no ignoraron el Nuevo Mundo.

En 1791, el célebre orientalista De Guignes, en un discutido estudio sobre la navegación de los chinos en las costas de América, propuso por primera vez en el mundo científico la teoría de que América había sido conocida por los chinos muchos siglos antes que los europeos, y para tal revolucionaria idea, no exenta de mágico atractivo, se basó en el testimonio del historiador chino Li Yu-tcheu, de cuyo texto ofreció una traducción exacta. En ese texto se afirma que en el año 458 de la era cristiana, cinco budistas chinos, salidos de Samarcanda en misión proselitista, descubrieron un gran país situado al oriente del Celeste Imperio y llamado *Fu Sang*.

Un expositor muy fiel de la teoría de De Guignes, dice: “A 12,800 *lys* de China se encuentra Nippon (Japón), 7,000 *lys* más al septentrión se halla Wen-chin (Yedo), patria de los *ainos*, pueblo salvaje y de piel roja. A 5,000 *lys* al Este del país de los *ainos* está situado el país de Ta-han (que podría ser la península de Kamtchatka), rodeado de agua por tres costados; de allí, habiendo seguido los budistas su camino hacia el Este, después de haber marchado unos 20,000 *lys* más, llegaron a *Fu Sang*, donde se establecieron. De Guignes, después de haber discutido concienzudamente la narración del historiador chino Li Yu-tcheu, concluye por declarar que, en su sentir, *Fu Sang es América...*”¹³⁸

Ameghino, de quien es la cita precedente, cita a otros autores, contemporáneos o posteriores a De Guignes, quienes sostienen igual punto de vista sobre la legendaria tierra de *Fu Sang*. Entre otros: Emilio Guimet, Catlin, Paravey, Eichthal y Charen-

cy. Los estudios de De Guignes, en su tiempo, fueron ampliamente estimados y su posición sobre el Fu Sang, decididamente dogmática, contó con el apoyo de muchos respetables orientalistas y americanistas.

El eminente De Quatrefages, en su famoso tratado de 1878 sobre *La especie humana*, que es un monumento de la ciencia (superado naturalmente pero respetabilísimo), participó de la opinión de De Guignes. Observó que los chinos se encontraban en la época del supuesto viaje de los cinco sacerdotes budistas al país de Fu Sang, en mejores condiciones que los europeos para emprender una travesía semejante "puesto que conocían la brújula desde dos mil años antes de nuestra era y poseían cartas geográficas muy superiores que los toscos bosquejos de la Edad Media".

El aporte de Hipólito de Paravey fue muy interesante. En un trabajo de 1844 acerca del debatido país del Fu Sang, probó que "los 20,000 lys que recorrieron los budistas chinos para llegar a América, son justamente la distancia que hay siguiendo la gran corriente del Kuro-Sivo que conduce a las costas de California, donde muy a menudo llegan también, arrastradas por la misma corriente, barcas abandonadas y otros objetos arrancados de las costas del Japón".

Pero no quedó allí la contribución del citado Paravey. En su trabajo aludido, reprodujo el facsímil de un grabado chino *representando una llama (Auchenia)*, "lo que prueba —comenta Ameghino, a quien venimos siguiendo en esta parte— que los chinos habían llegado no sólo a las costas de California, sino también mucho más al Sur, *hasta las costas del Perú*, por lo menos".

Los estudios de Paravey obligan a pensar en flotas de juncos chinos navegando por las tranquilas aguas del mar peruano, procedentes de las lejanas aguas de Asia, en busca de puerto para desembarcar. Muchos hombres de estudio tuvieron en el siglo pasado absoluto convencimiento de esta escena de mero-deo marítimo. La idea, al momento, ha perdido fuerza pero no carece de seguidores. Pericot la admite, destacando que los monjes budistas habrían sido portadores de algunos elementos de cultura, de algunas costumbres y de algunos usos agrícolas, que introdujeron, con gran beneplácito de las poblaciones nativas, en México y el Perú¹³⁹.

Las ideas de De Guignes y Paravey tuvieron fervorosa acogida en el Perú. Rivero y Tschudi las incorporaron a su famoso libro *Antigüedades peruanas*, que vio la luz, en prensas austriacas, en 1851, o sea, muy poco después de los trabajos del segundo de los nombrados. La parte relativa al Fu Sang fue escrita por Rivero y dice: "... el señor De Guignes... fundado en las crónicas de la China, atribuye la cultura peruana a emigraciones

procedentes sea del Imperio Celeste o de la India Oriental. Recientes investigaciones parecen confirmar este dictamen: ya en el año 1844 probó el erudito francés M. de Paravey, que *el país de Fu Sang* descrito en los anales chinos es *el imperio mexicano*, que, como consta en estos mismos anales, en el siglo quinto era conocido de los chinos. Un año más adelante trató del mismo asunto el señor Neumann, de Mónaco. Paravey añadió en 1847 un apéndice interesante el que indica que en Uxmal, de Yucatán, se halla figurado un Buddha de Java, sentado bajo la cabeza de un Siva...¹⁴⁰.

Fue tema de polémica la ubicación exacta del Fu Sang, sobrentendida su condición de tierra americana. En el Primer Congreso Internacional de Americanistas de Nancy, reunido en 1875 —época de gran entusiasmo por las ideas de De Guignes—, Lucien Adam presentó un trabajo titulado *Los chinos en América*, en el cual, después de hacer referencia a los estudios del padre de la teoría —el citado De Guignes— y a los de Gustavo d'Eichthal (sobre el origen asiático-budista de la civilización americana, 1864), sostuvo, con gran aparato de erudición, que en el año 458 de la era de Cristo, se habían realizado viajes por mar desde China hacia América del Norte, habiendo partido del puerto de Leao-tong, al norte de Pekin y cerca de Corea. La principal expedición había tocado en Japón, luego en Yeso, en seguida en la península de Kamtchatka y enrumbado, finalmente, a América, al mismo lugar donde mucho tiempo después, en 1741, desembarcaron los rusos. Los expedicionarios chinos, siempre según Adam, tocaron en una tierra agradable y allí se establecieron. Ese país resultó ser el Fu Sang de la tradición recogida por los historiadores chinos. Adam agregó que esa tierra podía estar un poco al norte de California, por Vancouver¹⁴¹.

En el Congreso de Americanistas siguiente, reunido en Luxemburgo, Emilio Guimet sostuvo lo mismo: que el Fu Sang podía ubicarse en tierra californiana, y que el acceso a ese país, desde Asia, se veía facilitado por la poderosa corriente cálida del Japón¹⁴².

Ambas ponencias, sin embargo, fueron duramente rebatidas por Frederic de Hellwald, quien las calificó de absurdas e indignas de ser consideradas por la ciencia. A pesar de ello, fueron escuchadas por una legión de interesados y la tesis no perdió adeptos; ganó muchos, en cambio.

El gran americanista Eduardo Selser no se limitó, como buen adversario de la teoría del Fu Sang, a negar su ubicación en América sino que trasladó el legendario país al continente del cual, según su opinión, no debía moverse: Asia. Sostuvo concretamente que el Fu Sang no estaba ni en Vancouver ni en California ni en México, sino en Corea. Para Selser, por consiguiente, la parte ampliatoria de la teoría sobre la llegada de flotas chi-

nas a las costas occidentales de América, carecía completamente de fundamento y debía ser desechada¹⁴³.

Pero, a pesar de las críticas, la teoría se mantuvo por mucho tiempo. Los que dudaban de la posibilidad de *viajes a la deriva* por la Corriente del Kuroshio, tuvieron una aclaración convincente con el viaje del intérprete José Hico, narrado por Aimé Humbert en su libro *Viaje al Japón*. José Hico "fue arrastrado por la gran corriente cálida que baña las costas meridionales del Japón, y llevado con su frágil esquife a las costas de California". La realidad de los viajes era incontrastable.

LOS CHINOS EN LAMBAYEQUE Y OTROS RESPALDOS HISTORICOS

Comentando con gran erudición la literatura, de buen origen, surgida en relación con los trabajos de De Guignes sobre el país del Fu Sang, Ameghino, basándose en el tratado de *Geografía del Perú* de Mateo Paz Soldán (1863), hace una referencia, directamente conectada al Perú, de sumo interés. Dice: "Es bueno hacer notar... que los habitantes de la villa de Lambayeque, en el Perú, que parecen ser de una raza diferente de los indios cercanos, *hablan una lengua que los chinos llegados ahí en estos últimos años, entienden sin dificultad*"¹⁴⁴.

Quiere expresar Ameghino con esta observación curiosa, que da crédito a la idea de los seguidores de De Guignes (Paravey entre ellos) de *un arribo por mar a las costas del Perú, desde China*. Habrían llegado los chinos, *por mar*, a las costas septentrionales del Perú y desembarcado allí, tomando posesión de la tierra y avicinándose por un tiempo largo, tan largo que dejaron su lengua (?) o intervinieron en la formación o enriquecimiento de una que estaba surgiendo.

De Quatrefages llamó la atención acerca de la siguiente prueba histórica en abono de la teoría de De Guignes sobre el país del Fu Sang: reveló que los libros chinos de historia, de probada seriedad, "hablan de misiones religiosas que, hacia la mitad del siglo V de la era de Cristo, partieron del país de Ki Pin para llevar al Fu Sang la doctrina de Budha". La referencia tiene doble valor, porque, primero, confirma la salida de monjes budistas en misión proselitista, *hacia países situados al Este*; y, segundo, ubica esta salida en el siglo V, que es el siglo, justamente, de la expedición al Fu Sang, según el historiador Li Yu-tcheu.

Los historiadores japoneses dicen lo mismo. La versión, histórica o legendaria, sobre el misterioso país del Fu Sang, también existe en el Japón. La tradición japonesa habla del país *Fou-So* (o *Fu So*) que es lo mismo *que Fu Sang*. También la tradición de este país señala que de *Ki Pin* partieron cierta vez misione-

ros budistas para adoctrinar a pueblos extraviados *en distante tierra al Este*.

Finalmente, para respaldar, ante la incredulidad general, la teoría de los viajes de Asia a América en el siglo V de nuestra era, algunos autores —entre ellos, el mismo Ameghino, que tanta erudición revela en esta parte— agregan la curiosa referencia siguiente sobre incursiones chinas y japonesas, de gentes portadoras de armas de fuego, en pleno siglo XVIII, a las costas occidentales de América del Norte, cuando estas costas todavía no habían sido exploradas por el hombre blanco. Es el caso del indio Moncacht Apé, de una tribu de *pieles rojas*, que habiendo salido de la Luisiana con destino al Noroeste, tras de cruzar los Montes Rocallosos, “llegó a las costas del Pacífico, donde oyó hablar de hombres blancos, barbudos, provistos de armas que lanzaban el trueno, que venían todos los años a sacar madera para tintura y llevar indios en cautividad. Moncacht Apé les hizo preparar una emboscada en la que varios agresores fueron muertos y reconoció, sin dificultad, que no eran europeos. Sus trajes eran muy diferentes, sus fusiles más pesados y su pólvora más grosera. Todo hace creer (comentó De Quatrefages) que eran japoneses habituados a hacer en esa costa de América expediciones completamente iguales a las de ciertas embarcaciones, que van a buscar palo de sándalo en Melanesia y robar negros cuando pueden, para cederlos a los cultivadores de algodón bajo el nombre de enganchados”.

La aventura del indio *piel roja* Moncacht Apé corresponde al año 1725, cuando faltaban unos treinta años para que los blancos europeos reconocieran las costas del noroeste de América septentrional.

Para Ameghino, el país del Fu Sang, ubicado en América, no es una leyenda sino una realidad. “Hay suficientes datos— dice, al poner término a su exposición— para poder probar y hacer entrar en el dominio de la historia *los viajes de los chinos y los japoneses a América*”.

En la actualidad, más que desacreditada, la teoría de De Guignes está olvidada. Sin embargo, puede recobrar alguna posición con los resultados de los recientes estudios sobre viajes transpacíficos. No debe ser descartada a condición que se le ubique en su exacto rol. En nuestro medio, hace muchos años que Riva Agüero la sacó de los ámbitos científicos. Dijo con tono lapidario: “Después de la remotísima invasión mongólica... no hay huellas ciertas de ninguna otra comunicación con el Asia; y *está rebatida en definitiva la tesis de Eichthal, Hipólito de Paravey y De Guignes, que identificaban a América con el Fu Sang de los geógrafos chinos*. Las notables semejanzas que se observan entre los grandes imperios asiáticos y los dos o tres americanos, no son copias sino coincidencias dimanadas de igual carácter étnico y análogas condiciones sociales”¹⁴⁵.

LOS POLINESIOS, ¿LLEGARON A AMERICA?

Para muchos, la llegada de los polinesios a las costas occidentales de América, es un hecho indudable. La capacidad marinera, verdaderamente asombrosa, de este pueblo; el conocimiento sorprendente que tenía —y tiene— de las artes de navegar; las proezas migratorias en el vasto mar que cumplió durante siglos (de las que se hablará más adelante), uniendo las más apartadas islas del Pacífico; y, por último, la existencia de objetos probadamente oceánicos en diversos puntos de América, los que han sido identificados, son argumentos al parecer de suficiente peso para inclinar la balanza, a la hora de medir los pros y los contras, a favor de la teoría que sostiene el arribo de los polinesios al Nuevo Mundo, en viajes cuyos alcances no se pueden precisar.

Habiendo unido de un lado a otro los inmensos archipiélagos de Oceanía, se considera que habría sido frustración inconcebible de este pueblo de navegantes no haber culminado la etapa final de su expansión, saltando de las islas Marquesas o de Pascua hasta la costa del Oeste americano. Tras dominar desde las islas Hawaii hasta las Gambier y de las Marquesas hasta la lejanísima Nueva Zelandia, el paso al Nuevo Mundo estaba dentro de lo posible: era una fase inevitable, necesaria y obligada del destino migratorio de este pueblo, consustancialmente unido al más grande de los océanos del mundo.

Rivet, líder de la tesis oceánica, dice: "¿Qué de sorprendente había en que los polinesios, que fueron los más prodigiosos navegantes del mundo, hubiesen alcanzado en sus viajes la costa americana? Conocieron perfectamente las corrientes y los vientos, sabiendo guiarse por las estrellas; viajaban sólo de noche y recorrían normalmente, sin escalas, distancias de 2,000 millas, a veces de 2,500 y aun de 4,200 millas. Para encontrar en la inmensidad del océano las pequeñas islas polinésicas, tenían como señal la nubecilla que se forma encima de ellas a 3,600 metros de altura, y que un ojo ejercitado percibe a ciento veinte millas de distancia. Sus *piraguas dobles* cubrían de siete a ocho millas por hora, lo que significa alrededor de 75 millas en una jornada de diez a doce horas; por consiguiente, uno de estos barcos podía franquear la distancia que separa Hawaii de la costa californiana, o la isla de Pascua de la costa sudamericana, en veinte días"¹⁴⁶.

Todos los autores, partidarios de la teoría o adversos a ella, han destacado la habilidad suprema de los polinesios para conducirse en sus piraguas de balancín o en sus embarcaciones dobles por las ilimitadas extensiones del mar. No fueron para ellos obstáculo alguno las distancias. "Los polinesios eran capaces de efectuar —apunta Dixon—, y probablemente a veces efectuaron,

viajes sin escala cuya longitud total se aproximaba a los 4,000 kilómetros". De esta manera, el mismo autor admite que elementos polinesios, entre los más experimentados, pueden haber llegado a América "durante la primera fase de su expansión, de modo que toda memoria del hecho se perdió entre las brumas del tiempo". Esta, por lo demás, es una buena razón para explicar por qué los pobladores de las islas de los grupos orientales no conservan viva la tradición por lo menos del gran salto a América.

Lowie no regatea elogios y declara que "de todas las razas primitivas, son los polinesios los mejores navegantes"; y agrega: "Entre las civilizaciones superiores del Antiguo Continente, los egipcios fueron los primeros en construir bajeles hacia el año 1700 antes de Cristo, pero sus méritos en el dominio marítimo pasan a segundo término ante los polinesios, que les han igualado en todos los principios esenciales de la navegación. Lo mismo puede decirse de los griegos y romanos, ya que *la odisea de Ulises no es más que un periplo en una tetera en comparación a las 2,300 millas que representa un viaje de Hawaii a Tahiti*"¹⁴⁷.

Para sus travesías, los polinesios de la edad de oro de la expansión disponían, como explica Vallaux, de hasta tres tipos de embarcaciones: un tipo era el de las *piraguas monoxilas*, es decir piraguas (o canoas) hechas del tronco ahuecado de un árbol (ahuecamiento que se practicaba generalmente a fuego con herramientas muy elementales); otro tipo era el de las *piraguas de quilla, cuadernas y casco de tablas*, que podía ser también, en su forma más elemental, el de las piraguas de tronco ligeramente cavado con *falcas* a los lados, cosidas al casco básico; y el tercer tipo era el de las *piraguas dobles*, consistente en el apareamiento paralelo de dos embarcaciones mediante una cubierta relativamente extensa en la que iba la tripulación y la carga, y en la que hasta podían conducir animales vivos en pequeños corrales, para sustento de los viajeros.

Todas, o casi todas las embarcaciones oceánicas de los polinesios, especialmente aquellas destinadas a largas travesías por mares movidos, disponían —y el sistema se mantiene— de *balancín*, un "ingenioso invento que las hacía prácticamente inzostrables". Bougainville, que vio piraguas con este aditamento en su viaje famoso del siglo XVIII, describió el balancín como "una pieza de madera bastante larga, sostenida por dos travesaños de cuatro a cinco pies de largo, uno de cuyos extremos está amarrado a la piragua". Explicó el mismo navegante francés: "Colocado a barlovento o a sotavento, en ambos casos facilita la maniobra"¹⁴⁸. Pero, ya en el siglo XVI, los navegantes españoles y peruanos salidos del Callao, con recalada en Paita, habían visto el balancín, mostrándose muy sorprendidos del in-

genio de aquellos nativos para dar estabilidad a sus sencillas pero muy marineras embarcaciones. Fue cuando el segundo viaje de Alvaro de Mendaña a las islas Salomón, por él descubiertas en la expedición anterior de 1567. Llegados los expedicionarios a la primera tierra el 21 de julio de 1595, llamáronla *Magdalena*, y refiere un historiador que, cuando al día siguiente del descubrimiento se acercaron a sus costas con intención de tomarla, aparecieron de pronto, en medio de un gran vocerío, "setenta canoas pequeñas... hechas de un palo, con unos contrapesos de cañas por cada lado... que llegan hasta el agua en que escoran para no trastornarse". Dejaron con estas líneas la primera descripción de las *piraguas de balancín* de los pueblos de Oceanía¹⁴⁹.

Dice un experto en esta raza oceánica: "No hay en toda la Tierra ningún pueblo que esté tan unido al mar como el de los polinesios. El mar es su espacio vital, y las islas fueron para ellos, antiguamente, sólo estaciones de descanso..."

El mismo autor¹⁵⁰ prosigue: "De isla en isla, los polinesios avanzaban por el mar en unidades de cien o hasta de quinientos hombres. Sobre sus grandes embarcaciones a vela, y dobles canoas de cuarenta metros de longitud, capaces de transportar hasta trescientos hombres, y en cuyas plataformas instalaban cabañas y hogares, llevaban consigo su ajuar, sus alimentos, incluso cerdos, perros y gallinas vivos, así como semillas y agua en tubos de bambú. Casi siempre se informaban con antelación del rumbo que debían seguir, con singulares operaciones. Sus guías observaban las corrientes marinas, los vientos y el curso de los astros. Descubrían en seguida el destello de la tierra o el reflejo de una isla verde en los bancos de nubes, mucho antes de que fuera visible. Por lo general, *no navegaban a favor de la corriente* sino en contra de ella a fin de que, en caso de perder el rumbo, o de escasez de subsistencias, pudiesen volver con rapidez al punto de partida, antes de iniciarse una catástrofe. Por lo demás, *solían navegar de noche*, aprovechando el día para el descanso y la pesca. En las regiones en donde residían, los expertos jefes de tribus poseían unas *instrucciones náuticas*, conservadas en secreto, y sólo transmitidas de boca en boca a los probados héroes del mar, escogidos como nuevos capitanes. Así, por ejemplo, los jefes de tribu de las islas Tubuai conocían unas instrucciones náuticas para el extenso espacio comprendido desde las islas Fidji hasta la isla de Pascua. En las islas Marshall existían instrucciones consignadas por medio de *haces de varitas* para el entero dominio de la doble serie de grupos insulares".

Los polinesios, desde el siglo II de nuestra era hasta el siglo pasado, realizaron grandes desplazamientos, habiendo sido auto-

res de formidables migraciones, como no las ha hecho pueblo alguno del orbe.

“El impulso para estos desplazamientos procedía, de un lado, de la superpoblación de las islas ocupadas . . . ; por otro lado les movía sobre todo una íntima tendencia a la aventura . . . Los más audaces navegantes salían de exploración, y a menudo no volvían hasta pasado un *plazo de meses*, o incluso de *años*, dirigiendo luego la migración hacia la nueva patria o también conduciendo flotillas mercantes para cambiar sus artículos con los de las islas ya habitadas . . .”¹⁵¹

Desde luego, no todas las expediciones regresaban. A veces, de los integrantes de algunas jamás se volvía a tener noticia. Era la suerte inevitable de los aventureros del mar, del mar que devora y no deja rastros. Pero, al cabo, más pudo la persistencia, la tenacidad o, quizá también, la ignorancia del peligro. Navegando sobre los abismos del más hondo y tenebroso de los océanos, las flotillas polinesias dirigidas al mundo de lo desconocido, cuántas veces, ¡sabe Dios!, pasaron encima de otras naufragadas y para siempre ocultas en la oquedad de las aguas.

LAS MIGRACIONES DE LOS POLINESIOS

Están contestes todos los autores en afirmar que las migraciones de los polinesios se realizaron, sin excepción, en el curso de la era cristiana, *entre el siglo II*, como ya se adelantó, y la pasada centuria décimonona. Hace apenas, por consiguiente, cien años que terminó la ocupación de las islas del inmenso archipiélago polinesio.

Durante *mil setecientos años*, el inmenso escenario —que figura un triángulo, con las islas Hawaii en el vértice Norte, Nueva Zelandia en el SO. y la diminuta y perdida isla de Pascua (*Rapa Nui*) en el SE.— se vio agitado por un constante ir y venir de embarcaciones en un sentido y en otro *pero predominantemente hacia el Este*. Tal fue la dirección general de la expansión polinesia: hacia la parte por donde todos los días se levanta el Sol, es decir, *hacia el Este*. Como se verá en seguida, se produjeron movimientos de reflujo; otras veces, avances locales hacia el Norte o hacia el Sur, idas y venidas contradictorias, pero la marcha predominante fue hacia los ignorados y siempre tentadores horizontes que se encienden al amanecer.

Si los polinesios *no llegaron a América* en su marcha incesante hacia el Este, ¿qué extraña e insospechada fuerza los detuvo?, ¿qué impedimento, a no dudar de orden natural, les frustró su destino migratorio en la inmensidad del mar que ya habían dominado?

Este es el nuevo planteamiento que se hace la Etnología moderna. Invierte los términos y considera el salto a América de los polinesios como una inevitable consecuencia de su victoriosa expansión hacia Levante. Para la Etnología moderna, la *no llegada de los polinesios a América* debe ser considerada como una irregularidad en el proceso de dispersión sobre el Pacífico de este pueblo único en la historia.

Los especialistas consideran que el proceso de poblamiento de las islas partió de una región, no bien determinada, del SE. asiático. No por tradicional sino por inmejorablemente fundamentada, esta tesis, casi por todos aceptada y por muy pocos discutida, rechaza de plano la "extravagante" teoría de Thor Heyerdahl de la llegada de los isleños por la ruta del Este, procedentes de América. La expansión fue, por consiguiente, de Oeste a Este, y debió terminar, no en las islas Marquesas, que forman el grupo más oriental de Oceanía, ni tampoco en la perdida Pascua, a cerca de cuatro mil kilómetros de las costas del Perú, sino en el continente americano.

Presumiblemente —de seguro—, las primeras oleadas salieron de la *Insulindia*, por el siglo II de nuestra era, y avanzaron, atraídas por no sabemos qué poderoso imán, hacia las *islas de los negros*, que ya, desde tiempo inmemorial, estaban pobladas de melanodermos. Estas oleadas tocaron en las islas *Palau*, donde el gigantesco avance hacia el Este se bifurcó, con una rama que siguió hacia *Guam* y las *Marianas*, y otra, la principal, a las *Carolinas* y las *Marshall*. Esta fase preliminar de la expansión se produjo entre el citado siglo II y el V de nuestra era, y es probable que promoviera un cierto contacto entre los grupos en movimiento y los negros de Melanesia. Así se explicaría el color *amulatado* de algunos grupos polinesios, rasgo que se manifiesta muy marcado en determinadas porciones insulares, como, por ejemplo —hoy día—, en las Samoa.

De las islas Marshall, por el siglo V de nuestra era, *siguió el avance hacia el Este*, por diversas rutas. La más importante, verdaderamente troncal, fue la del SE., que en el mismo siglo V condujo a nutridos grupos, primero a las islas *Gilbert*, y después a las *Samoa*. Estas últimas se convirtieron en el foco de distribución de casi toda Polinesia y cumplieron, por consiguiente, un rol de la mayor importancia.

Paralelamente al enlace de las islas Gilbert con las Samoa, una rama salida del tronco principal de poblamiento, desde las mismas Gilbert, llegó por el año 450 de Cristo al grupo septentrional de las Hawaii, conocido durante mucho tiempo con el nombre de archipiélago de Sandwich.

Como acaba de señalarse —esto, en la opinión de muchos conocedores del *fenómeno polinésico*—, las islas Samoa deben

ser consideradas como el foco de dispersión sobre el vasto escenario de la gente llegada del Oeste.

Más tarde se formaron otros focos pero fueron secundarios.

Por mucho tiempo (por varios siglos, sin duda), la propagación de las gentes del Oeste quedó estancada, menos en la ruta a la isla *Tahiti*. El grupo de *La Sociedad*, del que forma parte Tahití, se convirtió, así, pronto, ya en el siglo V, en la avanzada de poblamiento hacia la Polinesia oriental.

Conjuntamente con Tahití, desempeñó papel importante en el proceso migratorio, la isla *Raiatea*, vecina de la anterior.

Raiatea y Tahití asumieron, de esta manera, la posición rectora en el complejo trajín de pueblos de la Polinesia oriental. En el siglo X, de ambas, pero principalmente de la primera, salieron oleadas migratorias hacia las *Tuamotú* y las *Marquesas*, o sea, hacia el NE.; y, al mismo tiempo, o muy poco después, otra oleada, ésta sí, sin duda, salida de Tahití, avanzó hacia el Sur y se propagó hacia las *Tubuai* y *Rapa*.

Más tarde se formó otro foco de dispersión, en *Rarotonga*, isla del grupo de las *Cook*. Desde allí, las oleadas avanzaron hacia el Norte y hacia el Sur, y este avance hacia el Sur, que se produjo por los siglos VII al X, llevó a los polinesios hasta el límite de los hielos flotantes. Esta fue, sin duda, una de las más grandes hazañas, de audacia increíble, de este pueblo marinerero. Capeando los temibles vientos bramadores, las flotillas polinesias avanzaron más allá del Pacífico y tomaron contacto con el Océano Antártico.

Pero, no sólo fue hacia el Norte y hacia el Sur la propagación desde las *Cook*, sino que una oleada muy importante, salida inicialmente de *Raiatea*, avanzó hacia el SO. por los siglos X al XIV, arribando, en otra gran hazaña, a *Nueva Zelandia*. De esta gran isla doble, los polinesios, llamados allí *maories*, avanzaron posteriormente y en empresas de ligera magnitud, hacia las islas del Sur, tomando posesión de las *Chatham*, las *Auckland*, las *McQuaire*, etc. En Nueva Zelandia, los polinesios desarrollaron una cultura relativamente alta, que destacó en el mundo oceánico, aunque conservando sus costumbres primitivas, entre ellas el canibalismo.

Tanto de las *Marquesas* como del foco rector de Tahití —sin duda, en distintas épocas—, salieron grupos hacia el Este, es decir, por el momento, a los confines orientales de la Polinesia.

Estímase seguro que por el año 1150, una oleada salida de las *Marquesas* llegó a la isla de Pascua, asentándose en ella¹⁵². Una tradición habla de la llegada de tahitianos en las postrimerias de la décima centuria. Dice esta leyenda que de la isla de Tahití salió, impulsado por el dolor de una terrible decepción amorosa, un príncipe con numeroso séquito, el cual se arriesgó a huir por la mar en una flotilla de piraguas. Navegó por

mucho tiempo sin hallar isla alguna donde desembarcar con sus fieles acompañantes pero alentado por el convencimiento de estar protegido por los dioses, los cuales bondadosamente le guiaban por el inmenso mar mediante los pájaros llamados *makemake*. Fue así cómo, al cabo de una larga y penosa travesía, durante la cual muchas veces flaquearon las fuerzas, la flotilla del príncipe llegó a la isla *Rapa Nui* o *Pascua*¹⁵³, donde quedó, formando descendencia.

De Tahití salieron también migraciones hacia el ESE., que tocaron, primero en *Mangarewa* y *Pitcairn* y, por el año 1400, con absoluta seguridad, nuevamente en Pascua.

Hawaii volvió a ser invadida al promediar el siglo XII por gentes salidas del grupo de La Sociedad, que se mezclaron con los pobladores descendientes del grupo llegado en el siglo V directamente de las islas Gilbert.

Ocupadas casi todas las islas en propagación continuada *hacia el Este*, se produjo un *reflujo hacia el Oeste*, que, partiendo de los focos dominantes de Samoa y La Sociedad, avanzó con no escasa intensidad, en pleno siglo XV, *hacia el área de los melanesios*, tocando principalmente en las islas Fidji, Nueva Caledonia y, presumiblemente, en las Salomón y las Bismarck.

EL SALTO A AMERICA

¿Llegaron los polinesios, después de ocupar las Marquesas y Pascua, al continente americano?

He ahí la gran interrogante que se plantea la Etnología oceánica y la Prehistoria americana. Algunos estudiosos, al amparo de la habilidad extraordinaria de los polinesios para cubrir grandes distancias y en el convencimiento de que para este pueblo el mar no fue una barrera sino, por el contrario, un acicate para la aventura, prefieren plantear el problema de esta otra manera: *¿Algo pudo detener a los polinesios en su avance hacia el Este?* Dan por descontado que, si vencieron las enormes distancias que separan entre sí a las islas de Oceanía, *pudieron llegar a las costas occidentales del Nuevo Mundo*.

Los partidarios de la *victoria final* de los polinesios, consideran como un hecho fuera de discusión el *contacto entre las islas Marquesas y el Perú*. "En el curso del siglo XII —dice un tratadista—, los avezados navegantes de las islas Marquesas, tras un largo viaje, hallaron [descubrieron] las costas del Perú y más tarde algunos de ellos regresaron a su punto de partida para contar la extraordinaria historia"¹⁵⁴. Dominadores del mar, los polinesios —ya desde las Marquesas, ya desde otras islas: el punto de partida poco importa pero estaba en la Polinesia oriental— saltaron a las costas americanas y tuvieron relación

con los indios costeños, produciéndose un cierto intercambio de productos, de elementos materiales de cultura y, sin duda, de ideas también. Dice Krug: "La propagación y aclimatación de la *patata dulce* del Perú (patata, camote) —designada allí con el término de *kumar* y por los polinesios con el de *kumara*—, desde las Marquesas por la Polinesia, indican una *relación entre las primeras islas y el Perú*"¹⁵⁵. Agrega Krug: "Puesto que, según P. H. Buck, la batata alcanzó ya alrededor del año 1250 las islas Hawaii, y, hacia 1350, Nueva Zelanda, cabe situar la época de las *exploraciones polinesias en dirección Este*, lo más tarde, a principios del siglo XIII ...".

La relación —admite el autor citado— no fue muy estrecha ni permanente, de mucho tiempo. Prefiere calificarla de "momentánea", o, diríamos mejor, *esporádica*. Pero, Krug sostiene enfáticamente que se produjo esa relación y, concretamente, señala las dos cabeceras de puente: por el Oeste, las tantas veces citadas *islas Marquesas* y, por el Este, la *costa del Perú*. Las islas Marquesas —que fueron descubiertas por el Adelantado Alvaro de Mendaña, salido del Callao y con recalada en Paita, en su segundo viaje a Oceanía, el 24 de julio de 1595¹⁵⁶— forman con las Tuamotú (Gambier y Mangareva) y con las diminutas Pitcairn, Henderson y Ducie, el sector más oriental de Polinesia, no obstante separado de la costa americana por no menos de 6,000 kilómetros, que es la distancia que debieron cubrir los aventureros del mar para comunicar ambas tierras.

Para Krug, otros signos que prueban la relación entre las Marquesas y el Perú, son: "el uso de un cordón de huesos, de carácter genealógico"; "el sorprendente parecido de las estatuas de piedra erigidas en [las Marquesas] con las figuras varoniles, en piedra, de Tiahuanaco". (Este es uno de los principales argumentos de Thor Heyerdahl para sustentar su teoría sobre el origen americano de los polinesios: él dice que hay una *zona de grandes esculturas antropomórficas* que cubre desde México hasta la meseta del Collao teniendo como foco el país de los Incas, y que por el Oeste se extiende *hasta la Polinesia Oriental*, con testimonios de un valor definitivo para probar la relación, en las islas Pascua, Pitcairn, Marquesas y Raivaevae).

Considera Krug, como otro signo importante de relación, "la existencia de un mismo sistema de *cómputo cronológico* entre los Incas y los hawaianos, los cuales, según su propia tradición, mantenían relaciones con las Marquesas". También: "la costumbre de *alargar las orejas* mediante piezas de adorno, tal como se practicaba entre las familias reinantes incaicas (los *orejones*), lo cual hace sospechar que los incas heredaran esta costumbre de los polinesios de las Marquesas. (Heyerdahl, por su parte, para afincar su teoría, también echa mano a esta

similitud. Observa que en Pascua existen enormes estatuas de piedra *con grandes orejas*, y una vieja tradición que habla de dos clases de gente: los *orejas largas* y los *orejas cortas*, que sostuvieron guerras enconadas, triunfando al final los *orejas cortas* por ser mayoría. Los *orejas largas* formaban una *minoría selecta*, una *élite*, que por un tiempo dominó en la isla, haciendo trabajar rudamente a los *orejas cortas*, hasta que éstos, hartos de la explotación, decidieron sublevarse. Los *orejas cortas* de la tradición serían los grupos polinesios que inicialmente fueron dominados por los *llegados del Este*. La tradición —y esto es muy importante— se completa con la referencia de que *los orejas largas habían llegado en grandes barcas del Este*. El *Este* sería la tierra americana).

A los elementos comunes que enumera Krug, habría que agregar los numerosos que señalan otros autores (Nordenskiöld, por ejemplo, Rivet) y también naturalmente, las piezas de probada procedencia oceánica que han sido encontradas en diversos puntos del Nuevo Mundo y sometidas a cuidadoso examen (Imbelloni).

Los partidarios de la teoría que venimos exponiendo —de la llegada de los polinesios a las costas del Perú—, destacan que la cronología está a su favor. Es muy importante hacer notar —dicen— que la iniciación del Imperio de los Incas coincide con la primera ocupación de las islas Marquesas por los polinesios, salidos en el siglo X de Raiatea y Tahití. En el cálculo más conservador, ya en el siglo XI los polinesios estaban bien asentados en las Marquesas y era para ellos tarea de rutina cubrir los 1,600 kilómetros que separan Raiatea o Tahití de sus islas, tarea por lo demás grandemente facilitada por el punto de apoyo de las Tuamotú. Por lo tanto, desde el siglo XIII (alrededor del año 1250), fue posible, cronológicamente hablando, el salto hacia el Este, a América. La sucesión de los hechos es correcta y la cronología de Polinesia encaja exactamente con la cronología de América.

Si los polinesios que llegaron a las Marquesas venían de dominar distancias mayores que la que cubrieron para pasar de Raiatea y Tahití hasta esa avanzada oriental del mundo oceánico, nada impide pensar que en algún momento intentaron seguir hacia el Este, llevados por su afán de aventura (muy arraigada en ellos), por el deseo de conocer lo que había más allá de las islas recién ocupadas y, sobre todo, tentados por saber *de dónde todos los días emergía el sol*.

Indudablemente, fue una aventura de la que pocos salieron con vida y en la que todos los que triunfaron hubieron de someterse a terribles privaciones; pero, es innegable que la tentación de seguir adelante, *hacia el Este*, se presentó en un momento

determinado y que a ella el pueblo polinesio, curtido en tantas travesías, no dio la espalda.

Si no hay objeción a la cronología expuesta, los polinesios salidos de las Marquesas habrían llegado a las costas del Perú por el siglo XIII, época que coincide con la fundación del Imperio de los Incas. La circunstancia de la toma de contacto permitió el intercambio de productos. Krug expresa: "... F. Graebner y A. Kraehmer han indicado la posibilidad de *ciertas relaciones culturales de los incas con los polinesios*. Dado que el comienzo de la cultura incaica hubo de ser . . . en el siglo XII, los contactos polinésicos con el Perú pudieron tener lugar perfectamente en el primer período de la ocupación de las Marquesas. Es de suponer que los polinesios, después de alcanzar estas islas, *se habrían sentido impulsados a explorar el mundo circundante*. Según esto, *los descubridores polinesios pudieron llegar a las costas occidentales de Sudamérica*".

Al primer contacto, que seguramente tuvo los dramáticos caracteres de un naufragio, no siguieron muchos otros por las innúmeras dificultades del viaje. Las relaciones fueron, pues, *limitadas*; pero, lo que es evidente —sostienen los partidarios de la teoría— es que *se produjeron*.

Termina Krug: "La considerable distancia, el inhóspito aspecto de buena parte del litoral sudamericano, la densa población de los escasos valles fértiles costeros, pudieron luego determinar que *el intento no volviera a repetirse*"¹⁵⁷.

¿ALCANZARON LOS MELANESIOS LA COSTA PERUANA?

Rivet, en *Los orígenes del hombre americano*, sostiene que, fuera del asiático, el aporte melanésico es el más importante de los que contribuyeron a la formación de la familia americana.

En el capítulo segundo se ha tratado del *ingrediente racial* melanésico; aquí sólo se trata del *ingrediente cultural* de la misma procedencia y se expone la teoría que dice que, siglos antes de la era cristiana —unos cinco siglos antes—, llegaron a las costas occidentales de América —probablemente al Perú, también— avanzadas de melanesios con un bagaje cultural más o menos importante, el que prendió entre los aborígenes del Nuevo Mundo y se extendió considerablemente sobre vastas comarcas, hasta trasponer los Andes e infiltrarse a los llanos amazónicos.

Para afirmar la llegada de melanesios a la costa occidental americana, Rivet se basa en pruebas de diverso orden. Menciona, por ejemplo, con la erudicción propia del sabio que fue, a la Antropología física, y dice que el estudio comparativo de los cráneos revela vínculos irrefutables entre los melanesios y la primera capa de población americana representada por el tipo

llamado *lagoide*. Descúbrese, sin embargo, en esta afirmación del sabio un error: si los vínculos antropológicos, en efecto, son con el mencionado tipo *lagoide* (de *Lagoa Santa*, o paleoamericano), cuya posición en el tiempo es de algunos milenios atrás, ¿cómo señala “para la migración melanésica hacia América” *no más de veinte o veinticinco siglos*, determinación en la cual dice no vacilar?¹⁵⁸. El “tipo étnico de Lagoa Santa o paleoamericano, ciertamente *muy antiguo en el Nuevo Mundo* —expresa en otra parte— se halla netamente emparentado por todos sus caracteres con el tipo hipsidolicocéfalo o dolicoacrocéfalo ... dominante en Melanesia”¹⁵⁹.

Respalda, también, Rivet su teoría sobre la llegada de los melanesios a América con los resultados del estudio de los *grupos sanguíneos* y, sobre todo, como ya lo habían hecho antes los afamados Nordenskiöld, Graebner y Schmitd, con los datos, verdaderamente elocuentes, de la Etnología comparada. Esta ciencia, cuyo campo en América y Oceanía es vastísimo, ha revelado que *el Nuevo Mundo posee gran número de elementos en común con Oceanía*. Dichos elementos pertenecen a todas las manifestaciones de la vida: armas, herramientas, elementos para el transporte, inventos de ingeniería, navegación, habitación, ajuar doméstico, vestido y adorno, cálculo, instrumentos de música, juegos, cocina, agricultura, pesca, religión, medicina, mutilaciones y deformaciones intencionales del cuerpo. Propiamente, los elementos comunes de las dos grandes áreas —la oceánica y la americana— se refieren a Melanesia y no a Polinesia, lo que es en verdad sorprendente. Rivet se reafirma: “La Etnografía, al mostrar que la civilización melanésica es la que ha actuado principalmente sobre América, se halla en completo acuerdo con los datos que nos ha proporcionado el estudio antropológico de la raza de Lagoa Santa”.

También se apoya Rivet en la Lingüística, la que —dice— “confirma la existencia de elementos oceánicos, o mejor dicho, melanésicos, en América”¹⁶⁰.

Finalmente, la Patología comparada aporta “un apoyo inesperado” a la teoría de los melanesios en América, en el decir del mismo Rivet. Estudios muy interesantes de Charles Nicolle han comprobado que el tifo exantemático de México y Guatemala difiere del tifo europeo y es *idéntico al tifo oceánico*”.

Para Rivet, las pruebas son concluyentes: no se puede negar la presencia de elementos melanésicos en el Nuevo Mundo. Los melanesios fueron habilísimos navegantes, auténticos argonautas de la edad remota de la prehistoria del Pacífico. De origen no precisado, extendidos durante el Paleolítico y en las edades primeras del hombre sobre amplias y distanciadas regiones del Viejo Mundo —propagación que hasta el momento constituye un misterio para la ciencia—, avanzaron desde sus islas

hacia el Este y formaron el substrato de la población de todas o de casi todas las islas de Oceanía. Hay base para sostener que llegaron hasta la isla de Pascua.

Tras la ocupación de la Polinesia —mucho antes que los polinesios—, ¿alcanzaron América? Rivet es dogmático: "... pensándolo bien —dice— hasta sería sorprendente que no lo hubieran hecho ..."¹⁶¹

Innecesario decirlo que la propagación de los melanesios fue *por mar*, y que con sus embarcaciones aguerridas para la lucha contra los elementos, estos negros inigualados en la historia de la navegación llegaron a las costas americanas, donde, por la característica debilidad hereditaria de la raza negra, fueron absorbidos completamente por los grupos aborígenes del Nuevo Mundo.

Pueden ser materia de discusión los puntos de arribada, mas "lo cierto es que vemos aparecer algunos de los hechos culturales más caracterizados como *melanesios* ya en las *antiguas civilizaciones del Perú* o de México: tiradera o propulsor, honda, flauta de Pan, estuche para el pene, danzas con máscaras, cabezas-trofeos, ennegrecimiento de los dientes, trepanación (desde el período de Nasca, de Supe y de Tiahuanaco, en el Perú); cerbatana ... Según las tentativas de cronología absoluta establecidas por Max Uhle para el Perú, esto nos llevaría a los *principios de nuestra era* ..."¹⁶²

Como se dijo al principio de este apartado, la llegada de los melanesios al Nuevo Mundo, en olas migratorias de alguna intensidad y tocando sin duda en varios puntos, sucesiva o simultáneamente, de la costa occidental, se produjo, en la opinión de Ribet, hace *veinte o veinticinco* siglos. Agrega: "Es imposible determinar en qué sitio de la costa americana han podido abordar los invasores melanesios. La Antropología y la Lingüística parecen orientarnos hacia la *costa californiana* y la Etnografía hacia la costa colombiana ... La abundancia de los elementos culturales melanesios en Colombia ... el carácter negroide acentuado y generalizado de todas las figuraciones humanas de la región de San Agustín nos parece una seria indicación para orientar las investigaciones hacia la comarca colombiana".

Pero, si se recuerda la propia afirmación de Rivet de que los elementos culturales más representativos de la corriente melanesia se hallan "ya en las más antiguas civilizaciones del Perú...", debe colegirse que *a las costas peruanas también llegó la marea humana y cultural de los habitantes de las remotas islas del Pacífico*.

Añadir a esta deducción general alguna conjetura cronológica, resulta, en verdad, muy aventurado.

Con intención de apoyar a Rivet o sin ella, algunos etnógrafos han destacado la importancia de la cerbatana como testimo-

nio de vinculación entre Melanesia y América; y otros, con más acierto sin duda, han relevado el valor que tiene en los estudios comparativos el hecho de que los brujos y hechiceros de ambas distantes áreas practicaban, con admirables resultados, la trepanación del cráneo. "Los melanesios y peruanos —dice Lowie— cortaban hábilmente los huesos fracturados del cráneo para descongestionar el cerebro, delicada operación que se denomina *trepanación* y en la que tuvieron más éxito que los cirujanos europeos del siglo XVIII"¹⁶³

Un párrafo de *Origen de las civilizaciones indígenas de Sudamérica*, de Nordenskiöld —trabajo medular en la literatura americanista, dado a publicidad en 1931, en Gotenburgo, y después traducido a varios idiomas—, alentó mucho, sin duda, a Rivet a sostener la que después fue su teoría sobre la llegada de los melanesios al Nuevo Mundo. Dice este párrafo: "Las analogías que hay entre las civilizaciones de la Melanesia e indígena, son de mucho mayor importancia que las de la Polinesia con la misma indígena. El mundo insular oceánico... se extiende hasta la isla de Pascua, que se supone haber sido poblada por emigrantes de origen melanesio. Surge de aquí la posibilidad de creer que esta influencia *puede haber llegado hasta las costas de América del Sur*, lo que habría tenido lugar naturalmente en tiempos muy lejanos"¹⁶⁴.

Pero, hay otros autores que no aceptan la teoría de Rivet, aduciendo, entre otras razones, la impracticabilidad de los supuestos viajes entre Melanesia y América. Los melanesios —dicen— fueron navegantes pero no de la capacidad requerida para cruzar tan ancha porción de mar. Además, "los melanesios, como lo indica su *limitada extensión* (Nueva Guinea, Bismarck, Salomón, Nuevas Hébridas y parte de las Fidji)... *no son navegantes en el sentido de los polinesios*, para quienes el mar constituyó un elemento vital..." Sólo "dentro de espacios limitados, los melanesios pudieron a veces aparecer como un pueblo marino"¹⁶⁵.

En el frente de los opositores está también Martínez del Río, para quien "un viaje directo, voluntario o no, hasta América, por parte de los melanesios, *es algo que se nos antoja completamente imposible*"¹⁶⁶, ello no obstante que hay *muchos elementos comunes* entre Melanesia y América (como lo demostró el tantas veces citado Nordenskiöld), que la existencia de una base racial negra en las islas de Polinesia parece ser cierta¹⁶⁷ y que algunos instrumentos y armas de "amplia distribución", originarios de Melanesia, como la cerbatana son verdaderamente intrigantes a la luz de cualquier doctrina etnológica.

Un geógrafo, profundo conocedor del Pacífico y de las razas que lo habitan, sin pretender teorizar sobre la propagación prehistórica de los melanesios, sitúa a éstos en un nivel de privile-

gio entre los pueblos navegantes del mundo. No serán de tan acrisolada vocación marinera como los polinesios —éstos, verdaderamente eximios en las artes de la mar— pero no se quedan a la zaga tampoco. Habitantes de las costas de Nueva Guinea, de las Salomón, de las Nuevas Hébridas, etc., “en todos estos insulares la habilidad en materia de construcción naval se ha desarrollado en extremo”¹⁶⁸. Prescindiendo de las influencias chinas y japonesas —agrega el geógrafo—, se nota en el arte náutico indígena de Melanesia un desarrollo extraordinario. Las canoas, por ejemplo, en lugar de ser monoxilas (o de tronco ahuecado, sistema de los pueblos poco avanzados) lucen en su construcción diversas piezas, admirablemente ensambladas, por entre las cuales, dada la perfección del corte y la exactitud de la unión, no se filtra el agua. En las islas Salomón se usan cuadernas y un calafateado que emplea resinas. La construcción naval en toda la región, en general, es hermosa, con proas de elegante diseño de góndola, con las que las embarcaciones melanesias igualan o aventajan a las imponentes piraguas maoríes.

El balance sobre las supuestas hazañas de los melanesios, queda pendiente ante la ausencia de mejores pruebas. La teoría de Rivet, sin embargo, no obstante las críticas y sus no menudas incongruencias, mantiene su vigor y obliga a considerar en nuestro estudio, en edad imprecisada y en lugar menos conocido, un trajín de naves melanesias en las aguas que bañan nuestras costas.

ELEMENTOS COMUNES DEL MUNDO OCEANICO Y AMERICA

Comentando las semejanzas tecnológicas de gran número de elementos culturales de Oceanía y América, Hirning dice: “Muchos de los inventos pudieron realizarse fácilmente dos o más veces en la historia de la humanidad; *pero, otros fueron demasiado complejos como para haberse llevado a cabo por separado*”¹⁶⁹.

La *complejidad* es un factor que lleva a pensar en las procedencias foráneas. Cuanto más complejo es un objeto, mejor es el argumento para explicarlo por difusión. De otro lado, favorece la tesis difusionista la *asociación* de elementos. Cuando la asociación de *elementos de estructura compleja* se da de manera inseparable, el origen común puede descontarse. Tal el caso, por ejemplo, de la asociación *cerbatana de doble tubo + estuche para el pene + flauta de Pan* que aparece tanto en Sudamérica como en Oceanía y Asia oriental. Son, en primer lugar, tres elementos de naturaleza compleja; después, los tres se presentan

comúnmente juntos, en estrecha asociación, ligados de modo inseparable. Creerlos de invención independiente, resulta en verdad muy difícil; en cambio, la difusión los explica de la manera más convincente.

Las *similitudes* y las *asociaciones*, desde los estudios del P. Schmidt, Graebner, Friederici y Nordenskiöld, son buenas razones quizá (en muchos casos) de un valor incontrastable, para probar el origen común de los bienes culturales y también las conexiones, por movimientos migratorios (transpacíficos en el caso que nos ocupa), entre los pueblos de un lado y otro de la vasta cuenca del Pacífico.

Paladín fervoroso del difusionismo, como se dijo al comienzo de este capítulo, y creyente decidido de las conexiones a través del mar, Miguel Covarrubias —la lanza en ristre con Rivet, Gladwin y Heine-Geldern, a quienes admira y secunda empeñosamente— ha confeccionado una larga lista de *similitudes tecnológicas, estilísticas y conceptuales* entre Asia e islas de los mares del Sur, de un lado, y el Nuevo Mundo, de otro, para probar justamente los *contactos transpacíficos*. He aquí un resumen de esa lista:

a) La *figura en cuclillas*, con los brazos y las piernas dispuestos al estilo rana. Este motivo circunda el Pacífico: China, Melanesia, Malasia, Polinesia, México y *el Perú*.

b) La *división bilateral*: dos perfiles de un mismo animal unidos por la cabeza. Aparece en toda América y en la China.

c) Los *postes totémicos*, con figuras colocadas en series verticales. Aparecen en Melanesia, Polinesia, Nueva Zelandia y en dos regiones de América, a saber: la península de Yucatán y la costa Noroeste.

d) *Ojos y caras en articulaciones y manos*: costa Noroeste, Misipi, Nueva Guinea y Nuevas Hébridias.

e) El *culto a los pájaros*, extendido particularmente en el Perú (cóndor y halcón, aves marinas, etc.) y propio de China, Siberia y Japón. Los *hombres-pájaros* de Pascua tienen equivalencia en América del Norte y del Sur.

f) El *culto al felino*, cuyo foco, en América, parece estar en el área andina peruana.

g) El *culto a serpientes o dragones*, de toda el Asia oriental y que en América tiene equivalentes importantísimos, tanto en el área azteca, con la serpiente emplumada, como en el área andina peruana.

h) El *jade tallado*, en México, Centroamérica y Colombia, por el lado americano, y en Nueva Zelandia y China arcaica por el lado occidental del Pacífico.

i) Los *montículos funerarios*, con adobes cónicos que se dan en el Cercano Oriente y también, muy profuso, en el Perú, como en los vestigios Cupisnique, de la costa Norte.

- j) *Las máscaras para los muertos.*
- k) *El arte plumario.*
- l) *La laca*, típicamente asiática pero extendida a México, Guatemala y el Perú.
- ll) *La pintura mural al fresco*, de China, Corea e India y muy extendida, igualmente, en América, con ejemplos notables en México, Arizona y el Perú sobre todo (por ejemplo: Huaca del Sol, Pañamarca, Pachacámac, etc.).
- m) *Variiedad de técnicas de alfarería*: cerámica enrollada, modelada, palateada, pulimentada, pintada, grafitada, marcada, estampada, etc. Gladwin señala para las cerámicas de Asia y América ¡veinte similitudes! (Y, a lo anotado por Gladwin y Covarrubias, habría que agregar los descubrimientos de Evans y Meggers).
- n) *Similares técnicas de cestería.*
- ñ) *Tela de corteza de árbol.* Hay una notable similitud entre los tejidos de corteza de Nueva Guinea y del Alto Ucayali (Perú).
- o) *La cacería de cabezas*, que incluye las *cabezas-trofeo* (desde Nasca a los comienzos de la era cristiana) y el *culto a las cabezas-trofeo*.
- p) *Instrumentos de guerra*, como lanzadardos o estólicas, macanas de piedra con cabeza en forma de estrella, y la sorprendente cerbatana.
- q) *Instrumentos de música*: zamponas, flautas de bambú, flautas para tocarse con la nariz y trompetas de conchas marinas (tan famosas en el Perú, de *Strombus galeatus*, un caracol procedente de los mares cálidos próximos a la equinoccial).
- r) *Artículos de atuendo*, en una gran variedad: insignias, pectorales, brazaletes, narigueras, collares de conchas, tatuaje y escarificación, dientes deformados; literas, abanicos y quitasoles (muy usados en el Perú); máscaras, etc.
- rr) *Técnicas de construcción*: puentes colgantes de bejucos.
- s) *Grupo misceláneo*: terrazas agrícolas, anzuelos de concha, pesca con veneno¹⁷⁰.

Otro autor, también difusionista —Salvador Canals Frau, de Argentina—, declara: "Numerosos fenómenos culturales... los consideramos altamente demostrativos de *antiguas relaciones entre Polinesia y América*"¹⁷¹. Así: el cacicato absoluto; la esclavitud; la *kava*, bebida semejante a la chicha americana, preparada por la técnica de la masticación; las estructuras ceremoniales del tipo *calasasaya*; la arquitectura compuesta; las representaciones antropomorfas de manos de tres dedos; los *meres* o hachas ceremoniales; un ser mítico con la lengua afuera (tanto en México como en el Perú—Nasca—); la vela triangular (?); las puntas de obsidiana, tipo isla de Pascua; los sembríos en fosas; la batata o camote (*kumara*); el hacha o *toki*; la caracola o trompeta, cuyo nombre en lengua maorí (Nueva Zelandia) es *putoto*,

y en quechua *pututu*; el algodón, el cocotero y la calabaza (los tres, originarios remotamente de la India y propagados de Oeste a Este). Siguiendo a Palavecino, Canals Frau destaca, igualmente, las similitudes lingüísticas entre el maorí y el quechua.

ALGUNAS SIMILITUDES ESPECIFICAS

El *tatuaje*, un adorno del cuerpo (especialmente de la cara, los brazos y las piernas) extendido entre los pueblos de Oceanía y por algunos considerado como originario de esa región insular, se practicaba en el antiguo Perú, especialmente entre las naciones yungas de la Costa. "Por lo que se ha visto en las momias y en la cerámica —dice Leicht¹⁷²—, parece ser completamente seguro que se empleaba mucho el tatuaje, por lo menos en determinadas clases de la población. No disponemos, en cambio, de datos detallados sobre la técnica del mismo; lo más probable es que usasen para ello pequeños instrumentos de hueso, con extremos afilados". Efectivamente así fue, como lo ha demostrado Larco Los hombres del pueblo de Virú, ochocientos años antes de la era cristiana, se tatuaban el rostro "mediante incisiones en la piel"¹⁷³. Testimonios de esta práctica encontró el mismo Larco en toda el área de la llamada cultura Salinar, especialmente en los valles norteños de Chicama, Virú, Santa Catalina y Chao. Los artífices del tatuaje empleaban agujas muy afiladas, con las que hincaban la piel, produciendo el ingreso profundo de la tintura en la dermis. "Hemos comprobado casos —dice— en que la tintura del tatuaje ha penetrado hasta el cráneo, al borde de la ceja"¹⁷⁴.

La *trepanación del cráneo*, como se dijo anteriormente, se practicaba con excepcional habilidad tanto en el Perú como entre los pueblos de las islas del Pacífico, polinesios y, sobre todo, melanesios. Se practicaba principalmente, tanto en el Perú como en Oceanía, en los casos graves de fractura o destrozo de la caja craneana, causados por el empleo de pesadas macanas o mazas en la lucha cuerpo a cuerpo de las guerras. "Si se acepta una relación —dice un tratadista— entre esos dos mundos vecinos, sería absurdo pensar que Oceanía ha enseñado la trepanación al civilizado Perú. Lo lógico es lo contrario"¹⁷⁵.

Tocante a la *navegación*, es un problema no resuelto aún el relativo al *origen de la vela* que usaban las embarcaciones peruanas antes de la Conquista (balsas espaciales, de gran capacidad de carga, que vieron asombrados los españoles y dejaron minuciosamente descritas). Trátase, en verdad, de un problema muy complejo, para el que se han propuesto diversas soluciones, pero un especialista en materia de historia de la navegación ha dicho recientemente: "A pesar de la opinión en contrario de mu-

chos autores, *créese que la idea de la vela fue introducida, es decir, traída de fuera*". Agrega: "la vela que usaban los antiguos peruanos era diferente, en muchos aspectos y detalles, de la vela oceánica, pero la *idea* de su uso probablemente llegó a América y, particularmente, *al Perú* cruzando el ancho océano, *desde la Oceanía*"¹⁷⁶. Sería el resultado, por consiguiente, de una influencia polinesia o melanesia: si melanesia, llegada siglos antes de la era de Cristo o en los albores de la era cristiana (según la cronología propuesta por Rivet); si polinesia, bastante tardía, quizá coincidente con la expansión de los Incas.

Tocante, también, a *navegación*, hay otra similitud sobre la cual, no obstante su cerrada posición aislacionista, llama la atención Valcárcel con palabras muy amables para el difusionismo. Las *balsas dobles* hechas de *cueros hinchados*, llamadas más comúnmente *balsas de odres*, propias del sur del Perú y norte de Chile, y muy extendidas también en las costas de China, constituyen otro elemento común entre las dos áreas culturales que mueve a pensar en un enlace cultural antiguo y, por ende, en un proceso de difusión¹⁷⁷.

Los *anzuelos*, según el P. Schmidt, serían de origen polinesio, pero contra esta tesis se alza el resultado de la pesquisa precerámica: los anzuelos tienen una antigüedad de miles de años en el Perú; son tan antiguos como la presencia del hombre en la costa, frente al mar; datan de una época muy anterior a la presunta llegada de los polinesios. Pero, el P. Schmidt no sólo habla de los anzuelos cuando relaciona el llamado *Ciclo Señorial* de cultura oceánica con el Perú. Considera que la influencia de los pobladores de las islas comprende muchos otros elementos: el poncho, por ejemplo; el abanico, el trabajo fino de la piedra, la cerbatana (tan intrigante para los etnólogos de todas las escuelas y tendencias, un verdadero enigma o una prueba concluyente de las conexiones transpacíficas), la vela de navegación (ya mencionada), la técnica avanzada de la madera, gran número de danzas, la estratificación social rígida, el poder central absoluto, el régimen teocrático, etc.

Utilísima para los difusionistas y desconcertante para los otros es la prueba de la *pesca con cormorán*, sobre la que dan referencias Nordenskiöld (basado en Máx Schmidt¹⁷⁸) y Valcárcel¹⁷⁹, destacando ambos que se trata de un sistema muy particular de pesca que se practicaba tanto en el Perú como en la China, sin revestir modalidades diferentes. Lorenzo Roselló¹⁸⁰ informa que hay un vaso peruano antiguo, de la Costa Norte, que representa un *ave marina con un anillo al cuello*, del cual anillo parte un cordel, lo que indica que esa ave estaba amaestrada para la pesca y que, incluso, el anillo le impedía devorar el pescado.

Con claridad completa, un vaso pictográfico mochica, perteneciente a la colección de Yoshitaro Amano (Lima), explica la

pesca con cormorán. Cinco cormoranes, atados mediante sendos anillos y cordeles, pescan en el mar. Los anillos están ajustados al pescuezo para evitar que el pájaro se trague la presa. Cada cordel termina atado a un dedo de la mano derecha del pescador, que espera la labor de sus colaboradores. Atrapado el pez por el cormorán, el pescador atrae a sí al pájaro, le arranca del pico el pescado y lo lanza nuevamente al mar, para que prosiga la cosecha.

Amano advierte¹⁸¹ que la costumbre de pescar con *cinco cormoranes*, atado cada uno a un dedo del pescador, como aparece en el mencionado vaso mochica, *se da también en el Japón*. Es tal la semejanza y tal el número de elementos que aparecen reunidos, que la explicación por *difusión* parece la más plausible. ¿Podría concebirse invención paralela de un sistema de pesca harto extraño y en el que concurren tantos elementos y exige tan singulares circunstancias?

El caso de la *pesca con substancia tóxica* también es muy interesante y favorece, como el anterior, la tesis difusionista. Lo refiere Vallaux, quien cita a A. Lesson, autor de un libro titulado *Los polinesios. Su origen, sus migraciones, su lengua*. En Tahití, las Marquesas y otras islas de la Polinesia oriental, los indígenas "llegan a obtener pescas, si no muy abundantes, por lo menos fáciles, empleando jugos de plantas destinados a paralizar a los peces de manera pasajera o definitiva"¹⁸². Como se sabe, procedimiento igual se sigue en el Perú, mediante el empleo del veneno que se extrae de una planta llamada *barbasco*. Los cronistas del siglo XVI dan cuenta, también de modalidades semejantes de pesca entre diversos pueblos de Indias, con el uso de hierbas poseedoras de la misma propiedad de la citada.

Siguiendo a J. Wilfrid Jackson¹⁸³, Carlos Vega presentó en el Vigésimoquinto Congreso Internacional de Americanistas de 1932, reunido en La Plata, Argentina, un sugestivo estudio sobre la flauta, en el que, después de tratar principalmente del tipo llamado *flauta de Pan*, se refirió también a la distribución de la *trompeta de caracol*, conocida entre los antiguos peruanos con el nombre de *pututu*. Este instrumento, según el citado estudio, aparece en Europa, India, China, Japón, *Pacífico ecuatorial* y América: en América sobre todo en tres regiones: California, desembocadura del Amazonas y *el Perú*. Así distribuido —comenta Vega¹⁸⁴—, "tiene una gran fuerza de persuasión, *vinculando algunas islas del Pacífico con la Costa peruana*". Agrega el autor citado que la vinculación tiene dos puntos de apoyo: primero, el instrumento en sí, que no difiere en lo menor en las dos áreas; y, luego, el nombre, que es el mismo tanto en el Perú como, por ejemplo, en Nueva Zelandia.

Para Engel¹⁸⁵, la *técnica arquitectónica* es un elemento convincente que lleva de modo necesario a pensar en relaciones pre-

históricas entre los peruanos y los distantes maories. "Con seguridad —dice el destacado arqueólogo francés—, los polinesios llegaron a América y, probablemente, desembarcaron en las costas del Perú. Además —agrega—, si Nueva Zelandia se relaciona con la isla de Pascua, no hay razón para desechar el enlace de Pascua con América". Puntualiza que la técnica arquitectónica de piedra de los maories es igual a la de los peruanos de la Sierra. Entre los peruanos y los aborígenes de Nueva Zelandia la adaptación de los bloques de piedra, o sillares, alcanza la perfección. Este es un rasgo del mayor valor para determinar la posible relación entre ambos mundos culturales.

En apoyo de la tesis de Engel, deben mencionarse aquí las saltantes similitudes que existen entre la arquitectura Inca, principalmente representada por los edificios del Cusco, y la arquitectura de la época de oro de la isla de Pascua, representada por el extraño muro del *ahu* de Vinapu. Verdaderamente, el parecido es notable. Advertido por Heyerdahl, en su expedición de 1955, y referido en su muy difundido libro *Aku Aku*, lo aceptamos sin reservas en nuestro viaje a la citada isla, el año 1967.

Canals Frau destaca de modo muy especial el signo *lengua afuera*, que aparece en Oceanía, México y el Perú. El arte Nasca —observa—, un arte profundamente esotérico, simbólico, de profundas e inescrutables raíces mágicas y religiosas, presenta un personaje, una deidad sin duda, con la *lengua afuera*. El arquetipo es un felino. "Muchas de estas figuras de felino —anota—, con o sin nariguera, están *en actitud de sacar la lengua*. Ignoramos su significado exacto, y sólo sabemos que es un *elemento cultural cuyo centro parece estar en Polinesia*"¹⁸⁶.

Figuras demoníacas con el mismo motivo, de igual tratamiento, se dan principalmente en puntales o postes totémicos de viviendas maories de Nueva Zelandia y en el dios Tlaltecuhli, o dios de la tierra, de México.

Lowie, en su *Tratado de sociología primitiva*, señala tres elementos culturales, harto significativos, que se dan en Oceanía y el Perú: uno es la *tacla*, o bastón de cultivo, consistente en un palo puntiagudo que con brazos y pierna el cultivador acciona para remover la tierra, roturarla y dejarla expedita para recibir la semilla o el retoño del almácigo. La *tacla* es un instrumento típico del Perú pero también existe, con iguales características, en Nueva Zelandia. Se trata —comenta Valcárcel, siguiendo a Lowie, a quien no quiere contradecir no obstante su posición cerradamente aislacionista— de "un elemento cultural *del Perú* que junto con otros *irradia hasta la Polinesia*"¹⁸⁷. Otro elemento cultural significativo, común a las dos áreas es el *recipiente de calabaza*, que se presenta "constante y universal entre los peruanos y los maories". El tercero, finalmente, es el *horno de*

Los chimú —dice Kutscher— creían que los dioses y demonios empleaban para sus correrías en alta mar las mismas embarcaciones que usaban los hombres en la pesca marina. La deidad del dibujo está hincada en una enorme balsa, de proa y popa arrufadas que rematan "en fantásticas cabezas de pez provistas de púas". Con largo y grueso sedal prendido un pez de gran tamaño. El anzuelo tiene forma de hoz. Mientras culmina la captura, dos aves humanizadas, con *uncu* y *huara* (o pañete), se empeñan en impulsar la balsa: una, la de adelante, con una cuerda que lleva sujeta a la espalda. Peces menores y diversos elementos mitológicos completan la composición. Heinrich Ubbelohde-Doering discrepó de esta interpretación. Creyó que la escena representaba "la caza de un monstruo terrestre en figura de pez y, con eso, la creación de la tierra". (Procedencia: Chicama. Museo Británico, Londres. Dibujo tomado de Gerdt Kutscher, *Nordperuanische Keramik*, Berlín, 1954, Gebr. Mann Verlag. Reproducción autorizada).





tierra, tan popular aquí, en el Perú, como entre los isleños del Pacífico. El *horno de tierra* representa un procedimiento para preparar alimentos que aquí, en el Perú, se llamó —y sigue llamándose, porque subsiste— *pachamanca*. Lowie dice: “El horno subterráneo es un elemento *típico de Oceanía*”. Un etnólogo peruano podría decir que es un elemento *típico del Perú*. Lowie agrega que lo usaron y lo siguen usando sobre todo los neozelandeses, los cuales, como todos los polinesios, desconocían la alfarería. Valcarcel cede a la presión difusionista y al ejemplo del esclarecido maestro de Berkeley, y acota no sin temor: “Esta es la *pachamanca*, tan popular en el Perú y de una evidente tradición precolombina. *Los polinesios probablemente la tomaron de los peruanos, no así, la cerámica*”.

Hirning, en su estudio *Contacto transoceánico precolombino con Sudamérica*, varias veces citado en este capítulo¹⁸⁸, es no menos agudo que los anteriores en sus observaciones a favor de la tesis difusionista, y menciona tres elementos comunes a las dos áreas, entre otros: el primero es la *macana de piedra y hueso* con manija en forma de cabeza de pájaro. Los maoríes llaman a esta macana *mereonewa*. No obstante su origen tan lejano, ha sido hallada en la costa occidental de América. Un ejemplar procede del área chimú, de más o menos el siglo XIII. Este ejemplar no difiere en nada del modelo original de Nueva Zelanda. (El parecido es asombroso pero algunos especialistas se resisten a creer que el ejemplar chimú sea producto del supuesto tráfico entre polinesios y americanos. Dixon objeta la vinculación; no es posible —dice por la distancia inmensa que media, “mas allá de las posibilidades polinesias”).

El otro elemento cultural que cita Hirning es la *masticación de sustancias narcóticas con cal* (coca en el Perú y betel en Oceanía). Además, la cal la guardan, tanto los polinesios como los peruanos, en depósitos de calabaza, con tapa en forma de estrella. En suma, un encadenamiento de similitudes.

El tercer elemento es la *pipa* (un modelo determinado) que, con iguales características, se da en el Brasil y las islas Salomón.

Para terminar esta parte, citamos la leyenda de *Tefiti*, de la que trae una referencia abreviada Burland¹⁸⁹. Dice este autor: “En el lado del Pacífico hay versiones de antiguos contactos chinos, realizados a través del mar . . . , y existe, además, una leyenda antigua de las islas Marquesas, en la Polinesia oriental, que narra la construcción de una gran canoa, la cual visitó en el siglo XI una tierra lejana llamada *Tefiti*, donde había *grandes montañas* (¿América?), y regresó a su lugar de partida en el siglo XII”.

NEXOS LINGÜÍSTICOS TRANSOCEANICOS

Horacio Hale, en el Sétimo Congreso Internacional de Americanistas de 1888, reunido en Berlín¹⁹⁰, presentó un trabajo —uno de los primeros en su género— sobre las *afinidades gramaticales* que él decía haber hallado entre las lenguas de la costa Oeste de América y las de Polinesia, proponiendo, al mismo tiempo, como hipótesis de trabajo, la posibilidad de un *flujo de Oeste a Este* desde las islas Hawaii, Tahití, las Gambier y Pascua. Sostuvo, en primer lugar, la existencia de una amplia *conexión lingüística* entre los diversos pueblos del Pacifico occidental, extendida hasta las costas indicas de Africa (Madagascar); y, luego, por el lado oriental (que da frente al Nuevo Mundo), otra área de conexiones, de la que participaban numerosos pueblos, hablantes de distintos idiomas pero *con evidentes relaciones idiomáticas con los polinesios*. Dedujo de este cuadro de conexiones, contactos entre Polinesia y América. “No debe considerarse como imposible —sentó—, mucho menos como improbable, que después del poblamiento de las islas orientales de la Polinesia, *embarcaciones con nativos llegaran ocasionalmente a la costa Oeste de América*”. Después de los desembarcos, seguramente estas gentes llegadas de las remotas islas, sin puntos de apoyo, refuerzo o abastecimiento, fueron o eliminadas por los grupos de tiempo inmemorial establecidos en el continente o absorbidas rápidamente. Empero, en cualquiera de los dos casos, dejaron la impronta de su cultura, comunicaron algunas ideas a los nativos e influyeron en alguna medida en los idiomas aborígenes.

Aunque Hale propuso como principal zona de arribada de las piraguas polinesias la comprendida entre el istmo de Panamá y el sur de México, es decir, la América Central, con su hipótesis quedó abierta la posibilidad de otras cabeceras de puente, alguna quizá en la costa del Perú, ello creible no sólo por el testimonio lingüístico sino también por el arqueológico

Después de Hale, varios otros autores y, por desgracia, no pocos curiosos de la Antropología y sus ciencias auxiliares —que desprestigiaron con sus groseras exageraciones y ridículas posturas dogmáticas el trabajo comparativo—, siguieron reclamando para las similitudes idiomáticas consideración especial. Algunos se propasaron, al levantar enormes edificios sin cimientos. Cualquier parecido para estos seudocientíficos era prueba definitiva e incontrastable de relación prehistórica, y un solo elemento fonológico era capaz de dar validez a las más arrogantes historias de desembarcos y otras aventuras.

Mas, en la tercera década de este siglo, Rivet, en buena hora, impuso el orden y enrumbo por terreno estrictamente científico el estudio de la lingüística comparada, aunque dejándose llevar

por vehemente y, a veces, peligroso entusiasmo. El se declaró partidario de las conexiones transpacíficas y, al cabo de una revisión sistemática de los materiales de estudio con acopio de innumerables fuentes, afirmó el parentesco de algunas lenguas americanas, con otras de Oceanía. Este trabajo meritísimo llegó a su culminación en 1924, año en el que —como dice Carlos Vega¹⁹¹— “el doctor Rivet rompió la incomunicación lingüística de América, vinculando la familia malayo-polinesia con el grupo *hoka* de América...”. Dice el propio Rivet en su famoso libro sobre el origen de los indios del Nuevo Mundo: “La familia lingüística *hoka* comprende un gran número de tribus norteamericanas escalonadas ... a lo largo de la costa pacífica, desde el Sur de Oregón hasta el istmo de Tehuantepec ... A pesar de la insuficiencia de los documentos que poseemos para la mayoría de los dialectos *hoka*, se ha podido hallar en estos dialectos 281 radicales netamente idénticos a radicales malayo-polinesios, es decir pertenecientes a diversas lenguas emparentadas de Oceanía: melanesio, indonesio y polinesio¹⁹². Además, “estas semejanzas de vocabulario se ven plenamente confirmadas por importantes similitudes gramaticales tocantes al pronombre, al artículo, a los prefijos nominales, a las desinencias del adjetivo, a la conjugación, a los sufijos y a las partículas verbales, a los nombres de número, a la negación y a la reduplicación”. De estas comparaciones, tanto lexicográficas como gramaticales, “resulta claramente —concluye Rivet— que el *hoka* se acerca más al melanesio que al indonesio y al polinesio”. De acuerdo con su doctrina general sobre el ingrediente melanesio de la población americana, el *hoka* habría llegado, por lo tanto, al promediar el último milenio anterior a la era cristiana, conducido por navegantes que utilizaron el mar como vía de comunicación entre el mundo de las islas y el mundo americano.

Después de Rivet, los argentinos Imbelloni y Palavecino intensificaron los estudios en el campo de la lingüística comparada y hallaron nexos, para ellos, de la mayor importancia entre los idiomas americanos y las lenguas polinesias. El primero de los citados concede gran valor, por ejemplo, a la palabra *toki* que, tanto en el Perú como en la lejana Nueva Zelanda, se usa para designar a una pieza de forma espatular, hecha de piedra o de hueso, que simboliza el mando político (y de la cual se ha hablado en otra parte de este capítulo). El mencionado anteriormente Carlos Vega considera no sin acierto, aunque se repudie la teoría de la propagación de Oceanía a América de caudales idiomáticos, que “el número de correlaciones peruano-polinesias es demasiado crecido para que se pretenda atribuir las al azar”. “La voz *puhura* —agrega— (flauta de Pan), del compuesto *huayra-puhura*, es una de las muchas palabras del

Pacífico que se hallan incorporadas a los idiomas de los antiguos pobladores de los Andes sudamericanos”.

Dos aislacionistas —uno en permanente duda y dispuesto siempre a transigir con los mejores términos diplomáticos; otro, dogmático aunque débil ante la opinión de los maestros norteamericanos—, Horkheimer y Valcárcel, ceden por momentos a la convincente fuerza de las pruebas lingüísticas. El primero dice: “... el imponente número de analogías encontradas [hace] suponer que *verdaderamente existió un contacto* al cual se tiene que atribuir la transplatación ...”¹⁹³. Y, más adelante refuerza la idea: “La multitud de paralelos culturales y lingüísticos... *hace difícil negar el contacto entre Oceanía y América en tiempos precolombinos*”.

Valcárcel comenta que, partiendo de la voz *kumara*, que indica *camote*, y que, con ligeras variantes ortográficas o fonéticas, cubre un área muy extensa de América occidental y del mundo oceánico (isla de Pascua, Nueva Zelanda, etc.), los lingüistas llegan a establecer relaciones marcadas entre América (especialmente, el Perú) y Polinesia.

Refiriéndose a los trabajos interpretativos de Imbelloni y Pala-vecino, el mismo Valcárcel —en casi todos sus trabajos sostenedor intransigente de la tesis aislacionista— se acomoda un poco a las circunstancias y, sin adoptar una posición definida, siempre ecléctico dice: “Afirmase que hay un treinta por ciento de elementos fonológicamente polinesios en la lengua quechua. Sin entrar en un análisis de este carácter, se debe únicamente llamar la atención sobre el hecho muy revelador de dichas identidades que pueden servir de base para una de estas dos conclusiones: o *una influencia polinésica sobre el Perú*, como se sostiene por los lingüistas, o *una influencia peruana sobre Polinesia*, como insinúan los botánicos, especialmente Cook”¹⁹⁴.

Para Cook, la *kumara* o camote es planta originaria de América (propiamente, del Perú) y se difundió hacia el oeste hasta llegar, por Pascua y Nueva Zelanda, al continente asiático. Además, se habría difundido a numerosas otras islas de la Oceanía¹⁹⁵. Los lingüistas, en cambio, sostienen para el idioma una difusión a la inversa: de Nueva Zelanda a Rapa Nui, y de allí al Perú.

LA PROPAGACION FLORISTICA A TRAVES DEL MAR

Algunas plantas son comunes a América y Oceanía. Esas plantas, sin duda, tuvieron un origen común. Seguramente, desde una región, desde un foco se propagaron. Pero, ¿puede concebirse que por medios naturales hayan cruzado el ancho océano y llegado en buenas condiciones para reproducirse a miles de millas de distancia, en otras tierras?

El problema de la propagación florística es uno de los que más interesan a la botánica moderna; y en este campo se han dado en los últimos tiempos pasos fundamentales.

De la investigación reciente resulta que el mar no debe ser considerado como un abismo o como una barrera infranqueable. Todo lo contrario: hoy el mar es tenido como una vía de las más fecundas para la difusión de las plantas. Las distancias prácticamente no cuentan; tampoco las condiciones que a primera vista pueden parecer desfavorables.

No deja de ser sorprendente, tanto para los profanos como para los especialistas, la siguiente conclusión, fruto de pacientes observaciones a nivel mundial: que mientras los continentes, las tierras en general, oponen resistencia a la difusión de las plantas (resistencia que, a veces, no logra ser vencida), los mares, por dilatados que sean, facilitan la propagación. Este fenómeno es fácilmente constatable en los mapas de distribución de formaciones ribereñas. Existe, por ejemplo, un tipo fundamental de flora que se extiende desde la costa oriental de Africa hasta la costa occidental de América, comprendiendo el inmenso mundo oceánico. Un emblema de este tipo fundamental podría ser el *cocotero* que, sin interrupción, cubre miles y miles de millas y que, en tiempos prehistóricos, se propagó desde las costas del Indico hasta el istmo de Panamá. En el lado del Atlántico, en cambio, Africa tiene otra formación florística básica, que no se emparenta con la de Mozambique y Madagascar, y en cuanto al *cocotero* americano, parece que a la llegada de los europeos en el siglo XV no existía en el lado de las Antillas.

El Pacífico, en pasadas edades —incluso, antes de la intervención del hombre como agente determinante del transporte—, sirvió de vínculo, sin duda, entre las costas separadas de su dilatada cuenca, enlazó los mundos asiático, oceánico y americano y permitió el viaje natural de los frutos y las semillas, éstas en condición de germinar tras la azarosa aventura del traslado. Así, quizá, se propagaron la *calabaza* y el *cocotero*, dos plantas sobre las que existe copiosa literatura. Hay botánicos, como se verá más adelante, que sostienen que tanto la calabaza como el *cocotero* se propagaron sin contar con la participación del hombre, únicamente por la acción de las corrientes marinas. Otros, en cambio, admitiendo el origen único, abogan por la intervención del hombre. En cuanto al *camote*, el problema de su origen es mucho más delicado porque está prácticamente visto que este tallo tuberoso, ricamente alimenticio, no puede propagarse por la acción de un simple agente natural, por el mar; entonces, originario de América, pasó a Polinesia (o viceversa) necesariamente de la mano del hombre. La polémica entre los etnobotánicos, sin embargo, se mantiene, pero cual-

quiera la solución que se adopte o que al fin llegue a primar, es lo cierto que el camote, batata, papa dulce o *kumara*, constituye una prueba de extraordinario valor —de un valor, quizá, definitivo— en apoyo de los procesos de difusión, no sabemos si de Este a Oeste o a la inversa, que afirma cada vez con más razón una escuela de etnólogos y prehistoriadores.

En el estudio de la *propagación florística por acción exclusiva de las corrientes marinas*, hay un caso verdaderamente notable que puede servir de ejemplo y da a los etnobotánicos de todo el mundo una pauta de trabajo. Es el de la isla Krakatoa.

El caso de la terrible explosión volcánica de la citada isla —dice Went, un experto de fama en la materia¹⁹⁶—, ocurrida el 27 de agosto de 1883 (entre Java y Sumatra), cuyo estruendo fue oído a mil millas de distancia y mató a 36,000 personas en las islas inmediatas, constituye "el caso más instructivo de la historia botánica" para el estudio de la propagación de las plantas.

La isla Krakatoa quedó totalmente despoblada de plantas, animales y hombres después de la catástrofe. Un calor altísimo mató totalmente los signos superstitiosos de vida. Luego, el derrame de lava, a temperatura de más de mil grados, borró toda posibilidad de resurrección biológica.

A los pocos años, sin embargo, la isla, que había sido un infierno, comenzó a cubrirse de vegetación. Aquello parecía un milagro. En los últimos años presenta un cuadro florístico y faunístico muy semejante al que tenía antes de 1883.

¿Cómo se ha cubierto de vegetación nuevamente estando a más de veinticinco millas de la isla más cercana?

El caso de esta isla ha permitido precisar los medios de propagación florística en el mundo. En primer lugar, hoy se sabe, por los mil casos observados, que *los mares y los océanos no constituyen una barrera*. Por el contrario, como se dijo anteriormente, *con más facilidad se propagan las plantas a través de los mares que a través de los continentes*. Dice Went: "De ordinario pensamos que las plantas se difunden por tierra y quedan detenidas por los océanos. Pero, en Africa la flora ribereña occidental del continente es muy diferente de la de la costa oriental. Aquélla es semejante a la de la costa Este de América del Sur, a miles de millas de distancia a través del Atlántico meridional, mientras ésta es semejante a la de las islas del Océano Indico y el Pacífico. La explicación es que las plantas ribereñas no se propagan hacia el interior a través del continente, sino que *únicamente pueden viajar a través del mar*. Así, pues, las variedades de la vegetación costera, a diferencia de casi todas las demás plantas, *se extienden en torno de las cuencas oceánicas y no por el interior de los continentes*"¹⁹⁷.

¿Cómo se efectúa la propagación? Uno de los principales agentes, como explica con admirable ciencia y deliciosa poesía Baldacci, es el viento tratándose de semillas provistas de pelos y de poco peso¹⁹⁸, pero otro agente de incuestionable importancia es el propio mar, activado por las corrientes que surcan su masa. Went considera que el *cocotero*, por ejemplo, alcanzó propagación pan-pacífica únicamente por las *corrientes marinas*, sin la participación del hombre. Dice: "Los cocoteros crecen en las costas de todas las islas tropicales del Pacífico y del Océano Indico. Bajo las condiciones naturales no se extienden mucho por el interior. Cuando los cocos caen, muchos son arrastrados por el mar. Quedan flotando, y cerca de las costas tropicales se puede ver a veces un coco mecido por las olas entre troncos y otros objetos flotantes. . .".

El citado Baldacci piensa lo mismo y considera que meses de *peligrosa navegación* a través del ancho mar no son obstáculo para que, al término del viaje por los mares más procelosos, la semilla germine y dé una nueva planta. Explica: "La nuez de coco está envuelta por una gruesa capa fibrosa que la hace flotante y le permite transportarse por el agua. Cuando después de una navegación a la ventura, ya que no peligrosa, la nuez del coco viene a dar a una playa rocosa, con el choque se rompe la frágil corteza que está debajo de la envoltura, y la semilla puede iniciar fácilmente su germinación"¹⁹⁹.

Lo que pasa con el coco, pasa también con muchas otras plantas tropicales. En este sentido, *la importancia de las corrientes marinas es enorme*:

"Los frutos y semillas de casi todas las demás plantas de las costas tropicales son transportadas del mismo modo por las corrientes marinas a *largas distancias*; los experimentos han demostrado que varias semanas de flotar en el agua del mar no las perjudican. Tan pronto como son arrojadas a la costa y son regadas por el agua de lluvia, germinan".

Conclúyese en el sentido de que *el ancho mar no es barrera sino vía de enlace*. Ni para el hombre ni para las plantas es abismo. Así, por mar pudieron llegar a las costas americanas numerosas plantas desde las costas asiáticas o desde las islas de la Oceanía, *favorecidas por las corrientes*, o viceversa.

Vallaux es otro autor que insiste en la importancia del mar, activado por las corrientes que surcan su masa, como agente de propagación de las plantas. "Hay semillas —dice— que pueden flotar en el agua del mar y germinar después de una larga inmersión. Las especies capaces de soportar este transporte por las aguas marinas no son numerosas: un centenar. . . por su aptitud flotadora; unas doscientas en cuanto a germinar después de la inmersión. Esto basta para poblar las islas oceánicas más alejadas *según una dirección de Oeste a Este, que coincide*

Narigueras con símbolos marinos. La pequeña de arriba (Catálogo: V 42-3577) es de oro de 20 quilates, pesa 9 gramos y tiene 10 centímetros de ancho por 5 de alto. Presenta en un lado siete discos diminutos del mismo metal (faltando los del otro lado) y del centro pende, como adorno principal, un colgajo grande en forma de pez, de estilización geométrica. La grande abajo, (V 41-3339) es de oro y plata (por mitad), pesa 22.4 gramos y tiene 15 centímetros de ancho. El lado izquierdo, de oro, remata en un camarón de platino; y el lado derecho, de plata, en uno de oro. (Ambas piezas, Vicús. Departamento de Piura. Siglo II de nuestra era. Museo Oro del Perú. Fundación Miguel Mujica Gallo. Foto: Manuel Romero).





Terracotas pequeñas, de color marrón claro, la de la derecha tirando al gris, como de piedra. La de la izquierda, de 7 centímetros de largo por 5 de alto, es un pito que, quien lo usó, llevó colgado al cuello mediante cordel que pasaba por un fino orificio en la base. La figura se inspira en un pez erizado de protuberancias o puntas. La de la derecha, de 8 centímetros de alto por 9 de largo, representa un pez ancho, aplanado, con aletas laterales que bordean el contorno, desde la cabeza hasta la cola. Un gollete tubular abocinado o de bordes expandidos (rasgo chavinoide) se levanta del cuerpo del contrario, con un diámetro de 3.5 centímetros. (Museo Alberto Fehling. Foto: Manuel Romero).

con la de las migraciones humanas probables, porque los naturalistas no han encontrado en Oceanía mas que muy pocas plantas de origen americano seguro; la mayoría son indomables" ²⁰⁰. Pero, a la inversa de lo que opina Vallaux, Weberbauer llama la atención sobre la existencia de plantas en las islas Galápagos, situadas a mil kilómetros de distancia del continente, de innegable origen peruano. El sabio botánico alemán estima que "tal vez la corriente de Humboldt ha llevado a dicho archipiélago las semillas de algunas plantas, sobre todo de aquellas que viven en las playas del mar, como *Cryptocarpus*" ²⁰¹. En uno y otro sentido, pues, en la opinión de los más serios especialistas, el mar debió actuar como agente propagador de plantas.

LA CALABAZA Y EL MATE, ¿AVENTURA MARITIMA?

De la familia de las *cucurbitáceas* existen varios géneros, cada uno de los cuales se divide en numerosas especies. Hay, así, el género *cucurbita*, que algunos taxonomistas consideran originario de América, y el género *lagenaria*, sobre el origen del cual hay amplio y no resuelto debate, tema justamente de este párrafo. Las especies de mayor popularidad son: la *Cucurbita pepo*, que es el zapallo (con numerosas variedades), la *Cucurbita moshata*, que es la calabaza (también con numerosas variedades), la *Cucurbita ficifolia*; y la *Lagenaria siceraria*, mal llamada *vulgaris*, cuyo nombre vulgar más común en el Perú (pero no el único, porque varía según las formas del fruto y las regiones donde se da) es *mate*.

La *lagenaria* del Perú, o *mate*, se caracteriza por dar un fruto de corteza gruesa, que aun en la planta es duro y que, seco, adquiere consistencia y gran compacidad, tanto que puede usarse como recipiente de líquidos, sin que con el tiempo y el uso se dañe. La corteza del mate se emplea desde tiempo inmemorial en el Perú para hacer recipientes de aplicación doméstica. También se hacen del mate cucharas y cucharones. En muchos lugares de la Costa se sigue usando el mate; por ejemplo, en Ica, para la venta de dulces típicos. La tapa del recipiente resulta de cortar en forma adecuada la misma corteza. Subsiste la tapa en forma de estrella.

La calabaza y el mate son milenarios en el Perú. Se les encuentra a veces hasta decorados, en los depósitos precerámicos más antiguos de la Costa. Durante sus excavaciones de 1946 en *Huaca Prieta* (Chicama), Junius Bird encontró un mate decorado al que el radiocarbono señaló una antigüedad de 4,500 años. Este mate ha sido considerado por Miguel Covarrubias, en su libro *El águila, el jaguar y la serpiente*, como *el objeto de arte*

más antiguo de Sudamérica. (Por desgracia, pieza de tan grande valor fue entregada, en un momento de inexplicable irresponsabilidad, por el Museo Nacional de Antropología y Arqueología al Museo de Historia Natural de Nueva York, perdiendo, así, el Perú un objeto representativo, como no hay otro en todo el continente, del arte americano en sus primeras manifestaciones).

El estudio botánico de los hallazgos de Huaca Prieta ha puesto en claro que el hombre del precerámico, de hace cuarenticinco a cincuenta siglos, aprovechaba o *cultivaba* varias especies de cucurbitáceas, entre ellas la *Lagenaria sicerania*, o *mate* propiamente dicho, la *Cucurbita fisifolia* y la *Cucurbita moshata* o *calabaza*. La más usada fue la primera. Con el mate y la calabaza, el hombre de Huaca Prieta hacía diversos objetos de mucha utilidad, como flotadores para sus redes de pesca, botellones, platos, recipientes con tapones y flautas. Como vivía en gran parte de la pesca, la confección de flotadores era la principal aplicación que daba a las cucúrbitas que recogía o cultivaba.

Las cucurbitáceas existen también en Asia y Oceanía. Allí, los pueblos desde la más remota antigüedad les dan los mismos usos que los peruanos. Se plantea, entonces, el siguiente problema: ¿el mate, la calabaza, el zapallo, en general las plantas de la familia de las cucurbitáceas son originarias de América o llegaron de otras partes, de Asia, por ejemplo, o de Polinesia?

A este problema básico se suma este otro: si el mate y la calabaza, por citar tan sólo las principales especies, llegaron al Perú de fuera, ¿cómo se produjo la importación: por un proceso natural o las semillas fueron transportadas por el hombre?

Un tercer problema, que se agrega a los anteriores, es el de la época, vale decir, el de la determinación cronológica del hecho de la importación, suponiendo que el fruto es de origen foráneo.

En suma: tres problemas en uno: ¿de dónde? ¿cómo? ¿cuándo?

Estas tres escuetas preguntas han promovido, y siguen promoviendo, el más encendido debate en el campo de la Etnobotánica americana y oceánica.

Augusto Weberbauer, notabilidad mundial que dedicó cuarenta años al estudio de fitogeografía peruana, en su famoso libro *El mundo vegetal de los Andes peruanos* sostiene que el *poro* o *puru*, otro de los nombres vernaculares del mate (*Lagenaria sicerania*), es de *origen extraamericano*²⁰². La *lagenaria* llegó —dice el sabio— mucho antes probablemente del establecimiento del hombre o, por lo menos, antes de que el hombre, en su evolución cultural, conociera la agricultura.

Horkheimer explica esta afirmación de Weberbauer: "Si el gran botánico habla de *plantas cultivadas de origen americano*, no le interesa si han sido cultivadas o no en la época prehistórica, y entre las *plantas de origen extraamericano* incluye

... la lagenaria que llegó al Nuevo Mundo flotando, es decir, sin intervención del hombre antes de la llegada de los españoles”²⁰³.

Según Weberbauer, por consiguiente, antes de la era del hombre en América se produjo la dispersión de las cucurbitáceas, con la calabaza, el mate y el zapallo principalmente. Llegaron de fuera y se aclimataron y difundieron sobre una amplia extensión en América, que por el Norte llegó hasta México (no más allá). En el Perú, las citadas especies de la gran familia alcanzaron una propagación notable.

Weberbauer no explica la forma de la propagación. No señala ni la vía ni el agente de transporte.

La teoría que sostiene el origen *extracontinental* de las cucurbitáceas, presenta dos posibilidades, a saber:

- a) que la propagación fue hecha por el hombre;
- b) que la propagación fue natural, sin intervención del hombre, flotando los frutos y siendo llevados por la acción de las corrientes marinas.

Nordenskiöld trata el problema de la lagenaria juntamente con el del *carey* y el coco, y dice: “Hubo en los tiempos precolombinos una planta de cultivo común a la Oceanía y a América, la calabaza (*Lagenaria vulgaris*), a la que puede agregarse la palma cocotera, que puede haber existido en la costa del Pacífico del istmo de Panamá en la época del Descubrimiento... Es de gran importancia conocer la historia de la *Lagenaria vulgaris* en América. Si estuvieran alguna vez los botánicos en situación de probar que existían distintas variedades de lagenarias en América y en el Antiguo Mundo antes de Colón, se anularía la prueba principal de las antiguas relaciones de la Oceanía con la América... Pero, no se ha probado que existan distintas variedades. Las cucurbitáceas de Oceanía y de América eran las mismas y, por consiguiente, hay que pensar que las de una parte derivan de las de la otra parte”.

La *Lagenaria siceraria* (antes *vulgaris*) —que es el mate y no la calabaza como equivocadamente la identifica Nordenskiöld— ha servido de base para sostener la existencia de antiguas vinculaciones entre los pueblos de Oceanía y América. La teoría, pues, en esta su primera forma, propone la procedencia oceánica de las cucurbitáceas por *vinculación de pueblos*. Se habla de arribadas forzosas, de embarcaciones oceánicas arrastradas por temporales hasta las costas americanas, de naufragios, etc.; pero se habla también de viajes programados desde las islas del Pacífico hasta las costas del Nuevo Mundo.

Paul Rivet, tantas veces citado en este capítulo, es uno de los antropólogos que con mayor dedicación ha estudiado el problema, y en su libro *Los orígenes del hombre americano* afirma las tesis de las *vinculaciones comerciales entre Oceanía y Amé-*

rica, expuesta en otra parte de este capítulo. Dice: "Resulta de todos los hechos y de todos los testimonios... que ni América ignoraba a Oceanía, ni ésta a América, y que ambos continentes se encontraban unidos por relaciones más o menos regulares de carácter comercial"²⁰⁴. Por estas vinculaciones, "algunos elementos culturales o *plantas útiles*" pasaron de un continente a otro, algunas veces hasta con la palabra que los designaba. De las plantas, Rivet cita tres: el *cocotero*, el *camote* y la *calabaza*, las tres antiguas en América y *propias de Oceanía*. De la calabaza expresa: "Tenemos pruebas de que existía en el litoral del Pacífico desde las más antiguas civilizaciones de la región costera del Perú; sabemos, también, que no era conocida por los indios de la América del Norte y de las Antillas. Esta distribución parece indicar que *fue transferida de Oceanía a América*"²⁰⁵.

Sobre base firme o no la teoría de Rivet, lo cierto es que tanto los indios americanos como los isleños de una parte de Oceanía dieron al fruto seco de la lagenaria un *uso similar*, lo cual es muy sintomático. Un párrafo de Nordenskiöld abona la idea tan ardorosamente defendida por el antropólogo francés. Dice: "Con la lagenaria hacían antiguamente los indios, y aún hoy, un gran número de utensilios domésticos, entre los cuales podemos anotar los usados en la costa del Perú para guardar cal que masticaban con la hoja de la coca. Otro tanto pasa en la Polinesia, donde se emplean estos mismos utensilios para guardar la cal que se mastica con las nueces de betel. Tanto en la América como en la Melanesia se extrae la cal de la calabaza por medio de una varilla o cucharilla que sirve también de tapa. La sonaja de lagenaria es otro objeto importante que desde tiempos primitivos se usa en América..."²⁰⁶.

En suma: la calabaza y el mate proporcionan los, al parecer, más convincentes argumentos en favor de la teoría de las vinculaciones comerciales, con entregas culturales o préstamos, entre los pueblos de América y Oceanía. Sin embargo —hay que subrayarlo en aras de la honestidad científica de estos estudios—, esta teoría naufraga lamentablemente ante los *impasables escollos cronológicos* que encuentra. Dada la ocupación tardía de la Polinesia (siglo XIII, los archipiélagos orientales) y no teniendo la migración melanesia hacia el Este, según el propio Rivet, más de dos mil quinientos años, la teoría se estrella contra la antigüedad *varias veces milenaria* del mate y la calabaza en el Perú. Las más recientes investigaciones arqueológicas, justamente en los yacimientos líticos y precerámicos de la costa peruana, han puesto de resalto el hecho, certificado por el radiocarbono, de que *la calabaza se da cinco y seis miles años antes de Cristo*. "Parece que en los dos continentes americanos —dice Engel—, las primeras plantas cultivadas... son las calabazas..."²⁰⁷.

La otra posibilidad de la teoría sobre el origen extracontinental de la calabaza y el mate, es la que propone la llegada de los frutos de cucurbitáceas *por vía natural, sin intervención del hombre*.

Los frutos de las cucurbitáceas, se sabe, flotan y pueden permanecer, sin sufrir daño alguno las semillas, por mucho tiempo en el agua. Flotando, una corriente puede llevarlos sobre grandes distancias. No se descarta la posibilidad de que hayan atravesado el Pacífico y arribado a las costas de América, en donde, por acción del oleaje y de los vientos, las semillas terminaron en contacto con la tierra fértil. Se conoce, de otro lado, con qué asombrosa facilidad se dan estas plantas y cómo se extienden mediando como única condición la buena tierra. Aun en terrenos secos proliferan rápidamente.

Esta es la teoría del botánico ruso Nikolai Vavilov, para quien *la lagenaria es de origen asiático u oceánico y llegó a América en época muy remota por la vía marítima, sin ninguna intervención del hombre, únicamente arrastrada por las corrientes, flotando*.

Comparten esta opinión autoridades de la talla de Jacquetta Hawkes, autora de la primera parte (Prehistoria) de la *Historia de la Humanidad*, que escribe un equipo de expertos por encargo de la Unesco (1963). La destacada especialista dice que la calabaza vinatera (*Lagenaria siceraria*) unió a los cultivadores del Nuevo Mundo con los del Viejo en los días precolombinos, porque es la *misma especie*. Originaria del Viejo Mundo —agrega—, *la calabaza llegó por mar, en forma natural*: "Indudablemente oriunda de las regiones tropicales del Viejo Mundo, fue llevada a América por las corrientes oceánicas"²⁰⁸.

Punto importante de la teoría de Vavilov es el que se refiere a la época de la propagación: muy remota, mucho antes de la era del hombre. Este aspecto concuerda con los últimos descubrimientos arqueológicos efectuados en los yacimientos precerámicos de la Costa, que han revelado, como se dijo anteriormente, la utilización de las cucurbitáceas tres milenios antes de Cristo.

La teoría de Vavilov nos presenta una estupenda aventura marítima: a través del más dilatado y, por épocas, proceloso océano del mundo, sobre miles y miles de millas, frutos de lagenaria con la semilla bien cuidada en el interior, desprendidos de la mata originaria allá, al otro lado de la inmensa cuenca, juguetes insignificantes de las olas pero absolutamente insumergibles y aptos para sobrevivir a los golpes más duros de las aguas, se habrían desplazado por la acción única de las corrientes, siguiendo el curso invariable de éstas. Al cabo de tan azarosa travesía, cumplida en años, habrían arribado, náufragos de una audaz expedición sin destino fijo, a las costas occidentales de América. Habrían llegado a las costas del Perú y a las de Centro América y,

luego penetrando tierra adentro, extendiéndose por las vastas comarcas feraces del Nuevo Mundo.

Nordenskiöld dudó de la posibilidad de esta aventura oceánica pero, prudentemente, no la rechazó. "Debiera investigarse — propuso— la sensibilidad de las semillas de estas plantas (las cucurbitáceas) con respecto al agua del mar, a fin de saber si es posible que pudieran haber sido introducidas alguna vez a América por frutos arrastrados por las corrientes marinas"²⁰⁹.

Con Nordenskiöld y contra Vavilov se alínean no pocos hombres de estudio, buenos conocedores del problema general y, sobre todo, buenos conocedores de la verdadera capacidad de la calabaza para resistir a la acción de las aguas del mar y preservar las semillas de su interior. Hirning considera que la planta no es originaria del Nuevo Mundo (debe ser nativa —dice— de la India) pero rechaza la posibilidad de su arribo a América flotando, impelida por las corrientes y siendo al final acogida, como un regalo de los dioses, por los pueblos cultivadores. Difícil todo ello —recalca—, porque *la calabaza es una planta que no soporta el desamparo*; es cultígena; requiere cuidados básicos de los que no habría gozado al terminar su aventura al capricho del oleaje. Seguramente —termina—, fue traída por inmigrantes.

Pericot y García dice que la calabaza "es típicamente americana", aunque admite que procede de fuera. Su cultivo en Polinesia estaba muy extendido al tiempo del descubrimiento de América. La propagación natural, con el fruto flotando sobre las olas y llevado de un continente a otro por las corrientes, es una idea poco plausible porque la calabaza, en primer lugar, no se da nunca cerca del mar, y luego hay que suponer que habría sido dañada gravemente por los animales marinos y por los de tierra. Pericot y García se inclina, finalmente, por la transferencia hacia el Nuevo Mundo mediante la acción del hombre, como agente transmisor²¹⁰.

Heyerdahl, tan dado a aceptar la participación del mar en los procesos migratorios y de difusión cultural, tampoco admite que la calabaza vinatera (*Lagenaria vulgaris*) pudiera haberse propagado "por sí misma en estado silvestre a través del mar"²¹¹. Canals Frau también está en el grupo y dice, coincidiendo en sus observaciones contra Vavilov con los conceptos de Hirning: "Respecto de la lagenaria, algunos autores... han sugerido que su dispersión podía deberse a la acción de las corrientes marinas. Mas, es esto un profundo error. La lagenaria es planta cultígena, y *depende de los cuidados del hombre para su preservación*"²¹².

La investigación más reciente, sin embargo, parece dar la razón, por lo menos en alguna medida, a Vavilov: como en el caso del fruto de la palma cocotera a que alude el ya citado Went,

la calabaza flota, es un excelente flotador natural, tanto que pequeñas calabazas o pequeños mates se usan desde tiempo inmemorial, aquí, en el Perú, y en Oceanía, como flotadores de redes pesqueras. En las estaciones precerámicas de la costa peruana —y de ello dan testimonio Bird, Engel y Lanning, entre otros— se encuentran siempre fragmentos de redes adheridos por cordeles a calabacitos o matecitos que fueron flotadores. Además, la corteza resiste a la acción de las aguas y del tiempo. El deterioro es mínimo. En cuanto al agente natural de transporte, él fue el propio mar, activado por los poderosos caudales en movimiento que forman a través del océano, de un continente a otro, las corrientes. Ya se ha visto en otra parte de este capítulo, que existen corrientes de Asia a América, rápidas, regulares y persistentes, capaces no sólo de hacer llegar a las costas occidentales del Nuevo Mundo una calabaza sino hasta una gran embarcación, como suponen con fuertes fundamentos algunos teóricos del difusionismo y no pocos partidarios de las migraciones transpacificas. Una corriente, como se recordará, viniendo de Asia como rama del Kuroshio japonés, se estrella en la costa de Vancouver y baña el litoral de California; otra llega de Australia por el paralelo 40 grados sur, aproximadamente, y embiste el continente en Chile para torcer en seguida hacia el norte, con el nombre de Corriente Peruana; finalmente, hay una tercera, que viene también del Oeste, y avanza por entre la Ecuatorial Norte y la Ecuatorial Sur. Es, en realidad, una corriente de compensación, a la que no ayudan los vientos, pero poderosa y rápida, que llega a la costa occidental americana por Colombia, bifurcándose, con una rama hacia México (Acapulco) y otra hacia el Ecuador y el Perú. Se llama, por su propia condición, *Contracorriente ecuatorial*, y ha podido ser, según la teoría de Vavilov, la causante de la propagación natural de la calabaza.

Vavilov y sus seguidores ponen énfasis al decir que la propagación de la calabaza debió ocurrir en época muy lejana, seguramente antes de la era del hombre en el Nuevo Mundo. Otros especialistas, también creyentes de la propagación natural, sugieren, en cambio, la posibilidad de que el fruto llegó a las costas americanas cuando ya éstas estaban pobladas, por grupos, además, conocedores del cultivo. Recalcan que fue ésta una circunstancia favorable para la propagación de la planta porque el hombre, entonces, intervino como *segundo agente*, recogiendo la semilla y llevándola al interior de la tierra, donde las condiciones del suelo permitieron que la extraordinaria aventura marina, sobre muchos miles de millas, culminara con el mayor de los éxitos. Observan, no sin razón, que la semilla no habría prendido en la playa y que la acción del mar, en todo caso, habría sido destructora.

Sin pertenecer al grupo de Vavilov, así opina por momentos Nordenskiöld poniéndose en el caso señalado. Dice: "Una calabaza *aparecida en las costas del Perú* habría sido recogida seguramente por los indios de este país, considerando su interés por todo lo nuevo, animal y vegetal". (Hay que observar, sin embargo, que cuando Nordenskiöld escribió estas líneas no se tenía idea, ni remota, de la enorme antigüedad de los primeros establecimientos humanos de la costa peruana, en muchos de los cuales se encuentra la calabaza). ¿Un pueblo mariscador y recolector se habría interesado por el extraño fruto arrojado por las olas en la playa? De haberse interesado por el fruto mismo, ¿habría llevado la semilla a la tierra para que diera planta? ¿Cómo, si no era agricultor? En el cuadro descrito, Nordenskiöld presentó indios agricultores, para quienes no habría sido ningún problema el aprovechamiento de las semillas contenidas en el fruto; pero, esos indios agricultores corresponden a una época relativamente tardía, y la presencia de calabazas en la era de los prehorticultores quedaría sin explicación.

Frente a la teoría del *origen extracontinental* de la calabaza, se alza la otra del *origen americano*. Quienes piensan que la calabaza es oriunda del Nuevo Mundo, se enfrentan por igual, en consecuencia, a los seguidores de Rivet (transporte por el hombre) y de Vavilov (transporte natural). El género —dicen— no es originario ni de Asia ni de Oceanía; es nativo de América. Se basan, principalmente, en la gran extensión del habitat y en el número considerable de especies y variedades. En el caso sólo del Perú, la lagenaria se da, en efecto, en la Montaña, en los valles cálidos de la Sierra y en la Costa. En cada región ha recibido un nombre; de allí que su nomenclatura vernacular sea frondosa, como lo ha destacado O. F. Cook (*abinca, ancara, cohuacho, lacayote, mate, poro, sapallu, etc.*).

Tello no estudió particularmente el problema pero dejó sobre él algunas anotaciones interesantes. Estuvo a favor del *origen americano* de la planta y le fijó como foco de dispersión la tierra húmeda del otro lado de los Andes. Sostuvo que con poco esfuerzo el hombre de la Montaña y de la Ceja de Selva cultivó cucúrbitas y otras plantas y que luego aclimató estas mismas cucúrbitas al medio costero, en las quebradas y los valles, extendiendo su cultivo hasta hacerlo común a todos los terrenos fértiles²¹³. Paralelamente a la aclimatación, el hombre desarrolló una victoriosa técnica de irrigación, con canales, acequias y uso de fertilizantes. Tello, por lo tanto, opinó que *la planta pasó por acción del hombre de la Montaña a la Costa*. Mientras en la Montaña —dijo— "su producción es casi natural" (porque "las condiciones del clima ponen los frutos... al alcance del hombre sin mucho esfuerzo"), en la Costa esta planta exigió, contrariamente, "complejo y esmerado cultivo".

Pero, el estudio del área de propagación de la familia de las cucurbitáceas en América, arroja conclusiones favorables a la teoría del origen extraamericano. En efecto: la distribución se extiende por el Norte sólo hasta México, como ya se dijo, pero *no comprende las islas de Las Antillas*. Por el Sur, la calabaza, que es representativa de la familia, llega al NO. argentino, que fue área marginal de los Incas. Tanto Kroeber como Nordenskiöld destacan el hecho de que la calabaza no se da en Las Antillas. En cuanto al empleo del *recipiente de mate* para cal en la masticación de las hojas de coca, la distribución es aún mucho más restringida, porque sólo abarca Colombia, Perú y parte de la cuenca amazónica. En el otro lado del Pacífico, únicamente en la Melanesia se usa la calabaza para igual fin.

A. V. Kidder, en una comunicación a Nordenskiöld, expresaba su idea de que "la calabaza no fue probablemente cultivada en el Norte en los tiempos antiguos...", respaldando, así, la tesis de que el límite fue México, excepción de la *Cucurbita pepo* que aparece asociada a las más antiguas construcciones de los Estados Unidos, como son los restos de los *fabricantes de canastas*.

En suma: el núcleo del área de las cucúrbitas es el Perú. Esta área de cultivo intensivo con sus distritos periféricos, llega por el Sur hasta Chaco y, por el Norte, hasta Colombia y Panamá. Hacia el Este penetra a lo largo de los ríos amazónicos. Más allá de Panamá, puede decirse que México es zona marginal, en la que se extingue la planta. *La mayor densidad está hacia el Pacífico*, y esto es muy importante porque indica claramente que la planta, si fue extracontinental, vino del Oeste, *a través del mar*. Queda en debate el punto relativo a si vino por mediación del hombre o gracias únicamente a las corrientes oceánicas. En el primer caso, *el mar presenció su arribo*; en el segundo, *fue agente de transporte*. En ambos casos, la aventura marítima fue extraordinaria.

EL CAMOTE

El camote, papa dulce o batata (*Ipomoea batatas*), "es —al decir de Juan Comas— uno de los elementos culturales que ha motivado más controversia al tratar de fijar su origen". Para unos es de origen polinesio; para otros, de origen americano; y no faltan quienes se inclinan por señalarle un origen común a ambas regiones.

En lo que sí están de acuerdo todos los especialistas —descartada la posibilidad del origen común— es en considerar que la propagación del camote, en una dirección o en otra, hacia el Oeste o hacia el Este, *se produjo necesariamente con la intervención del hombre*. Su propagación natural, por las corrientes marinas debe ser totalmente descartada.

Pericot y García dice, coincidiendo con este punto de vista, que no se puede pensar, de ninguna manera, en una difusión casual porque la siembra del camote es de carácter delicado. De otro lado, el tubérculo se echa a perder al contacto por un tiempo con el agua salada del mar. Por consiguiente, hay que descartar de plano la idea, alguna vez sugerida, del tubérculo flotando —como se ha pensado con la calabaza y el fruto de la palma cocotera— a la deriva y llevado por las olas de un continente a otro. *Imposible*, recalca el citado tratadista.

Juiciosamente dice Horkheimer: “La batata o camote pertenece a las tres plantas comestibles que en tiempos precolombinos eran cultivadas tanto en la Oceanía como en la América. La trasplatación de dos de ellas, la calabaza y la palma cocotera, pudo realizarse por flotación. Pero, tal explicación es inadmisibile en cuanto a la batata, cuyo viaje a través del Pacífico era posible sólo por la intervención del hombre”²¹⁴.

Paul Rivet es uno de los pocos expertos en el estudio de los procesos de propagación florística que sostienen el origen oceánico del tubérculo. En su tantas veces citada obra *Los orígenes del hombre americano*, expresa: “En cuanto al camote, la cuestión es más oscura [que la del cocotero y la calabaza]: botánicos eminentes se han pronunciado tanto en favor de su origen americano como en favor de su origen oceánico. Nos parece que los hechos lingüísticos apoyan más esta última opinión...”²¹⁵. Los hechos inducen “a pensar en un trasplante procedente de Oceanía”, pero con la intervención directa e intencional del hombre. Agrega el sabio: “Apenas es necesario hacer observar, cuánto más satisfactoria es la hipótesis de la intervención humana para explicar todos estos hechos que la del transporte de las semillas por las corrientes marinas, explicación que en ningún caso podría aplicarse al camote”.

Sin adoptar una posición claramente definida se expresan con dudas Pericot y Martínez del Río, no obstante la documentada información de ambos. Este parte del origen autóctono de la agricultura americana para comentar el caso del camote con los siguientes términos: “Es muy posible... que algunas plantas, tales como la batata y también el coco y la calabaza, se hayan difundido desde América hacia afuera, o viceversa, interviniendo en ello los pueblos de Polinesia, en fecha posterior al descubrimiento de la agricultura en América”²¹⁶. Pericot no dice si el préstamo fue de América a Polinesia, o al revés; se limita a indicar que la difusión del camote no fue tardía, como algunos quieren. Se basa para ello en la gran antigüedad, comprobada, de la planta tanto en América (el Perú) como en la propia Polinesia. Desde luego, tácitamente considera la intervención del hombre, y descarta, consecuentemente, la posibilidad de un transporte natural por las corrientes marinas²¹⁷.

La teoría del *origen americano* goza del favor de casi todos los especialistas, quienes recalcan que viajeros polinesios, llegados a las costas americanas, en la travesía de retorno llevaron la planta a sus islas. El ya citado Horkheimer, en sus ligeros e inconclusos apuntes de *Historia Maritima* (1965), propone que los polinesios, en sus incursiones a la región surandina, llegaron a conocer la valiosa y apetecible papa dulce, la que después, en sus propias embarcaciones, *de regreso*, propagaron en sus islas. Así habría llegado el camote hasta la distante Nueva Zelandia.

En Nueva Zelandia hay una leyenda maorí que dice que el camote fue llevado en la antigüedad. "Como la planta es nativa del Nuevo Mundo —dice Hirning²¹⁸—, esta leyenda sugiere un viaje de Este a Oeste... antes del año 1000 de nuestra era". Heyerdahl también hace referencia a esta leyenda, la cual especifica que la planta fue llevada por los hombres de Kon Tiki, propagándose su cultivo, con gran aceptación de los nativos, por todas las islas de la Polinesia pero sin avanzar más allá. Por ejemplo, la planta no llegó a la Melanesia.

"La leyenda de Nueva Zelandia —añade el discutido escritor noruego— cuenta que la batata fue llevada allí por mar, en embarcaciones que no eran canoas, sino maderos amarrados unos a otros con cuerdas"²¹⁹. La descripción de la balsa americana parece ser suficientemente clara. Agrega: "En las islas del Mar del Sur, esta planta [el camotel sólo crece si es objeto de gran des cuidados y no puede resistir el agua del mar; es, pues, ocioso tratar de explicar su amplia distribución en esas islas desparramadas, diciendo que estas batatas dulces pueden haber sido arrastradas por las corrientes marítimas a través de cuatro mil millas desde el Perú. Este intento de desvirtuar un dato tan importante es particularmente fútil desde el momento que los filólogos han señalado que en todas las islas de la Polinesia, desparramadas en un área tan extensa, el nombre del camote es *kumara*, y *kumara* es justamente el nombre con que los antiguos indios del Perú conocían la batata. El nombre siguió, pues, a la planta a través del mar".

El nombre aborigen del camote, tanto acá, en América, como allá, en las islas de la Polinesia, constituye uno de los puntos, en verdad, más intrigantes del problema general. Hirning niega, en oposición a Rivet, la existencia de auténticas correlaciones lingüísticas entre Sudamérica y Oceanía, pero admite en el área restringida de la nomenclatura de las plantas semejanzas asombrosas y muy significativas. La del nombre del camote es extraordinaria y mueve a consideración muy serias:

kumara, en quechua,
kumar, en polinesio,
cumura, en maorí,
umara, en tahitiano²²⁰.

Rivet agrega las siguientes designaciones dialectales, también nítidamente emparentadas con el sustantivo quechua:

kumala, en las islas Tonga,
kumáá, en las islas Marquesas,
umala, en Samoa,
uala, *uwala*, en Hawaii²²¹.

El mismo Rivet considera que la *identidad* de la palabra quechua para designar al camote con la palabra polinesia "es tan evidente que ha habido que preguntarse si no se debía a una transmisión posterior al descubrimiento..."

Para Horkheimer, tres son las expresiones básicas: *kumar*, *kumal* y *kumara* procedentes del quechua ecuatoriano, del quechua del Chinchaisuyo, del Cusco, y del idioma polinesio.

Desde luego, como dice George Carter, "el hecho de que una misma planta haya sido domesticada en dos lugares y tenga el mismo nombre *sugiere la existencia de algún contacto*".

Mas, para Lowie el asunto no queda allí ni es plenamente satisfactoria la teoría de los visitantes polinesios, llegados al Perú, llevándose el camote a sus islas en el viaje de retorno. Algunos puntos del problema quedan en el misterio. "El camote es una especie *originaria de América del Sur*, de modo que en esas condiciones el uso de este tubérculo en las épocas precolombinas por los maoríes, hawaianos y habitantes de la isla de Pascua, sólo podría explicarse por *viajes de los polinesios al Nuevo Mundo*, de donde los navegantes deben haberlo *importado a Oceanía*". Pero, "si los polinesios pudieron tomar prestada una cosa de los indios americanos, bien pudieron hacerlo con muchas más, y además, ese contacto habría hecho posible que los indios adquirieran de sus visitantes nuevas ideas"²²². ¿Qué pasó, en realidad? ¿Por qué el aprovechamiento, el préstamo de elementos de cultura y la transmisión de ideas de un grupo a otro no fueron más amplios? ¿Acaso tenía el camote algo muy especial que tentó a los visitantes en medida tal que ya no pensaron en aprovechar nada más de la extraordinaria experiencia?

Para combatir a Rivet, Valcárcel²²³ se apoya en Lowie²²⁴, quien encuentra asaz dudoso que los polinesios sean los autores de la domesticación de la papa dulce (camote, *apichu* o *kumara*), por la sencilla razón de que, según los estudios (citados por Lowie) de De Candolle, Merryll, Laufer y Cook (autoridades, todas, en la materia), el sentido de la propagación no fue hacia el Este (hacia América) sino, por el contrario, hacia el Oeste, es decir, de América (del Perú, principalmente) hacia las islas de Polinesia. Concluye Valcárcel: "... la *kumara maorí* o neozelandesa no vino a América sino que fue de América y, por lo tanto, se trata de un *producto americano* (y peruano por excelencia) que irradió hacia las islas oceánicas".

En los últimos tiempos, la tesis del *camote originario de América* e irradiado a Polinesia (con penetración hasta las Fidji y Nueva Caledonia) ha ganado seguridad con los descubrimientos de Frederic Engel en las tierras altas de la quebrada de Chilca, al sur de Lima, consistentes en *camotes de diez mil años*, presumiblemente *cultivados*. Con este descubrimiento, de resonancia mundial, "ha quedado definitivamente superada la tesis que asignaba al camote procedencia polinesia", según declaró a los periódicos de Lima el propio descubridor (mayo de 1968).

En el estado actual de nuestros conocimientos, se puede llegar entonces a las siguientes conclusiones: *primera*, que el camote es originario de América; *segunda*, que su cultivo en el Perú se remonta a varios milenios antes de la era de Cristo (unos ocho, según los fechados de Engel); *tercera*, que irradió hacia el Oeste, llevado su cultivo por navegantes polinesios en travesías de retorno a sus islas tras haber tocado en las costas del Perú; *cuarta* (con absoluta certeza), que la propagación no fue por simple acción de la naturaleza (por las corrientes del mar) sino gracias a la intervención directa del hombre (a diferencia, seguramente, del coco y la calabaza).

Pero, aun contra estas conclusiones que cuentan con sólido respaldo, hay opiniones en franca discordia. Una, la de Herbert J. Spinden: "... la raíz comestible —dice— ... fue transmitida a Nueva Zelandia durante la época presente de navegación mundial pues tiene un nombre sudamericano..."²²⁵. Otra, coincidente con la anterior, de Friederici, para quien el camote sólo se hizo común en el Pacífico en la época post-colombina, antes no.

EL COCO, EL ALGODON Y EL MAIZ

Aunque ha sido destacado el hecho, por varios autores —entre ellos, Rivet—, de que el fruto de la palma cocotera —el coco, de forma esférica, corteza dura, resistente a los embates adversos del exterior (*Cocos nucifera*)— flota fácilmente en el agua y puede ser llevado por las corrientes (como el fruto de la lagnaria o mate) de un lado a otro, sobre grandes distancias, no pocos especialistas están porque la propagación de la palma se produjo *mediando la intervención del hombre*. "El cocotero —dice Vallaux— fue, en la mayoría de los casos, *propagado por el hombre desde Insulindia hasta las Tuamotú*; casi en todas partes lo vemos asociado a una colonia humana o indica que allí existió..."²²⁶. Pero, el mismo autor, en otra parte de su estudio sobre el Pacífico, observa que, según se ha probado, el cocotero también "se puede propagar *por sí solo gracias* a las corrientes marinas". Entonces, en la historia de la propagación del fruto de la palma cocotera y en la historia de la propagación del hom-

bre, probablemente se dieron estos dos casos: unas veces el cocotero fue difundido por el hombre, llevado por él en sus embarcaciones hacia sus distantes destinos, y otras veces, a la inversa, "fueron los hombres quienes, en su difusión, siguieron las rutas naturales de la flora"²²⁷.

Heyerdahl se parcializa en favor de la propagación dirigida por el hombre, y en respaldo de ello alega los resultados de su propia experiencia. Afirma, enfáticamente, "que el coco, a pesar de su recia corteza, *no puede viajar a través del océano sin la ayuda del hombre*". Cuenta que vio cómo de los doscientos cocos embarcados en su balsa, la *Kon Tiki*, de la famosa expedición a las Tuamotú desde el Callao, muchos se echaron totalmente a perder al solo contacto con el agua: "... los bañados por las olas (eventualmente)... todos, hasta el último, fueron estropeados por el agua del mar"²²⁸. El agua del mar —explica en otra parte— penetra al interior del fruto por los llamados ojos y pronto la pulpa se malogra completamente. Agrega: "Por otra parte, la fauna que en el océano tiene a su cargo el servicio de limpieza, pone buen cuidado en que nada comestible pueda viajar de un lado a otro del globo".

Estas observaciones del jefe de la Expedición *Kon Tiki* son interesantes porque desbaratan con razones de peso la teoría de la propagación del coco sólo por la acción de las corrientes marinas.

Pero, sea que el coco se difundió por sí mismo, sea que necesitó de la ayuda del hombre para alcanzar la orilla opuesta de la gran cuenca oceánica, el problema principal es otro: ¿a partir de qué foco se propagó? ¿El coco es americano, indomalayo u oceánico? Si fue esto último, ¿irradió de Polinesia o de Melanesia? "Aún no se sabe", dice Pericot, pero el mismo autor agrega este dato de sumo interés que puede servir, según las leyes botánicas, para la determinación de la tierra originaria: *en América se conocen alrededor de trescientas especies de cocotero, muchas más que en otras partes*²²⁹. Pericot propone un intercambio transpacífico, sosteniendo, por consiguiente, la existencia de algunas especies oriundas del Nuevo Mundo, y otras propias de Oceanía.

Sin embargo, hay que tener muy en cuenta que la palma cocotera tenía, al momento del Descubrimiento, una área de propagación en Oceanía inmensamente más grande que la correspondiente a América y que allá, en Oceanía, era florística y hasta geológicamente hablando, mucho más antigua que en el Nuevo Mundo. En efecto, según lo ha hecho ver Friederici, la propagación del cocotero en América en la época del Descubrimiento *comprendía sólo la costa occidental*, y Nordenskiöld ha demostrado que la tierra americana del cocotero era *únicamente la costa del Pacífico del istmo de Panamá*. Contra la creencia general,

el cocotero no llegaba a las islas del Caribe, como tan profusamente llega hoy. Además, el mismo Friederici afirma, con el respaldo de sus profundas investigaciones, que la llegada del coco a América, procedente de Oceanía, fue reciente (¿coincidiendo con la era de las migraciones polinesias?) y que, en cambio, allá, en el mundo de las islas, el coco era antiquísimo, probadamente prepliocénico en Nueva Zelanda, de lo que hay testimonio fósil.

No obstante todo ello, pronto los europeos llegados en el siglo XVI al Nuevo Mundo captaron la fama que entre los nativos tenía el fruto de la cimbreante palma cocotera, y Herrera, entre otros españoles admirados, escribió: "Hay palmas o cocos, que dan fruto de que suelen hacer vasos para beber; su interior... es bueno para beber... es leche, y bébenlo por regalo, y para refrescar en tiempos de calores..."²³⁰

Tocante al algodón, los especialistas señalan la existencia, básicamente, de tres especies en el mundo: una, la correspondiente al algodón nativo del Viejo Mundo, propia de Arabia y del valle del Indo, que se caracteriza por tener trece cromosomas grandes; otra, la del algodón nativo del Nuevo Mundo, que tiene trece cromosomas pequeños; y, finalmente, la tercera, la del algodón cultivado del Nuevo Mundo, que tiene veintiséis cromosomas: trece grandes y trece pequeños, y que debe ser considerada como la resultante "del cruzamiento de las dos especies silvestres anteriores".

El algodón originario de la India, es el *Gossypium arboreum*; los algodones americanos cultivados son *Gossypium barbadensis* y *Gossypium hirsutum*. Un algodón americano se llama, también, *Gossypium Raimondii*. Hay una especie híbrida hawaiana, igual a la americana (igual a la peruana), que tiene también veintiséis cromosomas (trece grandes y trece pequeños); es la *Gossypium tomentosum*. Esta, ¿tiene alguna relación con la especie cultivada peruana, deriva de ella? Y si deriva de ella, ¿cómo se produjo y en qué época, la difusión?

El algodón hindú, cultivado, es antiguo. "Sabemos de cierto —dice Gordon Childe— que el algodón se cultivaba en el valle del Indo poco después del año 3000 antes de Cristo"²³¹. Pero, la antigüedad del algodón peruano no se queda atrás. Hutchinson ha establecido que el algodón usado por los tejedores precerámicos de Huaca Prieta, en el Valle Chicama, es *Gossypium barbadensis* y data de veinticuatro siglos antes de la era cristiana.

Ahora bien: teniendo en cuenta que el algodón cultivado americano (propiamente peruano, de 4,500 años) es muy antiguo y que el cruzamiento de la especie silvestre del Viejo Mundo con la especie silvestre del Nuevo Mundo no pudo realizarse en la Polinesia (ya que la expansión del algodón de la India llegó incluso tarde a la China), hay que convenir que el algodón culti-

vado americano o peruano pasó a Polinesia, por acción, sin duda, de los comerciantes polinesios en sus piraguas.

Hirning precisa: el algodón de Polinesia, "al menos, hasta Fidji", es de *origen americano*; deriva del *algodón americano domesticado*²³².

Hay que descartar completamente la idea de que el algodón híbrido polinesio sea resultado de un proceso de propagación y combinación natural. Los botánicos recalcan, para borrar toda duda, que el algodón de veintiséis cromosomas que existe tanto en el Perú (con antigüedad de más de cuatro mil años) como en Polinesia, sólo puede ser producto de *hibridación por intervención humana*.

Propagación mediante corrientes marinas, al estilo que se ha insinuado para el coco y la calabaza, e hibridación espontánea, son totalmente imposibles.

En refuerzo de la teoría expuesta sobre el origen peruano del algodón polinesio, hay que citar una opinión importante: "El algodón de las Galápagos —dice C. O. Sauer— es el peruano". Como Sauer, igual origen le señala al algodón de las islas C. Evans.

En suma: los resultados de la investigación botánica de los últimos tiempos, obligan a pensar en un cuadro de navegaciones a través de la ancha faja marítima del Perú, a cargo, sin duda, de polinesios, portando *hacia el Oeste* el secreto de la planta híbrida.

En cuanto al *maíz*, las dudas que existieron en determinado momento, están a la fecha completamente despejadas. El maíz es oriundo de América y su penetración a China fue histórica, por el año 1540, como lo demostró Berthold Laufer en el Décimoquinto Congreso Internacional de Americanistas de 1906, reunido en Quebec, Canadá²³³. Este maíz americano llevado a China por los españoles y portugueses, se propagó poco después, entre los años 1560 y 1570, hacia el interior del país, prosperando principalmente en la rica provincia de Fuhkien. Pero, no hace mucho, C. R. Stonor y Edgar Anderson²³⁴ sostuvieron, contra lo opinado por la mayoría, que el maíz fue originalmente traído a América desde el SE. de Asia, en una época muy remota. Refirieron que en el pueblo Naga, de Assam, se habían descubierto testimonios de un maíz primitivo emparentado con los tipos de maíz más antiguos de América.

De la gran polémica en torno a la historia del maíz, "una convicción básica ha sobrevivido a todos los intentos para destruirla: que este cereal... tuvo su origen en las Américas y no fue conocido en el Viejo Mundo en los tiempos precolombinos"²³⁵.

El debate, como se dirá en el siguiente capítulo sobre las relaciones culturales entre el Perú y Centroamérica, ha continuado pero restringido al campo específico del origen y propaga-

ción del maíz dentro del *área americana*. Ahora se sabe al respecto, según los estudios fundamentales de P. C. Mangelsdorf, que el maíz cultivado actual, plenamente evolucionado (*Zea mayz*), *hecho por el hombre* e incapaz de reproducirse por medios naturales, *deriva de un antepasado silvestre que fue maíz*, y no deriva, como se había propuesto con insistencia, ni del *teosinte* o *teocentli* (planta silvestre, llamada "maíz de los dioses" —*Euchlaena viridis*—, oriunda de la altiplanicie mexicana) ni tampoco del tan discutido *tripsacum*, planta propia de México y Centroamérica. Se sabe, igualmente, que el verdadero antepasado del maíz fue *un maíz silvestre, de tipo de vaina* (propónese la especie *Zea mayz tunicata*), de grano duro, espigado, de origen sudamericano (del Alto Amazonas o de la cuenca del Paraná-Paraguay, dúdase), en el que cada semilla estaba cubierta por sus propias glumas. Este maíz envainado o de espigas era del tamaño de un dedo meñique, y subsistió hasta quince siglos antes de la era cristiana, como lo prueban los hallazgos en la Cueva del Murciélago, de Nuevo México, efectuados en 1949.

Respecto a las especies silvestres antes mencionadas, la opinión de los genetistas es que el *teosinte* "es el resultado de un cruce natural entre un maíz ya cultivado y el *tripsacum*". De allí que casi todas las variedades modernas del maíz tienen un elemento típico de *teosinte*. Así explica Covarrubias el proceso: al llegar el maíz sudamericano, envainado, a Centroamérica, se unió al *tripsacum*, y ambos dieron un híbrido, llamado *teocentli* o *teosinte*, el cual "mediante repetidos cruzamientos dio vida a las innumerables variedades del maíz típico de México y de la América del Norte y del Centro, pero desconocidas en América del Sur"²³⁶. De donde resulta que *el teosinte es un producto tardío*, con lo cual queda invertida la vieja suposición de un *teosinte primigenio*, antecesor del maíz. Esto lo confirma la arqueología, porque el polen del maíz se encuentra en excavaciones profundas mientras que el polen del *teosinte* es siempre superficial.

Excavaciones profundas en México han puesto de manifiesto que el *maíz silvestre de grano de vaina*, crecía hace sesenta mil años, o sea, durante el *último interglacial*.

En la Cueva del Murciélago hay vestigios de maíz cultivado o "preliminarmente domesticado", de 5,600 años, y las muestras de Tamaulipas (Cueva de la Perra) tienen una antigüedad, por radiocarbono, de 4,600 años²³⁷; pero MacNeish, con sus fundamentales trabajos estratigráficos en Tehuacán, tiene *maíz cultivado de 7,000 años*, correspondiente a una fase pre-agrícola (de cultivo sin riego).

En conclusión: los hechos enunciados por los genetistas y los fechados obtenidos por el radiocarbono, más las comprobaciones históricas iniciadas por Berthold Laufer en 1906, indican con

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

la máxima claridad que el maíz es oriundo de América y que, a diferencia de la calabaza, del coco, del camote y hasta del algodón, nada tiene que ver con el Viejo Mundo y menos, naturalmente, con una propagación favorecida por las corrientes marinas.

NOTAS AL CAPITULO

1. COMAS, Juan... *Introducción a la prehistoria general*. México, 1962; p. 232.
2. HIRNING, Robert... *Contacto transoceánico precolombino con Sudamérica*. "América Indígena". México, 1965. Vol. XXV, N° 4, p. 412.
3. LOWIE, Robert H. ... *Historia de la Etnología*. México, 1946; p. 95 y sgte.
4. TYLOR, Edward B. ... *Researches into the Early History of Man and the Development of Civilization*; p. 203. (Citado por LOWIE, *Historia de la Etnología*; p. 96).
5. LOWIE, *Historia de la Etnología*; p. 114.
6. LOWIE, *Historia de la Etnología*; p. 153.
7. LOWIE, *Historia de la Etnología*; p. 184.
8. LOWIE, *Historia de la Etnología*; p. 198.
9. LOWIE, *Historia de la Etnología*; p. 220.
10. LOWIE, *Historia de la Etnología*; p. 230.
11. BOAS, Franz... *América y el Viejo Mundo*. "Actas del Vigésimoprimer Congreso Internacional de Americanistas". Gotemburgo, 1924; p. 21.
12. COVARRUBIAS, Miguel... *El águila, el jaguar y la serpiente*. México, 1961.
13. COVARRUBIAS, *El águila, el jaguar*... Cap. I, p. 11.
14. PERICOT Y GARCIA, Luis... *América indígena*. Barcelona, 1962; p. 480.
15. ALLEN, Francis A. ... *Antigüedades polinesias: un enlace entre las civilizaciones antiguas de Asia y América*. "Actas del Quinto Congreso Internacional de Americanistas". Copenhagen, 1883; p. 270.
16. SCHMIDT, Guillermo... *Círculos de cultura y capas de cultura en Sudamérica*. (Citado por LUIS E. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Lima, 1943. Tomo I, vol. I, p. 60).
17. NORDENSKIOLD, Erland... *Origen de las civilizaciones indígenas de Sudamérica* (Gotemburgo, 1931). "Revista del Museo Histórico Nacional de Chile". Santiago, 1939. Año I, N° 1, p. 17.
18. KROEBER, Alfredo L. ... *Antropología general*. México, 1945; p. 220.
19. PERICOT, Y GARCIA, *América indígena*; pp. 481 y 550.
20. COVARRUBIAS, *El águila, el jaguar*... Cap. I, p. 31.
21. MENGHIN, Oswaldo... *Origen y desarrollo racial de la especie humana*. Buenos Aires, 1958; p. 74.
22. COVARRUBIAS, *El águila, el jaguar*... Cap. I, p. 34.
23. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 483.
24. TROLL, Carlos... *Las culturas superiores andinas y el medio geográfico*. "Revista del Instituto de Geografía" (Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos). Lima, 1958. N° 5, p. 8.
25. HORKHEIMER, Hans... *El Perú prehispánico*. Lima, 1950; p. 97.
26. BAUDIN, Louis... *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos Incas*. Buenos Aires, 1958; p. 17.
27. BAUDIN, *La vida cotidiana*...; p. 34.
28. BAUDIN, *La vida cotidiana*...; p. 35.
29. MASON, J. Alden... *Las antiguas culturas del Perú*. México, 1962; p. 32.
30. MASON, *Las antiguas culturas del Perú*; p. 35.
31. HORKHEIMER, *El Perú prehispánico*; p. 95.
32. UHLE, Max... *Los principios de las antiguas civilizaciones peruanas*. Quito, 1920; p. 3.
33. CANALES, Pedro... *Los comentarios indígenas en la costa del Pacífico*. "Actas del Decimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas". Buenos Aires, 1910; p. 280 y sgte.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

34. CANALS FRAU, Salvador... *Las civilizaciones prehispánicas de América*. Buenos Aires, 1955; p. 61.
35. UHLE Max... *La marcha de las civilizaciones*. "Actas del Vigesimosétimo Congreso Internacional de Americanistas". Lima, 1939; p. 369.
36. UHLE, *La marcha de las civilizaciones*; p. 373.
37. UHLE, *La marcha de las civilizaciones*; p. 377.
38. UHLE, *La marcha de las civilizaciones*; p. 358.
39. UHLE, *La marcha de las civilizaciones*; p. 363.
40. UHLE, Max... *Las antiguas civilizaciones del Perú frente a la Arqueología e Historia del continente americano*. (Trabajo presentado al Vigesimosétimo Congreso Internacional de Americanistas, Lima, 1939). "Revista de la Universidad de Arequipa". Arequipa, 1951; p. 83.
41. MENGHIN, *Origen y desarrollo...*; p. 75.
42. MENGHIN, *Origen y desarrollo...*; p. 92.
43. ENGEL, Frederic... *Informe sobre Chilca*. Lima, 1964. (V., también, H. BUSE, *Introducción al Perú*. Lima, 1965; p. 264).
44. ENGEL, Frederic... *Geografía humana prehistórica y agricultura precolumbina de la quebrada de Chilca*. Lima, 1966; p. 42.
45. SCHROEDER, Gerhard... *Hallazgos de artefactos de piedra en el Perú y los problemas del poblamiento de América*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1957. Tomo XXVI, p. 293.
46. CANALS FRAU, *Las civilizaciones prehispánicas...*; p. 64.
47. CANALS FRAU, *Las civilizaciones prehispánicas...*; p. 66.
48. CANALS FRAU, Salvador... *Prehistoria de América*. Buenos Aires, 1950; p. 485.
49. CANALS FRAU, *Prehistoria de América*; p. 491. En la Parte Segunda, que trata de la llegada del hombre primitivo a América a través del mar, Canals Frau explica su teoría de las cuatro corrientes migratorias (*loc. cit.*, pp. 199-203).
50. CANALS FRAU, *Las civilizaciones prehispánicas...*; p. 71.
51. COVARRUBIAS, *El águila, el jaguar...*; p. 16.
52. COVARRUBIAS, *El águila, el jaguar...*; p. 69 y sgte.
53. PEREZ DE BARRADAS, José... *Viejas y nuevas teorías sobre el origen de la orfebrería prehispánica en Colombia*. Bogota, 1956; p. 47 y sgte.
54. ESTRADA, Emilio... *Arqueología de Manabí central*. Guayaquil, 1962; p. 92.
55. ESTRADA, *Arqueología de Manabí central*; p. 95.
56. IMBELLONI, José... *La Esfinge Indiana*. Buenos Aires, 1926; p. 327.
57. CANALS FRAU, *Prehistoria de América*; p. 484.
58. IMBELLONI, José... *Epítome de Culturología*. Buenos Aires, 1936; pp. 233-247.
59. IMBELLONI, *Epítome...*; p. 226.
60. MARTINEZ DEL RIO, Pablo... *Los orígenes americanos*, México, 1943; p. 300.
61. IMBELLONI, *Epítome...*; p. 292.
65. BURLAND, C. A. ... *The decorative arts of the Mariner*. Londres, 1966; p. 238.
63. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 489.
64. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 491.
65. BURLAND, C. A.... *The decorative arts of the Mariner*. Londres, 1966; p. 253.
66. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 560.
67. HEYERDAHL, Thor... *Aku Aku. El secreto de la isla de Pascua*. Barcelona, 1959; p. 360.
68. BUSE, Hermann... *Los peruanos en Oceanía*. Lima. 1967; pp. 208-212.
69. HEYERDAHL, *Aku Aku*; p. 105.
70. HEYERDAHL, *Aku Aku*; p. 93.
71. HEYERDAHL, *Aku Aku*; p. 112.
72. HEYERDAHL, *Aku Aku*; p. 354.
73. HAWKES, Jacquetta... *Historia de la Humanidad (Unesco)*. Buenos Aires, 1963. Vol. I, Primera Parte; p. 312.

NOTAS AL CAPITULO

74. DITTMER, Kunz... *Etnologia general*. México, 1960; p. 210.
75. DITTMER, *Etnologia general*; p. 213.
76. DITTMER, *Etnologia general*; p. 225.
77. DITTMER, *Etnologia general*; p. 226.
78. DITTMER, *Etnologia general*; p. 229.
79. DITTMER, *Etnologia general*; p. 233.
80. Hacia tal objeto apunta el Proyecto Arqueológico-botánico del Museo Peabody, de la Universidad de Harvard (Estados Unidos), que dirige desde 1969 Richard S. MacNeish. Este proyecto, que se desarrolla en las sierras de Ayacucho y de cuyos resultados se ha tratado sumariamente en los capítulos segundo y tercero, lleva aportados datos de capital importancia para el conocimiento de la agricultura precolombina, los que complementarán en los próximos años.
81. MUELLE, Jorge C. ... *Oro labrado*. Lima, 1965; p. 11.
82. RIVET, Paul... y ARSANDAUX, H. ... *La métallurgie en Amérique précolombienne*. Paris, 1946. p. 173.
83. LAVIOSA-ZAMBOTTI, Pia... *Los orígenes y la difusión de la civilización*; p. 418.
84. Versión condensada de PEREZ DE BARRADAS, *Viejas y nuevas teorías sobre el origen de la orfebrería...*; p. 43.
85. PEREZ DE BARRADAS, *Viejas y nuevas teorías sobre el origen de la orfebrería...*; p. 44.
86. POPOVICI, Zacarias... *Ensayo de Oceanografía física*. La Punta, Perú, 1966. Capítulos IX, X y XI; pp. 136-191. ERWIN SCHWEIGGER, *El litoral peruano*. Lima, 1964; pp. 33 y sgtes. (Un esquema general, en BUSE, *Los peruanos en Oceanía*. Parte Primera, cap. I, Informe sobre el Pacífico; pp. 25-44).
87. VALLAUX, Camille... *Geografía general de los mares*. Barcelona, 1953; p. 184.
88. FEDOROV, Konstantin... *El "Gulf Stream" del Pacífico*. "El Correo de la Unesco". Paris, diciembre 1965; p. 36.
89. AMEGHINO, Florentino... *La antigüedad del hombre en el Plata* (1880). Buenos Aires, 1918. Libro I, cap. II, p. 38.
90. CASTELLANOS, Abraham... *Procedencia de los pueblos americanos*. "Actas del Undécimo Congreso Internacional de Americanistas". México, 1895; p. 305.
91. KRICKEBERG, Walter... *Etnologia de América* (1939). México, 1946; p. 30.
92. DITTMER, *Etnologia general*; p. 175.
93. DITTMER, *Etnologia general*; p. 232.
94. CANALS FRAU, *Las civilizaciones prehispánicas...*; p. 59.
95. MEGGERS, Betty...; EVANS, Clifford... y ESTRADA, Emilio... *Early formative period of Coastal Ecuador: the Valdivia and Machalilla phase*. Washington (Smithsonian Institution), 1965; p. 157.
96. MEGGERS, EVANS y ESTRADA, *Early formative period...*; p. 158.
97. Comunicación personal, 1968.
98. MEGGERS, EVANS y ESTRADA, *Early formative period...*; p. 167.
99. MEGGERS, EVANS y ESTRADA, *Early formative period...*; p. 160.
100. ENGEL, Frederic... *Elementos de prehistoria peruana*. Lima, 1962; p. 38.
101. ENGEL, Frederic... *Paracas*. Lima, 1966; p. 133.
102. MEGGERS, EVANS y ESTRADA, *Early formative period...*; p. 167.
103. MEGGERS, EVANS y ESTRADA, *Early formative period...*; p. 168.
104. ENGEL, *Paracas*; p. 136.
105. NORDENSKIÖLD, *Origen de las civilizaciones...*; p. 20 y sgte.
106. KROEBER, *Antropología general*; p. 336.
107. COOK, O. F. ... *El Perú como centro de domesticación de plantas y animales*. Lima, 1925; p. 10.
108. COOK, *El Perú como centro de domesticación...*; p. 15.
109. ENGEL, *Paracas*; p. 73.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

110. VALCARCEL, Luis E. ... *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima, 1964; p. 125.
111. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo*; p. 70.
112. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, vol. I; p. 43.
113. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, vol. I; p. 120.
114. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Buenos Aires, 1964. Tomo III, p. 502.
115. RIVET, Paul... *Los orígenes del hombre americano*. México, 1943; p. 192.
116. HIRNIG, *Contacto transoceánico...*; p. 425.
117. EDWARDS, Clinton R. ... *Aboriginal watercraft in the Pacific Coast of South America*. Berkeley, California, 1965; p. 101.
118. PERICOT y GARCIA, *América indígena*; p. 501.
119. ULLOA, Antonio de... *Noticias americanas*. Madrid, 1772. Entretenimiento XXII, p. 402 y sgte.
120. ULLOA, *Noticias americanas*. Entretenimiento XXII; p. 404.
121. HEYERDAHL, *La expedición de la "Kon Tiki"*; p. 102.
122. AMEGHINO, *La antigüedad del hombre...* Libro I, cap. II, p. 36.
123. HEYERDAHL, *La expedición de la "Kon Tiki"*; p. 104.
124. CABELLO DE BALBOA, Miguel... *Miscelánea antártica* (1586). Buenos Aires, 1951. Segunda Parte, cap. XVI, p. 169 y sgte.
125. ACOSTA, Joseph de... *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590). México, 1962. Libro primero, cap. XVI, p. 46.
126. ACOSTA, *Historia Natural...* Libro primero, cap. XIX, p. 52.
127. ACOSTA, *Historia Natural...* Libro primero, cap. XX, p. 54.
128. "Actas del Primer Congreso Internacional de Americanistas". Nancy, 1875. Tomo I, p. 144.
129. VARGAS BUENAÑO, Bruno... *Probable procedencia del hombre americano*. "Revista Universitaria" (Universidad Mayor de San Marcos). Lima, 1910. Año V, vol. I, p. 363.
130. NORDENSKIOLD, *Origen de las civilizaciones...*; p. 42.
131. NORDENSKIOLD, *Origen de las civilizaciones...*; p. 17.
132. KROEBER, *Antropología general*; p. 241.
133. HIRNING, *Contacto transoceánico...*; p. 414.
134. HIBBEN, Frank C. ... *El origen de América*. Buenos Aires, 1966; p. 60.
135. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, vol. I; p. 66.
136. SAKAKI, Ryozaaburu... *Una nueva interpretación del país de Fu-Sang*. "Actas del Décimosexto Congreso Internacional de Americanistas". Viena, 1908. Tomo I, p. 49 y sgte.
137. KIMMICH, José... *Etnología peruana: el origen de Chimú*. "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima". Lima, 1917. Tomo XXXIII, p. 461.
138. AMEGHINO, *La antigüedad del hombre...* Libro I, cap. I; p. 33.
139. PERICOT y GARCIA, *América indígena*; p. 551.
140. RIVERO, Mariano Eduardo de... y TSCHUDI, Juan Diego de... *Antigüedades peruanas*. Viena, 1851; p. 16.
141. ADAM, Lucien... *Los chinos en América*. "Actas del Primer Congreso Internacional de Americanistas". Nancy, 1875. Tomo I.
142. GUIMET, Emile... *Los chinos en California*. "Actas del Segundo Congreso Internacional de Americanistas". Luxemburgo, 1877. Tomo I; pp. 55-60.
143. "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima". Lima, 1917. Tomo XXXIII; p. 461.
144. AMEGHINO, *La antigüedad del hombre...* Libro I, cap. I; p. 34.
145. RIVA AGÜERO, José de la... *El Perú histórico y artístico* (1921). "Obras completas". Lima, 1966. Tomo V; p. 73 y sgte.
146. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 184.
147. LOWIE, Robert H. ... *Antropología cultural*. México, 1947; p. 161.

NOTAS AL CAPITULO

148. Tomado de VALLAUX, *Geografía general de los mares*; p. 175.
149. BUSE, *Los peruanos en Oceanía*; p. 294 y sgte.
150. KRUG, Hans-Joachim... *Australia y Oceanía*. México, 1961; pp. 124 y sgtes.
151. KRUG, *Australia y Oceanía*; p. 126.
152. La etnología de Pascua y las migraciones polinesias están expuestas por Alfredo METRAUX en *La isla de Pascua* (México, 1950), un libro que comenzó a preparar en 1934, como integrante de la misión franco-belga de ese año. Métraux pasó varias temporadas en la isla y aunque sintió gran pasión por ella y laboró arduo recogiendo leyendas y toda clase de informes, acabó por sostener, para decepción de muchos, que en torno a los hombres de Rapa Nui se habían cometido gruesas exageraciones.
153. BURLAND, *The decorative arts of the Mariner*; p. 254.
154. BURLAND, *The decorative arts of the Mariner*; p. 254.
155. KRUG, *Australia y Oceanía*; p. 207.
156. ZARAGOZA, Justo... *Historia del descubrimiento de las regiones australes*. Madrid, 1876.
157. KRUG, *Australia y Oceanía*; p. 208.
158. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 157.
159. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 135 y sgte.
160. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 143.
161. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 151.
162. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 156 y sgte.
163. LOWIE, *Antropología cultural*; p. 320.
164. NORDENSKIOLD, *Origen de las civilizaciones...*; p. 20.
165. KRUG, *Australia y Oceanía*; p. 124.
166. MARTINEZ DEL RIO, *Los orígenes americanos*; pp. 304 y 307.
167. STEPHEN-CHAUVET, *La isla de Pascua y sus misterios*. Santiago; p. 163.
168. VALLAUX, *Geografía general de los mares*; p. 173.
169. HIRNING, *Contacto transoceánico...*; p. 418.
170. COVARRUBIAS, *El águila, el jaguar...*; pp. 34, 61 y 67.
171. CANALS FRAU, *Las civilizaciones prehispánicas...*; p. 66.
172. LEICHT, Hermann... *Arte y cultura preincaicos*. Madrid, 1963; p. 46.
173. LARCO HOYLE, Rafael... *Archaeología mundi. Perú*. Ginebra, 1966; p. 86.
174. LARCO HOYLE, *Archaeología Mundi. Perú*; p. 73.
175. PERICOT y GARCIA, *América indígena*; p. 492.
176. BURLAND, *The decorative arts of the Mariner*; p. 239.
177. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, vol. I; p. 39.
178. NORDENSKIOLD, *Origen de las civilizaciones...*; p. 38.
179. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, vol. I; p. 38.
180. Comunicación personal.
181. Comunicación personal.
182. VALLAUX, *Geografía general de los mares*; p. 176.
183. JACKSON, J. Wilfrid... *Shell as evidence of the migrations of Early Culture*.
184. VEGA, Carlos... *Flauta de Pan andina*. "Actas del Vigésimoquinto Congreso Internacional de Americanistas". La Plata, Argentina, 1932. Tomo I; p. 344.
185. Comunicación personal.
186. CANALS FRAU, *Las civilizaciones prehispánicas...*; p. 264.
187. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, vol. I; p. 124. y sgte.
188. "América Indígena". México, 1965. Tomo XXV, N° 4, p. 421.
189. BURLAND, *The decorative arts of the Mariner*; p. 239.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

190. HALE, Horacio... *¿Was America peopled from Polynesia?* "Actas del Sétimo Congreso Internacional de Americanistas". Berlín, 1888; pp. 375-385.
191. VEGA, *Flauta de Pan andina*; p. 346.
192. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 144 y sgte.
193. HORKHEIMER, *El Perú prehispánico*; p. 100.
194. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, vol. I; p. 42.
195. Esta teoría ha ganado últimamente decisivo apoyo con los descubrimientos, expuestos en otra parte, de Engel, relativos al camote cultivado en la quebrada de Chilca hace nueve mil años. Tal hallazgo probaría no sólo que el camote es originario de América y que de América se propagó a Oceanía, sino que el Perú es una de las cunas de la agricultura en el mundo.
196. WENT, Fritz W. ... *Las plantas de Krakatoa*. "La vida de las plantas". (Traducción de "Scientific American"). Madrid, 1959.
197. WENT, *Las plantas de Krakatoa*; p. 215 y sgte.
198. BALDACCI, Elio... *Vida privada de las plantas*. Buenos Aires, 1964. Cap. V, pp. 50 y sgtes.
199. BALDACCI, *Vida privada de las plantas*. Cap. V, p. 54.
200. VALLAUX, *Geografía general de los mares*; p. 172.
201. WEBERBAUER, Augusto... *La influencia de cambios climáticos y geológicos sobre la flora de la Costa peruana*. "Actas del Vigésimosétimo Congreso Internacional de Americanistas". Lima, 1939, Tomo I, p. 155.
202. WEBERBAUER, Augusto... *El mundo vegetal de los Andes peruanos* Lima, 1945; p. 623.
203. HORKHEIMER, Hans... *La alimentación en el Perú prehispánico y su interdependencia con la agricultura*. Lima, 1958; p. 36.
204. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 190.
205. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 191.
206. NORDENSKIOLD, *Origen de las civilizaciones...*; p. 24
207. ENGEL, *Geografía humana prehistórica...*; p. 29
208. HAWKES, *Historia de la Humanidad*; p. 337.
209. NORDENSKIOLD, *Origen de las civilizaciones...*; p. 23.
210. PERICOT y GARCIA, *América indígena*; p. 486.
211. HEYERDAHL, *La expedición de la "Kon Tiki"*; p. 105.
212. CANALS FRAU, *Las civilizaciones prehispánicas...*; p. 69.
213. TELLO, Julio C. ... *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima, 1942; pp. 8 y 14.
214. HORKHEIMER, *El Perú prehispánico*; p. 101.
215. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 192.
216. MARTINEZ DEL RIO, *Los orígenes americanos*; p. 271.
217. PERICOT y GARCIA, *América indígena*; p. 486.
218. HIRNING, *Contacto transoceánico...*; p. 423.
219. HEYERDAHL, *La expedición de la "Kon Tiki"*; p. 105.
220. HIRNING, *Contacto transoceánico...*; p. 417.
221. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 174.
222. LOWIE, *Antropología cultural*; p. 342.
223. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, vol. I, p. 119.
224. LÖWIE, Robert H. ... *Tratado de Sociología primitiva* (1935).
225. SPINDEN, Herbert J. ... *¿Cómo descubrió América el hombre primitivo?*. "Letras". Lima, 1941. N° 19, p. 256.
226. VALLAUX, *Geografía general de los mares*; p. 195.
227. VALLAUX, *Geografía general de los mares*; p. 173.
228. HEYERDAHL, *La expedición de la "Kon Tiki"*; p. 106.
229. PERICOT y GARCIA, *América indígena*; p. 486.

NOTAS AL CAPITULO

230. HERRERA, Antonio de... *Décadas o Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano* (1601). 1728. Década quinta, Libro cuarto, cap. VIII; p. 97.
231. GORDON CHILDE, Vere... *Los orígenes de la civilización*. México, 1935; p. 120.
232. HIRNING, *Contacto transoceánico...*; p. 425.
233. LAUFER, Berthol... *La introducción del maíz en el Asia oriental*. "Actas del Décimoquinto Congreso Internacional de Americanistas". Quebec, 1906. Tomo I, pp. 223-253.
234. Citados por MASON, *Las antiguas culturas del Perú*; p. 36.
235. HAWKES, *Historia de la Humanidad*; p. 332.
236. COVARRUBIAS, *El águila, el jaguar...*; p. 18.
237. Fechados citados por HAWKES, *Historia de la Humanidad*.

Capítulo VII

RÉLACIONES CULTURALES ENTRE EL PERÚ Y CENTROAMÉRICA

A demás de las relaciones *comerciales* entre el Perú y Centroamérica —que, a la luz de los testimonios históricos, de la tradición y de la pesquisa arqueológica, son un hecho—, hay base bastante para proponer la existencia de relaciones *culturales* entre ambas regiones, las cuales, según unos, habrían favorecido el *intercambio de elementos* en mayor o menor medida, y, según otros, determinado, por migración de pueblos centroamericanos hacia el Sur —hacia las costas de Ecuador y el Perú—, nada menos que la aparición en los citados países, especialmente en el Perú, de grandes culturas. Sobre una base de medianía u orfandad cultural, se habrían desarrollado con el mayor brío los trasplantes operados desde Centroamérica y México.

La posición más cauta, atinadamente prudente y que goza, por lo mismo, del predicamento favorable de la mayoría de los autores, es la que postula entre ambas áreas un *mutuo conocimiento*, con prestaciones recíprocas de diversa índole, ya directas, ya indirectas, éstas favorecidas por la participación de los pueblos de posición intermedia. El Perú habría recibido en el curso de su dilatada existencia prehistórica —ora por migraciones, ora por difusión sin desplazamiento de pueblos—, elementos de cultura material y, muy particularmente, como en los últimos años sugieren los arqueólogos, ideas, técnicas, procedimientos de trabajo, usos. Las ideas, sobre todo, habrían prendido en el suelo fértil peruano con todo vigor y habrían dado buenos florecimientos transculturados o puros. También,

en compensación o reciprocidad, el Perú habría dado a los pueblos del Norte elementos de cultura material no menos importantes que los recibidos, y, con estos elementos, habrían pasado igualmente ideas, técnicas y usos. En suma, se habría producido un fecundo intercambio *sin mayores alcances de intención*, quizá producto sólo del azar o de las circunstancias.

La otra teoría va mucho más allá: del área cultural mexicano-centroamericana habrían partido grupos colonizadores, quizá por tierra *pero más probablemente por mar*, en dirección al Sur, y llegado, primero, a Ecuador y, después, a la costa francamente abierta, de singular *capacidad receptiva*, del Perú —costa desértica pero con ricos valles de trecho en trecho, de buena tierra, buena agua y variedad de recursos—, donde se habrían establecido definitivamente, combinándose con los grupos aborígenes.

Esta teoría, aunque tiene antecedentes, fue presentada científicamente, por vez primera, por Max Uhle, en los comienzos de este siglo, y aquí se la conoce con el apropiado nombre de *teoría de las importaciones culturales centroamericanas*. Como se verá al detalle más adelante, sostiene que los florecimientos culturales más importantes de la costa peruana —el *Mochica* en el Norte y el *Nasca* en el Sur (*proto-chimú* y *proto-nasca* en la terminología del sabio alemán)— se debieron exclusivamente a *trasplantes* desde el país maya y la región centroamericana. La —ahora infundada— pobreza cultural pre-mochica y pre-nasca (vista con ojos que desconocían a Chavín, y, en general, a los desarrollos del milenio inmediatamente anterior a la era cristiana), llevó a pensar a Uhle que Mochica y Nasca surgían brusca e inesperadamente, *sin antecedentes*, sin proceso previo de establecimiento de bases y de elaboración, en el cuadro de la prehistoria peruana. Ese aparecer sin antecedentes, ese no existir de raíces, ese irrumpir de pronto de una cultura madura, plenamente hecha y altamente desarrollada de un fondo totalmente oscuro, no podía tener sino una explicación: *la llegada del exterior de la cultura madura, su importación*. Uhle postuló, después de una serie de estudios comparativos, en los que sacó a relucir su amplio dominio en el campo de la arqueología americana en general, pero tras cometer gruesos errores de correlación cronológica, que *Mochica y Nasca procedían del amplio círculo cultural centroamericano-mexicano*.

Nunca gozó la teoría de Uhle de aceptación plena. Hasta los más próximos a ella la miraron con recelo. Pronto fue blanco de duras críticas, y, para mal de Uhle, estas críticas no carecieron de fundamento. El lado más débil de su cuerpo de ideas estaba en la cronología, y por allí, naturalmente, atacaron sus adversarios. Lothrop, en un trabajo que fue muy festejado por sus colegas participantes en el Vigésimosétimo Congreso Internacional de Americanistas de 1939, reunido en Lima, llegó

Solemnemente ataviado y con rostro humanizado, el dios crustáceo, de imponente aspecto, se deja rodear de pequeños peces como si mediara entre el genio y los seguidores una íntima relación de simbiosis. Varios peces van prendidos del extremo de las anténulas mientras otros vagan en torno. Los signos en "S" indican que el ambiente es marino. (Calco de un vaso mochica, tomado de Gerdt Kutscher, *Chimú. Eine Altindianische Hochkultur*. Berlin, 1950, Gebr. Mann Verlag. Reproducción autorizada).





a decir, con cierto tono de burla o menosprecio por las incongruencias cronológicas de Uhle, que "ningún investigador *con experiencia de primera mano* en el campo maya" podía admitir "que los mayas invadieron el Perú o aun directamente influenciaron en su arte". Antes, Tello, hecho ya líder máximo e indiscutido de los estudios arqueológicos en el Perú, se encargó, mediante una sostenida campaña, de ablandar la teoría del sabio alemán, hasta provocar, por lo menos en los círculos científicos americanos, su total —o casi total— derrumbe.

El mérito de Uhle, sin embargo —que no puede ser desconocido—, consiste en haber propuesto, por lo menos, el contacto entre las dos áreas culturales: la peruana o andina y la centroamericano-mexicana, tenidas por muchos como *totalmente desconectadas*. Ese contacto es hoy admitido casi unánimemente, en medida, según los autores, que va desde nutridas prestaciones culturales hasta relaciones circunstanciales y efímeras favorecidas por un comercio eventual.

Pero, siguiendo la corriente *difusionista*, en boga en nuestros días en muchos círculos científicos tanto de Europa (por tradición) como de Estados Unidos, no pocos arqueólogos han revivido algunos de los aportes de Uhle, y en ellos apoyan sus teorías. Por ejemplo, se ha llegado a sostener el origen mexicano de Chavín (Kauffmann) partiendo de algunas curiosas similitudes formales y técnicas en la hechura de la cerámica y, sobre todo —igual que Uhle—, del hecho, ya indicado, de que Chavín aparece bruscamente con todo su esplendor, con toda su madurez, *sin antecedentes* ni procesos previos de asentamiento de bases y elaboración.

Más adelante se expondrán las opiniones de los principales autores que han abordado el cautivante problema de las relaciones peruano-centroamericanas y peruano-mexicanas, y allí se verá cómo la mayoría, con ligeras variantes, se inclina por el sostenimiento de *contactos*, de relaciones de algún género, en algún tiempo —no necesariamente en los albores de la era cristiana, como quiso Uhle, tampoco necesariamente en la fase tardía, protohistórica, que antecedió a la llegada de los españoles—, con intercambio sobre cuya magnitud sí mucho se discute, lo que, en el cuerpo de la doctrina, no es esencial en verdad.

Antes de exponer los lineamientos de la teoría de Uhle, conviene puntualizar que, por el carácter y sentido de este estudio, aquí sólo se trata de las probables *conexiones culturales* entre el Perú y Centroamérica, entre el Perú y México, *que tuvieron por escenario el mar*; o, dicho de otro modo, que se desarrollaron por canales marítimos. En apoyo de esta selección, que no es arbitraria sino puramente metodológica y que no desconoce la posible utilización de la vía terrestre, tanto la pesquisa arqueológica como la interpretación de las leyendas señalan que el

enlace cultural del Perú con esas áreas del Norte —si se produjo— *fue principalmente por mar.*

Desde luego —hay que repetirlo—, no se descarta la posibilidad de una intervención de los pueblos ubicados en las tierras intermedias, esto es entre el istmo y el Chocó, por el Norte, y la costa peruana, que habrían servido como eslabones de una gran cadena de comunicación. Tampoco, para explicar las similitudes culturales, puede descartarse la tercera posibilidad: la de los *procesos de difusión* sin desplazamientos de pueblos ni migraciones, esto es, por simples contactos periféricos, que son procesos en los que sólo los bienes culturales o las ideas se mueven, avanzan, no así los pueblos. Pero, los inconvenientes geográficos, por un lado, harto difíciles de vencer, y, por otro, la probada existencia de relaciones por navegación entre el Perú y el Norte, conducen a pensar que el mar jugó un papel importante, si no el principal, en las conexiones culturales entre ambas regiones.

ANTECEDENTES

A mediados del siglo XVII, Antonio de León Pinelo, autor de abrumadora y fatigante erudición, sostuvo intuitivamente que los *toltecas* habían sido los primeros pobladores del Perú, anticipándose, así, a la tesis de las inmigraciones centroamericanas que dos siglos y medio después propondría Uhle².

En 1860, en la primera de sus más celebradas obras —*La historia antigua del Perú*—, Sebastián Lorente sugirió la posibilidad de una influencia cultural de México y Centroamérica hacia el Perú, fuerte y persistente; y unos años más tarde, en 1866, Leoncio Angrand, que fue un eximio dibujante de las antigüedades peruanas y penetrante observador del arte prehispánico, destacó las semejanzas —para él importantísimas— de las ruinas de México y Tiahuanaco, deduciendo de estas semejanzas la relación entre ambas áreas.

No puede dejar de mencionarse, entre los primeros sostenedores de la teoría de los contactos culturales entre el Perú y Centroamérica, a Juan Jacobo von Tschudi, quien, en la *Introducción* de su celebrado estudio, con traducción al alemán, sobre el drama quechua *Ollanta*, aparecido en 1875, insinuó la tesis de una *inmigración tolteca* a la América del Sur, determinante en grado máximo, por su influencia religiosa y artística, del misterioso centro altiplánico de *Tiahuanaco*³.

Estrictamente, todos estos antecedentes carecieron de rigor científico. Fueron resultado de observaciones superficiales e incompletas del arte antiguo, y se gestaron más por intuición que por análisis objetivo y metódico de los hechos comprobados.

LA TEORIA DE UHLE. PRESENTACION

“Max Uhle —dice Horkheimer, en una buena síntesis⁴— trató de explicar, por la *migración marítima* de elementos mesoamericanos, la génesis de los estilos *proto-chimú* y *proto-nasca* revelados por él”.

Partiendo de dos presupuestos: *el primero*, la mayor antigüedad de las culturas mesoamericanas (con un maíz domesticado antes en México que en el Perú) y, *el segundo*, las asombrosas similitudes entre Mesoamérica y el área peruana, Uhle elaboró su teoría de las *importaciones culturales centroamericanas*, la cual, como observa el citado Horkheimer, tuvo en la evolución de su pensamiento *dos presentaciones*:

- a) La inicial, de 1920 (pero ya propuesta, habría que rectificar, en 1909, como se verá luego), según la cual las “primeras culturas” peruanas derivaron de las culturas mexicanas y centroamericanas (*maya* antigua, *chorotega*). Afirmó que en este proceso de migración y difusión hubo “*colonización del suelo peruano*”. Por eso —observó—, *las culturas peruanas desde un principio se ofrecen desarrolladas*, desde un principio son de “alto nivel”, sin antecedentes ni desarrollos previos; logradas, perfectamente constituidas, surgen de la nada. Fueron dos corrientes las que llegaron al Perú: una, *arcaica mexicana*, que habría dado *proto-nasca*, y otra, *arcaica maya*, que habría dado *proto-chimú*.
- b) La definitiva, formulada primero en 1929 y perfeccionada en 1935, de *carácter rectificatorio*. Esta vez, a diferencia de la primera, Uhle dijo que la cultura peruana avanzada tenía influencia *únicamente maya*, o, más propiamente —y con menos compromiso para el sostenedor—, *mayoide*. Además, teniendo en cuenta las semejanzas marcadas y *puras*, sin influencias extrañas, entre las cosas en el punto de partida y las cosas en el punto de llegada, Uhle afirmó enfáticamente la *migración directa*⁵.

LA PARTIDA DE CENTROAMERICA. CAUSAS. LA PRESION DEMOGRAFICA

En un momento de su confusa historia, pueblos de Centroamérica, obligados por ciertas circunstancias demográficas, salen de la estrecha región comprendida entre los lagos Managua y Nicaragua, y emprenden viaje al Sur, *por mar*, hasta llegar a la costa occidental de Sudamérica.

En su estudio sobre *las antiguas civilizaciones de Manta*, de 1931 —que corresponde a la segunda etapa de su pensamiento

sobre la teoría de las importaciones culturales centroamericanas—, Uhle explica del siguiente modo la génesis de ese movimiento de pueblos.

Hubo previamente —dice— un persistente movimiento de grupos cazadores desde el territorio del actual Estados Unidos hacia México, y de este desplazamiento agobiante resultó una fuerte *presión demográfica* con profundas repercusiones. “Las tribus más antiguas de la región trataron de sustraerse de la *presión moviéndose hacia el Sur* ... Estas tribus en movimiento tuvieron que abandonar porciones importantes de sus propias nacionalidades ...”⁶.

Al propio tiempo, se registró *otra presión demográfica*, ésta *proveniente del Sur*, con dirección al Norte y, por consiguiente, opuesta a la anterior, de “tribus de carácter sudamericano, de la familia lingüística de los Chibchas, por Panamá y Costa Rica ... En Nicaragua esquivaron hacia el lado del Atlántico, dejando a las tribus llegadas del Norte, como Chorotegas, Subtiabas y otras más, *el lado del Pacífico*, en el Oeste. Se condensaron y amontonaron, de esta manera, tribus, como las de los indios chorotegas y subtiabas, *en el estrecho entre los lagos Managua y Nicaragua y el Océano Pacífico*, estando cerrado también su camino original por tierra hacia el Sur”.

De esa zona, muy estrecha, entre los lagos mencionados (86° Oeste, 12° Norte), iban a salir los grupos migratorios con dirección Sur, hacia “las costas ecuatorianas y peruanas”. “*En la necesidad de buscar nuevas sedes —dice Uhle—... se embarcaron grupos de individuos de estas naciones ... con dirección Sur*, llegando de esta manera, *por la facilidad de la navegación en estas aguas, a las costas ecuatorianas y peruanas*, cuyas condiciones, por el reinante *estado paleolítico* de la población de aquellas regiones, tampoco habrían opuesto dificultades a colonizadores”.

Las oleadas fueron varias y se cumplieron en distintas épocas, considerablemente espaciadas. Dice Uhle que los emigrantes, por razón de las continuas presiones de otros pueblos, salieron de diversos puntos de Centroamérica, desde un sector de la costa del Pacífico comprendido entre *Nicaragua*, por el Norte, y el *golfo de Chiriquí*, en el extremo oriental de Panamá, cerca de Costa Rica. Pero, la zona de evacuación principal fue la dicha arriba: la estrecha y muy congestionada faja comprendida entre el litoral del Pacífico y los lagos de Managua y Nicaragua. Los grupos mayas propiamente tales salieron de *Nicoya*, nombre de una península que cierra el golfo homónimo, en Costa Rica. Agrega Uhle: “. . . emigraciones de otro tipo pueden haber salido con la misma facilidad de puertos de Costa Rica y Panamá”⁷.

Por un tiempo largo, pues, agitó a los pueblos congestionados de la región dicha un vivo afán de emprender viaje hacia otras tierras, y de ese afán, de consecuencias insospechadas, salió la colonización de la costa del Perú, amén de la ecuatoriana. "Casi en todas las costas centroamericanas, hasta el golfo de Tehuantepec en el Norte, las gentes parecían afectadas de un *afán de emigrar* a las costas lejanas, [interviniendo] las clases más variadas de tribus indígenas . . . mezclándose muchas veces los individuos pertenecientes a tribus completamente heterogéneas en las nuevas sedes . . ."⁸

Llegaron, de esta guisa, a las tierras de destino gentes de diverso origen, que hablaban distintos idiomas o dialectos y que presentaban caracteres antropológicos variados. La mezcla produjo de modo inevitable *heterogeneidad*, la cual —observa Uhle— se percibe claramente en "los nombres geográficos de diferente origen centroamericano" de Ecuador, y en los tipos de cráneos de los pueblos del Perú: doliocefalos y braquicefalos que abundan en las tumbas de la costa peruana, "a lo largo del desarrollo de las civilizaciones, desde las más antiguas hasta cerca del período Tiahuanaco"⁹.

LA VIA MARITIMA

Ya en uno de sus primeros estudios, Uhle no sólo hablaba del trasplante cultural de Centroamérica al Perú sino del empleo por los inmigrantes que tal trasplante efectuaron de la *vía marítima*. En la *esfera de influencia del país de los Incas*, de 1909, se lee: "A mi juicio, la existencia de la civilización Ica-Nasca constituye una prueba de *relaciones con otro país* . . . Porque es de saber que *esta civilización aparece de golpe* en el escenario de la cultura del Perú . . . en medio del salvajismo que la precedió, pues en ninguna parte del Perú hay vestigios de una civilización que pudiera haberla precedido . . . Puede decirse, casi con seguridad apodíctica, que esta civilización, de alto grado de perfección, *ha debido de ser importada de países extranjeros* . . . de América Central. *La importación ha debido venir por mar*, sin que pueda ser un argumento en contra el que no se hallen vestigios de ella en las costas intermedias, porque o bien los inmigrantes no tocaron en ellas . . . o bien sus huellas se han borrado"¹⁰.

Los elementos de la civilización maya en las costas occidentales de Sudamérica (Ecuador y Perú) —observó en otro de sus estudios el sabio—, se hallan *puros*, sin revelar *ninguna adulteración*. Esto sólo pudo producirse mediante un *desplazamiento por mar*, ya que por tierra, al contacto con las culturas de otros pueblos, esos elementos se habrían modificado. Además, la

pureza de dichos elementos disminuye conforme se avanza hacia las serranías del interior, especialmente en el Perú. Esta es otra prueba concluyente que los elementos mayas entraron "por la costa Oeste", es decir, que su propagación en el continente sudamericano fue del litoral marítimo al interior¹¹.

Como un *leit motiv*, en toda la bibliografía del sabio aparece la idea del *transporte por mar* explicando la llegada desde México y Centroamérica de los elementos mayoides que dieron origen a las culturas Nasca y Mochica. "El estilo centroamericano *se transportó evidentemente por mar . . .*" se lee en un estudio de 1925 sobre cronología de las civilizaciones panameñas¹². En otro: "Una migración lenta, de influencias a lo largo de la costa, de una civilización a otra, no basta para explicar semejanzas tan grandes [entre lo centroamericano y lo peruano]. Por eso, es preciso suponer *la migración directa por mar . . .*"¹³. En otro, finalmente, para no recargar las citas por el estilo: "Sumando [todas las observaciones] se puede decir que, en general, la inmigración de civilizaciones originales *se efectuó sólo por mar*"¹⁴. Del mar, la civilización llegada de Centroamérica penetró, según la tesis fundamental de Uhle, a la Sierra siguiendo el curso de los ríos. Se conservó pura en la Costa, en las zonas de desembarco, y mixtificóse en el interior por el impacto del medio, de las técnicas y usos locales y la influencia de los estilos en las realizaciones artísticas.

LA COSTA PERUANA, REGION RECEPTIVA

Imbuido de las ideas geopolíticas de Ratzel y Haushofer, en boga en Alemania antes y después de la Primera Guerra Mundial, Uhle llegó a formular, en abono de su teoría sobre el origen centroamericano de las culturas clásicas del Perú, interesantes consideraciones que le señalaron el *carácter receptivo* de la costa peruana en lo que se refiere a la cultura. Dejó dicho: "Norteamérica tiene el carácter de un continente; México, con Centroamérica, por su forma triangular, el efecto de un embudo. La parte Oeste andina de Sudamérica, por su estrechez falta de buenos puertos . . . tendrá quizá siempre que depender para su civilización de *gérmenes traídos de fuera . . .*" Agregó: "Éstas observaciones de un carácter *geopolítico*, también tienen que hacer en el caso del origen de las civilizaciones antiguas"¹⁵.

Refiriéndose sólo a la Costa central, Stumer ha destacado recientemente el *carácter receptivo* de esta región, coincidiendo, en lo fundamental, con Uhle. Considera que en todo tiempo y en todas las edades —desde la época Formativa hasta la Imperial—, la Costa central ha sido *centro de convergencia de diversas corrientes de influencia*, procedentes de la Selva, de la Costa

Norte y de la Costa Sur, de la Sierra Norte y de la Sierra Sur. Stumer no habla específicamente de la *vía marítima* pero ella parece estar implícita en su planteamiento por ser la Costa una región cortada por desiertos, en la que el mar ha jugado siempre un importante papel en la comunicación y en el desplazamiento de los pueblos¹⁶.

LA TEORIA GENERAL

Sin entrar en particularismos, que no son necesarios en esta parte de nuestro estudio, la teoría general de Uhle, como ya sumariamente se dijo en las líneas de presentación, afirma que *grupos inmigrantes*, salidos de las costas centroamericanas que dan al Pacífico —por la *presión demográfica* que se produjo en las regiones de los istmos y de los lagos— llegaron a las costas del Perú y del Ecuador, *utilizando para esta larga travesía el mar*.

Al momento de la llegada —principios de nuestra era—, el nivel cultural de los pueblos que ocupaban las costas del Perú, era, según Uhle, rudimentario. La pesca era la actividad económica principal, y de ella vivían casi todos los grupos, aunque algunos se dedicaban a la agricultura, no habiendo pasado ésta de un nivel embrionario, con escasa producción. Estos grupos eran descendientes de los primitivos pescadores del litoral y, en verdad, no habían sacado mayor ventaja a sus lejanos prógenitores. Se mantenían estacionarios, con una cerámica muy sencilla, básicamente utilitaria (para la preparación de los alimentos y el almacenamiento del agua), cerámica que carecía de estilo.

Explica el propio Uhle: "Hubo un cierto grado de agricultura, de domesticación de la llama . . . un cierto uso del tejido, e igualmente principios de alfarería en todo el Perú con anterioridad a las civilizaciones que muestran manifiestas semejanzas con los productos de la civilización centroamericana"¹⁷; pero, la investigación arqueológica de campo no revela ninguna variedad de formas alfareras, ninguna ornamentación desarrollada ni, en el campo de la arquitectura, obra alguna firme y perdurable.

Así, pues, el Perú anterior a la influencia maya (o *mayoide*), anterior a la llegada de los pueblos centroamericanos (y mexicanos) es un Perú incipiente, con sólo logros elementales.

Ya, en cambio, por la misma época, poco antes de la expansión hacia el Sur, México y Centroamérica mostraban un alto nivel de cultura, con perfeccionamiento notable en las diversas técnicas, en la organización social y política y en los sistemas de trabajo.

Partieron los grupos emigrantes —no sabemos (la teoría no lo dice) en qué número ni utilizando qué tipo de embarcacio-

nes—, *cruzaron el mar en una de las aventuras navales más resonantes de los tiempos prehispánicos*, y terminaron tocando tierra en la costa del Perú. Allí encontraron a la gente de escasa cultura que Uhle señala para aquellos tiempos, pescadores y agricultores incipientes con alfarería rudimentaria, y *resolvieron establecerse*. Fueron, por consiguiente, estos grupos, verdaderos *colonizadores de la costa peruana*. Entraron en contacto con la población aborigen, se relacionaron con ella y sembraron en el nuevo medio, que les salió al encuentro con la fertilidad de sus poderes concentrados, la rica y variada simiente de que eran portadores desde su tierra de origen.

Esta colonización —que fue antigua en la costa del actual departamento de Ica (siglos II o III de la era cristiana) y tardía en la costa Norte (siglos V o VI)— dio por resultado la formación de dos grandes culturas: la *proto-nasca* y la *proto-chimú*, ésta caracterizada por una fina cerámica bicroma, pictográfica y escultórica; aquélla, por una cerámica eminentemente pictórica, riquísima en colores, con decoración en su mayor parte inspirada en motivos mitológicos.

“Encuentro en las dos primeras civilizaciones peruanas (*proto-nasca* y *proto-chimú*), no pruebas de un levantamiento propio de la gente arcaica del mismo suelo, sino de *civilizaciones mexicanas y centroamericanas implantadas directamente por colonización en el suelo peruano*. De esta manera se explica también el alto nivel en que se encontraron desde su principio”¹⁸. Concretamente: los *orígenes* de *proto-nasca* “no se encuentran en ninguna parte del suelo peruano”. La *importación* “fue casi perfecta”¹⁹.

“Ambos estilos peruanos —dice también Uhle— los tengo como *directamente derivados de los estilos mexicanos y centroamericanos*, por *colonizaciones* respectivas”.

Tocante a *proto-nasca*, que es, según la misma teoría, el principal brote del trasplante centroamericano-mexicano, y el más antiguo también, y el más definido en sus elementos, Uhle expresa de modo terminante y claro: “Los elementos de la civilización *proto-nasca*, producen, por la extraordinaria extensión de su estilo singular, *la impresión de un pleno carácter mayoide*”²⁰. Agrega, ya en completa posesión de los resultados obtenidos por Tello en las excavaciones en el mundialmente famoso yacimiento de Paracas: cerámica decorada y mantos adornados de la península de Paracas “se acomodan muy bien a las características del estilo *mayoide mexicano*”.

Lógicamente, hay enlace estilístico de fondo entre *proto-nasca* y *proto-chimú*, aunque la solución a los problemas estéticos aparte frecuentemente a las figuras. Tal ocurre, por ejemplo —anota el propio Uhle— con el *ciempiés* (*milpiés*, como dice el sabio, o *escolopendra*): “El animal representado es el *milpiés*, una

figura muy conocida también en el simbolismo religioso de los mayas, y que en el estilo proto-nasca está sólo formalmente disimulada y, por lo general, asociada en la nuca a figuras humanas²¹. Hay una divinidad entre los *zapotecas* que lleva una cabeza como adorno en la frente. Pues bien: en el proto-nasca “se puede ver... una repetición de aquella idea y en ello *se descubre una segura y nueva prueba del origen mexicano del estilo de aquellas regiones*”²².

En consecuencia: del examen del arte se concluye que “proto-nasca y proto-chimú... provienen... en sus partes primordiales de fuentes mayoides de círculos mexicanos”.

Obra *exclusiva* de los colonizadores, sin ingrediente ni aporte aborigen, fue, por lo tanto, el surgimiento en el virgen suelo peruano, ocupado todavía por gentes bastas, de las dos grandes culturas que florecieron en la Costa: una en el Norte, tardía, otra en el Sur, antigua. Los colonizadores no solamente introdujeron su arte decorado con extrañas figuras mitológicas, de profundo sentido religioso, y una técnica admirablemente depurada para hacer vasijas de barro, sino usos y costumbres y, sobre todo, nuevos sistemas de trabajo. Practicaban una agricultura avanzada, que pronto prendió en el Perú; sabían canalizar los ríos, habilidad que también pronto pasó a los aborígenes de la tierra ocupada; y no descuidaban su destreza en la caza y en la pesca, lo que les permitía asegurar, para las épocas de escaso rendimiento de la tierra, las fuentes de abastecimiento alimenticio.

Pero, consecuentemente con sus profundas ideas religiosas y mitológicas, los grupos colonizadores venidos del distante país centroamericano dedicaron especial atención al destino proselitista de la expedición. De ello resultó la presencia bien enraizada de la mitología (con sus principales personajes) y la religión (con sus principales divinidades, entre ellas *Quetzalcoatl*) centroamericanas y mexicanas en Proto-nasca y Proto-chimú.

En un estudio sobre la civilización esmeraldeña, de la Costa del Ecuador, también derivada, como la civilización peruana, de Centroamérica, Uhle explicó que junto con las influencias *mayas* habían llegado otras *chorotegas*. En la tierra de Esmeraldas se daban las dos influencias. La influencia centroamericana era *chorotega*, nombre dado por Spinden a la zona comprendida entre Honduras y Panamá. La cultura de esta área se formó a base de “ideas importadas del primer imperio maya mucho antes de su caída”²³. Los elementos *chorotegas* —advirtió también Uhle— se repiten en Esmeraldas, mezclados en su fase originaria con otros de origen maya. Esmeraldas fue, pues, una “*colonia*” de la avanzada civilización centroamericana.

De un estudio de la misma época que el anterior, escrito solo un año más tarde es la distinción, especialmente expuesta por Uhle, de influencias *pre-mayas*, *mayas* y *mayoides*, presentes

tanto en las costas del Ecuador como en los valles peruanos del Norte y el Sur. Las oleadas llegaron al Perú sucesiva e independientemente; pero, más tarde se produjo allá, en la misma tierra centroamericana de donde salían los grupos colonizadores, una mezcla de elementos *pre-mayas* y *mayoides* con elementos *propriadamente mayas* (o *mayas puros*), y las avanzadas de esta mezcla no sólo llegaron al Ecuador sino al Perú también, por la costa (siempre, como las anteriores, *por la vía marítima*), alcanzando, débiles, las costas de Chile²⁴.

Antes de limitar su teoría —como se dijo en las líneas de presentación— a lo puramente maya, Uhle señaló gran importancia a la inmigración *chorotega*. “La primera emigración *chorotega* —expuso en 1927— alcanzó en la costa del Perú, *Pisco*, más allá de Lima; la segunda se detuvo en la Costa Norte, en la región de Trujillo y Chimbote, sin avanzar de allí”²⁵. Estuvo entonces el sabio en condición de señalar el proceso migratorio de la siguiente manera, partiendo del hecho fundamental de que la Costa peruana, sucesivamente, había recibido, por los conductos de la *importación marítima*, tres tipos de civilizaciones: *primero*, una inmigración *chorotega* común, que cubrió desde Esmeraldas, en Ecuador, hasta Trujillo, y de allí se propagó hasta Pisco e Ica. *Segundo*: la inmigración que dio *Proto-nasca*, “dependiente de la inmigración *chorotega* pero saturada de un número mayor de otros elementos *mayoides*”, de “origen centroamericano muy claro”²⁶. *Tercero*: la inmigración que dio *Proto-chimú*, “con sus templos que imitan las construcciones de Copán”, “vasos figurativos que parecen copias de la alfarería artística *zapoteca*”, “el culto de las conchas coloradas *Spondylus pictorum*”. “En nueva tierra, con muchas ideas nuevas, los inmigrantes en el territorio peruano crearon naturalmente también *nuevos tipos de civilizaciones*. Pero, los *elementos fundamentales eran de origen centroamericano*”²⁷.

Después de la oleada centroamericana que dio origen a *Proto-nasca* y *Proto-chimú* —escribió en uno de sus últimos trabajos el sabio—, se produjeron otras migraciones de grupos más sencillos, que arribaron presumiblemente “a las regiones septentrionales del Perú, *por el mismo camino por el que llegaron sus antecesores*”, es decir, *por el mar*. Estos arribos tardíos y de escasa significación debieron, sin duda, producirse “durante la época en que llegaba a su fin el estilo *Proto-chimú*”²⁸.

Finalmente, después de la *época de influencia*, se produjo, de modo definitivo, la “*interrupción de las relaciones*”²⁹. Entonces, y sólo entonces, la creación cultural en el Perú, según Uhle, fue un proceso propio.

LOS SELLOS CENTROAMERICANOS

Uhle insistió muchas veces, con ánimo, sin duda, de borrar las contradicciones particulares y las variantes adjetivas de su teoría general, en el punto básico de la misma: en determinado momento de la vida de los pueblos que habitaban las costas pacíficas sudamericanas, se produjo una *inundación* de grupos portadores de las *civilizaciones mayoides centroamericanas*. Esta *inundación* originó civilizaciones en Sudamérica que ninguna raíz formativa tuvieron en su propio medio, porque *dependieron íntegramente del aporte extranjero*. Dijo Uhle: "Cuentan entre estas civilizaciones *todas las primeras sudamericanas de tipo superior* y una de tipo más sencillo, de manera que toda la región pacífica del continente, incluyendo los Andes, *se condujo a un desarrollo superior exclusivamente por la inmigración de estas centroamericanas*"³⁰.

De tal manera —reafirmó—, "el *carácter mayoide* constituye un principio básico de las primeras civilizaciones peruanas. . . ."³¹

En su estudio de 1939, insistió también en el origen, derrotero y destino de las *migraciones mayoides*. Las corrientes colonizadoras partieron de México y Centroamérica y se extendieron hacia el Sur, hasta Ecuador y el Perú. "El Ecuador ha sido, en toda época, el objetivo casi universal de las civilizaciones centroamericanas que migraron hacia el Sur". Muchos topónimos quedan de la colonización centroamericana, así como palabras en el léxico *chimú*, no obstante que este idioma "ha sido considerado largo tiempo como completamente independiente"³².

El *foco original maya*, fue, naturalmente, la costa atlántica, pero la irradiación se extendió después al Pacífico "y su empuje se hizo de siglo en siglo más sensible hacia los grupos vecinales". La expansión ocupó la isla Zacate, en la bahía de Fonseca; después, San Salvador. De allí, los grupos en expansión, azuzados o favorecidos por los trastornos demográficos del país, dieron el salto hacia el Sur, que los llevaría hasta la costa occidental de Sudamérica. "*Hay que suponer* —subrayó Uhle— *que los inmigrantes llegaron por mar*"³³. ¿Cómo? ¿En qué clase de embarcaciones? ¿Costeando, a la vista de tierra, y siguiendo, por lo tanto, la gran entrante de Panamá, o directamente, en travesía de altura? Seguramente, lo primero. Sin embargo, Uhle propuso audazmente: si los mexicanos y yucatecos se comunicaban con Cuba mediante "naves a vela", no hay inconveniente para admitir la *navegación de altura* en el Pacífico.

Ecuador —cultural y más tarde, políticamente (con los Incas), una provincia del Perú— *fue colonia principal maya*; y, dentro del Ecuador, "la provincia de Esmeraldas fue verdaderamente inundada, hacia el fin del Primer Imperio Maya, por la inmigración de colonizadores que llevaban consigo productos de *estilos*

de diversas tendencias"³⁴. Después, la expansión siguió más al Sur, hasta el Perú, comprendiendo "gran parte del Perú septentrional...".

Revelan la influencia centroamericana en Ecuador: a) la civilización *Protopanzaleo*, de Ambato, estudiada por Jijón y Caa-maño, vinculada a Cerro Montoso, de Veracruz, Estado de México; b) otra civilización, con cerámica de estilo mayoide; c) otra civilización, con cerámica centroamericana.

El *sello maya* está en todo Cuenca y Loja. En tumbas de Loja se hallaron objetos de inconfundible estirpe mayoide, como un felino con tapa de piritita sobre el lomo y conchas ceremoniales. "En una cavidad de la tumba se encontraron muchas conchas *Spondylus* llenas de cuentas de piedra y concha, a manera de ofrendas, es decir, una nueva indicación de la influencia maya, porque también en los vasos del templo de Copán se encontraron numerosas conchas *Spondylus*"³⁵.

Ecuador fue sólo una estación, donde los inmigrantes, por así decirlo, hicieron una parada en su avance hacia más altas latitudes. "Las civilizaciones mayoideas, mezcladas, se extendieron a los países vecinos del Sur, iniciando, así el nacimiento de civilizaciones más elevadas". Así surgió *Proto-chimú*. Después, en una fase ulterior, la penetración centroamericana, siempre por mar, llegó hasta Chile, donde, naturalmente muy debilitada, dejó pocos elementos de su huella. Pero, entre Ecuador y Chile —es decir, en el Perú— tuvo ancho y fértil campo para hundir raíces y fructificar en extraordinarios desarrollos.

Tocante a *Proto-nasca*, Uhle dice, tras el estudio comparativo estilístico: "El estilo *Proto-nasca* repite los caracteres mayoideos fielmente"³⁶. Pero, en otra parte, aclara: "Un estudio más exacto de la civilización *Proto-nasca* muestra que es de origen *totonaca*, semejante, por lo tanto, a la civilización de Cuenca, en Ecuador"³⁷. Entonces, "la civilización peruana *Proto-nasca* era hermana de la mayoide de Cuenca... no solamente en el tiempo, sino también en el carácter y en el lugar de procedencia...".

En cambio, "la civilización de *Proto-chimú*, con su riqueza de alfarería plástica... pertenecería... a una época más moderna en el desarrollo de las civilizaciones mayas más antiguas... La expresión de esta segunda época en la civilización más antigua maya fue... una segunda corriente de influencia que, emanando del país maya, tomó su curso hacia el país de los zapotecas. El paralelismo entre la civilización *Proto-chimú* y la de los zapotecas es tan grande, como el paralelismo entre la mayoide de Cuenca (Ecuador) y la *Proto-nasca*, por un lado, y los diferentes estilos más antiguos *totonacas*, por otro"³⁸. Por lo demás, y en general, las pruebas estilísticas y ergológicas evidencian "de manera inatacable la directa dependencia de la civilización *Proto-chimú* de inmigraciones centroamericanas"³⁹.

LOS SEGUIDORES DE UHLE

Con variantes y matices propios pero siguiendo a Uhle en lo fundamental, que es el origen centroamericano, predominantemente mayoide, de las culturas llamadas *clásicas* —o del *apogeo regional*— de la Costa, varios peruanistas han mantenido a través de los años y a pesar de la oposición de colegas de excepcional renombre y profundo conocimiento de los temas prehistóricos, la vigencia —siempre discutida— de la tesis de las *importaciones culturales*.

Lo han hecho reafirmando, al mismo tiempo —como lo propuso Uhle— la *ruta marítima* como la única o la principal para el desplazamiento de emigrantes salidos de Centroamérica.

Entre ellos se cuenta Riva Agüero, que acogió con mucho entusiasmo los trabajos del sabio alemán. Siguiendo a éste, sostuvo que, sobre la capa de los primitivos pescadores de la Costa, “de pronto, sin transición ni preparación alguna, se presenta en los valles... una civilización de muy hermosa cerámica... y cuyos principios deben situarse, cuando menos, ... a 1,600 ó 2,000 años de distancia de la conquista española”. Esta civilización “tuvo dos núcleos: el del Sur en Acarí, Nasca y Palpa, de vasos multicolores; ... y el del Norte, de Samanco y Chimbote, Trujillo y Pacasmayo, con cerámica de colorido menos rico, [que] reproduce de preferencia... figuras de hombres y de animales, tratadas realista y caricaturescamente”.

Esta civilización de la Costa, de tan notables frutos, no tuvo antecedentes en el suelo peruano, no se gestó aquí; fue, por el contrario, según ya lo había dicho Uhle, una *cultura importada*, traída por *inmigrantes centroamericanos*, los cuales se trasladaron por la *vía marítima*.

Lo que sigue es fundamental para nuestro estudio:

“La *adulta perfección* que todos estos vasos manifiestan y la *falta de periodos preparatorios* en su técnica, dice muy a las claras que fue *obra de una cultura importada*, de razas inmigrantes. Si, como es probable, tenía parentesco próximo con los *mochicas* y *chimus* que la sucedieron, habrá que buscar su origen en el grupo *chibcha*, esparcido desde la América Central por Colombia y Ecuador. *Pudieron venir por mar*, pues los indios del litoral peruano eran atrevidos pescadores y navegantes, y conocían desde mucho antes de la Conquista española la vela y las grandes balsas... No hay razón valedera para tener por íntegramente mitológicos los relatos que los naturales de la Costa conservaban sobre su arribo marítimo a las playas del Perú...¹⁴⁰”

En otro de sus medulares estudios, posterior al acabado de citar, Riva Agüero sostiene, completando lo que ya había dicho en su monografía de 1921, que la región centroamericana debe

ser considerada "como el común núcleo de tres culturas divergentes: la *maya* y la *mexicana* hacia el Norte, y la *andina* hacia el Sur, que a su vez se subdivide en *chibcha* y *peruana*"⁴¹. En Norteamérica, al tiempo que las oleadas humanas bajaban de Nueva México, Utah, Nevada y Colorado hacia México, *la cultura irradiaba de Guatemala y Nicaragua*. Los mismos elementos centroamericanos se dirigieron, en otra época, al Sur, hacia el *área andina*. No se crea necesariamente —dice el erudito hisriador— que fueron los *chorotegas* los que, salidos de Centroamérica, conquistaron directamente toda el área andina; y no ha de admitirse esta suposición, por algunos defendida inconsistentemente, por carecer ella de pruebas de carácter sobre todo lingüístico. Debe pensarse, mejor en un *grupo mediador*, que pudo ser la nación *chibcha*, a la que pertenecían los *güetaros*, "colindantes en Nicoya con los *chorotegas mangués*". Aquí sigue Riva Agüero la opinión de Uhle, Rivet y Jijón y Caamaño. Luego, añade: "Lo que parece casi seguro es que una raza braquicéfala... una raza tronco, madre y educadora de los quechuas, aimaras y araucanos, ha penetrado en las serranías del Perú *trayendo su técnica agrícola y cerámica*, cuando comenzaba a difundirse en el litoral la afín *cultura Proto-nasca*, también procedente de Centroamerica..."⁴². Postula, pues, Riva Agüero dos corrientes de poblamiento y de influencia cultural, ambas salidas, como quiere Uhle, de la región mesoamericana. Así "se explican —dice— las semejanzas con los mayas...; las del idioma mochica con el *chibcha* o *muisca* y varios otros...; la eufonía de *Naimlap* y sus compañeros, en la *posterior inmigración marítima a Lambayeque*; el culto a *Cepocatequil* en las serranías de *Huamachuco*", etc.

Más adelante, en el mismo notable estudio sobre la *Civilización tradicional peruana*, de 1937, Riva Agüero esgrimió, en apoyo de sus ideas, el doble argumento del legendario rey *Naimlap* y del dios *Con*. *Con* parece ser el testimonio de una *corriente cultural colonizadora del Norte* que llega al Perú, y es la contraparte de *Viracocha*, que la versión mitológica recogida por varios cronistas lo hace avanzar, al revés, de Sur a Norte, hasta en el litoral extremo de Manta *perderse en el mar*, siguiendo el curso del Sol. Dice Riva Agüero: "El más antiguo numen de la mitología peruana parece *Con*, que en el relato de Gómara viene del Norte, creando, poblando y civilizando, y que convierte a los rudos y vencidos aborígenes en animales negros. Es la primera advocación que en nuestra Sierra adopta la misma divinidad colonizadora y benefactora de *toltecas* y *mayas*, el dios serpiente, que en efecto se llamó entre los mayas *Can* (*Cuquicán* o *Cuculcán*). Recordemos —propone después el mismo autor— el culto a la serpiente o dragón en Chavín y en toda la Costa. Con la fundación y el apogeo de Tiahuanaco, se presenta la se-

gunda advocación, Viracocha (*Huiracocha*), cuyo rumbo en el Perú, el Ecuador y Cundimarca, es ahora al revés, de Sur a Norte. Hay algo puramente mítico en este rumbo, pero también la indicación de un hecho *difusivo* muy real. Viracocha es, sin duda, el ídolo supremo de Tiahuanaco⁴³.

Es muy importante la dirección de la corriente colonizadora o difusiva en el relato mitológico de *Con*.

Hay que convenir —subraya Riva Agüero— que toda la historia de las migraciones que sufrió el Perú antiguo, *está claramente expresada en los mitos*. Por consiguiente, el dios *Con* representó “una irradiación centroamericana, directa o indirecta, del numen supremo creador y civilizador”⁴⁴.

El otro argumento de Riva Agüero es el del rey *Naimlap*, que debe simbolizar otra inmigración de elementos *mayas*, de otra época. Relacionando —dice— la mitología con la leyenda, hay que reparar en los “pormenores de una *especial emigración, venida por mar a Chicama*, y extendida cuando menos a Pacasmayo (Pacatnamú) y Lambayeque (Lampayec)”, la cual estuvo dirigida por el caudillo *Naimlap*. Todos los servidores de este rey llevan nombres que recuerdan el idioma *nahua*, y sus herederos llevan nombres también de indudable “eufonía maya”. Además, una serie de topónimos evocan personajes de la mitología de los mayas; por lo menos, no son nombres ni quechuas, ni aimaras, ni de ningún otro idioma del Perú antiguo. *Se trata de palabras para designar personajes o lugares de indudable entronque foráneo y, seguramente, centroamericano*.

Riva Agüero advierte que el fonema *tepec*, propio del idioma *nahua*, está en la costa Norte del Perú relacionado a muchas palabras toponímicas que entran en el relato de *Naimlap*⁴⁵. También llama la atención sobre algunas intrigantes terminaciones. Dice: *um* para los nombres propios y *ac, al e il* para los nombres de lugares, “son características de los mayas”.

Termina setenciando: “... *insisto en las analogías centroamericanas apuntadas*”⁴⁶.

Otro resuelto defensor, no propiamente de la importación cultural centroamericana sino del “*estrecho vínculo entre peruanos y mayas*”, es Larco. Los argumentos de Larco para sostener esta vinculación, son la escritura, la religión, una determinada técnica en la metalurgia de Vicús (muy poco peruana, indudablemente “exótica”) y el comercio de piedras finas para la industria de la joyería.

Aunque no puede decirse que Larco sea un seguidor de la teoría de Uhle ni un observante de las ideas del sabio alemán en la medida que éste las expuso, de la lectura de sus textos (como el último, *Archaeología Mundi-Perú*, 1966, aparecido en inglés poco antes de su muerte y en castellano como edición póstuma) salta a la vista la tesis del *intercambio*, de la comu-

nicación entre las dos áreas y de los préstamos que Mesoamérica facilitó al Perú, no sabemos —no lo dice Larco— si con compensación en cada caso, con reciprocidad cuantitativa. Alguna vaguedad, es cierto, rodea la determinación de las áreas, tanto la *donante* como la *recipiente*, pero la afirmación del “vínculo estrecho” es terminante, y la expresa Larco en el sentido de elementos culturales, no propiamente de la esfera material sino de la espiritual, que, originarios del Norte (México y Centroamérica), pasaron al Perú, siguiendo después aquí un desarrollo separado.

Para demostrar que “existió un *estrecho vinculo* entre los peruanos y los mayas”, Larco menciona en primer lugar el caso de la escritura que tanto allá como acá se basa en la representación pictórica o escultórica del *pallar*. “Es semejante la escritura descubierta por mí —dice— a la escritura de los mayas, y por eso, hoy puedo asegurar que las representaciones pictóricas de los jeroglíficos que encontramos en los códices y los jeroglíficos en relieve que cubren las estelas, son representaciones pictóricas o escultóricas del *pallar* (*Faseolus lunatus*) que se convierte en los jeroglíficos mayas. Son estas conexiones las que debemos buscar, porque significan unidad de fe, de concepciones religiosas y unidad de divinidades a las cuales les rindieron culto y homenaje. *La escritura es una prueba testimonial de que existió un estrecho vinculo entre los mayas y los peruanos*”⁴⁷.

En otra parte, agrega: “... reitero que la escritura que descubrimos en los vasos pictóricos mochicas, la descubrimos por millares en los mantos de Paracas, en los tejidos de Nasca, en la cerámica de Pucara, es decir, en la longitud del Perú”⁴⁸.

La prueba de la religión se basa en la evolución del felino. Dice Larco: “En las estatuillas de jade olmecas encontramos la evolución del felino, que se convierte más tarde en una divinidad antropomorfa felínica, como *el jaguar en el Perú*. Desde el Período Inicial de la Epoca Formativa se tiende a formar lentamente a través de la Epoca Auge, y se convierte en *Aia Paec*, como la divinidad antropomorfa de los mochicas y de todo el conglomerado de pueblos peruanos”⁴⁹.

Sobre la metalurgia, Larco llama la atención, en su póstumo estudio *Vicús 2*, acerca de la existencia de *un estilo en el oro distinto al típicamente peruano*, “con una técnica muy diferenciada de la peruana y en la que la mayor parte de las piezas son muy pequeñas. Estas parecen tener influencia de una orfebrería exótica”⁵⁰.

Larco ve la influencia de Panamá y Colombia. Dice: “... un estudio comparativo de aquellas piezas con las de Panamá y Colombia podría arrojar luz sobre el origen de la innovación de la técnica, que resulta —subraya— *diferente a la empleada*

en el resto del Perú". Esto es muy importante en el pensamiento de Larco, porque, en realidad, al hacer referencia a Panamá y Colombia —sobre todo a Panamá—, está abriendo la puerta a la posibilidad de una *comunicación marítima*, un tráfico de cabotaje que permitió la importación de los modos y usos del Istmo en el Perú en el campo de la metalurgia; ello debido a lo difícil que habría sido la comunicación desde Centroamérica por tierra.

Tocante al comercio de piedras preciosas, apunta Larco que el pueblo que gestó la llamada *cultura Lambayeque*, de la Epoca Auge (primeros ocho siglos de la era cristiana) —pueblo vecino de los mochicas, instalado al norte del país de éstos—, desarrolló en forma extraordinaria el arte de la joyería, complementario por lo general de la orfebrería. En sus admirables trabajos de oro, como los del yacimiento mundialmente famoso de *Batán Grande*, en el distrito de Illimo, el artista joyero de este pueblo agregó piedras preciosas diversas, como amatista, cuarzo fino, lapislázuli, turquesas y, muy particularmente, *esmeraldas*. En el inventario arqueológico, desde los trabajos de Tello en el citado depósito de Batán Grande, de 1937, son muy frecuentes los *ídolos de oro con esmeraldas* de esta cultura Lambayeque⁵¹. Pues bien: es de suponer, dada la abundancia de esmeraldas que había en el norte de Ecuador y en las costas de Colombia, donde las hallaron los españoles en cantidades fabulosas, que tales *piedras verdes* eran llevadas a las costas de Lambayeque por los *servicios de un sistema de comercio establecido de antiguo*, que utilizaban la *vía marítima* como la más segura y fácil para el transporte de mercancías y las transacciones.

En su obra postrera —*Archaeología mundi*. Perú, que condensa el pensamiento del gran arqueólogo—, Larco resumió la tesis de la estrecha vinculación entre los peruanos y los mayas, con estas palabras, breves pero elocuentes: *son un hecho estas relaciones* y, sobre todo, "este intercambio de *ideas culturales* entre México y el Perú"⁵². "No se trata —agrega— de establecer nexos entre el Perú y México porque encontremos una técnica decorativa semejante... Tampoco podemos sostener que por haberse encontrado el anzuelo y la aguja... sea ello motivo que nos induzca a deducir que hubo interrelación... Para establecerlo es indispensable ahondar, no solamente en el mundo objetivo de la materia arqueológica y en sus vestigios perdurables, sino muy singularmente situarse en la *esfera espiritual e intelectual* de los pueblos, que de ese modo nos abren las páginas, para muchos indescifrables, de su culto pasado"⁵³.

Pericot auspicia, también, como los anteriores, aunque de manera menos concreta y sin el peso de los argumentos de aquéllos, la teoría de las migraciones centroamericanas y de las aportaciones culturales a Ecuador y el Perú, por la *vía marítima*.

La población *esmeralda* (o *esmeraldeña*, como solía denominarla Uhle), de la costa Norte de Ecuador, "puede representar un resto de la *inmigración de elementos centroamericanos en la zona andina*, siguiendo el camino de la costa o *por mar*... Sin duda, éstos [los esmeraldeños] y sus vecinos del sur, debían de ocupar un territorio más extenso, del que fueron desposeídos por la extensión de los *mantas* y los *barbacoas*"⁵⁴. Antiguas tradiciones —apunta el ilustre profesor de la Universidad de Barcelona— "hablan de la presencia en la costa, a partir del golfo de Guayaquil, de la tribu *caraca* o *caraque*, que ... *llega por mar*, luego invade el interior y pocos [de sus elementos] quedan en la costa. Es imposible fijar la época de tal inmigración, que estaría de acuerdo con las ideas de una *llegada a la costa pacífica de América del Sur de elementos centroamericanos*"⁵⁵.

También está por la influencia centroamericana Fritz Buck. Aunque "no se ha logrado comprobar —dice— la existencia de un *contacto directo* entre las altas culturas de Centroamérica y las igualmente desarrolladas del antiguo Perú"⁵⁶, una réplica del *calendario maya*, tanto en vasos tiahuanacoides como en la Portada del Sol, de Tiahuanaco, probaría, de modo palmario, el trasplante cultural de un área a otra, quizá merced a la intervención de un pueblo intermediario.

En el Vigésimosexto Congreso Internacional de Americanistas de 1935, reunido en Sevilla, Buck reclamó se le considerase descubridor de las citadas réplicas y, sobre todo, de la filiación artística, con lo que consideró ufanamente haber "contribuido al esclarecimiento del parentesco entre las culturas centroamericanas y las del antiguo Perú"⁵⁷; más, no todos los participantes en el citado congreso estuvieron de acuerdo con su interpretación y la mayoría dudó del pretendido nexo. De todos modos, su tesis fue escuchada con interés y sirvió para avivar el debate entre los especialistas en torno a la largamente discutida teoría de las *importaciones culturales centroamericanas* que venimos tratando.

En el Congreso de Americanistas siguiente, celebrado en Lima, en 1939, la teoría tuvo otro inteligente defensor, el que, en apoyo de su posición, esgrimió principalmente el cautivante argumento de las *toponimias*. Sin avanzar hasta Nasca, Jorge Zavallos Quiñones sostiene el origen centroamericano de *Protochimú* y *Chimú*, y cree, como Jijón y Caamaño —del que se hablará más adelante—, en un movimiento de pueblos de Norte a Sur, de Centroamérica a Sudamérica, vale decir, en una *marea cultural*, como llama a este movimiento el erudito ecuatoriano. La influencia, según Zavallos, fue *maya* y *zapoteca*, con procedencia múltiple: México, Nicaragua, Guatemala y Costa Rica. Con estos países —dice— "el parentesco parece indudable"⁵⁸. La vía fue, naturalmente, *el mar*, pero *no en todos los casos*

directa, aunque la comunicación directa fue probablemente la más importante pero no la más frecuente. Algunas oleadas llegaron a la costa Norte del Perú tocando primero en la región de Manta, donde alguna modificación experimentaron. "La influencia centroamericana de las culturas de la Costa Norte del Perú, tuvo como *punte* o tránsito obligado la actual región del Ecuador". Finalmente, Zevallos considera, además de los dichos, un tercer tipo de influencia: el *puramente ecuatoriano*.

Se apoya Zevallos para sostener la teoría de las importaciones culturales centroamericanas, en la tradición recogida por Cabello de Balboa, el Anónimo Trujillano del siglo XVI y el Padre Rubiños; y, sobre todo, como se dijo al comienzo, en el dictado, verdaderamente revelador de la toponimia. Seiscientos diez topónimos, tomados de documentos correspondientes a Piura, Lambayeque, La Libertad, Cajamarca y Amazonas, prueban —dice el destacado investigador trujillano— *la influencia centroamericana* en las tierras sobre las que florecieron las culturas *Mochica* y *Chimú*. Para Zevallos, el testimonio toponímico es irrefutable; y, amparándose en él, concluye: "La influencia centroamericana sobre Proto-chimú y Chimú... parece cosa comprobada"⁵⁹.

CONTACTOS ARCAICOS

A la lista de los seguidores o simpatizantes de Uhle, hay que agregar la de quienes, sin apartarse en lo fundamental de esta teoría, proponen *un contacto lejano* entre las dos áreas, la centroamericana y la peruana, con entregas mutuas pero predominantemente del Norte al Sur.

Lumbreras dice que, en el estado actual de la investigación, no se sabe, en verdad, si la domesticación del maíz se produjo en México o en el Perú y si la cerámica llegó del Norte o se inventó aquí independientemente de cualquier otro foco originario, "pero lo que sí parece [innegable] es que establecieron *contactos con lejanas regiones* y que de esos contactos surgieron valiosas experiencias para las sociedades". Agrega: esos contactos y una base común a mexicanos y peruanos, caracterizada por una "unidad de pensamiento", dio origen en el Perú a *lo Chavin* y en el Norte a *lo Olmeca*⁶⁰.

Aurelio Oyarzún cita a Jimenéz de la Espada, quien observa que la ornamentación de algunos estilos de la cerámica yunga peruana es muy parecida a la de *toltecas* y *yucatecas*. Los peruanos de la Costa y los yucatecas y toltecas —dice el ilustre paleógrafo español—, "a mi juicio tuvieron contacto y relaciones"⁶¹. Oyarzún se basa en estas observaciones para sostener la *importación cultural*, con una costa peruana, de carácter receptivo. Muchas *figuras de ornamentación*, unas derivadas de ani-

males y plantas, otras de caprichos geométricos —propone— no habrían sido inventadas por los peruanos sino “procederían de la Baja California, de México y Centroamérica y habrían llegado a las costas de Ica y Nasca *por mar*”⁶². Esto último es particularmente importante desde el ángulo de nuestro estudio. Después, *siempre por mar*, por vía comercial y en época preincaica, la civilización peruana habría alimentado a los pueblos de Chile, no tanto en el idioma cuanto en bienes pertenecientes a la esfera de la cultura material y en usos y técnicas⁶³.

De la idea de un contacto remoto, participó también, en estudios aparecidos a fines de la década del veinte, el Padre Guillermo Schmidt, el fundador de la *Escuela histórico-cultural* o de los *círculos de cultura* de Etnología. El P. Schmidt sostiene, como dice Lowie, “la posibilidad de un *contacto antiguo* entre las culturas de la Tierra del Fuego y California (o la Gran Cuenca)”⁶⁴. Agrega Lowie, reseñando las ideas del ilustre etnólogo vienés: “Algunos de los paralelismos que se citan son *sumamente específicos*”, lo que obliga a considerarlos en términos de difusión por contacto directo, sin intermediarios. La costa peruana, a la mitad del camino entre California y la Tierra del Fuego, habría recibido alguna aportación del Norte, pero consistente en elementos de cultura no evolucionados.

Apoya esta tesis de la conexión de los californianos y los fueguinos, Erich M. von Hornbostel (1936), “con argumentos musicológicos”, que también emplea para reafirmar las relaciones de Melanesia y el Perú⁶⁵.

Means sostiene la teoría de las *relaciones arcaicas*, la que dio a conocer en 1917 en un artículo publicado en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*. Mediante esas relaciones arcaicas, el área peruana recibió valiosos donativos del área centroamericana, se enriqueció y aprendió técnicas. “Antes de los comienzos de las civilizaciones semihistóricas en México, Centroamérica y Sudamérica —dice—, floreció durante desconocidos siglos otra cultura, vetustísima en sus orígenes y engendradora de las posteriores civilizaciones. Esta cultura se llama... *arcaica*... y difundió el arte de la alfarería y la agricultura por todas las comarcas de Centroamérica y las regiones septentrionales de Sudamérica...”⁶⁶. En el Perú hay naturalmente manifestaciones arcaicas —señala Means—, lo que parece indicar que hubo ciertas relaciones o influencias entre el Perú y Centroamérica, “... pero los objetos más toscos del tipo arcaico no se descubren en el Perú, lo que es muy natural porque un pueblo en el humilde grado de cultura que poseían los primeros creadores del tipo arcaico no podía emprender tan larga emigración desde Centroamérica hasta Ecuador y el Perú...”.

No obstante, hay que admitir que *algunas migraciones se produjeron en los primeros tiempos de la era arcaica*; pero, en esta

etapa, la *emigración de Norte a Sur* "no era más que un movimiento accidental y vago causado por el afán de nuevas tierras o por la inquietud y desasosiego que caracterizan a los pueblos primitivos después de un cierto grado de desarrollo".

Es lo más probable que las migraciones arcaicas hacia la costa peruana y ecuatoriana, se produjeron *antes del comienzo de la era cristiana, y el mayor ingrediente en el Perú parece proceder de Panamá*, de la provincia de Chiriquí.

En una fase posterior, la relación entre las dos áreas no se interrumpió pero comenzó el desarrollo cultural acelerado de la costa peruana. Dice Means: "Después de la llegada de las gentes del tipo arcaico a la costa del Perú, el grado de cultura comenzó a elevarse poco a poco. *No cesaron súbitamente las migraciones accidentales del Norte hacia el Sur*. Gradualmente, la civilización que llamamos *Chimú* se levantó sobre el fondo de la cultura arcaica. Esta transición debió ser hacia la misma era cristiana, como también la análoga transformación en el Yucatán meridional"⁶⁷.

Así, pues, "los chimúes, los *yuncas* (o *nascas*) y las otras naciones costeñas del Perú fueron en gran parte derivadas del pueblo de la cultura arcaica".

Hombres, culturas y técnicas llegaron del Norte en *sucesivas migraciones*. El surgimiento de la *cultura Chimú* (mejor, *Mochica*) se explica por un *proceso migratorio de Norte a Sur*. Probablemente, si se da crédito a Montesinos, este flujo se produjo en el *tercer siglo de nuestra era*.

Utilizando el método comparativo, se puede decir que "la comparación de la fecha del tipo arcaico en Centroamérica revela que *por los años del nacimiento de Cristo*, más o menos, la cultura arcaica y sus creadores *princiaron a llegar al litoral del Perú* y que una evolución como la de Centroamérica se inició en el Perú, estimulada, de vez en cuando, *por nuevas inmigraciones accidentales del Norte*"⁶⁸.

En suma: para Means, antes y después de Cristo hubo migraciones de Centroamérica al Perú, las que aportaron elementos de cultura de tipo básico. Sobre este fundamento se produjo ulteriormente el desarrollo propio en la costa peruana, con florecimientos que alcanzaron considerable esplendor. Probablemente, por los múltiples e insalvables inconvenientes de la ruta terrestre, *estas migraciones fueron por mar*.

REMOTAS RELACIONES MARITIMAS ENTRE EL PERU Y ECUADOR

Estrada decididamente se pone de lado, con ideas propias muy sugestivas, de quienes sostienen la vinculación estrecha entre

las dos áreas nucleares de la América precolombina: la centroamericana y la andina o peruana; y afirma, como se indicará al detalle más adelante, que en la fase principal del desenvolvimiento de los pueblos antiguos del Ecuador, están vigorosamente presentes los elementos llegados del Norte, *por mar*. Llega a sostener que la base prehistórica que sustenta la nacionalidad ecuatoriana, con una cultura que se desarrolla antes de la era cristiana, es casi íntegramente centroamericana. Pero Estrada se apresura, en la exposición de su teoría, a descartar de plano la posibilidad de una influencia *maya*. En síntesis, su teoría es ésta: relación con Centroamérica, sí; relación con la cultura *maya*, no terminantemente *no*.

“Dentro de las teorías expuestas por varios autores sobre inmigraciones que poblaron Ecuador, mucho se nos habla de los *mayas*. Suficiente con conocer medianamente la *arqueología* y *cronología Maya*, para *descartar completamente tal teoría*. Las fechas originales de la cultura *Bahía* son varios siglos más antiguas que las primeras *mayas*, y las de *Chorrera*, que tienen tantas relaciones con Mesoamérica, tienen un milenio siquiera más de edad. ¿Qué cultura quedaría por lo tanto en Manabí —se pregunta Estrada— para asignarle el posible origen maya? Solamente la *manteña* —se responde—. Mas, justamente en esa cultura no hay complejo de elementos diagnóstico que se le puede calificar de origen maya. El complejo cultural manteño, inconfundiblemente de origen ecuatoriano, es derivado de las culturas más antiguas de su territorio o de sus alrededores”.

Agrega Estrada: “*La teoría maya hoy día no tiene, por lo tanto, base alguna de sustentación*, a menos que la veamos dentro del concepto errado de hace muchos años que genéricamente calificaba de maya a muchas culturas mexicanas...”⁶⁹.

Como el problema ecuatoriano de la vinculación prehistórica con Mesoamérica es semejante al problema peruano y, a mayor abundamiento de razones, forma parte de éste como un capítulo importante, se le trata aquí con alguna extensión.

Mucho tiempo antes que floreciera la cultura maya, pueblos de México y Centroamérica, que la ciencia trata de identificar mediante el examen cuidadoso de sus testimonios, *por la vía del mar*, como cree la mayoría de los investigadores, llegaron a las costas ecuatorianas y pusieron los cimientos de la que, andando los siglos, iba a ser la cultura básica de ese país. Esta cultura básica se la conoce hoy con el nombre de *Chorrera*, por el sitio epónimo de sus principales yacimientos.

Existiendo conexiones culturales, *por mar*, entre Ecuador y el norte del Perú, este hecho del origen de *Chorrera* interesa vivamente a nuestro estudio.

Michael D. Coe, en un estudio sobre las vinculaciones prehistóricas entre Centroamérica y Sudamérica —estudio que destaca

el papel importante jugado por los pueblos antiguos de Guatemala en el desarrollo de la cultura americana (1960)—, “cree —según expone Estrada— en la *migración por mar* de los pueblos portadores de la *cultura Chorrera*, en cuyo caso ellos *habrían arribado al Ecuador 1,800 a 1,500 años antes de Cristo*. El desembarco... pudo haber sido en la provincia de Manabí”⁷⁰.

El supuesto cronológico de 1,800 años antes de Cristo, es en base a los fechados de obsidiana de Evans y Meggers⁷¹.

La *cultura Chorrera*, cuya estación epónima está en las sierras al norte de Guayaquil, ha sido muy bien estudiada por Estrada, y corresponde a la fase culminante y final del *Formativo* ecuatoriano, siendo su posición en el cuadro cronológico de la prehistoria ecuatoriana entre el 1500 y el 500 antes de la era cristiana. En Guayas y Manabí directamente se sobrepone a la cultura *Machalilla*, que le sirvió de elemento intermediario para entroncarse con la primigenia *cultura Valdivia*, la cual, como se ha visto en el capítulo anterior, tiene la cerámica más antigua del continente.

El capítulo *Valdivia* es de capital importancia para Ecuador y para todo el continente sudamericano, incluyendo, desde luego, al Perú. “En el Ecuador —dice el mismo Estrada, descubridor del famoso depósito arqueológico—, la *cerámica comienza con Valdivia*”, cultura que testimonia “*marcadas relaciones con el Perú*” y que, estratigráficamente y por sus fechados de radiocarbono, se ofrece como *una de las cerámicas más antiguas de América* (2,493 antes de Cristo)⁷².

En *Notas sobre la arqueología de Piura*⁷³, Lanning determinó las fases alfareras peruanas *Casitas* y *Paita*, posiblemente conectadas a Valdivia. Los trabajos de Lanning —comenta Estrada— muestran “el posible contacto de la *fase última de Valdivia*. En el *avance hacia el Sur de los pueblos pescadores* de esos tiempos, una lógica *filtración* de elementos surte efecto, y es así que en *Casitas* Lanning encuentra *relación con Valdivia*, con su complejo total...”⁷⁴. Agrega Estrada: “Los tipos de la fase *Paita*... se asemejan mucho a los [ecuatorianos] de *Machalilla*, de los cuales se derivan los tipos más o menos similares de *Chorrera*, que dio origen a *Cerro Nariño temprano* y *Tejar*”⁷⁵.

A la hipótesis de una entrada lenta de pueblos pescadores a la costa Norte del Perú —hipótesis basada en los estudios arriba citados de Lanning—, Estrada añade, sin duda con desmedido entusiasmo por las cosas de su país, la otra hipótesis de un *contacto frecuente entre los pueblos del Ecuador y el Perú*, la mayoría de las veces *por la vía marítima*, contacto largo, no de un momento o de un período tan sólo sino de épocas, con intercambio fecundo de elementos y técnicos.

Volviendo a la *cultura Chorrera*, del período *Formativo*, que representa el momento de la *importación cultural centroameri-*

cana, ella aparece después de Valdivia y Machalilla. Machalilla, como ya se dijo, fue la cultura intermediaria que le sirvió a Chorrera para entroncarse con Valdivia. Básicamente, prescindiendo del grupo intermediario, tras Valdivia se produce una *invasión desde Centroamérica al Ecuador*; y esta invasión determina el nacimiento de la cultura Chorrera, de gran importancia en el proceso de desarrollo de los pueblos y de la cultura del país del Norte. Estrada dice: esta cultura "constituye la base de la nacionalidad ecuatoriana", es de *origen centroamericano* y llega al Ecuador "*muy posiblemente... por rutas marítimas...*", en forma directa, es decir, sin tocar en costas intermedias⁷⁶.

Los emigrantes centroamericanos, salidos, sin duda, de Guatemala y arribados a las costas de Manabí, se desplazaron después hacia el Sur para terminar bifurcándose: una rama por la costa y otra por la sierra. Por estos caminos, tomaron contacto con diversos grupos de vieja tradición alfarera.

La cultura Chorrera presenta "gran abundancia de nexos con el exterior"⁷⁷. Coe, como ya se dijo, pone énfasis al considerar que tal cultura "pudo haber llegado a Ecuador *in toto* por *vía marítima* y *sin escalas ni en Centroamérica ni en Colombia*, desde la costa del Pacífico de Guatemala".

Insiste Estrada: "... muchas de las características Chorrera tienen una presencia más constante en Mesoamérica, esto es, parecen más en ambiente en esa parte del continente americano"; y enumera varios sitios del horizonte Formativo mesoamericano "que tienen mucha relación con Chorrera"; por ejemplo: Chiapa de Corzo, Playa de los Muertos, Tres Zapotes Antiguo, Tlatilco, Zacatenco y La Venta.

En síntesis: *culturalmente, Ecuador, en el Formativo, es Mesoamérica*. La relación es tan estrecha entre Ecuador y Mesoamérica en el período Formativo, "que debería asignarse a Ecuador el calificativo de parte integral de Mesoamérica en lo cultural"⁷⁸. Alrededor de noventa elementos culturales coinciden.

Así, pues, durante el período Formativo (de Valdivia, 2,500 antes de Cristo, a Chorrera, pasando por Machalilla, hasta el 500 antes de Cristo) *la influencia es intensa*, de donde resultan *abundantes nexos con Mesoamérica*. Los contactos fueron *por vía marítima*.

Al período Formativo, en Ecuador, sigue el período llamado por Estrada de *Desarrollo Regional, con la cultura Bahía* (I y II), entre 500 antes de Cristo y 500 después de Cristo.

El tercer período es el llamado de *Integración*, siempre dentro de la terminología de Estrada, con la *cultura manteña*, desde el 1000 después de Cristo, pero, probablemente, con brotes iniciales, desde el 700. Un preámbulo de la cultura manteña en Guayas y Manabí Sur, es la *cultura Chirije*. Pues bien "llegando al período Integración, o sea, a las culturas Chirije y Manta,

aparecen menos las conexiones culturales con Mesoamérica", aunque hay que admitir que esas conexiones no se cortaron totalmente gracias al intercambio comercial, históricamente probado, que mantuvieron los ecuatorianos con Centroamérica, directamente o, lo que parece más probable, por intermedio de los peruanos de Tumbes, Paita y Colán, como lo certifica el testimonio del Piloto Bartolomé Ruiz contenido en la crónica de Sámano-Xerez.

Si a la luz de los estudios de Estrada, resultan tan claras las vinculaciones entre Centroamérica y Ecuador, *por la ancha vía del mar*, puede pensarse que iguales o parecidas vinculaciones se dieron entre Centroamérica y la costa Norte del Perú, también con trasplantes culturales de importancia. Al margen de ello es de destacar, como uno de los principales aspectos del planteamiento de Estrada, el rechazo que ha formulado de la teoría de las *importaciones*, por las gruesas incongruencias cronológicas que esta teoría presenta. Propone, en su reemplazo, una teoría más acorde con el cuadro general de la prehistoria americana.

ALGUNA RELACION, MUY DEBIL

Valcárcel y Horkheimer, entre otros, optan por el camino de la prudencia o de la extrema medida: ni *si* ni *no* en el controvertido asunto de las relaciones culturales entre las dos áreas nucleares de la América precolombina: la centroamericana y la peruana. Temerosamente, rehuyen una decisión abierta y prefieren quedarse en el punto medio de la discusión.

"No hubo contacto entre las dos áreas *en forma directa*" —dice Valcárcel—. Lo último salva de todo compromiso y libera al autor de mayor responsabilidad ante el consenso científico. Añade: "Ninguna [de las dos culturas] aprendió así de la otra. Es curioso cómo no se ha encontrado en Sudamérica ningún objeto fabricado o enviado de México o Centroamérica...". Mas, "no se puede sostener la recíproca: hachas peruanas y objetos de oro peruanos han sido hallados en las áreas septentrionales..."⁷⁹.

En realidad, por consiguiente, Valcárcel no niega la relación entre el Perú y Centroamérica; solamente la *limita*:

a) No fue directa, o sea que intervinieron pueblos de los lugares intermedios.

b) La importación de objetos centroamericanos no fue aceptada en el ajuar funerario, que es el único que conoce a fondo el arqueólogo; y no fue aceptada sin duda por razones mágico-religiosas; en cambio, los pueblos de más allá del Istmo, hasta México, sí conservaron los testimonios de la relación; no tuvieron, como los nuestros, reparos para ello.

c) La relación fue *esencialmente comercial*, de mero contacto para trueque de productos; no hubo intercambio en el campo de las ideas *mayormente*.

Todas las exposiciones de Valcárcel sobre el tema, están rodeadas convenientemente de giros defensivos o tienen escapes oportunos para salvar al autor de mayor responsabilidad. Algo se saca en claro, empero: que hubo una ligera vinculación, en época no precisada, vinculación básicamente comercial; que la influencia fue nula en el campo de la cultura, sobre todo en lo tocante a ideas y técnicas; que, en todo caso, la huella de la comunicación quedó más señalada en el Norte que en el Perú.

"El Perú antiguo no llegó a tener una relación *directa* con Centroamérica. Hasta hoy en nuestro territorio... nunca se ha encontrado un objeto que pueda considerarse como maya, azteca o de cualquier otro estilo mesoamericano, lo que es sumamente significativo. Parece que cualquier *objeto venido de fuera* no [podía] ser asimilado o incorporado en el equipo funerario... por ser cosa extraña que rompía el sentido mágico del ritual. En cambio, probablemente no hubo la misma idea en Mesoamérica, porque se han encontrado en tumbas de Guatemala y aun en Monte Albán, en el propio corazón de México, *objetos de indudable origen peruano*: algunos objetos de oro probablemente Chavín; algunos objetos de cerámica evidentemente peruana, sobre todo en Nicaragua; finos objetos de bronce precolombino que solamente se producían en el Perú... Hay unas hachas de bronce que no eran ya funcionales, es decir que sólo tenían la forma de tales herramientas agrícolas pero posiblemente desempeñaron la función de signo de cambio: se han encontrado con cierta abundancia en Centroamérica. Probablemente, *no han llegado allí por los mismos peruanos sino que es posible que haya habido intermediarios...*⁸⁰.

Para demostrar que la *relación estrecha y directa*, en el ámbito de las ideas, de las realizaciones materiales y de la técnica, *nunca se dio*, ni por momentos, Valcárcel, con un criterio un poco anticuado y siguiendo al pie de la letra a Nordenskiöld, enumera los elementos culturales propios de cada área, es decir, los elementos culturales que no fueron del dominio común. *En el Perú*: llama, cuy, papa, coca, quinua, oca, olluco, balanza, oroya (o puente de cuerdas), hacha de metal en forma de T, hacha con astil perforado, prendedores de varios tipos, macana con incrustaciones, trompeta de arcilla (de forma enroscada), metalurgia del cobre (propia, no imitada), soldadura de cobre con plata, platingo del cobre, huaira o fogón para metales, clavos en la metalística, aleaciones oro-plata y plata-cobre, moldes de madera para repujar metales, hilados de lana, pachas o vasos ceremoniales, chulpas o edificios sepulcrales, piedra sin argamasa, fortaleza de disposición dentada. *En Centroamérica y México*: cochinilla, ca-

cao, pavo, columnas de piedra, arbotante del arco, cemento de cal quemada, arquitectura ornamentada, escultura decorativa en edificios, macana con obsidiana, sillas con respaldo, metates con patas, obsidiana pulida a perfección, herramientas para taladrar, papel, escritura, calendario único, signo matemático del cero, signo matemático negativo, epigrafía cronológica, pebeteros o sahumadores, aballetes, juego del volador, tambores de carey, torno rústico de alfarero, cerámica barnizada.

Si hubiera habido verdadera dependencia entre las dos áreas, estos elementos habrían pasado y el intercambio habría sido completo; pero, no fue así porque cada área mantuvo lo propio. Pero, Nordenskiöld, de quien es la lista precedente, como queriendo poner concordia en el debate, dice que, si bien es cierto —evidente— que no hubo intercambio de realizaciones, de bienes materiales, de objetos, sí hubo *intercambio de ideas*, sobre todo de *ideas generatrices*.

Así también, asediado por el temor a una declaración terminante y prefiriendo, como Valcárcel, el punto medio en el debate y el circunloquio, Horkheimer está por los *simples contactos*, no por la vinculación. “En varias épocas —dice— hubo contacto directo e indirecto, el que finalmente se acentuó por el *intercambio... y por la migración de pequeñas unidades*: pequeñas unidades como la representada por Naimlap y su séquito en la leyenda transmitida por Miguel Cabello de Balboa⁸¹.”

Glosando a Uhle, Horkheimer dice que éste y sus partidarios sostienen que se produjeron *migraciones marítimas* desde Centroamérica hacia las costas del Perú, portando cultura perteneciente al *círculo mexicano-centroamericano*. Las oleadas de inmigrantes vinieron —según Uhle— en diferentes períodos “hasta las orillas de los actuales departamentos de Lambayeque, La Libertad e Ica, contribuyendo en el Norte al desarrollo de la cultura *Mochica-chimú* y, en el Sur, de la cultura Nasca...” Horkheimer repudia esta teoría por exagerada: “Creemos —dice— que no se trató de una verdadera dependencia y de una migración de numerosa gente culturalmente avanzada desde Mesoamérica a las costas peruanas, sino que *el paralelismo se originó por convergencia*, aumentándose posteriormente *por contactos* que se establecieron mediante la *migración de grupos poco numerosos* y, sobre todo, mediante el *trueque* y que transmitieron influencias mutuas desde el Norte al Sur y viceversa...”⁸².

En la primera de sus obras, sin embargo⁸³, publicada en 1944, Horkheimer se mostró dúctil a aceptar, quizá por un conocimiento todavía superficial del problema, la influencia centroamericana en la costa Norte. Presentando un cuadro panorámico de la prehistoria peruana y la sucesión de las edades y períodos, expuso que después de la época de dominación serrana con Huari o Tiahuanaco, “los costeños recuperaron su independencia de la

Sierra. Probablemente, llegaron *nuevas influencias desde el Istmo centroamericano* o del Norte de la América del Sur, que desalojaron el dominio serrano de la Costa y participaron en la formación del nuevo estrato cultural⁸⁴. No descuidó tampoco la participación efectiva de los grupos inmigrantes en la formación de la nueva sociedad: en la cultura mochica-chimú “suponemos que la producción de la alfarería y tejeduría finas y, tal vez, de toda la metalurgia, era trabajo de clanes particulares. Precisamente, estos clanes eran los *inmigrantes que a la costa norteña habían traído los superiores conocimientos tecnológicos y que bajo las condiciones de su nuevo ambiente modificaron y desarrollaron las industrias...*”⁸⁵.

En suma: Horkheimer rechaza la teoría de Uhle de las importaciones culturales centroamericanas (aunque, contradiciéndose, acepta la participación, en el proceso formativo de las culturas regionales de la Costa, de *inmigrantes* portadores de “superiores conocimientos tecnológicos”); admite *contactos*, directos e indirectos (como para ponerse de acuerdo con todos los participantes en el debate); y, sin mayor prueba, dice que la llegada de los grupos centroamericanos fue en pequeño número. Finalmente, después de todos los reparos, propone, a la inversa de Uhle y un poco a la manera transaccional de Valcárcel, una *corriente de influencia peruana hacia Centroamérica*. Contra la tesis de Uhle —dice—, hay que pensar en la posibilidad de una *irradiación desde la costa peruana*, por intercambio de productos, hacia el Norte, “produciendo analogías culturales hasta Centroamérica”⁸⁶.

Yacovleff, acucioso analizador del arte Nasca y erudito estudioso de la prehistoria peruana, sin adoptar una posición determinada ni pronunciarse por tal o cual teoría, dejó entornada la puerta para la importación cultural centroamericana.

Enfocó el asunto desde el ángulo de su estricta especialidad: la cerámica Nasca. El arte cerámico Nasca —dijo—, eminentemente pictórico, escasa o rudimentariamente escultórico —escultórico por excepción—, se distingue por la representación de “un personaje mítico, más o menos definido, que se presenta materializado en innumerables variantes dibujadas o modeladas”⁸⁷.

La figura, aunque muy convencionalizada, permite, sin embargo, distinguir las partes componentes del personaje: cabeza, tronco, extremidades, adornos, atavíos, atributos.

Se ha discutido largamente acerca de *qué representa* este ser mitológico. Max Uhle, descubridor *in situ* del estilo Nasca, creyó que el monstruo era resultado de una *fusión de hombre y escolopendra* (milpiés). Esto lo dijo en 1904. Después admitió aceptando a Tello, que la figura tenía *elementos felínicos*.

En 1923, Eduardo Selser sostuvo la teoría de la *serpiente dentellada*, a veces en combinación con el *gato manchado* (o sea, con elementos felínicos igualmente).

Tello, especialmente desde 1923 con la publicación de *Los antiguos comentarios del valle de Nasca*, vio en el monstruo únicamente la figura del felino, "tal vez el jaguar". Rechazó de plano la teoría de Seler de la serpiente dentellada.

P. A. Means coincidió con Uhle: la figura, dijo, es la representación del *cientopíes*.

Walter Lehmann, en 1924, se inclinó por la teoría de Seler de la *serpiente dentellada*, y en base a esta suposición *relacionó Nasca con Moche*. Dijo: "Grande es el contraste entre la cerámica bicolor de Trujillo y Moche, por una parte, y la policroma de Ica-Nasca, por otra. Pero, según lo ha demostrado Uhle, tal contraste es más exterior que interior, pues en realidad los *hombres miriapodos* de Moche recuerdan los míticos *portadores de serpientes* de Nasca".

Pero —como observa Yacovleff—, fue más allá Lehmann: relacionó Nasca con Moche, y *ambas con México*. Consideró "la existencia de la *serpiente dentellada* o *emplumada* como una de las pruebas de las *relaciones culturales entre América Central y el Perú preincaico*". Dijo Lehmann: "*La posibilidad de una influencia tolteca en el Perú la insinúa la culebra emplumada de Nasca...* La semejanza de la figura [contenida en el] Codice Vaticanus A con las representaciones de Nasca, es muy notable".

De lo expuesto, concluye Yacovleff: "Establecida así la analogía aparente entre las representaciones de Nasca y Moche por un lado, y las de América Central y México por otro, muchos de los investigadores modernos la citan como prueba de la existencia, *en cierto período remoto, de relaciones culturales y mutuas influencias entre Sudamérica y la América Central*"⁸⁸.

En un paralelo hecho por Walter Krickeberg entre las culturas peruana y mexicana (1928), que cita Yacovleff, se lee:

"*No es difícil señalar paralelos entre el Perú y la esfera cultural del Norte para muchas de las formas de deidades...* Entre las figuras mitológicas de los pueblos de la costa peruana, aparecen el zorro, el *milpiés*, el gato montés y la *serpiente de cuerpo dentellado* (Nasca), formas que admiten comparación con los dioses y demonios mexicanos...".

MUTUA INFLUENCIA

Krickeberg considera que ambas áreas, la centroamericana y la peruana, en lo esencial, fueron independientes, poseedoras de complejos culturales autóctonos cuyos elementos básicos o representativos no se difundieron; pero, por comercio principalmente intercambiaron algunos productos y bienes de cultura. La influencia, por consiguiente, se dio, pero limitada y no en un solo sentido sino de manera recíproca.

RELACIONES CULTURALES ENTRE EL PERU Y CENTROAMERICA

“No cabe duda que las altas culturas antiguas” (del período clásico: Mochica y Nasca), “de igual modo que las ecuatorianas, tenían relaciones con Mesoamérica... Esto se comprueba —explica Krickeberg— no solamente a base de los *objetos mesoamericanos importados* descubiertos en sepulturas peruanas (especialmente materiales para joyas, como conchas de la especie *Spondylus pictorum*, que exclusivamente viven en las costas de Mesoamérica, turquesas y jadeitas), sino también por las *formas artísticas* inconfundiblemente mesoamericanas: pirámides escalonadas y vasijas trípodes; figuritas de piedra arcaicas de Huairás (en el Callejón de Huaylas) que recuerdan de manera muy llamativa las esculturas *premayas* del Oeste de Guatemala; vasijas de barro que representan figuras de hombres o animales, de las culturas paleo y neochimú (Mochica), *las que tienen sus paralelos en las regiones zapoteca y maya*; y, finalmente, muchas figuras del panteón del arte paleochimú y nasca (dioses barbudos, demonios con figura de zorros o felinos, serpientes con cabezas en sus dos extremos).

“También en los mitos de los pueblos de la Costa peruana... se hallan muchos extraños paralelismos con México; y tal vez hasta los cálculos con *cordales de nudos* en el Perú han tenido un origen en parte influido por la escritura con guarismos de los mayas...”⁸⁹

Esto, por lo que toca a la influencia de México sobre el Perú. La corriente opuesta, del Perú hacia México o Centroamérica se manifiesta patente —dice también Krickeberg— en muchas formas alfareras y en varios sistemas de decoración de las vasijas mexicanas, pero, sobre todo, en el arte de los metales. “*Parcialmente de origen peruano era... la metalurgia mexicana* de un carácter muy reciente y rudimentario en comparación con el Perú”.

Explica Krickeberg en otra parte de su conocido tratado: “La extracción de cobre y estaño de sus minerales, así como el vaciado de cobre y bronce, *se inventaron en la altiplanicie peruano-boliviana* y sólo en fecha tardía llegaron a difundirse hasta Centroamérica” (por el 1000 o 1200 de nuestra era)⁹⁰.

Pero, fuera de los elementos citados, faltan otros de significativa importancia, y estas ausencias son terminantes y prueban que, en términos generales —a pesar de las afinidades—, el desarrollo de las dos áreas fue “esencialmente independiente”. He aquí un breve balance:

	Perú	México
Escritura	No	Sí
Arquitectura	Sencilla	Ormamentada
Balanza	Sí	No
Papel	No	Sí
Vela para navegación	Sí	No

En conclusión: sólo se habrían producido *contactos comerciales* y, en un principio, *contadas prestaciones*, como la del arte de los metales, del Perú a México. Las prestaciones mexicanas al Perú habrían consistido principalmente en formas y técnicas artísticas.

La ligera influencia mutua se habría producido —indica el mismo Krickeberg— *por mar y casi directamente*, porque faltan en las costas intermedias —en Colombia, por ejemplo— los testimonios del paso. Colombia, en este intercambio, fue marginada porque en ella faltan, como observa Krickeberg, “aquellos metales puros o aleaciones que México y el Perú tenían en común” y “ciertas formas de utensilios, por ejemplo hachas planas de cobre y cuchillos de cobre delgados en forma de *T, tumis*”⁹¹.

Kroeber piensa lo mismo que Krickeberg: con muchos reparos —temores—, se inclina por el intercambio, por el préstamo mutuo; pero, en lo esencial —afirma—, México (con Centroamérica) y el Perú tuvieron sus propios desarrollos; fueron áreas independientes. Se advierten, empero, signos inequívocos de *contactos*; por ellos, algunos trasplantes se efectuaron, los cuales tuvieron diverso grado de penetración o influencia. Por ejemplo: por estos contactos llegó del Perú a México, en época relativamente tardía, la metalurgia. Pero, en un punto discrepa el eminente arqueólogo de Berkeley de la opinión anteriormente expuesta de Krickeberg: en los contactos, que seguramente se efectuaron por la *vía marítima*, las tierras intermedias jugaron un determinado rol; y así resultan participando en el juego los *chibchas*.

La entrega del bronce es un hecho incontrovertible. La invención del bronce —dice Kroeber— se produjo “en o cerca de la altiplanicie boliviana, que es rica en estaño. De allí su uso se difundió a la altiplanicie peruana, después a la Costa, más tarde al Norte hasta el Ecuador y, finalmente, a México, *quizá mediante contactos marítimos...*”⁹². Recíprocamente, México aportó diversos elementos, los que llegaron al Perú a través de los *chibchas*, que oficiaron de grupo de enlace⁹³. La *vía marítima* también fue la principal y la costa colombiana operó como estación. Sobre base arqueológica, Kroeber señala una “*relación mayoide* en el arte de Chavín, posible influencia mexicana en las pirámides en forma de terrazas de los chimúes y varias otras semejanzas menores entre las dos regiones”⁹⁴. El estilo más significativo del Perú para tratar el tema de la posible influencia maya, lo considera Kroeber el *Chavín*. Justamente a sus llamadas de atención fue que Tello cedió en parte y llegó a admitir, como consta en uno de sus principales escritos (que después uno de sus discípulos trató de adulterar), que la cultura lítica Chavín, en el Perú, “es la única que tiene un lejano parecido con la centroamericana”⁹⁵, afirmación sorprendente si se tiene en cuenta que el sabio arqueólogo nacional defendió cerrada y tenazmente la tesis au-

toctonista de la civilización peruana a todo lo largo de su privilegiada existencia.

Kroeber dice que "básicamente, está bien establecido que la cultura indígena del Perú... es una sola: *un solo y amplio desarrollo quizá enteramente autóctono*". Pero, admite a continuación que "también se ha puesto en claro que, mediante orígenes comunes o *mediante inter-influencias*, cuyo curso exacto no ha podido ser determinado, esta cultura andina y aquella de Guatemala y la parte meridional de México poseen *relaciones más distantes*"⁹⁶.

La *vía marítima* sin duda contribuyó a favorecer o permitir esas inter-influencias. Por lo menos, es una vía que no debe ser descartada cuando se estudian las *similitudes por difusión* que aparecen en las áreas andina y centroamericana.

Montandon, también, propone *relaciones mutuas* —según él, activas y sistemáticas— entre las dos áreas culturales; en medida tal que llegó a formarse un *círculo de cultura peruano-mexicano*, caracterizado por una serie copiosa de elementos comunes, en muchos de los cuales ambas regiones alcanzaron notable desarrollo⁹⁷.

CHAVIN ALOCTONO: ORIGEN MEXICANO

Federico Kauffmann, alentado por el auge que en los últimos tiempos ha cobrado la *corriente difusionista* —incluso en los círculos norteamericanos, reacios antes a admitirla, a diferencia de los círculos europeos, que siempre la favorecieron con amplia y, no pocas veces, entusiasta acogida—, ha propuesto el *origen alóctono de la civilización Chavin*.

Para Kauffmann, la vieja cultura Chavín —que Tello consideró como la *cultura matriz del Perú*, tronco de todas las demás y originada aquí, sin influencias extrañas, y con ingredientes exclusivamente andinos— *no es autóctona*. Cree que Chavín procede de Mesoamérica. Por eso, su teoría es *aloctonista*.

Kauffmann considera que "los restos señalados como anteriores a los vestigios Chavín... aparecen desligados culturalmente de lo que constituye la *alta cultura peruana* o *andina*, que se desarrolla precisamente a partir de Chavín". De donde: "*No puede sostenerse a la luz de los resultados de la investigación actual... que Chavín haya sido producto de una evolución autóctona...*". Agrega Kauffmann que lo que los arqueólogos llaman *pre-Chavín*, "solo es *pre-Chavín en el tiempo*, debido a que el material que han exhumado *no muestra vestigios de contener los antecedentes de la cultura Chavín*".

Los fundamentos en que se apoya esta teoría —por muchos considerada inconsistente— son:

a) En el Perú no se dan los antecedentes Chavín.

b) El período *Formativo* es más antiguo en México y Ecuador que en el Perú: allá, en México, se da por el 1700 antes de Cristo; acá por el 900.

c) Mientras el *Formativo* mesoamericano es *normalmente* lento, el peruano es *inusitada* y *anormalmente rápido*.

d) Las analogías cuantitativas y cualitativas de Chavín y las culturas del *Formativo* mesoamericano son sorprendentes: lo que fue *elaborado lentamente*, merced a un no alterado proceso natural, en Centroamérica, *llegó bruscamente al Perú*.

Llegó: he ahí la médula de la teoría. Propone Kauffmann considerar a Chavín —la vieja y ciento por ciento peruana *cultura matriz* de los Andes según Tello— como una *cultura importada*. Con Kauffmann, por consiguiente —aunque de una manera distinta—, revive la antigua teoría, tan golpeada y, al final, por Tello, Kroeber y otros, desacreditada, de Uhle, de las *importaciones culturales centroamericanas*, que constituye el tema central de este capítulo. Uhle, en los comienzos de este siglo, como bien se recuerda, propuso el *origen maya* de las llamadas *culturas clásicas* del Perú: Mochica, en la costa Norte, y Nasca, en la costa Sur. Kauffmann no acepta esto: no fueron Mochica y Nasca las culturas originadas en México y Centroamérica *sino Chavín*, cultura más antigua, verdadero tronco cultural del Perú. Durante Chavín hubo comunicación con el Norte, y el Perú fue *región receptiva*; después, la comunicación se cortó (Kauffmann no explica por qué) y todos los restantes florecimientos culturales, a partir de ese momento, fueron plenamente autóctonos⁹⁸.

La influencia de México y Centroamérica, que a la postre daría como producto la cultura Chavín, llegó primero en forma de *entregas preliminares* de la experiencia mesoamericana. La fuerza de esta influencia no fue grande y no alcanzó a imponerse a los grupos precerámicos. Sólo más tarde se presentó Chavín, “de modo vigoroso y definitivo”.

Las *entregas preliminares* fueron: *maíz, telar verdadero y cerámica*. Las primeras manifestaciones de la cerámica fueron *imitación imperfecta* por incapacidad y falta de habilidad manual de los primeros aprendices.

Entre los años 900 y 700 antes de nuestra era, *llega de pronto Chavín*, perfectamente elaborado, maduro. Llega como un “complejo cultural” *importado*, el cual domina por un milenio en el Perú, manteniéndose vigente hasta el 300 después de Cristo.

En suma: para Kauffmann, todo lo *Chavín* —no solamente el *sitio*, sino el *horizonte*, la *edad* (un milenio, como se acaba de decir)— *es foráneo*, legado de fuera; concretamente, *mexicano*.

Tocante a la ruta, que es un punto que vivamente interesa, Kauffmann dice que la experiencia mesoamericana “se introdujo por caminos desconocidos”. Debieron ser, sí, fuera de duda,

sucesivas oleadas las que portaron esa experiencia: oleadas de hombres, grupos en movimiento, *inmigrantes*. Kauffmann habla de inmigrantes en proceso de adaptación al nuevo medio, familiarizándose con él.

¿Puede pensarse en un movimiento *por la ruta del mar*, teniendo en cuenta, como circunstancia muy importante, la época? ¿Puede pensarse que, paralelamente a un desplazamiento por tierra, difícil en todos los casos por la geografía de los tramos a recorrer, *se movieron los grupos por el mar*, tomando contacto con el nuevo medio primero por la Costa y, después, por la Sierra?

He ahí un aspecto del problema, que la teoría aloctonista no ha tomado debidamente en cuenta. En todo caso, la *via marítima* no ha sido descartada por ella⁹⁹.

Engel está, en mucho, de acuerdo con Kauffmann. Ambos representan en el Perú la posición contraria a la tesis con tanto sentimiento y tanta vehemencia defendida por Tello y sus continuadores. En su estudio sobre Paracas, de 1966 —que no es un modelo de exposición ordenada pero que contiene, sí, los juicios fundamentales de su pensamiento—, Engel, con discreción, casi temerosamente, dice que “el arte Chavín... presenta semejanzas con el arte del Sureste de México...”¹⁰⁰. En su libro siguiente, también de 1966, titulado *Geografía humana prehistórica*, que contiene principalmente los resultados de sus excavaciones en la quebrada de Chilca, aunque no aborda con amplitud el problema, dedica unos párrafos para sugerir, ya con seriedad de teoría, el *origen centroamericano o mexicano de Chavín*. Dice primero: “Según ciertos arqueólogos, Chavín sería una cultura amazónica, más precisamente de la Montaña...” Después recuerda: “Tello sugirió una penetración [de la cultura Chavín] hasta el Ecuador, mientras que otros científicos [han observado] semejanzas de las piedras grabadas chavinoides con las de San Agustín, en Colombia”¹⁰¹. Pero, tras estas breves referencias introductorias, destaca la probable *conexión de Chavín con México*, diciendo enfáticamente que “es con las obras arquitectónicas y artísticas encontradas en *La Venta*, en *Monte Albán* y en otros lugares del territorio mexicano, que notamos las mayores semejanzas con el Chavín. El *Lanzón* de Chavín de Huantar se encuentra grabado en la cara de un hombre representada en una vasija de piedra de *La Venta*. El templo de *Malinalco*, ubicado en el Estado de México, reproduce el plano del templo de *Puncurí Bajo*, en el valle de Nepeña. No se pueden negar las semejanzas que se notan entre los templos de *Monte Albán* y *Moxeque*; entre los *danzantes* de *Monte Albán* y los hombres grabados en los monolitos de *Sechín*”¹⁰².

Engel, avanzando en la exposición de sus ideas —que, como se ve, en mucho concuerdan con las de Kauffmann—, sugiere pri-

mero la posibilidad de que Chavín no haya sido un florecimiento de raíz autóctona, brote de la *propia tierra americana* (¿origen asiático?), y, luego plantea como posibilidad más concreta el origen procedente del Norte, de Mesoamérica, de México.

“Chavín —expresa— fue una etapa de prosperidad artística, con la que apareció el uso de la piedra pulida, del hueso, de la madera, de la cerámica escultórica y de la cerámica pintada antes y después de la cocción. Convendrá acumular datos que permitirán darnos cuenta si se trató de una evolución normal, consecuencia del desarrollo de la agricultura o *Isi* fue consecuencia de los *aportes de una cultura distinta*”. Es decir: o un *desarrollo propio*, sin influencias ni ingredientes extraños. O una *importación cultural*, desde un determinado foco allende las fronteras del área peruana.

Al final, Engel propone, utilizando un lenguaje no sólo tentativo sino indirecto, con rodeos: “Futuros descubrimientos indicarán, quizá, *una conexión entre la costa Este de México, el Caribe, el Amazonas y el Perú*. Tal conexión explicaría una penetración del *maíz* y de la *cerámica* del Este al Oeste y del Norte hacia el Sur en el territorio peruano”.

Entonces, *del Norte y del Este* —por las selvas, por los ríos, *no por el mar*—, el Perú habría recibido tres aportes fundamentales: la *cerámica*, el *maíz* (con su estructura tecnológica al servicio de la agricultura) y el *estilo Chavín*, no mera modalidad artística sino *amplio complejo cultural*, con bienes materiales de diversa naturaleza y, particularmente, ideas, principios y concepciones, una verdadera *Weltanschauung*.

Mientras Kauffmann no cierra la *via maritima* como probable ruta de ingreso de las influencias mesoamericanas, Engel sí parece cerrarlas, aunque explícitamente no lo dice. Pero, es claro que viniendo *lo Chavín*, con la *cerámica* y el *maíz*, *del Este* y *del Norte*, el mar queda de hecho excluido.

LA TEORIA DE LA “MAREA CULTURAL”

Esta teoría es de Jacinto Jijón y Caamaño, arqueólogo y erudito ecuatoriano que tiene contribuciones muy importantes a la arqueología americana y, particularmente, a la peruana, y fue formulada en 1929¹⁰³. Dice que una “*gran marea cultural* en época muy remota se extendió desde Mesoamérica hasta Huaraz y Lima y llegó a hacer sentir sus efectos en la cultura argentina de Barreales, o sea, en la llamada *alfarería draconiana*”¹⁰⁴. De un mismo foco partieron influencias que llegaron por el Norte al país de los mayas (Yucatán) y a México y, por el Sur, al Perú, hasta Lima.

Esta es una de las tantas maneras como el artista mochica representa en sus pictografías el caballito de totora. La "anatomía" de la balsa, como dice Kutscher, "no ha variado nada" y hoy vemos caballitos "surcar el agua con la misma gracia con que hace cientos de años rompían las olas del litoral mochica". La única diferencia está en la deformación mitológica que pone en los extremos arrufados de la balsa cabezas de dragones de lengua bifida. (Dibujo: Arturo Jiménez Borja, Moche, Lima, 1938).





En el curso de los siglos, desde *época muy remota*, se produjeron *cuatro oleadas* o *mareas* sobre el territorio sudamericano, a saber:

a) *Una oleada cultural primitiva*, representada por grupos embrionarios, de nivel muy bajo, como los pescadores primitivos de Arica y los fueguinos.

b) *Una oleada arcaica*, derivada de la cultura que inicialmente floreció en el valle de México y representada en Sudamérica, tras la expansión, por grupos muy atrasados pero de un nivel superior al de los pescadores de la primera era. Son los pescadores —comenta Uhle¹⁰⁵— de la Costa peruana, “ya con principios del uso de la alfarería”. En el Ecuador, esta oleada produjo proto-Panzaleo I.

c) *Una oleada chorotega*, que fue la *primera ola* o *marea de alto desarrollo* *venida de Centroamérica*. A esta ola o marea siguió casi de inmediato otra, de origen maya. Con frecuencia, los *elementos chorotegas* aparecen en el Ecuador y el Perú mezclados con los *elementos mayas*, siendo muy difícil la separación o aislamiento de los mismos. La corriente chorotega, pura, dio en Ecuador proto-Panzaleo II, y, profundamente mezclada con los elementos mayas de la cuarta oleada, dio en el Perú las culturas *Chavín* y *Tiahuanaco*. En lo esencial, pues, Jijón y Caamaño ve elementos mesoamericanos, de doble procedencia, en Chavín particularmente.

d) *Una oleada mayoide*, que “ha podido dejarse sentir —dice Jijón y Caamaño— en *distintas oleadas* y, que se puede fechar entre *el primero y el sétimo de nuestra era*”.

Jijón y Caamaño fundamentó con argumentos muy ingeniosos y pruebas sólidas su teoría de la *marea cultural* que barre el continente sudamericano en su lado Noroccidental (Perú y Ecuador), y dejó abierta la posibilidad de *un avance por mar*; pero, a poco del ingreso de la teoría a los cenáculos científicos, tuvo que hacer frente, con poca fortuna, a los duros ataques que le aplicó Lothrop. En la opinión de éste, la teoría adolece de gruesas fallas de correlación cronológica, el mismo pecado de la teoría de Uhle de las importaciones culturales centroamericanas. El ilustre profesor de Harvard demostró que lo maya no era tan antiguo como para haber engendrado las culturas peruanas proto-Chimú y proto-Nasca, que florecieron desde los primeros siglos de la era cristiana.

RIVET Y LOTHROP: METALURGIA PERUANA EN MEXICO

“La industria de los metales fue introducida en México *ya elaborada*, en posesión de todos sus medios técnicos, y tal importación vino de la *Costa peruana... por vía marítima*”¹⁰⁶.

Según Rivet, el mar sirvió de enlace entre las áreas peruanas y mexicanas para la difusión de uno de los elementos culturales más importantes de la América precolombina. En el Perú se inventó la técnica, particularmente la del bronce, y del Perú pasó *por mar* (migraciones, movimiento comercial: no está claro) a Centroamérica y México. Cuando las avanzadas culturales o comerciales llegaron a México portando sus elementos, la metalurgia estaba plenamente desarrollada; llegó, por lo tanto, madura, perfeccionada, con "todos sus medios técnicos".

Juan Comas sigue a Rivet y hace suya la teoría. "Por lo que se refiere a Mesoamérica —dice—, parecen existir los mismos elementos metalúrgicos que en la región andina. La opinión más generalizada es que *la industria de los metales fue introducida en México, ya elaborada, en posesión de todos sus medios técnicos, y tal importación llegó de la Costa peruana... por la vía marítima*"¹⁰⁷.

La investigación reciente revela que el Perú estuvo a la cabeza, en América precolombina, en el arte de los metales. Hizo descubrimientos básicos (aunque los difusionistas europeos como se ha visto en el capítulo anterior, insisten en que la metalurgia americana, y por ende la peruana, fue trasplante de la asiática, basándose para tal afirmación principalmente en la compleja técnica del bronce); perfeccionó técnicas venidas de otros focos del continente; desarrolló el uso de las aleaciones para obtener la máxima facilidad en el tratamiento de los metales; y, finalmente, como coronación de todo este esfuerzo desplegado por siglos, alcanzó uno de los sitios más encumbrados en la metalística, la orfebrería y la fabricación de joyas con piedras y metales preciosos. El oro precolombino peruano ha alcanzado fama en el mundo entero.

Esta metalurgia conoció el *cobre*, cuyo uso fue general, en todas las regiones y por parte de casi todas las culturas; el *oro* y la *plata*, el *estaño* y el *plomo* y también, aunque muy escasamente, el *hierro*, de origen meteórico. El oro se trabajó con remarcable éxito desde la época Chavín, unos mil años antes de la era cristiana, como lo han demostrado Bennett y Bird. Es el metal, en la metalurgia peruana, de más lejana estirpe por consiguiente. El cobre, como se acaba de decir, tuvo un uso generalizado tanto en la Costa como en la Sierra, pero muy rara vez puro; casi siempre en aleación con el oro nativo, en muy variados porcentajes. La *tumbaga* (oro, plata y cobre), aunque de origen guayano-caribe, también fue de conocimiento de los antiguos peruanos, que la utilizaron para hacer preciosas piezas de adorno y objetos suntuarios. En su manejo destacaron, como lo ha hecho ver Valcárcel, los antecesores de los chimúes.

En el laboreo de los metales se descubrió que las aleaciones rebajaban considerablemente el punto de fusión. Así, agre-

gando cobre al oro se bajaba de los 1,100 grados C. a los 800 grados, aproximadamente.

La plata "corresponde esencialmente a la Costa peruana". Se la encuentra, como ofrenda, en los depósitos funerarios de antes de la era cristiana (por ejemplo, en Paracas); después, escaló los Andes y se dio, en abundancia, en Tiahuanaco, pero algunas técnicas no se difundieron y quedaron, por lo tanto, sólo en la Costa, como el *chapeado*.

El uso del plomo estuvo muy extendido, hasta la época de los Incas.

Entre las aleaciones, una de las más importantes fue el *bronce*, cuya invención se produjo, sin duda, en el altiplano del Collao, hacia el lado de Bolivia, donde abunda el estaño. Fue, probablemente, en la época Tiahuanaco. Pronto el bronce se propagó, dadas sus ventajas, y llegó, por la costa, hasta al país Chimú, donde se generalizó.

Rivet expuso por primera vez su teoría sobre la metalurgia americana en 1923: "... el centro del descubrimiento de la aleación de oro nativo y cobre —dijo— ha sido la Guayana" o, mejor, "toda la inmensa región comprendida entre el Orinoco y el Amazonas". La *tumbaga* estuvo en el origen mismo de la metalurgia: oro argentífero con cobre, llevada a Colombia por invasores caribes de los Andes.

El movimiento difusor fue, entonces, de Este a Oeste, vale decir, de la selva a la cordillera, y de la cordillera al litoral del Pacífico: esto, tanto en Colombia como en el Perú.

Pero, además de las olas migratorias de las tierras bajas hacia los Andes, Rivet, por la misma época, admitió, dentro del cuadro general de los movimientos de pueblos, "una invasión de Centroamérica . . . que no sólo introdujo rasgos culturales de aquella área sino difundió la técnica metalúrgica colombiana sobre el Perú"¹⁰⁸.

Años más tarde, en 1946, Paul Rivet y H. Arsandaux publicaron *La metalurgia en la América precolombina*. En esa obra, Rivet insistió en su teoría, ya anteriormente esbozada, pero perfeccionándola: el centro del descubrimiento de la aleación del oro y el cobre fue la Guayana. Por lo tanto, tuvo el empleo del oro un origen caribe-arahuac, y la técnica llegó por invasión de pueblos caribes a la cordillera. Subrayó, además, Rivet el carácter *autónomo* de la metalurgia americana con respecto a la del Viejo Mundo. "Todo demuestra —dijo— que es el indio quien ha descubierto todos los metales, todas las aleaciones y todas las técnicas que ha utilizado en épocas precolombinas . . .".

El Perú fue otro de los focos principales de la metalurgia americana, tan importante, en la opinión del sabio francés, como la Guayana. Foco, además, de irradiación: del Perú partieron

hacia el Norte las técnicas, las modalidades de trabajo y los porcentajes de las aleaciones. Para la metalurgia del cobre, sobre todo, fue un gran centro difusor.

“Según Rivet —explica el notable especialista colombiano Pérez de Barradas—, la metalurgia peruana, reforzada por las técnicas de origen colombiano, *fue llevada a México por vía marítima*. Por vía terrestre no pudo tener lugar puesto que en los países intermedios no se conocían ni la plata, ni el estaño, ni el plomo, y faltan tanto el bronce como los objetos bimetálicos, esto es, hechos en parte de oro y plata”¹⁰⁹.

Entonces, la costa Norte habría sido la zona de partida de la corriente que llevó la metalurgia peruana a Centroamérica y México, y *el mar, escenario de esa fundamental conducción*.

La teoría de la metalurgia americana precolombina de Rivet, por lo tanto, señala, para el proceso difusor, una dirección opuesta a la sugerida por Uhle y sus continuadores: deja el Perú de ser un país importador de bienes culturales para convertirse en un país exportador de normas para el laboreo y uso de los metales.

Más, se plantea un problema, y es el siguiente: ¿puede admitirse, en el estado actual de nuestros conocimientos sobre la navegación prehispánica en la costa occidental de Sudamérica, el envío, por mar, de ideas, técnicas y bienes culturales desde el Perú hasta México o Centroamérica? ¿Estaban los pueblos de la costa peruana en condición de cumplir travesías hasta aquellas latitudes del hemisferio Norte, portando influencias y elementos en medida tal que pudieran allá ser acogidos y aprovechados? ¿Fue posible, sobre todo, que *a los comienzos de la era cristiana*, en los primeros siglos, cuando floreció la cultura mochica, ese tráfico marítimo de bienes culturales, ideas y técnicas alcanzara tan lejanos destinos?

Lothrop, preocupado sobre todo por la cronología de esa difusión, no está de acuerdo con la teoría de Rivet sobre el préstamo peruano a México de la metalurgia en el *primer milenio* de la era cristiana. *Rechaza de plano, especialmente, la posibilidad de que ese préstamo se haya efectuado por la vía marítima*. Argumenta —sin considerar que las influencias pudieron ser de ideas o técnicas y no de estilos, formas o tipos de fabricación— que el arte mexicano, de haber recibido en esa época, como se sostiene, la metalurgia de los peruanos, habría reflejado los estilos del país de origen, lo cual no ocurre, salvo en contados casos (como en el de las piezas de Zacualpa, que bien podrían ser consideradas como objetos llegados a México por *comercio tardío*, del cual sí hay evidencias y registros históricos).

Va más allá Lothrop: dice que, prescindiendo de la idea de migraciones —idea inaceptable desde todo punto de vista—, *no*

cabe pensar ni siquiera en un envío de tipo comercial, antes del siglo X de la era cristiana, de objetos de oro peruanos, específicamente mochicas, a México, porque en ese pueblo (en los mochicas) "no había espíritu de comercio ni embarcaciones adecuadas" para largas travesías oceánicas. Lothrop dice que los mochicas sólo tenían balsas de cañas o de haces de juncos, para una o dos personas, máximo, y extraordinariamente para tres, que carecían de timón y de velas y que, por lo tanto, eran completamente impropias para viajes largos. Quienes están de su lado agregan que aun las balsas grandes, acopladas, de doble cubierta, cuya existencia está probada por los testimonios pictográficos en los vasos globulares de asa-estribo, bicromos —balsas con capacidad para una numerosa tripulación y que los reyes usaban en las guerras para conducir rehenes—, no habrían podido navegar hasta las latitudes centroamericanas.

Así, pues, la argumentación en contra de un proceso difusor de la metalurgia peruana, específicamente mochica, a México —lógicamente, por ser *mochica*, antes del siglo IX de nuestra era— parece ser definitiva, tanto en la palabra de Lothrop como en la de otros especialistas, y no admitir réplica. La argumentación, sobre todo, resulta concluyente en la parte que se opone a un préstamo peruano por la vía marítima.

Pero, "en Panamá y el Sur de América Central —expresa el mismo Lothrop— *hay rasgos artísticos claramente peruanos* que aparecen en los dibujos de la cerámica y del metal, principalmente en el área de Coclé, Veraguas y Nicoya. En el Perú, esas formas pueden considerarse como del post-Tiahuanaco. Su presencia más al Norte puede atribuirse, en parte, a *infiltración por tierra* a través del Ecuador y Colombia y, en parte, al *comercio por mar*, del cual hay récord histórico en el siglo XVI... *La metalurgia también llegó del Sur a América Central y México.* Las fechas en el Perú para metales son antiguas; en México, en cambio, muy tardías (fines del Antiguo Imperio, 850 después de Cristo)"¹¹⁰.

De lo expuesto se deduce que, en realidad, Lothrop no está en contra de la teoría que explica la metalurgia mexicana por préstamo de la peruana sino sólo *en contra de un trasplante de la época mochica*, antes del siglo X de nuestra era, lo que revela, como acotábamos, que su principal preocupación en torno al problema y en torno a las ideas expuestas por otros investigadores, es de carácter cronológico, es decir, relacionada con la época de la difusión.

Desaparecida la cultura mochica en la indicada novena centuria, tras una crisis secular motivada, en el frente interno —como explica Lumbreras¹¹¹—, por la quiebra del poder regional y, en el frente externo, por la presión de los pueblos serranos organizados que terminaron avasallando a los costeros

mediante el poder de las armas y la implantación de nuevos patrones de vida, el país quedó unificado o fusionado bajo la férula Huari, una forma de dominación con alardes imperiales y de "naturaleza despótica" que se había gestado "en el punto de convergencia de dos grandes corrientes: la de Nasca y la de Tiahuanaco". Pero, después de cuatro siglos, Huari también sucumbió, siguiendo el destino de las sociedades que lo habían precedido; y debilitada la fusión primero, y rota la unidad después, se inició "una nueva era de desarrollos regionales" a partir de los siglos XII y XIII¹². Por el siglo X o, con mayor seguridad, durante los dos siguientes (que vieron surgir a los nuevos estados regionales o grandes confederaciones, entre ellos el Chimú, extendido en la época de su apogeo, como señala Rowe, desde Tumbes hasta muy cerca de Lima, y desde el mar hasta Cajamarca, Huamachuco y el valle del Utcubamba), los pueblos de la Costa, altamente desarrollados, con una cultura y una tecnología avanzada y hábiles sobre todo en el arte de la navegación (para cuyo ejercicio tenían balsas de troncos capaces de travesías oceánicas o de largos recorridos de cabotaje), se habrían lanzado al mar en audaces navegaciones llevando algunos bienes culturales, algunas ideas y algunos usos artísticos al Norte, hasta alcanzar la región del Istmo y la parte sur de América Central.

Es hipótesis que esto haya ocurrido en la época indicada, pero una navegación regular, en grandes balsas de troncos impelidas por el viento, con fines comerciales, es un hecho históricamente probado en los últimos tiempos de la civilización aborígen (como se verá en los capítulos décimo y undécimo, sobre navegación y comercio marítimo).

El siglo X, tentativamente propuesto para la salida de balsas hacia el Norte con gente que dominaba, entre otras artes, la metalurgia, permite explicar los fechados mexicanos para metales. Para Lothrop, las influencias artísticas *no pasaron de la península de Nicoya*, y fueron todas, sin excepción, *post-Tiahuanaco*; pero la metalurgia sí llegó, en cambio, al mismo México, dejando testimonios a lo largo de Centroamérica, entre Panamá y el Tehuantepec.

No menos aguda fue la crítica de Lothrop a las teorías de Uhle y Jijón y Caamaño, la primera sobre las importaciones culturales centroamericanas y el origen maya de Mochica y Nasca, tantas veces referida en el curso de este capítulo, y la segunda sobre la marea cultural centroamericana hacia la parte noroccidental de América del Sur. Uhle y Jijón y Caamaño sostienen el origen maya de proto-Nasca y proto-Chimú, pero ambas teorías, con muchos puntos de contacto, no pueden sostenerse —arguye Lothrop— porque en la *confrontación cronológica* lo maya no resulta tan antiguo como para servir de

origen a las mencionadas dos culturas¹¹³. "Ningún investigador —lapida— con experiencia de primera mano en el campo maya ha manifestado su creencia de que los mayas invadieron el Perú o aun directamente influenciaran su arte".

MANGELSDORF Y EL MISTERIO DEL MAIZ

En el estudio de las relaciones entre las áreas peruana y centroamericana —relaciones generalmente admitidas, las que, eventualmente, se habrían producido *por la vía marítima*, justificando este hecho la inclusión del tema, de por sí vasto y complejo, en este libro—, el *problema del maíz* desempeña un papel muy importante y su estudio, siempre novedoso puede proporcionar conclusiones de carácter decisivo.

El parecer de los etnobotánicos está dividido: unos opinan que el maíz es originario de Guatemala y México; otros, que lo es de Sudamérica. Los recientes estudios de Richard MacNeish, especialista de fama mundial, en las cuevas de Tehuacán, México, han revelado un maíz cultivado muy antiguo¹¹⁴. MacNeish trabajó principalmente en la pequeña cueva llamada Coxtatlán, la cual, con su paquete estratigráfico de 27 capas naturales, que hacían un espesor paleontológico, arqueológico e histórico de más de ocho metros, contó de la manera más elocuente el pasado de México partiendo de hace doce mil años. Los hitos cronológicos determinados por MacNeish, a base únicamente de la pesquisa en Tehuacán, son los siguientes¹¹⁵:

Cazador paleolítico	12,000 años
<i>Maíz cultivado</i>	7,000 años
Casas construidas (arquitectura)	5,500 años
Cerámica	4,300 años
Templos (arquitectura monumental)	3,500 años
Riego (verdadera agricultura)	2,800 años

Los siete mil años del maíz cultivado parecen indicar que esta gramínea de mazorcas es oriunda de los valles templados de México y que allí el hombre la domesticó, incorporándola a su acervo cultural. Sin embargo, esto no es definitivo: la "planta alimenticia fundamental de nuestra civilización americana . . . es todavía un misterio, un misterio botánico que sorprende e intriga . . ."¹¹⁶

Aquellos siete mil años, determinados por el radiocarbono en muestras obtenidas de un estrato profundo en la cueva Coxtatlán, de Tehuacán, no eliminan la posibilidad, por muchos aún sustentada, de que el maíz, florísticamente hablando, originario de América del Sur (flanco oriental andino y llanuras húmedas de la Selva), fuera llevado del Perú a México, y en tal sentido

sería ésta otra prueba de la comunicación cultural entre las áreas peruana y centroamericano-mexicana.

Se busca el antecesor silvestre del maíz actual pero no se le halla, y hasta resulta difícil suponerlo porque "la planta ha sido *tan domesticada* que ya no es capaz de reproducirse sin la intervención del hombre"¹¹⁷. "Está magníficamente construida para producir grano bajo la protección del hombre, pero tiene un escaso valor de supervivencia en la naturaleza, porque carece de un mecanismo para la dispersión de la semilla". Sin los auxilios del hombre, el maíz se extinguiría.

A pesar de todo lo que se ha dicho, "no hay prueba de que el maíz fuera conocido en alguna parte del Viejo Mundo en los tiempos antiguos": ni prueba arqueológica, ni lingüística, ni ideográfica, ni pictórica, ni histórica.

"La primera referencia del maíz en la historia escrita, se registra el 5 de noviembre de 1492": dos españoles, que por encargo de Colón exploraron el interior de Cuba, "volvieron con la noticia de una especie de grano, que ellos [los indios] llaman *maíz*, que tiene buen gusto, cuecen, secan y convierten en harina".

Es evidente que el maíz pasó por "un largo período de domesticación". Lo probado es que, "hace *cuatro mil años*, el maíz estaba ya en el camino de ser el cereal único que es actualmente"¹¹⁸. Sobre su origen, como se adelantó al final del capítulo anterior, hay dos teorías: una dice que deriva de una planta llamada por los aztecas *teocentli* o *teosinte*, con penachos, mazorcas de cinco a seis semillas o granos y diez cromosomas (como el maíz), propia de Guatemala y México; otra dice que deriva de "una planta primitiva llamada *maíz pod*", que ya no existe sino que se la conoce por entrar en la composición, como ingrediente básico, de algunas variedades modernas. Tenía los granos encerrados en una vaina.

¿Cuál de las dos teorías es la verdadera?

Parece que *hay que descartar el teosinte*, porque experimentos genéticos y citológicos efectuados por el mismo Mangelsdorf y Robert G. Reeves, en Texas, llevan a pensar de que "*el teosinte es el producto de la hibridación del maíz y el tripsacum*"¹¹⁹. El tripsacum es un pariente lejano silvestre actual, que se da en la América del Norte y del Sur. Además, mediante experimentos, se vio que era imposible que el maíz derivara del teosinte porque, "aun con un cultivo deliberado, se necesitarían veinte mil años para producir maíz moderno a partir del teosinte"¹²⁰. Aun suponiendo —agrega Hibben, de quien es la cita precedente— capacidad muy grande de los cultivadores, "existen serias dudas de que el teosinte pudiera transformarse en maíz alimenticio".

Quedó demostrado, entonces, que "el maíz de los indios no procedía del teosinte" o, por lo menos, se vio que "... la teoría del teosinte quedaba cada vez en situación más insostenible". "Mientras tanto, la teoría de que el maíz procede del *maíz pod* se ha ido haciendo más plausible".

De donde resulta que, *la búsqueda del maíz debe hacerse en América del Sur*, en las "vertientes orientales de los Andes", región donde, además, se da el *factor de la diversidad*, que rige en la busca de los ancestros (factor que dice: "la región de máxima diversidad debe coincidir con el centro de origen"). En las *vertientes de los Andes orientales* se da una diversidad de variedades de maíz mucho mayor que en cualquier otra región de América de tamaño comparable".

Hay fundadas razones, por consiguiente, para mantener en el debate, con todo vigor, la teoría del *origen sudamericano del maíz* y de su *primer cultivo*, así como la de su *propagación hacia el Norte, desde el Perú hasta México y Centroamérica*. Aunque las conclusiones recientes de MacNeish son de gran peso e inclinan la balanza a favor de México, en realidad la discusión no ha terminado, y, como dice Mangelsdorf, el problema del maíz sigue siendo "todavía un misterio . . . un misterio botánico que sorprende e intriga...". Que las dos grandes civilizaciones americanas dependieran casi íntegramente de él, no deja de ser muy sintomático, y lleva a pensar en estrechas vinculaciones, no sabemos si en los comienzos del cultivo o en la etapa de mayor desarrollo agrícola; y si fue en esta última, quizá el *mar no quedó excluido* como conducto para la propagación de variedades altamente mejoradas.

INTERCAMBIO RESTRINGIDO DE IDEAS: LA DECORACION NEGATIVA

Nordenskiöld acepta el intercambio cultural entre el Perú y el área centroamericano-mexicana, pero con alcances restringidos. Para él, no pasaron los objetos representativos elaborados sino las ideas. Dice: "No se ha encontrado hasta ahora en la América del Sur ningún objeto de verdadera manufactura mexicana o centroamericana"¹²¹. Al respecto, pone en guardia sobre los peligros de una comparación descuidada o desatenta, que no repare debidamente en la época de los materiales arqueológicos de las diversas áreas sujetos a confrontación, porque --advierte-- algunos elementos mexicanos hallados en las tumbas peruanas corresponden a la época siguiente al Descubrimiento.

El Perú se hizo presente en el Norte con la metalurgia. Es un hecho que, en el arte de los metales, *el Perú fue un país donante*. Este donativo fundamental se hizo realidad en época tardía y

por la vía marítima, gracias al comercio costanero. "Parece que la metalurgia peruana influyó directamente en México por medio del comercio costanero"¹²². Especialmente, "es de creer que por este mismo camino [el comercio costanero, por mar] conocieron los mexicanos el uso del bronce".

Si el Perú dio a México técnicas para el trabajo de los metales y reveló el bronce, que es una de las más grandes conquistas en el campo de la metalurgia, México, en cambio, quizá proporcionó al Perú modalidades en el trabajo de la arcilla para la fabricación de ceramios. Pero, la influencia —limita Nordenskiöld— fue sólo, en todo caso, de técnicas, nunca de estilos. Además, la penetración de las técnicas mexicanas sólo alcanzó las tierras del extremo norte del Perú, es decir, la provincia norteña que hoy forma la república del Ecuador. Al respecto, Nordenskiöld recuerda las observaciones hechas por Jijón y Caamaño acerca del parecido de ciertas figuras mitológicas compuestas que se dan en las dos áreas.

Lothrop —recuerda igualmente Nordenskiöld— también ha llamado la atención sobre las semejanzas marcadas entre la cerámica peruana y la cerámica centroamericana, extendiendo las analogías al área ecuatoriana, donde esas analogías son mayores. El rasgo más importante y significativo para Lothrop, es la técnica de decoración *negativa*. Dice: "La *pintura negativa* forma un eslabón técnico de importancia entre Costa Rica y la América del Sur". Abarca desde México hasta Recuay, en el Perú, pasando por Centroamérica, Colombia y Ecuador. (Hoy, habría que agregar, en apoyo de Lothrop, que uno de los eslabones principales de esta cadena, es Vicús, en el departamento de Piura). *La pintura negativa implica un contacto entre los pueblos de las diversas áreas*.

Aunque en su estudio *Vicús 2*, Larco circunscribe la exposición sobre este estilo al ámbito exclusivamente peruano, sin hacer referencia alguna a su posible relación con técnicas y tipos foráneos, no deja de ser significativo que descubra en él formas embrionarias que luego aparecen, plenamente desarrolladas, tanto en el norte como en el sur del Perú. Este hecho lo llevó al convencimiento "de algo trascendental, o sea la posibilidad de que en el Perú las culturas hayan explayado *del Norte hacia el Sur*"¹²³. Como la decoración negativa es típica de Vicús, la idea de Lothrop de una amplia difusión desde México hasta Recuay encontraría apoyo y podría precisarse en el sentido de una corriente *hacia el Sur*. De otro lado, Vicús tiene una metalurgia emparentada a la de Panamá y Colombia; por lo menos, dueña de una técnica "que resulta diferente a la empleada en el resto del Perú"¹²⁴. Si esa técnica del oro vino del Norte, de Colombia o Centroamérica, como tentativamente supone Larco, no extrañaría que los otros componentes del complejo cultural

Vicús también hubieran venido de allá, como la decoración negativa, de la que se trata.

El contacto dio a unos *metalurgia*, a otros *técnica alfarera*. Los objetos —insiste Nordenskiöld— propiamente no pasaron: *fueron las ideas las que pasaron*, enriqueciendo el acervo cultural de los pueblos de cada área.

El contacto se realizó por mar, mediante el comercio, pero la antigüedad de la decoración negativa en el Perú crea un problema al respecto. ¿Ya estaban los pueblos en condición de enlazarse por mar en los comienzos de la era cristiana? El problema ha sido enfocado anteriormente y la palabra de Lothrop parece ser definitiva.

Muelle ha reportado recientemente, en un enjundioso estudio, conceptos muy importantes para el buen entendimiento del *fenómeno metalúrgico del oro* en la llamada *América nuclear*. Su contribución principal consiste en haber destacado, con la mayor objetividad, sin dejarse ganar por espejismos, el papel de Colombia como foco generador de técnicas. Muelle parte de este hecho fundamental: el norte del Perú (Piura y Lambayeque, principalmente) y Ecuador, Colombia, Panamá y Costa Rica “conforman una sola y continua área cultural para la orfebrería”¹²⁵. “La especialización que separa el complejo istmeño del área Perú-boliviana, *es tardía . . .*”.

El papel de Colombia, en *orfebrería* —no en metalurgia en general, sólo en el trabajo del oro (laboreo y metalística)—, debe considerarse, según Muelle, como rector. Colombia fue cuna de inventos y foco irradiador de técnicas. Además, Colombia antecedió a todas las áreas en algunas modalidades de trabajo. Se refiere particularmente Muelle al *vaciado de oro fundido*, que se da en el Chavín postrero pero que puede haber tenido por foco Colombia, país en el que la técnica de la *cera perdida* era muy común. Asimismo, la *aleación de oro y cobre*, tan importante y extendida en el Perú, “debe haberse originado en Colombia”, donde por primera vez se reparó en la ventaja del punto de fusión menor (reducido hasta en un 25 por ciento).

En general, “en Colombia están los pasos iniciales de las artes del metal”¹²⁶. Piezas colombianas llegaron hasta el Yucatán, y Costa Rica muestra nítida influencia colombiana. Seguramente, la complicada técnica de la *cera perdida* partió de Colombia con dirección el Perú. De ésta y otras técnicas, el Perú fue país receptivo —afirma Muelle, sin contar con la unánime adhesión de sus colegas—.

En otra parte, Muelle insiste en el papel preponderante de Colombia. Dice, hablando de San Agustín: “La relación *San Agustín-Chavín* ha sido sospechada desde hace tiempo. El final de la época Chavín parece mostrar, en sus complejos motivos decorativos en oro, *ingredientes* que pueden asimilarse en

alguna forma a los de las *culturas del Norte del continente sudamericano...*

Pero, no obstante el amplio y claro desarrollo de su tesis, Muelle deja sin señalar las vías que empleó la corriente difusora. ¿Cómo llegaron al norte del Perú —Piura y Lambayeque— esas técnicas de orfebrería: por tierra, mediante sucesivos contactos, o por mar? ¿El trasplante fue resultado de un proceso migratorio o, simplemente, consecuencia de una activa relación comercial? Y, siguiendo a Nordenskiöld, podría formularse esta pregunta: ¿llegaron las técnicas, vale decir, las ideas —*solamente las ideas*— o los objetos elaborados?

Es muy significativo el hecho de que la influencia del foco propagador colombiano hizo impacto principalmente en Piura y Lambayeque. Estos son departamentos marítimos y se hallan en la costa Norte, que fue área de actividad comercial muy intensa con balsas que navegaban hasta el Chocó, el Istmo y Centroamérica, de lo cual hay registro histórico, y, eventualmente, hasta el Tehuantepec y Oaxaca. Aunque agudas incongruencias cronológicas pueden presentarse —sobre todo, por la inseguridad del terreno que se pisa—, el hecho apuntado respalda la posibilidad de una *influencia por mar*, no por intermedio de mercaderes propiamente —que habrían traído mediante trueque objetos elaborados— sino por elementos aleccionados, ya sea artesanos del área colombiana llegados a la costa Norte como visitantes o inmigrantes, ya sea yungas peruanos en posesión, en el viaje de retorno, de las técnicas y modalidades de trabajo asimiladas.

TELLO Y EL AUTOCTONISMO

En la historia de las doctrinas arqueológicas, Tello representa la posición contraria a la teoría de Uhle de las importaciones culturales centroamericanas. Puede decirse que Tello ingresa a la Arqueología llevado de un afán: desarmar la doctrina de Uhle, combatir la idea de los trasplantes culturales provenientes del Norte y demostrar el *autoctonismo* de los florecimientos andinos o peruanos.

La cultura peruana no es desprendimiento de México, ni el área donde se desarrolló puede considerarse receptiva de influencias centroamericanas. La cultura peruana, en todas sus manifestaciones, es autóctona, y en su primer esfuerzo por salir de la incipiente se relaciona con los Andes orientales.

En su obra capital, *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*, escrita en 1939 como ponencia para el Congreso Internacional de Americanistas reunido ese año en Lima y publicada en 1942, Tello presentó los postulados de su

teoría autoctonista, llamada ahora *teoría andina de Tello*. Antes, en 1929, en *Antiguo Perú*, otra de sus obras básicas, había expuesto los lineamientos generales de la teoría, haciendo referencia especialmente a la primera época de su cronología, llamada *Megalítica o Arcaica andina*¹²⁷.

Los postulados de 1939 son los cuatro siguientes:

Primero: "La civilización de los Andes orientales *antecede* a la de los Andes occidentales, a las del Litoral y a la del Tahuantinsuyo... Ocupa el lugar más espectable entre las otras civilizaciones andinas"¹²⁸.

Segundo: "No existe... ninguna evidencia que revele, como pensara Uhle, que esta civilización es derivada de la maya. Los productos tropicales como las conchas marinas, el *Strombus* y el *Spondylus pictorum*, que son materias aprovechadas en el arte andino, no pueden ser considerados como pruebas de una influencia cultural, pues en las obras elaboradas con ellos, no existen testimonios atribuibles a los centroamericanos; son *especies de comercio*".

Tercero: "La civilización de los Andes orientales es creación andina, propia, original...".

Cuarto: "La civilización del Litoral fue originada por la andina y alimentada por ésta durante siglos..."¹²⁹.

Comentando la teoría de Tello de la *independencia del área peruana* y consecuente *proceso autóctono de florecimiento cultural*, Krickeberg dice que las supuestas (por Uhle y otros, entre ellos Jijón y Caamaño) "relaciones con Centroamérica", que proponen *filiaciones culturales* con focos de paternidad tanto en México (pirámides escalonadas, cerámica trípode, dioses barbudos, demonios felínicos, etc.) como en el Perú (metalurgia, sobre todo), "no pueden explicar el carácter peculiar de los dos principales estilos artísticos de la Costa peruana, ni tampoco la arquitectura lítica del Altiplano peruano, tan diferente de la de México"¹³⁰. Agrega: "Frente a éstas y otras discrepancias fundamentales entre las áreas culturales del Perú y Mesoamérica, se siente uno obligado a admitir también para el Perú *un centro independiente de origen de la alta cultura*", probablemente serrano en la opinión de Tello.

"Corresponde a Tello —dice en otra parte el sabio etnólogo alemán— el mérito de haber reconocido la importancia de la región andina para la historia cultural peruana". Para Tello —añade—, "la antigua cultura septentrional de los Andes, *derivada del flanco oriental* (Cotosh), se difunde desde el Callejón de Huaylas y Chavín, no solamente sobre el Altiplano hasta Tiahuanaco, sino también sobre la Costa, donde se transforma en las culturas *Paleochimú* y *Nasca*"¹³¹. Finalmente, a mayor abundamiento de razones en respaldo de Tello, dice Krickeberg: "A. L. Kroeber ha reconocido que la influencia del Altiplano

sobre los estilos de la Costa [tuvo] mucha importancia desde antes de Tiahuanaco”.

La posición autoctonista, anti-Uhle, de Tello, fue cerrada, combativa, apasionada, rayana en el fanatismo —como que ‘Tello fue un gran fanático del Perú, de sus imperios fenecidos, de su raza, de su ciencia—. Secundado por Valcárcel, halló en el extranjero especial apoyo. La reconciliación científica de Tello y Uhle, nunca se produjo, porque Uhle también era intransigente.

Sin embargo, parece que en los últimos tiempos Tello comenzó a ceder un poco. En sus escritos posteriores a *Origen y desarrollo* . . . se atisba, con gran sorpresa de sus seguidores, una velada e indecisa inclinación por aceptar la presencia —muy lejana y disminuida, por cierto— de algunos elementos mesoamericanos en el Perú. Su autoctonismo dogmático se quiebra y hay un penetrar disimulado de las ideas difusionistas. Desde luego, no admite, ni remotamente, como habrían querido Uhle y Jijón y Caamaño, la tesis del origen maya de Nasca y Mochica. Ve, simplemente, algo mesoamericano, mejor centroamericano, no en la Costa sino —para sorpresa de muchos e incredulidad de sus discípulos, más papistas que el Papa— ¡en Chavín! Dejó dicho al respecto lo siguiente: “Uhle cree que las culturas del Norte sudamericano no son sino ramas desprendidas del tronco centroamericano. Para él . . . las culturas peruanas y ecuatorianas . . . son otros tantos ramos periféricos del viejo tronco maya. En mi opinión, *el problema relativo al origen centroamericano de las culturas andinas no tiene fundamento hoy . . . en lo que respecta a Mochica, Nasca y Tiahuanaco Clásico*, que no ofrecen el más lejano parecido con las culturas centroamericanas. *La cultura lítica Chavín es la única que tiene un lejano parecido con la centroamericana*”¹³². Después, en *El país de los Incas*, de 1945, que Horkheimer considera como “la última gran publicación” del sabio, Tello expone su pensamiento en torno al intrincado problema de la gente que dio origen a la cultura peruana y al proceso de gestación de dicha cultura. Habla, como no lo había hecho nunca, de un poblamiento mongoloide del continente “hace 20,000 o 50,000 años”, abre una ligera posibilidad a la existencia de *grupos pre-agricolas* (lo que había negado rotundamente en *Origen y desarrollo* . . .), y abre también la puerta, con cautela, a la llegada de gentes procedentes del Norte, con las bases culturales de lo que más tarde fue la civilización Chavín. Dice, dudando entre el llano amazónico y el Norte tropical: “Sea cual fuere la vía seguida por las gentes que trajeron al país de los Incas esta civilización, para implantarla en él; sea que vinieran de los países tropicales del Norte; sea de los llanos florestales del Amazonas, lo real es que iniciaron o fueron los autores de una civilización uniforme, cuyos restos se encuentran en toda el área andina”¹³³.

Así, pues, hasta en el pensamiento —por mucho tiempo irreductible frente a las teorías aloctonistas— de Tello, la posibilidad de una comunicación con el Norte —Mesoamérica—, *por mar*, se presenta factible. Por lo menos, preséntase como una posibilidad digna de consideración no obstante los muchos argumentos en contra.

NOTAS AL CAPITULO

1. LOTHROP, Samuel K. ... *Sudamérica vista desde América Central*. "Actas del Vigésimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas". Lima, 1939. Tomo I, p. 202.
2. LEON PINELO, Antonio de... *El paraíso en el Nuevo Mundo* (1650). Lima, 1943. Tomo I, p. 289. (El "atisbo histórico" al que se refiere la cita, lo destaca Raúl PORRAS BARRENECHEA, *Don Antonio de León Pinelo y su obra "El Paraíso en el Nuevo Mundo"*. "Revista Histórica". Lima, 1942. Tomo XV, Entregas I y II; p. 97).
3. Citados por Hans HORKHEIMER, *El Perú prehispánico*. Lima, 1950; p. 233.
4. HORKHEIMER, Hans... *Apuntes de Historia Marítima del Perú* (texto mecanografiado). Lima, 1965; p. 21.
5. HORKHEIMER, *El Perú prehispánico*; p. 244.
6. UHLE, Max... *Las antiguas civilizaciones de Manta*. Quito, 1931; p. 18.
7. UHLE, *Las antiguas civilizaciones de Manta*; p. 34.
8. UHLE, *Las antiguas civilizaciones de Manta*; p. 67.
9. UHLE, *Las antiguas civilizaciones de Manta*; p. 19.
10. UHLE, Max... *La esfera de influencia del país de los Incas*, "Revista Histórica". Lima, 1909. Tomo IV, p. 10.
11. UHLE, *Las antiguas civilizaciones de Manta*; p. 20.
12. UHLE, Max... *Cronología y poblaciones de las antiguas civilizaciones panameñas*. Quito, 1925; p. 10.
13. UHLE, Max... *Los principios de las antiguas civilizaciones peruanas*. Quito, 1920; p. 10.
14. UHLE, Max... *Las antiguas civilizaciones esmeraldeñas*. Quito, 1927; p. 6.
15. UHLE, *Las antiguas civilizaciones de Manta*; p. 18.
16. STUMER, Louis M. ... *Contactos foráneos en la arquitectura de la Costa central*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1958, Tomo XXVII; pp. 11-30. (Hay separata).
17. UHLE, Max... *Desarrollo y origen de las civilizaciones americanas*. "Actas del Vigésimotercer Congreso Internacional de Americanistas". Nueva York, 1928; p. 37.
18. UHLE, *Los principios de las antiguas civilizaciones peruanas*; p. 7.
19. UHLE, *Los principios de las antiguas civilizaciones peruanas*; p. 8.
20. UHLE, Max... *Las antiguas civilizaciones del Perú frente a la Arqueología e Historia del continente americano*. (Trabajo presentado al Vigésimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas, Lima, 1939). "Revista de la Universidad de Arequipa". Arequipa, 1951; p. 103.
21. UHLE, *Las antiguas civilizaciones del Perú frente...*; p. 104.
22. UHLE, *Las antiguas civilizaciones del Perú frente...*; p. 106.
23. UHLE, Max... *Estudios esmeraldeños*. Quito, 1927; p. 40.
24. UHLE, Max... *Las ruinas de Cuasmal*. Quito, 1928; p. 51.
25. UHLE, *Las antiguas civilizaciones esmeraldeñas*; p. 30.
26. UHLE, *Las antiguas civilizaciones esmeraldeñas*; p. 30.
27. UHLE, *Las antiguas civilizaciones esmeraldeñas*; p. 31.
28. UHLE, *Las antiguas civilizaciones del Perú frente...*; p. 123.
29. UHLE, *Desarrollo y origen...*; p. 42.
30. UHLE, Max... *Toltecas, mayas y civilizaciones sudamericanas*; p. 25.
31. UHLE, *Las antiguas civilizaciones del Perú frente...*; p. 92.
32. UHLE, *Las antiguas civilizaciones del Perú frente...*; p. 93.
33. UHLE, *Las antiguas civilizaciones del Perú frente...*; p. 99.
34. UHLE, *Las antiguas civilizaciones del Perú frente...*; p. 94.
35. UHLE, *Las antiguas civilizaciones del Perú frente...*; p. 98.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

36. UHLE, *Toltecas, mayas y...*; p. 28.
37. UHLE, *Toltecas, mayas y...*; p. 27.
38. UHLE, *Toltecas, mayas y...*; p. 29.
39. UHLE, *Las antiguas civilizaciones de Manta*; p. 49.
40. RIVA AGÜERO, Jose de la... *El Perú histórico y artístico* (1921). "Obras completas", Lima, 1966. Tomo V, p. 76 y sgte.
41. RIVA AGÜERO, José de la... *Civilización tradicional peruana. Epoca pre-hispánica* (1937) "Obras completas", Lima, 1966. Tomo V, p. 199 y sgte.
42. RIVA AGÜERO, *Civilización tradicional peruana...*; p. 200 y sgte.
43. RIVA AGÜERO, *Civilización tradicional peruana...*; p. 212.
44. RIVA AGÜERO, *Civilización tradicional peruana...*; p. 220.
45. RIVA AGÜERO, *Civilización tradicional peruana...*; p. 221.
46. RIVA AGÜERO, *Civilización tradicional peruana...*; p. 223.
47. LARCO HOYLE, Rafael... *Archaeologia Mundi. Perú*. Ginebra, 1966; p. 40.
48. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 133.
49. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi, Perú*; p. 40.
50. LARCO HOYLE, Rafael... *Vicús 2 (La cerámica Vicús y sus nexos con las demás culturas)*. Lima, 1967; p. 46.
51. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 93.
52. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 40.
53. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 42.
54. PERICOT Y GARCIA, Luis... *América indígena*. Barcelona, 1962; p. 844.
55. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 845.
56. BUCK, Fritz... *El calendario maya en las culturas del antiguo Perú*. "Actas del Vigésimosexto Congreso Internacional de Americanistas". Sevilla, 1935. Tomo I; p. 114.
57. BUCK, *El calendario maya...*; p. 129.
58. ZEVALLOS QUINONES, Jorge... *Toponimia prehispánica en las tierras yungas*. "Actas del Vigésimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas". Lima, 1939. Tomo II; p. 81.
59. ZEVALLOS QUINONES, *Toponimia prehispánica...*; p. 82.
60. LUMBRERAS, Luis Guillermo... *Los antiguos pueblos del Perú*. "La Gaceta Sanmarquina". Lima, 1967. Parte cuarta.
61. JIMENEZ DE LA ESPADA, Marcos... *Del hombre blanco y signo de la Cruz precolombinos en el Perú*. "Actas del Tercer Congreso Internacional de Americanistas". Bruselas, 1879; pp. 529-651.
62. OYARZUN, Aureliano... *Contribución al estudio de la influencia de la civilización peruana sobre los aborígenes de Chile*. "Actas del Decimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas". Buenos Aires, 1910; p. 361.
63. OYARZUN, *Contribución al estudio de la influencia...*; p. 398.
64. LOWIE, Robert H. ... *Historia de la Etnología*. México, 1946; p. 238.
65. LOWIE, *Historia de la Etnología*; p. 239.
66. MEANS, Philip Ainsworth... *Las relaciones entre Centroamérica y Sudamérica en la época prehistórica*. "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima". Lima, 1917. Tomo XXXIII; p. 159 y sgte.
67. MEANS, *Las relaciones entre Centroamérica y Sudamérica...*; p. 161.
68. MEANS, *Las relaciones entre Centroamérica y Sudamérica...*; p. 162 y sgte.
69. ESTRADA, Emilio... *Arqueología de Manabi central*. Guayaquil, 1962; p. 8.
70. ESTRADA, *Arqueología de Manabi central*; p. 65.
71. ESTRADA, *Arqueología de Manabi central*; p. 88.
72. ESTRADA, Emilio... *Correlaciones entre la arqueología de la costa del Ecuador y el Perú*. "Humanitas". Quito, 1962. Tomo II, Nº 2; p. 34. (Hay separata).
73. "Antiguo Perú. Espacio y Tiempo" (Trabajos presentados en la Semana de Arqueología peruana, 9-14 de noviembre, 1959). Lima, 1960; pp. 219-233.
74. ESTRADA, *Correlaciones...*; p. 36.
75. ESTRADA, *Correlaciones...*; p. 37 y sgte.
76. ESTRADA, *Correlaciones...*; p. 40.

NOTAS AL CAPITULO

77. ESTRADA, *Arqueología de Manabi central*, p. 88.
78. ESTRADA, *Arqueología de Manabi central*; p. 89.
79. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Lima, 1943. Tomo I, vol. I; p. 31.
80. VALCARCEL, Luis E. ... *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima, 1964; p. 79.
81. HORKHEIMER, *El Perú prehispánico*; p. 248.
82. HORKHEIMER, *El Perú prehispánico*; p. 157.
83. HORKHEIMER, Hans... *Vistas arqueológicas del Noroeste del Perú*. Trujillo, 1944.
84. HORKHEIMER, *Vistas arqueológicas...*; p. 12.
85. HORKHEIMER, *Vistas arqueológicas...*; p. 36.
86. HORKHEIMER, *El Perú prehispánico*; p. 160.
87. YACOVLEFF, Eugenio... *La deidad primitiva de los Nasca*. "Revista del Museo Nacional" (Cuaderno N° 3 de Arte Antiguo Peruano). Lima, 1932; p. 104.
88. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 107.
89. KRICKEBERG, Walter... *Etnología de América* (1939). México, 1946; p. 395 y sgte.
90. KRICKEBERG, *Etnología de América*; p. 27.
91. KRICKEBERG, *Etnología de América*; p. 396.
92. KROEBER, Alfredo L. ... *Antropología general*. México, 1945; p. 241.
93. KROEBER, *Antropología general*; p. 387.
94. KROEBER, Alfredo L. ... *Relaciones culturales entre Norte y Sudamérica*. "Actas del Vigésimotercer Congreso Internacional de Americanistas". Nueva York, 1928; pp. 5-22.
95. TELLO, Julio C. ... *Sobre el descubrimiento de la cultura Chavin en el Perú*. "Letras". Lima, 1943. N° 26, p. 364.
96. KROEBER, Alfredo L. ... *Los métodos de la Arqueología peruana*. "Letras" Lima, 1942. N° 22, p. 208.
97. MONTANDON, George... *Tratado de Etnología*. (Citado por VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, vol. I; p. 71).
98. KAUFFMAN, Federico... *Arqueología peruana. Visión integral*. Lima, 1970. Parte tercera, cap. I, pp. 167-177. (Una exposición de la tesis aloctonista sobre el origen de Chavin, en H. BUSE, *Introducción al Perú*. Lima, 1965; pp. 257-265).
99. BUSE, *Introducción al Perú*. (Además, comunicaciones personales y manuscritos inéditos, que el autor agradece).
100. ENGEL, Frederic... *Paracas*. Lima, 1966; p. 133.
101. ENGEL, Frederic... *Geografía humana prehistórica y agricultura precolombina de la quebrada de Chilca*. Lima, 1966; p. 42 y sgte.
102. ENGEL, *Geografía humana prehistórica...*; p. 44.
103. JIJON Y CAAMAÑO, Jacinto... *Una gran marea cultural en el Noroeste de Sudamérica*. "Diario de la Sociedad de Americanistas", 1929. Vol XXII; pp. 107-197.
104. JIJON Y CAAMAÑO, Jacinto... *Maranga*. Quito, 1949; p. 383.
105. UHLE, *Las antiguas civilizaciones de Manta*. (Contiene un esquema de la teoría de Jijón y Caamaño).
106. RIVET, Paul... y ARSANDAUX, H. ... *La métallurgie en Amérique précolombienne*. Paris, 1946; pp. 178 y 182.
107. COMAS, Juan... *Principales aportaciones indígenas precolombinas a la cultura universal*. México, 1957; p. 41.
108. RIVET, Paul... *Los elementos constitutivos de las civilizaciones del Noroeste y del Oeste de Sudamérica*, 1925.
109. PEREZ DE BARRADAS, José... *Viejas y nuevas teorías sobre el origen de la orfebrería prehispánica en Colombia*. Bogotá, 1956; p. 20.
110. LOTHROP, *Sudamérica vista desde América Central*; p. 200.
111. LUMBRERAS, Luis Guillermo... *De los pueblos, las culturas y las artes del Antiguo Perú*. Lima, 1969. Cap. IV, p. 149; cap. V, p. 233.
112. LUMBRERAS, *De los pueblos, las culturas...* Cap. VI, p. 273.
113. LOTHROP, *Sudamérica vista desde América Central*; p. 202.

114. Seis publicaciones, hasta el momento, contienen los informes y resultados del *Proyecto arqueológico-botánico en el valle de Tehuacán, México*, dirigido por Richard S. MACNEISH con los auspicios de la "Fundación Nacional de Ciencias", de Estados Unidos. A los informes de 1961 y 1962, deben agregarse los cuatro puestos en circulación por la Universidad de Texas entre 1967 y 1970, que contienen los estudios de MacNeish y sus colaboradores sobre el ambiente ecológico y los recursos alimenticios en el valle de Tehuacán en el tiempo prehistórico, los artefactos precerámicos, la alfarería y la irrigación. Un proyecto similar, como se ha dado cuenta en los capítulos primero y segundo, realiza el mismo MacNeish en los Andes de Ayacucho.
115. BUSE, Hermann... *El enigma del pallar*. "El Comercio", Lima, 26 de agosto 1966; p. 2.
116. MANGELSDORF, Paul C. ... *El misterio del maíz*. "La vida de las plantas". (Traducción de "Scientific American"). Madrid, 1959.
117. MANGELSDORF, *El misterio del maíz*; p. 299.
118. MANGELSDORF, *El misterio del maíz*; p. 303.
119. MANGELSDORF, *El misterio del maíz*; p. 307.
120. HIBBEN, Frank C. ... *El origen de América*. Buenos Aires, 1966; p. 94.
121. NORDENSKIOLD, Erland... *Origen de las civilizaciones indígenas de Sudamérica* (Gotemburgo, 1931). "Revista del Museo Histórico Nacional de Chile". Santiago, 1939. Año I, N° 1, p. 48.
122. NORDENSKIOLD, *Origen de las civilizaciones...*; p. 50
123. LARCO HOYLE, *Vicús 2...*; p. 7.
124. LARCO HOYLE, *Vicús 2...*; p. 46.
125. MUELLE, Jorge C. ... *Oro labrado*. Lima, 1965; p. 9.
126. MUELLE, *Oro labrado*; p. 11.
127. TELLO, Julio C. ... *Antiguo Perú*. Lima, 1929; pp. 17-26.
128. TELLO, Julio C. ... *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas Andinas*. Lima, 1942; p. 126.
129. Los mismos postulados se hallan expuestos en Julio C. TELLO, *Chavín, cultura matriz de la civilización andina* (Lima, 1960), obra póstuma del sabio, con revisión de Toribio Mejía Xesspe.
130. KRICKEBERG, *Etnología de América*; p. 396.
131. KRICKEBERG, *Etnología de América*; p. 397.
132. TELLO, *Sobre el descubrimiento de la cultura Chavín*; p. 364. (En *Páginas escogidas*, Lima, 1967, que contiene una selección de artículos y estudios monográficos del sabio, el sentido del párrafo transcrito aparece modificado por una frase agregada que no está en el texto original. Dice: "La cultura lítica Chavín es la única que tiene un lejano parecido con la centroamericana, pero esto no justifica su filiación genética". Lo último, en cursiva, ha sido añadido. Cualquiera la intención —acentuar, quizá, la posición autoctonista de Tello—, el recopilador procedió mal y su imprudencia no reparó que el texto, primero publicado en inglés en "American Antiquity" (Vol. IX, N° 1, julio de 1943) y después en "Letras", el mismo año, había alcanzado amplia difusión y que, por lo tanto, el agregado apócrifo no iba a pasar inadvertido).
133. TELLO, Julio C. ... *El país de los Incas*. "Perú en cifras". Lima, 1945; p. 611.

Capítulo VIII

MITO Y RELIGION

A certadamente dijo Jijón y Caamaño: "Los historiadores del Perú, deslumbrados por el brillante culto del Sol . . . o siguiendo la corriente . . . de atribuir a los Incas una religión monoteísta, han incurrido no pocas veces en el error de no prestar el interés debido a otras manifestaciones de religiosidad peruana, que no por ser menos elevadas y poéticas, son menos interesantes para llegar al verdadero conocimiento de la mentalidad de los indios precolombinos de esa parte de la América del Sur, ya que constituían el fondo mismo de sus creencias religiosas, la parte de ellas que, más de cerca, tocaba su sensibilidad, que más se relacionaba con sus costumbres domésticas y a las que por más tiempo permanecieron adheridos"¹.

El Sol, o *Inti*, fue la divinidad preeminente y augusta de la época del imperio, y traduce en lo religioso el ideal de la unificación política, que los señores del Cusco alcanzaron con sus guerras de conquista, su organización administrativa y sus grandes obras en favor de la comunicación entre los pueblos, amén de la implantación de un idioma oficial y el sometimiento de todos los credos a uno de máxima categoría. Sin embargo, el historiador Herrera cuenta que el Inca Viracocha puso en la cumbre del *panteón incaico*, no justamente al Sol, sino a "Ticci-viracocha", "a quien atribuía el poder, y mando de todo", y declaró, ante un gran consejo de *orejones*, "que *el Sol no podía ser dios*"² por su *condición cambiante* ("cosa tan inquieta, como el Sol, no podía ser dios").

En realidad, como el mismo Herrera lo dice, los antiguos peruanos adoraban a la naturaleza en todas sus formas: a los

ríos, a las fuentes o manantiales, a las quebradas, a las peñas, a las piedras grandes, a las cumbres de los cerros, etc. Adoraban a los animales —dice al autor de las *Décadas*— “porque no les hiciesen mal”. Agrega en otra parte: “Comúnmente confesaban [los indios] un Supremo Señor y hacedor de todo. que era el *Viracocha*, y le llamaban Criador del Cielo y tierra . . . *Al Sol adoraban los Ingas en segundo lugar*” (representado por “la hermosísima Plancha de Oro del Sol”, en el templo del Cusco). “Después del Sol, veneraban y adoraban al *Trueno*, fingiendo que era hombre que está en el Cielo, con una Honda y una Porra, y que estaba en su mano el llover, granizar y tronar y todo lo demás, perteneciente a la religión del aire . . . Las otras cosas que adoraban eran las que se señalan en la naturaleza celeste, como la Luna, el Lucero, *la Mar*, la Tierra, las Siete Cabrillas y el Arco Celestial . . .”³.

Fue, pues, la de los peruanos de la antigüedad, una religión panteísta y naturalista, nada sencilla en sus concepciones, de doctrina compleja, con un ser supermo, incorpóreo, invisible, abstracto, pero de poder sumo, por lo mismo que era tenido como el creador de todas las cosas: *Viracocha*. Sólo después de él estaba, en la versión de la mayoría de los cronistas, el Sol, el cual, como ya se dijo, ganó preeminencia con los Incas por razones políticas. “Después del *Viracocha* o *supremo dios* —dice Acosta—, fue y es en los infieles el que más comúnmente veneran y adoran, el Sol, y tras él esotras cosas, que en la naturaleza celeste o elemental se señalan, como luna, lucero, *mar*, tierra . . .”⁴.

Los cuadros generales de la religión de los peruanos antiguos, consignan una gran variedad de *divinidades* o de *seres* o *entidades de la naturaleza* generadores de sentimientos que se confunden entre la *religiosidad* y el *temor* o *terror cósmico*. Calancha ha dejado una relación, quizá la más completa. Señala que los peruanos adoraban a los ídolos que tenían por *guacas*; al *Sol* con el nombre de *Punchao* o *Inti*; a la *Luna* con el nombre de *Quilla*; al Lucero de la mañana y a Venus⁵. Agrega el célebre fraile agustino que, después de Pachacámac, el Sol, *Viracocha*, la Luna y las Estrellas (*Chuquichinchay*), los indios adoraban al *Rayo*, que llamaban *Libiac* o *Hillapa*⁶, a la *Tierra*, que llamaban *Pachamama*, a los cerros y a las minas, a los montes altos, a los cerros levantados y a las casas de los *huaris* (cuevas), “Adoran estos indios a la *tierra*, y la llaman *Pachamama* o *Mamapacha*, y los yungas *Vis*, derramando en ella chicha, que es su bebida, coca y otras muchas otras cosas, como maíz molido . . .”. Adoraban a Pachacámac por dios invisible y al Sol por dios visible; “pero al *Viracocha* y a las demás *guacas*, ídolos y adoratorios por *deidades*, o *cosa que tenían algo de señorío*

o *divinidad*, como a la Luna, estrellas, rayo o trueno, *mar* y otros astros celestes, teniéndolos por hermanos o allegados al Sol”⁷.

Ante tal cúmulo de idolatrías y tal dominio del espíritu maléfico, Acosta destacó el carácter panteísta de la religión andina y se quejó amargamente de tamaña perdición de los indios. “Es cosa que saca de juicio —dijo— la rotura y perdición que hubo... Porque adoran los ríos, las fuentes, las quebradas... las cumbres de los cerros que ellos llaman *apachitas*...; finalmente, cualquier cosa de la naturaleza que les parezca notable y diferente de las demás”⁸.

EL MAR EN LA RELIGION

Relacionado con la pesca y el sustento⁹, el *mar* —con el nombre de *Mamacocha*— fue una de las principales divinidades en el Perú antiguo: sin duda, una divinidad preincaica y surgida entre los pueblos de la Costa. Mas, con el tiempo, de divinidad regional se convirtió en divinidad de todo el vasto país andino, comprendiendo la Sierra y los Llanos, y tan fue así que los cronistas contaron que no sólo los indios del litoral le rendían culto sino también los serranos cuando bajaban a los llanos marítimos. “Devotamente invocaban el mar los indios que lo divisaban al bajar de la Sierra a la Costa, pidiéndole que les conservase una buena salud, pues creían que sus vapores producían las enfermedades que padecen los montañeses que bajan a los llanos marítimos”¹⁰.

Claro es que, nacido en la Costa, el culto al mar, después de su propagación a los pueblos del interior y de robustecida su fama por todo el Tahuantinsuyo, mantuvo entre las naciones de los *llanos* una posición preeminente. En la época del imperio, cuando el Sol era el dios dominante, en la Costa el mar ocupaba el primer puesto en el cuadro de divinidades. Otras divinidades tradicionalmente costeñas, exceptuando al creador Pachacámac (que es Viracocha o que está próximo a Viracocha), no obstante la popularidad de algunas de ellas y su enraizamiento profundo, ocupaban un plano subalterno. Así, por ejemplo: “en la Costa, en Trujillo, la Luna, bajo el nombre de *Si*” (estrechamente relacionada con el mar por lazos mitológicos, como se verá más adelante) “se adoraba como señora de las tempestados [?] por los súbditos de Chimú; pero, generalmente, por toda esta región el mar asumía el puesto ocupado por el Sol en las sierras. En Trujillo el océano se llamaba *Ni*, mientras por los Incas, quienes también lo reverenciaban, cuando llegaron a la Costa, se conoció con el nombre de *Mamacocha*, la madre mar, y era invocado en especial como protector contra las enfermedades...”¹¹.

Esta posición preeminente del mar en el cuadro de las divinidades costeñas se explica, entre otras, por razones de índole económica a más de las geográficas relativas a la cercanía. "El culto al agua surgió a causa de la *cercanía al mar*, porque las naciones de la Costa dependían de él y, en gran medida, porque gobernaba su economía. Por tanto, surgen dioses antropomorfos que recorren toda la gama de criaturas marinas"¹². En todas las épocas, pues, tanto antes de los Incas como durante el imperio —éste construido, en parte, sobre un soporte religioso, con el Sol en los fundamentos mismos de su organización—, el de *Mamacocha* fue un culto principalmente de la Costa aunque los hombres de la Sierra supieron siempre agregarse, reverentes y temerosos, a las prácticas de profunda adoración que los hombres de los *llanos* rendían a su grandiosa divinidad¹³.

EL CULTO AL MAR A TRAVES DE LOS CRONISTAS

Las referencias al culto al mar en los textos históricos de los siglos XVI y XVII, son numerosas y coincidentes, lo que tiene valor confirmatorio.

"Los [indios] de la Costa de la Mar, demás de otra infinidad de dioses... *adoraban de común a la mar*... En unas provincias adoraban la sardina, porque mataban más cantidad de ella que de otro pescado; en otras la liza; en otras al tollo; en otras, por su hermosura, al dorado; en otras al cangrejo y al demás marisco, por la falta de otro mejor pescado...", refiere Garcilaso. En otra parte, dice que todos los pueblos de la Costa adoraban, sin excepción, al mar, "dios común de los indios de la Costa"; y a través del mar, adoraban también a los peces "que en más abundancia mataban para su comer". Los únicos, agrega con tono despectivo, que no rendían este culto, eran los "bárbaros" habitantes de la isla de la Puná, los que se contentaban con adorar a las bestias, como leones y tigres, y sacrificaban corazones y sangre de sus hermanos a los ídolos¹⁴.

De Avendaño es el siguiente párrafo: "Adoran los indios dos géneros de ídolos: unos fijos, como son cerros y peñascos y cumbres altas de la sierra nevada, y al Sol, Luna y a las estrellas... y a la mar...; otros son móviles, de los cuales unos tienen en sus chacras y labranzas... que en su lengua llaman *guaca*, y otros en sus casas... y otros en las estancias de sus ganados..."¹⁵.

"Los indios de la Costa *tenían por su dios a la mar*, a quien hacía sacrificios como los de la Sierra al Sol", cuenta el P. Oliva¹⁶; y los indios de la Sierra, cuando bajaban a los *llanos marítimos*, aunque tenían sus propios dioses, rendían culto con

fervor a la divinidad inmensa que se ofrecía a sus ojos, de lo que trae noticia el P. Arriaga en el siguiente trozo: "En muchas partes (especialmente en la Sierra), [los indios] adoraban al Sol, con el nombre de *Punchas*, que significa *día*, y también debajo de su propio nombre, *Inti*... y también a la *Luna*, que es *Quilla*, a las estrellas... Adoran a *Mamacocha*, que es el mar, principalmente *los que bajan de la Sierra*, pidiéndole buena suerte en la empresa o camino..."¹⁷.

Cuando se produjo la conquista imperial, aunque los incas se valieron de la religión solar como medio de unificación, el culto al mar no sólo subsistió entre todas las naciones de la Costa sino que fue reconocido entre los más principales y dispuesto su ejercicio con carácter obligatorio. Dice Guamán Poma: "... en todo el reino tenía puesto el Inga que la mar... fuese adorado y sacrificado y así le llamaban *mama-cocha*. *Mama* quiere decir madre y *cocha*, la mar, y así lo más adoraban los yungas y tenían sus ídolos junto a la mar y los *uachimis* pescadores adoraban"¹⁸.

El culto al mar estaba tan profundamente enraizado en el alma de los indios de la Costa, que con la conquista española no desapareció, manteniéndose vivo por el contrario, hasta bien entrado el siglo XVII. De ello, con naturales razones, se quejaban amargamente Fray Martín de Murúa y Pedro de Villagómez. En su *Historia*, el primero dejó dicho que "...cada provincia y tierra tenía mucha diversidad de *mochaderos*, e así ahora se han desecho los ídolos...; con todo, están en pie los cerros, collados, manantiales, ríos, lagunas, *mar*... cuya veneración aún dura todavía..."¹⁹. El arzobispo Villagómez anotó que "las ocasiones frecuentes, que de continuo se ofrecen a la vista de los indios para hacerles idolatrar son muchas, en que ellos, o por lo menos sus antepasados, han ejercitado la idolatría: el Sol, la Luna, las estrellas... el rayo, el trueno, *la mar*, los manantiales, los ríos, las lagunas, la tierra..."²⁰.

Los sacerdotes del imperio alguna relación establecieron entre el Sol o *Inti*, divinidad suprema de la unificación, y el mar o *Mamacocha*, vieja religión de los pueblos de la Costa. El Sol, por algunos, fue señalado como el creador de todas las cosas, y a estas cosas creadas, el Sol confería *madre*. Así, según esta concepción (de la que ha dejado noticia Cristóbal de Molina, *el Almagrista*), la tierra y el maíz tenían madre, lo mismo que el mar: "La mar decían que tenía madre y que se llamaba *Marrivacocha*, que es la *madre del mar* y que le tenían gran respeto..."²¹.

En la mayoría de los textos documentales, el culto al mar aparece como un culto dirigido, intencionalmente, a obtener un provecho. No es un culto puro, de exclusiva veneración, desinteresado. Se pide, por el contrario, al mar algo, que en la gene-

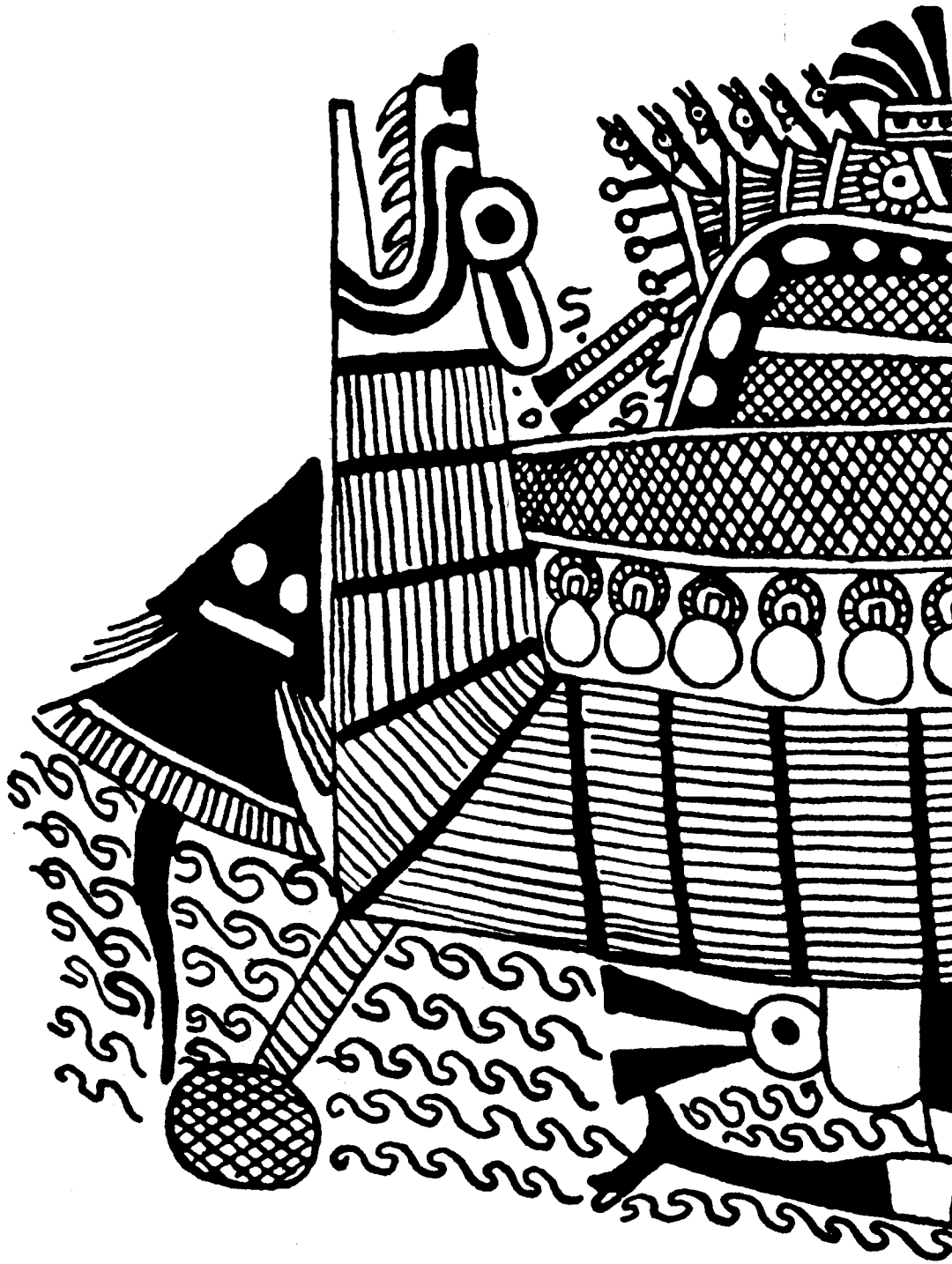
ralidad de las circunstancias es, o buena salud o, principalmente, *abundante pesca*. "Llaman a la mar *Mamacocha*, como si dijésemos *madre de los lagos o del agua*; hacíanle generalmente veneración, en especial los moradores de los Llanos...; de los cuales la mayor parte eran *pescadores*; pedíanle que no se embraveciese y que les *diese abundancia de pescados*; y los indios serranos, cuando bajaban a los Llanos, aunque fuese de muy lejos, le hacían reverencia"²². En otra parte, Cobo, de quien es la cita anterior, insistiendo en el mismo aspecto pragmático del culto al mar, explica que Viracocha era "dios universal", "Dios Creador Universal de todas las cosas y Soberano Señor y Gobernador dellas"²³; que a Viracocha, por consiguiente, estaba dirigido el culto principal, con las mayores reverencias y más altas manifestaciones del sentimiento religioso; pero que, *a las cosas creadas por Viracocha*, también los indios adoraban, por ser obra del creador supremo y por contribuir "al sustento y conservación de la vida humana". Así, adoraban "a la mar que los proveía de pescado"²⁴.

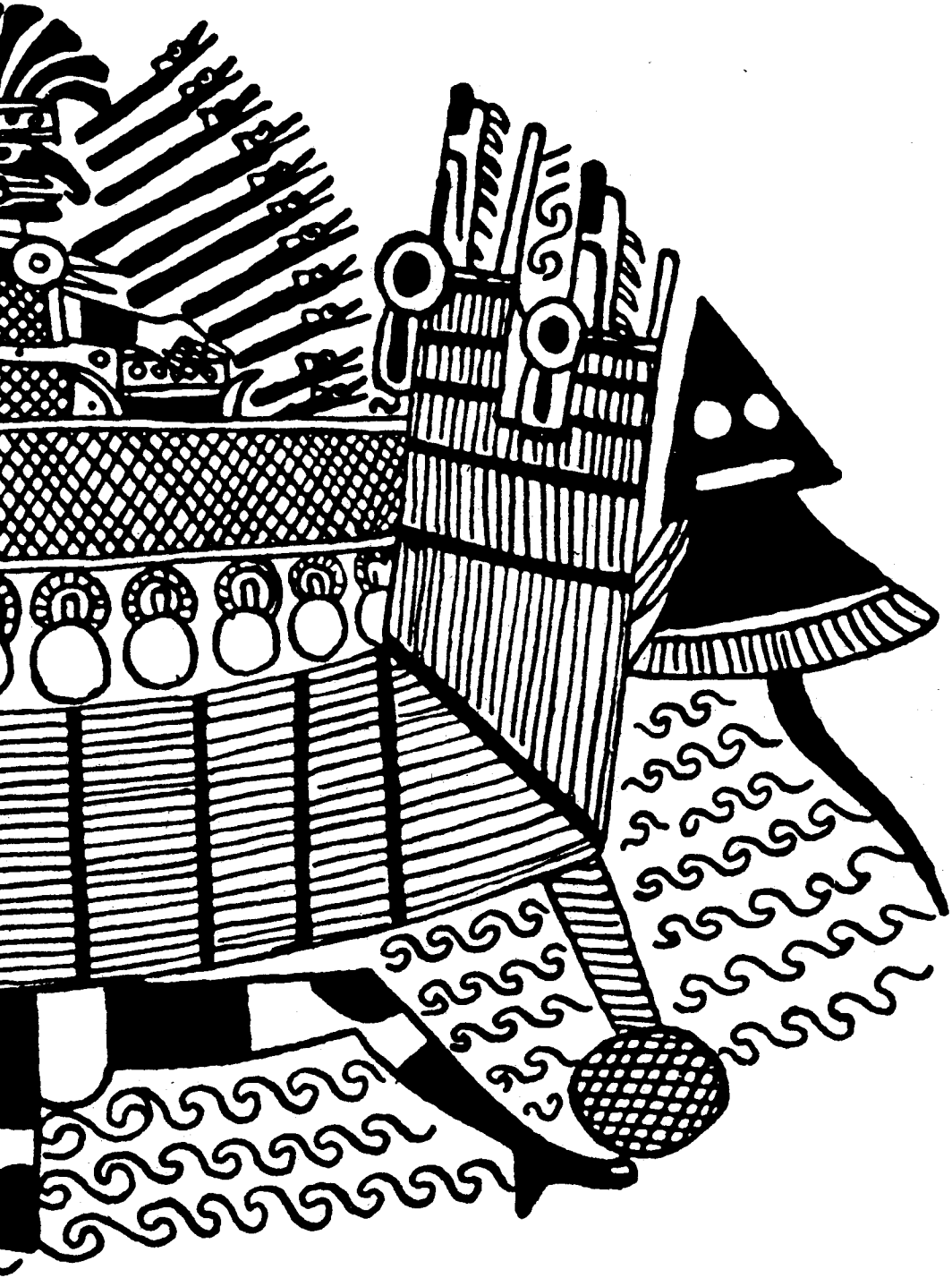
Calancha dice: "También adoraban estos indios de los llanos a la mar, a quien llamaron *Ni*, y le ofrecían harina de maíz blanco, almagre y otras cosas, *para que les de pescado*, o no se embravezca, y los serranos al modo que adorar las lagunas, reverencian la mar, a quien llaman *Mamacocha*; y los aymaraes *Mamacota*, y en especial los serranos que bajan a los llanos a sus negocios, comercios y embajadas, adoran con diferentes ceremonias a la mar y a los llanos y playas..."²⁵. Y, más adelante, el mismo Calancha insiste en el carácter intencional de este culto, en su propósito petitorio. Dice: "Adoraban los indios Pacasmayos y sus yungas al mar, cuyas costas habitan...; teníanle por el más rico, y adorábanle *para que no los ahogase y diese pescado, que el interés y el miedo miran como dioses a los que pueden dar*"²⁶.

De Murúa es este párrafo: "Los indios de los llanos reverenciaban y adoraban la mar, para que estuviese *siempre mansa y no se embraveciese contra ellos*, y les *diese mucha abundancia de pescado*, y con esto le echaban harina de maíz blanco y almagre y otras cosas"²⁷.

Los más reverentes y ceremoniosos en el culto al mar, y más asiduos al mismo tiempo en las rogativas, eran, desde luego, los pueblos de la Costa dedicados a la pesca, porque en el mar confiaban su sustento. A ellos se refiere Guamán Poma cuando dice que los yungas, o habitantes de la Costa, adoraban al mar a través principalmente de los *uachimis*, que era el nombre que recibían los pescadores. Los *uachimis* tenían sus ídolos en la orilla y constantemente los reverenciaban, implorando, a través de ellos, sus favores al mar, siendo, el primero el de la abundancia, que de ella dependía la vida del pueblo"²⁸.

Kutscher interpreta este dibujo como "el dios de la luna navegando en la balsa celestial". Dos piernas humanas, en actitud de correr, indican que la embarcación navega con velocidad. Abajo, sumergidas, hay dos bolsas de red, llenas de piedras, que sirven de anclas. La balsa es grande, de proa y popa arrufadas, y de dos cubiertas. En la cubierta de arriba está sentado el dios, con su indumentaria característica, colmada de emblemas. En la cubierta de abajo, o bodega, va dispuesta en ordenada hilera una nutrida carga de vasijas de barro cocido, llenas del líquido sagrado. El dios de la luna era considerado por los mochicas (siglo IV al VIII de nuestra era) como señor de la fertilidad y la humedad, por lo que es de suponer que las indicadas vasijas contienen el rocío nocturno que da vida y hace crecer a las plantas. (Tomado de Gerdt Kutscher, *Chimú. Eine Altindianische Hochkultur*. Berlín, 1950. Gebr. Mann Verlag. Reproducción autorizada).





En general, los pescadores mostráronse siempre muy cumplidos en el culto al mar y no ocultaron jamás sus creencias. Así, cuando la conquista imperial, fueron de los primeros en exhibir a sus divinidades para evitar la imposición religiosa de los vencedores: "Pachacuti —está en Fray Bartolomé de las Casas— como comenzó a gobernar aquellos reinos... lo primero en que puso orden fue en las cosas del culto divino... Cuando le venían a dar la obediencia, inquiría qué dioses tenían... Cada uno le daba cuenta de sus dioses, diciendo unos que *tenían por su dios a la mar*, como los pescadores..."²⁹.

Polo de Ondegardo, mucho antes que Calancha, expuso la religiosidad interesada de los indios de la Costa en los siguientes términos: "Los indios de la Costa *usarían adorar la mar para que les de pescado o no se embravezca*... También los serranos al modo que reverencian las lagunas, reverencian la mar, aunque no la hayan visto...; y en especial los serranos que bajan a los llanos para diversos negocios adoran la mar con diferentes ceremonias..."³⁰. Este texto lo utilizó el fraile agustino, en la parte concerniente a la religión de los indios de la Costa, para la redacción de su monumental *Corónica Moralizada*. Pero, Calancha aportó una interpretación del culto al mar distinta a la común, representada por Garcilaso y de la cual se ha hecho referencia al comienzo de esta parte. Garcilaso sostiene que los indios no sólo rendían culto al mar sino también a los pescados: a la sardina, a la liza, al tollo, según las regiones. Calancha, aunque sigue en las generalidades del culto a Polo de Ondegardo, contribuye al conocimiento de la religión de los yungas y, en especial, de los grupos pescadores afincados desde tiempo inmemorial frente al mar, con la aclaración, muy importante, de que "nunca adoraron estos indios pescado alguno, porque lo comestible no lo tuvieron por deidad, y sólo adoraron a la ballena, creyendo que tanta grandeza contenía deidad o señorío..."³¹.

A más de pedir sustento, los yungas de la Costa imploraban no caer en la desgracia de enfermar. De esta súplica frecuente, hecha sobre todo por los indios de la Sierra cuando bajaban a los llanos, han dejado versiones cuidadosas el P. José de Arriaga y el Arzobispo Villagómez. "A Mamacocha, que es la mar —se lee en las *Exortaciones*—, invocan de la misma manera todos los que bajan de la Sierra a los llanos en viéndola, y le piden en particular, que no les deje enfermar, y que vuelvan presto con salud... y esto lo hacen todos sin faltar ninguno, aun muchachos muy pequeños"³². Antes, en su *Extirpación de la idolatría*, Pablo José de Arriaga había hecho la exposición primigenia en la cual se basó el arzobispo, y subrayado la manera curiosa de ofrecer que tenían los indios: "... todos los que bajan de la Sierra a los llanos en viendo la mar la adoran, y se

tiran las pestañas, ofreciéndoselas, y le piden que no les deje enfermar y que vuelvan con salud a su tierra..."³³.

De muy remoto origen, preincaico como ya se dijo, el culto al mar, aunque propio de los pueblos del litoral, tuvo un ámbito grande, que llegó hasta la Sierra. Lo prueban los testimonios de los extirpadores de idolatrías, especialmente los de Avila, Aveniño y Arriaga. De ellos, Valcárcel extrae, entre otras versiones muy interesantes, la que refiere que en San Francisco de Otuzco, lejos del litoral, en el corazón de la Sierra, los indios adoraban a muchos dioses, *entre ellos al mar*, junto con el Sol, la Luna, las estrellas, los montes, las aguas, etc.³⁴.

El ritual de adoración, ya en parte indicado al tratar líneas arriba de la súplica reverente con ofrecimiento de las pestañas, era, como para los otros dioses, muy sencillo también. Reducíase a una especie de oración con mímica, a una suerte de elemental gesticulación. Hablando del ritual común dejó escrito Calancha: "El modo de hacer oración al dios supremo Pachacámac, al Sol que llamaban *Punchao*, al Viracocha y a las estrellas era uno mismo, que es *abrir las manos y hacer cierto sonido con los labios* (como quien besa), alzando las manos, inclinando la cabeza, y a los demás dioses" (aquí el mar) "se arrancaban cejas o pestañas y las echaban hacia el ídolo, torbellino, arroyo o quebrada . . ." ³⁵. Igual quedó explicado por Herrera en sus *Décadas*: "El modo de hacer su oración a . . . sus dioses, era abrir las manos y hacer cierto sonido con los labios, pidiendo lo que cada uno quería, ofreciendo sacrificio . . ." ³⁶. Pero, Herrera hace una observación importante: que, en sus oraciones, los indios consideraban a Viracocha con "poder de todo"; en cambio, a los otros dioses, los indios "tenían por intercesores" únicamente.

El mar, como dios, por lo tanto, *intercedía ante Viracocha para los favores que podía ofrecer*.

Los indios pescadores pedían al mar, con sus oraciones, sus ritos de gesticulación y sus ofrendas, pesca abundante y variada para sustento de la comunidad. Pedían, además, tranquilidad de las aguas o, cuando éstas se alteraban, pronto fin de las bravesas. En tanto, los indios de las sementeras también recurrían al mar: tal el caso, por ejemplo, cuando la sequía flagelaba los campos y no había qué comer por disminución de las reservas. Entonces, los indios iban al pie del mar y, alzando los brazos y ofreciéndole las cejas o las pestañas y gesticulando en la forma arriba descrita por Calancha y Herrera, imploraban lluvia. Siguiendo a Juan Pérez Bocanegra, en su *Ritual formulario e institución de curas*, de 1631, Valcárcel recuerda una breve oración de piedad ante el azote de la falta de agua para los campos. Dice: "¡Oh madre mar! Del cabo del mundo llueve y rocía, pues te adoro"³⁷.

En otras ocasiones, cuando se trataba de asegurar para los cultivos buenos tiempos y agua abundante, los indios de la *costa de la mar* —según cuenta el P. Oliva— iban a las playas y allí, tras el rito ya conocido, arrojaban “algunos granos de maíz” a las aguas, ofreciéndolos e implorando la ayuda requerida³⁸.

La fe de los indios en la bondad del mar, en el apoyo que nunca escatimaba a sus ruegos, sobre todo cuando se trataba de demandas relacionadas con el sustento de la comunidad, hizo que esta deidad fuera resueltamente defendida por los régulos y sacerdotes de la Costa cuando la conquista incaica. El general Cápac Yupanqui propuso al reyezuelo *Cuismancu* —cuenta Garcilazo— un entendimiento para llegar a las paces, sobre todo en materia religiosa, donde mayores eran las discrepancias y más ásperos, consecuentemente, los forcejeos. Según las bases propuestas por el invicto general del Inca, Pachacámac sería respetado por lo mismo que los Incas lo tenían por hacedor del mundo, aunque inmaterial, sin figura y, por consiguiente, sin ídolo o guaca que lo representara. Se haría un templo al Sol, dios supremo de la unificación, símbolo además del imperio cusqueño, pero se desterraría —prosigue el autor de los *Comentarios Reales*— el culto a la zorra y a los *otros animales de la tierra y del mar*, por no ser dignos de parangonarse a la majestad del Sol y de Pachacámac. Con aquella propuesta, el mar quedó comprometido. Entonces —dice Garcilazo—, el señor de Cuismancu, que dominaba en Pachacámac o Lurín, en el Rímac, Chancay y Huamanmayo (o La Barranca, de los españoles) —valles, todos, densamente poblados y florecientes—, en perfecto entendimiento con todos los reyezuelos de las diversas comarcas a sus órdenes, mandó decir al general del Inca por intermedio de los mensajeros por éste enviados, reflejando no sólo su disconformidad sino su indignación, que su pueblo no quería la dominación imperial porque *no quería otro señor ni otras leyes ni otro dios*. Comunicó expresamente al general de los ejércitos cusqueños que ellos adoraban desde tiempo inmemorial a Pachacámac, hacedor y sustentador del universo; al *Rímac*, “que era un dios que les hablaba, y daba las respuestas que le pedían”; a la zorra, “por su cautela y astucias”; y *también a Mamacocha*, “que era la mar, porque los mantenía con su pescado”. En suma, los pueblos de Cuismancu no querían otros dioses; querían seguir con los antiguos, suyos. El régulo, incluso, mandó decir al general que no querían ni al Sol, “porque no había menester más calor del que su tierra les daba”³⁹.

Al final, “. . . en todo el reino dispuso el Inca que el mar fuera adorado y se le hiciera sacrificios, llamándolo Mama-Cocha. . .”⁴⁰.

MAMACOCHA EN EL DIBUJO DE JUAN
DE SANTA CRUZ PACHACUTI

Los españoles de los años inmediatamente siguientes a la caída del Imperio de los Incas, entre indiferentes y sorprendidos, alcanzaron a ver en el templo llamado *Coricancha* ("recinto de oro"), famoso por la magnificencia de sus capillas y la riqueza deslumbrante de su conjunto —situado en la parte céntrica del Cusco (hoy, iglesia de Santo Domingo)—, un altar de composición trapezoidal con extrañas representaciones —no se sabe si dibujadas simplemente o en relieve—, que un indio de la época, que más tarde se haría famoso precisamente por la obra de rescate que cumplió, reprodujo para conocimiento de la posteridad y tema de intriga de los investigadores. Comentando ese dibujo, Valcárcel dice: "Es evidente que el dibujo es imperfecto e incompleto, pero es el mejor documento que poseemos sobre lo que debió ser el *diagrama del pensamiento religioso de los Incas*. En él figuran los entes que integraban lo que hemos llamado *el estado mayor de los dioses*: el Sol, la Luna, Venus, el Rayo, el Arco Iris y la Constelación del Felino de Oro. Está la pareja original de la Humanidad: el varón y la mujer, así como el árbol, el Mallqui . . . Está la tierra o Pachamama y *el mar o Mamacocha*"⁴¹.

El dibujo fue hecho por el indio cronista Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamayhua, heredero de la tradición imperial, quien lo acompañó de un texto de difícil lectura por ser enrevesada mezcla de quechua y español. Dibujo y texto datan del año 1613. El manuscrito, no se sabe cómo, pasó a poder del Padre Francisco de Avila, quien le hizo de su puño y letra algunas adiciones pero manteniendo la pureza original. Transcurridos dos siglos y medio, el americanista Clemente Markham dio a conocer la crónica, en versión al inglés, y poco después hizo lo propio el eminente erudito y paleógrafo español D. Marcos Jiménez de la Espada, incluyendo la versión en el tomo de sus publicaciones titulado *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, salido en 1879. Tanto Markham como Jiménez de la Espada no le dieron importancia alguna a la famosa lámina pero sí la reprodujeron en sus respectivas publicaciones para conocimiento de los interesados y curiosos.

Más adelante, el *mapa cosmográfico de Juan de Santa Cruz*, como lo conocen muchos, llamó la atención de los estudiosos y se dieron a conocer numerosas interpretaciones, a cual más antojadiza.

Los trabajos más serios de autores peruanos son los de Tello y Valcárcel, y algunas ideas expuso en cierta ocasión, sin adentrarse en el problema ni acudir a la sagacidad científica, Horacio Urteaga, tenaz animador del trabajo histórico mas no ejem-

plar exégeta. De Estados Unidos llegaron los aportes de Samuel K. Lothrop, como todos los suyos, muy juiciosos y útiles para desentrañar el enigma. Pero fue de Argentina de donde procedió el mejor trabajo descriptivo e interpretativo, fruto de veinte años de metódica investigación gracias al talento y profundo conocimiento de las fuentes de Roberto Lehmann-Nitsche. Este trabajo, bajo el título de *Arqueología Peruana. El Coricancha*, se publicó en 1928, en el tomo trigésimoprimer de la *Revista del Museo de La Plata*. Ocupa todo el volumen, que es de cerca de trescientas páginas. En torno a este trabajo, medular y concienzudo, verdadero modelo en programas de su género, se han dicho los más encendidos elogios. Lehmann-Nitsche fue alemán pero desarrolló casi toda su obra científica en Argentina, país en el cual radicó muchos años, orientando la investigación histórica.

Lehmann-Nitsche niega valor, por caprichosas, infundadas o superficiales, a casi todas las interpretaciones que se han hecho de la famosa lámina del indio cronista Juan de Santa Cruz Pachacuti; incluso, llega a calificar algunas de *disparatadas*. Dice que, sin ahondar en el significado de los enigmáticos dibujos, apresuradamente unos han dicho que se trata de un *mapa astral*; otros, de un *planisferio celeste* (Urteaga); otros, de un *mapa del universo* (Tello). El sabio peruano —puntualiza el germano-argentino—, en su monumental estudio titulado *Wirakocha*, agrega que en ese *mapa del universo* “se comprenden los más espectables seres y fenómenos de la Creación”. (Más adelante, se hará una especial referencia a la interpretación de Tello). Critica, incluso, a Ricardo Piettschmann, el gran americanista alemán, célebre por sus estudios sobre el manuscrito de la *Historia Indica* de Pedro Sarmiento de Gamboa y por el descubrimiento del mundialmente famoso códice de Felipe Huamán Poma de Ayala, *Nueva Corónica y Buen Gobierno*. A esta eminencia de los estudios americanistas también critica por estimar que no dio, como los anteriores, al dibujo de Santa Cruz Pachacuti la debida importancia y por haber expresado en una ocasión que la intrigante lámina era un simple *conjunto de garrapatos*.

Contrariamente a estas opiniones, *apresuradas*, superficiales, antojadizas, Lehmann-Nitsche concede a la lámina del cronista indio un *valor capital*, porque es la reproducción —dice— del *altar mayor*, por así llamarlo, del principal templo de los antiguos peruanos, el mentadísimo Coricancha, que fue un lugar deslumbrante al decir de los historiadores, viajeros y conquistadores que lo conocieron.

Aunque la opinión del meticoloso investigador germano-argentino sobre el significado de la representación de *Mamacocha*, (que es el tema central de esta parte de nuestro estudio) no

favorece la *tesis marina* (que sí defiende, por ejemplo, Lothrop), conviene, para un mejor conocimiento del asunto y mayor dominio de los materiales que han de emplearse en la interpretación, exponer, bien que en forma abreviada, en sus lineamientos generales, la tesis contenida en la publicación del Museo de La Plata.

Refiriéndose al valor informativo del dibujo del cronista, Lehmann-Nitsche advierte que no se trata de una lámina trazada al capricho; no es el antojo de un dibujante chabacano ni el juego de quien quiere engañar a los intonsos con una superchería mañosamente preparada. Esta lámina —afirma— “representa una pared lateral del famoso templo [del Coricancha], vista de adentro y arreglada para altar mayor. Vemos un pentágono que corresponde a los contornos de esa pared; los objetos e imágenes en ella fijados, fueron explicados con una leyenda por el mismo Pachacuti y más tarde por el extirpador de idolatrías Francisco del Avila, que poseyó cierto tiempo el precioso manuscrito”¹⁴².

Considera luego, como ya se dijo —y esto, entrando ya al camino de la interpretación—, que la lámina del cronista constituye un documento clave para desentrañar el enigma de la religión de los antiguos peruanos. Describe, por eso, y analiza con extremo cuidado cada uno de los dibujos que forman esa extraña lámina, comenzando por el dibujo central, que es un óvalo, que representa, sin duda, a la divinidad suprema del *panteón andino*, el supremo hacedor de todas las cosas y principio del mundo y de los hombres, creador incluso del Sol: el dios *Viracocha*. Describe y analiza después cada uno de los otros dibujos: el del Sol, el de la Luna, el de las constelaciones divinizadas, el del rayo, etc., y llega, así, a un dibujo de trazo muy sencillo, que está al lado izquierdo de la composición, y que representa, según el autor, el *panorama del mundo*. Se compone de un círculo, que es el horizonte, tres picos de montañas, el arco iris encima del círculo, y un río nombrado *Pilcomayo*, que baja de las montañas, deslizándose hacia la izquierda y hacia abajo en la lámina. Pues bien: haciendo *pendant* con el dibujo del *panorama del mundo*, hay a la derecha otro dibujo, el cual “representa un contorno curioso, especie de arco-semicircular con el tendón ondulado; por medio de una raya, está combinado con un pequeño círculo bien-redondo, situado al lado exterior del contorno anterior”¹⁴³.

Agrega Lehmann-Nitsche: “El círculo pequeño representa el *manantial* cuya corriente (la raya) *va a la mar* (el contorno grande e irregular), y así se explica la leyenda quechua, puesta abajo respectivamente dentro del correspondiente contorno: *Mama Cocha y Pucyo*”.

He aquí, ahora, la interpretación de *Mamacocha* (que no favorece la tesis *marina*, como ya se advirtió).

Lehmann-Nitsche analiza el significado etimológico de los términos empleados en las leyendas originales de la lámina. Observa: "La primera palabra, que es compuesta, significa . . . *la mar*; la segunda, *fuelle, manantial* . . . El dibujo de que se trata, es, entonces, un *croquis cartográfico* o una *especie de mapa*". Después apunta: "La confrontación de ambos lados del grupo 6: la *Madre Tierra* (Pacha Mama) en uno, y la *Madre Mar* (Mama Cocha) en el otro, con sus accesorios respectivos, demuestra un profundo concepto filosófico y trascendental . . . De ninguna manera puede tratarse, opinamos —dice Lehmann-Nitsche—, ni del mar ni de la fuente como idea abstracta. Deben ser *un determinado mar* y *una determinada fuente*, importantes para la religión peruana"⁴⁴.

Afirma categóricamente: "Referente al mar, *no hay duda de que es el Lago Titicaca*; hasta los contornos del dibujo indican que deben representar una gran superficie de agua con una orilla en parte semicircular . . . Referente a la *fuelle*, el problema es más difícil de resolver. Debe tratarse de una laguna más chica que el Titicaca, la que, según la opinión de los indígenas, proveía el mar (el lago Titicaca) con agua". Sugiere que sea el lago Poopó.

La idea de Lehmann-Nitsche, por consiguiente, es la de *identificar Mamacocha con el Lago Titicaca*. Mamacocha no es el mar, no es el océano, ni como noción concreta, de un mar determinado, ni como noción abstracta, del mar general. Concluye: "Un contorno en forma de corazón bastante grande" (se refiere al dibujo del lado derecho) "significa *Mama Cocha*, la divinidad del mar, es decir, *el Lago Titicaca*, que queda combinado con un lago más pequeño (tal vez, el Poopó) . . ."⁴⁵.

Adán Quiroga, un autor citado por el mismo Lehmann-Nitsche, fue de los primeros en proponer la posibilidad de que *Mamacocha fuese mar*, el mar, éste o aquél, el que muere en esta playa o el de aquella otra, o *el mar en general*. Dijo que el dibujo de Juan de Santa Cruz Pachacuti podía significar *mar, lago o laguna*, y que la raya podía ser un *canal*, y el círculo pequeño, *Pucyo*, un estanque o depósito. Pero, al final, se inclinó por la idea de *lago*. Consideró, así, el esquema: del mar corría el agua al estanque; y *el mar, entonces, tenía que ser lago*.

Frente a la tesis del sabio autor germano-argentino, se alza la del norteamericano Samuel K. Lothrop, que es *marina*. Por lo menos, el autor de *El Tesoro del Inca* no cierra la posibilidad de que Mamacocha sea el mar; deja el camino expedito hacia esta interpretación.

Lothrop comienza por describir el Coricancha y destacar que, conforme al testimonio de los españoles de la Conquista, que

lo vieron o tuvieron de él referencias de primera mano, su magnificencia y riqueza fueron extraordinarias, asombrosas. El *Coricancha* (*recinto o patio de oro*, en quechua) era un edificio complejo, de plano más o menos rectangular, cuyos lados medían aproximadamente 68 por 59 metros, "con ábside redondeado que se proyectaba sobre 34 metros desde la esquina Suroeste"⁴⁶. Por fuera, en la época de su esplendor —de la que tuvo conocimiento, entre otros, Cieza de León⁴⁷—, estaba revestido de planchas de oro muy pesadas y el aspecto de sus muros era de una sillería acabada, con bloques admirablemente pulidos, trabajo perfecto que aún hoy se puede admirar en lo que queda del edificio en el templo cristiano de Santo Domingo.

Por dentro, el templo constaba de seis grandes aposentos para el santuario al Sol, las capillas de la Luna, las Estrellas, el Rayo y el Arco Iris, y la Sacristía, todo alrededor de un jardín abonado con fertilizantes llevados de la costa, el cual tenía en el centro una gran taza de piedra, cubierta de planchas de oro, de forma octogonal (o de rectángulo ochavado), que servía en las grandes ceremonias religiosas⁴⁸. En este jardín había también reproducciones de plantas y animales de oro, al tamaño natural, de finísima filigrana, que hacían un conjunto que, al decir de Cieza, causaba pasmo.

El principal Santuario del Coricancha estaba naturalmente dedicado al *Sol* sobre el ábside circular. Garcilazo lo describe diciendo que su techumbre era muy alta y que sus cuatro paredes estaban recubiertas de planchas de oro, todo deslumbrante. En el *altar mayor* estaba puesta la *figura del Sol*, constituida por una lámina gruesa de oro, enorme y pesada. A los lados de esta imagen, hallábanse colocadas las momias imperiales, en admirable estado de conservación.

Pero, la lámina de oro, redonda y con rayos, que representaba al Sol, no era el único símbolo allí colocado. Lothrop cree, además, que, inicialmente, la lámina del Sol no estaba en el centro. Recién fue colocada en esa ubicación preeminente por Huáscar, en el lugar donde antes, desde los tiempos de Maita Cápac, sobrino nieto del fundador del imperio, Manco Cápac, había estado la pieza ovalada de oro que representaba al supremo creador y dios de dioses, *Viracocha*. "El *gran altar* —explica— estaba tachonado con símbolos de oro y plata"⁴⁹. En esto ha habido mucha confusión interpretativa —dice— pero las cosas han sido aclaradas gracias a los estudios de Lehmann-Nitsche; y Lothrop se refiere en esta parte, encomiásticamente, al trabajo, ya expuesto, del gran investigador germano-argentino.

Siguiendo con el problema del *altar mayor* o *gran altar* del Coricancha, que entraña la clave para el conocimiento de la religión de los peruanos en el tiempo de los Incas, declara Lothrop que la base para la interpretación del citado altar ma-

yor es el diagrama de Juan de Santa Cruz Pachacuti. Confiesa, sin embargo, que la tarea que espera al investigador que pretenda trabajar con ese diagrama, es sumamente difícil: casi una verdadera *operación de adivinanza*, cuyos resultados no se pueden prever. La lámina de Juan de Santa Cruz Pachacuti, más que un dibujo de distribución de símbolos conforme al cuadro original del Coricancha, parece un *rompecabezas*, y de los más intrincados y confusos.

Reconstruyendo, o tratando de reconstruir, la realidad de aquel altar, considera Lothrop que sus adornos y símbolos eran los siguientes: 1) al centro, la pieza ovalada, de oro, que representaba a *Viracocha*; 2) a la izquierda, la imagen circular del *Sol*, también de oro; 3) a la derecha, la imagen de la *Luna*, de *plata*; 4) la representación de *Orión* (el rebaño de las llamas machos); 5) y 6) *Venus*, los luceros de la mañana y de la tarde; 7) y 8) las *Pléyades*, en dos presentaciones; 9) la *Cruz del Sur*, debajo directamente de la imagen de oro, ovalada, de *Viracocha* (y, al final, con *Huáscar*, debajo de la imagen del *Sol*); 10) la representación de una estrella, no identificada todavía, llamada por los incas *Salvaje Llama Hembra*; 11) el *Arco Iris* (no obstante que tenía su capilla propia, a uno de los lados del santuario principal, que se está describiendo); 12) el *Jaguar*, asociado a la representación de *Viracocha*; 13) el *Rayo* (no obstante que tenía su capilla propia); 14) un disco con representación interior de montañas de las que nace un río —*Pachamama*—; 15) un río, llamado *Pilcomayo*, o río rojo, que sale del disco representativo de *Pachamama*; 16) la laguna madre, o *Mamacocha*, a la derecha del cuadro; 17) un *manantial*, que fluye hacia *Mamacocha*; 18) los ojos del dios *Imaimana Naorai Viracocha*; 19) un árbol (decoración común en la alfarería incaica); 20) la figura de un *hombre* (¿el *Sol*?); 21) la figura de una *mujer*.

Interesa para este estudio sólo la figura signada con el número 16. Allí, *Mamacocha*, la *laguna madre*. Al mencionarla, Lothrop recuerda que Lehmann-Nitsche la considera —conforme se vio anteriormente— *lago*; “cree —dice— que es el *Lago Titicaca*”. Pero, añade de inmediato: “*Sin embargo, es posible que represente al océano*”⁵⁰.

Aunque muy a la ligera Tello se ocupó del *mapa cosmográfico de Salcamaygua*, veladamente, como simple insinuación, propuso que *Mamacocha* fuese *mar*, no lago. Lo dijo como opinión estrictamente personal, fruto de su investigación, en 1923, varios años antes de que Lehmann-Nitsche culminara su monumental monografía y antes, también, de que Lothrop abordara el tema. Vale, pues, como una opinión independiente.

La tesis del sabio peruano está contenida en la *Cuarta Parte, Capítulo I* de su afamado estudio sobre *Viracocha* (los dioses andinos en su ubicación celestial “y la manera como se presen-

El demonio-pezu, de enormes aletas y cresta erizada, abre amenazante la boca, en expresión devoradora, y ataca con un cuchillo que lleva en un apéndice braquial que le ha concedido la deformación mitológica. Diversos elementos marinos se juntan para llenar la superficie globular del vaso, cuya base es plana. La pictografía es en marrón sobre fondo crema. (*Mochica IV*. Costa Norte. Periodo Intermedio temprano, siglo V de nuestra era Museo Rafael Larco Herrera
Foto: Fernando La Rosa)

El personaje, que oficia de pescador, con tocado alto, llamativo, y ajustado protector facial —lo que indica rango prominente—, recoge el cordel, de cuyo anzuelo cuelga un pez de voluminoso tamaño, sin duda una gran captura. El cuerpo de la vasija adopta la forma de la balsa hecha con haces de totora, con la proa arrufada. El mayor valor documental está en el anzuelo (*Mochica IV*. Costa Norte. Periodo Intermedio temprano, siglo V de nuestra era. Museo Rafael Larco Herrera. *Foto Manuel Romero*).









El cangrejo, habitante del mar y personaje de la mitología de los pueblos de la Costa Norte, aparece representado en relieve y superpuesto a una plancha cuadrada (ambas partes, de cobre con aleación), de 11 centímetros de lado. *Vicús*. Departamento de Piura. Siglo II de nuestra era. Museo de Oro del Perú. Fundación Miguel Mujica Gallo. Catálogo: Sala del Cobre. V 5-105. Foto: *Manuel Romero*).

tan y actúan"). Allí hace una ligera y poco meditada referencia al "mapa cosmográfico de Salcamaygua", como ya se dijo, que representa, según él, "divinidades siderales". Dice: "Salcamaygua, tratando de representar la imagen del creador, trazó un mapa del universo en el que comprende los más espectaculares seres y fenómenos de la creación. En ese mapa figuran simbólicamente representados, seres y fenómenos *celestes, meteorológicos y terrestres*; esto es, todo lo que en el concepto del indígena constituía la existencia real de la creación: dioses, seres y fenómenos creados, o sea, seres y fenómenos celestes; entre los que se incluye los meteorológicos, y seres y fenómenos terrestres"⁵¹.

La parte interpretativa es la que más interesa. Dice: "Salcamaygua, en su mapa cosmográfico, ha representado realísticamente el Kuichi o Turumanya, *Arco Iris*; la Pachamama, Urko y Mayo, *Madre Tierra, Montañas y Río*; Mamacocha y Pukiu, *Mar y Manantial*; la primera pareja; el árbol Mallki o de los antecesores; etc."

Aunque no lo reafirma ni lo explica, *Mamacocha es Mar*. No dice lago; tampoco Lago Titicaca. Simplemente, *mar*.

De esta manera, frente a la posición de Lehmann-Nitsche, que identifica Mamacocha, no siquiera con la idea general, abstracta, del lago sino, concreta y específicamente, con el *Lago Titicaca*, está la de Lothrop y Tello, que se inclina por la tesis *Mamacocha-mar, Mamacocha-océano*. El primero dice claramente su opinión; el segundo, en forma velada, pero los dos en el fondo coinciden.

Valcárcel no dice nada. Se limita a exponer lo que dicen los demás y analizar los dibujos de la extraña lámina. Habla del *mar*, como traducción literal de *Mamacocha*, mas sin indicar el verdadero sentido de esta palabra. Explica que el dibujo del mar se halla en la parte central, a la derecha, del esquema (mirando). Tiene, dice, una forma arriñonada, y dentro de la figura está el nombre. Un pequeño apéndice, a la derecha conecta el mar con una laguna. El apéndice, dice, es el río. Sugiere una novedad. Es con relación al árbol. La proximidad del árbol, Mallqui, puede señalar el poder fructificante del agua, tanto del agua de la laguna como del agua del río. Pero destaca al final que el *mar*, esto es, Mamacocha, entra en la composición ideográfica fundamental de la religión peruana antigua. Es elemento básico de la teogonía, de la cosmogonía y de la antropogonía de los peruanos de las primeras edades.

SENTIMIENTO DEL HOMBRE HACIA EL MAR

Desde los tiempos aurales del hombre en la Costa; desde que, por vez primera, posó su mirada, llena de deseos escrutadores pero también llena de temores y mágicos prejuicios, sobre

la vasta superficie líquida tendida al Poniente; desde que, de los cerros cercanos al litoral, bajó indeciso y metió sus pies en el agua y comenzó a vivir de lo que esas aguas le proporcionaban; desde esa época remota que se pierde en la noche de los tiempos, imprecisa y brumosa, con lejanía de milenios —más de diez, quizá doce o catorce—, hasta el apogeo de las civilizaciones del litoral y el auge de las poderosas naciones de la Sierra, el mar ejerció siempre un poderoso influjo, que se reveló en la economía, en el arte y, muy particularmente, en la religión. Tal fue su influencia, que se formó, como venimos viendo, una religión de claro contenido marino; una religión en la que el mar fue deidad, y no menuda sino de las principales y notorias, y de las más extendidas, dado que, según se ha visto, rebasó los límites propiamente de la Costa y penetró, firme, en la Sierra, ganando de los grupos serranos acatamiento, respeto y, más que todo ello, veneración. No sólo los *yungas* costeños rendían culto al mar y a otras divinidades relacionadas con el mar, como oportunamente se verá, sino que igual hacían los serranos, cuando, al bajar de sus empinadas tierras, divisaban la superficie líquida. Lejos aún, dejaban sus cosas y se inclinaban reverentes, cumpliendo con el rito consagrado por el tiempo y los pueblos. Pedían al mar protección, le imploraban fortuna y le entregaban ofrendas para ganar su apoyo.

En su origen, esta religión mucho tuvo que ver con los sentimientos que caracterizan el alma de los pueblos primitivos; sobre todo, con ese sentimiento que Worringer llamaba de *terror cósmico*, que es el pavor, el miedo profundo que produce en el hombre el cuadro abrumador de la naturaleza, particularmente cuando ésta se pone en movimiento; cuando entra, impetuosa e incontenible, a la dinámica de su terrible y aplastante existencia; cuando la naturaleza, en otras palabras, ejercita su fuerza y dobla la capacidad de observación del hombre, nunca más débil y empequeñecido, nunca más triste en su miseria de ente diminuto y frágil.

La tempestad eléctrica, el mar embravecido, el viento huracanado, la salida de las aguas de su lecho —sean de mar, sean de río—, la bajada violenta y aniquiladora de los caudales retenidos por las morrenas y las nieves en las alturas, la sacudida terráquea sobre todo, pavorosa y cruel, que se ensaña con el hombre y con su obra perecedera —aunque el hombre quiera, o pretenda, hacerla inmortal y hasta eterna—: todas estas y otras manifestaciones de la dinámica del mundo inciden en el alma y sobrepasan el límite de la resistencia. El alma se quiebra entonces, y, débil, se entrega al pavor, al miedo profundo. No hay forma ni estrategia para enfrentar al mundo. El mundo aplasta porque, sencillamente, su fuerza supera en mucho a la insignificante que el hombre puede oponer para resistirlo. Se

origina, entonces, el terror, que, por provenir del cosmos, es *terror cósmico*, y, por cósmico, profundo.

Para las almas sujetas a la naturaleza, en comunión con la naturaleza, consubstancializadas con ella, el mundo es abrumador, y no solamente el mundo puesto en ejemplo —es decir, el mundo en desbordante expresión, el mundo como movilidad eterna y como eterna algarabía— sino, también, el mundo aparentemente estático, quieto, el de la geografía sin violencias y el del universo sin perturbaciones. Ya no la naturaleza desbordada, precipitándose con fuerza apocalíptica, golpeando como con ira, sino la naturaleza calma, serena, en el polo opuesto del paroxismo: por ejemplo, la noche estrellada, la insondable profundidad de la pampa, la elevación majestuosa de las montañas hacia el reino de las nubes, la quietud silente del desierto, el mar terso e infinito, hecho por los misterios de la luz superficie de plata bruñida, el mar inmóvil recibiendo todas las tardes al astro sin otro rito que el fantástico despliegue de los colores del ocaso.

Así, pues, convulsionada o serena, la naturaleza ejerce una influencia condicionante en el hombre, sobre todo cuando el hombre está identificado con ella, cuando vive en comunión con el mundo circundante, y cuando hombre y mundo exterior son una misma cosa y se expresan en las mismas pulsaciones. Entonces, por una fuerza imperativa e insoslayable, la naturaleza se refleja en el arte y en la religión, y más que ello, la *naturaleza determina los contenidos artísticos y religiosos*.

En el arte puede el hombre reaccionar, *fijando*, por ejemplo, *sujetando*, *atrapando* por así decirlo, las manifestaciones más dinámicas de la naturaleza, aquellas que más terror le producen. Puede el hombre arrebatarse a los seres terroríficos de la *eterna movilidad* en la que viven, y esa podría ser, siguiendo a Worringer, la explicación del arte bidimensional, que tan profusamente se halla extendido en todas las etapas del arte gestado por el hombre en estado de naturaleza (por no decir, del *arte primitivo*, que es una expresión que se presta a confusiones y malentendidos desde su indebido uso por los etnólogos de la escuela evolucionista del siglo pasado).

En religión, el sometimiento es mayor; total debe decirse. Las fuerzas del mundo circundante y los seres que pueblan la naturaleza —y qué mayor prueba al respecto que los seres irracionales que entran en las religiones, los animales en general— gravitan en el alma del hombre, la condicionan, la orientan en tal o cual dirección; pueden esclavizarla.

El *mar como divinidad*, por consiguiente, es un *hecho cultural surgido al imperio de la naturaleza*, marginada la voluntad y marginados los propósitos morales y de todo otro orden. Es, en otros términos, creación humana según pautas dictadas por la

naturaleza, la que interviene condicionando el espíritu del hombre y preparando las bases síquicas de la elaboración doctrinaria. Esas *bases síquicas* son el pavor, el sentimiento de pequeñez y debilidad ante la fuerza arrolladora del torbellino del mundo, el miedo profundo bajo cuyo imperio se doblegan todas las resistencias; en suma: el *terror cósmico* de que hablábamos. Terror cósmico del que el *hombre evolucionado* logra desasirse en alguna medida mediante la explicación racional o científica de los fenómenos, pero del que el *hombre en comunión con la naturaleza* no puede escapar, porque son la suya y la del mundo existencias consubstancializadas. La identidad de existencias está en el diálogo, en la intimidad de lo inanimado e irracional por un lado y lo humano por otro, en la asociación del mundo de la conciencia con el mundo de lo extraconsciente, en el sentimiento de dependencia, en la subordinación que se expresa en palabras de súplica o en la permanente actitud petitoria del hombre para cuanto favor confía recibir de la naturaleza.

El mar ejerció sin duda el influjo más poderoso y persistente de cuantos gravitaron en el alma de los antiguos peruanos. Pacífico o combativo, abundante o mezquino, ameno o majestuoso, fue el mar una fuerza abrumadora, ante la que el hombre se inclinó, y a la que tuvo vivamente presente en sus creaciones artísticas y religiosas de todas las edades. Fuerza determinante en el alba de los pueblos costeros, cuando el mar es la vida porque faltando su generosidad el hombre sucumbe; fuerza determinante en los periodos de apogeo cultural, cuando el mar y sus seres propios, como el pez, el cetáceo, el molusco y el artrópodo colman la mente del hombre en todos los campos de su actividad pero, sobre todo, en religión y arte, y entonces, con simples distingos graduales, se tornan divinidad, y el hombre, tembloroso, les rinde veneración, llevada ésta a la más extrema credulidad primitiva; fuerza determinante, por último, en la culminación del imperio, en la era del poder invencible del Inca, cuando los ejércitos del Cusco se pasean sin rival por el territorio más vasto que América precolombina ve organizado: es justamente la época en que el Inca, no obstante llevar él como emblema de su poder al Sol, *Inti, ordena adorar al mar*, Mama-cocha, porque es milenaria la raíz de esta religión costera, es conocida en todo el Tahuantinsuyo y, sobre todo, porque responde a una *necesidad del alma*. En la orden del Inca no hay acomodo; hay reconocimiento e inclinación ante la necesidad. La naturaleza manda.

Así, pues, el mar abruma y genera sentimientos favorables a la creación religiosa; genera religión. "Todos los cronistas —dice un escritor versado en los textos del siglo XVI—. . . coinciden en este criterio: las fuerzas de la naturaleza, truenos, rayos, relám-

pagos, la Luna, el Sol, y también el *agua-madre* y la madre-tierra, abruman al hombre con su majestad indescifrable. . ."⁵²

Un historiador dice: "el indio de la Costa profesó desde remotos siglos. . . la *adoración al mar*. El mar fue objeto de su culto y de sus más fervientes invocaciones. Influyó para esto la impresión que le produjo la vista del vasto elemento y los misteriosos fenómenos y efectos que se desarrollan en él. . . ¡Cuánto asombro nos causa contemplar el inmenso océano en eterno movimiento, produciendo, el rudo azotar de las olas, un rugido uniforme pero a la vez poderoso y solemne! ¡Cuánta admiración los efectos de la luz del sol naciente. . . y cuán imponente la sublime majestad del sol aureolado en los crepúsculos multicolores, hundiéndose en el fondo de las aguas, allá en un infinito horizonte, y haciendo rielar los rayos de su luz sobre las ondas. . .! El hombre primitivo experimentaba. . . las más profundas emociones ante la contemplación del mar infinito y rumoroso"⁵³.

Las frecuentes relaciones con el mar propiciaron este acercamiento emocional y profundo, ya no sólo físico sino anímico; acercamiento, como tantas veces se lleva dicho, de veneración, de respeto; verdadera comunión, entonces; ligamen, para subrayarlo, *religioso*. Relaciones frecuentes y, además remotísimas, porque las bases de la intimidad las pusieron los hombres de la primera ocupación de la Costa, miles de años antes de los grandes florecimientos.

Así, pues: del influjo general explicado en los párrafos anteriores, que es *influjo cósmico*; de la relación constante impuesta por las necesidades vitales y, finalmente, del uso del mar para la comunicación entre los pueblos del litoral, surgió ese lazo estrecho entre el hombre y la vasta superficie líquida, que tuvo *carácter religioso*. El *mar-divinidad*, por disposición de ánimo del creyente, por relación material, por intimidad y frecuencia en el contacto. "Era. . . el océano el camino fácil para sus correrías. El indio del litoral peruano salvaba los espacios, los desiertos de la costa árida, atravesando en sus *caballitos de totora* las más grandes distancias; y así, seguramente, estableció sus *relaciones comerciales*. El mar fue, como hasta hoy, el camino fácil y cómodo que unió los valles y relacionó a los pobladores del litoral. . . Por fin, el océano, sobre impresionar su imaginación con los fenómenos que ofrece y con los seres que encierra, le prestaba alimento y lo salvaba del hambre cuando la ingratitud de la tierra no le ofrecía copiosas cosechas. Los primeros habitantes de la costa del Perú fueron *ictiófagos*; siendo, pues, su principal ocupación la pesca, ésta les produjo alimento bastante para suplir las deficiencias de una mala recolección. *El mar fue por eso el elemento que provocó su admiración y su reconocimiento*. Lo supuso un *ser superior e invisible*

y lo representó con un símbolo que ofrecía los atributos característicos del elemento líquido. Los alfareros nasquenses, traduciendo la creencia común, fabricaron, para el servicio del culto seguramente, y para fines rituales en honor de los muertos, una serie de vasijas y platos en que se ofrecía la imagen del *dios mar* con los más grandes atributos. Como siempre ocurre en las representaciones míticas, el objeto del culto tiene siempre una representación real y naturalista: *el agua es un pez; la tierra es un reptil; el aire es un ave; el fuego, una serpiente.* . . .⁵⁴

El mar influyó en el alma de los pueblos de la costa peruana, como *masa líquida* simplemente y como *mundo de seres varios* atesorados en su seno. No fue el agua solamente la que produjo profundas impresiones en el hombre; fue también la vida que en esas aguas se desarrolla y que, ofrecida generosamente por el mar, asegura la subsistencia de los grupos ribereños. "La *fauna* y la *flora marinas* produjeron seguramente más de una sorpresa al hombre primitivo. El pez de tamaño inferior que cruza las ondas en miríadas; el feroz tiburón, la serpiente marina de aspecto repugnante; el crustáceo enorme, el lobo marino, el pulpo amenazador y los miles de peces de tamaños y formas variadas hasta lo infinito, ¡cuánta admiración y cuánto espanto!"⁵⁵.

El mar también, como todas las cosas de la naturaleza, tiene sus manifestaciones extrañas, que sólo de tarde en tarde se dan: ni siquiera periódicamente sino conforme al antojo de su voluntad. Por lo menos, así lo cree la mente primitiva. Las bravezas son pocas pero, cuando llegan, ponen en sobresalto al pueblo pescador que las sufre. Las bravezas son manifestación de ira de la divinidad o de algún dios conectado al mar. La fosforescencia, otro fenómeno poco frecuente, también causa pavor; por lo menos, preocupación. La fosforescencia ejerce hondo impacto mágico. Aún hoy, los nativos de la costa se sobresaltan cuando el mar se ilumina en las noches profundas; no sospechan, ni creen, que la iluminación de las ondas es por la presencia de microorganismos en el agua, en cuya composición entra determinada sustancia química, que es la que produce la misteriosa luz. Ellos tienen, como sus remotos antepasados, otra idea del fenómeno; se lo explican por los cauces del *animismo*. Refiere al respecto Engel: "A veces entran [a la bahía de Paracas], en abundancia, [unos] animalitos que forman una masa movida. el *plancton*. Un día vimos toda la bahía como fuego, y las olas, cuando cayó la noche, parecían llamaradas; el plancton era fosforescente; pero, *en el concepto de los pescadores del lugar, eran los antepasados y sus almas que iluminaban el mar*"⁵⁶.

Dando de comer, permitiendo la vida de los grupos apostados a sus márgenes, mostrándose, además, generoso hasta el exceso, no regateando sus tesoros y permitiendo, sobre todo, su fácil y segura extracción —pescados, mariscos, etc.—, el mar también

se ganó la *veneración agradecida* del hombre, su reconocimiento íntimo. El hombre tenía que corresponder con *sentimientos de gratitud* a tanta bondad. Esta, según muchos autores, es otra de las raíces de la adoración al mar. Terror, por un lado, por el peso abrumador de su magnificencia, por la fuerza que representa, por el gesto adusto que pone a veces en sus momentos de intolerancia. Gratitud, agradecimiento, por otro lado, por la abundancia con que socorre al hombre en el mayor apremio de la vida, que es el hambre. Leicht explica esta dualidad de circunstancias: "El origen de todas las religiones indígenas americanas se debe buscar en el temor que infunde el misterio indecifrable de las fuerzas de la naturaleza... El primer impulso [del hombre] fue creer en la existencia de poderes ocultos que le eran hostiles... Pero, pronto se asoció a los primitivos *sentimientos de pavor* frente a los poderes desconocidos, una *sensación de agradecimiento* hacia las fuerzas benévolas de la naturaleza". Y puntualiza en seguida el mismo autor: paralelamente a su evolución cultural, "comenzaron los indios a prestar veneración al fuego, al calor, a las aguas... *así como al mar*, que les proporcionaba el alimento"⁵⁷.

Al sentimiento de gratitud siguió el deseo de *corresponder* por las mercedes recibidas. No de pagar, porque en el campo estrictamente religioso no hay acreedores ni deudores, sino de exteriorizar o materializar el agradecimiento; y así surge el *rito de las ofrendas*: "El deseo de corresponder a lo que se había recibido y a conseguir por más tiempo el benévolo apoyo de los poderes bondadosos, indujo, de modo espontáneo, a *hacerles ofrendas* que expresasen su agradecimiento..."⁵⁸.

Por último, en este análisis de los factores y circunstancias que determinaron el *acercamiento religioso del hombre al mar* y el paralelo proceso de *divinización del mar*, no puede dejar de mencionarse la *curiosidad*, ese afán cognoscitivo que, a través de todas las edades, ha llevado al hombre a enfrentar a la naturaleza, a inclinarse temeroso ante ella o a descorrer sus secretos hasta poseerla en sus mismas esencias. La curiosidad indujo al hombre de la costa, vencidas las formas rudimentarias de temor, "a aventurarse en las inmensidades del océano". Pues bien, aventurado en el mar, el hombre pudo darse cuenta, por sus propios sentidos, de la tremenda fuerza de aquel medio, y también percatarse, asombrado, de la lucha eterna y a muerte de los habitantes de aquel medio. Seguramente así, y no friamente desde la playa o desde el promontorio, comenzó a vivir el *terror del mar*, a vivir la *potencia del mar*, su fuerza inconmensurable y arrolladora. Seguramente en el mar, el hombre sintió la *necesidad de divinizarlo*. Había en el mar animales que llegaban al hombre como un *don generoso de la naturaleza*, que servían de alimento, un alimento preciado y grato al paladar, desde todo

punto de vista estimable; pero, también había *fieras terribles*, espantables, de una fuerza y una voracidad únicas, a las cuales el hombre no podía hacer frente. Los que cayeron a las fieras del mar, jamás se salvaron. Eran monstruos de un poder inigualado, condignos del medio en que vivían. El hombre, entonces, asediado por las circunstancias, terminó divinizando a los propios habitantes del mar, a esos monstruos espantables. Agregó, así, a la divinidad misma del mar, otras divinidades menores. Al final de este proceso de divinización, el mar y los seres que lo pueblan —desde los cetáceos y los peces hasta los moluscos que viven en los medios bentónicos o adheridos a las rocas— fueron entidades sagradas y merecieron, por lo mismo, adoración. Metamorfosados, estos seres aparecieron entonces en el arte sagrado.

EL MAR, RESIDENCIA DE VIRACOCHA

Después de todo lo dicho y ahondando en el concepto del mar, cabe esta pregunta: ¿era realmente el mar divinidad o, simplemente, cosa que participaba de la naturaleza de un ser divino?.

El concepto del mar entre los antiguos peruanos es complejo y no se presenta claro en los textos de los historiadores y cronistas del tiempo de la Conquista. Tampoco puede decirse que sea un concepto restringido a la noción escueta y simplista de *Mamacocha*, que ya hemos desarrollado en los párrafos anteriores.

Siguiendo a Valcárcel⁵⁹, quizá no sea aventurado proponer la existencia de dos concepciones: una, de origen popular; otra, de *élite* o aristocracia intelectual y religiosa. El pueblo habría considerado al mar *divinidad en sí*, con los atributos propios de todo *ente divino*, sobre todo con capacidad para decidir y actuar en respuesta a las súplicas del hombre. La *élite* habría pormenorizado: el mar, no como divinidad, sino como: a) *residencia de Viracocha*, el supremo hacedor del mundo (hacedor del mar, también); b) *pacarina* o medio de enlace entre los mundos; c) *averno*, es decir, depósito de todas las inmundicias de la tierra habitada por el hombre, verdadero infierno para acumulación de las iniquidades y las pestilencias, así del cuerpo como del alma; d) *ser espantable y terrorífico*; y e) *albergue del Sol* al término del diario recorrido del astro por el firmamento.

En *Etnohistoria del Perú antiguo* (1959 y 1964), Valcárcel ha desarrollado, con el profundo conocimiento que tiene de la religión incaica y, en general, de las concepciones religiosas de los peruanos de la antigüedad, ideas muy valiosas que sirven para aclarar el asunto en cuestión. Para los antiguos peruanos —dice—, para los *antiguos peruanos de la clase superior*, el Uni-

verso era limitado y, por consiguiente, se podía dividir. Por encima del mundo, había un *Ser Supremo*, que era el creador de todas las cosas. El mundo creado estaba *fuera de ese dios*. No puede decirse, entonces —aclara Valcárcel—, que la religión incaica corresponda a un tipo de *concepción panteísta*, que colo- que “a dios dentro de lo creado”, que estime a dios como el “universo mismo”. Dios es un creador o *demiurgo*, que “ha hecho el mundo con ciertos elementos fundamentales”, que son: el *agua*, la *tierra* y el *fuego*. Agrega Valcárcel en su interpretación: “El mundo está constituido por la mezcla de estos tres elementos empleados por el creador como materias primas”.

Esto abre un camino muy importante para la interpretación del mar, que conduce a la siguiente idea: *el mar, en esencia, no es divinidad*; simplemente es *cosa sagrada*; cosa que participa de la naturaleza divina del creador.

El punto de partida de esta concepción se halla en algunos textos antiguos, como el del Jesuita Anónimo, que publicó Marcos Jiménez de la Espada en 1879, en *Tres relaciones de antigüedades peruanas*. El Jesuita Anónimo, muy veraz y apoyado en las mejores fuentes de primera mano, dejó dicho que los indios creían en la existencia de *lugares sagrados*, que eran como *templos naturales*: “cielos, *mar*, tierra montes, quebradas, ríos caudalosos, fuentes o manantiales, lagos o lagunas hondas, cuevas, peñas vivas tajadas. . . *todas las cuales cosas fueron por ellos reverenciadas, no por entender que allí había alguna divinidad o virtud del cielo, o que fuese cosa viva, sino porque creían que el gran dios Illa Tecce había criado y puesto allí aquella tal cosa y señalándola con cosa particular y singular. . . para que sirviese de lugar sagrado y como santuario donde él y los otros dioses fuesen adorados. . .*”⁶⁰.

De este valioso texto se desprende claramente que: tanto *el mar* como los cerros (no todos los cerros “sino sólo aquellos en los que había alguna singularidad digna de particular consideración. . .”) *no eran divinidades* (divinidades propias de una ilimitada concepción politeísta) sino, única y exclusivamente, “templos y lugares sagrados”, en los que, o *residía el sumo dios* o *a través de ellos se manifestaba, se exteriorizaba*, adquiriendo la necesaria corporeidad o figura para los fines del culto.

Contra la creencia popular, expuesta en la primera parte de este capítulo y que los cronistas de los siglos XVI y XVII directamente apreciaron en los pueblos de la Costa, el mar, siguiendo al Jesuita Anónimo, no era divinidad sino simple *cosa participante de la naturaleza divina de Viracocha*, cosa sagrada no por sí misma sino por contacto o relación con el dios supremo.

El Jesuita Anónimo agrega esta otra observación no menos importante, que certifica lo expuesto: cuando los indios, en procura de mercedes, se dirigían a los montes, a los ríos o *al mar*

con sus extrañas oraciones, sus gesticulaciones y sus ritos, no lo hacían, en realidad, a esos montes, a esos ríos o ese mar, sino, por intermedio de ellos, o por intercesión de ellos, al dios supremo, que era Viracocha. Dice textualmente el cronista: "... cuando se arrodillaban o postraban o estaban parados en el tal lugar. . ., no hablaban con el monte, fuente río, cueva lo *mar* sino con el gran *Illa Tecce Viracocha*, que decían estar en el cielo y en *aquel lugar invisiblemente*. Y este modo fue muy ordinario de los *piruanos*. . ."⁶¹.

Esta misma concepción fue expuesta también, no con la claridad, es cierto, del Jesuita Anónimo, pero sí en su fundamento, por el Licenciado Polo de Ondegardo. El autor de las *Informaciones*, de 1571, dijo que los ídolos de la vieja gentilidad podían ser destruidos mas no los verdaderos *lugares sagrados*, los *templos naturales* a los que se refería el Jesuita Anónimo, donde estaban los dioses y que eran como posaderos o residencias de las divinidades: lugares a través de los cuales los dioses se manifestaban, contagiándolos de sus virtudes, facultades y poderes, por simple contacto o relación. Allí, indestructibles, porque son parte de la naturaleza y no obra humana, precedera y frágil: "los cerros, collados, fuentes, manantiales, ríos, lagunas, *mar*, angosturas, peñas, apachitas y otras cosas así: cuya veneración aún dura todavía (y es necesario que haya mucha vigilancia para desterrar de sus corazones esta impía veneración)"⁶².

Viracocha, el ser supremo, el hacedor supremo, tenía una existencia aparte del mundo, pero residía en él, se daba en él; y a través de él, para adquirir corporeidad o figura, llegaba a los hombres. Los hombres, por lo mismo —sobre todo, porque no tenía figura—, le imploraban dirigiéndose, según se lleva dicho, a las montañas, a los ríos, *al mar*, que eran partes de la naturaleza que tenían contenido sagrado, mas no eran, en sí, divinidad. *En el mar, por consiguiente, residía Viracocha*. Cobo lo dice, al reseñar la fiesta del *Camay*: las avanzadas que llegaban al río Tambo, pronunciaban esta oración: "Agua, tu eres parte para llevar estas cenizas *hasta el mar a Viracocha*, a quien las envía nuestra república y así rogamos al aire que te ayude porque nosotros no podemos pasar por aquí"⁶³. En términos parecidos hizo el relato de aquella fiesta Alfonso Ramos Gavilán, predicador de la orden de San Agustín, que vivió en el Cusco por los comienzos del siglo XVII y que escribió una historia del célebre santuario de Nuestra Señora de Copacabana, subrayando, en relación con la fiesta pagana, la *presencia de Viracocha en el mar*, su habitual presencia allí: "Al segundo mes —cuenta—, [que] era enero, llaman *Camay*, era dedicado al supremo dios, a quien nombraban *Viracocha*... Recogían todas las cenizas de los animales que quemaban, y llevándolas a los arroyos y ríos, las entregaban a su corriente, iban tres o cuatro leguas acompañándolas con

muchas voces y alaridos, *pidiendo a las aguas fuesen a hacer depósito de aquellas cenizas en el mar, porque allí las había de recibir el Viracocha, en cuya honra hacían aquel servicio...*". También los indios, con el mismo fin, arrojaban "alguna sangre de animales, chicha y comida". Igualmente, los ríos, en estos casos, tenían el encargo de *conducir todo ello al mar* para que lo recibiese el gran Viracocha, al que se imploraba con tales ofrendas "fértiles años" y, en general, "voluntad divina propicia"⁶⁴.

Juan Larrea, interpretando a Polo de Ondegardo, dice que de la versión contenida en las *Informaciones* se desprende que *Tizibiracocha es lo mismo que Pachayachachi*, la divinidad suprema, con sólo una diferencia: *Pachayachachi* es el creador universal en su *nombre general*, que "quiere decir criador". Tizibiracocha se aplica al mismo ser supremo pero "*cuando tratan de la mar*", o sea, referido al mar, residente en el mar, en el vasto mundo designado con el nombre de *Cocha*.

Cocha, subraya Larrea, *es mar y no lago*. Se llamaba *cocha* al lago Titicaca por su vastedad comparable a la del mar verdadero y porque a él iban a desembocar los ríos del Altiplano.

Entonces, *el concepto de Viracocha es inmanente al de mar*: "razón —añade Larrea— por la que, según Cieza, a los españoles, oriundos del mar, se los apodó *huiracochas*"⁶⁵.

La presencia de Viracocha en el mar está certificada, también, por la mitología. En la mitología de los pueblos andinos, estudiada por Tello, hay cinco dioses: un *ser supremo*, representado por un dragón o felino monstruoso y "cuatro seres creadores y controladores de las fuerzas y fenómenos del mundo aborígen"⁶⁶. En la cúspide de este panteón andino antiguo, está el dragón. "El dragón es la personificación de los poderes supremos de la naturaleza; creador y padre común de todos los seres del universo. Sus múltiples poderes se manifiestan por fuertes temporales, vientos huracanados, movimientos terráneos y otros fenómenos... Es el dueño y supremo controlador de las aguas; *tiene su morada en los espacios infinitos del océano, del cielo y de la tierra*. Su dominio es el universo. *Recorre libremente el océano, la tierra y el cielo, y por todas partes manifiesta su poder como temblor, trueno, rayo, lluvia...* Este gran dominio afecta formas monstruosas inspiradas en las de los animales más espantables y fieros del medio geográfico, como el lagarto, la serpiente o el felino, idealizados fantásticamente..."⁶⁷.

Finalmente, el testimonio de los *himnos* es no menos importante para determinar la estrecha relación entre la divinidad suprema de los antiguos peruanos y el mar. *El mar*, se confirma con este testimonio, *es la residencia de Viracocha, su morada*.

"La noción de un ser invisible y todopoderoso que crea y gobierna el mundo visible —dice Markham—, fue, probablemente,

patrimonio exclusivo de las mentes más cultivadas", no del pueblo, no del hombre común del Imperio⁶⁸. Se conservan himnos dirigidos a este dios, por la recopilación del cronista indio Yamqui Pachacuti Salcamayhua, de principios del siglo XVII, que fueron traducidos por Samuel Lafone Quevedo y Miguel Mossi y publicados por Marcos Jiménez de la Espada, en 1892. "En esos himnos palpita el ansia de conocer al dios invisible, de seguir sus pasos y de que escuche las plegarias". Hay en ellos "vehemente acento de plegaria", en ellos "palpita toda la inquietud metafísica del hombre ante la *divinidad oculta*, a la que interroga anhelante"⁶⁹. Napoleón M. Burga, de quien es la cita precedente, agrega que en uno de esos himnos sagrados dirigidos a Viracocha —el dios invisible, incorpóreo, inmaterial, desprovisto de figura pero *residente en determinados lugares del mundo*, a los que el hombre debe acudir para implorarlo y dejar oír sus súplicas—, "puede admirarse el alto valor poético, la intensidad lírica de estos *himnos-oraciones*, comparables a los himnos del *Rig Veda*, saturados de inquietud mística, de primitivismo rudo y pagano y, a la vez, de ingenuidad y sencillez"⁷⁰.

¡Oh, Viracocha!

Ya seas varón

Ya seas hembra

Señor de la Reproducción.

¿En dónde estás?

En el alto cielo

En donde tal vez moras,

En el *hondo mar*

Donde tal vez residas,

Creador del mundo,

Hacedor del género humano,

Señor de Señores.

El sol y la luna,

El día y la noche,

La primavera y el invierno

No en vano ordenaste.

Todos ellos recorren

El camino que les señalaste⁷¹.

"Por estos fragmentos —comentó hace muchos años Markham— sabemos que en lo íntimo de su corazón, un grupo inteligente e ilustrado entre los Incas y sus súbditos, *anhelaba conocer al invisible autor del Universo, aunque dirigiese públicamente el culto de ciertos objetos que sabía ciertamente que eran meras obras de dios*"⁷².

En el *hondo mar* moraba este dios invisible y todopoderoso y, por eso, al inmenso templo del océano, templo natural grandio-

so, acudía el hombre, no creyendo que aquella superficie líquida fuera, en sí misma, divinidad, digna de culto, sino tomándola como residencia de Viracocha, lo que le confería, por contacto o relación, naturaleza divina, esencia sagrada. No era, entonces, divinidad pero participaba de ella.

EL MAR, PACARINA

El universo (*Pacha*), en una concepción en la que se mezclan el tiempo y el espacio, se divide en tres partes: el *Janan Pacha*, que es el mundo de arriba, donde residen las fuerzas divinas, los dioses y los cuerpos que representan a esos dioses, como el Sol, la Luna, las estrellas, el Arco Iris; el *Cay Pacha*, que es el mundo de aquí, el mundo terreno del hombre, residencia del observador, de los animales, de las cosas terrenas, de las plantas, etc.; y el *Ucu Pacha*, que es el mundo de adentro, de lo que está misteriosamente debajo, entendiéndolo "debajo" no como subsuelo sino como interioridad, secreta fuerza en el meollo mismo del mundo. En este mundo, *Ucu Pacha*, residen dos categorías de entes o esencias: los muertos y los gérmenes, "que son entidades que tienen la misma vigencia"⁷³.

Estos mundos que integran el universo —o estos planos en que se divide el universo— no están aislados sino que se comunican entre sí; disponen de medios o elementos para el enlace. Así, entre el mundo de adentro y el mundo de aquí hay una comunicación a través de las quedades de la superficie de la tierra, que son las cavernas o cuevas, los cráteres volcánicos, los fondos de las lagunas, los ojos de agua, las fuentes y los manantiales. Todos estos puntos de contacto o canales de comunicación con el mundo de adentro son lo que los antiguos peruanos llamaban *pacarinas*. En muchos mitos y leyendas aparecen *pacarinas*: verdaderas aberturas, repletas de misterio, a la intimidad del mundo, que no es mero plano subyacente ni región oscura sino raíz ontológica.

Para la comunicación entre el mundo de aquí y el mundo de arriba existe el *Intip Churin*, el "hijo del Sol", es decir, el propio Inca.

Ahora bien: si los lagos, las lagunas, los manantiales y las fuentes son *pacarinas*, es decir nexos entre el mundo de adentro y el mundo de aquí, el mar también es *pacarina*. Hubo estrecha afinidad, hasta identidad, entre los conceptos de mar y lago o laguna: "... la mar, madre de todas las aguas..."⁷⁴; "en la lengua del Inca llaman *cocha* a la mar y a cualquier laguna o charco de agua"⁷⁵, pero, fundamentalmente, "*cocha*... es mar"⁷⁶. Etimológicamente, "la raíz *ko* significa *agua*, en quechua y aimara, como lo anota Barranca. *Kocha* es lago, estan-

que, charco; porción de agua. *Mamakocha* es el mar⁷⁷. Hay base, entonces, y no sólo por la semántica y la etimología sino por el aporte de otros campos de análisis, para decir que *el mar es pacarina*. El mar es un medio de contacto o "un canal de comunicación" con el inmenso mundo que se esconde bajo su superficie o en su lejanía. A través del mar surgen fuerzas y espíritus; el mar es un mundo proteico al que van a parar los pecados y los males que afligen a la humanidad; es el gran hondo para recoger las pestilencias; repositorio de las impurezas; pero, al mismo tiempo, nido de fuerzas divinas y medio por el cual entra en contacto Viracocha con el mundo de las cosas terrenas.

Interpretado, así, el significado del mar, la etimología del vocablo *Viracocha* tan criticada y, por algunos rechazada, de *espuma de las aguas* podría tener nuevo fundamento de aceptación, porque indicaría la *fuerza que emana del mar*, que sale de él, que brota de sus profundidades. Entonces, incluso, la aplicación de este nombre, *viracocha*, a los españoles de la Conquista (*llegados por mar*), alcanzaría un sentido lógico.

Tello consideró la posibilidad de dar al mar condición de pacarina; no lo dijo expresamente, pero lo insinuó. "Peñones, cerros, cordilleras, volcanes, lagos, manantiales, en una palabra todos los lugares del medio geográfico donde se presentó por primera vez el héroe cultural o agente del creador e hizo surgir de allí a los primeros hombres, fueron considerados como lugares sagrados; se puso en ellos la estatua del creador o de sus agentes y se les levantó adoratorios y templos. Al pie de estos se depositaron ofrendas y [se rindió] culto, además, a los personajes desaparecidos, sacerdotes, incas, curacas, etc. Eran estos sitios la morada eterna, la residencia de los seres inmortales, la Pacarina . . ."⁷⁸

EL MAR, AVERNO

Contrariamente a la condición de *mar-residencia de Viracocha* y *mar-pacarina*, que son condiciones enaltecedoras, conducentes a los planos divinos y, por ende, sagrados, el mar para los antiguos peruanos fue también, extrañamente, averno, infierno, cavidad profunda y tenebrosa para las inmundicias, residuos y pestilencias de la vida humana, repositorio como se ha dicho de impurezas, lugar para las iniquidades.

No hay una explicación para tan marcado contraste en la concepción del mar. Por un lado, morada del más alto dios, del creador del mundo; también, pacarina que une el *mundo de aquí* con el mundo de adentro; pero, por otro lado, depósito de horrores y pecados, de cuanto negro, adverso y reprochable contiene la vida humana.

Varios actos religiosos y no pocas ceremonias de las más importantes del calendario que regulaba la vida de las naciones unidas por el imperio, tenían estrecha relación con el mar. Los pecados, por ejemplo, que el confesor arrancaba al penitente, por una extraña taumaturgia iban a parar al mar y allí quedaban para siempre, y confesor y penitente rogaban a la divinidad que nunca salieran de allí, se quedaran en los abismos oscuros e insondables del averno. La fiesta de la *Citua*, o de la purificación, que más adelante se verá, también consistía en arrancar de los pueblos y de las casas todas las impurezas acumuladas durante el año, todos los pecados, las enfermedades, los males del alma, las iniquidades, los demonios y las maldades para llevarlos al mar y que allí quedaran por siempre. Alonso Ramos Gavilán, según destaca Larrea, indica que tanto los indios del Cusco como los del Collao tenían en muy alta estimación y respeto al mar, a *Mamacocha*, primero por servir de morada a Viracocha, el dios supremo y luego por ser "depósito hondo para los pecados", al que iban a parar todos los males⁷⁹.

La sanción más severa en el derecho consuetudinario era la muerte en los despeñaderos marinos o el ahogamiento en el mar. En el colmo del enojo, por ejemplo, la suprema divinidad mató a uno de sus hijos, *arrojándolo al mar*. En De Las Casas se lee: "De *Condicibiracocha* . . . al cual tenían por dios y señor . . . afirman que tuvo *un hijo muy malo* . . . que tenía por nombre *Taguapicaviracocha*; y que éste contradecía al padre en todas las cosas . . . por lo cual el padre, muy enojado, lo *lanzó en la mar para que mala muerte muriese* . . ."⁸⁰. Arrojar a un niño al mar era de una crueldad suma, que no se admitía ni en los sacrificios para honrar a la divinidad. En la leyenda de *Llacsamisa*, que refiere Francisco de Avila, el personaje de tal nombre, ante la exigencia de sus hermanos de matar a un niño, encolerizado les advierte: "Hermanos: ya os lo he dicho muchas veces: tened cuidado no os arroje al mar, yo estimo que hay que perdonar la vida al niño". El mar es verdaderamente el infierno, lugar de máximo castigo, de segregación definitiva⁸¹. El lanzamiento al mar estaba reservado para los delitos más graves; por ejemplo, para el adulterio. "Muchas veces eran lanzados al mar los adúlteros, desde lo alto de las tormelleras . . ."⁸².

Benzoni, relacionando este concepto del mar con la llegada de los españoles y el impacto tremendo que esta llegada de los blancos barbudos e invencibles produjo en el ánimo abatido por tantos infortunios de los indios, aporta observaciones muy interesantes que respaldan la idea del *mar-averno*. Hélas aquí. "Desde que los españoles entraron al Perú, viendo los indios la forma que tienen de vivir y las grandísimas crueldades que en todos los lugares cometen, no solamente no han querido

nunca aceptar que los cristianos somos hijos de Dios, según los españoles les han anunciado, sino qué *de manera alguna quieren creer que hemos nacido sobre la tierra, diciendo que no puede haber nacido de mujer y generado por hombre un animal tan fiero*"⁸³. Los indios, entonces —agrega Benzoni—, "han llegado entre ellos a la conclusión (dada la fiera de los españoles, tanta maldad, tanto destrozo cometido) de que nosotros (en general, los blancos) *somos hijos del mar . . .*".

No se concibe que tanta maldad pueda ser cometida por un ser humano "nacido de mujer y generado por hombre" y, sobre todo, *llegado al mundo en la tierra*. Por eso —según Benzoni—, los indios imaginaron que los bárbaros blancos habían llegado al mundo, no como hijos de la tierra sino como *hijos del mar*. El mar es el infierno, el abismo, sólo del cual pueden salir seres tan fieros y crueles y, al propio tiempo, tan poderosos.

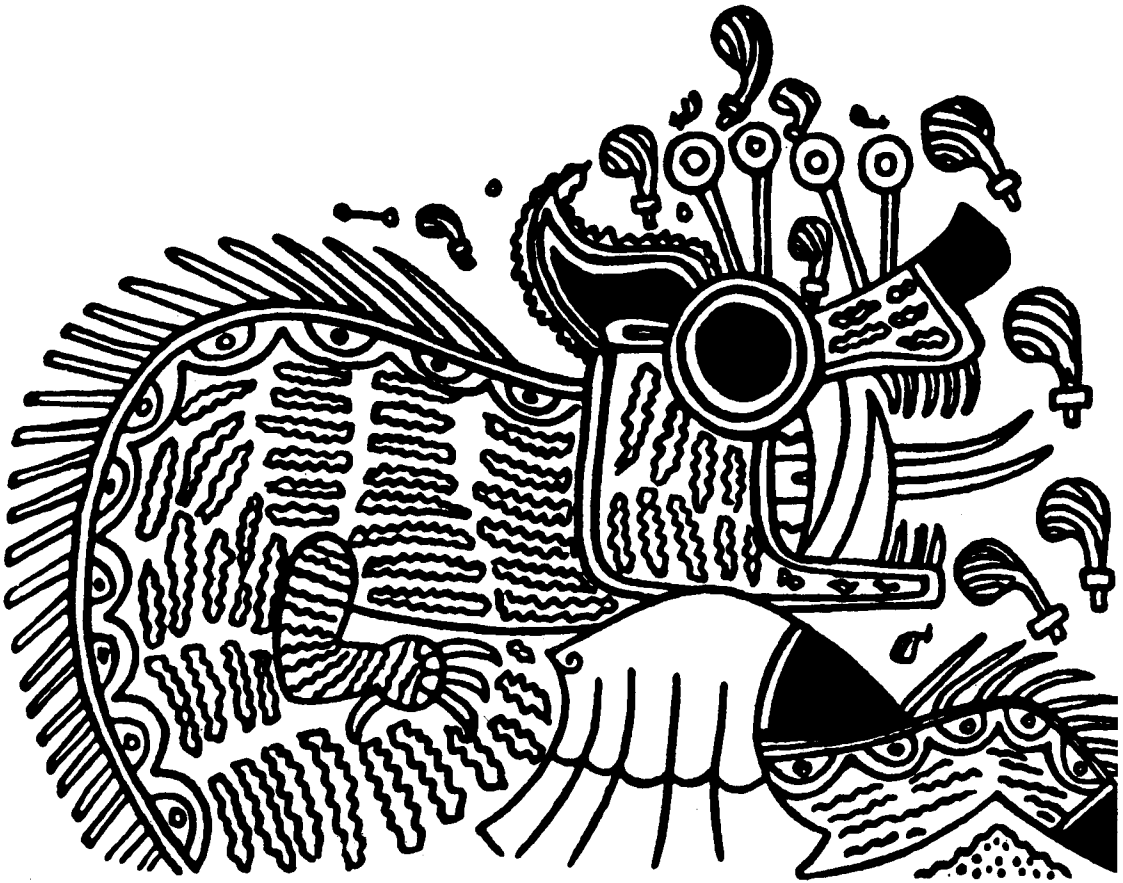
Sigue Benzoni: los indios "han llegado a la conclusión de que nosotros somos *hijos del mar* y nos llaman *Viracochas*, pues en su idioma denominan al mar *cocha*, y a la espuma, *vira*: dicen entonces que *el mar nos ha congelado* y que la espuma nos ha alimentado habiendo venido, sobre la tierra *para destruir el mundo . . .*".

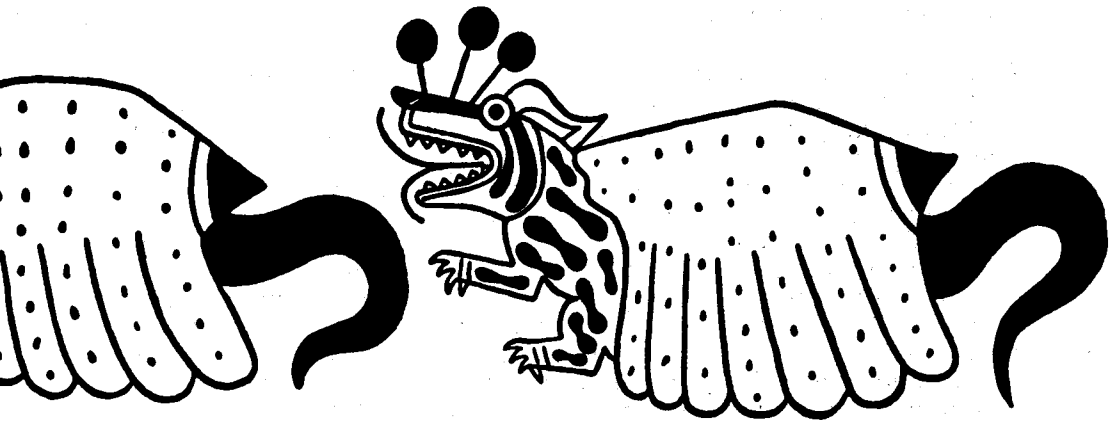
La idea del ser maléfico o del espíritu que contagia el mal se refuerza aquí porque no puede ser bienhechora la fuerza que genera un flagelo o que origina un poder destinado, por ella misma, a "destruir el mundo".

Más adelante se lee en el texto del cronista milanés (recientemente traducido por Carlos Radicati di Primeglio): "Sostienen [los indios] que, al igual que los vientos arruinan las casas y derrumban los árboles y que el fuego abrasa, así estos *viracochas* todo lo devoran, consumiendo la tierra y desviando los ríos . . ." "⁸⁴. Ponen los indios en los conquistadores españoles —siempre según Benzoni, cuyas grotescas exageraciones sólo valen para la fundamentación de la tesis del *mar-averno*— todos los pecados y personifican en ellos las peores infamias. Dicen los indios que los conquistadores españoles no pueden estarse quietos, descansando, sino que buscan, ávidos, el oro y la plata "sin llegar jamás a saciarse" y luego "se pelean, se matan, se roban, blasfeman, reniegan . . .".

Seres así no pueden ser humanos ni pueden haber salido de mujer ni haber sido gestados por hombre. Son demonios, animales fieros, monstruos depredadores, heraldos de los peores designios destructores que van sembrando la desolación por el mundo y privando a los indios de sus abastecimientos. Y *de tales seres satánicos sólo el mar es culpable*. Por eso —agrega Benzoni—, los indios "terminan maldiciendo el mar, que ha puesto sobre la tierra tan malvados y fieros hijos"⁸⁵.

De vasos de Trujillo, pertenecientes a la Colección Luehrsen, Kutscher ha sacado estos calcos que representan, en ambas series, caracoles fantásticos. "La enorme concha *Iarribal*, con su característico remate oscuro y puntiagudo, corresponde a la del caracol *Strombus galeatus*, en tanto que la lengua hendida y la cola oscura son partes de las serpientes, derivándose las manchas corporales del jaguar y las garras cavadoras acaso de la iguana. Los tres tentáculos que terminan en los discos, reproducen los ojos retráctiles del caracol". En la serie de *abajo*, "el cuerpo torcido en "U" y ceñido de una cresta dorsal —explica el mismo Kutscher—, está adornado con una faja de semicírculos y con varias hileras de figuras onduladas, mientras que las dos extremidades delanteras muestran un adorno en forma de líneas sinuosas". Representaciones semejantes fueron interpretadas por Baessler también como caracoles. El caracol, aunque a veces escondido o dominado por el frondoso desarrollo de la composición, es el elemento principal del dibujo e inspira el tema. (Tomado de Gerdt Kutscher, *Nordperuanische Keramik*, Berlin, 1954, Gebr. Mann Verlag. Reproducción autorizada).





Así, *el mar es el oprobio*, el mal, el abismo, el sumidero de todas las pestilencias y de todos los pecados, el antro de naturaleza mala que propaga el mal y hace que sea malo todo cuanto de él participa. El mar es, en suma, el *mundo tenebroso que acecha a los hombres*, aborrecible por los azotes que lanza; entre ellos, el *azote de los conquistadores*, terribles *viracochas*, señalados hasta por la inocencia de los niños "no bien saben decir unas palabras". Los indios maldicen el mar.

En el Anónimo Portugués hay, también, un planteamiento que en algo se aproxima al de Benzoni. "Los indios llaman al mar *cocha* y a la espuma *vira*, y así llaman a los españoles *viracocha* como si dijese *hijos de la espuma del mar*, porque cuando vieron *gentes tan extrañas*, nunca vistas ni imaginadas de ellos, entendían que *la misma mar los brota* y de su espuma se habían criando, y lo que más les atemorizó fue verlos disparar los arcabuces, porque entendían que eran relámpagos y truenos . . ."⁸⁶

Aquí, como en Benzoni, la idea del mar corre paralela a la concepción de un medio terrible, de grandes e incontrolables poderes, de manifestaciones duras y tenebrosas, capaces de esparcir sobre los hombres el pavor. Los *viracochas* blancos *brotan del mar*⁸⁷, y como tales, como hijos del mar, recogen de esta fuente gestadora sus poderes, y muéstranse a los deslumbrados indios como seres terribles y de poderes sobrenaturales. El mar, por lo tanto, es un medio tenebroso, fuerte, de un dinamismo espantable, que reduce al hombre común a la pequeñez. El hombre, por ende, le teme, y todo lo que participa de alguna manera de sus esencias, *infunde pavor*.

EL MAR, COSA ESPANTABLE, TERRORIFICA

Por sus manifestaciones destructoras, el mar fue temido. Fue una cosa "espantable y terrorífica" al salir, por ejemplo, de sus orillas e invadir la tierra, devorando y destruyendo con furia inaudita, sólo comparable a la del terremoto.

"En edades remotas se produjeron len el territorio del Perú cataclismos de gran magnitud . . . movimientos sísmicos, erupciones volcánicas, aluviones . . . cuyas huellas quedan en muchos sitios arqueológicos . . ."⁸⁸ En esta historia de azotes de la naturaleza no están ausentes los *maremotos*, de los que hay testimonios en varios lugares del litoral. Por ejemplo, en Huaca Prieta, Junius Bird tiene consignado uno, que cubrió la playa de piedras. Se produjo hace unos cuatro mil años.

País duramente flagelado por cataclismos de diverso origen, el Perú registra en la edad antigua de su historia manifestaciones destructivas de igual o mayor magnitud que las producidas en los tiempos recientes.

Durante el gobierno de *Pachacutic Inga*, —cuenta el Padre Buenaventura de Salinas y Córdoba en su *Memorial de la Historia del Nuevo Mundo*, de 1630—, “hubo una sequía de siete años que produjo hambre y pestilencias, fuertes temblores de tierra y *ronquidos del mar*, que pensaban aquellas gentes que se transformaba el mundo . . .”¹⁸⁹. Esta referencia revela mejor que todas las que se puedan reunir de los textos de los siglos XVI y XVII, la idea de pavor, de espanto que el mar enfurecido, sobre todo en manifestación sísmica, produjo en el habitante de la Costa antes de la llegada de los europeos.

Guamán Poma de Ayala trae también referencias sobre el espanto que producían los azotes de la naturaleza en el alma de los indios, extremadamente sensible a estas pulsaciones terroríficas del mundo. Cuenta el autor de la *Nueva Corónica* que durante el gobierno del noveno Inca, llamado *Pachacuti Inga Yupanqui*, se produjeron, como castigo de dios a la mucha idolatría de entonces, tremendos cataclismos y males pavorosos, que enloquecieron a los pueblos. “En este tiempo —relata— hubo mucha mortandad de indios, por hambre, sed y peste, porque dios como castigo no hizo llover durante siete años y algunos dicen que hasta por diez años. Hubieron cataclismos, terremotos y muchas tempestades, siendo la ocupación de todos llorar y enterrar muertos . . . En esta época dios castigó con tanta dureza que no hubo yerbas en la tierra . . .”¹⁹⁰.

En otra parte dice: “. . . han habido muchos milagros y castigos en el tiempo de los Ingas los que no se han narrado, pero quedan como testigos mudos de estos sucesos los cerros caídos y peñas derrumbadas . . . Estos acontecimientos, considerados como *castigo de dios*, eran llamados *Pachacutic*, cuyo significado es *tierra convulsionada* o *terremoto*; siendo éste el motivo para que algunos reyes de estas tierras fueran llamados *Pachacutic*, porque en su vida se ha visto reventar volcanes, llover fuego y arena del infierno, asolando ciudades y comarcas”¹⁹¹. Añade el cronista indio: “Se llama también milagro el temblor de la tierra que ocasiona la muerte de mucha gente y se dice que un religioso Prior de la Orden de Santo Domingo vio *toda una cordillera salirse del mar*, a una distancia de más de una legua y luego *volver nuevamente al agua del mar*, fenómeno que jamás ha sucedido desde que dios hizo el mundo . . .”¹⁹².

La concomitancia de los fenómenos sísmicos —terremoto y maremoto—, que es un hecho registrado por la ciencia a base de la copiosa información de los tiempos históricos, permite suponer que a muchas catástrofes telúricas siguió la salida de las aguas del mar por embate de la *onda sísmica oceánica* o *tsunami*, con la destrucción de los pueblos ribereños y el espanto de todas las agrupaciones afectadas. Con esta terrible experiencia, se acentuó entre los antiguos peruanos, junto con la del

mar-averno o mar-depósito de todos los males y pecados, la idea del mar como cosa espantable, devoradora y aniquiladora, suscitando tantos o mayores apremios síquicos que el terremoto.

Ocupándose de los cataclismos en general, Mejía Xesspe dice: "Cuando nuevas generaciones trataban de alcanzar nuevos niveles culturales para formar un solo dominio y un solo país, el dios *Con* o *Viracocha* lanzó, repentinamente, un violento cataclismo telúrico o cósmico que transformó los centros urbanos, cuidadosa y afanosamente erigidos por el indio, en campos de destrucción y desolación. Las poblaciones y los templos, los campos de cultivo y otros centros de actividad humana fueron total o parcialmente destruidos por terremotos, lluvias torrenciales y gran parte de ellos sepultados por avalanchas de masas aluviónicas . . ."⁹³

EL MAR, ALBERGUE DEL SOL

Garcilazo explica, como nadie, en pocas pero elocuentes palabras, la concepción del mundo terreno de los indios en el tiempo de los Incas, o sea cuando predominaba como elemento unificador la religión heliolátrica.

La tierra, como en las concepciones orientales, reposa sobre el agua. El mar, en consecuencia, sustenta y circunda a la tierra. El mar es inmenso, ilimitado; entonces, el Sol, tras su pasaje por el cielo derramando luz, fecundidad y vida, no traspone el horizonte sino que se hunde en el mar. De noche hace el camino inverso al seguido durante el día, hasta asomar por el otro lado:

"Cuando el Sol se ponía, viéndole *trasponer por la mar* (porque todo el Perú a la larga tiene la mar al Poniente) decían [los indios] que *entraba en ella, y que con su fuego y calor secaba gran parte de las aguas del mar, y que como un gran nadador daba una zambullida por debajo de la tierra para salir al otro día al Oriente, dando a entender que la tierra está sobre agua*"⁹⁴.

Comentaba a continuación: "Todas estas boberías tuvieron en su astrología los Incas".

El Sol bajaba al mar y en el mar se hundía para, al día siguiente, aparecer por el extremo opuesto del horizonte. De esta creencia derivó más tarde otra, recogida por el Anónimo de 1552, según la cual, andando el tiempo, el Sol ya no bajaba solamente al mar sino que lo hacía, para beber, a la pila de piedra que ocupaba el centro del patio del Coricancha, en el Cusco⁹⁵.

Del amanecer al ocaso, el Sol pasaba por tres momentos: *Anti*, *Inti* y *Conti*. Esta trayectoria ha sido explicada por Valcárcel. Dice:

Anti es abreviatura de *Jananti*, que deriva de: *Janan*, altura; *ti*, conjunto. Significa, entonces, *serie de altura*. El Sol, en efecto, aparece todos los días empujándose detrás de las grandes alturas de la cordillera, de la Cordillera Oriental. Es el orto resplandeciente, radiante, con la vida que vuelve tras el frío, el silencio y la oscuridad de la noche. Asoma el Sol verdaderamente aureolado de rayos, y los rayos prodigan sobre el cielo y la tierra las gracias vivificantes y renovadoras del astro, que es dios.

Inti deriva de *In*, luz, y *ti*, conjunto. Significa, por lo tanto, *luz plena*. Es el Sol en el zenit, en la plenitud de su radiación.

Conti deriva de *Con*, fuego, y *ti*, conjunto. La traducción es *todo el fuego*. Corresponde al ocaso, al momento en que, según la concepción de los indios transmitida por Garcilazo, arriba vista, *el Sol bajaba al mar y en el mar se hundía*, para en seguida, "como un gran nadador", retornar al punto de partida por abajo y emprender, al día siguiente, un nuevo pasaje por el firmamento. La etimología es clara: "En efecto —dice Valcárcel—, el Sol poniente semeja una bola ígnea enorme", *que se hunde en el mar*⁹⁶.

VIRACOCHA, CREADOR Y ORDENADOR, DESAPARECE EN EL MAR

Viracocha —mejor, *Con Tici Viracocha* (o *Contitiviracocha*)— es el hacedor del mundo, el dios supremo, el ordenador de los hombres y de las cosas. En la religión aparece como un ser incorpóreo, inmaterial, desprovisto de figura, pero en la mitología y en la leyenda se da como un hombre de extraña figura, que crea a los hombres en un mundo preexistente, que los hace de piedra, que después enseña sabias normas de gobierno y policía entre las naciones, que sufre persecuciones pero que al final triunfa, castigando a los insumisos y altaneros; y tras un largo recorrido por el país andino, llega a la costa y *desaparece en el mar*, caminando sobre las olas como si lo hiciera sobre la tierra.

Viracocha, por consiguiente, no sólo por el nombre se relaciona con el mar ("espuma de las aguas") sino por el final o destino de su existencia terrena, de su largo peregrinaje de apostolado enseñando entre los hombres una nueva doctrina.

Varios cronistas hablan de este ser extraordinario, taumaturgo poderosísimo que tiene en sus manos las leyes de la naturaleza, que hace portentos y sanciona a los malos con fiereza demoníaca, siendo capaz de producir fuego del cielo. Mas, antes de tratarlo, es interesante indicar que las versiones sobre el gran personaje, con notables similitudes entre sí, se presentan en varias regiones del continente, lo que da un carácter casi gene-

ral a América al mito de la creación y a la leyenda de Viracocha. Así, los indios de Cundimarca, en Colombia, contaban, como los del Perú, que en un tiempo muy lejano, antes de que la luna alumbrara la tierra, sus antepasados vivían en la mayor barbarie, desnudos y desorganizados, hasta que apareció un patriarca de lenguas barbas, llamado *Bochica*, que llegó de las llanuras del Este. Este genio se enfrentó a los hombres y los pacificó, extirpándoles sus costumbres sanguinarias y enseñándoles a trabajar la tierra. Castigó a su mujer por haber causado una inundación, y murió a avanzada edad. Enseñó el culto al Sol.

En la mitología mexicana también hay un hombre blanco y barbudo, llegado del Este, acompañado de extranjeros, que es *Quetzalcohuatl*, que adoctrina y civiliza, y combate las guerras y las costumbres bárbaras. Cumplida su misión civilizadora, desaparece, prometiendo antes regresar para hacer a todos los hombres felices

En el Paraguay, *Pay Zumé* apareció entre los indios procedente de las llanuras orientales y enseñó a cultivar la tierra, y civilizó a los bárbaros. Como el héroe mexicano, también desapareció.

Todas estas leyendas y otras parecidas, hablan, sin mayor variante, de *hombres barbados, blancos y rubios*, que ejercen, sobre todo, profunda influencia en la cultura y cuya mayor preocupación consiste en elevar el nivel de vida de los pueblos aborígenes. Por lo general, no aparecen como creadores; no sacan al mundo de la nada. No llegan a *tierras despobladas*; a lo sumo, hallan desolación, pero, luego, entran en juego naciones de cuyo origen no se trata. Las leyendas tienen fuertes ingredientes mitológicos, pero la distribución de elementos no es uniforme. Se descubre mezcla de componentes, no siendo posible determinar si primero fue el *mito* o primero la *leyenda*⁹⁷.

Para muchos, despojadas estas versiones de su contenido estrictamente mitológico, podrían ser leyendas referentes a la llegada de *grupos avanzados de población*, que introdujeron entre las naciones nativas formas nuevas de existencia comunitaria y enseñaron nuevas artes y nuevas técnicas.

Una de las más completas versiones sobre *Viracocha* la da Betanzos en *Suma y narración de los Incas*, una fuente básica para el conocimiento del imperio y de las tradiciones preincaicas, de mediados del siglo XVI. Dice así:

De la laguna del Collasuyo salió *Con Titi Viracocha* y creó el cielo y la tierra y "todo lo dejó oscuro". Creó, en seguida, a una primera gente, que le obedecía.

Después, cuando todavía reinaban las tinieblas en el mundo, volvió a salir *Con Titi Viracocha* y se fue al lugar llamado *Tiahuanaco*, que está junto a la laguna del Collasuyo, de donde él

había salido, y de improviso “hizo el Sol y el día”, mandando al Sol que anduviese por donde anda; “y luego dicen que hizo las estrellas y la luna”.

Alumbrada la tierra, las gentes que él había creado le desobedecieron. Entonces, enojado por el “deservicio”, las castigó, tornándolas piedra.

En otra salida, creó nueva gente de piedra, en grupos con su principal que las señoreaba, con “mujeres preñadas y otras paridas... y niños en sus cunas, según su uso”.

Hecha toda esta gente de piedra, mandó a quienes lo acompañaban que se fuesen, quedando sólo dos acompañándole. Entonces, les dijo que esas gentes de piedra representaban grupos de verdaderos seres humanos que a una orden suya saldrían de las cuevas, de las fuentes, de los ríos e irían a poblar determinadas provincias.

Los acompañantes recibieron de Viracocha la orden de recorrer el país dando las voces de salida en las cuevas, ríos y fuentes.

Llegaban a los lugares señalados y decían en alta voz:

—“Salid y poblad esta tierra que está desierta, porque así lo mandó el *Con Tici Viracocha*, que hizo el mundo”.

Así, poco a poco, fue poblado el país, saliendo las gentes de los ríos, fuentes y cuevas, a la simple orden de los mensajeros de Viracocha.

Los dos acompañantes de Viracocha que quedaron con él en el lago, también recibieron encargo de dar voces de población, y uno partió a la provincia de Condesuyo y otro a la de Andesuyo.

Viracocha, por su parte, también partió a cumplir igual misión y lo hizo por el gran camino del Cusco, por la sierra, camino a Cajamarca, “por el cual camino iba él ansimismo llamando y sacando las gentes” de la manera dicha.

Llegado a la provincia de *Cacha*, donde vivían los indios *canas*, dieciocho leguas del Cusco, Viracocha dio las mismas voces pero salieron indios hostiles y armados que lo desconocieron y pretendieron atacarle. Entonces, Viracocha hizo caer fuego del cielo, castigándolos. Los indios, comprendiendo que estaban ante el creador del mundo, se inclinaron reverentes y Viracocha detuvo el fuego empleando una vara. Los indios, para adorarle en el mismo sitio, levantaron una “suntuosa *guaca*... en la cual *guaca* ofrecieron mucha cantidad de oro y plata...”

(“Yo he visto —dice el cronista— el cerro quemado... y las quemaduras es de más de un cuarto de legua...”).

Según la tradición —refiere Betanzos—, Viracocha “era un hombre alto de cuerpo y que tenía una *vestidura blanca que le daba hasta los pies*; e traía el cabello corto y una corona hecha en la cabeza a manera de sacerdote; y andaba destocado, y traía

en las manos cierta cosa que... parece el día de hoy como los breviarios que los sacerdotes" llevan en las manos.

Su nombre completo era, según la tradición, *Con Tici Viracocha Pachayachachic*, que significa *dios, hacedor del mundo*.

Viracocha siguió su peregrinaje, sacando indios de diversas comarcas y llegando al sitio llamado *Tambo de Urcos*, a seis leguas del Cusco. Allí se sentó en lo alto de un cerro, de donde ordenó saliesen los indios a poblar la comarca. Y, porque allí se sentó, los indios le levantaron "en aquel lugar una muy rica y suntuosa guaca, en la cual guaca... pusieron un escaño de oro fino...".

Viracocha siguió después y en el Cusco creó a un señor de indios llamado *Alcaviza* y dejó encargado que se creasen orejones.

Finalmente, llegó a la provincia de *Puerto Viejo*, donde se juntó con los suyos, y "*se metió a la mar juntamente con ellos*", caminando sobre el agua "como si anduviera por tierra", hasta desaparecer⁹⁸.

Fray Gregorio García, el erudito autor de *Origen de los indios*, sobre el que se ha hablado en el capítulo segundo, transcribió la versión de Betanzos, destacando, entre otros pormenores, que Viracocha recorrió el Perú de extremo a extremo, *avanzando hacia el Norte*, y que en Puerto Viejo, a donde llegó finalmente tras su largo peregrinaje, "*se juntó con los suyos, que antes había enviado delante de sí, con los cuales se metió en la mar adentro, por donde dicen los indios que andaban como si caminaran por tierra...*"⁹⁹.

La versión de Sarmiento no difiere, en lo substancial, de la anterior. La trama es la misma y el final, el mismo igualmente: Viracocha, cumplida su misión en el mundo —misión de ordenamiento y apostolado—, va al mar y, caminando sobre las aguas en forma que produce pasmo, desaparece hacia el Poniente, con sus criados.

Desde el punto de vista del hombre y del mundo, se trata de una *segunda creación, posterior al diluvio universal*. Cuenta que *tres hombres se salvaron de la crecida de las aguas o Huno Pachacuti* (que es el diluvio). Viracocha los llamó para que le sirvieran. Vuelta la faz de la tierra a la normalidad. Viracocha decidió poblarla e iluminarla, para lo cual fue a la gran laguna del Collao, donde está la isla *Titicaca* y ordenó salir al Sol, a la Luna, a las estrellas. Después, dejando la isla, fue al sitio llamado "*Tiaguanaco*", donde, según una versión, *hizo al hombre de piedra* y después le infundió vida. Los hombres, así creados, construyeron los edificios de Tiahuanaco para morada de Viracocha y se extendieron por el mundo.

Según otra versión, Viracocha mandó desde Tiahuanaco a sus dos criados que se habían salvado del diluvio (el otro había sido

desterrado por desobediente) a que llamasen a los hombres de los valles y provincias que él, previamente, había determinado. Un criado fue *por las tierras que dan a la mar* y otro por los Andes, "espantables montañas": "¡Gentes y naciones —decían—, oid y obedeced el mandato del *Tici Viracocha Pachayachachic*, el cual os manda salir, multiplicar y henchir la tierra!".

Viracocha y sus criados hicieron esta labor y la tierra se pobló¹⁰⁰. Unos salieron de los lagos, otros de las fuentes, otros de los valles, cuevas, árboles, montes, etc.

Viracocha era "un hombre de mediana estatura, blanco y vestido de una ropa blanca a manera de alba ceñida por el cuerpo y traía un báculo y un libro en las manos"¹⁰¹.

Avanzó *hacia el Norte* y en *Cacha* los hombres se le rebelaron, amenazándolo de muerte, pero él, "hincando las rodillas en tierra en un llano, levantadas las manos puestas y rostro al cielo", hizo caer fuego, del que los hombres se espantaron, "pidiéndole perdón de su pecado". El cerro aquel quedó quemado, "y esto se ve hoy —dice Sarmiento—; que es cosa maravillosa de ver aquel lugar y monte que tendrá un cuarto de legua, abrasado todo, que está en el Collao".

Prosiguiendo su camino, Viracocha llegó a *Urcos*, donde los indios "le hicieron una célebre guaca o estatua para le adorar y ofrecer dones", muy rica en oro y otros metales.

Finalmente, llegó "a las comarcas donde es ahora *Puerto Viejo* y *Manta*, en la línea equinoccial, adonde se junto con sus criados", y allí hizo profecía de impostores. "Y esto dicho, *se metió con dos criados por la mar, e iban caminando sobre las aguas, como por la tierra, sin hundirse*"¹⁰².

"Porque iban caminando sobre las aguas como *espuma*, le llamaron *Viracocha*, que es lo mesmo que decir *grasa* o *espuma del mar*".

Termina su relato Sarmiento con este juicio breve: "Esta *fábula ridicula* tienen estos bárbaros de su creación"¹⁰³.

Algunas variantes presentan otras versiones, primando en unas el contenido leyendárico y, en otras, el mitológico, como antropogonía o cosmogonía. Los elementos muchas veces se mezclan, y lo presumiblemente histórico se diluye tanto que llega a desaparecer o esfumarse.

La versión de Fray Martín de Murúa es pintoresca. Dice que Viracocha, en el pueblo de *Cacha*, fue español. En tiempo de *Topa Inga Yupanguí* —relata—, apareció "un español en figura de pobre, predicando a los indios el Evangelio... Llegó a un pueblo que se llama *Cacha*", donde los indios lo apedrearon "y salido que salió este bienaventurado pobre del dicho pueblo, cayó fuego del cielo y abrasó toda la gente..."¹⁰⁴.

El recorrido del héroe sufre cambios en Santa Cruz Pachacuti, pero la *retirada por el mar* se mantiene. Tello hace el resumen de la versión de Salcamayhua en los siguientes términos:

"Wira Kocha [se llama]: *Tonapa* o *Tara Paka*, *Wira Kocha Pachayachi Pacha* o *Pachanka*, *Wikchay-Kamayox*, *Kunakuy-Kamayox*. . . Este varón llegó a *Apotambo* o *Pakaritampu*, allí predicó a las gentes dándoles sus mandamientos grabados en un palo; viajó por la provincia de los Kolla Suyos, produjo en *Yemke-supax* un diluvio, formándose desde aquel entonces la laguna de *Yemke Supakocha*. En *Pukara*, de *Cacha*, quemó un ídolo que había allí en figura de mujer e hizo que el cerro se derritiera como una cera. Maldijo a los *kinamarex*, convirtiéndolos en piedra porque no hicieron caso de sus predicaciones; llegó a los Andes de *Carabaya* y puso una cruz en el cerro de *Carapuco*; aquí se libró milagrosamente de morir en manos de las gentes de este pueblo. Visitó la peña del *Titikaka*, pasó después por *Tekeña* en dirección a *Chacha Marka*, llegó a *Tiawanako*; convirtió en piedras a sus habitantes; y, por último, siguiendo el río *Cacha Marca*, se dirigió hacia el océano"¹⁰⁵.

En Herrera, la versión es doble, con sendos Viracochas. Sobre su primer *Viracocha* cuentan los indios —dice el autor de las *Décadas*— que en la antigüedad los pueblos estuvieron bajo las tinieblas pero que, por sus grandes votos y plegarias, "salió el Sol de la laguna Titicaca. . . y que pareció luego, por la parte del Mediodía, un *hombre blanco*, de gran cuerpo, y de venerada presencia", a quien, por su inmenso poder, llamaban *Principio de todas las cosas criadas y padre del Sol*. Del lago, *avanzó hacia el Norte*, "dando orden de vida a las gentes". Le conocieron con el nombre de *Ticeviracocha*, y en el Collao como *Tuapaca*.

Sobre el *segundo Viracocha*, dicen los indios —sigue Herrera— que, pasado un tiempo, "pareció otro hombre, semejante al referido" (pero no el mismo), que hacía milagros portentosos, como dar la vista al ciego, curar a los enfermos y castigar a los depravados con fuego del cielo. Este héroe *llegó a la costa del Norte* y "*desde allí se fué a la mar, y entrando en ella, sobre su manto tendido, nunca más se vio*, por lo cual lo llamaron *Viracocha*, que quiere decir *espuma del mar*"¹⁰⁶.

En el primer *Viracocha* no está presente el mar; en el segundo, sí. Este segundo *Viracocha*, por lo tanto, coincide con el héroe de las otras versiones.

Igualmente doble es la versión de Cieza, con otros tantos héroes, como en Herrera: uno, que llega procedente del Sur, "*blanco, de crecido cuerpo, el cual en aspecto y persona mostraba gran autoridad y veneración*", y avanza hacia el Norte, haciendo maravillas y dictando a los hombres normas de vida¹⁰⁷. Le llamaban *Ticiviracocha* y *no más cosas dijeron los indios de él*¹⁰⁸. El otro *Viracocha* no es creador ni aparece en la época de las tinieblas ni organiza el mundo sino es un taumaturgo, de poderes extraordinarios, capaz, por ejemplo, de hacer llover fuego del cielo. Cieza relata que, después del primer *Viracocha*, apa-

reció un segundo hombre semejante al de las primeras edades, "el nombre del cual no cuentan", pero al que pusieron el de *Viracocha por haber desaparecido por el mar*. Este hombre de poderes fabulosos, hacía milagros que causaban pasmo. En Cacha arrojó fuego del cielo cuando los indios del lugar, desconociéndolo, quisieron apedrearlo. Arrepentidos, los indios se mostraron después sumisos, ordenando entonces el taumaturgo el cese del fuego mas cuando ya toda la tierra en el lugar estaba quemada. "Y sobre esta materia dicen más, que saliendo de allí. *fué hasta llegar a la costa de la mar*, a donde, tendiendo su manto, *se fue entre sus ondas*, y que nunca más pareció ni le vieron; y como se fue, le pusieron por nombre *Viracocha*, que quiere decir espuma del mar"¹⁰⁸.

Finalmente, en Gutiérrez de Santa Clara hay otro personaje de carne y hueso y facultades comunes, como las de cualquier hombre, pero venido al mundo por misteriosa gestación del mar, sin padre ni madre. Llegó en una embarcación muy perfecta, cuyo empleo enseñó a los hombres, y después se dedicó a doctrinar a los pueblos en las normas de una alta forma de vida. Los indios no supieran más de él, porque un día desapareció, no dejando rastros. Este Viracocha, por consiguiente, no es el creador que aparece en las versiones de Betanzos y Sarmiento; tampoco, el héroe cultural, poderoso y castigador, de Santa Cruz Pachacuti, Cieza y Herrera. No desaparece por el mar pero, en cambio, *llega al Perú en una balsa*. Sin facultades extraordinarias, sin poderes sobrenaturales, sin dejar caer fuego del cielo ni vencer a los insumisos con obras de pasmo, trabaja intensamente en un programa civilizador, catequiza y ordena a los pueblos bárbaros. Puede representar, por lo tanto, a un grupo llegado por mar, de avanzada cultura. He aquí, en extracto, la versión del autor de los *Quinquenarios*:

Contaron a los españoles los indios pescadores de la costa de la mar, que la navegación a vela, en balsas, con "velas trianguladas", ellos la habían heredado de sus antepasados, y que éstos la aprendieron de "un hombre que había venido por la mar y aportado allí en una balsa con velas como agora las usan ellos". Dijeron, además, que a este hombre llamaron *Viracocha*, "que quiere decir *espuma de la mar*, o *manteca de la mar*" y que "la mar lo engendró y que no tuvo padre ni madre... Y que este mismo anduvo mucho tiempo entre sus antepasados, enseñándoles buena doctrina y policía, y que después no supieron a dónde había ido a parar, y que era buen hombre y hablaba como ellos".

En certificación de este relato, los españoles hallaron en el pueblo de Tiahuanaco, del Collao, según cuenta el mismo Gutiérrez de Santa Clara, una estatua de "piedra muy lisa", que representaba una figura humana, de hombre, con "una ropa larga

hasta los pies", que llevaba en la mano izquierda "un bulto como libro" y en la derecha un bordón. Llevaba por zapatos unas suelas sujetas con dos correas; y en la cabeza "un medio capirote como de fraile". La tradición contada por los indios del Collao y de la Costa refería que este hombre allí representado en la estatua de Tiahuanaco, "hizo en estas provincias muchas cosas buenas" y que les comunicó ciertas profecías acerca de la llegada de hombres "barbados como él", recomendándoles "les diesen un buen recibimiento"¹¹⁰.

VIRACOCHA, "ESPUMA DE MAR"

Ya en varias partes se ha dicho que, según diversas fuentes y algunas interpretaciones etimológicas, Viracocha significa "espuma de la mar". Oviedo dice: "... llaman a los españoles *Virachas* o *Viracocha*, porque a la mar llamaban *cocha* y espuma quiere decir *vira*, e que vinieron de la *mar* por *gordura de la mar* o *cosa salida de la mar*"¹¹¹. Por su parte, Zárate refiere que en el primer viaje del descubrimiento, "remando en las canoas contra la gran corriente del mar que siempre corre hacia el Norte" (cuando se acercaban a la costa para recoger alimentos), los españoles éran rechazados por los indios en són de guerra, quienes les llamaban barbudos y "*criados de la espuma del mar*", por salir de ella "sin tener otro linaje"¹¹².

En contra de esta interpretación está, entre otros, Betanzos y Cabello de Balboa. El primero consigna la etimología: *vira*, manteca, *cocha*, mar, y dice primero que "todo lo cual declaraban e decían que quería decir *manteca de la mar* y *espuma de la mar*"; pero después agrega esta observación terminante: "... lo cual no quiere decir aquello, sino propiamente *dios*. Y así, cuando los españoles vinieron a esta tierra, los llamaron deste nombre e *tuvieron por dioses*"¹¹³. Cabello de Balboa rechaza la interpretación de sus contemporáneos en el sentido de que Viracocha significa "espuma de la mar" y tampoco acepta que puede significar "manteca de la mar", como otros quieren. Rechaza, igualmente, la idea de que a los españoles los indios los llamaran *viracochas* porque habían aparecido por el mar y porque, a más de ello, los creían *engendrados por el mar*. Según el autor de *Miscelánea Antártica*, el verdadero significado es otro. Dice: "... este nombre *Viracocha* entre los antiguos Incas fue y ha sido *nombre de grandísima excelencia*". Por eso, cuando descubrieron que había un hacedor supremo, creador omnipotente, que movía el mundo, lo llamaron *Ticciviracocha*. Cree, además, Cabello que los indios usaron el nombre Viracocha "muchos centenares de años antes de que los indios piruleros supiesen que había mar en el mundo. Termina Cabello considerando que Vi-

racocho es un nombre venerable, de gran majestad, nada emparentado a las supuestas raíces, por cuyo camino se le traduce, según se lleva dicho, como "espuma" o "manteca de la mar", *grosura* también de la mar¹¹⁴.

En el *Discurso* de los Quipocamayos a Vaca de Castro, también hay un rechazo de la interpretación etimológica según las referidas raíces. "Este nombre de *Viracochas* —se lee en el importante texto de 1608— no tiene otra significación sino de *gran valor*, casi llamarlos soberanos; y no es como la significación que algunos han puesto *horruras de la mar* por haber salido de ella"¹¹⁵.

En nuestra época, un quechuista ha rechazado, también, con sólidos argumentos, la traducción tantas veces mencionada de *espuma* o *manteca de la mar*, por considerar, entre otras razones, que el término *Viracochoa* no se descompone en partes y que es un *sustantivo* simple, que significa *dios*. Añade: "Su división... en los términos simples *vira* y *cocha* es absurda y contraria a la índole del idioma quechua..."¹¹⁶.

El error proviene —explica el mismo lingüista— de los escritores españoles del siglo XVI, que trataron antojadizamente, en un afán indebido de pesquisa y de descomposición de lo que era unitario e indivisible, de descomponer la palabra para hallar el significado de sus pretendidas partes, que, en realidad, no las había. Ellos —subraya— "debieron contentarse con saber que esta palabra significa *el supremo hacedor, el conductor del universo, el excelso y rico fundamental*".

Explica, además, que las palabras que se anteponen o posponen a *Viracochoa* son simples adjetivos, que sirven para destacar los atributos del dios: *Koñi Illa Tijski Wirakocha Pacha Cámaj, Pacha Yachachij, Tijski Khápaj*: dios de fundamento brillante y cálido, creador del mundo, conductor del universo, el poderoso, el excelso fundamental¹¹⁷.

VIRACOCHA: ¿DIVINIDAD SUPREMA O HEROE CULTURAL?

Según la mayoría de las versiones, elaboradas a base de las leyendas y el mito recogidos por los cronistas de los siglos XVI y XVII, sobre el misterioso personaje —en todos los casos, iniciador de una nueva época en la vida de los pueblos, y por ende, gran reformador—, *Viracochoa*, sea que su nombre signifique *dios*, sea que signifique *espuma del mar* o cosa —o substancia— *engendrada* o *surgida* del mar, fue la suprema divinidad de los peruanos antiguos, el hacedor del mundo, el creador de los hombres y de las cosas y el ordenador de la sociedad. "Este es el dios fantástico..., que algunos historiadores dicen que los indios tuvieron

por *principal dios, y en mayor veneración que al Sol...*". Pero, Garcilaso, de quien es esta cita, no puede olvidar su linaje real inca, y añade esta aseveración: "Lo cierto es que no tuvieron llos indiosl dios más principal que el Sol..."¹¹⁸. De Blas Valera, a través de los *Comentarios Reales de los Incas*, se tienen algunas referencias útiles para la determinación de la real naturaleza de Viracocha. Dice el jesuita que fue la *deidad de los indios*, identificada a la creencia de un "fantasma", "que después del Sol le adoraron por dios, y le dieron el segundo lugar"¹¹⁹. Pero, en otra parte anota lo siguiente: "Creyeron y dijeron que el mundo, cielo y tierra, y sol y luna, fueron criados por otro mayor que ellos: a éste llamaron *Illa Tecce*, que quiere decir Luz Eterna. Los modernos añadieron otro nombre, que es Viracocha, que significa dios inmenso de Pirua, esto es, a quien Pirua, el primer poblador de esta provincia, adoró y de quien toda la tierra e imperio tomó nombre de *Pirúa...*"¹²⁰.

Riva Agüero llama la atención sobre el origen *quechua* de esta divinidad, nada aimara; propia, por ende, del área del Cusco. Dice: "El nombre y el culto de *Huiracocha* son esencialmente quechuas, y en su leyenda se ve siempre maltratado en las regiones aimaras o mixtas y bien acogido y adorado en las quechuas genuinas"¹²¹.

Valcárcel ha estudiado al *dios* Viracocha cuidando, primero, en forma muy especial, el tan discutido significado etimológico de las partículas *vira* y *cocha*; y, luego ciñendo su interpretación a la parte final del relato de Betanzos (la *desaparición del héroe por el mar*, caminando sobre las ondas con sus acompañantes). Al tratar de los *mitos de la creación*, dice siguiendo al P. Buena-ventura Salinas y Córdoba¹²², que los antiguos peruanos creyeron que *el primer hombre que habitó la tierra fue formado de grosura y espuma del agua de la mar y del diluvio*, que eso es lo que significa *Viracocha*. El primer hombre que fue creado así, con la grosura del mar, se llamó *Huari Viracocha Runa*, una especie de Adán en la antropogonía del antiguo Perú. Este hombre fue creador junto con una mujer, especie de Eva, la cual se llamó *Huarmi*. De estos personajes iniciales deriva la humanidad toda, en sucesivos linajes. Pasan desde la primera pareja *cuatro edades*, al término de las cuales se forma el imperio de los Incas, con un linaje que domina al mundo¹²³.

El nombre completo del personaje es, para Valcárcel, *Apu Con Titi Viracocha*, señor de todo lo creado. En su parte final, la versión de Betanzos dice que, habiendo llegado Viracocha a la *costa Norte*, se reunió en el sitio llamado *Puerto Viejo* con sus acompañantes, que eran dos, y que, entonces, reunidos los tres (número al que Valcárcel da significación mítica), *se dirigieron hacia el mar*, y caminando por encima de las aguas se perdieron en el horizonte, en dirección a Poniente, *por donde se oculta el*

Sol. "La parte final de la leyenda —comenta—, o sea, cuando [el personaje, un verdadero demiurgo, con luenga barba y manto talar] desaparece caminando sobre el océano, pudiera identificarse con un *mito solar*: es el mismo camino a la *puesta del Sol*. El Sol camina sobre las aguas, se pierde o sumerge en el horizonte"¹²⁴.

En realidad, esta es una interpretación forzada, porque por el dictado mismo del fenómeno —observación impregnada de influencias mágicas—, el Sol no sigue el camino del mar, no *camina*, ni en sentido figurado, sobre el mar, sino —figura muy distinta, con otra elaboración mental— *se hunde en el horizonte del mar*. La mentalidad primitiva o, mejor, la mentalidad mágica, creadora de mitos, necesita de modelos claros y convincentes. Tan es forzada la interpretación, que el mismo autor se apresura a decir que "en la mitología de todos los pueblos siempre hay algo muy confuso y caótico e ilógico..., consecuencia de la modalidad de la inteligencia antigua que no se rige por los mismos procedimientos de la inteligencia en culturas ya de épocas posteriores y distintas...", digresión para la cual esgrime los argumentos de Levy Bruhl, a los que sólo en parte concede crédito.

Hacedor de todas las cosas o dios subalterno, es lo cierto que en la mayoría de las versiones Viracocha aparece como *divinidad*. Pero, hay otra manera de entender al personaje, y es la que lo coloca en el plano no del mito sino de la leyenda, lo que significa que estamos, *no ante un dios sino ante un héroe cultural*, ante un personaje con *presumible raíz histórica*. Esta es la interpretación que ve en Viracocha no un dios sino un *caudillo*.

Para unos, entonces, es el creador, divinidad suprema, incluso superior al Sol en el tiempo de los Incas. Para otros, en cambio, es un "héroe cultural", "que enseñó al pueblo cómo vivir"¹²⁵. Si fue simplemente caudillo, simbolizaría al jefe de un grupo que encabezó un movimiento de pueblos con destino transpacífico. Alden Mason da a entender que la parte final del relato de Betanzos es demasiado importante para no ser tomada en cuenta en la interpretación general. En verdad, no se trata de un mero epílogo compuesto al capricho. La llegada a la costa, la reunión del héroe con sus fieles servidores y el viaje inusitado que emprende el grupo a través del mar, deben significar una *aventura marítima* de extraordinarios alcances, bajo la dirección de un jefe de valor y capacidad ejemplares y méritos ejecutivos asombrosos.

Por esta exégesis se inclina, también, C. A. Guardia Mayorga. Para este autor, Viracocha fue primero héroe de leyenda; después, escaló el nivel del mito, y se hizo divinidad. Este cambio tiene relación —dice Guardia Mayorga— con las ruinas de Tiahuanaco. "Las ruinas de Tiahuanaco debieron llamar extraordi-

nariamente la atención de los nativos, y como desconocían su origen real, tuvieron que apelar a la imaginación y forjar el mito correspondiente"¹²⁶.

¿Quién fue este héroe? se pregunta Guardia Mayorga, y plantea el problema en la siguiente forma: "Al llegar a Puerto Viejo y Manta, el personaje mítico siguió su camino *andando sobre las aguas del mar*, como *espuma*, por lo que le dieron el nombre de *Vira-cocha*. ¿Qué nombre tuvo... con anterioridad? ¿Sería simplemente *Taura Apac*, como dice Pachacutec? Pero, hay que pensar que este fue el nombre que le dieron los naturales, pero ¿cuál fue su verdadero nombre?"¹²⁷. "Podemos afirmar —dice más adelante Guardia Mayorga— que Viracocha no fue, en realidad, un dios sino *el jefe de alguna tribu invasora* o un *héroe civilizador*, que con el transcurso del tiempo se elevó a la categoría de un ser mitológico, *inertándose con el mito solar antiguo* y apareciendo luego como *un dios supremo*"¹²⁸.

Sigue el autor transcrito abundando en otros conceptos. En general —dice—, "los Incas no hicieron sino aprovechar un material antiguo para forjar un edificio nuevo... Cuando los Incas, mediante sus conquistas, se pusieron en contacto con los collas y luego los dominaron, entraron en relación con sus creencias religiosas. Sólo entonces llegaron a tener conocimiento del mito solar del Collasuyo y de la *leyenda de Viracocha, ya mitizada*... Cuando esto se produjo, los Incas trataron de identificar a Viracocha con su dios Sol y trasladaron su origen al lago Titicaca". De esta manera, resultó "Viracocha considerado como una divinidad suprema identificada con el dios Sol o considerado por encima de él... No cabe la menor duda de que el dios principal de los Incas fue el Sol... El *dios Viracocha*, que los españoles quisieron presentar como la divinidad suprema del Imperio, *no viene a ser sino* —concluye Guardia Mayorga— *el propio Sol en su forma antropomórfica*..."¹²⁹. Y, en su origen —recuérdese—, no fue sino un caudillo: antes de ser personaje mitológico, es decir, divinidad, no fue sino jefe, sin duda un jefe con facultades excepcionales, pero jefe nada más.

PACHACAMAC, CREADOR DEL MAR, DE LAS ISLAS Y LOS ESCOLLOS

Hay tres versiones mitológicas sobre el dios *Pachacámac*, una divinidad discutida y confundida: la de Calancha, la de Calvete de Estrella y la de Montesinos. En las tres versiones, Pachacámac se relaciona íntimamente con el mar.

La más importante y difundida de las tres es la del fecundísimo autor de la *Corónica Moralizada*, de 1639, que la tomó, no directamente, sino del Padre Luis Tiruel, acompañante del extir-

pador de idolatrías, Padre José de Arriaga. Creían en este mito, como puntualiza Tello, los indios de Barranca, Supe, Végueta, Huaura, Huacho, Aucallama y, "en general, casi todos los que habitaban los llanos y arenales de la Costa, desde Piura hasta Arica"¹³⁰.

El texto del mito, abreviado y con especial referencia a sus relaciones con el mar, es como sigue:

Pachacámac crea la primera pareja, pero el mundo, entonces, era desolado. Muere el hombre y queda abandonada la mujer. Sólo crecían espinos y zarzales en los campos.

La mujer implora socorro al Sol. "¿Por qué, oh Sol —le pregunta—, si nos criaste, nos consumes?"

—"Permite —le dice— o que el cielo me mate con un rayo... o socórreme benigno..."

"Condolido de sus lágrimas, el Sol, *padre de Pachacámac*, le dijo palabras amorosas", y con su poder, la mujer quedó fecundada.

Parió un hermoso niño al cuarto día, pero *Pachacámac*, indignado "de que al Sol se le diese la adoración debida a él", despedazó al niño, que, por hijo del Sol, era su hermano. Y, para contentar a los hombres y, a la vez, evitar que los hambrientos, como ya la infeliz mujer lo había hecho, imploraran mantenimientos al Sol, sembró en la tierra las partes del niño descuartizado, y la tierra produjo sazonados frutos.

De los dientes nació el maíz.

De los huesos nacieron las yucas.

De la carne, los pepinos y pacayes.

Estas abundancias de la tierra fueron "acordador del hijo y un fiscal de su agravio" para la desconsolada madre, que al Sol recurrió nuevamente, pidiendo venganza. Pero el Sol no bajó castigador contra *Pachacámac* sino todo bondad con la mujer, a quien dio un nuevo niño, llamado *Vichama* o *Villama*, que "creció hermosísimo, hasta ser bello y gallardo mancebo, que a imitación de su padre, el Sol, quiso andar el mundo..."

Aprovechando la ausencia de *Villama*, *Pachacámac* mató a la madre, "que era ya vieja, y sus restos los dio de comer a los gallinazos y buitres... y los cabellos y huesos guardó escondidos en las orillas del mar".

En seguida, el mismo *Pachacámac*, en un acto de soberbia, crió nuevos hombres y mujeres con sus curacas y caciques que los gobernasen.

Todo esto ocurría en *Végueta*, "valle abundante de arboledas y hermoso país de flores... una legua poco más o menos de *Guaura*".

Volvió de pronto *Vichama* y supo de la muerte de su madre. "Arrojaban fuego sus ojos de furor".

Supo de los huesos de su madre, enterrados por Pachacámac a la orilla del mar, los sacó, compuso y les dio vida nuevamente, resucitando a la vieja; pero, su corazón, no satisfecho, clamaba venganza y dispúsose a aniquilar al dios Pachacámac. Pero éste, huyendo, "*se metió en la mar en el sitio y paraje donde está ahora su templo, y hoy el pueblo y valle se llaman Pachacámac*".

No se calmó Vichama. "Volvió el enojo contra los de Végue-ta...", culpándolos de cómplices "de la muerte de su madre", cuya muerte permitieron; y, con la intervención de su padre, el Sol, los convirtió en piedras.

Pero, de inmediato, el Sol y Vichama se arrepintieron y, "no pudiendo deshacer el castigo", "determinaron dar honra de divinidad a los curacas y caciques, a los nobles y a los valerosos".

Vichama los llevó, entonces, "a las costas y playas de la mar" y a unos convirtió en *huacas*, para que los adorasen, "*y a otros puso dentro del mar, que son los peñoles, escollos o euripios*", dándoles títulos de *deidad*, a quienes debía ofrecerse todos los años "hojas de plata, chicha y espinco".

Hecha esta justicia, Vichama pidió a su padre, el Sol, que crease nuevos hombres y el Sol envió tres huevos: uno de oro, del que salieron los curacas, caciques y demás indios principales; otro de plata, que engendró las mujeres de éstos; y el tercero de cobre que dio "la gente plebeya... mitayos y sus mujeres y familias".

En la parte final del relato, reaparece Pachacámac, *el dios fugado que se había "metido en el mar"*. La leyenda explica que la nueva creación de los hombres se hizo, no con los indicados huevos de oro, plata y cobre, sino con cuatro estrellas, "dos varones y dos hembras", enviadas por Pachacámac¹³¹.

En su *relación con el mar*, este *mito de creación* expone tres conceptos importantes: el primero, que la *orilla del mar*, donde Pachacámac esconde los despojos mortales de la anciana madre de Vichama, constituye el *confín del mundo*, la tierra final, el paraje extremo. Más allá está el mar, con su misterio de cosa no terrena, aislada, residencia de otros seres que no son hombres. El segundo concepto, que *el mar*, donde se mete Pachacámac huyendo de la ira del Vichama vengador de la muerte de su madre, es *lugar inalcanzable*, especie de refugio. El tercero, que *las islas de la mar*, creadas por el Sol y Vichama en compensación por el extremo castigo aplicado a los caciques de Végue-ta, acusados de complicidad con Pachacámac, son *de naturaleza divina*, son *lugares sagrados*.

La *creación del mar* por Pachacámac está en Calvete de Estrella. Es otro de los mitos principales de los antiguos pobladores de la Costa. Dice: "La una gente era la que moraba en los llanos; adoraban por su dios al que ellos llamaban *Pachacámac*, el cual decían que había hecho el cielo y la tierra, y *el mar* y to-

das las otras cosas; *aunque cuando crió la mar la puso en una vasija* y la dio a un hombre y a una mujer para que la guardasen, y que *quebraron la vasija y se derramó el agua, y de ella se hizo la mar tan grande y tan profunda como es; y que Pachacámac, ya que el agua estaba derramada, quiso que se quedase así hecha mar;* y porque para ellos fuese castigo y para los otros ejemplo, convirtió aquel hombre en mono, y que de él descendían los monos, y la mujer en zorra, y que de ella vienen las zorras. Y era tan grande la veneración que aquellas gentes tenían por Pachacama, que le edificaron un templo junto al mar... Residían en aquel templo muchos sacerdotes que hacían los sacrificios y le ofrecían los dones que le presentaban y le preguntaban el suceso que tenían las necesidades y cosas de aquella gente, lo cual hacían en una cámara muy oscura, pintada de diversas especies de aves, animales y peces que en la tierra y mar se crían¹³².

De este mito resulta que *el mar fue creado por Pachacámac con posterioridad a la tierra y a los hombres*. Explica, además, el uso de peces en la decoración del afamado templo del valle de Lurín: Pachacámac, para no tener la mar despoblada, le agregó habitantes, que fueron los peces, y ellos, entonces, relacionados con el dios creador, le agradecen su existencia con figuras en los muros del templo¹³³.

Montesinos aporta otra versión, no menos importante, también de creación. Según lo recogido por el autor de las *Memorias Antiguas Historiales*, el dios Pachacámac fue el creador de los hombres que invadieron la Costa en tiempos del rey *Ayar Tacco Cápac*, "*hombres de la mar*". Dice textualmente la referencia: "Fingen los amautas, trocando las suertes, que el dios Pachacámac, que quiere decir *criador*, *crió estas infinitas gentes en la mar* y las trajo a estas partes, y por eso llaman criador a Pachacámac"¹³⁴.

Se repite desde los textos de los siglos XVI y XVII, que Pachacámac fue un dios de los pueblos de la Costa, poco o nada conocido en el interior, en la Sierra, salvo por los mercaderes que bajaban a los llanos marítimos para intercambiar productos. Modernamente, se duda que esto haya sido así. Larco, por ejemplo, considera que Pachacámac y Viracocha son una sola y misma cosa, con sólo distinto nombre. En la Costa —explica—, los pueblos rendían culto a Pachacámac, gran dios que vivía en el templo a él dedicado, cerca de Lurín. Pero, este dios —afirma— *no es un dios particular ni regional; "no es otro que Viracocha"*¹³⁵. Agrega la siguiente explicación sobre el entrocamiento de los dioses del Perú antiguo: el famoso ídolo al cual los pueblos costeros rendían culto en el templo de Lurín, del que dejaron señas Hernando Pizarro y Miguel de Estete (que lo vieron en 1533) y que, presumiblemente, es el poste tallado que se encontró durante los

trabajos de limpieza de las mentadas ruinas en 1938, "es la divinidad felino antropomorfa" que representa a la deidad suprema de todos los pueblos del Perú antiguo, y que tiene como arquetipo al felino, más o menos humanizado, con poderosos colmillos. En el proceso de humanización de este felino arquetípico, el elemento más persistente y que señala el entroncamiento, está constituido por los colmillos, como en el caso —cita el propio Larco— de *Aia Paec* y de *Pachacámac*.

En realidad, pues —siguiendo a Larco—, Viracocha y Pachacámac son una sola y misma divinidad, una divinidad antigua, preincaica, de la que "los Incas jamás pudieron arrancarse... aunque pretendieron catequizar a los pueblos conquistados en el culto de nuevas deidades y originales credos...". Viracocha fue el eje de todas las creencias religiosas de los peruanos antiguos "por dos milenios". En el cuadro general, es el *supremo creador* y ocupa, por lo tanto, una posición más alta que la del Sol. Ser invisible, se le dio, sin embargo, una especial representación, una corporeidad, para los fines materiales del culto.

El P. Anello Oliva, en los comienzos del siglo XVII, dio los fundamentos, con su extrema y falsa posición *costeñista* o *antiserrana* —que conjuga con la leyenda del *quipocamayo* Catari, según la cual, conforme se trata en el capítulo noveno, el Imperio de los Incas se originó en la Costa, en el mar, y no en la Sierra—, dio los fundamentos, decimos, para la tesis, contra la que se alza Larco, de *Pachacámac dios costeño*, exclusivamente costeño pero *creador de todo lo geográficamente suyo*: del mar, de los peces, de los hombres de la Costa, de las aves marinas, etc. Dice así el jesuita, napolitano de nacimiento: "Pachacámac quiere decir sustentador y criador del orbe, y de todo lo que hay sobre la tierra... No ignoraron que este sustentador y criador era *solo, fuerte y poderoso* y que él solo lo regía y gobernaba todo y aun más que era eterno sin principio ni fin"¹³⁶. El Sol fue un dios posterior que introdujo Manco Cápac.

CONIRAYA Y CAVILLACA. LAS ISLAS DE PACHACAMAC Y LA CREACION DE LOS PECES

El mito de Coniraya y Cavillaca (él, en realidad, *Viracocha*) trata del *origen de las islas de Pachacámac*, que están frente al valle de Lurín, y de la *creación de los peces del mar*. Como lo advirtió Clemente R. Markham, *el mar está presente en varios episodios del relato*: Cavillaca, con su hermoso hijo, espantada por el aspecto de mendigo de quien la fecundó engañosamente y es padre de la criatura, *huye hacia el mar*, despavorida y sólo deseando *llegar pronto al mar para en él hundirse y desaparecer*. Desde las alturas de Huarochirí desciende en carrera de vértigo,

perseguida por Coniraya —que no la puede alcanzar—, y al llegar a la playa, se arroja a las aguas, quedando convertida, con su hijo, en las dos islas que hay allí¹³⁷.

El pintoresco y ameno relato —un verdadero poema— aparece en Avila, y cuenta que *Coniraya Viracocha* “anduvo antiquísimamente en figura y traje de un indio muy pobre”, vestido de andrajos, de manera que quienes no sabían quién era, le llamaban “pobre piojoso”.

Pero, era el *creador del mundo*, Viracocha.

Por ese tiempo, había una doncella hermosísima llamada *Cavillaca*, “muy pretendida y solicitada de diversas huacas e ídolos principales” con los que nunca quiso condescender.

Coniraya se transformó en un hermoso pájaro, se posó sobre un lúcumo y poniendo su “simiente generativa” en un fruto sazonado, lo dejó caer al pie del tronco, donde Cavillaca tejía: “la cual lo tomó y comió con mucho gusto al punto, con lo cual quedó y se hizo preñada”.

“Cumplidos los nueve meses parió, quedando doncella como de antes”.

Cuando el niño comenzaba a gatear, Cavillaca convocó a todos los ídolos y huacas de la región para determinar quién era el padre de su hijo.

Los ídolos y huacas, esperanzados de conseguir matrimonio con la agraciada doncella, se aderezaron lo mejor que pudieron, peinándose, lavándose y puliéndose.

La reunión se realizó en *Anchicocha*, “un lugar harto frío y malo que está entre el pueblo de *Chorrillos* y *Huarochiri*, a mitad del camino”.

Cavillaca pidió a los circunstantes que confesaran quién la había preñado pero nadie se atrevió a declararse padre del niño.

Entre los presentes estaba el *creador*, *Coniraya Viracocha*, “en su traje y hábito de pobre”, a quien Cavillaca ni se dignó mirar.

Cavillaca advirtió, entonces, que soltaría al niño, el cual, gateando, se acercaría al verdadero padre y se prendería de sus piernas.

Así lo hizo, y el niño fue, tras pasar cerca de todos, “hasta donde estaba su padre *Coniraya*, el pobre mal vestido y menos limpio, y en llegando a él alegrándose y riéndose se le asió a las piernas y se enderezó con él”.

“Dio esto a Cavillaca gran vergüenza, y afrentada y corridísima arremetió al niño diciendo: ¿Qué asco y vergüenza es ésta, pues una señora como yo había de verse preñada de tan mala cosa, de tan pobre, puerco y asqueroso hombre? Y arrebatando su hijo volvió las espaldas y se fue a más andar *hacia el mar*, huyendo.

Coniraya Viracocha al instante llamó a la princesa y "se vistió de riquísimas mantas de oro", implorándole lo viera y a él regresara, pero la princesa no respondió a sus demandas.

Dándose mayor prisa, Cavillaca dijo:

—"Ya no tengo de parecer entre gentes, ni me ha de ver nadie pues he parido de un hombre tan sucio, tan sarnoso y puerco".

"Y así se desapareció y *se fue a dar a la playa de Pachacámac*, donde *con su hijo se metió en la mar* y se convirtió en piedra, donde dicen que ahora se ven dos que estan derechas que son madre e hijo".

En su persecución, *Coniraya* se encontró con un *cóndor*, y el animal le dijo que Cavillaca estaba cerca y que la podía alcanzar. Alentado, *Coniraya* premió al *cóndor* haciéndolo el amo de los cielos.

Prosiguió, y se topó con una *zorrilla*, "de las hediondas", y el animal le dijo que sería imposible que alcanzara a Cavillaca, por lo que la maldijo, condenándola a sólo aparecer de noche y ser detestada por los hombres, provocando asco.

Después se encontró con él un *león*, y el león lo alentó, por lo que también lo premió haciéndolo el ser más "respetado y temido de todos", aun después de muerto.

Siguió su camino y se tropezó con un *zorro* y el zorro fue pesimista, desalentándolo en su búsqueda porque ya no era posible alcanzar a Cavillaca. *Coniraya*, entonces, lo condenó a ser perseguido por los hombres.

Más adelante halló un *gavilán* o *halcón*, el cual le dijo que estaba muy cerca de la señora Cavillaca, por lo que *Coniraya* lo premió asegurándole los mejores alimentos.

Finalmente, unos *papagayos* le dijeron que la persecución era inútil porque Cavillaca estaba muy lejos. El los castigó, condenándolos a gritar siempre.

Cuando *Coniraya* llegó al mar, ya era tarde, porque "halló vuelta en piedra y dentro de la agua a Cavillaca y su hijo".

Coniraya se dirigió, entonces, por la playa, a Pachacámac, encontrando en el camino dos mozas, hijas de Pachacámac, muy hermosas, a quienes protegía una enorme serpiente porque *su madre estaba en el mar*, visitando a la recién llegada Cavillaca. Con su poder, *Coniraya* paralizó a la serpiente y "tuvo parte con la hermana mayor", pero cuando quiso hacer lo mismo con la otra, ésta se transformó en paloma, por lo que la madre, desde ese momento, se llamó *Urpayhuachac* (Urpi Huachac), "que es como decir madre de palomas".

En ese tiempo, *no había en el mar pez alguno* sino que *Urpayhuachac* los tenía en un criadero o estanque. Disgustado *Coniraya* por la visita que *Urpayhuachac* había hecho a Cavillaca, "*le vació el estanque de peces a la mar... y de allí se han criado todos los que hay ahora*".

El relato termina con el retorno de Coniraya, después de su infructuosa persecución de la princesa y triste aventura, a la sierra, a las alturas de Huarochirí, de donde había bajado. Dice en su parte final:

Urpayhuachac, encolerizada por lo que había hecho Coniraya *vaciando su estanque de peces al mar*, quiso vengarse, llamándolo. Le propuso expulgarle y peinarlo como ardid, para en un descuido, arrojarlo a las peñas. Pero, Coniraya, con su enorme poder, descubrió la intención de la madre de las mozas, y le pidió permiso para ir a hacer una "necesidad del vientre". Al verse libre, escapó a las sierras de Huarochirí, de las que había bajado¹³⁸.

EL MAR REBOSANTE Y LA LEYENDA DEL DILUVIO

Los cronistas españoles de los primeros tiempos, recogieron de los indios referencias sobre el *diluvio* y del fenómeno concomitante de la subida del nivel de las aguas del mar. "Conformaban todas las naciones deste reino del Perú en confesar —dice Cobo—... que hubo un *diluvio general* en que todos los hombres perecieron, excepto algunos pocos, que... se salvaron para restaurar el mundo... En lo cual hablan *muy confusamente*, no distinguiendo la creación del mundo de su reparación después de pasado el diluvio. Porque si bien algunos cuentan *la creación primero que el diluvio*, los más la confunden con él y con la reparación que se le siguió, y empiezan el origen y principio de los hombres por los que salvaron de las aguas del diluvio..."¹³⁹.

Sarmiento de Gamboa hace una *referencia específica al mar*, diciendo que subió de nivel en tal medida que se tragó la tierra y muchos hombres perecieron, devorados por el desborde de las aguas. En el principio —cuenta—, "antes que el mundo fuese criado", era *Viracocha*, es decir, sólo existía Viracocha. Primero creó el mundo, "oscuro y sin sol ni luna ni estrellas". Por eso, se le llamó *Viracocha Pachayachachic*, que quiere significar *Criador de todas las cosas*. Después, creó hombres gigantes, a quienes más tarde resolvió aniquilar. Finalmente, "crió los hombres a su semejanza, como los que agora son. Y vivían en oscuridad".

Mandó Viracocha a estos hombres que le obedeciesen y acataran el precepto emanado de su divina voluntad; pero, naciendo "vicios de soberbia y codicia", se rebelaron. Entonces, Viracocha "los confundió y maldijo". Y "unos fueron convertidos en piedras y otros en otras formas, a otros tragó la tierra y a otros *el mar*", y sobre todos cayó un *diluvio general*, al cual llaman *Uno Pachacuti*, que quiere decir "agua que transtornó la tierra". Llovió durante sesenta días y *el mar se salió*, devorándolo todo¹⁴⁰.

Agrega Sarmiento a su relato, la leyenda del *cerro Guasano*, que dice que en el pueblo de *Tumibamba*, de la provincia de Quito, país de los indios *cañares*, las gentes se salvaron de la *salida del mar* y del *diluvio* al flotar sobre las aguas el cerro llamado Guasano, al que habían subido los hermanos *Ataorupagui* y *Cusicayo*. Vueltas las aguas a su nivel normal, los citados hermanos cultivaron la tierra y tuvieron descendencia en dos doncellas que el hacedor Viracocha les envió. Uno de los hermanos murió y de la otra pareja salieron los actuales indios cañares.

Abundan los datos al respecto, y las diferencias son mínimas entre una versión y otra. "Dicen —refiere López de Gómara—... que llovió tanto una vez, que anegó todas las tierras bajas y todos los hombres, excepto los que cupieron en algunas cuevas de unas sierras muy altas, cuyas puertas pequeñas taparon de forma que no les entrase el agua metiendo dentro muchas provisiones y animales. Cuando no sintieron llover, echaron fuera dos perros, y como regresaron limpios, aunque mojados, comprendieron que las aguas no habían menguado. Echaron después más perros, y como regresaron enlodados y enjutos, comprendieron que había cesado, y salieron a poblar la tierra..."¹⁴¹.

El diluvio con la consiguiente entrada de las aguas del mar, avasallando las tierras, aun las más altas y mejor protegidas, causó la muerte general de la humanidad. "Dicen los indios que cuando con el diluvio se acabó la gente . . ." ¹⁴². Pero, por orden de Viracocha, se produjo una segunda creación, partiendo de una pareja supérstite, milagrosamente salvada de las aguas del mar: ". . . y tuvieron gran noticia del diluvio, y dicen que en él perecieron todas las gentes y todas las cosas creadas, de tal manera que las aguas subieron sobre los más altos cerros que en el mundo habían; de suerte que no quedó cosa viva, *excepto un hombre y una mujer*, que quedaron en una caja de un atambor; y que al tiempo que se recogieron las aguas, el viento echó a estos en Tiahuanaco . . . y que allí, en Tiahuanaco, el hacedor empezó a hacer las gentes y naciones que en esta tierra hay . . . haciendo de barro cada nación. . ." ¹⁴³. Igual está expresado en Herrera: "Otros de las serranías afirmaban que todos acabaron en el diluvio, *salvándose en una balsa* seis personas que procrearon todos los demás de aquella tierra"¹⁴⁴.

El P. Juan de Velasco incide en iguales conceptos, poniendo a los sobrevivientes en una isla del Lago Titicaca¹⁴⁵; y Melchor de Oviedo, en su *Testimonio auténtico de una idolatría muy sutil*, de 1656, refiere la leyenda de los indios de la región de Conchucos y Huamalíes, que dice que a consecuencia de las *lluvias torrenciales* y de la inundación consiguiente (con la incontenible *invasión de las aguas del mar*), se ahogaron todos los habitantes de las tierras bajas y se salvaron únicamente los de las tierras altas, especialmente los de los cerros que se refu-

giaron en cuevas, que fueron más tarde *pacarinas*. Cuando la inundación pasó, salieron de las cuevas o *pacarinas* los hombres en ellas refugiados y volvieron a poblar la faz de la tierra. El renacimiento de la humanidad está ligado en esta leyenda a la aparición de un gigante llamado *Huari*, el cual orientó la vida de los nuevos pueblos y ordenó sabias medidas de policía y gobierno¹⁴⁶.

Pero, las más claras referencias a la *invasión del continente por las aguas del mar*, aparecen en Avila y Herrera: invasión, no se puede precisar, si de *tipo diluvial*, por copiosísima precipitación del cielo, como rezan todas las leyendas sobre el diluvio, o de *tipo sísmico*, por maremoto o *tsunami*.

La versión de Avila dice que, antes de la desaparición del Sol, que cuentan los indios, *el mar inundó toda la tierra*, y sólo se salvaron un hombre y unos pocos animales.

Detalla la leyenda que un indio estaba con su llama en un lugar con abundante hierba, pero el animal no comía y, por el contrario, gemía.

El indio, que acababa de comer un *choclo*, le tiró con la coronta y le dijo:

—“Pero, ¿por qué no comes y estás gimiendo? ¿No te he puesto donde hay buena hierba?”.

A lo que la llama le respondió.

—“Loco, ¿qué sabes tu o qué piensas? Entiende que no sin mucha causa estoy triste, la cual es a saber, que *dentro de cinco días ha de reventar y crecer la mar y ha de cubrir toda la tierra y asolar cuanto hay en ella*”¹⁴⁷.

El indio, asombrado, preguntó a la llama:

—“Pues, ¿qué remedio podremos tener o dónde nos salvaremos?”.

La llama le dijo, entonces, que huyeran a la cumbre del cerro *Villcacoto*, que está entre la doctrina de San Damián y San Jerónimo de Surco, llevando comida para cinco días, “porque allí se habían de salvar”.

En la cumbre, el indio, con su llama, “halló ya juntos muchos y diversos animales y aves; y en llegando este indio con su llama, al momento *reventó la mar*, vino subiendo la agua y fue hinchando los valles cubriendo los más altos montes de manera que estándolo todos, solamente la cumbre de este *Villcacoto* no lo estuvo”.

Durante cinco días, la cumbre del *Villcacoto* estuvo llena de animales apretujados. Como el agua crecía por momentos, algunos animales se mojaban. Así le ocurrió a la zorra, la cual movía la cola en las olas, razón por la cual tiene la punta de la misma negra.

“Y al cabo de los cinco días, fueron bajándose las aguas y *la mar se volvió a su lugar* y aun más bajo y así quedó toda la

tierra sin gente con solo el indio referido, de donde dicen que procedió luego la gente que hasta ahora hay" ("lo cual —comenta Avila— es un notable disparate, pues no dicen que quedó mujer dél, sino es que ya quisieran decir que se ayuntó con algún demonio...")¹⁴⁸.

Aunque el relato está contenido en el capítulo que lleva por epígrafe *De un diluvio que dicen que hubo...*, no se habla, en verdad, de diluvio en la forma acostumbrada, de agua caída torrencialmente del cielo. El fenómeno parece ser exclusivamente *marítimo*, de *mar que revienta y crece* e invade todas las tierras, hinchando los valles y amagando, incluso, las cumbres más empinadas, menos una, la del referido cerro Villcacoto. Comentando la leyenda, Valcárcel dice: "*el mar se desbordó y el mundo quedó cubierto de las aguas, menos la cima del Huilca-catu*"¹⁴⁹.

Esta es la única versión en la que se presenta un fenómeno de *transgresión marina* (imposible en la realidad) sin el concomitante del diluvio del cielo.

En Herrera también hay una interesante —por lo concreta— referencia a la entrada de las aguas del mar al continente, en gran escala, pero acompañada de lluvia diluvial: "Decían los indios más viejos —cuenta el historiador— por tradición de sus mayores, que muchos años antes que hubiese Ingas, estando toda aquella tierra muy poblada de gente, *hubo tan gran diluvio, que la mar salió de sus límites, y la tierra se cubrió de agua, y pereció toda la gente; y sobre esto, dicen los guancas, habitantes del valle de Jauja, y los de Chucuito, en el Collao, que en las cuevas, y concavidades de las sierras más altas, quedaron algunos que volvieron a poblar la tierra*"¹⁵⁰.

UN MITO CULTURAL DE LA COSTA NORTE RELACIONADO CON EL MAR

Rebeca Carrión Cachot, que fuera directora del Museo Nacional de Antropología y Arqueología después de la muerte de su maestro, el sabio Tello, y que contribuyera al desarrollo de su ciencia con valiosos trabajos, truncándose su fecunda vida en forma prematura, reveló en un trabajo de 1953 la existencia de un mito cultural en la costa Norte del Perú, extendido hasta el Ecuador, del que es personaje principal una deidad ornitomorfa humanizada y de rasgos femeninos, de proyección astral dirigida a la Luna y *estrechamente relacionada con el mar*.

El hallazgo lo hizo Rebeca Carrión merced al examen de las obras de arte, correspondientes al área comprendida entre Manabí, en el Ecuador, y Pachacámac (la que tiene, subrayó, *completa unidad cultural*). Constató que el mito cubría princi-

palmente el área arqueológica del *Gran Chimú* y que se daba, ostensible, en todas las manifestaciones del arte: en la cerámica, el tejido, la piedra, la orfebrería, etc.

A continuación, una síntesis del mito, con sus elementos y características.

Hay un dios principal, *ornitomorfo*. Se trata, mejor, de un *ave humanizada, de sexo femenino*. Aparece rodeada de varios seres auxiliares, de los que más adelante se hablará.

El mito "debe rememorar —dice Rebeca Carrión— un importante acontecimiento o algún fenómeno natural de honda repercusión"¹⁵¹. Si fue un acontecimiento relacionado a la vida de los hombres y al acaecer histórico de las culturas de aquel tiempo, podría ser el episodio de un desembarco, vale decir, la llegada de gentes extrañas a las costas de los actuales departamentos de Lambayeque o La Libertad. Si fue un fenómeno natural, podría ser la entrada inusitada de aguas cálidas al litoral por penetración extraordinaria de la *Contracorriente ecuatorial* apoyando a la mal llamada *Corriente del Niño*. Relacionando el mito representado en el arte con las leyendas recogidas por los cronistas (de las que se trata en el siguiente capítulo), "podría suponerse —dice la Carrión— que rememora una *inmigración cultural* de origen ecuatoriano o chibcha, o un *fenómeno marino*". La inmigración podría ser la de *Naimlap*, el caudillo que, al frente de una gran flota de balsas, llega a la boca del río *Faquisllanga*, y allí desembarca, fundando una dinastía que se prolonga por tiempo considerable hasta la conquista de los señores de Chan Chán, anterior a la de los Incas.

Las dos posibilidades tienen sus correspondientes puntos de apoyo. La primera, por ejemplo, de la *inmigración cultural*, se ampara en la existencia de objetos "propios de un pueblo del Norte", como tembetas, tarugos, piezas labiales, orejeras de concheperla, vestidos con plumas de aves tropicales. La otra posibilidad, la de un *fenómeno natural*, se apoya en el hecho, plenamente probado, de la penetración periódica, con gran trastorno biológico y probable trastorno climático¹⁵², de la llamada *Corriente del Niño*. Además, *la divinidad del mito siempre aparece asociada al mar*, a través de piezas de hondo significado mágico, que fueron apreciadísimas en lo comercial y en lo artístico y que no se daban en el Perú sino que era necesario importarlas de Centroamérica: el caracol *Strombus*, la concha *Spondylus*, las madreperlas, etc. "En muchas representaciones, el dios [del mito] emerge de dichas conchas como espíritu protector; en otras, preside *flotillas de balsas* o realiza personalmente la pesca del tiburón, de la manta y de otros seres que son extraños a las aguas de la *Corriente de Humboldt*"¹⁵³.

Las características de la representación se repiten en todas las piezas de arte, configurando un tipo definido. La divinidad

del mito "afecta figura francamente femenina, con senos y sexo bien marcados", pero con *pequeñas alas en lugar de brazos* y un *amplio tocado*.

La figura humana está, pues, profundamente *ornitomorfozada*. Tanto, que puede decirse que el arquetipo del dios, la figura originaria que ha producido, por yuxtaposición de elementos, aquel ser ambivalente es el *ave*. Se trata, entonces, de un *ave antropomorfozada*, con franca afectación femenina (por los signos sexuales: mamas y genital), más que una figura humana ornitomorfozada; como se dijo antes. El resultado de la fusión podría ser el mismo, pero interesa darle a la figura su verdadero punto de partida para un buen resultado en la interpretación del mito.

La constante *ave antropomorfozada*, con los mismos elementos y las mismas piezas asociadas, se da a casi todo lo largo de la costa Norte: en Chimú, Batán Grande (Lambayeque), Ancón (con rasgos muy acusados y extendidos), en Chincha. Es una representación, por lo tanto, fuera de toda duda, *pancosteña. en ningún caso desvinculada del mar*.

Esto último es de fácil comprobación: la imagen de la deidad aparece asociada al *mar*, a las *conchas marinas de origen tropical* (lo cual es muy significativo para la tesis de un arribo procedente del Norte), a la *pesca*, "y principalmente a las *islas del litoral*, que eran la *residencia habitual de la deidad*"¹⁵⁴.

El dios del mito residía en las *islas guaneras*. En ellas —lo sabemos por el testimonio directo de los cronistas y por la arqueología— había adoratorios espléndidos y crecido personal dedicado al culto, para cuya subsistencia salían continuamente de la costa embarcaciones (balsas de totora y de troncos) llevando agua y provisiones. Por Xerez sabemos que Pizarro halló en la isla de La Plata, frente al litoral de Manabí, un bellissimo adoratorio "con la imagen de una diosa femenina con un niño en brazos y muchas ofrendas de oro y plata". "Debe ser la misma deidad del mito" —dice Rebeca Carrión—. Referencias similares, de otros cronistas, hay de las islas Santa Clara, Puná, San Lorenzo, etc. Pero, la arqueología ha abierto aún más la ventana que da al pasado y mostrado la esplendidez del culto a las divinidades marinas en las numerosas islas que se extienden como un rosario rocoso a lo largo del litoral peruano. De Dorsey a Estrada, sobre más de medio siglo, la investigación en la importante isla de La Plata se ha incrementado con valiosos datos, que han venido a confirmar todas las referencias contenidas en la literatura histórica del siglo de la Conquista. Uhle, primero, y después Tello y su discípula, Rebeca Carrión, trabajaron, también, con la arqueología insular, con resultados óptimos, determinando la existencia de un *culto especial en las islas*, relacionado con el *guano*, la *pesca*, la *caza del lobo marino* y otros animales de la *fauna oceánica*, y tributado a deidades distintas a las de la Costa,

también *profundamente relacionadas con el mar*. Un estudio del sabio Tello sobre *Las Islas del Litoral*, conteniendo datos históricos abundantes, relación de los trabajos arqueológicos cumplidos en tales islas e importantes conclusiones sobre las prácticas del culto, los sacrificios, la entrega de ofrendas y la pesquería con fines litúrgicos, se encuentra, por desgracia, empaquetado en el "Archivo Tello" desde la muerte del afamado arqueólogo, ocurrido en junio de 1947, lejos de las posibilidades de consulta por los estudiosos y, al mismo tiempo, cada vez más alejado de su publicación¹⁵⁵.

En la cerámica hay innúmeras representaciones de *islas pobladas por aves guaneras y lobos marinos, con adoratorios vigilados estrictamente por guardianes*. Baessler dejó un repositorio completo sobre la materia, que confirma la persistencia del tema marino en general, e insular y pesquero en particular, en el arte de los antiguos pueblos de la Costa¹⁵⁶.

Es probable —y la secuencia ceramográfica, parcialmente compuesta, parece así enseñarlo— que, inicialmente, la representación de la deidad del mito fuera el ave, exclusivamente el ave, sin mixtificación alguna y sin agregados extraños. Siguió, entonces, un proceso de *evolución hacia la humanización femenina* con: *alas* en lugar de brazos; *copete de plumas* que al final se transforma en "un vistoso tocado de forma *semilunar*"¹⁵⁷; *ojos rasgados*; *rostro pintado* y *cuerpo salpicado de manchas perladas*.

El "*vistoso tocado de forma semilunar*" tiene importancia. No es un capricho de ornamentación sino, indudablemente, un *símbolo astral*. La identificación de la deidad del mito que vive en las islas, es con la *luna*; por consiguiente, trátase, dentro de la concepción religiosa y cosmogónica, de una *deidad lunar*; en otros términos, de un culto cuya proyección es la *Luna*, llamada en el idioma de los pueblos del norte de la Costa, *Shi*. El cuadro general de entroncamiento es, entonces, el siguiente:

1) *Ave*. En el origen, un ave: o un *ave nocturna*, no identificada, o un *ave tropical*, gaviota por ejemplo, aparecida inusitadamente con una entrada catastrófica de la Corriente del Niño o de la Contracorriente Ecuatorial. En todo caso, un ave extraña, jamás antes vista en la comunidad alada de la región norte de la Costa. Llega como misterioso heraldo y porta un mensaje relacionado con gran mortandad de otras aves, probables lluvias torrenciales e inundaciones. Quizá, también —porque, cabe suponer, fueron hechos concomitantes, todos relacionados y dependientes—, llega con un grupo migratorio de hombres de elevada cultura, al frente del cual había un Naimlap, por emplear el nombre del héroe de la leyenda transmitida por Cabello de Balboa.

2) *Ave humanizada*. El ave toma *atributos humanos*, se antropomorfiza pero conservando las alas en vez de tomar de la figura humana los brazos. Además, es un proceso hacia la figura humana *femenina*, con senos y genital de mujer. De esta combinación o fusión de elementos, surge una.

3) *Figura humana, femenina, con elementos ornitomorfos*. La transposición es clara. La evolución de la figura llega al extremo de diluir el arquetipo ornitomorfo —ave— en la forma humana —mujer—.

4) *Elementos marinos*. Pero, la figura resultante de la fusión no aparece sola sino que incorpora *elementos marinos, de procedencia tropical*, como balsas, conchas, algunos peces, algunas aves y escenas de pesca.

5) Finalmente, *la composición se proyecta a la Luna*, y el símbolo de la proyección astral está en el *tocado*, que es de forma como ya se dijo, *semilunar*.

Las composiciones representativas de esta deidad aparecen, además *vinculadas al mar*. Es el *ave humanizada*, de sexo femenino, siempre "*asociada al mundo misterioso del mar, a los animales y, especialmente, a los moluscos marinos*". Con la deidad aparecen: aves guaneras, lobos marinos, embarcaciones (balsas de distinto tipo), flotillas de balsas de totora con sus tripulantes en quehaceres de pesca o extracción de conchas, escenas de pesquería de perlas, escenas de pesca de tiburón o manta, islas colmadas de aves y lobos marinos, adoratorios y templos, conchas tropicales, etc. El *leitmotiv* es el *mar tropical*; no el mar común de aguas frías, propio de la Corriente Peruana, sino el extraño de las bajas latitudes.

Examinando los testimonios arqueológicos, Rebeca Carrión encontró la presencia de este mito tanto en el arte mobiliario como en la arquitectura. Está, por ejemplo, en la cerámica (con la mayor frecuencia), en la metalística, en el arte textil (que tan notables exponentes tiene al tiempo que tan claros), y está, igualmente, en los relieves arquitectónicos de la gran ciudad de Chan Chán y en los muros profusamente decorados de la huaca llamada *El Dragón*, también cerca de Trujillo.

La *proyección lunar* de este culto tiene comprobaciones toponímicas. En efecto: la raíz *shi* (luna) aparece en muchos nombres de lugares y ciudades. De la lista hecha por Rebeca Carrión, extraemos los siguientes nombres: *Chan Chan* es *Shi-an Shi-an*; Chot, el templo de la leyenda de Naimlap, es *Shi-ot*; *Cium*, el sucesor del rey Naimlap en la misma leyenda, contada por Cabello de Balboa, es *Shi-um*; *Sigar*, la mujer de Guayanay en la leyenda del quipocamayó Catari, que narra Anello Oliva, es *Shi-gar*; *Chimú*, el nombre de la gran confederación en la costa Norte que unificó a los pueblos de aquella parte y que más tarde cayó dominado por los incas, es *Shi-mu*; en Casma hubo un tem-

Tres personajes (pintados por el artista mochica en un vaso que hoy pertenece al Museo de París) se unen en una misma escena mitológica: el principal es el de la derecha cuyo mayor distintivo es un cinturón de serpiente. Está sentado en un trono y mientras con una mano sostiene a su adversario —el demonio-pepe, vencido y agonizante—, con la otra levanta un cuchillo, que es, a la vez, látigo para azotar. La víctima, el demonio-pepe anguiliforme, se retuerce y en la desesperación llega a blandir su cuchillo, pero en vano. La escena se completa con la presencia, a la izquierda, de un demonio-lagarto, en actitud que puede ser de súplica o adoración. Lleva un tocado que representa al cóndor. (Tomado de Gerdt Kutscher, *Chimú Eine Altindianische Hochkultur*. Berlin, 1950, Gebr. Mann Verlag. Reproducción autorizada).





plo, que se llamó *Chimú Cápac*, en realidad *Shi-mú Cápac*; el nombre aborigen, a la llegada de los españoles, de la isla de San Lorenzo, frente al Callao, fue *Shi-almerina*; el nombre *Chincha* deriva de *Shi-incha* y el de *Sangallán* (unas islas frente a la península de Paracas, en el departamento de Ica) deriva de *Shi-ancayán*¹⁵⁸. *Shi* fundamentalmente, tiene que ver con las islas.

Cree Rebeca Carrión, interpretando sagazmente el mito e inspirándose en ideas anteriormente expuestas por su maestro, el sabio Tello, que tras la *divinidad ave humanizada con proyección astral*, está la idea de la *fecundidad*. Por un proceso de idealización —explica—, con símbolos como el ave que poco a poco se *humaniza* y *feminiza*, conservando sólo algunos atributos arquetípicos, el mito llegó a *Shi*, es decir, a la *Luna*, diosa que preside las *faenas del mar*, las *operaciones de pesca*, la *extracción de conchas*, la *navegación*, y que *vive en las islas del litoral* en las que pulula la vida con manifestaciones extraordinarias de riqueza y variedad, y donde hay *guano* que “transforma los campos desérticos en fértiles”¹⁵⁹.

El proceso de idealización termina en estos conceptos básicos: *Shi*, la Luna, significa: *fecundidad, agua vivificante, recursos para la vida, subsistencia asegurada*.

Nada simboliza más la vida que el mar. Sobre los escollos y tormelleras, en los peñascales abruptos que siguen a los promontorios y puntas, y en las islas, las aves se dan cita para, en medio de un ensordecedor fondo de graznidos que se mezcla con el retumbar de las olas en las peñas, pregonar las más tumultuosas manifestaciones de pujanza, de inquietud vital, de pulsación biológica. En las playas, mientras tanto, los lobos completan el cuadro de vida henchida y desbordante; y en las aguas, las comunidades de peces, medusas y mamíferos acuáticos, con los moluscos, los equinodermos y los crustáceos de los fondos, dan al conjunto un aspecto de vitalidad asombrosa, que contrasta con el paisaje próximo de las mismas islas y el lejano de los desiertos costeros, jamás entonados por la lluvia. En las islas, además, el guano se va acumulando en potentes capas, y es una sustancia misteriosa, con poderes increíbles, porque devuelve la vida y la capacidad productora a los campos cansados. El guano revitaliza.

Por las noches, a la luz de la luna —la protectora *Shi*—, los pescadores van en sus balsas y *caballitos de totora* a buscar el alimento entre las aguas y lo hallan abundante y variado, en cantidades ilimitadas. Los peces, por influjo de la diosa, parece que salieran al encuentro del hombre, que los atrapa para subsistir, porque con los productos de la tierra no basta.

Cuando la luna está en menguante y se pone en el horizonte limpio de nubes, es un dorado *caballito de totora*, como el de

los hombres que todos los días salen a la mar. Semeja un caballito inmenso, de extremos arrufados lindamente en punta. Su color, incluso, es el de la totora seca, aquella inmejorable que flota que es una maravilla.

La luna, entonces, es un *caballito*, que baja periódicamente llevando a la diosa para que ella también suelte sus cordeles. Nunca que ello ocurra habrá hambre y los hombres vivirán felices, gozando de la abundancia del prodigo mar.

OTROS MITOS Y LEYENDAS RELIGIOSAS TOCANTES AL MAR

Las leyendas religiosas y la mitología se enriquecen con otros relatos, en los que, de una manera u otra, el mar está presente, indicando esta persistencia el valor que para los antiguos peruanos tenía ese medio líquido, imponente y abrumador, lleno de misterio, insondable y ligado a la existencia de los dioses y al destino de la humana criatura.

La creación del hombre está ligada al mar en la versión recogida por Fray Gregorio García, el de ese monumental y archierudito acopio indiscriminado que se titula *Origen de los Indios*, y transcrita por el P. Antonio de la Calancha en su *Corónica Moralizada*, de 1639. Según esta versión, "el señor que los crió [a los indios] había venido del Septentrión. Los más bárbaros, dicen que los produjo la tierra; otros que el mar, y otros que los montes. . .". La idea contenida en este relato mitológico, se relaciona con la expresada en otros textos, según la cual *el mar creó seres despreciables, ruines, malvados, engendrados para hacer el daño*.

En Cobo hay indicación de que el hacedor del mundo, de las cosas y de los hombres vino del Norte también, como en el relato anterior, y *por mar*: "Los indios de las provincias de Quito refieren que vino el hacedor *por el mar*, del Norte, y que atravesó toda esta tierra criando hombres, repartiendo provincias y distribuyendo lenguajes. . ." ¹⁶⁰.

Tocapo Viracocha, uno de los hijos del supremo hacedor, recibe encargo de éste de adoctrinar a los pueblos rústicos de la Costa y, en cumplimiento de su misión, tras recorrer de un extremo a otro los *llanos*, llega al mar, donde concluye su tarea, elevándose al cielo. El fue el apóstol de las provincias marítimas, en tanto que su hermano lo fue de las andinas. La fábula la recogió Cristóbal de Molina, *el Cusqueño*, y cuenta que el hacedor tuvo dos hijos, "que al uno llamaron *Imaymana Viracocha* y al otro *Tocapo Viracocha*" ¹⁶¹. Había llegado el supremo hacedor —llamado por unos indios *Pachayachachic* y, por otros, *Tecsi Viracocha*— por el camino de la Sierra y dirigióse a *Tiahua-*

naco, lugar por él escogido para la creación. Cumplida la creación de todos los seres vivos y cosas de la naturaleza y tras castigar a unos hombres rebeldes a quienes, por su altanería, convirtió en piedra en Tiahuanaco, Pucara y Jauja, y echar fuego del cielo en Pucara, también por alzamiento de las malas criaturas, el supremo hacedor dispuso que sus dos hijos saliesen por diversos caminos para enseñar normas de gobierno a los pueblos y aplicasen nombres a las cosas que estaban todavía innominadas. Uno, *Imaymana Viracocha*, "en cuyo poder y mano están todas las cosas", partió por el camino de los Andes y montañas; el otro, *Tocapa Viracocha*, "que quiere decir en su lengua, hacedor, en que se incluye todas las cosas"¹⁶², "fué por el camino de los llanos, visitando las gentes y poniendo nombre a los ríos y árboles que en ellos hubiese, y dándoles sus frutos y flores por la orden dicha...". Así, cumpliendo la orden de su padre, descendió hasta lo más bajo de la tierra, *hasta llegar a la mar*, y de allí subió al cielo "después de haber acabado de hacer lo que había en la tierra".

El mar, ya se ha dicho, al par que residencia de Viracocha fue, también, averno, depósito de todas las inmundicias del cuerpo y del alma, repositorio de pecados, maldades y pestilencias. Entre las peores penas para el adulterio, por ejemplo —se contaba, según ya se vio también—, la infamante por ahogamiento. En la mitología, *Pariacaca castiga a los hombres soberbios e impostores arrojándolos al mar*. Lo cuenta Francisco de Avila así: cinco seres creados por *Pariacaca*, divinidad de las sierras de Huarochirí, que andaban por el mundo con gran arrogancia, considerándose dioses y exigiendo a los humildes adoración, fueron castigados por el propio *Pariacaca*. Para ello, *Pariacaca se convirtió en lluvia* y con ella, cayendo torrencialmente, *arrojó al mar* a los arrogantes impostores con todos sus bienes.

La composición mitológica, como en otros casos, tiene aquí una base real acertadamente escogida. Las lluvias torrenciales que caen en la Sierra originan huaicos y aluviones, que arrasan los campos y la obra humana —y también, naturalmente, los nidos de iniquidades y vicios, las aberraciones y *torres de Babel*— y no paran hasta el mar. Alguna tremenda catástrofe seguramente se esconde en el relato recogido por el extirpador de idolatrías Avila.

Otra vez, *Pariacaca* quiso dejar limpio el gran árbol llamado *Pullau*, en cuya copa inmensa vivían monos y aves de toda especie, y para cumplir su propósito igualmente *arrojó al mar* a dichos animales, no salvándose uno solo¹⁶³.

Otra fábula trae el mismo Avila, en su *Tratado y Relación*, de 1608, sobre un monstruo celeste que *bebe el agua del mar* en tal cantidad que la tierra se libra de quedar inundada. Cuenta la mentada fábula que en el cielo existe una constelación nom-

brada *Yacana*, la cual aparece en forma de un largo pescuezo con dos ojazos. Esta *Yacana* tiene vida y baja frecuentemente a la Tierra para hacer el bien, auxiliar a los pobres por ejemplo. *Yacana*, a media noche y a escondidas de todos, estira su pescuezo, que es descomunal, y *bebe una gran cantidad de agua del mar*, gracias a lo cual la tierra no es inundada y los hombres pueden vivir en ella tranquilos, sin peligro¹⁶⁴.

En la mitología incaica, extrañamente como en la hebrea, el *arco iris* indica que *ya no más saldrá de su cuenca el mar* ni habrá diluvio general. Este concepto está contenido en la leyenda sobre el origen de los Incas, que relata Sarmiento de Gamboa: del cerro *Tambotoco* ("casa de ventanas"), en *Pacari-tambo*, salen de una de las ventanas, llamada *Cápac Toco* (o "ventana mayor"), "cuatro hombres y cuatro mujeres, que se llamaron hermanos": *Mango Cápac* con *Mama Ocllo*, *Ayar Auca* con *Mama Guaco*, *Ayar Cache* con *Mama Ipacura* y *Ayar Uchu* con *Mama Raura*. Creados por *Viracocha*, salen en busca de "tierras fértiles", "llevando consigo sus haciendas, servicios y armas. . .". Después de muchas vicisitudes, en el "cerro que está a dos leguas del Cusco" vieron el *arco iris*, "al cual los naturales llaman *Guanacauri*", y *Mango Cápac* dijo entonces:

—¡Tened aquello por señal que no será el mundo más destruido por agua!".

Siguieron otros sucesos y, finalmente, la fundación del Cusco por *Manco Cápac*, el único hermano sobreviviente de la aventura¹⁶⁵.

CON, CONS Y TUNUPA

Personaje parecido a *Viracocha*, o de la misma raíz o, quizá, como quieren algunos autores, *Viracocha mismo* con otro nombre, es el *Con* de López de Gómara. Es un creador de grandes poderes y facultades pero que, al enfrentarse con *Pachacámac*, pierde y toda su obra es destruida o dañada. *Con* viene del Norte, y *Tschudi*, en su estudio sobre *Wirakotsa*, lo hace *llegar por mar*. Dice el sabio suizo: "Procedente del Norte, y *por el mar*, llegó un ser que no tenía huesos ni carne", con forma humana sin embargo, o humanizado, el cual creó el mundo y lo pobló de plantas, animales y hombres. Pero, los hombres lo ofendieron, y él los castigó convirtiendo en árida toda la costa¹⁶⁶.

López de Gómara dice que "andaba mucho y ligero, y acortaba el camino bajando las sierras y alzando los valles solamente con la voluntad y su palabra, como hijo del sol que decía ser". Enojado con los hombres, "volvió la buena tierra que les había dado en arenales secos y estériles, como son los de la costa, y les quitó la lluvia, pues nunca más desde entonces volvió a

llover allí. Les dejó solamente los ríos, por piedad, para que se mantuviesen con regadío y trabajo". Después —sigue el relato, que en la parte reproducida tiene un tono bíblico de condena, como en el *Génesis*—, "sobrevino *Pachacama*, hijo también del sol y de la luna, que significa criador, y desterró a *Con*, y convirtió sus hombres en gatos, por lo cual algunos negros tienen gesto de tales; tras de lo cual crió él de nuevo a hombres y mujeres, como son ahora, y los proveyó de cuantas cosas tienen. . . Por agradecimiento a tales mercedes le tomaron por dios, y por tal lo tuvieron y honraron en *Pachacama*. . . (en el templo que estaba cerca de Lima . . .)"¹⁶⁷.

Pachacámac enfrentó a *Con* llegando del Sur, por tierra. El mito que trae Gómara puede, pues, indicar dos corrientes civilizadoras, dos movimientos de pueblos: uno, representado por *Con*, que llega del Norte, principalmente *por mar* (aunque luego avanza por tierra nivelando montes y quebradas por su sola voluntad y palabra); y, otro, representado por *Pachacámac*, que llega del Sur y por tierra. El grupo meridional y terrestre habría ganado en la confrontación de fuerzas, quedándose en el país.

Tschudi agrega, en base a otras fuentes, que, según la tradición *chimú*, *Con* dio leyes de buen gobierno y ordenó a los hombres; mas, como éstos no acataron sus leyes y se rebelaron inicuamente, *avanzó por el Norte* y llegó a la *provincia de Manta*, abandonado la tierra que había escogido para su programa civilizador y de adoctrinamiento. Allí, en *Manta*, *llegó a la orilla del mar*, tendió su manto sobre las aguas y *en el manto se embarcaron él y sus acompañantes*, desapareciendo¹⁶⁸.

En este agregado *chimú* está, fuera de duda, *Viracocha*, el *Viracocha* de los otros relatos que baja de la Sierra para embarcarse en *Manta* tras un peregrinaje extenso de apostolado.

Parecido al mito de Gómara es el de Gutiérrez de Santa Clara. "Cuentan los indios muy viejos. . . que lo oyeron de sus antepasados, que el primer dios que hubo en la tierra fue llamado *Cons*, el cual formó el cielo, sol, la luna, estrellas y la tierra, con todos los animales y todo lo demás que hay en ella. . . y formó con su resuello todos los indios y los animales terrestres y aves celestes y muchos árboles y plantas. . . Y que después desto *se fué a la mar* y que *anduvo a pie enjuto sobre ella*, y sobre los ríos, y que *crió todos los peces que hay*, con sola su palabra, y que hizo otras cosas maravillosas, que después se fué de esta tierra y se subió al cielo"¹⁶⁹.

Mucho tiempo después, llegó a la tierra *otro dios*, "más poderoso que *Cons*", "llamado *Pachacamac*, que quiere decir *hacedor del mundo o reformador*", el cual destruyó todo lo que había hecho *Cons*. A los indios que *Cons* había creado "los convirtió en simios y monas, y los envió a vivir a los Andes y a los valles que hay por allí". Pero, misericordioso, *Pachacámac* creó a otros

hombres "y muchas indias muy hermosas", "así en la serranía como en los llanos". Los que poblaron la serranía, hallaron una tierra "fresca", *por haber salido recién del diluvio*¹⁷⁰.

Como Gómara, Gutiérrez de Santa Clara presenta una versión mitológica caracterizada por dos dioses, que actúan sucesivamente y que, en su ingreso o salida del escenario, tienen que ver *con el mar*. Consecuentemente, hay dos creaciones: *Con* o *Cons* trabaja la primera; *Pachacámac*, la segunda, que se torna definitiva. Habiéndose retirado ambos, el Sol y la Luna —presentes todos los días— quedaron como principales, mas no en calidad de creadores.

Sobre varias fuentes, Valcárcel ha estudiado a otro personaje mítico de gran importancia, que tiene muchos puntos de contacto con los anteriores. Es *Tunupa*, "sabio señor", hacedor de milagros y maravillas, predicador de una nueva doctrina, santo glorioso que vilmente fue perseguido por el pueblo y desoído.

Es una especie de Viracocha o, probablemente, es *Viracocha mismo*, con otro apelativo.

Sobre este *Tunupa* hay varias tradiciones pero la que refiere Calancha, basado en Betanzos y Gregorio García, es distinta de las demás. Se trata, comenzando por la descripción del personaje, de un hombre de elevada estatura, destacado, vestido de blanco, con halo en la cabeza (lo que, evidentemente, revela la creación parcial del mito por los españoles o, por lo menos, su transformación decorativa con ingredientes cristianos). Llega de Puerto Viejo, *navegando sin barcos ni navío*. Se detiene en Parinacochas, en Collagua y en la región de Arequipa, donde deja una de sus sandalias y, finalmente, pasa a Pachacámac.

Allí, en Pachacámac, *Tunupa* fue apedreado. Entonces, decepcionado, *se internó en el mar, flotando sobre su manto, "como si fuera navío de alto bordo", desapareciendo en alta mar*.

Esta milagrosa retirada *por el mar* dejó asombrados a los pueblos de Pachacámac, los cuales, por tal portento, le reconocieron por dios y le erigieron para su reverencia un fastuoso templo.

El héroe animado de poderes sobrenaturales de este relato mitológico, tiene desde luego, un gran parecido con Viracocha, tanto que puede ser el mismo Viracocha. Su *retirada por el mar* es igual, variando tan sólo de lugar: mientras el Viracocha de Betanzos y Sarmiento sale de la *región de Manta*, este *Tunupa* se lanza milagrosamente sobre las olas de la playa de Lurín, del sitio donde más tarde se alzaría la imponente arquitectura del templo famosísimo, erigido para su reverencia y recuerdo tras la innoble pedrea¹⁷¹.

LAS ISLAS, LUGARES SAGRADOS

Las islas del litoral —pequeñas, cercanas a la costa, desérticas, totalmente desprovistas de agua, en su mayor parte nido de *aves guaneras*—, de cuya importancia económica se trata en capítulo aparte, tuvieron profunda significación religiosa, por islas simplemente y por guardar inmensas cantidades del rico fertilizante que acumulan las aves marinas.

Dos ideas fundamentales, que tuvieron directa gravitación en el alma de los pobladores de la Costa, en sus costumbres y manera de ver el mundo, giraron en torno a ellas: la primera, que eran *lugares sagrados*, dignos, por lo tanto, de veneración, a los que la fe obligaba a ir periódicamente para cumplir con los deberes de la liturgia; la segunda, que eran, al propio tiempo, *tierra de los muertos*, cementerio para el reposo de las almas.

La condición sagrada de las islas procedía, pues, del contacto con determinadas deidades y de la presencia en su seno de cadáveres sepultos. Y en ellas se daba sepultura porque, ya desde antes que los pueblos de la Costa enterraran a sus difuntos, la tierra rodeada de mar era distinta de la del continente, libre de profanaciones, pura, ubicada además en el confín del mundo.

El origen sagrado de las islas está explicado en el mito de *Pachacámac-Vichama*, del que se ha hecho un resumen en párrafos atrás, pero que aquí conviene repetir en aras de una mejor comprensión del tema. Se recordará que, arrepentido Vichama, al vengar la muerte de su madre, de haber convertido en piedra a los caciques y curacas de Végueta que se habían confabulado con el malvado Pachacámac, “y no pudiendo deshacer el castigo”, dispuso, de acuerdo con su padre, el Sol, “dar honra de divinidad a los curacas y caciques, a los nobles y a los valerosos”. Los llevó, entonces, “a las costas y playas de la mar”, y a unos hizo *huacas*, “y a otros puso dentro del mar”, que son las peñas, escollos e islotes, “dándoles títulos de deidad” y disponiendo que se les ofreciese todos los años “hojas de plata, chicha y espinco”.

Textualmente, el relato, que es, como se recordará, de Calancha y se halla en el Capítulo XIX del Libro Segundo de la *Corónica Moralizada*, reza de la siguiente manera:

“El Sol y Vichama (o Villama), no pudiendo deshacer el castigo, quisieron satisfacer el agravio y determinaron dar *honra de divinidad* a los Curacas y Caciques, a los nobles y a los valerosos, y llevándolos a las costas y playas del mar, los dejó a unos para que fuesen adorados por *guacas*, y a otros puso *dentro del mar*, que son los peñoles, escollos o euripos, a quien les diesen títulos de deidad y cada año ofreciesen hoja de plata, chicha y espinco... dando el primer lugar al Curaca *Anat*, que es un *peñol* o *roca*, por ser éste el mayor que entonces era de los hom-

bres (y por esto es hoy el de mayor adoración entre estos indios)¹⁷².

En otra parte del mismo relato fabuloso, se insiste en la adoración que rendían los indios, aun después de la segunda creación, a los islotes y peñones de la costa. Los personajes siguen siendo los mismos. Dice que, viendo Vichama el mundo totalmente despoblado, rogó a su padre, el Sol, que crease nuevos hombres. El Sol, entonces, envió a la tierra *tres huevos*: de uno, que era de *oro*, salieron los curacas, caciques y nobles; de otro, que era de *plata*, salieron las mujeres de los curacas y nobles; y, del tercero, que era de *cobre*, salieron la plebe, los mitayos y las mujeres de éstos. Todos los pueblos de la Costa creían en este acto de creación como si fuese artículo de fe. Creían en él los indios de Huaura, Cupi, Barranca, Aucallama, Huacho, Végueta y de las inmediaciones de Lima, desde Carabaillo hasta Pachacámac, "y todos los pueblos que corren la Costa, al Mediodía, hasta Arica, *que veneran sus peñoles, rocas o escollos*"¹⁷³.

Muchos textos de los siglos XVI y XVII hablan del *carácter sagrado* de las islas del litoral. Así, el famoso documento llamado *de Sámano*, por el nombre del secretario de Carlos V que lo copió (Juan de Sámano) para satisfacer la curiosidad de un personaje de la corte —documento que es, sin duda, de la pluma del cronista Xerez, y que contiene, históricamente, la primera referencia sobre los indios, las costumbres y el poderío del Imperio de los Incas—, al describir el país de donde procedían los tres indios *lenguas* que fueron tomados en la *balsa de los tumbesinos*, dice: "Hay una isla en la mar junto a los pueblos... donde tienen una *casa de oración* hecha a manera de tienda de campo, toldada de muy ricas mantas labradas, adonde tienen una imagen de una mujer con un niño en los brazos, que tiene por nombre *María Meseia*: cuando alguno tiene alguna enfermedad en alguno miembro, hácele un miembro de plata o de oro, y ofrécela, y le sacrifican delante de la imagen ciertas ovejas en ciertos tiempos"¹⁷⁴.

A esta primera referencia sobre el sagrado y ceremonioso uso que se daba a las islas, teniéndolas como lugares reverentes para el culto, se pueden agregar otras noticias de la misma época, como ésta del Padre Las Casas, que dice: "Tenían [los indios] para ellos sus templos en los picos de las Sierras altísimas y asperísimas, y *en la mar dentro de algunas islas*"¹⁷⁵. En otra parte del mismo La Casas, se lee: "En este tiempo, fueron muy religiosos para con sus dioses... A estos servían con gran vigilancia... mayormente los habitantes de la Sierra y los que cerca de la mar moraban... Los de la Costa, que comúnmente suelen ser *pescadores*, porque les deparasen buenos lances del pescado y los guardasen de los *peligros del mar*; por lo cual tenían sus templos en ciertas isletas"¹⁷⁶.

Durante el imperio parece que se acentuó el carácter sagrado de las islas porque hay indicaciones especiales, en Montesinos por ejemplo, como se verá en seguida, en el sentido de declarar, explícitamente, como adoratorios de gran importancia algunas de ellas. Así, hablando del emperador que él denomina *Huira Cocha* y que, como se demuestra en otra parte, es Túpac Inca Yupanqui —el gran conquistador de los mares del Norte y el sujetador de todos los pueblos de la costa ecuatoriana—, el autor de las *Memorias Antiguas Historiales* dice que, tras las campañas de Guayaquil, contra los *chonos*, y de la isla de la Puná, y lograda sin lucha la sumisión de Puerto Viejo, el Inca dispuso *reconocer al mar como una gran deidad y erigir adoratorios en algunas islas*. “En una isla cercana a la provincia [de Puerto Viejo] —dice el cronista licenciado—, edificó [el emperador] un suntuoso templo, *reconociendo al Mar del Sur por una gran deidad*. Llámase hoy la isla de la Plata o de Santa Clara”¹⁷⁷, (distinta denominación, en la cual hay error).

En otra parte, hablando de Huayna Cápac, en relación con el último viaje que este poderoso gobernante del Tahuantinsuyo hizo por las provincias del Norte, hasta el río *Angasmayo*, en Colombia, dice el mismo Montesinos que “por el camino de los llanos, siguiendo la *costa de la mar*, llegó a Tumbes, y allí compuso muchas diferencias que tenían los principales entre sí. Mientras estuvo en Tumbes, fueron los sacerdotes y hechiceros a hacer *sacrificios al Mar del Sur* y a un *ídolo que estaba en una isla*, que después llamaron *Santa Elena los españoles*”¹⁷⁸.

Se ha dicho que la *condición sagrada* de las islas procedía de su *contacto con determinadas divinidades*. Las islas propiamente, y en sí mismas, *no eran dioses*. El espíritu de la divinidad, residentes en ellas o posesiones de ellas, en una u otra forma con ellas, les confería la distinción singular, altamente jerarquizadora, de *lugares sagrados*. Eran todas ellas como templos de gran veneración. Ahora bien, aunque este planteamiento está claro, ha sido puesto en cuestión por algunos tratadistas, quienes han abierto la posibilidad, reconsiderando las circunstancias, de declarar a las islas, en sí mismas, *divinidad*. Uno de los que tal han hecho, es Jijón y Caamaño, en su estudio sobre la religión en el tiempo de los Incas. Sostiene la posibilidad de que *ciertas islas* por lo menos —no todas— hayan sido dioses de aquella sociedad gentilicia. Dice que, al respecto, hay dos posiciones: la que se inclina por declarar las islas *auténticas divinidades*, con todos los atributos de esta relievante condición, y la que está por estimarlas sólo como *lugares sagrados*. Siguiendo a Calancha, sustenta que “ciertas islas” del litoral eran *verdaderas divinidades*: según las creencias y la mitología de los pueblos de la Costa, esas islas eran los antiguos seres de la región frontera a la mar que sufrieron, por traición al Sol y a Vichama, cas-

tigo de estos dioses, pero que luego fueron rasarcidos por la propia voluntad del condolido Vichama mediante su conversión en *seres dignos de adoración*, es decir, seres constituidos por *substancia divina*¹⁷⁹.

En otra parte, el mismo arqueólogo e historiador dice que con el *culto a los montes* está indudablemente relacionado el *culto a las islas*, y para ello desarrolla la siguiente tesis, de buenos fundamentos. El *culto a los montes* puede ser *primario* o *derivado*. Si es *culto primario*, su raíz es *antropomorfista*: el monte, en sí, es un *ser poderoso*. Tiene existencia ontológica, que se expresa por los caminos de una *voluntad todopoderosa*, verdaderamente *divina*. Es decir: *el monte es un dios*. Si es *culto derivado*, por definición deriva de otro principal. En tal caso, el monte resulta convertido sólo en *lugar sagrado* por residencia en él de una *divinidad ajena a su substancia*. Mera morada de un dios.

De acuerdo con lo expuesto, las montañas en el Perú antiguo "no eran tenidas por sagradas por estar asociadas a una divinidad determinada (como en México) —apunta Jijón y Caamaño— *sino por dotadas de un espíritu divino...*"¹⁸⁰. Eran verdaderos y substanciales dioses dentro de una gran concepción panteísta de la naturaleza. Y agrega el autor cuya interpretación seguimos exponiendo: "Fundado en iguales principios que el culto a las montañas es, a no dudarlo, *el de las islas*, montes más sorprendentes para los primitivos cuanto que *se levantan sobre la inmensa y misteriosa llanura del mar*".

Considera, sin embargo, el erudito ecuatoriano, en otra parte de su extensa monografía, que este *carácter sagrado*, por ser *substancialmente divinidad*, no podía aplicarse a todas las islas; y que, por consiguiente, hechas las excepciones, la regla fue que *las islas no eran divinidad* sino simple *apostento del dios, morada del dios*, cosa no divina en substancia pero sí contagiada, por extraña ósmosis —que no por extraña deja de aparecer en todas las religiones, hasta en las más elevadas y puras—, de *alguna parte de las virtudes del dios*. De donde resulta que, para la generalidad de los casos, el culto que se tributaba a las islas era un *culto derivado*. Dice el autor, expresando claramente sus ideas: "Más que temerario sería afirmar que este culto [a las islas]... haya sido *tributado a las islas*, siendo más probable que *la isla se haya considerado solamente como un lugar sagrado*, grato a las divinidades, y *nó un dios...*"¹⁸¹. Al decir esto, Jijón y Caamaño compara las islas del litoral con las del lago Titicaca, las que, por el testimonio de los cronistas sabemos que eran reverenciadas por haber en ellas templos famosos dedicados al culto solar o al de la Luna mas nunca por haber sido ellas consideradas divinidad. Las islas del Titicaca, como las del litoral, *no eran dioses*.

Sí lugares sagrados por comunicación de la divinidad allí presente.

SACRIFICIOS Y OFRENDAS EN LAS ISLAS

“Las islas del Pacífico —se lee en Tello¹⁸²— fueron en la antigüedad teatro de grandes acontecimientos. *Macabí, Guañape, Chao, Don Martín, San Lorenzo, Pachacámac, Asia* y el grupo *Chincha* fueron las más celebradas y tenían nombres de dioses, cuya historia conserva la tradición, como *Akat, Shina, Kawillaca*, etc. En la mayoría de estas islas se han encontrado, debajo de la capa de guano, restos de adoratorios y templos, *cadáveres de mujeres decapitadas*, alfarería ceremonial y otros objetos rituales...”. En otra de las obras del sabio, de publicación póstuma, hay una referencia al valor religioso de las islas, semejante a la transcrita. Dice: “La península de Paracas debió ser escenario de ceremonias gentílicas de los indios porque frente a ella están las *islas Chincha y Sangallán* y otras muy ricas en guano, donde se han encontrado restos de viejos adoratorios... Las islas y la península fueron, sin duda, en la antigüedad, como *Pachacámac, Cusco y Chan Chan*, grandes centros de *concentración humana temporal*, de romerías de indios, venidas de todo el país para rendir culto a los *dioses del guano*, fertilizante que tan importante papel desempeñó en la agricultura de las tierras yermas del litoral”¹⁸³.

En los dos trozos reproducidos de Tello, hay referencias importantes que conviene destacar. En primer lugar: que las islas fueron lugares de concentración de grandes masas de peregrinos, como las que acudían periódicamente a las urbes sagradas de Cusco, en la Sierra, y Chan Chan y Pachacámac en la Costa. Tuvieron las islas, según la versión del sabio, *la misma importancia religiosa que esas ciudades*; fueron teatro de sobresalientes y vistosos acontecimientos. De tierra partían los romeros, embarcándose en sus balsas con agua y víveres —porque en las islas, dada su naturaleza yerma, no había nada— y permanecían en ellas *temporalmente*, dedicados por entero al culto. Llevaban *ofrendas y animales para los sacrificios*. De tan frecuentes visitas quedaron los testimonios, muchos de ellos sepultados por las capas de guano, que la arqueología en el pasado extrajo. El mismo Tello, en otra de sus obras, escrita en colaboración con Mejía, refiere un interesante hallazgo hecho en la *isla de Arica*, en julio de 1847, consistente en “una cajita con un ídolo de oro, otro de plata, una llama de oro y otra de piedra” y algunas piezas de cobre, material extraído del “penacho de la isla”, según informó, en aquel entonces, el remitente de este tesoro de arte, don José de Espinar, a la autoridad portuaria de Arica. Este hallazgo, ci-

tado por su valor entre otros muchos, demuestra que, desde muy antiguo, el hombre llegó a las islas del litoral, ora para cumplir *ritos religiosos relacionados con la muerte*, ora para extraer el guano, el poderoso fertilizante que revitaliza los campos. Los objetos arriba mencionados, por otro lado, probaron la "influencia de los Incas entre los *puquina-atacama*, en la Costa Sur del Perú"¹⁸⁴.

En general, las ideas religiosas de los antiguos pueblos de la Costa han quedado perennizadas en la cerámica y en el arte textil, principalmente. De las innumerables tumbas de la Costa, bajo la arena del desierto y en admirable estado de conservación, se han sacado paños con representaciones mítico-religiosas. Pues bien: confirmando que las peregrinaciones a las islas eran multitudinarias y tenían, dentro del calendario litúrgico, gran importancia, se han hallado también espléndidos paños en ellas, como aquella gran tela decorada con exquisito arte que Uhle sacó de una tumba de la isla de San Lorenzo. "Esta clase de hallazgos —comentó Rebeca Carrión— no deben considerarse extraños porque las islas del Pacífico eran lugares sagrados en la antigüedad: *en ellas radicaba la diosa Luna*, que tenía el *dominio del mar* y del *guano*. También [en las islas] tenía lugar el encuentro de los dos astros: el *Sol* y la *Luna*"¹⁸⁵.

En los trozos reproducidos de Tello, hay, en segundo lugar, referencias muy importantes también, sobre el hallazgo de *cadáveres decapitados de mujeres*. Manuel González de la Rosa fue uno de los primeros que trató con acierto este tema truculento de la arqueología del litoral y de las islas. En un estudio sobre la arqueología del guano, que años más tarde fue seguido por otros investigadores, dijo: "Los *cadáveres de mujeres decapitadas*, numerosos en *Guañape* principalmente (y también en una de las islas del *grupo Chincha*), prueban que en la Costa eran muy antiguos los *sacrificios de doncellas*, como entre los collas, a las que adornaban con joyas y planchas de oro antes de degollarlas"¹⁸⁶. Agregó que, por ser consideradas las islas como *lugares sagrados*, los cadáveres de dichas infelices jóvenes —sacrificadas en los templos de la Costa— eran llevados a las islas y allí sepultados. Bajo el guano, además, los cadáveres permanecían incorruptos hasta que se secaban totalmente, momificándose mejor que en las tumbas cavadas en la seca arena del continente"¹⁸⁷.

Finalmente, una tercera referencia de Tello en los párrafos arriba transcritos, toca el tema del *culto al guano*. Este culto tenía estrecha relación con la idea de la *fecundidad*. Pues bien: en las islas del litoral, que son (o eran) inmensos depósitos naturales de guano, se efectuaban ceremonias relacionadas con los ritos de la fecundidad. A la diosa de la fecundidad se le ofrecía, en sacrificio, mujeres doncellas, que eran, como acaba de verse, decapitadas. Las momias de estas muchachas, juntamente con

las piezas de oro y plata representando por lo general peces y aves, los huacos ceremoniales, el maíz y los tejidos finos, ricamente decorados, que la arqueología encuentra en los cementerios de las islas, probarían, entonces, la realización allí de conmovedoras ceremonias religiosas, dedicadas al guano y en honor de la diosa femenina de la fecundidad. "Las islas eran consideradas —repite González de La Rosa— como un cementerio sagrado, rodeado de misterio"; y en estos lugares sagrados, expresamente escogidos, se daba sepultura a las víctimas de los sacrificios.

En la mitología de la costa Norte hay una *deidad* —recordando conceptos ampliamente expuestos en páginas atrás—, *ave humanizada feminoide*, con proyección astral a la Luna (*Shi*), diosa de la *fecundidad*, con *poderes fecundantes* y *de control de las aguas del mar*, de la que dependen las pesquerías, la cual habitualmente *reside en las islas del litoral*. "En estas islas habían adoratorios y personal de su culto, según lo sabemos por las crónicas y los propios *huacos* que reproducen con toda fidelidad los islotes con sus características *aves guaneras*, sus lobos, etc.; y allí figuran, también: el sitio de adoración, los guardianes que custodian el adoratorio, y escenas en las que participan la *pareja divina* y otros seres cumpliendo un ceremonial relacionado con la fertilidad y aumento de la producción"¹⁸⁸. Según la *Relación* de Juan de Sámano (Sámano-Xerez), Pizarro halló en la isla de La Plata "un bellissimo adoratorio con la imagen de una diosa femenina con un niño en brazos". La cerámica mochica, y la chimú también, muestran que *las islas eran lugares de residencia de la diosa luna femenina*. Además, en ciertas islas, como Puná, San Lorenzo, Santa Clara y otras, se solía enterrar a los señores principales de la costa inmediata¹⁸⁹. La *diosa luna* (*Shi*) aparece en la cerámica y en los tejidos, ubicada en una *isla guanera*, "donde varios de sus asistentes recogen *guano* y lo colocan en botes para ser transportado a la costa y transformar los campos desérticos en feraces"¹⁹⁰.

LAS ISLAS, TIERRA O REFUGIO DE LOS MUERTOS

Dos ideas, se dijo atrás, que tuvieron directa gravitación en el alma de los pobladores de la Costa, en sus costumbres y manera de ver el mundo, giraron en torno a las islas del litoral: la primera, que eran *lugares sagrados*; la segunda, que eran al propio tiempo *tierra de los muertos*, cementerio para el reposo definitivo de las almas. La primera idea acaba de ser explicada. Queda por tratar de la segunda.

Sobre la idea de que las islas del litoral eran morada de los muertos, tierra del silencio, hay una referencia de Arriaga que

Placa de oro, rectangular, de 10 centímetros de largo por 7 de ancho, calada, con figuras engranadas de peces (seis cabezas). Del contorno cuelgan veintiún pequeños discos del mismo metal (faltando varios), de 6 milímetros de diámetro. (Vicús. Departamento de Piura. Siglo II de nuestra era. Museo Oro del Perú. Fundación Miguel Mujica Gallo. Foto: Manuel Romero).

Sobre dos peces (presumiblemente cojinobas), que el alfarero ha unido por un puente, evocando la unión una balsa doble, aparecen un pájaro marino y un hombre. El pájaro es un corvejón. El hombre, desnudo, se lleva a la boca (para soplar o comer) una concha del género *Spondylus*. El cántaro es silbador. Alto: 18 centímetros; largo, 15.5. (Vicús. Departamento de Piura. Comienzos de la era cristiana —siglo II—. Museo Alberto Fehling. Foto: Manuel Romero).









Un pez de forma alargada y cabeza ancha (¿pez martillo?), rodea el cuerpo globular, achatado, del recipiente, que tiene asa-estribo como signo chimú en la base del gollete tubular y pedestal de sustentación. La figura del animal, en relieve, lleva como elemento diferencial puntitos en rojo-ladrillo que destacan sobre el crema dominante. Alto: 18 centímetros; diámetro, 12; diámetro de la base, 9. (*Mochica tardío*. Costa norte. Museo Alberto Fehling. Foto: Manuel Romero).

puede ponerse al comienzo de este estudio. Dice: "Común error es de *todos los pueblos de la Sierra...* que todas las almas de los que mueren van a una tierra que llaman *Upamarca...* o *tierra muda* o de los mudos", pasando primero por un puente estrecho de cabellos, tendido sobre un gran río. "Otros tienen por tradición que las almas de los difuntos van donde están sus huacas". Agrega: "Los del pueblo de *Huacho* y *los otros de la Costa*, dicen que van a la *Isla del Huano*, y que las llevan *lobos marinos*, que ellos llaman *Tumi*"¹⁹¹.

Todas las crónicas que se ocupan del tema, consignan el significado que tanto los serranos como los costeños daban a las islas. "El pueblo *chimú* —por ejemplo, tomando una cita de Markham¹⁹²— tenía a ciertas islas fronterizas a la costa, llamadas *Guañape* y *Macabí*, por *cementerios sagrados* y las destinó a tal fin durante más de mil años. Allí se han desenterrado a diversas profundidades (en la capa de *guano*, a cien pies de profundidad), además de alfarería y otros artefactos, numerosas momias, todas femeninas y descabezadas, lo que hace presumir que fueron víctimas de sacrificios en remotos tiempos".

Eran, pues, las islas, *tierra de muertos*. Lo subraya una eminencia mundial en arqueología americana: en las *islas guaneras* —dice Krickeberg—, situadas frente a la costa, *estaba ubicado el Más Allá*, la Tierra de los Muertos; y a los lobos se les consideraba como acompañantes de los que allí iban para permanecer por siempre¹⁹³.

Quizá porque son islas yermas, totalmente desoladas; porque la vida del hombre en ellas —temporal— depende exclusivamente de los valles fronteros del continente vecino y, sobre todo, porque carecen de agua, que es elemento que interviene en la descomposición de la materia orgánica y, particularmente, en la corrupción del cuerpo humano negado ya a la existencia, quizá por todo ello es que el antiguo habitante de la Costa las relacionó a la idea de la muerte y las convirtió en cementerio. "En esos peñones áridos y yermos, osamentas perdidas de una cordillera que se tragó el mar... el ser humano sólo puede subsistir a condición de recibir de los valles de la Costa el alimento y el agua de cada día. Tal vez por eso, los peruanos precolombinos las utilizaron como *cementerios*. Los indios iban a ellas a enterrar a sus muertos, dicen unos cronistas; allí celebraban pavorosos sacrificios humanos dicen otros. Y los hallazgos de momias decapitadas, todas ellas de mujeres que, sin duda, fueron jóvenes vírgenes..., nos permiten, una vez más, decir que las solitarias islas del Pacífico [fueron] el *reino de la muerte*"¹⁹⁴.

Al morir el cuerpo, al perecer la carne, el espíritu, en extraña odisea, hacía el viaje al país de los muertos que le correspondía, verdadero reino del silencio eterno. Había "la creencia —dice Valcárcel— de que los hombres después de la muerte [tenían]

que hacer un *largo recorrido* por regiones muy accidentadas, pasar ríos y sitios peligrosos; toda una odisea del espíritu del muerto; durante este recorrido, los muertos llevaban como guía a un perro, generalmente negro; de allí que en muchas tumbas se encuentren estos perros¹⁹⁵. Hasta allí, no más, llegaba la concepción de los peruanos antiguos sobre la *vida de ultratumba*: "... no tuvieron —recalca el mismo Valcárcel— una concepción de una vida futura con premios y castigos, con cielo e infierno".

Igual observa Horkheimer: "Los conceptos sobre la vida después de la muerte eran muy rudimentarios entre la mayoría de los americanos antiguos. Tampoco nuestros costeos prehispánicos pintaban en su mito el modo de la vida *post-mortem*, pero *indicaban el lugar a donde iban los muertos: a las islas guaneras*, cuyas cumbres blancas relucen sobre las olas del Pacífico. Allí iban los muertos, *llevados por los lobos del mar...*"¹⁹⁶.

La participación de los lobos en el traslado del alma del continente a las islas, es digna de consideración especial. La mencionan el ya citado Arriaga y Calancha. Distinguen dos animales: unas veces intervienen *perros negros*, que guían a los espíritus por caminos tenebrosos y puentes muy delgados, hechos de cabello humano. Estos perros corresponden a las creencias de los pueblos de la Sierra. Los *lobos marinos*, en cambio, juegan un papel similar pero en la creencia de los pueblos costeos¹⁹⁷. Los llaman *tumi* y su función, como ya se ha dicho, era conducir a las ánimas del continente, donde habían dejado el cuerpo, por muerte de éste, a las *islas del guano*, para el descanso perpetuo.

La participación decisiva del lobo marino en el destino de las almas tras la muerte del cuerpo, llevó a pensar a Horkheimer, no sin razón, que quizás se procuró la cría de estos mamíferos entre los pueblos antiguos de la Costa con *finés religiosos*. Propuso el desaparecido arqueólogo alemán: "Arturo Baessler, en su *Altperuanische Kunst...*, reprodujo un huaco que por algunos autores es interpretado como prueba de la *cria de lobos marinos*. Si verdaderamente el lobo fue criado por los antiguos mochicas, la finalidad fue de *carácter religioso y no económico*, pues en la Costa giran, sin intervención del hombre, cardúmenes de centenares de estos mamíferos"¹⁹⁸.

Pedro Villar Córdova ha agregado datos muy interesantes sobre el viaje de las almas a las islas, ora a cargo de los lobos marinos, ora a cargo de los perros negros o *alcos*. "En la campaña de *Huacho* —relata— se levanta un montículo artificial, el más grande de todos, conocido con el nombre de *La Huaca*". En relación con esta huaca —dice— los indios del valle cuentan leyendas que se vinculan a la isla del guano llamada *Isla de las Animas*. "Creían los pueblos de Huacho que las almas de los muertos iban a esa isla *conducidas por los lobos de mar*, a los que veneraban con el nombre de *tumi*"¹⁹⁹. Un mito semejante se reco-

gió en el santuario de *Pachacámac*, que relaciona el santuario con las islas que se hallan al frente, a corta distancia de tierra. Los grandes dignatarios residentes en la ciudad sagrada, pedían, próximos ya a la muerte, que se les diera sepultura al pie del famosísimo templo, con frente al mar. Confiaban que, muertos, sus almas serían llevadas a las islas, a través del angosto brazo de mar que las separa del continente.

LA ISLA DE LA PLATA

Situada frente al litoral ecuatoriano, de esta isla hay muchas referencias en las crónicas de la Conquista por su ubicación en la ruta obligada de las huestes expedicionarias que viajaban de Panamá a la Nueva Castilla. Tuvo fama de ser una isla muy visitada por los aborígenes para sus ejercicios religiosos, y en ella hubo adoratorio célebre. La arqueología, practicada desde comienzos de siglo con Dorsey, ha confirmado la versión de las crónicas.

Toca tratarla en un estudio como éste sobre la prehistoria del Mar Peruano, estando frente a Manabí, Ecuador, en razón de que fue ocupada por los Incas, convertida después en un importante puesto estratégico de avanzada para el control de la navegación en el Norte, hasta las costas de Esmeraldas y boca del río Angasmayo, y porque sirvió como estación en el tráfico de los balseros peruanos, presumiblemente hasta las lejanas tierras centroamericanas.

Fuera de la referencia, ya transcrita, que de ella hace el documento llamado de *Sámano-Xerex*, hay más de un párrafo amplio en Cieza que la describe como isla dueña de un importante templo, frecuentadísimo en los tiempos antiguos. Se lee primero: tres leguas al sur del cabo San Lorenzo "está la isla de La Plata, la cual tendrá en circuito legua y media, donde en los tiempos antiguos solían tener los indios naturales de la Tierra-firme sus sacrificios, y mataban muchos corderos y ovejas y algunos niños y ofrecían la sangre dellos a sus ídolos o diablos, la figura de los cuales tienen en piedra a donde adoraban. Viniendo descubriendo el marqués don Francisco Pizarro con sus trece compañeros, dieron en esta isla, y hallaron alguna plata y joyas de oro, y muchas mantas y camisetas de lana muy pintadas y galanas..."²⁰⁰. Más adelante, en la misma *Crónica del Perú*: cerca de la isla de la Puná está la pequeña de *La Plata*, en la cual, en tiempos antiguos, *los isleños de la Puná tenían un templo o guaca*, "adonde también adoraban a sus dioses y hacían sacrificios y en circuito del templo y junto al adoratorio tenían cantidad de oro y plata y otras cosas ricas de sus ropas de lana y joyas, las cuales en diversos tiempos habían allí ofrecido"²⁰¹.

En Herrera también hay referencias, inspiradas en Cieza. Una dice: "Puerto Viejo está un grado de la otra parte de la Equinoccial, a la banda del Sur...; a cinco leguas está el Cabo San Lorenzo, y tres leguas de él, al Sudeste, la isla que llaman de *La Plata*... a donde los indios tenían sus sacrificios y mataban corderos, ovejas y algunos niños, y ofrecían su sangre a los ídolos..."²⁰². Otra: "En la isla de La Plata, cerca de la Puná, tenían un templo donde sacrificaban, y alrededor tenían oro, plata, joyas y vestidos, que en discurso de tiempo se habían ido ofreciendo..."²⁰³.

Contaron los indios del continente a los españoles que cuando alguien enfermaba de un miembro —una pierna, por ejemplo, o un brazo, etc.—, bastaba con ofrecer a la divinidad de la isla un miembro igual hecho de oro o de plata o material fino, y pronto curaba. "En la isla de La Plata, Pizarro y Bartolomé Ruiz hallaron numerosos objetos de metal que reproducían miembros humanos cortados..."²⁰⁴. En excavaciones se ha encontrado, igualmente, figurines, que hacen pensar en la realización de sacrificios humanos simulados.

La Isla era un lugar sagrado de primera importancia y visitado con frecuencia por romeros que llegaban en balsas del continente, pero en ninguna época tuvo población permanente. "Esta hermosa isla no era habitada en épocas prehistóricas, y allá pasaban, de tiempo en tiempo, los moradores de la costa a ofrecer sus sacrificios..."²⁰⁵.

Estrada ha hecho exhaustivos estudios arqueológicos en ella y hallado abundante material, especialmente tabletas grabadas, que no se dan en la costa, y cuentas perforadas. Todo parece haber tenido una exclusiva finalidad religiosa o haber servido para el transporte de los romeros. El apogeo preincaico de la isla, según tales estudios, se ubica por los siglos *cinco a tres antes de la era cristiana*, tiempo que corresponde al período que Estrada llama de *Desarrollo Regional*, siguiente al *Formativo*.

En esa época —siguiendo a Estrada—, las gentes de las provincias litorales parecen haber sido ejemplarmente pacíficas, lo que se colige por la ausencia completa de armas en los entierros, y muy religiosas; y, para los fines del culto, tenían justamente que trasladarse cada cierto tiempo a la mentada isla de *La Plata*, donde estaba el adoratorio principal de la región. En 1901, Dorsey, ya citado, practicó excavaciones y halló *enormes cantidades de ofrendas religiosas*, consistentes en figurillas de barro cocido de la *cultura Bahía*, lo que testifica el gran desarrollo de la religión en esa época, una época verdaderamente *cultista*.

La arqueología ha revelado, también, que "la isla de La Plata fue santuario de los bahienses desde sus primeras épocas, mas no lo fue nunca de los posteriores pobladores, los manteños. La cerámica y los artefactos encontrados por Dorsey y Estrada (és-

te, en la década del 50) en los sectores ceremoniales de la isla, pertenecen a la *cultura Bahía*. En el sector de la quebrada, contiguo al puerto, Dorsey encontró *tumbas incaicas*, posiblemente de la época del reinado de *Huayna Cápac* y *Atahualpa*²⁰⁶.

La ocupación incaica de la isla, como ya se dijo, fue total. Siguió siendo adoratorio, dedicado a una divinidad femenina, como lo expresan las crónicas del siglo XVI, y fue, además, puesto avanzado para la dominación militar de las costas y el control de la navegación de los balseros.

En la época de la *cultura Bahía*, los pueblos del continente que tenían en la isla su más afamado santuario, hacían a ella peregrinajes de corta duración, como ha quedado en evidencia al no hallarse cerámica utilitaria para la preparación de los alimentos. Las visitas se hacían —supone Estrada— en determinados días del año, por ejemplo con ocasión de un eclipse o “en el solsticio de invierno que anunciaba la temporada de lluvias tan necesaria para el sustento de estos pueblos, temporada ávidamente esperada por todos”.

“No hay restos de habitación en la isla”, lo que indica que las romerías eran, como se ha dicho, de corta duración.

La cantidad de *ofrendas* o *exvotos* es enorme, principalmente al borde del imponente acantilado que da al Este, en las cercanías del único puerto de la isla. Esta circunstancia aviva la sospecha de que el culto que rendían aquellos hombres de la *cultura Bahía* algo tenía que ver con el *sol del amanecer*. Era un culto al astro, sin duda. “El ritual —explica Estrada— comprendía seguramente, como un saludo al alba, el sonar de los silbatos contruidos en buena parte de las figurillas de esta cultura”.

Con el tiempo, el culto decayó allí en tal medida que los hombres ya no fueron a la isla. Por consiguiente —sostiene Estrada—, la isla de La Plata fue santuario de la *cultura Bahía* sólo durante el primer período de ésta, es decir, *en el período anterior a la era de Cristo*. De los quinientos años de Bahía siguientes a la era de Cristo, no hay testimonios de peregrinaje.

El material arqueológico de La Plata consiste no sólo en *figurillas de barro cocido*, sino, como se indicó hace un momento, en *tabletas grabadas y grandes cuentas perforadas*. No se ha podido precisar el uso al que estaban destinadas las tabletas pero se supone que servían como “instrumentos de navegación”²⁰⁷ y también como *piezas de culto*. Lo curioso es que estas tabletas jamás han sido halladas en tierra, sólo en la isla, lo que habla a favor de un uso ceremonial.

Es indudable que en los últimos tiempos de la era prehistórica, revivió el culto en la isla de La Plata, siendo particularmente activo durante el dominio de los Incas. Lo confirman los testimonios de los españoles, que visitaron la isla cuando el adora-

torio tenía fama de ser uno de los más concurridos de aquellas latitudes.

LA ISLA DE SANTA CLARA

Otra isla sagrada y tenida con gran veneración por los indios de la costa norte, especialmente por los de Tumbes, fue la de *Santa Clara*, a la entrada del Golfo de Guayaquil. De ella se ocupa el historiador Herrera, en su *Década Tercera*, en los siguientes términos: "Fueron navegando... por la costa arriba, llevando tan buen tiempo, que en veinte días reconocieron una isla, que estaba frontero de Tumbes, cerca de Puná, a quien pusieron por nombre *Santa Clara*... y no había en ella poblado, porque los indios de la comarca *la tenían por sagrada*, y hacían, a ciertos tiempos, grandes sacrificios, a ciertos ídolos de piedra, que en ella tenían: y como los indios de Tumbes vieron la isla dijeron que estaba cerca de su tierra: salieron fuera y vieron el ídolo de piedra, con cabeza de hombre... Hallaron muchas piezas de oro, y plata pequeñas, a manera de figuras de manos, pechos de mujeres, y cabezas, y un cántaro de plata, que fue el primero que se halló... y mantas de lana amarilla, ricas y vistosas..."²⁰⁸.

Como las otras, además de lugar para el culto donde los peregrinos hacían sacrificios y entregaban a los dioses ricas y variadas ofrendas, consistentes en objetos de barro y finas joyas de metales preciosos, la isla de Santa Clara fue, también, cementerio, lugar de muchos e importantes enterramientos. De ello dan cuenta el citado Herrera y Cieza de León, en explicables términos iguales por cuanto el historiador se basó en el cronista. Cieza dice que cerca de la isla de la Puná "está otra más medida en el mar, llamada *Santa Clara*"; y agrega: "no hay ni hubo en ella población ni agua ni leña; pero los antiguos de la Puná tenían en esta isla *enterramientos de sus padres y hacían sacrificios*; y habían puesto en las alturas donde tenían sus aras gran suma de oro y plata y fina ropa, dedicado y ofrecido todo al servicio de su dios"²⁰⁹.

La arqueología de la isla ha sido medianamente investigada, y sobre ella aporta datos interesantes pero incompletos Emilio Estrada, en su estudio sobre la cultura de los indios *huancavilcas*. Las versiones de los cronistas no han podido ser confirmadas porque la isla ha perdido, en el curso de los cuatro últimos siglos, parte apreciable de su mole por la acción erosiva, muy pronunciada, de las olas. Por ejemplo, el adoratorio, con jardín de oro, a la manera del Coricancha, que el cronista Zárate dejó dicho que había en ella, no ha sido encontrado, ni en vestigios. De otro lado, casi nada de objetos de arte se conoce en los museos y colecciones particulares de este perdido lugar, salvo una

vasija de plata, de extraña forma, que se exhibe en el Museo Nacional de Santiago, Chile. En esa pieza, que es valiosa, aparece un *pez antropomorfizado*, que lleva sobre el dorso un animal cadavérico. Estrada dice: "En algunas visitas a esta isla no hemos encontrado nada que compruebe la existencia de dicho adoratorio...".

Pero, como cuatrocientos años atrás, en la época de los españoles, la isla era "mucho más extensa que hoy"²¹⁰ y ha quedado reducida en altura y extensión por el embate de las olas, cabe suponer que la pérdida de tamaño se haya producido justamente en el sitio donde estaba el referido adoratorio.

Lo que queda de Santa Clara es una franja de unos treinta metros de ancho por treinta o cuarenta de alto, que se desmorona a razón de algunos metros al año. Tiene forma de media luna y Estrada teme que desaparezca, totalmente barrida por las olas, de aquí a unos diez años (para el año 1977, aproximadamente).

Refiere Markham que, en lo alto de uno de sus acantilados —seguramente, en el menos batido por las olas en el tiempo del ilustre historiador inglés—, se encontraron un *collar de oro*, "con plaquitas con diseños repujados de *pelicanos* en cien posiciones distintas", un trabajo de orfebrería finísimo, y una *estatuilla de oro*, de seis a ocho pulgadas de alto.

SAN LORENZO Y CHINCHA

En la caleta *La Cruz*, cerca del extremo sur de la isla de San Lorenzo, mirando al Callao, hubo en el tiempo de la gentilidad un importante adoratorio y, no lejos, un cementerio. En ambos trabajó, a mediados de 1907, el arqueólogo Uhle, obteniendo rica cosecha.

Comprobó Uhle que en el lugar había no menos de tres mil tumbas, muchas de ellas correspondientes a personajes encumbrados como que el resultado de la exhumación, sólo de algunos entierros, consistió en once copas grandes de plata con caras repujadas y otras seis iguales pero rotas; diecinueve vasos también de plata, de gran tamaño; cinco máscaras del mismo metal; un collar de tubitos de oro; dos piezas de oro y numerosos pedacitos del mismo metal; siete pinzas de plata; ochenta cuentas grandes de plata, redondas, y unas trescientas cincuenta piezas de plata y oro bajo, todo lo cual pasó al Museo Nacional.

Como bien lo dijo Uhle, tan rico ajuar funerario no podía corresponder a enterramientos de gentes humildes, de pescadores por ejemplo. Tenía que ser de caciques o señores principales del valle, probablemente de *Maranga* o *Bellavista*, que pedían antes de morir, según la costumbre ya vista, el traslado de sus restos

a la isla. Así, en caleta *La Cruz* —hoy utilizada para depósito y embarque del guano que se recoge de los imponentes promontorios vecinos—, los cementerios de *San Lorenzo* se llenaron de cadáveres de personajes ilustres. Del templo, que fue uno de los más conocidos de la costa central, dedicado a la Luna, Uhle halló vestigios de algunas murallas.

En un documentado estudio sobre el Callao, Carlos Romero recuerda que los españoles de la Conquista recogieron la versión de los indios, que en la cumbre de San Lorenzo —presumiblemente, si se habla de cumbre de la isla, cerca del *Cabezo*, en el extremo norte— había un *castillo* o *adoratorio* dedicado a la diosa Luna. Romero da la versión como veraz. El templo existió, pero el lugar de su exacta ubicación se ignora.

Lo que sí no debe tomarse en serio —advierte Romero— es la parte de la misma versión que habla de comunicaciones mediante gigantescas fogatas entre el sitio de ese castillo o adoratorio y la quebrada, muy distante, de Obrajillo, en Canta. La versión de los indios decía que mediante fuegos y columnas de humo negro, se comunicaban las fuerzas apostadas en ambos sitios, dándose cuenta de sucesos en los que tenía parte la seguridad del Imperio. “Esto no es cosa que deba tomarse en serio”, dice el erudito polígrafo²¹¹.

De las islas del grupo *Chincha*, además de las acotaciones de Tello reproducidas anteriormente sobre las grandes fiestas que en ellas se realizaban —fiestas que envolvían el inmenso escenario de la bahía de Paracas y la península del mismo nombre y congregaban a miles de devotos, probablemente venidos en condición de peregrinos desde distantes provincias—, hay, entre otras, la siguiente referencia, cuidadosa como todas las suyas, de Cieza de León. Dice: “Junto a este puerto de *Sangalla* hay una isla que llaman de *Lobos-marinos*... Cerca desta isla de Lobos hay otras siete u ocho isletas pequeñas, las cuales están en triángulo unas de otras; algunas dellas son altas, y otras bajas, desplobadas, sin tener agua ni leña ni árbol ni yerba ni otra cosa, sino lobos marinos y arenales no poco grandes. *Solían los indios... ir de la tierra firme a hacer en ellas sus sacrificios*; y aun se presume que hay enterrados grandes tesoros. Estarán de la tierra firme estas isletas poco más de *cuatro leguas*. Más adelante... está otra isla que llaman también de Lobos, por los muchos que en ella hay, y está en catorce grados y un tercio”²¹².

Así como las citadas, las principales islas del litoral fueron lugares sagrados, con adoratorios a la diosa Luna, que tenía bajo su control la pesca y las aguas, y amplios recintos para el ejercicio del culto, que comprendía presentación de ofrendas y sacrificios. Fueron, igualmente, cementerios para señores importantes y sacerdotes de la más alta jerarquía. En ellas, las almas alcanzaban el reposo eterno porque eran el confín del mundo,

la tierra del silencio. Más allá, sólo el mar, en cuyo confín se hundía todos los días el Sol, determinando la caída de las sombras.

EL GUANO, MAGIA

El guano devolvía poder a la tierra; el guano revitalizaba; pero, no por la acción química de sus componentes —allí, el nitrógeno— sino por una suerte de poder sobrenatural, incomprensible, mágico.

Por eso, había que *estar bien* con el guano, rendirle culto para obtener sus favores. Practicábase entre los pueblos de la Costa, según se desprende del testimonio de los cronistas, un *culto al guano*, el cual implicaba un sentimiento de veneración, de profundo respeto, implorábasele para que los campos de cultivo rindieran. Todo ello configuraba una verdadera actitud religiosa, muy extendida e importante, con liturgia y ceremonial y algunas fiestas, que, por exaltar los valores de la vida, mucho tenían que ver con las prácticas sexuales y el erotismo.

Desde luego, en la raíz de este culto se ubicaba en primera fila una apremiante necesidad económica: la de favorecer la agricultura con un buen fertilizante; y el *guano* era un abono para las plantas de bondad incomparable. Por eso, la doctrina del culto al guano se fundamenta en la magia y en la economía.

Así piensa Jacinto Jijón y Caamaño, en su estudio, ya anteriormente citado, sobre la religión en la época de los Incas. Dice: "Los moradores de las tierras bajas del Perú, que tenían una civilización tan antigua y original contaban con reducidos medios de subsistencia... La tierra cultivable era escasa; la pesca, si rica y abundante, no podía, por sí sola, satisfacer las necesidades de un pueblo sensual y refinado... Un cultivo intenso era indispensable, y el aguijón de la necesidad hizo que la agricultura progresase grandemente, a lo cual contribuyó, de modo poderoso, el *guano*... Así, si las islas en sí mismas, eran tenidas por divinas, aquellas en que existían depósitos de guano recibían particular adoración, pues decían que en éstas había una *huaca* que lo criaba, y, cuando el maíz iba a espigar, iban en balsas a las islas, llevando mullu, paria, chicha y otras cosas en sacrificio"²¹³.

En el culto al guano —se le interprete por los caminos de la *magia* o de la *economía*— se dan la mano dos actividades fundamentales de los antiguos pobladores de la Costa: una *relacionada con el mar* y otra *con la tierra*: la pesca y la navegación, por un lado, y la agricultura, por el otro. Estrechamente unidos el *culto al guano* y la *extracción del fertilizante*, supusieron para su ejercicio el traslado en las embarcaciones de entonces —*balsas* y *caballitos de totora*— de tierra firme a los peñones, is-

lotes, e islas, comenzando y culminando los viajes con vistosas ceremonias. El guano sirvió, así, de nexo entre la tierra y el mar, y las ceremonias de la agricultura se complementaron con otras de naturaleza marina.

El hombre del litoral —dice Tello—, vencida la primera edad, fue *agricultor y pescador, y su vida giró en torno a la tierra y al mar*. “De este modo —agrega—, en la Costa aparecen estrechamente vinculados las *aves marinas*, los dioses en figuras de estos animales, *sus moradas en las islas*, los *depósitos de guano* en explotación, las ofrendas de alimentos vegetales otorgadas a dichos dioses, las vasijas ceremoniales para guardar estas ofrendas y los restos de un intenso y complejo ceremonial relacionado con el *culto al suelo*”²¹⁴.

Quedan de los primeros tiempos de la dominación española, varios testimonios sobre este culto. Uno, bastante explícito, es el del P. Pablo Joseph de Arriaga, que cuenta que los indios “del pueblo de *Huacho* cuando iban por el guano a las islas, que son los farallones de *Huaura*, hacían un sacrificio derramando *chicha* en la playa, para que no les transtornasen las balsas, precediendo dos días de ayunos, y cuando llegaban a la isla, adoraban a la *huaca*, *Huamancántac*, como al *señor del guano*, y le ofrecían las ofrendas para que les dejase tomar el guano, y en llegando de vuelta al puerto, ayunaban dos días, y luego bailaban, cantaban y bebían...”²¹⁵. El P. Arriaga se refiere a los indios “*que pescaban y cultivaban la tierra*”, indicando que esa complicada operación ritual era tarea común de ambos grupos. Los pescadores, por su práctica en la navegación y seguro conocimiento del mar, llevaban a los recogedores del guano, y los cultivadores directamente aprovechaban de la cosecha del poderoso fertilizante para abonar sus campos y demandar mayor producción a la tierra. Unos y otros —pescadores y agricultores—, juntos, tributaban a la divinidad de las islas, sacrificaban para asegurar los favores solicitados y cumplían, hermanados, el rito, largo y complejo, con fiestas al final que compensaban las duras abstinencias preliminares.

Siguiendo a Avendaño, Valcárcel explica que los recogedores del guano llevaban a las islas diversas ofrendas, como las estimadísimas y siempre usadas conchas marinas o *mullu*, el polvo rojo de la *paria* y vasijas conteniendo *chicha* para el servicio a la divinidad y las libaciones rituales. El servicio a la divinidad consistía en regar parte del contenido de una vasija ceremonial en la tierra y sobre el guano, costumbre que tenía origen en determinadas prácticas relacionadas con los trabajos agrícolas. De esta manera, se creía halagar al *dios del guano* con miras a que diera licencia para la extracción del codiciado fertilizante, del cual nada se sacaba sin cumplir previamente con el rito consabido²¹⁶.

Durante un tiempo considerable después de la llegada de los españoles, el culto tributado al guano siguió practicándose, sobre todo en las playas cercanas a las islas de Chincha, y los cristianos sintieron verdadero horror por los demonios que salían a participar en las citadas ceremonias. Entonces, para ahuyentar a los espíritus maléficos, los españoles trazaron en la ladera arenosa de la península de Paracas que da a la isla de Sangallán —muy rica en estas manifestaciones paganas— las gigantescas cruces o *candelabros* que aún quedan en el sitio, perfectamente visibles desde el mar y, sobre todo, desde los islotes cubiertos de guano que entonces frecuentaban los aborígenes con sus balsas²¹⁷.

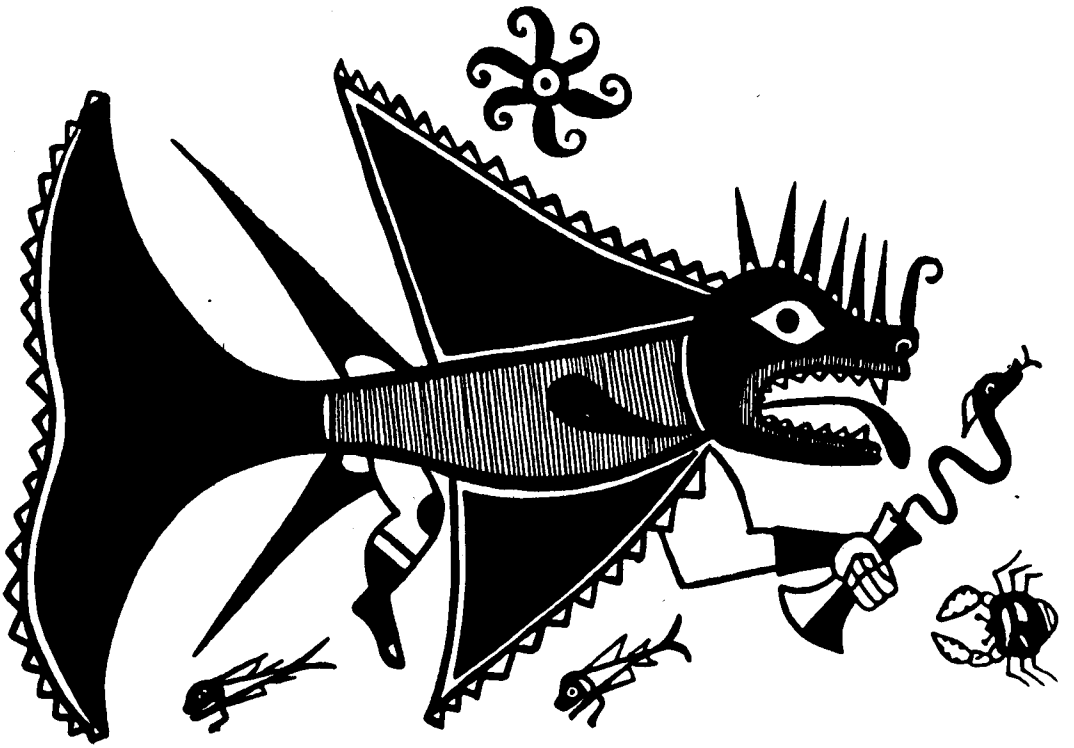
EL ACATAYMITA, LA FIESTA DEL GOCE EROTICO

En el mes de diciembre, que es el mes en que “empiezan a madurar las paltas” en los huertos de la Costa, se realizaba en los valles, *cerca del mar*, la fiesta llamada *Acataymita*, la cual duraba seis días con sus noches.

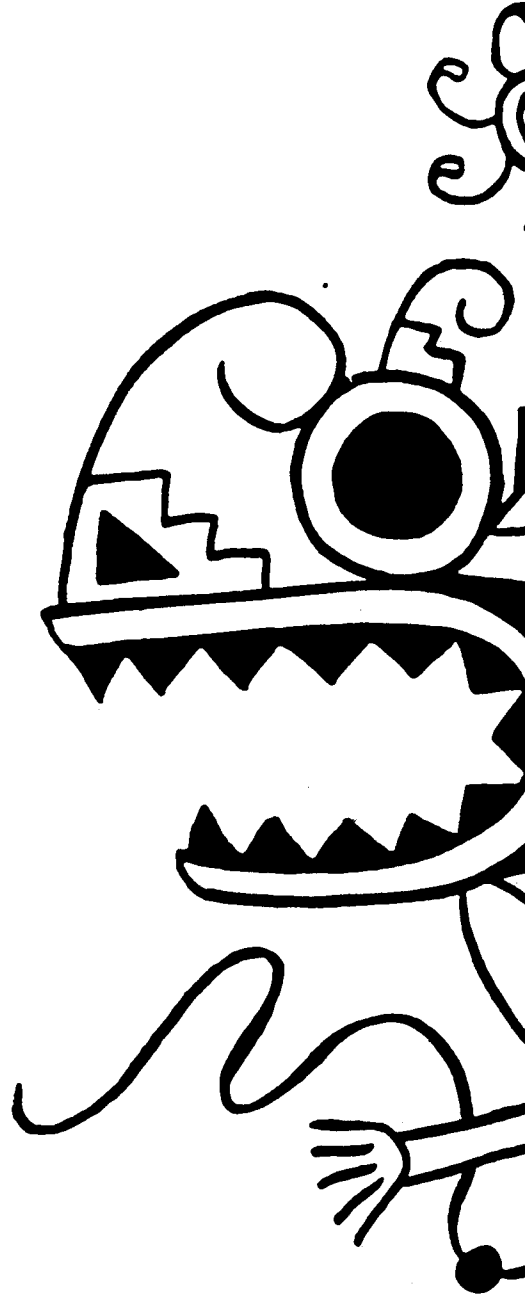
Esta fiesta fue enérgicamente censurada por el arzobispo Pedro de Villagómez en sus *Exortaciones e Instrucción acerca de la idolatría de los indios* y tenazmente combatida por todos los extirpadores. “Júntanse hombres y mujeres en una placeta entre huertas, desnudos en cueros, y desde allí corren a un cerro muy grande trecho, y con la mujer que alcanzan en la carrera tienen acceso...” — cuenta un testimonio de la época.

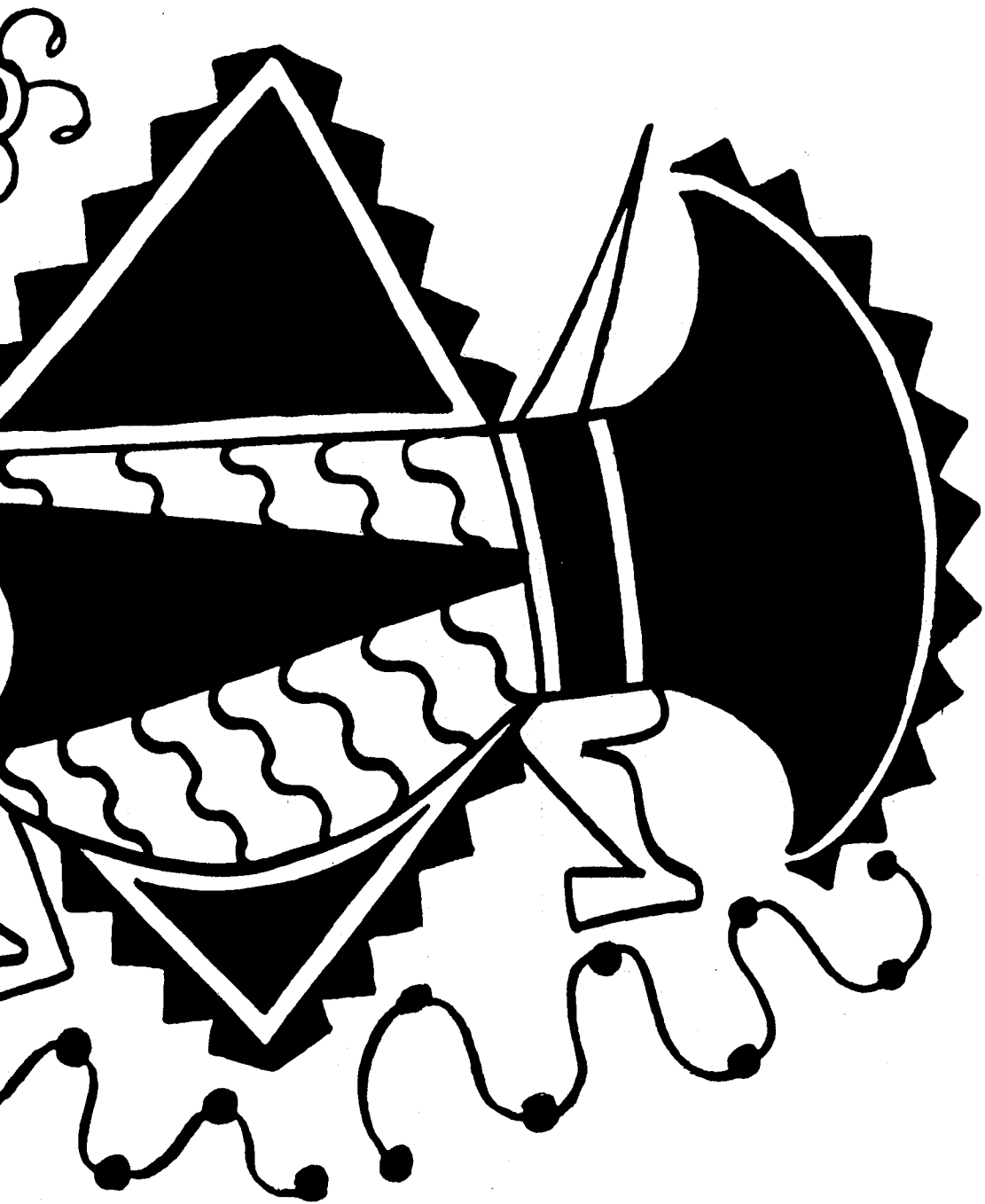
Para Tschudi, esta fiesta, aparentemente erótica, orgía o bacanal para el goce desenfrenado de la carne, tenía un *profundo contenido religioso*. Algo parece indicar el nombre —dice el sabio viajero suizo y gran quechuista— de “tiempo para realizar el coito apresuradamente”, pero —agrega—, el verdadero significado, entre los indios de la Costa, debió ser otro. Tello dice: “... en la isla de Huacho, hoy llamada de *La Mazorca*, los indios adoraban a *Waman Kantax, Señor del Guano...* y una fiesta llamada *Akatay Mita* se celebraba en los valles en el mes de diciembre, cuando comenzaban a madurar las paltas. Este señor fue uno de los dioses más celebrados de la nación Chimú según lo afirma Calancha²¹⁸; y, por su significado etimológico, se colige que su figura fue la de un extraño animal, un ave con alto copete o diadema semilunar, la misma que se destaca como divinidad principal en las escenas míticas representadas en el arte *muchik*. El vocablo *Akatay Mita* literalmente significa *la vuelta del guano o el reabone de las tierras*, ceremonia destinada a *dotar a la tierra de su poder fertilizante*”²¹⁹.

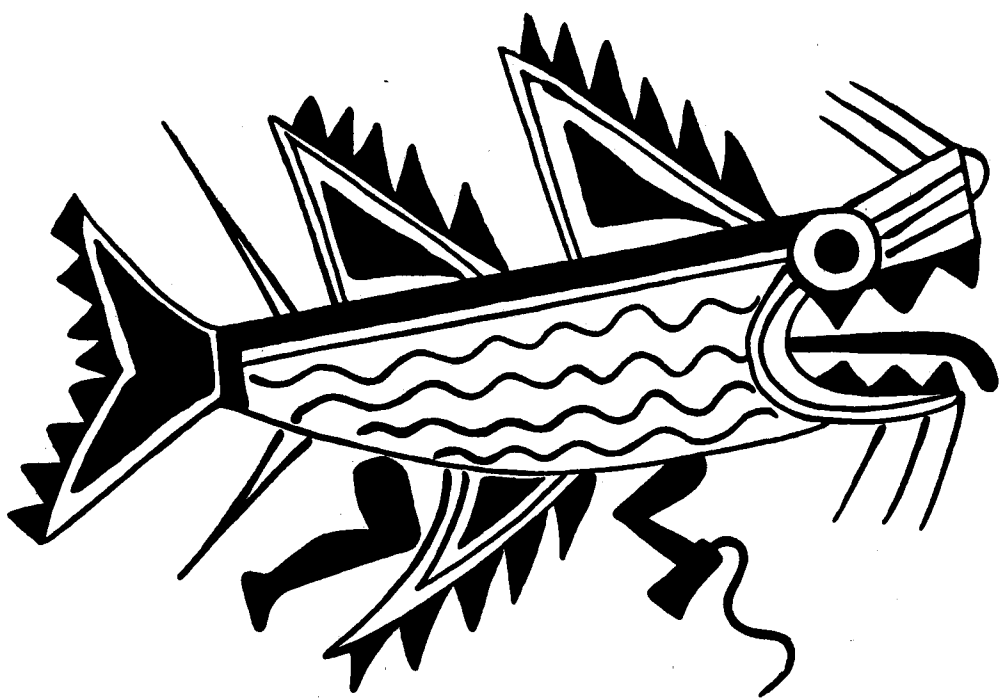
La *Acataymita* aparece representada en la alfarería escultórica mochica. *Huacos*, con abultamientos, que son las islas y los



Tres representaciones del demonio-pezu en vasos norteños. *Arriba*: el pez ostenta un apéndice como gancho, en la punta de la nariz. La cuerda de mano del tumi adopta la forma de una serpiente. En el escenario inmediato se le asocian peces pequeños, un cangrejo y una estrella de mar serpentina. Brazo y pierna son humanos. La aleta caudal es enorme. (Procedencia: Chimbote. Colección Macedo). *Centro*: en las islas —dice Jiménez Borja— “viven peces de airada belleza, de aletas y colas espinosas. Son los trambollos, chitas, cabrillas, borrachos, cercas, peje-sapos y peje-blancos. Tales peces parece que hubiesen sido comentados con singular complacencia por los decoradores mochicas”. *Abajo*: hay demonios-peces —explica Kutscher— con atributos humanos y otros exclusivamente zoomorfos. Este de abajo (de un vaso de Chimbote, de la Colección Macedo) es predominantemente del segundo grupo, aunque muestra pierna y brazo humanos. Armado de un tumi para la lucha, tiene “grandes aletas triangulares de oscura cresta dentellada, hocico repleto de dientes, lengua y barbas... y dos largas espinas en el abdomen”. (Los dibujos de los extremos, tomados de Gerdt Kutscher, *Nordperuanische Keramik*, Berlín, 1954, Gebr. Mann Verlag. El dibujo del centro tomado de Arturo Jiménez Borja, *Moche*, Lima, 1938. Reproducciones autorizadas).







peñones, muestran "una fauna compuesta de *lobos marinos, peces y aves guaneras*, en torno de personajes mitológicos, de composición fantástica, que practican ceremonias religiosas con sacrificios".

Tello restó importancia —observa Rebeca Carrión— a los *actos eróticos*, de que tanto se dolía Villagómez; los consideró secundarios dentro de la idea matriz de la fiesta; pero, en las escenas de los vasos mochicas que representan el *Acataymita* se ven con tanta frecuencia hombres y mujeres entregados al placer erótico²²⁰ que parece que los temores que en tanto sobresalto religioso y moral pusieron al diligente Arzobispo, estaban muy cerca de la verdad²²¹.

Como se apuntó anteriormente, en los actos religiosos que realizaban en las islas los recogedores del guano, se hacían *sacrificios de vidas humanas*. No está claro si estos sacrificios se cumplían en tierra firme o en las islas, pero sí se sabe, por los hallazgos arqueológicos, que los cuerpos decapitados de las infelices doncellas escogidas para contentamiento de los dioses y, también, de los sacerdotes, eran llevados a las islas, y allí despeñados, en presencia de todo el cortejo, ante no sabemos qué miradas: si de compasión o de regocijo, pero sí, con seguridad, de acatamiento a las disposiciones de los sumos oficiantes.

La parte principal de los actos rituales relacionados con la *fertilización de la tierra* (y, por ende, el fertilizante, el guano), se cumplía en las islas, como lo revela la cerámica mochica. Vasos sobre el tema presentan un *ambiente típicamente insular*, próximo a las olas, con rocas puntiagudas y escollos, en el que pulula la vida marina, con aves, lobos, peces y rayas. Las aves, lógicamente, alcanzan en estos ejemplares escultóricos un simbolismo muy especial, porque representan justamente al guano, que es la materia originadora de todo el rito.

Rebeca Carrión sostiene, amparándose en buena base, que los sacrificios de doncellas, por degollamiento —bárbara costumbre que puede tener origen centroamericano o mexicano—, eran la culminación de ultrajantes —para el modo de ver cristiano, nuestro, mas no para los hombres de aquella época— tratamientos sexuales, por los que, so capa de ofrendas al dios de la fertilidad, las doncellas eran obligadas —o, simplemente, llevadas— al conocimiento carnal con una deidad masculina, sin duda, el Sol o Viracocha, personificada en un vicario²²².

La antigüedad de este culto parece ser muy grande. Hay fundamento para pensar que los cambios en las ideas religiosas fueron pocos en el curso de los siglos, y que la religión de los pueblos de la Costa que hallaron los españoles, conservaba desde tiempo inmemorial —desde las épocas más lejanas, pasando por el periodo clásico de los grandes florecimientos— *la misma línea*. Habría nacido, entonces, el culto al guano en la *edad ini-*

cial de la agricultura, no cuando el hombre trabajaba la tierra en la medida de la horticultura (que para esa faena no era necesario el fertilizante, por cuanto los grupos comúnmente emigraban y no se presentaba, por lo tanto, el inconveniente de las tierras empobrecidas) sino *cuando se definió la agricultura*; cuando el uso de la tierra para subsistir, en otros términos, se hizo verdaderamente *cultivo*, con riego, instrumental y mejoramiento de las especies por domesticación. Ello debe haber ocurrido al *término del precerámico*, hace unos tres mil doscientos años, o unos siglos más tarde, en casi todos los valles que cruzan los *llanos marítimos*.

Con el culto al guano, mantenido e incrementado a través —puede suponerse— de tres milenios, el indio de la Costa entregó parte considerable de sus caudales anímicos a una divinidad que, si bien *emergía del mar*, directamente tenía que ver con la tierra, con las sementeras, con el poder del suelo para producir frutos, semillas y raíces de los que dependía en parte la subsistencia de la comunidad. Así, pues, como se dijo al comienzo, el culto al guano tuvo, entre otras, la virtud de enlazar la tierra y el mar, de unir a los hombres que vivían de la mar con los que hacían de su existencia un rito permanente de veneración a la *madre tierra*. En suma: *el culto al guano, que es el culto a la fertilidad, unió a Mamacocha con Mamapacha*.

“A través de los siglos, se sigue adorando al Sol y a la Luna, a los *dioses de la fertilidad*; y el anhelo vital del indio sigue siendo la tierra, la sementera”²²³. Y, en otra parte de su estudio sobre la religión en el antiguo Perú, Rebeca Carrión, de quien es la cita precedente, dice: “La religión peruana *exalta las fuerzas cósmicas y a los dioses de la fertilidad*. Se inspira en el anhelo vital del indio de obtener abundancia de alimentos...”²²⁴.

LA COSTA, EL PAIS DE LOS MUERTOS

Relacionada con la leyenda de las islas, ya expuesta, que dice que las almas iban a las islas para gozar del reposo eterno, conducidas por lobos marinos o perros *alcos* y a través de puentes finísimos de cabellos humanos trenzados, el arqueólogo alemán Heinrich Ubbelohde-Doering sostiene la sugestiva tesis que considera que la *Costa*, sobre todo la *estrecha franja situada directamente frente al mar*, fue durante buena parte del pasado del Perú *el país o la tierra de los muertos*. He aquí una síntesis de la tesis.

Durante los siglos XI al XVI de nuestra era, florece a todo lo largo de la Costa “una rica civilización de oasis con irrigación artificial y grandes ciudades, como Chan Chán, en el reino Chimú”. Los edificios religiosos son escasos. En cambio, durante el mile-

nio anterior, todas las edificaciones importantes, las más nobles y conspicuas, "son de *carácter religioso* o pertenecen a centros culturales, grandes o pequeños". Contrariamente al período final, anterior a la llegada de los españoles, no hay en este milenio poblaciones *profanas*, por así llamarlas. Por lo menos, hasta el momento la exploración arqueológica, aunque exhaustiva, no las ha encontrado en ninguna parte del litoral. Subraya Ubbehlode-Doering: "Construcciones religiosas, incluso de reducidas dimensiones, y aunque sean de los períodos más primitivos, se hallan por toda la Costa; edificios para el culto y sepulturas"²²⁵, *pero no hay de otro tipo*.

La Costa fue, entonces, durante mil años —primer milenio de la era cristiana— *el país de los muertos*, región dedicada *exclusivamente al culto*; región de templos. "Por eso considero posible dice el arqueólogo alemán sostenedor de la sugestiva tesis —que en los *mil años* que precedieron a las civilizaciones tardías, *el desierto costero peruano fue, ante todo, un país de difuntos y de dioses*, en cuya tranquila soledad los pueblos de la Sierra dispusieron las fosas para sus muertos y donde levantaron pirámides y terrazas escalonadas *para aquellos de sus dioses que estaban relacionados con el mar*"²²⁶.

Repite más adelante, reafirmando la idea fundamental de su tesis: ". . . la Costa fue en los tiempos antiguos una *tierra consagrada a los difuntos y a los dioses* . . .".

Advierte, sin embargo, que esta afirmación no debe tomarse en forma absoluta porque durante el primer milenio de la era cristiana hubo en la Costa, innegablemente, algunos centros de población importantes (Nasca, por ejemplo, en el departamento de Ica). Pero, en todo caso —y en favor de la tesis—, estos centros poblados no fueron geográficamente autónomos, ya que, sin duda, florecieron estrechamente ligados a la Sierra, como apéndices demóticos de grandes agrupaciones radicadas en las tierras altas a ellos vecinas. (Cree, así, Ubbehlode-Doering que Nasca, como centro poblado, tuvo relación de dependencia con un Tiahuanaco primitivo, cuya existencia es hipotética).

Paracas es el mejor ejemplo, según el arqueólogo alemán, para ilustrar la idea de *la Costa, país de los muertos*. Los que enterraban en Paracas no eran hombres del lugar —dice Ubbehlode-Doering— sino de la Sierra, indudablemente.

En cuanto a Mochica, su caso no desdice la hipótesis, porque posiblemente tuvo raíz en la Sierra, tal cual Nasca, como lo sugiere el hallazgo, que cita el autor, de cerámica del más puro estilo norteño asociada con arquitectura de fina cantería, probadamente serrana, en un yacimiento en el valle alto —ya en la Sierra— de Chicama.

Pacatnamú brinda, también, un buen ejemplo en apoyo de la hipótesis. Las ruinas de este nombre, en la boca del río Jeque-

tepeque, lamidas por el mar, corresponden a un *gran centro de cultura religiosa*, "con más de sesenta pirámides y terrazas escalonadas del más diverso tamaño". Reafirma esta vasta ciudad en ruinas la "supremacía de la religión y del culto . . . en la Costa".

La existencia de *conjuntos piramidales* en Pacatnamú, de diverso tamaño, no puede tener sino una explicación, dice Ubbelohde-Doering: "Procedentes de una vasta región circundante, de numerosos valles situados en las serranías, comunidades grandes y pequeñas, tribus y naciones, *enterraron a sus muertos cerca de la orilla del mar*, consagrándoles, a pesar de su origen diverso, objetos de idéntico o parecido estilo que colocaron en las sepulturas . . ." ²²⁷. Dominó en las ofrendas el estilo *mochica*.

La práctica de muchos sacrificios, sustenta la idea. En las *tumbas frente al mar* se hallan en gran cantidad restos de *sacrificios de llamas*. Esto hace pensar en procesiones o cortejos fúnebres bajando de las sierras inmediatas, con destino a los *llanos marítimos*, para inhumar los cadáveres.

Los huesos de llamas aparecen con innegable *significación simbólico-religiosa*, tanto en las tumbas del Norte (en Pacatnamú, por ejemplo) como en los cementerios Nasca, en el Sur.

La llama es un animal típico de la Sierra, de las tierras altas, y consecuentemente impropio de la Costa, a la que llega solamente arreada por el hombre. Hay que pensar, por lo tanto, ante la inmensa cantidad de restos óseos de llamas sacrificadas en las tumbas y en el contorno de los edificios que estuvieron dedicados al culto, en *nutridos cortejos fúnebres*, verdaderas *procesiones multitudinarias*, bajando solemnemente de las tierras altas a los llanos marítimos, *al encuentro del mar*, para, muy cerca de la orilla, enterrar a sus hombres prominentes, segregados ya del mundo de los vivos. Con estas procesiones fúnebres, bajaban también grandes rebaños de auquénidos, a cargo de sus cuidadores, y estos animales, a la hora costernante del enterramiento, eran, según un rito milenario, sacrificados para contentamiento de los dioses y demanda de reposo para el difunto.

¿Por qué enterraban en la Costa y no en la Sierra? Sin duda, porque los pueblos de la Sierra consideraban a la Costa, por *su proximidad al mar*, como una *tierra mágica de difuntos*, "donde, según sus creencias, se producía la transfiguración del cadáver en nuevo ser" ²²⁸.

Después, *por el año 1000 de nuestra era*, vino la ocupación común de las tierras de la Costa, hasta cerca del mar; la ocupación para la agricultura, vale decir, con un propósito fundamentalmente económico, ligado a la subsistencia de los grupos avecinados en los valles y desligados de la Sierra. En consecuencia:

durante toda una época *la Costa es la tierra de los muertos*; los habitantes de la Sierra bajan a ella para enterrar sus cadáveres *frente al mar*; no tiene significado económico sino puramente *simbólico-religioso*. Después, viene el *aprovechamiento económico*, que señala una nueva época, distinta a la anterior. "Los habitantes de las sierras . . . empezaron a descender . . . y penetrar en *el país de los difuntos y de los dioses* para cultivar sus campos entre templos y cámaras mortuorias . . .".

Durante esta segunda etapa, se agregan *elementos foráneos*, según todas las presunciones *llegados por mar*. Dice Ubbelohde-Doering: ". . . desembarcaron nuevos hombres del mar y levantaron sus mansiones divinas, como cerca de Lambayeque, en el Norte, donde *Naymlap*, el extraño rey, apareció con su corte en una *flota de balsas* y fundó una dinastía. Todavía hoy *no podemos decir con seguridad de dónde procedía*. Pero, estos *forasteros del mar* eran pocos en comparación con los indígenas de la Sierra, y llegaron relativamente tarde, seguramente después del año 1000 d. C. Así se formaron las *civilizaciones costeñas tardías de dos componentes*: los *elementos serranos* y los *costeros o marinos*. Los primeros, procedentes del Este, eran cuantitativamente mucho más numerosos y antiguos. En cuanto a calidad, resulta difícil aquilatar los dos factores étnicos. *Sin el que procedía del mar, la civilización costera del antiguo Perú en los últimos siglos antes del descubrimiento, no hubiera sido lo que fue*"²²⁹.

Termina de exponer su atractiva hipótesis el conocido arqueólogo de Stuttgart y gran conocedor del arte precolombino americano, poniendo énfasis en el *origen serrano de la civilización peruana*: de la Sierra —expresa— descendió la mayor parte de las civilizaciones del antiguo Perú y sus estilos artísticos. Este punto de vista abona la *teoría andina* del sabio descubridor de la cultura Paracas. Dice: "La gran importancia atribuida por Tello a los Andes . . . está justificada en muchos aspectos". Pero, el haber considerado a la Costa como el *país de los muertos y de los dioses*, tierra, por ende, sagrada, digna de la mayor reverencia, objeto, en sí misma, de culto, le da una significación especialísima a esta región, dentro de un concepto *mágico-religioso* del mundo.

EN PRO Y EN CONTRA

La tesis de Ubbelohde-Doering ha tenido, y tiene, seguidores y detractores. De su lado se ponen muchos, unos *abiertamente*, otros con recato limitativo, comulgando sólo en parte con los puntos de vista del excavador de Pacatnamú. Los que están en contra esgrimen respetables razonamientos.

Valcárcel, en un trabajo del año 1939, siguiendo a Guamán Poma de Ayala, ya insistía, mucho antes por lo tanto que el mismo arqueólogo alemán de nuestra exposición, en el *carácter sagrado de la Costa, como región terminal del mundo* por su *contacto con el mar*: tierra de muertos a la que bajaban los indios de la Sierra portando, en cortejo fúnebre, a sus difuntos para darles sepultura. Comentando al autor de la *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, manifestaba el distinguido maestro universitario: "Huamán Poma dice que en el litoral del Pacífico, los muertos eran descarnados y destripados y que lo que amortajaban eran los huesos. Es presumible que los cuerpos momificados que se descubren al excavar los cementerios costeros correspondan a personas traídas muertas y ya conservados sus restos a enterrar en las arenas de la *playa marítima* . . . Es evidente que esto aconteció con gran frecuencia porque se creía entre los serranos que *el límite del mundo estaba en la orilla del océano y que allí se encontraba el territorio de los muertos*"²³⁰.

Del mismo Valcárcel es esta otra referencia, en la que se subraya el carácter sagrado de la región de la Costa según la concepción mítico-religiosa de los pobladores del litoral y también de los serranos. Dice: "Las condiciones geográficas del Perú lo predestinaban al aislamiento y a la clausura en relación con el resto del hemisferio. Era un inmenso compartimiento cerrado por límites infranqueables: el acceso por el mar ofrecía serias dificultades para una navegación incipiente. *La Costa venía a ser, de este modo, el fin del ecúmene, la tierra de los muertos, la puerta del Sol*"²³¹.

Otro estudio de Valcárcel es muy favorable a la tesis de Ubbelohde-Doering, y puede anteceder a los trabajos publicados por el arqueólogo alemán. Por lo demás, este estudio está en concordancia con las ideas del mismo Valcárcel contenidas en diversos libros y artículos, ideas que proclaman su posición indigenista (serranista) en lo social e histórico.

La Costa —sostiene— no tuvo papel en la gestación de la cultura original peruana. La Sierra fue la cuna de la cultura, desde sus primeros brotes. La Costa, como ya lo decía en su trabajo de 1939 acabado de citar, *fue al comienzo tierra de los muertos*, vasto cementerio aprovechado por las comunidades y naciones de la Sierra para el enterramiento de los muertos. Después, *tierra colonizada* por los emigrantes serranos. Toda la cultura que en ella se desarrolló fue *mero trasplante de la cultura serrana*.

He aquí unos conceptos del autor de *Tempestad en los Andes*: "Los valles del *litoral marítimo* fueron colonizados por los agricultores serranos": las plantas de cultivo, los trabajos de irrigación con canales y grandes obras de aprovechamiento, la técnica agronómica, el arte de la cerámica y del tejido en todas sus

formas, etapas y modalidades, la técnica en sus múltiples usos y en sus diversos grados de perfeccionamiento: todo, en una palabra, fue serrano y prosperó en la Costa por simple trasplante.

Aunque esta idea, necesita ser revisada, aporta un concepto interesante en torno al problema que venimos tratando. Dice Valcárcel: "Probablemente los muertos extraídos con su magnífico ajuar de las tumbas de Paracas no son sino los *señores andinos* que mandaban tejer suntuosos mantos funerarios de la fina lana de las alpacas criadas en las grandes dehesas de Parinacochas. Enterrados en el desierto, estaban seguros de conservar indefinidamente sus cuerpos . . ."²³²

Felipe Cossío del Pomar, historiador del arte, participa de las mismas ideas de Valcárcel: subordinada a la Sierra en lo político, prácticamente una dependencia de las tierras altas, la Costa es, en lo que se refiere a la concepción del mundo, *la tierra de los muertos y de los dioses* y, por ende, *la tierra sagrada*, digna de reverencia y culto, *siendo ésta su naturaleza por su proximidad al mar*. El mar, entonces, modifica la substancia de la Costa, *la transfigura y sublimiza*, la eleva a un plano por ninguna otra tierra alcanzado. No es tierra común; es tierra para el descanso eterno, hecha para residencia de los espíritus.

"¿De dónde proceden los resecos cuerpos —se pregunta Cossío del Pomar— encontrados en las Necrópolis y en las Cavernas [de Paracas]?"

Se responde: "Creemos que Paracas es simplemente otro *lugar de muertos*, como Ancón, donde se repite la antigua costumbre de escoger *lugares sagrados* para el reposo de los altos dignatarios. Príncipes o sacerdotes procedentes de culturas anteriores a nuestra era; escenario . . . que nos sugiere una *doctrina geomántica secreta*²³³, doctrina cuya tarea más importante es la de sepultar a los antepasados. Con esto se cumple una misión religiosa y se da seguridades al pueblo para la vida eterna. Jefes y sacerdotes tienen la obligación de hacer descansar a las gentes ilustres en *lugares respetados por las fuerzas invisibles y dañinas*"²³⁴.

El mar determina la condición sagrada de la Costa; modifica la substancia común y la torna distinta: una tierra, no para los ajetreos pedestres del hombre —establecimiento en poblados o ciudades, cultivo de los campos para la subsistencia de la comunidad, etc.— sino para morada de los espíritus, los que exigen respeto de los seres supérstites.

La faja ribereña colindante con el mar, saturada del aliento marino, unida a la vasta superficie líquida por las notas dominantes del paisaje, que es uniforme e inconfundible, *es el lugar sagrado por excelencia*, el lugar ideal para la inhumación de los cadáveres. Pero, ello no sólo por las características físicas de tal faja ribereña, que permiten la momificación natural de los cuerpos inertes y, por lo tanto, su completa conservación sin

necesidad de un cuidadoso embalsamamiento, sino —y esto es lo fundamental— por la *transfigurante proximidad del mar*, que da carácter sagrado, venerable a todo lo que de él participa.

La interpretación de los hechos —cementerios inmensos frente al mar, en Paracas y Ancón, entre otros—, por lo tanto, debe basarse más en consideraciones de orden *mágico-religioso* que en consideraciones derivadas de la singular conducta del clima de la Costa. Sin duda, el clima de la Costa —seco, sin lluvias, típicamente desértico, que en el arenal sume los cadáveres en breve lapso, momificándolos en su totalidad *sin intervención de técnica alguna*— fue un factor coadyuvante que impulsó a los pueblos del Perú antiguo a creer en la singular naturaleza de la tierra costeña; pero, la razón principal y determinante en grado mayor fue otra: *la idea mágico-religiosa de que el mar comunica a la tierra marginal que baña, parte de su naturaleza sagrada. El mar es el hondo, el gran receptáculo del mundo, el asidero de los espíritus, la cavidad extraña e inexplicable a la que, junto a los dioses, van a parar todas las inmundicias, los pecados y las iniquidades de los hombres. En el mar reside el creador, Viracocha, y al mar, todos los días, va a engolfarse el Sol. El mar es la prodigalidad suma pero también la amenaza mayor, porque da de comer con abundancia y destroza las pequeñeces que los hombres instalan en sus bordes. ¿Qué más para mostrar su grandeza divina, para aparecer ante los ojos de los pobres hombres como algo fuera de lo común?*

Pero, un paisano y colega de Ubbelohde-Doering no está de acuerdo con él. Decididamente, Hans D. Disselhoff, ex-Director del Museo de Berlín y peruanista ilustre, se declara contrario a la idea de una *Costa, país de los muertos*. No, dice a las elucubraciones del arqueólogo de Stuttgart; y, en busca de apoyo, recurre a trabajos muy valiosos de Rebeca Carrión, sustentadores de su posición. “Se ha pretendido —dice— que estos lugares completamente áridos” (se refiere a Paracas y Ancón, por ejemplo) “no han sido poblados jamás; que no habían sido en el pasado más que un *país de los muertos*, alejado de la tierra de los hombres y a donde debieron llevar los cadáveres de las gentes de categoría . . . punto de vista que parece confirmado por las grandes cantidades de momias encontradas . . .”²³⁵. “Pero, Rebeca Carrión Cachot ha expuesto buenas razones para *contradecir esta teoría*”, recordando que los indios de la antigüedad acostumbraban a enterrar a sus muertos cerca de sus moradas, regla que casi no conoce excepción en todo el Perú de antes de los españoles. Por consiguiente, junto a las grandes necrópolis de Paracas y Ancón, por citar tan sólo dos entre otras muchas, existieron densos centros demóticos, en los que la vida pululaba y era activísima con grupos dedicados a la pesca y otros a las industrias (textil, alfarera, canastera, etc.). El silencio, la quietud,

eran, pues, relativos en esos lugares, porque a un paso de los cementerios estaban las poblaciones. "Además, la existencia en los parajes de que estamos hablando de numerosas habitaciones subterráneas" (como en Paracas) "así como capas de restos recubiertos por la arena llevada por el viento, invalidan también la hipótesis gratuita de un país de los muertos en donde los hombres no hayan vivido jamás . . .". Termina Disselhoff afirmando: "Este desierto pudo haber sido cultivado . . .", con lo que reafirma su posición abiertamente contraria a la idea de la Costa silente, yerma y deshabitada, reservada a los moradores del otro mundo²³⁶.

En abono de la posición de Disselhoff, hay que volver a mencionar los trabajos de Frederic Engel, ya expuestos en el capítulo cuarto, sobre la gran ciudad desenterrada de Paracas, que albergó a miles de almas. Engel, como se recordará, ha estudiado el problema de la *arqueología de las zonas áridas* y demostrado que el hombre de la antigüedad aprovechó ventajosamente las napas, de las cuales vivió. Advierte que no es de extrañar que vestigios de grandes concentraciones humanas, desde la lejana época del precerámico, se hallen hoy en medio de los desiertos costeros, donde ni cae lluvia del cielo ni corre el más ligero hilo de agua por las quebradas. El caso de Ancón está, igualmente, en parte por lo menos dilucidado: no fue sólo cementerio sino un importante centro poblado, en el que la vida conoció todos los afanes de las urbes más activas y en el que, por siglos y hasta milenios, la presencia del hombre —dedicado a la pesca y a diversas industrias de taller— nunca dejó de faltar. Ancón registra en sus tesoros arqueológicos pruebas de una ocupación permanente desde antes de la invención de la cerámica. En torno a la bahía de aguas apacibles, la ciudad y los cementerios estuvieron lado a lado o yuxtapuestos.

EL CAMINO HACIA EL SOL:

UNA LEYENDA SOBRE EL PAIS DE LOS MUERTOS

Hay una leyenda que inmortalizó Abraham Valdelomar, que parece inspirarse en la concepción anteriormente expuesta de *la Costa, país de los muertos*. La tituló el gran escritor *El camino hacia el Sol*, y salió al público en 1921, en un pequeño y modesto libro de cuentos sobre temas incaicos, titulado *Los hijos del Sol*, una de las joyas heredadas por la literatura nacional del fundador del grupo *Colónida*.

En la leyenda, los indios de la Sierra abandonan sus lares amados ante la llegada de una terrible hueste extranjera, que ha derrumbado el imperio y profanado los templos. Huyen los indios hacia la Costa, porque quieren alcanzar al Sol, el padre

todopoderoso que jamás les ha negado ayuda. Pero, en la Costa se enfrentan a la tremenda realidad de que la salvación es imposible. Entonces, deciden morir para no entregarse a los vencedores que ya están encima, y la Costa, por este aniquilamiento masivo, se convierte en la sepultura de un gran pueblo. A la orilla del mar, los quechuas se inmolan y, por turno, los vivos cavan fosas para los que mueren. Queda al final una pareja, y el hombre, tras dar de beber el veneno a su amada y enterrarla, *avanza al mar y desaparece en sus aguas*.

En la leyenda, la Costa es la tierra sagrada para los muertos; el dilatado cementerio para los indios bajados de la Sierra. El mar es como un altar ante el cual la humanidad andina se sacrifica para no caer dominada por los extranjeros.

Mucho antes que el arqueólogo, el poeta desarrolla la misma tesis.

El siguiente es un resumen de la leyenda, con algunas transcripciones textuales²³⁷:

Los *chaquis*, corriendo desde el norte, anuncian a los *quechuas* la llegada de los hijos de *Supay*, los extranjeros. En medio de una confusión espantosa del pueblo agolpado en la gran plaza, y entre lamentaciones y gritos, el Curaca anuncia la destrucción del imperio.

El *Tucuiricuc* dice:

—Ya no tenemos *Inca*. Es preciso buscar el amparo del Sol. Los enemigos vienen. Llegarán pronto. Preparad vuestros menesteres y esperad las órdenes del Curaca.

Deciden entonces abandonar el pueblo, la tierra amada del linaje y de los remotos antepasados, e ir a donde el Sol va todas las tardes.

—Vamos en pos del Sol. El no nos abandonará. El nos recibirá en sus mansiones.

—¿Y quién conoce el camino para llegar al Sol?

—El Sol está detrás de las montañas . . . más allá de las *punas* . . . donde existe *un gran río sin orillas* . . .

Entonces, al despertar el día, el pueblo entero, con sus menesteres, se pone en marcha, "hacia el remoto país ignorado".

Días y días de marcha incesante, por el camino inmutable del Sol. Todo lo abandona el pueblo por ir al Sol.

Por fin, una tarde, los mozos que abrían la marcha divisaron desde unos cerros, en la lejanía, el *mar*, y todos reunidos en la cumbre gritaron esperanzados:

—¡*Cocha!* ¡*Cocha!* ¡*Cocha!*

"Todo el pueblo ascendió y pudo contemplar . . . algo que no había imaginado. Una laguna enorme, una laguna sin orillas, suavemente azul, se distinguía a lo lejos. Era sin duda alguna la de la casa del Sol. La famosa laguna de la que hablara el

Curaca y hacia donde se encaminaba para acostarse todas las tardes el Sol . . .”.

“Pero, el entusiasmo del pueblo desapareció súbitamente. ¿Cómo irían ellos a atravesar ese inmenso río, para poder llegar a donde estaba el Sol?”.

Mas, confiaron que el Sol, padre bondadoso, vendría a ellos, a socorrerlos; y así “acordaron esperar, convencidos de que el Sol no los abandonaría”.

Consumieron todos sus alimentos, gastaron la paciencia, y los quechuas entonces, a la orilla del inmenso mar, se sintieron en el desamparo, vencidos, abandonados por el Sol, su Gran Padre, y dudaron de él, lo que nunca habían hecho, pensaron que probablemente el dios de los recién llegados era más poderoso.

Decidieron, entonces, hombres y mujeres, niños y ancianos, allí mismo, a la orilla del mar y frente al palacio del Sol que no podían alcanzar, darse muerte y enterrarse. Y unos enterraron a los otros; y al final quedó una pareja. Ella bebió el veneno que estaba en el cántaro y fue enterrada por su amante; y él, se hundió en las olas atraído por una luz misteriosa.

NAVEGACION DE ULTRATUMBA: BALSAS Y VELAS PARA LOS ESPIRITUS

Trabajando Uhle en los cementerios de Arica²³⁸, encontró una pequeña *embarcación* que creyó en un principio que era una *balsa de juguete* (llamó al extraño objeto, de reducidas dimensiones, *balsa als Kinderspielzeug*: “balsa como juguete para niños”). Más tarde, halló otras *balsas en miniatura*, que conservaban, todas, los fuertes amarres entre los tronquitos. Revelaban un trabajo delicado por el tamaño pero sólido por el fuerte ajuste de sus cuerdas, demasiado fuerte para juguete.

Pronto vio el sabio arqueólogo que, contra la creencia de que se trataba, de simples juguetes, muchas de las balsitas no aparecían en las tumbas de los niños y sí, en cambio, con frecuencia, en las *tumbas de los adultos*. También observó que se presentaban, por lo general, *asociadas a instrumentos de pesca*. Fue, entonces, cuando Uhle borró de su mente la idea primera, de la *balsa-juguete*. No podía ser esa la finalidad de tales objetos.

Modernamente, la interpretación de los hallazgos de Uhle en las tumbas de Arica, lleva por dos caminos: el primero, que se trata de *modelos* (maquetas) para la construcción de balsas grandes, de verdad. No es una meta convincente. El segundo camino sugiere que se trata de *embarcaciones para los espíritus*. Esta suposición se basa principalmente en el hecho de haberse encontrado una *balsa pequeña*, en miniatura, *con vela*, conteniendo la *momia de un feto*. Supónese, entonces, que los habi-

tantes prehistóricos de Arica, de los primeros siglos de nuestra era, según la cronología que les fijó el propio Uhle, enterraban a sus muertos —a sus muertos de cierta categoría, se entiende, incluyendo a veces párvulos y aun fetos— agregando en el conjunto del ajuar funerario *una pequeña embarcación del tipo más común de la región* (que era la balsa), *en la creencia de que el espíritu del difunto usaría dicha embarcación para viajar al reino de ultratumba. El reino de ultratumba estaba allende el mar, quizá en las islas, como se explicó anteriormente, quizá más allá del horizonte, en la lejanía.*

Algunos autores, entre los que se cuentan principalmente los partidarios de la teoría de la comunicación transoceánica, advierten que no es exclusiva del pueblo de Arica esta creencia en el *viaje por mar, en balsa a vela, del mundo de los vivos al mundo de los desaparecidos*. Entre los islenos de la Polinesia, por ejemplo, se cuentan creencias similares. Heyerdahl menciona el caso, relatado por Shand, de los nativos del grupo de las islas Chatham, los *mорийis*, que fabrican unas barquitas para el viaje *tras la huella del Sol*, por mar, de los espíritus.

El citado Heyerdahl, empeñado en probar la vinculación de los polinesios con los americanos, recuerda que Reiss y Stuebel, en Ancón, y Wiener, en Chancay, hallaron en las tumbas, acompañando a los fardos funerarios, unos extraños objetos que siempre han excitado la curiosidad de los arqueólogos²³⁹. Según la descripción de los dos primeros, quienes trabajaron en los arenales de la pintoresca bahía el año 1874 (afanados en contrarrestar la destrucción despiadada de los *huaqueros*), estos objetos están constituidos por cañas tendidas paralelamente y atadas a palos transversales, con cubierta por delante de tela de algodón. El conjunto tiene forma cuadrada y parece apoyarse sobre un palo más largo que se extiende ligeramente por encima de la estera. Este palo es como un mástil y siempre en las tumbas fue hallado clavado en el suelo, cerca de alguna momia.

Heyerdahl se aventura, en un plano puramente especulativo, a decir de estos extraños e indefinidos objetos funerarios, que son *velas para los espíritus*. Se basa no sólo en la forma del conjunto sino en la decoración que aparece en la parte frontal de la tela. Dice: "La deidad reproducida con líneas convencionales al centro generalmente, está rodeada por todos los poderes elementales *que ayudan al navegante primitivo*, o sea, los cuerpos celestes y, a la orilla, las olas del océano, todos familiarizados en ideogramas y diseños que son comunes al arte simbólico y ornamental peruano . . ."²⁴⁰

Para terminar esta parte de la *navegación a ultratumba* y tocante al punto de las *velas para los espíritus*, hay que agregar que las figuras centrales de las telas halladas en Ancón y Chancay —generalmente, un dios antropomorfo estilizado (geome-

trizado convencionalmente)— guardan un notable parecido con las figuras de algunos petroglifos de la Polinesia, según ha llamado la atención el mismo Heyerdahl; figuras que se caracterizan por el “cuerpo triangular no unido en las caderas”. Aunque algo apartados del patrón básico, que podría ser, quizá, un arquetipo, hay también dibujos de piedra del mismo sistema estético, como los hallados en Colombia y Brasil. Este *similar sistema estético* podría explicarse por un proceso de difusión que comprendió parte de América y parte de la Polinesia, según quieren (o pretenden) los difusionistas de la teoría transpacífica, con Heyerdahl a la cabeza, cada vez menos vapuleados y cada vez más atendidos, aunque los adversarios exhiban todavía coraza impermeable a las proposiciones revolucionarias.

ACTOS PROPICIATORIOS, CEREMONIAS Y FIESTAS PUBLICAS

Los pueblos de la Sierra, durante el imperio especialmente, cumplían diversos actos, unos de carácter privado, otros en la esfera pública, en cuya doctrina se enlazaban estrechamente las ideas que los indios tenían sobre los males del alma, los males del cuerpo, la divinidad suprema, las calamidades públicas que a veces asolaban a los *ayllus* y regiones, y la agricultura, *con el mar*.

El mar, como ya se vio al comienzo de este capítulo, además de morada de Viracocha y, por consiguiente, además de *cosa sagrada y divinidad en sí mismo*, era, para la mente del indio, tanto de la Sierra como de la Costa, extraña e inexplicablemente, el *averno*, es decir, una especie de infierno al que iban a parar todas las cosas malas de la tierra, todas las enfermedades e inmundicias, así del alma como del cuerpo, las pestilencias y las iniquidades. Era el *hondo* insondable, repositorio de los espíritus maléficos.

Practicaban los indios con frecuencia un *acto de lavatorio*, en el ámbito estrictamente privado, para librarse de los males del cuerpo y del alma, y arrojaban tales males a las corrientes de agua, ríos y arroyuelos, en la creencia de que esas aguas, llevando los males dejados, los botarían en el mar lejano. De esta práctica traen información varios cronistas. Cobo, por ejemplo, refiere que “cuando el enfermo podía ir por su pie a alguna junta de ríos, le hacían ir allá, y le lavaban el cuerpo con agua y harina de maíz blanco, diciendo que allí dejaba la enfermedad”²⁴¹.

Se apoya esta práctica en el principio mágico-religioso de que *todas las corrientes de agua van a parar a la mar* y que el mar es el depósito hecho por el creador para guardar todos los males.

Ninguna agua, ni de río ni de lago, corriente o estancada, escapaba a este destino de todas las aguas del mundo. Lo dice con énfasis Zárate²⁴²; todos los ríos van a la mar, incluso los de curso desconocido. El mismo lago, inmenso y venerado, de leyenda, casa de dios, llamado Titicaca, desagua en el mar. Por el río Desaguadero, sus aguas van a una laguna pequeña (Poopó), y las aguas de ésta, "créese que *van por debajo a la mar*".

La muerte de un pariente también exigía, como precaución, un acto de *lavatorio*, para arrojar de la casa o de la comarca la pestilencia producida por el deceso. Pedro de Villagómez lo relata: "En algunos pueblos de los *llanos*, diez días después de la muerte del difunto, se junta todo el *ayllo*, y parentela, y llevan al pariente más cercano a la fuente o corriente del río, que tienen señalado, y *le zabuyen tres veces*, y lavan todá la ropa que sea del difunto..."²⁴³. La creencia, en este caso, se repite: las aguas del río o fuente lavan los males y los llevan al mar.

Polo de Ondegardo explica que el *lavatorio* lo practicaban no sólo los enfermos, los que tenían un mal metido en el cuerpo o en el alma, sino también, para prevenir desgracias, los sanos. Dice: "Suelen . . . en diversas partes, así de los *Llanos* como de la *Sierra*, o *estando enfermos* o *sanos*, irse a lavar a los rios, con ciertas ceremonias, creyendo que con esto lavan las ánimas de los pecados, y *que los lleven las aguas* . . ." ²⁴⁴.

Igualmente explícito en la descripción de esta práctica es el Padre Murúa, quien recalca la fe que los indios tenían en el poder de las aguas, tanto para purificar las almas de los pecados cometidos como para arrojar del cuerpo las enfermedades. Dice "que con esto *lavan las ánimas de los pecados* . . . y que creen que desta manera quedan *purificados y limpios de pecados o enfermedades* . . ." ²⁴⁵.

Estuvo tan extendida esta costumbre, que los indios llegaron, con el tiempo y la fe creciente en el poder purificador de las aguas, a reverenciarlas. Cuenta el licenciado Polo de Ondegardo: ". . . había indios señalados para hacer sacrificios a las fuentes, manantiales o arroyos", tanto de las chacras como de los despoblados. "Al encuentro de dos rios *hacen particular reverencia y veneración*, y allí se *lavan para sanar* untándose primero con harina de maíz, o con otras cosas, y añadiendo diferentes ceremonias . . ." ²⁴⁶.

OFRENDAS AL MAR PARA VIRACOCHA

En el segundo mes del año, llamado *Camay*, había en la época del imperio una fiesta muy suntuosa y de gran religiosidad, que consistía en arrojar al río principal de la comarca, en presencia

del Inca, ofrendas especialmente preparadas, para que el río, con la ayuda del viento, *las llevara al mar, donde residía el hacedor supremo*. Esta ceremonia, que era una de las principales del calendario litúrgico del Cusco, tiene en su raíz, como fuente de motivación, la idea, ya tantas veces dicha, de que *el mar era la gran sepultura del mundo, el gran recinto de los muertos, la morada de Viracocha* además; al que se llega por el camino de todos los ríos, que tarde o temprano descargan en él. Por lo demás, coincide la doctrina de esta ceremonia con la costumbre, que fue tanto de los pueblos de la Costa como de los de la Sierra, de instalar sus cementerios cerca del mar, cerca de la gran sepultura del mundo.

Cobo ha dejado un relato cuidadoso de la *ceremonia de las ofrendas*, y en la parte de la oración que los oficiantes elevan a la divinidad, se hace *expresa referencia al mar*. He aquí la versión abreviada:

En el segundo mes del año, llamado *Camay*, había grandes fiestas en el Cusco dedicadas al dios Viracocha, con sacrificios de animales, las cuales se practicaban desde los tiempos de *Inca Yupanqui*, que las dejó establecidas a su muerte.

En el momento escogido de la Luna, que señalaba el tiempo preciso, se hacía un polvo litúrgico, moliendo en los *batanes*, las cenizas y carbones de los sacrificios y cuanto había sobrado de dichos sacrificios, como huesos y pellejos chamuscados y alguna carne quemada. Moliase todo con coca, flores del campo de diversos colores, ají, sal y maní quemado. Listo, parte del polvo se guardaba y *parte se llevaba al río*. Se bailaba y se bebía chicha ante las imágenes del Sol y de los otros dioses, y ya de noche, en presencia del propio Inca, con gran unción, *los doscientos indios portadores arrojaban al río toda aquella ceniza pulverizada*. Después, cumpliendo la orden del Inca, los doscientos indios portadores, dispuestos en ambas orillas del río, bajaban hasta el pueblo de *Tambo*. Llegados allí, decían esta oración en alta voz: "*Agua, tu eres parte para llevar estas cenizas hasta la mar al Viracocha, a quien las envía nuestra república; y así, rogamos al aire que te ayude, porque nosotros no podemos pasar de aquí*"²⁴⁷.

Pedían los indios portadores también que parte de las cenizas la llevase el río con igual dedicación a Inca Yupanqui, ya muerto, "como a inventor de aquella ceremonia", "porque él dejaba mandado al agua que la llevase a donde estuviese".

El mar de esta ceremonia, muy diferente al de los actos de lavatorio, era el *mar morada de los dioses y tumba de los grandes espíritus*.

LA FIESTA DE LA SITUA Y EL OPACUNA

En el calendario incaico, el mes llamado *Coya Raymi* (del 22 de setiembre al 22 de octubre), que comenzaba con el *equinoccio de primavera*, era el mes de las "grandes fiestas expiatorias nocturnas, llamadas *Situa*" (o *Situa Quis*, como dicen Betanzos y Fernández de Oviedo). Su objeto, en general —como dice Markham—, era "rogar al creador que le pluguiese librar al pueblo de enfermedades y apartar todo mal de la Tierra"²⁴⁸. La idea era que *el mar recogiese en su fondo los males*, que serían *llevados por los ríos*. Por eso, los *indios suplicantes*, constituidos en cuatro grupos —un grupo por región—, que eran indios destacados, pertenecientes a los más altos linajes y escogidos también de los *ayllos* reales, partían a la carrera hacia los cuatro puntos cardinales, deteniéndose en los ríos previamente señalados para la *ceremonia pública del lavatorio*, llamada *Opacuna*. Los *indios suplicantes del Sur* iban, veloces, hacia *Acoyapunco*, paraje llamado hoy *Angostura*, y se metían al río *Quiquisana*. Los que iban al Oeste, por las sierras espantables del Contisuyo, se bañaban, bajando su profunda quebrada, en las aguas del río *Apurímac*. Los que iban al Este, pasaban la meseta de *Chita* para alcanzar el *Vilcamayo* y sumergirse en *Pisac*. Finalmente, los que tomaban el rumbo Norte, hacia las cordilleras interminables interpuestas en el camino al *Chinchaisuyo*, terminaban su frenética carrera en otro río, y allí igualmente se metían para la solemne *opacuna*.

"*Suponíase —comenta Markham— que los cuatro ríos llevaban en sus aguas los males al mar*".

Garcilaso, Cobo, Polo de Ondegardo y Cristóbal de Molina *el Cusqueño*, traen informe detallado, con ligeras variantes, de esta famosa fiesta, que era una de las principales de las que se efectuaban en el Cusco en la época imperial. He aquí una versión abreviada, a base de los cuatro cronistas mencionados.

Cumplidos los preparativos, con animación general en el Cusco y pueblos circunvecinos, hacían su ingreso para tener una participación activa el *Sumo Sacerdote* y el *Inca*. Previamente, se llevaban al Templo del Sol las figuras llamadas *Chuquilla* y *Viracocha*, las que presidían los diversos actos en la ciudad²⁵⁰.

Toda la población intervenía, previo un riguroso ayuno de "vianda de *pescado* y carne"²⁵⁰.

Los forasteros, hombres deformados o tarados y los perros ladradores, eran sacados de la ciudad y llevados lejos; no podían participar ni estar cerca. Especial cuidado se tenía con los lisiados, siendo de toda necesidad que fueran despedidos los jorobados. Eran tan adversos al espíritu de la fiesta como los perros ladradores. Después, conforme relata Cobo, el *Inca*, con gran acompañamiento, iba al *Coricancha*, y allí en el momento que

determinaba la Luna, y a "grandes voces con hachos de fuego en las manos", pedía:

—“¡Enfermedades, desastres y desdichas, salid fuera de esta tierra!”.

Todos movían las antorchas y clamaban al unísono:

—“¡Vaya el mal afuera!”.

Se juntaba la población y gritaba frenética:

—“¡Vaya el mal afuera!”.

Las gentes, entonces, “sacudían sus mantas y ropas, como que con esto echaban el mal de sus casas”²⁵¹.

Del templo y atravesando la multitud, que formaba calle, salían los grupos compactos de los soldados seleccionados, con sus armas ceremoniales, alzadas, y dirigiéndose a la plaza, daban gritos de: “¡Las enfermedades, desastres, desdichas y peligros salid de esta tierra!”. Los grupos se dirigían al *utcu* o agujero ceremonial, donde vertían la chicha sagrada, y allí se apostaban, en rigurosa formación.

Comenzaba después la segunda parte de la gran fiesta. Soldados del ejército imperial, en número de *cuatrocientos*, divididos en grupos de *cien cada uno*, recorrían primero la ciudad, por sus diversos barrios, y luego salían de ella, en dirección a los cuatro puntos cardinales, en frenética carrera, hondeando —cuenta Garcilaso— “grandes hachos de paja tejida . . . en forma redonda, como bolas”, llamados *pancuncu*, ardiendo, lo que daba al paso de los tropeles una vistosidad extraordinaria. Así, con esos fuegos, los soldados desterraban de los barrios y de las casas, los “males nocturnos”.

Seguidos por la multitud, que no cesaba de gritar “¡Afuera los males!”, los soldados se dirigían por los caminos de la ciudad hacia sus destinos señalados: *cien miraban al Collasuyo* —dice Molina—, por donde se empina el Sol todas las mañanas; *cien a Poniente*, que es el camino del Chinchaisuyo; *otros cien vuelto el rostro al septentrión*, que es el camino del Antisuyo; y *otros cien, finalmente, mirando al Mediodía*.

Gritando “¡Vaya el mal afuera!”, salían a toda carrera hacia los puntos acostumbrados. Los que estaban destinados al Collasuyo, iban hasta el río *Quiquijana*, “y allí se bañaban ellos y las armas que llevaban” —dice el cusqueño Molina—. Los que salían corriendo por la ruta del Chinchaisuyo, que es el Poniente, llegaban, con los mitimaes del camino, hasta el río *Apurímac*, donde igualmente se bañaban y lavaban sus armas. Los del Antisuyo llegaban hasta el río *Pisac* y allí se echaban, bañándose. Los del Cuntisuyo llegaban al río *Cusibamba* y también se bañaban.

En realidad, no eran los mismos soldados salidos del Cusco los que llegaban a lugares tan distantes. Se combinaban los grupos como en la carrera de postas o en la marcha de los chas-

quis, y así, a trechos, esperaban los relevos, que recibían de los corredores agotados *sus armas y los males de que eran portadores*, y emprendían veloz carrera hasta el próximo grupo.

Llegando a los ríos citados, que eran las metas de la carrera, los soldados se arrojaban a sus aguas y procedían al baño o *lavatorio*, que es el *opacuna*²⁵².

"La razón porque se bañaban en estos ríos —dice Cobo— era por ser caudalosos *e ir entrar a la mar, para que llevasen allá las enfermedades*, que con estas ceremonias tenían creído las desterraban de la tierra"²⁵³.

Después, se untaban el rostro con una mazamorra llamada *sanco*, bebían chicha fina y comían lo mejor, tratando de pasar el día felices y contentos para que todo el año fuese igual.

Esta ceremonia se cumplía de noche. Al amanecer del día siguiente —agrega Molina—, "todos iban a las fuentes y ríos a lavarse, diciendo que saliesen las enfermedades de ellos; y acabados de lavar tomaban unos hachones de paja, grandes, a manera de bolas muy grandes, atados con unas cuerdas, los cuales encendían, y andaban jugando con ellos, dándose unos a otros . . ."²⁵⁴

Terminaban sacando de sus mausoleos los "cuerpos embalsamados [y] ricamente vestidos" de sus incas y las estatuas de sus dioses, en procesión. En los días siguientes, había sacrificios de llamas y llegaban al Cusco delegaciones de todos los pueblos comarcanos, las que eran portadoras, con gran reverencia, de sus *huacas* o ídolos. Tanto las momias imperiales como las imágenes de los dioses y las *huacas* lugareñas quedaban por varios días expuestas a la multitud.

Los que practicaban el *lavatorio* en la ciudad, tenían que derramar el agua envilecida de sus cántaros en los arroyos y ríos, porque "no era lícito derramarla fuera de los arroyos" para que "los males que con ella se habían lavado no se quedasen entre ellos, *sino que el agua corriente los llevase a la mar* . . ."²⁵⁵

Los que quemaban hachos para espantar los males, tenían, inservibles ya, que arrojarlos a los ríos y arroyos, "para que las aguas corrientes —repite Garcilaso— *llevasen a la mar los males*". "Si otro día —agrega el cronista— . . . cualquier indio . . . topaba en los arroyos algún hacho de estos, huía de él más que del fuego, porque no se le pegasen los males que con ellos habían ahuyentado".

Venía, finalmente, la borrachera general, con abundante comida, como en ningún otro día del año, todos amistaban de sus "pendencias pendientes" y riñas.

El mar de esta ceremonia, como el de los actos del *lavatorio privado* (pero muy distinto al mar de las ofrendas para Viracocha e Inca Yupanqui), era el *hondo tenebroso que guarda todos los males, las pestilencias y las iniquidades*, el mar oscuro

y abyecto, el *mar averno*. Anverso y reverso de una misma entidad cósmica por misterioso desdoblamiento de su substancia.

LA FIESTA DE LA SIEMBRA CON PESCADORES

En noviembre o diciembre se realizaba en la Costa la *fiesta de la siembra*. Había sacrificios de niños y gran reunión de los indios principales en los pueblos, con sus mujeres e hijos mayores.

Los señores de los pueblos formaban una banda y los *señores pescadores* de la comarca, otra. La *tierra* y el *mar* allí se daban la mano y resaltábase la colaboración de ambas partes.

Después, se bailaba con la participación de las mujeres y de los hijos, durando la fiesta varios días. Los pescadores contribuían con abundancia de *pescados sacados del mar*²⁵⁶.

LA FIESTA DEL AGRADECIMIENTO DE LOS BIENES RECIBIDOS

En el mes de diciembre, llamado *Camay Quilla* —refiere Cristóbal de Molina, *el Cusqueño*—, se realizaban grandes ceremonias en el Cusco, con la participación del Inca. En la culminación de las fiestas, se hacían sacrificios, quemándose “un cordero” (una llama) *cuyas cenizas eran arrojadas al río*. Lo que se quería al arrojar ofrendas al río del Cusco, era que llegasen, por intermedio de otros ríos mayores, *al mar*, en señal de agradecimiento a la divinidad por los bienes recibidos durante el año y de imploración por mercedes en el año nuevo.

Nuevamente aquí aparece el mar como lugar sagrado, venerable, morada de Viracocha.

Las cenizas del “cordero” quemado eran arrojadas al río que pasa por el Cusco, el pequeño llamado *Capimayo* y *Guacapancomayo*, “el cual baja de unas quebradas que están en lo alto del Cusco”. Hacían en este río canalizado “unas represas, a trechos, del agua, para tenerla reposada, no obstante que era invierno, para que con más fuerza llevase los sacrificios que en él se habían de echar”²⁵⁷.

Se reunía a uno y otro lado del río enorme cantidad de gente, con “todos sus géneros y maneras de comidas . . . gran cantidad de cestos de coca . . . todas las maneras de ropas . . . calzados . . . llautos y plumas que se ponían en la cabeza . . . ganados, flores, oro, plata y de todas las cosas que usaban . . .” y, además, “todas las cenizas y carbones que guardados tenían de los sacrificios. . .”; “todo lo cual echaban en el dicho río; y soltando la primera represa, bajaba con tanta fuerza que ella misma iba quebrando las demás, y llevando los sacrificios”.

Las principales ofrendas eran echadas al río una hora antes de la puesta del Sol, desde el lugar llamado *Pampapichupa*. Allí estaba el Inca, que también arrojaba ofrendas, y cumplida su oblación, mandaba al pueblo que siguiese el correr de las aguas con las cenizas y las otras ofrendas, hasta el lugar denominado *Ollantaytambo*, "que con el rodeo . . . será del Cusco diez leguas . . .".

"Había puestos, en parada, indios de los pueblos, por donde había de pasar, con hachos de paja . . . para que de noche alumbrasen, para que no se quedase ninguna cosa del dicho sacrificio en el río . . .".

Así, la turba de fieles, por las orillas, iba siguiendo, en cumplimiento de la orden del Inca, la corriente de las aguas, a toda prisa, hasta llegar al puente sobre el río de *Ollantaytambo*, "que es un río grande que va a la *Mar del Norte*"²⁵⁸. Allí se quedaba la turba, cumpliendo el último rito de la fiesta, que consistía en arrojar a las aguas del turbulento río dos cestos repletos de *hojas de coca*, llamados *pilcolongo* y *paucarongo*. A partir de allí, los sacrificios y ofrendas seguían solos, mientras los peregrinos se quedaban en *Ollantaytambo*, "bebiendo y holgándose, y haciendo el *taqui, chapay guallo*".

Allí terminaba la fiesta, desarrollada con gran movilización desde el Cusco. ¿Por qué las ofrendas al río? ¿Por qué el acompañamiento de los fieles, por tan largo como difícil recorrido, de las aguas llenas de ofrendas? ¿Por qué el interés, celosísimo, de que ninguna ofrenda quedara en el camino, que todas avanzaran por las aguas hacia su venerado destino? El propio Molina lo explica: "La razón porque echaban en el río estos sacrificios, era diciendo que pues el hacedor de todas las cosas les había dado tan buen año, tuviese por bien del venidero dárselo bueno; y que de aquellas cosas que les había dado, le hacían aquella ofrenda y sacrificio, porque no los tuviese por ingratos, suplicándole lo recibiese de su mano, donde quiera que estuviese; y *si acaso estaba en la mar*, que ellos llaman *mama-cocha*, lo recibiese donde quiera que estuviese; y *por esta razón echaban los dichos sacrificios en el río, diciendo los llevaría a la mar*"²⁵⁹.

Era ésta, pues, una fiesta de gratitud por los bienes recibidos, por la abundante cosecha, por el rico alimento, por la bondad de la tierra, por el tiempo apacible, por el agua bajada del cielo; pero, también, para implorar iguales o mayores favores y seguros beneficios en el año venidero.

Las ofrendas eran arrojadas al río, porque todos los ríos terminan en el mar, y allí reside *Viracocha*, el hacedor de todas las cosas. Ninguna ofrenda debía atracarse entre las piedras ni quedarse en los remansos; por eso, los peregrinos, a la carrera, seguían el curso de las aguas, hasta el lugar donde el río

pequeño del Cusco vaciaba en el gran río que se, interna en la selva, *con destino al mar*. El río de Ollantaytambo no era otro que el *Vilcanota*, más abajo llamado *Urubamba*, entonces conocido con el nombre de *Vilcamayo*, el río sagrado de los Incas.

El mar de esta nueva ceremonia vuelve a ser *el mar mórada de los dioses, residencia del hacedor supremo; substancia sagrada, venerada; Mama-cocha*.

EN LA CONFESION, LOS PECADOS IBAN A LA MAR

La confesión existió, especialmente entre los indios del *Colla-suyo*, para borrar los pecados. Era una *confesión auricular* y se cumplía en un lugar solitario, sin testigos, e imponiendo el confesor, que se llamaba *Ichuri*, *penitencias* al recurrente.

El penitente contaba sus pecados; ello lo hacía de una manera espontánea, pero el *Ichuri* tenía medios, —de los que luego se hablará— para saber si la confesión ha sido completa.

Dichos en alta voz, ante el *Ichuri*, que tenía en la mano un manojito de paja, los pecados transmigraban a dicho manojito, el cual, al término del acto, cuando la confesión era válida, era arrojado al río en cuya orilla confesor y penitente habían estado juntos. Los pecados, entonces, iban con la corriente hasta el fin del mundo, terminando *en el mar*. El mar se convertía, de esta suerte, como en otras ceremonias, en el sumidero de los pecados de los hombres, depósito de inmundicias del cuerpo y del alma.

La confesión del Inca revestía un carácter especial porque se realizaba ante el Sol, vicario de Viracocha para este acto, y terminaba con la ceremonia del *lavatorio*: por las aguas, los pecados iban hasta el mar, a hundirse en el antro.

Generalmente, la confesión era voluntaria pero se recomendaba ante una grave enfermedad o ante un peligro externo. Era obligatorio cuando el Inca o la Colla enfermaban y en la fiesta de las *huacas*.

Era secreta, con algunas excepciones a esta regla, y de ella participaban, por consiguiente, sólo el confesor y el penitente. Se requería para cumplirla, de un río. Por eso, los lugares apropiados para su realización, eran las orillas de los arroyos.

Los informes para su estudio proceden de la mayoría de las crónicas. Hablan de ella, con detalle: Cobo, Acosta, Valera, Arriaga, Murúa y Polo de Ondegardo. Describiendo el acto, el segundo de los nombrados dice: "En el Pirú tenían por-opinión, que todas las adversidades y enfermedades venían por pecados que habían hecho, y para remedio usaban de sacrificios; y ultra de eso, también *se confesaban oralmente* cuasi en todas las provincias, y tenía confesores diputados para esto, mayores y meno-

res, y pecados reservados al mayor, y recibían penitencias...; y este oficio de confesar también lo tenían las mujeres. En las provincias del *Collasuyo*, fue y es más universal este uso de *confesores hechiceros*, que llaman ellos *Ichuri* o *Ichuiri*. Tienen por opinión que es pecado notable, encubrir algún pecado en la confesión... y castíganlo con darle en las espaldas cantidad de golpes con una piedra hasta que lo dice todo... Los confesores tenían obligación al *secreto*, pero con ciertas limitaciones... No se acusaban de pecados o actos interiores...²⁶⁰

Cualquier sacerdote no podía ser *Ichuri*. Para desempeñarse como tal tenía que ser autorizado por un consejo o jurado de *cuatro amautas* u hombres sabios, y un *Hatun-vilca*, u obispo²⁶¹. El *Ichuri* ocupaba un rango sobresaliente.

La manera de realizarse la confesión, era la siguiente:

Confesor y penitente iban a un río, en cuya orilla se instalaban. "El confesor cogía con la mano un gran manojo de heno o esparto y lo tenía en la mano derecha, y en la izquierda una piedra pequeña, dura, atada a un cordel o encajada en el hueco hechizo de algún palo manual"²⁶².

Llamado por el confesor, el penitente se acercaba arrastrándose de pecho y confesaba todos sus pecados: idolatría, maledicencia, maldición, adulterio, asalto, impiedad, deshonor, fornicación, saqueo, homicidio, estupro, sodomía, mentira. Contradiciendo a Acosta, el Jesuita Anónimo indica que también se confesaban las malas intenciones.

"Confesaban enteramente cuanto entendían ser pecado... el matar... el hurtar... el descuido en la veneración de sus *guacas*... el quebrantar las fiestas o no solemnizarlas y el decir mal del Inca..."²⁶³

Era gran pecado esconder los pecados, y los confesores se afanaban por sacar de los penitentes todos sus secretos, hasta los más vergonzosos. El penitente tomaba de testigo de su confesión a los cerros, a los cóndores, a los buhos. Decía "Oidme, cerros... oidme, cóndores" y declaraba.

Mientras hablaba, el penitente tenía que cumplir con un requisito muy importante, que Arriaga describe así: "Y todo esto dice teniendo una cuentecilla de *mullu* metida en una espina con dos dedos de la mano derecha, levantando la espina hacia arriba, dice sus pecados, y en acabando la da al confesor, y él la toma e hincando la espina en la manta la aprieta hasta que se quiebra la cuenta, y mira en cuántas partes se quebró, y si se quebró en tres ha sido buena la confesión, y si se quebró en dos, no ha sido buena la confesión, y dice que torne a confesar sus pecados"²⁶⁴. Pedro Villagómez copia la versión de Arriaga en lo tocante al uso de la cuentecilla de *mullu*²⁶⁵. Fernando de Avendaño agrega algunos detalles: la confesión se hacía al pie de un río que se tenía señalado y el "penitente llevaba *mullu*,

que es una *concha de la mar molida, y paria*, que son unos polvos carmesies” y otras diversas ofrendas, todo lo cual “ponía por su orden sobre una piedrezuela llana, como casas de ajedrez” y tomando por testigos a los montes de los alrededores y a las llanadas, y a los cóndores y los buhos... decía sus pecados al confesor, el cual, al terminar la declaración de arrepentimiento, le “decía que se enmendase y se encomendase muy de veras a su *guaca*...”²⁶⁶.

Si el confesor sospechaba, por el examen de las entrañas de un animal, que el penitente no había dicho todo lo que tenía que decir, le golpeaba en la espalda con la piedra pequeña que llevaba en la mano izquierda, hasta conseguir una confesión buena.

Si la confesión había sido buena o el penitente completaba, a los golpes de piedra, su declaración, no dejando sin revelar ningún pecado, entonces los dos, el confesor y el penitente, “escupían en el manojito de heno o esparto” que el sacerdote llevaba en la mano derecha; “el confesor decía ciertas oraciones... maldiciendo los pecados y *echaban el manojito al río, y pedían a los dioses que lo llevaran al abismo* y allí lo escondiesen para siempre”²⁶⁷. *El abismo era el mar*, como en la ceremonia del *lavatorio* vista anteriormente. Tschudi lo destaca, en su artículo sobre el Ichuri (*Ytsuri*, dice el famoso quechuista) contenido en su obra *Contribuciones a la Historia*, de 1891: el manojito de hierba escupido por el penitente (lleno, por lo tanto, de los pecados de éste), era arrojado al final del rito al río o riachuelo, escupido igualmente por el sacerdote, para que las aguas se llevaran los pecados *hasta la mar*, “a fin de que allí desaparecieran para siempre”²⁶⁸.

Se acostumbraba que el confesor diera al penitente, al ser perdonados sus pecados, los *polvos de conchas marinas* que había llevado, para que los soprase al viento como tributo a Viracocha, al Sol y a las *guacas* por el beneficio de purificación recibido.

Aunque el Jesuita Anónimo niega la práctica del *lavatorio* después de la confesión, Cobo, Avendaño y Arriaga la dan como complemento en la generalidad de los casos. El primero refiere que “a todos después de la confesión se les mandaba que se fuesen a lavar a algún río”... *para que los pecados se hundieran en la mar*²⁶⁹. Avendaño igual expresa: los penitentes en algunas provincias “se lavaban en el río, entendiendo que el agua les llevaba sus pecados...” (*a la mar*)²⁷⁰. Arriaga da cuenta que los indios de algunas provincias tenían “otro modo... para purificarse de los pecados, que era refregarse la cabeza con su *pasca* (que es la piedra con la que comúnmente golpea el confesor al penitente) y *lavarse en algún río la cabeza*, y así se dice que *el agua lleva sus pecados*”²⁷¹. Refiere, también, que “en pueblo

de los llanos me dijo un indio, que les había llevado a él y a su mujer el hechicero a una *acequia grande*, y que habiéndolos lavado les hizo poner vestidos nuevos...".

Algunas confesiones tenían carácter especial y rito propio, distinto a las confesiones comunes. Por ejemplo: la confesión del Inca. El Inca, por su rango, se confesaba directamente ante el Sol, "tomándolo por intercesor con el Viracocha". —dice Cobo—. El Inca usaba, además, siempre, de *lavatorio* para acabar de limpiar sus culpas, "poniéndose para esto en un río corriente, y decía estas palabras: *Yo he confesado mis pecados al Sol, y el Viracocha, porque me crió, me ha perdonado; tu, río, los recibes y llévalos a la mar, donde nunca parezcan*". Polo de Ondegardo, en sus *Informaciones*, de 1571, recogió la primera versión sobre la modalidad especial de la confesión del Inca y proporcionó a otros historiadores el tenor de las palabras del soberano "... he dicho mis pecados; tu, río, llévalos a la mar..."²⁷².

De Fray Martín de Murúa es esta cita: "Cuando el Inca había confesado sus culpas delante de la imagen del Sol, hacía cierto *lavatorio* a su modo, con lo cual decían que del todo quedaba purificado... Y era desta forma: poníase en *un río que corriese mucho* y decía estas palabras: *Yo he dicho mis pecados al Sol, mi padre; tu, río, con tus corrientes, llévalos velozmente a la mar, donde nunca más parezcan...*"²⁷³.

Como Cobo, Avendaño y Arriaga, ya citados, Murúa dice también que el *lavatorio* era práctica extendida a la confesión común, "con las mismas, o casi, ceremonias", La idea fundamental de este acto era que las aguas corrientes, preferentemente de un río muy veloz, *llevaran al mar los pecados y permanecieran éstos allí para siempre, lejos de toda posibilidad de contagio*. El mar era, por consiguiente, el sumidero de todas las iniquidades humanas, como lo era, también, según ya se ha visto, de todas las enfermedades, pestilencias e inmundicias, así del cuerpo como del alma.

Acosta se suma a los nombres anteriores, sin duda por seguir una misma fuente informativa: "los pecados... *llévalos al mar...*", dice; y señala con énfasis la importancia del *lavatorio*, llamado por los indios de la Sierra, *opacuna*, "que también usaban los demás", no sólo el Inca²⁷⁴.

Otra confesión especial era la del Sumo Sacerdote. El *Vilahoma* —dice el Jesuita Anónimo— se confesaba directamente ante Viracocha, "en su templo". No tenía por qué salir a la orilla de un río ni por qué someterse a la ceremonia del *lavatorio*. Se valía del viento para la dispersión de sus pecados, y sólo subsidiariamente del agua. Escupía en un manojito de heno y lo arrojaba al fuego, "y pedía que el humo llevase sus pecados", y "tomaba las cenizas, y llevadas al río o arroyo y dichas sus oraciones, las echaba en el agua para que se hundiesen".

LAS CONCHAS DEL MAR:
 COSA SAGRADA O MAGICA

Para el ejercicio de las prácticas religiosas, tanto de los pueblos de la Sierra como de la Costa, había —según refiere Cobo— gran acopio de bastimentos y provisiones, que se guardaba exclusivamente para el culto en depósitos *ad-hoc*. Allí: alimentos de toda clase, ropa de lana y algodón y, sobre todo, “*conchas de la mar coloradas, que se llevaban al Cusco desde Tumbes, más de trescientas leguas, para hacer chaquira, que eran unas cuentas muy delicadas que parencia coral*”²⁷⁵.

Las conchas tenían un valor especial; eran cosa sagrada, de poder mágico; y se las usaba extendidamente como ofrendas. Se las consideraba “hijas de la mar” y la mar era “madre de todas las aguas”²⁷⁶.

“Las conchas marinas tuvieron mucha aplicación”: fueron, como se verá más adelante, instrumento de comercio, una verdadera moneda, y sobre todo pieza de *poderes mágico-religiosos*, “ofrenda preferida por los dioses y los muertos”²⁷⁷. *Altamente apreciadas* y de *uso generalizado*, “se llas encuentran en las tumbas de la Costa y de la Sierra, tanto en su estado natural como utilizando su material en figurillas de hombres, mujeres y animales. *Las conchas* —subraya Valcárcel— *tenían un sentido de transferencia*, es decir que podían reemplazar a cualquier cosa; algo así como depositar una cantidad de monedas *en lugar de cualquier ofrenda*. Hay tumbas en que no se encuentran sino conchas reemplazando todo lo que se puede ofrecer a los muertos...”²⁷⁸.

“A las *conchas marinas* —explica Rebeca Carrión— se les confirió... *valor sagrado o mágico*. Desde tiempos precristianos, como lo atestiguan los hallazgos de Paracas, ciertas conchas de origen tropical, extrañas a la corriente de Humboldt, de aspecto nacarado como el *Strombus galeatus*, o de vivo color bermellón como el *Spondilus pictorum*, figuran entre las *materias importadas* por los antiguos peruanos. Por *comercio marítimo* fueron obtenidas de lugares distantes como las islas Galápagos o de pueblos lejanos de la costa septentrional, movidos por la extrañeza de su forma y por la creencia de que eran *receptáculos divinos*, donde *moraban los dioses o seres míticos protectores del agua*. En ellos radicaba un monstruo o *dragón conchado*, productor del agua según Tello, que al saltar a tierra y recorrer el desierto, regaba abundante lluvia, gérmenes y otros elementos favorables al cultivo. Numerosas representaciones de este ser mítico, salido de la concha, en su función agrícola, ilustran estos conceptos...”²⁷⁹.

Las conchas marinas tenían doble aplicación: como *ofrendas religiosas* y como *signo monetario* para las transacciones co-

merciales, pero su papel religioso fue anterior, en todas partes, a su función económica. Servían de ofrenda —como dice Baudin— a la divinidad en razón de su extrañeza y de su belleza, y eran muy apropiadas para convertirse en instrumento de cambio a causa de su gran valor y de su pequeño volumen. Principalmente jugaron un gran papel las vistosas *conchas coloradas*, *Spondylus pictorum* y *Conus fergusonii*, de las que han sido descubiertas enormes cantidades en América Central, en el Ecuador, en muchas partes de la costa peruana y hasta en la región andina, muy lejos del litoral. Estas conchas son propias de los mares tropicales y no se dan, por la frialdad de las aguas de la Corriente de Humboldt, en la costa peruana. Por consiguiente, hay que pensar que fueron traídas por intermedio de comerciantes que frecuentaban las rutas del Norte, hasta la región de las aguas tibias del trópico²⁸⁰. Seguramente, procedían de los asentamientos pesqueros y de recolección de mariscos de Ecuador, Colombia, Panamá o, quizá, de América Central²⁸¹.

Durante los trabajos de excavación que hizo Tello a fines de 1936 y comienzos de 1937 en el famoso cementerio de *Huaca La Ventana*, de Illimo, Lambayeque, salieron al descubierto dos tumbas correspondientes a la época *Chimú*, Horizonte Tardío, abiertas en estratos considerablemente más antiguos, como ser, probadamente por el testimonio de la alfarería, del Horizonte Medio (Mochica) y Chavín. Los elementos del ajuar funerario revelaron entierros importantes; entre otras cosas: "... un precioso collar formado con cuentas de dientes humanos delicadamente trabajados, de tubos rojos de conchas *Spondylus* y una esferilla de oro macizo... La torta gruesa que cubría el cadáver presentaba... un conglomerado de conchas de *Spondylus pictorum*, completas, algunas herméticamente cerradas..."²⁸².

En ninguna tumba importante de la Costa falta la ofrenda funeraria de *concha colorada*, y su distribución cronológica es amplísima, desde Chavín hasta las culturas tardías. En tumbas de Chan Chán, por ejemplo —refiere Larco—, se hallaron momias al centro de un severo recinto sepulcral, con las ofrendas colocadas alrededor en el mayor orden, "y, formando un friso, representaciones antropomorfas y zoomorfas de nácar y *Spondylus*"²⁸³.

Las conchas coloradas penetran en el tiempo y en la geografía, y se las encuentra en el milenio Chavín, que antecede a nuestra era, y en los depósitos arqueológicos desligados de la Costa y dependientes de la Sierra. "En los dos pisos inferiores —por citar un caso entre muchos— [del templo de Punkuril], se encontraron restos de la *cultura Chavín*: un ídolo hecho con piedra y barro... [y] una tumba conteniendo el cadáver de una mujer sacrificada en asociación con una concha caracol *Strombus galeatus*..."²⁸⁴. También en un entierro de la *fase Huaylas*,

con un cadáver, al pie de las escalinatas del edificio principal del templo de Chavín (que Tello signó con la letra "A"), fueron halladas cuentas de collar, hechas en material de lapislázuli, "y trozos de conchas de *Spondylus*", allí colocados, sin duda, con *finis fuenarios* o de *ofrenda a un dios*²⁸⁵.

Los *grandes caracoles* tuvieron otra utilización, también: en las solemnes fiestas de las *huacas*, que periódicamente se realizaban en todo el país con inmensa concurrencia de pueblos y comunidades, las gentes eran convocadas desde los cerros —conforme narra Arriaga— "con trompetas de cobre o de plata, muy antiguas . . . y *caracoles grandes que también tocan*, que llaman *Antari* y *Pututo*", sacados del mar y convenientemente adaptados para producir sonido: un sonido que retumba en los cerros y se propagaba de comarca en comarca por la participación de otros tantos trompeteros. La *trompeta de caracol marino* era pieza ceremonial y también instrumento de guerra; a su llamado potente se alistaban los ejércitos para el combate y se enardecían los ánimos²⁸⁶.

DIVERSAS OFRENDAS DE CONCHAS MARINAS

Los cronistas e historiadores de los siglos XVI y XVII traen nutrida información sobre el uso de las *conchas marinas* en las ceremonias religiosas y funerarias. "Cuanto a los sacrificios —dice Herrera—, usaron estos idólatras sacrificar aquella hierba *coca*, de ellos tan estimada, y maíz, que es un trigo, y plumas de colores, chaquira y *conchas de la mar*, y oro y plata, y figuras de animales, ropa fina, madera olosa, cuyes, carneros y pacos. . . y esto ofrecían para alcanzar salud, librarse de peligros y tener buenos temporales. . ."²⁸⁷

Los indios ofrecen "maíz y plumas blancas o de otros colores —dice, por su parte, Polo de Ondegardo—, *chaquira* (que ellos llaman *mollo*), *conchas de la mar*, para librarse de los *peligros de la mar*, ríos, truenos, rayos y otros peligros"²⁸⁸.

Cobo se expresa en iguales términos: "Usaban . . . estos indios sacrificar *conchas de la mar*, especialmente cuando ofrecían a las fuentes, diciendo que era sacrificio muy apropiado, *por ser las conchas hijas de la mar*, que es madre de las aguas; y conforme tenían el color, las ofrecían para diferentes intentos, unas veces enteras, otras muy molidas, otras solamente quebrantadas y partidas, y también, formadas de sus polvos y masa, algunas figuras"²⁸⁹.

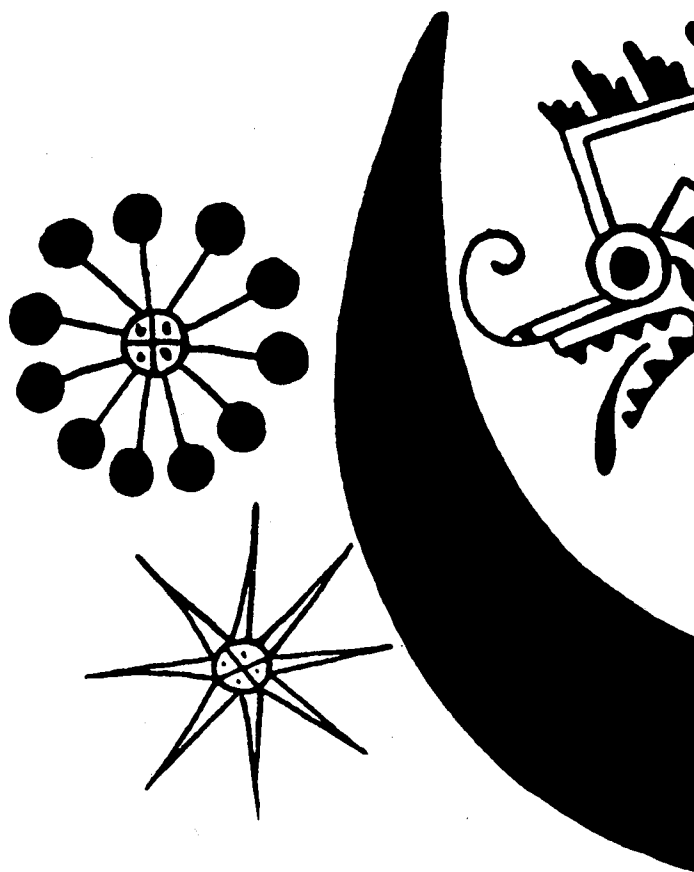
El licenciado P. Felipe Medina, Visitador General de Idolatrías, que de su visita de inspección por la costa de Huacho y Carquín, al norte de Lima, del 19 de febrero al 23 de marzo de 1650, presentó una cuidadosa *Relación* al Arzobispo de Lima.

trae información muy interesante sobre el uso de *ofrendas de conchas de mar*, ya bien entrada la colonia, por los indios, parte agricultores, parte pescadores, de aquella región cercana a la capital del virreinato. Descubrió que los indios practicaban un rito idolátrico ante dioses y demonios, utilizando conchas, dentro de las cuales ponían aquellos frutos de los que querían obtener mayor cosecha. Se trataba de un rito muy antiguo, de origen naturalmente prehispánico, adaptado a la nueva agricultura, por el que se imploraba a la divinidad mayor producción de trigo, un cereal importado por los españoles. Las conchas en este rito representaban la *fecundidad*. Se pedía al ídolo hacer más fecunda la siembra del pallar, del trigo y del ají.

Entrando en pormenores, cuenta el P. Medina que se descubrió el rito en el cerro *Corquin*, situado en el puerto del mismo nombre, caleta de pescadores, cerca de Huacho (¿Carquín?), gracias a la revelación de un indio lugareño, llamado Juan Soclac, el 25 de febrero del año 1650. El indio contó que allí, en el cerro Corquin, se había aparecido el demonio a los indios pescadores, ordenándoles le adorasen y ofreciesen sacrificio, so pena de viruelas, sarna y lepra. Siguiendo el derrotero de esta diabólica aparición, los extirpadores de idolatrías practicaron una excavación y encontraron "*muchas conchas coloradas que le tenían ofrecido [al demonio]... por la color encendida y viva que tienen*". Después, hallaron igualmente "*dos conchas cerradas y pegadas*, y abriéndolas, hallamos ese ídolo verde del primer progenitor suyo... con esas tres piedrecitas o granos, también verdes, que dicen ser el origen de los pallares... del trigo... y del ají"²⁹⁰. Más adelante, al proseguirse la excavación por indicación del propio indio revelador del secreto idolátrico, fue encontrado el ídolo principal, que era una "piedra sarnosa", despreciable, que representaba al demonio.

Abunda el P. Medina en otros informes de interés sobre los cultos primitivos de los indios de Huacho y caletas vecinas, en los que se ofrecían *grandes cantidades de conchas de mar*. En el adoratorio de *Choque Ispana* —refiere—, a dos leguas y media de Huacho, en la playa llamada de *La Herradura*, él mismo halló un idolillo de "*concha de la mar*" junto con otro de plata, en una cámara subterránea cubierta por una losa, asociado a un gran ídolo de piedra, que era el ídolo general de serranos y yungas²⁹¹. "En el pueblo viejo llamado *Xaquira* o *Chaquira*, junto al camino real [que pasaba por Huacho] hallamos —cuenta— una piedra redonda... que adoraban todos los que pasaban por el camino en ella...". A este ídolo tributaban los caminantes *conchas de la mar*, que recogían "al pasar por las playas". "Hallamos sobre la *huaca* —prosigue— infinidad de conchas de diferentes suertes, y dentro, en la mesma huaca, unos *caracollillos* curiosos, que suelen traer las criaturas por dijes"²⁹².

Los pueblos de la costa norte, como muchos otros, creían ver un animal en la luna. “Con gran probabilidad” —dice Kutscher— se trata de una variedad de la zorra, “en posición firme sobre la luna en creciente”. Ahora bien, elevadas puntas del creciente lunar hacen pensar en una barca, en forma de balsa de totora”, en cuyo interior se halla el animal imaginado. “La fantasía de los chimú, creadora de mitos —sostiene Ubbelohde-Doering—, veía en la media luna la imagen de una especie de balsa de totora, en la que el dios-luna y otros dioses-estrellas cruzaban el nocturno océano celeste”. En la mitología mochica, la luna se relaciona con el mar; es su símbolo. Generalmente, la figura de la luna aparece rodeada de otras figuras, pequeñas, que simbolizan los cuerpos celestes, estrellas de diversa magnitud. (Tomado de Gerbt Kutscher, *Chimú Eine Altindianische Hochkultur*. Berlín, 1950, Gebr. Mann Verlag. Reproducción autorizada).





Como se dijo anteriormente, la costumbre de ofrecer conchas penetró profundamente en el territorio andino, desde la Costa. Lo confirma la siguiente referencia contenida en el texto informativo del Visitador Iñigo Ortiz de Zúñiga²⁹³, del año 1562, que dice que en el tiempo de los Incas, los indios de la región adoraban al Sol y "le ofrecían ovejas y coca y sebo y *conchas de mar*. . ."²⁹⁴; esto, en Huánuco, al otro lado de los Andes, ya a la entrada de la Selva.

Los testimonios arqueológicos del uso de ofrendas de conchas de mar en los adoratorios y tumbas, son incontables. En las tumbas de Virú (época Formativa o Evolutiva, entre el 1200 antes de Cristo y el comienzo de nuestra era), se encuentra gran cantidad de *conchas*, *caracoles* y *barquillos*, que "dan fe de haber sido utilizados los mariscos" como *ofrendas funerarias*²⁹⁵. Entre las ofrendas funerarias de los Vicús, más al norte, en el departamento de Piura, se encuentran, también, grandes cantidades de *conchas perleras* de la bahía de Sechura, *Pecten purpuratus* y perlas, seguramente éstas de origen peruano, de la mencionada bahía de Sechura. Estas conchas aparecen adornando los cadáveres²⁹⁶. En las *cavernas* de Paracas, se hallan con el ajuar funerario platos con alimentos, finamente dibujados con la figura del lenguado, y *adornos de conchas* junto con armas y diversos utensilios de la vida diaria. Ello es muy explicable para Engel, porque Paracas fue —sostiene el conocido arqueólogo francés— un *gran centro pesquero*, de "pescadores altamente especializados"²⁹⁷ y *no un lugar de entierro*²⁹⁸.

Aunque *el uso de las conchas fue universal en el Perú antiguo* como ofrenda funeraria, en algunas culturas, sin embargo, sólo aparecen relacionadas —como observa Pezzia Assereto— con el rango social o político que en vida tuvo el difunto. Así parece revelarlo el contenido de las tumbas de Nasca, donde sólo "en las grandas cámaras funerarias", que corresponden a los jefes o a los sacerdotes, se hallan *conchas de mar* en calidad de ofrendas, juntamente con láminas de oro de forma discoidal, otros objetos de oro, collares de turquesas, piedras preciosas y cerámica, tanto ceremonial, fina, como utilitaria, burda²⁹⁹. Para estas ofrendas no había preferencias específicas. Se usaban diversas conchas. No quedaban de lado, por ejemplo, las popularísimas *valvas de choro*. En una impresionante cámara sepulcral de Ocucaje, se halló un depósito extraordinario de ofrendas, de excepcional variedad. Entre estas ofrendas fueron encontradas *dos valvas grandes de choro*, en buen estado de conservación, de tamaño descomunal, ubicadas en el fondo mismo de la tumba, de lo que se deduce que fueron de las primeras, entre todas las ofrendas, en ser depositadas allí, junto al fardo mismo, de manera especial³⁰⁰.

MEDICINA, HECHICERÍA, ADIVINACION
Y SORTILEGIOS CON LAS CONCHAS DE MAR

Las conchas de mar tenían aplicación, también, en las artes medicinales, en la hechicería y brujería, en los actos de adivinación y en los sortilegios, practicándose todos ellos en estrecha relación con las idolatrías. "Los otros *médicos* que no usaban destas confecciones ponzoñosas" (se refiere a los hechiceros y brujos) "tenían varios modos de curar —refiere Cobo—. Hacían cierta harina de maíz blanco y negro... y de *conchas de la mar* de cuantos colores podían haber, y poniéndola en la mano del enfermo, le mandaban que las soplase en sacrificio a las *guacas*...". También, en ocasiones, pedía el *médico* que soplase el enfermo hojas de coca al Sol y poco de oro al Viracocha³⁰¹.

Las aplicaciones de las conchas en las malas artes hechiceras, eran muchas: unas veces servían de instrumento, otras de ingrediente. El mismo Cobo explica que "los instrumentos y materiales que de ordinario tenían [los indios] para sus hechicerías, eran muelas; dientes, cabellos, uñas, *conchas de diferentes maneras y colores*, figuras de animales... sapos... arañas vivas de las grandes y peludas... vasijas llenas de confecciones de hierbas...³⁰² Polo de Ondegardo aporta datos similares a los de Cobo³⁰³ y añade que, para los hechizos de una mujer de demanda de amor, se usaban, según los usos de diversas provincias, unos embrujos llamados *huacanqui*, hechos de plumas de ave o de otras cosas diferentes, y también otros embrujos "hechos de yerbas o *de conchas de la mar* o de maíz o de otras cosas diferentes..."³⁰⁴.

Siguiendo a Avila, Avendaño y Arriaga, todos extirpadores de fama que conocieron los secretos de la religión indígena en las sierras del centro, Valcárcel destaca que los brujos de Santiago de Araguay, en la provincia de Canta, usaban entre otros muchos objetos de hechicería, una *concha de mar* que en quechua llamaban *poco*. Se supo en la investigación de los extirpadores que, "con una tierra blanca, polvos de la concha *poco* y los respectivos cabellos, el brujo logró que se casaran dos vecinos del pueblo"³⁰⁵.

Murúa recalca el uso de las *conchas marinas* y el ejercicio profesional de la brujería por las mujeres. Dice: "... los que hacen semejantes hechizos, son casi siempre mujeres y para estas mezclas usan tener muelas, dientes... sapos vivos y muertos, *conchas de diferentes maneras y color*..."³⁰⁶.

En las prácticas de adivinación y sortilegios, las conchas jugaban papel muy importante, juntamente con otros elementos provocadores de maleficios. El sortilegio, como se desprende del texto de Polo de Ondegardo, se usaba en todos los actos de la vida diaria: "Las suertes —dice el licenciado en sus *Informa-*

ciones de 1571— se hacían por todas cuantas cosas querían hacer, como por sembrar, coger, encerrar el pan, caminar, edificar, casarse o hacer divorcio”. Pero también las artes sortílegas se practicaban para saber qué sacrificios agradaban al trueno, “a cuyo cargo estaba el llover, helar, granizar, etc.”. Como la vida dependía de la lluvia que riegan los campos o del hielo y el granizo que pueden matar las sementeras, el indio buscaba el mayor halago para el dios que controlaba esos meteoros, favorables o desfavorables; y el halago se hacía con sacrificios. Para saber si el sacrificio verdaderamente satisfacía al trueno, se echaba suerte especial, usándose *conchas de la mar*: “Hacían para esto un sacrificio pequeño, para que declarase el trueno qué sacrificio quería, *echaban las suertes de conchas de la mar*, y si salía que no, echaban otras suertes que solían, hasta que el sortilego aprobaba, entonces se tenía el sacrificio por acepto. . . .³⁰⁷ Así se llegaba a conocer lo que el trueno quería o también la causa de su enojo y qué había que hacer para tenerlo agradado y a favor de las necesidades de la comunidad.

También se usaban las conchas para adivinar el futuro, “para saber las cosas venideras o decir dónde está lo que se perdió o lo que hurtaron. . . .”³⁰⁸ Y no pocas veces se las utilizaba para librarse de los peligros o asegurar la bienandanza con alguna obra nueva. Dice al respecto Murúa: “. . . hacen grandes sacrificios cuando hacen casa nueva y cuando van al pasto a ver el ganado hacen otro tanto para que se multiplique bien y así mismo usan sacrificar a las dichas *huacas* maíz y . . . *conchas de la mar*, para librarse de los peligros. . . .”³⁰⁹

Profundamente supersticiosos, los indios creían que las conchas trasmitían buena suerte y ayudaban en todas las ocasiones; las llevaban consigo, por eso. “Las *conchas de los mariscos*. . . servían para usos supersticiosos. Se han encontrado —refiere el arqueólogo Villar Córdova³¹⁰— valvas marinas y caracoles perforados por el centro y unidos por una cuerda de cabuya o de totora, a manera de collares, o largos rosarios, que miden tres a diez metros de largo. . . Estos objetos denuncian un género de vida sencillo y los sentimientos religiosos de las gentes del litoral”.

EL MULLU, OFRENDA DEL MAS ALTO VALOR

Siguiendo a Pedro de Villagómez, Valcárcel define el *mullu* diciendo que, en general eran las *conchas marinas* dedicadas a *ofrenda religiosa*. Estas conchas tenían aplicación universal, eran “la *ofrenda religiosa de más valor*” y “simbolizaban a la divinidad”³³¹. Se las utilizaba, asimismo, como medios adivinatorios, para la confesión y otros actos religiosos. De ellas se hacían cuentas para collar, cuentecillas de *chaquira*, figuras, etc.³¹².

Recogiendo el decir de los "indios viejos y antiguos del tiempo del Inga", Murúa da cuenta que "cuando sacrificaban o hacían algún sacrificio, ofrecían muchos géneros de cosas, como son *conchas de la mar, que llaman mollo*, las cuales ofrecíanlas a las fuentes y manantiales diciendo que *las conchas eran hijas de la mar, madre de todas las aguas*. Tienen diferentes nombres según el color, y así sirven para diferentes efectos; usaban destas conchas casi en todas las maneras de sacrificios y aun el día de hoy echan algunos el *mollo molido* en la chicha por superstición. Y este *mollo labrado*, que por otro nombre se llama *chaquirá*, es en todo dañoso porque sirve en casi todo género de sacrificios y ritos. . ."³¹³

Arriaga, hablando sobre las ofrendas en general, dice que los indios solían en el tiempo de la gentilidad ofrendar muchas cosas a sus ídolos, como chicha, llamas, plata, coca, etc., pero, especialmente, *mullu* que "*es una concha de la mar gruesa, y todos tienen —agrega— pedacillos de estas conchas, y un indio me dio un pedacillo menor que una uña, que había comprado en cuatro reales. Y los indios de la Costa. . . tenían granjería de estas conchas con los de la Sierra sin reparar para qué efecto las compraban; otras veces hacen unas cuentecillas de este mullu y las ponen a las huacas. . .*"³¹⁴

Contrariando en parte las definiciones anteriores, un autor moderno ha dicho que *mullu* es palabra quechua que designa cuentecillas, canutillos y otros adornos pequeños para los vestidos y collares, figurando aves, peces, estrellas, hechos generalmente de conchas de molusco³¹⁵.

Por Guamán Poma sabemos que el *mullu* o *mullo* no sólo servía para ofrendar a las *huacas* o ídolos y para ser usado en las grandes celebraciones del calendario religioso —como se verá más adelante— sino también como *material precioso*, especie de *umiña* o piedra preciosa, de igual calidad que las perlas brillantes que se extraían del mar, llamadas *quispe*. Refiere Sarmiento de Gamboa que Huayna Cápac, en una de sus campañas del norte, persiguió al enemigo *hasta el mar*, por la región de *Coaques*, recogiendo al cabo gran botín, constituido por esmeraldas, turquesas "y gran fuerza de *mollo* muy rico, ques cierta *masa hecha de conchas de la mar, más estimado entrellos que oro ni plata*"³¹⁶.

Por el *mullo* sentían los indios en el tiempo de los antiguos emperadores una gran predilección y los señores de la corte lo codiciaban. Era un artículo —prosigue Guamán Poma— "muy apreciado y estimado" y esta estimación la palparon los españoles porque se prolongó por mucho tiempo después de la caída del imperio³¹⁷.

Una variedad del mollo era la que se hacía de *almeja*, una concha grande. La concha de almeja de mar, molida, daba el *paucar mollo*, por otro nombre *yahuar mollo*³¹⁸.

Todos procuraban tener "pedacillos destas conchas". Las llevaban consigo y en las grandes ocasiones las ofrendaban a las *huacas*. También las usaban en la confesión, según refiere el Arzobispo Pedro de Villagómez en sus *Exhortaciones*, de 1649. En forma de *chaquira*, que era, como se ha dicho, una variedad de *mollo*, ofrendaban las conchas al mar "para librarse de sus peligros", según cuenta Polo de Ondegardo; y el mismo autor de las *Informaciones* explica que el mollo labrado que se usaba en las ofrendas a los ídolos, finamente pulverizado se echaba en la chicha para beberlo con el convencimiento que se debía cosa bienhechora y sagrada. Finalmente, el Anónimo de la Compañía de Jesús de Huamanga, refiere que, en la región de Yauyos, lejos del mar, los indios idólatras acataban como mandamiento de su culto ofrendar a sus muertos, en el acto solemne del enterramiento, que se cumplía en los cerros, coca, *sanco* (o mazamorra), *mullu* y paria. En el mismo texto aparece definido el *mullu* como concha marina de color rojo, del color del coral³¹⁹.

El *mullu* se ofrendaba a las *huacas* en días de gran regocijo. El *hechicero mayor*, "que tiene a su cargo la huaca" —refiere Arriaga—, avisaba a los caciques de la región y a los demás indios comarcanos y les pedía que llevaran a la huaca las ofrendas de ritual, como *mullu*, cuyes, sebo, etc. y ordenaba, también, preparar la chicha.

El día señalado para la adoración, el hechicero mayor, ante la huaca, "haciendo aquel ruido que suelen hacer con los labios como chupándolos, que es lo que propiamente llaman *mochar*", decía ceremoniosamente: "aquí vengo y te traigo estas cosas, que te ofrecen tus hijos, y tus criaturas, recíbelas y no estés enojado, y dales vida, y salud y buenas chácaras". Y, al tiempo que esto decía, "derramaba la chicha y arrojaba el *mullu* y otras ofrendas"³²⁰.

Las *huacas* e *ídolos* de cada una de las regiones del imperio, recibían ofrendas especiales y en determinadas épocas, según el calendario religioso. Guamán Poma se refiere a las huacas de *Puquinacolla* y *Urocolla*, a las que los indios comarcanos ofrecían gran cantidad de ganado blanco, vasijas de barro, chicha de papa seca y abundante *mollo*; también, diversos alimentos, como pescado fresco o seco, que era arrojado a la laguna de Puquina para que fuera consumido por los dioses allí ocultos³²¹.

La preparación del *mullu molido* era tarea que correspondía a las mujeres. Estas trabajaban en recintos cerrados, bajo cuidadosa vigilancia, dedicando días y noches, con mucha fruición. Un lugar de los más importantes para este trabajo, era *Vilcahuasi*, que quiere decir *casa de adoración*. Era un verdadero convento, con sus "ventanas y apartadizos", todo muy severo, y

en el gran patio, "las piedras de batán *donde molian las conchas que llaman mullu, sustento de las huacas...*"³²².

En la fiesta de la *capacocha*, con ocasión de la cual acudían al Cusco embajadas religiosas de los cuatro *suyos* portando sus *guacas* y niños para los sacrificios, al momento de enterrar las ofrendas y sacrificios se dejaba juntamente "oro, plata y mullu"³²³.

En el mes de junio, llamado *Cusqui-Quilla* —según refiere Guamán Poma—, la tierra se ponía *dura*, celebrándose entonces la fiesta llamada *Inti Raymi*. En ella se ofrecían grandes holocaustos al Sol; se enterraban quinientos niños inocentes y se depositaba bajo tierra "mucho oro, plata y *mullu*, que es una *concha colorada de la mar* que servía de amuleto"³²⁴. Para tal fin, se transportaba desde los llanos de la Costa hasta la capital del imperio gran cantidad de estas conchas coloradas, estando el transporte encomendado a numerosos *chasquis* seleccionados. La búsqueda de la concha colorada exigía cuerpos especiales de buceadores en las caletas del dilatado litoral, los que se desempeñaban con singular dedicación por el respeto que les merecía ese tipo de concha.

En el mes de julio, llamado *Moronpassa tarpuiquilla* —dice Molina, *el Cusqueño*—, se hacía la fiesta del *Yahuayra*, en la que la población le pedía al hacedor que el año fuese próspero y no faltase comida a nadie. Los sacerdotes oficiantes se apartaban de sus mujeres, hacían ayuno y abstinencia, y en *Aucaypata*, lugar del Cusco, hacían ofrendas y sacrificios, quemando "un carnero blanco, maíz, coca, pluma de pájaros de colores y *mullu*, que es *concha de la mar...* rogando al hacedor diese buen año..."³²⁵

El mes de agosto, llamado *Chacra Yapuy Quilla*, era el mes de la preparación de la tierra y de la siembra. Todos los indios, con verdadera unción, "se ponían a trabajar, arar y romper la tierra para sembrar maíz" y simultáneamente "hacían sacrificios a los ídolos" para pedir a éstos condiciones propicias que alejaran los temores de ruina, helada o hambre. Ofrecían, entre otras cosas, cuyes, sango, chicha, llamas y, sobre todo, *mullu*, que era una *concha colorada de la mar*³²⁶.

En los ritos agrícolas, el *mullu* representaba la fecundidad, y este poder lo tuvieron, también, las cabezas de anchoveta entre los pueblos agricultores de la Costa.

Finalmente, el *mullu* fue también, entre los indios de algunas provincias, *amuleto*, objeto de valor sobrenatural, buen compañero en los momentos de peligro³²⁷; objeto imprescindible para los sortilegios que practicaban los hechiceros³²⁸; material de trabajo para las malas artes de la *adivinación*; e implemento de la mayor utilidad en todas las operaciones de la *brujería*. Su uso en la adivinación lo cuenta Molina: "... todavía hay algu-

nos indios e indias hechiceros. . . que cuando algún indio o india está enfermo los llaman para que los curen, y les digan si han de vivir o morir; dicho lo cual mandan al enfermo que les traigan maíz. . . y otras conchas de la mar que llaman ellos *mullu-mullu*, de todos los colores que pueden haber que llaman *imaimanan-mullu*; junto lo cual, el hechicero. . . lo hace moler; y molido lo da al enfermo en la mano, para que soplando lo ofrezca a las *huacas* y *vilcas*'' en demanda de salud, con una oración apropiada a la intención³²⁹.

Jijón y Caamaño destaca que las piezas talismánicas eran guardadas con las conchas marinas molidas, en el mismo envoltorio, lo que indica que el indio atribuía tanto poder mágico al *mullu* como a las *conopas*, las que eran preciadísimas³³⁰.

ARENA DEL MAR EN LA PLAZA DEL CUSCO

A todas sus divinidades los indios ofrendaban, porque no concebían la dádiva o el favor divino sin la previa entrega de presentes o la previa demostración de sacrificios. Para la concepción filosófica de los indios, "los dioses ofrecían abundancia de recursos [únicamente] a cambio de sacrificios"³³¹; únicamente "a cambio de *ofrendas* y sacrificios"³³². Para este elevado fin religioso, tenían bienes en gran abundancia, los cuales guardaban en locales apropiados; y tratándose de tener contentos a sus dioses para alcanzar de ellos los mayores servicios, eran capaces de ilimitados esfuerzos y empresas de increíble envergadura. Por ejemplo, el agua del mar —agua considerada sagrada, por provenir de *Mamacocha*, entidad divina— era llevada con el más grande cuidado a los pueblos y templos del interior, sin que se perdiera de los cántaros una sola gota, para ofrendarla a Viracocha, y la conducción se hacía por *chasquis* seleccionados entre los mejores y con vistoso acompañamiento procesional. La llegada del agua del mar al Cusco y a otros pueblos de la Sierra motivaba solemnes actos de recibimiento, con despliegue de boato y riqueza³³³.

No sólo de las playas inmediatas sino de caletas muy lejanas, llevaban los indios de la Costa al santuario de Pachacámac los *pescados salados* con que solían agradar al fiero dios de la localidad. Por los arenales y los valles iban los peregrinos, llenas las alforjas, hasta el santuario de Lurin, y allí, en las colcas sagradas, dejaban su contribución tan duramente aportada³³⁴.

Pero, la mayor hazaña en este capítulo del transporte de ofrendas o de cosas sagradas para contentamiento de la divinidad, fue la que realizaron los indios del Cusco, por disposición del Inca y del Sumo Sacerdote. Consistió, como cuenta Polo de Ondegardo, en el retiro de la capa superficial de tierra de la

gran plaza del Cusco y el relleno subsiguiente de la misma área con arena del mar, llevada desde la Costa, distante cosa de "noventa leguas", a través de las más empinadas cordilleras y los caminos más escabrosos. La tierra de ese famoso rectángulo urbano fue sacada y conducida a otras partes importantes del reino, por ser cosa "de gran estima", con lo que la capital regaló a las provincias parte de su más preciada substancia. Dice Polo de Ondegardo: "... a toda aquella plaza del Cusco le sacaron la tierra propia y se llevó a otras partes por *cosa de gran estima*, y la *incheron de arena de la costa de la mar* como hasta dos palmos y medio, en algunas partes más; sembraron por toda ella muchos vasos de oro y plata; ovejuelas y hombrecillos pequeños de lo mismo, lo cual se ha sacado mucha cantidad, que todos lo hemos visto; desta arena estaba toda la plaza [cubierta] cuando yo fuí a gobernar aquella ciudad. . ."³³⁵

Polo se admira en su relato de la gran copia de cargueros que debió intervenir para el transporte de la sagrada arena desde la Costa hasta la capital del imperio, en cantidad bastante para cubrir con una capa, como se ha dicho, de dos palmos y medio, la gran superficie de la *Aucaypata*; y llama la atención, sorprendido, sobre la enorme distancia que media entre el mar y la ciudad imperial.

Agrega el Licenciado autor de las *Informaciones* que los indios, previamente preguntados por *el motivo de aquel relleno con material traído desde la costa distante de la mar*, por caminos tan ásperos, dijeron "haber sido por reverencia al *Tiziviracocha*, a quien ellos dirigen principalmente sus sacrificios y le envían las cenizas dellos por aquellos dos ríos que salen del Cusco. . . cada año"³³⁶.

Este creador supremo —agregaron los mismos indios del Cusco— tiene varios nombres, como *Pachayachachi*, "que es nombre general y quiere decir *criador*" y también *Tiziviracocha*, que es el nombre que se le aplica al mismo ser supremo creador de todas las cosas, universal, "*cuando tratan de la mar*"³³⁷

La arena acentuó el carácter sagrado de la gran plaza del Cusco. Lo subraya Polo de Ondegardo diciendo que, por lo mismo que estaba recubierta por *arena de la mar*, la cual era *arena sagrada* por provenir de la morada de Viracocha, fue una plaza que gozó "*en todo el reino. . . de gran veneración*".

El carácter sagrado de la mentada plaza, derivó, por consiguiente, de dos razones: la primera porque estaba recubierta en toda su extensión de *arena de la mar*, arena sagrada por proceder, como acaba de señalarse, del ámbito del hacedor supremo; la segunda, porque en esa misma plaza, ya de por sí sagrada en atención al material de que estaba constituida su superficie, se realizaban "las fiestas y sacrificios. . . de ordinario por la salud de todo el reino. . .".

La arena sagrada de la plaza del Cusco, allí volcada tras la dura empresa de conducirla a la espalda de cargueros desde la lejana costa de la mar, fue sacada por los españoles, por orden, precisamente, del licenciado Polo de Ondegardo, quien con ello eliminó un motivo de paganismo y recuerdo de los viejos y a la sazón no olvidados cultos gentilicos, evocados secretamente por los indios todavía en las postrimerías del siglo XVI; y, de añadidura, facilitó un buen material de construcción, utilísimo para los trabajos de cantería, ahorrando "varios miles de castellanos", mucho trabajo y harto tiempo. Los indios vieron el retiro de la arena sagrada de su ayer esplendente plaza, con gran aflicción, llorando.

De los ancianos sobrevivientes de la gloriosa era imperial, que conservaban el recuerdo de las antiguas maneras de vida, oyó Polo de Ondegardo el relato sobre la empresa esforzada y paciente, de miles de indios, que fue portar desde la playa del mar hasta el Cusco la arena famosa. Contaron los viejos indios que la arena fue llevada por *cargadores de todas las provincias que daban a la mar*. Cada comunidad trasladó la arena dentro de sus términos, conectándose provincia a provincia según el orden señalado previamente por el gobierno central. Durante mucho tiempo, masas de indios treparon empinadas cordilleras y bajaron quebradas con las pesadas cargas a la espalda, para llevar contentamiento al dios supremo y creador, Viracocha, y tenerlo a favor en todos los azares de la vida.

Por lo demás, este sistema de conducción de *arenas sagradas* o *tierras sepulcrales*, a través de grandes distancias, estaba muy extendido en la época del imperio, según contaron los mismos indios ancianos al Licenciado. El transmitió después el decir de los indios; así, "cuando alguna mujer a quien el Inca quería mucho, fallecía en el Cusco, mandaba que se trajese tierra de *su naturaleza*" (es decir, de su propia provincia o reino, por distante que estuviese) "para el sepulcro". Los casos fueron muchos.

Juan Larrea ha hecho ver el significado que tenía el mar en el cuadro religioso de los Incas, significado que el hecho arriba reseñado patentiza de manera concluyente. El mar, como morada de Viracocha, gravitaba en todos los confines del imperio; era una entidad mágico-religiosa potentísima, transfiguradora. Dice el conocido escritor en su celebrada *Corona Incaica*: "En relación con la *importancia que tenía el mar para los moradores del Cusco*, recuérdese que *Aucaypata*, su plaza mayor, estaba terraplenada con *arena marítima* que los españoles utilizaron para construir la catedral y que *por sí misma revela el valor que reconocían a la magna Cocha*"³³⁸.

LA PROHIBICION DE LA SAL

El significado de la sal es muy diverso en la historia de las religiones. Onorio Ferrero ha hecho un recuento erudito a base de los copiosos relatos de Frazer³⁹⁹, Mircea Eliade³⁴⁰, Bertholet³⁴¹ y Heiler³⁴², y destacado que la prohibición de la sal, en muchos casos, se da asociada a la abstención del contacto sexual; que la sal puede tener significado de cosa sagrada, vedada, prohibida (*tabú*), incestuosa, maléfica; que ciertos pueblos le dan un poder apotropaico muy enérgico, es decir, un poder purificante y de defensa mágica que se utiliza particularmente en las ceremonias de exorcismo; que de muy antiguo la sal representa una fuerza contra la corrupción o la descomposición de la materia orgánica, una fuerza, pues, preservadora, pero que también, entre no pocos pueblos, es símbolo de la esterilidad y, por ende, negación de la vida (seguramente, por observación de los desiertos salados en los que ninguna forma de vida prospera); que la sal es, por lo dicho, en la generalidad de los casos, una substancia de *poder ambivalente*: defiende y preserva, por un lado, y, por otro, mata o niega la vida³⁴³.

La literatura histórica peruana de la época de la Conquista, fundada en los datos de los indios, esta llena de referencias a la sal, en las que este producto, principalmente obtenido de las *salinas marinas*, en explotación desde tiempo inmemorial según supieron los españoles, aparece ligado a diversas supersticiones, a exorcismos, a demandas mágicas y, sobre todo, en innumerables casos, a fiestas y celebraciones religiosas en las que el canon determinaba su *prohibición*.

Antes de mencionar, en vía de ejemplo, algunos de estos casos de prohibición, debe decirse que la mayor parte de la sal (cloruro de sodio), que usaron los antiguos peruanos procedió o *directamente del mar* o de las *salinas marinas*. Lo dice un texto de Blas Valera (transmitido por Garcilaso): la sal que se obtenía era tanto de "las fuentes salobres *como del agua marina...*"³⁴⁴. La sal, según cuenta el mismo Valera, se repartía libremente, no constituyendo ningún privilegio para nadie ni para ninguna región o provincia: "... mandaba el Inca que fuese común para todos los naturales de la provincia donde había aquella cosa, y que nadie en particular la aplicase para sí sino que todos cogiesen lo que hubiesen menester, y no más..."³⁴⁵.

Conocidas sus propiedades esterilizantes y anuladoras de las fuerzas fecundantes de la tierra, se la usó durante el imperio, aparejada a ciertas sanciones penales, para la destrucción de los campos de cultivo de quienes infringían la ley del Estado con desmedro de los derechos de la comunidad. He aquí el castigo para los que no cumplían las ordenanzas de buen gobierno que dio *Topa Inga Yupanqui* con los grandes señores del reino: "Or-

denamos y mandamos que en estos reinos y señoríos se guarden y se cumplan nuestras disposiciones so pena de muerte; los que no guarden, ellos, sus hijos y descendientes serán castigados, condenados a muerte... destruidos sus pueblos, *sembrándose sal en ellos* para que sean habitados nuevamente por animales salvajes...³⁴⁶

La sal también fue usada como ofrenda y, en tal función, se le reconocieron poderes mágicos. No podía faltar, por ejemplo, un puñado de ella en las *apachetas*, lugares de alto en la jornada, de descanso, de meditación y reverencia, en los cuales el indio caminante imploraba la ayuda de sus dioses y la defensa contra los males que podían sobrevenir en la andanza. Dice Molina al respecto: "A todos los altos de los cerros y cumbres adoraban, y *ofrecían sal* y otras cosas; porque decían que cuando subían alguna cuesta arriba, y llegaban a lo alto, que allí descansaban del trabajo de subir que habían tenido; llamaban a ésta *apachita*"³⁴⁷.

Cuando la Luna se eclipsaba, los indios, llenos de pavor, "lloraban y gritaban con muestras muy grandes de tristeza, y hacían muchas hogueras de fuego en dondequiera que se hallaran, y *alli echaban mucha sal y coca...* y hacíanlo a manera de sacrificio, diciéndole [a la Lunal] que no se estuviese enojada, que ellos la servirían muy bien, y a su marido, el dios Sol"³⁴⁸.

La *prohibición* regía, terminante, en muchos casos. Generalmente era prohibición de tres elementos: *sal*, carne y ají, y se prescribía en los casos de ayuno y abstinencia, antes de las grandes ceremonias³⁴⁹.

El ejercicio de la profesión religiosa, en los altos niveles, entre los pueblos de la Costa, exigía la abstención de la sal. Lo cuenta Fernández de Oviedo: "En aquellos *llanos* [de la Costa]... tienen los templos en alto y los ídolos que tienen de piedra... A estos templos ofrecen oro y plata y ropa: los sacerdotes dellos andan vestidos de blanco y no se echan con mujer y viven castos: *no comen ají ni sal...*"³⁵⁰. En todos los casos, así en la Sierra como en la Costa, antes y durante el Imperio, el precepto litúrgico imponía que cuando un sacerdote quería comunicarse con una *guaca* (como pasaba principalmente en el *callejón de Huallanca*, arriba de la población de Úrcón), debía cumplir un largo y estricto programa de preparación, que prescribía, entre otros requisitos, total aislamiento durante quince días y *prohibición absoluta de ají y sal*³⁵¹. Igualmente, los que aspiraban a ser hechiceros, tenían que someterse a diversas pruebas y cumplir con ceremonias rituales muy severas; por ejemplo: "ayunar... por tiempo de un año, o más o menos, *haciendo que se abstuviese de ají, sal y otras cosas*, particularmente comidas..."³⁵².

Desde los primeros tiempos del Imperio —refiere Guamán Poma de Ayala— regía la orden, aplicable principalmente a los jóvenes, así fueran de la realeza o del pueblo, de *guardar rígida*

abstinencia y ayuno en épocas de calamidad o desastre. Se ejercitaba a los jóvenes en estas privaciones para tenerlos templados y hechos al sacrificio, prontos a dejar los placeres y la vida fácil cuando se extendía el dolor sobre las poblaciones, las provincias o el Imperio todo. Esta norma —comenta el cronista— constituía un “ejemplo de buena crianza”. Primando entre los mozos la austeridad, “se educaba y enseñaba a los indios jóvenes a obedecer y a estar sujetos al servicio de dios, siguiendo la ley antigua de los primeros habitantes de este reino”³⁵³. Las privaciones eran de determinados alimentos: “... por mandato [los mocetones y diestros donceles] no comían sino maíz crudo, no probaban sal, ají, miel...”.

La orden de austeridad, ayuno y duelo por calamidad pública, se redobló en tiempo de *Topa Inga Yupanqui*, el cual emperador, en unión de todos los grandes señores del reino, dio a conocer para tal fin una serie de ordenanzas, entre las cuales estaba la siguiente: “Mandamos que en caso de peste, durante las tempestades, en época de sacrificios de hambre, sequía, muerte del Inca, de algún señor *Cápac Apo* y levantamientos, no se hagan fiestas, no se baile, cante ni dance; no se toque tambor ni flauta, ni hagan uso de mujer los hombres. Durante el ayuno y penitencia, *no se comerá sal, ají, carne ni fruta; no se beberá chicha...*”³⁵⁴.

En los períodos preparatorios de algunas fiestas también regía la orden de *suprimir de los alimentos la sal*. Tal el caso de la *fiesta de las huacas* o de los ídolos: el encargado de organizar esta fiesta en cada región o en cada pueblo, avisaba con anticipación a los *ayllus* para que las gentes se preparasen, y ordenaba, además, confesión y *ayuno de doce días*, “en los cuales no habían de comer ají *ni sal*; y en todos estos días no habían de llegar a sus mujeres”. Igualmente, ordenaba que se lavasen, portasen sus mejores vestidos y acudiesen a la fiesta ante la *guaca* respectiva llevando presentes de “coca, chicha, techi y *mullu* lo concha marina de color rojol...”³⁵⁵. También, entre los preceptos y mandamientos que los indios idólatras de los pueblos de Viria, Chupamarca y Huamantambo acataban desde edad inmemorial —según refiere el Anónimo de Huamanga—, el séptimo precepto ordenaba “ayunar doce días *sin comer sal* ni ají y abstenerse de sus mujeres...”³⁵⁶.

La sal estaba igualmente prohibida en la fiesta del *Itu*, que no tenía fecha señalada sino que se realizaba “en tiempo de gran necesidad”. “Para ella —cuenta Polo de Ondegardo— toda la gente ayunaba dos días, en los cuales no llegaban a sus mujeres *ni comían cosa con sal, ni ají, ni bebían chicha*”³⁵⁷.

Algunas *confesiones* terminaban con sacrificios de animales, cuya sangre se asperjaba a los ídolos, y se hacía ayuno: “unas veces por tres días y otras por cinco, y los hechiceros solían

ayunar treinta días, y este ayuno sólo consistía en *no comer sal, ni ají*, y se abstendían de dormir con sus mujeres³⁵⁸.

En el acto de casamiento del Inca, que se cumplía dentro de un ritual rígido, un día antes de que el señor tomase por esposa a la mujer designada, todos los participantes en la solemne ceremonia ayunaban: "el cual ayuno era *no comer sal ni ají...*", según refiere Fernández, *el Palentino*³⁵⁹.

La *ceremonia de las orejas*, con la cual los mozos alcanzaban el alto rango social de *orejón* y que consistía en la perforación del lóbulo auricular, se cumplía con gran aparato y conforme a un rito riguroso. El ayuno, naturalmente, era obligatorio: "... los mancebos que se habían de ordenar en caballeros habían de ayunar treinta días, que era abstenerse de llegar a sus concubinas y aun a sus mujeres legítimas... y que *no comiesen ninguna sal ni ají*, que de las otras cosas bien podían comer en abundancia..."³⁶⁰. En esta ceremonia, como en ninguna otra, se ve el carácter típicamente *mágico* de la sal y la relación estrecha entre la prohibición de ingerirla y la de tener conocimiento sexual con mujer alguna.

Guamán Poma de Ayala se refiere a la prohibición en las *ceremonias de entierro*. El rito entre los indios del Chinchaisuyo era complicado y duraba varios días. Producida la muerte, los deudos velaban "y ayunaban *comiendo sin sal...*"; más adelante, "mataban una llama para consumirla cruda o cocida *pero sin sal ni ají...*". En este festín macabro, que se realizaba ante los despojos mortales del difunto, se invitaba al cadáver a comer. Recién a los cinco días del fallecimiento, el cuerpo inerte recibía sepultura³⁶¹. Los indios del Condesuyo enterraban a sus muertos cumpliendo, también, un rito especial. Ayunaban, limitándose a sólo ciertos alimentos (carne cruda, por ejemplo), que ingerían *sin sal*. Como tenían "la idea de que *la sal corrompe*, igual que la muerte al cuerpo, y con el objeto de escapar de una muerte temprana, *ayunaban sin tomar sal*"³⁶².

Las referencias sobre la prohibición que hace Guamán Poma de Ayala, llevan a pensar que en algunas regiones se consideraba que *la sal era substancia que producía maleficios* y que, por consiguiente, debía ser evitada: *la sal era causante de la corrupción de la materia* (como la muerte, del cuerpo); *la sal mataba y esterilizaba los poderes fecundantes* (como cuando era esparcida en la tierra, que allí no volvía a crecer planta alguna); y *la sal envilecía y degradaba al hombre* y por eso se prescindía de ella en la buena educación y formación moral de los mozos dedicados al servicio del emperador y de dios³⁶³.

Finalmente, en una de las ceremonias rituales más importantes de la religión antigua, cual era la de *ahuyentar el alma de los recién fallecidos*, llamada, según cuenta Guamán Poma, *Uacachico Pacarico Sasichico*, expulsión del alma que se lograba

El cetáceo (presumiblemente, un ballenato o una variedad de ballena) está representado en esta vasija policromada con asa-puente. Largo: 17.5 centímetros; alto, 12. (Nasca A. Río Grande de Nasca, departamento de Ica. Período Intermedio temprano. Museo Alberto Fehling. Foto: Manuel Romero).



Sobre la embarcación, que se ha transformado en un espantable demonio marino, de enorme cabeza y boca devoradora, un personaje de alcuña divina y ricamente ataviado, con tocado alto y emblemas de poder (sin duda, una réplica de Ai-apaec), boga con un canaleta que tiene grabadas en los extremos, como otro signo de distinción, cabezas de la fantástica zoología mochica. Frente a él va un prisionero, con las manos atrás, el cuerpo atado y la mirada implorante. El admirable trabajo escultórico se completa con el asa-estribo, uno de cuyos lados se apoya en el cuerpo del héroe (*Mochica III*. Costa Norte. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Rafael Larco Herrera. Foto *Fernando La Rosa*).







Representación escultórica del pez. Los elementos están tratados con tendencia realista. La vasija, con asa-estribo (rota), reposa sobre un pedestal chato circular, que le da estabilidad. Coloración bicroma. (*Mochica IV*. Costa norte. Período Intermedio temprano, siglo V de nuestra Era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: *Fernando La Rosa*).

mediante el llanto y el rezo, se tenía que hacer *estricta abstinencia de sal y ají*³⁶⁴.

LA RELIGION LUNAR

Dice Calancha: "Adoraban los indios de Pacasmayo y los más valles de los llanos *por principal y superior dios a la Luna*, porque predomina sobre los elementos, cría las comidas y *causa alborotos del mar*, rayos y truenos. En una *guaca* era su adoratorio, que llaman *Sian*, que en la lengua yunga quiere decir *casa de la luna*; teníanla por *más poderosa que el sol*, porque él no parecía de noche y de día... y también porque ella lo eclipsaba muchas veces... En los eclipses del Sol hacían festines a la Luna, festejando su victoria..."³⁶⁵. Por su parte, Cobo anota: "Reconocían en la Luna divinidad... por su admirable hermosura y belleza y por las grandes utilidades que causa en el mundo. Imaginábanla con forma de mujer..." y su culto estaba a cargo de "sacerdotisas"³⁶⁶.

Las pruebas indican que el culto a la Luna fue tan antiguo o más que el culto del Sol. Un concienzudo investigador señala que "el culto a la Luna parece... haber sido el más antiguo en el Perú"³⁶⁷. Ya existía por consiguiente, mucho antes de la dominación de los Incas, compartiendo con la religión solar el fervor de los indios.

Constituido el Imperio, el culto al Sol fue dominante en la Sierra y se extendió, al amparo de las armas, a la Costa, desplazando en el orden oficial al culto lunar, pero éste mantúvose en la conciencia de los hombres, en el puesto de siempre por la fuerza de la tradición. En cuanto a su distribución, no fue sólo de los pueblos de la costa Norte sino *de todos los pueblos del litoral marino*. Se considera, incluso, que esta religión fue el lazo principal de unión de las culturas del Norte con las del Sur. Lo estima, así, Leicht, quien dice que "el lazo que une el imperio Chimú con las culturas más meridionales lo constituye el culto lunar"³⁶⁸.

Por ser un culto de verdadero carácter panandino, profesado de muy antiguo por gentes de la Costa y de la Sierra y de todas las provincias, las manifestaciones y representaciones de la divinidad varían considerablemente de una región a otra. Así, entre los *mochicas* "la diosa Luna [aparece representada] por una mujer... en escenas de unión sexual con el dios masculino [y] *a orillas del mar o en una isla*..."³⁶⁹. También "el astro nocturno [aparece] representado... por una *media luna*... en todas artes de los mochica-chimús: en ceramios, artefactos metálicos, telas y relieves en barro. Su forma se repite en hachas, cuchillos, narigueras, cascos y en los curiosos apéndices de turbantes. De

bemos suponer —aclara Horkheimer— que la frecuente representación... señala el orginario significado totémico de la media luna o de la luna en general, es decir, que *el astro era considerado como progenitor místico y ser tutelar de la comunidad o de cierto subgrupo, linaje, etc.*³⁷⁰. El símbolo lunar acompañaba, también, a los guerreros en las campañas bélicas, pues iba encima de los cascos protectores de la cabeza o en algunas de las armas principales³⁷¹. La representación entre los Incas, fue mucho más uniforme y sencilla pero de un valor simbólico notable. De las capillas independientes del Coricancha —dice Lothrop—, “la primera en importancia fue la capilla de la Luna, esposa del Sol. Por todos lados se hallaba cubierta con *láminas de plata y la imagen de la Luna también era de plata*. En este edificio estaban sentadas las momias de las reinas muertas”³⁷². Mientras el Inca se consideraba relacionado con el Sol, la divinidad oficial suprema del imperio, la mujer del Inca se consideraba relacionada con la Luna, diosa femenina por excelencia, y tradicionalmente, tanto en la Costa como en la Sierra, conectada a este sexo.

- Rebeca Carrión Cachot sostiene que en Chancay la representación de esta diosa femenina, lunar, es el *cuchimilco* o *figurín de terracota*. “No se les ha dado a estos figurines la importancia que verdaderamente tienen dentro de las creencias religiosas y aun dentro de las supersticiones populares de la época”. Hablando de su significado religioso, dice: “El estudio cuidadoso que he realizado en más de cuatrocientos cuchimilcos, arroja muchas luces sobre su significado. Se trata de la imagen de una divinidad que ocupa en esta cultura Chancay *el más alto rango*: es una diosa femenina derivada de la humanización de un ave de costumbres nocturnas cuyo culto no se origina en la localidad de Ancón sino en las culturas septentrionales del Perú, principalmente en la Chimú, en donde se encuentra las más auténticas y ricas representaciones de esta diosa. El figurín de Ancón es una forma decadente y alejada del idolo de oro hallado en *Batán Grande*; es la misma divinidad; como aquella, tiene los mismos ojos rasgados u oblicuos con una mancha negra; el coquete de plumas, simple o doble; las alas y las manchas perladas del cuerpo. *Se trata de la deidad más importante de los pueblos ribereños del mar*: de la *diosa luna*, que según las creencias de los antiguos pobladores de esta región *gubernaba el mar*, los temporales y, en una palabra, *la vida oceánica*. En el arte de Ancón, siempre aparece desnuda con los senos y el sexo bien marcados; con alitas a manera de manos y las plumas de la cabeza transformadas en tocado trapezoidal semilunar”³⁷³.

La *relación de la diosa Luna con el mar* fue parte fundamental de la doctrina de este culto y aspecto del mismo que ha sido destacado por los historiadores de todos los tiempos. Calancha, co-

mo se dijo arriba, consignó que los indios de la costa Norte *atribuían a la Luna el alboroto del mar* y, según el Jesuita Anónimo, en el sistema de creencias de los peruanos antiguos, de todas las regiones, la Luna era hermana y mujer del Sol, y *governaba el mar* y los vientos³⁷⁴. La referencia del Jesuita Anónimo es muy importante porque, en pocas líneas, ofrece un esquema del cuadro religioso de los peruanos y da exacta ubicación a la divinidad lunar en dicho sistema. Dice: "Creyeron y dijeron que el mundo, cielo y tierra, y sol y luna, fueron criados por otro mayor que ellos: a éste llamaron *Illa Tecse*... Luz Eterna (invisible, incorpóreo)... Los modernos añadieron otro nombre... *Viracocha*, que significa dios inmenso de Pirua, Perú o Pirú... El Sol dijeron que era hijo del gran *Illa Tecce*... La Luna, que era hermana y mujer del Sol, y que le había dado *Illa Tecce* parte de su divinidad y *héchola señora del mar* y de los vientos, de las reinas y princesas, y del parto de las mujeres y reina del cielo. A la Luna llamaban *Coya*, que reina"³⁷⁵.

Un arqueólogo eminente de fines del siglo pasado y comienzos de éste, Seler, comentó y relievó la referencia de Calancha tocante a la *relación de la diosa Luna con el mar*³⁷⁶; y la literatura científica del presente, repetidas veces, por intermedio de sus plumas más destacadas, ha subrayado, por un lado, el *nexo mitológico entre la Luna y el mar* y, por otro, la soberanía del astro divinizado sobre el océano. Adornada por Viracocha de muchos poderes, atributos y facultades, la diosa Luna era "poseedora del océano, reguladora de las mareas y temporales [bravizas], dueña del *guano* de las islas y dispensadora de los recursos marinos"³⁷⁷. Siendo *diosa del mar*, todos los fenómenos que se registraban allí dependían de su voluntad. A ella se atribuían, por eso, los cambios del clima, las lluvias periódicas (a veces, de fuerza catastrófica), la penetración de las aguas calientes procedentes del Norte, etc. También de su voluntad, a veces generosa, a veces castigadora, dependían los recursos, y los pueblos ribereños, por eso, le imploraban en sus cultos buena pesca. La mala pesca era señal de que la diosa estaba irritada con los hombres y, entonces, éstos le pedían perdón, con ofrendas y sacrificios, y rogativas multitudinarias.

Esencialmente, la Luna era una *diosa de la fecundidad*. Según la mitología de los pueblos de la costa Norte, la Luna, "en su barquichuela en forma de hoz semilunar, orlada de rayos, transportaba los recipientes llenos del *agua fecundante*". Con esta agua, regaba la tierra. Esta idea mitológica aparece registrada en el arte. En los vasos mochicas navega la barquichuela seguida de todos los habitantes del mar, especialmente peces y rayas.

Esta idea de la *Luna, diosa de la fecundidad*, fue destacada por Tello en su estudio fundamental sobre la religión y la mitología andinas desde los tiempos más primitivos hasta la época de los

Incas. El sabio precisó la existencia de *cinco dioses fundamentales*: 1) un *dragón*, síntesis de los poderes supremos de la naturaleza, creador del universo; 2) el *Sol*, fuente de calor y de luz y productor del elemento masculino generatriz; 3) la *Luna*, "productora del huevo cósmico o del óvulo destinado a ser fecundado por el Sol"; 4) y 5) los *mellizos*, hijos de los anteriores. La Luna está personificada por una *mujer ornitomorfa*: "... es una hermosa ave marina, diosa de la pesca que hace su aparición en la isla en medio de una multitud bulliciosa de otras aves marinas; allí espera al Sol, donde cohabita con él y recibe su calor y rayos fertilizantes. Las otras aves, subordinadas, igualmente fecundadas por el astro, son sacrificadas. La Luna es dueña del guano, mediante el cual pasan a la tierra los vivificantes poderes de ambos dioses"³⁷⁸.

Mejía, siguiendo a Tello, señala que la relación representativa de cada divinidad del panteón andino con sus símbolos, es permanente e invariable. Así, el *dragón* siempre está representado por el felino monstruoso, antropomorfizado total o parcialmente. El *Sol* está simbolizado por el cóndor o por un varón idealizado "y cargado con atributos de semillas y frutos". La *Luna* aparece "simbolizada... por los seres más conspicuos de cada región y siempre asociada a escenas de la agricultura, la ganadería y la pesquería, como el ave guanera del litoral Norte en las culturas mochica y chimú..."³⁷⁹.

En suma: en el panteón aborigen, la diosa Luna ocupa un puesto muy importante y sus atributos, poderes y facultades son muchos, pero todos ellos conectados íntimamente a la *idea de fecundidad*. Por eso, la diosa Luna tiene que ver con la tierra fértil, con el agua que fecundiza los campos, con el *guano* que devuelve vigor a las tierras y, sobre todo, con el *mar*, de cuya prodigiosa riqueza —peces y mariscos— viven las naciones. Ella es soberana del mar, regula a su voluntad la conducta de las aguas, da abundante pesca o la niega, determina las bravezas y las mareas y hace de la lluvia una manifestación de su poder. Actuando como *deidad celeste*, desde el cielo arroja agua con una *paccha agujereada*; y, como *deidad terrestre*, riega los campos desde la tierra misma, con una *paccha* desde la cual, como desde un manantial, mana abundante agua.

Llamada *Shio Shinan* —deidad del mar que protege la pesca, la extracción de perlas y la recolección de conchas—, la Luna aparece, en su ya descrita caracterización de un ave antropomorfizada, en el 80% de los vasos chimú, de donde se desprende que "debió ser, por lo tanto, la más conspicua divinidad del panteón de los chimú". Es "el *ave marina que personifica a la Luna*, la que tiene *dominio del mar* pues es significativo que en algunas representaciones figure en *asociación con aves marinas*, sobre barcos que navegan en un mar borrascoso, y principalmente

como una divinidad que parece tener a su cargo la *protección de la pesca y de la extracción de las conchas*³⁸⁰.

Los principales agentes de la Luna eran, entre los seres de tierra, el *perro* y el *zorro*. Se les consideraba *animales lunares*, ello, sin duda —según interpreta Leicht— por ser tanto el uno como el otro animales de intensa y, para el hombre, misteriosa *actividad nocturna* y por reaccionar, con mayor sensibilidad que otros elementos de la fauna, a los influjos de la Luna. Se dio entre los pueblos de la Costa, la idea tan generalizada en todas partes del mundo, de que el perro dialoga ásperamente con la Luna³⁸¹.

EL PEZ Y EL SIMBOLO ICTIOMORFO

Los pueblos antiguos de la Costa, especialmente los que se dedicaban a la pesca, rendían culto a los peces, cetáceos y demás animales del mar. "Hay en esta tierra tantos ídolos como oficios, por no decir hombres —dejó dicho López de Gómara— porque cada uno adora lo que se le antoja —en lo cual anduvo un poco suelto el cronista—... *Es corriente en el pescador adorar el tiburón o algún otro pez; el cazador, un león... el labrador adora el agua y la tierra... todos en fin tienen por dioses principalísimos al sol, la luna y la tierra, creyendo ser ésta la madre de todas las cosas, y el sol... creador de todo*"³⁸². En semejantes términos se expresó Zárate, contando que en la provincia inmediata a la "línea equinoccial", por Cabo Pasao, cada pueblo tenía sus propios ídolos, "según su trato y oficio": así, *los pescadores adoraban "figuras de tiburones..."*³⁸³.

Fuera de estos casos, que corresponden a pueblos que no alcanzaron nivel de figuración en el cuadro de las civilizaciones peruanas, el *pez* y, en general, el *motivo ictiomorfo*, tanto en la Costa como en la Sierra, tuvieron un valor simbólico de primera importancia. La compleja trama de la religión antigua, llena de dioses y conceptos contradictorios o excluyentes, con mitologías contrapuestas y profundas discrepancias, no permite determinar si el pez, como lo dijeron los cronistas, fue una divinidad o, simplemente, el símbolo de un dios o de un conjunto de dioses; o, como tercera posibilidad, nada más que *tótem*, en cuyo caso tendría una significación doble: social y religiosa, probablemente más lo primero que lo segundo.

La idea del *pez-tótem*, ha sido ampliamente desarrollada por Ricardo E. Latcham en su libro *Los Incas*. "En tiempo de la conquista española —dice a manera de presentación del tema— y por algún tiempo después, *el totemismo era universal entre los pueblos que habitaban los altiplanos y faldas occidentales de los Andes y las costas del Pacífico, desde Colombia hasta Chiloé...*"³⁸⁴. Subraya que el totemismo debe ser considerado como un

fenómeno universal, de todos los pueblos de la Tierra, y producto de ideas, actitudes y prácticas "congenitales a la mentalidad primitiva". "Algunos grupos totémicos se creen descender del *tótem*; otros creen que son emparentados con él de otras maneras diferentes... El *tótem* y el miembro del grupo... son entidades que se han combinado para la protección mutua de la descendencia de ambos; *el tótem es el ser tutelar que vela por el bienestar del grupo...*". Más adelante, agrega: "En su forma más primitiva, el *tótem* es casi siempre *un ser viviente* (animal, ave, insecto, pez reptil) pero entre los pueblos más evolucionados asume con frecuencia otras formas (las de plantas, de objetos inánimes, peculiaridades de la naturaleza y aun fenómenos naturales). Cuando son de estas últimas categorías, necesitan de símbolos que los pueden representar en los ritos y ceremonias. Los símbolos elegidos son comúnmente seres vivientes y éstos, a menudo, han sido confundidos con el *tótem* mismo".

El *tótem*, por lo mismo que es el progenitor remoto y ancestral o el ser benefactor que protege al grupo y al individuo, recibe muestras de veneración religiosa y respeto. Es *tabú*, cosa intocable, sacada del tráfago común de las cosas y seres del mundo, protegida por una muralla de *prohibiciones*.

En el contenido de la idea de *ente ancestral y fuerza protectora*, no faltan los ingredientes *religioso, animístico y mágico*. De allí que el *tótem* "es, ante todo, un *ser tutelar*, del individuo o del grupo" cuyo "principal papel es el de proteger por sus supuestas potencias sobrehumanas, al individuo o al grupo que lo ha elegido". Latham agrega esta observación muy importante, que conviene no descuidar en el estudio de la religión antigua: el *tótem* —dice— "*no es adorado, porque el hombre primitivo no adora nada*; pero, es *venerado y respetado* y colocado en el mismo plano que el antepasado fundador del grupo, quien, en la mayoría de los casos, es el que ha elegido y originado el *tótem*"³⁸⁵.

A la llegada de los españoles estaba muy generalizado el totemismo entre los peruanos. Había un *totemismo animal*, con un animal antecesor, y un *totemismo de pueblos sedentarios*, con un *ser para la protección, simple aliado*. Mediante ritos mágicos, el *tótem* se comprometía a proteger al grupo o al individuo.

La vida económica basada en la caza y en la pesca, determinó *tótemes animales*; después, con el desarrollo de la agricultura, aparecieron los *tótemes vegetales* o *geográficos*. Los elementos o accidentes de la naturaleza considerados como *tótemes* —lo que fue común en el tiempo de los Incas—, tuvieron, para facilidad del culto o del ceremonial mágico, un *representante o símbolo*. ¿Qué fue el *pez-tótem* entre los antiguos pueblos de la costa peruana: *tótem propiamente dicho*, vale decir, *tótem animal* (de los pueblos dedicados fundamentalmente a la pesca) o sola-

mente *representante* o *símbolo* de un elemento de la naturaleza—del mar, por ejemplo— que no podía representarse por sí mismo?

Los *tótemes* más comunes entre los peruanos antiguos fueron las aves, los felinos, los reptiles, los anfibios, los *peces*; también, los objetos de la naturaleza como los árboles, los cerros, los arroyos, los manantiales, etc.; y los fenómenos atmosféricos, como la lluvia, el rayo, el trueno, etc.

Tocante a la pregunta anteriormente planteada, es necesario insistir. Cuando el *tótem* era un animal, un insecto cualquiera o un objeto pequeño, *se representaba por sí mismo*; "pero, cuando era una particularidad de la naturaleza, como un cerro, un río, un bosque, el sol..." (o *el mar*, decimos, agregando a la lista de Latcham esta entidad fundamental del universo indígena, verdadera *pacarina*, punto de partida de linajes no sólo humanos sino divinos) "cuando era una particularidad de la naturaleza, *era preciso que tuviera un símbolo visible y portátil*, que pudiera reemplazarlo en los ritos y ceremonias. Semejantes símbolos se han confundido a menudo con el verdadero *tótem*... No eran ellos los verdaderos objetos de la veneración o adoración, sino los *símbolos* o *materializaciones del tótem*, el cual era conceptualizado en forma espiritual"³⁸⁸.

Replanteamos la pregunta: entre los Nasca, por ejemplo, donde el pez alcanza, sin duda, su mayor jerarquía, ¿es *tótem en sí mismo* o *símbolo, materialización del mar*, entidad de dimensión cósmica y, por lo mismo, difícil de representar, *pacarina universal*?

Sin duda, *el pez fue mucho más que simple tótem*. En la edad primera surgió como una fuerza protectora, de la que los grupos y los individuos se aprovecharon a cambio de rendirle manifestaciones de respeto y veneración; mas, andando el tiempo, cuando con los siglos corrieron parejas las victorias de la civilización y las nuevas ideas, aquella fuerza que hacía el bien a cambio de respeto y veneración y que estaba rodeada de una muralla de prohibiciones (*tabú*) escaló un nivel más alto y trocóse divinidad, con poderes y facultades naturalmente más grandes que los tenidos en la edad de su existencia propiamente *totémica*. Hecha divinidad, su imperio fue amplísimo: ya no el individuo ni el reducido ámbito de la comunidad o del linaje, sino el país todo, sobre muchas naciones y sobre todos o casi todos los *ayllus*.

"Los objetos y fenómenos más conspicuos del universo, aquellos que directamente intervienen favoreciendo u obstaculizando la satisfacción de las primordiales necesidades biológicas del individuo y de la especie, son los que absorben toda la atención del indígena y constituyen el fundamento de sus experiencias. Por esto, *los animales más extraños y feroces, ocupan el más*

importante lugar en sus pensamientos y preocupaciones y forman la base de sus creencias religiosas". Allí se coloca el *monstruo marino*, el *pez feroz de Nasca*, por ejemplo. Añade Tello, de quien es la cita anterior: "Según esta generalizada *filosofía totemística*, son los animales, entre los objetos de su medio geográfico, es decir, aquellos a quienes [los indios] consideran como sus iguales o superiores en *inteligencia y poder*, los escogidos como sus *espíritus guardianes y progenitores*, y los que, siendo en un principio *individuales o familiares*, vienen a ser después *tribales o nacionales*..."³⁸⁷. Tal la situación del cóndor, del felino, de la sierpe y, en la Costa, del *pez fiero, terrible, monstruoso*, verdadero demonio, que, por pez, *anida en el mar*: cuando *tótem*, su medio; después la entidad cósmica simbolizada o representada.

EL PEZ EN MOCHE Y PARACAS

En el arte mochica, un demonio antropomorfo lucha contra un *dios pez*. El pez —dice Krickeberg— representa a la Luna. Es la Luna que lucha contra una fuerza cósmica rival, presumiblemente el Sol, el Sol no propiamente rival sino enemistado (por algún enredo mitológico). Los norteños, fervientes adoradores de la Luna, se inclinaban por la Luna. La Luna, como se recordará, era la *diosa del mar*, del *guano*; ella propiciaba la buena pesca, pero también castigaba a los hombres negándoles la abundancia de los tiempos bonancibles. La Luna era la fecundidad. En tanto que el Sol secaba los campos y quemaba a los hombres y a las plantas, la Luna esparcía el fresco fecundante con lluvia y rocío. De allí que los hombres, en la lucha del demonio antropomorfo con el *dios pez*, se inclinaban por la victoria de este último³⁸⁸.

En Paracas, las representaciones mitológicas (principalmente en los paños) muestran pájaros marinos, caracoles y *pescados*. Como el tratamiento es de tendencia realista, la identificación ha sido posible en la mayoría de los casos. Destaca un *pez antropomorfizado*, con atributos humanos conspicuos. El *pez deificado*, con tales atributos, porta cabezas-trofeo. "En algunos casos —observa Rebeca Carrión Cachot—, la *humanización del pez* es casi completa, dando la impresión de una *encarnación del hombre en el cuerpo del pez* o, mejor, la *humanización del pez*"³⁸⁹. Se trata de un pez similar al *tiburón*, "identificado por Tello como el *Rynodium*, presentado con cuchillos y cabezas-trofeo" en el característico estilo del arte de la región.

EL PEZ EN PACHACAMAC

La doctrina de Pachacámac —dice Garcilaso, incanista por sangre, hasta la médula— “salió primero de los Incas, y se derramó por todos sus reinos antes y después de conquistados”. Para los Ingas, era un dios “invisible”, “que no se dejaba ver”; por eso, no le hicieron templos; pero, los yungas sí le levantaron un templo, “solemnísimo en edificios y servicio”, único en el Perú. “En el templo pusieron los yuncas sus ídolos, que eran *figuras de peces*, entre las cuales tenían también la figura de la zorra”³⁹⁰.

En los muros del templo de Pachacámac, Uhle encontró, pintadas con vivos colores, *figuras de peces*. Con los trabajos de limpieza de 1938, bajo la dirección de Alberto Giesecke, salieron a luz, en las graderías fronteras del mismo templo, otras figuras similares, que se conservaron por unos años. Después, la inclemencia del tiempo y el descuido, las echaron a perder. Seguramente, los peces tenían una significación iconográfica o simbólica muy grande en el sistema religioso de los pueblos de la Costa.

En la decoración de los muros, en la cerámica, en los tejidos, en las joyas . . . “se patentiza el culto a las fuerzas que deparan la vida, protegen las cosechas, conjuran las sequías . . . Al dios *Kon* [lo representaban] en forma de *pez* y de *ave*, creador de hombres y cosas, *rey de los mares* y del espacio . . .”³⁹¹.

Además del creador supremo, que fue Viracocha, en el sistema religioso antiguo, como se vio oportunamente, hay otro dios, llamado *Con*, del que hablan algunos cronistas. Según Gómara, que es el que trae la principal versión sobre *Con*, este dios se presenta como creador de los hombres, pero en un determinado momento castiga a las criaturas salidas de su voluntad y convierte los vergeles de su creación en tierra yerma y desolada. Markham considera que este *Con* debe ser el *Coniraya Viracocha*, la divinidad que rige el calor solar y que fue supe-
ditada en la Costa por el *dios-pez* y oráculo *Pachacámac*³⁹².

El templo famoso del valle de Lurín está a la orilla del mar y, según la leyenda —de la que se ha tratado en páginas anteriores—, allí desapareció el dios Pachacámac para siempre, sumergiéndose en los abismos del mar. La mitología presenta matices, pero, en todos los casos, tanto en los mitos de la Costa como en los de la Sierra, *la deidad suprema se relaciona con el mar y su símbolo podría ser el pez*, variando éste según las regiones: en Nasca es el *boto* —según Yacovleff, de cuyo magistral estudio se hablará más adelante—; entre los Chancay, *posiblemente también el boto*, como lo indica un ejemplar muy valioso de este estilo que se conserva en el museo de la Universidad de California, allí llevado por Uhle a comienzos de siglo y que ha

~sido descrito por A. L. Kroeber. En el Norte, entre los mochicas, la *divinidad marina* no falta pero *no es delfínica* como entre los Nasca sino *francamente ictiomorfa*: "enorme pez armado con un *tumi* (o cuchillo ceremonial), hostil a los hombres", como se desprende de las piezas norteñas descritas por Baessler a comienzos de la presente centuria.

Una cita de Lat'ham reafirma los conceptos expuestos sobre el significado cardinal del pez en la religión de los antiguos peruanos. Dice: "Algunos mitos hablan de *Pachacámac* (Irma) como *dios del mar* y que *tenía forma de pez*. Otros dicen que tenía figura humana. Lo probable es que era una *figura antropomorfizada con la cabeza de pescado*, como a menudo se halla representada en la cerámica de la Costa. *En el litoral, el mar reemplazaba al Sol de la Sierra* como dios principal de todos en general. *El símbolo del mar eran los peces*, como lo eran del Sol las aves de fuerte vuelo. Puede ser que el *dios Irma, llamado, después Pachacámac, era el dios del mar* y, por esta razón, tan venerado por las tribus costeñas . . ." ³⁹³

EL MONSTRUO MARINO DE LOS NASCA

En la cerámica Nasca aparece un *monstruo marino*, de faz terrorífica, verdaderamente terrible y espantable, que domina el escenario con las características de un genio. En un magistral estudio publicado en 1932, el malogrado arqueólogo ruso Eugenio Yacovleff dio la clave para la identificación y ulterior interpretación de este monstruo. Se trata del *boto u orca*, delfínido de gran tamaño que ataca a la ballena y a otros cetáceos y que en la lucha contra su fiero enemigo, el tiburón, saca por lo general ventaja, imponiéndose en terribles combates. Es el más temible habitante de los mares y por él sintió el pueblo Nasca —un pueblo dedicado preferentemente a la pesca— el más hondo respeto, tanto que lo llegó a *deificar*, encumbrándolo a la condición de dios. La frecuencia de este monstruo carnívor, de cabeza triangular, "con grandes fauces dentadas", común a *Proto-Lima y Proto-Nasca*, "induce a creer que el boto haya sido —propone Jijón y Caamaño— *el símbolo de la deidad suprema de los pueblos del litoral peruano*, al igual que fue, para los de la serranía el puma o el cóndor" ³⁹⁴.

(Como se verá más adelante, al tratar del culto a la ballena y al cachalote, Larco rechazó la interpretación de Yacovleff: no aceptó que el monstruo de los vasos pictóricos tuviera en la naturaleza, como modelo de inspiración, al boto u orca, ni que la extraña figura representara a un dios. Se inclinó por la simbolización de un leviatán que recorre periódicamente las

aguas del mar frente al litoral peruano, y por el carácter demoníaco, no divino, de ese monstruo).

Elemento diagnóstico muy valioso para la identificación del monstruo es la *banda dentada* que distingue el lomo del terrible personaje (y que Selser y sus continuadores creyeron que era el emblema de la *serpiente dentellada*, de origen mesoamericano). Por esa banda dentada, que hizo pensar a otros exégetas del arte Nasca en una escolopendra mitológica o en una serpiente emplumada al extraño modo mexicano, Yacovleff pudo, por fin, determinar el entronque del monstruo: *pez o habitante del mar*.

Pero antes de Yacovleff, ya, varios autores habían llamado la atención sobre el *origen marino de la banda dentada*. Así: Raúl d'Harcourt habló de un "verdadero dragón con cola de pez y boca abierta mostrando enormes fauces . . .", producto, al lado de los animales reales, de "una *fauna de fantasía* creada por la imaginación fecunda pero algo enfermiza" de los artistas inimitables de Nasca. Tello también, aunque recatadamente y sin comprometer su juicio, habló de *pez*: al lado del felino con mostachos —dijo—, aparece en la cerámica de Nasca, "secundariamente", "un *Gran Pez* que sostiene con una de sus aletas una flecha . . .". Agregó el sabio otro personaje, el cóndor, y consideró, a ambos, probables divinidades, distintas de la fundamental, el felino. El mismo Selser, el de la "serpiente dentellada", habló de *lobos marinos* equivocadamente, pero su referencia al mar fue acertada. Por lo menos, en un momento se puso en el camino de la verdad. Dijo que comprendía las figuras enigmáticas "como de *lobo marino*". Explicó que, a su manera de ver, la cabeza era de carnívoro pero que la *cola era de pez*. Sin embargo, las púas o dientes del dorso siguieron siendo para el gran americanista motivo de desconcierto. "Podría ser —propuso— que el cuerpo del lobo marino fuese imaginado como el de la serpiente dentellada". En otra ocasión insistió en el *origen marino del monstruo*: "Las púas de la serpiente dentellada se observan en ciertas figuras que representan el *demonio felino transformado en el marino*, figuras que reproducen un *monstruo de mar* y que se han desarrollado probablemente del *lobo marino* para cubrir al demonio felino, portador de la serpiente dentellada . . .". También Horacio Urteaga hizo referencia al *monstruo marino*, considerándolo *simbolización del mar y divinidad marina*: es —dijo— "el *dios-pez*, al que nosotros designaremos con el nombre de *Ticcti-Acca Capac* [que quiere decir] *el poderoso señor del agua*, el principio generador del poderoso elemento agua".

El examen de la figura, despojándola de sus elementos accesorios o decorativos, condujo a Yacovleff a la determinación de las siguientes partes: a) un *tronco ictiomorfo*, "provisto de una

cauda bilobulada que se presenta siempre levantada, de variable número de aletas . . . El cuerpo aparece dividido longitudinalmente en dos partes: una dorsal y otra ventral, de las cuales la primera es por lo regular de un tono más oscuro que la segunda . . . El borde inferior de la cauda está orrillado por una banda más clara; la nadadera o aleta pectoral . . . se presenta dividida en dedos y está sustituida a veces por una verdadera mano"³⁹⁵. b) Una *cabeza grande* "y del mismo color que el dorso". c) *Hocico largo y romo*, "la boca grande y provista de una terrible dentadura". d) *Ojo redondo, grande, con pupilar circular*. "Encima de él hay una mancha semilunar o arriñonada, de tono más claro que el de la cabeza".

En realidad, este *monstruo ictiomorfo* no es pez. Por ningún rasgo se le puede encontrar parecido, estrictamente hablando, con el tiburón. Yacovleff lo identifica con un *delfínido focínido* (delfines sin pico) del género *Orca*. El único representante de este género, es descrito de la siguiente manera: Tamaño, de 4 a 9 metros; cabeza corta, cónica, obtusa, ancha; cuerpo, cilindrocónico; la mitad superior de la cabeza, el dorso y las aletas, color negro; la mandíbula, el pecho y el vientre, blancos; mancha blanca encima del ojo. Animal gregario, que vive en numerosas manadas. A pesar de su gran porte, se caracteriza por la rapidez de sus movimientos. Ataca a las ballenas y llega a vencer en duro combate al tiburón. "La *Orca* es el más temible habitante del mar y más peligroso que el mismo tiburón . . . tirano y atormentador de las ballenas y focas . . . Allí donde se presenta es el terror de todos los animales . . . Terrible, ágil, impetuoso, voraz, cruel y sanguinario recorre vastos territorios del mar sembrando a su alrededor la muerte y la desolación . . ." Vive en alta mar pero también se acerca a las playas, atraído por la fauna que habita en la desembocadura de los ríos. Como el tigre, destruye más de lo que necesita para comer.

Es pelágico, o sea que domina las vastas extensiones del océano, trasladándose fácilmente de una región a otra. Es del Atlántico y del Pacífico y también de los mares árticos.

Se relaciona con el *delfin común o bufeo* (*Delphinus delphis*), que antes abundaba en enormes cantidades en aguas peruanas y constituía el deleite de los pasajeros de los buques por las alegres carreras, velocísimas, que emprendía, agrupado en cuantiosas manadas que bullían por horas y horas al lado de las naves. Esta especie sufrió, por el año 1950, una devastadora epidemia o cayó víctima de una catástrofe biológica, porque, a partir de esa fecha, prácticamente se extinguió frente al litoral peruano³⁹⁶. También se relaciona con la *marsopla* y con el *cochino*, que es una variedad de delfínido pequeña, sin pico, que abunda en los mares del Norte, especialmente frente a Sechura.

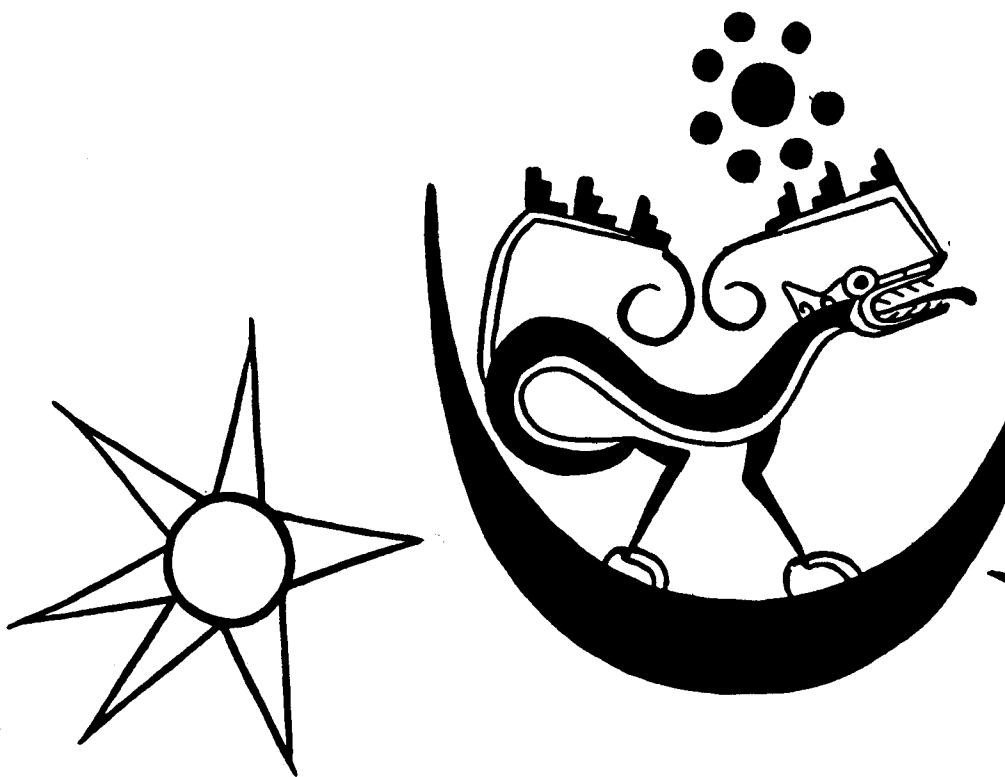
Su nombre en muchos mares y, particularmente, en el Perú (desde el siglo XVI, con los primeros cronistas, que así lo denominaron), es *boto*. Científicamente se llama *Orca gladiator*, y debe ser el *delfin matador* (*killer whale* de los norteamericanos) —*Orcinus orca*— de que habla Schweigger, describiéndolo como “un animal sanguinario, sospechado de matar eventualmente por gusto, sin la necesidad de matar para vivir”. Agrega Schweigger que esta fiera de los mares no abunda; se la encuentra “a distancias mayores de la costa”; ataca a las ballenas y las devora; y ha sido vista a la altura de la isla de Sangallán, en el litoral de Ica.

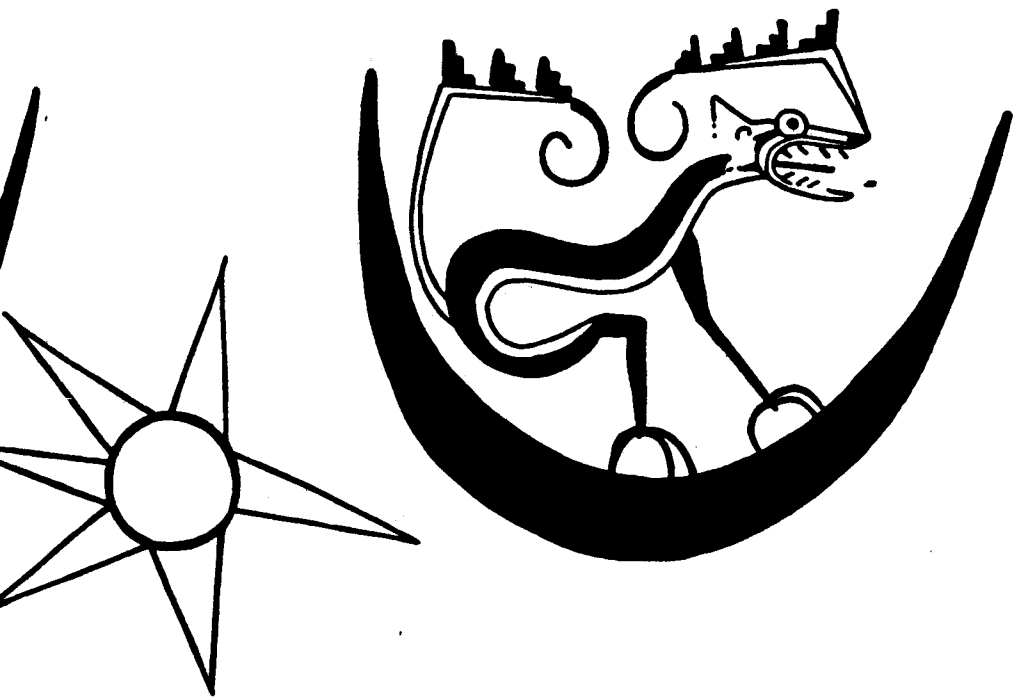
El nombre de *boto* le viene por la forma de su hocico, sin punta como ya se dijo, chato. *Boto* es sinónimo de *romo*, chato, lo contrario de agudo.

Las feroces y mortales peleas, descritas por algunos viajeros de los siglos XVI y XVII—Cobo, entre ellos—, entre *lobos* y *tiburones*, en los que los tiburones, en manadas ordenadas, formando alas de ataque, embestían contra los valientes y serenos lobos marinos, debieron ser, sin duda, entre *ballenas* y *orcas* o *botos*. La confusión es explicable por el parecido, visto a distancia, de los combatientes.

El boto, como se acaba de adelantar, existe en los mares peruanos, muy especialmente frente a Ica. La literatura sobre la vida en el mar lo ubica allí a través de autores bien informados, y el propio Yacovleff recogió de los pescadores del Callao, Chilca y Bahía de la Independencia versiones inequívocas. Avezados hombres de mar le describieron el boto *no como un pez sino como un animal*, manera vulgar pero clara de indicar que se trata, no de un pez con agallas sino de un cetáceo (un mamífero); peligroso más que el tiburón, la tintorera y la manta; audaz en sus incursiones, llegando con frecuencia cerca de los puertos y atacando las embarcaciones. Por su aspecto y costumbres, “es inconfundible con el tiburón, bufeo o cochino y parece como una ballena pequeña . . . Tiene dos aletas a los lados y un espolón en el lomo. El espolón se asoma sobre el agua y con él, el boto puede romper la quilla de una embarcación o voltear del todo la lancha . . .”. Los pescadores, en su mentalidad de hombres simples, creen que la aleta dorsal del boto, que es muy prominente, constituye un “arma ofensiva”, razón por la cual algunos llaman a la orca *pez espada* o *ballena espada*. La misma denominación científica del animal, *Orca gladiator*, ha tomado en consideración este rasgo. Lo considera *un animal hecho por la naturaleza para el combate* (gladiador, luchador).

Es una variedad de zorra, sin duda, el animal que aparece en la representación de la luna. En cuanto a ésta, las dos puntas elevadas del dibujo evocan la forma de una balsa de totora, sobre la que el dios lunar cruza, en compañía de los dioses menores, el nocturno océano celeste. (Vaso procedente de Chimbote, de la Colección Gretzer. Calco tomado de Gerdt Kutscher. *Nordperuanische Keramik*. Berlin, 1954, Gebr. Mann Verlag. Reproducción autorizada)





EL BOTO EN EL ARTE NASCA

“La estrecha vinculación del pueblo Nasca con el mar, la existencia de la orca en las aguas peruanas y el temor que debía inspirar en los primitivos pescadores este delfínido verdaderamente terrible, explican la frecuencia de su representación en las vasijas policromas”³⁹⁷.

Desde luego, la representación, en la mayoría de los casos, no es naturalista, porque, con el tiempo, desde las primeras experiencias visuales, directas, hasta la elevación del monstruo a la categoría suprema de deidad, se produjo un *proceso de metamorfosis* que dio por resultado el mantenimiento del arquetipo pero variado en su trazo y en sus atributos o apéndices. El boto se antropomorfiza o se combina con rasgos felinoides, pero el arquetipo queda siempre inconfundible.

En la relación *hombre-bestia marina*, que culmina, como se ha dicho, con la deificación del monstruo, el punto de partida está en la pesca. “Imaginemos una escena de pesca —propone Yacovleff— de hace diez o quince siglos en alguna caleta de la costa Sur del país. Los hombres desnudos de piel bronceada; unos montados en sus *caballitos de totora* y armados de arpones de punta de obsidiana o con anzuelos de hueso; otros, nadando, sumergidos hasta la boca, zabulléndose de vez en cuando para sacar del fondo conchas y otros mariscos . . . Un poco más afuera, bandadas de pelícanos y guanayes y grupos de lobos marinos haciendo competencia al hombre . . . Alrededor, la inmensidad del océano, el abismo de lo desconocido que para el primitivo es siempre temible; allí habitan los monstruos reales e imaginarios, los espíritus malignos, las deidades poderosas que, es verdad, crían los pescados para dar alimento al hombre, pero cuya voluntad está más allá de la inteligencia de éste, porque repentinamente cambian su benevolencia en ira . . .

“De repente, un grupo de orcas hace su brusca aparición en las tranquilas aguas de la caleta. Se levantan las aves; los lobos llenos de pavor se precipitan hacia las peñas . . . A la alarma de los animales, los pescadores huyen buscando protección fuera del agua . . .

“Los botos no sienten predilección por la carne humana . . . pero el hombre, ante la terrible dentadura y la voracidad sin límites del monstruo, comparte con los lobos el *terror* . . . La escena del ataque dura pocos momentos pero deja impresión honda en el alma mítica del primitivo . . .

“¿Qué prueba mejor puede pedir su *concepto del mar como de morada de seres sobrenaturales y superiores?* ¿Qué sugerencia más clara de la *necesidad de venerar a Mamacocho*, identificándola con el ser más poderoso que vive en su seno?”³⁹⁸.

Pero, por el tremendo impacto síquico producido por la escena descrita, la imagen del monstruo, al ser atrapada por el artista, sufre una deformación. "El terror hace perder los sentidos; traiciona la vista aguda; el miedo hace exagerar los detalles percibidos instantáneamente". Sólo queda de la imagen la forma del monstruo, como de pez, con aletas y cabeza grande. La aleta dorsal queda en el recuerdo como un *gran cuchillo* "que el monstruo asomaba sobre el agua"; "se recuerda el ojo enorme".

Por todo ello, *la representación naturalista del monstruo no puede ser fiel, exacta*. Tiene que ser una representación *deformada*. La deformación que sufre es la misma que experimenta cualquier testimonio de algo que el hombre presencia bajo los efectos alterantes de una escena de terror o de espanto. Del boto queda, por consiguiente, *sólo lo esencial*.

Entre otras consecuencias, esta deformación da origen al *cuchillo*, que generalmente acompaña al monstruo en los vasos policromos. La *aleta dorsal* que para los pescadores modernos es un *arma de ataque*, se convierte para el artista Nasca, por un *proceso de simbolización*, en un *gran cuchillo*, que semeja una *punta de obsidiana*. Es una creación simbólica en cuya mecánica mental juega papel preponderante la *asociación de ideas*: el arma del animal (la aleta) se convierte en el arma de los hombres (la punta de obsidiana unida al extremo de un arpón).

Más adelante, el proceso de simbolización se acentúa; y, entonces, en lugar de un *cuchillo*, el artista pone como parte de la composición en torno al monstruo, una *cabeza-trofeo*. Este agredido "debe su origen —acota Yacovleff— al deseo de acentuar la idea de potencia y poder del animal . . ."³⁹⁹ Y, como de alguna manera hay que unir las dos partes (el monstruo y la cabeza-trofeo), entonces el artista *convierte la nadadera en mano*, con lo que el proceso de transformación avanza considerablemente, ahora por los caminos de la antropomorfización.

Recientemente, un experto en la cultura Nasca ha apuntado lo siguiente sobre la aplicación de la cabeza-trofeo en el cuadro del monstruo marino: "La cabeza-trofeo —dice— . . . es un elemento sorprendente de la cultura Nasca". Fue una consecuencia, sin duda, de la lucha intertribal —explica—, que llegó a extremos de ferocidad inaudita. Aparece tanto en la cerámica como en los tejidos; es, por lo tanto, un elemento muy extendido y de la mayor significación simbólica. Se la encuentra tratada desde la forma elemental, geométrica, de simples líneas, "con los ojos lineales y la boca formada por una cruz", hasta la representación asaz convencionalizada, de difícil identificación. "Los dioses y los hombres llevan en la mano y en la cintura las cabezas-trofeo con los cabellos sueltos . . . Es común en el simbolismo de la cultura Nasca que el jaguar (o el felino, en general), el halcón, el *mons-*

truo marino u otro diseño antropomorfizado porte en una mano un cetro y en la otra mano una o dos cabezas-trofeo⁴⁰⁰.

DEIFICACION, ANTROPOMORFIZACION, FELINIZACION

De los iniciales y espantables contactos, de aquellas escenas terribles que el hombre, sobrecogido y abrumado, presenció en las caletas invadidas por las orcas, salió primero la idea del *monstruo feroz*. Más tarde, la idea del monstruo se transformó en la *idea de la deidad*, vale decir, en la idea del *ser todopoderoso e invencible*. Dice Yacovleff: "Sería innecesario detallar las razones que impulsaron a los primitivos pescadores de la costa peruana a elevar al boto a la categoría de deidad. Era el ser más fuerte y poderoso que se conocía en el medio donde había transcurrido la vida de muchísimas generaciones, el *señor natural del mar*, del mar donde el hombre buscaba su alimento"⁴⁰¹. Sostiene Yacovleff que, probablemente, *la adoración al mar no era propiamente al mar sino a sus monstruos*. Por lo demás, "es natural temer al animal que mata y devora a todo ser viviente, reconocer su superioridad . . . y, buscando su benevolencia, tratarlo como a una deidad".

Cree Yacovleff que el monstruo al que los antiguos habitantes de la costa adoraban por su "grandeza y monstruosidad", según dejaron dicho Garcilazo, Gómara y Cobo, *no era la ballena sino el boto*. La ballena rara vez se aproxima a los mares inmediatos a las playas, que eran los que frecuentaban los pescadores del litoral en sus *caballitos de totora*; la orca, en cambio, sí lo hace, y el pescador nasquense la conoció perfectamente⁴⁰².

"Reconociendo la superioridad de los animales fuertes y peligrosos y tratándolos como deidades, el primitivo infaliblemente acaba por dotarlos de atributos, caracteres y hasta rasgos exteriores propios de sí mismo: *la deidad animal se transforma gradualmente en un ser antropomorfo*. Es ésta, también, la suerte del boto en el arte de Nasca"⁴⁰³.

Pero, la antropomorfización no puede ser absurda ni atentar contra la naturaleza misma del ser modificado. Así, el boto con atributos humanos mantiene sus rasgos dominantes y el hombre que en él aparece adopta la conveniente y natural postura del pez o del habitante del mar, es decir, *la postura del ser que nada*. "El boto antropomorfizado parcialmente por agregación de *un cuerpo humano en actitud de nadar*, es un tema de los más frecuentes en las vasijas policromas". Pero, "a pesar de la antropomorfización, persiste el concepto del boto como animal feroz y peligroso".

Por último, cuando el pueblo Nasca, avanzando en su desarrollo socio-económico, se hace predominantemente agricultor,

transforma aún más la figura arquetípica del monstruo marino y le pone, según una tradición agrícola de origen no precisado, *atributos o rasgos felínicos*, combinados con *elementos inconfundiblemente humanos*.

No embargante, *el boto queda en lo esencial*. La felinización no tiene carácter desfigurador en lo que atañe al patrón básico. La cabeza es humana y la nariguera felínica, con mostachos, pero el cuerpo, el gran apéndice dentado y la postura echada delatan al delfínido que está en la raíz del mito y de la forma artística. Yacovleff dice: "... la actitud tendida del cuerpo humano y, sobre todo, la presencia del gran apéndice dentellado... no dejan dudas de que las figuras representan *al boto antropomorfizado* . . ."⁴⁰⁴. En ningún instante los elementos felínicos llegan a predominar en la composición: "siempre los elementos del boto antropomorfizado prevalecen . . . sobre los del presunto felino . . ."⁴⁵⁰.

Genio proteico, el boto sobrevive a pesar de la desfiguración hacia el hombre y hacia el felino. En otras palabras, el arquetipo queda, no obstante la evolución de las imágenes y el laborioso desarrollo formal que realiza el artista. Con razón dice Harth Terré que la intención del artista en Nasca es "representar en forma completa al ser divino o al genio de su cosmos tutelar; y con él, todos sus atributos y adornos. *A través de las variantes, mantienen los rasgos genuinos de su imagen*; y en la habilidad de su trazo nos apercebimos cómo la desfiguración va sobreviviendo en busca de una complicación que podría explicarse sólo por el afán del artista devoto, movido por una sobrecarga emotiva. *Sin perder sus rasgos básicos . . . la figura del dios aparece cada vez más compleja*. . ."⁴⁰⁶.

EL PEZ CHAVIN: ¿MARINO O FLUVIAL?

Primero, en *Wira Kocha* (1923); después, en *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas* (1942), y, finalmente, en *Chavín* (ed. póstuma, 1960), Tello estudió y analizó los patrones básicos, o arquetipos, de las *representaciones mitológicas demoníacas o míticas* "estructuradas a base del tratamiento de un motivo fundamental: la cabeza del felino". Tales representaciones son cinco, a saber:

1) Un *dragón*, "de hocico armado con grandes colmillos y patas con garras". Es hermafrodita y aparece con la compañía de tres animales de composición casi realista, que son un felino, un pez y un ave. Está en el *Obelisco Tello*, representado en forma harto convencionalizada.

2) Un *monstruo felinoide* antropomorfizado, "que tiene como modelo arquetipo el felino que acompaña al dragón". Está en la *Estela Raimondi*.

3) Un *monstruo ornitomorfo*, también humanizado. Está en varias estelas y cornisas.

4) Un *monstruo ictiomorfo*, "que viene a ser la representación idealizada del pez que acompaña al dragón". "Los detalles morfológicos del animal —rostro, escamas y aletas— están transformados en cabezas de felino. . ."407. Está en la *Estela de Yauya*, cuya descripción se hará enseguida.

Finalmente:

5) *Felinos humanizados*, de "aspecto cadavérico"; "seres extraños con cabezas y miembros desarticulados. . . cabellera larga y enortijada. . . cráneo cubierto con un casco con brida. . .". Están en los *monolitos de Sechín*.

Se plantea el siguiente problema: ese *monstruo ictiomorfo*, "representación idealizada del pez que acompaña al dragón", como lo define Tello, ¿corresponde a la *fauna marina* o parte de la imagen de un pez de la *fauna fluvial*?

Antes, conviene hacer la descripción de las piezas líticas en las que aparece la representación de este *monstruo ictiomorfo*.

La *figura del pez*, como personaje principal, dominante, o como ser secundario, aparece representada en dos piezas fundamentales del arte lítico Chavín: en el *Obelisco Tello* y en la *Estela de Yauya*.

El *Obelisco Tello* —una lanza de granito muy fino, color gris, de 2.52 m. de alto y 26-32 centímetros de ancho—, que fue descubierto bajo tierra, en un campo de cultivo, en 1908, y traído a Lima en 1919, por la Expedición Universitaria de aquel año encabezada por Tello, representa "dos felinos que ostentan un complicado y lujoso atavío. Están dispuestos a lo largo de la piedra, con las cabezas hacia arriba. . . Los dibujos que representan a estos dos felinos, son muy semejantes. Uno de ellos está en actitud de devorar tres animales: un cóndor, un pez y un monstruo serpentiforme, que aparecen en el espacio delante del rostro; el otro parece que ya hubiera devorado a dichos animales porque quedan delante de su rostro sólo algunos fragmentos de ellos en el espacio. . .".

"El pez es alargado; tiene la cabeza de felino, está provisto de una especie de collar a nivel de las agallas; tiene una aleta dorsal, otra ventral y dos caudales; parece todo él formado por dos cordones doblados en asas, unidos en la cola por medio de un cordón transversal"408.

La significación de los seres agregados es la siguiente (en la interpretación del propio Tello): la serpiente representa al rayo; el ave (cóndor) simboliza al Sol; *el pez es el símbolo de la Luna*409. En realidad —añade Tello—, dentro de la concepción

mitológica general, los tres seres no son meros *agregados*. “Estos tres personajes, que aparecen como agentes secundarios que acompañan a la divinidad principal, son... *derivados* o *emanados* de ella. Podría decirse que el alma de su constitución es el propio felino. . .”.

La *Estela de Yauya*, que Tello descubrió en 1919 en la iglesia del pueblo de Yauya, de la provincia de Huari, departamento de Ancash, y que minuciosamente describió en 1923, en la revista *Inca* —de granito pulido (1.65 m. de alto, 0.57 de ancho y 0.15 de espesor), lamentablemente rota, intencionalmente, “para adaptarla a las dimensiones del umbral de la iglesia del pueblo”—, *es la mejor representación de la divinidad ictiomorfa, del pez*. Esta divinidad “consiste en un monstruo que parece estar sentado, [con] los brazos abiertos y las manos dirigidas hacia arriba. La cabeza del ídolo mantiene un carácter felínico, *pero el cuerpo es de pez*, que se identifica mediante la representación de las agallas, aletas dorsal, ventral y caudal . . .”⁴¹⁰. La cabeza, que destaca como una de las partes principales de la composición, es, como se ha dicho, de felino, dividida claramente en dos mitades de absoluta simetría, y en ella *sobresalen los ojos*: “grandes, circulares, *formados por el cuerpo del pez casi realista*, que aparece doblado, con la cabeza hacia arriba y la cola abajo”. Por consiguiente, *los ojos “son simples diferenciaciones del pez*, lo cual indica que *dicho animal simboliza un cuerpo luminoso*, conectado con la luz que irradia el ojo del felino”⁴¹¹.

En conjunto, “las diferentes partes de esta divinidad son sólo modificaciones de las partes anatómicas del *pez* con cabeza de felino”. Aparece la cabeza —ha de repetirse— de felino, inconfundible pero con el agregado realista *ictiomorfo* de los ojos; abajo, sucesivamente, “el cuello y la parte correspondiente a las agallas; el cuerpo alargado y dividido en tres porciones, una media y dos laterales, con figuras de bordes curvilíneos que pueden corresponder a las escamas. La cauda es sólo una modificación de la cauda del pez. . . Por último, las extremidades anteriores y posteriores del monstruo, posiblemente son sólo transformaciones de las aletas del pez”.

Tello concluye:

“Por estas razones, se considera esta divinidad como *derivada del pez*. Es un *dios ictiomorfo*, vinculado al dios felino. . . agente de éste que debe personificar o simbolizar algunos de sus poderes. El hecho de que el pez constituye el ojo del monstruo, es muy significativo. Son los ojos del felino los que despiden en las noches tenebrosas, los rayos luminosos. *Este dios-pez simboliza a la luna. . .*”.

En su estudio de 1923 sobre mitología y dioses andinos, Tello ya había indicado que el *dios-pez* de Chavín *simbolizaba a la*

Luna⁴¹² y por eso lo llamó, en otra parte de su monumental monografía, "símbolo *selénico*"⁴¹³.

Pues bien —volviendo al tema central de esta parte—, a la pregunta sobre el monsturo ictiomorfo de Chavín: ¿pez marino o pez fluvial?, fue para el mismo Tello difícil arribar a una conclusión, primero por lo muy convencionalizado del arte lítico Chavín y, luego, por la falta de suficientes y claros elementos de identificación. Se trata, como se ha dicho en la descripción del *Obelisco Tello* y la *Estela de Yauya*, de un pez idealizado en el que, los elementos que podrían servir en el diagnóstico para un pronunciamiento seguro, han sido fundamentalmente modificados, quedando sólo el arquetipo, que en todas las faunas ictiológicas del mundo —de mar, de río o de lago— es el mismo. Pero, en una de sus obras de edición póstuma, Tello se inclinó por la tesis del pez fluvial, descartando, por consiguiente, la posibilidad de que el arquetipo correspondiera a la imāgen de un pez marino. En *Arqueología del valle de Casma*, en efecto, al hablar de la expansión Chavín hacia el mar, dice que se realizó en dos etapas sucesivas: una, la primera, que llega hasta el mar, se produce con trasplante de todos los elementos de origen serrano, sin modificación alguna ni en la técnica ni en el arte; la otra, siguiente, registra una adaptación a los medios disponibles en la Costa. Durante la primera, el trasplante se produjo —dice Tello— "con predominio... de las figuras derivadas de las representaciones fantásticas [del foco originario]: el jaguar... y un pez, probablemente de origen fluvial".

Aunque la idea de Tello parece no ser definitiva ("probablemente", dice), los argumentos en pro de la tesis fluvial ganan en el primer cotejo a los argumentos de la tesis marina. Dentro de la concepción de Tello, Chavín nace, se desarrolla y alcanza florecimiento en la Sierra; es cultura, por consiguiente, de perfil y esencias ciento por ciento andinos. Se concluye que, antes que Chavín llegara al litoral y aún al alcanzar el máximo de su expansión, la influencia del mar en el gigantesco y firme edificio de sus creaciones no tuvo la fuerza de los decisivos factores telúricos del interior, propios del área andina o de la floresta, donde Chavín hunde raíces.

Otros compartieron la idea del sabio. Para Rebeca Carrión Cachot, por ejemplo, no hay duda de que el personaje mitológico deriva de un pez fluvial. Lo dice claramente en su estudio sobre la cultura Chavín: "Otro importante dios del panteón Chavín es un pez fluvial cuyas funciones y significado no pueden precisarse todavía debido a las pocas representaciones que se tienen de él... Posiblemente se trate del *suche*, propio de los ríos de la Montaña, o de algún otro pez cuyo género de vida o sus peculiares hábitos atrajeron el interés de los primitivos pobladores de esta región del Perú para divinizarlo y dotarlo de especiales

atributos". Y agrega siguiendo muy de cerca también a su maestro: "Debe simbolizar a la diosa Luna..."⁴¹⁴. Igual opinión expresa Cossío del Pomar⁴¹⁵.

Pero, el problema no ha quedado definitivamente resuelto. La misma duda de Tello, que le llevó a decir que el pez Chavín era "probablemente" fluvial, se mantiene, y ahora ahondada con los nuevos hallazgos. En su estudio sobre *Paracas*, que se publicó, también, después de su muerte, el sabio destacó que las relaciones comerciales entre la Costa y la Sierra habían sido en todo tiempo, pero especialmente en la época Chavín, *intensas y permanentes*, como lo indican los caminos y lo prueban los muchos artículos y objetos elaborados que se encuentran en las tumbas: objetos de la Sierra en las tumbas de la Costa y viceversa: conchas, sobre todo, algunas incluso de procedencia lejana, extraperuana, en las tumbas de la Sierra. Si hubo intercambio comercial, también es de suponer que hubo influencia en las creaciones del espíritu, sustentada esta influencia en los elementos materiales y en los frecuentes contactos⁴¹⁶. Los trabajos últimos de Lumbreras y Amat en Chavín de Huántar han puesto al descubierto grandes cantidades de productos marinos, que fueron usados, no se sabe a ciencia cierta, si como ofrendas o como alimento. Gana terreno la suposición de que fueron ofrendas pero se considera también la posibilidad de que algunas valvas gigantes —*mejillones* de extraordinario tamaño, por ejemplo— pueden haber servido, desprovistas del tejido blando que contuvieron, como menaje de cocina. Choros (*Mutilus*), *mejillones* y restos de otros mariscos han sido hallados en la galería subterránea llamada *de las Ofrendas*, cuyo fechado por radiocarbono arroja una edad de cerca de tres mil años (780 a. C.). Estos vestigios son posteriores al Lanzón, anteriores a la *Estela Raimondi* y contemporáneos del *Obelisco Tello*. La cerámica que aparece asociada a ellos, se compone de platos, botellas, vasijas y vasos de *asa estribo* con los arquetipos decorativos del felino, la serpiente y el cóndor o el halcón, y otras vasijas, por primera vez obtenidas, con decoración de *flores de cuatro pétalos*: cerámica, en todos los casos, muy fina, de exterior delicadamente pulido, con numerosos ejemplares grafitados y otros con cavidades rellenas de un barniz o esmalte aplicado después de la cocción. Dos espléndidos vasos —uno, color rojo, otro negro— llevan *ornamentación en relieve de conchas marinas*, de admirable modelado realista; y otro vaso (reconstituido cuyos fragmentos fueron sacados, igualmente, de la *Galería de las Ofrendas*) muestra la *representación incisa de un pez*, "presumiblemente marino", según Lumbreras⁴¹⁷.

Prueban todos estos hechos que la cultura Chavín no se desarrolló a espaldas del mar. La gente de esta cultura aprovechó de los recursos marinos para sustentarse y *la mitología y la reli-*

gión quizá se inspiraron en el mar para elaborar sus conceptos o para afianzar los que ya tenían en parte formados. En todo caso, si el monstruo ictiomorfo o dios-pezu de la mitología Chavín es de origen fluvial, la fauna ictiológica del mar prestó un poderoso y definitivo argumento de ratificación mitológica en cuanto al significado del pez en el cuadro de la vida y en cuanto a la simbolización de la Luna por el pez. En otros términos: el mar dio la certificación definitiva a la concepción mitológica: en su origen, el pez Chavín fue fluvial pero después se generalizó, inspirándose su representación mayormente en el pez marino.

EL CULTO AL MAR EN PACASMAYO

Calancha y Cobo refieren que los indios pescadores de Pacasmayo, que habitaban la región en gran número, rendían culto especialmente al mar, ofreciéndole harina de maíz blanco, almagre "y otras baratijas"⁴¹⁸.

"Adoraban los indios pacasmayos y sus yungas —escribió el primero—, al mar, cuyas costas habitan, y lo llaman Ni... Teníanle por el más rico, y adorábanle para que no los ahogase, y diese pescado. . . Nunca adoraron estos indios pescado alguno, porque lo comestible no lo tuvieron por deidad, y sólo adoraban a la ballena, creyendo que tanta grandeza contenía deidad o señorío. . ."⁴¹⁹.

Estableciendo la relación entre el culto marino y el culto lunar, Calancha dejó dicho en otra parte: "Adoraban los indios de Pacasmayo y los más valles de los llanos por principal y superior diosa a la Luna, porque predomina sobre los elementos, cría las comidas, y causa alborotos del mar, rayos y truenos. En una huaca era su adoratorio, que llaman Sian, que en lengua yunga quiere decir casa de la Luna; teníanla por más poderosa que el Sol, porque él no parecía de noche y de día; . . . y también porque ella lo eclipsaba muchas veces y el Sol jamás la eclipsaba a ella. . . En los eclipses de Sol hacían festines a la Luna, festejando su victoria; y en los de la Luna lloraban en bailes lúgubres mientras duraba su eclipse, manifestando el pésame de su tristeza y acompañando con lutos su oscuridad"⁴²⁰.

Que ambos cultos —el del mar y el de la Luna— estuvieron estrechamente unidos, lo prueba la asociación de sus respectivos símbolos mitológicos en algunas obras de arte. Leicht da cuenta de tejidos sacados de las tumbas de Pacatnamú, con decoración que representa el cándido lunar y la raya marina. Se trata de tejidos de estameña, bordados en rojo y verde, correspondientes al arte chimú de las primeras fases. "Los calados y bordados del tejido muestran el dibujo de una casa serpentiforme; y junto a

las vigas del mismo tipo aparece el característico cánido, que mantiene un pesado cetro en la mano⁴²¹.

LA RELIGION MOCHICA

Es muy explicable que un pueblo como el mochica que gran parte de su existencia transcurría frente al mar o en operaciones que se cumplían en el mar —pueblo pescador por excelencia—, dedicara lo más férvido de sus sentimientos religiosos a la inmensa y generosa superficie líquida, de la cual obtenía parte considerable de sus alimentos. Por eso, “gran veneración gozaba el mar, elemento tan importante para una población que se dedicaba a la pesca y navegación”⁴²².

En general, el agua recibía culto de los pueblos de la costa Norte: tanto el agua de lluvia, que vivificaba los campos después de las tremendas y periódicas sequías, y el agua de los ríos, de la que normalmente se nutrían los campos a través de canales y acequias admirablemente trazados, como el *agua del mar*, por la que surcaban las balsas y los *caballitos de totora*. El mar “ofrecía prácticamente la mayor parte de la alimentación... y dominaba toda la economía del país”⁴²³.

De estos pueblos de la costa Norte —en los primeros siglos de la era cristiana, los *mochicas*; después, hasta la dominación de los Incas, los *chimúes*— aportan también referencias los cronistas, especialmente el tantas veces citado fray Antonio de la Calancha por haber sido prior de los agustinos de Trujillo y haberse adentrado en las tradiciones de los indios lugareños. Mochicas y chimúes adoraban, como los otros pueblos de la Costa, como dios principal, a la *Luna*, a la que sacrificaban niños y daban ofrendas de chicha y frutas. Rendían culto a las estrellas e igualmente “adoraban al océano bajo el nombre de *Ni* y parece que le tributaban sacrificios . . . Rogaban al mar para que concediese buenas pescas”⁴²⁴.

Pero, la divinidad suprema de los mochicas fue *Aie Paec*, que tiene *muchos puntos de contacto con el mar*. Esta divinidad ha sido exhaustivamente estudiada por Larco, quien ha aportado una noción integral de la misma, con señalamiento de sus poderes y determinación de sus atributos.

Los mochicas —dice Larco fueron *monoteístas* o, por mejor decirlo, al final de su desarrollo mítico-religioso alcanzaron el monoteísmo.

Al principio, el felino se humaniza pero manteniendo la cabeza y los principales rasgos propios; mas, al final, la divinidad ya tiene representación humana, incluyendo la cabeza, y sólo guarda del felino “los grandes colmillos, la cara arrugada y los bigotes”⁴²⁵.

Este dios es *Aia Paec* y dentro de su condición humana es muy versátil, actuando como "curandero, agricultor, pescador". Entre otros ayudantes tiene el *cormorán*, que es un *ave marina*, productora de *guano*. Por allí, *Aia Paec* se relaciona con el mar. Además, como *pescador*, frecuentemente se le ve *sobre una balsa de totora*, rodeado de seres fantásticos, *tanto en el mar* como en el aire. Va con semblante solemne, servido por varios bogas. Otras veces, él mismo coge los remos e impulsa vigorosamente su embarcación, en medio de peces y aves que pululan en su alrededor. *Aia Paec*, pues, destaca como personaje marino, y en el ambiente del mar parece alcanzar su mayor fama. En el mar es un gran caudillo, reverenciado por todos los seres.

Es ubicuo y se manifiesta a través de todos los seres de la naturaleza. Entre esos seres que sirven a *Aia Paec* para manifestarse y salir a los hombres, destacan los *animales del mar*, lo que reafirma la estrecha, íntima vinculación de la divinidad suprema de los mochicas con las aguas del océano y lo profundo que penetra en ellas la raíz de sus poderes y facultades. "Lo encontramos representando al *caracol*, al *cangrejo*, al pato, al maíz, la yuca, la papa, o la divinidad misma surge de los cerros, de su cima puntiaguda, como expresando que ella es también la materia de la que están formadas las montañas".

Esta divinidad, no obstante su rostro fiero, es el bien, que lucha con los demonios del mal, y los vence. Los demonios están representados por el vampiro, el *cangrejo*, la serpiente, el puma bicéfalo (con una cabeza en la extremidad de la cola) y el *caracol Strombus*.

Aia Paec tiene figura humana con colmillos de felino —es un felino radicalmente humanizado— porque los hombres —los mochicas— tuvieron necesidad, para los efectos del culto, de representárselo de alguna manera; pero, en realidad, como señala Valcárcel, es un dios invisible, incorpóreo por esencia: principio que anima el cosmos, que origina la vida y el movimiento, fuerza creadora de todas las entidades, así divinas como terrestres. "La concepción del ser supremo no se despojó de cierta tendencia antropomórfica: el hacedor tenía que ser de alguna manera parecido al hombre... de cualidades elevadas... Mas, su condición esencial es ser invisible..."⁴²⁶.

La divinidad suprema, incorpórea e invisible, surge principalmente *valiéndose de los seres que pueblan el mar*. Parece, por el testimonio elocuente de la cerámica, que esta divinidad anidara en el mar y que en el mar sostuviera los más duros combates contra las fuerzas del mal. Dice Valcárcel: "... un personaje siempre figurado con rostro humano, con atributos divinos, con expresión severa e imponente, aparece en el arte mochica, relacionándose con aspectos terrestres múltiples: unas veces como surgiendo del seno de las montañas con felinos y serpientes co-

mo criados o servidores, otras encarnado en frutos comestibles... o en moluscos como el *Spondylus* o en crustáceos. . . o en peces o en aves o en felinos o en seres humanos. Siempre el mismo todopoderoso, revelándose en todas sus criaturas, como el espíritu que las anima . . .⁴²⁷

En esencia, este espíritu cósmico que explica el mundo, es el mismo que en la costa central se llama *Pachacámac*, una suerte de Viracocha, o Viracocha mismo.

IDOLATRIAS DE LOS INDIOS PESCADORES DE HUACHO

El Padre Felipe Medina, al que se mencionó páginas atrás, cita en su *Relación*⁴²⁸ dos idolatrias de los indios pescadores de Huacho, y sus vecindades, que tienen relación con el mar. La primera se refiere al *ídolo de Corquín*, al que ofrecían y sacrificaban con el mayor secreto, ya bien entrada la Colonia, "*los indios pescadores y que andaban en la mar*" de Huacho y alrededores. A raíz de una visita de inspección contra las idolatrias, la imagen de este demonio había sido escondida, pero "un indio de mucha razón y bien ladino" —refiere el Padre Medina—, que la tenía guardaba en "un rincón" de su casa, se la entregó al Visitador rogándole encarecidamente que guardara el secreto. El ídolo era "de color verde mar", como todos los ídolos de Corquín, y el indio ladino contó que su culto era "antiquísimo"⁴²⁹.

La otra idolatría es la del adoratorio y huaca de *Choque Ispana*, también, como la anterior, cerca de Huacho, en la costa Norte de Lima. Refiere el Licenciado Medina: "Fui al descubrimiento del adoratorio y huaca de *Choque Ispana*", donde reiniciaban en idolatría los ayllos de *Chonta Primero* y *Chonta Segundo*. "Este sitio es a un lado del puerto de La Herradura, dos leguas y media de este pueblo de Huacho, donde bate la mar en la *Playa Chica* y hace a manera de un recodo que llaman *Herradura*, por formarse así, y el adoratorio cae en una media loma, a mano derecha del Camino Real... Empiézase a caminar y entrar a este adoratorio por un callejón de paredes... de piedra y barro, bien formado y muy curioso; tiene más de una cuadra de largo, y se entra al adoratorio (que también está cercado y hecho de la misma pared que el callejón) por diferentes compartimentos y divisiones, unas que servían para los serranos y otras para los yungas, y para las mujeres destes habian también diferentes entradas..."⁴³⁰

Sigue el autor de la *Relación* y cuenta que ordenó a los indios que le acompañaban que desenterrasen el ídolo, que días antes, previendo su llegada, había sido escondido por los lugareños. Al cabo, dieron con el ídolo, que "era de piedra extraordinaria..."

largo de tres varas y media y de ancho tres; los ojos tenía muy pequeños y casi en confuso; el hocico o boca era como de puerco...; tenía grabados... dos cuernos muy grandes, que desde arriba venían como retorcidos y en forma de canales... a rematar en el mismo hocico, por donde derramaban la sangre y la chicha que le ofrecían en sacrificio...”.

Ahondando y ampliando la excavación en el mismo sitio, se halló una cámara enlosada conteniendo idolillos, “uno de *concha de la mar*”, “otro de plata”, con ropaje encima a la manera del vestido que usan los indios de la Sierra. Se encontró, también, una llama de oro, lo que probó que el adoratorio era para indios de la Sierra y de la Costa. Por último, se sacaron del fondo vasos o *queros*, platos para comida y otras cosas.

Al término de la busca, naturalmente, el Visitador ordenó a los indios presentes que abjuraran de su nefasta idolatría, y los ídolos fueron destruidos y las demás cosas, quemadas. Desde entonces, los pescadores de Huacho y Carquín, que tanta figuración habían tenido como *adoradores del mar*, de la Luna, de las ballenas y otros animales grandes de la mar, y que mantenían subrepticamente el culto a ciertos demonios repelentes, a los que *mochaban* y ofrecían diversos sacrificios, se apartaron del paganismo y entraron a la nueva fe que les decía que el mar era obra de Dios, del verdadero Dios, mas no dios, como ninguna otra cosa de la naturaleza podía ser divinidad.

ANCON Y PACHACAMAC

Como pueblo pescador que era, el de Ancón rendía culto a las divinidades conocidas de las tierras bajas lindantes con el mar. Allí, sobre todo, por la mucha abundancia de la pesca, se rendía *culto de gratitud al mar*.

Rebeca Carrión ha hecho referencia especial a los *escudos ceremoniales*, que en gran número se han encontrado en las tumbas de la localidad. Como ofrendas funerarias desempeñaban un papel muy importante. Hacíaseles de cañas forradas con telas de algodón, en las que se pintaba “la imagen de la misma diosa femenina de los figurines de terracota o *cuchimilcos*”. Esa diosa femenina presidía las *actividades relacionadas con el mar*; se relacionaba con las *bravezas* y también con la *vida oceánica*, en general.

La figura de esta diosa femenina en los escudos ceremoniales, aparece como dentro de un *estanque* y los símbolos dan idea de *generación*, de brote originario de diversos seres de la naturaleza. La diosa tiene diversas manifestaciones pero el común denominador no se aparta del patrón señalado por los figurines de terracota, a los que se ha hecho referencia en páginas atrás de este capítulo⁴³¹.

Tocante a Pachacámac —uno de los lugares de mayor prestancia en la historia religiosa del Perú antiguo, sede de la divinidad suprema, de los *yungas* de la que hablan leyendas y mitos relativos a la creación—, cabe aquí recordar que, no obstante el carácter avasallador de la conquista incaica, con el emblema religioso del *Inti* o Sol, los cultos antiguos, locales o regionales, fueron aceptados, por lo menos en parte. El templo al fiero dios Pachacámac, con su mezquita en lo alto —que vieron Hernando Pizarro y Miguel de Estete, en febrero de 1533—, fue respetado por la hueste incaica, y en sus graderías siguieron pintadas las *figuras de peces*, de las que dieron noticia los cronistas que por la sagrada ciudad pasarón posteriormente. La *figura del pez*, sobre la cual se ha hablado extensamente en páginas anteriores, era un *símbolo* de la *religión dedicada al mar*, que allí, en Pachacámac, tenía su sede. La limpieza arqueológica sacó hace unos años esas figuras, y vióselas por un tiempo conservando el vivo color que les fue aplicado por los decoradores del templo preincaico. Desgraciadamente, por descuido se han perdido en forma irreparable.

NASCA Y SU DIVINIDAD MARINA

Entre los investigadores peruanos, Urteaga fue uno de los primeros que señaló la existencia de una *divinidad marina* en la antigua cultura Nasca. Tello, en *Wira Kocha* (1923), lo reconoció, diciendo: "Urteaga en 1914 anotaba que, en los vasos Nasca, aparecía una figura simbólica que podía ser *dios del mar* o *dios pez*, denominándola *Ticci Aka Kápax*, el *señor del agua*, el principio generador del poderoso elemento; la personificación de la fecundidad que era el agua; y que por ello tenía los caracteres de mujer y ciertos símbolos de fecundidad representados por frutos y plantas"⁴³². Más tarde, en *Perú. Monografías Históricas*, Urteaga desarrolló con amplitud la tesis sostenida desde 1914. Allí se lee: "La cerámica Nasca ostenta, como elementos totémicos y no como divinidades supremas, al jaguar, la serpiente, el cóndor, etc. El *dios mar* ostenta a cada paso la representación totémica del jaguar... En algunos casos, el *dios mar* toma la forma de jaguar, ofreciendo, no obstante, en su representación animal, los símbolos antropomorfos... y no abandonando los rasgos y caracteres marinos... En el arte Nasca, el *dios mar* se ostenta así, ya como un ser dotado de alas prepotentes, ya como un tigrillo antropomorfizado, con miembros humanos; pero, sin dejar de ostentar, no obstante estas extrañas imágenes, su esencia y sus caracteres fundamentales... Así, pues, los animales que se dibujan en la indumentaria del *dios mar*, no son otra cosa que *animales totémicos*, semidioses protectores, y no hay que confundirlos

con la *divinidad suprema*, a la que están subordinados". Esa divinidad suprema es el *dios mar*, cuya figura es la arquetípica del *pez* ⁴³³.

El pez, por consiguiente, para Urteaga, no es un tótem; *el pez es la representación de la divinidad suprema*; y esto lo decía polemizando con Tello, para quien el carácter totémico debía extenderse a todos los personajes zoomorfos, incluyendo el pez ⁴³⁴.

Muchos símbolos aparecen en el arte Nasca, todos relacionados con la *fecundidad*, pero, de todos, el más importante y significativo, porque es arquetípico, raíz misma del mito, es el *animal marino*, monstruo o pez, pero, fundamentalmente, animal de *existencia marina*. Dice Urteaga: "En la representación del dios de los Nasca, el artífice casi nunca olvida la representación de *elementos marinos*; cuando no es el dios que se muestra en forma de pez, se adorna su cuerpo con símbolos marinos: es la capa con larga cauda, la que muestra un enorme verme, sobre el que se dibujan *peces* o *choros*. Son los meandros que se desprenden de la cabeza a manera de cabellos serpenteados, los que ofrecen el dibujo de *anfibios marinos* con ojos avizores; a veces es el *dorso dentellado del pez*, lo que se ofrece como ostentosa greca; pero son la *serpiente de mar*, el *pez* y los *choros* dibujados, a manera de rosario, en la parte central del verme, lo que más afición a al artista..." ⁴³⁵.

El mito sigue un proceso de fases muy claras en su representación artística: "... se inicia con una *representación naturalista*: la del *pescado*, mostrando unos cuantos símbolos indicadores de la divinidad; pasa, luego, a mostrarse como *representación antropomórfica*, en que el pescado sólo se muestra con elementos característicos;... para concluir estilizando la representación del dios en forma tan sutil que ya no se muestra sino con caracteres geométricos y rasgos simbólicos... La estilización mata, así, la frescura y el vigor de la representación naturalista... El arte se petrifica y concluye por someterse a patrones; imperan, poco a poco, la rutina y la trivialidad, que oponen barreras infranqueables al verdadero genio... El artista ahogó su inventiva, aunque contribuyó al sincretismo de sus conceptos teogónicos". Partiendo del análisis de la composición artística, Urteaga descubre el proceso sincrético, la tendencia fusionadora de las ideas religiosas y de las diversas doctrinas. Dice: "El *dios del mar* concluyó por ser el poderoso elemento líquido que fecunda y crea, el germen de toda vida; luego, la tierra madre que produce el fruto y que ha menester del calor que vivifica. De allí los símbolos con que exorna a la *divinidad marina*: el rayo de fuego, el disco de oro solar, la pupila escrutadora, el órgano de la fecundidad, el cetro de la dominación, la ofrenda propiciatoria representada en las víctimas humanas o en los frutos exuberantes, las cabezas votivas y el cortejo de los oficiantes. *Sabiduría, poder,*

fecundidad, soberanía, son los atributos de esa divinidad que ofrece el sincretismo de una teogonía naturalista, cuyos elementos son el *agua*, el *fuego* y la *tierra*, y que no es aventurado reconocer su origen en las tres deidades del Perú antiguo: *Viracocha, Con y Pachacámac*"⁴³⁶.

Como ya se vio páginas atrás, Yacovleff, en el estudio de la religión Nasca, destacó la estrecha vinculación de este pueblo "con el mar". Tanto la cultura en general como la religión de los Nasca —dijo— revelan que fueron gestadas por una sociedad "*vinculada estrechamente con el mar*"⁴³⁷. Mas, después de ser esencialmente marino y de economía, por ende, pesquera, el pueblo Nasca evolucionó hacia la agricultura *aunque conservando su tradición surgida del mar*. Así, en religión, "debido al conservadorismo religioso que siempre manifiesta el primitivo, *el boto seguía siendo la deidad de los agricultores de los valles cercanos al mar*, recibida por la tradición, de sus antepasados pescadores, primeros pobladores de la Costa". Poco a poco, sin embargo, el dios del mar se rodea de atributos agrícolas. En el examen de los testimonios ceramográficos, "se percibe la gradual dotación del *dios del mar* con los rasgos de una deidad agrícola, como reflejando el paso gradual entre los primitivos pescadores y un pueblo agricultor, y la influencia, en las imágenes que materializaron este concepto, del otro ser mítico, felino o mustélido, que hizo su intervención después de haberse cristalizado ya la idea de la *deidad-boto*"⁴³⁸. Ese elemento felínico o mustélido —del que hablaron extensamente el mismo Yacovleff y, sobre todo, Tello, en varias publicaciones—, teniendo en cuenta que falta en el cuadro faunístico del área Nasca, debe estimarse como resultado "de una influencia cultural de los pueblos *serranos o norteños*..."⁴³⁹.

Compartiendo las ideas de Urteaga y Yacovleff, Cossío del Pomar ha destacado la posición preeminente del *dios del mar* en el cuadro religioso del pueblo que maravilla al mundo con la excelencia de su arte cerámico de intención marcadamente pictórica. Siguiendo a Urteaga, Cossío del Pomar observa que en la representación de este *dios del mar*, la forma naturalista se mantiene sólo un tiempo, para ceder, luego, a una modalidad barroca y complicada, que se caracteriza por el recargo de los ornamentos simbólicos. Las partes de esta complicada deidad —apunta— evocan diversos animales o llevan aparentemente a considerar diversos orígenes. Así: la faz es casi de felino; el cuerpo parece miriápodo o ciempiés; el lomo es el de una serpiente dentellada. La explicación de Yacovleff, que parece no reconocer Cossío del Pomar, es lógica al respecto: con el paso de una economía pesquera a otra predominantemente agrícola, el mundo natural de los Nasca gana en elementos, y entonces, como ya se dijo en otra parte, al arquetipo marino de la divinidad princi-

pal se suma una diversidad de agregados, que complica y mixtifica la figura primitiva.

Este *dios del mar*, verdaderamente monstruoso pero de claro origen marino, "se retuerce, se estira, se pliega, se enrosca en volutas, con ojos glaucos de demonio, con cuerpo vermiforme, con lengua de reptil, con cuatro y diez pies... con expresión terrible de guerrero o expresión apacible de mujer, en desesperantes variaciones de un tema inalterable en su esencia..."⁴⁴⁰.

Tello, por su parte, vio en el personaje ictiomorfo de un manto sacado en 1915 del cementerio de Majoro Chico, en el valle de Nasca, no la representación del dios del mar sino un *símbolo selénico*. En *Wira Kocho* describió la escena de ese manto, trabajada de manera muy convencionalizada. Al centro de la composición aparece el dios principal, que no es pez ni monstruo marino sino jaguar, un felino antropomorfizado. A los lados, aparecen otras figuras, siendo una de ellas la del *dios-peze*. El personaje está de pie, muy cerca de la divinidad principal, en actitud de entregar a ésta una estólida sagrada. En realidad, por exceso de convencionalización o intención desfiguradora, el trazo no es totalmente ictiomorfo. "Es un monstruo con cabeza de ave, *cuerpo de pez* y extremidades de felino". Pero, los elementos ictiomorfos del cuerpo, con ser un cuerpo adulterado en su conjunto, son inconfundibles: "el cuerpo es alargado, fusiforme, y está provisto de una *aleta dorsal* y otra caudal diferenciada en una garra de felino en la que se inserta un elegante objeto simbólico...".

Además, la túnica que cubre el cuerpo está compuesta de tal manera "que el conjunto simula las escamas del pez".

Los demás elementos de la composición son felínicos u ornitomorfos, dada la triple naturaleza del personaje, pero *el cuerpo o parte principal es inconfundiblemente ictiomorfo*.

Dentro de la convencionalización del dibujo, *la cola del pez ha sido de alguna manera respetada* aunque con marcada transformación. Dice Tello: "La cola del pez está transformada en extremidad o pie inferior de este dios, del que parece desprenderse un objeto que puede ser fruto o flor, y el cual debe tener algún significado simbólico"⁴⁴¹.

Esta divinidad —por su posición dentro del cuadro: posición secundaria— debe corresponder a otra época de la cultura Nasca, y no coincide con la innegablemente principal del *monstruo marino* que se ha descrito en páginas anteriores. Debe ser, a no dudar, una divinidad tardía, de la fase decadente Nasca, de la transición a Huari-Tiahuanaco, cuando quedaban rezagos de los arquetipos de las primeras fases que poco a poco eran borrados por la corriente dominadora serrana, portadora o acentuadora del felino en el campo de las ideas religiosas y en el del arte también.

En resumen: puede decirse que el pueblo Nasca fue uno de los que elevaron a más alto rango la idea del mar en el campo religioso. Propiamente, hizo del mar una deidad, simbolizándola por un ser monstruoso, de poder irrefragable. Esto en la opinión de unos. Según otros, ese monstruo terrible, de faz espantable —el *boto*, según propuso Yacovleff—, era en sí mismo deidad, no símbolo del mar. En todo caso, el mar fue asidero de uno de los pueblos más religiosos del Perú antiguo, pueblo cuya existencia religiosa, moral y metafísica giró en torno a la vasta superficie líquida, “infinita e insondable, donde existe un mundo desconocido de seres, a donde se ocultan el Sol y las estrellas, y de cuyo seno sale el pez (o, mejor, el monstruo espantable), que es su símbolo y que mantiene la vida”⁴⁴².

EL AGUILA MARINA, AVE MITOLOGICA DE LOS MOCHICAS, DEIDAD DE LA GUERRA

Las *aves marinas*, en general, tuvieron estrecha relación, en unos casos, con las ideas religiosas, y en otros, con los ritos de la tierra y el mar. Así, por ejemplo, las aves llamadas *guaneras* —que son las marinas que con sus deyecciones forman en las islas y promontorios de la costa el rico fertilizante que les da nombre— estuvieron “conectadas con los ritos de la fertilización de la tierra”, en casi todos los pueblos del litoral⁴⁴³. Las representaciones del arte Nasca, por otro lado, seguramente tuvieron una *significación mágica* o fueron *composiciones propiciatorias*, de contenido mágico también, para satisfacer determinadas demandas de la comunidad: el *vencejo*, *verbi gratia*, anunciaba las lluvias, y “otras aves, como la *gaviota*, se mostraban como anunciadoras de abundantes cosechas”⁴⁴⁴.

Pero, de todas las aves *vinculadas al mar* (en este caso, por la alimentación que en las aguas obtiene), ninguna gana en significación religiosa y mitológica al *águila marina*, llamada también, *martín pescador* (principalmente en el litoral de Huacho).

El *águila marina* fue el *ave mitológica* de los mochicas y, según Yacovleff, inspiró la representación ornitomorfa del arte Chavín.

Contra lo que decía la mayoría de los arqueólogos y especialistas en arte peruano antiguo, Yacovleff rechazó la tesis, especialmente sustentada por Tello, que identificaba el ave Chavín como cóndor. “No estamos de acuerdo con esta identificación —dijo el meticuloso arqueólogo ruso, muerto en los comienzos de su brillante carrera—. El ave representada en el monolito de Chavín *no es el cóndor*, porque le faltan los rasgos más característicos de esta ave, los que jamás se omitían por el artista antiguo cuando había intenciones de reproducir al *Sarcoramphus*...

Es marcadísima la semejanza de la figura [de Chavín] con la que hemos visto en una escenografía mochica y que, fuera de dudas, reproduce al *Pandion haliaetus* (águila marina o Martín pescador), ave guerrera de aquel pueblo...⁴⁴⁵.

Hecha esta refutación, Yacovleff se explayó en interesantes consideraciones sobre el papel del *águila marina* en la vida y en las creencias del pueblo mochica.

Presentada, también, con los nombres de *balbusardo pescador* y *águila de agua* (esta última denominación, según Cobo y Oviedo), el *águila marina* —animal grande y arrogante— cautivó a los mochicas, a extremo tal que éstos la elevaron a la dignidad de verdadera *ave mitológica*, con múltiples atributos, tantos como para crearla deidad.

De sesenta centímetros y una envergadura de más de metro y medio, plumaje bruno-oscuro, la cola más oscura que el dorso; la cabeza, el pescuezo y las partes inferiores del cuello, blancas; el pico negro; las patas de color cenizo-azulado y las uñas negras, el *águila marina habita de preferencia en las orillas del mar y se alimenta casi exclusivamente de peces*. Su relación ecológica con el mar es, pues, estrecha y permanente. Es valiente, defiende con denuedo a sus polluelos, pero convive con otras especies en franca armonía. Con sus largas alas cruza inmensas distancias y se eleva muy alto en el cielo. Desde lo alto, baja a la superficie del mar, y allí, rozando las olas, acecha la pesca. Localizado un pez, se lanza con las garras listas, se sumerge con prontitud y, sacando partido a la sorpresa, atrapa a su víctima. Al instante vuelve a la superficie, aletea violentamente para librarse del agua que humedece su plumaje, y va luego en raudo vuelo a un lugar solitario, un árbol por lo regular, para comer. No come todo el pescado sino que selecciona las mejores partes, desechando el resto.

El *águila marina* aparece con profusión en la cerámica mochica, tanto en los *huacos* escultóricos como en los vasos bicromos de asa-estribo. En estos últimos figura, sobre todo, en complicadas escenografías, “acompañando a los guerreros, ayudándoles a atacar a sus enemigos, volando encima de los prisioneros...”. En general —como advierte Yacovleff— “se porta como un ser relacionado íntimamente con los victoriosos soldados mochicas”⁴⁴⁶.

Los procesos de humanización son también frecuentes: aparece el *águila marina* con atributos humanos pero sin perder sus rasgos fundamentales. Figura común es la del *águila* portando armas, lista para el combate.

Figuras de guerreros cubiertos con un atuendo que los convierte prácticamente en *águilas*, son también frecuentes; se trata, sin duda, de un disfraz simbólico.

Interpretando estos dibujos se llega al *carácter mitológico del ave* y a su condición de *deidad guerrera*.

Los guerreros solemnes con alas, cola y pico de *águila marina*, pueden ser *representaciones simbólicas* o *representaciones de disfraces* o también expresiones convencionales, como recurso del artista, *para conceder al personaje humano aquellos atributos que precisamente distinguen al águila.*

Si es lo último, la identificación se quiere completa; y, entonces, las virtudes y facultades del águila pasan al guerrero, como velocidad, valentía, visión penetrante para dar con el adversario, destreza para el golpe, etc.

“En la cerámica bicroma de Chicama —dice Yacovleff— se descubre el gran papel que desempeñaba el águila marina en las creencias del pueblo antiguo que ha dejado vestigios de su remota existencia en el litoral Norte del Perú. Los caracteres físicos y espirituales de esta ave de rapiña, observados de cerca por los indios *mochicas*, habían determinado su estrecha relación con el *tipo ideal de guerrero*, y en las representaciones artísticas *el ave figura como un verdadero aliado de los mochicas*, protector de sus armas y *animal al que se hacen ofrendas con la sangre de los prisioneros...*”⁴⁴⁷. Un auténtico *dios de la guerra*, al que Calancha hizo referencia en los siguientes términos: “... los indios Chimos... son belicosos... y tenían un ídolo de su ejército. A este llamaban *dios de las batallas*, y le ofrecían el despojo de sus enemigos, sacrificándole sus vidas, y ofreciéndole la sangre...”⁴⁴⁸.

Los prisioneros de guerra eran inhumanamente atados a los árboles y abandonados al festín de las aves de rapiña, especialmente al *águila*, que comenzaba por vaciarles los ojos. Estas escenas de horror han quedado registradas en la cerámica, mejor que en un documento.

EL CULTO A LA BALLENA

Por su tamaño y monstruosidad, la ballena —el animal más grande del mundo— mereció de los antiguos indios de la Costa un culto especial. De este culto hablan los cronistas, como Garcilaso y Calancha, entre otros, y el segundo advierte que en la época civilizada anterior a la llegada de los españoles fue la ballena el único animal del mar al que los yungas tuvieron por deidad, porque “nunca adoraron estos indios [de los llanos] pescado alguno, porque lo comestible no lo tuvieron por deidad, y sólo adoraban a la ballena, creyendo que tanta grandeza contenía deidad o señorío...”⁴⁴⁹.

Para los pescadores de la Costa, además, *la ballena era el dios de los peces*⁴⁵⁰ y todos, por su tamaño, consideráronla, por lo menos, “cosa sagrada”⁴⁵¹.

“Es de saber —cuenta Garcilaso— que generalmente los indios de aquella costa, en casi quinientas leguas desde Trujillo hasta

Tarapacá... adoraban en común a la mar (sin los ídolos que en particular cada provincia tenía); adorábanla por el beneficio que con su pescado les hacía para comer y para estercolar sus tierras, que en algunas partes de aquella costa las estercolan con cabezas de sardina; y así le llaman *Mama-cocha*, que quiere decir *Madre Mar*, como que hacía oficio de madre en darles de comer⁴⁵².

A este culto común a la mar, del cual se ha tratado en la parte inicial de este capítulo, añade Garcilaso el de la *ballena*, que parece se profesaba juntamente con el de otros peces, variando de región a región. Dice el insigne mestizo: "Adoraban también comúnmente a la *ballena* por su grandeza y monstruosidad; y en particular unas provincias adoraban a unos peces y otras a otros. según que les eran muy provechosos, porque los mataban en gran cantidad".

Hasta aquí, en aparente contradicción con lo dicho por Calancha, quien niega el culto a los peces ("porque lo comestible no lo tuvieron por deidad"), Garcilaso aclara a renglón seguido que "esta era, en suma, la idolatría de los yuncas de aquella costa antes del imperio de los Incas".

Sobre "aquella primera edad", tiempo anterior a los Incas, en que los hombres de la Costa y de la Sierra tenían infinitos dioses y vivían en la mayor de las idolatrías, bestializados y sin gobierno, en behetría bárbara, Garcilaso tiene otras referencias relativas al culto a los seres que pueblan el mar. Dice en el Libro Primero de sus *Comentarios*: "Adoraban lantes de los Incas —subraya— *generalmente a la ballena, por su grandeza y monstruosidad*. Adoraban en diversas provincias y regiones al pescado... porque decían que el primer pescado que estaba en el mundo alto (que así llaman al cielo) del cual procedía todo el demás pescado de aquella especie... tenía cuidado de enviarles a sus tiempos abundancia de sus hijos para sustento de aquella tal nación; y por esta razón en unas provincias adoraban la *sardina*... en otras la *liza*; en otras el *tollo*; en otras, por su hermosura, el *dorado*; en otras el *cangrejo* y al demás *marisco*... En suma, adoraban y tenían por dios cualquier otro pescado que les era de más provecho que los otros"⁴⁵³.

La tradición religiosa, a base del culto al mar y a los seres habitantes del mar, entre ellos, en primer lugar, la *ballena*, se mantuvo siempre vigorosa y fue defendida tenazmente cuando los Incas exigieron a los pueblos de los llanos la unificación de la fe. Al final, los yungas aceptaron ante la fuerza del conquistador y las ventajas de buen gobierno que ofrecía la administración imperial, pero secretamente, para contentar al dictado de su conciencia, siguieron practicando los viejos cultos, entre ellos el de *Mamacocha* y la *ballena*. Cuenta sobre esto Garcilaso que los indios de Chíncha, que formaban una comunidad numerosa

y aguerrida, cuando el ejército de Pachacútec les demandó su misión, respondieron que no aceptaban al Inca por rey ni al Sol por dios porque "ellos tenían dios a quien adorar, y rey a quien servir; que *su dios en común era el mar*; que como todos lo veían, era mayor cosa que el Sol, y tenía mucho pescado que darles; y que el Sol no les hacía beneficio alguno, antes los ofendía con su demasiado calor"⁴⁵⁴.

Fue, pues, ostentosa o secretamente, la de los indios de la Costa —especialmente, la de los pescadores—, una *religión típicamente idolátrica*, con muchedumbre de ídolos en la edad anterior a la dominación de los Incas, y muchas supersticiones y creencias aberrantes de mayúscula necedad. La ballena, así como dominó en el mar, también campeó en el alma ingenua de aquellos hombres, prontos a temer y adorar por el temor. Los pueblos, por lo menos, no los grupos aristocráticos, tuvieron tendencia a la idolatría con gran variedad de dioses y símbolos sagrados⁴⁵⁵.

Pero, del culto a la ballena, por su tamaño y monstruosidad, se sabe no sólo por el testimonio de los cronistas de la primera época sino por los datos de la Arqueología. Larco ha interpretado de muy distinta manera que Yacovleff al *monstruo marino* que aparece en la cerámica Nasca. En primer lugar, no lo considera *boto* sino *cachalote*, un cetáceo tan descomunal como la ballena, que se pasea frente a la costa peruana en determinadas épocas, siendo terrible en sus merodeos por la fama de luchador que tiene, sobre todo ante el calamar gigante, un cefalópodo que le sale al paso en las profundidades. En segundo lugar, este cetáceo, para Larco, no es deidad sino *demonio*, monstruo que provoca pavor por los daños que causa. Su figura simboliza una fuerza del mal, una fuerza depredadora.

El *cachalote*, pariente de la ballena, está, pues, con sus atributos —negativos, pavorosos— y sus facultades implacables, registrado en la cerámica Nasca, en la fase de ésta que Larco signa con la letra A, que corresponde al *periodo medio* de la *época auge*, por el año 400 de nuestra era. Los artistas que recubrían las paredes de sus vasos de terracota con extrañas figuras mitológicas y demoníacas, empleando para ello hasta ocho colores —un verdadero lujo para la época—, "dieron gran importancia —dice Larco— a las *representaciones de carácter religioso*"⁴⁵⁶. Con raíz en Paracas, el artista elabora la *representación antropomorfizada del felino*, divinidad suprema, pero en forma muy convencionalizada y arbitraria. No es como la figura del *Aia Paec* de los mochicas, de la que atrás se habló. Aquí, en Nasca, el felino aparece como un ser verdaderamente extraño, con atributos humanos pero con una gran cola. La cara es de hombre pero los grandes bigotes delatan al felino. Por lo demás, es una divinidad que tiene, como su congénere del Norte, el don de la

ubicuidad. Ahora bien: frente a este dios felínico antropomorfi-
zado, están los *demonios*. Uno de ellos es el *cachalote*, monstruo
del mar que provoca pavor. Se le representa, por ejemplo, con
una cabeza humana tomada de los cabellos en una mano, a gui-
sa de *cabeza-trofeo*, mientras en la otra mano porta un cuchillo,
con el cual, en la representación, ha decapitado a su víctima⁴⁵⁷.

LOS COLOSOS MARINOS DE LAS PAMPAS DE NASCA

Marcas en el suelo, en las pampas o en las faldas de poca
inclinación de los cerros, hay en diversos lugares del país, es-
pecialmente en la costa y vertiente cisandina. Pero, las marcas
más famosas son las de las *pampas de Nasca y Palpa*, en el de-
partamento de Ica, inmensas, puesto que cubren varios kilóme-
tros, y de diversa composición. Las pampas de Nasca, al decir
de María Reiche, que las ha estudiado con apasionada dedicación
aunque quizá también con exceso de ingenuidad científica, fue-
ron usadas por los antiguos pobladores de la región "a manera
de un inmenso pizarrón". Allí, aquellos hombres hicieron los más
complicados trazos, demostrando una habilidad asombrosa para
la geometría y el dibujo gigante. Sobre todo, evidenciaron una
extraña técnica, que hoy deja perpleja a la ciencia, para en la
ejecución de las figuras, conservar entre las partes del todo
"proporciones perfectas"⁴⁵⁸, característica que sólo se explica por
el dibujo planeado, hecho de antemano y luego trasladado al te-
rreno con estricta aplicación de las reglas de la escala.

Estas pampas no son afectas al avance de las arenas eólicas.
"No pertenecen ni morfológica ni climáticamente a la zona cos-
tanera aunque se encuentran al pie de la Sierra"⁴⁵⁹. Por esta
circunstancia geográfica, los trazos se han conservado perfecta-
mente a través de los siglos. La citada María Reiche explica en
un reciente estudio que, gracias al clima, "uno de los más secos
del mundo", y también a especiales características del suelo, la
conservación ha sido completa. Recién con la llegada del hom-
bre de nuestra época, recorriendo las pampas a caballo o en
vehículos motorizados, es que se ha perdido lamentablemente la
impoluta integridad de ese grandioso escenario arqueológico,
considerado por Paul Kosok como "el libro de astronomía más
grande del mundo".

El descubridor de estas extrañas marcas que forman tan com-
plicados dibujos, debe ser considerado, con justicia, Toribio Me-
jía Xesspe, quien en 1927, integrando una expedición arqueoló-
gica dirigida por Tello, las reveló y estudió. Con posterioridad
a esa fecha, las han visitado repetidas veces, examinado y foto-
grafiado, Paul Kosok, Hans Horkheimer, Alberto Rossel Castro,
Luís Mazzotti (a quien se hace una referencia en el capítulo dé-

cimocuarto) y, con dedicación especial, pretendiendo interpretarlas por los caminos de la astronomía y la matemática, María Reiche.

Menos importantes que las de Nasca y Palpa, no dejan de llamar la atención las marcas o rayas de Cantogrande, cerca de Lima, y las del camino a Canta. Todas continúan siendo en conjunto, un enigma; sin embargo, por lo que se dirá más adelante, pueden tener contenido religioso relacionado con determinadas celebraciones.

Estas marcas están constituidas, en unos casos, por anchos surcos de escasa profundidad, que han dejado a la vista el color claro de la tierra subyacente. Este color claro contrasta con la pátina oscura de la superficie, consecuencia de la agresión meteórica, o intemperismo, de los relictos rocosos que forman esa superficie, en su mayoría con contenido de minerales de hierro, oxidables. En otros casos no hay surco sino marca simplemente en la misma superficie de la pampa. Los relictos muy aristados del escombros natural han sido retirados por el misterioso dibujante antiguo de la pampa, y puestos en seguida en hileras paralelas, a un lado y otro de la ancha raya, formando, si se quiere, un canal.

Paul Kosok considera que los gigantescos dibujos y las inmensas rayas —paralelas unas, en ángulo otras— fueron hechos “con la finalidad de observar los astros en sus puntos de salidas y en sus puntos de puesta, bajo la necesidad de obtenerse una división del tiempo que permitiese reconocer y predecir las estaciones para las diversas tareas agrícolas y para guardar ciertas fechas de fiestas y ceremonias”.

La *interpretación astronómica o calendárica*, en la cual, con mayor brío que Kosok, insiste María Reiche, es plausible, inquietante por sus resultados, verdaderamente tentadora, pero exagerada.

Otros —entre los cuales se incluyó Horkheimer— sostienen que las rayas tenían una *finalidad coreográfica*: que eran para la distribución ordenada de grandes masas participantes en exhibiciones y desfiles religiosos, con ocasión de determinadas fiestas. Los grupos se ubicaban y movían según esas marcas. Mas, a los que tal sostienen, habría que preguntarles, con la misma ingenuidad con que proponen esa solución al misterio de las marcas: ¿desplazamientos multitudinarios de masas inmensas, vistosísimas, según una geometría coreográfica descomunal, para qué aéreo observador o para qué curiosas estrellas del firmamento?

Sea como fuere, las rayas y dibujos sobre muchos kilómetros, asombrosos ahora que es posible la observación desde el aire, constituyen un testimonio arqueológico único, de valor inmenso, tan grande como el enigma que entrañan. Dice María Reiche: “El vasto complejo de líneas largas, figuras misteriosas y grandes su-

perfiles de contornos rectos, en el suelo de las planicies pedregosas entre Nasca y Palpa, es uno de los monumentos más maravillosos y enigmáticos de la antigüedad⁴⁶⁰.

La misma Reiche, que lleva ya más de veinte años tratando de descifrar el misterio de la pampa y cuyo paciente y abnegado trabajo ha merecido justicieros elogios, como el de Hermann Trimborn, en su publicación de 1968 dice que, por las "enormes dimensiones y la exactitud asombrosa" de los trazos, esta soberbia realización cultural de los antiguos peruanos "sugiere una comparación con las pirámides de Egipto". Agrega: "Sobre mesetas extensas o pedazos planos entre las quebradas, aparecen triángulos, cuadriláteros y trapezoides delineados nítidamente en color más claro sobre el suelo pardusco". Las rayas se cruzan y entrecruzan; unas son anchas, otras delgadas; también corren paralelas entre sí. El conjunto, que es inmenso y sólo se puede dominar desde el aire, forma "redes complicadas". En medio del laberinto, "se pueden descubrir grandes figuras de animales, cuyos contornos se destacan nítidamente..."⁴⁶¹.

Nos interesan estos dibujos y hemos hecho esta referencia a su inescrutable mensaje porque en el muestrario del vasto parque arqueológico⁴⁶² hay hasta tres representaciones de *animales marinos*: ballena sin duda en un caso (o quizá cachalote por el tamaño descomunal de la cabeza) y delfínido en los otros dos (boto u orca, si se acepta la identificación propuesta por Yacovleff).

El sector del cual forma parte la presunta figura de la ballena, cubre un rectángulo de *dos kilómetros y medio de largo por un kilómetro de ancho*, cortado en la mitad, al través, por un cauce antiguo de torrentera, hoy totalmente seco. Se compone de plazoleas rectangulares muy alargadas, como nuestros modernos campos de aterrizaje, rayas en muchas direcciones y diversos dibujos, entre los que destaca el del susodicho animal marino. Su ubicación, referida a la Carretera Panamericana Sur, es 800 metros al SO. del cipo kilométrico 465.

El trazo de la figura es francamente naturalista, con las características principales del cetáceo, destacando la composición de la cabeza y las aletas.

Una gruesa raya, de dirección Este-Oeste, y que forma parte de un gran trazo rectangular de setecientos metros de largo, parte al *animal marino* en dos mitades, entre el cuerpo y la cabeza.

En el mismo parque están los otros dos dibujos, no tan grandes como el anterior pero sí de trazo más perfecto y mejor ejecución naturalista. La fotografía aérea los registra de modo claro⁴⁶³ y María Reiche los ha aislado en forma conveniente para su estudio. Uno "podría representar una ballena" pero "también podría ser un animal legendario, compuesto de felino [?] y pescado"⁴⁶⁴. La figura, que no descuida ningún detalle anatómico del animal, está hecha de una sola línea que da numerosas curvas,

determinando el perfil del animal y rellenando la cabeza, el cuerpo y las aletas. La ejecución, como se comprende, demandó "un cuidado excepcional".

El otro dibujo —un delfínido, de una de cuyas aletas cuelga una cabeza-trofeo— en nada se diferencia del que aparece en los vasos policromos. Es un dibujo ciento por ciento Nasca, con todos los elementos, atributos y accesorios del personaje pintado por el artista en sus vasos o reproducido en bulto en las pocas terracotas escultóricas de este pueblo.

Este solo dibujo basta para relacionar las marcas de la pampa de Nasca con la cultura del mismo nombre y, por consiguiente, para proponer una cronología tentativa que ubique tales marcas a mitad del primer milenio de nuestra era.

Fuera de los dibujos descritos, y entre otros muchos, destaca también el de un ave gigante, con las alas abiertas, patas tendidas y cola enorme, de cuya cabeza muy pequeña sale, contrastando, un pico largo y delgado, desproporcionadamente grande. Evoca la figura de un ave marina.

Los dibujos de los animales marinos revelan un rito antiguo conectado con el *aprovechamiento de los recursos del mar* y, probablemente, con el *culto a la ballena* o, en general, a los cetáceos.

LA NUTRIA O GATO MARINO

La *nutria* o *gato marino* —por otro nombre *puma de río*, *zorro fluvial* o *tigre de agua*—, es un *mustélido* del orden de los *carnívoros* relativamente pequeño, de 65 a 80 centímetros, como un perro salchicha; de orejas cortas, hocico redondeado con grandes mostachos; ojos pequeños, redondos y muy vivos; extremidades cortas; la cola, larga, de 30 a 45 centímetros, según el porte del individuo; piel muy fina, y por lo mismo muy codiciada, de color por lo general pardo oscuro; la cabeza predominantemente grande en relación con el cuerpo, y los dedos de las patas, tanto de las delanteras como de las traseras, reunidos extrañamente por una membrana. Anfibio, vive por lo tanto igualmente en la tierra como en el agua, desarrollando a menudo su existencia *en el mar, donde impera con gran dominio*.

Según Schweigger, no se le observa con frecuencia en el mar⁴⁶⁵, pero otros autores lo ponen como habitante habitual de cavernas submarinas, de donde sale de noche para buscar alimento.

Nada con facilidad extraordinaria, muchas millas. Nada, según se dice, mejor que los peces⁴⁶⁶. "Nadando en el mar —explica Schweigger—, el gato marino no se aleja mucho de la playa". Caza sus alimentos tanto en el mar como en los ríos. Se alimenta de peces y crustáceos, a los que coge buceando. "Nada man-

teniendo comúnmente la cabeza fuera del agua... Cuando persigue una presa o está huyendo, brinca como el delfín, quedando la cabeza por unos momentos fuera del agua”.

Valcárcel dice: “En tierra se oculta en madrigueras, entre las algas y los peñascales ribereños del mar, de las lagunas o de los ríos. Se mueve como culebreando, con gran ligereza se reuerce y gira, trepa como los gatos, y se aleja hasta lo alto de las montañas; puede estar en seco indefinidamente . . .”. Agrega el mismo autor: “Come principalmente pescado, pero también ratas, pájaros y otros animales . . . Viviendo en tierra y en agua, a la orilla del océano, en las islas del litoral, en las riberas de los lagos o en sus islotes, a las márgenes de los ríos, incursiona sobre los campos sembrados y se nutre de los primeros frutos . . . Se le encuentra en la Costa, en la Sierra y en la región de los bosques. Es universal, condición saltante que ha debido influir en su *transformación mítica*”.

Fue —según dice Engel— el animal preferido de los antiguos peruanos, el que gozó de la mayor estimación; altamente considerado, además en el desarrollo de las ideas y creencias religiosas⁴⁶⁷. *Su estampa fue llevada al arte, porque se le consideró deidad o símbolo de una deidad*. Aparece representado, en efecto, con mucha frecuencia, como observó Valcárcel en su estudio de 1932, en el arte de *Pucara* y *Nasca* (lo que hace presumir, al margen de las consideraciones principales de este estudio, “una estrecha vinculación entre . . . el altiplano y el litoral . . .”). Seguramente, las costumbres del animal, su presencia inexplicable en todas las regiones, así en el mar como en los lagos y ríos, en las tierras bajas y en las tierras altas, en los valles y en las punas, y su espantable aspecto físico, debieron “causar profunda e imborrable impresión en la mente del hombre antiguo, provocando la *transformación mítica*”. Fue *deificado* o *relacionado a una deidad*, y el arte, con representaciones naturalistas unas veces, otras con representaciones muy convencionalizadas de monstruos mitológicos enraizados a figuras de felinos o mustélidos, lo recogió, incorporándolo a los personajes principales de su temática.

La nutria está, así, en el *arte Pucara*, especialmente en un monolito que Valcárcel estudió en 1925; allí, con visibles rasgos felinoides; y en el *arte Nasca*, con mostachos, *asociada frecuentemente con pescados* —sin duda, por razones de *vecindad* o *comunidad marinas*—, para “marcar su acuatismo”⁴⁶⁸. “En todas estas representaciones [se descubre] . . . el propósito del artista de establecer como algo perfectamente definido el *carácter acuático de la nutria*. Asociándola al sapo acentúa su *peculiaridad anfibia*, juntándola al pez subraya su dominio del agua . . . Pez, nutria, sapo resultan así, con frecuencia inseparables, como son

los conceptos correlativos de habitantes del agua y animales de agua y tierra"⁴⁶⁸.

Observa Valcárcel que en Nasca "es profusa la existencia de la nutria a todo lo largo de sus playas, entre las peñoleras silentes y las islas pobladas de pájaros guaneros". El pueblo Nasca, entonces, que dio al mundo del arte los excelsos intérpretes de sus sentimientos y creencias, tuvo contacto con la nutria, el misterioso animalejo que del mar, donde dominaba, pasaba a tierra, viviendo con entero dominio en ambos mundos. Para el pueblo Nasca, tan sugestionable, tan sensible a los efluvios del mundo circundante, tan fino para captar los mensajes de la naturaleza e interpretarlos a su mágica manera, el *gato marino* resultaba un verdadero "señor de las aguas y de la tierra, temible devorador de animales y frutos, *geniecillo proteico que se confundía con el pescado, con el zorro y con la serpiente*"; resultaba, en suma, un ser excepcionalmente apto para crear "numerosas y pintorescas leyendas" y pasar por los umbrales de los dioses.

Siguiendo en alguna parte a Valcárcel, recientemente Pezzia ha sugerido que, quizá, el arquetipo del personaje felinoide que aparece en los vasos Nasca, no sea precisamente el felino, como se ha creído, sino la nutria. "La deficiente correspondencia del felino nasquense con su presunto original, plantea un dilema": o se trata del felino, en verdad, aunque deposeído de algunos de sus fundamentales atributos, transformado y humanizado, o se trata de una figura inspirada en *otro animal*⁴⁷⁰.

Siguiendo a Tello y Lehmann, Cossío del Pomar también ha estudiado la presencia del *gato marino* en el arte de los vasos policromos de Nasca, sugiriendo la representación de dos deidades principales: una, en el *gato manchado* y, otra, en el *gato demonio*. Unas veces, la figura es sencilla; otras, complicada, con un personaje bicéfalo⁴⁷¹.

En el *Vicús Transitorio*, de Larco (*época Formativa o Evolutiva*, aproximadamente 600 años antes de Cristo), aparecen varios animales tratados en forma naturalista, aunque con algunos perfiles mitológicos. Entre esos animales se da "una especie de *nutria* o comadreja", con lo que la representación, sea con carácter de mero inventario, sea con intención mítico-religiosa, alcanza un área pancosteña⁴⁷².

EL LOBO DE MAR EN UNA TRINIDAD MITOLOGICA

Se ha visto ya que los lobos cumplían, dentro de las ideas religiosas de los pueblos de la Costa, una función muy importante, cual era la de trasladar las almas, acabada de producirse la muerte, de la *tierra de los vivos* (el continente) a la *tierra de los*

muertos, que era el *más allá*, las *islas guaneras*, donde descansarían por siempre. Esto lo dicen todos los cronistas y nos lo recuerda Krickeberg en su tratado de Etnología americana⁴⁷³. Pero, los *lobos marinos aparecen*, además, integrando una *trinidad mitológica* muy remota, tan remota que hunde raíces en la *edad precerámica*, según lo ha demostrado Engel en base a cierto descubrimiento del que en seguida se tratará.

Hablando del *horizonte Chavín*, Tello, según recuerda Engel, consideró una vieja tradición estimada por el sabio como básica, con carácter de *trinidad pan-peruana*: la simultánea representación de tres animales: la *lechuza* (o *búho*), la *serpiente* y un *mamífero*, "probablemente, el *lobo de mar*". Pues bien: estos tres animales, personajes de esa trinidad que Tello, refiriéndola al horizonte Chavín, señaló como *pan-peruana*, han sido hallados por Engel, juntos, sobre una concha de caracol, probadamente del *precerámico*.

Desde luego, en el tratamiento artístico hay diferencias notorias, porque, mientras en el ejemplar precerámico las figuras han sido compuestas de manera simple, muy abreviada y, sobre todo, *realista*, en Chavín los personajes de la trinidad tienen una composición *abstracta*.

Fuera de esta diferencia formal, *el patrón es el mismo* y revela, por un lado, un origen muy antiguo del mito y, de otro, la supervivencia del mismo a través de dilatados lapsos, a la manera de un *arcaísmo vigoroso*.

Pero, hay algo muy importante para nuestro estudio que falta destacar. Uno de los puntos de apoyo de la mentada trinidad mitológica, es, con seguridad, como se ha dicho, el *lobo de mar*. Ello significa, teniendo en cuenta que la trinidad se originó en el precerámico, que *la vida en contacto con el mar* y, sobre todo, *imbuida de él*, dejó improntas profundas desde esa lejana edad (dos mil años antes de nuestra era) en las concepciones mitológicas y penetró por igual en la mente de los hombres de la Costa y de la Sierra⁴⁷⁴.

EL PROTEICO CANGREJO: DIOS Y DEMONIO

Garcilaso cuenta que "en diversas provincias y regiones adoraban al pescado . . . : en unas provincias adoraban la *sardina* . . . en otras la *liza* . . . en otras, el *tollo*; en otras, por su hermosura, el *dorado* y en otras al *cangrejo* y al demás marisco . . ."⁴⁷⁵

Aparece el cangrejo, en la versión del cronista, como una *divinidad*; pero, del examen de las manifestaciones artísticas, particularmente de la cultura mochica, que son de un valor documental insuperable, resulta una consideración opuesta: el *cangrejo-demonio*, el cangrejo entidad maléfica contra la cual

Escenas mitológicas de pesca y lucha en las que intervienen personajes del mundo marino. *Arriba*: demonios-cangrejos, de la especie ermitaño, pescando rayas con sedal. Las patas de los genios están antropomorfizadas. (Procedencia desconocida. Colección Walter Lehmann). *Centro*: lucha de demonios, en un vaso de Trujillo, de la Colección Gretzer. Un dios —describe Kutscher—, “armado de maza, está en pie sobre el tendido cuerpo de un demonio-pep, que en vano está defendiéndose con el tumi para librarse del dios”. El pep es anguiliforme y su cuerpo, de color oscuro, está cubierto de escamas. *Abajo*: dos demonios-peces, de un vaso mochica, como los anteriores, de procedencia desconocida, de la Colección Zimmermann. Del cuerpo de cada uno se desprenden: una cabeza, dos brazos y una pierna. De la mano izquierda pende una cabeza-trofeo; la otra empuña un tumi. (Dibujos tomados de Gerdt Kutscher, *Nordperuanische Keramik*, Berlín, 1954, Gebr. Mann Verlag. Reproducción autorizada).





luchan los dioses, especialmente el dios principal, *Aia Paec*, que, por principal y por reunir facultades para ello, se atreve a enfrentar al terrible personaje, fiero y repelente, armado de poderosas tenazas, capaces de triturar al más fuerte oponente.

El testimonio del arte antiguo desmiente, por lo tanto, al cronista. El cangrejo es demonio y no deidad, y contra este demonio luchan los dioses. Así han interpretado las representaciones mitológicas del cangrejo —por lo demás, abundantes en los vasos bicromos de asa-estribo del Norte—, dos prominentes estudiosos de las antigüedades peruanas: Gerdt Kutscher y el tantas veces citado Rafael Larco Hoyle. El primero, en su cuidadosa monografía sobre la religión y la mitología de los mochicas, de 1947, estudiando las representaciones del arte de la costa Norte, dice: "Un tercer cuadro" (de un conjunto cuyas otras partes no interesan para este estudio) "representa un *demonio-cangrejo*, en el cual sólo la cabeza tiene forma humana, pero de ella salen las largas y poderosas tenazas. Debajo de la cabeza se ve el cuello grande en forma de rueda . . . Pequeños peces, rosas acuáticas y figuras de relleno en forma de S, destinadas a representar las olas ligeramente encrespadas *del agua*⁴⁷⁶, caracterizan el medio ambiente en el cual se pensaba que vivían los *demonios-cangrejos*"⁴⁷⁷.

Larco es igualmente explícito al destacar la condición demoníaca de este personaje de la mitología mochica. En la religión mochica de los primeros siglos de nuestra era —dice—, el dios *Aia Paec*, que es un felino humanizado, hecho hombre pero con colmillos poderosos y mostachos, lucha con los demonios, porque, no obstante su apariencia fiera (como en el famoso palo labrado de Virú, descubierto en 1947), es deidad benigna, que busca el bien para sus adoradores. Un demonio, el más peligroso y el mejor armado para la lucha, es el *cangrejo*. Otros demonios son el *Strombus* (un demonio en forma de dragón), el vampiro, la serpiente. Pero, en la lucha, naturalmente el dios vence a los demonios, y el cangrejo, por consiguiente, sale derrotado, no sin antes obligar a *Aia Paec* al mayor esfuerzo⁴⁷⁸.

EL CARACOL DEMONIO

La teoría del *caracol-demonio* (molusco de mar) ha sido magistralmente expuesta por Tello. Primero lo hizo en una conferencia sobre el oro de Batán Grande, en 1937, y, después, como síntesis de su pensamiento, en su obra capital *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*, expuesta en 1939 pero dada a la stampa sólo tres años después, en 1942. Antecedentes muy maduros de la teoría están ya en *Wira Kocha*, de 1923.

Analizando el arte de los antiguos habitantes de la costa Norte, Tello dijo en su conferencia sobre Batán Grande: "Dos clases de seres fantásticos figuran en el mundo religioso de las gentes que vivieron en la Segunda Epoca o Segundo Horizonte del Norte peruano (cultura *mochica*), derivadas ambas de formas arquetípicas animales: *dioses* y *demonios*. Los primeros originados mediante un largo proceso de diferenciación y humanización . . .; los segundos, originados, asimismo, mediante otro proceso de diferenciación por idealización, que crea múltiples seres monstruosos . . . Los *demonios* son múltiples y todos ellos son derivados de ciertos insectos, de *crustáceos venenosos*, de *moluscos*, de anfibios y de reptiles. Entre ellos, el más notable es el *gran dragón* derivado del *Strombus galeatus* . . ."479.

Todo el arte cerámico del Norte Andino, de la llamada por Tello *Segunda Epoca* (que cubre, aproximadamente, los primeros ocho siglos de nuestra era), se caracteriza por las representaciones de *demonios* y *monstruos* que parten del *molusco fundamental*, el cual molusco, *marino*, está en la raíz de las ideas básicas de la religión y la mitología de los peruanos antiguos.

Este *arte cerámico del Norte Andino* es un arte eminentemente simbólico de *demonios* o *dragones* y dioses masculinos y femeninos, que, "salvo sus características locales", es igual, en sus conceptos y en su elaboración estética, en toda la vasta área de aquella región. En efecto: "Dragones, dioses humanizados custodiados por buitres y felinos, se encuentran . . . en todas las regiones del vasto territorio del Norte Andino, desde Nunamarca o Pataz por el oriente hasta los valles de la Costa por el occidente; y desde Recuáy hasta Manabí por un lado y Pasto por el otro, dando unidad y homogeneidad al arte de este departamento arqueológico"⁴⁸⁰.

Al lado de los motivos geométricos campean en este arte decorativo del Norte los motivos *figurativos*, que son figuras de *moluscos*, *caracoles* y *conchas helicoidales*, "con o sin la presencia del animal que emerge de ellas o que se independiza formando un *ser irreal o fantástico*".

Los motivos geométricos son "meras estilizaciones de las representaciones figurativas".

En Recuáy —apunta Tello— "existe un motivo zoomórfico radical y otros derivados de éste". Del arquetipo deriva un "ser fantástico", en cuya génesis se confirman dos factores de importancia: el *molusco* y la cabeza humana cadavérica, "en íntima asociación o combinación". Se puede "suponer que es la sangre o la cabeza de la víctima sacrificada, la que por un proceso mágico se encarna en el molusco"⁴⁸¹.

El molusco está en la raíz de estos *dragones conchados*, de "múltiples formas proteicas"; que son "símbolos o agentes de

los poderes de la naturaleza que controlan el mundo animal y humano”.

En la cuenca del Marañón, también, seres draconianos serpentiformes, bicéfalos y felinoides derivan de “la misma idea del *molusco fundamental*”.

¿Qué molusco es éste? ¿De tierra o de mar? Hoy sabemos que desde la *era primordial* —que otros denominan *lítica*, anterior a las formas relativamente avanzadas del precerámico— de los recolectores de gasterópodos en las lomas de la Costa y de los mariscadores de las peñoleras, el molusco juega un papel fundamental en la imaginación y en los procesos ideativos del hombre primitivo. Básicamente, el molusco está en el origen de las cosas.

¿Marino? Si; fuera de duda, marino. Probablemente en los comienzos; con seguridad en la fase de las culturas altamente evolucionadas.

Tello hace referencia a las altas culturas de la costa Norte: “En el arte Chimú . . . y en Muchik se encuentran, asimismo, las figuras del dragón conchado, que en Chimú deriva de una concha *Spondylus* y en Muchik del *Strombus galeatus* y del *Sculatus protens*”, todos ellos personajes principalísimos de la fauna marina, pero de origen no peruano, de la región de las aguas calientes, traídos pues de fuera; propios, por ende, de una época de gran desarrollo, cuando había tráfico comercial, por medio de balsas, con las regiones del trópico verdadero.

Algunos conceptos interesantes pero escasamente novedosos agregó Rebeca Carrión a las ideas magistralmente expuestas por su maestro, el sabio Tello, sobre el significado del caracol y del molusco fundamental en la génesis de las cosas, del mundo y de las ideas. Subrayó que en las representaciones artísticas se ve claro el significado mágico de las conchas de los mares tropicales, *Strombus galeatus* y *Spondilus pictorum*. En ellas vive un ser sobrenatural que produce el agua y origina, por lo tanto, la fertilidad. La fertilidad es una idea obsesiva del artista antiguo por la circunstancia del desierto. De la concha salta el ser sobrenatural y recorre la tierra, regando y repartiendo gérmenes.

Intervienen las conchas también de otra manera: en la alfarería mochica aparece un dios que tiene bajo su control las fuerzas de la naturaleza, como la lluvia, los vientos, etc. Entre otros atributos o emblemas sagrados, este dios porta una concha *Strombus*, “que al soplarla, produce las nubes”⁴⁸².

Los personajes de esta extraña y compleja mitología, que nos ha llegado narrada en la cerámica principalmente, no siguen una línea fija; son, por el contrario, proteicos. Unas veces parecen hacer el bien, otras atisban al hombre para dañarlo o retan a los dioses para arrastrarlos a feroz combate. Pero, con el *Strombus* no hay problema porque en él habita, siempre, un ser maléfico.

La escena protagonizada por *Aia Paec* se repite con insistencia. *Aia Paec*, como ya se ha visto —deidad suprema, por lo menos en las primeras fases de la cultura mochica (siglos iniciales de nuestra era)—, en su figura de felino humanizado, hecho hombre con colmillos poderosos y aguerridos, y recios bigotes, lucha enconadamente *contra los demonios*, que son, entre otros, el cangrejo y la *concha Strombus*. Los dos son demonios horripilantes pero no pueden con el felino humanizado. *Aia Paec*, naturalmente, para felicidad del género humano, los derrota⁴⁸³.

METAMORFOSIS DEL CARACOL MARINO

Si en Tello está la teoría magistralmente expuesta partiendo de la idea primaria del *molusco fundamental*, en Jiménez Borja está, con exquisita gala literaria no exenta de rigor documental, la explicación de la metamorfosis. Jiménez Borja explica *cómo el caracol marino se transforma en dragón, en monstruo demoníaco*. Entre un extremo, que es el *caracol de mar*, puro, intachable, genuino habitante de los fondos, y otro, que es el *dragón conchado*, de que hablaba Cossío del Pomar⁴⁸⁴, fiero, espantable, verdaderamente demoníaco, transcurre el relato mitológico, que está escrito en los vasos mochicas en un lenguaje ideográfico que como pocos, Jiménez Borja ha sabido entender.

“Muchas de las figuras, a fuer de ser manejadas, se transforman [en manos del artista]. La rica imaginación de este pueblo prende en llamaradas. Así, un *caracol marino* desarrolla sus líneas, adquiere cola, lengua y garras hasta transformarse en un demonio que se agita dentro de su caracola y crece, crece como levadura. Así se pueblan los cielos y la tierra de monstruos brillantes como las arenas del desierto”⁴⁸⁵.

Pero, en realidad, no es una transformación en el vaso de terracota (*en el papel*, como se diría ahora) sino en el proceso ideativo. Antes de hacerla el artista, la hizo el sacerdote; y antes de ser figura, fue mitología. El artista dibujó lo que ya existía como explicación temblorosa del mundo, de las cosas, de los dioses y de los demonios.

El *caracol marino* se encuentra a menudo representado en la cerámica mochica; pero, de la representación del *caracol mismo*, con tratamiento realista, pronto pasa el artista a la representación de un *monstruo fabuloso*, con cola escamada, faz terrible y ojos desorbitados, un verdadero demonio. La transformación relaciona, por lo tanto, *al caracol del mar con la idea de un demonio*. Conceptualmente, entonces, *el caracol del mar tiene contenido demoníaco*: es un ser de poderes sobrenaturales que se presenta ante los hombres no como un dios favorable sino como un *ente maléfico y espantable*, que aterrera.

La transformación, tal como la presenta Jiménez Borja, puede ser seguida en cuatro fases:

1) En la *primera*, el caracol marino aparece en dibujo realista *tal cual es*. Ninguna deformación, ningún agregado. El rasgo dominante está constituido por las antenas del molusco.

2) En la *segunda* se inicia la metamorfosis con tres elementos extraños: "una cola en forma de serpentina", cuyo trazo conjuga con las estrias de la concha, dando ritmo al conjunto; patas, que tornan amenazante al animal extraño que allí va surgiendo; y "una lengua ahorquillada", la que sale por entre los dientes puntiagudos. Esta lengua tiene todas las características de la *bífida* de los ofidios. Puede haber una relación entre el desarrollo de esta figura, a la que ya se le distinguen perfiles demoníacos, y la observación de la serpiente. Sin duda, la serpiente presta su rasgo más característico.

3) En la *tercera*, la figura, en general, se magnifica, ya su perfil es espantable y se añaden otros tres elementos: un caparacho gigante por transformación fácil de la concha primitiva; una cabeza, con lengua afuera y ojos saltones, en el extremo de la cola; y garras en las patas.

4) Finalmente, el monstruo fabuloso se da pleno, ingresando con los mejores títulos al reino de la *zoología fantástica universal*. Los dientes se tornan "mortales y temibles"; el cuello es largo y remata en una cresta; todo el cuerpo está cubierto de escamas, incluyendo las patas; y la cola es poderosa, como de cocodrilo, también encrestada. *Del primitivo caracol marino sólo queda el caparacho*, ahora, incluso, reducido a elemento secundario. Todo es horroroso en esta figura. La intención de representar un ser fiero y demoníaco, surgido del caracol —que, *en potencia*, lo contenía— alcanza su más completa realización⁴⁸⁶.

En la extraña y contradictoria mitología de los pueblos de la costa Norte, el mar —fuente inacabable de recursos, inmensa llanura líquida cargada de vida, sostén de la comunidad— preña estos monstruos y los enfrenta al hombre. Pero la humanidad sigue adelante porque tiene dioses buenos que la defienden, que también extienden sobre el mar su reino.

NOTAS AL CAPITULO

1. JIJON Y CAAMAÑO, Jacinto... *La religión del imperio de los Incas*. Quito, 1919. Cap. I. p. 1.
2. HERRERA, Antonio de... *Décadas o Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano* (1601). 1728. Década quinta, Libro cuarto, cap. IV, p. 91.
3. HERRERA, *Décadas*. Década quinta, Libro cuarto, cap. IV, p. 91.
4. ACOSTA, Joseph de... *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590). México, 1962. Libro quinto, cap. IV. p. 221.
5. CALANCHA, Antonio de la... *Corónica Moralizada del Orden de San Agustín*. Barcelona, 1639. Libro II, cap. XI, p. 368.
6. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro II, cap. XI, p. 370.
7. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro II, cap. X, p. 365.
8. ACOSTA, *Historia Natural*. Libro quinto, cap. V, p. 224.
9. MASON, J. Alden... *Las antiguas culturas del Perú*. México, 1962; p. 193.
10. RIVERO, Mariano Eduardo de... y TSCHUDI, Juan Diego de... *Antigüedades peruanas*. Viena, 1851; p. 157 y sgte.
11. JOYCE, Thomas A. ... *South American Archaeology*. Boston, 1912. (Citado por Ricardo E. LATCHAM, *Los Incas*; p. 96).
12. HAGEN, Victor W. von... *Culturas preincaicas*. Madrid, 1966. Cap. IV, p. 123 y sgte.
13. CANALS FRAU, Salvador... *Las civilizaciones prehispánicas de América*. Buenos Aires, 1955; pp. 365-367.
14. GARCILAZO DE LA VEGA, *Comentarios Reales* (1609). Lima, 1941-1946, Col. Historiadores Clásicos del Perú (H.H. Urteaga). Tomo III. Libro IX, cap. IV, p. 114.
15. AVENDAÑO, Fernando de... *Relación acerca de las idolatrias de los indios* (presentada al Arzobispo de Lima, el 3 de abril de 1617). "La imprenta en Lima", por José Toribio MEDINA. Santiago, 1904. Tomo I, pp. 380-383. (Hay edición facsimilar de Amsterdam, Holanda, 1965).
16. OLIVA, Juan Anello... *De los reinos del Perú, reyes que tuvo, descubrimiento y conquista dellos por los españoles* (1631). Lima, 1895; p. 131.
17. ARIAGA, Pablo Joseph de... *Extirpación de la idolatría del Perú* (Lima, 1621). Buenos Aires, 1910 (facsimilar). Cap. II, p. 11 y sgte. (También Lima, 1920. Col. Urteaga-Romero. Segunda Serie, Tomo I).
18. GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe... *El Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno* (1587-1615). París, 1936 (facsimilar); foja 273. Consultada en lo sucesivo: Lima, 1956 (interpretación de Luis Bustíos Gálvez). Tomo I, p. 195.
19. MURUA, Martín de... *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú* (1590). Lima, 1946, Col. Loayza. Cap. IX, p. 13.
20. VILLAGOMEZ, Pedro de... *Exhortaciones e instrucción acerca de las idolatrias de los indios del Arzobispado de Lima* (1649). Lima, 1919, Col. Urteaga-Romero, Primera Serie, Tomo XII. Cap. XVIII, p. 58.
21. MOLINA, el Chileno (o el Almagrista), Cristóbal de... *Destrucción del Perú* (1553). Lima, 1916, Col. Urteaga-Romero, Primera Serie, Tomo I, p. 147.
22. COBO, Bernabé... *Historia del Nuevo Mundo* (1653). Madrid, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivedeneira). Libro XIII, cap. VII, p. 161.
23. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. IV, p. 155.
24. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. V, p. 156.
25. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro II, cap. XI, p. 371.
26. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro III, cap. II, p. 553.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

27. MURUA, Martín de... *Historia general del Perú, origen y descendencia de los Incas* (1590). Madrid. 1962 (M. Ballesteros). Tomo II. Libro II, cap. XXX, p. 113.
28. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, p. 195.
29. LAS CASAS, Bartolomé de... *De las antiguas gentes del Perú*. Madrid, 1892. Cap. VII, p. 57.
30. POLO DE ONDEGARDO, *Informaciones acerca de la religión y gobierno de los Incas* (1571). Lima, Col. Urteaga-Romero, Primera Serie. Tomos III y IV; p. 191.
31. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro III, cap. II, p. 563.
32. VILLAGOMEZ, *Exhortaciones...* Cap. XLII, p. 144.
33. ARRIAGA, *Extirpación de la idolatría...* Cap. II, p. 11; cap. V, p. 31.
34. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia del Perú Antiguo*. Buenos Aires, 1964. Tomo II, p. 100.
35. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro II, cap. XI, p. 370.
36. HERRERA, *Décadas*. Tomo III. Década quinta. Libro cuarto, cap. IV, p. 91.
37. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 260. (También: Sebastián LORENTE, *Historia antigua del Perú*. Lima, 1860. Libro IV, cap. II, p. 281).
38. OLIVA, *De los reinos del Perú...*; p. 130.
39. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro VI, cap. XXXI, p. 212.
40. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, p. 195.
41. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 529.
42. LEHMANN-NITSCHKE, Roberto... *Arqueología parwana. El Coricancha*. "Revista del Museo de La Plata". La Plata, Argentina, 1928. Tomo XXXI, p. 255.
43. LEHMANN-NITSCHKE, *Arqueología... El Coricancha*; p. 184.
44. LEHMANN-NITSCHKE, *Arqueología... El Coricancha*; p. 185.
45. LEHMANN-NITSCHKE, *Arqueología... El Coricancha*; p. 257.
46. LOTHROP, Samuel K. ... *El tesoro del Inca*. Lima, 1964; p. 48.
47. *El Señorío de los Incas*.
48. Hoy, en el Museo Nacional de Antropología y Arqueología, de Lima (Pueblo Libre).
49. LOTHROP, *El tesoro del Inca*; p. 51.
50. LOTHROP, *El tesoro del Inca*; p. 54.
51. TELLO, Julio C. ... *Wira Kocho*. Lima, 1923; p. 87.
52. SANCHEZ, Luis Alberto... *La Literatura Peruana*. Lima, 1965. Tomo I, p. 105.
53. URTEAGA, Horacio H. ... *El simbolismo de los huacos de Nasca*. "Perú. Monografías históricas". Lima, 1928; p. 8.
54. URTEAGA, *El simbolismo de los huacos de Nasca*; p. 8.
55. URTEAGA, *El simbolismo de los huacos de Nasca*; p. 8.
56. ENGEL, Frederic... *Paracas*. Lima, 1966; p. 23.
57. LEICHT, Hermann... *Arte y cultura preincaicos*. Madrid, 1963; p. 50.
58. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 51.
59. VALCARCEL, Luis E. ... *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima, 1959. Cap. VII, p. 137 y sgte.
60. JESUITA ANONIMO, *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú (¿1580? ¿1615?)*. "Tres relaciones de antigüedades peruanas" (recopilación de Marcos JIMENEZ DE LA ESPADA). Madrid, 1879; p. 147. (Múltiples indicios, como dicen Porras y Loayza, favorecen la tesis que considera al P. Blas Valera autor de este texto).
61. JESUITA ANONIMO, *Relación de las costumbres...*; p. 147.
62. ONDEGARDO, J, *Informaciones...* Cap. XV, p. 43.
63. Citado por VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 263.
64. Citado y comentado por Juan LARREA, *Corona Incaica*. Buenos Aires, 1960; p. 217.
65. LARREA, *Corona Incaica*; p. 218 y sgte.
66. MEJIA XESSPE, Toribio... *Mitología del Norte Andino Peruano*. "América Indígena". México, julio 1952. Vol. XII, N° 3, p. 245.

NOTAS AL CAPITULO

67. MEJIA, *Mitología del Norte Andino...*; p. 245 y sgte.
68. MARKHAM, Clemente R. ... *Los Incas del Perú*. Lima, 1920; p. 87.
69. BURGA, Napoleón M. ... *La literatura en el Perú de los Incas*. "Letras". Lima, 1940. N° 16, p. 301.
70. BURGA, *La literatura en el Perú de los Incas*; p. 302.
71. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 87. Jorge BASADRE, *Literatura inca*. "Biblioteca de cultura peruana". Paris, 1938; p. 75.
72. MARHKAM, *Los Incas del Perú*; p. 90.
73. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima, 1964; p. 137.
74. MURUA, *Historia del origen y genealogía real de los reyes incas del Perú*. Col. Loayza. Libro tercero, cap. LIV, p. 172.
75. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro III, cap. IX, p. 237.
76. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro V, cap. XXI, p. 73.
77. VALCARCEL, Luis E. ... *Algunas raíces keswas*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1933. Tomo II. N° 1, p. 9.
78. TELLO, *Wira Kocho*; p. 106.
79. LARREA, *Corona Incaica*; p. 217.
80. LAS CASAS, *De las antiguas gentes del Perú*. Cap. VII, p. 55 y sgte.
81. Citado por VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 502.
82. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 79.
83. BENZONI, Jerónimo... *La historia del Nuevo Mundo*. Lima, 1967. Libro tercero, p. 64.
84. BENZONI, *La historia del Nuevo Mundo*. Libro tercero, p. 65.
85. BENZONI, *La historia del Nuevo Mundo*; p. 65.
86. EL ANONIMO PORTUGUES, *Descripción del Virreinato del Perú*. (Crónica de comienzos del siglo XVII). Rosario, Argentina, 1958; p. 111. (El autor de esta crónica es, según la identificación de Guillermo LOHMANN VILLENA, Pedro de León Portocarrero. V. "Revista Histórica". Lima, 1967. Tomo XXX; pp. 28-93).
87. FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias* (1535). Madrid, 1851-1855. Vol. IV, Libro XLVI, cap. XVII, p. 225.
88. CARRION CACHOT, Rebeca... *La cultura Chavin*. "Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología". Lima, 1948. Vol. II, N° 1, p. 167.
89. Citado por VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III, p. 295.
90. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, pp. 80-82.
91. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, p. 70.
92. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, p. 71.
93. MEIA XESSPE, Toribio... *Reconstrucción de la vida de los primitivos pueblos del Antiguo Perú*. Lima, 1949; p. 7.
94. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro II, cap. XXIII, p. 184 y sgte.
95. Citado por VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 189.
96. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima, 1964; p. 110.
97. Las referencias a Colombia, México y Paraguay han sido tomadas de Florentino AMEGHINO, *La antigüedad del hombre en el Plata* (1880). Buenos Aires, 1918; p. 59.
98. BETANZOS, Juan de... *Suma y narración de los Incas* (1551). Madrid, 1880. Capítulos I y II. (También, Col. Urteaga-Romero. Segunda Serie. Tomo VIII).
99. GARCIA, Gregorio... *Origen de los indios de el Nuevo Mundo e Indias Occidentales* (1607). Madrid, 1729. Libro quinto, cap. VII, p. 332.
100. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Historia de los Incas* ("Segunda Parte de la Historia General llamada Indica") (1572). Buenos Aires, 1947; p. 107.
101. SARMIENTO, *Historia de los Incas*; p. 108.
102. SARMIENTO, *Historia de los Incas*; p. 109.
103. SARMIENTO, *Historia de los Incas*; p. 110.
104. MURUA, *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú*. Col. Loayza. Libro segundo, cap. VII, p. 50.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

105. TELLO, *Wira Kocho*; p. 82.
106. HERRERA, *Décadas*. Tomo III. Década quinta, Libro tercero, cap. VI, p. 61.
107. CIEZA DE LEON, Pedro... *Segunda Parte de la Crónica del Perú, que trata del Señorío de los Incas* (mediados del siglo XVI). Madrid, 1880. Cap. V, p. 6.
108. CIEZA, *El Señorío de los Incas*; p. 7.
109. CIEZA, *El Señorío de los Incas*; p. 8.
110. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Quinquenarios o Historia de las Guerras Civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias* (siglo XVI). Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro III, cap. LXI, p. 244 y sgte.
111. OVIEDO, *Historia General*... Vol. IV, Libro XLVI, cap. XVII, p. 225.
112. ZARATE, Agustín de... *Historia del descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú* (1555). México, Col. Atenea. Libro primero, cap. I, p. 513.
113. BETANZOS, *Suma y narración*... Cap. XVI, p. 114.
114. CABELLO DE BALBOA, Miguel... *Miscelánea Antártica* (1586). Buenos Aires, 1951. Tercera Parte, cap. XIV, p. 297.
115. VACA DE CASTRO, *Discurso sobre la descendencia y gobierno de los Incas* (de los Quipocamayos a...) (1608). Lima, Col. Urteaga-Romero. Segunda Serie. Tomo III, p. 19.
116. MACEDO Y PASTOR, Celso... *La esfinge. Wirakocha*. "Revista Histórica". Lima, 1935. Tomo IX, Entrega IV; p. 363.
117. MACEDO, *La Esfinge. Wirakocha*; p. 367.
118. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II, Libro V, cap. XXI, p. 75.
119. VALERA, Blas... *La historia de los Incas*. Lima, 1946; p. 122. (Como dice Porras, el Padre Valera "es un cronista fantasma; no se conserva de él ninguna obra", pero un importante manuscrito suyo sobre el Imperio de los Incas llegó a manos de Garcilaso, quien "lo salvó del olvido", como dice Loayza, insertando fragmentos del mismo en sus *Comentarios Reales*. Una recopilación de estos fragmentos forma la citada *Historia de los Incas*, de la Col. "Pequeños grandes libros de la historia americana", Serie I, Tomo VIII, hecha por Francisco A. Loayza).
120. VALERA, Blas... *Antiguas costumbres del Perú* (o "Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú"), texto atribuido al famoso jesuita chachapoyano. Esta relación la publicó primero Marcos Jiménez de la Espada, en el volumen *Tres relaciones de antigüedades peruanas* (Madrid, 1879), pero como de autor anónimo. Después, como se indica en la cita 60, ha sido atribuida a Valera, y como de tal aparece en el Tomo VIII, Serie I, de la Col. Loayza. Lima, 1945; p. 3.
121. RIVA AGÜERO, José de la... *El Perú histórico y artístico* (1921). "Obras completas". Lima, 1966. Tomo V, p. 79.
122. SALINAS Y CORDOVA, Buenaventura de... *Memorial de las historias del Nuevo Mundo* (1630). Lima, 1957.
123. VALCARCEL, *Historia del Perú Antigüo*. Tomo II, p. 401.
124. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antigüo*. Lima, 1964; p. 147.
125. MASON, *Las antiguas culturas del Perú*; p. 191.
126. GUARDIA MAYORGA, C.A. ... *El enigma del dios Wira-Qocha*. "Actas y Trabajos del Segundo Congreso Nacional de Historia del Perú" (1958). Lima, 1962. Vol. II; p. 134.
127. GUARDIA MAYORGA, *El enigma del dios...*; p. 140.
128. GUARDIA MAYORGA, *El enigma del dios...*; p. 141.
129. GUARDIA MAYORGA, *El enigma del dios...*; p. 146.
130. TELLO, *Wira Kocho*; p. 56.
131. CALANCHA, *Corónica Moralizada*... Libro II, cap. XIX, pp. 412-414.
132. CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal... *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca* (1567). Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro segundo, cap. IV, p. 301.
133. Referencias al mito también en VALCARCEL, *Historia del Perú Antigüo*. Tomo II; pp. 186 y 458.

NOTAS AL CAPITULO

134. MONTESINOS, Fernando de... *Memorias antiguas, historiales y políticas del Perú* (siglo XVII). Madrid, 1882. Cap. IX, p. 54.
135. LARCO HOYLE, Rafael... *Archaeologia Mundi. Perú*. Ginebra, 1966; p. 234.
136. OLIVA, *De los reinos del Perú...*; p. 126.
137. MARHKAN, *Los Incas del Perú*; pp. 198-200.
138. AVILA, Francisco de... *Idolatrias de los indios de Huarochiri* (o "Tratado y relación de los errores, falsos dioses y otras supersticiones y ritos diabólicos en que vivían los indios de las Provincias de Huarochiri, Mama y Chaclla") (1608). Lima, Col. Urteaga-Romero. Primera Serie. Tomo XI. Cap. II, pp. 101-109.
139. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. II, p. 149 y sgte.
140. SARMIENTO, *Historia de los Incas*. Cap. VI, p. 102.
141. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia general de las Indias* (1552). Barcelona, 1965. Tomo I. Parte primera, pág. 217.
142. MURUA, *Historia general del Perú...* Madrid, 1962. Libro I, cap. II, p. 21.
143. MOLINA, el Cuzqueño, Cristóbal de... *Fábulas y ritos de los Incas* (1574). Lima, 1943, Col. Loayza; p. 8.
144. HERRERA, *Décadas*. Tomo III. Década quinta, Libro tercero, cap. VI, p. 60.
145. Citado por VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 393.
146. Citado por VALCARCEL. *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 394.
147. AVILA, *Idolatrias de los indios de Huarochiri*. Cap. IV, p. 111.
148. AVILA, *Idolatrias de los indios de Huarochiri*. Cap. IV, pp. 111-114.
149. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 483 y sgte.
150. HERRERA, *Décadas*. Tomo III. Década quinta, Libro tercero, cap. VI, p. 60.
151. CARRION CACHOT, Rebeca... *Un mito cultural del Norte del Perú*. "Letras". Lima, 1953. N° 49, p. 186.
152. Del que duda Erwin Schweigger.
153. CARRION, *Un mito cultural...*; p. 187.
154. CARRION, *Un mito cultural...*; p. 187.
155. VALCARCEL, Carlos Daniel... *El Archivo Tello*. Lima, 1966; p. 47. (Hay muchos otros estudios de Tello sobre el mar en la prehistoria peruana que permanecen lacrados —nota de abril de 1973— desde la muerte del sabio, en 1947).
156. BAESSLER, Arthur... *Altperuanische Kunst*. Berlín, 1903. (Hay edición en inglés, igualmente en gran formato. Nueva York, 1902).
157. CARRION, *Un mito cultural...*; p. 190.
158. CARRION, *Un mito cultural...*; p. 192.
159. CARRION, *Un mito cultural...*; p. 200.
160. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. II, p. 150.
161. MOLINA, *Fábulas y ritos...*; p. 12.
162. MOLINA, *Fábulas y ritos...*; p. 14.
163. Tomado de VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 488.
164. Tomado de VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 499.
165. SARMIENTO, *Historia de los Incas*; p. 118-124.
166. TSCHUDI, Juan Diego von... *Contribuciones a la historia de la civilización y a la lingüística del Perú antiguo* (1891). Lima, Col. Urteaga-Romero. Primera Serie. Tomo IX. Artículo: "Wirakotsa"; p. 154.
167. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I, Parte primera, p. 216.
168. TSCHUDI, *Contribuciones...* Artículo "Wirakotsa"; pp. 153-224.
169. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LVI, p. 233.
170. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LVI, p. 234.
171. Referencias en VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 441.
172. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro II, cap. XIX, p. 413.
173. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro II, cap. XIX, p. 414.
174. SAMANO-XEREZ, *Relación*. "Colección de documentos inéditos para la Historia de España". Madrid, 1844. Tomo V; p. 200.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

175. LAS CASAS, *De las antiguas gentes del Perú*. Cap. VII, p. 54.
176. LAS CASAS, *De las antiguas gentes del Perú*. Cap. XII, p. 88.
177. MONTESINOS, *Memorias antiguas...* Cap. XXVI, p. 152.
178. MONTESINOS, *Memorias antiguas...* Cap. XXVIII, p. 170.
179. JIJON Y CAAMAÑO, *La religión del imperio de los Incas*. Cap. IV, p. 367 y sgte.
180. JIJON Y CAAMAÑO, *La religión del imperio de los Incas*. Cap. IV, p. 367.
181. JIJON Y CAAMAÑO, *La religión del imperio de los Incas*. Cap. IV, p. 372.
182. TELLO, Julio C. ... *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima, 1942; p. 27.
183. TELLO, Julio C. ... *Paracas*. Lima, 1959 (ed. póstuma; revisión y compilación de Toribio Mejía Xesspe); p. 32.
184. TELLO, Julio C. ... y MEJIA XESSPE, Toribio... *Historia de los Museos Nacionales del Perú*. "Arqueológicas". Lima, 1967. N° 10, Testimonio N° 40; p. 32.
185. CARRION CACHOT, Rebeca... *La religión en el Antiguo Perú*. Lima, 1959. Cap. XII, p. 134.
186. GONZALEZ DE LA ROSA, Manuel... *Estudio de las antigüedades peruanas halladas bajo el güano*. "Revista Histórica". Lima, 1908. Tomo III, p. 44.
187. GONZALEZ DE LA ROSA, *Estudio de las antigüedades...*; p. 42.
188. CARRION, *Un mito cultural...*; p. 187.
189. CARRION, *Un mito cultural...*; p. 188.
190. CARRION, *Un mito cultural...*; p. 200.
191. ARRIAGA, *Extirpación de la idolatría...* Cap. VII, p. 41.
192. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 186.
193. KRICKEBERG, Walter... *Etnología de América* (1939). México, 1946; p. 416.
194. ALAYZA PAZ SOLDAN, Luis... *Las islas del Perú*. "Revista Histórica". Lima, 1949. Tomo XVIII, Entrega I; p. 13.
195. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima 1964; p. 175.
196. HORKHEIMER, Hans... *Vistas arqueológicas del Noroeste del Perú*. Trujillo, 1944; p. 26.
197. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 207.
198. HORKHEIMER, *Vistas arqueológicas...*; p. 34 (nota aclaratoria).
199. VILLAR CORDOVA, Pedro... *Las culturas prehispánicas del departamento de Lima*. Lima, 1935; p. 248. (Basado en CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro II, p. 379).
200. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Corónica del Perú* (1553). México, Col. Ate-nea. Cap. IV, p. 150 y sgte.
201. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LIV, p. 326.
202. HERRERA, *Décadas*. Tomo II. Década cuarta, Libro segundo, cap. VIII, p. 37.
203. HERRERA, *Décadas*. Tomo II. Cap. XI, p. 148.
204. CARRION, *La religión en el Antiguo Perú*. Cap. II, p. 46.
205. JIJON Y CAAMAÑO, *La religión del imperio de los Incas*.
206. ESTRADA, Emilio... *Arqueología de Manabi central*. Guayaquil, 1962; p. 73.
207. ESTRADA, *Arqueología de Manabi central*; p. 74.
208. HERRERA, *Décadas*. Tomo II. Década tercera, Libro décimo, cap. IV, p. 283.
209. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. IV, p. 152. (También, HERRERA, *Décadas*. Tomo II. Década cuarta, Libro segundo, cap. VIII, p. 37).
210. ESTRADA, Emilio... *Las huancavilcas*. Guayaquil, 1957; p. 30.
211. ROMERO, Carlos A. ... *El Callao desde sus orígenes más remotos hasta el siglo XVI*. "Revista Histórica". Lima, 1942. Tomo XV, Entrega III; p. 211.
212. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. V, p. 155.

NOTAS AL CAPITULO

213. JIJON Y CAAMAÑO, *La religión del imperio de los Incas*. Cap. IV, p. 370.
214. TELLO, *Paracas*; p. 28.
215. ARRIAGA, *La extirpación de la idolatría...* Cap. V, p. 31.
216. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 174.
217. TELLO, *Paracas*; p. 33
218. Remite Tello a CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro II, Cap. XI, p. 374.
219. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 26.
220. Sobre las representaciones eróticas en el arte antiguo peruano, especialmente en la cerámica, véase Rafael LARCO HOYLE, *Checán*. Ginebra, 1966.
221. CARRION CACHOT, Rebeca... *El culto al agua en el Antiguo Perú*. Lima, 1955; p. 44.
222. CARRION, *La religión en el Antiguo Perú*. Cap. I, p. 18.
223. CARRION, *La religión en el Antiguo Perú*. Cap. II, p. 29.
224. CARRION, *La religión en el Antiguo Perú*. Introducción; p. 9.
225. UBBELOHDE-DOERING, Heinrich... *El arte en el imperio de los Incas*. Barcelona, 1952; p. 10.
226. UBBELOHDE-DOERING, *El arte en el imperio de los Incas*; p. 11.
227. UBBELOHDE-DOERING, *El arte en el imperio de los Incas*; p. 12 y sgte.
228. UBBELOHDE-DOERING, *El arte en el imperio de los Incas*; p. 13.
229. UBBELOHDE-DOERING, *El arte en el imperio de los Incas*; p. 13 y sgte.
230. VALCARCEL, Luis E. ... *La religión de los antiguos peruanos*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1939. Tomo VIII. Nº 1, p. 75
231. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I, p. 29.
232. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia de la cultura antigua del Perú*. Lima, 1949. Tomo I, Vol. II; p. 118 y sgte.
233. Magia o adivinación a base de los cuerpos terrestres o de las líneas o puntos hechos en la superficie de la Tierra (Acad.).
234. COSSIO DEL POMAR, Felipe... *Arte del Perú precolombino*. México, 1949. Cap. VII; p. 106 y sgte.
235. DISSELHOFF, Hans D. ... *Las grandes civilizaciones de la América antigua*. Barcelona, 1967; p. 275
236. Influyó, sin duda, en este concepto de la Costa, como *tierra de muertos*, la obra de Guillermo REISS y Alfonso STUEBEL, *Das Todtenfeld von Ancón in Peru*, publicada en Berlín entre los años 1880 y 1887, en tres tomos de formato mayor, con más de un centenar de láminas a color de admirable calidad artística y documental. Las primeras tumbas de Ancón quedaron al descubierto de modo casual en 1870, durante los trabajos del ferrocarril a Chancay (aunque ya los huaqueros habían incurcionado en la zona); y en 1874, atraídos por estos hallazgos, comenzaron a excavar sistemáticamente los citados Reiss y Stuebel, a quienes se debe considerar, junto con el norteamericano George Ephraim Squier (quien hizo un recorrido por la Costa y la Sierra en 1864 y luego publicó en 1877 su famoso libro *La tierra de los Incas*), como los pioneros de la arqueología de campo en el Perú. Desde el título, la monumental obra de los alemanes estuvo dedicada a revelar el carácter de los yacimientos de Ancón, generalizándose entonces la idea, que más tarde con Uhle y, sobre todo, con Tello, fue rectificadas, de que los arenales que circundan la bahía habían sido únicamente vasto cementerio. Más adelante, en el texto principal, y en otros capítulos de esta obra, se refuta esa equivocada idea a la luz de los más recientes descubrimientos arqueológicos.
237. VALDELOMAR, Abraham... *Los hijos del Sol*. Lima, 1921.
238. En 1889.
239. Hans Horkheimer, en sus excavaciones en los cementerios de *Lauri, Pisquillo Grande y Pisquillo Chico*, realizadas durante los años 1961 y 1962, volvió a encontrar estos objetos. Un estudio cuidadoso de los mismos,

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

- prometido dentro de una amplia monografía sobre la Arqueología de Chancay, se frustró por fallecimiento del distinguido arqueólogo.
240. HEYERDAHL, Thor... *American Indians in the Pacific*. Londres, 1952; p. 555 y sgte
 241. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. XXXV, p. 229.
 242. ZARATE, *Historia del descubrimiento...* Libro primero, cap. X, p. 538.
 243. VILLAGOMEZ, *Exhortaciones...* Cap. XLVI, p. 171.
 244. ONDEGARDO, *Informaciones...*; p. 199.
 245. MURUA, Martín de... *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú*. Madrid, 1946 (por Constantino Bayle, S. J.). Libro tercero, cap. LVII, p. 304 y sgte. (También: Madrid, 1962. Tomo II, Libro II, cap. XXXIV, p. 123).
 246. ONDEGARDO, *Informaciones...*; p. 34 y sgte.
 247. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. XXVI, p. 214.
 248. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 110.
 249. MOLINA, *Fábulas y ritos...*; p. 31.
 250. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro VIII, cap. VII, p. 260.
 251. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. XXIX, p. 217. (La edición de Marcos Jiménez de la Espada, Sevilla, 1890-1895, dice que, al sacudir los indios sus mantos y ropas, "echaban el mal de sus cosas". La versión correspondiente a la Col. Rivadeneira dice que echaban "el mal de sus casas".
 252. ONDEGARDO, *Informaciones...* Cap. VIII, p. 23.
 253. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. XXIX, p. 218.
 254. MOLINA, *Fábulas y ritos...*; p. 32.
 255. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro VIII, cap. VII, p. 261.
 256. HERRERA, *Décadas*. Década quinta, Libro cuarto, cap. VI, p. 93.
 257. MOLINA, *Fábulas y ritos...*; p. 64.
 258. Por consiguiente, los indios del Cusco no conocían su curso bajo, que penetra en la Selva.
 259. MOLINA, *Fábulas y ritos...*; p. 66.
 260. ACOSTA, *Historia Natural...* Libro quinto, cap. XXV, p. 259 y sgte.
 261. JESUITA ANONIMO, *Relación de las costumbres...*
 262. JESUITA ANONIMO, *Relación de las costumbres...*
 263. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. XXIV, p. 206.
 264. ARRIAGA, *Extirpación de la idolatría...* Cap. V, p. 29.
 265. VILLAGOMEZ, *Exhortaciones...* Cap. XLVI, p. 159.
 266. AVENDANO, *Relación acerca de las idolatrías de los indios*. "La imprenta en Lima", por José Toribio MEDINA. Santiago, 1904. Tomo I; pp. 380-383.
 267. JESUITA ANONIMO, *Relación de las costumbres...*
 268. TSCHUDI, *Contribuciones...*; p. 136.
 269. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. XXIV, p. 207.
 270. AVENDANO, *Relación acerca de las idolatrías de los indios*; p. 381.
 271. ARRIAGA, *Extirpación de la idolatría...* Cap. V, p. 29.
 272. ONDEGARDO, *Informaciones...* Cap. V, p. 14.
 273. MURUA, *Historia general del Perú...* Madrid, 1962. Tomo II. Libro II, cap. XXIV, p. 97.
 274. ACOSTA, *Historia Natural...* Libro quinto, cap. XXV, p. 259 y sgte.
 275. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XXX, p. 126.
 276. MURUA, *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú*. Col. Loayza. Libro tercero, cap. LIV, p. 172. (También: ONDEGARDO, citado por VALCARCEL, *Historia del Perú Antigüo*. Tomo II, p. 246).
 277. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima, 1964; p. 120.
 278. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima, 1964; p. 157.
 279. CARRION, *El culto al agua...*; p. 37 y sgte.
 280. BAUDIN, Louis... *El imperio socialista de los Incas*. Santiago, 1943; p. 280 y sgte.
 281. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima, 1964; p. 157.

NOTAS AL CAPITULO

282. TELLO, Julio C. ... *Los trabajos arqueológicos en el departamento de Lambayeque* (Tercera parte). "El Comercio", Lima, febrero 1937.
283. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 189.
284. TELLO, Julio C. ... *Sobre el descubrimiento de la cultura Chavin en el Perú*. "Letras", Lima, 1943. N° 26, p. 332.
285. TELLO, Julio C. ... *Chavin, cultura matriz de la civilización andina*. Lima, 1960 (ed. póstuma, por Toribio Mejía Xesspe); p. 358.
286. ARRIAGA, *Extirpación de la idolatría...* Cap. VII, p. 44.
287. HERRERA, *Décadas*. Década quinta, Libro cuarto, cap. V, p. 91.
288. Tomado de la selección antológica de Raúl PORRAS BARRENECHEA, *Cronistas del Perú*. Lima, 1962 (ed. póstuma); p. 272.
289. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. XXII, p. 204.
290. MEDINA, Felipe... *Relación del Visitador General de Idolatrias del Arzobispado de Lima* (1650). Lima, Col. Urteaga-Romero, Segunda Serie. Tomo III; p. 93.
291. MEDINA, *Relación...*; p. 90.
292. MEDINA, *Relación...*; p. 97.
293. ORTIZ DE ZUNIGA, Íñigo... *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562*. Lima, 1967.
294. Tomado de VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I; p. 516.
295. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 72.
296. LARCO HOYLE, *Vicús 2. (La cerámica Vicús y sus nexos con las demás culturas)*. Lima, 1967.
297. ENGEL, Frederic... *Paracas*; p. 184.
298. ENGEL, *Paracas*; p. 178.
299. PEZZIA ASSERETO, Alejandro... *La cultura Nasca*. Lima, 1962; p. 71.
300. PEZZIA ASSERETO, *La cultura Nasca*; p. 75.
301. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. XXXV, p. 228.
302. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. XXXV, p. 228.
303. ONDEGARDO, *Informaciones...* Cap. X, p. 28.
304. ONDEGARDO, *Informaciones...*; p. 196.
305. VALCARCEL. *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 124.
306. MURUA, *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú*. Madrid, 1946 (por Constantino Bayle, S.J.). Libro tercero, cap. LVI, p. 301.
307. ONDEGARDO, *Informaciones...* Cap. XI, p. 33.
308. ONDEGARDO, *Informaciones...*; p. 196 y sgte.
309. MURUA, *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú*. Col. Loayza. Libro tercero, cap. XLIX, p. 163.
310. VILLAR CORDOVA, *Las culturas prehispánicas del departamento de Lima*; p. 234 y sgte.
311. VALCARCEL, Luis E. ... *Las culturas de Pikillajta*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1933. Tomo II, N° 1, p. 33.
312. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 37.
313. MURUA, *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú*. Col. Loayza. Libro tercero, cap. LIV, p. 172.
314. ARRIAGA, *Extirpación de la idolatría...* Cap. IV, p. 26 y sgte.
315. LOAYZA, Francisco A. ... en nota de la p. 69 de la edición de 1943 de *Fábulas y ritos de los Incas*, de Cristóbal de MOLINA, el Cusqueño (1574).
316. SARMIENTO, *Historia de los Incas*; p. 250.
317. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, p. 249.
318. MURUA, *Historia general del Perú...* Madrid, 1962. Tomo II. Libro segundo, cap. XXVII, p. 104.
319. *Idolatrias de los indios Huachos y Yauyos* (1613) "Revista Histórica". Lima, 1919. Tomo VII, Entrega II; pp. 180-197.
320. ARRIAGA, *Extirpación de la idolatría...* Cap. V, p. 28. (También: VILLAGOMEZ, *Exhortaciones...* Cap. XLIV, p. 158).
321. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, p. 192.
322. HERNANDEZ PRINCIPE, Rodrigo... *Mitología andina*. "Inca". Lima, 1923. Vol. I, N° 1, p. 56.
323. MOLINA, *Fábula y ritos...*; p. 76.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

324. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, p. 172.
325. MOLINA, *Fábulas y ritos...*; p. 29.
326. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, p. 176.
327. POSNANSKY, Arturo, comentario a *Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno*, de GUAMAN POMA DE AYALA.
328. ONDEGARDO, *Informaciones...* Cap. XI, p. 31.
329. MOLINA, *Fábulas y ritos...*; p. 82 y sgte
330. JIJON Y CAAMANO, *La religión del imperio de los Incas*; pp. 99-101.
331. CARRION, *La religión en el Antiguo Perú*; p. 39.
332. CARRION, *La religión en el Antiguo Perú*; p. 9.
333. Referencia en VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I, p. 60.
334. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro II, cap. XIX, p. 415.
335. ONDEGARDO, *Informaciones...*; p. 109.
336. Se refiere a la fiesta del "segundo mes", llamado *Camay*, consistente, como se vio anteriormente, en el arrojamiento de cenizas al río, con imploración a las aguas corrientes de llevar la ofrenda de gratitud "hasta la mar al Viracocha", de todo lo cual da cuenta pormenorizada COBO (*Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. XXVI, pp. 212-214).
337. ONDEGARDO, *Informaciones...*; p. 110.
338. LARREA, *Corona incaica*; p. 217.
339. *La rama dorada*. México, 1965.
340. *Historia de las religiones*. Madrid, 1954.
341. *Wörterbuch der Religionen*. Stuttgart, 1952.
342. *Erschenungsformen und Wesen der Religion*. Stuttgart, 1961.
343. Comunicación personal: *El tabú de la sal en la historia de las religiones* (1968).
344. VALERA, *La historia de los Incas*; p. 106.
345. De las salinas de la Costa, de la explotación de la sal y de su aprovechamiento como condimento en la alimentación, se trata en el capítulo duodécimo.
346. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, p. 129.
347. MOLINA, *Fábulas y ritos...*; p. 77 y sgte.
348. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LVI, p. 231
349. ONDEGARDO, *Informaciones...*; p. 192.
350. OVIEDO, *Historia General...* Vol. IV, Libro XLVI, cap. XVII, p. 225.
351. HERNANDEZ PRINCIPE, *Mitología andina*; p. 56.
352. ONDEGARDO, *Informaciones...* Cap. X, p. 27.
353. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, p. 144.
354. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, p. 134.
355. ANONIMO (de la Compañía de Jesús, de Huamanga), *Idolatrias de los indios Huachos y Yauyos*; p. 186.
356. ANONIMO (de la Compañía de Jesús de Huamanga), *Idolatrias de los indios Huachos y Yauyos*; p. 188.
357. ONDEGARDO, *Informaciones...* Cap. X, p. 27.
358. AVENDAÑO, *Relación...*; p. 381.
359. FERNANDEZ, el Palentino, Diego... *Historia del Perú* (1571). Madrid, 1963. Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Segunda Parte, Libro tercero, cap. IX, p. 85.
360. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LXIV, p. 253.
361. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, p. 209.
362. GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I, p. 214.
363. Para los tres casos indicados: GUAMAN POMA, *Nueva Corónica...* Tomo I; pp. 214, 129 y 144.
364. Tomado de VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 287.
365. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro III, cap. II, p. 552.
366. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. VI, p. 158.
367. KUNIKE, Hugo... *El jaguar y la luna en la mitología de la altiplanicie andina* (1915). "Inca". Lima, 1923. Vol. I, N° 3, p. 568.
368. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 49.

NOTAS AL CAPITULO

369. CARRION, *La religión en el Antiguo Perú*; p. 12.
370. HORKHEIMER, *Vistas arqueológicas...*; p. 25.
371. LUMBRERAS, Luis Guillermo... *Los pueblos antiguos del Perú*. "La Gaceta Sanmarquina". Lima, 1967. Parte quinta.
372. LOTHROP, *El tesoro del Inca*; p. 55.
373. CARRION CACHOT, Rebeca... *Ancón*. Lima, 1951; p. 12.
374. Citados por VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, pp. 142 y 326.
375. JESUITA ANONIMO, *Relación de las costumbres...*; p. 138.
376. SELER, Eduardo... *Viaje arqueológico por Perú y Bolivia* (1912). "Inca". Lima, 1923. Vol. I, Nº 2, p. 372.
377. CARRION, *El culto al agua...*; p. 37.
378. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 27 y sgte.
379. MEJIA, *Mitología del Norte andino...*; p. 249.
380. CARRION CACHOT, Rebeca... *La luna y su personificación antropomorfa en el arte chimú*. "Actas del Vigésimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas". Lima, 1939. Tomo I; p. 587.
381. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; pp. 53 y 188.
382. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I. Parte primera; p. 214. y sgte.
383. ZARATE, *Historia del descubrimiento...* Libro primero, cap. IV, p. 518.
384. LATCHAM, Ricardo E. ... *Los Incas*. Santiago, 1928. Cap. II, p. 69.
385. LATCHAM, *Los Incas*; p. 73.
386. LATCHAM, *Los Incas*; p. 116.
387. TELLO, *Wira-Kocha*; p. 12 y sgte.
388. KRICKEBERG, *Etnología de América*; p. 415.
389. CARRION CACHOT, Rebeca... *Paracas*. Lima, 1949; p. 32.
390. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro VI, cap. XXX, p. 209.
391. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*. Cap. IX, p. 144.
392. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 91.
393. LATCHAM, Ricardo E. ... *Las creencias religiosas de los antiguos peruanos*. Santiago, 1929. (Citado por Eugenio YACOVLEFF, *La deidad primitiva de los Nasca*).
394. JIJON Y CAAMAÑO, Jacinto... *Maranga*. Quito, 1949; p. 293.
395. YACOVLEFF, Eugenio... *La deidad primitiva de los Nasca*. "Revista del Museo Nacional" (Cuaderno Nº 3 de Arte Antiguo Peruano). Lima, 1932; p. 117.
396. SCHWEIGGER, Erwin... *El litoral peruano*. Lima, 1964; p. 313.
397. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 125.
398. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 125 y sgte.
399. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 128.
400. PEZZIA ASSERETO, *La cultura Nasca*; pp. 60 y 63.
401. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 130.
402. Schweigger, sin embargo, sostiene que la orca no abunda en los mares peruanos y sólo se la encuentra "a distancias mayores de la costa" (*El litoral peruano*; p. 314). Si es un habitante de los mares abiertos, ¿cómo la habría conocido el pescador nasquense, acostumbrado a la pesca de playa?
403. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 134.
404. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 141.
405. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 144.
406. HARTH-TERRE, Emilio... *Análisis estético de la cerámica prehispánica de Nasca*. Lima, 1965; p. 19.
407. TELLO, *Chavin, cultura matriz...*; pp. 35 y 167. También en *Origen y desarrollo...*; p. 90 y sgte.
408. TELLO, *Chavin, cultura matriz...*; p. 182.
409. TELLO, *Chavin, cultura matriz...*; p. 186.
410. TELLO, *Chavin, cultura matriz...*; p. 196.
411. TELLO, *Chavin, cultura matriz...*; p. 198.
412. TELLO, *Wira-Kocha*; p. 202.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

413. TELLO, *Wira-Kocha*; p. 226.
414. CARRION, *La cultura Chavin*; pp. 142 y 144.
415. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*.
416. TELLO, *Paracas*; p. 25.
417. Luis Guillermo LUMBRERAS, comunicación personal, 1967.
418. Condensado por VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II; pp. 145 y 232.
419. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro III, cap. II, p. 553.
420. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro III, cap. II, p. 552.
421. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 136.
422. HORKHEIMER, *Vistas arqueológicas...*; p. 22.
423. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 153.
424. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 185.
425. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 96.
426. VALCARCEL, *La religión de los antiguos peruanos*; p. 80.
427. VALCARCEL, *La religión de los antiguos peruanos*; p. 78.
428. MEDINA, *Relación...* (elevada al Arzobispo de Lima, en su condición de Visitador General de Idolatrias, de una visita hecha a los pueblos de los alrededores de Huacho, al Norte de Lima, entre el 19 de febrero y el 23 de marzo de 1650).
429. MEDINA, *Relación...*; p. 94. y sgte.
430. MEDINA, *Relación...*; p. 90.
431. CARRION, *Ancón*; p. 13.
432. TELLO, *Wira Kocha*; p. 8 y sgte.
433. URTEAGA, *El simbolismo de los huacos de Nasca*; p. 45.
434. TELLO, Julio C. ... *Los antiguos cementerios del valle de Nasca*. "Actas del Segundo Congreso Científico Americano". Washington, 1917. Vol. I, p. 283.
435. URTEAGA, *El simbolismo de los huacos de Nasca*; p. 39.
436. URTEAGA, *El simbolismo de los huacos de Nasca*; p. 35. y sgte.
437. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; pp. 125 y 130.
438. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 148.
439. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 101.
440. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*; p. 80.
441. TELLO, *Wira Kocha*; p. 250. y sgte.
442. URTEAGA, Horacio H. ... *El fetichismo de los yungas y los huacos simbólicos de Nasca y del Chimú*. "Bocetos históricos". Segunda Serie. Lima, 1919; p. 120.
443. CARRION, *La religión en el Antiguo Perú*. Cap. II, p. 46.
444. PEZZIA ASSERETO, *La cultura Nasca*; p. 47.
445. YACOVLEFF, Eugenio... *Las falcónidas en el arte y en las creencias de los antiguos peruanos*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1932. Tomo I, Nº 1, p. 104.
446. YACOVLEFF, *Las falcónidas...*; p. 66.
447. YACOVLEFF, *Las falcónidas...*; p. 71.
448. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro II, cap. X, p. 374.
449. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro III, cap. II, p. 553.
450. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II, p. 143.
451. KAUFFMANN, Federico... *La cultura Chimú*. Lima, 1964; p. 102.
452. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II, Libro VI, cap. XVII, p. 161.
453. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro I, cap. X, p. 39.
454. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro VI, cap. XVII, p. 162.
455. LORENTE, Sebastián... *Historia de la Civilización Peruana*. Lima, 1879. Cap. III, p. 56.
456. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 119.
457. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 120.
458. REICHE, María... *Secreto de la pampa de Nasca*. Stuttgart, 1968; p. 81.
459. REICHE, María... *Los dibujos gigantes en el suelo de las pampas de Nasca y Palpa*. Lima, 1949; p. 6.
460. REICHE, *Los dibujos gigantes...*; p. 3.

NOTAS AL CAPITULO

461. REICHE, *Secreto de la pampa...*; p. 22.
462. No defendido, desgraciadamente, por ninguna ley especial, no obstante su enorme valor de monumento único en el mundo, el parque arqueológico de Palpa y Nasca hállase en peligro de perder su integridad por acción destructora del hombre y, según se afirma también, por incon-sultos proyectos de irrigación que afectarían algunos de sus sectores. Ahora, con la dación del Decreto-ley N° 19033, de 16 de noviembre de 1971, de Defensa del Patrimonio Monumental, se confía que este valioso testimonio arqueológico se libre del daño que ha venido sufriendo en los últimos años.
463. El Servicio Aerofotográfico Nacional, prestando invalorable contribución a la Arqueología, tiene registrado, en vistas verticales y oblicuas, casi todo el parque de Nasca y Palpa.
464. REICHE, *Secreto de la pampa...*; p. 54.
465. SCHWEIGGER, *El litoral peruano*; p. 306.
466. VALCARCEL, Luis E. ... *El gato de agua en Pucará y Nasca*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1932. Tomo I, N° 2, p. 5.
467. ENGEL, *Paracas*; p. 24.
468. VALCARCEL, *El gato de agua...*; p. 10.
469. VALCARCEL, *El gato de agua...*; p. 13.
470. PEZZIA ASSERETO, *La cultura Nasca*; p. 51.
471. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*. Cap. V, p. 78.
472. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 70.
473. KRICKEBERG, *Etnología de América*; p. 416.
474. ENGEL, Frederic... *A preceramic settlement of the Central Coast of Peru. Asia*. Filadelfia, 1963; p. 82.
475. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro I, cap. X, p. 39.
476. El original dice *de río*, pero este es un error de interpretación del autor, que nos hemos atrevido a subsanar porque el cangrejo es un animal *de mar* y no de río. (Fue probablemente confundido con el camarón).
477. KUTSCHER, Gerdt... *Religion und Mythologie der Frühen Chimú*. "Actas del Vigésimoctavo Congreso Internacional de Americanistas". París, 1947 (ed. de 1948); p. 623.
478. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 97.
479. TELLO, Julio C. ... *El oro de Batán Grande* (conferencia). "El Comercio", Lima, 1937.
480. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 88.
481. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 86 y sgte.
482. CARRION, *El culto al agua...*; p. 38.
483. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 97.
484. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*. Cap. III, p. 49.
485. JIMENEZ BORJA, Arturo... *Moche*. Lima, 1938; p. 13.
486. JIMENEZ BORJA, *Moche*, p. 13 y sgte. Del mismo: *Crónicas peruanas grabadas en arcilla*. "El Correo de la Unesco". París, 1966; p. 12 y sgte.

